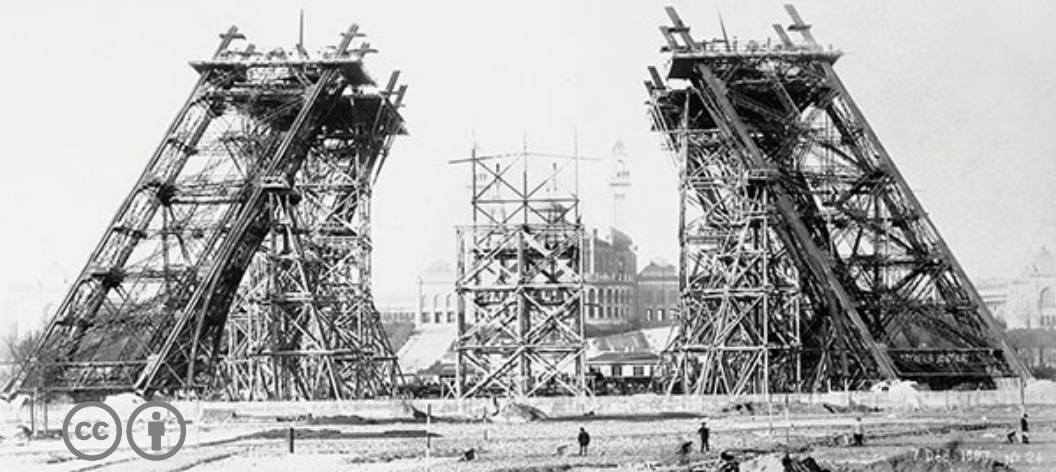
RICHARD J. EVANS

LA LUCHA POR EL PODER

EUROPA

1815–1914



Este es un libro realmente extraordinario: la obra más original y madura de Richard J. Evans. Definirlo como una historia de Europa entre la caída de Napoleón y el estallido de la primera guerra mundial resulta insuficiente; porque lo que Evans nos ofrece es una apasionante interpretación de la formación del mundo moderno, a través de una serie de ventanas que no sólo se abren sobre un panorama de gobiernos, guerras y revoluciones, sino que nos describen el cambio de la sociedad (la emancipación de los siervos, la formación de la clase obrera…), la conquista de la naturaleza, la expresión de las emociones… Hasta llegar a la época en que los conflictos internos y la rivalidad entre las potencias imperiales condujo al estallido de la Gran Guerra.

Evans construye con estos materiales un relato fascinante, puntuado por las vidas de una serie de personajes arrastrados por las corrientes de su tiempo.

epublibre

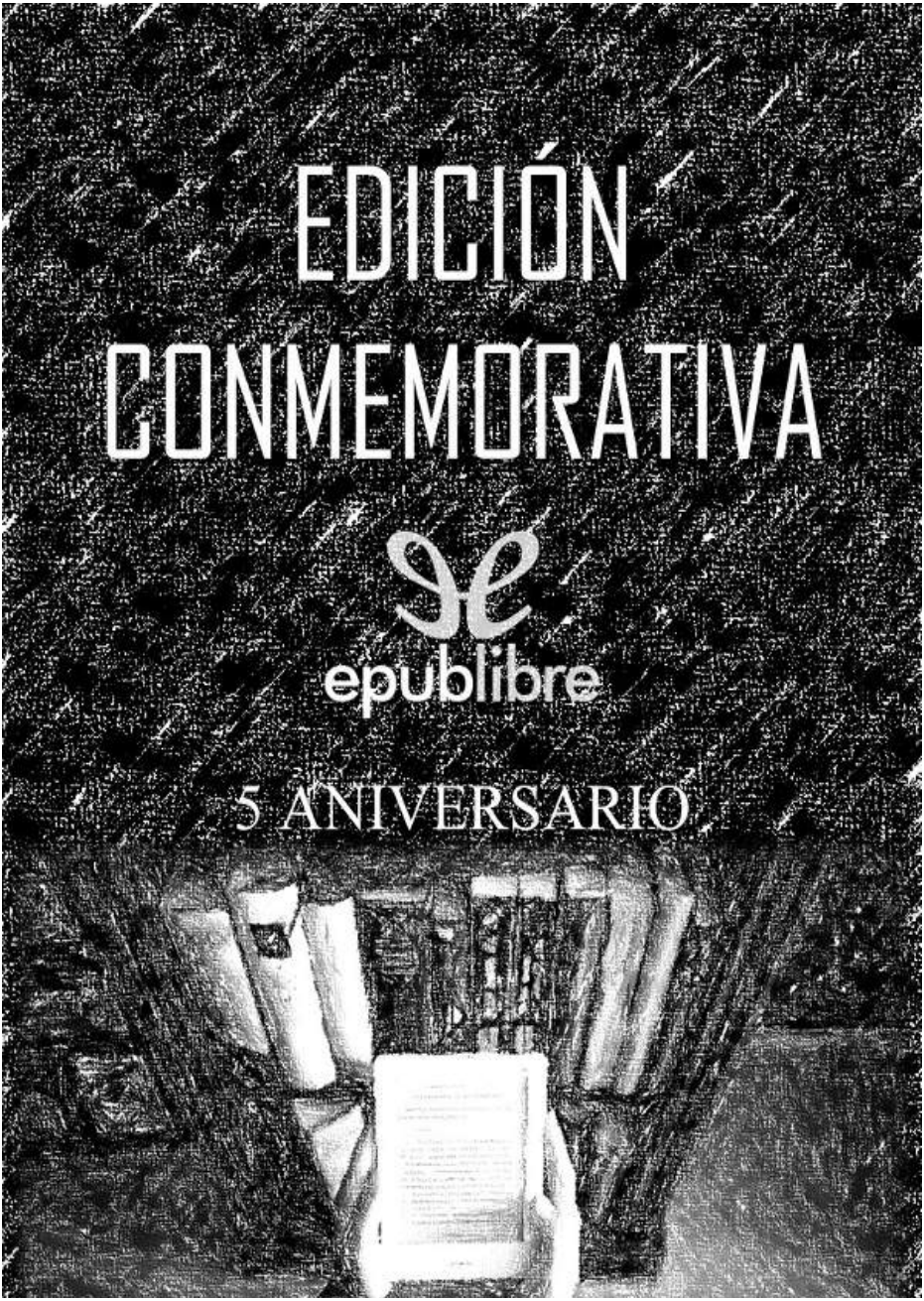
Richard J. Evans

LA LUCHA POR EL PODER

Europa 1815-1914

ePub r1.0
Watcher 26-04-2018

Título original: *The Pursuit of Power. Europe 1815-1914*
Richard J. Evans, 2016
Traducción: Juan Rabasseda
Fotografía de cubierta: Roger-Violle, Construcción de la Torre Eiffel, 7 de diciembre de 1887
Editor digital: Watcher
ePub base r1.2


EDICIÓN
CONMEMORATIVA
epublibre
5 ANIVERSARIO

Eric Hobsbawm
1917-2012.
In memoriam

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. *Molino de viento cerca de Norwich*, paisaje de John Crome, *c.* 1816. Tate Gallery, Londres, Copyright © Tate, Londres, 2016.
2. *Le Gâteau des Rois*, viñeta satírica del congreso de Viena, escuela francesa, 1815. Colección privada. The Stapleton Collection/Bridgeman Images.
3. *La matanza de Quíos*, cuadro de Eugène Delacroix, 1824. Museo del Louvre, París. Lanmas/Alamy.
4. «*El Temerario*» *remolcado para su desguace*, pintura de Joseph Mallord William Turner, 1838. National Gallery, Londres. Bridgeman Images.
5. *Liberación de los campesinos*, pintura de Borís Mijáilovich Kustódiev, 1907. Museo Nacional de Arte, Nizhni Nóvgorod, Rusia. Bridgeman Images.
6. *La gran hambruna*, cuadro de George Frederick Watts, 1850. Watts Gallery, Compton, Surrey. © Trustees of the Watts Gallery/Bridgeman Images.
7. *Mina de cobre al aire libre en Falun, Suecia*, litografía, *c.* 1850, akgimages/ullstein bild.
8. *Llegada del primer tren de San Petersburgo a Tsárskoye Seló*, litografía, 1837. Heritage Image Partnership/Alamy.
9. *New Harmony, Indiana*, grabado de F. Bate, 1838. Chronicle/Alamy.
10. *Windischgraetz bombardea Praga*, litografía, 1848. Wien Museum, Viena. akg-images.

11. *La batalla de Sadowa o Königgrätz*, grabado, 1866. Interfoto/Alamy.
12. *El ejército de Napoleón III cruza el puerto del Mont Cenis*, grabado, siglo XIX. Museo del Risorgimento, Milán. *Copyright © 2016.* Photo Scala, Florence.
13. *El baile de la ciudad de Viena*, cuadro de Wilhelm Gause, 1904. Wien Museum, Viena. akg-images.
14. *El martillo pilón de la Fundición Nasmyth cerca de Mánchester*, estampa del cuadro de James Nasmyth, 1871. Hulton Archive/ Getty Images.
15. *Diagrama del Tren Subterráneo del Milenio, Budapest*, estampa, 1896. Kiscelli Múzeum, Budapest. (photo: György Klösz).
16. *Emigrantes*, cuadro de Raffaello Gambogi, 1894. Museo Civico Giovanni Fattori, Livorno. De Agostini/Bridgeman Images.
17. *Mapa hidrográfico del Rin entre Neuburg y Sondernheim*, ed. Verlag C. F. Müller, Karlsruhe, 1822/25. Generallandsarchiv, Karlsruhe (H/ Rheinstrom Nr. 72). GLA/Landesarchiv Baden-Wurtemberg.
18. *Corrida de toros*, cuadro de Vicente García de Paredes, 1892. De Agostini/Getty Images.
19. Cargando cable submarino en el transatlántico de vapor *Great Eastern*, ilustración de la revista *Die Illustrierte Zeitung*, marzo de 1865. akg-images.
20. Desinfección del cólera en la frontera serbia, ilustración del diario *Le Petit Journal*, enero de 1911. Mary-Evans/Alamy.
21. *La ejecución de Karl Ludwig Sand*, litografía de J. M. Volz y A. P. Eisen, 1820. *Copyright © 2016* Scala, Florence/Bildarchiv Preußischer Kulturbesitz, Berlín.
22. *Monumento a la liberación de la Iglesia Búlgara del Patriarcado Ecuménico Griego*, litografía de una pintura de Nikolai

Pavlovich, 1872. Biblioteca Nacional de Rusia, Moscú. Bridgeman Images.

23. *Les Misérables par Victor Hugo*, anuncio publicitario de Jules Cheret, 1886. Colección privada. Archives Charmet/Bridgeman Images.
24. *En el Zielony Balonik*, cuadro de Kazimierz Sichulski, 1908. Muzeum Literatury im. Adama Mickiewicza, Varsovia.
25. Sufragistas asaltan un colegio electoral en París, ilustración de *Le Petit Journal*, mayo de 1908. Art Archive/Alamy.
26. *El asesinato de Antonio Cánovas del Castillo*, pintura de Juan Comba y García, 1897. Tarker/Bridgeman Images.
27. *El ataque*, cuadro de Edvard «Euto» Isto, 1899. Museo Nacional de Finlandia, Helsinki. The National Board of Antiquities, Finland (photo: Markku Haverinen).
28. El Parlamento noruego declara la independencia de Suecia, fotografía coloreada de Frederik Hilfing-Rasmussen, ilustración del *Norges historie fremstillet for det norske folk*, 1909.
29. La guarnición alemana recibe ayuda frente al asedio de los guerreros herero, ilustración de *Le Petit Journal*, febrero de 1904. Getty Images.
30. Derrota de las tropas búlgaras a manos de los turcos en la segunda batalla de Adrianópolis, 21 de julio de 1913, estampa. Photo12/ullstein bild.
31. *Los lobos (Guerra de los Balcanes)*, cuadro de Franz Marc, 1913. Albright-Knox Art Gallery, Buffalo. akg-images.
32. El asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa, ilustración de la revista *Illustrierte Kronen-Zeitung*, junio de 1914. Alamy.

LISTA DE MAPAS

1. Europa en 1815
2. Revoluciones y guerras en Europa, 1815-1839
3. La abolición de la servidumbre
4. Las guerras carlistas en España, 1833-1876
5. Las revoluciones de 1848
6. La guerra de Crimea, 1854-1856
7. La unificación de Italia, 1815-1870
8. La unificación de Alemania, 1860-1873
9. Austria y Hungría, 1848-1868
10. Montes y ríos de Europa
11. Redes ferroviarias, 1820-1870
12. La división religiosa en Europa
13. Lenguas y pueblos de la Europa central y del Este, 1914
14. La era del imperialismo, 1815-1914
15. Los Balcanes, 1832-1912
16. La guerra ruso-turca, 1877-1878
17. La creación de Rumanía, 1815-1913
18. La primera guerra de los Balcanes, julio de 1912-mayo de 1913
19. La segunda guerra de los Balcanes, junio-octubre de 1913
20. Europa en 1914

PRÓLOGO

Este libro es una historia de Europa desde 1815 hasta 1914, y continúa de forma secuencial el anterior volumen de la serie *The Penguin History of Europe*, *La búsqueda de la gloria* (2007), que cubre el período comprendido entre 1648 y 1815. Como señala el autor de esa brillante obra, mi colega en la Universidad de Cambridge, Tim Blanning, toda historia de Europa tiene que comenzar en alguna fecha arbitraria, aunque algunas fechas sean más arbitrarias que otras. Solemos hablar del «siglo XIX» o del «siglo XX», pero el historiador sabe que el período que va de 1801 a 1900 o de 1901 a 2000 no tiene un significado real más allá de lo puramente cronológico. La historia está llena de cabos sueltos, e incluso el estallido y la conclusión de las grandes guerras que con tanta frecuencia constituyen las fechas terminales de las historias que se ocupan de segmentos concretos del pasado europeo, incluida esta, dejan muchas cuestiones sin resolver. Diferentes aspectos de la historia tienen cronologías también diferentes, y una fecha que tiene un significado en la historia política, o en la militar, o en la diplomática, puede significar muy poco en la historia social, o en la económica o en la cultural. Los historiadores franceses de la escuela de los *Annales* se han acostumbrado a hablar de una *historia inmóvil* que pervivió hasta épocas recientes en muchos lugares de Europa, de modo que, pese a la caída del Antiguo Régimen en los sistemas políticos europeos a finales del siglo XVIII, el *Ancien Régime économique et social* siguió vivo hasta la segunda mitad del siglo XIX. Hubo que esperar hasta esa fecha, por ejemplo, para que la servidumbre desapareciera de escena en la mayor parte de Europa, mientras que

el patrón demográfico establecido desde tiempo inmemorial de altos niveles de natalidad y altos niveles de mortandad no empezó a cambiar, excepto en Francia, hasta la transición demográfica de las décadas posteriores a 1850. Por otro lado, la industrialización fue un proceso marginal confinado a pequeñas bolsas de la economía europea hasta ese mismo período. De hecho, algunos historiadores —notablemente Arno Mayer en su libro *La persistencia del Antiguo Régimen* (1981)— han sostenido que el dominio de las élites aristocráticas tradicionales continuó hasta el estallido de la primera guerra mundial, de modo que tampoco cambió nada de manera significativa en la esfera política, pese a todos los trastornos superficiales de la época. La tesis de Mayer, sin embargo, no ha sido aceptada en general por los historiadores: es indudable que en la Europa del siglo XIX se produjeron cambios, no solo en el orden político, sino también en otros ámbitos de la vida.

Algunos, de hecho, han decidido que el período más significativo que hay que estudiar es *La era de la revolución*, por citar el título del primer volumen del repaso que hacía Eric Hobsbawm de los años 1789-1848, publicado en 1962. La periodización de Hobsbawm fue seguida por Jonathan Sperber en su libro *Revolutionary Europe* (2000), que cubre el período 1789-1848, el mismo que cubría el primer volumen de Hobsbawm. Pero se ha de pagar un precio por escoger esos años, pues la que vino a continuación fue una Europa muy distinta, una Europa mucho menos fácil de conceptualizar en un único marco. No por casualidad, el siguiente volumen de Sperber lleva un largo título que expresa, sin duda inconscientemente, las dificultades que encontró el autor a la hora de encontrar un tema unificador: *Europe 1850-1914: Progress, Participation and Apprehension* (2008). Hobsbawm escribió otros dos volúmenes, *La era del capital* (1975), sobre el período comprendido entre 1848 y 1875, y *La era del imperio* (1987), que continuaba el relato hasta el estallido de la primera guerra mundial. Cualquiera que intente escribir una historia de

la Europa del siglo XIX tiene que enfrentarse a estos tres magníficos libros, que destacan sobre toda la bibliografía dedicada a ese período. Y, con su raro don para la innovación conceptual, Hobsbawm pasó a calificar todo el período abarcado por su trilogía como «el siglo XIX largo», modelo seguido por muchos manuales y libros de texto, como por ejemplo *Europe 1783-1914* de William Simpson y Martin Jones, aparecido en 2000. El siglo XIX largo, sin embargo, es un siglo por así decir descuajeringado, dividido en dos mitades muy distintas por las revoluciones de 1848. No es de extrañar que, como Sperber, muchos historiadores que se han ocupado del período comprendido entre la Revolución Francesa o la derrota de Napoleón y la primera guerra mundial hayan renunciado a cualquier intento de encontrar en él cualquier tipo de unidad conceptual, y hayan escogido para sus obras títulos anodinos como, por ejemplo, *Europe's Uncertain Path* (2012), por citar la reciente historia política de R. S. Alexander.

A lo largo de casi todo el siglo XX los historiadores consideraron el surgimiento de los estados nación y los conflictos entre ellos los rasgos centrales de la historia europea del siglo XIX. El triunfo del nacionalismo creó nuevas entidades políticas y culturales e inspiró sublevaciones contra los imperios multinacionales excesivamente grandes y, según se pensaba, pasados de moda, insurrecciones contra la opresión a manos de otras nacionalidades, o ambiciones de acabar con la dominación a manos de otros. Este modelo de estado-nación fue exportado a todo el planeta durante el siglo XX, haciendo que su aparición en Europa en el XIX pareciera incluso más importante. En otros tiempos los historiadores vieron este proceso en términos positivos, colocando en el centro de sus relatos narraciones elogiosas de la unificación de Italia y Alemania, del desarrollo de la conciencia nacional checa y polaca, y otros productos de la era del nacionalismo. Pero cuando las rivalidades nacionales y étnicas se desbordaron y desembocaron en la tremenda conflagración de la segunda guerra mundial, el surgimiento del nacionalismo se vio bajo una

luz más sombría, perspectiva subrayada posteriormente por las guerras de los Balcanes de la década de 1990. Pero desde entonces hemos pasado a vivir cada vez más en una era de globalización, una vez que han caído las barreras creadas por la guerra fría y que las instituciones internacionales, los medios de comunicación de alcance mundial, las compañías multinacionales y muchas otras influencias han ido erosionando las fronteras nacionales y han empezado a unirnos a todos como una comunidad humana global. Desde los comienzos del nuevo siglo, esta situación ha alterado además nuestra visión del pasado, que los historiadores han empezado a contemplar cada vez más desde una perspectiva global. La invitación a escribir una historia global no es nueva en sí misma: surgió ya en los años setenta del pasado siglo a instancias del historiador francés Marc Ferro y se hallaba presente en el concepto de *Universalgeschichte* (historia universal) practicada por Leopold von Ranke en el siglo XIX o por Arnold Toynbee y William H. McNeill en el XX. Pero una historia global que una las distintas partes del mundo en vez de contar sus peripecias por separado es algo que solo ha surgido recientemente, cuando los historiadores han empezado a examinar temas tales como las repercusiones del imperio sobre las economías, las sociedades, las culturas y los sistemas políticos de Europa, y en particular, aunque no exclusivamente, sobre los de Gran Bretaña; o los lazos económicos globales que unen a Europa con otras partes del mundo en un nexo de interacciones mutuas; o el surgimiento de un imperio mundial como un proceso europeo común, y no como algo específico de un país europeo en particular. Los historiadores se han dedicado afanosamente a escribir la historia de las distintas naciones europeas en un contexto global, subrayando los efectos de las diásporas europeas —los millones de europeos que emigraron a otros rincones del planeta— sobre «la metrópoli», la infusión del nacionalismo europeo mezclado con elementos de la teoría racial derivada de la experiencia de la colonización en África y Asia, y la aparición de la

geopolítica global como factor clave en las relaciones entre los estados europeos.

Una influencia especial sobre el enfoque que he adoptado en este libro es la que ha ejercido el historiador alemán Jürgen Osterhammel, cuya obra *La transformación del mundo. Una historia global del siglo* XIX (2009) es una historia realmente global, no una historia eurocéntrica como la trilogía de Hobsbawm. Sus capítulos, que cubren todo el siglo XIX, tratan de una asombrosa cantidad de temas, incluidos el recuerdo y la autoobservación, el tiempo, el espacio, la movilidad, los niveles de vida, las ciudades, las fronteras, el poder, la revolución, el Estado, la energía, el trabajo, las comunicaciones, las jerarquías, el conocimiento, la civilización, la religión y muchos otros. Osterhammel destaca deliberadamente algunos temas frecuentes, las relaciones entre distintas partes del globo, los desarrollos comunes y los procesos globales. Pero la presencia argumentativa y reflexiva del autor por lo general eclipsa la de las personas que vivieron en la época acerca de la cual escribe. Además, con frecuencia los estudios históricos gastan todo el tiempo en establecer las líneas generales de interpretación sin intentar mostrar cómo podríamos reconocerlas en las vidas y las experiencias de las personas de la época. Ello tal vez sea comprensible en un breve libro de texto, cuya finalidad en último término es preparar a los estudiantes para un examen, pero una obra más extensa como la presente, destinada en primer lugar a un público general, afortunadamente tiene espacio suficiente para ofrecer los detalles que expresan el sabor de la época, con su curiosa mezcla de extrañeza y familiaridad, y para, en la medida de lo posible, permitir a los personajes del período hablar por sí mismos.

Otras obras de historia global no menos ambiciosas, escritas más o menos por la misma época que la de Osterhammel, ofrecen una aproximación al siglo XIX bastante diferente, basada en la percepción de que, por encima de cualquier otro, aquel fue el período en que Europa se puso a la cabeza del mundo y llegó a

ejercer un dominio sobre las demás partes del planeta. Historiadores como el difunto Chris Bayly, en su impresionante libro *El nacimiento del mundo moderno* (2004), o John Darwin, en su magistral estudio de los imperios globales, *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales 1400-2000* (2012) han establecido con una enorme riqueza de testimonios comparativos la igualdad aproximada que había a comienzos del siglo XVIII en casi todos los terrenos, desde los niveles de vida hasta los logros culturales, entre toda una serie de civilizaciones del mundo entero. El imperio mogol en la India, el imperio Qing en China, los grandes imperios precoloniales de Benín y sus vecinos en África, el imperio otomano y otros estados se hallaban en torno a 1700 más o menos en pie de igualdad respecto a Europa. En 1815, sin embargo, ya no era así; Europa se había adelantado, no como han sostenido algunos historiadores, en particular Niall Ferguson en su estudio de carácter general *Civilización. Occidente y el resto* (2011), debido a su superioridad intrínseca, sino por unas circunstancias históricas harto específicas. Europa conservó y amplió su ventaja en muchos frentes hasta los primeros años del siglo XX, aunque para entonces, como veremos, esa ventaja empezaba a sufrir cada vez más ataques. La primera guerra mundial la puso en entredicho; y la segunda guerra mundial acabó con ella, acarreando tras de sí la caída de los imperios europeos globales. La hegemonía global es la principal justificación de que los años comprendidos entre 1815 y 1914 se consideren un período claramente marcado y significativo de la historia europea. A lo largo del presente libro, será puesto de relieve una y otra vez el contexto global, y los acontecimientos y procesos ocurridos en otros continentes serán intercalados en el relato como un medio que contribuya a explicar lo que sucedía en Europa durante esas mismas décadas.

Historia global significa también historia *transnacional*. Muchas historias de Europa han consistido en una suma de relatos, en gran medida independientes, de diferentes historias naciona-

les. En esta categoría debemos incluir *Europe in the Nineteenth Century* (1927), de Arthur Grant y Harold Temperley; *Europe 1783-1914* de William Simpson y Martin Jones es del mismo estilo, con capítulos separados para Francia, Alemania, Italia, Rusia y el imperio de los Habsburgo. La obra de Michael Salewski *Geschichte Europas. Staaten und Nationen von der Antike bis zur Gegenwart* [Historia de Europa. Estados y naciones desde la Antigüedad hasta la actualidad], aparecida en el año 2000, también ofrece una serie de historias de los distintos países y de las relaciones entre ellos. Ello implica que el lector pierda a menudo de vista lo que, en cualquier caso, unía a Europa en su conjunto, lo que esos países tenían en común, y cuáles fueron los procesos que a escala más general los afectaron. Una obra acreditada y todavía incompleta como la *Oxford History of Modern Europe* adopta un planteamiento similar, y cada volumen está dedicado a un solo país, excepto los cuatro que se ocupan de las relaciones entre ellos a lo largo de los distintos períodos. Sin embargo, además de ser una colección en constante evolución de estados aislados, Europa, como espera demostrar el presente libro, tuvo también una existencia claramente definible como entidad colectiva. Y no era como área geográfica: las fronteras orientales de Europa en particular eran vagas y estaban poco definidas, y los límites sociales y culturales de Europa fueron desdibujándose en el curso de la emigración masiva a otras partes del mundo. Aun con estas salvedades, la mejor manera de ver Europa es como una región social, económica, política y cultural que comparte muchos rasgos comunes y que se extiende desde Irlanda y Gran Bretaña por el oeste hasta Rusia y los Balcanes por el este.

Adoptando un enfoque que, en la medida de lo posible, es transnacional, sigo conscientemente las huellas de lord Acton, el fundador de la *Cambridge Modern History* a finales del siglo XIX. En el plan que esbozó de esa ambiciosa empresa, Acton decía a sus colaboradores que

> ... la historia universal no es la suma de todas las historias particulares, y debería ser contemplada, en primer lugar, en su esencia distintiva, como Renacimiento, Reforma, Guerras de Religión, Monarquía Absoluta, Revolución, etc. Puede que los distintos países contribuyan a alimentar la corriente principal, o puede que no... [pero] no debemos dispersar nuestra atención colocando a Portugal, Transilvania o Islandia al lado de Francia o Alemania. Mi plan es trascender la mera yuxtaposición de historias nacionales y dar cabida, hasta donde sea posible, a lo que es extraterritorial y universal.

En cualquier caso, Acton murió antes de poder realizar su ambicioso proyecto, y cuando la obra fue publicada por fin bajo la tutela de un editor más eficiente, pero menos imaginativo, sir Adolphus Ward, la *Cambridge Modern History* adoptó de hecho en buena parte un enfoque país por país, reflejando en gran medida la visión de corte nacionalista de una generación más joven de historiadores inmersos en la nueva atmósfera política y cultural de la Europa que habitaban. Sería solo con la caída del comunismo, la ampliación de la Unión Europea a buena parte de la Europa del Este, y la renovada marcha hacia delante de la globalización, cuando resurgió la posibilidad de escribir una verdadera historia de Europa. Pero ya no es posible identificarla, como intentaron hacer Grant y Temperley y sus homólogos de otros países, con la historia de la política nacional y de las relaciones internacionales. Desde los años setenta del siglo xx cuando menos, la investigación histórica ha ampliado su campo de visión hasta abarcar casi todos los aspectos de la actividad humana del pasado. Ya a comienzos de los años sesenta, *La era de la revolución* de Hobsbawm contenía capítulos sobre la religión, la ideología, la ciencia, las artes, la economía y muchos otros temas. Posteriormente la investigación histórica ha extendido mucho más su campo de acción, como podemos apreciar por la lista de asuntos tratados por Osterhammel, incluyendo últimamente la historia del paisaje y del medio ambiente. Hobsbawm fue capaz de dar cohesión a los temas que trató a través de un argumento básico general cuyo meollo estaba en el desarrollo y la influencia determinante del capitalismo. Pero los historiadores de comienzos del siglo xxi, época en la que los argumentos básicos han

quedado desprestigiados, no pueden gozar ya de esa ventaja: lo más que pueden hacer, como dice Tim Blanning, es trazar «líneas de desarrollo».

Dos de las principales líneas de desarrollo identificadas por Blanning para los años comprendidos entre 1648 y 1815, lo que él llama «la despiadada marcha del estado hacia la hegemonía» y «la aparición de un nuevo tipo de espacio cultural: la esfera pública», continuaron a lo largo de todo el siglo XIX. Lograron una expansión y una preponderancia casi impensables en el siglo XVIII. Las estructuras de Estado de la Europa de la Restauración que surgieron en 1815 habrían seguido resultando familiares en algunos aspectos a los hombres y mujeres que habitaban el continente treinta años antes, aunque las apariencias en muchos sentidos fueran engañosas. El poder y la intromisión del Estado seguían siendo relativamente limitados. La participación del pueblo en la política continuaba siendo mínima, pese al reciente y vivo ejemplo de los sucesos de la Revolución Francesa. La esfera pública seguía confinada mayoritariamente a un pequeño estrato de gente culta, que sabían leer y escribir, y a sus instituciones, desde las publicaciones periódicas hasta los cafés y los clubs de lectura. Pero en 1914 el estado había sido transformado. Por un lado, estaban el sufragio universal de los varones —y en algunos rincones del continente incluso el de la mujer— y la participación popular directa en la configuración de la política nacional, regional y local, entre otros cauces a través de los partidos políticos organizados. Por otro, estaba la enorme expansión del control que el estado podía ejercer sobre sus ciudadanos, en áreas que se extendían desde la educación a la sanidad, desde el servicio militar hasta la asistencia social.

Los procesos íntimamente relacionados de la mejora de las comunicaciones y del desarrollo de la economía delineados por Blanning, fueron acelerados en el siglo XIX más deprisa de lo que cualquiera hubiera podido imaginar en el siglo XVIII. En 1815 el ferrocarril, el telégrafo, el buque de vapor y la fotografía eran

apenas visibles en el horizonte histórico. En 1914 Europa había empezado a entrar en la era del teléfono, el automóvil, la radio y el cine. En 1815 continuamos estando en la era de la concepción newtoniana del universo, del arte figurativo y de la música clásica. En 1914 Einstein ha expuesto ya su teoría de la relatividad, Picasso ha pintado sus cuadros cubistas y Schönberg ha compuesto sus primeras piezas atonales. Europa estaba entrando también en un sentido incluso más inmediato en la era de la ametralladora, del tanque, del submarino y del avión de combate. El primer bombardeo aéreo de una posición enemiga del que se tiene constancia data de 1911, durante la invasión italiana de Libia, y los primeros campos de concentración europeos fueron abiertos en Sudáfrica por los británicos y en el África del Suroeste (Namibia) por los alemanes. Esas innovaciones, que presagiaban la inmensa violencia y la destructividad de la primera mitad del siglo XX, sirven de advertencia para que no consideremos el siglo XIX como la mayoría de sus habitantes lo consideraban, esto es, como una era de progreso lineal y de mejora interminable. El progreso tenía un precio, y en el período sucesivo, entre 1914 y 1949 —como demuestra Ian Kershaw en el siguiente volumen de esta serie, *Descenso a los infiernos*—, Europa lo pagaría hasta el último céntimo.

El volumen de Blanning termina con una nota sombría, por lo que se refiere a las condiciones de vida de la inmensa mayoría de los europeos, con los albores de la industria y los efectos del rápido crecimiento de la población, que trajeron «un nuevo tipo de pobreza… no ya una desgracia repentina como consecuencia de la hambruna, la peste o la guerra, sino un estado permanente de desnutrición y subempleo». Efectivamente, el siglo XIX, como esas palabras dan a entender, se vio relativamente libre de las terribles hambrunas, las mortíferas pestes y las grandes guerras de Europa, y una de las tareas de este libro será explicar por qué fue así. Como en muchos otros aspectos de este período, las nuevas relaciones de Europa con el resto del mundo fueron un fac-

tor determinante muy importante también en este terreno. Hubo hambrunas, particularmente en Irlanda, Escandinavia y Rusia, y también pestes, en forma de brotes periódicos de cólera, que azotaron el continente, pero no fueron ni tan frecuentes ni tan devastadoras como habían sido en época anteriores, y a finales de siglo habían sido erradicadas en gran medida de Europa.

Eso no significa, sin embargo, que desaparecieran con ellas las desigualdades sociales, económicas y de otro tipo. A lo largo de todo el libro aparece la representación de los contornos cambiantes de la desigualdad existente en el siglo XIX, en las que las viejas formas, como la servidumbre de la gleba, fueron dando paso a otras nuevas, como el trabajo asalariado en las fábricas. El siglo XIX puede ser visto como la era de la emancipación por excelencia, una época en la que a millones de personas se les concedió una mayor igualdad de estatus, incluida en algunos aspectos clave la mayoría de la población rural, de las mujeres y de las minorías religiosas, particularmente los judíos, y el presente volumen explorará detalladamente estos cambios enormes y la forma en que se produjeron. Pero la igualdad y la emancipación fueron solo parciales y condicionales, como demostrarían los años posteriores a 1914, y otra tarea fundamental de quien pretenda escribir la historia de la Europa del siglo XIX consistirá en exponer las limitaciones experimentadas por la población en este proceso de liberación.

Las discusiones y las disputas en torno a las desigualdades ocuparon el centro de la política europea del siglo XIX. Basándose en el legado heredado de la Revolución Francesa, un número cada vez mayor de pensadores y actores de la política empezaron a concebir formas y medios de superar las desigualdades de las que eran testigos, e intentaron también ponerlos en práctica. El espectro de soluciones propuestas iba desde el paternalismo aristocrático y el concepto de *noblesse oblige* en un extremo, hasta el intento anarquista de destruir el estado en el otro. El socialismo, el liberalismo, el comunismo, el nacionalismo y muchas

otras doctrinas priorizaron uno u otro método de liberar a las personas del yugo de la opresión y la explotación según la forma en que cada una lo definiera. Los que situaban la estabilidad y la jerarquía en primer lugar reconocían que no podían sobrevivir aferrándose simplemente al viejo orden, o al menos la mayoría así lo hizo; y de ese modo ellos también participaron en el gran debate en torno a la desigualdad. Las distintas religiones ofrecían también diversas respuestas a unos problemas enraizados en el mundo temporal, o bien propugnaban evadirse por completo de él. Lo que tenían en común todas estas corrientes de pensamiento era el deseo de alcanzar el poder y de ejercerlo, de modo que pudieran poner en marcha sus ideas. Por eso, mientras que Tim Blanning llamó a su historia de Europa desde 1648 hasta 1815 *La búsqueda de la gloria*, refiriéndose a las prioridades de las élites políticas dominantes durante la época, el presente volumen lleva por título *La lucha por el poder*.

La lucha por el poder se adueñó de la sociedad europea durante el siglo XIX. Los estados ansiaban convertirse en potencias mundiales, los gobiernos aspiraban al poder imperial, los ejércitos acumulaban su poderío militar, los revolucionarios conspiraban para hacerse con el poder, los partidos políticos hacían campaña para llegar al poder, los banqueros y los industriales se esforzaban por alcanzar el poder económico, los siervos y los aparceros fueron liberados gradualmente del poder arbitrario ejercido sobre ellos por los terratenientes aristócratas. El proceso social fundamental del siglo, la emancipación de grandes sectores de la población oprimida respecto del poder de sus dominadores, tuvo su manifestación más amplia en la emancipación de la mujer de su reclusión tras los muros del conjunto de leyes, costumbres y convencionalismos que las subordinaban al poder de los hombres. Del mismo modo que las feministas luchaban por la igualdad ante la ley, también en el nuevo mundo de la industria los sindicatos iban a la huelga para tener más poder sobre los salarios y sobre las condiciones de trabajo, los artistas modernos

desafiaban el poder de las academias, y los novelistas organizaban su trabajo en torno a luchas de poder en el seno de la familia y en otras instituciones sociales.

La sociedad del siglo XIX incrementó su poder sobre la naturaleza: los gobiernos tenían más poder para prevenir o aliviar el hambre y desastres naturales tales como incendios e inundaciones; los investigadores médicos se esforzaban en sus laboratorios por alcanzar el poder sobre la enfermedad; ingenieros y peritos canalizaban ríos, drenaban pantanos, ahuyentaban a los animales salvajes y arrasaban los bosques, construían ciudades y poblados, redes ferroviarias y de alcantarillas, barcos y puentes, con los que pretendían extender el poder de la humanidad sobre el mundo de la naturaleza; y en un sentido diferente, científicos y mecánicos inventaban y explotaban nuevas fuentes de poder y energía, desde la máquina de vapor hasta la electricidad, desde el telar mecánico hasta el motor de combustión interna. El poder podía ser formal o informal, podía ser ejercido por medio de la violencia o de la persuasión, podía ser consensuado o mayoritario, podía adoptar una forma económica, social, cultural, política, religiosa, organizativa o de cualquier otro tipo. Pero a medida que avanzaba el siglo XIX, la gente fue priorizando cada vez más el poder por delante de la gloria, el honor y otros valores similares que habían predominado a lo largo de la mayor parte de los siglos anteriores a 1815. Además, a finales de siglo el poder había empezado a ser reconceptualizado en términos raciales, cuando los europeos comenzaron a considerar su hegemonía sobre buena parte del resto del mundo como una muestra de su superioridad sobre los demás habitantes del planeta. Cómo y por qué surgieron todos estos fenómenos, y cómo las relaciones de poder existentes dentro de Europa afectaron a las relaciones de poder —en rapidísimo cambio— existentes entre Europa, Asia, África y las demás partes del mundo, siendo de paso afectadas por ellas, constituyen los temas centrales de la obra.

El libro se divide en ocho capítulos, cada uno de los cuales se subdivide en diez secciones. Los capítulos 1, 3, 7 y 8 tratan fundamentalmente de historia política, los capítulos 2 y 4 de historia social y económica, y los capítulos 5 y 6 de lo que a grandes rasgos podríamos llamar «historia cultural». El primer capítulo aborda la narración de la política europea a partir de la derrota final de Napoleón en 1815 hasta los últimos coletazos de las revoluciones de 1830; el tercer capítulo continúa el relato hasta las revoluciones de 1848 y analiza luego sus consecuencias durante los años plagados de conflictos y de inestabilidad que llegan hasta los inicios de la década de 1870; el capítulo 7 estudia la manera en la que los estados europeos respondieron al reto cada vez mayor de la democracia entre 1871 y 1914; y el octavo y último capítulo se dedica al sometimiento, aunque hecho realidad solo de manera parcial, de casi todo el resto del mundo en la era del imperialismo, y sus efectos en último término devastadores sobre la propia Europa con el estallido de la primera guerra mundial. Entremedias de los dos primeros de estos relatos cronológicamente delimitados se intercala un capítulo sobre el desarrollo de la economía y la sociedad europeas desde 1815 hasta 1848, aunque el tratamiento completo del cambio trascendental que se produjo en este período, la emancipación de los siervos en muchos rincones del continente, exige que haya que seguir la pista de algunos aspectos del desarrollo en el mundo rural hasta 1914. El cuarto capítulo trata de las grandes estructuras de la sociedad y la economía de Europa desde mediados de siglo en adelante, así como de los enormes cambios que esas mismas estructuras experimentaron durante esos años. El capítulo 5 se extiende a lo largo de todo el período en su estudio del intento llevado a cabo por la sociedad de imponer orden y control sobre la naturaleza, desde los bosques silvestres, los ríos y las montañas del continente hasta la lucha por el dominio de la naturaleza humana en sus múltiples formas de expresión. El capítulo sexto contrasta el siglo XIX, visto como la era de la emoción, con la era de la razón

que lo precedió, tratando las diversas manifestaciones del espíritu humano, la religión, las creencias, la cultura, la educación y las ideas de la propia humanidad, que compartieron esta característica fundamental.

Para subrayar la dimensión humana de esta historia, cada capítulo comienza con la biografía de un individuo cuyas creencias y experiencias suscitan muchos de los temas que analiza el capítulo en cuestión. Cada uno de esos ocho individuos procede de un país distinto, y hay cuatro hombres y cuatro mujeres. Este equilibrio es totalmente deliberado. Las mujeres formaban más de la mitad de la población de Europa durante este período, como en casi todas las demás épocas de la historia. Casi tan importante como ese es otro rasgo fundamental del período que nos ocupa, a saber, el hecho de que la inmensa mayoría de los europeos, incluso poco antes del estallido de la primera guerra mundial, vivía del campo y en el campo. Los campesinos, los agricultores y los terratenientes a menudo son marginados en las historias de la Europa del siglo XIX, particularmente en aquellas estructuradas en torno a la aparición de la sociedad industrial, pero consignar a todos esos millones de individuos a una categoría etiquetada por Marx como «el idiotismo de la vida rural» o presentarlos como nada más que las víctimas del cambio histórico me parece un error fundamental.

El libro está pensado para ser leído desde el principio hasta el final; a los que deseen utilizarlo como una obra de referencia se les aconseja consultar el índice analítico. En consonancia con el formato general de la serie, no hay notas a pie de página ni al final de los capítulos. Como en cualquier obra sintética de esta naturaleza, el autor se basa principalmente en las obras de otros estudiosos; la originalidad que pueda poseer se encontrará en los argumentos y las interpretaciones que plantee el libro, y en la variedad y la yuxtaposición de los temas que trate. Espero que los numerosos historiadores en cuyas investigaciones y estudios especializados he entrado de lleno me perdonen por no citar ex-

plícitamente sus obras. No obstante, permítaseme al menos hacer referencia a las fuentes empleadas para las biografías que abren cada capítulo (los detalles completos se encontrarán en la sección «Otras lecturas» en las páginas 915-928): *The Diary of a Napoleonic Foot Soldier*, ed. Marc Raeff (Nueva York, 1991), para las pp. 29-31; *A Life under Russian Serfdom*, trad. [al inglés] y ed. Boris B. Gorshkov (Budapest, 2005), para las pp. 131-135; Máire Cross y Tim Gray, *The Feminism of Flora Tristan* (Oxford, 1992) y *The London Journal of Flora Tristan*, trad. [al inglés] y ed. Jean Hawkes (Londres, 1992), para las pp. 237-240; Hermynia zur Mühlen, *The End and the Beginning*, trad. [al inglés] y ed. Lionel Gossman (Cambridge, 2010), para las pp. 365-369; Wendy Bracewell, *Orientations* (Budapest, 2009), para las pp. 467-470, y también para las pp. 204 y 633; Brita K. Stendhal, *The Education of a Self-Made Woman* (Lewiston, NY, 1994), para las pp. 579-582; Martin Pugh, *The Pankhursts* (Londres, 2001), para las pp. 693-697; e Ivor N. Hume, *Belzoni* (Charlottesville, VA), para las pp. 803-806. Otras citas extensas han sido tomadas de fuentes originales, excepto para la p. 556 (Dirk Blasius, *Der verwaltete Wahnsinn* [Fráncfort, 1980]); pp. 560-562 (Andrew Scull, *The Most Solitary of Afflictions* [Londres, 1993]); p. 570 (John A. Davis, *Conflict and Control* [Londres, 1988]); p. 742 (F. S. L. Lyons, *Charles Stewart Parnell* [Londres, 1977]); p. 777 (Hartmut Poggevon Strandmann, «Domestic Origins of Germany's Colonial Expansion under Bismarck», *Past and Present*, febrero de 1969); p. 786 (Franco Venturi, *Roots of Revolution* [Londres, 1960]); p. 789 (Edvard Radzinsky, *Alexander II* [Nueva York, 2005]); y p. 849 (Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost* [Nueva York, 1998]).

Empecé a escribir este libro en 2009, pero sus orígenes se remontan mucho más atrás, a las décadas que pasé dando clases de historia de la Europa del siglo XIX en varias universidades, antes de que mi interés se trasladara al siglo XX con mi paso a la Universidad de Cambridge en 1998. He tenido la suerte de poder basarme en las múltiples clases y conferencias que he dado sobre

la historia de la Europa del siglo XIX a lo largo de los años, en la Universidad de Stirling, en Escocia, en la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York, en la Universidad de Anglia Oriental en Norwich, en Birbeck, Universidad de Londres, y más recientemente en Gresham College, del Ayuntamiento de Londres. Estoy muy agradecido a los estudiantes que escucharon con paciencia la exposición de mis ideas en las clases y seminarios de todas estas instituciones y que con sus comentarios me ayudaron a corroborar o cambiar mis argumentos y mis planteamientos generales. Un proyecto tan amplio como este no habría podido acabarse en un plazo tan breve sin ayuda en la labor de investigación, y por ello deseo dar las gracias a mis antiguos alumnos Daniel Cowling, Niamh Gallagher, Rachel Hoffman, Susie Lada y Georgie Williams, que me suministraron gran cantidad de material. La Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge y Wolfson College pusieron a mi disposición un tiempo valiosísimo para escribir mi obra concediéndome un año sabático en 2012, y los inagotables recursos y el solícito personal de la biblioteca de la universidad constituyeron la primera escala en mi búsqueda de información sobre muchos temas.

Numerosos amigos y colegas leyeron la totalidad o parte de este libro, me sugirieron mejoras y corrigieron mis errores. Simon Winder, de Penguin Books, verdadero príncipe entre los editores, me ha sugerido numerosas mejoras. Tengo una deuda enorme con Rachel Hoffman por la atenta y minuciosa lectura de los capítulos 1, 3 y 6, con David Motadel por las numerosas correcciones que me hizo a los capítulos 2, 4-5, 7-8, y también con Joanna Bourke por sus incisivos comentarios sobre el capítulo 5, y con Tim Blanning, Lucy Riall y Astrid Swenson por su utilísima lectura de todo el manuscrito. Cualquier equivocación que haya podido quedar es enteramente responsabilidad mía. Cecilia Mackay me prestó una ayuda valiosísima con las ilustraciones, que han sido escogidas para que se entiendan mejor los asuntos tratados, y seleccionadas para seguir la secuencia de los

capítulos. Los cuadros y las fotografías citados en el texto pueden localizarse fácilmente en internet, si alguien lo desea. Andras Bereznay, como de costumbre, demostró ser un cartógrafo experto y estimulante. Richard Mason ha sido un meticuloso corrector de manuscritos; me corrigió numerosos errores y me ayudó materialmente a que el texto resultara más fácil de leer en varios pasajes. Christine Shuttleworth elaboró un magnífico índice analítico general. Richard Duguid me tiene entre sus múltiples deudores por supervisar el proceso de producción del libro. Al final varios espinosos problemas de ortografía han quedado necesariamente sin resolver, y muy en particular la transcripción de los nombres rusos: hemos optado por las formas tradicionales, pues la mayoría de los lectores siguen sin estar familiarizados con el sistema moderno establecido por la Biblioteca del Congreso. En la medida de lo posible, se utilizan los nombres originales de las personas —así, por ejemplo, decimos Wilhelm en vez de Guillermo, o Franz en lugar de Francisco—, pero en algunos casos excepcionales, y especialmente en el de los monarcas europeos, semejante procedimiento habría parecido extraño, de modo que hemos preferido emplear las formas habituales en nuestro idioma. En el caso de los topónimos, se han utilizado los nombres usados más a menudo en la época, aunque en el «Índice analítico» se proporcionan sus equivalentes actuales.

Por último, y como siempre, estoy sumamente agradecido a Christine Corton por robarle el tiempo que normalmente habría dedicado a su trabajo para que cotejara las pruebas de imprenta, y a nuestros hijos, Matthew y Nicholas, por apoyarme durante el largo proceso de gestación de la obra.

Richard J. Evans

Cambridge, mayo de 2016

Capítulo 1

LOS LEGADOS DE LA REVOLUCIÓN

Consecuencias de la guerra

En un momento dado, a finales de la década de 1820 o comienzos de la de 1830 —la fecha es insegura—, en la ciudad de Ellwangen, al suroeste del estado alemán de Wurtemberg, el cantero Jakob Walter (1788-1864) se sentó a escribir sus memorias. Había sido reclutado como simple soldado de infantería para formar parte de la Grande Armée del emperador francés Napoleón Bonaparte (1769-1821); con ella había marchado hasta Moscú y con ella había regresado. En una prosa vigorosa, pero sencilla, Walter recordaría los terribles sufrimientos que había padecido durante la retirada del Ejército en los últimos meses de 1812. Acosado constantemente por los cosacos, obligado a buscar cualquier cosa que llevarse a la boca, aterido, sucio y hambriento, asaltado por bandoleros, y después de escapar por los pelos a la muerte en varias ocasiones, Walter logró sobrevivir a todo aquel espanto. Cuando finalmente, por vez primera después de varias semanas, halló un alojamiento como es debido en una ciudad polaca, pudo lavarse:

> ... El lavado de las manos y la cara procedió con gran lentitud, pues en manos, orejas y nariz se me había formado una costra, como si fuera la corteza de un pino, con grietas y escamas negras igual que el carbón. Mi cara se parecía a la de un campesino ruso de hirsuta barba; y, cuando me miré al espejo, quedé asombrado de la extraña apariencia de mi rostro. Estuve, pues, lavándome una hora con agua caliente y jabón.

No obstante, todos los intentos que llevó a cabo para librar de piojos («mis "soberanos"») a su persona y sus ropas resultaron inútiles. Caminando sin cesar hacia el oeste en compañía de su

unidad, empezó a padecer unas fiebres, con toda probabilidad tifus, y tuvo que ser llevado en carreta todo el resto del camino. Unos 100 de los 175 hombres que formaban parte de su convoy de carros no fueron capaces de sobrevivir al viaje. Cuando, todavía comido de piojos, llegó por fin a su tierra natal, Walter pensó que sus parientes no sabrían reconocerlo: «Hice mi entrada con un abrigo ruso, negro como el hollín, un viejo sombrero redondo, y por debajo de mis ropas y entre sus pliegues, un número incontable de compañeros de viaje, entre los cuales había rusos, polacos, prusianos y sajones». Por fin pudo lavarse como es debido, deshacerse de sus ropas infestadas de piojos, y empezar la lenta recuperación de su salud. Los habitantes de la localidad empezaron a llamarlo «el Ruso, como éramos llamados todos los que habíamos estado en ese país alguna vez».

Como la inmensa mayoría de los europeos normales y corrientes de la época, Walter tenía poco o nulo interés por la política, y de hecho ningún conocimiento de ella. Había sido reclutado por las autoridades del estado de Wurtemberg, reino títere de los franceses, en 1806 y posteriormente había sido llamado de nuevo a las armas en 1809 y en 1812. No había tenido más remedio que obedecer, como muchos cientos de miles de soldados de la época, obligados a prestar servicio militar. Su diario no da muestras de ningún compromiso con la causa de los franceses, ni siquiera con la de Wurtemberg, no refleja ningún interés por el resultado de la guerra, ningún odio por los rusos ni ningún deseo de matarlos. Como soldado de infantería corriente y moliente parece que no tenía mucho conocimiento de las cuestiones estratégicas que se escondían tras las campañas en las que estaba participando. Todo lo que a Walter le interesaba realmente era sobrevivir a la horrorosa experiencia a la que había sido sometido sin querer. El ímpetu de las tropas francesas que se habían levantado victoriosamente frente a los ejércitos contrarrevolucionarios de los austríacos a comienzos de la década de 1790 cantando «La Marsellesa», hacía tiempo que había desaparecido.

Por aquel entonces solo un pequeño número entre los soldados de Napoleón, como, por ejemplo, la élite de la Guardia Imperial, seguían motivados y comprometidos con su causa. El hartazgo de la guerra que se deja sentir en todo momento en el diario de Walter era experimentado de forma general en la totalidad de Europa, y con razón: casi un cuarto de siglo de guerra más o menos continuada había dejado a toda la población anonadada, sumida en el sufrimiento y la desesperación. Si Jakob Walter tenía algún tipo de compromiso con algo era con su poderosa fe católica, que lo sostuvo durante aquella terrible experiencia, aunque ello no le impidiera reflejar con un detalle sumamente gráfico los efectos cada vez más deshumanizadores que tenía el conflicto sobre los participantes en él.

Tras regresar a su país natal, Jakob Walter reemprendió una vida carente por completo de relieve como cantero. Se casó en 1817 y la pareja tuvo diez hijos. Cinco de ellos seguían vivos en 1856, cuando Jakob, a la sazón próspero capataz y maestro de obras, escribió una carta dando noticias de su familia a un hijo suyo, que había emigrado a América y vivía en Kansas. Al año siguiente, el joven volvió a Alemania a visitar a sus padres, y se casó con una chica de la zona, hija del alcalde de una localidad próxima a Ellwangen. Según la tradición familiar, se llevó consigo el manuscrito de las memorias de su padre a su regreso a Kansas en 1858. Allí permaneció el documento, en poder de la familia, hasta que fue puesto a disposición de los estudiosos a comienzos de los años treinta. En cuanto a Jakob Walter, siguió viviendo en Ellwangen unos cuantos años más, hasta su muerte, acaecida en 1864; su esposa lo sobrevivió y murió en 1873. Casi todo lo que lo rodeó sigue siendo un misterio para nosotros, como las vidas de los incontables habitantes de las zonas rurales de Europa durante el siglo XIX: solo sus experiencias en la desdichada expedición de la Grande Armée a Moscú, el hecho de que, a diferencia de la mayor parte de los que participaron en ella, sobreviviera a tan terrible experiencia, y las circunstancias fortui-

tas, fueran cuales fuesen, que lo indujeron a poner por escrito esas vivencias, elevan a Jakob Walter por encima de la oscuridad en la que habitualmente vivió la inmensa mayoría de los europeos.

En el camino de vuelta desde Moscú, Jakob Walter llegó a vislumbrar la figura del propio Napoleón, mientras comía sentado al aire libre a orillas del río Berézina. No quedó demasiado impresionado:

> ... Veía pasar ante él a su ejército en unas condiciones verdaderamente lamentables. Resulta imposible conjeturar lo que pudiera sentir en su corazón. Su aspecto externo parecía indiferente, como si no le preocupara la miseria de sus soldados; solo quizá la ambición y el honor perdido le hicieran sentir algo en el corazón; y aunque los franceses y los aliados le gritaran al oído múltiples juramentos y profirieran maldiciones contra su persona, culpable como era de tantas desgracias, podía seguir escuchándolos sin conmoverse.

En aquella fase de la desastrosa retirada de Moscú, la mayoría de las tropas de Napoleón que habían logrado sobrevivir no sentían por él más que odio y desprecio. Arrancados de su vida doméstica por el insaciable motor de la máquina reclutadora del ejército del imperio francés, 685.000 soldados originarios de Alemania, Polonia, Italia y Francia —estos últimos constituían menos de la mitad del contingente total— habían marchado a Rusia; habían vuelto menos de 70.000, dejando tras de sí 400.000 muertos y más de 100.000 prisioneros de los rusos, aparte de un número desconocido de rezagados y desertores que realizaron el viaje de regreso sin que se tenga constancia de él. Ulteriores batallas, en las que Napoleón fue obligado a seguir reculando por una coalición de ejércitos europeos capitaneados por ingleses, prusianos, austríacos y rusos, causaron una carnicería aún mayor. Por último, en 1814, los aliados lograron ocupar París, y obligaron a Napoleón a exiliarse a la isla de Elba, en el Mediterráneo.

Se ha solido pensar que el daño infligido por las guerras de la Revolución Francesa y por las campañas napoleónicas fue relativamente menor, comparado con la devastación provocada por

otros conflictos posteriores. Pero en total, en los veintitrés años de guerra más o menos continuada que asoló de punta a punta el continente europeo a raíz de la Revolución Francesa, se calcula que perdieron la vida unos cinco millones de personas; comparada con la población de Europa en su conjunto, esta cifra sería proporcionalmente semejante, si no superior, a la de los muertos de la primera guerra mundial. Uno de cada cinco franceses nacidos entre 1790 y 1795 pereció durante estos conflictos. Los ejércitos de Napoleón perdieron en total alrededor de un millón y medio de hombres o más. Moscú había sido incendiada y arrasada por los propios rusos para impedir que el enemigo utilizara sus recursos para pasar el invierno. Durante tres días, como observó un testigo, «la ciudad entera fue devorada por el fuego, espesas llamaradas de diversos colores desdibujaban el horizonte enviando en todas direcciones una luz cegadora y un calor violentísimo». En medio de aquel caos, los soldados franceses habían saqueado todo lo que había caído en sus manos, uniéndose al pillaje muchos campesinos que llegaron a la ciudad desde las zonas rurales de los alrededores. Cuando los incendios fueron extinguidos, las ruinas chamuscadas de la ciudad quemada no habían bastado para ofrecer al ejército de Napoleón el abrigo y la comida necesarios para pasar el invierno. Casi 7.000 de las poco más de 9.000 casas de la ciudad, más de 8.000 tiendas y almacenes, y más de un tercio de las 329 iglesias de Moscú habían quedado totalmente destruidas. Se habían perdido propiedades privadas por valor de casi 270 millones de rublos sin posibilidad de compensación alguna. Muchos civiles habían huido, y la mayoría de los que se quedaron habían abandonado posteriormente la ciudad, enfrentándose a una vida de vagabundeo e indigencia. Solo se quedó el 2 % de la población, y una gran proporción de ella, incluidos numerosos soldados, no pudo sobrevivir. Cuando los rusos volvieron a ocupar finalmente Moscú, se vieron obligados a amontonar más de 12.000 cadáveres en unas piras enormes para quemarlos. La reconstrucción de la ciudad

no empezó propiamente hasta 1814, surgiendo parques y jardines donde antes había habido un laberinto de calles estrechas, así como un nuevo gran palacio para el zar. Durante más de una generación Moscú fue un gran solar; la comisión creada para supervisar la reconstrucción de la ciudad no se disolvió hasta 1842, e incluso entonces Moscú tendría mucho camino por recorrer antes de que pudiera recuperar su antiguo esplendor.

Mientras tanto en España, numerosos pueblos y ciudades habían sido devastados en el curso de asedios y batallas campales. Puerto Real, ocupada por los franceses durante los dos años que se prolongó el sitio de Cádiz entre 1810 y 1812, había perdido la mitad de su población de 6.000 habitantes; el 40 % de sus edificios había sido destruido, así como tres cuartas partes de sus olivares y la mayor parte de los bosques de pinos que la rodeaban. Muchas poblaciones de España no volvieron a recuperarse nunca. En todas partes la depredación de los franceses había provocado una estrepitosa disminución del número de vacas, caballos, cerdos y ovejas. Extremadura había perdido casi el 15 % de la población que tenía antes de la guerra. Francisco de Goya (1746-1828) captó las realidades del conflicto en ochenta y dos grabados que en conjunto llevan por título *Los desastres de la guerra*. Inéditos hasta la década de 1860, mostraban escenas horrorosas de violaciones, saqueos, mutilaciones y carnicería en general. En uno de ellos, se ve un cadáver que se levanta de su ataúd sujetando en la mano una hoja de papel en la que pone «Nada», la palabra elegida por el pintor para resumir el resultado final de tantos amargos años de conflicto.

En Renania, las repetidas turbulencias provocadas por las tropas francesas a lo largo de los años privaron a los campos de sus cosechas, a las granjas de sus ganados, y a las ciudades y pueblos de sus víveres. Las feroces exacciones económicas impuestas por los franceses a los habitantes de la región habían contribuido a engrandecer su imagen general de rapacidad y codicia. El daño había sido infligido al comienzo del conflicto, pero sus

efectos fueron muy duraderos. Al volver de la zona allá por 1792, un agente francés había hecho saber que «no se han dejado ni los medios de subsistencia más vitales, ni animales ni semillas, y también se han robado en los pueblos muchos otros objetos». Habían empezado a rondar por los campos bandas de malhechores vestidos de soldados franceses, que de ese modo pretendían engañar a sus víctimas, lo que nos da a entender que los habitantes de la zona estaban habituados a las violaciones y a los actos de pillaje y de destrucción llevados a cabo por las fuerzas de ocupación. De hecho, cuando los ejércitos franceses llegaron a Aquisgrán, lo primero que hicieron fue despojar a la ciudad y a los campos circundantes del grano, el forraje, los tejidos, el ganado y casi todo tipo de bienes muebles; cientos de habitantes de la comarca murieron de hambre en cuanto el invierno empezó a dejar sentir sus efectos.

No solo los franceses, sino también otros ejércitos, habían estado viviendo de la tierra, entregándose a su paso al saqueo y al pillaje. Todos ellos habían hecho esfuerzos heroicos por organizar el suministro de los productos esenciales, y durante el período 1812-1814 al menos, el creciente sentimiento patriótico surgido entre las naciones aliadas había asegurado que nobles, comerciantes y simples labradores realizaran cuantiosas aportaciones voluntarias de muchos tipos al esfuerzo de guerra. Pero, dada la enorme magnitud de los combates, pocas veces había bastado con eso. El ejército ruso había organizado su propio aprovisionamiento básico de comida, transportado a través de larguísimas líneas de comunicación que se habían tensado casi hasta el límite a medida que las tropas habían ido avanzando más y más hacia el oeste en 1813-1814. No obstante, esos suministros consistían en poco más que pan negro y los ingredientes básicos para elaborar unas simples gachas o papilla de harina, de modo que las tropas se habían visto obligadas a buscar otras cosas más variadas y sabrosas que comer robándolas, a veces a sus propios aliados. Alimentar a los cientos de miles de animales que monta-

ban los soldados de caballería, que arrastraban las piezas de artillería de campaña y los carros de suministros, había planteado a todos los ejércitos implicados en la guerra un problema especial, y se habían formado cuadrillas de forrajeadores obligados a desplazarse en todas direcciones en busca de avena y otros tipos de pienso. Cuando los rusos habían entrado en Francia, pueblos enteros habían quedado destruidos en el curso de los combates. Los campesinos habían huido a los bosques, como por lo demás estaban ya acostumbrados a hacer para escapar de los agentes de Napoleón encargados de reclutar soldados, reapareciendo de vez en cuando para asaltar los convoyes de aprovisionamiento de los aliados a lo largo de los caminos. Tras la batalla de Waterloo, unos 900.000 soldados extranjeros ocuparon Francia, causando con sus exacciones y requisas una penuria económica generalizada.

La naturaleza no contribuyó demasiado al proceso de recuperación. En abril de 1815 la gigantesca erupción del volcán Tambora, en la isla de Sumbawa, en la actual Indonesia, la más grande que había conocido la historia, lanzó a la atmósfera una inmensa nube de polvo de más de cuarenta kilómetros de altura. El ruido se oyó a más de dos mil kilómetros de distancia. Enormes cantidades de azufre fueron catapultadas a la estratosfera, donde las diminutas partículas permanecieron suspendidas más de dos años, oscureciendo los cielos y creando unos crepúsculos anaranjados espectaculares. «La mañana llegó, y se fue, y llegó —escribió George Gordon, Lord Byron (1788-1824)—, y no trajo consigo el día». En Hungría en enero de 1816 cayó nieve de color marrón, y se dice que hubo casas enteras que desaparecieron tras la ventisca. La erupción del Tambora se produjo en medio de una década de veranos fríos que había dado comienzo en 1811, causada por los cambios de emisión de energía térmica del Sol y la circulación de sistemas frontales alrededor de la Tierra, y por otra gran erupción volcánica anterior que había tenido lugar en Colombia en 1808. A finales de 1816 era evidente que el

producto de las cosechas había disminuido en muchas zonas a poco más de una cuarta parte de los niveles normales, y el tiempo de la siega, fuera la que fuera, llegaba un mes más tarde de lo habitual. En los Países Bajos las violentas tormentas de verano infligieron más daños todavía a las cosechas. «Se han recibido, procedentes de todos los rincones del continente, melancólicos informes acerca de la insólita pluviosidad de la estación —decía un periódico inglés en julio de 1816—. En varias provincias de Holanda, las ricas tierras de pastos se hallan en estos momentos bajo el agua, y naturalmente se teme y se recela que sobrevengan escaseces y alzas de precios. En Francia, el interior del país ha sufrido mucho a causa de las inundaciones y las cuantiosas lluvias». El Observatorio de París registró unas temperaturas estivales 5,4 grados Fahrenheit inferiores a la media del período 1740-1870, y en algunas zonas las uvas no habían madurado todavía a la llegada del invierno.

«Todas las tormentas del pasado verano —afirmaba un anuario compilado en Wurtemberg en 1817— fueron seguidas del frío más riguroso, como el que habitualmente se siente en el mes de noviembre». En la cuenca baja del Rin el río permaneció fuera de su cauce cinco meses enteros, y en Lombardía-Véneto el terreno seguía cubierto de nieve en mayo. Las heladas tempranas durante el otoño causaron ulteriores daños. Los labradores de Carintia fueron incapaces de sembrar los cereales de invierno por tercer año consecutivo, y la cosecha de grano de 1817 en el estado de Baden, al suroeste de Alemania, se contaba que había sido la peor desde que se tenía memoria. Según se hizo saber, en el sureste de Europa el crudo invierno de 1815-1816 mató a más de 24.000 ovejas en el condado de Bač, en Voivodina, mientras que las continuas lluvias de los comienzos de la primavera dieron lugar a una «gran inundación, sobre todo a causa del Danubio», como registraron los cronistas del monasterio franciscano de Šarengrad. «Nadie, ni los más viejos, recordaba que hubiera habido una crecida semejante con anterioridad. Las aguas inun-

daron muchos pueblos a este lado y al otro del Danubio, tierras de cultivo y campos de heno... La altura del agua llegó a ser la de un hombre». El párroco de la aldea croata de Žminj calificó al año 1816 de «fatal»:

> ... debido a las frecuentes lluvias y al mal tiempo en general, fue tan estéril que muchos ciudadanos no pudieron preparar unas reservas de cereales suficientes para que les duraran medio año, y a algunos no les alcanzaron ni siquiera para dos meses... Ya en el mes de marzo, la gente empezó a verse afectada por el Hambre Negra; pero todos se apoyaron unos a otros mientras tuvieron algo que comer... Aunque esta situación duró poco... Reducidos a la más absoluta miseria, andaban vagando por ahí hasta que caían muertos, unos en su casa, otros por las calles y los caminos, otros en los bosques, etc.

Para Croacia, el año 1816 y sobre todo 1817 fueron la época de la «gran hambruna». Los precios del grano llegaron a ser entre dos y tres veces superiores a los de cinco años después. La guerra había dañado mucho las comunicaciones, de modo que resultó muy difícil organizar el envío de auxilios. Esta calamidad climática global provocó, pues, las peores cosechas que conocería Europa en más de un siglo; y se produjo cuando el continente se esforzaba por recuperar su comercio y su industria tras los trastornos de las guerras de la Revolución Francesa y de las posteriores guerras napoleónicas. El bloqueo británico y el contrabloqueo napoleónico, llamado Sistema Continental, habían causado la ruina del comercio del continente, pero también del Reino Unido, cortando las comunicaciones de los mercados y dejando sin trabajo a miles de personas. Se decía que a finales de 1816 había entre 20.000 y 30.000 tejedores sin empleo en el distrito londinense de Spitalfields, y podía observarse una situación similar en las ciudades textiles de Sajonia, Suiza y los Países Bajos. Cientos de miles de soldados como Jakob Walter fueron desmovilizados al término de la guerra, y de ese modo pasaron a engrosar los ejércitos, por otra parte ya numerosísimos, de desempleados.

Al mismo tiempo que la población sufría una grave pérdida de ingresos, la catastrófica cosecha de 1816 hizo que el precio del grano aumentara vertiginosamente. El pan era el alimento bási-

co de la mayoría de la gente, y en París costaba en 1817 el doble de lo que costaba el año anterior. En la gira que llevó a cabo por Renania en 1817, el oficial del ejército prusiano y teórico militar Carl von Clausewitz (1780-1831) notó «una completa caída de la cosecha en todo el sur y el oeste de Alemania», situación que desembocó en una «auténtica hambruna». Clausewitz vio «figuras desoladas, que a duras penas parecían hombres, merodeando por los campos en busca de comida entre las patatas sin recoger y ya medio podridas, que no podían madurar». En los montes de la Lombardía, gobernada por los Habsburgo, los pobres vivían de raíces y hierbas. Se calcula que en Transilvania y en las provincias orientales de Hungría las muertes por hambre ascendieron a más de 20.000. El emperador Francisco I de Habsburgo (1768-1835) se lamentaba de que en una zona de Lombardía «la miseria se había hecho tan aguda que la población se había visto reducida a seguir una dieta de lechuga y sopa de hierbas, y muchos días no tenía nada que comer en absoluto».

En estas severísimas circunstancias, los más pobres se vieron obligados a mendigar, a robar o a huir a las ciudades en busca de comida. En Múnich, observaba un testigo de los hechos a finales de 1816, «aparecían mendigos que surgían por todas partes, como si salieran de debajo de la tierra». Se decía que Hungría había sido «invadida por bandas de mendigos», mientras que en Roma y Viena la policía empezó a efectuar redadas con regularidad para sacarlos de las calles y colocarlos en proyectos de obras públicas. «El número de mendigos, en su mayoría mujeres y niños —escribía un visitante del cantón suizo de Appenzell en junio de 1816—, es absolutamente escandaloso». «Tenían en sus mejillas —reseñaba otro observador— la palidez de la muerte». Muchos pobres tomaron la drástica decisión de abandonar Europa, ayudados por las autoridades locales que estaban encantadas de deshacerse de ellos: más de 2.000 personas abandonaron Baden con destino a Río de Janeiro en 1818; se dijo que 20.000 alemanes y 30.000 franceses marcharon a Estados Unidos en 1817;

ese mismo año, más de 9.000 habitantes empobrecidos de Wurtemberg hicieron el largo trayecto a pie hacia el este, en dirección al imperio ruso, en respuesta a las promesas de apoyo hechas por el zar Alejandro I (1777-1825). El movimiento masivo de seres humanos a través de grandes extensiones de territorio trajo consigo enfermedades epidémicas, especialmente en las condiciones absolutamente insalubres en las que los ejércitos y las bandas de emigrantes sin recursos y de mendigos menesterosos subsistían en una época anterior a la introducción de las precauciones higiénicas más elementales y de los remedios a base de antibióticos. Las muertes ocasionadas por la viruela se cuadruplicaron en París entre 1816 y 1818, y también en los Países Bajos estalló una gran epidemia. La desnutrición debilitaba la capacidad de resistencia de las personas y hacía que fueran propensas a sufrir diarrea, disentería y edemas; en la ciudad de Brescia, en el norte de Italia, los hospitales acogieron casi trescientos casos de escorbuto solo durante la primera mitad de 1816. El tifus, transmitido por el piojo, se propagó con particular rapidez, afectando a casi todas las ciudades de Inglaterra y Gales, Escocia e Irlanda: solo en 1818 se registraron unos 32.000 casos de esta enfermedad y 3.500 perdieron la vida por esta causa en Glasgow, ciudad que por entonces tenía 130.000 habitantes. Las medidas de socorro contra el hambre solo impidieron que la enfermedad se propagara con más rapidez aún. En Irlanda, un médico consideraba, con no poca razón, que «el contagio se había propagado rápidamente debido al número de gente que andaba vagando en busca de subsistencia, y también por los establecimientos encargados de distribuir sopa y otras provisiones entre los pobres, en los que se congregaban auténticas multitudes».

La peste bubónica se propagó rápidamente por los Balcanes, llegando en 1815 a Italia, donde causó la muerte a una séptima parte de la población de la localidad italiana de Noja, cerca de Bari, a orillas del Adriático; cuando llegó a las Baleares devastó

la población de las islas, causando en total 12.000 muertes en 1820. Un gran número de personas murió de la peste en Bosnia, quizá un tercio o más de la población urbana y una cuarta parte de la población rural. Desesperadas por el hambre, las gentes huían en manada de las zonas rurales hacia las ciudades infectadas en busca de comida, saltándose las cuarentenas y los cordones sanitarios. La población de la localidad dálmata de Makarska disminuyó de 1.575 a 1.025 individuos como consecuencia de la epidemia, mientras que la aldea de Tučepi perdió a 363 de sus 806 habitantes. La administración otomana, que todavía gobernaba la mayor parte de los Balcanes, era incapaz de hacer frente a aquellas calamidades. Aquel fue el último gran estallido de la peste en Europa, y fue muy grave. Un estudio histórico de la epidemia ha llegado a la conclusión de que «la catástrofe sanitaria y demográfica que asoló Bosnia durante los años 1815-1818 no tuvo parangón en ningún otro país europeo desde los tiempos de la Peste Negra de 1347-1351». En el Mediterráneo occidental, los puertos de mar improvisaron precipitadamente medidas de cuarentena antes de acoger a los barcos que atracaban en ellos, mientras que en la monarquía de los Habsburgo las provincias de la Frontera Militar, esto es, los confines provistos de fuertes guarniciones que la separaban del imperio otomano, supusieron una barrera más frente a las comunicaciones. Estas instituciones resultaron en buena parte eficaces, impidiendo que la plaga se extendiera hacia el norte y hacia el oeste. No obstante, el efecto conjunto de todos estos factores, en particular las malas cosechas y las enfermedades epidémicas, fue el incremento de la mortandad en toda Europa. En la mayor parte de la Europa occidental las tasas de mortalidad subieron entre el 8 y el 9%, pero algunas zonas se vieron particularmente afectadas; por ejemplo, los índices de mortalidad se duplicaron en el este de Suiza durante este mismo período.

A partir de 1816, Europa experimentó la oleada más generalizada y violenta de motines contra la escasez de grano desde la

Revolución Francesa. En Anglia Oriental la muchedumbre hambrienta, blandiendo porras claveteadas de pinchos y pancartas que rezaban «Pan o sangre», destrozó las casas de los presuntos especuladores exigiendo la rebaja de los precios del pan y de la carne. En el norte de Inglaterra y Escocia, el populacho se incautó de los almacenes de grano y atacó las casas de los molineros, los tenderos y los comerciantes de cereal. En muchos lugares de Francia, grupos de gente se encargaron de impedir el traslado del grano fuera de su comarca, mientras que en Italia los graneros y las panaderías fueron saqueados, produciéndose también grandes asonadas en demanda de pan en Augsburgo y en Múnich. Cuando en junio de 1817 los precios de los cereales alcanzaron unos niveles sin precedentes hasta entonces en los Países Bajos, la muchedumbre asaltó y saqueó las panaderías, y utilizó el segundo aniversario de la batalla de Waterloo para protestar contra el precio del pan. La muchedumbre asaltó las granjas en el este de Francia y los motines fueron tan numerosos que a algunos les recordaron la movilización de campesinos de 1789 llamada la Grande Peur (el «Gran Miedo»). En muchos casos esos disturbios adoptaron un tono decididamente político, sobre todo en la sublevación masiva de Lyon de 1817, desencadenada por los rumores que empezaron a correr acerca del inminente regreso de Napoleón. El 10 de marzo de 1817 en Mánchester, varios cientos de tejedores (los *Blanketeers* o manteros) tomaron la resolución de viajar a Londres para exigir medidas que aliviaran la crisis de la industria algodonera. En junio la política tuvo bastante que ver en la sublevación fallida de Nottingham, llamada la «revolución de Pentrich», y también en la insurrección de Breslavia del 23 de agosto de ese mismo año, cuando los reclutas se negaron a prestar el juramento de lealtad de la milicia prusiana. Si nos fijamos en estos disturbios desde una perspectiva europea en general, es evidente que fundamentalmente fueron causados no ya por factores políticos locales o nacionales, sino por la crisis de subsistencia, por el desempleo y la indigencia masivos, y

en muchos casos por el temor de que pudiera sobrevenir algo peor. De los 2.280 procesos emprendidos en Francia durante el Terror Blanco de los años posnapoleónicos, la inmensa mayoría tuvieron que ver con delitos tales como obligar a bajar los precios del pan, impedir el envío de cargamentos de grano, resistirse a los recaudadores de impuestos o cortar árboles en bosques de propiedad privada. La política contrarrevolucionaria desempeñó solo un papel marginal.

Incluso cuando la crisis empezó a remitir en 1819, los motines persistieron. Una concentración de protesta pública de cerca de 60.000 personas organizada en el mes de agosto en St. Peter's Field, en Mánchester, fue dispersada a tiros por el Ejército en una acción bautizada popularmente como la «matanza de Peterloo», en una alusión irónica a la batalla de Waterloo; quince manifestantes perdieron la vida. Ese mismo año se generalizaron las algaradas de tintes antisemitas por toda la Europa occidental y central, que recibieron el nombre de movimiento Hep-Hep, disturbios atribuidos por las autoridades inquietas a las maquinaciones de ciertas sociedades secretas. Con toda verosimilitud fueron consecuencia del resentimiento popular contra el éxito comercial percibido de los empresarios y hombres de negocios judíos en una época de penuria económica generalizada. Artesanos enfurecidos, azuzados en las ciudades universitarias por grupos de estudiantes radicales, llevaron a cabo ataques físicos contra los judíos, destruyeron sus propiedades y obligaron a muchos a huir. Los disturbios se propagaron desde Wurzburgo hasta Karlsruhe y Heidelberg, y siguiendo el Rin hasta Fráncfort, llegando por el norte hasta Copenhague y las localidades vecinas, donde los marineros se unieron a la población para arrojar piedras contra las casas de los judíos, por el este hasta Cracovia, Danzig, Praga y Riga, y por el oeste hasta los departamentos franceses del Alto y Bajo Rin y del Mosela. Como se produjeron ataques contra la propiedad, las autoridades actuaron con decisión en todas partes con el fin de sofocar los disturbios, y en

1820 la oleada de algaradas ya había cesado. También en este caso, la participación en algunas ciudades de personas acomodadas y de estudiantes universitarios dio a aquellos tumultos un elemento político que resultaba sumamente alarmante para las autoridades.

La crisis posnapoleónica y los disturbios que la acompañaron en toda Europa, pese a lo desigual de su distribución tanto por su incidencia como por su impacto, empujó a los gobiernos a adoptar medidas de bienestar y de auxilio social, dando pie a la aceptación general de la obligación que tenía el Estado de dar los pasos necesarios para aliviar la miseria de los sectores más empobrecidos de la población. En 1815-1819 la capacidad de los estados europeos de poner en práctica este principio fue a menudo muy limitada. Los frecuentes cambios fronterizos de las décadas anteriores, el hecho de que los estados recién creados estuvieran todavía ocupados en montar su maquinaria administrativa y su extensión a las zonas más alejadas, y las dificultades a la hora de llevar grano a las partes más deprimidas del país —en una época en la que los caminos aún eran a menudo muy rudimentarios, todavía no existía el ferrocarril, los canales eran escasos y los ríos apenas navegables—, todo eso suponía que los habitantes de las regiones más apartadas se vieran condenados a morir de hambre, a menos que emigraran a lugares más próximos a los centros de poder. Pero los disturbios contribuyeron también a incrementar el temor generalizado entre las élites a que el descontento pudiera dar lugar a una revolución, como había sucedido en 1789, con todas las consecuencias que había tenido. Resultado de todo ello fue que el acomodo posnapoleónico prestara tanta atención a evitar la revolución y a reprimirla allá donde diera la impresión de que estaba teniendo lugar, como a frustrar cualquier ambición militar y política de Francia que pudiera constituir una amenaza en el futuro.

Después de Napoleón

Antes de que las potencias europeas vencedoras lograran poner punto y final a las guerras de la Revolución Francesa y a las guerras napoleónicas del pasado, tuvieron que hacer frente al repentino regreso de Napoleón de su exilio forzoso en la isla mediterránea de Elba. La monarquía francesa restaurada en la persona de Luis XVIII (1755-1824), hermano del ejecutado Luis XVI (1754-1793), había tenido problemas casi de inmediato, al verse superada por la necesidad de pagar el legado de la guerra. Mantuvo las impopulares tasas impuestas por Napoleón, impuso recortes al gasto del Ejército y reinstauró la censura después de décadas de apasionados debates. La proclamación de un catolicismo combativo como religión oficial del Estado la malquistó con muchos franceses cultos. Había el temor generalizado a que el rey intentara restituir las tierras confiscadas por la Revolución a sus propietarios originales, clérigos y aristócratas. El regreso de Napoleón desencadenó, por tanto, un estallido de sentimiento popular a favor de preservar el legado de la Revolución. «La gente del campo —comunicaba un funcionario local desde el centro de Francia— manifiesta un extraordinario sentimiento de entusiasmo [por Napoleón]; cada noche se encienden hogueras en lugares eminentes, y hay celebraciones públicas en muchos municipios». Y a modo de conclusión añadía: «Suele afirmarse que si el emperador no hubiera vuelto para poner a los aristócratas en su sitio, los campesinos se habrían encargado de masacrarlos».

Pero estos estallidos de entusiasmo, acompañados de manifestaciones de apoyo por parte de los obreros de París, ofendieron a numerosos notables de la burguesía, y el antiguo emperador se enfrentó además a la hostilidad del clero. En zonas como la Vendée, el Midi o Bretaña, tradicionalmente favorables a la monarquía, no logró conseguir mucho apoyo. Fue sobre todo entre sus antiguos soldados, irritados por los despidos en masa y por las medidas económicas impuestas por la monarquía restaurada, entre los que Napoleón se hizo popular. «Solo tengo a mi lado al

pueblo y al ejército hasta el grado de capitán —comentó el emperador—. El resto tiene miedo de mí, pero no puedo fiarme de ellos». Su llegada puso de manifiesto las profundas divisiones dejadas en la sociedad francesa por un cuarto de siglo de cambio revolucionario. No obstante, al cabo de unas semanas de su desembarco en Francia el 1 de marzo de 1815, fue capaz de reunir cien mil hombres, mientras que los responsables de la administración local, en su mayoría nombrados por él, llevaron a cabo su labor de reclutamiento como habían hecho antes, y los veteranos se unieron bajo la bandera imperial. Interrumpiendo las negociaciones de paz que habían emprendido, los aliados actuaron con celeridad, temerosos de que, si continuaba mucho tiempo en el poder, el ex emperador reanudara rápidamente su carrera de conquistas y de búsqueda de la gloria. Al cabo de unas semanas también ellos lograron reunir una fuerza militar formidable, compuesta por 112.000 soldados británicos, holandeses y alemanes al mando de Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852). Consiguieron cortar el paso al ejército de Napoleón en la localidad de Waterloo el 18 de junio de 1815, hasta que a las 4.00 de la tarde llegaron otros 116.000 soldados prusianos al mando del veterano general Leberecht von Blücher (1742-1819), del que Napoleón pensaba erróneamente haberse deshecho dos días antes en la batalla de Ligny. Blücher vino en auxilio de los británicos y se unió a ellos en un ataque final que echó a los franceses fuera del campo de batalla y arrojó a Napoleón a otro destierro forzoso, esta vez, para mayor seguridad, a una remota isla del Atlántico, Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821.

Napoleón dejó tras de sí una leyenda política que rápidamente se convirtió en un poderoso mito entre los liberales, escritores, políticos, oficiales del ejército y estudiantes, animados por el giro (auténtico o no tan auténtico) hacia las ideas liberales que dio el propio emperador durante los Cien Días previos a Waterloo en un intento de ampliar sus apoyos. Mucho más consciente de

la debilidad de su situación, Napoleón había dado importantes pasos para tranquilizar al mundo y convencerle de que sus sueños de conquista habían terminado, y a los franceses de que iba a respetar los derechos y libertades del ciudadano y de que no volvería a comportarse como un dictador imperial. Continuó en esa misma línea en sus escritos del destierro hasta su muerte. Durante las décadas sucesivas, la leyenda del «emperador liberal» se reforzó todavía más. «Estando vivo —señalaba el escritor François-René de Chateaubriand (1768-1848)—, el mundo se le escapó de las manos; muerto, lo conquista de nuevo». En Francia, el «bonapartismo» se hizo sinónimo de patriotismo, del sufragio universal de los varones, de la soberanía de la nación, de las instituciones de una administración burocrática, centralizada y eficiente que trataba con equidad a todos los ciudadanos, de la consulta periódica del pueblo por parte de su gobierno a través de plebiscitos y referéndums, y de un contrato implícito entre los franceses y el Estado que comportaba orden social y estabilidad política, orgullo nacional y gloria militar. No muy alejado del republicanismo, el bonapartismo se diferenciaba de él por el mayor énfasis que ponía en una autoridad fuerte y en la gloria militar. Pero al igual que el republicanismo, echó profundas raíces en sectores muy significativos de la población francesa.

Tras reanudar sus vidas pacíficamente en las ciudades o en el campo, los antiguos soldados de los ejércitos de Napoleón propagaron sus ideas entre los franceses durante varias décadas después de la derrota final del corso en 1815. La que mayor fuerza llegó a tener fue la inspiración política del golpe de Estado militar del 18 de brumario (9 de noviembre) de 1799, que supuso el derrocamiento del Directorio revolucionario, elevó a Napoleón al poder como primer cónsul, y lo llevó a establecer el primer imperio francés en 1804. En particular durante la década de 1820, los oficiales radicales de toda Europa pensaron que aquella era la manera más rápida y eficaz de acabar con los regímenes represivos de la Restauración y de llevar a cabo una transforma-

ción liberal del sistema político en cualquier sitio. Mientras tanto, la imagen de Napoleón era ensalzada en incontables relatos populares y panfletos baratos, canciones folclóricas, cuadros y esculturas, viejas monedas imperiales, tabaqueras y baratijas, pañuelos y gorras, incluso en golosinas infantiles, con bombones y confecciones de azúcar fundido con la figura del emperador o caramelos baratos envueltos en papeles cubiertos de símbolos napoleónicos. Los hombres lucían bigotes extravagantes para demostrar su admiración por la Vieja Guardia de la Grande Armée, cuyos integrantes se jactaban de sus magníficos mostachos, y se ponían violetas o claveles rojos en el ojal para desafiar la prohibición impuesta a esos colores imperiales por la monarquía francesa restaurada. También fuera de Francia para muchos el culto a Napoleón venía a representar la admiración por los logros de la Revolución, traducidos en la reforma llevada a cabo con determinación tras los excesos del Terror de comienzos de la década de 1790. Los republicanos irlandeses y los nacionalistas polacos buscaron inspiración en Napoleón para sus luchas políticas. Simón Bolívar (1783-1830), el libertador venezolano que arrancó grandes áreas de Sudamérica de la dominación española, admiraba tanto a Napoleón que viajó hasta Milán para ver cómo su héroe era coronado rey de Italia. En China y Madagascar, algunos veneraban a Napoleón como si fuera un dios.

En la propia Francia hasta la propia batalla de Waterloo se convirtió, vista en retrospectiva, en una especie de victoria de los franceses, en una celebración del valor contra todo pronóstico, del patriotismo y del sacrificio personal en nombre de la «Gran Nación». «La Vieja Guardia muere —se supone que dijo en Waterloo el general Pierre Cambronne (1770-1842)—, pero nunca se rinde». Poco importaba que la cita fuera con toda probabilidad una invención de época posterior, y que Cambronne acabara rindiéndose: su actitud desafiante ejerció una poderosa fascinación para las generaciones futuras. En *La cartuja de Parma* (1839), de Stendhal (pseudónimo de Henri-Marie Beyle,

1783-1842), el protagonista de la novela, Fabrice del Dongo, se une a Napoleón por puro idealismo, mientras que en *Rojo y negro* (1830), del mismo autor, la Francia posnapoleónica retratada es un país de hipocresía, esnobismo y autosuficiencia. Otro novelista francés, Victor Hugo (1802-1885), dedicó más de cuarenta páginas de su obra *Los miserables* (1862) a reproducir la batalla de Waterloo, especulando en muchos momentos con cuánta facilidad habría podido acabar de otra manera. El plan de batalla de Napoleón había sido «magistral», pero se había visto frustrado por la lluvia («unas cuantas gotas de agua»), que retrasó el movimiento inicial de la artillería, por la configuración del terreno, por la fortuna, y por la táctica de manual de Wellington («Wellington era el Baréme [es decir, el especialista en la estrategia técnica] de la guerra, Napoleón el Miguel Ángel… esta vez el genio fue vencido por el cálculo… Waterloo fue una batalla de primer orden, ganada por un capitán de segunda fila»). De haber vencido Napoleón, las cosas habrían sido muy distintas. «Waterloo no fue una batalla; fue un cambio en el rumbo del mundo».

En realidad, la derrota final de Napoleón no fue puesta nunca en duda; aunque Wellington, como dio la impresión de que pudiera suceder en más de un momento, estuviera a punto de ser echado fuera del campo de batalla antes de que llegaran Blücher y sus prusianos, Napoleón habría acabado por ser vencido por la mera contundencia numérica de los aliados. Un gran ejército capitaneado por los austríacos se hallaba acampado en la margen derecha del Rin, y una gigantesca fuerza rusa marchaba hacia el oeste, y había llegado ya a Alemania en el momento en que se libraba la batalla de Waterloo. Sencillamente Napoleón no fue capaz de reunir tropas suficientes para poder compararse con cualquiera de estos contingentes, y menos aún con los dos a la vez. No obstante, el espectro evocado por el regreso de Napoleón, de que pudieran llegar a repetirse los conflictos del último cuarto de siglo, había resultado alarmante en extremo. Había inducido a los monarcas de Gran Bretaña, Austria, Prusia, Rusia y muchos

otros estados europeos más pequeños a llevar a cabo una intervención concertada en los asuntos de otra nación soberana. Eso ya había ocurrido antes, en la década de 1790, pero entonces al menos había habido la excusa de que los revolucionarios de Francia amenazaban la vida del rey y de su esposa, María Antonieta, hermana del emperador austríaco. Aparte de eso, habían amenazado con extender los principios democráticos de la Revolución a otros lugares de Europa. Lo sorprendente de la intervención de 1815 fue su carácter absolutamente preventivo. Sentó las bases para ulteriores acciones de este tipo durante los años venideros. Siempre que la amenaza de la revolución pareciera inminente, las grandes potencias de Europa estarían claramente dispuestas a unir sus fuerzas para sofocarla antes de que se hiciera realidad.

Meter de nuevo al genio del cambio revolucionario en la botella de la historia no fue fácil. En efecto, la destrucción acarreada por las guerras ocasionadas por Napoleón y sus predecesores desde comienzos de la década de 1790 no había sido solo física. Napoleón había trazado de nuevo el mapa de Europa varias veces, anexionando grandes zonas del continente a Francia, desde las ciudades de la Liga Hanseática al norte y los Países Bajos al noroeste hasta Italia por el sur, creando un imperio francés que en su momento de máximo esplendor ocupaba casi 500.000 kilómetros cuadrados y daba cabida a 44 millones de personas. Todo ese territorio lo había rodeado de un anillo de estados satélites, a menudo gobernados por sus parientes, entre ellos el gran ducado de Varsovia, el reino de Italia y el reino de Westfalia. El Sacro Imperio Romano Germánico, creado por Carlomagno en 800, había llegado a su fin de forma muy poco gloriosa en 1806. Muchos de esos cambios serían revocados en 1815, pero Napoleón había demostrado que las fronteras no eran inmutables. Además había otros cambios. El poder de la Iglesia había sido reducido, siendo secularizadas grandes superficies de terreno y siendo borrados del mapa los estados eclesiásticos. El registro de nacimientos,

bodas y fallecimientos había sido traspasado a las autoridades seculares. Muchos monasterios habían sido clausurados, y el poder de la Iglesia había sido reducido más aún en muchas zonas debido a la introducción de la libertad de religión, el matrimonio civil y el divorcio, la educación laica y el nombramiento de los clérigos por el Estado. La Iglesia había sido presionada además para que admitiera la introducción de la libertad de cultos y la concesión de una buena dosis de igualdad de derechos a los no cristianos, y en particular a los judíos.

En todos los lugares en los que había gobernado Napoleón había sustituido unas costumbres y unos privilegios rancios ya por la racionalidad y la uniformidad. Mientras los ejércitos del emperador corrían desbocados por Europa, sus burócratas avanzaban en silencio detrás de ellos, reorganizándolo, sistematizándolo y normalizándolo todo. En las zonas que Francia se había anexionado y en los territorios fronterizos en los que había establecido estados clientes, particularmente en el oeste de Alemania, el norte de Italia y los Países Bajos, había surgido una nueva generación de burócratas profesionales encargados de administrar las cosas mientras Napoleón estaba ausente dirigiendo sus inacabables campañas militares. Las jurisdicciones locales y regionales, como las que ostentaban cientos de caballeros imperiales en el Sacro Imperio Romano Germánico, y los tribunales eclesiásticos y señoriales, habían sido sustituidas por un sistema de uniformidad centralizada, administrada por una burocracia judicial. En todas esas zonas, el Código Napoleónico había eliminado las leyes y ordenanzas preexistentes, a menudo ligadas a la tradición, introduciendo un elemento clave de igualdad ante la ley, aunque en ciertos aspectos este principio fundamental de la Revolución Francesa había sido modificado por la visión más conservadora que tenía el emperador de asuntos tales como los derechos y deberes de la mujer. Allí donde el Código estaba vigente, los derechos de propiedad estaban garantizados como no lo habían estado nunca en muchas zonas. El Código respetaba muchas de las

ideas clave de la Revolución Francesa, incluida la libertad del individuo y, como el propio Napoleón proclamaría en su testamento, la igualdad de oportunidades, «la carrera abierta al talento», y «el imperio de la razón». Pesos y medidas habían sido estandarizados, al menos hasta cierto punto, las aduanas internas habían sido eliminadas, los gremios y otras restricciones a la libertad de movimientos de los trabajadores habían sido abolidos, y los siervos habían sido liberados (incluso en Polonia). Napoleón había llevado los cambios a todas partes, y cuando marchó a su destierro definitivo en Santa Elena en 1815, era evidente que muchos de ellos ya no podrían ser revocados.

El legado de Napoleón llegó mucho más lejos. Las guerras de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX habían tenido una magnitud no solo europea, sino global. Habían hecho añicos algunos imperios globales ya existentes y habían allanado el camino al establecimiento de nuevas relaciones entre Europa y el resto del mundo. El dominio británico en buena parte de América del Norte había sido destruido ya por la guerra de independencia americana. Pero, a su vez, los ingleses habían acabado con lo que quedaba del poder de Francia en Canadá y en la India, y se habían apropiado de las colonias holandesas y españolas del Caribe, anexionándose además la isla Mauricio, el cabo de Buena Esperanza, Singapur y Ceilán. Surgieron movimientos republicanos, inspirados por la Revolución Francesa y apoyados por los británicos, en toda América Latina. Su figura más destacada, Simón Bolívar, reclutó diversos ejércitos no regulares formados por mestizos y americanos nativos para derrotar a las fuerzas de la corona y establecer una serie de estados independientes correspondientes a los antiguos virreinatos españoles —Venezuela, Colombia, Bolivia, Ecuador y Perú—, mientras que otros movimientos similares más al sur habían dado lugar a la creación de Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay, como estados independientes o autónomos. Entre 1811 y 1824 el imperio español de las Américas fue destruido. España había quedado demasiado

debilitada por la devastadora guerra de la Independencia (1808-1814) para reclutar tropas suficientes que le permitieran imponerse: y en cualquier caso, de los 42.000 soldados enviados a América entre 1811 y 1819, en 1820 solo quedaban 23.000; el resto había sucumbido a las enfermedades y a la deserción. La Armada española, destruida en la batalla de Trafalgar (1805), fue incapaz de bloquear los puertos sublevados y no pudo derrotar a la Armada rebelde al mando de un radical, antiguo oficial de la marina inglesa, lord Thomas Cochrane (1775-1860). El poderío naval era vital para el movimiento independista sudamericano, y fue el poderío naval de los ingleses el que inclinó la balanza a su favor.

El gobierno británico, pese a permanecer aparentemente neutral, hizo la vista gorda ante individuos como Cochrane, que aseguraban el suministro de materiales ingleses. Le interesaba mucho abrir América Latina al libre comercio, y cuando Inglaterra reconoció a los nuevos estados en 1823, la Doctrina Monroe, proclamada por el presidente de Estados Unidos, que se oponía a todo tipo de intervención europea en las Américas, puso fin a cualquier acción ulterior. En 1826, el secretario del Foreign Office británico George Canning (1770-1827) justificaría los largos años de apoyo de Inglaterra a Bolívar en los siguientes términos: «Determiné que si Francia tenía España, no tendría España y además las Indias. Hice nacer el Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del Viejo». Para entonces, Brasil también se había independizado de Portugal, una vez más como consecuencia de las guerras napoleónicas. Cuando los franceses conquistaron Portugal en 1807, el regente don Juan (1767-1826), en nombre de la reina María la Loca (1734-1816), se trasladó a Río de Janeiro y estableció allí la corte, proclamando a Brasil estado plenamente soberano con todos los derechos y privilegios que ello comportaba. Esto redujo a Portugal a la condición de mera provincia de Brasil, especialmente cuando don Juan, al convertirse en rey a la muerte de María en 1816, decidió permanecer en Río. En 1820,

ante los disturbios políticos desencadenados en Portugal, don Juan se vio obligado a regresar a Lisboa en calidad de rey. Y además no tuvo más remedio que aceptar la política de restablecimiento de las restricciones mercantiles sobre el comercio con Brasil. Esto a su vez llevó a su hijo don Pedro (1798-1834), a la sazón regente de Brasil, a ceder a las presiones mercantiles brasileñas y a convertirse en rey de una monarquía constitucional independiente de Brasil en 1822. La intervención portuguesa fue derrotada por la flota del almirante Cochrane, y los ingleses reconocieron la soberanía brasileña en 1825.

El fin de los imperios europeos en las Américas estuvo, pues, ligado inextricablemente a los acontecimientos ocurridos en Europa: el fermento de ideas generadas por la Revolución Francesa; la afirmación del poderío marítimo británico en la campaña diseñada para abrir al mercado libre nuevas zonas de Sudamérica controladas por el mercantilismo; la ruptura de los contactos entre las Américas y las metrópolis coloniales europeas debido a la guerra; y la insistencia de los estados europeos en imponer rígidas regulaciones económicas y tasas, en algunos casos nuevas, a las colonias americanas, cada vez más prósperas y autónomas. Al mismo tiempo, los acontecimientos que se desarrollaron en las Américas tuvieron también profundas repercusiones sobre Europa. Para los liberales, los radicales y los revolucionarios europeos, Latinoamérica (con la excepción de Brasil, donde la esclavitud no sufrió prácticamente cambio alguno durante las décadas siguientes) se convirtió en el ejemplo clásico del éxito de los movimientos en pro de la emancipación y la liberación. Las guerras de liberación de Bolívar proporcionaron un nuevo modelo de heroísmo que, con el tiempo, hallaría una nueva encarnación en la figura carismática de Giuseppe Garibaldi (1807-1882), que regresaría del exilio en Uruguay y Brasil para encabezar la lucha popular en pro de la unificación de Italia.

Los vínculos entre los liberales hispanoamericanos y europeos fueron múltiples y estrechos. Los revolucionarios latinoamerica-

nos publicaron celosamente en el Viejo Continente justificaciones de sus acciones y mantuvieron correspondencia con una sorprendente pluralidad de pensadores europeos. El padre de la independencia guatemalteca, José Cecilio del Valle (1780-1834), por ejemplo, intercambió regularmente cartas con Jeremy Bentham (1748-1832) y Alexander von Humboldt (1769-1859), que, por su parte, había efectuado grandes viajes por la América Central y meridional. Al mismo tiempo, exiliados italianos como Giuseppe Pecchio (1785-1835), obligados a abandonar Italia y marchar a Inglaterra a raíz de la fallida sublevación de 1821, asesoraron a algunos liberales latinoamericanos, como el propio Del Valle, mientras que un grupo de emigrados italianos, entre los cuales destaca Claudio Linati (1790-1832), tomaron parte activamente en la política de las luchas de la revolución mexicana entre las facciones de los «yorkinos» y los «escoceses», cuyos nombres derivaban de su adscripción a sendas logias masónicas. El ejemplo de Latinoamérica fue particularmente poderoso en el sur de Europa, donde la distancia lingüística era menor que respecto de alemanes, polacos y rusos. Los liberales y los revolucionarios obligados a marchar al exilio por los regímenes reaccionarios de la Restauración formaron una especie de internacional radical cuyas conexiones se extendían por todo el Atlántico.

Los sucesos de la era de la Revolución y de Napoleón modificaron el equilibrio de fuerzas entre las diferentes partes del mundo. Ello no fue el resultado de ningún proceso a largo plazo en virtud del cual Europa fue volviéndose superior a otras partes del globo en términos de competitividad, dedicación religiosa, o cultura. Los grandes imperios preindustriales no eran nada insólito en el mundo de los siglos XVII y XVIII. El imperio chino en particular dejaba pequeños en tamaño a los imperios europeos. El imperio otomano, aunque llegó a su máximo apogeo en torno al año 1700, tras el fracaso del asedio de Viena en 1683, seguía cubriendo una enorme franja de territorios, desde el sureste de Europa y el norte de África hasta el océano Índico y Oriente Medio.

Hasta la década de 1750 los estados islámicos seguían gobernando la India y el Sureste Asiático. En África, grandes estados como Oyo o Benín controlaban una gran diversidad de territorios y pueblos. Pero la invasión de Egipto por Napoleón socavó el dominio del imperio otomano sobre la región y amenazó su hegemonía sobre el mundo musulmán con la captura del centro doctrinal de la mezquita de al-Azhar, en El Cairo. Diversos movimientos fundamentalistas habían planteado un reto más a la legitimidad otomana. Los ingleses habían detenido al emperador mogol de la India y habían invadido los palacios reales de Java. En China la expedición a Pekín capitaneada en 1793 por lord George Macartney (1737-1806) había dado lugar a una larga relación, cada vez más problemática, con los estados europeos, mientras que la muerte del emperador Qianlong en 1799 había socavado más directamente la legitimidad de la dinastía Qing, al tiempo que estallaban diversas luchas de facciones y revueltas contra la corrupción del régimen, surgidas paulatinamente en una provincia tras otra.

Las guerras globales que terminaron en 1815 socavaron la legitimidad de los gobernantes en todas partes, no solo en Europa. Cuando llegaron a su final, las relaciones entre Europa y el resto del mundo habían variado de modo trascendental. Otros estados a lo largo y ancho del globo habían logrado incrementar su producción y su prosperidad durante el siglo XVIII, siguiendo en buena parte el ritmo del desarrollo económico europeo; pero en 1815 todos ellos habían quedado rezagados, debido al impacto de la competencia europea. China estaba volcada en solventar sus propios asuntos internos, lo mismo que Rusia y Estados Unidos; ninguno de ellos aspiraba a desempeñar un papel global en el siglo XIX, aunque todos fueran capaces de ejercerlo. Francia se hallaba agotada por las continuas guerras, mientras que su economía, camino de la industrialización en el siglo XVIII, en 1815 había quedado hecha añicos. Lo mismo que España y Portugal, Francia había perdido la mayor parte de su imperio ultramarino. En 1815

los ingleses no tenían ningún rival serio. No obstante, los prolongados conflictos de la época habían estimulado a los estados europeos a reformarse de arriba abajo; de hecho, muchos se habían visto obligados a adoptar algunos de los principios defendidos por los franceses para vencer a Napoleón en su propio terreno.

El reino de Prusia, por ejemplo, se había visto obligado a liberar a sus siervos de los deberes y obligaciones más onerosos a los que habían estado sujetos, a modernizar su ejército y a reformar la administración burocrática del Estado con el fin de hacerla más eficaz. El ministro reformista del zar Alejandro I, Mijaíl Speranski (1772-1839), brillante administrador de orígenes humildes, había encabezado la centralización del destartalado aparato burocrático del estado ruso reduciendo drásticamente el poder de la aristocracia sobre la dirección de los asuntos del país y racionalizando la administración mediante un sistema de ministerios funcionales presididos por un Consejo de Estado encargado de examinar atentamente la legislación imperial. Sin embargo, sus planes más amplios de reforma, que incluían la introducción de instituciones representativas, se vieron frustrados, y provocaron su destitución en 1812. Para entonces, en cualquier caso, Speranski había logrado aprobar una gran reforma de la educación y la creación de un nuevo sistema de escuelas secundarias y la fundación de nuevas universidades en varias grandes ciudades. En muchos lugares de Europa, la influencia de Napoleón había dado pie a una mayor eficacia en la administración y en actividades de importancia trascendental como el reclutamiento de tropas y la recaudación de impuestos, mejoras que fueron acompañadas de medidas destinadas a estimular la producción económica, y a permitir que los más emprendedores acumularan riqueza para sí y para sus familias siempre y cuando pagaran al Estado sus correspondientes tributos. La eficacia militar se vinculó de ese modo de manera productiva al desarrollo económico de una manera que el carácter restrictivo y la rapaci-

dad de las políticas económicas de China o el imperio otomano no permitían.

Sobre todo, fue tal vez el dominio europeo —y, como consecuencia de las guerras, fundamentalmente británico— de los mares lo que sentó las bases de la nueva relación hegemónica de Europa con el resto del mundo a partir de 1815. Permitió a los europeos colonizar más partes del globo, como Australia o muchas zonas de África, donde el Estado era débil, inexistente o estaba peor equipado en tecnología militar. Y les proporcionó los medios necesarios para estrangular los centros de producción rivales gracias a su control del comercio marítimo. La fuerza motriz de esta expansión fue un conjunto de ideologías, a las que dieron una expresión concreta la Revolución Francesa y las guerras internacionales que la siguieron, y que legitimaron las convicciones de que las ideas y creencias de los europeos eran superiores a las de la inmensa mayoría del resto del mundo, excepto allí donde, como en América, ya se habían afincado. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad propagadas por la Revolución Francesa y reclamadas en retrospectiva por Napoleón no cuajaron allí de forma inmediata. Napoleón reintrodujo incluso la esclavitud en Haití tras su abolición por el líder rebelde Toussaint Louverture (*c.* 1743-1803), inspirado por los ideales de la Revolución Francesa. La idea de la superioridad europea en términos de política de poder y de fuerza económica y tecnológica sobre el resto del mundo se había generalizado antes de 1789; durante los cien años siguientes a 1815, tuvo por primera vez una base reconocible en la realidad. Y de manera crucial a largo plazo el ataque contra los principios hereditarios, iniciado en América y difundido desde Francia por toda Europa, socavó fatídicamente la legitimidad de instituciones tales como la monarquía, la aristocracia, la esclavitud y la servidumbre. Las consecuencias de ese ataque se harían más significativas todavía a medida que fuera avanzando el siglo.

El congreso de Viena

El 1 de noviembre de 1814, tras una larga serie de encuentros preparatorios, los jefes de Estado y los representantes de las principales potencias europeas se reunieron en Viena para decidir cómo había que recomponer Europa. Con una breve interrupción que sembró el pánico, pero que duró solo lo que duraron el regreso de Napoleón y su derrota en Waterloo, el congreso permaneció reunido hasta el 8 de junio del año siguiente, y tras él se reanudaron las negociaciones que dieron lugar al acuerdo final del segundo tratado de París de 20 de noviembre de 1815. El congreso no tardó en hacerse legendario por sus abundantes fiestas, diversiones y bailes. Muchos de esos actos fueron increíblemente extravagantes. Los cálculos del número de velas empleadas en el baile de inauguración en una época anterior al descubrimiento de la luz eléctrica como aquella varían entre las 12.000 y las 16.000; para amplificar su potencia lumínica se utilizaron espejos; una asistente a la gala se sintió «deslumbrada y casi mareada» cuando se detuvo a contemplar el espectáculo desde lo alto de la escalera. El acto se vio ensombrecido solo por el robo, según se denunció, de una cuarta parte de las 10.000 cucharillas de plata suministradas para la ocasión. En otro baile, celebrado en la Escuela de Equitación de Viena, algunas damas de la corte aparecieron disfrazadas de elementos de la naturaleza. Según Anna Eynard-Lullin (1793-1868), la joven esposa de un rico suizo participante en las negociaciones, «la más bonita de toda esta mascarada fue sin duda alguna la Tierra», representada por un grupo de jóvenes que «lucían unos vestidos de tela de plata y llevaban los pechos cubiertos de diamantes; el cabello cuidadosamente cepillado enmarcaba su rostro con suma modestia, y en lo alto llevaban cestas de diamantes de una forma deliciosa, que rodeaban su cabeza y de las cuales caía en cascada una gran cantidad de flores». Además de la música y el baile, hubo un magnífico bufé que ofrecía, según comentaba Eynard-Lullin, «mil cosas ricas de comer, helados, ponche, caldos, dulces de todas clases y las exquisiteces más delicadas». El 6 de diciem-

bre de 1814 el baile ofrecido por el zar Alejandro I en el palacio Razumovski fue acompañado de una cena de treinta y seis platos, que fue servida en veinte mesas grandes. Poco después, todo el palacio ardió hasta quedar reducido a cenizas en un incendio causado por el mal funcionamiento del sistema de calefacción recientemente instalado, que destruyó la biblioteca entera del príncipe Razumovski, junto con su colección de obras de arte, muebles y muchas otras cosas. Numerosos asistentes al congreso, incluido el propio zar, acudieron a contemplar el espectáculo de las llamas tan altas que hicieron que el tejado se viniera abajo y cayera sobre lo poco que quedaba del contenido del palacio.

Con la presencia en Viena durante varios meses de varios miles de representantes de la aristocracia, miembros mayores y menores de varias casas reales, oficiales del ejército, diplomáticos y parásitos de diverso tipo, las oportunidades para la intriga, el coqueteo y la seducción fueron casi ilimitadas, y los diarios de muchos de los participantes en el gran acontecimiento están llenos de detalles acerca del torbellino social que acompañó los acuerdos. Quien llevó siempre la iniciativa en las negociaciones llevadas a cabo en la capital austríaca y durante las diversas reuniones que tuvieron lugar antes y después del congreso, fue un noble renano de cuarenta y pocos años, el conde (y posteriormente príncipe) Klemens von Metternich (1777-1859). A lo largo de su carrera como diplomático había ido ascendiendo durante la época napoleónica, desempeñando un papel destacado en la concertación del matrimonio de una princesa de la casa de Habsburgo con Bonaparte en 1810. En aquellos momentos, Metternich, hombre apuesto, elegante, encantador y vanidoso, pero también inteligente, enérgico y muy trabajador, se había convertido en ministro de Asuntos Exteriores de Austria. Conduciría la política exterior del imperio de los Habsburgo durante más de tres décadas, y lo haría en el espíritu del Antiguo Régimen en el que se había criado y en el que había crecido. Desde su experiencia diplomática en diversas cortes europeas, había conseguido

un amplísimo conocimiento de los asuntos internacionales, y después de vivir, como había vivido, los cataclismos revolucionarios y napoleónicos, estaba decidido a que no volvieran a producirse nunca más convulsiones semejantes.

Metternich consiguió buena parte de su influencia debido al poder de Estado que representaba. El congreso no se celebró en Viena simplemente por la conveniencia de su posición geográfica, situada como estaba en el centro de Europa. Se celebró allí sobre todo porque Austria había tomado la iniciativa y había abogado por la formación de sucesivas coaliciones de potencias europeas con el fin de luchar contra el emperador francés. Finalmente había triunfado junto con Rusia, Prusia y otros estados menores, como Sajonia y Wurtemberg, que abandonaron a Napoleón en el momento decisivo, en la famosa batalla de las Naciones, de cuatro días de duración, que tuvo lugar en las cercanías de Leipzig en 1813. Con Francia hecha añicos y vencida, el imperio austríaco era el estado más poderoso de Europa. Con sus más de 23 millones de habitantes a comienzos de siglo, era una fuerza con la que por necesidad había que contar, perfectamente comparable a Francia (28 millones) y Rusia (unos 30 millones), y ante la cual quedaban pequeñas Gran Bretaña (11 millones), España (11 millones) y Prusia (16 millones en 1815). El poderío demográfico no se traducía automáticamente en influencia política, pero en una época dominada todavía por las masas y los ejércitos basados en la infantería, el número de habitantes indudablemente tenía una importancia grandísima. Mucho dependía de la capacidad que tuviera el estado en cuestión de movilizar sus recursos en tiempos de guerra. A diferencia de muchos otros estados, Austria no se había reformado de arriba abajo durante los tiempos de la Revolución y de Napoleón, y muchos destacados políticos austríacos consideraron la victoria final una reivindicación de las estructuras y métodos tradicionales. Por consiguiente, como cualquiera de las demás grandes potencias, Austria pretendía el restablecimiento del estado de cosas exis-

tente antes de 1789, en una visión ostentosamente simbolizada por el resurgimiento de la sociabilidad aristocrática prerrevolucionaria de los bailes y banquetes que tuvieron lugar en torno al congreso de Viena.

Desde luego en términos de población Rusia era el primero de los estados de Europa, aunque en aquellos momentos no por mucho, pues todavía no había extendido sus dominios hasta los inmensos territorios del Asia central y oriental y solo en 1813 había arrebatado el Cáucaso a la dinastía Qajar de Persia. El zar Alejandro I, que había subido al trono en 1801, cuando su padre, Pablo I (1754-1801) había sido asesinado por un grupo de oficiales de la guardia indignados con su estilo militar prusiano, era un personaje enigmático, hasta tal punto que Napoleón lo apodó «la Esfinge del Norte». Inicialmente liberal por sus inclinaciones, Alejandro concedió una constitución al gran ducado de Varsovia, dominado por Rusia desde 1815 como reino de Polonia, o Polonia del Congreso, y dio algunos pasos tendentes a la mejora del sistema educativo de la propia Rusia. Sin embargo, entre otras cosas como consecuencia de la invasión de Napoleón en 1812, se volvió cada vez más religioso y reaccionario, e insistió en retener personalmente el poder legislativo y administrativo de Rusia. La victoria de 1815 vino a confirmar aparentemente la viabilidad de las instituciones zaristas, de la autocracia y de la servidumbre, apuntaladas mediante la introducción de modestas reformas administrativas y militares. Aquel triunfo llevó a Alejandro a oponerse decididamente a cualquier otro cambio. Un ejército ruso había marchado a través de media Europa y en aquellos momentos ocupaba París. Esta circunstancia no solo marcó la creencia de Alejandro en la validez de su propia misión, sino que además anunciaba a quien quisiera oírlo que Rusia había pasado a ocupar el centro de la política europea.

Así pues, fue Alejandro el que en 1815 tomó la iniciativa de formar, junto con Austria y Prusia, una Santa Alianza que comprometía a estas tres potencias a prestarse ayuda mutua en caso

de que la religión, la paz o la justicia se vieran amenazadas en cualquier momento futuro. Seguidos posteriormente por otros estados menores, los firmantes del tratado convinieron gobernar de acuerdo con los principios del evangelio cristiano, de modo que en adelante la guerra quedara desterrada de Europa. Aquel ordenamiento reflejaba la fuerte tendencia de Alejandro hacia el idealismo, y de hecho lo obligaba, lo mismo que a las dos principales potencias germanas, a buscar la consecución de sus objetivos por medio de la cooperación, y no fomentando la discordia entre los rivales que formaban el triunvirato. El secretario del Foreign Office británico, lord Castlereagh (1769-1822), rechazaba en privado la Santa Alianza, calificándola de «muestra de sublime misticismo y tontería». Pero estaba lo suficientemente convencido de su utilidad en la práctica para conseguir que el príncipe regente (y rey a partir de 1820 con el título de Jorge IV [1762-1830]) suscribiera el acuerdo, al tiempo que evitaba cualquier compromiso formal por parte del gobierno británico. El espectro de la democracia evocado por la Revolución Francesa resultaba tan alarmante para los políticos conservadores ingleses como Castlereagh, como para el régimen burocrático de Prusia establecido tras la catastrófica derrota de los ejércitos prusianos a manos de Napoleón en las batallas de Jena y Auerstädt, o para el gobierno reaccionario dirigido por Metternich en Viena. La Santa Alianza ofrecía la perspectiva de una eventual intervención de Rusia para sofocar la revolución en otros países de Europa, concediendo a los rusos un papel que conservaron hasta mediados de siglo, y que no recuperarían hasta el término de la segunda guerra mundial; pero además lo hacía asegurándose de que Rusia no actuara sola, sino de acuerdo con las otras grandes potencias vencedoras.

Aterrorizados por la perspectiva de una reanudación de la guerra o de la violencia, sobre todo por parte de Francia, los negociadores de Viena se preocuparon no solo de restaurar y reforzar la legitimidad de los monarcas, sino también de conciliar, en

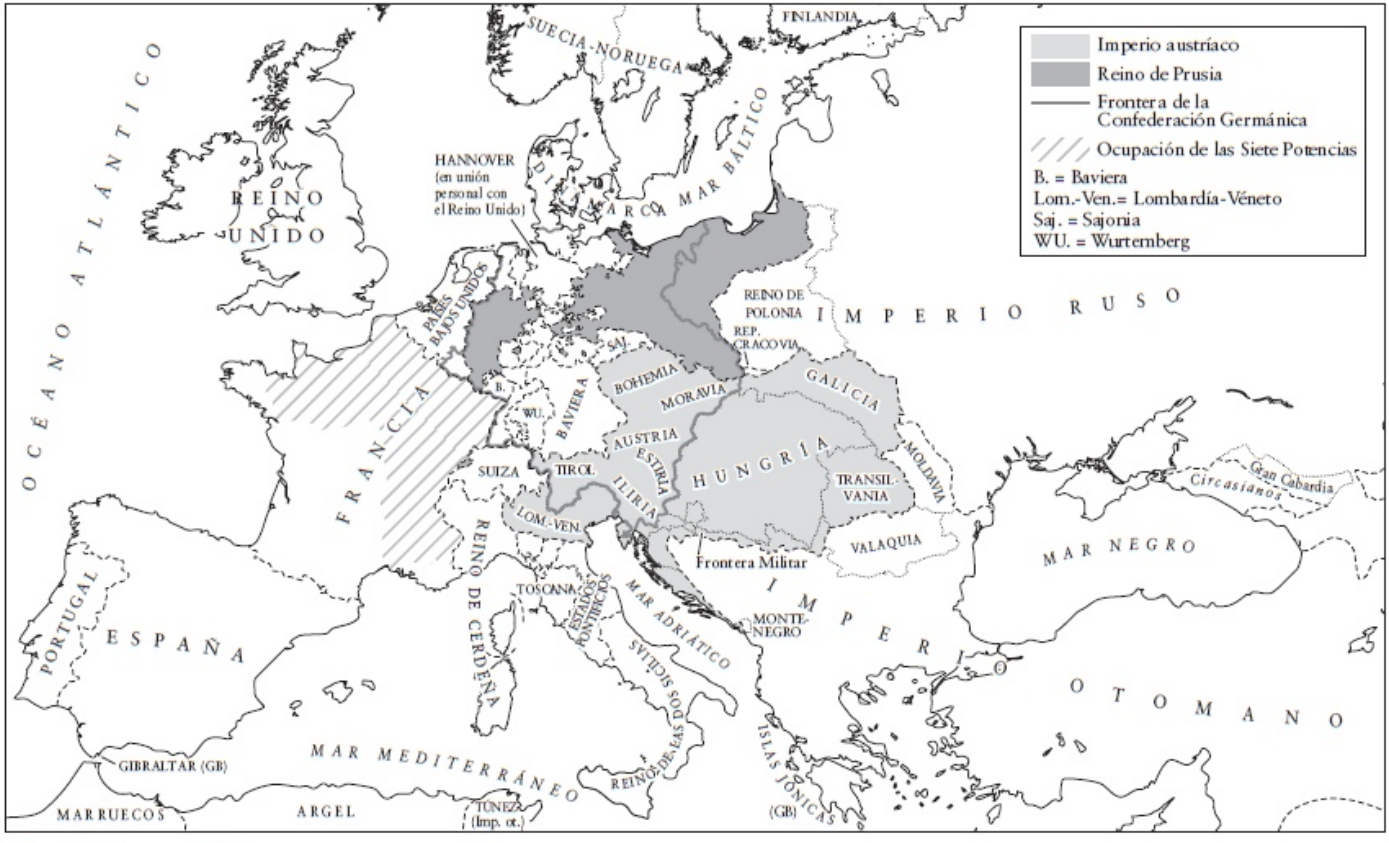
la medida de sus posibilidades, los intereses contrapuestos, reales o potenciales, de unos y otros. Eso significaba vincular a Francia a la nueva red de relaciones internacionales. Con una notable falta de odio nacional y de afán de venganza, austríacos, prusianos, británicos y rusos incluyeron en las negociaciones a un representante de los franceses, el príncipe Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838), que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón, pero que había cambiado de bando en el momento adecuado y en aquellos momentos estaba al servicio de la monarquía francesa restaurada. Al final, se consideró que en las guerras intervenían no ya naciones, sino regímenes diversos, incluso, en cierto modo, ideologías diversas, que llevaban una existencia aparte de las naciones y los pueblos. Tras los Cien Días de Napoleón, sin embargo, los sentimientos de las cancillerías de Europa se volvieron contra los franceses, que se vieron obligados a restituir las obras de arte robadas, a pagar una indemnización, y a tolerar la presencia en su territorio de casi un millón de soldados aliados, muchos de ellos alemanes, viviendo todos de la tierra, durante un período de varios meses. Las negociaciones sobre los ajustes territoriales se volvieron en contra de Francia. El segundo tratado de París fue bastante más duro que el primero, concluido antes de la batalla de Waterloo. Incapaz de impedirlo, Talleyrand dimitió de su cargo en señal de protesta. Mientras tanto, Austria, Prusia, Rusia e Inglaterra acordaron declarar la guerra a Francia si cualquier miembro de la familia Bonaparte regresaba al poder en cualquier momento en el plazo de los próximos veinte años.

Una vez más, el congreso de Viena y las negociaciones que continuaron durante el otoño de 1815 volvieron a diseñar el mapa de Europa tras los numerosos cambios de fronteras llevados a cabo durante el cuarto de siglo anterior. Los austríacos perdieron la parte de los Países Bajos que poseían, y que fue a parar a los holandeses, pero recuperaron todos sus territorios restantes y establecieron el control sobre Lombardía y el Véneto en el nor-

te de Italia, así como sobre una amplia franja de la costa dálmata. Se concedió además a Austria la presidencia del órgano que representaba a los estados miembros de la nueva Confederación Germánica. Las fronteras de esta entidad eran más o menos las mismas que las del antiguo Sacro Imperio Romano Germánico, pero ahora estaba constituida por treinta y nueve estados, en vez de los más de mil que tenía en el siglo XVIII. No era un Estado nacional. Algunos de sus miembros eran gobernados por monarcas extranjeros, como el reino de Hannover, cuyo soberano era el rey de Inglaterra; otros tenían amplios territorios fuera de la Confederación, como la monarquía de los Habsburgo, que se extendía por el sur y por el este de la Confederación, o el reino de Prusia, cuyos territorios iban mucho más allá de sus fronteras y llegaban hasta los confines de Rusia. Varios estados menores estaban rodeados por otros mayores, con las correspondientes consecuencias que ello comportaba para su libertad de acción (de hecho, en 1866 los treinta y nueve estados miembros de la Confederación se habían visto reducidos una vez más y eran solo treinta y cuatro). Según el ordenamiento de Viena, los prusianos ganaban territorio en Renania, incluido el valle del Ruhr, como parte de una serie de estados tapón cuya finalidad era detener cualquier futura expansión francesa, destacando entre ellos el reino de los Países Bajos; a la larga, los recursos económicos y más tarde industriales del Ruhr proporcionarían un poderoso empuje del poderío económico y militar de Prusia. La fortaleza de Prusia se vio incrementada además por la adquisición de la antigua Pomerania sueca, el norte de Sajonia, Posnania y Danzig, como contrapeso del control ejercido por Rusia sobre la Polonia del Congreso. Todo esto hizo de Prusia una de las grandes vencedoras del congreso. Por su parte, Rusia obtuvo enormes extensiones de terreno, no solo en Polonia, sino también en Finlandia y Besarabia. El anillo de estados tapón creado alrededor de Francia, que se extendía desde el reino ampliado de los Países Bajos, pasando por la Renania prusiana y la reconstituida Confe-

deración Helvética, terminaba en el reino de Piamonte-Cerdeña, ampliado hasta incluir Génova, Niza y parte de Saboya.

El tratado de paz también tuvo en cuenta las posesiones imperiales de las potencias europeas implicadas en los conflictos de las décadas anteriores. Los ingleses consolidaron su imperio, mientras que españoles y portugueses no tardarían en perder los suyos; Malta dio a los británicos otro punto clave en el Mediterráneo, mientras que Ceilán, el cabo de Buena Esperanza y la isla Mauricio, les permitieron asegurar aún más las rutas marítimas hacia la India. Para subrayar los principios morales que las potencias afirmaban que habían inspirado el ordenamiento de Viena, el congreso abolió formalmente el tráfico de esclavos. En general, sin embargo, evitó abordar los asuntos extraeuropeos; la idea, brevemente discutida durante el período inmediatamente posterior al congreso de Viena, de intervenir en Latinoamérica para salvar los imperios coloniales de España y Portugal, fue torpedeada por la promulgación en diciembre de 1823 de la Doctrina Monroe, en virtud de la cual Estados Unidos se comprometía a impedir cualquier intervención europea en los asuntos americanos. La guerra de los ingleses contra Estados Unidos de América, que había dado lugar al incendio de la Casa Blanca a manos de una fuerza expedicionaria británica en 1812, había concluido finalmente en 1814, con disputas en torno a la frontera de Canadá, sobre derechos de pesca y otros asuntos relativamente menores, que fueron solventados o discretamente archivados. La exclusión de los asuntos políticos globales del ordenamiento de Viena permitía implícitamente que las rivalidades imperiales que hubiera siguieran sin afectar a la política intraeuropea. Esto suponía un cambio muy llamativo respecto a las guerras y conflictos del siglo anterior.



MAPA 1. Europa en 1815.

Durante la mayor parte del siglo XIX, los estados europeos no tuvieron más remedio que acatar el dominio británico del comercio y la navegación mundiales, así como el control de los mares que ejercían los ingleses. Estos no intentaron excluir a otras naciones del comercio, como habían tenido por costumbre en la era del mercantilismo hasta finales del siglo XVIII, sino que fomentaron un comercio internacional, en una competición en la que su ventaja económica e industrial aseguraba que ganarían casi siempre durante las décadas venideras. No sería hasta finales del último cuarto de siglo cuando esta ventaja empezara a ser desafiada, y cuando los conflictos extraeuropeos entre las grandes potencias del Viejo Continente empezaran una vez más a tener repercusiones sobre las relaciones entre los distintos estados de Europa. Dentro de esta, los acuerdos de Viena fueron todo lo generales que cabía esperar. Espinosos problemas secundarios, como las relaciones entre los países escandinavos, fueron resueltos mediante el reconocimiento de la soberanía *de facto* de Suecia sobre Noruega. Suecia logró establecer una tradición de neutralidad en la política europea que ha durado hasta nuestros días. También a una Suiza ampliada se le concedió el estatus de país neutral a cambio de una garantía internacional de la Constitución helvética, cuya pretensión era poner fin a los conflictos internos que en el pasado habían causado estallidos de violencia intercantonal en numerosas ocasiones. La pura destructividad de las guerras de la Revolución y de las campañas napoleónicas era una lección que los líderes de todas las potencias, incluida en último término la propia Francia, estaban decididos a aprender.

Cuando las guerras napoleónicas concluyeron definitivamente en 1815 la guerra había constituido en toda Europa un modo de vida durante siglos. A veces había tenido unos efectos verdaderamente devastadores. Se calcula que la guerra de los Treinta Años, que se prolongó desde 1618 hasta 1648, causó directa o indirectamente la muerte de casi un tercio de toda la población de Alemania, por ejemplo, y en algunas regiones, como Wurtem-

berg, esa proporción fue incluso superior. El siglo XVIII conoció nuevos conflictos armados, a menudo muy largos, que fueron desde la guerra de Sucesión española (1701-1714), la guerra de Sucesión austríaca (1740-1748) o la guerra de los Siete Años (1756-1763) hasta las guerras de la Revolución Francesa y las campañas napoleónicas, que se prolongaron de 1792 a 1815, y en las que, en un momento u otro, se vieron envueltos prácticamente todos los estados europeos. En cambio, el siglo que va desde el congreso de Viena, desarrollado entre 1814 y 1815, y el estallido de la primera guerra mundial en 1914, conoció solo un pequeño número de guerras en el Viejo Continente, y además relativamente limitadas en sus repercusiones y en su duración, en las que, por otra parte, solo intervino un puñado de estados europeos. Algunas fueron conflictos bilaterales. Entre ellas habría que incluir la guerra de Crimea de 1854-1856 entre Gran Bretaña, Francia, Turquía y Rusia; las guerras de la unificación de Italia, en las que intervinieron Francia, Austria y Piamonte-Cerdeña; y las guerras de la unificación de Alemania de 1864 entre Austria, Prusia y Dinamarca, de 1866 entre Prusia y Austria, y de 1870-1871 entre los estados alemanes y Francia. Hubo conflictos breves entre Rusia y el imperio otomano en 1828-1829 y 1877-1878, pero contrastaban con las siete guerras en las que se habían visto envueltos estos dos estados en el siglo XVIII y hasta 1815, y que en conjunto duraron casi un cuarto de siglo. En total, la tasa de mortalidad de hombres en el campo de batalla entre 1815 y 1914 fue siete veces inferior a la del siglo anterior.

¿Cómo podemos explicar ese contraste tan llamativo? Para ello se ha apelado de forma harto persuasiva al abandono por parte de los estados europeos del énfasis puesto tradicionalmente en el «equilibrio de poder», la doctrina según la cual no se podía permitir a ningún Estado hacerse tan fuerte que llegara a dominar a todos los demás, y a su sustitución por una red de instituciones de cooperación, resumida en la idea de «concierto europeo», cuya finalidad era principalmente el mantenimiento

de la paz. Destacados miembros de muchos países europeos, incluida de manera trascendental tras un breve hiato la propia Francia, se acostumbraron a reunirse a menudo y de forma regular para limar sus diferencias, y lograron adoptar acciones comunes en varias ocasiones, a pesar de tener intereses contrapuestos. Lo que se escondía detrás de este profundo deseo de cooperación era, por supuesto, el miedo a la revolución y a las sublevaciones, que, a la vista de los acontecimientos de las décadas de 1790 y 1800, podían, o eso se creía, provocar con toda facilidad inestabilidad y conflictos internacionales. Por consiguiente, cuando las grandes potencias colaboraron desde la década de 1820 a la de 1840 fue, la mayor parte de las veces, para sofocar revoluciones liberales de un tipo u otro. Pero fue más que eso. Para empezar, lo cierto es que el equilibrio de poder siguió contando mucho. Desde los tiempos de Luis XIV, el principal aspirante a la dominación de Europa había sido Francia, que por su riqueza y su población, así como por su organización militar, era la mayor, con mucho, de todas las potencias europeas. Pero la perspectiva de una hegemonía francesa fue destruida para siempre por las guerras de la Revolución y luego por las guerras napoleónicas. Los demás estados europeos seguirían recelando durante las décadas por venir de las ambiciones de Francia, pero de hecho la derrota de Napoleón había sido decisiva. El crecimiento demográfico de Francia empezó a estancarse y el país fue incapaz de compensar la pérdida de casi un millón y medio de hombres en el campo de batalla. La parte correspondiente a Francia en el total de la población europea fue reduciéndose cada vez más. Durante el resto del siglo XIX, se alcanzó más o menos un equilibrio de poder entre los grandes estados continentales de Europa, y, a una escala más amplia, las rivalidades coloniales de los países del Viejo Continente, tan dañinas durante el siglo anterior, fueron resueltas ahora mediante pactos internacionales, basados en la experiencia del sistema del congreso de Viena y del concierto europeo.

Algunos historiadores han sostenido que fue el Antiguo Régimen el que en último término triunfó sobre Napoleón en 1814-1815, y desde luego hubo numerosas continuaciones destacadas más allá de la línea divisoria marcada por las guerras de la Revolución y las de Napoleón. Por la manera en la que se negociaron, los acuerdos de paz parecían recordar en ciertos aspectos a los hábitos anteriores de la diplomacia de gabinete del siglo XVIII, cuando se traspasaban territorios de un monarca a otro sin tener en cuenta en absoluto los deseos de sus habitantes. «He pasado el día repartiendo Europa como si fuera un queso», decía Metternich en una carta a su amante en un momento dado durante el congreso. Nadie preguntó a los renanos si querían formar parte de Prusia, ni a los habitantes del norte de Italia lo que les parecía ser gobernados desde Viena. Pero lo cierto es que, entre otras cosas, la Revolución Francesa había cambiado de manera fundamental la naturaleza de la soberanía de Europa. En los siglos XVII y XVIII, una causa principal, quizá incluso la causa principal de las guerras europeas, había sido las disputas dinásticas surgidas a la muerte de un determinado soberano: piénsese en la guerra de Sucesión española, por ejemplo, o en la guerra de Sucesión austríaca. Las cosas ya no serían así a partir de 1815. Pese a la insistencia de monarcas como Luis XVIII o Alejandro I en el derecho divino que los asistía para reinar, la base de la soberanía había pasado de manera perceptible de los individuos y las familias a las naciones y los estados. Antes de 1815, se consideraba que todos los tratados internacionales quedaban invalidados a la muerte del soberano, y para que no caducaran tenían que ser renovados de inmediato con la firma del nuevo monarca. A partir de 1815, esta norma dejaría de aplicarse. Tratados como los de 1814-1815 fueron concluidos entre estados, no entre monarcas individuales, y mantendrían su validez a menos que o hasta que una u otra parte los rompiera deliberadamente. El príncipe o gobernante se convirtió, de hecho, en el ejecutor de la soberanía nacional o estatal, garantizada por la conformidad internacional

con la fuerza virtual de la ley. Por supuesto que también habría disputas sucesorias a lo largo del siglo XIX, en particular en España y Schleswig-Holstein, pero su fuerza se basó en gran medida en la explotación que de ellas hicieron los gobiernos estatales con fines nacionales, y por sí solas no tuvieron un verdadero impacto. Los casamientos dinásticos quedaron reducidos a meros símbolos de amistad entre las naciones. Análogamente, los ejércitos debían lealtad ahora al Estado, no a un soberano individual; el viejo sistema de ejércitos mercenarios y de soldados que vendían sus servicios al mejor postor, habitual en el siglo XVIII, había desaparecido para siempre. Los soberanos recién restaurados en el trono tendrían que adaptarse o morir. La década de 1820 demostraría que muchos de ellos no habían aprendido la lección.

Volver a forjar la cadena del tiempo

En ninguna parte sería más visible que en la propia Francia el cambio en la naturaleza de las relaciones entre gobernantes y gobernados que trajo consigo la Revolución Francesa. Tras su restauración en el trono, la lealtad de Luis XVIII al *Ancien Régime* quedó simbolizada por la sustitución de la bandera tricolor por la flor de lis monárquica como enseña oficial de Francia, por su negativa a reconocer la Legión de Honor instituida por Napoleón y por su anuncio oficial de que 1814 era el decimonoveno año de su reinado. Cuando en 1814 un cortesano le dijo a propósito de la abdicación de Napoleón: «Sire, ahora vos sois el rey de Francia», Luis respondió: «¿Acaso he dejado de serlo alguna vez?». Los rituales de la corte, los títulos y las ceremonias del Antiguo Régimen volvieron con toda su pompa. Luis XVIII rechazó la Constitución aprobada por el último Senado de Napoleón cuando este destituyó formalmente al emperador, pues no aceptaba que su autoridad real derivara de un contrato implícito entre el rey y el pueblo. La ostentaba, dijo, por derecho divino, y en la declaración de Ouen, que sirvió como base para la Constitución francesa durante la restauración de la monarquía, dejó

bien claro que concedía al pueblo francés sus derechos por su propia voluntad, como «Luis, rey de Francia y de Navarra por la gracia de Dios».

Pero por arraigada que estuviera su creencia en la legitimidad del Antiguo Régimen, Luis se vería obligado a reconocer, especialmente tras la alarma provocada por los Cien Días, que no podía atrasar por completo el reloj de la historia y ponerlo otra vez en 1788. Accedió a no emprender la restitución a la Iglesia, a la nobleza y a la propia corona de las tierras confiscadas durante la Revolución. Había medio millón de individuos que habían comprado esos bienes, y resultaba políticamente impracticable obligarlos, a ellos o a las personas a las que luego se las habían vendido, a devolverlas. Se mantuvo asimismo en vigor el Código Napoleónico. Los derechos que tenían los nobles a ocupar cargos en el Ejército y en la administración civil, abolidos por la introducción de la «carrera abierta al talento» durante la Revolución, no fueron restaurados. La libertad de las prácticas religiosas siguió vigente, pese a la declaración del catolicismo como religión oficial del Estado llevada a cabo por el régimen. La división del país en departamentos efectuada por la Revolución quedó intacta, lo mismo que la organización de París en distritos (*arrondissements*), medidas ambas introducidas originalmente en 1790. Resumiendo todo ello, el rey declaró que era su intención «volver a forjar la cadena del tiempo», presentando todos aquellos cambios como un eslabón más de la larga cadena de reformas concedidas por la monarquía francesa desde los tiempos de Luis el Gordo en plena Edad Media (soberano al que Luis XVIII se parecía en más de un aspecto). Por insistencia del duque de Wellington, puso a dos de los principales asistentes de Napoleón en los cargos más importantes: nombró a Talleyrand ministro de Asuntos Exteriores y presidente del gobierno, y a Joseph Fouché (1759-1820) ministro de la Policía: «el vicio apoyado en el brazo del crimen», como diría Chateaubriand. Luis se dio cuenta asimismo de que los Estados Generales no podían ser resucitados, y

de que la presión ejercida por los aliados victoriosos sobre la monarquía francesa restaurada para evitar una repetición de los problemas que habían contribuido al estallido de la Revolución, requería la creación de algún elemento propio del régimen constitucional. Estableció así un órgano legislativo bicameral, formado por una Cámara de los Pares y una Cámara de los Diputados. Se requería su consentimiento para aprobar la imposición de tributos, aunque Luis reservó a la corona el derecho a iniciar cualquier legislatura.

El nuevo constitucionalismo, sin embargo, se vio socavado por el hecho de que Luis XVIII pudiera disolver la Cámara de los Diputados obviando convocar nuevas elecciones en cualquier momento, saltándose a la torera la disposición que preveía que cada año una quinta parte de sus miembros debían someterse a la reelección. Solo él tenía derecho a declarar la guerra, los ministros eran nombrados por él y eran responsables ante él, no ante el poder legislativo, y, punto por lo demás importantísimo, el rey podía dictar «los reglamentos y las ordenanzas necesarias para la salvaguardia del estado», lo que de hecho le daba el poder de derogar la Constitución si así le parecía. Aquella, pues, no era propiamente una monarquía constitucional; era una monarquía absoluta limitada por ciertas trabas constitucionales de las que en cualquier momento siempre podía hacerse caso omiso. Además, la Cámara Alta era nombrada por el rey, y la Cámara de los Diputados era elegida por hombres mayores de cuarenta años que pagaran trescientos francos o más de impuestos al año. Como consecuencia de todo ello, el electorado era sumamente pequeño, no más de unos 90.000 individuos de una población de 28 millones. En comparación, en Gran Bretaña, cuya población era menos de la mitad de la francesa, el electorado ascendía a 440.000 personas incluso antes de la Ley de Reforma de 1832, que añadió a esa cifra otros 216.000 individuos. Por otro lado, el reducido número de personas que tenían derecho de sufragio y que podían por tanto elegir el nuevo órgano legislativo francés,

dio lugar a la creación de una Cámara compuesta por ultras absolutistas de la línea dura que pronto consiguieron echar al gobierno de Talleyrand y emprender una purga de antiguos revolucionarios y bonapartistas. La nueva Cámara de los Pares, actuando como tribunal, condenó a muerte a algunos de esos hombres, y obligó a otros a marchar al destierro, incluidos Fouché y Talleyrand.

Si querían preservar la monarquía oponiéndose a tanta intransigencia, los ministros de Luis XVIII, encabezados por Élie Decazes (1780-1860), antiguo asesor de Napoleón y de la familia Bonaparte, sabían que el régimen necesitaba una base social más amplia. Comerciantes, abogados y mucha otra gente estaban volviéndose favorables a las ideas liberales de la primera fase de la Revolución de 1789, indignados por el dominio de la política y de la administración que ejercía la aristocracia restaurada. En su intento de «nacionalizar la realeza y hacer a Francia más absolutista», Decazes convenció a Luis de que disolviera la Cámara de los Diputados. Se eligió una nueva, compuesta principalmente por grandes terratenientes y altos funcionarios del Estado, muchos de los cuales habían prestado servicio con Napoleón. Pero antes de que Decazes pudiera llegar demasiado lejos, el duque de Berry (1778-1820), segundo hijo del hermano menor del rey, el conde de Artois (1757-1836), y por lo tanto (dado que Luis no había tenido hijos), tercero en la línea de sucesión al trono, fue apuñalado y muerto cuando salía de la Ópera de París el 13 de febrero de 1820 por un guarnicionero indignado. «¡Hemos sido asesinados todos!», fue el desesperado comentario que hizo Decazes.

En el curso de la reacción desatada por la muerte del duque de Berry, Decazes fue cesado, siendo sustituido en su cargo por su inmediato predecesor, el duque de Richelieu (1766-1822), un conservador que había pasado al servicio del zar los años que había estado en el exilio. Poco después, también él fue destituido para dejar paso a uno de los favoritos del rey, el conde de Villèle

(1773-1854), un reaccionario ultramontano cuya ambición era restaurar la monarquía de los tiempos anteriores a la Revolución en su forma más prístina. Cuando Luis murió el 16 de septiembre de 1824 de obesidad mórbida, el trono pasó al conde de Artois, que adoptó el título de Carlos X (1757-1836). Hombre de sesenta y tantos años, que había tenido una vida social muy activa durante el Antiguo Régimen, y ferozmente conservador, el nuevo monarca había hecho causa común con los ultras, para consternación de su hermano mayor, y convenció a Villèle de que aprobara una ley contra el sacrilegio que criminalizaba los delitos contra la Iglesia: la profanación de los vasos sagrados podía ser castigada con cadena perpetua, y la de la hostia con la pena de muerte. Tras esta medida aprobó una ley que preveía la concesión de una compensación económica a los nobles que hubieran perdido sus tierras durante la Revolución. Símbolo de aquella postura extremista suya fue la magnífica ceremonia de coronación, absolutamente tradicional, que llevó a cabo. Carlos endureció la censura de la prensa y reforzó el poder de la Iglesia, a la que en 1824 se concedió el control del nombramiento de los maestros de la escuela primaria.

Esas medidas reaccionarias, que continuaban las políticas de los ultramontanos encabezados por Villèle y antes de él por Richelieu, fueron calculadas casi para suscitar la oposición de los liberales. Dicha oposición se canalizaba en parte a través de revistas y periódicos críticos, dos de los cuales habían sido fundados en 1817-1818 por el escritor Benjamin Constant (1767-1830), y en parte a través de la actividad política. Fue así como Constant fue elegido para la Cámara de los Diputados en 1819, mientras que el marqués de Lafayette (1757-1834), veterano de la Revolución Francesa y de la revolución americana, lo había sido un año antes. Los liberales eran financiados por banqueros como Jacques Laffitte (1767-1844) y Casimir-Perier (1777-1832), que se sentían excluidos de la influencia social y política por la aristocracia de la Restauración; Laffitte había sido destituido como go-

bernador del Banco de Francia en 1817 por defender la libertad de prensa. El debate en torno al legado de la Revolución fue alimentado por periodistas e historiadores jóvenes, como Adolphe Thiers (1797-1877), cuya historia de la Revolución en varios volúmenes, publicada entre 1823 y 1827, justificaba la monarquía constitucional como resultado inevitable del deseo humano de libertad, pero sostenía que «los excesos de la multitud» habían pervertido la Revolución. En una línea parecida, François Guizot (1787-1874), que había sido nombrado catedrático de Historia de la Sorbona en 1812, con solo veinticinco años, enseñaba a sus discípulos que la esencia de la Revolución estaba en su reformismo constitucional inicial, no en el Terror, y durante el período durante el cual sus clases fueron prohibidas por el gobierno (1822-1828), publicó en la prensa sus moderados argumentos liberales. Estos dos hombres habrían de desempeñar un papel trascendental en la política francesa durante las décadas por venir.

Junto a esta oposición liberal moderada y respetable surgió también una enorme variedad de sociedades secretas: unas se camuflaban como clubs de bebedores (en los que se cantaban canciones de carácter político), otras actuaban bajo el disfraz de empresas y negocios diversos, otras operaban como logias masónicas, y otras incluso adoptaron títulos más explícitos, tales como, por ejemplo, los Caballeros de la Libertad. Estas asociaciones se extendieron por toda Europa y tenían contactos con Latinoamérica en una especie de internacional liberal que trascendía las fronteras políticas y eran dirigidas por exiliados políticos cuya vida los llevaba de un sitio a otro en la persecución de sus ideales. La más radical y más activa de todas ellas fue el conjunto de pequeños grupos clandestinos llamado la *charbonnerie* o asociación de carboneros, inspirada por organizaciones similares de Italia. La «carbonería» unía a funcionarios civiles de la época napoleónica sin empleo, a estudiantes universitarios frustrados y a oficiales y suboficiales de los ejércitos imperiales obligados a

sobrevivir de mala manera con la mitad de la paga. La propaganda que hizo Napoleón a última hora de sí mismo como defensor de la libertad constitucional contribuyó a unir a los republicanos y a los bonapartistas que había entre ellos. Los conspiradores intentaron fomentar la insurrección entre las guarniciones militares, incluidas las de París en 1820, Belfort y Saumur en 1821, y Estrasburgo y La Rochelle en 1822; ninguno de esos intentos tuvo éxito, y el último de ellos dio lugar a la ejecución pública de cuatro sargentos. Entre los testigos del suceso estuvo el estudiante Auguste Blanqui (1805-1881), al que la creencia generalizada de que aquellos hombres habían muerto como «mártires de la libertad» llevó a integrarse en el movimiento revolucionario. En total durante este período fueron ejecutados doce miembros de sociedades secretas. El fracaso de sus empresas provocó las disensiones internas, de modo que a mediados de la década de 1820 la *charbonnerie* había dejado más o menos de existir. El propio Blanqui quedó fuera de juego durante algún tiempo debido a las heridas recibidas en el curso de una reyerta callejera en 1827. Así pues, a finales de la década de 1820 no era la insurrección militar, sino el parlamentarismo liberal el que planteaba la principal amenaza al dominio de los ultras en Francia. El aumento del número de diputados liberales que trajeron consigo las elecciones de 1827 provocó la dimisión de Villèle, y cuando su sucesor, el vizconde de Martignac (1778-1832), intentó negociar con ellos, fue destituido a favor de Jules de Polignac (1780-1847), que había sido encarcelado por Napoleón durante doce años y estaba plenamente identificado con la creencia del rey en la idea de la monarquía absoluta. Ni la Revolución ni la reforma parecían hacer progreso alguno en Francia frente a la intransigencia real, y las perspectivas de cambio en una dirección liberal parecían remotísimas cuando la década estaba a punto de concluir.

Una imagen similar podemos trazar para la política posnapoleónica en Alemania. Tampoco allí la restauración había sido completa, al menos en la mayoría de los estados de la Confede-

ración Germánica. Entre 1815 y 1819 toda una serie de estados del sur de Alemania adoptaron constituciones acompañadas de asambleas representativas, con el fin, entre otras cosas, de que les prestaran un aura de legitimidad popular en su esfuerzo por revisar las fronteras establecidas por los acuerdos de paz en ventaja propia o en desventaja de sus rivales. Disputas de ese estilo impidieron a los estados del sur de Alemania unirse eficazmente contra la dominación de la Confederación por parte de Austria y Prusia. En consecuencia, siempre que obtuviera el beneplácito del gobierno prusiano, Metternich pudo imponer así la mayoría de las medidas que quiso en la Dieta de la Confederación (en la que se reunían los representantes de los estados miembros). Su tarea se vio facilitada por las disputas entre los principales reformistas prusianos, que dieron paso a una serie de ministros más conservadores, que a su vez convencieron al rey Federico Guillermo III (1770-1840) de que incumpliera su anterior promesa de conceder una constitución.

Los voluntarios que regresaban de las guerras contra Napoleón a menudo se sentían defraudados al ver la hegemonía ejercida por los príncipes sobre la Confederación Germánica. Ellos habían combatido para liberar de la dominación francesa no solo a Prusia o a Hesse o a Sajonia, sino también, en opinión de algunos, a todo el conjunto de Alemania. Unos cuantos, como el impulsor de la reforma educativa Wilhelm von Humboldt (1767-1835), que había fundado la Universidad de Berlín en 1810, pensaban que la Confederación habría podido proveer la base para la creación de instituciones nacionales más fuertes, pero otros, en particular los estudiantes jóvenes que formaron el movimiento de la *Burschenschaft* en Jena en 1815, opinaban que solo podría conseguirse la verdadera unidad cuando los distintos estados miembros, en su inmensa mayoría autoritarios, fueran eliminados y sustituidos por una sola Constitución nacional. Se inspiraban en el escritor Ernst Moritz Arndt (1769-1860), que había nacido en la Pomerania sueca y había estudiado teología en

Greifswald y Jena. Arndt había desarrollado un vigoroso concepto de la nacionalidad alemana basado en la lengua tras verse obligado a marchar al exilio a raíz de la ocupación de su tierra natal por Napoleón en 1806. Publicista de talento, Arndt hizo en 1814 un llamamiento en pro de la unificación de Alemania bajo una monarquía constitucional con capital en Berlín (Viena era demasiado multinacional para él), haciendo hincapié en la unidad de fondo del pueblo alemán, que él deseaba ver expresada en una lengua común, unos rituales y símbolos comunes, e incluso en un tipo de vestimenta común; la movilización de los voluntarios patriotas contra Napoleón en 1812-1813 había mostrado el camino.

Esas ideas sirvieron de inspiración a los estudiantes de la *Burschenschaft*, que lucían los colores —negro, rojo y amarillo— de los voluntarios. En octubre de 1817 celebraron el aniversario de la Reforma luterana en el castillo de Wartburg, donde Martín Lutero había traducido la Biblia a la lengua vernácula, escuchando acalorados discursos que ensalzaban su alemanidad. El festejo adquirió ulterior notoriedad a raíz de la quema de más de dos docenas de libros y revistas, entre ellos el Código Napoleónico, los folletos alemanes de tiempos de Napoleón que instaban a colaborar con los franceses, y algunos panfletos de la época que criticaban los objetivos y las actividades de los estudiantes. Como eran pobres, comprar libros de verdad habría resultado demasiado caro para ellos; en su lugar, los estudiantes arrojaron a las llamas bolas de papel desechado provistas de su correspondiente etiqueta. El acto fue condenado por el joven poeta Heinrich Heine (1797-1856), que lo tachó de ignorante y medieval. No obstante, su famosa afirmación «Eso fue solo un prólogo. Allí donde se queman libros al final acaban quemándose también personas» se refería a la quema del Corán por la Inquisición española en 1499 tras la conquista de Granada, no a los sucesos del Festival de Wartburg.

Entre los libros arrojados al fuego en Wartburg se hallaba una *History of the German Empire* [Historia del Imperio Alemán], obra del dramaturgo y periodista August von Kotzebue (1761-1819), autor muy popular y extremadamente prolífico, que había irritado a la *Burschenschaft* por burlarse de sus ideas y sus actividades en su revista. Kotzebue había vivido en el exilio en Rusia y se había integrado en el Departamento de Asuntos Exteriores de este país; seguía al servicio de la diplomacia rusa cuando regresó a Alemania tras la caída de Napoleón para informar de los asuntos de su país al zar. No estaba precisamente en una situación que le permitiera hacer de espía, como algunos creían, pero sí que apoyaba los ideales conservadores de Alejandro I. Esta circunstancia, unida a los escritos en los que ridiculizaba la *Burschenschaft*, convenció a Karl Sand (1795-1820), un estudiante de teología de veintitrés años, miembro del ala radical de la organización, de que Kotzebue era merecedor de la muerte. El 23 de marzo de 1823, Sand fue a visitar al dramaturgo en su domicilio y lo apuñaló varias veces antes de salir corriendo a la calle y clavarse el cuchillo a sí mismo en el pecho mientras gritaba: «¡Viva la patria alemana!». No obstante, logró sobrevivir, y al año siguiente fue juzgado y decapitado en público. Aunque muchos comentaristas e incluso partidarios del movimiento nacionalista vieron aquel acto con horror, otros consideraron a Sand un héroe y un mártir; al término de la ejecución el verdugo, que simpatizaba con las ideas de los nacionalistas, desmontó el cadalso manchado de sangre y utilizó la madera para construir una casita de verano secreta en una viña de los alrededores, que puso a disposición de los integrantes de la *Burschenschaft* para que celebraran en ella sus reuniones.

Metternich aprovechó este suceso y un intento fallido de asesinato del jefe de gobierno de Nassau, Karl von Ibell (1780-1834), a manos del boticario y miembro de la *Burschenschaft* Karl Löning (1791-1819) como pretexto para introducir drásticamente un importante paquete de medidas represivas. Estas fueron pre-

sentadas por los representantes de diez estados alemanes en la ciudad balneario de Karlsbad en agosto de 1819, y ratificadas por la Dieta de la Confederación un mes más tarde en Fráncfort. Obligaban a los estados miembros a ejercer un estrecho control sobre las universidades, destituyendo a cualquier profesor que defendiera «doctrinas nocivas, hostiles al orden público o que prediquen la subversión de las instituciones gubernamentales existentes», y asegurándose de que no volviera a encontrar empleo en ninguna otra institución de enseñanza superior. Los estudiantes que se comprobara que pertenecían a sociedades secretas como la *Burschenschaft* serían expulsados de todas las universidades y tendrían prohibido ingresar en la función pública. Todos los periódicos debían someterse a la censura de un organismo central antes de ser publicados. Se creó una comisión especial encargada de investigar el movimiento revolucionario y de adoptar las medidas necesarias contra él. La *Burschenschaft* se desintegró —sus miembros ascendían solo a quinientos incluso en el momento de máximo esplendor— y el nacionalismo organizado dejó más o menos de actuar. Las fuerzas policiales de algunos estados se intercambiaban información acerca de los supuestos subversivos, volcadas en la estrecha vigilancia de clubs, cafés y otros centros de reunión, y mirando con recelo todo tipo de asociación voluntaria. Los panfletos baratos y los periódicos de gran formato fueron rigurosamente censurados o prohibidos por completo, de modo que a cualquiera que no formara parte del gobierno le resultaría muy difícil intercambiar ideas o estar al corriente de las noticias políticas que se produjeran. Los pocos que eran favorables a la reforma constitucional y la unidad nacional se llamaban a sí mismos «liberales», adoptando un término usado ya por los reformistas en España, pero eran incapaces de mostrarse de acuerdo en la adopción de un programa común de cualquier tipo.

El triunfo de la reacción en Alemania se materializó en la Constitución de la Confederación, que fue revisada en julio de

1820 para permitir que cualquier Estado miembro interviniera en los asuntos de los demás con el fin de preservar el orden. Las anteriores referencias a la emancipación de los judíos y a la tolerancia religiosa fueron eliminadas. Los gobiernos de los estados miembros de la Confederación dieron los pasos necesarios para que, allí donde existieran, las asambleas legislativas no se convirtieran en vehículo de la protesta liberal. Se negaron a permitir la publicación de los debates parlamentarios, y obligaron a los diputados a sentarse en sitios previamente asignados, para que no pudieran agruparse en facciones. En todas partes las elecciones eran indirectas. La censura restringía tan férreamente las campañas electorales que había muy pocas posibilidades de que se desarrollaran debates públicos. Como en Francia y de hecho en todos los lugares en los que se celebraban elecciones en la década de 1820, los requisitos censitarios, a veces minuciosamente redactados, aseguraban que solo pudieran ser elegidos los ricos. Resultado de todo ello fue la indiferencia generalizada de los que tenían derecho a voto; en 1816, por ejemplo, solo el 5 % del electorado (por lo demás en cualquier caso muy pequeño) se tomó la molestia de participar en los comicios locales de Königsberg. En algunos lugares las asambleas representativas consistían en una especie de Estados Generales al viejo estilo, limitados exclusivamente a la nobleza; en Prusia, esas instituciones, establecidas en 1823, tenían la finalidad de asesorar al gobierno, no de entablar debates, y a menudo se reunían en alguna sala de los diversos palacios reales. No obstante, lo cierto es que en la década de 1820, existían efectivamente instituciones representativas en la mayoría de estados alemanes, por limitados y restringidos que fueran sus integrantes y sus poderes. La idea del «despotismo ilustrado» había muerto con la Revolución Francesa y no podía ser resucitada. Los gobiernos tenían una base más amplia; los estados alemanes eran administrados de forma burocrática, no autocrática, y el sistema de administración reglamentaria era considerado en general una limitación más eficaz del poder arbitra-

rio del soberano de lo que llegarían a serlo nunca las asambleas representativas. A menudo, en cualquier caso, los mismos hombres formaban parte de uno y de otras. Como señalaba en 1838 el joven Otto von Bismarck (1815-1898), que no disfrutó precisamente mucho de sus experiencias iniciales como funcionario, «para participar en la vida pública, tiene uno que ser un servidor del Estado dependiente y asalariado, tiene uno que pertenecer totalmente a la casta burocrática».

El deseo generalizado entre los gobiernos europeos de construir defensas colectivas seguras contra la posibilidad de cualquier repetición de las devastadoras guerras de las décadas anteriores se manifestó no solo en la idea de la Santa Alianza, sino también en una gran variedad de medidas cuya finalidad era fomentar la cooperación entre las potencias vencedoras. Entre ellas cabría citar especialmente la Cuádruple Alianza, impulsada por el secretario del Foreign Office británico lord Castlereagh, en la que los representantes diplomáticos de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, y posteriormente también de Francia, se reunirían con carácter regular en congresos generales con el fin de mantener la cooperación internacional. Las reuniones de los representantes de estas grandes potencias permitieron negociar y poner en vigor diversos acuerdos, entre ellos el rechazo de las pretensiones de Baviera sobre parte del territorio del gran ducado de Baden en el congreso de Aquisgrán de 1819, y una revisión a la baja de la cantidad exigida a Francia por los aliados en concepto de compensación por la destrucción ocasionada por las guerras de la Revolución y las campañas napoleónicas. Sirvieron también para poner fin a la ocupación de Francia por las tropas aliadas, admitiendo de paso de manera informal a los franceses en el concierto Europeo. La monarquía debía ser el fundamento del orden, y en principio debía ser absoluta, mitigada solo allí donde fuera imprescindible por organismos legislativos tradicionales como los Estados Generales o las asambleas de notables, o por asambleas representativas cuyos poderes estuvieran estrictamente limitados. Estos principios no eran compartidos del todo por los británicos, cuya Constitución contenía un poderoso órgano legislativo de carácter electivo, y durante la década de 1820 las diferencias entre las interpretaciones que hacían ingleses y austríacos de estas cuestiones afloraron repetidamente para dificultar la ejecución de acciones comunes.

Sin embargo, ya por entonces empezaba a quedar claro que el constitucionalismo liberal, inspirado en el legado de la Revolución Francesa y la administración napoleónica, y en los ideales de la soberanía popular expresados en términos prácticos por la generalización de los levantamientos contra los franceses durante los últimos años de su dominación de Europa, no estaba muerto. En muchos rincones del continente sus partidarios estaban cada vez más insatisfechos con las políticas autoritarias de la Restauración. En España, el rey Fernando VII (1784-1833), restablecido por Napoleón en el trono tras la derrota de los ejércitos franceses en la guerra de la Independencia, rechazó la Constitución liberal aprobada en 1812 y reinstauró el régimen absolutista anterior. Readmitió a los jesuitas, que habían sido expulsados del país, impuso una censura estricta, y devolvió a la aristocracia y a la Iglesia las tierras que les habían sido incautadas durante la ocupación napoleónica. Los ministros pasarían a ser individual y directamente responsables ante el rey, y se les prohibió llevar a cabo cualquier discusión conjunta de la política a seguir. Fernando los nombraba y los destituía a su antojo, de modo que entre 1814 y 1820 la media de permanencia de un ministro en su cargo fue de tan solo seis meses. Para permanecer en el gobierno el tiempo que fuera, los ministros tenían que demostrar su lealtad a los principios reaccionarios de la forma más ostensible que pudieran. El ministro de la Guerra, el general Francisco de Eguía (1750-1827), manifestaba su adhesión al Antiguo Régimen llevando una peluca dieciochesca. El rey emprendió un retroceso aún mayor prohibiendo la masonería y reinstaurando la Inquisición, que inmediatamente reanudó la persecución de los herejes.

Todo ello dificultó cualquier respuesta coherente o eficaz de las autoridades a las insurrecciones surgidas en Hispanoamérica, tanto más cuanto que el gobierno de Fernando VII adoptó una postura de absoluta intransigencia y se negó a hacer ningún tipo de concesiones a los rebeldes. Los trastornos financieros causa-

dos por el legado de la ocupación francesa y la depresión económica de posguerra se agravaron debido a los costes que supuso el envío de expediciones militares al otro lado del Atlántico en un vano intento de acabar con el movimiento independentista y restablecer el control de las colonias. En 1820 el estado español estaba de hecho en bancarrota, incapaz incluso de pagar los gastos del ejército que había reunido para llevar a cabo una nueva expedición a Latinoamérica. En enero de 1820 algunos oficiales de menor rango del ejército se «pronunciaron» públicamente a favor de la Constitución de 1812, inaugurando una tradición de pronunciamientos militares que perduró más de un siglo. Fernando había ignorado los servicios de muchos militares y líderes guerrilleros que habían combatido contra Napoleón, empujándolos todavía más hacia el liberalismo. A ellos se sumaron numerosos políticos descontentos, muchos de los cuales habían sido detenidos o desterrados, o se sentían defraudados por las restricciones impuestas por el monarca a la vida pública y a la libre discusión de las ideas. La caótica ineficacia de la policía española permitió a dichos individuos articular toda una serie de conspiraciones, con base principalmente en las logias masónicas que naturalmente continuaron reuniéndose en secreto a pesar de la prohibición policial de sus actividades. Todos esos complots fracasaron, incluido un plan de asesinar al rey mientras visitaba un burdel. Pero en 1820 los conspiradores fueron apoyados por las tropas del ejército, espantadas ante la idea de ser trasladadas a las Américas en una nueva expedición, tan inútil como las anteriores. La insurrección se reforzó en las provincias, y triunfó gracias a las manifestaciones callejeras que se concentraron ante el palacio real para expresar el descontento popular con los onerosos gravámenes fiscales impuestos por el gobierno para intentar salvar sus finanzas, al borde del colapso. Fernando se vio obligado a reconocer la Constitución de 1812, a convocar las Cortes o asamblea legislativa, y a dar paso a un gobierno liberal durante los tres años siguientes. No obstante, vetó en todo mo-

mento las resoluciones de las Cortes, e hizo todo cuanto estuvo en su mano para frustrar las actividades de los constitucionalistas. En medio de un caos progresivo y de un desorden cada vez más grande, acompañado de una escalada de la violencia en las ciudades y en el campo, el rey apeló a la intervención internacional. En 1823 las Cortes habían derrocado al monarca recalcitrante y los radicales empezaban a amenazar con reproducir las masacres de septiembre del París revolucionario. Uno de ellos, el jacobino Juan Romero Alpuente (1762-1835) —«feo, sucio y mal vestido», como lo describía desdeñosamente uno de sus críticos —, hizo referencia a esas matanzas y recordó en tono amenazador a los que quisieron oírlo que «catorce mil hombres fueron ejecutados en una sola noche».

Desde el punto de vista de la Santa Alianza, el creciente caos y la amenaza de revolución cada vez más perceptible en España eran intolerables. La crisis española se agravó debido a los acontecimientos similares que estaban produciéndose en Italia. También en este país Víctor Manuel I (1759-1824) lució el símbolo más visible de la Restauración, la peluca dieciochesca, cuando regresó del exilio en 1814 para ponerse al frente del reino de Piamonte-Cerdeña. Restauró además el sistema legal prenapoleónico, excepto en Génova, hasta entonces independiente, donde las objeciones de la población local fueron demasiado fuertes. Reinstauró los privilegios de la aristocracia (incluido el derecho que ella sola ostentaba a ocupar palcos en los teatros de ópera, asunto de cierta trascendencia cultural en Italia), y permitió que siguiera vigente el feudalismo en la isla de Cerdeña. Judíos y protestantes perdieron los derechos que habían conseguido durante la dominación francesa. Víctor Manuel puso el control de la censura y la educación en manos de los jesuitas. En el ducado de Módena, las reformas de Napoleón fueron abolidas, como sucedió, cosa por lo demás nada sorprendente, en los estados de la Italia central gobernados por el papa Pío VII (1742-1823). Entre otras cosas, el pontífice eliminó el alumbrado de las calles y la

vacunación contra la viruela, por considerarlos innovaciones modernas objetables. No obstante, en algunos lugares de la península, muchas de las reformas judiciales y administrativas introducidas por Napoleón se mantuvieron. Tal fue el caso, por ejemplo, de las Dos Sicilias, donde reinaban los Borbones. El más liberal de todos los estados italianos era el gran ducado de Toscana, en el norte del país, donde los valores de la Ilustración llevaban largo tiempo caracterizando la práctica del gobierno. La influencia austríaca, reforzada por la presencia de guarniciones armadas en los Estados Pontificios, estaba presente en todas partes para disuadir de cualquier peligroso resurgimiento del liberalismo.

También aquí, sin embargo, empezó a surgir el descontento entre los hombres cultos que habían sido groseramente echados de los puestos que habían ocupado durante el período napoleónico para ceder el paso a los aristócratas que volvían del destierro, mientras que en el reino de las Dos Sicilias, donde a un buen número de ellos se les permitió seguir desempeñando sus cargos, no había suficientes empleos en la administración. Las políticas centralizadoras del reino inquietaban a los notables del país, que veían reducida su autonomía. El servicio militar obligatorio chocó con la oposición de las clases bajas. El reino de Lombardía-Véneto mantuvo la mayor parte de las reformas de Napoleón, conservando una administración centralizada dirigida por los Habsburgo y el control del Estado sobre los altos nombramientos eclesiásticos, no permitiendo la restitución de las tierras confiscadas, y autorizando que siguieran en sus puestos la inmensa mayoría de los funcionarios civiles nombrados durante la época napoleónica. No obstante, el hecho de que la administración de la monarquía de los Habsburgo estuviera centralizada en Viena daba a esos funcionarios cierta sensación de impotencia, subrayada por la imposibilidad de ascender en su carrera, pues en la capital austríaca la promoción solo estaba al alcance de los hablantes de alemán. El servicio militar obligatorio, que ahora

duraba ocho años en vez de cuatro, se había generalizado, y era probable que los reclutas italianos se encontraran de pronto teniendo que servir en los rincones más apartados de la monarquía, al norte y al este de los Alpes. Sucesivos gobernadores de este reino advirtieron a Metternich que no repitiera el error del titular de la monarquía del siglo XVIII José II (1741-1790), de tendencias reformistas, que había intentado imponer la uniformidad y el control central a todo el imperio. «Los lombardos —afirmaba uno de ellos— han sido y serán siempre incapaces de acostumbrarse a que se impriman las formas germánicas al gobierno de su país».

La frustración de los notables del país ante la centralización del Estado era compartida por los hombres que habían participado en la resistencia contra Napoleón. En el sur de Italia se habían organizado desde aproximadamente 1806 en sociedades secretas de corte masónico, los llamados «carbonarios», que fueron el modelo de sus homólogas francesas a partir de 1815 (la *charbonnerie*). Estos grupos habían sido animados por los ingleses a conspirar contra el gobierno napoleónico. La oposición al absolutismo era un elemento clave del movimiento, y a raíz de la caída de Napoleón sus miembros encontraron un nuevo objeto para el desarrollo de sus actividades en lo que ellos consideraban la tiranía de los gobiernos restaurados que habían asumido el poder en muchos lugares de la península italiana. Inspirándose en el ejemplo de los liberales españoles, los carbonarios se sublevaron. A ellos se unieron los soldados descontentos, y juntos marcharon sobre Nápoles y obligaron al rey Fernando I de las Dos Sicilias (1751-1825), popularmente conocido como Re Nasone («Rey Narizotas», por su nariz extraordinariamente grande), a adoptar la Constitución española de 1812. Los disturbios se propagaron por toda la península, y en Piamonte los liberales empezaron a planear una insurrección contra su reaccionario soberano. En marzo de 1821 fue izada la bandera tricolor por unos oficiales descontentos en varias guarniciones piamontesas,

y Víctor Manuel, asustado, abdicó, para ser sucedido por su hermano, tan intransigente como reaccionario, Carlos Félix (1765-1831), que publicó una severa advertencia desde la seguridad de su retiro fuera del reino, en Módena, avisando de que no estaba dispuesto a tolerar nada que pudiera menoscabar «la plenitud de la autoridad real». Mientras tanto, el líder de la insurrección piamontesa, el conde Santorre di Santarosa (1783-1825), fue nombrado ministro de la Guerra por el regente, el joven Carlos Alberto (1798-1849), supuestamente liberal, y empezó a preparar una invasión de Lombardía, el reino controlado por los austríacos.

Los acontecimientos de España e Italia suponían un desafío colectivo de grandes proporciones al programa conservador adoptado en Viena. Al principio, aunque el zar de Rusia insistió en que había que intervenir, los austríacos y los británicos no se tomaron demasiado en serio la situación de España, pero cuando el movimiento liberal se propagó a Italia, los austríacos se sintieron amenazados. En un congreso celebrado casi a finales de 1820 en Troppau, en la Silesia austríaca, la Santa Alianza acordó tomar medidas, pese a las objeciones de los ingleses. Esta decisión fue ratificada en otro congreso, esta vez en Laibach, a comienzos de 1821, al que asistió Fernando I, liberado de su cautiverio en Nápoles tras prometer respetar la Constitución, juramento que repudió en cuanto se encontró a salvo. Los austríacos enviaron un ejército a los Estados Pontificios y desde allí a Nápoles, donde llegaron el 23 de marzo, encontrando poquísima resistencia. Divididos entre los seguidores de los carbonarios democráticos y los liberales moderados partidarios del anterior soberano napoleónico, Joaquín Murat (1767-1815), muchos de los cuales habían prestado servicio en su administración, los revolucionarios solo pudieron ofrecer una resistencia mínima. En Sicilia, la noticia de la sublevación de Nápoles había desencadenado una insurrección popular con disturbios por las calles, asaltos de la multitud a las cárceles de Palermo y pandillas de artesanos rondando por

la ciudad que decapitaron a dos de los cabecillas liberales partidarios de la Constitución. Los gremios de los artesanos se negaron a prestar apoyo a los liberales. Estos sucesos reflejaban, entre otras cosas, la profundidad de la depresión económica de posguerra en la que se hallaba sumida la región, pero además espantaron a los notables locales, y fuera de Palermo los rebeldes contaban con pocos partidarios, de modo que fueron incapaces de derrotar el ejército napolitano de la isla, y con la llegada de los austríacos se puso fin a la insurrección.

Mientras tanto los austríacos enviaron un ejército al norte de Italia, donde también derrotaron con facilidad a los rebeldes, obligando a más de mil de ellos a marchar al exilio. Entre ellos estaba Santarosa, que vivió durante algún tiempo bajo nombre supuesto en París hasta que fue descubierto por la policía y fue obligado a abandonar el país, para acabar recalando en Nottingham, donde se ganó a duras penas la vida dando clases de francés e italiano. La dolorosa situación de los refugiados impresionó profundamente al joven estudiante genovés Giuseppe Mazzini (1805-1872), de apenas quince años, que en abril de 1821 se los encontró en el muelle del puerto de Génova buscando un barco que los llevara a España y mendigando dinero «para los desterrados de Italia». «Aquel día —recordaría más tarde Mazzini— fue el primero en que se asomó confusamente a mi alma no diré ya una idea de Patria y de Libertad, pero una idea de que se *podía* y por tanto se *debía* luchar por la libertad de la Patria». A raíz de la victoria de los austríacos, fueron condenados a muerte noventa y siete carbonarios y otros rebeldes (aunque todos, salvo siete, habían huido y fueron declarados prófugos en rebeldía). Las condenas de los demás fueron conmutadas por penas de cárcel. En el reino de las Dos Sicilias, el monarca restaurado en el trono, Fernando I, no fue tan generoso, y bajo la supervisión de su ministro de la Policía, Antonio Minutolo, príncipe de Canosa (1768-1838), se produjeron detenciones en masa y juicios multitudinarios, siendo varios carbonarios ejecutados en público y

muchos otros condenados a largas penas de cárcel. Aquello era demasiado incluso para Metternich, que logró presionar al monarca resentido para que destituyera a su ministro. La resistencia autoritaria estaba en aquellos momentos a la orden del día. En los Estados Pontificios, el nuevo papa, León XII (1760-1829), prohibió a los judíos tener bienes inmuebles y reforzó el poder de los jesuitas sobre la educación. En todos los rincones de Italia hubo despidos masivos de funcionarios civiles sospechosos de haber participado en las revueltas o de simpatizar con los insurrectos. Como dijo Carlos Félix, el nuevo rey del Piamonte, por lo que a la mayoría de los ciudadanos corrientes se refería, «los malos son todos cultos y los buenos son todos ignorantes»; así que solo se podía confiar en el Ejército y en la Iglesia.

A las potencias el congreso les resultó más difícil decidir qué era lo que había que hacer con la situación de España. Finalmente, en abril de 1823, los franceses enviaron un ejército con el fin de restablecer a Fernando VII en el trono, pese a la desaprobación de Metternich. Aunque los revolucionarios españoles inevitablemente apelaron a la resistencia que el país había opuesto a Napoleón y a «la energía y decisión que asombraron al mundo en 1808», los cien mil soldados franceses se cuidaron muy mucho de entregarse al pillaje y pagaron por su comida y su forraje. No encontraron una resistencia seria ni por parte del pueblo ni por parte del ejército español, cuyos generales hicieron rápidamente las paces con el monarca. Fernando había pasado los últimos días de su cautiverio en Sevilla lanzando dardos de papel desde el tejado de su alojamiento mientras el ejército francés se acercaba. Por fin salió para destituir a los ministros liberales y reinstaurar el despotismo real, llevando a cabo una purga del Ejército y recortando la libertad de pensamiento a todos los niveles. Se emprendió una reforma del Ejército, basada en los expedientes elaborados atendiendo a las simpatías políticas de cada oficial. Nada de esto fue del agrado de las fuerzas de ocupación francesas, que instaban a la reconciliación. Algunos oficia-

les absolutistas pensaron también que la purga de Fernando había ido demasiado lejos; el capitán general de Cataluña, por ejemplo, permitió a los profesores liberales de la universidad que se llevaran a su casa los libros sospechosos de la biblioteca universitaria antes de enviar a ella una delegación de «purgadores» absolutistas. En general, sin embargo, la represión salió adelante, y los restantes escasos intentos de levantamientos liberales que se produjeron fueron barridos con facilidad por falta de apoyo popular.

El ejemplo de los liberales españoles sirvió de inspiración no solo a Italia, sino también a Portugal. Las complejas corrientes cruzadas de esta época se ven perfectamente ilustradas por la breve carrera del oficial del ejército portugués, de tendencias liberales, Gomes Freire de Andrade (1757-1817), que prestó servicio en la Legión Portuguesa de Napoleón y llegó a gobernador imperial de Dresde. Gran maestre de los masones de Lisboa, Freire fue detenido por su participación en un supuesto complot para derrocar a la autoridad militar británica, al mando del vizconde de Beresford (1768-1854), general inglés que había sido nombrado jefe del ejército portugués con el título de mariscal. Las carreras transnacionales de ambos personajes, características de los primeros años de la época posnapoleónica, acabaron en fracaso: Freire fue condenado por traición y ejecutado en 1817, mientras que una variopinta pandilla de profesionales de clase media y oficiales del ejército, inspirados por la sublevación española de enero, «se pronunció» contra los ingleses en agosto de 1820. Beresford, que se había trasladado a Brasil para conseguir del rey más poderes, vio cómo le impedían desembarcar cuando volvió a Portugal, y se retiró a Gran Bretaña para asumir en 1821 un nuevo cargo, políticamente menos arriesgado, como gobernador de Jersey. Tras largas negociaciones, en 1822 los revolucionarios portugueses pusieron en vigor una Constitución radical. Se eligió un Parlamento y, aunque se restauró la monarquía, se le concedieron solo unos poderes limitados, se amplia-

ron los derechos de los ciudadanos y se abolieron las restricciones feudales a la libre empresa dentro de Portugal, mientras que al mismo tiempo se intentaba volver a imponer regulaciones mercantilistas al comercio con Brasil. Esta circunstancia, como hemos visto, provocó la separación de Brasil de Portugal. Sin embargo, la intervención francesa en España dio pie en 1823 a un golpe militar en el que un joven brigadier, João Saldanha (1790-1876), reunió un pequeño ejército y marchó sobre Lisboa, disolvió el Parlamento, y promulgó una nueva Constitución que concedía mayores poderes al rey, Juan VI (1767-1826). Esta medida, sin embargo, no resolvió nada, pues el monarca suscitó un resentimiento generalizado entre los liberales cuando invitó a Beresford a volver para que le prestara sus servicios como asesor personal, mientras que los intentos de Saldanha de llegar a un compromiso fueron incapaces de satisfacer a los conservadores, que lo miraban con recelo como miembro destacado de la masonería. El golpe de Saldanha bastó para prevenir una invasión francesa, pero atizó el fuego del conflicto dentro de Portugal, que pocos años después acabaría degenerando en guerra civil, en una lucha a todas luces de carácter dinástico, pero que en realidad tenía unas raíces mucho más profundas.

En Rusia, surgió una generación más joven de oficiales del ejército que se habían empapado de las ideas de la Revolución Francesa durante las guerras napoleónicas y la ocupación de Francia en 1815. Como en otros países, también en Rusia ejerció una fuerte influencia la masonería, con su énfasis en la humanidad y la filantropía y en las posibilidades de llevar a cabo discusiones abiertas a puerta cerrada. Algunos liberales europeos eran bien conocidos entre la élite rusa, y varios oficiales del ejército habían entrado en contacto con los carbonarios suizos. En febrero de 1816 un grupo de estos militares formaron una Unión de Salvación, en la que jóvenes oficiales de la Guardia, pertenecientes a familias nobles, discutían ideas tales como la abolición de la servidumbre y los juicios públicos en tribunales

abiertos, en vez de los procesos secretos habituales en Rusia. En febrero de 1817 la Unión de Salvación se convirtió en la Unión de la Prosperidad y creó una compleja organización, algunos de cuyos integrantes redactaron diversos borradores de una nueva Constitución para Rusia basada vagamente en la Constitución de Estados Unidos de América. Varios de ellos, y en particular Pável Péstel (1793-1826), joven coronel que en 1812, durante la invasión napoleónica, había resultado herido en la batalla de Borodino, fueron más lejos y llegaron a defender la eliminación de los títulos y privilegios de la nobleza y la abolición de la pobreza mediante la nacionalización de la tierra. Péstel deseaba una república rusa dirigida por un órgano legislativo unicameral y con una administración centralizada. Su liberalismo no se extendía a las partes no rusas de los dominios del zar, por ejemplo Finlandia, los países bálticos, Georgia, el Cáucaso, Bielorrusia y Ucrania; todas las nacionalidades sometidas, en su opinión, debían fundirse y confluir en la nación rusa, excepto los polacos, que tenían derecho a un grado de independencia limitado. (En realidad, el estatus autónomo y constitucional de la Polonia del Congreso fue uno de los factores que influyeron en el grupo, pues si a Polonia podía concedérsele una Constitución, ¿por qué no a Rusia?).

En 1823, se unió al grupo otra organización secreta radical, la Sociedad de los Eslavos Unidos, cuyos veinticinco miembros eran también en su mayoría oficiales del ejército aristócratas o de clase alta. Elaboraron diversos planes para detener o incluso asesinar al zar como preludio de la revolución. Pero el 19 de noviembre de 1825 Alejandro I murió, sin dejar tras de sí ningún hijo legítimo. Para consternación de los revolucionarios, no fue sucedido por su hermano, el gran duque Constantino Pávlovich (1779-1831), que era el siguiente en la línea de sucesión al trono y que gozaba —no se sabe a ciencia cierta con cuánta justificación— de cierta reputación de liberal. Constantino se había casado con una condesa polaca y había decidido quedarse a vivir en

Polonia, renunciando a sus derechos al trono de Rusia. De ese modo, la sucesión pasó al menor de los tres hermanos, Nicolás, que además tenía un hijo y por lo tanto auguraba la continuación de la dinastía de los Románov. Nicolás I (1796-1855) tenía una merecida reputación de reaccionario, que reforzó la determinación de actuar que tenían los conspiradores. Advertido por un delator de la conspiración que se estaba fraguando, Nicolás se había proclamado precipitadamente zar el 14 de diciembre de 1825, frustrando así la pretensión de los revolucionarios de impedir su ascensión al trono con un golpe de Estado. Tras reunir a unos 3.000 soldados en la plaza del Senado de Moscú, los revolucionarios fusilaron al intermediario que había enviado el zar, quien a su vez ordenó entonces a sus soldados, cerca de 9.000, que abrieran fuego inmediatamente. Las fuerzas revolucionarias abandonaron la plaza y salieron huyendo. Otra sublevación más pequeña escenificada más al sur fue dispersada el 3 de enero de 1826. La insurrección había terminado. Nicolás creó un comité de investigación, que indagó el historial de 600 personas y sometió a juicio a 121, condenando a muerte a cinco individuos, entre ellos Péstel. Otros 31 fueron enviados al destierro y condenados a trabajos forzados en Siberia, y los 85 restantes fueron sentenciados a penas de cárcel más breves.

Los sublevados pasaron a la historia con el nombre de los *decembristas*. Como otros grupos similares en distintos países de la Europa de la década de 1820, eran jóvenes oficiales del ejército pertenecientes a la clase alta. Pretendían dar un golpe militar, pero eran también intelectuales, influenciados por su experiencia de las guerras de la Revolución Francesa y de las campañas napoleónicas, e inspirados por ideas democráticas e igualitarias. Lo mismo que en otros países, las sociedades secretas derivadas de la masonería o inspiradas en ella fueron el medio preferido de discusión y preparación de la revuelta. Lo cierto es que provocaron una alarma grandísima en las cancillerías europeas. Metternich las llamó «un poder real, tanto más peligroso por cuanto

trabajan en la oscuridad, socavando todos los rincones del cuerpo social, y depositando por doquier las semillas de una gangrena moral que no se desarrolla ni crece con lentitud». Solo la estrecha colaboración de las grandes potencias de Europa, diría Metternich a Alejandro I en diciembre de 1820, podía conjurar aquella amenaza. Los autores de tendencia conservadora culparon a la revolución de 1789 de la aparición de sociedades secretas como los carbonarios. «Entre los pueblos enfermos —comentaba uno de ellos en 1815— siempre se encuentran conspiraciones». El gobierno de la monarquía de los Habsburgo exigía a todos sus funcionarios prestar un juramento garantizando que no pertenecían a ninguna sociedad secreta. La paranoia estaba a la orden del día. En 1814 el emperador Francisco I de Habsburgo solicitó incluso un informe acerca de los alfileres de corbata que había visto llevar a unos hombres durante su visita a Florencia, temeroso de que fueran alguna señal secreta de la francmasonería. Sus agentes intentaron recoger información en toda Europa, y elaboraron una imagen muy alarmante de una vasta red internacional de elementos subversivos. El hecho de que algunos de ellos utilizaran nombres —masones, carbonarios— que trascendían las fronteras nacionales parecía confirmar esas sospechas. A mediados de siglo, el político y novelista inglés Benjamin Disraeli (1804-1881) todavía llegaba a manifestar la opinión de que las sociedades secretas «cubren Europa como una red»: «Actuando al unísono con un gran movimiento popular pueden destruir la sociedad, como hicieron a finales del siglo pasado», advertía con su habitual estilo melodramático.

Estas opiniones eran exageradas en extremo. Los estados del siglo XIX tenían menos que temer de las conspiraciones revolucionarias que de su propio temor. Estas angustias reflejaban, entre otras cosas, el deseo de Metternich de encontrar una justificación de la represión coordinada a nivel internacional, y la incurable tendencia de Disraeli al romanticismo. Bien es verdad que hubo contactos entre algunos individuos envueltos en las

sociedades secretas de varios países, pero estas nunca supusieron nada parecido a una organización coherente o coordinada. La oleada de conspiraciones de militares revolucionarios había cedido ya en la mayor parte de Europa en 1823; la insurrección de los *decembristas* de 1825 fue una especie de colofón. No obstante, las sociedades secretas fueron en cierto modo el primer ejemplo titubeante, embrionario si se quiere, de un movimiento revolucionario internacional, inspirado en ideas similares y comprometido con unos métodos análogos, derivados de la Revolución Francesa y del imperio de Napoleón, la débil imagen especular del conservadurismo internacional propagada por Metternich y la Santa Alianza. La política se había internacionalizado en 1815 como consecuencia de las perturbaciones de las décadas anteriores. Virtualmente todos los países europeos habían sido invadidos y ocupados por ejércitos extranjeros, y a su vez habían enviado tropas a invadir y ocupar otros países. Este proceso se repetiría una y otra vez, adoptando formas cada vez más vigorosas y coherentes, a medida que fuera avanzando el siglo.

Naturalmente hubo también peculiaridades nacionales. En Gran Bretaña no fueron los oficiales de menor graduación los que conspiraron para derrocar al gobierno, sino un grupo de jacobinos que se denominaban a sí mismos los filántropos *spenceanos*, así llamados por Thomas Spence (1750-1814), un adversario del cercamiento de las tierras comunales que defendía el sufragio universal de los varones y el fin de la aristocracia terrateniente. Dirigidos por Arthur Thistlewood (1774-1820), que había estado envuelto en los disturbios de Spa Fields de 1816, cuando los Spenceanos habían planeado utilizar una concentración masiva de gente para asaltar la Torre de Londres, intentaron aprovechar la muerte de Jorge III (1738-1820) para escenificar una sublevación, más o menos como los decembristas harían unos años más tarde con la muerte del zar Alejandro I. Su intención era interrumpir una cena del gabinete de gobierno y matar a todos los asistentes; uno de los conspiradores se jactó de que pen-

saba decapitarlos a todos y exponer dos de sus cabezas en el puente de Westminster. Eso, pensaban los conjurados, desencadenaría una sublevación contra el gobierno, y entonces ellos establecerían un Comité de Salud Pública, en la misma línea que el de los revolucionarios franceses de comienzos de la década de 1790. Sin embargo, el asesinato en masa había sido fraguado en realidad por un miembro del grupo, George Edwards (1788-1843), que resultó ser un espía de la policía que actuaba como *agent provocateur*. Edwards denunció el complot al Home Office, que llevó a cabo una redada en el cuartel general de los conspiradores en la calle Cato. En la lucha que se desencadenó, Thistlewood acuchilló a un agente de la policía, pero aunque algunos conspiradores lograron escapar, la mayoría fueron arrestados, y diez fueron juzgados por alta traición. Cinco de ellos fueron deportados de por vida, mientras que los otros cinco, entre ellos Thistlewood, fueron ahorcados púbicamente el 1 de mayo de 1820, y luego descuartizados y decapitados (acto que provocó el sonoro abucheo de la enorme multitud de espectadores).

Los conspiradores de la calle Cato fueron un caso insólito en el sentido de que eran civiles, no militares, pero en muchos otros aspectos fueron un grupo revolucionario típico de comienzos de la década de 1820. En mayor medida incluso que sus homólogos de Inglaterra, España o Italia, los decembristas rusos, a pesar de sus ideales igualitarios, estaban en gran medida aislados del resto de la sociedad, eran de origen aristocrático, pero de espíritu democrático, pretendían ampliar la base política, pero fueron incapaces de ganarse el apoyo que les hubiera permitido hacerlo. La falta de una verdadera sociedad civil en Rusia condenó a los decembristas a utilizar el medio tradicional del golpe militar para intentar poner en práctica sus ideas. En otros países de Europa, el golpe militar fue también el medio favorito para derrocar los regímenes de la Restauración. Pero en aquellos en los que se había desarrollado una esfera pública entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la participación de civiles pertenecientes a las

clases cultivadas —abogados, médicos, profesores, comerciantes, etc.— en la actividad revolucionaria fue mayor que en Rusia. Allí donde, como en Sicilia, se vieron amenazados por la sublevación de las masas, esos hombres dieron rápidamente la espalda a los actos radicales. El ejemplo de los jacobinos de la Revolución Francesa entre 1789-1794, cuya alianza con las fuerzas plebeyas de los *sans-culottes* había acabado por sumir al país en el reinado del Terror, bastó para asustar a los grupos liberales cultos y disuadirlos de apelar al apoyo de la gente humilde a partir de 1815, a menos que no les quedara otro remedio. Bien es verdad que las revueltas más generalizadas de los años de la Restauración, los disturbios Hep-Hep de 1819, contaron entre sus participantes con miembros de las clases cultas, además de artesanos y otros miembros de la clase baja, pero el enfoque antisemita de esas revueltas repelió a muchos liberales, y los ataques de los insurrectos contra la propiedad privada alarmaron a Metternich, que vio en ellos una grave amenaza para el orden público: allí donde estallaban las revueltas, escribía en 1819, «no hay seguridad, pues los mismos disturbios podrían desencadenarse en cualquier momento por cualquier otra cosa». Los liberales de clase media compartían en gran medida su opinión. Su temor a las masas de revoltosos reaparecía más adelante a lo largo del siglo, con graves repercusiones para los revolucionarios.

El gendarme de Europa

De todos los regímenes establecidos o restablecidos a raíz del restauracionismo posterior a 1815, el más conservador fue indudablemente el del zar Nicolás I de Rusia. Militar profesional, con una reputación de rigorista severísimo, se había casado con una princesa prusiana y admiraba las instituciones del país del que era originaria su esposa. Hablaba varios idiomas y había visitado Inglaterra, Francia y Escocia, pero despreciaba los sistemas políticos y legales de todos esos países al no considerarlos dignos de ser imitados por el suyo. Los intelectuales liberales lo verían como un personaje siniestro, y desde luego la insurrección de los

decembristas con la que empezó su reinado ensombreció las actitudes de Nicolás hacia la reforma durante el resto de su vida. En mucha mayor medida que su predecesor, Alejandro I, estaba decidido a cortar de raíz cualquier complot revolucionario. El héroe de Nicolás era Pedro el Grande (1672-1725), cuyo busto tenía sobre su escritorio, y en cierta ocasión dijo a un dignatario de su corte: «He aquí el modelo que pretendo seguir durante todo mi reinado».

En cuanto subió al trono, el nuevo zar reestructuró su administración, centralizando el poder en su propia Cancillería Imperial, cuya Primera Sección era su secretaría personal; la Segunda Sección se encargaba de codificar las leyes bajo la dirección de Speranski; y la Cuarta trataba de los distintos aspectos de la educación. El conde Serguéi Semiónovich Uvárov (1786-1855), ministro de Educación de Nicolás durante dieciséis años, deseaba que las universidades frenaran «los impulsos excesivos hacia lo abstracto, en el nebuloso campo de la política y la filosofía», y que enseñaran a los estudiantes a resistirse a las «ideas llamadas europeas». El objetivo de la educación era, según decía, suministrarles unas «convicciones profundas y una cálida fe en los salvíficos principios, verdaderamente rusos, de la Autocracia, la Ortodoxia y el Principio Nacional, que constituyen el áncora de nuestra salvación y la garantía más fiel de la fuerza y la grandeza de nuestro país». Al mismo tiempo, Uvárov fomentó la expansión de las universidades y supervisó un modesto desarrollo del sistema pedagógico. Reformó la administración universitaria y alentó el estudio de la ciencia y de los clásicos de la Antigüedad. Puede que Uvárov fuera un reaccionario, pero no era un oscurantista; su política de educación superior sentó las bases para la aparición durante las décadas de 1840 y 1850 de un estrato social típicamente ruso, la *intelligentsia*.

La Tercera Sección de la Cancillería Rusa, responsable de la seguridad del Estado, era dirigida por un antiguo general de caballería, el conde Aleksander von Benckendorff (1781-1844), un

noble germano-báltico, hermano de la dama de la alta sociedad internacional Dorothea von Lieven (1785-1857), que otrora gozara de gran notoriedad por su aventura con Metternich, motivo de innumerables habladurías. (La princesa Von Lieven tuvo un célebre salón en Londres durante veintidós años, mientras su marido prestó servicio como embajador de Rusia en la capital inglesa). Benckendorff era también el jefe de la gendarmería, de modo que en realidad la Tercera Sección era responsable de la policía. Ostentaba un poder que le permitía reunir «informes sobre todos los asuntos sin excepción», llevar a cabo la vigilancia de los elementos sospechosos desde el punto de vista político —dos mil personas al año por término medio durante la década de 1840— y desterrarlos a Siberia, así como supervisar a todos los extranjeros que entraban en el país. A menudo los funcionarios de la Tercera Sección fabricaban casos y actuaban sin el menor criterio ante las denuncias falsas. La Tercera Sección utilizaba todo un ejército de informadores, uno de los cuales comunicaba las quejas del público por el entrometimiento de la institución: «¿No sabe usted —denunciaba el informador que le había preguntado un burócrata en tono amenazador— cómo trata a la gente el general Benckendorff y qué medidas adopta para desenterrar los secretos familiares?».

La Tercera Sección se encargaba de descubrir la corrupción existente dentro de la burocracia; un burócrata la describía en tono de desaprobación como «una nube negra» que «se levantó sobre Rusia y... planea sobre su horizonte desde hace ya varios años». Por su parte, la Tercera Sección comunicaba en 1827 que entre los funcionarios «la gente honrada se encuentra raras veces. El pillaje, el fraude a las leyes: ese es su oficio». El sustituto y eficaz sucesor de Benckendroff, Leonti Vasílievich Dubbelt (1792-1862), otro veterano de las guerras napoleónicas, infundía terror a todo aquel que caía dentro de su órbita, entre otras cosas debido a la elaborada cortesía con que trataba a sus víctimas. Cuando el escritor y crítico Aleksandr Ivánovich Herzen (1812-

1870) se le quejó del desbarajuste que habían causado los gendarmes cuando habían registrado su domicilio, Dubbelt exclamó: «¡Oh Dios mío! ¡Qué desagradable! ¡Qué chapuceros son!». Su cortesía no le impidió comunicar a Herzen que iba a ser desterrado a Viatka, una pequeña ciudad al noreste de Rusia, por su participación en las críticas contra el gobierno. No obstante, aunque la Tercera Sección tenía un control estricto sobre los disidentes políticos, no fue capaz en absoluto de acabar con la ineficacia y la corrupción del aparato administrativo, entre otras cosas porque eran dos lacras profundamente enraizadas en el gobierno. El conde Piotr Aleksándrovich Tolstói (1761-1844), el jefe del departamento militar del Consejo de Estado, era calificado por el secretario imperial del Consejo como un individuo que «combina tanto una indiferencia incalificable ante todos los asuntos oficiales como una pereza legendaria, verdaderamente ejemplar». El gobernador de San Petersburgo, Piotr Kirílovich Essen (1772-1844), era tan descuidado en todo lo referente a su cargo, que no se enteró de que el jefe de su cancillería cobraba sobornos y malversaba los fondos públicos hasta que el escándalo salió a la luz en 1843. La Tercera Sección ejercía también la censura sobre el teatro. En 1836, cuando Nikolái Vasílievich Gógol (1809-1852) estrenó su comedia satírica *El inspector*, cuyo argumento trata del alcalde de una ciudad de provincias que confunde a un visitante fortuito con un inspector general del gobierno e intenta disimular su propia corrupción y congraciarse con el visitante concediéndole enormes «préstamos», el propio zar desautorizó personalmente a los censores y mandó que fuera puesta en escena como advertencia al funcionariado. La censura fue consagrada por medio de una ley promulgada en 1826 y revisada en 1828, con el respaldo del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa. Aunque los efectos de la normativa fueron mitigados debido a que algunos funcionarios eran liberales no declarados, el zar o algunos otros personajes de alto rango tenían siempre la facultad de intervenir para exigir el cierre de una revista o la de-

tención de un escritor. La arbitrariedad siempre acompaña al despotismo, y Rusia no iba a ser la excepción. A pesar de su ineficacia, el régimen de Nicolás I logró mantener a raya a la disidencia, que carecía de cualquier desahogo institucional, como pudiera ser un órgano legislativo de carácter electivo, y que para aflorar a la superficie solo disponía de las novelas, el teatro y la poesía, medios por lo demás fáciles de amordazar. Nicolás I, como señaló la reina Victoria, era «sincero incluso en sus actos más despóticos, basándose en la idea de que esa es la única forma de gobernar». Habría que esperar a su muerte en 1855 para que las nieves perpetuas de la política rusa empezaran a descongelarse.

Extender el poderío de Rusia, como había hecho Pedro el Grande, fue el objetivo primordial de Nicolás I. E intentó alcanzarlo entre otras cosas mediante el mantenimiento del orden. El zar estaba tan decidido como lo había estado Pedro I a utilizar el poder de Rusia para sofocar la revolución en otros lugares de Europa. Defendió los ideales de la Santa Alianza y continuó participando en el sistema del congreso. En su afán por prevenir la revolución, Nicolás no tardaría en ser llamado «el gendarme de Europa». Justificó semejante apodo entre otras cosas por la forma que tuvo de tratar los sucesos que se desarrollaron en Polonia. Su predecesor, Alejandro I, influido por su amistad con el ilustre noble polaco Adam Czartoryski (1770-1861), había dejado intactas muchas de las reformas introducidas por Napoleón a raíz de su creación del gran ducado de Varsovia, con la esperanza de apaciguar con ellas a la opinión pública polaca. (En 1812 unos 85.000 polacos habían prestado servicio en la Grande Armée de Napoleón, y el establecimiento del gran ducado había exaltado los ánimos de muchos aristócratas polacos, que vieron en ella una ocasión de recuperar la soberanía de su país, perdida apenas en 1795). La Polonia del Congreso tenía su propia Constitución, con su propia Dieta y su propia administración, sus correspondientes impuestos e incluso su propio ejército. Un digna-

tario ruso la llamaba desdeñosamente «una serpiente que escupe su veneno contra nosotros», temiendo a todas luces que el veneno de la democracia pudiera infectar a la población de Rusia.

A la muerte de Alejandro I en 1825, Nicolás empezó a presionar cada vez con más fuerza al virrey ruso de Polonia, su hermano el gran duque Constantino, para que recortara lo que él consideraba que eran las excesivas libertades del país. Su decisión se vio reforzada por el descubrimiento de que los decembristas habían estado en contacto con una sociedad secreta de Varsovia, una de las muchas que habían surgido a comienzos de la década de 1820, estrechamente relacionada con los masones, que en 1815 contaban ya con treinta y dos logias en la Polonia del Congreso. La policía zarista desarticuló algunos de esos primeros grupos, que tenían nombres tales como la Sociedad Nacional Patriótica o la Liga de los Polacos Libres, aunque su apoyo procedía casi en su totalidad de los oficiales de menor rango del ejército polaco y de los estudiantes. En la Universidad de Vilna, otrora parte del viejo reino de Polonia-Lituania, pero en aquellos momentos perteneciente a Rusia, más allá de la frontera polaca, la policía desbarató en 1823 una conspiración nacionalista, cuyo líder, Adam Mickiewicz (1798-1855), fue desterrado al centro de Rusia. Cinco años después, las investigaciones del zar permitieron el procesamiento por traición de destacadas figuras de la Sociedad Patriótica, y cuando los jueces los declararon no culpables (excepto al teniente coronel Seweryn Krzyażanowski [1787-1839], que había tenido tratos con los decembristas), Constantino mandó arrestar a los jueces, mientras que Nicolás ordenó que los conspiradores fueran deportados a Siberia cargados de cadenas. Las cosas empeoraron cuando se exigió a todos los oficiales del ejército polaco que renovaran su juramento de lealtad al zar.

Después de la sublevación de los decembristas, un pequeño grupo de oficiales liberales se reunió en 1830 en la escuela de oficiales de infantería de Varsovia, con la intención de adueñarse

del poder. Decidieron actuar galvanizados por la orden dictada por Nicolás de movilizar las fuerzas armadas rusas para impedir el derrocamiento de la monarquía en Francia. Cuando los conspiradores lograron atraer a más seguidores, un grupo emprendió el asalto al palacio del virrey durante la noche del 28 al 29 de noviembre de 1830. Al encontrar a un hombre vistosamente uniformado a la entrada de los aposentos del gran duque, lo mataron a puñaladas, y a continuación se echaron a la calle gritando: «¡El gran duque ha muerto!». Se habían equivocado. En realidad habían asesinado al gobernador de Varsovia (el gran duque se había escondido en los aposentos de su esposa). Cuando los oficiales de mayor rango intentaron restaurar el orden llamando a los conjurados «asesinos ignorantes», fueron fusilados, y los conspiradores se hicieron con el control de la ciudad y de sus depósitos de munición. En vez de utilizar sus tropas para aplastar la conjura, el gran duque se retiró de la ciudad presa del pánico, llevándose consigo a los prisioneros cuya deportación había ordenado el zar tras el fiasco de la pantomima de juicio de 1828. «Los polacos han comenzado este alboroto —afirmó— y son los polacos los que deben ponerle fin». Los intentos de los moderados de entablar negociaciones con el zar chocaron con la previsible negativa más absoluta de este a hacer cualquier tipo de concesiones, lo que empujó a los rebeldes a caer en manos de la facción más radical de la Dieta. Tras conmemorar el recuerdo de los decembristas el 24 de enero de 1831, convencieron a la Dieta de que destituyera al zar al día siguiente e hiciera pública una declaración de independencia.

Temerosos de comprometer su propia posición social y económica, los radicales, en su mayoría aristócratas, rechazaron la idea de atizar a los campesinos para que apoyaran su causa introduciendo una reforma agraria. Mientras tanto, el zar ya había movilizado un ejército de 120.000 soldados para aplastar la sublevación. Pero el ejército ruso no solo tenía ante sí unas fuerzas polacas profesionales y bien organizadas, sino que además tuvo

que hacer frente a una violenta epidemia de cólera que sus hombres habían traído consigo desde el este. En los feroces combates que se desencadenaron, los polacos obtuvieron varias victorias significativas. Pero no fueron capaces de rematarlas. Pese a su imaginativo despliegue de artillería, los polacos sufrieron una derrota decisiva en Ostrołęka el 26 de mayo de 1831, y las divisiones existentes entre los líderes polacos aceleraron la desintegración de la revuelta. Su principal comandante, el general Jan Skrzynecki (1787-1860), fue objeto de duras críticas por sus tácticas dilatorias. Incapaz de persuadir a la Dieta de que lo nombrara dictador, mandó detener a sus críticos y a varios militares rivales y llevarlos a juicio. El 15 de agosto la Dieta lo destituyó en medio de algunas escenas caóticas en las calles de Varsovia, donde la multitud asaltó las prisiones y mató a treinta y cuatro internos, entre ellos a cuatro generales. El ejército polaco respondió haciéndose con el control de las calles, fusilando a los supuestos cabecillas del motín y aplastando las barricadas levantadas en las calles por los rebeldes. Mientras los polacos se despedazaban unos a otros, el ejército ruso llegó a las puertas de Varsovia, donde los asediados habían construido terraplenes y habían logrado reunir una fuerza defensiva de 40.000 hombres. No sirvió de nada. En dos días de feroces combates las fuerzas rusas, muy superiores en número, superaron las defensas polacas y entraron en la ciudad por el cementerio de Wola, donde luego se localizaría el cadáver del general Józef Sowiński (1777-1831), veterano de las guerras napoleónicas, cosido a golpes de bayoneta, y apoyado en un armón de artillería con su pata de palo. La sublevación se había acabado. Los últimos restos de la rebelión se rindieron el 21 de octubre.

El zar tomó entonces represalias. Todos los oficiales polacos que habían intervenido en el alzamiento fueron destituidos y deportados al centro de Rusia, mientras que los soldados rasos fueron obligados a marchar a pie hasta el Cáucaso y a prestar servicio allí. De esta forma fueron castigados cerca de 100.000 hom-

bres. Otros 80.000 ciudadanos polacos que habían prestado apoyo a la revuelta también fueron deportados. Unos 254 hombres fueron condenados a muerte. Más de 5.000 haciendas fueron secuestradas en Polonia y Lituania. «Ordena efectuar un registro en Varsovia —comunicó el zar Nicolás— en busca de todas las banderas y estandartes de nuestro antiguo ejército polaco y envíamelos... Retira todo aquello que tenga un valor histórico o nacional, y tráelo aquí». Nicolás abolió la Constitución polaca, junto con la Dieta y el Ejército, envió a funcionarios rusos para ponerlos al frente de la administración, y en adelante gobernó por decreto militar. Las universidades fueron cerradas y las bibliotecas secuestradas. A partir de 1839 fue prohibido estudiar en el extranjero, se interrumpió la publicación de libros de historia y de estudios sociales, y se paralizó la circulación de las obras de los poetas nacionales. Tanta irritación causó al zar la sublevación que en un momento dado propuso incluso lavarse por completo las manos de todo lo concerniente a los polacos y ceder la totalidad de su territorio a Austria y a Prusia. Aunque sus ministros lograron calmarlo, el legado del conflicto fue un motivo más de rencor en las relaciones entre Polonia y Rusia, igualmente acendrado por ambas partes. Finalmente Nicolás se contentó con abolir la estructura administrativa provincial del reino. Reemplazó el zloty polaco por el rublo ruso, y en 1849 introdujo el sistema ruso de pesos y medidas en sustitución del polaco, causando no poca confusión. Los rebeldes encarcelados no obtuvieron perdón, y muchos de ellos seguían en prisión o desterrados en Siberia un cuarto de siglo más tarde. Pese a la enorme represión sufrida, el nacionalismo polaco sobrevivió, para volver a salir a la superficie en numerosas ocasiones a lo largo del siglo XIX.

Los polacos perdieron debido a su aislamiento de las masas. Un pequeño grupo de oficiales del ejército, apoyados por estudiantes e intelectuales, había intentado hacerse con el poder. A diferencia de los decembristas rusos, habían logrado ganarse el respaldo de una gran cantidad de soldados rasos y de una parte

de la clase de los artesanos, empujados a la rebelión por la dureza de su situación económica y por la sensación de que su penuria debía mucho a las exacciones de los rusos. Lo que realmente necesitaban los rebeldes era soliviantar al campesinado, esto es, a la inmensa mayoría de la población. Algunos se dieron cuenta de ello. Pero el tímido intento de introducir una reforma agraria en la asamblea legislativa se esfumó sin dejar rastro frente a la indiferencia de la mayoría terrateniente. Los campesinos permanecieron inactivos, y la sublevación se convirtió en un fenómeno puramente urbano. Por lo que al zar se refería, había sido un asunto esencialmente interno. No hubo injerencia alguna por parte de las demás potencias europeas, aunque los conspiradores polacos intentaron conseguir que interviniera Austria. Las repercusiones de la insurrección dentro de Europa, sin embargo, alcanzaron distintos niveles. Los sucesos de 1830-1831 inauguraron un largo período de fobia antirrusa en Inglaterra. La Cámara de los Comunes aprobó por unanimidad un voto de censura contra el zar. En Alemania se pusieron de moda durante algún tiempo las canciones populares que condenaban la esclavización de Polonia. El poeta ruso Aleksandr Sergéyevich Pushkin (1799-1837) respondió a esas críticas con una diatriba contra «los calumniadores de Rusia», acusando a los extranjeros de abrigar sentimientos de envidia por haber hecho menos que los rusos por derrocar a Napoleón. Afirmaba que lo de Polonia había sido una disputa entre eslavos. No fue así como fueron vistas las cosas en el resto de Europa, donde alrededor de 7.000 polacos buscaron refugio durante la insurrección y aun después. Uno de ellos fue el compositor Frédéric Chopin (1810-1849), que salió de Varsovia justo antes de la sublevación para no pisar nunca más su tierra natal. Desde Stuttgart escribió una carta desesperada a su padre a raíz de la caída de Varsovia: «El enemigo debe de haber entrado en nuestra casa. Los suburbios deben de haber sido asaltados e incendiados… ¡Y yo sin poder matar ni a un solo moscovita!».

Al aplastar la insurrección polaca, el zar Nicolás I había desafiado de manera flagrante el ordenamiento de Viena, que había concedido a la Polonia del Congreso un grado sustancial de autonomía. Pero en otro sentido no había hecho más que corroborar ese mismo ordenamiento: su ataque fundamental, dirigido contra la amenaza de revolución, daba a entender que cualquiera que actuara para mantener el orden lo hacía ateniéndose ni más ni menos que al espíritu que lo había inspirado. No obstante, aunque Rusia había actuado sola en el caso de Polonia, el zar prefirió positivamente actuar en concordancia con otros estados europeos en momentos de apuros, especialmente en aquellos casos en los que los problemas no surgieran en su propio patio trasero. Pero la cooperación y la colaboración de Rusia en el mantenimiento del orden europeo instaurado después de 1815 podrían tropezar con los intereses contrapuestos incluso de los estados más conservadores del continente. Así quedaría patente en el asunto más grave al que tendría que hacer frente el concierto europeo durante la década de 1820, la cuestión de la independencia de Grecia del imperio otomano.

La independencia de Grecia

Como tantos otros gobernantes europeos de la época, el sultán otomano Mahmud II (1785-1839) había contemplado con admiración la efectividad del gobierno de Napoleón en Francia. A comienzos del siglo XIX, el imperio otomano seguía controlando una amplia franja de territorio en el sureste de Europa, que se extendía desde los principados de Moldavia y Valaquia hasta Bosnia, Serbia y Montenegro y que, pasando por Bulgaria y Albania, llegaba hasta Grecia y las islas del Egeo. Controlando como controlaba Anatolia, Irak, Siria, Palestina, la península Arábiga, Egipto y la costa del norte de África hasta Túnez por el oeste, el imperio otomano seguía siendo una fuerza con la que era preciso contar en la política europea. Todavía no hacía mucho más de un siglo que los ejércitos otomanos habían puesto sitio a Viena (1683). Sin embargo, la reorientación del comercio

europeo desde Oriente Medio hacia el Atlántico y la aceleración del desarrollo económico de la Europa occidental hacia finales del siglo XVIII, habían empezado a dejar rezagada a la economía otomana. Las mejoras tecnológicas y organizativas de los ejércitos y las armadas occidentales significaron que empezaran a superar el rendimiento de las fuerzas otomanas. La corrupción característica del gobierno y de la administración del siglo XVIII había disminuido en la mayor parte de Europa, pero seguía muy viva entre los turcos. En la capital otomana, Constantinopla (Estambul), a los sultanes les costaba cada vez más trabajo imponer su autoridad. Algunos líderes locales y regionales iban ganando autonomía progresivamente en muchos lugares del imperio.

Uno de ellos fue Alí Pashá de Tepelén (1740-1822), un antiguo bandolero musulmán que controlaba una amplia franja de territorio que se extendía desde el Peloponeso y la Grecia continental hasta Macedonia y Albania (de donde era originario). Nombrado pachá o administrador otomano en 1788, cobró impuestos por cuenta propia y gobernó de forma violenta haciendo uso de la extorsión sin vacilar en ningún momento. Famoso por su codicia y su sibaritismo, en 1819 se había puesto tan gordo que ya no podía sentarse en el suelo a la manera tradicional de los turcos, con las piernas cruzadas. Sin embargo, el pachá se había acostumbrado a disfrutar de más autonomía de la que Mahmud estaba dispuesto a tolerar. En 1820 unos 20.000 soldados otomanos sitiaron su cuartel general en Ióanina, donde su resistencia fue tan obstinada que fue preciso enviar refuerzos procedentes de las guarniciones del Peloponeso. Buscando aliados, el pachá estableció contacto con una organización secreta, la Sociedad de Amigos, fundada por mercaderes griegos y cuya aspiración era «la liberación de la madre patria». Su presidente, Aléxandros Ipsilantis (1792-1828), oficial del ejército ruso, invadió los principados danubianos de Moldavia y Valaquia con una pequeña fuerza reunida por su Sociedad, con el objetivo en último término de provocar una guerra entre Rusia y Turquía que trajera

consigo la liberación de los griegos en todas partes y de paso la destrucción del imperio otomano.

Pero el zar repudió la acción de Ipsilantis y se negó a apoyar aquel ataque tan peligroso para la autoridad del Estado, enviando por el contrario tropas a Moldavia con el pretexto de que la Santa Alianza condenaba una intervención de semejante estilo. Ipsilantis logró persuadir a un boyardo (terrateniente) menor rumano, llamado Tudor Vladimirescu (1780-1821) de que se pusiera al frente de una sublevación con la ayuda de una banda de mercenarios, y enseguida las promesas de reforma agraria hechas por Vladimirescu soliviantaron a los campesinos de Valaquia, lo que permitió a sus fuerzas ocupar Bucarest. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, los insurrectos se dedicaron a incendiar y saquear todo indiscriminadamente, atacando incluso los bienes de los terratenientes griegos que apoyaban la causa de la independencia. Aquello echó por tierra los planes que abrigaba Ipsilantis de utilizar a los terratenientes griegos de la región para crear una base desde la que destruir el imperio otomano en la zona. Cuando llegó por fin un ejército turco, Vladimirescu, desesperado, intentó cambiar de bando, pero ya era demasiado tarde. Sus propios oficiales lo traicionaron y se lo entregaron a los griegos, que torturaron y mataron al cabecilla rumano y luego arrojaron su cuerpo mutilado a una letrina, mientras que Ipsilantis huyó a Austria y murió en el exilio. No obstante, Ipsilantis había logrado obtener el apoyo de la jerarquía ortodoxa griega, circunstancia que alentó la aparición de sublevaciones armadas de campesinos en el Peloponeso. A ellos se unieron los oficiales griegos del ejército otomano, irritados por la ejecución de supuestos conspiradores nacionalistas griegos a manos de los turcos. No tardaron en andar sueltas por los campos partidas de bandoleros armados, deseosos de librarse de la autoridad de los otomanos, que atacaban a los funcionarios locales y llevaban a cabo matanzas de musulmanes, mientras que en el Egeo, los habitantes de las islas se dedicaban a la piratería y acosaban a los

otomanos por mar. En abril de 1821 habían sido asesinados unos 15.000 de los 40.000 habitantes turcos del Peloponeso.

El 27 de enero de 1822, se reunió en Epidauro, en el Peloponeso, una autodenominada Asamblea Nacional Griega, que hizo pública una grandilocuente declaración de independencia del «cruel yugo del poder otomano». Los griegos, proclamaba la declaración, estaban combatiendo en una «guerra santa, una guerra cuyo objetivo es reconquistar los derechos a la libertad individual, a la propiedad y al honor, los mismos derechos de los que los pueblos civilizados de Europa, nuestros vecinos, disfrutan hoy día». Pero pese a las proclamas ideológicas de la Asamblea, que constituía la autoridad formal del movimiento rebelde, la sublevación seguía adoleciendo de descoordinación y estaba dividida internamente de la manera más caótica, con un abismo gigantesco que separaba los elementos profesionales cultos de los toscos combatientes sobre el terreno, a menudo carentes de conciencia política. Nadie era capaz de establecer un control central ni de asegurar el orden en los lugares en los que los rebeldes habían logrado imponerse. Al contemplar cómo se habían apoderado de Trípoli, el observador británico George Finlay (1799-1875) clamaba de desesperación ante la matanza de la población musulmana local perpetrada por los cristianos griegos:

> ... mujeres y niños eran torturados a menudo antes de ser asesinados. Una vez que los griegos estuvieron en posesión de la ciudad durante cuarenta y ocho horas, reunieron deliberadamente a unas dos mil personas de todas las edades y sexos, pero principalmente mujeres y niños, y las condujeron a un barranco del monte más cercano, donde no dejaron con vida ni un alma.

La reacción otomana no fue menos brutal. El sultán mandó ahorcar al patriarca ortodoxo de Constantinopla en la puerta de su catedral, pese a que el hombre había intentado calmar los ánimos excomulgando a los rebeldes. Las turbas de musulmanes se lanzaron desenfrenadas contra la población cristiana de numerosas ciudades. Las tropas otomanas incendiaron aldeas y destruyeron cosechas. En Tesalónica el delegado del pachá instigó varias matanzas de miembros de la comunidad cristiana. El mulá

de la ciudad recordaba con incredulidad y asombro cómo el aire se llenó de los «gritos, quejas y chillidos» de las víctimas: «Tesalónica, esa hermosa ciudad que brilla como una esmeralda en vuestra honorable corona —decía en una carta al sultán—, se convirtió en un matadero sin límites». Los notables cristianos de la comarca, incluido el metropolitano ortodoxo de la ciudad, fueron conducidos cargados de cadenas al mercado de la harina, donde fueron torturados y ejecutados; sus cabezas fueron llevadas ante el delegado del pachá, que las mandó colocar en las puertas de la ciudad. Además, numerosos cristianos fueron vendidos como esclavos.

Tropas otomanas invadieron el feudo de Alí Pashá, que se refugió en una isla de la laguna Pamvótida, desde donde se negó a acceder a su exigencia de rendición para ser decapitado («Mi cabeza no será entregada… como la de un esclavo»). Capitaneando la resistencia desde el piso superior de su refugio, murió de un tiro recibido desde el exterior y, como para desmentir su predicción, su cabeza fue separada de su cuerpo y enviada al palacio del sultán. Sin embargo, lo que más escandalizó a la opinión pública internacional fueron los sucesos de la isla de Quíos, situada justo enfrente de la costa turca, donde los rebeldes griegos pusieron sitio a la guarnición otomana local. En la isla había numerosos mercaderes griegos ricos, que habían hecho fortuna cultivando el lentisco y comerciando con su resina, una primitiva forma de chicle llamada «mástique» o almáciga; cuando avistaron la flota otomana que venía en su auxilio, las tropas de la guarnición masacraron a los rehenes que habían tomado y obligaron a los criados de estos a revelar dónde guardaban sus amos sus tesoros (tras lo cual los estrangularon). Tan portentosas fueron las riquezas confiscadas y trasladadas al continente, que muchos turcos pasaron a la isla para continuar con el saqueo, con la esperanza de encontrar nuevos tesoros que repartirse. Un periódico en lengua francesa publicado en Esmirna describía cómo las calles de la principal ciudad de Quíos estaban atestadas de cadá-

veres, mientras que los edificios ardían a su alrededor hasta venirse abajo. Entre 25.000 y 30.000 quiotas de religión cristiana fueron masacrados, y muchos más huyeron o fueron vendidos como esclavos. La población de la isla se redujo de forma espectacular, cayendo de las 120.000 almas que había antes de 1822 a poco más de 30.000 un año más tarde.

Cuando la noticia de la masacre llegó a la Europa occidental, la opinión pública reaccionó indignada. En Francia, Eugène Delacroix (1798-1863) pintó *La matanza de Quíos* (1824), en la que aparece representado un soldado turco tocado con turbante pisoteando con su caballo a un grupo de griegos, muertos o moribundos, en su mayoría mujeres y niños; la escena contribuyó a popularizar la oleada de simpatía que se apoderó de las clases cultas de todos los países. Más práctico fue el apoyo prestado por el antiguo revolucionario piamontés Santorre di Santarosa, que dejó su exilio en Nottingham para luchar al lado de los rebeldes griegos en noviembre de 1824 y murió a manos de las tropas egipcias del imperio otomano en la isla de Esfacteria el 8 de mayo de 1825. La causa de la independencia de Grecia fue interpretada por muchos desterrados y carbonarios italianos como un caso análogo al suyo, que suponía la recuperación de un pasado clásico glorioso por entonces ahogado por la dominación extranjera, y la expresión de solidaridad con un país mediterráneo hermano. En las capitales de muchas naciones de Europa se crearon comités encargados de organizar la ayuda para los insurgentes y de presionar a sus propios gobiernos. La opinión pública del Reino Unido en particular se puso mayoritariamente del lado de los griegos. En 1823 el gobierno fue presionado para acceder a no interferir en el bloqueo naval impuesto a Turquía por la «flota» griega de las islas (esencialmente barcos piratas), que dificultaba el suministro de víveres a los otomanos y de pertrechos a sus tropas. Algunos ingleses con espíritu de aventura demostraron su entusiasmo viajando a la región con el fin de prestar apoyo a los rebeldes. A menudo quedaron espantados al ver el es-

pectáculo que se encontraron. «Todos llegaron con la esperanza de encontrar el Peloponeso lleno de hombres de Plutarco —comentaba uno de ellos—, y todos volvieron pensando que la moralidad de los habitantes de Newgate [la principal cárcel de Londres] era superior».

El más famoso de los filohelenos que viajaron a Grecia para ayudar a los rebeldes fue el poeta romántico inglés Lord Byron, que por entonces vivía en Génova y desde allí viajó a Grecia en julio de 1823. Su celebridad hizo de Byron objeto de los intentos de conseguir su apoyo que hicieron las distintas facciones rivales de rebeldes; semejante situación permitió al afamado autor hacerse una idea desapasionada y realista de la situación sobre el terreno. Su muerte a consecuencia de unas fiebres, probablemente una septicemia, acontecida en Misolonghi en abril de 1824, lo convirtió en mártir de la causa e indujo a más hombres de numerosos países europeos a trasladarse voluntariamente a Grecia. Mientras tanto, los partidarios de los principios políticos de la Revolución Francesa más comprometidos con la causa de la libertad y los derechos humanos también respaldaron a los griegos, incluidos particularmente los antiguos esclavos que gobernaban la república caribeña de Haití y que ya en 1821 habían reconocido formalmente la independencia griega. Cien voluntarios abandonaron la isla para acudir en ayuda de los griegos, pero fueron capturados por el camino por unos piratas y trágicamente volvieron a la esclavitud de la que previamente se habían librado. Incapaz de recaudar dinero para ayudar a los griegos, la República de Haití envió en su lugar veinticinco toneladas de café en grano con instrucciones para los rebeldes de que las vendieran y consiguieran dinero en metálico para comprar armas y municiones. Mientras tanto los filohelenos de Nueva York reunieron dinero para los insurgentes, y numerosos voluntarios estadounidenses se unieron a la sublevación. Entre ellos cabría citar a George Jarvis (1798-1828), hijo de un diplomático norteamericano establecido en Alemania, que aprendió griego, se vistió

el traje de los soldados griegos y prestó servicio con el nombre de Capetan Zervos al lado de las fuerzas rebeldes por tierra y por mar hasta su muerte, víctima del tifus. La promulgación de la Doctrina Monroe impidió que los filohelenos del Congreso consiguieran la intervención oficial del gobierno, pero la causa de los griegos contó con el apoyo generalizado de la opinión pública norteamericana.

Nada de eso, sin embargo, sirvió de mucho. Las distintas facciones de los sublevados, basadas en alianzas cambiantes de piratas, bandoleros, nacionalistas cultos nativos y expatriados que regresaban a su país de origen —había comunidades griegas diseminadas por todo el Mediterráneo y la Europa suroriental— empezaron a pelearse entre ellas. Los otomanos enviaron una numerosa fuerza de tropas egipcias suministradas por Muhammad Alí (1769-1849), vasallo nominal del sultán, que se comprometió a sofocar la rebelión a cambio de la adición de Siria a sus feudos. Las tropas de Alí no tardaron en hacer progresos por el Peloponeso, dejando tras de sí un reguero de sangre. La presión de la opinión pública en la Europa occidental se intensificó, pero surgieron serias diferencias entre los rusos, que pretendían explotar la debilidad de los otomanos en su propio beneficio, y los británicos, que desconfiaban de las ambiciones de Rusia. En un primer momento Alejandro I había dado marcha atrás y no había querido llevar a cabo ninguna acción unilateral, pues sabía que hacerlo habría socavado la Santa Alianza, que al fin y al cabo era en buena parte creación suya. Pero el continuo deterioro de la situación hizo que a su sucesor, Nicolás I, le resultara muy difícil continuar con esta política sin dañar gravemente la influencia y el prestigio de Rusia. El zar no tardó en verse obligado a actuar. La ocasión de intervenir se la proporcionaron los graves disturbios internos desencadenados en la capital otomana, Constantinopla, a raíz de las reformas militares introducidas por Mahmud II, preocupado, como era comprensible, por las múlti-

ples amenazas a las que tenía que enfrentarse su imperio en el sureste de Europa.

Los disturbios comenzaron con los jenízaros, un cuerpo de élite del ejército creado en el siglo XIV y formado por esclavos reclutados entre los jóvenes cristianos, pero que a comienzos de la época moderna se había convertido en una institución prácticamente hereditaria, corrupta e indisciplinada. En 1826 el sultán, percatándose de que se habían convertido en una organización fundamentalmente inútil desde el punto de vista militar, ordenó la disolución del cuerpo. En otros tiempos los jenízaros habían conseguido en más de una ocasión derrocar a los sultanes que habían intentado llevar a cabo su reforma, y también en 1826 la mayoría de los 135.000 miembros de la corporación se negó a obedecer la orden. Pero aparte de los jenízaros, Mahmud II había venido reclutando un ejército moderno de corte europeo, formado por turcos de condición libre, de modo que cuando los jenízaros intentaron abrirse paso hacia el palacio del sultán, fueron obligados a dar marcha atrás y a refugiarse en sus cuarteles. Las nuevas tropas del sultán bombardearon sus instalaciones, matando al menos a 4.000 de los amotinados; los demás huyeron o fueron encarcelados. Al menos 2.000 de ellos fueron llevados a Tesalónica y decapitados en la que pasó a llamarse la Torre de la Sangre. Aquellos disturbios proporcionaron en 1826 a los rusos la ocasión para imponer al sultán la convención de Akkerman, en virtud de la cual los turcos se veían obligados a evacuar los principados rumanos. En julio de 1827, británicos, franceses y rusos lograron arreglar provisionalmente sus discrepancias por medio del tratado de Londres, por el que debían colaborar para la consecución de un armisticio entre los griegos y los otomanos sin comprometerse con ningún bando, y enviar sus respectivas armadas a la zona. Al comandante en jefe de la flota conjunta, el vicealmirante inglés sir Edward Codrington (1770-1851), le causó una impresión nefasta la capital del gobierno provisional griego en el Peloponeso, Nauplia («la ciudad más sucia que he

visto en mi vida, con las peores calles y las casas más miserables»), y peor aún los tiroteos que empezaron a resonar por las calles cuando las distintas facciones griegas intentaron liquidarse unas a otras empleando pequeñas armas de fuego. Pero en octubre de 1827, cuando el sultán se negó a aceptar el tratado de Londres, Codrington, alentado por el cónsul británico en Estambul, el filoheleno Stratford Canning (1786-1880), ordenó a sus barcos abrir fuego contra la flota turca anclada en la bahía bien resguardada de Navarino, en el extremo suroccidental del Peloponeso. Los barcos turcos no tendrían forma de escapar del estrecho canal que los conducía hacia la flota inglesa que estaba aguardándolos. En tres horas y media de incesante bombardeo, la flota turca fue hundida y el poderío naval de los otomanos quedó destruido.

Canning y Codrington habían rebasado los límites del mandato recibido. El duque de Wellington, comandante en jefe del ejército británico por aquel entonces, se mostró furioso y desaprobó públicamente la acción. El debilitamiento del imperio otomano iba absolutamente en contra de los intereses nacionales de Gran Bretaña, pues no habría hecho más que abrir la puerta a la extensión del poderío de Rusia en la zona. Su percepción era acertada, pero no fue muy prudente expresarla públicamente. El sultán otomano vio en la declaración de Wellington un aliciente para rechazar la convención de Akkerman y continuar con sus esfuerzos por reprimir a los griegos; el zar respondió declarando la guerra al imperio otomano. Al principio la campaña no fue muy bien —Federico el Grande de Prusia (1712-1786) había calificado las guerras entre Rusia y Turquía como la lucha entre el ciego y el tuerto—, pero en agosto de 1829 un ejército ruso amenazaba Constantinopla y el imperio otomano parecía estar al borde del colapso. Paradójicamente aquello proporcionó el estímulo necesario para recomponer el concierto europeo que había sufrido un revés tan grave con motivo de la sublevación de los griegos. En aquellos momentos a nadie le convenía sustituir en

Europa el imperio otomano por una caótica colección de estados débiles e inestables dirigidos por bandoleros y revolucionarios. La conferencia celebrada en Londres entre noviembre de 1829 y febrero de 1830 decidió, en virtud de un acuerdo europeo, establecer un pequeño estado griego independiente gobernado por una monarquía constitucional, asignar los principados rumanos de Moldavia y Valaquia a la esfera de influencia de Rusia, y los participantes en la reunión, incluida Rusia, se comprometieron a abandonar cualquier ulterior pretensión sobre los territorios otomanos de los Balcanes. La rebelión de los griegos había suscitado la amenaza más grave que había sufrido el concierto europeo hasta la fecha. Pero al final el concierto había resistido.

Un personaje clave en todos estos acontecimientos, que además tuvo una significación muy amplia en toda Europa, fue Ioannis Kapodistrias (1776-1831). Como Simón Bolívar o Toussaint Louverture o muchos otros líderes políticos surgidos hacia finales del siglo XVIII, Kapodistrias pertenecía a una generación cuyos ideales se inspiraban en el constitucionalismo moderado de los comienzos de la Revolución Francesa y cuya creencia en la posibilidad de su realización práctica se basaba en el ejemplo de Napoleón. Nacido en la isla de Corfú en una época en la que todavía era gobernada por Venecia, Kapodistrias había estudiado medicina, filosofía y derecho en la Universidad de Padua antes de regresar a su país natal para trabajar como médico. En 1797 las islas Jónicas, incluida Corfú, habían caído en manos de los franceses a raíz de la conquista de Italia por Napoleón. Dos años después habían sido ocupadas conjuntamente por rusos y turcos, que las organizaron en la llamada República Septinsular o de las Siete Islas. Para entonces Kapodistrias ya había empezado a empaparse de algunas de las ideas fundamentales de la Revolución Francesa. Y no tardaría en ponerlas en práctica. Como médico destacado, había sido nombrado primer director del hospital militar y luego uno de los dos ministros de la República de las Siete Islas, en sustitución de su padre. Convenció al legado de las

potencias ocupantes de que aceptara algunas enmiendas liberales a la Constitución oligárquica que habían impuesto. Logró persuadir a los grupos más influyentes de la isla para aprobar las reformas, y organizó elecciones a un Senado, que con el tiempo aprobó una nueva Constitución liberal y lo nombró principal ministro. Sin embargo, los franceses volvieron a ocupar las islas en 1807 y Kapodistrias se vio obligado a huir a Rusia, donde prestó servicio en el Ministerio de Asuntos Exteriores (paso que fue posible debido al uso del francés como lengua de la diplomacia internacional y de la corte rusa). Encargado de trazar las fronteras de Suiza y de redactar su Constitución, lo hizo con tanto éxito, al acabar por asegurar la neutralidad del país mediante garantías internacionales, que Alejandro I lo nombró ministro adjunto de Asuntos Exteriores. En el congreso de Viena (1814-1815), Kapodistrias se convirtió en el defensor de un enfoque liberal diametralmente opuesto a la diplomacia de gabinete de Metternich y su partido. «Se han olvidado —se lamentaba— de que esta guerra ha sido ganada no por soberanos, sino por naciones». Metternich, por su parte, lo calificaba de «hombre completa y rematadamente loco, un verdadero milagro de desatino… Vive en un mundo al que nuestras mentes son transportadas a menudo por las más terribles pesadillas».

En 1818, Kapodistrias había empezado a abrigar esperanzas de conseguir la independencia de Grecia, aunque al principio los intentos de ganarse el apoyo del zar para su causa fueron infructuosos. En 1822 pidió permiso para ausentarse de su puesto de ministro de Asuntos Exteriores de Rusia y se fue a vivir a Ginebra. Presionó a los gobiernos europeos para que apoyaran la sublevación de los griegos y organizó el envío de ayuda material a los rebeldes. Para entonces era, con diferencia, el político griego más conocido en Europa, y esta circunstancia, junto con los estrechos contactos que mantenía con Rusia, le aseguraron el nombramiento como «gobernador» de Grecia por la Asamblea Nacional elegida en 1827. Cuando regresó a la capital helena,

Nauplia, en 1828, introdujo una nueva moneda y puso en vigor una serie de reformas pedagógicas, como había hecho en Corfú más de veinte años antes, creando escuelas, estableciendo una universidad y utilizando sus conocimientos de medicina para imponer un sistema de cuarentena contra enfermedades infecciosas tales como la peste. Entre otras cosas, en su afán por mejorar la dieta de la gente, introdujo también en Grecia la patata. Al principio, esta medida chocó con el escepticismo de los campesinos, que se negaron a aceptar su oferta de repartir gratuitamente patatas para su siembra entre todos los que estuvieran dispuestos a plantarlas. En vista del poco éxito obtenido, decidió utilizar una táctica más ladina. Kapodistrias ordenó colocar montones de patatas en el puerto de Nauplia y rodearlas de una guardia armada. Aquella medida convenció a los habitantes de la localidad y a los visitantes llegados de las zonas rurales de que aquellas verduras nunca vistas eran objetos valiosísimos que valía la pena robar. Poco después, en cuanto los guardias empezaron a hacer la vista gorda, prácticamente todas las patatas habían desaparecido… y de ese modo su futuro en Grecia quedó asegurado. Pero Kapodistrias no adoptó un planteamiento tan sutil en sus tratos con las facciones enfrentadas, cuyas rivalidades intestinas estaban constituyendo un obstáculo tan grande para la creación de un estado heleno viable. Sus intentos de centralizar la administración y el reclutamiento del Ejército, el sistema tributario y las aduanas, chocaron con la oposición resuelta de las familias más importantes y ferozmente independientes de la península de Mani, donde fue preciso sofocar una sublevación con la ayuda de tropas rusas. Nuevas turbulencias ocasionaron los armadores y comerciantes piratas de las islas de Hidra, Spetses y Psara, que capturaron la ineficaz flota nacional griega, pero que fueron derrotados por la armada francesa y prefirieron hundir sus barcos antes que incorporarlos a una nueva armada helena sometida al control central del gobierno.

La oposición más peligrosa a Kapodistrias vino de la familia Mavromichalis, uno de los turbulentos y poderosos clanes asentados en la península de Mani. En un intento de mantener a raya al clan, Kapodistrias encarceló a su figura más destacada, Petrobey Mavromichalis (1765-1848), antiguo gobernador de la península en tiempos de los otomanos. Indignados por el insulto infligido a su honor, dos hermanos de Petrobey decidieron seguir la tradición local y asesinar a Kapodistrias. Esperaron a que fuera a la iglesia el 9 de octubre de 1831. Cuando el gobernador se disponía a entrar en el edificio, uno de los hermanos Mavromichalis le disparó en la cabeza, mientras que el otro le clavaba un puñal en los pulmones. Después de este episodio, la situación de Grecia degeneró en una anarquía violenta. Fue finalmente superada en mayo de 1832 cuando ingleses, franceses y rusos, después de varios años buscando a alguien dispuesto a aceptar una tarea tan ingrata, finalmente impusieron a un joven príncipe bávaro de diecisiete años, Otón de Wittelsbach (1815-1867), como rey de Grecia, según los términos pactados en el tratado de Londres. Fue reconocido como tal por los otomanos a cambio de un cuantioso subsidio (o soborno, si queremos decirlo en términos más claros). Como buen clasicista, Otón trasladó la capital de Nauplia a Atenas, pero empleó a tantos paisanos suyos en el gobierno y la administración que su reinado pasó a ser conocido popularmente en Grecia como la bavarocracia o gobierno de los bávaros. Durante los años siguientes Otón se vio obligado a luchar, aunque en vano, por mantener el control sobre los acontecimientos, aunque logró cierto grado de apoyo al respaldar los intentos de los nacionalistas helenos de ensanchar las fronteras de Grecia para incluir a muchos de los griegos que seguían bajo el dominio de los otomanos, política que por lo demás difícilmente habría podido traer estabilidad a la región.

Dio la impresión de que la estabilidad iba desmoronándose rápidamente cuando el ejemplo de los griegos se extendió a otro rincón del imperio otomano habitado principalmente por cristia-

nos ortodoxos: Serbia. Tras la derrota de una gran sublevación de los serbios ortodoxos capitaneados por Đorđe Petrović (1768-1817), llamado Karađorđe (Jorge el Negro), en 1815 se produjo una segunda revuelta encabezada por Miloš Obrenović (1780-1860), un campesino analfabeto que había trabajado en una granja de cerdos, pero lo suficientemente listo como para evitar una confrontación directa con las tropas otomanas. Su objetivo era conseguir una autonomía serbia tolerada por el sultán. Cuando Karadjordje regresó en secreto como agente de los rebeldes griegos, con la tarea de desestabilizar el dominio otomano de Serbia, Obrenović, temeroso de su influencia, hizo que lo mataran a hachazos mientras dormía, inaugurando así más de un siglo de sangrientas rivalidades entre las dos familias. Los dos hombres eran en realidad simples cabecillas de movimientos guerrilleros; sus fuerzas estaban formadas por bandas armadas de campesinos, no por tropas regulares. Obrenović tuvo la habilidad de establecer estrechas relaciones con la Rusia ortodoxa y aprovechar las dificultades de los otomanos causadas por la guerra ruso-turca de 1828-1829 para hacerse con el pleno control del país. Con el paso de los años, gracias a sus negocios de cría de ganado, amasó una enorme fortuna personal, que utilizó para sobornar a los funcionarios de Constantinopla y conseguir que se le concediera el derecho a recaudar impuestos. Esta posición incrementó todavía más su riqueza, hasta tal punto que en 1830 compró *de facto* para su familia el derecho al dominio hereditario del país a perpetuidad, con el título de príncipes de Serbia. Tan severas eran por aquel entonces sus exacciones económicas que los campesinos serbios protagonizaron una y otra vez insurrecciones armadas de carácter local, invariablemente aplastadas por las tropas bien armadas y sometidas a la autoridad central de Obrenović.

En 1830, con toda probabilidad debido a la presión de Obrenović, el sultán Mahmud II decidió ceder seis municipios bosnios al principado de Serbia. Indignadas por su pérdida de autonomía,

recelosas ante la ofensiva centralizadora emprendida por Mahmud en la administración del imperio y temerosas de perder terreno ante la población cristiana de Serbia, las élites musulmanas de Bosnia organizaron un congreso a primeros de 1831 y reclutaron un ejército rebelde que echó del país al visir otomano. En septiembre de ese mismo año la asamblea de toda Bosnia reunida en Sarajevo declaró efectivamente la autonomía de Bosnia dentro del imperio otomano. La rebelión fue aplastada por las autoridades turcas en 1832. Aunque las potencias europeas (con la excepción de Rusia) continuaban preocupadas por la estabilidad y perdurabilidad del imperio otomano, este seguía teniendo a comienzos de la década de 1830 fuerza suficiente para afirmarse sobre los rebeldes y los revolucionarios que no contaban con el apoyo internacional que había dado a los griegos su independencia. No obstante, los disturbios continuaron y el poder de Obrenović sobre sus dominios fue volviéndose cada vez más precario. En 1838 el sultán, percatándose de que el descontento alcanzaba nuevas cotas, lo obligó a aceptar una Constitución y una asamblea legislativa. Esta a su vez indujo a Obrenović a abdicar a favor de su hijo menor, Mihailo (1823-1868), que no tardó en verse obligado a marchar al exilio tras no hacer nada por moderar las odiadas políticas de su padre. Mihailo fue reemplazado por Alejandro Karađorđević (1806-1885), hijo del líder rebelde asesinado en 1817. Los esfuerzos de los otomanos por imponer la estabilidad en la región no se vieron favorecidos por esta intervención, que no hizo más que atizar el fuego de la que no tardaría en convertirse en la más extrema de las rivalidades dinásticas del siglo XIX.

Al final, sin embargo, en aquella coyuntura las potencias europeas seguían necesitando al imperio otomano. La independencia de Grecia había sido indudablemente una excepción, y a Gran Bretaña le preocupaba especialmente la perspectiva de que Rusia pasara a ocupar el espacio dejado vacante por una posible desintegración del imperio otomano. El destino de Ioannis Kapo-

distrias ilustraba a un tiempo el poder y las limitaciones que había tenido la influencia de la Revolución Francesa y de Napoleón, de sus ideas y de su ejemplo, sobre la política europea durante los años que siguieron a Waterloo. Por un lado, una generación de figuras políticas pertenecientes a las élites cultas y a los estratos inferiores del escalafón del ejército, inspirados por los ideales de libertad y de soberanía nacional, se había puesto al frente de los movimientos de liberación nacional y de reforma liberal, negándose a aceptar los aspectos conservadores y restauracionistas del ordenamiento de 1815. Sus exponentes llegaron a tener apoyo suficiente para sacudir el edificio levantado en el congreso de Viena hasta sus cimientos en casi todos los rincones de Europa. Por otro lado, era evidente que aquellos hombres representaban solo a una minoría de las clases cultas y que carecían de verdadero apoyo popular. Cuando la gente corriente de las ciudades y del campo se levantaba contra la autoridad establecida, habitualmente lo hacía por sus propios intereses, y raramente compartía los ideales de libertad nacional y de reforma liberal proclamados por los revolucionarios cultos. La inspiración napoleónica que se ocultaba tras las conspiraciones de los revolucionarios comportaba una poderosa fe en una administración racional, centralizada, que a veces no se ajustaba demasiado bien a su propia campaña en pro de un gobierno representativo. Además, la inquietud que causaban sus actividades en las cancillerías de Europa fue un factor significativo para el mantenimiento del concierto europeo, pese a las rivalidades y diferencias existentes entre las principales potencias. A finales de la década de 1820, el ordenamiento acordado en Viena en 1815 había sufrido alguna que otra abolladura en diversos lugares, pero fundamentalmente seguía intacto.

La revolución de julio

La primera grieta verdaderamente grave en el edificio europeo construido en Viena se produjo en 1830, cuando el régimen reaccionario de Carlos X se vino abajo en Francia prácticamente

de la noche a la mañana. Con el nombramiento de Jules de Polignac al frente del gobierno en agosto de 1829, el enfrentamiento con los liberales de la Cámara de los Diputados elegida en 1827 se hizo inevitable. Recordando el papel desempeñado por él mismo en el último gabinete de su hermano Luis XVI en julio de 1789, el rey dijo a su gobierno que «la primera concesión que hizo mi infortunado hermano fue la señal que anunció su caída». La pretensión de los liberales, maldecía, era derrocar la monarquía: «Atacando al gobierno, contra quien apuntan en realidad es contra la monarquía». En un discurso ante la Cámara de los Diputados pronunciado el 2 de marzo de 1830, Carlos declaró que si se oponían a él, no dudaría en dar los pasos necesarios para mantener el orden público. Tan excitado estaba el soberano que, al agitar los brazos para dar más énfasis a sus palabras, chocó accidentalmente con su sombrero, que cayó al suelo y fue rodando hasta parar a los pies de su primo, Luis Felipe, duque de Orleans (1773-1850). Con los años, Luis Felipe se había labrado una reputación de hombre liberal, siguiendo las huellas de su padre, cuya simpatía por la Revolución en 1789 le había ganado el sobrenombre de «Philippe-Égalité». El simbolismo no pasó desapercibido para todos los presentes.

A partir de ese momento, la crisis se aceleró rápidamente. Alarmados por la amenaza de Carlos, 221 diputados votaron a favor de dirigirle una petición rechazando el ministerio de Polignac por no contar con el apoyo de la Cámara. El rey respondió poniendo a otros conservadores más intransigentes todavía en el gobierno, disolviendo la Cámara y convocando nuevas elecciones. Pero estas dieron una victoria aplastante a los liberales, que sacaron 274 escaños frente a los 143 del gobierno (más 11 sin decidir). Mientras tanto, Carlos intentó reforzar su prestigio declarando la guerra a Argelia, nominalmente parte del imperio otomano, donde el gobernador había provocado un incidente diplomático al dar un golpe al embajador francés con un espantamoscas en un ataque de ira. No sería la última vez que un soberano

francés intentara apuntalar su posición en el interior imitando a Napoleón en el exterior. La mayor parte del imperio francés de ultramar, en la India y en América, se había perdido en 1815, pero los sueños de grandeza habían sobrevivido, junto con la esperanza de obtener nuevas ganancias. Ya se habían dado los primeros pasos en Senegal y Madagascar, y una adquisición más prometedora todavía se anunciaba en la costa del norte de África. En tres semanas, una fuerza expedicionaria logró ocupar Argel y poner allí los cimientos de un nuevo imperio colonial francés. La noticia llegó a París la segunda semana de julio y envalentonó al rey para tomar las medidas anunciadas contra sus oponentes internos.

El 25 de julio, Carlos X y Polignac publicaron cuatro *ordonnances* [decretos leyes] que imponían una censura oficial estricta, disolvían la Cámara de Diputados recién elegida, reducían el electorado al 25 % de los votantes más ricos de entre los existentes, y convocaban nuevas elecciones. Thiers y los defensores de una monarquía constitucional hicieron un llamamiento público instando a ofrecer resistencia a semejante golpe de Estado. El llamamiento a su vez provocó un levantamiento en las calles de París, encabezado por los impresores cuyo medio de vida se veía amenazado por el nuevo decreto de censura, los estudiantes, los veteranos del ejército de Napoleón, y toda clase de trabajadores corrientes, irritados por los tres años de alza de precios del grano y del pan como consecuencia de una sucesión de malas cosechas. La multitud recorrió las calles rompiendo las farolas de las calles y gritando: «¡Abajo los Borbones!». La carroza de Polignac fue apedreada al pasar. Carlos ordenó a la guarnición de París restablecer el orden, pero el gobernador general de la plaza, Auguste-Frédéric Marmont (1774-1852), mariscal de Napoleón, tenía a su disposición solo unos 13.000 hombres, pues 40.000 de sus mejores tropas se hallaban en la campaña de Argelia. El rey y Polignac habían despojado al régimen de sus defensas justo cuando más las necesitaban. El 27 de julio de 1830 las

tropas de Marmont dispararon contra los manifestantes congregados delante del palacio real, matando a varios de ellos; los cadáveres de las víctimas fueron llevados en procesión por toda la ciudad para hacer público su martirio, y al día siguiente se congregó una multitud más grande incluso. «Esto ya no es un motín —escribió Marmont en una carta al rey, repitiendo, quizá deliberadamente, las palabras dirigidas a Luis XVI el día de la toma de la Bastilla—: Es una revolución».

El 29 de julio, Marmont pasó revista a sus tropas y emprendió la marcha contra los insurrectos. Pero la multitud respondió con una nueva táctica que habría de convertirse en la norma de todos los alzamientos que se produjeran en París a lo largo del siglo: las barricadas. Arrancando los adoquines de las calles, la gente los amontonaba en medio de las calles, y junto a las piedras colocaban muebles, carretas volcadas y cualquier cosa que encontraran, hasta una altura de casi tres metros. Cuando las tropas de Marmont se acercaban, les cortaban la retirada derribando árboles y arrojándolos en medio de la vía, mientras que los partidarios de la revolución les arrojaban desde lo alto toda clase de objetos en una auténtica «guerra de orinales». Los veteranos de Napoleón se pusieron al frente de las actividades y de la organización de las defensas; muchos de ellos habían guardado sus armas en su casa después de la desmovilización, de modo que las tropas realistas se vieron obligadas a retirarse bajo el intenso fuego de los mosquetes. Reacio a disparar a la muchedumbre, formada en buena parte por mujeres y niños, Marmont reagrupó a sus fuerzas para defender las Tullerías y el Louvre. Pero la moral de sus tropas estaba por los suelos, sus hombres estaban muy mal equipados y no habían comido nada desde el desayuno. Arengados por el político liberal Casimir-Perier, dos regimientos enteros se pasaron a los insurrectos, lo que provocó que el resto huyera en desbandada. La mayor parte de los edificios públicos habían caído en manos de los insurgentes. Observando la escena desde una ventana del piso superior, Talleyrand, que

había vuelto del exilio poco tiempo atrás para sostener la causa de Luis Felipe, sacó su reloj del bolsillo y anunció: «Veintinueve de julio, doce y cinco del mediodía, la rama mayor de la casa de Borbón ha dejado de reinar». Cuando Marmont retiró de París al resto de sus tropas, Thiers y los diputados liberales, entre los que destacaba el banquero Laffitte, alarmados al enterarse de que la multitud se había puesto a gritar «¡Viva Napoleón!», imprimieron y distribuyeron un manifiesto declarando a Carlos X destronado e instando a ofrecer la corona a Luis Felipe, por ser la única persona de la que cabía esperar que respetara la Constitución otorgada por Luis XVIII en el momento de la restauración. Thiers abandonó París y convenció a Luis Felipe de que aceptara la oferta, respaldada además por el consejo de Talleyrand. Recibido a su regreso a la capital por una enorme multitud que gritaba «Vive la République!», Luis Felipe fue rescatado por el marqués de Lafayette, el veterano de 1789, que lo llevó al balcón del ayuntamiento para que hiciera ondear la bandera tricolor. Al ver que cada vez más tropas desertaban, Carlos X tiró la toalla, redactó su abdicación formal, y partió con destino a Inglaterra y posteriormente a Austria. Murió de cólera en Gorizia, una posesión de los Habsburgo en la costa del Mediterráneo, en 1836.

Comparada con lo que suelen ser las revoluciones, la de 1830 en Francia no fue ni particularmente sangrienta ni especialmente dramática. Solo se dio en París, y sus resultados fueron mansamente aceptados por el resto del país. Sus consecuencias fueron menos que espectaculares. Entre ellas cabe citar la revisión de la Constitución de Luis XVIII para justificar la abolición del elemento hereditario en la Cámara de los Pares; la eliminación del preámbulo que afirmaba que la soberanía radicaba únicamente en el monarca; la supresión de la cláusula que permitía al rey suspender o bloquear las leyes; la extensión a ambas Cámaras del derecho a proponer leyes; la abolición de la censura; y la degradación del catolicismo del rango de religión oficial del Estado al de «religión de la mayoría de los franceses». La ley elec-

toral fue liberalizada, rebajándose los requisitos censitarios exigidos para gozar del derecho de sufragio y para presentarse a las elecciones lo suficiente como para casi doblar el número de electores, que, pese a todo, incluía a poco más del 5 % de la población de varones adultos. Luis Felipe y sus consejeros hicieron un esfuerzo consciente por incluir a bonapartistas y republicanos en aquel nuevo ordenamiento posrevolucionario. Cuatro mariscales de Napoleón oficiaron en la ceremonia de jura del monarca (no hubo coronación formal) y el palacio real fue abierto al público, al que el propio rey recibió en persona, uniéndose a la multitud en el canto del himno de la Revolución Francesa, «La Marsellesa».

El primer gobierno de Luis Felipe dio cabida a Lafayette, representante simbólico de la Revolución, al general Étienne Gérard (1773-1852), en representación del imperio, y a François Guizot, que había servido bajo Luis XVIII, aparte de a orleanistas como Thiers o Casimir-Perier. El antiguo mariscal de Napoleón, Jean-de-Dieu Soult (1769-1851), fue también uno de los miembros destacados del gabinete. El esfuerzo por alcanzar la reconciliación nacional era palpable. Los intentos populares de confirmar la ejecución de los ministros reaccionarios de los últimos meses del reinado de Carlos X fueron frustrados, y Polignac y sus colegas solo fueron encarcelados durante un breve período antes de permitírseles marchar al exilio. Al mismo tiempo, los signatarios de la orden de ejecución de Luis XVI que aún seguían vivos y los revolucionarios desterrados en 1816 fueron amnistiados y recibieron permiso para regresar a Francia. Pese a su moderación y la falta de dramatismo, aquella fue efectivamente una revolución. Más de la mitad de los miembros de mayor rango del Consejo de Estado fueron destituidos, así como 76 prefectos, 196 subprefectos y 393 alcaldes o diputados. Sesenta y cinco generales fueron obligados a solicitar el retiro, y la mayor parte de los integrantes del cuerpo diplomático perdieron su empleo. Luis Felipe adoptó la bandera tricolor como enseña oficial

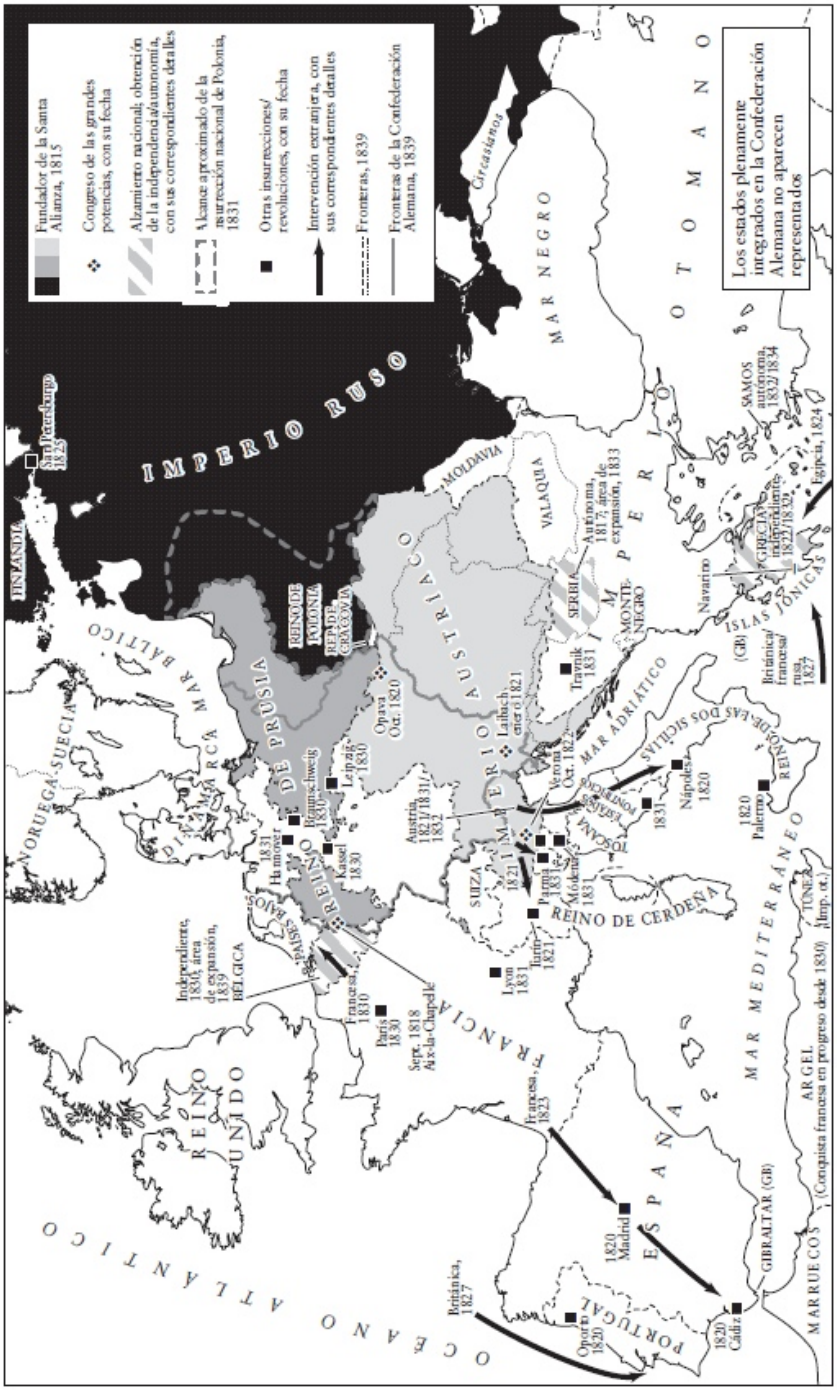
de Francia, declaró que «la voluntad de la nación me ha llamado» y se tituló rey Luis Felipe, y no Luis XIX o Felipe VII. Adoptó el título de «rey de los franceses» en vez del tradicional de «rey de Francia». Aquel era un nuevo tipo de monarquía, configurado en parte al menos según el modelo del sistema constitucional inglés, cuyos supuestos orígenes en las guerras civiles del siglo XVII el propio Guizot se dedicó a narrar en la gran obra histórica que escribió por aquellos años. Aunque Luis Felipe seguía teniendo el derecho a nombrar ministros, siempre se cuidó muy mucho de hacerlo contando con el apoyo de los órganos legislativos. Las elecciones francesas de 1830 dieron la mayoría a los liberales.

Pero al mismo tiempo, el nuevo régimen estaba en cierto modo tan comprometido con el mantenimiento del orden como el anterior. En Lyon, donde la industria de la seda daba empleo a 50.000 personas, la introducción de los telares de Jacquard y la destitución, a petición de los fabricantes y los comerciantes locales, de un prefecto que había garantizado unos precios mínimos a los productos de los tejedores, dieron lugar a una insurrección general en 1831. Bandas de tejedores armados asaltaron los cuarteles de la policía, derrotaron a la guarnición de la localidad en un combate que dejó tras de sí 169 muertos y más de 400 heridos, y se adueñaron de la ciudad. Varios días después, un ejército de 20.000 soldados a las órdenes de Soult reconquistó la plaza sin derramamiento de sangre. Al cabo de tres años, sin embargo, durante un período de auge, el intento de los empresarios locales de reducir el sueldo de los tejedores dio lugar a una serie de huelgas que culminaron con la detención y el procesamiento de los supuestos cabecillas y con la ocupación de la ciudad por el ejército. Los tejedores levantaron barricadas en las calles y asaltaron el arsenal. Durante los combates que se desencadenaron a continuación, perdieron la vida cerca de 200 personas y 10.000 insurgentes fueron detenidos y condenados a penas de prisión o de destierro. Como habría cabido suponer, las autoridades de Pa-

rís sospechaban de la participación de los republicanos en todo aquello, y de hecho los insurgentes publicaron decretos utilizando el calendario revolucionario, que situaba el año 1 en 1792. El gobierno reprimió asimismo con severidad los intentos de insurrección de los republicanos en París en junio de 1831 y de nuevo en abril de 1834. Tras esta última revuelta, capitaneada por una organización cuasi jacobina, la Sociedad de los Derechos del Hombre, Thiers ordenó la celebración de juicios masivos por alta traición, que acabaron con la condena y el encarcelamiento o la deportación de decenas de individuos.

La inestabilidad crónica continuaría marcando el reinado de Luis Felipe durante la década de 1830. El primer intento de asesinato del monarca, ocurrido en 1832, fracasó, pero en 1835 el corso Giuseppe Fieschi (1790-1836) llevó a cabo un intento más serio de regicidio. Junto con otros dos demócratas extremistas, Fieschi ideó una «máquina infernal», capaz de disparar veinte balas simultáneamente. Desde la ventana de un piso alto intentó alcanzar al rey cuando pasaba por el bulevar del Temple de París el 28 de julio de 1835; una bala rozó a Luis Felipe en la frente, su caballo fue alcanzado de lleno y murió, y dieciocho personas, entre ellas el mariscal Édouard Mortier (1768-1835), perdieron la vida alcanzadas por los disparos. Al estallar, la máquina hirió también al asesino; los médicos lo atendieron hasta que estuvo en condiciones de ser juzgado y de enfrentarse a la guillotina. La policía descubrió otros seis complots para matar al rey solo en 1835. Al año siguiente, el soldado republicano Louis Alibeaud (1810-1836) disparó contra el monarca un tiro de mosquete, con un arma camuflada como bastón de paseo; Luis Felipe se salvó simplemente porque en el momento en que se efectuó el disparo había hecho una profunda reverencia en señal de agradecimiento a la guardia que le rendía honores en la calle (la bala se incrustó en el maderamen de su carroza, a unos ocho centímetros por encima de su cabeza). Otro atentado perpetrado pocos meses después fracasó porque un espectador dio un golpe al presunto

asesino cuando se disponía a disparar. En 1840 se produjo un nuevo intento, pero el arma le estalló al asesino en las manos. En 1835, el siempre hiperactivo Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), sobrino del gran emperador, intentó dar un golpe de Estado sobornando a la guarnición de Estrasburgo (fue arrestado inmediatamente y el atentado quedó en nada). En 1840 desembarcó en Boulogne con un pequeño grupo de seguidores, acompañado de un águila (o, según dijeron otros, de un buitre), como símbolo de la causa del emperador; al tener que hacer frente a los disparos de la Guardia Nacional, los integrantes del grupo se rindieron y fueron detenidos. Un año antes, Auguste Blanqui y 600 republicanos radicales habían intentado asaltar el Palacio de Justicia y el Ayuntamiento de París; se produjo un tiroteo y 28 soldados y entre 30 y 40 insurgentes perdieron la vida antes de que se restableciera el orden. Durante los diecisiete años que duró la Monarquía de Julio hubo diecisiete gobiernos seguidos, a veces con largos intervalos entre uno y otro. Da la impresión de que la revolución de 1830 en Francia no resolvió gran cosa, pues republicanos, bonapartistas, orleanistas y legitimistas siguieron peleándose unos contra otros por asegurarse el derecho a gobernar.



MAPA 2. Revoluciones y guerras en Europa, 1815-1839.

La revolución francesa de 1830 causó consternación a Metternich, aunque a largo plazo quedaría claro que trajo cierta estabilidad al sistema internacional al derogar la ambiciosa política de engrandecimiento imperial en ultramar concebida y ejecutada de manera unilateral por Carlos X y sustituirla por una concepción más cauta y más modesta de los intereses de Francia en el extranjero. Metternich intentó movilizar la Santa Alianza contra Luis Felipe, y el zar Nicolás I de Rusia respondió puntualmente a su llamada con una altisonante denuncia de la violación del sagrado principio de la legitimidad monárquica que había supuesto la revolución. No obstante, a primeros de octubre de 1830 todas las grandes potencias, incluida Rusia, aceptando el hecho consumado, habían dado formalmente su visto bueno a Luis Felipe. Pero con aquello no se resolvía el problema. En la década de 1790 los franceses habían contagiado su revolución al resto de Europa, donde al principio tuvo una acogida positiva solo entre unas minorías radicales muy pequeñas y a menudo aisladas. Cuarenta años después, el número de liberales cultos que simpatizaban con los ideales del constitucionalismo moderado y de la autodeterminación nacional había crecido en algunas parte de la Europa occidental y central lo bastante como para que los sucesos de París provocaran casi de inmediato revueltas parecidas en otros lugares.

Para Metternich, la caída de la monarquía francesa representó «el derrumbamiento de la presa en Europa», que abría las compuertas de la revolución. Los primeros indicios de que la revolución de 1830 no iba a quedar confinada a Francia se produjeron el 25 de agosto en Bruselas, durante la representación de una ópera cuyo argumento giraba en torno al levantamiento de los italianos contra el gobierno de los españoles en Nápoles durante el siglo XVII. Cuando el aclamado joven tenor Adolphe Nourrit (1802-1839) se puso a cantar el aria «Amour sacré de la patrie», el público prorrumpió en aplausos y, una vez acabada la representación, trasladó su entusiasmo hasta la calle. Allí se les unió

la multitud de artesanos descontentos, sumidos en la pobreza a consecuencia de la grave crisis económica que había dado comienzo unos meses antes. Las autoridades habían cancelado un espectáculo de fuegos de artificio sin previo aviso, por miedo a los disturbios, pero su decisión resultó ser una de esas profecías que se cumplen solas. Privados del entretenimiento que les habían prometido, los artesanos levantaron barricadas y no tardaron en llegar milicianos de clase media, procedentes de las afueras de Bruselas, dispuestos a prestar apoyo armado a la revuelta. Detrás de aquella manifestación de descontento se escondía el feroz resentimiento que abrigaban los habitantes de la ciudad, en buena parte de lengua francesa, contra el gobierno de Holanda, impuesto por el congreso de Viena. Aunque los diplomáticos habían concebido la unión del reino de los Países Bajos con los antiguos territorios austríacos situados al sur como un estado tapón de carácter pacífico que colaborara con las potencias del concierto europeo para frenar cualquier nuevo afán expansionista de Francia, el rey Guillermo I de los Países Bajos (1772-1843) había pensado otra cosa. En su afán por crear un estado europeo de mediano tamaño cohesionado y centralizado, Guillermo discriminó a los católicos que constituían la mayoría de la población en Bruselas y en la mayor parte de la región, obligándolos a pagar más impuestos y a contribuir al mantenimiento de las escuelas protestantes, y negándoles además una representación adecuada en la administración central. En Bruselas nadie había preguntado a la gente si querían ser gobernados por los holandeses; ahora la población empezaba a dejar sentir su opinión, y esa opinión era rotundamente negativa.

Obligado a hacer frente a la sublevación de Bruselas, Guillermo intentó al principio conseguir la intervención internacional, pero se encontró únicamente con tácticas dilatorias, en particular por parte de los ingleses. Convocó entonces los Estados Generales, que hicieron algunas concesiones de carácter menor, claramente insatisfactorias, y por último, al ver que la subleva-

ción no mostraba signos de remitir, envió a Bruselas a su hijo menor, el príncipe Federico (1797-1881), al frente de un ejército de 14.000 hombres. Al cabo de unos pocos días de confusos combates, los jóvenes soldados bisoños holandeses se sintieron intimidados por las barricadas y los defensores de la ciudad y fueron presa del pánico. El 27 de septiembre de 1830, Federico emprendió la retirada. La sublevación se contagió inmediatamente a Amberes, donde otro ejército holandés empezó a bombardear la ciudad, arrojando a sus habitantes, en su mayoría flamencos de religión protestante, a los brazos de los revolucionarios. La formación de un gobierno nacional de carácter provisional el 26 de septiembre fue seguida el 4 de octubre por una declaración de independencia de Bélgica y poco después por la convocatoria de un Congreso Nacional. Poniendo de manifiesto la perpetua influencia de la revolución americana en el pensamiento político europeo, el Congreso hizo pública una altisonante condena del gobierno holandés acusándolo de reducir a Bélgica a la condición de colonia, intento que había venido acompañado de «la despótica imposición de una lengua privilegiada» y de «impuestos, abrumadores por su cuantía, y todavía más por la manera en que eran distribuidos». El Congreso Nacional declaraba su intención de «crear, sobre los amplios y sólidos cimientos de la libertad, el edificio de un nuevo orden social que sea el comienzo y la garantía de la felicidad perdurable de Bélgica».

Las reacciones de las grandes potencias ante este embrollo fueron contradictorias y confusas. Los rusos hicieron pública una declaración llena de bravuconería y movilizaron sus tropas, mientras que los estados del sur de Alemania se mostraron a favor de la no intervención. Los franceses, pese a las poderosas voces que se oyeron a favor de una partición de Bélgica, en virtud de la cual la mitad sur del país, francófona, les tocaría a ellos, al final decidieron mantenerse en segundo plano en vista de la precaria situación de su nuevo gobierno. Siguiendo los consejos de Talleyrand, que volvió a aparecer una vez más en un momento

de crisis, en esta ocasión como embajador en Londres, el gobierno francés puso su propia estabilidad por delante de cualquier otra consideración, y eso significaba aguantarse con lo que quisieran hacer los ingleses. Además, una Bélgica independiente sería un estado tapón antifrancés más débil que unos Países Bajos unidos y poderosos. Dándose cuenta de que a la larga iba a ser imposible parar a los belgas, Metternich envió un embajador a la consabida conferencia celebrada en Londres con la orden de movilizar el concierto europeo a favor de la creación de una Bélgica moderada, monárquica e independiente. Hábilmente dirigida por el recién nombrado secretario del Foreign Office británico, lord Palmerston (1784-1865), la conferencia se reunió el 4 de noviembre de 1830 y rápidamente resolvió los principales asuntos, estableciendo una monarquía constitucional con un poder legislativo bicameral basado en un derecho de sufragio restringido por una serie de requisitos económicos (posesión de propiedades inmuebles o cierto nivel de renta). La única cuestión que quedó por resolver fue la cuestión de quién debía ser el rey del nuevo Estado.

Tras largas deliberaciones y después del rechazo de muchos candidatos considerados inaceptables por una u otra de las naciones participantes, la elección recayó, como habría de suceder en el caso de tantas nuevas pequeñas naciones a lo largo del siglo, en un príncipe alemán de segunda fila, Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha (1790-1865), el candidato que resultaba, con diferencia, más aceptable desde el punto de vista internacional. Leopoldo había sido durante la mayor parte de su vida oficial del ejército imperial ruso, capitaneando la caballería de manera distinguida contra las fuerzas de Napoleón en la batalla de Kulm en 1813 y poniendo fin a su carrera dos años después a la edad de veinticinco años como teniente general. Aunque alemán, era en realidad súbdito británico, pues en 1816 había contraído matrimonio con la única hija legítima del príncipe regente, la princesa Carlota (1796-1817), alianza que le proporcionó la ciudadanía

británica y el rango de mariscal de campo del ejército inglés y, poco tiempo después, la pertenencia oficial a la familia real británica con tratamiento de alteza real. Pero Carlota había fallecido al dar a luz un niño muerto en 1817, así que, para atraerse el favor de los participantes en la conferencia sobre Bélgica de 1830, Leopoldo se declaró dispuesto a apaciguar a los franceses casándose con cualquier princesa francesa que estuviera disponible. En realidad había para ello un pequeño obstáculo, a saber, el matrimonio que había contraído en 1829 con una joven actriz alemana, Caroline Bauer (1807-1877), pero la relación acabó dos años después, y Leopoldo consiguió convencer a todo el mundo de que el casamiento, llevado a cabo solo por contrato privado, no había tenido nunca validez. Tras superar todos estos obstáculos, Leopoldo fue coronado rey de Bélgica en julio de 1831 y al año siguiente se casó con la hija mayor de Luis Felipe, Luisa María de Orleans.

No acabó con esto el asunto, pues el rey Guillermo de los Países Bajos se mostró obstinado y a comienzos de 1831 intentó involucrar en la cuestión a la Confederación Germánica, cuando los belgas invadieron el gran ducado de Luxemburgo, estado miembro de la Confederación del cual él era jefe titular. Sin embargo, las grandes potencias aceptaron la incorporación del gran ducado a Bélgica y la Confederación Germánica no hizo nada por impedirlo. El resentimiento de los holandeses se desbordó y Guillermo invadió Bélgica el 2 de agosto de 1831. Leopoldo hizo venir inmediatamente a un ejército francés, que repelió a las tropas holandesas, aunque las dejó al frente de la guarnición de la fortaleza de Amberes. La presión europea se volcó entonces sobre los franceses, que se mostraban sospechosamente reacios a retirarse. Por fin se replegaron el 30 de septiembre de 1831, y se firmó entonces un nuevo tratado que introducía algunos pequeños ajustes en lo concerniente a las fronteras y a las condiciones acordadas previamente, y dividía Luxemburgo entre los dos estados rivales. Un año más tarde, sin embargo, los obstinados ho-

landeses seguían negándose a abandonar Amberes, de modo que en noviembre de 1832 los franceses volvieron a invadir el país y a poner sitio a la ciudad, mientras que la armada británica bloqueaba la desembocadura del Escalda para forzar a los holandeses a rendirse, cosa que hicieron en diciembre de 1832. Habría que esperar a 1839 para que se resolvieran finalmente las cuestiones pendientes. Luxemburgo, o más bien su mitad oriental de lengua alemana, permaneció en manos del rey de Holanda hasta la subida al trono de la reina Guillermina (1880-1962) en 1890, que se vio obligada a cederlo al heredero varón más próximo, pues en el gran ducado estaba vigente la ley sálica, que excluía de la sucesión a las mujeres. En épocas anteriores y posiblemente también posteriores, la enrevesada y a veces espinosa cuestión belga habría sido demasiado importante para Francia, Prusia o Gran Bretaña como para que pudiera evitarse el conflicto. Pero a pesar de las constantes divisiones entre las grandes potencias y pese a la cólera mal reprimida de Nicolás I de Rusia, que vio el pacto como una violación flagrante de los principios de la Santa Alianza, la cuestión fue resuelta de manera pacífica y sin que fuera preciso recurrir al conflicto armado, excepto por parte de holandeses y belgas. Las invasiones francesas habían contado con el respaldo y el consenso general de Europa. Como declaraba la conferencia de Londres en su protocolo, publicado el 19 de febrero de 1831, los derechos de Europa, derivados de su obligación de preservar el orden internacional, tenían preferencia sobre los de los distintos estados individuales. Hasta Nicolás I estaba dispuesto a tomar medidas solo como un elemento más de una intervención general europea. Este principio resultó ser el motivo fundamental de que las revoluciones de 1830 no degeneraran en grandes conflictos y de que no supusieran una amenaza grave para el orden social.

Al mismo tiempo, sin embargo, no cabía duda de la gravedad de estos trastornos, ni de su extensión paneuropea. Los sucesos de Francia provocaron sublevaciones no solo en la vecina Bélgi-

ca, sino también en otros países. El francés todavía era la lengua común de las élites cultas, seguía siendo utilizado como *lingua franca* de la diplomacia europea, y las noticias eran propagadas por viajeros, periodistas, diplomáticos y comerciantes. En Portugal, la larga disputa entre don Pedro, emperador del Brasil, y su hermano menor Miguel (1802-1866) se resolvió a la muerte del padre de ambos, el rey de Portugal, Juan VI, en 1826. Don Pedro renunció a todos sus derechos sobre el trono de Portugal a favor de su hija, de apenas siete años, doña María da Glória (1819-1853). Pero el acuerdo fue torpedeado dos años después debido a la usurpación del trono por don Miguel. Este contaba con el apoyo de los *tories* ingleses, que esperaban utilizarlo para reafirmar la influencia británica en el país, y por el partido absolutista portugués de los grandes terratenientes, molestos con la Constitución liberal de 1822 y con la continuada vigencia de las leyes introducidas por Napoleón en la década de 1800. Los liberales portugueses reaccionaron a la derogación de muchas de esas leyes por parte de Miguel con una rebelión que fue sofocada enérgicamente por los miguelistas. Se impuso un reinado del terror, con numerosas detenciones, encarcelamientos y ejecuciones. Pero en 1831, a raíz de la ola revolucionaria que inundó toda Europa, Pedro entregó el trono imperial de Brasil a su hijo, regresó al continente, consiguió el respaldo de británicos y franceses, y conquistó Oporto, donde soportó el asedio de los miguelistas durante más de un año. Según se contaba, sus oficiales eran bien proveídos de comida y de vino por los mercaderes ingleses del puerto, pero sus hombres sufrían desnutrición y padecían de mala manera los efectos de una epidemia de cólera. Don Pedro y sus partidarios consiguieron la ayuda del almirante liberal inglés sir Charles Napier (1786-1860), que, con el pseudónimo de Carlos da Ponza, se puso al mando de los barcos rebeldes e infligió una aplastante derrota a la armada miguelista en el cabo de San Vicente. Esta circunstancia permitió a los rebeldes ocupar Lisboa, donde la multitud entusiasmada expulsó a la guarnición migue-

lista, se apoderó del arsenal, y abrió las cárceles. Tras romper el asedio de Oporto, don Pedro se trasladó a la capital. Los liberales proclamaron reina a María da Glória y se dirigieron al sur, derrotando a una numerosa fuerza miguelista de 18.000 hombres en la batalla de Asseiceira en mayo de 1824. Miguel fue obligado a marchar al exilio (provisto de una cuantiosa pensión, aceptada de momento), mientras que don Pedro restablecía las reformas liberales y la Constitución, confiscaba los bienes de los miguelistas y represaliaba a la Iglesia por el apoyo prestado a su hermano amortizando los monasterios y secuestrando sus edificios y sus activos. Don Pedro murió en septiembre de 1834 y su hija María da Glória, ya de quince años, asumió sus deberes de reina con el nombre de María II. Se convirtió en soberana de un país al que largos años de conflicto habían sumido en un grave endeudamiento y un nuevo sometimiento, esta vez económico, a los británicos.

Mientras tanto en España, el régimen represivo de Fernando VII continuó inalterable hasta comienzos de la década de 1830, cuando el monarca sucumbió a un ataque fatal de gota en septiembre de 1833. Su hija, una niña de corta edad, subió al trono con el nombre de Isabel II (1830-1904), manipulada entre bastidores por la viuda de Fernando, María Cristina (1806-1878). Los liberales lograron aprovechar la debilidad del gobierno obligándolo en 1834 a introducir una Constitución liberal moderada, que consagraba el poder de la oligarquía aristocrática y evocaba el constitucionalismo prerrevolucionario con sus numerosas limitaciones y sus lazos simbólicos con las viejas cortes representativas de los estamentos. De hecho, cuando se reunía el gobierno, los procuradores tenían que vestir un atuendo medieval para subrayar su diferencia con los modernos diputados electos. No obstante, al cabo de tres años, la incesante agitación de los procuradores más radicales obligó a introducir una nueva Constitución basada en la soberanía popular, aunque con una serie de restricciones impuestas por la concesión de amplios poderes a la

corona. El fundamento esencial de su triunfo radicó en una serie de estallidos revolucionarios en numerosas ciudades de España. Estos movimientos fueron impulsados por los violentos disturbios y manifestaciones multitudinarias de la población urbana empobrecida, especialmente en los momentos de alza de los precios del trigo, controlados por comités liberales que estaban dispuestos a hacer concesiones. Los líderes revolucionarios, «sanguinarias parodias de Robespierre», siguieron los pasos de los jacobinos franceses de comienzos de la década de 1790, quemando conventos, asesinando a los presos encerrados en las cárceles locales y atacando a los aristócratas conocidos por su conservadurismo. Después de un enfrentamiento, «fue pasada entre las mesas del Café Nuevo la mano cortada» de un general vencido, como reseñaría posteriormente un historiador. Los recuerdos de la Revolución Francesa siguieron condicionando la conducta de los activistas revolucionarios y de las masas revolucionarias de toda Europa durante más de cuarenta años.

En Italia, esos recuerdos inspiraron a los carbonarios a levantarse contra los austríacos en el norte y contra el dominio papal en el centro de la península. Incitados por Francisco IV, duque de Módena (1779-1846), que aspiraba a extender sus dominios, los carbonarios habían iniciado los preparativos de la rebelión a finales de la década de 1820, pero la revolución de París los animó a emprender la acción y al mismo tiempo indujo al duque a retirarles su apoyo por temor a que se produjeran perturbaciones sociales. Los carbonarios izaron la bandera tricolor italiana por todos los Estados Pontificios y en el ducado de Parma. El veterano revolucionario Filippo Buonarroti (1761-1837), que había sido seguidor de Robespierre a comienzos de la década de 1790 y había sido encarcelado por su participación en la conspiración igualitaria de Babeuf contra el régimen posjacobino del Directorio, había desarrollado una actividad enorme en el exilio encabezando sociedades de carácter conspiratorio con nombres tales como El Mundo, la Milicia de los Condenados o, en tono menos

melodramático, la Sociedad de los Amigos del Pueblo. Buonarroti formó una «junta italiana de liberación» para coordinar las sublevaciones, pero sus miembros se pelearon con él por sus principios estrictamente jacobinos y se mostraron justamente recelosos de su exigencia de establecer una dictadura «transitoria» una vez alcanzado el poder. Las diversas ciudades italianas, ahora bajo el control de los *carbonari*, se revelaron incapaces de abandonar sus rivalidades centenarias y no supieron responder al llamamiento en pro de una conferencia por la unidad a celebrar en Roma; en Bolonia se negaron incluso a acoger a las tropas revolucionarias de Módena, al mando del antiguo general napoleónico Carlo Zucchi (1777-1863). «Ciudadanos —proclamaron los insurgentes—, recordad que las circunstancias de Módena no son las nuestras». Los insurrectos no supieron despertar el interés de los campesinos por su causa, aunque atrajeron a numerosos aventureros de toda Europa, entre ellos a Luis Napoleón Bonaparte. En la época en la que había estado viviendo en Italia, Luis Napoleón se había unido a los carbonarios y había participado en un complot para hacerse con el poder en Roma, fácilmente desenmascarado por las autoridades. Con el apoyo tácito de las grandes potencias, los austríacos enviaron a la península un ejército y aplastaron rápidamente las revueltas. Zucchi fue traicionado, apresado y cargado de cadenas por los austríacos; permaneció encarcelado en durísimas condiciones hasta que fue liberado por los revolucionarios en 1848. Buonarroti continuó la labor de su vida, esto es, urdiendo conspiraciones en el exilio; su relato de la insurrección de Babeuf, publicado en 1828, se convirtió en una especie de manual práctico del revolucionario, y fue enormemente admirado a lo largo de todo el siglo por los anarquistas.

Los sucesos de París tuvieron también un profundo impacto en Alemania. En Aquisgrán (Aix-la-Chapelle), en el extremo noroeste de la Confederación Germánica, la población de la ciudad se puso la escarapela tricolor para simbolizar su solidaridad con

la revolución que había estallado en el país vecino. La recesión económica que tanto afectó a los artesanos belgas llevó también a los menestrales alemanes a salir a las calles de muchas ciudades, no solo en Colonia, Fráncfort y Múnich, sino también en Viena y Berlín. En Leipzig, como señalaba el artesano y político Wilhelm Weitling (1808-1871), «en una sola noche el pueblo se adueñó de la ciudad y de sus alrededores». La multitud arrasó las casas de los comerciantes, abogados y funcionarios impopulares, pero no supo cómo canalizar su descontento en exigencias concretas. El escritor liberal Carl von Rotteck (1775-1840) llamó a aquellas acciones «crímenes contra la comunidad sin interés por la patria ni por la constitución, cuya motivación y cuya expresión son las pasiones personales del populacho, la energía más burda, la irracionalidad y el afán de hurto». Semejantes opiniones eran habituales entre la clase media y facilitaron a las autoridades la supresión de los disturbios. Dos mil soldados prusianos fuertemente armados llegaron a Aquisgrán para restaurar el orden, y en muchos otros lugares de Alemania la multitud fue dispersada enseguida.

En algunos estados alemanes de tamaño menor o mediano, sin embargo, los liberales tuvieron la osadía de jugar con el temor de sus gobiernos al «populacho» para arrancarles reformas significativas. En Braunschweig, un magistrado estatal, Wilhelm Bode (1779-1854), tomó la iniciativa y consiguió la sustitución del impopular duque Carlos II (1804-1873), que había derogado la Constitución en 1827, por su hermano, de tendencias más liberales, Guillermo (1806-1884), acabando así con el principio de la legitimidad estricta, tan sagrado para los ideólogos de la Restauración. La clase media había concentrado su mente en la quema del palacio ducal y en la fuga y posterior marcha al exilio del aterrorizado duque Carlos, dejando a la milicia urbana al cargo de restablecer el orden. Guillermo se avino en 1832 a introducir una Constitución representativa. En Hesse-Kassel, el elector Guillermo II (1777-1847) se malquistó con la clase media debido

a su pretensión de conceder el título de princesa a la amante con la que vivía. Cuando los insurgentes se movilizaron para protestar contra los elevados impuestos, los excesos de la policía, los elevados derechos arancelarios y el pago de tributos feudales por parte de los campesinos a los terratenientes rurales, la asamblea de ciudadanos de clase media de Kassel exigió una Constitución con el fin de evitar «la guerra con la que los pobres amenazaban a los más acaudalados». Cuando Guillermo II abandonó la ciudad, con su amante a rastras, los liberales lograron imponer una nueva Constitución y un órgano legislativo unicameral basado en un electorado amplio que incluía a muchos elementos del campesinado, y les concedía poderes tales como el derecho a poner pleitos a los ministros del rey (pues seguía siendo el rey, y no el poder legislativo, el que los nombraba). En Sajonia una ola similar de disturbios entre los artesanos y los operarios, que se extendió hasta los centros rurales de la industria textil, indujo a la formación de milicias integradas por los ciudadanos de clase media más preocupados, mientras que los funcionarios de mayor rango obligaron al gobierno a conceder una nueva Constitución que fue promulgada en 1831. Hannover, que seguía gobernada por el monarca británico, conoció una rebelión de estudiantes y profesores de la ciudad universitaria de Gotinga contra el odiado primer ministro ultraconservador, el conde de Münster (1766-1839). Münster acabó por ser destituido y, tras un largo tira y afloja, en 1833 fue aprobada por fin una Constitución moderadamente liberal.

En todos los rincones de Alemania los liberales opuestos a la Restauración se sintieron envalentonados no solo por los sucesos de París, sino más aún quizá por la revolución de Polonia. En algunos estados, como Baden y Baviera, obligaron a introducir cambios en la composición del gobierno y reformas de la ley de prensa. El punto culminante de esta oleada de reformismo liberal en los estados alemanes culminó con una fiesta multitudinaria celebrada en los alrededores de un castillo en ruinas situado

cerca de la ciudad de Hambach, en el Palatinado. A imitación, lo mismo que anteriormente el festival de Wartburg, de las grandes fiestas populares de la Revolución Francesa de comienzos de la década de 1790, se calcula que la fiesta de Hambach llegó a reunir a entre veinte y treinta mil personas atraídas por el periodista Johann Georg Wirth (1798-1848), defensor de la libertad de prensa, para escuchar las demandas de reforma. Entre los presentes en los festejos predominaban los profesionales, los hombres de negocios, los artesanos y los estudiantes, pero la multitud, ondeando enérgicamente banderas con los colores revolucionarios, negro, rojo y amarillo, y luciendo en muchos casos el gorro frigio rojo típico de la Revolución Francesa, escuchó atentamente una gran variedad de discursos en los que se defendían la unidad y la libertad de Alemania. La revolución consiguió reunir a estratos muy distintos del orden social: abandonó las salas llenas de humo donde se reunían los francmasones y los conspiradores, salió al aire libre y tomó el camino de la reforma legal y constitucional, no el de los disturbios violentos. En Hambach, la tribuna de los oradores y el escritorio de los periodistas, no la guillotina o el poste de la luz, fueron los que ocuparon el primer plano. Posteriormente se celebraron muchas otras fiestas menores.

Para Metternich aquellos acontecimientos supusieron la señal de que había que tomar medidas enérgicas. «El liberalismo ha dado paso al radicalismo», afirmó. Convenció a la Dieta Federal de que había que introducir nuevas leyes (los famosos «Seis Artículos» y posteriormente los «Diez Artículos») que endurecían la censura, proscribían los partidos políticos, las fiestas y las manifestaciones, prohibían que las asambleas regionales rechazaran los presupuestos gubernamentales o aprobaran mociones críticas contra el monarca, e imponían muchas otras medidas. Cuando las fuerzas armadas entraron en las ciudades de Alemania para obligar a la multitud a abandonar las calles, las reformas liberales fueron revocadas casi en todas partes, y dio la impresión de

que caía sobre el país un manto de represión. En 1833 la Confederación creó un nuevo organismo de policía política, la Jefatura Central de Investigación, encargada de coordinar la lucha contra los disturbios políticos. Destacados dignatarios de Austria, Prusia y Rusia se reunieron con el fin de decidir una acción conjunta contra la revolución. Escritores liberales como el poeta Heinrich Heine fueron obligados a marchar al exilio, mientras que otros, entre los cuales cabría citar a Wirth y a algunos de los que intervinieron en la fiesta de Hambach, fueron detenidos y encarcelados. El tiempo vendría a demostrar que el triunfo de la reacción fue más frágil y más efímero en Alemania de lo que lo fuera tras la promulgación de los Decretos de Karlsbad de 1819.

En Suiza la ideología de la libertad había dado legitimidad a la autoafirmación de una confederación de cantones autónomos que venían desafiando al Sacro Imperio Romano Germánico desde el siglo XVI; ese sentido de identidad nacional aparte se vio reforzado por la resistencia ofrecida a las limitaciones de la independencia introducidas por Napoleón y por sus intentos de reclutamiento forzoso de jóvenes suizos para sus ejércitos. La inspiración vino, entre otros, de la figura cuasi mítica de Guillermo Tell, el ballestero helvético de la Edad Media que, según se cuenta, hizo gala de su sangre fría y de su puntería disparando una flecha que atravesó una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo por orden de las autoridades austríacas. La historia fue celebrada en 1804 en un drama del poeta alemán Friedrich Schiller (1759-1805), y luego en 1829 por el compositor italiano más de moda, Gioachino Rossini (1792-1868), en una ópera enormemente popular, empapada de los sentimientos liberales y románticos de la época. La independencia de Suiza había sido restaurada por el congreso de Viena, junto con las libertades tradicionales de la Confederación. En 1823, sin embargo, esas libertades habían empezado a resultar enojosas para Metternich y la Santa Alianza, pues habían permitido que varios cantones dieran cobijo a muchos revolucionarios extranjeros fracasados, pero todavía poten-

cialmente peligrosos. Las potencias del congreso obligaron a la Confederación Helvética a restringir los derechos de los exiliados y a poner impedimentos a la libertad de prensa. Dolida por semejante injerencia, una coalición de profesionales y hombres cultos de clase media, de artesanos y tenderos, y un número considerable de agricultores y campesinos reaccionó ante los sucesos de la revolución de 1830 en Francia obligando a la Dieta Federal a aprobar una serie de reformas. Entre ellas cabría citar la introducción en diez cantones del sufragio universal de los varones y la garantía de la libertad de expresión. En Zúrich, la más liberal de las ciudades suizas, se introdujo además la escolarización universal de todos los niños desde los seis hasta los dieciséis años, con la concesión de matrícula gratuita a los menos pudientes, y además se llevaron a cabo cambios significativos en la administración de la ciudad.

Un proceso pacífico de reformas muy similar acarreó la introducción de una serie de importantes cambios en el sistema político de Gran Bretaña. Los motines y disturbios de los años inmediatamente posteriores a Waterloo habían cesado a medida que la economía había ido mejorando y que la represión del Estado se había ido haciendo notar, en forma de las Seis Leyes, que prohibían las concentraciones de protesta, endurecían la censura de la prensa y suspendían el *habeas corpus*, permitiendo el encarcelamiento sin juicio previo. A finales de la década de 1820, sin embargo, la economía volvió a sufrir un revés, como sucedió en el resto de Europa, convirtiéndose en uno de los factores ocultos tras las quejas de los artesanos que tan importante papel tuvieron en los sucesos de 1830. El miedo de la clase política a la revolución, recrudecido ya por los disturbios de la era posnapoleónica, se intensificó cuando volvió a generalizarse el descontento popular. Enormes multitudes portando escarapelas y cintas tricolores asistían a los mítines convocados en Londres en los que intervenían políticos radicales como sir Francis Burdett (1770-1844). Una gran concentración de trabajadores en Mán-

chester inició una campaña para acabar con la reducción de los salarios durante la depresión económica. Trabajadores del campo enfurecidos por la introducción de las trilladoras o aventadoras mecánicas, que arrojaban a muchos al desempleo durante los meses de invierno, quemaron almiares, pajares y trojes, y destrozaron las máquinas por todos los condados del sur hasta Anglia Oriental. En la capital, en 1830 la multitud de gente que se oponía a la creación de la nueva policía metropolitana uniformada —una muestra más de la creciente preocupación por el mantenimiento de la ley y el orden—, aprobada un año antes, se puso a gritar eslóganes tales como «¡No a la policía! ¡No a Polignac!». «Los hombres —se lamentaba el primer ministro conservador, el duque de Wellington, el vencedor de Waterloo— se figuraban que solo tenían que seguir el ejemplo de París y Bruselas, y que conseguirían así todo lo que su imaginación les sugería que era el culmen de la felicidad y la prosperidad pública». «El país —decía en tono de queja— se halla en un estado de demencia por la Reforma».

La intransigencia de Wellington provocó la caída de su gobierno. A finales de 1830 entró en funciones un gabinete reformista, encabezado por los aristocráticos *whigs*, decididos a desactivar la escalada de la crisis antes de que se produjera una explosión. Las cuestiones en juego eran comparables a las que habían convulsionado los sistemas políticos en Francia, Bélgica y Suiza: todos, los reformistas y artesanos de clase media, así como los pequeños agricultores, querían una liberalización de las leyes de reunión y asociación, la libertad de prensa y, sobre todo, una ampliación de la participación política. El nuevo gobierno británico introdujo un proyecto de Ley de Reforma para eliminar escándalos como el de los «burgos podridos», aldeas despobladas que enviaban uno o incluso dos diputados a la Cámara de los Comunes, los «burgos en el bolsillo», en los que el cacique local nombraba al diputado, la falta de representación efectiva de las nuevas ciudades industriales como Mánchester o Birmin-

gham, y la corrupción generalizada resultante del carácter público de la emisión del voto y la continuación de las elecciones durante un período de varios días. Cuando el proyecto de ley fue rechazado por la aristocracia hereditaria y el alto clero en la Cámara de los Lores, la gravedad de la amenaza revolucionaria no tardó en hacerse patente: se desencadenaron motines en muchos lugares del país, el castillo de Nottingham fue arrasado y el palacio episcopal de Bristol fue incendiado y destruido, junto con cuarenta y cinco casas particulares y la cárcel local, produciéndose en total doce muertes. El país, pensaba un diputado, se encontraba «en un estado poco menos que de insurrección», mientras que la élite política, según el escritor Sydney Smith (1771-1845) era presa de un «arrebato de cólera y miedo que hacía que se le revolvieran a uno las tripas». Cuando los oradores radicales atizaron el fuego de la indignación popular, el rey accedió, aunque a regañadientes, a crear un número suficiente de nuevos pares *whigs* que permitieran vencer la resistencia de la Cámara de los Lores, y Wellington y sus partidarios no tuvieron más remedio que ceder.

La Ley de Reforma fue aprobada por las dos Cámaras del Parlamento y entró en vigor en 1832, eliminando anomalías y abusos, aunque el electorado solo se amplió en un 45 % aproximadamente, hasta alcanzar poco menos del 5 % de la población, en una reforma comparable a los cambios paralelos experimentados por los sistemas políticos de Francia y Bélgica. Los debates en torno a la ampliación del derecho de sufragio dieron lugar a un nuevo concepto: «la clase media», como la llamó el primer ministro, el conde de Grey (1764-1845), «que ha hecho unos avances asombrosos en materia de bienes y de inteligencia», y que «forma la mayoría real y efectiva de la opinión pública, y sin la cual el poder de la gente bien no es nada». Como en la Europa continental, también en Gran Bretaña los radicales deseosos de extender el voto a todos los varones adultos despotricaron contra las limitaciones de la reforma, «la medida más antiliberal,

más tiránica y más diabólica —como decía el periódico *The Poor Man's Guardian*— que puede o podría proponerse nunca». Estas ideas no desaparecerían. Pero de momento, la Ley de Reforma bastó para desactivar la indignación popular y, junto con ulteriores reformas de los gobiernos locales y de otras áreas de la administración, para estabilizar el sistema político inglés sobre una nueva base moderadamente liberal. El resultado de la gran lucha por la reforma fue al final una Constitución y un sistema político no muy diferentes al de los demás estados europeos que experimentaron con éxito la transición de 1830. A diferencia de ellos, sin embargo, esta solución sería más duradera, a corto y medio plazo al menos, y también más resistente a ulteriores intentos de cambiar el *statu quo*. El principal impulsor de la Ley de Reforma, lord John Russell (1792-1878), declaró oficialmente que aquella reforma era «definitiva».

El carácter cambiante de la política

«Mi pensamiento más secreto —escribía el príncipe de Metternich en 1829— es que la vieja Europa está al principio de su fin. Decidido a sucumbir con ella, sabré cómo cumplir con mi deber». El año 1830 pareció demostrar inicialmente que tenía razón. Pero cuando la oleada revolucionaria cedió, quedó claro que los revolucionarios y los reformistas habían obtenido solo unos éxitos muy modestos. En muchos lugares sus triunfos iniciales se habían visto anulados. Además, al este del Rin había habido relativamente poca actividad revolucionaria seria, con la notable excepción de Polonia, y el poder de las estructuras estatales existentes siguió prácticamente intacto. Pero aunque el ordenamiento de Viena había sobrevivido en buena medida a la tormenta, la vieja Europa que Metternich había conocido en su niñez y en su adolescencia —tenía dieciséis años cuando estalló la Revolución Francesa en 1789— en realidad ya no existía. «La Revolución Francesa y las hazañas de Napoleón —se oyó decir a un bandolero griego— abrieron los ojos al mundo». Hicieron que fuera «más difícil gobernar al pueblo». Durante la década de 1820 la

Cámara de Comercio de Turín resumía el cambio experimentado señalando que la Revolución Francesa había causado «una confusión total entre las distintas clases» de la sociedad: «Todo el mundo se viste de la misma manera, el noble no puede distinguirse del plebeyo, ni el comerciante del magistrado, ni el terrateniente del artesano, ni el amo del criado; al menos en apariencia, el deplorable principio que dio lugar a las revoluciones lamentablemente se ha mantenido». El genio se había escapado de la botella y ahora era imposible volver a meterlo en ella.

Los monarcas y los estadistas que recuperaron el poder en 1815 lo sabían. Aunque los símbolos y los arreos del Antiguo Régimen fueran invocados a menudo por las monarquías restauradas en 1815, solo disimulaban, quizá deliberadamente, el hecho de que el conservadurismo de la época era algo esencialmente nuevo. Tanto los pensadores como los políticos consideraban que 1815 era un nuevo principio que marcaba el fin de una era de excesos racionalistas. La fe religiosa, el instinto y la emoción humana, la tradición, la moralidad y una nueva concepción conscientemente histórica del pasado, sustituirían el racionalismo de la Ilustración como base del orden social y político. Pensadores como Joseph de Maistre (1753-1821), inspirándose en las críticas hechas a la Revolución Francesa por el político irlandés Edmund Burke (1729-1797), sostenía que la estabilidad solo podía venir del reconocimiento general de que la monarquía ejercía el poder absoluto por decreto divino. El pueblo, por tanto, debía obedecer o atenerse a las consecuencias. «El primer servidor de la corona —afirma De Maistre— debería ser el verdugo». Según esta tesis conservadora, una sociedad regida por jerarquías tradicionales era la única garantía de orden. La razón era el enemigo: solo cabía fiarse de la fe y del sentimiento. «Cuando la monarquía y el cristianismo son atacados —escribía el emigrado francés Louis de Bonald (1754-1840)—, la sociedad vuelve al salvajismo». La civilización dependía de la supresión no solo del pensamiento subversivo, sino de todo pensamiento en absoluto.

Como escribía en 1819 el secretario de Metternich, Friedrich Gentz (1764-1832): «Sigo defendiendo el siguiente principio: "Para que no se abuse de la prensa, no debe imprimirse absolutamente nada en los próximos… años. Y punto". Si se aplicara este principio como una regla de obligado cumplimiento… en breve tiempo encontraríamos nuestro camino de vuelta a Dios y a la Verdad». Pensadores como Chateaubriand, al que los excesos de la época revolucionaria habían llevado a convertirse de nuevo al catolicismo tras compartir inicialmente el escepticismo racional de la Ilustración, veían en el cristianismo la única fe que podía garantizar la aceptación de la autoridad y la subordinación a ella.

Pero los personajes como Bonald o De Maistre constituirían en realidad extremos marginales. Durante la década de 1820 los escritores y los pensadores empezaron a adoptar unos puntos de vista más liberales. Victor Hugo, que en 1824 declaraba que la literatura debía ser «la expresión de una sociedad religiosa y monárquica», en 1830 propugnaba el principio de que «el romanticismo no es, en definitiva, más que el liberalismo en la literatura… La libertad en el arte y la libertad en la sociedad son el doble objetivo al que deben tender al unísono todos los espíritus consecuentes y lógicos». En 1827 el crítico de arte francés Auguste Jal (1795-1873) afirmaba que el Romanticismo era «el eco del cañonazo de 1789» y, como si quisiera demostrarlo, Eugène Delacroix pintó en 1830 la que probablemente sea la representación más famosa de la revolución en cualquier obra de arte, *La Libertad guiando al pueblo*. Para muchos poetas y escritores románticos, la sublevación de los griegos supuso un punto de inflexión, simbolizado por la muerte de Byron en Misolonghi. La ópera que desencadenó la revolución belga en 1830 fue solo un ejemplo de la nueva tendencia, iniciada en Italia, a representar las antiguas luchas por la libertad a través de las palabras y la música de tal forma que su relevancia actual resultara inequívoca.

Si bien en muchos aspectos las ideas liberales evocaban los ideales de la primera fase moderada de la Revolución Francesa de 1789, con sus grandilocuentes declaraciones en pro de la libertad y la soberanía popular, del gobierno representativo y el régimen constitucional, en la década de 1820 empezaron también a adoptar un nuevo tono, cada vez más empapado de los ideales del nacionalismo. Al difundir por toda Europa el principio de la soberanía popular y de paso la represión, la extorsión y la dominación extranjera, Napoleón había estimulado entre las élites cultas la creencia de que la liberación de la opresión solo podía conseguirse sobre la base de la autodeterminación nacional. En la década de 1820 los liberales, desde Bélgica hasta Grecia, empezaron a articular esta idea tan potente. Y dicha idea que se volvería todavía más poderosa a medida que fuera avanzando el siglo. Por lo pronto, los liberales y los revolucionarios se consideraban en general envueltos en una lucha europea común, punto de vista simbolizado por las redes internacionales de los carbonarios y los francmasones, cuya eficacia fue sin duda alguna notablemente exagerada por Metternich y su policía política. Incluso la sublevación de Grecia fue en gran medida una cuestión internacional, al menos por lo que a sus líderes se refiere. A partir de 1830, sin embargo, los movimientos nacionalistas empezaron a seguir caminos distintos, con efectos que ya eran perceptibles en las revoluciones de mediados de siglo.

Esas revoluciones, y las que se multiplicaron por Europa en 1830, fueron meras réplicas del gran terremoto político de 1789. Pero hubo también diferencias. En algunos aspectos las fuerzas sociales que respaldaron los alborotos de 1830 fueron las mismas que habían impulsado la Revolución Francesa: las clases medias cultas y profesionales que reclamaban más derechos y mayores libertades, y artesanos y menestrales que necesitaban desesperadamente pan y trabajo. Pero la relación entre unos y otros había cambiado. El terror jacobino de 1793-1794 seguía pesando en la memoria de la gente y a veces inspiró acciones radicales, como

las revoluciones municipales españolas de comienzos de la década de 1830. La táctica jacobina de las asambleas, las manifestaciones y las algaradas al aire libre, reforzada ahora por el levantamiento de barricadas para cortar el paso a las fuerzas del orden, siguió siendo el principal medio a través del cual las masas urbanas intentaron articular sus posturas. Pero solo en casos excepcionales, y en particular en Bélgica, sumaron a ellas sus fuerzas las clases profesionales burguesas. Casi en todas partes, les asustó demasiado la escandalosa violencia del «populacho». En un país tras otro, movilizaron milicias ciudadanas encargadas de restaurar el orden, o contemplaron con angustiada pasividad cómo las viejas autoridades recurrían a las tropas. En casi todas partes, esta circunstancia limitó los resultados de los disturbios revolucionarios y los redujo a meras reformas constitucionales de un liberalismo moderado. El principio de la monarquía quedó en general intacto. Lo que se destruyó casi en todos los países, aparte de los grandes estados imperiales de la Europa central y oriental, fue el principio del absolutismo.

El legado de dos décadas y media de guerras y el ejemplo de Napoleón habían situado en primer plano una nueva fuerza social no demasiado visible en 1789: el cuerpo de oficiales o, para ser más precisos, los niveles inferiores y medios del cuerpo de oficiales, un grupo social que también desempeñaría un importante papel en las revoluciones del Tercer Mundo durante la segunda mitad del siglo XX. Los jóvenes oficiales del ejército que habían prestado servicio en las guerras napoleónicas se habían politizado con aquella experiencia, y se sintieron marginados por las restauraciones jerárquicas de 1815. En muchos países tomaron la iniciativa fomentando la revolución, alentados por la expansión de las organizaciones conspirativas de un tipo u otro. A veces, como en Polonia o en España, fueron capaces de atraer a su causa a un número suficiente de soldados rasos dispuestos a luchar por ella. En general, sin embargo, entre comienzos y mediados de la década de 1820, inmediatamente después de las gue-

rras napoleónicas, los oficiales de menor rango no encontraron casi nunca entre la población civil apoyo suficiente para provocar una revolución. No obstante, si alguna vez consiguieron ese apoyo, dependerían de las fuerzas de la clase media y de los artesanos, demasiado débiles para reportarles la victoria pese a la aparición de grupos descontentos de hombres cultos que habían disfrutado de un buen empleo en las burocracias napoleónicas y que ahora se veían apartados de los centros de poder. Por último, entre comienzos y mediados de la década de 1820, a la Santa Alianza y al concierto europeo el eventual resurgimiento de los devastadores conflictos de la era revolucionaria seguía provocándoles demasiada inquietud como para permanecer de brazos cruzados y cuando les pareció que las cosas se les escapaban de las manos no dudaron en movilizar la intervención internacional.

En 1830 la situación había cambiado. Los nuevos desarrollos sociales estaban alejando de la corriente política principal a los oficiales del ejército de rango inferior y medio y habían empezado a situar en primer plano a la clase media y a las masas urbanas, todavía dominadas por las fuerzas jacobinas de artesanos y menestrales. El concierto europeo seguía funcionando, pero los políticos que lo dominaban, incluido el propio Metternich, no sentían un miedo tan paranoico por los peligros de los disturbios revolucionarios, y no estaban tan dispuestos a actuar. Cierta responsabilidad en este cambio de actitud tuvo el entusiasmo generalizado de Europa por la sublevación de Grecia. Allí, en cualquier caso, la rebelión había ido dirigida contra un poder establecido, el imperio otomano, que a su vez resultaba marginal para el concierto europeo, y cuya lealtad iba dirigida a una religión distinta del cristianismo abrazado por la Santa Alianza. De manera más general, sin embargo, había quedado claro que el absolutismo, unido a la ineficacia, no era la receta adecuada para la consecución del orden político. En 1830 las revoluciones ya no parecían amenazar con el caos, el desorden, la violencia y la

guerra; en todas partes trajeron consigo reformas constitucionales de corte liberal moderado, y aunque a algunos políticos conservadores como Metternich no les gustara, el hecho de que no llegaran a poner el poder en manos de la multitud les daba la tranquilidad suficiente como para que la intervención internacional pareciera una medida excesiva.

Sobre todo, sin embargo, hubo una gran fuerza social que estuvo ausente casi por completo en la fase revolucionaria de 1830: el campesinado. La gran Revolución Francesa de 1789 había alcanzado el poder entre otras cosas por el hecho de que se había propagado por las zonas rurales. Había atraído a su causa a los agricultores desesperados y descontentos y a los trabajadores del campo, y había destruido en gran parte el poder político de la aristocracia eliminando sus cimientos, basados en el orden feudal que había dominado hasta entonces las relaciones sociales y las estructuras económicas del mundo rural. En 1830 el campo permaneció quieto casi en todas partes. Y eso que formaba el contexto real de las vidas de la inmensa mayoría de los europeos de la época. Es de ese contexto y de esas vidas de lo que trataremos a continuación.

Capítulo 2

LAS PARADOJAS DE LA LIBERTAD

Señores y siervos

Savva Dimitriévich Purlevski (1800-1868), nacido en Velikoe, una aldea del centro de Rusia, tenía pocas cosas buenas que decir acerca del sistema de obligaciones e imposiciones bajo el cual se crió, esto es, el sistema de servidumbre. «¡Nuestra dependencia como campesinos —se lamentaba— era durísima!». Su aldea pertenecía a un pequeño latifundio propiedad de un teniente coronel; una finca que disponía de alrededor de 1.215 hectáreas de tierra de cultivo, 175 hectáreas de bosque y 656 hectáreas de prado y terreno de pasto. Disoluto e indisciplinado, el teniente coronel se pasaba la vida en San Petersburgo, bebiendo, jugando y divirtiéndose con mujeres, y no visitaba nunca su finca, que era dirigida en su nombre por un administrador que se embolsaba buena parte de los ingresos. Aunque en su mayoría los campesinos eran analfabetos, Purlevski aprendió a leer con la ayuda de un abecedario, regalo de su párroco. Empezó a coleccionar libros, volúmenes que fue adquiriendo con las pequeñas sumas de dinero que sus parientes le regalaban con motivo de su cumpleaños o en otros días señalados. Esta afición resultaría sumamente útil con el paso de los años.

Los aldeanos, unos mil trescientos en total, tenían que pagar al señor una renta anual. No obstante, podían hacer frente a este gasto sin demasiadas dificultades, pues, además de trabajar los campos para el amo, labraban la tierra para su propia subsistencia, y también cultivaban lino y otros productos con los que co-

merciaban en el mercado. Sabían que estaban mejor que muchos otros. «El campesino típico de las provincias del norte vivía casi exclusivamente de pan de centeno y de una sopa grisácea de hortalizas —escribiría Purlevski—. Todo lo que producía una familia campesina —productos lácteos, carne de ternera y cordero, huevos, etcétera— se vendía por necesidad. La gente se alimentaba de guisantes, avena y nabos hervidos. Nuestra aldea constituía la excepción. El comercio y la artesanía nos procuraban dinero y nos hacían más ricos que los habitantes de otras localidades». No obstante, los habitantes de Velikoe tenían que soportar repetidas demandas adicionales de su señor, quien periódicamente enviaba órdenes desde San Petersburgo que eran leídas en la asamblea de la aldea. En cierta ocasión, por ejemplo, mandó a su administrador que «seleccionara a cuatro hombres altos no mayores de veinte años para que marcharan de pie en el estribo posterior de su carroza, así como a cuatro hermosas muchachas de dieciocho años [cuya futura función no se indicaba, pero que fácilmente podemos imaginar]. Todos ellos tenían que ser conducidos personalmente a casa del terrateniente en San Petersburgo».

La nobleza terrateniente de Rusia no solía vivir en sus fincas. Pasaban buena parte de su tiempo y gastaban su dinero en San Petersburgo o en centros turísticos franceses y en balnearios del centro de Europa, contrayendo deudas enormes en las mesas de juego de los casinos. Aunque no estuvieran endeudados o hipotecados hasta el cuello, a menudo consideraban sus fincas poco más que meras fuentes de ingresos para mantener su estilo de vida en la gran ciudad. Así ocurría con Velikoe. A la muerte del teniente coronel en 1817, su hija y el marido de esta, un general del ejército ruso, se presentaron en la aldea y exigieron el pago inmediato de doscientos mil rublos, una suma enorme, como adelanto de la renta de los diez años siguientes. Los campesinos se negaron categóricamente. Desairados, el general y su esposa se subieron a su coche y regresaron a San Petersburgo. Pero la

cosa no iba acabar así. Poco después fueron leídas las nuevas disposiciones en la asamblea de la aldea. Los flamantes señores habían hipotecado la finca, avalando con ella un préstamo a pagar en veinticinco años, y requerían a los campesinos que se hicieran cargo de los intereses, calculados en treinta mil rublos anuales, además de satisfacer la renta anual vigente de veinte mil rublos. Los que no satisficieran su parte serían reclutados por el ejército o conducidos a Siberia para trabajar en las fábricas metalúrgicas de sus señores. Conmocionados, los aldeanos recibieron la nueva noticia en silencio. «En ese preciso momento, por primera vez en mi vida —escribiría más tarde Purlevski—, experimenté el dolor de mi condición de siervo». Lo que importaba en realidad era la impotencia y la indefensión de los individuos esclavizados. Había fincas en las que los campesinos eran golpeados o azotados por su señor, o en las que este les colocaba una argolla de hierro al cuello si desobedecían sus órdenes. Purlevski había oído hablar incluso de un señor que castigó a un niño campesino por tirar una piedra a uno de sus perros de caza: al muchacho le arrancó la ropa, que entregó a sus borzóis para que la olieran, luego dejó al crío en el campo y soltó a los galgos para que le dieran caza. (Afortunadamente, los canes no le hicieron daño, y el emperador, al enterarse de esta historia, mandó detener al terrateniente; había límites incluso en lo concerniente a la servidumbre, y el latifundista en cuestión los había traspasado claramente). En cualquier caso, los siervos, no solo los instruidos como Purlevski, sentían con consternación su impotencia ante las exigencias de los señores.

En la década de 1820, la situación de los siervos de Velikoe empezó a deteriorarse aún más. Un nuevo administrador alemán comenzó a interferir en asuntos tales como quién tenía que casarse con quién, azotaba a los que no lo obedecían, obligaba a los siervos a trabajar en la fábrica textil del señor y hacía que vinieran los soldados cuando los aldeanos protestaban. Un centenar de hombres fueron azotados públicamente ante la mirada atónita

de todos los siervos de la finca. Aunque el administrador en cuestión fue sustituido por otro menos brutal, los campesinos siguieron quejándose de la mala gestión de las tierras hasta que al final, para aplacar el descontento, el señor decidió apostar por Purlevski, que era prácticamente el único hombre de la aldea que sabía leer y escribir, y lo nombró administrador. Purlevski empezó a mejorar la gestión de la finca y logró que el señor se aviniera a fundar una escuela y un centro médico en la aldea. Pero los asistentes de Purlevski comenzaron a hurtar dinero a sus espaldas, y el señor, que lo culpó de las irregularidades financieras cuando estas salieron a la luz, lo citó en San Petersburgo, donde le dio una severa reprimenda. Aterrorizado por la posibilidad de ser castigado con el látigo, Purlevski huyó y se dirigió primero a Moscú y luego a Kiev. A continuación, después de construirse con juncos una balsa, navegó río abajo por el Dniéper hasta Moldavia, a unos 530 kilómetros de distancia. Al llegar a «Yassakh, exhausto, andrajoso, hambriento y sin dinero», fue recogido por unos exiliados rusos pertenecientes a una secta religiosa de los «viejos creyentes», los llamados *skoptsi*. Un viajero alemán, el barón August von Haxthausen (1792-1866), conoció a estos individuos en 1843 en el curso de uno de sus viajes, y describió sus «extrañas ceremonias secretas», celebradas principalmente por la noche, en las que «sus voces estridentes, su fervor sombrío y su entusiasmo desbocado me impresionaron de manera indeleble y dolorosa». Practicaban no solo el celibato, sino también, de forma alarmante, la propia castración.

Los *skoptsi* se ganaban la vida como carreteros, y Purlevski, con su honestidad y con su entrega al trabajo, no tardó en demostrarles su valía. Una noche, sin embargo, oyó cómo dos de ellos hablaban de él. «Es un buen muchacho, tenemos que convertirlo a nuestra fe». Como había observado Haxthausen, los *skoptsi* «se dedicaban con entusiasmo a aumentar el número de conversos a sus doctrinas, y a practicar la susodicha operación a sus discípulos». Purlevski se había dado cuenta de que las con-

versiones forzadas no eran en absoluto un hecho excepcional. Aterrorizado, volvió a huir, esta vez hacia el oeste, y recorrió casi mil kilómetros antes de llegar al Danubio, donde se unió a otro grupo de exiliados rusos sectarios, con los que estuvo otros dos años trabajando en la industria pesquera. En 1834, sin embargo, se enteró de que el zar Nicolás I había concedido una amnistía a los siervos fugitivos, y se puso camino de Odesa —ciudad situada a unos 1.300 kilómetros al este y en la que se le permitía instalarse legalmente—, donde comenzó a trabajar de camarero en un bar. En poco tiempo ya se había convertido en encargado del establecimiento, y más tarde, con la ayuda de un cliente habitual, empezó su actividad en el sector del comercio del azúcar y recuperó el contacto con su familia en Velikoe. En 1856 ya había ahorrado lo suficiente para comprar la libertad de su hijo. Falleció en 1868. En general, la vida de Purlevski fue afortunada, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un siervo. Su aldea era una localidad próspera, pues, al igual que muchas otras de Rusia central, donde la agricultura no estaba tan intensivamente desarrollada como en otras regiones, fue convirtiéndose paulatinamente en un centro industrial gracias a su actividad en el sector de la producción y el comercio textil. La naturaleza de la economía de la aldea comportaba que los siervos tuvieran que viajar con frecuencia por negocios, poseyeran un grado considerable de libertad de acción y no pudieran ser considerados gente atrasada o aislada del mundo exterior. No tenían dificultades para reivindicar sus derechos cuando estos se veían amenazados, aunque no siempre lograran lo que querían. No obstante, estos desarrollos iban minando poco a poco la institución de la servidumbre. Purlevski consideraba la condición de siervo dura y gravosa en términos económicos, pero, lo que es más importante, se resentía amargamente de las humillaciones e injusticias que comportaba, hasta tal punto que al final optó por escapar de ella para siempre.

En tiempos de Purlevski, en la Rusia europea vivía la inmensa mayoría de los siervos que había en el continente. En muchas regiones del oeste y del centro de Europa la institución formal de la servidumbre había dejado de existir debido al impacto igualitario de la Revolución Francesa de 1789, como por ejemplo había ocurrido en Baden, Baviera, Francia, los Países Bajos, Schleswig-Holstein, la Pomerania sueca y Suiza. En Wurtemberg, y en Letonia y Estonia, fue abolida en 1817. Pero en otras zonas siguió vigente, incluidos los reinos de Hannover y Sajonia —donde su abolición no llegó hasta comienzos de la década de 1830—, Austria, Croacia y Hungría, Prusia —donde siguió, aunque en una forma ya muy debilitada, hasta 1848 o poco después, tras la retirada en 1816 de unas reformas más radicales introducidas cinco años antes—, y Rusia y Polonia, donde siguió vigente hasta la década de 1860. En Bulgaria, la servidumbre no fue abrogada en la práctica hasta 1880, y en la lejana Islandia, donde aproximadamente una cuarta parte de la población trabajaba en realidad como sierva, duró hasta que en 1894 se derogó formalmente una normativa legal que obligaba a todo aquel que no poseyera tierras a trabajar al servicio de un granjero. Solo en Bosnia, arrebatada por los austrohúngaros a los otomanos en 1878, y formalmente anexionada en 1908, la servidumbre mantuvo su vigencia hasta la primera guerra mundial; los siervos podían comprar su libertad, pero el precio a pagar era muy elevado, de modo que solo 41.500 habían podido hacerlo cuando estalló la Gran Guerra. El resentimiento popular en las zonas rurales de Bosnia por esta imposibilidad de poner fin a la práctica de la servidumbre fue nutriendo un sentimiento de odio y rencor que se manifestaría dramáticamente en 1914. Durante su proceso por el asesinato del archiduque Francisco Fernando (1863-1914), heredero a la corona de Austria-Hungría, el joven serbobosnio Gavrilo Princip (1894-1918) hizo la siguiente declaración: «He visto cómo se sumía a nuestro pueblo cada vez más en la miseria. Soy hijo de campesinos y sé qué está pasando en las aldeas. Por eso quise

vengarme, y no me arrepiento de nada». Ni que decir tiene que la práctica de la servidumbre ensombreció buena parte de la Europa del siglo XIX y comienzos del XX.

Los siervos no eran esclavos (aunque hubo esclavos en Europa, entre los que destacaron los gitanos de Rumanía, que eran tratados como bienes muebles, y comprados y vendidos en los mercados, hasta que fueron emancipados por la Iglesia y el Estado en la década de 1840, y por el conjunto del país en 1848); los siervos tenían derechos y también obligaciones. Pero carecían de libertad de acción. Como la servidumbre había evolucionado gradualmente a lo largo de los siglos, y su práctica dependía de las costumbres locales o regionales, desarrolló un sinfín de variantes, razón por la cual resulta difícil generalizar cuando se habla de su funcionamiento. Fundamentalmente, sin embargo, obligaba al campesino a efectuar determinadas labores sin recibir remuneración, o a trabajar un número específico de días a la semana, en la finca del aristócrata terrateniente local, el señor, y a llevar a cabo tareas concretas, como, por ejemplo, ayudar en las cacerías, reparar los edificios del señor, entregar mensajes en su nombre y encargarse de otros trabajos menores. La esposa del siervo probablemente tuviera que tejer para el señor y su familia o hacer pequeñas labores manuales, y sus hijos tal vez se vieran obligados a vigilar las ovejas o cabras del amo, o a prestar servicio en la casa solariega. En algunas zonas, a todas esas obligaciones se añadían otras impuestas por el Estado, que podía requerir que los siervos se encargaran del buen mantenimiento de carreteras y puentes, pagaran onerosos impuestos, proporcionaran caballos a los mensajeros o que los varones jóvenes de la familia prestaran servicio militar. En algunos sitios, como la aldea de Velikoe, este tipo de obligaciones habían sido conmutadas por el pago de una renta anual, pero este hecho no libraba a los siervos del deber de hacer ciertas cosas, como, por ejemplo, trabajar en la fábrica textil, obedecer los mandatos del administrador en lo concerniente a quién tenía que casarse con quién, o aceptar con

resignación los castigos físicos si el señor o el administrador consideraban terca y obstinada su actitud. Fuera cual fuese la naturaleza de sus obligaciones, lo cierto es que su condición servil siempre estaba perfectamente clara.

Para la mayoría de los siervos, el trabajo en la finca del señor solía incluir la provisión de animales de tiro para arrastrar el arado, pero también podía comportar ciertas tareas, como, por ejemplo, la trilla y el aventamiento, y también la recogida de las cosechas. La cantidad de trabajo iba asociada normalmente a la cantidad de tierra concedida al campesino. Así pues, en Lituania, por ejemplo, donde las parcelas de los campesinos se habían ido dividiendo durante décadas, un granjero con un cuarto de terreno solía estar obligado a proporcionar al señor dos trabajadores, un varón y una mujer, durante tres días a la semana cada uno, en jornadas que empezaban al amanecer y se prolongaban hasta el anochecer. Esta norma de los tres días también era la habitual en Rusia, gracias a una disposición dictada por el zar Pablo en 1797. A menudo, el siervo tenía que proveer al señor de ciertos productos, como, por ejemplo, huevos, leche, nueces u hortalizas. En Europa occidental, donde las parcelas de los campesinos pasaban normalmente de padres a hijos y el trabajo forzoso había sido conmutado en muchos casos por el pago de una suma de dinero, con frecuencia el siervo tenía que abonar al señor una cantidad de dinero en efectivo, o su equivalente en especie, cuando transfería la titularidad de su parcela mediante una venta o la traspasaba a sus herederos. Además, estaba obligado a pagar un diezmo, normalmente en forma de productos, al señor y al párroco local. A lo largo y ancho de prácticamente toda Europa oriental, un campesino necesitaba el permiso de su señor para marchar de la aldea y debía pagar una tasa si se trasladaba (y si incumplía esta obligación, corría el peligro de convertirse, como Purlevski, en un «siervo fugitivo»).

Juntas, todas estas obligaciones podían suponer una pesadísima carga para el campesino y su familia. En la década de 1840,

por ejemplo, una familia campesina numerosa de la Silesia austríaca que poseyera unas diecisiete hectáreas de tierra estaba obligada a proporcionar al señor una prestación de trabajo regular con dos animales de tiro durante ciento cuarenta y cuatro días al año; además, debía efectuar para él trabajos manuales durante veintiocho días, ayudarlo en sus actividades cinegéticas durante tres días y cuidar sus ovejas o sus reses durante dos días. Por otro lado, la familia también tenía que proporcionarle 27,5 metros cúbicos de madera, una gran cantidad de hilados, sesenta huevos, seis gallinas y un ganso. El impuesto anual por la parcela de tierra de la familia ascendía a unos veintitrés florines, y había otros pagos adicionales y diezmos que suponían un gasto de quince florines más. Se calculaba que en el imperio de los Habsburgo el granjero-siervo medio entregaba el 17 % de sus ingresos al Estado y el 24 % al señor en dinero, trabajo o especie, esto es, más de un 40 % en total. Esta circunstancia hacía que le quedara muy poco para mantener a su familia incluso en los años buenos, y prácticamente nada para poder mejorar en la vida; pues todas esas obligaciones impedían que durante buena parte de la semana el campesino y su familia pudieran trabajar en su granja, una tarea que era esencial para su supervivencia, y los privaba de unos ingresos que habrían podido ganar vendiendo sus propios productos si hubieran tenido la libertad para hacerlo. La facultad de los siervos para elegir su destino se veía muy limitada por los numerosos derechos y monopolios que tenían los señores. En muchas regiones de Europa, a los siervos solo se les permitía comprar productos como la sal, el tabaco, los arenques o el alcohol a sus señores, y estaban obligados por la ley y las costumbres a llevar su grano al molino del señor para convertirlo en harina. Únicamente los señores podían cazar, privilegio que no solo impedía el acceso del campesino a una fuente de alimentos y de vestuario importante, sino que también provocaba un grave daño a sus cosechas. Los ciervos y los jabalíes podían recorrer sus campos con total libertad, y las partidas de

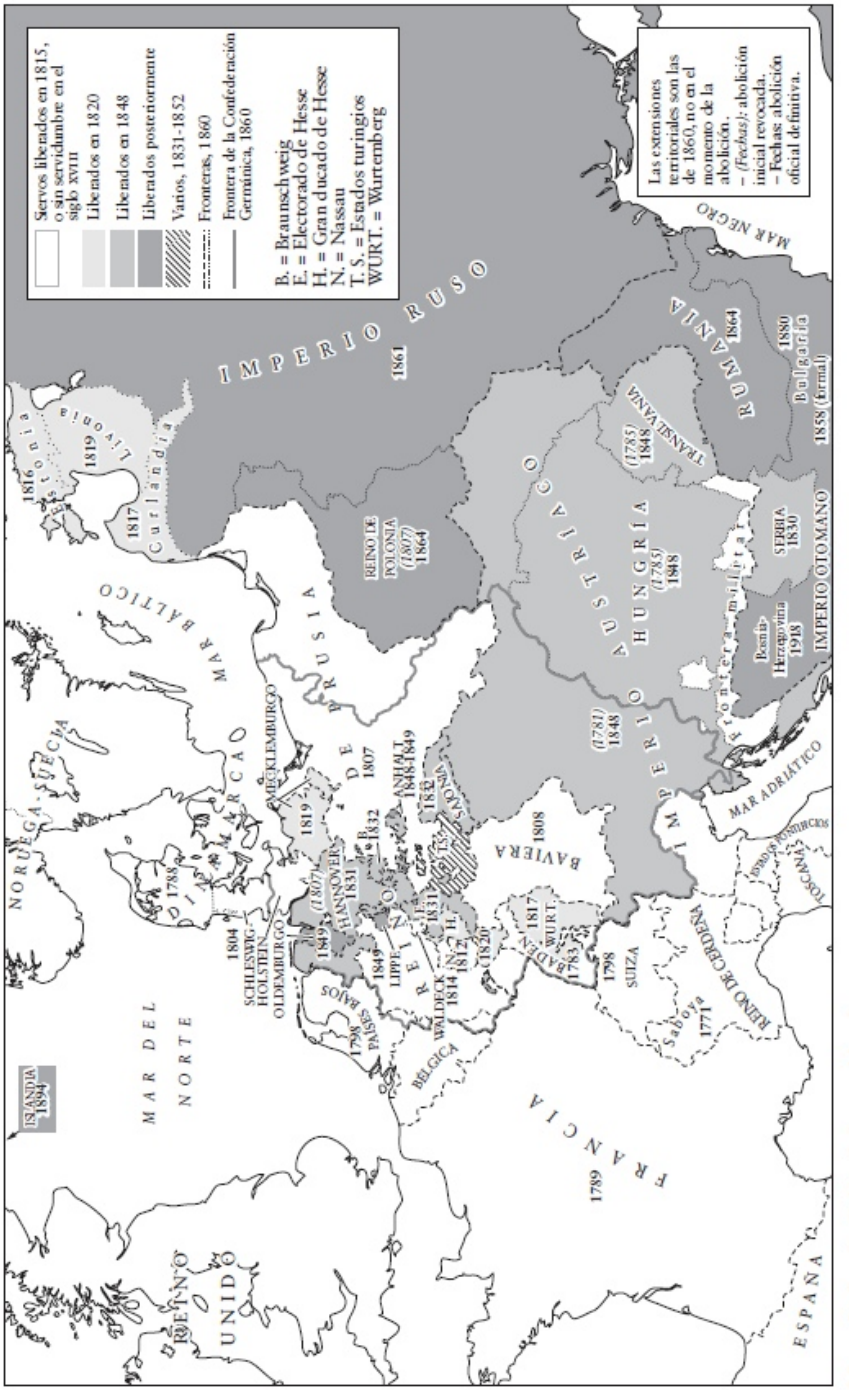
caza de los nobles atravesaban esas tierras cultivadas cuando perseguían a su presa, pisoteando las cosechas en el proceso. En algunas zonas, los campesinos no tenían permiso para vallar sus tierras de cultivo porque las estacas de madera podían herir al animal en su huida y obstaculizaban el paso a los grupos de cazadores; estaban obligados a dar de comer a los perros del señor y a tener a los suyos encadenados por si se les ocurría ir tras la presa. Solo los señores podían poseer palomas, que causaban aún más daños a las cosechas de los campesinos, y solían tener el monopolio de los derechos de pesca en los ríos y arroyos locales.

La aplicación de esos derechos y restricciones era controlada en buena parte de Europa por un tribunal en el que era el propio señor del lugar el que se encargaba de juzgar a sus súbditos díscolos. Los poderes de este tipo de tribunales estaban garantizados por el Estado; y se encargaban de hacer efectivas sus decisiones los agentes del orden al servicio del señor, en otras palabras, los propios criados del señor. Los campesinos que eran sorprendidos poniendo trampas para cazar o disparando contra algún ave, o que no pagaban lo requerido, podían ser conducidos ante los tribunales para ser castigados. Muchos señores contaban con sus propias cárceles o estaban facultados para administrar castigos corporales, normalmente con el látigo, pero los casos que revestían mayor gravedad debían ser trasladados a un tribunal superior del Estado, y la mayoría de los estados, como, por ejemplo, Rusia, imponían restricciones en el grado de punición que podía ser ordenado. El poder de estos tribunales no era ilimitado, sino que dependía de la ley estatal. Muchos señores recurrían a un abogado experimentado o a un juez para que presidiera el tribunal, y el marco de la legalidad permitía también que el campesino pudiera iniciar un pleito contra el señor si sus exacciones excedían lo permitido. De hecho, la intrusión cada vez mayor de la ley del Estado en el sistema de justicia señorial llevó a los terratenientes con menos recursos a traspasar sus po-

deres judiciales a los propietarios de grandes fincas vecinas, o a sugerir la abolición definitiva de la justicia señorial, como ocurrió en la Baja Austria en 1833. Sin embargo, incluso en los lugares en los que los campesinos llevaban sus casos a los tribunales, tenían una clara desventaja en un sistema que en buena parte de Europa se caracterizaba por una corrupción generalizada y una falta de igualdad. «¿Cómo puede esperarse que el campesino logre que se haga justicia —comentaría en la década de 1840 un acaudalado terrateniente ruso a un viajero—, si solo obsequia al juez con un huevo cuando nosotros le damos un rublo de plata?». La servidumbre, por supuesto, tenía dos caras como una moneda. La ley y la práctica tradicional exigían que el señor cubriera las necesidades de sus siervos en períodos de crisis, se encargara de los enfermos, los ancianos y los débiles de mente si sus familias no podían cuidarlos y diera de comer a los siervos y sus animales de tiro mientras estuvieran trabajando para él. En muchas regiones, los siervos tenían el derecho de llevar a sus animales a pacer en los pastos del señor, de recoger lo que quedara en sus campos de cultivo después de la recolección, de conducir a sus cerdos a hozar en los bosques del amo y de obtener en ellos la madera que necesitaran. Por lo general, el señor, a su vez, tenía derecho a llevar sus animales a pacer a las tierras de propiedad comunal y a utilizar los bosques de la comunidad.

Además de estar enredados en un entramado de derechos y deberes, los siervos podían ser comprados y vendidos junto con la tierra que arrendaban o poseían. Si el señor vendía una finca, los siervos pasaban a entrar al servicio del nuevo propietario. El Estado solía aprobar tácitamente la práctica de vender siervos sin desprenderse de tierras, como implicaba una ley rusa que prohibió la utilización del martillo en las subastas públicas de siervos, o una normativa de 1841 que ilegalizó la costumbre de vender por separado progenitores e hijos solteros. En Rusia, los siervos no eran solamente simple mano de obra para el campo; poco a poco comenzaron a formar parte del servicio doméstico

de la casa señorial, ya fuera como lacayos, cocheros, cocineros, etcétera. Piotr Alexéyevich Kropotkin (1842-1921), aristócrata que abrazó el anarquismo, comentaría que su padre había poseído 1.200 siervos a mediados del siglo XIX: «Cincuenta siervos en Moscú, y aproximadamente sesenta en el campo no parecían demasiados… Lo que más deseaba un terrateniente era tener todas sus necesidades cubiertas por sus propios siervos… de modo que si un huésped comentaba "¡Qué piano tan bien afinado!" y luego preguntaba "¿Lo afina Schimmel?", el terrateniente pudiera responder "Tengo a mi propio afinador de pianos"». No obstante, incluso los siervos instruidos podían ser comprados y vendidos, y a veces cambiar de dueño tras ser perdidos en una mesa de juego de Moscú o San Petersburgo. Para los siervos como Purlevski, hombre instruido que ejercía actividades administrativas, pero que vivía con un miedo constante a sufrir en sus carnes los golpes del látigo, y también para otros que estaban mucho peor que él, la humillación que suponía pertenecer a alguien constituía uno de los aspectos más nefastos del sistema servil.



MAPA 3. La abolición de la servidumbre.

Durante un período de tiempo confluyeron diversas presiones para poner fin a la servidumbre. La primera y más importante de ellas fue la provocada por el creciente descontento de los propios siervos, para los que, especialmente en épocas de penuria, las exacciones impuestas resultaban insufribles. En muchas zonas, los oficiales comenzaron a expresar su temor ante la posibilidad de que los soldados de origen campesino, que regresaban al hogar después de luchar contra Napoleón, se levantaran en armas contra los terratenientes. En Rusia, los historiadores han contado casi dos mil sublevaciones campesinas violentas entre 1826 y 1840; insurrecciones que en 381 casos requirieron la actuación de las tropas para restaurar el orden. El número de sublevaciones aumentó espectacularmente tras la guerra de Crimea (1854-1856), cuando los siervos empezaron a anticipar una ley de emancipación, y los tumultos se extendieron rápidamente entre 1857 y 1861, siendo necesaria la intervención del ejército en 903 ocasiones. Incluso en zonas en las que la servidumbre había sido formalmente abolida, como en la Estonia rusa en 1816, ciertas obligaciones todavía en práctica que requerían la provisión de mano de obra no remunerada en ocasiones específicas podían seguir suscitando sentimientos de rencor; en 1858, una gran revuelta en una finca próxima a Tallin acabó creando un ejército de ochocientos campesinos en lucha contra tropas regulares. El enfrentamiento se saldó con muertos y heridos, y con un proceso en masa en el que muchísimos campesinos fueron condenados a muerte o al exilio siberiano por el tribunal. Las revueltas de los siervos adoptaron formas distintas. En su nivel más básico, podían comportar que los campesinos asumieran el control de sus asuntos cotidianos, como en 1834, cuando los habitantes de cuatro aldeas de la Baja Austria sacaron los rebaños de su señor de los pastos comunales y se mostraron inflexibles en su postura hasta que llegaron los soldados para hacer valer los derechos de pasto del señor en cuestión. La resistencia campesina también podía expresarse de una manera más prosaica,

ateniéndose a la legalidad. En Silesia, en la década de 1830, los señores se quejaban de que los campesinos enviaban a su hijo más pequeño, a menudo un niño, a prestar los servicios debidos, mientras que en Austria se demoraban en los pagos, mandaban pollos de carne fibrosa, huevos podridos y miel enmohecida, hacían las faenas con lentitud y a regañadientes y, en algunas zonas, utilizaban un caballo especialmente viejo y decrépito para trabajar en las tierras solariegas. En Polonia y en Rusia, cuando un siervo decidía tomarse su tiempo para efectuar una tarea, decía que iba a «trabajar como se trabaja en las tierras del señor». Por otro lado, cada vez eran más los siervos que, como Savva Purlevski, abandonaban su aldea y huían a las ciudades o a las regiones en las que podían ocultar su condición servil y encontrar trabajo como individuos libres. Un informe de 1856 calculaba que desde 1832 más de cien mil familias campesinas rumanas de condición servil habían abandonado su hogar para dirigirse a Bulgaria, Serbia y Transilvania en busca de libertad. En la década de 1860 se contaba que alrededor de trescientos mil siervos rusos y ucranianos fugitivos se habían instalado en Besarabia, donde la servidumbre había sido abolida hacía poco tiempo.

Pero algunas protestas de los siervos fueron mucho más violentas, y mucho más peligrosas a ojos de las autoridades. Cuando el zar de Rusia Nicolás I implantó un sistema oficial y legal de servidumbre en los principados danubianos a través de los llamados Estatutos Orgánicos de julio de 1831, a los colonos rurales húngaros, enfurecidos porque los privilegios que les habían sido prometidos quedaban abolidos, se les unieron los siervos rumanos en una sublevación armada de más de sesenta mil campesinos. Los regimientos cosacos no tardaron en llegar a la zona para detener a los cabecillas y enviarlos a trabajar a las minas de sal de Siberia. Otros muchos insurgentes fueron castigados a recibir cincuenta golpes de porra. Pero, como resultaba cada vez más evidente, la represión no era el medio adecuado para solucionar el problema. «He observado atentamente el ánimo de las

clases campesinas y, en general, el de los estamentos más bajos de la población —escribía un inspector ruso en 1832—, y he percibido un cambio enorme en su actitud. Ahora son individuos más descarados, más independientes, menos sumisos y, al mismo tiempo, más pobres. En contraste con lo que ocurría antes, han dejado de mostrar respeto por los oficiales y los representantes de la autoridad establecida». El hijo y sucesor de Nicolás, Alejandro II (1818-1881), llegó a unas conclusiones muy radicales tras analizar el comportamiento, cada vez más obstinado, de los siervos: «Es preferible abolir la servidumbre desde arriba —declaró en 1856— que esperar hasta que los siervos empiecen a liberarse ellos mismos desde abajo». Ese año, la derrota en la guerra de Crimea hizo que el emperador se decantara por emprender una reforma general del estado ruso y la sociedad rusa. El comandante militar durante la etapa final del conflicto bélico, el príncipe Mijaíl Gorchakov (1793-1861), había recomendado la emancipación como medio para conseguir una mayor lealtad y entrega de los soldados, cuya abrumadora mayoría eran siervos reclutados. «En primer lugar —se cuenta que dijo—, debemos emancipar a los siervos, pues aquí está el meollo de todos los males de Rusia». Pero en Europa estaban desarrollándose también otros procesos más a largo plazo con el objetivo de acabar con la servidumbre. Muchos terratenientes, que buscaban mejorar el sistema, consideraban que las ineficiencias de la mano de obra servil obstaculizaban las reformas agrarias. Las obligaciones de los siervos, indicaba al año siguiente la declaración de la emancipación en Sajonia, «dificultan el libre desarrollo de la actividad agrícola y perjudican una de las fuentes principales de la riqueza nacional». La pesada carga que suponían dichas obligaciones impedía que los campesinos invirtieran en métodos y materiales mejores, del mismo modo que la dependencia forzosa de los señores de una mano de obra servil incompetente y los ingresos fáciles fruto de las obligaciones de los siervos los hacía reacios a introducir mejoras en las normas de trabajo. El sistema

de campo abierto, que dividía las grandes extensiones de tierra en parcelas, cada una de ellas trabajada por una familia campesina, imposibilitaba prácticamente que pudieran aparecer economías de escala mediante una consolidación de las fincas. Los siervos no podían invertir en animales de mayor calidad y tampoco podían permitirse el uso de fertilizantes. Los terratenientes que querían mejorar la situación y confiaban en poder imitar los logros obtenidos por los ingleses con su «revolución agraria» se sentían cada vez más frustrados.

También pudieron desempeñar un papel en todo ello diversos factores internacionales. Así pues, por ejemplo, el tratado de París que puso fin a la guerra de Crimea en 1856 dio lugar a la emancipación de los siervos de los principados danubianos, fundamentalmente porque Gran Bretaña y Francia querían una nación viable —Rumanía, creada por la unificación de los dos principados en 1858— que actuara como estado «colchón» frente al expansionismo ruso. Las objeciones de los señores tuvieron que ser ignoradas en 1858 por una convención internacional que requería la promulgación de leyes para acabar con la servidumbre, y suscitar así entre todos los rumanos un interés por el futuro de su país. Para acabar definitivamente con la oposición de los terratenientes, el nuevo soberano, elegido por las asambleas convocadas en los dos principados, se hizo con el poder absoluto en 1864 y emitió inmediatamente un decreto de emancipación, cimentando de paso su dominio sobre la nobleza y cumpliendo también los deseos de la comunidad internacional. Aunque el final de la servidumbre y la introducción de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley fueran dos de las principales exigencias de los liberales durante la primera mitad del siglo XIX, lo cierto es que para los gobiernos conservadores cimentar la lealtad del campesinado se convirtió en un instrumento importantísimo en su batalla por prevenir el ascenso al poder de los liberales. En general, se tenía la idea, aunque bastante equivocada, de que los campesinos eran conservadores, piadosos, monárquicos,

antiliberales y anticapitalistas, y que se erigirían en el último baluarte del orden ante al avance de los liberales. Así pues, el hecho de acceder a sus demandas y poner fin a la servidumbre podía ser considerado un factor vital para preservar el orden político existente, de modo que había fuerzas políticas de muchos tipos dispuestas a actuar a favor de la emancipación.

En todas partes, la abolición de la servidumbre se convirtió en objeto de complejas maniobras políticas entre los principales grupos interesados. Los propios siervos raras veces eran consultados formalmente, pero los legisladores sabían muy bien que si los términos en los que fueran liberados resultaban demasiado restrictivos, probablemente estallarían revueltas populares. Con frecuencia, la ascensión al poder de un nuevo monarca o un nuevo gobierno supuso una buena oportunidad para introducir la reforma, como ocurrió cuando Alejandro II de Rusia pasó a ocupar el trono, aunque también sucedió lo mismo con monarcas de menor relevancia como el rey Federico Augusto de Sajonia (1797-1854). Su nombramiento en 1830 como cogobernante junto con su anciano tío, el soberano reinante, dio lugar a importantes reformas agrarias. Por otro lado, en Hannover, los levantamientos revolucionarios de 1830-1831 impulsaron a un nuevo gobierno a introducir una serie de cambios radicales en el sistema de la servidumbre, y lo mismo ocurrió en Hesse-Kassel. La revolución, como sugieren estos ejemplos, también podía hacer que se pasara a la acción. En 1848, en buena parte de Europa, los deberes y obligaciones feudales aún vigentes fueron abolidos por legislaturas revolucionarias con unas disposiciones que, posteriormente, las autoridades estatales tradicionales no tuvieron problema en ratificar. Hombres como el emperador Francisco José I de Habsburgo (1830-1916) y sus consejeros consideraron, en efecto, que la abolición era un hecho inevitable y se mostraron, en general, convencidos de sus ventajas para el Estado.

La abolición de la servidumbre comportaba normalmente la utilización de unos instrumentos legales de enorme complejidad,

que se habían hecho mucho más enrevesados por culpa de las medidas adoptadas anteriormente —en el siglo XVIII y comienzos del XIX— por los monarcas ilustrados para hacer más llevaderas las obligaciones serviles. El edicto prusiano de 2 de marzo de 1850, que acabó finalmente con los últimos vestigios de la servidumbre en el reino, especificaba en un listado las treinta y tres leyes anteriores, sancionadas entre 1811 y 1849, a las que venía a sustituir. Con frases grandilocuentes, declaraba que los campesinos eran hombres libres, para luego exponer un laberinto de detalles técnicos legales que a menudo condicionaban enormemente el principio en el que se basaba la legislación. La declaración revolucionaria de la abolición en Hungría de fecha 11 de abril de 1848 tuvo que ser complementada durante los cinco años siguientes con una serie de disposiciones específicas para hacer efectiva dicha abolición en cada una de sus comarcas por separado. Entre el anuncio de la medida y su aplicación en la práctica solía transcurrir un espacio de tiempo suficiente para que los señores y el gobierno defendieran sus posiciones en una serie de duras negociaciones. En este sentido, la cuestión fundamental no era otra que el grado de compensación con el que se pensaba resarcir a los terratenientes de la pérdida de las obligaciones y los servicios de los campesinos. En Hungría, por ejemplo, al igual que en muchos otros lugares de Europa, el decreto revolucionario original puso fin a la servidumbre sin contemplar compensación alguna para los señores, pero cuando la medida se hizo efectiva, la compensación ya se había convertido en un factor fundamental del acuerdo.

En la mayoría de los sitios, los señores no eran indemnizados por la pérdida de unos privilegios propios de la nobleza que derivaban de la condición servil de los campesinos, como, por ejemplo, la jurisdicción señorial, pues todos los siervos eran declarados individuos libres. Derechos como la libertad de movimiento, heredar, trabajo, etcétera, también se concedían sin que supusiera coste alguno. Pero para alcanzar un acuerdo había que

compensar a los señores por la pérdida de unos servicios laborales, de unos pagos en especie y de otras obligaciones que los siervos habían cumplido hasta entonces. Los funcionarios rebuscaron en los archivos y presentaron unos complejos cálculos de lo que todo eso significaba en términos monetarios. En Austria, el precio de la mano de obra servil quedó fijado en un tercio de lo que se pagaba por la labor de un jornalero, lo cual pone claramente en evidencia que se consideraba que los siervos se esforzaban muy poco en su trabajo. Además, se deducía un tercio para compensar el dinero que los señores se habían gastado para administrar el sistema servil. En ciertos lugares, como, por ejemplo, Wurtemberg, Baden, Rumanía o Austria, el Estado ayudaba a los campesinos a satisfacer los pagos de su rescate, llegando incluso a encargarse totalmente de ellos en Hungría y Bucovina, regiones ambas bajo el dominio de los Habsburgo. Normalmente, sin embargo, los antiguos siervos debían soportar ellos solos estas cargas. En Rumanía, podían pagar a plazos durante un período máximo de quince años, en Sajonia de veinticinco y en Rusia de cuarenta y nueve, de modo que, en virtud del edicto de emancipación de 1861, no estaba previsto que las deudas contraídas con las autoridades zaristas quedaran saldadas en su totalidad hasta el año 1910. A menudo se creaban bancos especiales para encargarse de los pagos, especialmente en los estados germánicos. Los convenios para la distribución de la tierra fueron igualmente importantes. Como principio general, el acuerdo de emancipación permitía a los campesinos que continuaran trabajando la tierra que habían estado ocupando antes de la liberación, pero sería inevitable que la manera de hacer efectiva esta medida cambiara de un lugar a otro. En un extremo se encontraba Rumanía, donde los señores podían quedarse con las mejores tierras siempre y cuando compensaran por ello a los campesinos, cediéndoles en otro lugar la misma extensión de terreno —normalmente menos fértil— que incluso podía estar dividida en pequeñas parcelas situadas a kilómetros de distancia. En el otro

estaba Polonia, donde la hostilidad del gobierno ruso hacia la nobleza de la región añadió a la parte de los campesinos una extensión equivalente a más de 202.000 hectáreas, o lo que es lo mismo, el 8 % de todo el territorio del Zarato de Polonia (o Polonia del Congreso).

Una situación más difícil tuvieron que afrontar los numerosos siervos que carecían de tierras, incluido el millón y medio de siervos rusos dedicados al cuidado de las grandes fincas. Preocupados por la posibilidad de que se produjeran tumultos entre aldeanos, pequeños propietarios y campesinos sin tierras, los administradores rusos del Zarato de Polonia distribuyeron 130.000 parcelas propiedad del gobierno entre esa gente. De manera análoga, en Rumanía, la corona, en su determinación por crear un campesinado leal que hiciera de contrapeso a la nobleza, prometió tierras a todos los antiguos siervos, aunque esta promesa nunca llegaría a cumplirse plenamente. En Rusia, a los siervos que ocupaban tierras estatales se les concedió una titularidad limitada, que más tarde se convirtió en propiedad de pleno dominio a cambio de un pago en concepto de rescate que podía satisfacerse a plazos, con unas cuotas anuales que se prolongaban hasta 1931. En algunas zonas de Alemania, los campesinos seguían efectuando pagos en concepto de rescate de sus tierras a comienzos de la década de 1920. En la práctica, los pagos en forma de renta a veces apenas se diferenciaban de las obligaciones feudales, como ocurría en Dinamarca, donde la servidumbre había sido abolida en el siglo XVIII, pero los pagos en concepto de rescate seguían suponiendo una pesada carga para el campesinado durante buena parte de la primera mitad del siglo XIX. Si un terrateniente prefería el pago en trabajo en vez de dinero, solía resultarle muy fácil ver cumplidos sus deseos.

El alcance de estas medidas fue muy grande. En la Prusia del este del Elba, 480.000 campesinos se convirtieron en propietarios libres a raíz de la promulgación de los edictos de emancipación de comienzos del siglo XIX. Incluso en un país pequeño como Ru-

manía, más de 400.000 campesinos recibieron la titularidad de sus tierras, y a otras 51.000 familias se les concedió una parcela del tamaño suficiente para construir una casa y tener un huerto. En Polonia, casi 700.000 campesinos se convirtieron en propietarios. En las provincias germánicas y eslavas del Imperio Austrohúngaro, la emancipación supuso que más de 2,5 millones de familias campesinas tuvieran que indemnizar a unos 55.000 terratenientes por la pérdida de 39 millones de días de trabajo sin animales y 30.000 con ellos, y de más de 10 millones de florines de rentas y diezmos anuales y de un pago en especie de casi 4 millones de celemines de distintos productos. En Rusia, la emancipación fue incluso más colosal en sus efectos, con unos 10 millones de campesinos de fincas privadas convertidos en titulares de casi 40,5 millones de hectáreas, aparte de las medidas similares ya puestas en marcha para el número aún mayor de siervos que residían en tierras estatales. Al margen de todo lo expuesto, cabe indicar que las medidas se hicieron efectivas en todas partes con relativa rapidez y sin apenas incidencias. En un principio, se trató del acto de emancipación y reforma más importante que vivió Europa durante todo el siglo XIX. A los integrantes de una clase social numerosísima, hasta entonces ligados a la tierra en una forma de servidumbre neofeudal, se les había liberado de sus cadenas y les habían sido concedidos los mismos derechos de los que disfrutaba cualquier otro ciudadano. Se había puesto punto final a las distinciones sociales ya prescritas legalmente. La idea que vinculaba estatus social y privilegios, tan incrustada en la sociedad, había sido barrida, y en aquellos momentos cualquier varón adulto era prácticamente en todos los sentidos igual ante la ley y libre para disponer de su persona y de sus bienes. Habían pasado a la historia los últimos vestigios legales significativos de la sociedad del ordenamiento social combatido por la Revolución Francesa de 1789.

Ganadores y perdedores

¿Quién ganó más con la emancipación de los siervos? ¿Y qué efectos tuvo la medida en general? En buena parte dependió de los términos en los que la tierra fue redistribuida y del nivel de las compensaciones. Los señores perdieron sus derechos exclusivos de caza y pesca, y ya no pudieron cazar en las tierras de otras gentes. Se puso fin a sus monopolios, aunque en el imperio de los Habsburgo se les siguió reconociendo un único derecho exclusivo, a saber, el de destilar y vender licores, hasta finales de la década de 1860. El estatus feudal de los señores quedó derogado, pero no la deferencia social que iba asociada a su condición. En Prusia, las leyes aprobadas en 1872 y 1891 acabaron definitivamente con los poderes patrimoniales y formales, de carácter jurídico y policial, que aún conservaban los señores, aunque normalmente siguieron ocupando la posición de administrador local (*Landrat*), de modo que en la práctica podían ejercer unos poderes similares en nombre del Estado. Este poder fue particularmente significativo en Prusia Oriental y en las tierras tradicionales de los nobles *Junker* situadas al sur del Báltico. En las tierras de la nobleza germánica báltica —pertenecientes al imperio ruso, pero en gran medida autónomas—, la justicia señorial siguió vigente durante aún más tiempo, aunque en una forma diluida. Pero, en general, lo cierto es que la emancipación vino a completar el proceso de la revocación a los señores de una serie de derechos de naturaleza jurídica. En algunas zonas de Europa, el poder judicial fue transferido en parte a los consejos municipales o a los tribunales locales, como ocurrió en Austria (a partir de 1862), Rusia, Sajonia y Suiza. Si hasta entonces un señor había impartido directamente su justicia, en aquellos momentos tenía que pasar por un complejo proceso para poder aplicar la ley. Como observaría un secretario judicial de Königsberg, anteriormente, cuando un campesino había sido atrapado robando fruta de los huertos del señor,

> ... el señor conducía a unos cuantos hombres suyos hasta el huerto del campesino para que se llevaran todos los frutos que hubiera en los árboles. Las lágrimas de la esposa y los hijos del campesino no conseguían ablandar su cora-

zón, y arramblaba con el triple de frutos que los que había perdido, y su acción recibía el apoyo unánime de los demás señores.

A partir de aquellos momentos, este hecho sería considerado por el Estado una violación de la ley. «El noble —se quejaba un aristócrata austríaco—, con treinta y dos o sesenta y cuatro antepasados, debe doblegarse ante ese vulgar consejo municipal... El campesino ignorante, que a menudo no sabe ni escribir... se convierte en el superior de su instruido y acaudalado señor».

Como deja entrever este comentario lleno de indignación, muchos señores se oponían rotundamente a la emancipación por muchos y diversos motivos. Los oficiales rusos de origen aristocrático se quejaban amargamente de lo que consideraban un aumento desastroso de delitos y de caos en las zonas rurales. «En otros tiempos —declararía un alguacil de la nobleza—, los propietarios de las fincas supervisaban la moralidad de sus campesinos, y por lo tanto... se mantenía el orden legal. Pero ahora —continuaba diciendo—, nuestros campesinos —o al menos el 99% de ellos— no se dan cuenta de que una persona tiene la obligación de ser honesta y de reconocer su deber de acatar las órdenes gubernamentales y conducir una vida familiar patriarcal». El príncipe Alfred zu Windischgrätz (1787-1862), gran terrateniente y una de las principales figuras militares del Imperio Austrohúngaro, se quejó al emperador Francisco José por la emancipación de 1850. «Ni el comunista más destacado —dijo— se ha atrevido aún a pedir lo que el gobierno de Vuestra Majestad ha llevado a término». Posturas tan extremas como esta eran menos habituales en zonas en las que los grandes terratenientes ya cultivaban los campos para obtener un beneficio económico. En las llanuras de Hungría, los hacendados solían invertir su compensación monetaria en mejoras agrícolas y vender todos sus productos en el mercado. En Austria y Bohemia, los grandes terratenientes, ante la llegada de grandes cantidades de cereal barato procedente de Hungría, optaron por el cultivo industrial de productos como la remolacha azucarera, y se olvidaron de las tierras marginales poco aprovechables. En Francia, la expropia-

ción de tierras de la nobleza y la Iglesia y la emancipación de los siervos a finales del siglo XVIII supusieron que en las décadas posteriores a 1790 los pequeños granjeros aumentaran en más de un 50%. En el norte de Italia, en las llanuras de los alrededores de Bolonia, el final del feudalismo que trajo la Revolución Francesa redujo la cantidad de tierras en posesión de los nobles, que pasó de representar el 78% del total en 1789 al 51 % en 1835, buena parte de ellas adquiridas no por campesinos, sino por emprendedores de clase media ansiosos de participar en las ganancias de una región agrícola sumamente fructífera. En cambio, en Sicilia, el 90 % de las tierras siguió estando en manos de la aristocracia hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

En general, los terratenientes que habían sobrevivido a los caprichos de la guerra y de la revolución supieron sacar provecho de la emancipación. Siguieron siendo una fuerza dominante en zonas de Europa en las que el grano pudo cultivarse a gran escala para los diversos mercados: en las calurosas llanuras de España, en el norte de Francia, en las tierras llanas que se extendían hacia el sur desde el Báltico, en las fértiles tierras de Hungría y Bohemia y en el «granero de Europa», esto es, Ucrania. En Bohemia, los pagos en concepto de rescate ascendieron a un total de casi dieciséis millones de florines. Dichos pagos permitieron a los terratenientes, y a sus homólogos de otros lugares, la adquisición de buena parte de la tierra que los propietarios de fincas con menos recursos se vieron obligados a poner a la venta para poder llegar a fin de mes. Así pues, entre 1867 y 1914, las fincas de más de 5.787 hectáreas pasaron de constituir el 8,5 % a representar el 19,4 % del territorio de Hungría ocupado por latifundios. En su gran mayoría, esas propiedades pertenecían a las familias nobles más importantes, como ocurría en Austria y en la zona de Prusia que se extendía al este del Elba. En general, pues, con la excepción del caso especial de Polonia, a los terratenientes les fue razonablemente bien con la emancipación de los siervos. Sin embargo, otra cuestión sería que supieran capitalizar

con eficacia las ganancias que habían logrado en un momento económico en constante transformación.

¿Qué supuso la emancipación para el campesinado? En el imperio de los Habsburgo, los comentaristas poetizaron sobre los efectos que ellos mismos imaginaron que iba a tener la emancipación en la mejora de la economía rural. «El antiguo aldeano —escribiría uno de ellos—, convertido ahora en propietario absoluto de sus tierras, puede dedicar todo su esfuerzo al cultivo y a la explotación provechosa de sus campos, y los bosques anteriormente de su propiedad, que se habían ido deteriorando progresivamente, ahora se encuentran preservados y están siendo explotados racionalmente». En la práctica, sin embargo, esta circunstancia se daba principalmente cuando el campesino era dueño de una granja de tamaño considerable y tenía visión comercial; muchos pequeños agricultores, que no estaban familiarizados con las transacciones mercantiles, siguieron trabajando sus campos simplemente para poder sobrevivir, no tardaron en contraer numerosas deudas y se vieron obligados a volver a ponerse al servicio del señor local para poder pagar los impuestos y cumplir con los pagos de su rescate. En la Prusia que se extendía al este del Elba, alrededor de siete mil fincas grandes propiedad de campesinos y más de catorce mil pequeñas granjas fueron adquiridas por las grandes haciendas de la aristocracia entre 1816 y 1859, impulsando la creación de un proletariado rural sin tierras. A mediados de siglo, en Prusia y Mecklemburgo había más de dos millones de individuos que se ganaban la vida ejerciendo de jornaleros, ya fuera a tiempo parcial o a tiempo completo; también por entonces, el 30% de la población agraria de Austria trabajaba como peón asalariado; en Bohemia, esa proporción era de un 36%.

Muchos campesinos más favorecidos se encontraron en aquellos momentos ante la posibilidad de adquirir más tierras o de arrendarlas a propietarios de clase media. En Rusia, entre 1877 y 1905, los campesinos pasaron a poseer un 25 % más de tierras.

Buena parte de esas nuevas adquisiciones estuvo financiada por el Banco Campesino de Tierras fundado por el Estado en 1882. Sin embargo, ese incremento no seguiría el ritmo del aumento de población. A finales del siglo XIX, alrededor de un 40 % de las fincas de Francia contaban con menos de diez hectáreas de tierra; en Dinamarca eran el 27 % las que disponían de menos de cinco hectáreas, y en Alemania un 33 %. Eran poco más que un huerto, y sus propietarios se veían obligados a ejercer otras actividades, además de la agrícola, para poder subsistir con sus familias. En las zonas rurales, los que carecían de tierras tenían que trabajar en los campos como jornaleros. En Suecia, entre 1750 y 1870, las familias de jornaleros sin tierras o con pequeñas parcelas dejaron de constituir una cuarta parte de la población para pasar a ser la mitad de los habitantes del país, convirtiéndose en una clase extremadamente vulnerable en momentos de penuria y de crisis económica. Esas gentes debían comprar a otros sus alimentos y la mayoría de las cosas esenciales para vivir, pues no podían producir lo necesario para alimentar a sus familias. En toda Europa, la creciente integración de la agricultura en la economía capitalista creó un número cada vez mayor de personas que solo podían vender su propia mano de obra. De hecho, en algunas regiones del continente, se mantendría una especie de servidumbre impuesta por las restricciones legales a la libertad de movimiento de los jornaleros rurales. El Estatuto de los Trabajadores de las Haciendas de Prusia, aprobado en 1810 y que estuvo en vigor hasta el final de la Gran Guerra, negaría permanentemente a los jornaleros al servicio de los propietarios de tierras muchos de los derechos de los que gozaban los trabajadores en las ciudades, y permitiría a sus jefes administrar castigos corporales si ese era su deseo. Unas leyes similares estuvieron vigentes en Dinamarca. La Ley de los Trabajadores de las Haciendas de Hungría de 1907 prohibía que los trabajadores que vivían en una finca pudieran abandonarla y que efectuaran visitas a alguien que no residiera en la misma sin permiso del due-

ño; por otro lado, permitía castigar con el látigo a todo aquel que fuera menor de dieciséis años y con la cárcel a los que alentaran huelgas. Solo la preferencia cada vez mayor de los terratenientes por contratar mano de obra puntual durante unas semanas durante la temporada de arado o de cosecha permitiría que poco a poco esos jornaleros rurales fueran liberándose de las restricciones que habían venido sufriendo, posibilitando que pudieran comenzar a buscar trabajo en otros lugares.

Revueltas campesinas

Incluso en un principio, la emancipación decepcionó a muchos de los afectados. En Rusia, los campesinos clamaron al cielo cuando tuvieron conocimiento de las condiciones previstas para la compensación de los señores. Según un dicho popular, consideraban que «somos vuestros, pero la tierra es nuestra». La intrusión de inspectores y agentes gubernamentales en sus vidas constituyó otro motivo de desesperación. En muchas zonas de Rusia, los campesinos pretendían simplemente que se les permitiera vivir en paz sin tener que soportar injerencias de terceros que coaccionaran sus decisiones. Una oleada de revueltas y sublevaciones ya había sacudido al país antes de la llegada de la emancipación. Lo cierto es que, al menos a corto plazo, la promulgación del edicto de emancipación vino a intensificar ese proceso en vez de ponerle fin. En una aldea del departamento de Perm, los campesinos dijeron que el edicto, leído en voz alta por la policía local, era un fraude, pues un edicto de verdad habría sido escrito sin duda alguna en letras de oro. Se opusieron violentamente a «un tipo de libertad que nos somete igual que antes a la autoridad del conde, nuestro amo». Se enviaron tropas para restablecer el orden. A comienzos de 1863, la oleada de protestas había seguido su curso. Indicaba un fuerte descontento generalizado con los términos de la emancipación; un sentimiento que, en lugar de disminuir, crecería con el tiempo.

El problema principal fue que la emancipación apenas hizo nada para mejorar la producción agrícola de Rusia. Es cierto que,

durante las décadas que siguieron a su promulgación, aumentó la producción de grano per cápita —incluso después de deducir del total las exportaciones—, pero no fue así en todas partes, y las granjas dedicadas a la cría de animales comenzaron a atravesar una situación muy difícil. En Rusia, el número de cerdos, de caballos y de reses no dejó de caer de manera ininterrumpida entre 1880 y 1914. El aumento de población, especialmente en la rica región de «tierra negra», supuso el empequeñecimiento del tamaño de las granjas, y buena parte de la tierra seguiría siendo de carácter comunal, dividida entre un número cada vez mayor de familias. Tras la emancipación, a los campesinos les fue prohibido el acceso a los bosques y prados de los terratenientes: «ni siquiera las gallinas podían encontrar un lugar en el que cobijarse», se quejaban en una petición. Todos los campesinos consideraban que la tierra no cultivada era de propiedad comunal, de modo que optaron por no respetar el vallado de los bosques de los terratenientes. En consecuencia, la tala ilegal de árboles y el robo de madera pasó de representar el 14 % de todos los delitos cometidos en Rusia entre 1834 y 1860, a constituir el 27 % en el período comprendido entre los años 1861 y 1868, con una media de veinte mil casos juzgados anualmente. (Un fenómeno similar puede observarse entre 1815 y 1848 en Prusia, donde los campesinos ladrones de madera protagonizaron la inmensa mayoría de todos los casos de robo, actuando a menudo con violencia, ya fuera solos o en grupo, contra los guardabosques).

Las repercusiones de la emancipación se dejaron sentir durante lo que quedaba de siglo y parte del siguiente. El precio y arrendamiento de la tierra aumentaron en Rusia en la década de 1890 debido a la presión de la población, que también mantuvo bajos los jornales en los campos. Los pagos en concepto de liberación siguieron suponiendo una pesada carga. Como suele ocurrir, una crisis de Estado sirvió para desencadenar un sinfín de protestas. En 1905, las noticias que hablaban de derrota militar en la guerra contra Japón constituyeron el detonante de huelgas

y de conatos de revolución en las ciudades. Con la ayuda de maestros y oficiales locales, los campesinos se reunieron en asambleas para redactar sus peticiones y articular sus demandas. En las zonas en las que había grandes latifundios y jornaleros sin tierras, como el oeste del imperio, las huelgas fueron el medio de protesta elegido, pero en el resto de las regiones prevalecieron métodos más tradicionales. En la región central de tierra negra, la cuenca del Volga y Ucrania, los campesinos irrumpieron en las fincas de los nobles y saquearon sus mansiones, particularmente en los lugares donde, fuera del campo, no había medios alternativos de ganarse la vida, y en los que los señores se habían mostrado especialmente duros a la hora de fijar las condiciones para el arrendamiento de las tierras y la aparcería. En muchas zonas, los campesinos atacaron y prendieron fuego a las residencias de los aristócratas, destruyendo sus archivos, y se apropiaron de las tierras de las haciendas con el fin de asegurarse de que los terratenientes no regresaran nunca más (una táctica ya vista en las *jacqueries* campesinas de toda Europa desde los tiempos de la Edad Media).

Entre 1905 y 1907 hubo en Rusia un total de 979 casos de incendios provocados, casi todos ellos de grandes mansiones rurales; 809 casos de tala ilegal de árboles; 573 de apropiación de tierras de pasto; 216 de apropiación y de cultivo de tierras fértiles; y 316 de apropiación de alimentos y forraje. Como era de prever, en la subsiguiente investigación llevada a cabo por el gobierno se responsabilizó de muchos de esos sucesos a «la intoxicación del pueblo por parte de agitadores, judíos y estudiantes», «lectores de los salmos» e incluso «guardabarreras», pero sin ofrecer ejemplos concretos, y los principales responsables solían ser campesinos que sabían más o menos leer y escribir y que habían estado en contacto con el mundo que había fuera de la aldea, así como los soldados y marineros de origen rural que regresaban a sus casas tras prestar servicio militar con la firme convicción de que merecían ser recompensados por las penalidades sufridas.

Las sublevaciones campesinas de Rusia de 1905-1907 fueron sofocadas con brutalidad por la policía y el Ejército, pero dieron lugar a que el gobierno decidiera adoptar inmediatamente una serie de medidas para aplacar el descontento de la población rural con la intención de restaurar el orden y la estabilidad tras el fracaso de la revolución en las ciudades. Entre dichas medidas figuraba la cancelación definitiva de los pagos en concepto de rescate que tenían pendientes los antiguos siervos, la liberalización del mercado de tierras campesinas para permitir a los granjeros tener una mayor flexibilidad a la hora de adquirir y vender parcelas fuera de la comunidad y la extensión del Banco Campesino de Tierras. Con el respaldo del primer ministro Piotr Arkádievich Stolypin (1862-1911), empezó a surgir una nueva clase de campesinos propietarios que fue consolidándose durante los años siguientes, los famosos *kulaki* que, más tarde, ya en tiempos de Stalin, serían tan vilipendiados y perseguidos. Pero la pretensión de Stolypin de acabar con la influencia que ejercían las comunidades de campesinos se vio frustrada en general por la resistencia del campesinado, lo que refleja que había un apego generalizado a los métodos colectivos de explotación de la tierra.

En Rumanía, el descontento de los campesinos tras la emancipación fue tan generalizado como en Rusia. Los funcionarios y oficiales del Estado se confabularon con los terratenientes más reticentes para ralentizar el proceso de redistribución de la tierra, de modo que los campesinos recibieron sus parcelas con demasiado retraso para poder satisfacer el pago de la deuda de compensación en el plazo estipulado de quince años, de modo que al cabo de diez años, en 1874, el Estado tuvo que cancelar todos los pagos en concepto de compensación que quedaban pendientes. Las parcelas de los campesinos solían ser muy pequeñas —a finales de siglo, de cada diez campesinos, unos ocho poseían menos de cinco hectáreas de tierra—, y después de los quince años, los señores se aprovecharon de la cláusula del edicto de emancipación de 1864 que abrogaba los derechos que tenían los

campesinos de explotar los bosques y las tierras de pasto de las grandes haciendas. A finales de siglo, alrededor de un 38 % de la tierra cultivable era propiedad de mil quinientas grandes fincas. En 1882, un observador comentaría que «la miseria en la que vive la mayoría de los labriegos rumanos es indescriptible». En esas circunstancias, a los terratenientes no les costó someter a los campesinos a un estado de dependencia no muy distinto de la servidumbre, exigiéndoles que las rentas fueran abonadas con prestaciones de trabajo en vez de dinero contante y sonante. Incluso en una fecha tan tardía como 1900, las fincas de los grandes terratenientes eran trabajadas principalmente por campesinos, que poseían casi el 95 % de todos los animales de tiro del país y estaban obligados a utilizarlos para labrar los campos del señor. Unos injustos requisitos de propiedad servían para impedir que la inmensa mayoría de esa gente tuviera el derecho a voto y pudiera así expresar sus quejas de una manera política.

La que sería la última gran *jacquerie* campesina de la historia de Europa encontró el escenario perfecto en Moldavia cuando se produjo una confrontación entre el administrador de una finca de más de doce mil hectáreas, que elevó el grado de sus exigencias del año anterior; los aldeanos, furibundos, se reunieron en asamblea y, dejándose llevar por la violencia, lo atacaron para apalear al implacable gestor. «Somos gente pobre —dijeron los campesinos en una petición al prefecto de la región—, no hacemos más que labrar los campos… Ya no podemos más. No tenemos ni un pedazo de tierra con el que dar de comer a nuestros hijos esta primavera, y podemos morir de hambre». Y amenazaron con «tomar la finca por la fuerza» si no se les permitía vender sus cosechas a un precio más favorable y se les autorizaba a abonar la renta en efectivo en vez de pagar con su trabajo en los campos de la hacienda. Como sus demandas fueron ignoradas, los campesinos rumanos empezaron a ocupar los bosques y tierras de los nobles. Las grandes mansiones de las fincas fueron destruidas, y grupos de campesinos marcharon hacia las ciuda-

des, atacando las oficinas de comerciantes e intermediarios (muchos de ellos judíos). En algunos lugares, obligaron a los administradores estatales a ordenar una redistribución de la tierra. Cuando el gobierno envió tropas, los campesinos armados con «estacas, porras, piedras e incluso armas» se lanzaron contra los soldados «con una furia indescriptible» y los obligaron a recluirse en sus cuarteles. La revuelta se extendió hacia el sur por toda Moldavia; las mansiones de los nobles fueron reducidas a cenizas, los archivos fueron destruidos y los administradores de las haciendas fueron apaleados. Todos los campesinos del país exigieron pagar unas rentas menos onerosas, utilizar más tierras de pasto y poder recoger más madera para su consumo. En Negresti, irrumpieron en las oficinas de la finca, se apropiaron de sus libros y «se repartieron el ganado entre todos y también se adueñaron del molino». La revuelta fue extendiéndose hacia el sur, hasta Valaquia, donde en algunas localidades se unieron a ella los aprendices y los ayudantes de tiendas y talleres cuando las bandas de campesinos invadieron ciudades y pueblos.

La represión que emprendió el gobierno fue salvaje. El prefecto de un distrito emitió 15 de marzo el siguiente informe:

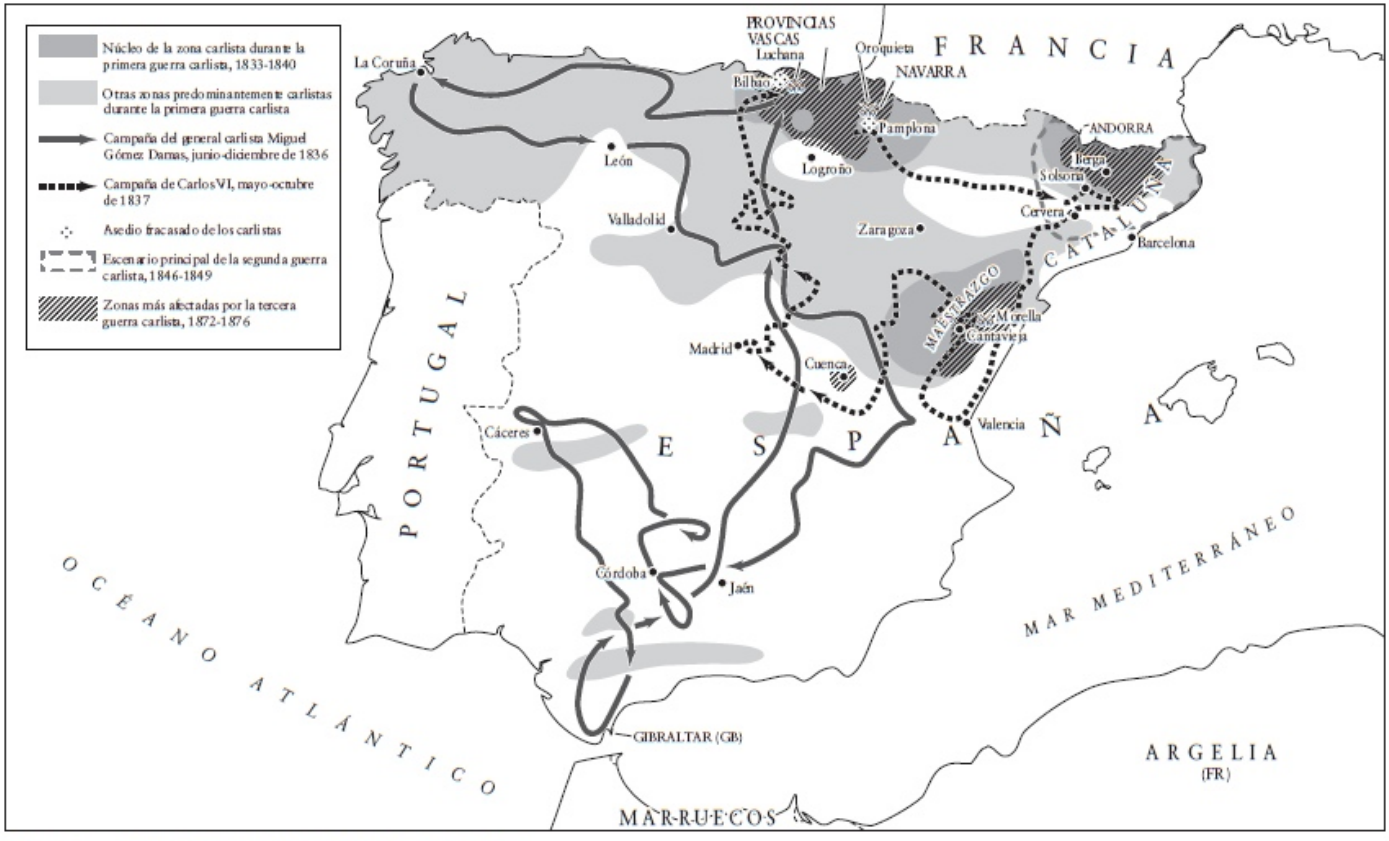
> La localidad de Baielesti fue bombardeada por la artillería, y cuando el 5.º Batallón del Cuerpo de Montaña llegó a este municipio para ver cómo estaban los ánimos en el lugar, los rebeldes, que se encontraban en sus casas, empezaron a disparar con sus revólveres, hiriendo a dos oficiales y diez soldados; entonces el Cuerpo de Montaña efectuó diez salvas, matando a cuarenta y dos rebeldes e hiriendo a más de cien. La mitad del pueblo fue presa de las llamas.

Una vez sofocada la revuelta se procedió al arresto de miles de personas, y las tropas, incitadas por los terratenientes, atacaron y arrasaron las granjas y casas de los campesinos. Los «cabecillas» fueron apaleados de manera brutal, y hubo protestas por las torturas que se producían en las cárceles hacinadas de detenidos. Se impusieron largas condenas a muchos de los participantes. Se calcula que, en total, once mil individuos perdieron la vida en la que fue la sublevación campesina más grande y violenta de Europa en el período comprendido entre los años 1815 y

1914. Ionel Bratianu (1864-1927), ministro de Interior de un nuevo gobierno liberal, hizo aprobar un máximo legal para el arrendamiento de tierras y un mínimo legal para los jornales, además de crear un Banco Campesino, la Casa Rurală, que proporcionara préstamos para la compra o el alquiler de fincas rurales que pudieran ser divididas en parcelas. Pero estas medidas apenas se pusieron en práctica. La venta forzada de casi 180.000 hectáreas de tierras de pasto por parte de los terratenientes con el fin de crear zonas de pastoreo comunal no consiguió en absoluto satisfacer las necesidades de las 725.000 granjas que seguían contando con menos de cinco hectáreas de terreno.

En el sur de Europa tuvieron lugar unos sucesos similares, aunque menos dramáticos. En Portugal, la servidumbre había sido abolida en la Edad Media, pero los derechos y privilegios de la nobleza y el clero seguían siendo una carga notable para los campesinos arrendatarios, especialmente en las tierras propiedad de la corona, que constituían una cuarta parte del territorio nacional. A comienzos de la década de 1830, una finca de propiedad eclesiástica poseía seis mil caseríos y tenía el monopolio de todos los molinos, almazaras y graneros de la zona. Los agricultores arrendatarios debían satisfacer varios tributos —las primeras crías de sus animales, una octava parte del lino que tejieran —, además de efectuar otros pagos en especie (pan, vino, fruta). En otras fincas, los terratenientes cargaban una cuota por la utilización de la era y exigían el pago de un alquiler por el empleo de arados y bueyes. Estas obligaciones ya resultaban muy duras, pero en 1846 una serie de reformas liberales —con las que se pretendía registrar la titularidad de las parcelas y fincas, y privatizar las tierras comunales— desencadenaron una revuelta encabezada por Maria da Fonte (se desconoce las fechas de su nacimiento y de su muerte), una campesina del norte del país. Aduciendo que el gobierno planeaba la venta de las tierras a «los ogros del norte de Portugal», los ingleses, los rebeldes prendieron fuego a las oficinas de los registros de propiedad e invadie-

ron pueblos y ciudades. En nombre de la sanidad y la seguridad, el gobierno también había tratado de acabar con la costumbre de dejar los cadáveres de las personas en las morgues hasta que pudieran ser recuperados los huesos para su sepultura en las tumbas familiares, disponiendo que fueran enterrados inmediatamente fuera de los perímetros de las ciudades. Grupos de individuos armados comenzaron a atacar los cortejos fúnebres y a trasladar los cadáveres de los difuntos a los lugares en los que venían siendo depositados siguiendo la tradición, lo cual no hizo más que aumentar el desorden. Al final, la sublevación —que desestabilizó enormemente el sistema político— fue sofocada con una invasión por mar de los británicos, que actuaron con el beneplácito de las grandes potencias. Las reivindicaciones de los campesinos perduraron.



MAPA 4. Las guerras carlistas en España, 1833-1876.

En España, la derogación de las obligaciones de naturaleza feudal a mediados de la década de 1830 supuso más poder para los terratenientes que utilizaban el sistema de aparcería. Con este sistema, las familias contrataban con los terratenientes el cultivo de los campos para recibir, a cambio, una parte de la cosecha. Como la desamortización y la reforma agraria, incluida la venta de las tierras comunales, había sido obra de gobiernos liberales, las protestan solían ser antiliberales, distinguiéndose así de los motines y las sublevaciones de otras regiones de Europa. Las revueltas campesinas de España también tuvieron un cariz político, pues a ellas se adhirieron personajes ilustres locales y sacerdotes con capacidad de liderazgo. En 1822-1823, los absolutistas consiguieron el apoyo de un amplio espectro del campesinado durante los conflictos suscitados por la figura de Fernando VII; el gobernador de Valencia informaría de que los labradores se dedicaban a saquear los depósitos de grano y a obligar a los exactores fiscales a devolver los impuestos que habían recaudado «bajo amenaza de muerte». En 1827, una sublevación de absolutistas desencadenó la llamada «guerra de los agraviados», en la que participaron muchos campesinos que se habían hecho famosos en las guerras de guerrilla contra Napoleón. En el momento más tenso de la sublevación, se decía que había treinta mil hombres en armas, sobre todo minifundistas, aparceros y jornaleros que se habían empobrecido.

Los campesinos descontentos se unieron alrededor de la figura del hermano del rey Fernando, el infante don Carlos (1788-1855), que rechazó la abolición de la ley sálica en 1830 y la ascensión al trono español de la hija de Fernando, Isabel II (1830-1904), en 1833, cuando esta era todavía una criatura. La primera guerra carlista estalló en 1833 y se prolongó hasta 1840, extendiéndose por el País Vasco, Aragón, Cataluña y Valencia. Muchos generales del bando liberal habían combatido en las guerras de independencia de Latinoamérica, y su experiencia empezó a quedar patente poco a poco. En 1847, una segunda guerra

carlista, llamada también «guerra de los Madrugadores» (por la costumbre de los rebeldes de emprender sus ataques antes del alba), puso de manifiesto el odio de las clases humildes rurales hacia los liberales que habían asumido el poder en la década de 1830. Una tercera guerra carlista, que se prolongó desde 1872 hasta 1876, fue provocada por la llegada de Amadeo I (1845-1890), cuyos derechos al trono también pusieron en entredicho los carlistas. El carlismo pretendía principalmente la derogación de las reformas agrarias de los liberales. El conflicto se caracterizó por su crueldad extrema, las numerosas torturas y violaciones, y las sangrientas matanzas, como solía ocurrir en muchas sublevaciones campesinas, a pesar de un acuerdo para dispensar un trato digno a los prisioneros promovido en 1835 por el embajador británico, lord Eliot (1798-1877). Aprovechando las divisiones existentes en el seno de la familia real y la élite política, las sublevaciones carlistas adquirieron una importancia política suficiente como para que se adhirieran a la causa de los rebeldes diversas figuras del extranjero, como, por ejemplo, monárquicos de Bélgica, Gran Bretaña, Alemania, Italia y Portugal, así como varios combatientes activos, algunos de ellos personajes prominentes de las aristocráticas familias conservadoras austríacas de los Schwarzenberg y los Lichnowsky.

Una forma de protesta campesina muy distinta tuvo lugar en zonas de España situadas más al sur, en las que predominaban los latifundios y los jornaleros sin tierras. A partir de 1848, después de que los liberales no consiguieran introducir las mejoras que habían programado, los jornaleros sin tierras del sur comenzaron a abrazar ideas anarquistas, que resultaban sumamente atractivas a la gente que percibía al Estado, con sus impuestos, su servicio militar obligatorio y el apoyo *de facto* de la clase terrateniente, como una institución hostil y ajena que había que barrer del mapa. Una oleada de bandolerismo y ataques e incendios premeditados sacudió el sur de España en la década de 1860: los jornaleros sin trabajo comenzaron a robar cosechas y a

talar árboles para venderlos como leña, y el descontento general desembocó en junio de 1857 en un motín en Sevilla sofocado por las fuerzas gubernamentales, que ejecutaron a noventa y cinco rebeldes. En 1868, una revolución liberal mucho más determinante, que dio lugar al derrocamiento de la reina Isabel II y a la proclamación de una república en 1875, tras el breve episodio del frustrante reinado de Amadeo I, fue para los campesinos del sur del país como una señal para ocupar y repartirse las tierras comunales y los señoríos. Las ocupaciones de tierras y pastos, los robos y saqueos y todo tipo de manifestaciones de protesta de bajo nivel siguieron produciéndose en diversas zonas de España hasta bien entrado el siglo xx.

Al igual que en España, en Italia también existía el sistema de aparcería, que suscitó un nivel de descontento similar, aunque con menos repercusiones de carácter político. En la Toscana, los contratos imponían unos límites estrictos a la extensión de tierra que podía trabajar una familia, permitiéndole quedarse con lo justo para sobrevivir después de que el terrateniente hubiera recibido su 50 % de la cosecha. Los terratenientes de esta región de Italia reivindicaban tradicionalmente el derecho de autorizar o no a los miembros de la familia de aparceros a contraer matrimonio, vigilando su conducta moral, e incluso podían requerir a esas gentes que se trasladaran a otro lugar si ya no necesitaban su mano de obra. Si un aparcero abandonaba la granja sin permiso, se consideraba que había violado los términos de un contrato y que había cometido un delito. El administrador inspeccionaba las cosechas para asegurarse de que los aparceros no se habían quedado con una parte mayor de la que les correspondía en virtud de su contrato. Los aparceros de la región italiana de Emilia-Romaña debían entregar al terrateniente pollos, huevos y jamones, sin obtener por ello compensación económica alguna. En algunas zonas se veían obligados a cavar zanjas y a efectuar diversas tareas sin recibir ningún tipo de retribución. Tenían prohibido trabajar para terceros o utilizar los carros de la granja

para ayudar a otras familias. Podían ser despedidos y expulsados de la finca simplemente por haber desobedecido las órdenes del propietario. La parte da la cosecha que el aparcero tenía permitido quedarse estaba destinada a la alimentación de su familia; todos los productos de cultivo comercial debían ser entregados al terrateniente, quien los vendía y cedía la mitad de las ganancias. Los años de malas cosechas, los aparceros solían verse obligados a pedir préstamos al propietario, lo cual los hacía aún más dependientes de él.

En Italia, las protestas campesinas comenzaron a raíz de las reformas liberales que llegaron con la unificación en la década de 1860. La forma más frecuente de protesta fue la ocupación de las antiguas parcelas de tierra comunal que habían sido valladas, pero en el sur de Italia, Sicilia y Cerdeña también fueron habituales los actos de bandidaje y bandolerismo durante buena parte del siglo. En 1847, por ejemplo, un aldeano de los montes sardos justificó ante el obispo de Sácer el saqueo de varias granjas de los llanos de la siguiente manera:

> Monseñor: hasta hoy ignorábamos que estuviéramos ofendiendo la ley de Dios cuando cogíamos los corderos, las ovejas, las reses y los cerdos que necesitábamos. Dado que la providencia de Dios Todopoderoso ofrece la misericordia a todas sus criaturas, ¿cómo es posible que tolere que los pastores de los llanos de la Gallura posean en algunos casos quinientas ovejas, en otros ochocientas, e incluso mil, mientras nosotros solo tenemos pequeñísimos rebaños de menos de cien cabezas?

El bandolerismo constituía un problema tan grave en la década de 1860 que el recién creado estado italiano envió al sur una gran fuerza militar, que llegó a representar dos terceras partes de todo el ejército nacional, durante las llamadas «guerras del bandolerismo» [*guerre del brigantaggio*]. Muchos aspectos de las reformas agrarias napoleónicas aún habían sido puestos en práctica, y el hambre de tierra de los campesinos no había podido saciarse. A los secuestros, a los asesinatos, al robo de reses, a los atracos en los caminos y a otro tipo de delitos se respondió con miles de detenciones (solo en el segundo semestre de 1863 se produjeron 12.000). Por entonces, más de 2.500 insurgentes ya

habían sido ejecutados. Al final, el orden pudo ser restablecido por lo que era en realidad un verdadero ejército de ocupación de 120.000 efectivos. «¡Es nuestro destino! —exclamó uno de los líderes de los bandoleros ante un tribunal militar mientras responsabilizaba de todos los disturbios a los terratenientes—: Los *signori* son el origen de todo este perverso asunto, pero a nosotros nos toca pagar por ello. ¡Pero qué importa! Al fin y al cabo, hemos nacido para esto».

El bandolerismo se convirtió en un fenómeno habitual después de la abolición de la servidumbre. Durante su viaje por España a mediados de la década de 1840, el historiador y político rumano Mihail Kogălniceanu (1817-1891) observaría que «nadie se atreve a estar en campo abierto sin llevar algún arma… Los caminos siguen sin ser seguros, y los robos se producen incluso a las puertas de Madrid; la *Gacetilla de provincias*, rúbrica de los periódicos, está llena todos los días de artículos sueltos en los que se lee "Ladrones"». Pero había bandoleros todavía más temerarios en otras partes de Europa. El rebelde húngaro Sándor Rózsa (1813-1878) empezó su carrera como bandido siendo aún adolescente, y fue atrapado y encarcelado en 1837. Sin embargo, consiguió escapar y vivir durante los años siguientes como salteador de caminos, atacando por sorpresa a los viajeros en la poco poblada llanura de la Panonia húngara. Aprovechó las sublevaciones revolucionarias y el final definitivo de la servidumbre de mediados de siglo para formar una banda de ladrones, que justificaba sus acciones aduciendo que estaba defendiendo la revolución de los húngaros contra los Habsburgo. Tras ser capturado y condenado a una pena de reclusión, Rózsa fue liberado por el emperador Francisco José cuando este concedió una amnistía a mil presos para celebrar su coronación en Hungría. El bandolero se unió a otro grupo de bandidos que hizo descarrilar el ferrocarril que cubría la línea Szeged-Pest, disparando contra los conductores. Sin embargo, varios pasajeros iban armados, y, tras una refriega, la banda de asaltadores optó por retirarse con

las manos vacías. Rózsa fue capturado finalmente en enero de 1869, y falleció en prisión en noviembre de 1878.

Siguiendo el modelo de Robin Hood, el célebre forajido de la Inglaterra medieval, todos estos hombres fueron fuente de inspiración de muchas leyendas y relatos, proporcionando a los campesinos pobres una válvula de escape para dar rienda suelta a sus fantasías y deseos de una vida en libertad. Se contaba, por ejemplo, que el bandido calabrés Giuseppe Musolino (1876-1956) daba dinero a varios monasterios e iglesias y que escribía con frecuencia al rey para quejarse de las fechorías cometidas por los hombres ricos y poderosos de Calabria. Los bandidos griegos, llamados *kleftes*, fueron el tema de todo un género de canciones y baladas, aunque su creación más duradera probablemente fuera el «*kleftikó* de cordero», un plato de carne rustida lentamente en un agujero para evitar que el humo se convirtiera en una señal delatadora. En Bulgaria y otras zonas del territorio de los otomanos en los Balcanes, los bandidos llamados *haiduques*, a pesar de su notoria crueldad, sirvieron de vehículo simbólico del resentimiento de los campesinos cristianos hacia sus señores turcos. Al menos algunos bandidos, especialmente en Italia, mantuvieron estrechos vínculos con la sociedad rural asentada: jóvenes solteros, pastores de ovejas y cabras que conducían sus rebaños hasta los pastos de las montañas o jornaleros del campo temporales conseguían escapar de las fuerzas de la ley con relativa facilidad, mientras que la pobreza y la miseria los empujaba con frecuencia a seguir una vida delictiva. Solo en contadas ocasiones el bandolerismo tomó un cariz político, como ocurrió con las actividades del greco-macedonio Kottas Christou (1880-1904), que colaboró con los irredentistas búlgaros en su lucha contra el dominio otomano: «Matemos al oso —se cuenta que les dijo, refiriéndose a los turcos— y conseguiremos fácilmente compartir la piel». Después de una batalla campal victoriosa contra las fuerzas otomanas en 1902, sin embargo, sus aliados búlgaros lo abandonaron, y su carrera, como la de otros muchos bandidos,

acabó con una traición, en su caso por parte de las autoridades eclesiásticas: en 1904 fue entregado al gobernador otomano y murió decapitado.

Como pone de manifiesto el ejemplo de Sándor Rózsa, era especialmente en momentos de crisis política cuando las clases humildes rurales conseguían imponerse. En Sicilia, en los flancos del Etna, buena parte de las míseras tierras de la localidad de Bronte, que habían sido concedidas, junto con el título de duque de Bronte, al almirante británico Horacio Nelson (1758-1805) por el rey para recompensarlo por haberlo defendido de Napoleón, seguía siendo administrada por la familia del almirante a mediados de siglo. La llegada de Giuseppe Garibaldi y su ejército de voluntarios en 1860 sumió el reino de las Dos Sicilias en una crisis terminal y llevó a los campesinos a sublevarse. Miles de ellos se dirigieron a Bronte, donde prendieron fuego a los archivos, saquearon las casas de los oficiales del pueblo y apuñalaron a un notario antes de arrojar su cuerpo a una hoguera que prepararon frente a la casa de su hijo. Un hombre clavó un cuchillo en el cuerpo inerte del notario y luego lamió la hoja ensangrentada; se contaba que otro le había arrancado el hígado y se lo había comido con una hogaza de pan. Se produjeron más asesinatos: en Bronte, las víctimas de la furia de los campesinos fueron las mismas que en otras partes de Europa; los documentos legales y sus autores, los instrumentos del desposeimiento de aquellas gentes humildes de campo, se convirtieron en objetivos en la creencia de que el derecho natural a las tierras comunales pesaba más que los escritos legales que las habían asignado a los antiguos terratenientes feudales como propiedad privada. Consciente de que era necesario ganarse el apoyo de los terratenientes locales, Garibaldi sofocó enseguida la revuelta.

Pudo controlarse Sicilia, pero el descontento de los campesinos ya era un fenómeno extendido que seguía muy vivo; y encontró su expresión en la revuelta de los *fasci* sicilianos a comienzos de la década de 1890. Con un número de alrededor de

trescientos mil elementos, entre aparceros, jornaleros del campo y pequeños granjeros, se autodenominaron *fasci*, «haces», porque, aunque cualquiera puede partir fácilmente en dos un palo, lo cierto es que nadie puede romper en pedazos todo un haz. Mezclaban ideas socialistas con milenarismo religioso; y llevaban escarapelas rojas, símbolos religiosos y retratos del rey y de Garibaldi. Protestaban contra el aumento de los alquileres y del precio de los alimentos, las elevadas cargas fiscales y los contratos de aparcería discriminatorios. Los campesinos empezaron a apropiarse de la tierra y a ocupar las oficinas de recaudación de impuestos, quemando molinos y edificios gubernamentales. Las autoridades italianas respondieron en 1894 declarando el estado de sitio y enviando cuarenta mil soldados. Centenares de insurgentes cayeron abatidos por las tropas o fueron víctimas de ejecuciones sumarias; alrededor de un millar fue trasladado directamente a una penitenciaría sin ser juzgado por un tribunal, y se produjeron muchísimas detenciones.

Pero, por entonces, la aparcería y los descontentos derivados de ella ya estaban en declive. A finales del siglo XIX, diversos factores comenzaron a socavar el sistema de aparcería en el sur de Europa. Los aranceles de importación empezaron a proteger la agricultura italiana de la competencia extranjera; en 1885, los cereales pagaban en Italia las tasas más elevadas de Europa. Ello no impidió que los precios siguieran bajando, y el trigo vendido en el mercado italiano pasó de las 33 liras por quintal en 1880 a menos de 23 liras cinco años más tarde, y el cáñamo bajó de 103 a 75 liras. Los campos de grano de Italia no eran muy fértiles (en el sur su producción era de 6,4 quintales por hectárea, y en el resto del país era de una media de 11, cifras que distan mucho de los 32 quintales por hectárea de Gran Bretaña), debido en gran medida al predominio del sistema de aparcería. En la Toscana, ya en el siglo XX, en 1901, la mitad de los hombres que trabajaban en el campo eran aparceros, cuya prioridad a corto plazo consistía en mantener alimentadas a sus familias. Esta circunstancia

condujo a una explotación excesiva de la tierra. La filoxera, que llegó a Chianti en 1890, supuso la devastación de los viñedos. Las subidas de impuestos, especialmente en productos básicos como la sal y el azúcar, y la imposibilidad de mejorar la producción agrícola provocaron más miseria e indigencia, y los aparceros comenzaron a robar o a esconder parte de las cosechas, y a participar en protestas y manifestaciones en las que a menudo se cometían actos de violencia: solo entre el 6 y el 13 de mayo tuvieron lugar cincuenta y cuatro en la Toscana, a raíz de la cosecha particularmente desastrosa del año anterior.

Los terratenientes respondieron a estas crisis cambiando al cultivo de productos más provechosos, como la remolacha azucarera, y mecanizando la producción para reducir el coste de la mano de obra. Todo esto vino a acelerar el declive del sistema de aparcería, especialmente en las regiones agrícolas más viables desde el punto de vista comercial. Ya en el año 1883, un comentarista conservador de Bolonia se había lamentado —en unos términos que guardan un parecido sorprendente con otras quejas similares manifestadas por los terratenientes durante las últimas décadas de servidumbre en el norte de Europa— de que

> las familias de aparceros de la actualidad se están rompiendo y dividiendo debido a la falta de respeto, obediencia y subordinación a los cabezas de familia, cuyas virtudes constituyeron los cimientos que mantuvieron unidas a las antiguas familias proporcionándoles su bienestar. Los hijos de una familia, en cuanto están preparados para hacer todo el trabajo que implica una granja, empiezan a querer participar en la gestión de dicha granja y a exigir dinero para satisfacer sus deseos y vicios. Desean vestir una ropa confeccionada con telas mejores que las tejidas en casa, y pretenden gastar mucho más dinero del que solían gastar las antiguas familias.

No solo se desintegraba el sistema de aparcería debido a los cambios económicos, sociales y culturales que experimentaba la sociedad en general, sino que también se veía sustituido cada vez más por una economía más moderna basada en el trabajo asalariado. Cuando los mercados comenzaron a expandirse a partir de mediados del siglo XIX, los terratenientes mostraron cada vez más su predilección por un tipo de trabajador al que po-

día contratar y despedir según sus necesidades, individuos que tenían todos los incentivos para esforzarse en su labor. A partir de la década de 1880, los sindicatos y los partidos socialistas comenzaron a reclutar a jornaleros del campo, y a aprovechar el descontento de los aparceros con sus duras condiciones contractuales para convertirlo en huelgas y protestas, aunque estas fueron esporádicas y poco fructuosas. Por su parte, los trabajadores vivían en unas condiciones miserables en localidades próximas a las ciudades, a menudo —según un estudio llevado a cabo en Italia en 1881— hacinados en las viviendas de unos deteriorados edificios de ladrillo, con simples suelos de tierra y unas instalaciones higiénicas y sanitarias mínimas. Tenían que destinar casi una tercera parte de sus ingresos a la compra de alimentos, aunque con frecuencia recibieran una forma básica de sustento mientras trabajaban, y normalmente enviaban a sus hijos a mendigar un poco de pan a las granjas del lugar. Cuando estalló la primera guerra mundial, buena parte del sur de Europa también había evolucionado para convertirse en una economía rural asalariada; pero la pobreza y la explotación ya habían empujado a cientos de miles de individuos a emigrar al Nuevo Mundo.

Dar de comer al pueblo

La emancipación de los siervos y sus consecuencias, y el declive del sistema de aparcería, tuvieron una importancia tan trascendental en la Europa del siglo XIX entre otras cosas porque a lo largo del siglo la inmensa mayoría de la gente vivía de la tierra y dependía de ella para su supervivencia. Prácticamente en todas partes, las ciudades eran pocas y estaban alejadas unas de otras, cual islas urbanas en un mar rural. Incluso en 1850, solo un 20 % de los habitantes de Italia residía en ciudades, proporción que en España era de un 17 %, en Francia de un 15 %, en Alemania de un 11 %, en Polonia de un 9 % y en Austria y Bohemia de un 8 %. Más que las nuevas influencias de la industrialización, el índice de urbanismo relativamente elevado en Italia y España venía a reflejar unos patrones antiguos de asentamiento, y lo mismo ca-

be decir de los Países Bajos, donde en aquellos tiempos el 30 % de la población vivía en ciudades. La gran excepción era Gran Bretaña, donde por lo menos un 50 % de sus habitantes residía en ciudades en 1850, como consecuencia del rápido crecimiento de la economía industrial. En Gran Bretaña, la proporción de población masculina adulta dedicada a la agricultura, un 48 % en 1800, se había reducido a un 29 % en 1840, en evidente contraste con otras zonas de Europa. Incluso a finales de siglo, eran relativamente pocos los estados europeos que se podían jactar de que la mayoría de sus habitantes vivían en ciudades en vez de zonas rurales (Bélgica y Alemania sin duda, pero no Francia o España, y menos aún Rusia). La urbanización apenas había comenzado en Europa oriental. Durante buena parte del siglo, el europeo típico fue un campesino que vivía de la tierra y para la tierra.

Durante ese período, a pesar de las guerras y las épocas de hambruna del siglo, la población de Europa no paró de aumentar: de unos 205 millones en 1800 pasó a ser de alrededor de 275 millones en 1850. El aumento de población fue desigual en ritmo y extensión, pero ocurrió en todo el continente y tuvo lugar bajo el que los historiadores han venido a denominar el *Ancien Régime* demográfico, en el que las tasas de natalidad y mortalidad fueron sumamente elevadas; en aquella época, lo normal era que por cada mil habitantes se produjeran alrededor de cuarenta y cinco nacimientos, y entre treinta y cuarenta defunciones. La razón principal de este aumento de población fue la desaparición de las grandes plagas que habían asolado Europa en el pasado, como la epidemia de peste bubónica, que había acabado con la vida de entre un tercio y la mitad de todos los habitantes de Europa a mediados del siglo XIV, pero que se había retirado hacia Oriente durante el siglo XVIII. La intervención médica también desempeñó un papel importante; por ejemplo, la campaña general para la promoción de la lactancia materna, la eliminación de pantanos y ciénagas (reduciendo la incidencia de la malaria, habitual en todo el sur de Europa, hasta el valle del Rin) y la mejo-

ra de la sanidad pública, al menos en las principales ciudades y capitales europeas. El declive de la viruela, verdadera asesina antes del desarrollo de una vacuna efectiva por parte de Edward Jenner en 1798, también desempeñó un papel significativo, al igual que la ausencia relativa de guerras en Europa después de la batalla de Waterloo. Los índices de natalidad también empezaron a subir porque las mujeres se casaban y tenían hijos a una edad más temprana, elevando de esta manera el número de nacimientos muy por encima del de las defunciones, lo cual provocaba ese aumento de población.

El porcentaje anual de crecimiento demográfico resulta sorprendente. Entre 1800 y 1850 fue del 1,3 % en Inglaterra y Gales, alrededor del 0,9 % en Rusia, Noruega, Finlandia y Dinamarca, del 0,8 % en Suecia, los Países Bajos y Bélgica, y del 0,6 al 0,7 % en prácticamente todas las demás regiones de Europa, aparte de Francia, Bulgaria y Portugal. A decir verdad, hubo un contraste entre oeste y este, pues, a mediados de siglo, en Rusia, la esperanza de vida al nacer era de tan solo 24 años, a diferencia de los 40 de Europa occidental, debido principalmente al elevado índice de mortalidad infantil, cosa que, sin embargo, Rusia compensaba con un elevado índice de natalidad de alrededor de cincuenta nacimientos por cada mil habitantes, circunstancia que reflejaba una media de edad mucho más baja a la hora de contraer matrimonio. En este aumento de la población, la parte desempeñada por una caída del índice de mortalidad en una época en la que el índice de natalidad siguió siendo muy elevado queda perfectamente ilustrada en el caso de Suecia, donde los primeros registros demográficos son particularmente buenos. Tras dos crisis masivas de mortandad en la década de 1770, y de nuevo en el período de hambruna de 1815-1816, con una tasa de mortalidad de 50 y de casi 40 por cada mil habitantes respectivamente, antes de finales de la década de 1840 Suecia dejó de experimentar aumentos importantes en la tasa de mortalidad, que empezó a bajar de

manera desigual, pero constante, de casi el 30 ‰ de un año normal del siglo XVIII, hasta poco más del 20 ‰ en 1840.

A finales del siglo XVIII, el reverendo Thomas Malthus (1766-1834) había advertido de que en una sociedad agraria, la población tendía a crecer más que la capacidad de la tierra para sustentarla. Mortandad y hambruna serían el resultado. En Gran Bretaña, esta amenaza pudo evitarse no solo por las mejoras introducidas en la agricultura, sino también por la habilidad cada vez mayor para saber utilizar los ingresos obtenidos con la exportación de artículos industriales para importar productos alimenticios, sobre todo tras la abolición de los aranceles sobre los cereales en 1846. Los gobiernos de todos los países se esforzaron cada vez más por mejorar la eficiencia de la agricultura, y en 1837 los rusos crearon un Ministerio para las Propiedades Estatales con el fin de construir y gestionar granjas modelos y establecer escuelas para la formación de los campesinos del Estado. Las sociedades locales para la mejora de la agricultura, fundadas por terratenientes de mentalidad progresista tuvieron cierta influencia a la hora de distribuir información. Pero lo más efectivo fue la motivación económica, que solo comenzó a arraigar verdaderamente tras la emancipación de los siervos. Antes incluso de que todo esto se hiciera realidad, los terratenientes ya habían empezado a importar al continente utillaje y maquinaria de fabricación británica, como, por ejemplo, trilladoras, y razas nuevas de ovejas y de reses para mejorar sus ganados. A mediados de siglo, una cuarta parte de los cuarenta y cuatro millones de ovejas que había en la Rusia europea eran variedades de lana fina como la raza merina. Se obtendrían grandes beneficios criando ovejas para el mercado: si bien en 1816 menos del 10 % de los ocho millones de ovejas que pastaban en suelo prusiano pertenecían a razas de lana fina, más de una cuarta parte de los dieciséis millones de 1849 eran de raza merina. El resto de Alemania ya exportaba casi 1,4 toneladas de lana a Gran Bretaña en 1816; a mediados de la década de 1830, esta cifra se había multiplicado

por más de diez. Solo fue entonces cuando la competencia de la lana procedente de ultramar, particularmente del hemisferio sur, empezó a imponerse por su precio menor, lo cual llevó a los productores europeos a cambiar de negocio para dedicarse al ganado porcino.

A comienzos del siglo XIX era práctica habitual de los campesinos dejar una parte sustancial de sus campos sin cultivar, siguiendo un sistema de rotación anual, para permitir que el terreno se recuperara después de haber producido varias cosechas los años anteriores, pero esta costumbre había comenzado a aparcarse bajo la influencia de los tratados de agricultura ingleses cuyo mensaje era el que transmitían los terratenientes que buscaban cambios de metodología y una mayor eficiencia. Por su parte, los pequeños propietarios empezaron a dedicarse al cultivo de tubérculos que explotaban estratos más profundos del suelo que el trigo, o a plantar tréboles, lo cual restauraba las propiedades de la tierra cuando volvía a ararse. Además, antes incluso de que llegara la emancipación, las comunidades emprendedoras de campesinos habían comenzado a consolidar las parcelas, superando las deseconomías asociadas con el sistema de cultivo en franjas. La ganadería mejoró la calidad de las ovejas, los cerdos y las reses, y la rotación de cultivos —el cambio anual de las cosechas de un campo determinado para no producir un desgaste excesivo del terreno— vino a reducir la extensión de las tierras de barbecho y a permitir que hubiera forraje disponible en invierno, estación en la que en épocas anteriores tenían que ser sacrificados muchos animales.

En las zonas en las que las granjas principales producían para un mercado más amplio, y tenían, por lo tanto, capacidad de inversión, la transformación más espectacular de la agricultura probablemente fuera la que supuso la utilización de fertilizantes para recuperar las propiedades de un terreno muy desgastado y mejorar las cosechas. Durante la primera mitad del siglo, el fertilizante más importante fue a todas luces el guano, materia ex-

crementicia de aves marinas que había venido acumulándose durante milenios formando enormes montañas en las islas Chincha, frente a la costa de Perú, donde el clima árido impedía que los nitratos que contenían se disolvieran por efecto de la lluvia. Alexander von Humboldt había confirmado la eficacia del guano como fertilizante, y el químico alemán Justus von Liebig (1803-1873) también apostó por su utilización. Tras conseguir la independencia de España en la década de 1820, Perú necesitó nuevas fuentes de ingresos, y la exportación de guano empezó a proporcionarlas a partir de la década de 1840. Se trajeron culis chinos para excavar las montañas de depósitos, y los comerciantes peruanos empezaron a firmar contratos de exportación con las navieras británicas. Todo ello supuso un *boom* económico en Perú, la llamada «época del guano», que no llegó a su fin hasta la década de 1870, cuando comenzó a expandirse el uso de los fertilizantes artificiales. En Europa contribuyó a conseguir un aumento espectacular de la productividad en el sector de la agricultura orientado hacia la venta en los mercados.

A pesar de las agoreras predicciones de Malthus, lo cierto es que, en general, la producción agrícola de Europa fue creciendo durante décadas para estar más o menos a la altura del aumento de población. Esto fue posible en gran medida porque comenzó a destinarse cada vez más tierra a la agricultura. Se ha calculado que el total de tierras cultivadas en el continente pasó de los 110 millones de hectáreas de 1800 a los más de 150 millones de 1910. En los Países Bajos, donde se habían implantado muchas de las primeras técnicas nuevas del sector de la agricultura, fueron drenadas grandes zonas pantanosas, y los pólderes y los diques sirvieron para satisfacer la demanda de arrebatar al mar más tierras bajas. En total, alrededor de 50.000 hectáreas de tierra se convirtieron en campos de cultivo con la ayuda del Estado entre 1833 y 1911. La mayoría de los campesinos holandeses eran pequeños productores, dedicados sobre todo a la fabricación de queso, y tuvieron que mentalizarse para trabajar pensando en

un mercado. Poco a poco, los campesinos de algunas otras regiones de Europa comenzaron a imitarlos. Particularmente importante fue el cultivo de viñedos para fabricar vino, actividad llevada a cabo por pequeños productores al igual que por capitalistas de la agroindustria. En Francia, la producción de vino pasó de los 25 millones de hectolitros en la década de 1780 a los 60 millones de hectolitros en la década de 1870. La fruta, el cáñamo, el tabaco y la aceituna contribuyeron gradualmente a liberar a los campesinos de la tiranía que suponía una agricultura de subsistencia en zonas donde fue posible el cultivo de dichos productos.

En ciertas regiones de Europa, la agricultura permaneció obstinadamente aferrada a la tradición hasta bien entrado el siglo XIX. Esto se debió sobre todo al hecho de que los gobiernos solían ocultar sus ineficiencias tras el marco protector de las tasas de importación. Al igual que muchos otros gobiernos europeos, las autoridades españolas, por ejemplo, impusieron severas restricciones a la importación de cereales, que solo estaba permitida cuando los precios del grano español alcanzaban unos niveles excepcionalmente altos. Esto ocurrió solo en cuatro ocasiones antes de que la medida fuera derogada en 1869. Los campesinos y los jornaleros del campo españoles labraban la tierra utilizando los mismos métodos que habían venido empleando durante siglos, y aunque más adelante los latifundios productores de cereales de la meseta empezaron a usar máquinas y fertilizantes para aumentar los beneficios obtenidos con sus exportaciones, sus métodos siguieron siendo relativamente primitivos durante muchas décadas. Sucesivos gobiernos españoles trataron una y otra vez de liberar un mercado de la tierra y eliminar las restricciones que sufría la producción. Incluso en los lugares en los que llegaron cambios para la agricultura, a menudo dichos cambios resultaron muy poco ventajosos para el campesinado. En Hungría, por ejemplo, la época de depresión que vivió el sector agrícola entre 1820 y 1840 provocó un endeudamiento generalizado

de la aristocracia y la nobleza rural, situación que los miembros de estas clases sociales intentaron remediar convirtiendo sus campos de cultivo en tierras de pasto, llegando a cercar grandes extensiones de tierras comunales para que las ovejas pudieran pastar.

Aunque un número creciente de pequeños granjeros produjeran para el mercado, lo cierto es que en la Europa rural la vida campesina era en gran medida autosuficiente. Los economistas se impacientaban ante «la pobreza de espíritu que hace que todas las familias, incluso localidades enteras, todas las regiones vivan de sus propios recursos, sin pretender nada del comercio». Los campesinos no estaban acostumbrados a tratar con extraños; en torno a 1850, un viajero de clase media haría la siguiente observación cerca de Saint-Agrève, en el sur de Francia: «El campesino es extremadamente desconfiado; un extraño no puede esperar ayuda alguna de él, ni siquiera a cambio de dinero, y la pregunta más nimia a menudo no obtiene ninguna respuesta». Cuando este viajero dibujó un mapa, fue detenido por un grupo de hombres armados que lo acusaron de brujería. Más al este, los campesinos rusos y ucranianos podían recibir a los extraños con las ofrendas tradicionales del pan y la sal, pero también podían agredirlos y expulsarlos, pensando que venían a recaudar impuestos. Por muy autosuficientes que pudieran ser, lo cierto es que los campesinos siempre tenían que comprar al menos unos cuantos artículos y productos a los buhoneros y viajantes, o en los pueblos más próximos, especialmente objetos cerámicos y de metal. En tiempos de penuria, de mala cosecha o de crisis económica, sin embargo, las comunidades rurales a menudo se veían obligadas a arreglárselas por su cuenta, con unos resultados predeciblemente desastrosos. Incluso en los períodos de normalidad, la pobreza y la miseria rondaban cerca. Como el número de pobres sin tierra no paraba de crecer, debido al aumento de población y a la desposesión que se produjo tras la emancipación de los siervos, se hizo cada vez más urgente encontrar la mejor

manera de ayudar a esas gentes. En tiempos de penuria, muchos de esos individuos se echaban a los caminos o buscaban refugio en las ciudades, pidiendo limosna o confiando en la misericordia de las instituciones de ayuda y caridad del gobierno, mientras los modelos tradicionales de familia se quebrantaban.

Durante su viaje por Europa occidental a finales de la década de 1830, el poeta polaco Zygmunt Krasińsky (1812-1859) observó que las calles de Mesina, en Sicilia, estaban «llenas de montones de mendigos, niños con muletas, con las extremidades lisiadas». La pobreza asomaba por todas partes, incluso en los pueblos que visitó en Inglaterra, donde llegó a la conclusión de que la actitud ante esas situaciones era mucho más dura que en el continente. En 1818, se calculaba que en Baviera el 6,2 % de la población dependía de la beneficencia para sobrevivir, pero este porcentaje hacía referencia solo a la gente pobre sedentaria, y no incluía ni a los vagabundos ni a los que recibían caridad privada; se consideraba que había, además, un 19 % de la población que vivía al borde de la pobreza. El estado del bienestar, en el sentido moderno, brillaba por su ausencia en todas partes, lo mismo que las ayudas estatales, la seguridad social, el subsidio por desempleo o las residencias de ancianos. La beneficencia dependía tradicionalmente de la Iglesia. Especialmente en las regiones católicas, se consideraba que el acto de dar ennoblecía y santificaba el espíritu. La caridad cristiana constituía una fuente de limosnas para los indigentes, y los mendigos profesionales, que pedían ayuda mientras hacían la gesticulación ritual ante el viandante e invocaban la bendición de Dios para las almas caritativas, estaban por todas partes.

En vista de la incapacidad de la Iglesia para resolver el problema cada vez mayor del pauperismo, las asociaciones seglares de voluntarios de toda Europa comenzaron a desempeñar un papel cada vez más fundamental en lo concerniente a la beneficencia. No es de sorprender que en Rusia, donde las instituciones de la sociedad civil eran extremadamente frágiles, la organización de

beneficencia más importante, la Sociedad Filantrópica Imperial, fuera fundada en 1816 por iniciativa del zar Alejandro I, que proporcionaba a la entidad una cantidad de dinero todos los años para aumentar los ingresos obtenidos con las cuotas sociales y las donaciones privadas. Esta institución abrió filiales en muchas ciudades, y el número de personas a las que asistía no paró de crecer, pasando de apenas 4.000 almas en la década de 1820, a más de 25.000 a comienzos de la de 1840 y a casi 38.000 en 1857. Entre 1826 y 1855 fueron registradas en Rusia unas veinte sociedades caritativas. Una de las más célebres era la Casa de la Industria, fundada en 1833 por Anatoly Nikoláyevich Demídov, el hijo de un acaudalado industrial, que proporcionaba sopa y trabajo a los necesitados. En el curso de una visita a la cárcel principal de San Petersburgo en 1837, el zar Nicolás I quedó impresionado y consternado cuando vio que los mendigos estaban mezclados con los presos comunes, y creó un Comité Supremo para la Diferenciación y la Atención de los Mendigos en San Petersburgo, así como otra institución similar en Moscú. Dicho comité acogía a los mendigos detenidos por la policía y enviaba a los que consideraba gente digna, pero incapacitada para la vida laboral, a la Sociedad Filantrópica Imperial, y a los que no sufrían minusvalías los remitía a patrones y empresarios para que les proporcionaran un trabajo. Supuestamente, los vagos profesionales de la mendicidad eran devueltos por el comité a la policía, y luego trasladados a campos de trabajo en Siberia, mientras que los individuos que atravesaban por un período transitorio de dificultades recibían ayuda en forma de fondos o documentación.

Esta relativa centralización de la beneficencia en Rusia no era un hecho habitual. En casi todas las regiones de Europa tenía un carácter local. En 1816, por ejemplo, una nueva ley de asistencia pública delegó los asuntos de beneficencia en los ayuntamientos bávaros, que debían conceder ayudas a los pobres por razón de nacimiento o matrimonio en la comunidad, o los largos años de

trabajo en ella. El sistema, que estuvo en vigor exactamente un siglo, requería que los administradores locales llevaran un registro de los más necesitados para proporcionarles alimentos, ropa y cobijo. Las ayudas también incluían la provisión de asistencia médica gratuita, por la que los médicos locales eran pagados con los fondos establecidos por dicha ley; las boticas tenían que vender los medicamentos a menos de la mitad de su precio. Pero todo ello no era más que una medida de protección que se reveló totalmente inapropiada para afrontar el creciente empobrecimiento de la población trabajadora durante la década de 1820 o en tiempos de crisis. Todos los sistemas de ayuda europeos habían sido concebidos principalmente para proporcionar asistencia a la gente pobre de las zonas rurales, en una sociedad en la que la inmensa mayoría de las personas vivían de la tierra y para la tierra. Se trataba de individuos vulnerables no solo a las crisis agrarias, sino también a la naturaleza cambiante de la pobreza cuando Europa empezó a volverse más urbana. En la mayoría de los países, los ayuntamientos y las parroquias estaban obligados a asistir a los enfermos, los ancianos, los discapacitados y los huérfanos, pero la Iglesia seguía ayudando a la inmensa mayoría de los más pobres. En los Países Bajos, las autoridades locales facilitaban comida, cobijo, combustible y dinero, todo ello en cantidades limitadas, y principalmente a ancianos, viudas y discapacitados. En el período comprendido entre los años 1829 y 1854, una media del 25 % de toda la población de Ámsterdam recibía asistencia pública de manera regular. Alrededor de un 90 % de esta ayuda era en forma de trabajo. De cada cuatro indigentes, tres seguían recibiendo asistencia de la Iglesia reformada, como también ocurría en la bulliciosa ciudad portuaria de Róterdam, donde en 1859 el 17 % dependía de la asistencia pública.

Por toda Europa, el aumento del pauperismo resultaba sumamente alarmante para las élites urbanas de clase media, que empezaron a pensar cada vez más que la Iglesia no hacía otra cosa que fomentar esa situación. La pobreza, en su opinión, era fruto

de la ociosidad, lo que daba lugar a una clase inferior cuya carencia de bienes la convertía en una amenaza social y política en potencia. En Castilla, las sublevaciones políticas de la década de 1820 pusieron la reforma de la asistencia social en la primera línea del debate político, en el que los ayuntamientos impulsaron una campaña muy agresiva contra las organizaciones de ayuda de la Iglesia, expropiaron sus propiedades (con la Ley de Beneficencia de 1822) y pusieron las instituciones asistenciales bajo el control de los consejos locales. No obstante, fue en Gran Bretaña, el primer país que experimentó el fenómeno de la industrialización y el del rápido crecimiento urbano descontrolado al que esta dio lugar, donde se encontró una manera nueva de afrontar y combatir el pauperismo, y reducir de paso la onerosa carga que suponía. Al igual que otros estados europeos, Gran Bretaña utilizaba un sistema de ayudas en el que a los que estaban en condiciones de trabajar se les proporcionaba una ocupación, a menos que la rechazaran, en cuyo caso eran enviados a prisión o castigados con el látigo. Pero este sistema, la Antigua Ley de Asistencia Pública, en virtud de la cual las autoridades locales, en este caso parroquias, era responsables —como en otros países — de ayudar a los indigentes, comenzó a imponer a los contribuyentes unas cargas imposibles de asumir durante la crisis de 1815-1816 y una vez superada esta. En su mayoría, las parroquias eran demasiado pequeñas para afrontar el número cada vez mayor de personas del campo que se veían desposeídas por el cercado de tierras comunales y la conversión de tierras de labranza en pastos. Malthus, entre otros, consideraba que el sistema de subsidios para los pobres basado en el precio del pan y el tamaño de sus familias —el sistema Speenhamland, o de los acuerdos de Speenhamland— fomentaba que estas crecieran de manera irresponsable, y abogaba por la abolición definitiva de la Antigua Ley de Asistencia Pública. «Extiende el pauperismo y la imprevisión», manifestaría en tono quejoso un comentarista en 1831.

A comienzos de la década de 1830, con un gobierno reformista en el poder, a ojos de muchos políticos británicos llegó la hora de aplicar los nuevos principios de economía política para aliviar la situación de los más humildes. En 1834, el Parlamento británico aprobó una Nueva Ley de Asistencia Pública concebida para introducir en el mundo laboral a los pobres sin discapacidades. Las mil quinientas parroquias de Inglaterra y Gales fueron agrupadas en seiscientas Uniones de Asistencia Pública, dirigidas por Juntas de Tutores elegidas por los contribuyentes (los grandes terratenientes tenían pluralidad de votos). Las ayudas en la calle —el trabajo de los pobres— fueron abolidas. Si un hombre con capacidad para trabajar quería asistencia, debía buscarla en un asilo de pobres, donde las condiciones eran deliberadamente desagradables, con una disciplina estricta, una comida miserable, unas normas espartanas y ningún entretenimiento social. Como remarcaría uno de los nuevos inspectores adjuntos, los asilos constituían un elemento disuasorio, con su «apariencia de cárcel» concebida para «atormentar a los indigentes» e inspirar «un terror saludable», y el trabajo que tenían que efectuar los internos debía resultar, como decía exactamente la ley, lo más «desagradable» posible. «Cada penique concedido que tienda a convertir la condición de pobre en preferible a la del trabajador independiente —decía el informe que dio lugar a la aprobación de la Nueva Ley de Asistencia Pública—, constituye una recompensa a la indolencia y al vicio». Si el indigente encontraba la vida en el asilo de pobres realmente desagradable, entonces emplearía todas sus energías para encontrar un trabajo remunerado: «Si pide un trabajo, no obtendrá un no por respuesta».

Este principio de «menor elegibilidad» se aplicó a todo el mundo. Se consideró que los huérfanos, los ancianos y los enfermos debían ser atendidos por sus familias, o por parientes más lejanos. El asilo de pobres, con sus mínimas ayudas, su rígida disciplina, sus uniformes, sus degradantes sesiones para despiojar a los internos y el estigma social que comportaba, era consi-

derado popularmente un lugar que debía ser evitado a toda costa. Su reputación empeoró con la Ley de Anatomía de 1832. Esta normativa fue una respuesta al encarecimiento del precio de los cadáveres que se suministraban a las escuelas de anatomía, circunstancia que animaba a los «resucitadores» a robar cuerpos recién enterrados para venderlos a las escuelas de medicina, y que también provocó que en 1829 ocurrieran unos macabros sucesos en Edimburgo: William Burke (1792-1829) y William Hare (1807-1829) asesinaron a diversas personas para ganar dinero vendiendo sus cadáveres a los anatomistas. A partir de 1832, los cuerpos de los indigentes serían cedidos gratuitamente a las escuelas de medicina si ningún pariente los reclamaba. En una época de gran religiosidad, en la que la mayoría de la gente creía en la resurrección física de los cuerpos, esta posibilidad probablemente resultara todavía más perturbadora que el mismísimo asilo de pobres.

No es de sorprender que la Nueva Ley de Asistencia Pública fuera ampliamente criticada por constituir una negación de los derechos tradicionales de los ingleses. La normativa separaba a los maridos de sus esposas en el asilo, y sometía a la rígida disciplina del centro —además de a los que no sufrían discapacidad alguna, que eran el verdadero objetivo de la ley— a niños, huérfanos, enfermos y ancianos —que entre 1850 y 1870 representaban alrededor del 80 % de los internos—, ninguno de los cuales tenía precisamente la posibilidad de encontrar un trabajo remunerado en la sociedad. Su crueldad y su potencial para la corrupción fueron memorablemente retratadas en la segunda novela de Charles Dickens (1812-1870), *Oliver Twist*, en la que el protagonista, un niño huérfano, provoca un alboroto en el asilo cuando pide, en nombre de los internos hambrientos, una segunda ración de gachas. Escrita en 1837-1839, esta novela caricaturiza la pomposidad y la hipocresía de los miembros de la junta parroquial responsable de dirigir el orfanato, describe el penoso y ab-

surdo trabajo que los niños se ven obligados a efectuar y condena la ineficacia y crueldad del sistema.

Aunque en 1839 ya habían sido construidos unos 350 asilos para los pobres, lo cierto es que el fracaso de la ley a la hora de proporcionar un programa específico comportó que más de 170.000 indigentes aún estuvieran recibiendo ayudas en la calle, en claro contraste con los 28.000 adultos «sin discapacidades para el trabajo» que se encontraban en los asilos para pobres. No obstante, a finales de la década de 1830, el gasto de Gran Bretaña en asistencia pública se había reducido a la mitad, sin duda para gran satisfacción del contribuyente. El implacable espíritu de utilitarismo que regía en la ley, en el que los ideales de caridad y benevolencia se veían sustituidos por un cálculo racional de recompensas y (más claramente) castigos como incentivos para trabajar, también podía apreciarse cada vez más en otros países. En Alemania, por ejemplo, el sistema Elberfeld de administración de asistencia pública, que comportaba la división de municipios en distritos, cada uno de ellos con un voluntario encargado de supervisar la gestión de la asistencia pública aplicando unas reglas estrictas a la hora de proporcionar ayudas y revisando regularmente los distintos casos, empezó a extenderse después de que en 1823 se introdujeran diversas reformas administrativas en el gobierno municipal. Para los seguidores de las teorías de la economía política, no había ninguna razón para que alguien pasara hambre, excepto en los casos más extremos de enfermedad o decrepitud: si los individuos sin discapacidades para trabajar vivían en la indigencia era por su ociosidad. Esta doctrina tendría unas consecuencias desastrosas, sobre todo en Irlanda, durante la crisis económica de finales de la década de 1840.

El hambre de la década de 1840 y los años posteriores

Si la agricultura europea consiguió adaptarse para estar a la altura de un rápido crecimiento de población, a pesar del alarmante aumento del pauperismo, no fue solo porque los granjeros de muchas regiones del continente europeo se mostraran su-

mamente predispuestos a cosechar nuevos productos. El maíz se hizo tan popular en los principados danubianos (Rumanía), donde había venido cultivándose desde el siglo XVII, que en la década de 1830 ocupaba el 70 % de los campos de labranza de Valaquia y constituía la base de la dieta de los campesinos del lugar. En las zonas más templadas de Europa aumentaba el cultivo del tabaco y los tomates; y las cosechas de girasol, otra importación americana, trataban de satisfacer la demanda creciente de aceite para cocinar. Los nuevos productos permitían a los terratenientes y a los campesinos diversificar su sistema de trabajo mediante la introducción de unos métodos de producción más industriales, y en este sentido la remolacha azucarera registró unos resultados particularmente impresionantes. Aunque su producción no podía competir con la de caña de azúcar de las colonias ni en cantidad ni en calidad, las mejoras en el proceso de refinado de la década de 1820, junto con los nuevos incentivos del gobierno, permitieron una notable expansión de este producto, de modo que en el imperio ruso, por ejemplo, el número de refinerías de azúcar pasó de 7 en 1825 a 448 en 1861, la mayoría de ellas en Ucrania.

Sin embargo, la patata fue el producto primordial de todos los importados por Europa tras la colonización de América, aunque costó que encontrara aceptación entre el campesinado del continente. En Rusia, en la década de 1830, los labradores la llamaba «manzana del diablo», y los intentos del gobierno de que los siervos del Estado se dedicaran a su cultivo desencadenaron una serie de violentos disturbios conocidos como las «revueltas de la patata». En 1834, el radical inglés William Cobbett (1763-1835) la calificó de «comida repulsiva y asquerosa para cerdos», y en un distrito francés, la Sologne, se comunicó diez años después que los lugareños «se considerarían unos desgraciados si tuvieran que comer patatas». No obstante, en la mayoría de las regiones de Europa la patata ya había encontrado aceptación por aquel entonces, sobre todo a raíz de la gran hambruna de los años pos-

teriores a la caída de Napoleón, cuando, principalmente en las zonas de Hungría y Polonia más necesitadas, se convirtió en un alimento indispensable en ausencia de cereales. Era fácil de cultivar, resultaba nutritiva, sus cosechas eran abundantes y bastaba con lavarla y cocinarla para comerla. Casi en todo el norte de Europa, el número de hectáreas dedicadas al cultivo de la patata experimentó un aumento espectacular durante las primeras décadas del siglo XIX, llegando a ser de más de doscientas mil hectáreas en las provincias rusas de Bielorrusia a comienzos de la década de 1840 y, por lo visto, a multiplicarse por veinte en Estonia en la de 1820. Durante la década de 1840, el cultivo de la patata se impuso en muchas zonas de Bohemia, Moravia, Silesia y Galicia, extendiéndose rápidamente a Escandinavia, el norte de Francia y las islas Británicas. Las patatas adquirieron una importancia singular en Irlanda, donde la superpoblación de las zonas rurales hizo que resultara casi imposible resistirse a cultivarla de manera intensiva. A comienzos de la década de 1840, casi una tercera parte de la tierra cultivable de la isla estaba dedicada a la patata, una proporción que doblaba sobradamente a la del siguiente país más amante de la patata, Bélgica. Se calculaba que en Irlanda se consumían diariamente más de dos kilos de patatas per cápita, lo cual indica que para mucha gente constituía su único medio de nutrición.

En el verano de 1845, la ola de calor y de humedad que sacudió a Europa provocó que en todas partes las patatas se vieran infectadas por un organismo fungoso que las convertía en una masa marrón maloliente y putrefacta en los campos. La plaga fue más severa en los lugares en los que los inviernos fueron suaves, y los veranos húmedos, como, por ejemplo, Irlanda y el oeste de Escocia, pero se dejó sentir, de una manera u otra, en toda Europa. En 1845, la producción de patatas cayó catastróficamente: un 87 % en Bélgica, un 71 % en los Países Bajos, un 50 % o más en Dinamarca y en el suroeste del estado alemán de Wurtemberg, y un 30 % en Irlanda. La plaga continuó en 1846;

aunque la producción se recuperó ligeramente en buena parte de Europa, experimentó una fuerte caída en Irlanda, donde el descenso acumulado llegó a ser de un 88 %. Tras un breve período de recuperación en 1847, la plaga volvió a golpear en 1848-1849. En la Silesia prusiana, donde la dependencia de la patata era casi tan grande como en Irlanda, se cuenta que en el invierno de 1846-1847 la gente no tenía «nada que comer; solo hierba y ortigas, fárfara, o una masa preparada con ahechadura, tréboles y sangre».

En Holanda, Bélgica y Prusia, a los problemas causados por la enfermedad de la patata se sumó la pérdida en 1846 de casi la mitad de las cosechas de centeno y una gran parte de las de trigo. Fue una catástrofe, sin parangón desde el bienio de 1816-1817, que para los habitantes de esas regiones supuso un golpe durísimo por su gran dependencia del pan de centeno y de trigo para subsistir. En Alemania, Francia, Bélgica y los Países Bajos, el crecimiento de población se interrumpió a finales de la década de 1840, pues la gente moría de enfermedades derivadas de la malnutrición, sucumbía a las epidemias (principalmente de cólera en 1849, y de malaria en la costa holandesa), huía a las ciudades y dejaba de tener hijos. Los gobiernos actuaron rápidamente para limitar los daños: las autoridades prusianas organizaron la compra de cantidades masivas de grano ruso, el gobierno danés abolió los aranceles que gravaban las importaciones de maíz, y Francia también compró grano a Rusia. En 1840, los belgas consumían una media de 1,5 kilos de patatas al día, pero en 1846 el 95 % de la producción de patatas de Flandes quedó destruida por la plaga. Además, la industria rural del lino, que en la década de 1840 daba trabajo a unas trescientas treinta mil personas, también entró en crisis, debido a la fuerte competencia de la industria mecanizada del algodón y a una bajada de la demanda. El gobierno belga concedió 2,5 millones de francos en subsidios, en septiembre de 1845 eliminó los aranceles que gravaban las importaciones de comida y grano, en 1846 compró en el extranjero

5,5 millones de kilos de patatas sanas para la siembra y gastó 14,7 millones de francos en obras públicas. Los ayuntamientos efectuaron inmediatamente esfuerzos ingentes para ayudar a los más necesitados, con el apoyo de la Iglesia; por ejemplo, en el invierno de 1846-1847, en la ciudad de Brujas fueron repartidos 250.000 kilos de carbón, 247.000 litros de sopa, cupones para adquirir pan por un valor de 64.000 francos y 40.000 francos en ayudas directas. Las élites locales y nacionales de Bélgica tenían un gran interés en superar la crisis, sobre todo porque el país hacía muy poco que había logrado su independencia.

En las Highlands de Escocia y en las Hébridas Exteriores más del 75 % de las parroquias formadas por pequeñas granjas anunciaron en 1845 la pérdida de todas las cosechas de patatas. El hambre y la malnutrición hicieron mella en las familias campesinas, que empezaron a contraer enfermedades de los órganos digestivos; en Ross of Mull, la tasa de mortalidad se multiplicó por tres en el invierno de 1846-1847. Sin embargo, el desastre afectó principalmente las zonas en las que la población dependía de la patata, de modo que las Lowlands de Escocia se libraron en gran medida de aquella calamidad a pesar de que la plaga siguiera haciendo estragos incluso en la década de 1850. Unos doscientos mil habitantes de las Highlands y las islas fueron los perjudicados. A finales de 1846, el gobierno había anclado dos barcos frente a las costas de Mull y Skye para vender grano a un precio económico, y las obras públicas empezaron a proporcionar unos ingresos a los más necesitados. Se construyeron carreteras, murallas y muelles, y se excavaron zanjas de drenaje. A comienzos de 1846, diversas organizaciones caritativas seculares y religiosas crearon un comité de auxilio para suministrar grano a las zonas más golpeadas, y llegaron a reunir casi 210.000 libras esterlinas, suma enorme que, en opinión de muchos, probablemente haya sido la más grande que se consiguió reunir en la Escocia del siglo XIX para una sola causa. Los comités locales fueron los encargados de distribuir el grano y otros alimentos.

Movidas por el espíritu de la Nueva Ley de Asistencia Pública, las autoridades insistieron en que solo los que trabajaban tenían derecho a recibir ayuda. Para cumplir este principio, surgió toda una burocracia con sus libretas de trabajo, sus inspectores y sus vales de comida. El secretario adjunto del Tesoro británico, sir Charles Trevelyan (1807-1886), encargado de los asuntos asistenciales en Escocia e Irlanda, siempre hacía hincapié en que «después de permitir que la gente muera de hambre, lo peor que podría ocurrir sería que se acostumbraran a depender de la caridad pública». Lo que salvó la situación fue la intervención de la élite terrateniente. En la década de 1840, el 75 % de las fincas de las Highlands de Escocia había sido adquirido por hombres de negocios que querían poseer cotos de caza y adquirir prestigio social y poder. Procedentes del mundo urbano-industrial, comercial y financiero de Glasgow, Edimburgo y las Lowlands, estos individuos tenían la fuerza económica necesaria para mitigar la precaria situación de sus hambrientos arrendatarios, y la mayoría de ellos la utilizó. Utilizando los recursos de la firma de la que era cofundador, Jardine Matheson & Co., la poderosa e inmensamente próspera empresa mercantil que por aquel entonces controlaba el comercio del té y del opio con China, sir James Matheson (1796-1878) invirtió en la isla de Lewis, que previamente había adquirido, 107.000 libras esterlinas entre 1845 y 1850, esto es, unas 68.000 libras más de lo que había ganado con la propiedad en esos mismos años. Vemos, pues, que hubo diversas maneras de evitar la catástrofe. Este tipo de medidas consiguieron mitigar, pero no prevenir, una verdadera crisis en Europa provocada por la mortandad a finales de la década de 1840. La tasa de mortalidad en Bélgica llegó a ser casi un tercio más alta que la media de 1847, con un total de alrededor de cincuenta mil defunciones atribuibles, directa o indirectamente, a las malas cosechas; en las zonas de Flandes dedicadas al cultivo del lino la tasa de mortalidad llegó a duplicarse en algunos lugares. Como en todas las épocas de hambruna, muchas muertes fueron provocadas por el

hacinamiento en las ciudades a las que se dirigía la gente en busca de asistencia y por diversas enfermedades que se extendían fácilmente en medio de unas condiciones insalubres, en especial el tifus. En los Países Bajos, la tasa de mortalidad llegó a aumentar un 32 %, e incluso el 60 % en algunas zonas; y en Prusia hubo 42.000 defunciones más de las que solían producirse en un año normal, esto es, un aumento del 40 %. Las condiciones eran peores en regiones protoindustriales como la Alta Silesia. En los demás lugares, el número de fallecimientos solo aumentó entre un 5 y un 10 %, y en su mayoría esas muertes se debieron a las epidemias.

La situación fue mucho peor en Irlanda por diversas razones, razones que vinieron a sumarse a la singular dependencia de la patata, característica de su población. La asistencia pública no estaba descentralizada como en Bélgica. Además, a diferencia de Escocia, los terratenientes absentistas apenas mantenían contacto con sus arrendatarios y no se sentían vinculados a ellos por cuestiones de nacionalidad, y tampoco contaban con fuentes de ingresos procedentes del sector comercial o industrial con las que poder prestar apoyo a actividades caritativas. En Irlanda, durante la crisis, la mortalidad aumentó asombrosamente un 330 %, en claro contraste con el 40 % de Flandes, porcentaje más modesto, pero igualmente espantoso. Los angustiosos informes que hablaban del rápido deterioro de la situación en Irlanda ya estaban empezando a llegar a Inglaterra en el otoño de 1845. Había que tomar medidas, pero los obstáculos políticos no eran pocos. El más importante de ellos era el que suponían las llamadas Leyes del Grano [*Corn Laws*], que protegían la agricultura británica favoreciendo las exportaciones e imponiendo, por otro lado, unos aranceles extremadamente altos a las importaciones de grano. Su existencia era un reflejo de la dominación ejercida por los terratenientes, los aristócratas productores de grano que controlaban la política británica y que estaban dispuestos a luchar por su causa. Hicieron difícil, por no decir imposible, importar

alimentos para aliviar la situación de Irlanda. En noviembre de 1845, el Comité de la Casa de la Mansión, formado por una serie de figuras importantes, entre las que destacaban Augustus Fitzgerald, duque de Leinster (1791-1874), y el alcalde de Dublín, condenaron «la conducta irresponsable de la actual administración» por cometer el «delito de mantener los puertos cerrados a las importaciones de provisiones del extranjero», aumentando así los precios «en beneficio de una clase egoísta que en la terrible crisis actual obtiene ventajas económicas manteniendo en vigor las opresivas Leyes del Grano». Peor aún, los puertos estaban abiertos para la exportación de grano irlandés, en «una cantidad prácticamente igual a la necesaria para alimentar a todo el pueblo de Irlanda». En Londres, el gobierno de sir Robert Peel (1788-1850) anunció en enero de 1846 su intención de derogar las Leyes del Grano, un verdadero triunfo para la larga campaña emprendida por los defensores del libre comercio, individuos liberales en su mayoría de clase media; sin embargo, la aprobación de la nueva ley en junio de 1846 llegó demasiado tarde para Irlanda, pues la normativa solo estipulaba una reducción gradual de las tasas de importación hasta su abolición definitiva en 1849. Y el daño ya sería irremediable.

Consciente de las dimensiones de la crisis, el gobierno británico puso en marcha una serie de proyectos de obras públicas con el fin de proporcionar un salario a los más necesitados, y se dispuso a controlar con rigor el precio de la patata. Se organizaron importaciones de grano y la distribución de productos alimenticios de la India desde los depósitos centrales. Pero todas estas medidas eran poco uniformes, a menudo incompletas y, sobre todo, se ponían en práctica con mucha demora. Los comedores sociales, por ejemplo, no funcionaron plenamente hasta 1847, y aun así no consiguieron dar abasto. Las hambrientas familias irlandesas acudieron en tropel a los asilos de pobres —que a comienzos de 1848 tenían alrededor de 135.000 internos, y dieciocho meses más tarde unos 215.000—, buscando ayuda y algo que

llevarse a la boca. Pero, según la ley, a la asistencia pública no tenía derecho todo aquel que poseyera una parcela de más de mil metros cuadrados. Al final, las acciones de ayuda privadas tuvieron mayor trascendencia, aunque los terratenientes se mostraron menos proclives a mitigar las penurias de sus arrendatarios que sus homólogos de Escocia, región duramente golpeada por la crisis. (En honor a la verdad, hay que decir que tampoco tenían los mismos recursos). Los miembros de la élite política y social británica tenían la sensación de que, en toda la crisis de Irlanda, el problema de fondo era que los irlandeses se habían buscado lo que les ocurría porque eran perezosos y tenían demasiados hijos (precisamente la advertencia que había lanzado Malthus sobre los supuestos efectos de la Antigua Ley de Asistencia Pública). En opinión de un crítico, tenían una tendencia nefasta: «entretenerse aquí y allá en el campo», sin hacer nada.

A finales de 1846, la crisis había alcanzado unas proporciones catastróficas. El 26 de diciembre, el secretario del Comité de Ayudas de Clonlolan declaraba al *Sheffield Independent* que había recibido solicitudes de 1.400 familias. Contaba que, en sus viajes por la baronía, en todas partes lo esperaba

> una multitud de gente famélica, demacrada por su malnutrición. Hombres, que debían ser agricultores acomodados, vestidos con harapos, y con todo el aspecto de vivir en la miseria más absoluta. Se veían mujeres cubiertas apenas con la ropa necesaria para preservar su decencia; pero el aspecto de los niños fue lo que más me impresionó y más dolor me causó: macilentos, pálidos, arrugados, como si fueran viejecitos.

En una carta al duque de Wellington, un magistrado de Cork describía una aldea próxima a Skibbereen como un lugar «aparentemente desierto», y añadía que cuando entró en «algunas de sus casuchas» pudo llegar a contar no menos de doscientos individuos «horriblemente esqueléticos y hambrientos, que parecían muertos», la mayoría de ellos «delirando, ya fuera por el hambre o por la fiebre». En una casa la policía había encontrado «dos cuerpos congelados… medio devorados por las ratas». Las escenas, escribía desconsolado, eran tan espeluznantes, «que resulta

imposible describirlas verbalmente o con la pluma». Por aquel entonces ya se habían abierto comedores sociales, pero no cumplían con su objetivo. «Como mucho, dos de cada diez personas que pasan realmente hambre acuden a ellos», se informaba el 4 de marzo de 1847.

En total, la gran hambruna de Irlanda acabó con la vida de un millón de personas, esto es, alrededor de una quinta parte de la población de la isla. Esta circunstancia la convirtió en la peor hambruna europea del siglo XIX. En términos absolutos, no se diferenció mucho de la hambruna de 1816-1817, pero la mayoría de las muertes que se produjeron durante esta última fueron debidas a enfermedades contagiosas, sobre todo la peste en los Balcanes, que puede considerarse perfectamente un efecto colateral de las malas cosechas. A finales de la década de 1840, la historia se repitió en la mayoría de los demás países europeos, donde el cólera fue la causa de casi todas las cuatrocientas mil muertes de más que se produjeron. En Irlanda, exclusivamente, la mayoría de los fallecimientos se debieron al hambre pura y dura. Y la cosa no acabaría ahí. También tuvo efectos a largo plazo. Muchos niños y adolescentes que lograron sobrevivir sufrieron retraso en el crecimiento: en los Países Bajos, por ejemplo, la proporción de reclutas del ejército con una altura inferior a 157 centímetros aumentó un 20 % durante los años posteriores a 1847. En comparación con un año normal, la natalidad se redujo alrededor de un 33 % en Irlanda, un 20 % en Flandes y un 12 % en Prusia, pues la gente no quiso o no pudo concebir hijos durante la crisis. El número de matrimonios se redujo un 40 % en Flandes, e incluso en Francia bajó un 11 % en 1847. En Irlanda, más que en cualquier otro lugar, los supervivientes optaron por emigrar. A mediados de la década de 1850, una cuarta parte de todos los supervivientes nacidos en Irlanda se había trasladado al extranjero. Entre 1841 y 1861, como consecuencia de los desahucios forzosos de sus tierras y gracias a los programas de subvención a la compra de pasajes de barco, entre una tercera parte y la mitad de la po-

blación de algunas zonas de las Highlands de Escocia también optó por emigrar, o bien a Inglaterra o bien a territorios de ultramar. Un millón de personas dejaron Alemania durante la década siguiente a la crisis, pero las restricciones legales, tanto en Europa (en especial las limitaciones que sufrían los siervos y los aparceros para moverse con libertad) como en Estados Unidos, donde las tierras de labranza del Medio Oeste no estuvieron disponibles legalmente hasta la década de 1860, impidieron sobre todo la marcha de gentes de otras regiones del continente europeo.

La gran hambruna irlandesa no fue la última que se sufrió en Europa. Rusia y Escandinavia, con sus largos inviernos y su dura climatología —que hacían que la agricultura fuera vulnerable a los caprichos del tiempo—, sufrieron graves crisis en diversas ocasiones a lo largo de las décadas centrales del siglo XIX. Allí donde las comunicaciones eran precarias, resultó imposible mitigar el sufrimiento de la población de las zonas afectadas. En Finlandia, bajo la hegemonía del imperio del zar, se perdieron todas las cosechas en 1856. En la primavera de 1857, los más pobres se vieron obligados a comer pan fabricado con cortezas de árboles y paja mezcladas con una pequeña cantidad de sémola de cebada o de centeno. Muchos de ellos se dirigieron en tropel a las ciudades en busca de algo que llevarse a la boca. La sucesión de cosechas escasas o mediocres que hubo a partir de 1862, y que culminó en la pérdida total de las cosechas en 1867 provocada principalmente por las grandes heladas del mes de septiembre, antes de la recolección de la cebada, la avena y las patatas, dio lugar a unos niveles de producción que apenas suponían el 25% de lo obtenido en años normales. El país atravesó una vez más un desastroso período de hambruna. El gobierno, preocupado por equilibrar los presupuestos, pospuso demasiado la compra de grano en el extranjero. A comienzos de la primavera de 1868, la gente moría de hambre.

Las casas de caridad daban de comer a los emigrantes llegados del campo —según un cálculo, más de cien mil en Finlandia—, que se alimentaban con cortezas de árboles, paja, raíces y líquenes. En el municipio de Uusikaupunki, en la provincia de Turku, los emigrantes procedentes de Ostrobotnia «estaban tan hambrientos que se lanzaron inmediatamente al cubo de los desperdicios para comer lo que se guardaba para los cerdos». Un hombre recordaría haber suplicado, pero «no querían darme nada, solo restos de comida… un niño, que estaba sentando junto al camino, comía estiércol de caballo». En todo el país, las muertes se multiplicaron, y las fosas comunes se llenaron de mendigos. Se informó de unas noventa mil defunciones entre marzo y agosto de 1868, casi el doble del número de muertes anuales de cualquier otro año, y los fallecimientos por disentería, claro indicio de malnutrición, experimentaron un aumento vertiginoso, pasando de 1.038 en 1867 a 7.855 al año siguiente. Los viajeros observarían «las ventanas oscuras y vacías de las casas de las solitarias aldeas en las que toda la población había muerto de hambre o había emigrado». La hambruna de mediados de la década de 1860 también se extendió a Suecia, donde los meteorólogos registraron unas temperaturas medias entre 3 y 6 grados inferiores a lo normal en un mes de abril o mayo; y en muchas zonas, la nieve siguió cubriendo los campos en una época en la que estos debían haber sido sembrados con las simientes de verano. El gobernador de Jämtland ordenó a sus oficiales locales que se enseñara a los campesinos a hacer pan con algas y tallos de guisantes, medida que en su distrito le granjeó el apodo de Lav-Kungen, el «Rey de las Algas»; mucha gente cayó enferma por haber hecho caso a sus recomendaciones, y no pocos murieron. Otros oficiales animaron a la gente a comer setas, que, en general, se consideraban apropiadas únicamente para la alimentación de animales. Todos estos esfuerzos tuvieron solamente un efecto limitado: la tasa de mortalidad en Ostrobotnia llegó a ser de 84 por mil en 1868, muy lejos de los niveles normales. La hambruna

se extendió al litoral báltico de Polonia, a Curlandia, a Livonia y Estonia y a lo largo de la costas del golfo de Botnia; un informe emitido en San Petersburgo hablaba de «aldeas despobladas; casas particulares transformadas en hospitales; esqueletos abrasados por la fiebre que, tambaleándose, salen por la puerta de lugares hacinados convertidos en refugio».

A finales de la década de 1870, las mejoras de los transportes y la mayor vigilancia administrativa y gubernamental constituyeron la garantía de que las malas cosechas no volvieran a desembocar normalmente en grandes hambrunas. La llegada del ferrocarril a las zonas rurales posibilitó el transporte de provisiones de alimentos a los distritos afectados por una mala cosecha, y vino a conjurar los desórdenes públicos tan temidos por los oficiales públicos en épocas de hambruna. Ya en 1854, cuando las cosechas se perdieron en el departamento francés de Maine-et-Loire, el prefecto comunicó con satisfacción que «por primera vez... habrá pasado un año desastroso sin episodios de sedición y prácticamente sin quejas». El espectro de la hambruna siguió acechando a la Europa del siglo XIX, especialmente en zonas que tenían difícil acceso. En marzo de 1897, un periódico informaba del hambre que se padecía en una provincia de España, León:

> Donde la agricultura es prácticamente la única fuente de riqueza, [y] la población está a punto de perecer de hambre; casi todos sus rebaños y manadas han muerto, bien por alguna enfermedad, bien por la falta de alimento. En cuanto a las cosechas, estas quedaron prácticamente destruidas por las últimas tormentas e inundaciones, y por la sequía de hace unos meses, y todos los horrores de la hambruna amenazan a unos campesinos que ya han sufrido muchísimo. Los que pueden emigran a Brasil a centenares, y los que no se ven obligados a alimentarse de bellotas.

El gobierno envió enseguida alimentos a la zona, y evitó una catástrofe total, y volvió a hacer lo mismo en 1905, cuando se cernió la amenaza del hambre sobre otra región española, Andalucía, después de una larga sequía. Los afectados fueron más de un millón. Se contaba que los niños comían palas de chumberas y piñas de coníferas. La tasa de mortalidad infantil se disparó. Enfurecidos por la lentitud del gobierno en reaccionar, grupos

de labradores armados recorrieron los campos y entraron en los pueblos en busca de comida. Emigrar fue la respuesta de muchos. En 1879, una mala cosecha de patatas tuvo en Irlanda consecuencias similares. En general, sin embargo, a pesar de la tardanza, los gobiernos consiguieron evitar que ocurriera lo peor en esos últimos episodios de escasez.

La excepción más sorprendente fue Rusia, donde las grandes distancias y las comunicaciones deficientes, las reformas fiscales desacertadas y los efectos a largo plazo de las condiciones de la emancipación condujeron al desastre a comienzos de la década de 1890. En octubre de 1890, la anticipación de las heladas supuso la destrucción de las semillas para las cosechas del año siguiente; semillas que habían sido sembradas tarde debido a la sequedad inusual del otoño. El invierno resultó excepcionalmente largo, y lo siguió otro período, también largo, de clima seco. En la Rusia europea, la producción de grano en 1891 fue un 26 % inferior a la de un año normal, y la de centeno cayó una media del 30 % en general, y el 75 % en la fértil provincia de Vorónezh. Durante la década de 1880, el gobierno se había esforzado en conseguir la convertibilidad del rublo en oro, estimulando las exportaciones de grano y subiendo sus impuestos en la nación. Pero estas políticas asfixiaban a los campesinos, que ya sufrían la pérdida de tierras debido a los términos en los que estaba basada la emancipación de 1861, así como al crecimiento de la población en las zonas rurales. Los pequeños propietarios también habían aprovechado las ventajas que ofrecía el mercado de los cereales, y habían convertido tierras de pasto en campos de cultivo, habían recortado la extensión de los bosques con la tala de árboles para ampliar las tierras de labranza y habían reducido su ganado, lo cual los privaba de su fuente principal de fertilizantes. Una agricultura hiperintensiva y las sequías de 1890 y 1891 se encargarían de hacer el resto.

A finales de 1891, durante su viaje por las regiones más castigadas, Brayley Hodgetts (1859-1932), corresponsal de noticias de

la agencia Reuters en Berlín, encontró en todas partes campesinos que pasaban hambre. «No tenemos pan —le dijeron unos mientras se acurrucaban alrededor de una estufa en una cabaña —. "No hemos comido nada en tres días, os lo juramos", exclamaron a coro… Parecían no haber comido nada en semanas, no días». Habían consumido o vendido prácticamente todo lo que tenían. Hodgetts escribiría que «resultaba horrible contemplar algunos de los alimentos que esos pobres campesinos se llevaban a la boca: pedacitos de pan que habían reunido mendigando, unos enmohecidos, otros llenos de mugre, que apenas llenaban la «panera» de aquella gente. En otra aldea vio a gente que comía una sopa «parecida a agua caliente sucia. Los hombres tenían un aspecto lamentable, con los ojos hundidos, algunos de ellos en los últimos estadios de un proceso febril, todos apiñados junto al hogar, hasta donde se habían arrastrado para morir. Comían un día sí y otro no». Como era de esperar, las epidemias hicieron estragos entre la hambrienta población de las zonas rurales, llevándose por delante a miles de personas ya debilitadas por la malnutrición. En otra región, un sueco tolstoiano, Jonas Stadling (1837-1945), que consideraba que el gobierno ruso mantenía deliberadamente a los campesinos en la ignorancia y aplastaba cualquier sentido de la iniciativa que pretendieran desarrollar, vio a familias quitando la paja que conformaba el techo de sus casas para darla de comer a sus animales o para utilizarla como combustible para calentarse en invierno.

En el otoño de 1891 resultó evidente que era necesario emprender una serie de acciones a gran escala para aliviar el sufrimiento de aquellas gentes. Pero el secretario de Estado, Aleksandr Aleksándrovich Pólovtsov (1832-1909), opinaba que todos los que tenía autoridad se sentían «abrumados por la desesperación… nadie [tenía] una idea clara de lo que debía hacerse, pero todos… [rivalizaban] unos con otros proponiendo unos programas de lo más descabellado». Las exportaciones de grano fueron prohibidas, y aunque se dio dinero, las operaciones de ayuda se

vieron obstaculizadas por la deficiente red de comunicaciones y la falta de información desde las provincias. El ferrocarril brillaba por su ausencia en muchas de las zonas más castigadas, las diferentes líneas de su red estaban controladas por distintas compañías y distintas agencias estatales, y entre los dos ministros responsables de ellas había una enemistad personal. Se aprobó la ejecución de obras públicas y se organizaron préstamos alimentarios, pero los programas tardaban mucho en ponerse en marcha y tenían un alcance muy limitado para poder ser plenamente efectivos. Incluso en agosto de 1891, solo doscientas mil personas estaban recibiendo préstamos alimentarios. Cuando el programa ya estuvo en pleno funcionamiento, en marzo de 1892, el número había superado los once millones, pero el daño ya estaba hecho. A finales de 1892, la tasa de mortalidad había aumentado alrededor de un 55% en Samara y Sarátor, un 50% en Ufá y Vorónezh, un 40% en Oremburgo, un 36% en Kazán y Simbirsk, y un 30% en Penza y Tambov. En las provincias más seriamente afectadas por la hambruna había muerto un total de 406.643 personas más que en un año normal; 103.364 de esos fallecimientos pueden ser atribuidos a la epidemia de cólera que estalló en el verano, de modo que es probable que los que perecieron a causa de la hambruna fueran unos 300.000, cifra que incluye a los que murieron por culpa de la epidemia de tifus extendida por los campesinos hambrientos que llenaban los centros de asistencia en las ciudades.

Aunque lograra su objetivo en parte, la vacilante operación de ayuda de 1891-1892 suscitó grandes críticas dirigidas a la cúpula de la administración zarista. «La hambruna nos ha dado toda una lección», comentaría un periódico: debía impulsar al gobierno a introducir reformas. Pero las reformas no llegaron. No se produjo ninguna intensificación efectiva de la coordinación y la cooperación entre la administración central del zar en San Petersburgo y los organismos de los gobiernos locales, los *zemstva* de las provincias, creados en la época de las grandes reformas li-

berales de Alejandro II. La desconfianza mutua era mucha. En 1899, la escasez de alimentos volvió a golpear a Rusia tras las malas cosechas de los dos años anteriores. Solo en la provincia de Kazán las autoridades médicas informaron de diez mil casos de escorbuto en mayo de 1899, y en un distrito con una población total de 8.659 habitantes, 5.588 individuos recibían ayudas públicas. El ministro de Finanzas del zar, Serguéi Yúlievich Witte (1849-1915), comentaría que el campesino ruso «parece totalmente incapaz de prever el futuro, y por una única cosecha mala cae en un abismo de miseria del que solo puede salir con ayuda externa». Witte responsabilizaba de la situación no al sistema tributario, que decía que no tenía repercusiones en los productos de primera necesidad y que era, en general, muy poco duro, aun cuando contemplara los pagos anuales de redención, sino a la ignorancia de los propios campesinos en lo concerniente a sus derechos y obligaciones en el seno de la comunidad rural, y a su dependencia de las costumbres y las tradiciones. Se suponía que Witte era un modernizador, pero opiniones como estas indicaban un profundo desconocimiento de la sociedad rusa; desconocimiento que al final resultaría fatal para el régimen al que servía.

En 1914, el miedo a la hambruna había sido desterrado de casi todo el continente europeo. Los «años de hambre de la década de 1840» habían sido testigo de la crisis de subsistencia más profunda y devastadora. Al menos en ciertas regiones, especialmente en Flandes, la crisis había cobrado tanta intensidad debido a la combinación de un colapso simultáneo de la agricultura y la protoindustria, la vieja economía y la nueva: como había venido ocurriendo periódicamente a lo largo de los siglos, una cosecha escasa hizo que subieran los precios de los cereales, de modo que la gente que vivía en el campo, y también la que vivía en las ciudades, tuvo que utilizar una parte más importante de sus ingresos para poder pagar el pan y otros alimentos, reduciéndose así la demanda de artículos textiles, utensilios y otros productos

manufacturados. Todo ello supuso un período de crisis para las fábricas y los talleres de las ciudades, que se vieron obligados a prescindir de los servicios de sus trabajadores, arrojándolos a la indigencia justo en un momento en el que tenían más necesidad de contar con unos ingresos para poder sobrevivir. En la década de 1840, sin embargo, comenzó a emerger una nueva dimensión de este tipo de crisis a través de la difusión por toda Europa, empezando por Gran Bretaña, de la producción industrial moderna.

La producción industrial en el continente europeo a comienzos del siglo XIX se llevaba a cabo mayoritariamente a pequeña escala, concentrada como estaba en talleres individuales y no en grandes fábricas, y era movida por la fuerza del hombre o del caballo, fuegos de leña y molinos de agua o (especialmente en Holanda) de viento. Los talleres artesanales producían una gran variedad de géneros, que iban desde objetos de vidrio y de plata hasta relojes y muebles, a veces destinados a los presupuestos más elevados y vendidos a la gente acaudalada. Los trabajadores del campo y los pequeños agricultores de zonas como Suiza o el suroeste de Alemania complementaban sus magros ingresos con un telar manual o una rueca para hilar que tenían en su domicilio, vendiendo su producción a un intermediario mediante el sistema llamado «de encargo» [*putting-out*], una fuente de ingresos muy poco fiable y en gran medida estacional, que dependía del trabajo de las mujeres y los niños de la casa. Durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, Gran Bretaña había experimentado un fortísimo desarrollo económico, dejando muy por detrás a los países de la Europa continental. La producción industrial per cápita de Gran Bretaña en 1830 era casi dos veces la de Suiza o Bélgica, más de dos veces la de Francia, y tres veces superior a la del imperio de los Habsburgo, España, Italia, Noruega, Suecia, Dinamarca y los Países Bajos.

El lino y la lana habían constituido desde hacía largo tiempo la base de la industria textil. La novedad a finales del siglo XVIII fue la llegada del algodón, hasta ese momento usado principalmente para el tejido de calicó estampado, destinado al consumo masivo. Para entonces, Inglaterra producía telas en masa con el algodón en bruto cultivado por mano de obra barata en la India y luego exportaba de nuevo al subcontinente indio productos textiles acabados de algodón. En América del Sur el algodón era cultivado por esclavos, lo que hacía de él una mercancía todavía más barata. En Europa el algodón no tardó en sustituir como te-

jido básico para la fabricación de telas al lino y a la lana, mucho más caros, que no experimentaron una mecanización hasta la década de 1820 o después. Las importaciones de algodón en bruto a Gran Bretaña aumentaron de los casi 5 millones de kilos en 1785 a los casi 270 millones de kilos en 1850, utilizados en su totalidad para la fabricación de telas. La India, mientras tanto, fue abocada a la ruina industrial, seguida muy pronto por Egipto, donde los esfuerzos del pachá, Muhammad Alí, por desarrollar una industria del algodón fueron frustrados por la convención anglo-otomana de 1838. Al año siguiente, tras la derrota del ejército otomano en el campo de batalla a manos del pachá y la amenaza de este de marchar sobre Constantinopla, los ingleses decidieron intervenir. El monopolio del comercio impuesto por el pachá fue abolido y mientras Egipto se veía inundado de productos de algodón británico a precios baratísimos, la industria nacional se hundía. La ventaja industrial de Inglaterra sobre el resto del mundo no fue fruto del ingenio británico ni de su inventiva ni de ningún otro factor interno. Más que otra cosa, la explosión de la producción algodonera en Gran Bretaña vino impulsada por el comercio mundial. En 1814, Inglaterra exportaba ya más telas de algodón de las que vendía en el interior; en 1850 esa disparidad había aumentado, habiendo una diferencia de 13 metros vendidos en el exterior por cada 8 vendidos en el Reino Unido. En 1820, 128 millones de metros de tela de algodón fueron vendidos al continente europeo, y otros 80 millones fueron a parar a América (sin contar Estados Unidos), África y Asia: en 1840 las cifras correspondientes eran 200 y 529 millones respectivamente. El dominio británico de los mares garantizaba un monopolio virtual de las ventas de algodón a Latinoamérica, que se llevaba una cuarta parte más de tela de algodón que el continente europeo en 1820 y de nuevo casi un 50 % más veinte años después. Las exportaciones a la India crecieron de los 11 millones de metros en 1820 a los 145 millones en 1840. La producción de algodón constituía casi la mitad del valor de todas las exportacio-

nes británicas entre 1816 y 1850. El desarrollo de una nueva economía industrial en Gran Bretaña a partir de 1815 no fue solo fruto de la superioridad científica o tecnológica de ese país, sino también fruto de su imperio global.

El *boom* de la producción mecanizada de algodón en el Reino Unido se concentró fundamentalmente en Lancashire, Yorkshire, Derbyshire y Cheshire, en el norte de Inglaterra, donde los rápidos riachuelos de montaña movían los molinos de agua que ponían en funcionamiento la maquinaria a través de un sistema de ejes que accionaban un gran número de telares capaces de fabricar tejidos bajo un mismo techo. La introducción de la maquinaria se había debido al excesivo coste de la mano de obra, mientras que en otros países de Europa el coste de la mano de obra era barato y por lo tanto no justificaba la considerable inversión de capital necesaria para instalar las nuevas máquinas. En 1829 había 55.000 telares mecánicos en Inglaterra; cinco años después su número casi se había doblado y llegaba a los 100.000. Los telares mecánicos poco a poco echaron del negocio a los manuales. En 1820 había 240.000 tejedores artesanales en Inglaterra. La demanda cada vez mayor todavía no podía ser satisfecha completamente por los telares mecánicos. Pero los tejedores artesanales habían empezado a empobrecerse a un ritmo galopante. La mecanización hacía bajar vertiginosamente los precios de la pieza media de algodón estampado: 3 chelines y 7 peniques en 1818, 2 chelines y 11 peniques en 1824, y poco más de 2 chelines a finales de esa misma década. Los tejedores artesanales no podían competir. A mediados de la década de 1840, su número se había visto reducido a solo 60.000. A finales de la década había funcionando en Gran Bretaña 250.000 telares mecánicos, frente a los 100.000 existentes en 1833. Y el incremento de su número no era todo. Las continuas mejoras tecnológicas significaron que las máquinas de hilar incrementaran constantemente su capacidad, de modo que en la década de 1830 había máquinas de 300 husos capaces de hacer, en otras palabras, el trabajo de 300 hilanderas

sentadas cada una de ellas ante una rueca accionada a mano. Además en 1830 entró en funcionamiento la hiladora automática [*self-acting mule*], inventada por Richard Roberts (1789-1864) cuando los propietarios de las fábricas le pidieron ayuda en su afán por encontrar algún medio tecnológico de solucionar el problema de las huelgas reduciendo el número de trabajadores. Su invento incorporó la operación mecánica a muchos más aspectos del proceso del hilado, incluyendo por ejemplo la inversión del huso para «dar la vuelta» al hilo, operación que anteriormente tenía que efectuarse a mano. La mecanización redujo drásticamente los precios produciendo hilaturas de mejor calidad, más finas y más regulares, aunque allí donde los costes de la mano de obra eran bajos, como, por ejemplo, en Alemania, las costosas hiladoras automáticas no fueron adoptadas hasta finales de la década de 1850.

También se produjeron innovaciones tecnológicas en el continente. El telar francés de Jacquard, por ejemplo, inventado a finales del siglo XVIII, revolucionó el tejido de la seda y tuvo aplicación también en la producción de telas de algodón de colores; el número de telares de Lyon se duplicó entre 1788 y 1833, momento en el que dos terceras partes de ellos eran del tipo Jacquard. Y una de las innovaciones más significativas en el sector textil se produjo en 1845 cuando el ingeniero alsaciano Josué Heilmann (1796-1848), de Mulhouse, inventó una máquina que podía ser utilizada tanto para fibra de lana como para hilo fino de algodón. Anteriormente había desarrollado una máquina de bordar, mientras que por otro lado, en 1832, Philippe de Girard (1775-1845) había producido una máquina para hilar (o «cardar», como se decía entonces) el lino. Otro ingeniero francés, Benoît Fourneyron (1802-1867), desarrolló en 1827 una nueva manera, sumamente eficaz, de utilizar la energía hidráulica colocando de lado una rueda hidráulica. La llamó turbina y a lo largo de los siguientes años fue construyendo modelos cada vez más eficaces, hasta producir en 1837 una turbina de 60 caballos de potencia

que podía girar 2.300 veces por minuto y funcionar con un 80 % de eficacia. Lo más curioso era que la turbina en cuestión tenía solo treinta centímetros de diámetro y pesaba apenas veinte kilos. En 1843 sus turbinas funcionaban en 129 fábricas de Francia, Alemania, Austria, Italia y Polonia. Pero el medio más habitual de introducir las innovaciones tecnológicas en la industria textil del continente fue la exportación de maquinaria inglesa, directamente o de segunda mano. Cuando acabó la guerra con Francia en 1815, la exportación de algodón al continente volvió a ser posible, y pronto fue conquistando un país tras otro, al tiempo que los empresarios descubrían las ventajas del nuevo material y de las nuevas técnicas.

No es de extrañar que, una vez acabada la guerra, la industria textil creciera una vez más rápidamente en el norte de Francia. La primera máquina de hilar se estableció en Reims en 1815, mientras que en Roubaix la industria de la lana introdujo el primer telar mecánico en 1844. También comenzó la producción con telares mecánicos más al este, con la instalación en 1821 de una fábrica de algodón movida por máquinas de vapor en Eberfeld; en 1834 había diez máquinas de ese tipo en el valle del Wupper. La difusión de la nueva producción industrial por toda Europa fue desigual, como distintas eran sus fuerzas motrices. La industria textil española creció muy lentamente durante las primeras décadas del siglo; aunque en 1808 había catorce fábricas de tejidos movidas por energía hidráulica, ese número solo ascendía a treinta y seis en 1836. La pérdida de las colonias americanas había quitado a España su principal mercado de exportación, y solo cuando se prohibió la importación de productos de algodón en 1832 empezó a mecanizarse y florecer de nuevo la industria. En cambio en 1828 se producían 225.000 madejas de algodón en la Baja Austria y 118.000 en Bohemia; la labor del tejido seguía efectuándose a mano, excepto en el Vorlalberg, donde a comienzos de la década de 1840 había 466 telares mecánicos. La incipiente industria del algodón en Italia durante la década de

1830 estuvo dominada desde el principio por inmigrantes suizos y alemanes, e incluso a finales de siglo el mundo de los industriales de Lombardía, como señalaba un comentarista, «estaba lleno de sonidos guturales y de terminaciones rotundas». Pese a la escasa mejora introducida en la maquinaria durante las décadas de 1830 y 1840, el textil no constituía en absoluto un ramo de la economía plenamente industrializado; pero la seda equivaldría a una tercera parte del valor total de las exportaciones italianas durante todo el siglo XIX e incluso después. No obstante, en 1848 había sesenta fábricas de algodón en Piamonte y Lombardía, que producían 200.000 madejas, o lo que es lo mismo, una media de poco más de 3.000 madejas por fábrica,

La iniciativa gubernamental fue la responsable del comienzo de la mecanización de la industria textil polaca. Rajmund Rembieliński (1774-1841), prefecto de Mazovia, un distrito de terrenos bajos, situado en el centro-este de la Polonia del Congreso, era un nacionalista anglófilo entre cuyas publicaciones cabe señalar un drama titulado *Lord Salisbury*; Rembieliński logró atraer a dos fabricantes sajones que montaron una fábrica de algodón mecanizada en Łódź, movida con energía hidráulica. Mientras tanto, las industrias de la lana y el lino habían resurgido en Białystok y Żyrardów, donde una fábrica fundada por un ingeniero francés logró obtener de las autoridades rusas el monopolio de la producción de lino. No obstante, la industrialización de la Polonia del Congreso se vio a menudo ralentizada por las políticas gubernamentales. De 1823 a 1825 las barreras arancelarias que afectaban a Prusia dificultaron los contactos con la Europa occidental, mientras que de 1832 a 1850, tras la sublevación fallida de 1830, la Polonia del Congreso quedó excluida de la zona de aduanas rusas, de modo que los productos industriales polacos encontraron muchas dificultades para asegurarse un mercado en el Este. En la propia Rusia, se importó maquinaria británica para la fábrica Aleksandrovsk de San Petersburgo, de propiedad estatal, y ya en la década de 1840 las empresas rusas

habían dejado de importar de Gran Bretaña productos acabados de algodón, y compraban directamente algodón en bruto a Estados Unidos. A partir de mediados de siglo, algunas empresas de construcción de maquinaria empezaron rápidamente a satisfacer la mayoría de las necesidades de la industria textil de Rusia: a mediados de siglo había 58 fábricas de algodón en Vladímir, con 900 telares y 5.800 obreros trabajando en sus instalaciones, pero había también 45.000 telares artesanales y 65.000 trabajadores que procesaban el algodón a domicilio en las aldeas circundantes.

El centro más importante de la nueva producción textil de Europa era el norte de Francia y el sur de Bélgica, donde las plantas industriales ejemplificarían el nuevo mundo de trabajo y disciplina que no tardaría en establecerse. Allí, el terreno llano y los ríos de curso lento supusieron que desde el primer momento se utilizara como energía el vapor, pues los molinos de agua eran impracticables. En la antigua ciudad industrial y portuaria de Gante había ya 250.000 hiladoras mecánicas en 1815. La fábrica más grande de la ciudad, propiedad de la familia Voortman, firmó en 1821 un contrato con dos empresarios ingleses para importar y montar 100 telares mecánicos, 10 cardadoras de lino, una máquina de vapor y una lavadora, por un coste total de 5.000 libras esterlinas. Se trataba de una cifra elevadísima al cambio de la época, sufragada con los beneficios que había obtenido la empresa durante las guerras napoleónicas. En 1824 la fábrica daba empleo a 60 trabajadores, pero la demanda era tal que la empresa continuaba contratando los servicios de 800 tejedores artesanales externos. Otras firmas siguieron su ejemplo, y en 1830 las fábricas de algodón de la ciudad empleaban a 10.000 trabajadores para el hilado y el estampado de algodón, y había otros 20.300 tejedores artesanales que trabajaban por encargo fuera de la ciudad. El acceso a los mercados y la importación de materias primas mejoró gracias a la construcción de canales que unían la ciudad con las minas de carbón de Valonia, reduciendo

los costes que acarreaba el funcionamiento de las máquinas. En 1830 había en Gante 700 telares movidos por vapor, que en 1840 ascendían ya a 3.600 y en 1846 a 5.000.

Los beneficios anuales de la fábrica Voortman se habían triplicado en 1830, en gran medida como consecuencia de los nuevos contratos para la exportación de productos textiles acabados a las colonias holandesas, pero tras la revolución de ese año se produjo una crisis y la fábrica cerró de forma temporal. Los Voortman eran de origen holandés y la empresa tenía una oficina en Ámsterdam; era de todos sabido que la familia era orangista. Además, la empresa era muy impopular no solo por la introducción de maquinaria, sino también porque había respondido a una huelga convocada en noviembre de 1829 dejando a los obreros sin trabajo, contratando a 25 hilanderos de Francia, y haciendo que metieran en la cárcel a varios huelguistas. En 1831 los trabajadores hicieron correr el rumor de que la compañía ocultaba armas en sus instalaciones; irrumpieron violentamente en ellas y durante el registro, y no precisamente por casualidad, destrozaron las máquinas. Haciendo gala de una enorme falta de tacto, el propietario dijo a los obreros que reclamaban la reapertura de la fábrica: «¡Id y comeos vuestro árbol de la libertad si tenéis hambre!». Los trabajadores irrumpieron en su casa, le dieron una tremenda paliza, y lo obligaron a besar el árbol de la libertad, aunque no lo obligaron a comérselo. Cuando se recuperó y volvió a abrir la fábrica en 1832, Voortman redujo los salarios, solo volvió a contratar a 27 de los 132 trabajadores a los que daba empleo anteriormente, y tuvo que llamar a la policía para que lo protegiera una vez más de la furia de los trabajadores.

La disciplina en la fábrica Voortman era severísima; se descontaba la parte correspondiente del salario a los que llegaban tarde, se emborrachaban, iban al retrete demasiado a menudo, entregaban un producto acabado por debajo de los niveles exigidos, o interrumpían el trabajo brevemente para ir a buscar herramientas o para engrasar las máquinas. Las multas fueron cau-

sa de un enconado resentimiento y contribuyeron a intensificar el descontento de los trabajadores. En julio y septiembre de 1834 se convocaron nuevas huelgas. Las condiciones de trabajo de las nuevas fábricas establecidas en otros lugares compartirían muchas de estas características. La fábrica como institución introdujo una nueva disciplina horaria feroz para aquellos a los que daba empleo. Los tejedores artesanales tal vez tuvieran que pasarse catorce horas diarias ante el telar para llegar a fin de mes, pero al menos podían escoger cuándo empezaban a trabajar, cuándo acababan y cuándo se tomaban un pequeño descanso. Los obreros tenían que llegar a tiempo de oír el toque de campana que anunciaba el comienzo de la jornada laboral, y había una larga lista de normas y reglas que permitía recortarles el salario por cualquier muestra de descuido apreciada o supuesta. Una descripción de las reglas vigentes en una fábrica de hilados de Tyldesley, cerca de Mánchester, entregada por los trabajadores durante una huelga convocada en 1823, señalaba que la temperatura en el interior de la fábrica era normalmente de unos 27 o 28 grados centígrados, la jornada laboral era de catorce horas «incluida la hora teórica de la cena; la puerta se cerraba durante las horas de trabajo, excepto durante treinta minutos a la hora del té; a los trabajadores no se les permitía ir a buscar agua para beber en el interior de la fábrica, por mucho calor que hiciera». Se cobraba una multa de un chelín, cantidad no precisamente despreciable, a todo obrero que llegara cinco minutos tarde al trabajo, «si era encontrado con la ventana abierta», «si era encontrado lavándose» o «si se le oía silbar». «Cualquier hilandero que esté enfermo y no pueda encontrar a otro que lo compense deberá pagar por la energía consumida cada día 6 c[helines]». La severidad de estas nuevas normas y reglas fue siempre muy mal vista por los trabajadores allí donde se imponía.

Las primeras fábricas de algodón de carácter industrial eran lugares muy peligrosos. Los trabajadores padecían bronquitis, problemas digestivos, varices y sordera, dolencias causadas res-

pectivamente por tener que trabajar largas horas en un ambiente cargado de pelusa y de polvo, por permanecer de pie durante largos períodos de tiempo, y por pasar un día detrás de otro en medio del tremendo ruido de las máquinas. Algunos tejedores tenían la misión de enhebrar la «lanzadera de los besos», así llamada por la costumbre de pegar los labios al agujero por el que se insertaba el hilo y tirar de él con la boca, práctica que hacía de las enfermedades respiratorias un riesgo seguro. Cabía la posibilidad de que una trabajadora se enganchara el pelo o el vestido entre la correa y el eje del telar, y de que la máquina se la llevara por delante dando vueltas alrededor del eje, ocasionándole la muerte a consecuencia de los golpes; las lanzaderas podían salir volando del telar y clavársele a un trabajador en la cara. Un obrero podía verse atrapado dentro de una máquina, como le ocurrió al joven barrendero Patrick Noon de Stalybridge, cuyo trabajo consistía en limpiar el suelo debajo de una hiladora mecánica; en marzo de 1846 la cabeza se le quedó atrapada en un espacio de apenas diez centímetros de anchura y como la máquina siguió dando vueltas le arrancó el cuero cabelludo y la piel hasta dejar el hueso al descubierto. En 1840 durante un período de seis meses, los comités de fábrica de Inglaterra y Escocia informaron de 1.114 accidentes laborales en las fábricas de algodón causados por las máquinas, y de otros 907 de diversos tipos, que en total provocaron 22 muertes y 109 amputaciones. Había pocas disposiciones que previeran el pago de indemnizaciones, aunque algunas empresas donaban fondos a organizaciones benéficas creadas con ese fin. En general, se daba por supuesto que los trabajadores se dedicaban a la ocupación que tenían porque lo habían escogido libremente y por su cuenta y riesgo. Los patronos a menudo culpaban a los operarios lesionados de negligencia.

Una elevada proporción de los trabajadores de las fábricas eran mujeres. En 1843 dos médicos de Gante comentaron que «aquí, como en otros distritos dedicados a la manufactura, se da

la tendencia a sustituir a los hombres por mujeres y niños», debido al deseo de los propietarios de las fábricas de «economizar». Cuanta más maquinaria nueva se instalaba, más mujeres eran empleadas. En 1829 más del 40 % de los trabajadores de las fábricas de algodón de Gante eran mujeres, cifra que ascendía al 48 % en las instalaciones altamente mecanizadas de la casa Voortman. De hecho, los trabajadores varones de la fábrica fueron a la huelga en 1832 en un intento fallido de impedir que siguiera aumentando el empleo de mujeres. En mayor medida aún que las mujeres, se pensaba que los niños pequeños eran muy hábiles y, como era bien sabido, resultaban además baratos. Darles empleo significaba retirarlos de la calle y contribuir a aumentar los ingresos de la familia. Hasta 1889 no hubo en Bélgica ninguna ley que protegiera el trabajo infantil. El número de niños de entre cinco y nueve años empleados en la fábrica textil Voortman pasó de significar el 1 % de la mano de obra de la empresa en 1842 al 9 % en 1879, y el de los chicos de entre diez y catorce años aumentó del 6 % existente en 1842 al 34 % de 1859. Muchos de ellos eran niñas que trabajaban en la sala de cardado, o con las máquinas de hilar o de tejer. Casi todos esos jóvenes eran parientes de personas que trabajaban en la fábrica; más de tres cuartas partes de los empleados de la empresa habían nacido en la ciudad. Los ingresos familiares se hacían especialmente necesarios en los malos tiempos, como sucedió a finales de la década de 1840, cuando el precio de los alimentos subió un 20 % y el gasto en productos alimenticios supuso el 76,2 % del total de los gastos de los obreros del algodón de Gante (normalmente suponía un 66 %). Las vidas de una familia obrera típica de Gante, los Bauters, dependían enteramente de la fábrica Voortman. Louis Bauters (1801-¿?) trabajó en la empresa como tejedor de 1840 a 1850, mientras que su esposa, con la que contrajo matrimonio en 1829, llevaba empleada en ella como tejedora desde 1835. La pareja tuvo doce hijos. Los que sobrevivieron a la infancia empezaron a trabajar en la fábrica a los trece años: en 1845 había en la

familia tres asalariados, y en 1849, cinco. Con todo era una familia que vivía precariamente, al borde mismo de la subsistencia. Solo uno de los doce hermanos Bauters sobrepasó los veinticinco años de edad; cuatro murieron siendo niños, y siete fallecieron entre los veinte y los veinticinco años. Según un estudio de 1845, la alimentación de los trabajadores de la fábrica Voortman consistía casi exclusivamente en pan y patatas, complementados con carne cuatro veces a la semana en el 20 % de los casos, dos veces a la semana en el 35 %, una vez a la semana en el 26 %, y nunca en el 18 %; aparte de eso comían un puré claro a base de suero de mantequilla o puerros y patatas. La pobreza, la desnutrición, la enfermedad y la mortalidad infantil no fueron nuevas lacras creadas por la revolución industrial, pero el nuevo mundo de las fábricas no contribuyó en absoluto a aliviarlas y en algunos casos las agravó.

El carbón y la siderurgia

No cabría duda de la importancia de la tecnología del vapor, aun cuando alimentara solo a una minoría de las empresas industriales. Su introducción ha sido calificada acertadamente de «revolución industrial», expresión utilizada por primera vez en Francia en la década de 1820 para designar el cambio trascendental experimentado por la producción, en virtud del cual, como decía en 1831 el economista Jérôme-Adolphe Blanqui (1798-1854), «las condiciones industriales sufrieron una transformación más profunda que en cualquier otro momento desde los comienzos de la vida social». Lo que fue trascendental no fue tanto la organización de la producción en grandes fábricas en las que cientos o incluso miles de personas trabajaban para confeccionar productos estandarizados; esas empresas habían existido ya en el siglo xviii. La diferencia radicaba en que en aquellas primitivas «manufacturas» cada uno de los operarios trabajaba esencialmente a mano, utilizando su propia fuerza muscular. Las distintas fuentes naturales de energía —los seres humanos para hacer funcionar los telares, las caballerías para tirar de las carretas, el

viento para mover los molinos, y sobre todo el agua para propulsar las ruedas hidráulicas— desempeñaron todas un papel más o menos importante en la primera fase de la revolución industrial. Pero el vapor se convirtió enseguida en la fuente primordial de energía. Ese fue el avance decisivo que se produjo. En adelante, la sociedad quedaría libre de la tiranía de los elementos y de las limitaciones de la fuerza humana, de los animales o de la naturaleza para la creación de la potencia industrial.

La revolución industrial no se limitó a la manufactura textil, sino que a la larga tuvo mayor importancia incluso en la producción de carbón y en la siderurgia. En este sentido lo que destacó a Gran Bretaña del resto de Europa en el ámbito industrial fue ante todo el uso del carbón como fuente de energía y su continuo predominio en la producción de carbón hasta bien entrada la segunda mitad del siglo. Entre 1815 y 1830 la producción de carbón del Reino Unido prácticamente se duplicó, pasando de los 16 a los 30 millones de toneladas al año. Todavía en 1860, Gran Bretaña seguía produciendo más del doble de carbón que todo el resto de Europa junta. A medida que fue aumentando la demanda, fue preciso profundizar cada vez más en las minas para acceder a filones situados a cientos de metros por debajo de la superficie. Había que extraer el agua de las minas con bombas, el aire tenía que circular a través de los pozos y las galerías, era preciso apuntalar los techos de estas últimas con vigas de madera, y había que sacar el carbón a la superficie y transportarlo a través de canales construidos especialmente al efecto o, cada vez más a menudo a partir de la década de 1840, por ferrocarril. La necesidad de bombear el agua de las minas de carbón fue un factor clave para el desarrollo y posterior refinamiento de la máquina de vapor, pero la extracción propiamente dicha del carbón de las vetas se efectuaba a mano. La producción solo podía incrementarse metiendo cada vez más mineros en los pozos, y las zonas en las que había ricos filones de carbón, como, por ejemplo,

el sur de Gales, vieron cómo se incrementaba el número de inmigrantes atraídos por la perspectiva de un trabajo fijo.

El trabajo era sucio, dificultoso y arriesgado. Los desastres espectaculares en las minas eran frecuentes. Según hizo saber la prensa, el 23 de octubre de 1821, en una explotación minera de Wallsend, cerca de Newcastle, por ejemplo,

> ... alrededor de las ocho de la mañana el nuevo pozo llamado New Belcher Seam, en la mina de Wallsend, a orillas del río Tyne, estalló con una explosión tremenda, que se oyó a una distancia de varios kilómetros a la redonda. No se sabe con seguridad cómo se originó el accidente, pero se cree que fue debido a la ignición de gas hidrógeno. Como la noticia de la explosión alarmó a los habitantes del vecindario relacionados con las minas, inmediatamente cientos de personas acudieron corriendo al lugar funesto, deseosos de conocer las proporciones de la catástrofe... En el pozo se comprobó que de cincuenta y seis hombres, solo dos habían salido ilesos: cuatro escaparon con vida, pero en estado de gran debilidad, dos de los cuales fallecieron luego. El resto, hasta un total de cincuenta, perecieron todos.

El 18 de junio de 1835, la gente que trabajaba en la superficie en ese mismo pozo oyó «una explosión considerable, que, según dijeron, era parecida a un terremoto, acompañada de una bocanada de gas letal que llegó hasta la boca de la mina, arrastrando consigo parte de las ropas de los picadores y otros objetos de poco peso procedentes del fondo». Una enorme explosión de gas había matado a veintiséis hombres adultos y a setenta y cinco niños que trabajaban en la mina. Una multitud de parientes desesperados se congregó junto a la boca de la mina mientras duró la extracción de los cadáveres a lo largo de los días siguientes. Las explosiones de gas fueron la causa de los desastres más graves, como los citados anteriormente, pero un día sí y otro también los mineros sufrían heridas y a veces incluso perdían la vida por causas menos espectaculares: roturas de brazos o de piernas ocasionadas por alguna vagoneta desenganchada, magulladuras en todo el cuerpo debido a la caída de alguna piedra, ahogamientos como consecuencia de algún torrente repentino de agua, gente atrapada en la mina por el derrumbe de unas rocas, o herida de otras mil maneras. A menudo se tenían noticias de

mujeres embarazadas que trabajaban bajo tierra arrastrando vagonetas cargadas de carbón y que sufrían abortos.

Las inundaciones empezaron a ser habituales a medida que los pozos profundizaban más y más para alcanzar los filones más alejados de la superficie, a menudo sin tener en cuenta la geología de la zona. En 1838, por ejemplo se tuvo noticia de que

> ... el sábado pasado ocurrió un terrible accidente en la mina del Sr. Hughes, cerca de Begelly, Pembrokeshire, como consecuencia de la apertura... absolutamente negligente de una vía de agua; lo cual supuso que seis pobres hombres... perecieran ahogados. La cantidad de agua encontrada fue tan grande que exigió el trabajo de mucha gente, día y noche, en dos pozos, extrayéndola con ayuda de una máquina de vapor en un tercer pozo, desde el propio día en que ocurrió el accidente hasta el jueves por la mañana.

De manera insólita, el padre de uno de los fallecidos denunció al director de la mina acusándolo de homicidio, aunque no consiguió llevar el caso ante un gran jurado. El 14 de febrero de 1844 la mina Garden Pit, en Pembrokeshire, que se abría a unos 60 metros de profundidad, por debajo del estuario de los ríos Cleddau y Daucleddau, y producía unas 10.000 toneladas de carbón al año, sufrió una de las peores catástrofes de la década. La elevada presión ejercida por una marea insólitamente alta sobre la galería, situada a relativamente poca profundidad, hizo que el agua del mar penetrara en la mina y ahogara a cuarenta trabajadores que no tuvieron ninguna posibilidad de escapar.

No había normas formales que previeran una indemnización en casos semejantes, aunque los patronos a veces efectuaban pagos compensatorios *ex gratia*. A mediados de la década de 1840 se hizo saber que los propietarios de las minas de South Staffordshire pagaron seis chelines a la semana a los hombres que estaban de baja debido a las heridas sufridas, un chelín y seis peniques a las viudas de los mineros muertos en el pozo, y un chelín extra a la semana por cada hijo menor de diez años. Ese tipo de generosidad solía ser mayor después de que se produjera algún gran desastre, momento en el que además los periódicos organizaban suscripciones públicas en beneficio de los familiares de los

fallecidos, aunque fueran dirigidas únicamente a los «pobres que lo merecieran». Tras la explosión de 1821 en Wallsend, los propietarios de la mina pagaron el entierro de las víctimas en el cementerio de la iglesia de la localidad y dieron a sus familiares dinero para alimentarse y para calentarse mientras lo necesitaran. Sin embargo, muchos patronos solían criticar a sus obreros por su «negligencia en una ocupación tan peligrosa, su descuido de la limpieza, su negativa a adoptar medidas preventivas contra males evidentes, y, sobre todo, su hábito generalizado de excederse con la bebida», como decía el experto en higiene John Thomas Arlidge (1822-1899). Los trabajadores a veces juntaban sus propias colectas o «recaudaciones» para ayudar a los compañeros lesionados, pero, antes que depender de una beneficencia asistemática e intermitente, muchos mineros preferían volver al trabajo en cuanto se recuperaban. William Morrow (1836-¿?) perdió una pierna en 1844, con solo ocho años de edad, al ser atropellado por una vagoneta de carbón, pero seis años después se contaba que seguía trabajando en la mina, provisto de una pata de palo. Los mineros y sus familiares a menudo consideraban sus accidentes simples casos de mala suerte, obra de Dios, o culpa de los propios perjudicados. Las mejoras en el terreno de la seguridad tardarían bastante en llegar. La lámpara de Davy debidamente cubierta, introducida en 1816, sustituyó poco a poco a las velas, mucho más peligrosas, pero fomentó también la explotación de filones más profundos, más alejados de la superficie y de acceso más difícil, dando lugar al aumento del número de accidentes. La expansión de la minería del carbón en Gran Bretaña durante la primera mitad del siglo XIX se consiguió a un precio muy alto, pagado por los propios trabajadores.

El desarrollo de la industria del carbón corrió en paralelo a la rápida expansión y el cambio tecnológico en el campo de la siderurgia. Aquí las innovaciones vinieron motivadas por el elevado coste del carbón vegetal debido a la falta de un abundante suministro de madera. En Gran Bretaña se habían talado demasiados

árboles para construir barcos para la Marina Real y para crear tierras de cultivo o de pastos, de modo que se hizo necesario encontrar un método nuevo. En 1790 casi todo el arrabio (hierro fundido en bruto) era fundido utilizando como combustible coque, una forma concentrada de carbón mineral que podía calentarse a temperatura muy alta. En la década de 1870 se desarrollaron nuevas técnicas para purificar el arrabio y convertirlo en hierro forjado o hierro dulce (la «pudelación» y la «laminación»), que fomentaron el *boom* masivo de la producción de hierro en el Reino Unido. En 1750, Francia y Suecia habían dominado la producción de hierro de Europa, mientras que los ingleses se habían visto obligados a importar buena parte del que necesitaban. En la década de 1860, Gran Bretaña producía el 60 % de todo el arrabio manufacturado en Europa, basando su industria siderúrgica en el mineral de hierro y el carbón extraídos de las minas de Nottinghamshire, Derbyshire y Yorkshire, y otras regiones del país.

La única zona de la Europa continental que siguió su ejemplo durante la primera mitad del siglo fue la región situada sobre los grandes depósitos de carbón y de mineral de hierro que se extiende desde Bélgica hacia el norte de Francia y el oeste de Alemania. La gran tradición industrial capitalista de la zona, la riqueza de sus recursos naturales, la falta de un interés político agrario fuerte, y la concentración de recursos bancarios y financieros, reforzada por fuertes inversiones gubernamentales, hicieron de Gante y de la parte sur de Bélgica el centro pionero de la industrialización del continente, no solo en el ramo textil, sino también en el ámbito del carbón y de la siderurgia. En 1838 se utilizaban de forma rutinaria bombas de vapor de fabricación inglesa en todas las minas más profundas de Bélgica, y la profundidad media de los pozos belgas en aquella época era de unos 200 metros. En la década de 1820 empezaron a construirse altos hornos alimentados con coque en los alrededores de Lieja y Charleroi, así como plantas de pudelaje y laminado, utilizando

tecnología importada de Inglaterra. Los derechos aduaneros protegían la industria de la competencia británica, y la reducción de los costes permitió acabar con los medios de producción tradicionales. En la década de 1830, el arrabio tratado con coque constituía prácticamente el cien por cien de todo el arrabio producido en Bélgica, lo mismo que en Gran Bretaña, mientras que en Alemania y Francia seguían dominando los métodos tradicionales basados en el empleo de carbón vegetal. El carbón vegetal siguió utilizándose en Suecia para refinar el arrabio mediante una adaptación de la técnica británica del pudelaje hasta la década de 1860. El arrabio alpino siguió siendo fundido exclusivamente con carbón vegetal hasta la década de 1860, y las empresas siderúrgicas de Vítkovice, en la zona septentrional del imperio de los Habsburgo, que introdujeron el coque en 1836, siguieron siendo las únicas que lo utilizaban en todo el imperio hasta 1854, probablemente porque habían sido establecidas por dos maestros fundidores traídos de Gales.

Buena parte de las innovaciones llevadas a cabo en la Europa continental fueron consecuencia directa de la importación de hombres y maquinaria procedentes de Gran Bretaña. Los gobiernos ingleses intentaron impedir la exportación de los conocimientos técnicos aprobando leyes que prohibían la exportación de maquinaria y la emigración de artesanos durante la década de 1780. Pero semejantes disposiciones se revelaron completamente imposibles de poner en práctica. Ya en 1798 el ingeniero belga (en aquellos tiempos francés) Liévin Bauwens (1769-1822) había pasado de contrabando una hiladora Jenny desmontada, disimulada en un cargamento de cajas de azúcar, de Mánchester a Gante vía Hamburgo, pese a que la exportación de maquinaria estaba castigada con la pena de muerte. El conde Esteban Széchenyi (1791-1860), un aristócrata húngaro que visitó Inglaterra en 1815, logró obtener

> ... una maqueta de un motor propulsado con gas, que me costó mucho dinero y mucho esfuerzo y que conseguí únicamente gracias a mi insistencia y mi fuerza de voluntad... Varios conocidos míos se burlaron de mí por mi preocupación

por las máquinas, especialmente una que produce luz y a la que dediqué muchísimo tiempo mientras estuve en Inglaterra. Desde luego es muy extraño que un capitán de húsares reciba tres horas de instrucción tanto teórica como práctica, no ya de unos mecánicos, sino de sus ayudantes, y que se pase la mañana empapado en aceite de madera y la noche en *eau du Rasumovsky*.

No obstante, aunque consideraba las máquinas de vapor inútiles y peligrosas («no tenemos fábricas, y gracias a Dios que no las tenemos»), el conde pensaba que las máquinas que generaban luz con gas de carbón tenían una gran variedad de usos posibles, y no dudó en pagar dos libras por la maqueta y otra cantidad añadida para sobornar a un «orgulloso inglés ataviado de oficial de aduanas», que «por un plato de lentejas de apenas cuatro ducados fue capaz de vender el alma de su país: una máquina de gas». Aquellos subterfugios serían bastante habituales durante el período inmediatamente posterior al término de las guerras napoleónicas.

A mediados de la década de 1820, la prohibición de las exportaciones en Gran Bretaña fue sustituida por un sistema de licencias y en 1843 fue eliminada por completo. Los empresarios extranjeros deseosos de adquirir las técnicas más modernas se trasladaban a trabajar a Inglaterra, y a la vuelta se llevaban a sus países planos y gráficos, o bien contrataban a expertos británicos para que los ayudaran a modernizar sus talleres. Un caso que viene muy a propósito es el de la célebre empresa siderúrgica alemana Krupp, cuyo propietario, Alfred Krupp (1812-1887; su nombre de pila inglés era un homenaje deliberado a la superioridad industrial británica) viajó a Inglaterra en 1838 (más o menos disfrazado con el nombre de Herr Schropp). Volvió a Alemania, pero de vez en cuando enviaba a Inglaterra agentes para que aprendieran los diseños fabriles más recientes y las últimas técnicas industriales. A veces el Estado intervenía con el fin de traer a sus dominios los nuevos métodos. En las extensas fincas de Andrzej Zamoyski, en la Polonia del Congreso, el fisiócrata Stanisław Staszic (1755-1826), funcionario de la administración rusa, encargado del comercio y la industria, empezó a fomentar

el desarrollo de la minería, la siderurgia, el procesamiento de los tejidos y la construcción de canales, basándose en el ejemplo inglés. En Dąbrowa Górnicza descubrió un depósito de carbón y fundó una empresa minera, modernizando además los altos hornos de la zona correspondiente al Staropolski Okręg Przemysłowy, que siguiendo sus instrucciones empezaron a utilizar coque en vez de carbón vegetal.

Pero en la mayor parte de Europa la empresa privada desempeñó un papel primordial, y al principio en ella intervinieron también a menudo hombres de negocios originarios de Gran Bretaña, como, por ejemplo, el ingeniero irlandés William Thomas Mulvany (1806-1885). Funcionario encargado de elaborar planes de creación de empleo en su Irlanda natal, principalmente en la construcción de canales y carreteras, el propio Mulvany se encontró sin trabajo cuando se dieron por concluidos dichos planes al término de la hambruna, lo que lo obligó a buscar nuevas oportunidades de ganarse la vida. Durante una visita a la región del Ruhr con un grupo de potenciales inversores, encontró lo que andaba buscando:

> A raíz de una breve visita al Departamento Superior de Minas y tras el examen de un mapa geológico, al punto me di cuenta de la maravillosa abundancia de riqueza que estaba oculta bajo tierra. Había visto cuán inadecuados eran por entonces vuestros ferrocarriles y de qué modo tan insuficiente eran utilizados vuestros canales y vuestros medios de transporte. Me dije a mí mismo al instante: esta gente no sabe lo que tiene aquí.

Las minas de carbón que estableció fueron bautizadas Hibernia, Shamrock y Erin, y así siguen llamándose hoy día; Mulvany acabó siendo nombrado ciudadano honorario de Gelsenkirchen, y, ya anciano, murió en Düsseldorf, donde pasó los últimos años de su vida.

Pero el Estado siguió teniendo muy poca importancia a la hora de dotar de un marco legal, institucional y económico a la industrialización. En Gran Bretaña, en particular, se llevaron a cabo unas reformas limitadas de las condiciones de trabajo. La Ley de Manufacturas y Fábricas de Algodón de 1819 prohibía el em-

pleo de niños menores de nueve años, y limitaba la jornada laboral de los menores de dieciséis a dieciséis horas de trabajo al día. Costó mucho trabajo hacer cumplir esta legislación, pero en 1833 se aprobó una nueva Ley de Fábricas que no solo limitaba más aún las horas de trabajo de los menores y exigía que recibieran al menos dos horas de enseñanza al día, sino que además creó una Inspección de Fábricas. A menudo las leyes fueron introducidas como consecuencia del clamor levantado por la opinión pública, después de algún desastre industrial. El público tomó conciencia de las condiciones de las minas de carbón del país en 1838 tras un espantoso accidente ocurrido en Huskar Colliery, cerca de Barnsley. Un arroyo que se había salido de su cauce a raíz de una fortísima tormenta inundó el sistema de ventilación del pozo, causando la muerte de veintiséis jóvenes que perecieron ahogados (once niñas de entre ocho y dieciséis años y quince muchachos de entre nueve y doce). Los lectores quedaron espantados cuando se reveló la magnitud y extensión del uso del trabajo infantil. El desastre llamó la atención de la reina Victoria (1819-1901), que ordenó que se llevara a cabo una investigación. Lord Ashley (1801-1885, posteriormente conde de Shaftesbury), hombre de acendrada fe cristiana y filántropo, encabezó la comisión que visitó los pozos y las comunidades mineras de la zona, reuniendo información a veces en contra de los deseos de los propietarios de las explotaciones. El informe, acompañado de ilustraciones y grabados y del relato personal de los mineros, fue publicado en mayo de 1842. La sociedad victoriana quedó asombrada al comprobar que niños de hasta cinco y seis años trabajaban como tramperos, abriendo y cerrando las compuertas de ventilación en el fondo de la mina, antes de convertirse en *hurriers*, encargados de transportar los cubos de carbón por las galerías subterráneas. Lord Ashley apeló deliberadamente al recato de comienzos de la época victoriana, haciendo hincapié en las figuras de las mujeres y las niñas vestidas con pantalones y trabajando a pecho descubierto en presencia de mucha-

chos y hombres hechos y derechos, práctica que «hacía a las doncellas poco idóneas para el matrimonio y les impedía hacer de madres». El resultado fueron la Ley de Minas de Carbón de 1842 y la Ley de Fábricas de 1844, que creaban una inspección de trabajo y prohibían a mujeres y niños trabajar bajo tierra, continuando iniciativas emprendidas ya durante la década anterior. La ley de 1844 reducía el límite de la jornada laboral a nueve horas diarias para los menores de entre nueve y trece años. Exigía también la colocación de barandillas alrededor de la maquinaria y preveía la imposición de multas a los propietarios de las fábricas en caso de que un trabajador resultara herido debido a la falta de seguridad de las máquinas.

Estas reformas no tuvieron apenas paralelismos en el resto de Europa. Mucho más importante fue allí la participación del Estado en la expansión de la industria, y sobre todo en los medios de transporte. La construcción de carreteras y canales fue sufragada mayoritariamente por los gobiernos de los distintos países, que hicieron también grandes inversiones en la construcción de líneas férreas. El Estado fue una fuente primordial para la inversión de capital, del mismo modo que las leyes aprobadas facilitaron a los bancos proporcionar préstamos a las empresas. Tan importantes o más quizá fueran las actividades de hombres como Peter Beuth (1781-1853), director del Departamento de Comercio e Industria de Prusia, que en 1821 creó en Berlín un Instituto Técnico, y que visitó Gran Bretaña en 1823 y en 1836 con la intención de recabar información acerca de las nuevas técnicas y máquinas industriales. Más significativa aún fue la iniciativa tomada por Prusia consistente en desmantelar las onerosas tarifas arancelarias, primero a través de una reforma aprobada en 1818 y luego por medio de la Unión Aduanera Alemana fundada en 1834, a la que pronto se unirían estados alemanes del sur como Baden, aunque no Austria. La Unión Aduanera unificó una gran variedad de acuerdos arancelarios de menor trascendencia ya existentes sobre la base de una tasa de importación uniforme ba-

sada en la de Prusia. Una consecuencia primordial y a menudo desatendida de la Unión Aduanera fue la protección de la industria alemana frente a la competencia británica; en 1844, por ejemplo, se cobraba una tasa de una libra por cada tonelada de arrabio importado.

El libre comercio fue defendido inicialmente en Alemania por el economista británico John Prince-Smith (1809-1874), un maestro de escuela que impartía clases de inglés en el puerto báltico de Elbing y que en 1847 creó una Asociación Alemana de Libre Comercio en Berlín. La causa no hizo demasiados progresos antes de mediados de siglo por lo que concierne a las relaciones de Alemania con el resto de Europa. Sin embargo, la eliminación de las barreras aduaneras internas fue vital para el progreso económico. Un buen ejemplo en este sentido es el río Rin, la principal arteria que comunica la Europa central con el mar del Norte y el Atlántico. A mediados del siglo XVIII había habido una barrera aduanera cada quince kilómetros por término medio a lo largo del río, que lindaba con numerosos estados distintos. La libertad del tráfico por toda la extensión del Rin fue de hecho una medida ordenada por el congreso de Viena en 1815, pero resultó tan difícil llevarla a cabo que no entró en vigor hasta 1831. Hasta ese momento, entre otras cosas, todos los barcos se habían visto obligados legalmente a descargar sus mercancías en Colonia y luego otra vez en Maguncia, y a ponerlas allí a la venta. La reforma de 1831 provocó una crisis pasajera en estas dos ciudades, pues la mayoría de barcos y barcazas se limitaban ahora a pasar por ellas; el tonelaje de mercancías que pasaba por el puerto de Colonia se redujo a la mitad entre 1834 y 1840, y en Maguncia a un tercio entre 1829 y 1832, y solo empezaría a recuperarse lentamente con la llegada del ferrocarril. Pero con el tiempo la creación del libre comercio a lo largo del río redujo drásticamente los costes de los productos que solían transportarse por él.

Hubo otros aspectos en los que la reducción de la interferencia del Estado en la economía y la liberación de esta desempeña-

ron un papel significativo para la innovación técnica. Como resto del mercantilismo de época anterior, el estado de Prusia, por ejemplo, regulaba por ley el número de talleres que podían existir con el fin de prevenir las dificultades económicas, imponiendo semejante restricción con especial vigor en épocas de crisis como la de finales de la década de 1840. El estado prusiano de la época poseía veinte minas de carbón, la mayoría de ellas en el Sarre y en Silesia, que producían más del 20 % de todo el carbón extraído en el reino en 1850. Las fundiciones nacionalizadas producían por aquel entonces 150.000 toneladas de arrabio al año, y el Estado ejercía además un monopolio absoluto sobre la producción de sal. La Sociedad de Comercio Marítimo de Prusia Seehandlung poseía y regentaba diversas fábricas de tejidos en Silesia, así como varias empresas de productos químicos y de construcción de maquinaria. Efectuaba préstamos a las compañías industriales en apuros, pero las actividades que realizaba subvencionando con el dinero del contribuyente a empresas con pérdidas empezaron a tener problemas. En 1845 la Seehandlung recibió del rey la orden de no embarcarse en ninguna nueva empresa, y a finales de 1840 se vio obligada a empezar a vender a precio de saldo la mayoría de sus empresas. Una situación parecida existía también en Baviera, donde el Estado poseía minas de sal, de carbón y de mineral de hierro, y era propietario del Banco Real de Baviera, de varios balnearios, y de la cervecería más grande del mundo, el Hofbräuhaus de Múnich. Christian von Rother (1778-1849), el director de la Seehandlung, condenó rotundamente «el conocido lamento que asegura que un funcionario público no puede compararse con un particular a la hora de gestionar con éxito una industria». La expresión «lamento popular», sin embargo, era un signo de los tiempos; los críticos señalaban que los funcionarios públicos no tenían interés en fomentar el desarrollo industrial —Rother, por ejemplo, había declarado que los ferrocarriles no tenían futuro— y los economistas y políticos liberales efectuaron gradualmente la retirada del

Estado y de organismos tales como la Seehandlung de toda intervención directa en la industria, excepto, curiosamente, en los ferrocarriles, campo en el que las consideraciones estratégicas fueron a menudo más importantes que las económicas.

Pero pese a la influencia del Estado en la financiación de la industrialización, estableciendo tarifas y subvenciones, construyendo carreteras, ferrocarriles y canales, y elaborando y publicando estadísticas económicas, conviene recordar que la distribución de los recursos naturales y de los mercados no siguió nunca las fronteras estatales. Más bien podemos decir que determinó que la industrialización se produjera en regiones que en muchos casos las cruzaban. Un buen ejemplo sería la cuenca hullera del noroeste de Europa, que se extiende desde el norte de Francia y el sur de Bélgica hasta el Ruhr pasando por toda la Alemania occidental. Por otra parte, la industria se concentraba cerca de los depósitos de carbón y de mineral de hierro de los Lowlands escoceses, en el noreste y el noroeste de Inglaterra, en el sur de Gales, en la Francia del este y del centro, en Silesia, ya en los confines de Prusia y el Imperio Austrohúngaro, en el Sarre, junto a la frontera de Alemania y Francia, o en Liegnitz y Zwickau, en Sajonia. La industrialización inicial de Europa no respetó fronteras; se caracterizó sobre todo por la adopción de técnicas tomadas en préstamo, la migración de la mano de obra, y la propagación de las inversiones y las experiencias de un país a otro. En ningún campo de la economía industrial quedó más patente este rasgo que en el del ferrocarril.

El ferrocarril, el vapor y la velocidad

El desarrollo industrial dependió en no menor proporción de unos medios de comunicación baratos, rápidos y eficaces, capaces de transportar las materias primas a las fábricas y los productos acabados de estas a los mercados. En el curso del siglo XVIII y a comienzo del XIX se habían producido grandes mejoras en los caminos y las vías fluviales de Europa, aunque sus repercusiones fueran desiguales. El programa de construcción de cami-

nos emprendido por Napoleón se había basado en la necesidad de trasladar estratégicamente a las tropas de un sitio a otro; se corrigió a lo largo de la década de 1820 hasta que los disturbios populares de 1832 indujeron a la Monarquía de Julio a construir puentes y carreteras susceptibles de ser utilizados por las tropas fueran cuales fuesen las condiciones atmosféricas; durante las décadas de 1830 y 1840 se construyeron al año más de 1.300 kilómetros de nuevos caminos, la mayor parte de ellos no pavimentados o cubiertos con grava. En 1824 casi el 60 % de los caminos nacionales de Francia necesitaban una reparación urgente; en 1845 la mayor parte de las principales arterias del país estaban practicables durante la totalidad del año, aunque el volumen de la red de caminos de grava prácticamente no aumentara nada en absoluto, pasando de los menos de 34.000 kilómetros de 1824 a los casi 38.000 de 1914.

En el imperio de los Habsburgo el presupuesto destinado a la construcción de carreteras aumentó de los 420.000 táleros de 1821 a los 3 millones dos décadas después. Se emplearon más de 15.000 operarios en los planes de construcción de caminos, y la red pasó de los 3.200 kilómetros de 1816 a los más de 11.000 de 1846. Como consecuencia de estos proyectos el traslado de un lugar a otro resultaría más fácil y más rápido. Una silla de posta podía hacer entre 30 y 47 kilómetros al día por un camino bueno a comienzos del siglo XIX; una diligencia pequeña podía alcanzar velocidades de hasta 15 kilómetros por hora, reduciendo la duración del viaje de Fráncfort a Stuttgart de cuarenta a veinticinco horas cuando fue introducida en 1821. Durante las primeras décadas del siglo se calculaba que una diligencia podía alcanzar casi los 10 kilómetros por hora por una carretera buena, recorriendo unos 80 kilómetros al día en verano y la mitad de esa distancia en otoño e invierno, cuando los caminos estaban embarrados y las condiciones atmosféricas eran malas. Un viaje de Buda, en Hungría, a Viena duraba solo 31 horas en la década de 1830, cuando medio siglo antes habría durado dos días enteros; el sis-

tema estatal de caminos dentro de la propia Hungría se había ampliado de los 700 kilómetros de 1790 a los 1.770 de 1848, aunque el coche proporcionado por la compañía nacional de transportes, se quejaba un viajero en 1830, estaba «sucio y era incómodo», y parecía una «carreta cubierta de gitanos».

Los caminos de grava siguieron siendo una rareza extrema en el imperio ruso, que careció por completo de ellos hasta 1831, contaba solo con menos de 5.000 kilómetros de calzadas de ese tipo en 1850, y disponía solo de 16.000 cincuenta años después. En *Eugenio Onegin*, el poeta Aleksandr Pushkin describía en términos muy poco halagadores el viaje realizado por carretera desde una finca rural de su propiedad hasta Moscú por la familia Larin: «Nuestros caminos son malos. Los puentes, abandonados, se pudren. En las casas de postas, las chinches y las pulgas no dejan dormir ni un minuto». En verano, los caminos estaban cubiertos de un polvo asfixiante, y en otoño y primavera se convertían en barrizales intransitables en los que los coches a menudo quedaban atascados. A muchos rusos les parecía que los viajes resultaban más cómodos en invierno, cuando el terreno estaba cubierto por una espesa capa de nieve y hielo, y los grandes trineos tirados por caballos deslizaban suavemente a los pasajeros sobre un camino marcado por altos postes que sobresalían de la superficie. Expuestos a la intemperie, los trineos dejaban a sus pasajeros a merced de los fuertes vientos y las neviscas. Cuanto más ricos y más importantes fueran los viajeros, más rápido era el viaje: el zar Alejandro I tardó cuarenta y dos horas en ir de San Petersburgo a Moscú durante el invierno de 1810, mientras que Nicolás I redujo ese récord a solo treinta y ocho horas en diciembre de 1833. La mayor parte de los viajeros tardaban muchísimo más.

Fuera de esos sistemas de vías de peaje, carreteras y grandes arterias, los viajes en Europa resultaban mucho más difíciles. Carretas y carrozas, caballos, mulas, rebaños de ovejas y manadas de vacas, o simples seres humanos que hacían el camino a

pie, tenían que encontrar su ruta como pudieran siguiendo vías no señaladas en el mapa, ni tan siquiera abiertas, cruzando vados y siguiendo senderos, o avanzando por trochas y veredas que apenas podían distinguir cuando hacía mal tiempo. Algunos de esos caminos respondían a usos especializados, como las rutas de peregrinación o las cañadas de los pastores; otros conectaban las aldeas con los mercados de la comarca, o unían minas, canteras y fábricas con las grandes vías de comunicación, pero la inmensa mayoría de ellos eran puramente locales, o en el mejor de los casos regionales. Los puertos de montaña eran traicioneros en todo tiempo, y tenían que ser cruzados a caballo o en mula, recurriendo a los servicios de algún guía local. En los llanos, los campesinos tenían tierras de cultivo en los caminos que no habían sido abiertos, los convertían en lodazales haciendo pasar por ellos a su ganado, y se olvidaban de restaurar la calzada cuando era arrastrada por las riadas e inundaciones. Los vados, mucho más frecuentes que los puentes, se volvían impracticables cuando llovía. El tráfico rodado no era posible en la inmensa mayoría de los caminos y en muchas zonas no se conocía su existencia ni había sido visto nunca hasta los albores del siglo XX. Los labradores a menudo llevaban sus productos al mercado a sus espaldas, especialmente si no podían permitirse el lujo de tener una mula. En 1840 un inspector de enseñanza primaria de cierta región de Francia comunicaba que los campesinos de su distrito dividían los caminos de la comarca en tres clases: *atroces*, en los que el caballo se hundía en el barro hasta el pecho; *mortales*, en los que el jinete se hundía hasta los ojos; y *desesperados*, en los que cabalgadura y jinete desaparecían en medio de los pantanos sin dejar rastro.

Para el transporte de mercancías en grueso o voluminosas, materias primas industriales y productos destinados a la exportación, las vías fluviales resultaban durante la primera mitad del siglo unos medios de comunicación mucho más eficaces con diferencia. Los siglos XVII y XVIII habían sido una época de construc-

ción de canales, y esta tendencia continuó después de 1815. Algunos canales fueron abiertos para comunicar unos ríos con otros, como los que se hicieron en 1832 para unir el Ródano y el Rin, el Marne y el Aisne, o el Saona y el Yonne. Otros fueron construidos con fines específicamente industriales o comerciales, como el canal del Oise, abierto en 1836 para facilitar el transporte de carbón desde las minas del norte de Francia hasta París. Los distintos gobiernos fueron patrocinadores activos de estos proyectos, y en Francia las autoridades de la Restauración elaboraron incluso en 1820 planes para construir casi 10.000 kilómetros de nuevos canales, aunque los recortes del gasto público que se vieron obligadas a llevar a cabo supusieron que a finales de la década de 1840 solo se hubieran completado poco más de 3.000, además de los casi 2.000 ya existentes. Los prusianos construyeron una red de canales en las inmediaciones de Berlín, particularmente el canal de Oranienburg en la década de 1830 y los de Landwehr y Louisenstadt a finales de la de 1840, que permitieron abaratar el transporte del carbón inglés a la ciudad. En Gran Bretaña la mayoría de los canales eran vías fluviales cortas que comunicaban las minas, las canteras o las fundiciones con el mar, o con el mercado, y habían sido construidos principalmente cuando ya había dado comienzo la industrialización.

Sin embargo, la energía del vapor no tardaría en revolucionar los viajes y el transporte por vía acuática, por ríos, por canales y por mar. En 1815 ya operaban barcos de vapor en el Clyde y en el Támesis, y su uso —principalmente para el transporte de pasajeros— se propagó enseguida al continente. En la década de 1840, por ejemplo, la Compañía Imperial-Real de Vapores de Austria contaba ya con una flota de 224 barcos que transportaban a más de 200.000 pasajeros al año por el Danubio, y había extendido incluso sus actividades al mar Negro. Sus rivales, entre los que estaba la Compañía de Vapores del Danubio húngara, la Compañía Naviera del Kulpa y otras, satisfacían la demanda de transporte a nivel local. En la década de 1820 ya era posible

viajar por vía fluvial entre el mar Negro, el Caspio y el Báltico, y las barcazas de hasta 700 toneladas de carga podían recorrer más de 4.000 kilómetros de vía acuática desde Astracán hasta San Petersburgo en menos de dos meses. En 1815 apareció en las aguas del Nevá, en San Petersburgo el primer barco de vapor, y en la década de 1820 podían verse vapores surcando las aguas del Volga y del Dniéper, aunque seguirían siendo raros hasta 1900, y la mayor parte de las barcazas eran arrastradas desde la orilla por caballos a través de caminos de sirga, o incluso por cuadrillas de hombres (origen de la famosa canción «Los remeros del Volga», que se hizo popular en toda Europa). La gran ventaja del vapor de ruedas era su capacidad de viajar corriente arriba, pero esta innovación tardó en llegar a Rusia, donde la mano de obra era barata. Las continuas mejoras dieron lugar a que a finales de siglo hubiera más de 160.000 kilómetros de vías fluviales navegables en el interior de Rusia, y el tonelaje de las mercancías transportadas por ellos pasó de los 6 millones de 1861 a los 30 millones de 1900; más de la mitad de esa cantidad correspondía a madera y leña.

Hacía ya varios siglos que existían breves líneas de raíles diseñadas para prestar servicio a minas y canteras, con vagones tirados por hombres o caballerías; lo que las cambió fue, en primer lugar, el uso del hierro para construir los raíles desde mediados del siglo XVIII, y, en segundo lugar y también lo que es más importante, la invención de la locomotora autopropulsada de vapor, ideada a comienzos del siglo XIX por Richard Trevithick (1771-1833) y hecha plenamente viable por George Stephenson (1781-1848) y su hijo Robert (1803-1859). En septiembre de 1830 se inauguró la línea Liverpool-Mánchester en el curso de una ceremonia a la que asistieron el duque de Wellington y una «inmensa multitud» de personas que «flanqueaban casi cada centímetro del camino, ondeando banderas y gallardetes, con puestos y tenderetes, y magníficas tiendas», según decía un periódico de la época. Una vez que entró en funcionamiento la línea Liver-

pool-Mánchester, de unos 50 kilómetros de longitud —que durante su primer año de existencia transportó no solo grandes cantidades algodón en crudo y de carbón, sino también a medio millón de pasajeros—, no tardaron en seguirle otras. Al cabo de veinte años había más de 11.000 kilómetros de vía férrea a lo largo y ancho de Gran Bretaña. Las compañías ferroviarias obtuvieron enormes beneficios y su éxito contribuyó a dar alas a la especulación. Cuando el impulso ferroviario británico alcanzó su punto culminante en 1847, había más de un cuarto de millón de hombres participando en la construcción de líneas férreas, y la demanda de raíles de acero, máquinas de vapor, material rodante, señales y otros mecanismos y equipamientos se llevaba el 33 % de la producción de ladrillos y el 18 % de la de hierro. El ferrocarril consumía todos estos productos con voracidad, además de grava para las vías y carbón para los motores. Su rentabilidad no tardó en ejercer una atracción irresistible también para los inversores del continente, donde ya existían trenes tirados por caballos, pero todavía no se utilizaba la tecnología del vapor. De hecho, los austríacos se jactaban de poseer la ferrovía de tracción animal más larga del mundo, inaugurada en 1825 y que acabaría cubriendo una distancia de casi 150 kilómetros, de Linz a Budweis; siguió funcionando hasta mediados de la década de 1850, con más de mil vagones ligeros, provistos de ruedas de madera, y noventa y seis coches de pasajeros, que transportaban a casi 200.000 personas al año y recorrían una media de 65 kilómetros diarios durante el período en que estuvo operativa. Pero el futuro, como ya era evidente mucho antes de que el tren tirado por caballos hiciera su último viaje de Budweis a Linz en diciembre de 1872, estaba en el vapor.

De forma acaso inesperada, los ferrocarriles de vapor, ideados originalmente para transportar mercancías, resultaron enormemente rentables debido al tráfico de pasajeros, y pronto se habían difundido no solo por toda Gran Bretaña, sino también por el continente. El primer ferrocarril francés se inauguró en Saint-

Étienne en 1828 para transportar carbón, pero cuando los caballos que tiraban de los vagones fueron sustituidos por locomotoras de vapor cuatro años más tarde y la línea férrea se extendió hasta Lyon, el ferrocarril empezó a atraer pasajeros, que viajaban en trenes de dos pisos, en los que los asientos más caros eran los de abajo, protegidos como estaban, hasta cierto punto, de las inclemencias del tiempo. En 1835 se inauguró la primera línea en Bélgica, y poco después otra en Baviera, mientras que los rusos abrieron una cortísima vía que iba de San Petersburgo al palacio imperial de Tsárskoye Seló en 1837, y tras ellos vinieron los holandeses. En 1847 le tocó el turno a Dinamarca y a Suiza. En Italia las primeras dos líneas férreas, la Nápoles-Portici y la Milán-Monza, fueron inauguradas en 1839-1840, y en ambos casos unían el palacio del rey con la capital. El desarrollo de la vía férrea en Italia fue lento antes de la unificación, habiendo menos de 1.800 kilómetros de vías construidas a finales de la década de 1850, aunque luego fue muy potenciado por los políticos de las regiones más prósperas del norte, especialmente del Piamonte, que vieron claramente sus ventajas económicas. La construcción del ferrocarril había sido retrasada en parte debido a la oposición del papa Gregorio XVI (1765-1846), enemigo inveterado de la tecnología moderna, que también había bloqueado la introducción de la iluminación con gas en las calles de Roma. A su muerte, los habitantes de la ciudad contaban un chiste que decía que cuando el papa difunto, camino ya de las puertas de perlas del cielo, se quejó a san Pedro de que se le cansaban las piernas, y le preguntó cuánto faltaba para llegar, san Pedro le respondió: «¡Si hubieras construido una ferrovía, ya estarías en el paraíso!».

Cuando George Stephenson visitó España en 1845 para estudiar las posibilidades de construir una vía férrea, comentó sombríamente: «He pasado un mes entero en el país, y en todo ese tiempo no he visto gente como es debido suficiente para llenar un solo tren». En 1855 solo se habían trazado unos 450 kilóme-

tros de vías. En zonas carentes de recursos y de baja densidad de población, el ferrocarril llegó incluso más tarde: en Noruega no se abrieron las primeras líneas hasta 1854, en Suecia hasta 1856 y en Finlandia hasta 1862. Rumanía y Grecia inauguraron sus primeras líneas en 1869, quedando sin ferrocarril únicamente Albania. Ello se debió en parte a que la construcción de una vía férrea requería una fuerte inversión inicial. En Inglaterra había capital privado disponible debido a que la industrialización ya estaba en marcha en el país y había necesidad de suministrar un medio de transporte barato y rápido para los productos industriales y las materias primas. Pero en el continente la construcción del ferrocarril precedió a la industrialización, y por lo tanto la inversión tuvo que venir o de los británicos o del Estado.

En Bélgica el gobierno vio en el ferrocarril un medio de unificar el país recién creado y también de ayudar a la industrialización. Por consiguiente emitió bonos del Estado para financiar su construcción. El rey Leopoldo I intentó además utilizar la red ferroviaria para disponer de una forma alternativa para la importación de productos extranjeros al margen de las principales vías fluviales del país, que pasaban todas por territorio potencialmente hostil, concretamente por los Países Bajos. Las primeras líneas, aprobadas en 1834, unían Amberes, Bruselas y Mons con Aquisgrán y Colonia, y Ostende con Lieja. Esto significaba que el comercio belga pudiera soslayar completamente el Rin o evitar la parte holandesa del mismo e impedir así que los holandeses impusieran un bloqueo en caso de disputa. Los estados alemanes vieron también en el ferrocarril una forma de expresar su soberanía, centrando la red en sus respectivas capitales e ignorando los lazos con el mundo exterior; en el gran ducado de Baden, de hecho, el ferrocarril, construido y administrado por el Estado, era de vía ancha y solo se adaptó al ancho de vía estándar en 1853. A pesar de las inversiones del estado los costes de la construcción de las redes ferroviarias superaban con creces la capacidad que tenía la mayor parte de los estados de financiarla,

de modo que la mayoría de los ferrocarriles, y en particular los de Francia, fueron financiados por Gran Bretaña. Por ejemplo, buena parte de los bonos del Estado de los ferrocarriles belgas fueron comprados por inversores británicos. Aun así, el volumen de la inversión financiera nacional requerida para la construcción del ferrocarril era enorme. A mediados de siglo los franceses invertían más del 13 % de lo que habría de formar su capital interno bruto en ferrocarriles, mientras que las acciones de la red ferroviaria emitidas en Prusia de 1845 a 1849 ascendieron cada año al equivalente a una tercera parte del presupuesto nacional. En otras palabras, el ferrocarril se había convertido en el principal sector de la economía. En Inglaterra, especuladores como George Hudson (1800-1871) depositaron cantidades enormes de dinero de otras personas en proyectos ferroviarios, muchos de los cuales resultó que existían únicamente sobre el papel; Hudson quedó deshonrado cuando se descubrió que había defraudado a los inversores y había sobornado a varios diputados. Pero no tardaron en surgir homólogos suyos en otros países, destacando particularmente entre ellos Bethel Henry Strousberg (1823-1884), cuyas vertiginosas especulaciones en Alemania descansaban sobre unas bases igualmente frágiles y llevaron a muchos inversores a la ruina cuando finalmente sus planes se vinieron abajo. Y del mismo modo que al principio los británicos proporcionaron buena parte del capital, también suministraron al principio las vías, los vagones, las locomotoras y todo el equipamiento necesario. En 1841 solo una de las cincuenta y una locomotoras usadas en Prusia no era británica, y además no funcionaba.

El personal era habitualmente también británico. La línea París-Ruan no solo había sido financiada y era administrada por los ingleses, sino que además utilizaba locomotoras fabricadas en un taller local por personal en su totalidad británico. La línea Leipzig-Dresde fue construida en 1835, quizá de manera insólita, con capital nacional reunido en Sajonia, pero se trajo a un inge-

niero escocés, James Walker (1781-1862), que había trabajado en la línea Liverpool-Mánchester, para supervisar la ruta, las primeras dieciséis locomotoras fueron importadas de Gran Bretaña en cajas y montadas por ingenieros, conductores y mecánicos británicos, y durante el primer viaje el tren fue conducido por un maquinista de esa misma nacionalidad. Los coches fueron diseñados por Thomas Worsdell (1788-1862), al que se invitó a trasladarse a Alemania dejando el puesto que ocupaba en la empresa Liverpool and Manchester Railway. También los ferrocarriles belgas fueron construidos por expertos británicos; George Stephenson produjo las primeras locomotoras, viajó de incógnito en el primer tren con el rey y sus consejeros, reparó el motor cuando se averió, y fue nombrado caballero por el monarca en agradecimiento a sus servicios. Este mismo patrón fue absolutamente típico durante la primera época de la construcción del ferrocarril en la Europa continental, de modo que no es de extrañar que la mayor parte de los estados adoptaran en sus líneas el ancho de vía estándar en Inglaterra, de 4 pies y 8½ pulgadas [unos 1.435 mm]; aparte de Baden, solo España, con un ancho de 5 pies y 6 pulgadas [unos 1.706 mm], y Rusia, donde un ingeniero americano invitado a aconsejar a las autoridades acerca de la construcción del ferrocarril recomendó un ancho de vía de 5 pies [unos 1.524 mm], siguieron una ruta distinta, imposibilitando así el paso de los trenes procedentes de otros países y acarreando al mismo tiempo no pocos problemas para el futuro.

Aunque a menudo se utilizaron operarios locales —los primeros ferrocarriles rusos fueron construidos en buena parte por siervos—, los peones británicos predominaron también en este terreno en la mayor parte de Europa durante los primeros años. En todas partes las vías férreas fueron construidas por cuadrillas de *navvies* —abreviatura del término *navigator*, utilizado en algunas regiones en el sentido de operario encargado de la construcción y mantenimiento de los canales—, esto es, peones ocasionales que vivían en la cabeza de línea o se alojaban en las lo-

calidades circundantes, si las había, y permanecían en la comarca hasta que concluían las obras. Levantaban terraplenes y abrían zanjas, hacían voladuras para abrir túneles, construían puentes, y tendían miles de kilómetros de vías, todo a mano. Los accidentes eran habituales: los explosivos estallaban antes de lo previsto, terraplenes y túneles se hundían, o los vagones se soltaban y aplastaban a los peones; no había legislación en materia de salud ni seguridad que protegiera sus vidas e impidiera que resultaran heridos. Y contribuía a empeorar la situación el hecho de que se pasaran buena parte del tiempo borrachos; los jefes de cuadrilla cobraban una comisión de las cervecerías para que suministraran cerveza a sus hombres, e incluso un contratista inglés que se negó a permitir la venta de cerveza en las obras reconocía que «un hombre tiene derecho a llevarse al tajo unos cuantos litros por la mañana si así lo desea». Los accidentes mortales eran frecuentes. Más de cien individuos perdieron la vida durante la construcción del túnel de Box Hill en la línea Great Western que iba de Londres a Bristol entre 1836 y 1841. En Ashton-under-Lyne se vino abajo en 1845 un viaducto de nueve arcos, enterrando bajo los escombros a los hombres que trabajaban en él; se calcula que se reunió una multitud de 20.000 personas para contemplar las operaciones de salvamento, y fue precisa la presencia de tropas para contenerlas. Quince hombres murieron, y solo dos fueron sacados con vida; el informe de un inspector concluía que la falta de pericia de los trabajadores había sido la causa del desastre. Accidentes de ese estilo a menudo habrían sido evitables, y se multiplicaron a medida que la construcción del ferrocarril fue extendiéndose por Europa.

Se contrataban enormes cantidades de *navvies*; en 1845 llegó a decirse que había 200.000 peones trabajando en la construcción de alrededor de 5.000 kilómetros de nuevas vías férreas en Gran Bretaña; y en cada obra había centenares, si no millares, de hombres trabajando. A menudo los constructores de los ferrocarriles prestaban muy poca atención a la propiedad de los terre-

nos sobre los que tendían las vías. «En algunos casos —escribía un comentarista—, se reunían grandes cantidades de peones para defender a los topógrafos [de la ira de los propietarios de las tierras]; y como se les suministraba generosamente licor y se les pagaba bien por su tarea, intimidaban a los legítimos propietarios de las tierras». Una minoría de esos *navvies* eran irlandeses, y no eran raros los choques violentos con los trabajadores ingleses naturales del país, que estaban resentidos con ellos, en ocasiones con la participación en las peleas de cientos de individuos por cada bando. Cinco mil peones británicos trabajaron en la línea París-Ruan a comienzos de la década de 1840, traídos por un contratista de Southampton; en Ruan gastaban generosamente su dinero en bebida y los días de paga, una vez que habían cobrado su jornal, había que parar las obras durante tres días hasta que todos los peones habían sido recogidos de los distintos bares y tabernas de la ciudad y se les había pasado la resaca. Este hecho los hizo muy populares entre los taberneros locales, aunque no entre sus patronos. Un ingeniero inglés, Robert Rawlinson (1810-1898), decía que «trabajan como bestias degradadas; comen y viven como salvajes; los envuelve el vicio igual que los envuelve la atmósfera». En 1842, cuando una gran parte de Hamburgo quedó arrasada a consecuencia de un incendio, algunos habitantes de la ciudad culparon del fuego a los *navvies* británicos e irlandeses que estaban trabajando en la construcción de una línea férrea en las inmediaciones, hubo concentraciones de protesta y tumultos, y los ingleses fueron objeto de ataques en las calles.

Desde el primer momento, los ferrocarriles se hicieron famosos sobre todo por la rapidez con la que transportaban a pasajeros y mercancías de un sitio a otro. George Stephenson llamó a su primera locomotora *Rocket*, mientras que las dos primeras locomotoras que tiraban de los trenes del primer ferrocarril de vapor alemán, que cubría la línea Núremberg-Fürth, fueron bautizadas *Adler* [Águila] y *Pfeil* [Flecha]. En un viaje nocturno en

tren que efectuó a finales de la década de 1830, Thomas Carlyle (1795-1881) pensó que se trataba de «la cosa más parecida al vuelo de Fausto sobre el manto del Diablo, o como si una enorme ave nocturna de vapor te llevara volando sobre su lomo, y surcara contigo un espacio ignoto». En 1840, cuando realizó su primer viaje en tren, el futuro historiador Jakob Burckhardt (1818-1897), por entonces un simple estudiante de la Universidad de Berlín, notó con asombro que «el tren… se desliza en 33 o 35 minutos hasta Potsdam, situada a cinco horas de distancia… Realmente vuela hasta allí como si fuera un pájaro». En 1844 el pintor J. M. W. Turner (1775-1851), intentó capturar esa nueva sensación en su cuadro *Lluvia, vapor y velocidad. El gran ferrocarril del Oeste*. «Estos viajes en el tren de vapor —comentaba en 1850 el poeta Joseph von Eichendorff (1788-1857)— sacuden incansablemente el mundo, que de hecho consiste ahora únicamente en estaciones ferroviarias, como si fuera un caleidoscopio en el que el paisaje por el que pasamos adoptara continuamente formas nuevas».

A medida que fue aumentando el tráfico ferroviario, empezaron a ocurrir accidentes, como por otra parte era inevitable que sucediera. El primero se produjo de hecho durante la inauguración del ferrocarril Liverpool-Mánchester en septiembre de 1830, cuando el presidente de la Junta de Comercio, William Huskisson (1770-1830), fue atropellado por la locomotora *Rocket* de Stephenson, que se le vino encima por la espalda lenta y sigilosamente cuando se disponía a repostar agua mientras él conversaba con los promotores del ferrocarril. Como señalaba atinadamente el autor del reportaje de un periódico, puesto que «ninguna locomotora puede moverse fuera del raíl, cualquier persona que se mantenga fuera de él estará perfectamente a salvo del peligro. Por desgracia —continuaba diciendo el periódico—, con las prisas y la agitación del momento, el Sr. Huskinson no siguió este consejo». Por el contrario, se puso a caminar *por* la vía, y cuando intentó subir a un vagón situado en el raíl contiguo, fue

arrojado al paso de la locomotora en marcha por el vaivén de una puerta y fue atropellado «lanzando un grito de angustia que ninguno de los que lo oyeron olvidará nunca». Murió poco después en el hospital. En mayo de 1842 los periódicos de toda Europa publicaron amplios reportajes acerca del descarrilamiento ocurrido en la línea París-Saint-Germain, en el que perdieron la vida cincuenta personas y resultaron heridas más de cien: un largo convoy de dieciocho vagones arrastrado por dos locomotoras se fue al traste cuando el eje de la primera máquina se rompió, haciéndola descarrilar; la segunda locomotora, que seguía yendo a toda velocidad, chocó con ella, provocando un incendio, y cuando todo el convoy se salió de la línea, el fuego se propagó a los vagones, que estaban recién pintados. Las puertas iban cerradas por fuera y, como señalaba el corresponsal de un periódico, «las llamas alcanzaron los treinta metros de altura y, dado que soplaba un ligero viento, los vagones y sus ocupantes fueron inmediatamente consumidos por el fuego, en medio de los desgarradores gritos de la gente que pedía socorro».

Aun así, «el sitio más seguro en el que puede meterse un hombre —afirmaba el político inglés John Bright (1811-1889)—, es dentro de un vagón de ferrocarril de primera clase en un tren a toda velocidad». Los vagones de primera clase disponían de parachoques, tenían asientos acolchados y sólidos armazones de madera que sostenían el techo, y por lo tanto habrían supuesto una mayor protección para sus ocupantes en una situación parecida. Viajar en tercera clase a comienzos de la década de 1840 no era una experiencia precisamente agradable. «Tomé un tren a Rochdale —comentaba uno de los primeros viajeros—. Nos metieron en un vagón peor que los vagones de ganado y desde luego más desprotegido. Había asientos o bancos en los que sentarse, pero estaban empapados de agua de lluvia». En 1844 el Parlamento aprobó una ley que exigía que todos los vagones de ferrocarril ofrecieran protección frente a las inclemencias del tiempo, y el ejemplo cundió en todo el continente. Esta circunstancia

animó a mucha más gente a viajar en tren. Sin embargo, la principal repercusión económica del ferrocarril se logró a través del transporte de mercancías. Dada su capacidad de transportar grandes cantidades de mercancía en grueso a mayores distancias y a mayor velocidad, el ferrocarril redujo notablemente los costes. Según ciertos cálculos, en 1800 el transporte por carretera de una tonelada de mercancía en Alemania costaba por término medio 64 pfennig por milla, cantidad que había bajado a 43 pfennig en 1875, mientras que en 1850 el coste de su transporte por tren era de solo 16 pfennig por milla. La reducción de los costes del transporte promovió la producción de mercancías industriales voluminosas y pesadas, proporcionando mayores ingresos al ferrocarril y más incentivos a la construcción de nuevas líneas. Los países de la Europa continental no tardaron en dejar de importar los materiales necesarios para la construcción de ferrocarriles y empezaron a utilizar los suyos, estimulando más aún la producción. Tras comprar 51 locomotoras de producción británica hasta 1841, los ferrocarriles prusianos compraron otras 124 en el período comprendido entre 1842 y 1845, pero el 40 % de ellas eran ya de fabricación alemana, y en la década de 1850 casi todas las nuevas locomotoras se producían en Alemania. En Francia el 88 % de las 146 locomotoras que había en funcionamiento en 1842 eran británicas, pero en 1854 los franceses producían ya 500 máquinas al año. Las fundiciones más grandes del continente, las de Bélgica, producían 30.000 toneladas de raíles al año a mediados de la década de 1840.

Fue un caso típico de sustitución industrial, que además aceleró la industrialización del continente, aparte de estimular la demanda de mano de obra local. En Alemania la mayoría de los 178.500 hombres que trabajaban en el ferrocarril en 1846 no eran británicos, sino alemanes. Una vez construidas las primeras líneas, el mismo proceso se desarrolló en otros países. El mayor impacto se dejaría sentir en las décadas inmediatamente posteriores a la mitad del siglo, pero a finales de la de 1840 los ferro-

carriles y la construcción de líneas férreas habían empezado a transformar las economías y las sociedades de Europa. La empresa alemana Krupp realmente se puso en marcha a finales de la década de 1840, cuando empezó a suministrar ejes y cigüeñales de locomotoras y raíles para que marcharan los trenes. Unos años más tarde su negocio se había extendido tan deprisa que las ambiciones de Krupp habían alcanzado unas proporciones globales: su visión abarcaba en último término el suministro de equipamientos ferroviarios a todo el mundo, con líneas de ferrocarril que «unan y crucen los grandes continentes de África, América y Asia de modo que alcancen el estatus de países civilizados y que por medio de líneas de conexión y ramales secundarios mantengan ocupada la industria hasta el fin del mundo, siempre y cuando no se presente cualquier charlatán que destruya estas expectativas desarrollando el transporte aéreo».

El ferrocarril hizo las comunicaciones más fáciles y más rápidas, transportando de un sitio a otro cartas, documentos y otros medios de información a toda velocidad. Lo mismo hizo el telégrafo, que utilizaba semáforos o estaciones provistas de señales y transmitía los mensajes por medio del contacto visual. Se tiene noticia de la existencia de sistemas de este tipo funcionando en Prusia en 1832, en Austria en 1835 y en Rusia en 1839. El sistema francés desempeña un importante papel en la novela de Alejandro Dumas (1802-1870) *El conde de Montecristo* (1844), cuando el conde manipula las señales de los semáforos para provocar un desastre financiero en París. Pero las torres del semáforo solo eran visibles una tercera parte del tiempo debido a las condiciones atmosféricas y a la noche, y el coste que suponía mantenerlas en funcionamiento era considerable: unas 3.300 libras esterlinas al año en el caso de la línea que comunicaba Londres y Portsmouth a mediados de siglo, por ejemplo. Los telégrafos electromagnéticos empezaron a reemplazar a los anteriores cuando el norteamericano Samuel Morse (1791-1872) patentó el primero capaz de funcionar a pleno rendimiento en 1837. Solo hacía falta

un cable y su manejo resultaba muy barato. En 1846 se creó en Inglaterra la Electric Telegraph Company para que comenzara su explotación comercial. A mucha gente la desconcertaba su manejo. «Algunos —según se informaba— creen a pies juntillas que el papel en el que se escribe el mensaje pasa realmente por el interior del propio cable». El código de Morse de pulsaciones largas y breves tuvo que competir al principio con varios otros códigos, pero con el tiempo acabó convirtiéndose en el estándar. En 1850 había 1.000 kilómetros de cables telegráficos en Francia, y casi otros 1.500 en construcción. Allí donde iban por encima de la superficie, en casi todos los casos iban suspendidos de postes del telégrafo, alineados a lo largo de las líneas férreas por pura conveniencia.

Los prusianos prefirieron recubrir los cables de gutapercha y enterrarlos en el suelo: de esta forma se tendieron casi 4.000 kilómetros de cables, sobre un total de 6.500. Luego se usaron tuberías de plomo, considerado un revestimiento más sólido y fiable. A los gobiernos les preocupaba el potencial subversivo de las comunicaciones telegráficas, y en Francia y Prusia todos los despachos tenían que ser sometidos al visto bueno de un agente gubernamental en la estación telegráfica antes de ser transmitidos. A algunos individuos no se les permitía enviar mensajes a ninguna parte. En 1850 empezó a hablarse de que «Calais podría enviar mensajes a la capital de los magiares a orillas del Danubio; y dentro de poco se emitirán informaciones de forma ininterrumpida desde San Petersburgo hasta los Pirineos». Aquellos medios de comunicación novelescos iniciaron un proceso en virtud del cual las ideas y la información podrían propagarse con suma rapidez por todo el continente, fomentando la formación de nuevos movimientos políticos y de una nueva conciencia política que saltaba por encima de todas las fronteras. Supuso una innovación fundamental que proporcionaría una base comunicativa esencial para los estallidos revolucionarios de 1848, que sin

ella no se habrían producido en tantos países prácticamente al mismo tiempo.

La creación de la clase trabajadora en Europa

Antes de la aparición de la manufactura industrial, la producción de bienes tales como cuchillos, cubiertos, tejidos, muebles, loza, vino, cerveza, etcétera, era regulada en buena parte de Europa por los gremios, instituciones corporativas formales que perseguían mantener unos niveles de producción elevados y asegurar una vida decorosa a todos los trabajadores del oficio limitando la cantidad producida. Con el paso de los siglos los gremios llegaron a ejercer una influencia enorme sobre los asuntos de muchas ciudades de Europa, cuya existencia dependía con frecuencia en grandísima medida de la reputación de que gozara la producción de objetos de buena calidad para su venta en el mercado. Los miembros de los gremios ocupaban a menudo escaños en los consejos municipales, y podían utilizar su influencia para castigar a cualquiera que intentara ejercer el oficio sin pertenecer a la corporación. Semejantes restricciones se vieron facilitadas por el hecho de que en 1815 muchas ciudades de Europa, si no la mayoría, seguían teniendo murallas, exigían que los miembros de los gremios vivieran dentro de su recinto y cerraban sus puertas al anochecer, obligando a los forasteros a salir, a menos que tuvieran que despachar algún negocio legítimo en la ciudad que sobrepasara el plazo de un día. Los miembros de los gremios contaban con una gran variedad de ceremonias y «misterios» en los que cimentaban su identidad corporativa; a menudo tenían una forma peculiar de vestir, equivalente prácticamente a un uniforme, que permitía distinguir, por ejemplo, a un albañil de un carpintero, o a un pañero de un camisero. Los gremios creaban vínculos muy fuertes entre sus miembros, que a menudo proporcionaban una base para la realización de acciones colectivas. Entre los servicios que proporcionaban estaban el pago de pensiones a viudas y huérfanos. Mediante el adiestramiento y la promoción de los jóvenes en el ejercicio del

oficio, los gremios se aseguraban de que todos se ganaran la vida y acabaran teniendo los medios suficientes para poder casarse y crear una familia (algo que las normas del gremio no permitían a los que estuvieran por debajo del rango de maestro).

Los gremios estaban controlados por los maestros en el oficio, esto es, hombres que hubieran demostrado su pericia en sus respectivas artes, y estos a su vez empleaban a jóvenes aprendices a los que enseñaban los rudimentos del oficio. Cuando había convencido al maestro de que era capaz de hacer un producto de buena calidad, el aprendiz obtenía del gremio una carta o certificado que lo ascendía al rango de oficial, en el que estaba obligado a viajar durante tres años buscando trabajo en casas de maestros de otras ciudades y adquiriendo la mayor experiencia técnica que pudiera. Por último, el oficial estaba obligado a producir una obra maestra, una pieza complicada que exigiera una gran pericia y conocimiento del oficio. Entonces era admitido como maestro, siempre y cuando su obra maestra satisficiera los rigurosos niveles exigidos por el gremio. Pero aunque las corporaciones aseguraran el mantenimiento de unos altos niveles de calidad de la producción, su respeto por la tradición significaba que no tenían ningún interés en explorar nuevos métodos, sobre todo si estos inducían a pensar en una producción destinada a un mercado de masas. Manteniendo a raya a los intrusos, impedían el desarrollo del libre comercio y de la libre empresa.

En 1853, Otto von Bismarck enumeraba las desventajas de los gremios de Fráncfort, donde había fijado su residencia como legado de Prusia ante la Confederación Germánica: «Precios excesivos de los artículos manufacturados, indiferencia por los clientes y por lo tanto negligencia en el trabajo, largas demoras en la entrega de los encargos, retrasos en el comienzo de las obras, interrupciones inmediatas, y prolongación de las horas del almuerzo cuando el trabajo se hace en casa, poca opción entre los productos ya confeccionados, atraso en la instrucción técnica y muchas otras deficiencias». Por muy conservador que fuera, ni

siquiera Bismarck dejaba de reconocer que las cosas tenían que cambiar. No es de extrañar que ya en la Inglaterra del siglo XVIII los gremios hubieran dejado de tener una influencia real desde mucho tiempo atrás, y que los regímenes absolutistas del continente hubieran lanzado una decidida campaña en pro de la reducción de sus privilegios. El golpe definitivo lo había asestado la Revolución Francesa, momento en el que los gremios habían sido abolidos formalmente en Francia. Los poderosos gremios del sector textil de Flandes habían sido desmantelados cuando los franceses habían invadido el país, del mismo modo que lo habían sido en la parte occidental de Alemania. Los gobiernos reformistas alemanes abolieron los privilegios gremiales y concedieron a todo el mundo libertad para elegir su oficio sin restricción alguna, a menos que hiciera falta un nivel muy alto de conocimientos y pericia (como el que necesitaban los boticarios, por ejemplo). Los gremios siguieron existiendo después de 1815, incluso en Francia, pero en casi todos los países de Europa entraron en el mundo posnapoleónico en un estado de suma debilidad.

Incluso allí donde el crecimiento económico fue lento y el mercado de los productos industriales llegó relativamente tarde, como en Cerdeña o Sicilia, los problemas financieros cada vez más graves de los miembros de los gremios —aquí, como en algunos otros países del sur de Europa, responsables de organizar elaboradas y costosas fiestas religiosas y procesiones— indujeron a las autoridades estatales a permitir a los artesanos la exención de la pertenencia a la corporación en 1841. La participación de los gremios en la sublevación de Palermo de 1821 dio lugar a su abolición al año siguiente por orden de la corona, pero, como en Nápoles, donde entraron en vigor las mismas medidas, asociaciones como las mutualidades y las cooperativas siguieron proporcionando un marco organizativo a los trabajadores artesanales mucho tiempo después, reflejando y perpetuando a la vez la debilidad de la competencia del mercado. En España el go-

bierno abolió los privilegios de los gremios en 1831 e introdujo la libertad total de empresa tres años después. Las corporaciones sucumbieron de inmediato: en Gerona la procesión del Jueves Santo fue suspendida en 1836 porque los gremios no podían permitirse el lujo de participar en ella, y los de Sevilla se decía que se hallaban en un estado de «calamidad general» más o menos por esa misma época. No solo las leyes, sino también los nuevos desarrollos económicos socavaron aún más su influencia. Los gremios expulsaban de forma rutinaria a cualquiera de sus miembros que descubrieran que trabajaba en una fábrica, pero cuando la producción de las manufacturas se aceleró tras la llegada de la paz en 1815, los gremios se vieron superados progresivamente por los nuevos métodos. Inundaron a los gobiernos y a las asambleas legislativas de peticiones y quejas acerca de la decadencia de los niveles de profesionalidad y los efectos del incremento de la competencia de los nuevos centros de producción. En Baviera los miembros de los gremios se quejaban de que una ley de 1825 había creado «un aumento de la indigencia y de la más absoluta pobreza, que a su vez se ven agravadas por la creación de nuevos maestros artesanos que facilita la ley industrial».

Pero nada de esto pudo parar el avance de la producción industrial en masa. En 1826 no había ni un solo maestro yesero en Berlín que no estuviera agremiado; en 1845, en cambio, los no agremiados constituían el 65 % de los maestros de este oficio. Los maestros panaderos no agremiados pasaron del 5 al 19 % en Berlín durante ese mismo período, y los maestros zapateros del 35 al 82 %. Las corporaciones solo mantuvieron cierta influencia entre los fabricantes de objetos de lujo. Los artesanos «libres» de los pueblos y las zonas rurales, lejos de los controles gremiales de la ciudad, podían utilizar métodos nuevos, y ya en 1816 cerca de un 75 % de los maestros artesanos y de los oficiales de Baviera se hallaban establecidos en el campo. En ramos como el del textil o el de la producción de objetos acabados de hierro y ace-

ro, los maestros agremiados o bien tuvieron que bajar sus precios para poder competir o bien tuvieron que abandonar sus viejos métodos de trabajo y adoptar la nueva tecnología de la producción en masa. La crisis de los gremios se manifestó en el hundimiento del sistema de promoción. En 1816 había en Prusia 259.000 maestros artesanos y 145.000 oficiales y aprendices; en 1846 esa cifra había aumentado y ascendía a 457.000 y 385.000 respectivamente, lo que significa el incremento de la dificultad que tenían oficiales y aprendices de obtener el grado de maestro. Ese sector, y no el campesinado ni la clase trabajadora sin tierras, constituyó la reserva de mano de obra a la que recurrió la primitiva industrialización.

Cuanto más crecía el número de los artesanos agremiados, más se empobrecían, y de ese modo fue socavada la finalidad más primordial de los gremios, esto es, asegurar un medio de vida decoroso a sus miembros. En 1840 tres cuartas partes de todos los maestros artesanos de Berlín tenían unos ingresos tan menguados que ya no se les cobraba ni siquiera el nivel más bajo del impuesto sobre actividades profesionales. La situación de los oficiales era todavía peor. La enciclopedia *Brockhaus* de 1839 afirmaba: «El oficial es considerado por el maestro un simple asalariado suyo, y el maestro solo se interesa por él en la medida en que pretende ganar más dinero con su trabajo». Las autoridades prusianas respondieron en 1845 a esta situación ampliando la libertad de producción, introducida por primera vez en 1810, pero aplicada de forma desigual en todo el Estado. Algunos oficios desaparecieron por completo debido a los cambios experimentados en el terreno de la moda (el gremio de fabricantes de pelucas sería un primer ejemplo), mientras que otros se redujeron significativamente debido a la producción fabril, como el de los fabricantes de muebles. Algunos fueron capaces de efectuar la transición: los cerrajeros, por ejemplo, encontraron una nueva fuente de ingresos en la industria de las máquinas herramientas. Un número muy pequeño de artesanos logró crear un negocio

cada vez más próspero, pero solo a costa de incumplir las normas gremiales y convertirse en productores industriales. Para la inmensa mayoría, las opciones resultaban cada vez más duras: o aceptar la pobreza y subsistir gracias a las ayudas a los indigentes, o unirse a las masas cada vez más numerosas del nuevo proletariado de las fábricas.

Los artesanos, sin embargo, no se rindieron sin combatir. Aunque los gremios fueran cada vez más ineficaces, hubo otras instituciones a las que pudieron echar mano para articular sus intereses. En Francia, aprendices y oficiales llevaban largo tiempo participando en el *compagnonnage*, un sistema de sociedades secretas dotado de ritos iniciáticos, contraseñas y elementos por el estilo, a través del cual los oficiales intentaban aliviar sus años de aprendizaje itinerante, el tour de France, proporcionando trabajo y alojamiento, y presionando a los maestros para que les pagaran un salario mínimo que les permitiera vivir. Cuando abandonaban el *compagnonnage*, los artesanos a menudo creaban mutualidades a las que pagaban una cuota destinada a su propio sostén y el de los demás miembros de la asociación durante la vejez o en caso de desempleo. Se calcula que durante la década de 1830 alrededor de 100.000 jóvenes trabajadores pasaban por el *compagnonnage* cada tres años. Pero aunque la institución poseía algunos de los atributos propios de un sindicato, lo cierto es que se hallaba desgarrada por rivalidades mezquinas y por las luchas por el reconocimiento del rango. Los herreros accedieron a admitir a los ruederos en su *compagnonnage* con la condición de que llevaran las cintas en el ojal inferior de la chaqueta, pero los ruederos insistieron en llevarlas en un ojal tan alto como los herreros. Los herradores se negaban absolutamente a admitir en el suyo a los guarnicioneros. Si dos grupos de oficiales se encontraban por el camino, pronunciaban el saludo ritual: *Tôpe*!, tras lo cual se preguntaban unos a otros por sus respectivos oficios; si eran del mismo, tomaban un trago juntos; si no era así y cualquiera de los transeúntes se consideraba de ran-

go superior, exigía al otro grupo que les cediera el paso. A menudo se desencadenaban peleas entre ellos, que continuaban con ataques de represalia en la ciudad. A veces se producían lesiones graves o incluso la muerte. La institución estaba ya en plena decadencia en la década de 1830, cuando una nueva generación de trabajadores empezó a ingresar en los oficios con una actitud más escéptica hacia la tradición. Los aprendices se rebelaron contra la tiranía de los oficiales, mientras que estos fueron abandonando progresivamente el *tour de France* cuando el ferrocarril empezó a restarle emoción y la industrialización acabó de arruinar lo que aún quedaba de los gremios. En 1848 se llevó a cabo un intento de unir de nuevo a los grupos rivales, pero quedó en nada, y los *compagnonnages* serían incapaces de representar con eficacia a los trabajadores en los albores de la era industrial.

El futuro estaba en los sindicatos. Pero estos existían solo en Gran Bretaña, e incluso allí su desarrollo se vio severamente restringido por las Leyes de Asociación [*Combination Acts*], inicialmente destinadas a combatir el jacobinismo durante los años de conflicto con la Francia revolucionaria. Ya con anterioridad, había habido de vez en cuando huelgas organizadas en demanda de salarios más altos y mejores condiciones de trabajo, sobre todo en la industria del hilado del algodón, pero a menudo se habían atajado y sus líderes habían sido encarcelados. Una nueva oleada de huelgas que estalló tras la revocación de las Leyes de Asociación en 1824 (cuando cesó el malestar social de la posguerra) propició la fundación de varios sindicatos destinados a representar los intereses colectivos de los trabajadores, pero todos resultaron efímeros. Decepcionados por su incapacidad de expresar sus demandas con eficacia, los tejedores artesanales del algodón de Lancashire emprendieron una serie de ataques contra los telares mecánicos a mediados de la década de 1820, continuación del movimiento de destrucción de las máquinas supuestamente capitaneado por el mítico «rey Ludd» durante las guerras napoleónicas. La destrucción de las máquinas se limitó a las pequeñas

ciudades en las que había pocas oportunidades alternativas de empleo. Un período de aumento de la inflación dio lugar a numerosas huelgas en demanda de salarios más altos, y en 1825 fueron aprobadas unas nuevas Leyes de Asociación, que, cuando menos, legalizaban los sindicatos, a pesar de imponer severas restricciones a sus actividades. Empezaron a formarse sindicatos locales, pero estos, como los gremios en el continente, a menudo perseguían sobre todo limitar la afluencia de nuevos trabajadores a su sector. Muchos decidieron utilizar también títulos cuasi masónicos, con rituales, insignias y lenguajes peculiares, cuya finalidad era subrayar sus vínculos con las viejas tradiciones, pero no tardaron en ser superados por otras organizaciones más modernas.

En Inglaterra la ley seguía discriminando severamente a los sindicatos, y cuando en 1834 un grupo de jornaleros del campo decidió formar una mutualidad en Tolpuddle, cerca de Dorchester, e ir a la huelga con el propósito de impedir que los patronos siguieran rebajando los salarios cuando empezó a agudizarse la depresión económica general, sus integrantes fueron procesados en virtud de la ley de 1797 que prohibía los juramentos sediciosos, y condenados a ser deportados a Australia. Se produjo un clamor nacional a su favor y, tras cumplir su sentencia, los «mártires de Tolpuddle» recibieron permiso para regresar a sus casas en 1836. Los sindicatos solo surgieron con una base más amplia y con un carácter más permanente entre los trabajadores altamente cualificados cuyo abandono del trabajo podía resultar perjudicial para sus patronos. Las rivalidades entre los distintos oficios que habían limitado las perspectivas de llevar a cabo acciones colectivas en la década de 1820 fueron superadas al comienzo de la siguiente década con la formación de la Amalgamated Society of Engineers, Machinists, Milwrights and Patternmakers [Asociación Unificada de Ingenieros, Maquinistas, Mecánicos y Modelistas], que cobraba una cuota de suscripción muy elevada (un chelín a la semana) y pretendía suministrar subsi-

dios de enfermedad, desempleo, retiro y entierro. El sindicato logró sobrevivir a una huelga fallida y continuó activo durante la totalidad de la siguiente década, aunque no siempre consiguió mantener los 12.000 miembros que llegó a tener en 1831. La mayor parte de los sindicatos tenían un carácter en gran medida regional, y cuando lograron tener un carácter nacional, a menudo no duraron demasiado, como le sucedió a la Asociación Tipográfica Nacional, fundada en 1844, que cuatro años después se dividió en tres organismos regionales distintos porque los tipógrafos de Londres pensaron que estaban subvencionando a sus compañeros del norte sin conseguir gran cosa a cambio. Durante el largo declive económico que se prolongó hasta mediados de siglo, los sindicatos fueron derrotados una y otra vez en las disputas laborales cuando los patronos forzaron la bajada de los salarios de sus miembros, dando lugar a la desintegración de asociaciones nacionales como el Gran Sindicato de Hilanderos del Algodón o la Asociación Nacional para la Protección de los Trabajadores.

Un ejemplo típico de las dificultades que comportaba asegurar la representación eficaz de los trabajadores podemos verlo en el caso de la Asociación de Mineros de Gran Bretaña e Irlanda, formada por una alianza de mineros del carbón de Durham y Yorkshire en 1842-1843. En 1844 este sindicato tenía 70.000 miembros, o lo que es lo mismo, el 30 % de todos los mineros de la región, y contaba con un secretario general, una ejecutiva nacional y un periódico. Su objetivo, claramente definido, era impedir que los precios y los salarios se redujeran mediante la restricción de la producción. Ese mismo año la huelga fue derrotada de inmediato cuando los patronos recurrieron a mano de obra alternativa y despidieron a los activistas más destacados. En 1848 el sindicato casi había sucumbido. Las huelgas y los conflictos colectivos quedaron confinados a meras disputas de carácter local o, a lo sumo, regional. El intento llevado a cabo en 1833-1834 de formar un Gran Sindicato Nacional Consolidado, de inspiración po-

lítica, no había hecho nada, aparte de celebrar un congreso, al que se dio mucha publicidad, antes de que se desintegrara por completo. La lección que sacó de todo esto un número cada vez mayor de sindicalistas fue que el sindicalismo y la mejora de la capacidad de negociación de los trabajadores tenían pocas posibilidades de éxito sin una acción política.

Aunque en el Reino Unido el activismo sindical pudiera dar lugar teóricamente al activismo político, la represión policial y el relativo atraso de la economía industrial determinaron que semejante evolución resultara mucho más difícil para los trabajadores del continente. En Francia una Ley de Asociación aprobada en 1834 establecía que cualquier asociación de más de cinco personas fuera considerada potencialmente ilegal. Las décadas de 1830 y 1840 fueron testigos de un incremento continuo de las protestas en aquellos países de Europa más afectados por la penetración del mercado de productos industriales y por los desastrosos efectos de las malas cosechas y de las hambrunas de la patata en la vida de los artesanos urbanos, circunstancias que obligaron a la subida de los precios de los productos alimenticios y dejaron a la gente con poco dinero para adquirir productos acabados, reduciendo así drásticamente la demanda. En todas partes las protestas fueron encabezadas por artesanos cualificados que además sabían leer y escribir, y que utilizaron sus tradiciones de solidaridad y ayuda mutua para plantear demandas que no podrían ser satisfechas por el sistema político. Por supuesto que hubo huelgas industriales, pero se limitaron a un número relativamente pequeño de fábricas y plantearon inmediatamente cuestiones prácticas tales como los recortes salariales. Durante las depresiones industriales, el temor al desempleo mantuvo tranquilos a los trabajadores; en Ruan los despidos por insubordinación disminuyeron un 75 % durante la depresión de 1845-1846. Más de una tercera parte del sector textil de la ciudad eran mujeres, y una quinta parte niños, que carecían de la tradición de activismo habitual entre los artesanos varones. Las huel-

gas de los mineros, mayoritariamente hombres, fueron más frecuentes, y en 1834 y 1846 se organizaron varias en Anzin, en el departamento del Norte, en demanda de subidas salariales, pero durante estas dos décadas la protesta de los trabajadores se articuló sobre todo a través de los artesanos y de los miembros de los gremios.

La mayoría de las protestas tuvieron un carácter retrógrado, y su pretensión era establecer un «precio justo» para los productos de los trabajadores o «salarios justos» para estos, y sobre todo un «precio justo» de los alimentos. Los alborotos y las protestas públicas se centraron en cuestiones primarias; los miembros de los gremios intentaban proteger sus derechos y privilegios, y las multitudes de hombres, mujeres y niños planteaban demandas con las que pretendían que se pusiera un tope al precio de los alimentos. Se calcula que en la Confederación Germánica hubo 186 ejemplos de destrucción de maquinaria y de ataques contra telares mecánicos entre 1816 y 1848. Aquello no era tanto un intento de detener la marcha del progreso tecnológico cuanto una manera drástica de negociar la mejora de los salarios. Tras la mayor oleada de destrucción de maquinaria que tuvo lugar en Bohemia en 1844, los trabajadores efectuaron una marcha sobre Praga para pedir ayuda, pero a su llegada a la ciudad lo único que se encontraron fue una lluvia de balas de la policía y del Ejército. No obstante, las protestas de ese estilo, por mucha notoriedad que llegara a alcanzar el «rey Ludd» en Inglaterra, fueron algo insólito. Un estudio de la «protesta social» en las ciudades del norte de Alemania entre 1815 y 1848 calcula que cuarenta y un incidentes de acción colectiva se debieron a motivos económicos, sesenta y tres fueron consecuencia de choques con la autoridad, diecinueve fueron disputas entre los gremios, y treinta y cinco luchas por los derechos civiles. En el estado de Baden, en el sur de Alemania, durante ese mismo período las investigaciones han sacado a la luz más de cien protestas colectivas de carácter violento, setenta y cinco de ellas con el fin de in-

tentar proteger el estatus privilegiado de los artesanos agremiados. Las protestas expresaban no ya la desesperación de los trabajadores desarraigados carentes de tierras o de una nueva subclase urbana, sino el espíritu de comunidad de determinados grupos específicos de artesanos o aldeanos que atacaban a unos terceros a los que culpaban de su situación, ya fueran alguaciles, comerciantes, guardabosques, extranjeros o, como en el caso de Alemania, judíos. La dureza de la intervención de la policía podía en ocasiones desencadenar incidentes violentos, como ocurrió en Colonia en 1846 cuando varios jóvenes fueron detenidos por lanzar cohetes durante una festividad religiosa y protagonizar una algarada en señal de protesta.

Pero esas acciones empezaban a expresar también la nueva conciencia de la clase obrera naciente. Particularmente significativa fue la insurrección que tuvo lugar en Silesia en 1844. Aquí los tejedores artesanales, originalmente menestrales independientes, habían visto decaer su estatus y sus ingresos cuando los comerciantes que les suministraban el hilo y les compraban sus tejidos no tuvieron más remedio que bajar sus precios ante la competencia de la industria de los telares mecánicos. El 4 de julio una multitud asaltó la lujosa residencia de la familia Zwanziger, unos comerciantes que habían rechazado las exigencias planteadas por los tejedores de una compensación mayor por su trabajo. La posterior intervención del ejército, cuyos disparos causaron la muerte de once personas, suscitó las denuncias de varios periodistas y escritores escandalizados en toda Alemania. Semejante incidente es típico del carácter transicional de las protestas durante este período de formación de la clase obrera. Por un lado, fue un intento de conseguir una subida de los salarios, no de restaurar los privilegios del gremio. Por otro, los trabajadores, aunque actuando como tales, dirigieron su cólera contra determinados individuos concretos y no intentaron generalizarla. Los comentaristas de la época reaccionaron con severas advertencias sobre la aparición de una nueva clase, el prole-

tariado, «una clase muy numerosa [que] solo puede subsistir como consecuencia de un trabajo sumamente intensivo», como decía la enciclopedia *Brockhaus* en 1846. En inglés y en francés los términos «obrero» y «clase obrera» empezaron a ser usados gradualmente para designar al maestro artesano pobre, al trabajador de la fábrica, al minero y al asalariado urbano; en realidad, a todos aquellos que carecían de bienes y se veían obligados a vivir enteramente de su trabajo físico y del de su familia. Las diferencias entre los miembros de los gremios y los asalariados habían ido desgastándose paulatinamente, y estaba naciendo una nueva clase social. En algunos ámbitos y en algunos oficios, de hecho, había signos de formación de una clase trabajadora hereditaria. «Nuestra peculiar raza de mineros —decía el ingeniero John Buddle (1773-1843) en 1842—... solo puede mantenerse mediante la *reproducción*: no podrá nunca reclutarse entre la *población adulta*». El proceso de creación de un proletariado hereditario en este y en otros sectores del nuevo mundo industrial no había llegado demasiado lejos a mediados de siglo, pero evidentemente ya estaba en marcha.

Localización de la «cuestión social»

«Una nueva época de la literatura universal está empezando —comentaba el poeta Heinrich Heine con ocasión de la inauguración de la línea férrea Orleans-París en 1843—, y nuestra generación puede decir con orgullo que fue testigo de ello». No todos veían las cosas desde una perspectiva tan positiva. Por aquella misma época, los europeos más reflexivos eran conscientes de que la sociedad estaba empezando a cambiar con una rapidez desconocida hasta entonces. El escritor alemán de tendencia conservadora Wilhelm Heinrich Riehl (1823-1897) se quejaba de una «confusión de conceptos», en la que «surgen cosas nuevas a diario, y con ellas nuevas palabras, y si puede encontrarse una palabra nueva así, sin más, entonces otra vieja cambia de significado». Ya en 1835 otro escritor alemán, el jurista Robert von Mohl (1799-1875), advertía del posible daño social que podía

causar la industrialización. El trabajador de la fábrica, a diferencia del aprendiz, decía, no podrá abrigar nunca la esperanza de un ascenso; estaba destinado a seguir siendo «un siervo, encadenado… a su rueda», «como la maquinaria» que manejaba, «que pertenece a un tercero». Su situación desesperada creaba «todo tipo de inmoralidades», especialmente cuando los hombres eran arrancados de su hogar y de su familia. La única cura posible eran las asociaciones voluntarias, advertía Von Mohl, especialmente aquellas dedicadas a mejorar los niveles de educación de la clase trabajadora.

La «cuestión social» de la era fue dramatizada en varias «novelas sociales», y entre ellas una de las más influyentes fue *Sybil: Or the Two Nations* [Sybil o las dos naciones], publicada en 1845, obra del político *tory* y futuro primer ministro británico Benjamin Disraeli. Como a muchos otros observadores, a Disraeli le chocaban las condiciones de vida de los nuevos pobres de la industria, que habitaban en «sórdidas viviendas… con el agua que cae a chorros por las paredes, la luz que entra por el tejado, sin hogar ni siquiera en invierno», enfrentados a zanjas abiertas llenas de desechos animales y vegetales» o que «se extienden hasta pozas de agua estancada». Lamentando la muerte de las relaciones paternalistas tradicionales que había habido entre las clases, Disraeli veía que la sociedad británica se desintegraba en «dos naciones, entre las cuales no hay trato ni simpatía… LOS RICOS Y LOS POBRES»: una aristocracia irresponsable y autosatisfecha enfrentada a una población capitaneada por agitadores con «ambiciones salvajes y unos fines siniestros y egoístas», hasta que en el punto culminante de la novela el alejamiento entre las dos clases estalla en violencia declarada y en la destrucción de la propiedad. La crítica social impregnó las novelas populares de Charles Dickens, especialmente *Oliver Twist*, con su retrato del niño pobre abandonado que en su deriva va a parar al siniestro submundo de la criminalidad de Londres, mientras que el novelista alemán Ernst Willkomm (1810-1886) tituló su novela acerca de los obre-

ros de las fábricas, publicada en 1845, *Weisse Sklaven* [Esclavos blancos], subrayando la fuerza de la retórica antiesclavista para estimular las ideas radicales. En 1843, Bettina von Arnim (1785-1859), activa en los círculos literarios y culturales de su época, publicó *This Book Belongs to the King* [Este libro pertenece al rey], en el que suplicaba apasionadamente al soberano de Prusia que estableciera una «monarquía social» dedicada a superar la crisis social que amenazaba con engullir el país. El libro ejerció una influencia generalizada y alimentó un acalorado debate acerca del modelo cada vez más frecuente de «pauperismo».

Durante la primera mitad del siglo, el más popular de todos los libros escritos sobre la pobreza no fue, sin embargo, un tratado serio de carácter social, sino *Los misterios de París*. Fue escrito por Eugène Sue (1804-1857), que prestó servicio como cirujano militar durante la invasión francesa de España en 1823 y estuvo presente en la batalla de Navarino en 1827, durante la guerra de la independencia de Grecia. Sue escribió historias románticas de carácter sensacionalista con argumentos en los que a menudo salían piratas y bandoleros, y en su novela *Mathilde* (1841) acuñó la célebre frase que dice «la venganza es un plato que se sirve frío». Los personajes de *Los misterios de París*, publicada en forma de folletín en noventa entregas durante 1842-1843, eran un obrero de la capital francesa, una prostituta, un médico, un esclavo negro liberado y muchas otras figuras del pueblo llano. El obrero era, naturalmente, un aristócrata alemán disfrazado, uno de los muchos «misterios» que llenaban el relato; la novela además ridiculizaba la indiferencia de la clase alta por la terrible situación en que vivían los trabajadores. La obra tuvo imitadores en toda Europa, destacando en particular *The Mysteries of London* [Los misterios de Londres], de George Reynolds (1814-1879), un folletín que llegó a vender 40.000 copias por entregas en 1844 y que fue traducido a numerosas lenguas europeas. En la novela aparecían personajes como, por ejemplo, enanos jorobados, clérigos libertinos, ladrones de tumbas y doncellas violadas, pero

por detrás de todo se expresaba una poderosa compasión por la pobreza urbana. Análogamente, en *The Mysteries of Berlin* [Los misterios de Berlín], publicada también en 1844, el autor, August Brass (1818-1876), insistía en que los «misterios» de la existencia de la clase baja de la capital prusiana estaban ahí para ser observados, «si nos tomamos la molestia de levantar el casto velo de las comodidades egoístas y dirigimos nuestra mirada fuera de nuestros círculos habituales».

Toda esta literatura expresaba una profunda ansiedad por el advenimiento de un nuevo mundo social cuyo futuro estaba cargado de conflictos y peligros. La novela social de la época, sin embargo, no abordó el retrato de la vida rural, aunque la inmensa mayoría de los europeos de todos los países seguían viviendo en el campo. Decepcionados por la resistencia al cambio que con frecuencia encontraban en ellos, los defensores de la reforma agrícola a menudo consideraban a los campesinos poco más que animales. El campesino de Moldavia, escribía un representante de la administración local que prestó servicios en esta provincia durante las décadas de 1830 y 1840, se hallaba «reducido casi a la abyecta condición de una bestia, abandonado a la rapacidad de todo aquel que lo usa». El novelista francés Léon Cladel (1834-1892) llamaba a los campesinos «cuadrúpedos sobre dos pies… Codiciosos, envidiosos, hipócritas, astutos, cínicos, cobardes y brutales». La literatura rusa está llena de quejas de la sordidez de los *mujik*, sumidos en el alcohol y la superstición, hostiles a todo tipo de mejora de la agricultura, obstinadamente apegados a los métodos rutinarios de cultivo y recelosos de todo aquello que fuera moderno. La mayoría de los novelistas del siglo XIX se dedicaron exclusivamente a escribir sobre la burguesía, la aristocracia y la pobreza urbana, e ignoraron a los campesinos salvo como objeto de los planes de mejora. Honoré de Balzac (1799-1850) tituló una de sus novelas *Los campesinos*, escrita en 1844 y publicada en 1855) pero ya en sus primeras páginas queda claro que se trata de una condena de la costumbre rural de

socaliñar o gorronear, espigar y recoger los restos de los campos de los terratenientes después de la recolección. Sin embargo, dado el abrumador predominio numérico de la población rural en la Europa del siglo XIX, el comportamiento de los campesinos, los pequeños propietarios y los jornaleros sin tierras en momentos de agitación y trastornos políticos fue trascendental. Una rebelión campesina había sido lo que había sustentado la Revolución Francesa de 1789, las sublevaciones rurales que se extendieron por toda Rusia en 1905-1907 sacudirían el régimen zarista hasta lo más profundo de sus cimientos, y una rebelión todavía mayor de las zonas rurales sería uno de los elementos fundamentales de la revolución rusa de 1917. La postura de los campesinos en los tumultos que convulsionaron Europa en 1848-1849 tendría un papel importantísimo a la hora de determinar el resultado de los dramáticos acontecimientos que pusieron fin a los «hambrientos años cuarenta».

Capítulo 3

LA PRIMAVERA EUROPEA

Visiones de la era de las máquinas

En sus visitas a Inglaterra durante la década de 1830 la escritora y revolucionaria Flora Tristán (1803-1844) quedó asombrada al ver las condiciones de vida de los trabajadores de las fábricas:

> La esclavitud ya no es, a mi juicio, el mayor de los infortunios humanos desde que conozco el proletariado inglés; el esclavo está *seguro de su pan toda su vida* y de recibir cuidados cuando está enfermo; en cambio, no existe lazo alguno entre el obrero y el patrono inglés. Si este no tiene trabajo que dar, el obrero muere de hambre; si cae enfermo, sucumbe entre las pajas de su jergón... Si envejece o si a resultas de un accidente queda lisiado, es despedido y tiene que mendigar furtivamente, por miedo a ser detenido.

Para las mujeres, el desempleo significaba un destino todavía más diabólico, señalaba Flora al observar a las prostitutas que pululaban por las aceras de Waterloo Road. «En Londres —escribía—, todas las clases están profundamente corrompidas». En su afán por descubrir en qué consistía el sistema de gobierno que permitía todos esos horrores, dejó perplejo a un diputado *tory* al pedirle que le prestara uno de sus trajes para poder asistir a una sesión del Parlamento en la galería pública (el acceso de las mujeres no estaba tolerado). Al final logró entrar vestida de joven turco; aunque el disfraz no engañara a nadie, los ujieres la dejaron pasar. Oyó un discurso del duque de Wellington («frío, soso, cargante»), pero sus palabras no le proporcionaron esclarecimiento alguno. Las máquinas de las nuevas fábricas la impresionaron, pero pensó que el daño que infligían a los seres humanos era espantoso.

Nacida el 7 de abril de 1803 de madre francesa y padre peruano —la pareja se había conocido en España, donde su madre había llegado «huyendo de los horrores de la revolución»—, Flora Tristán llevó una vida muy azarosa entre el viejo y el nuevo continente. Su padre, un terrateniente amigo de Simón Bolívar que afirmaba ser descendiente de Moctezuma, sirvió en el ejército español, pero murió en 1807, dejando a su viuda y a su hijita en una dificilísima situación financiera. La pareja había celebrado una boda religiosa, que no era reconocida en Francia, donde solo tenían validez las ceremonias civiles, de manera que técnicamente Flora era hija ilegítima. Obligada a vivir en un barrio pobre de París, logró encontrar un trabajo asalariado, coloreando los grabados de un artesano, André Chazal (1796-1860), propietario de un taller en Montmartre. El grabador se enamoró de la joven y se casó con ella en 1821. Flora tenía diecisiete años y André veinticuatro. El matrimonio fue un fracaso. Ella encontraba a su marido aburrido, inculto e irresponsable, aficionado al juego y siempre cargado de deudas. Él pensaba que la joven «se daba demasiados aires». En 1825, embarazada de su tercer hijo, Flora abandonó el domicilio conyugal, afirmando que su madre la había obligado a contraer un matrimonio que no había sido más que una «infinita tortura».

El divorcio era ilegal en Francia; como esposa, Flora era a ojos de la ley una menor carente de derechos y de propiedades. En 1828, Chazal accedió a concederle legalmente la separación de bienes. Tres años después, empezó a perseguirla con la pretensión de recuperar a sus hijos —dos niños y una niña, Aline—, sobre los cuales, según la ley, era el único que tenía derecho de tutela. Mientras Flora estaba en Perú, donde había viajado con el fin de recuperar los bienes de su familia, Chazal localizó a Aline en un internado y la raptó. Además empezó a publicar panfletos difamatorios contra Flora. «No posee ninguna de las virtudes que confieren valor a una *hija*, a una *esposa*, a una *pariente*, o a una *mujer de calidad* —se quejaba Chazal—. Para ella *los lazos fa-*

miliares, *las obligaciones de la sociedad* y *los principios de la religión* constituyen un bagaje inútil, del que se deshace con una audacia que por fortuna es bastante rara». De manera harto inquietante, diseñó una lápida funeraria para Flora, compró un par de pistolas, y empezó a hacer ejercicios de tiro. Se hizo parroquiano de una taberna situada justo enfrente del piso que Flora ocupaba en París. El 10 de septiembre de 1838 la vio pasar por la calle, se acercó a ella por la espalda y le descerrajó un tiro a bocajarro. La bala la alcanzó en el costado izquierdo, pero no la mató. Flora recibió cuidados médicos y aunque logró recuperarse, los doctores no extrajeron nunca la bala de su cuerpo. Chazal fue detenido, hallado culpable de intento de asesinato y condenado a veinte años de trabajos forzados.

Para Flora Tristán, la situación de una esposa atrapada en un matrimonio desdichado, como la del operario de una fábrica inglesa, no era mejor que la de un esclavo. En noviembre de 1837, en su libro *Peregrinaciones de una paria*, ponía en la picota a su marido y decía a toda mujer casada que se hallara atrapada en un matrimonio desgraciado: «Sopesa la cadena que te hace… esclava [de tu marido] y ve si… la puedes romper». Empezó a reclamar a la Cámara de los Diputados la legalización del divorcio: «Hasta ahora —decía en 1843— la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas… El cura, el legislador, el filósofo, la han tratado como una verdadera paria. La mujer (y hablamos de la mitad de la sociedad) ha sido excluida de la Iglesia, ha sido excluida de la ley, ha sido excluida de la sociedad». Buscando ideas con las que justificar su postura cada vez más radical, Flora empezó a leer las obras del socialismo utópico, principalmente de autores franceses como Charles Fourier (1772-1837), que desde la Revolución de 1789 habían intentado dibujar los contornos de la sociedad ideal. No le impresionó demasiado lo que encontró en ellas. «Muchas personas, entre las que me cuento —decía en 1836—, consideran que la ciencia de M. Fourier es muy oscura». Además, pensaba, el utopismo «paralizaba toda acción»

por parte de los obreros. En sus viajes por Francia a menudo contó con la ayuda de los *compagnonnages*, que llegaron a considerarla su «madre», pero la consternación que le causaron sus divisiones internas y sus disputas se convirtió para ella en un acicate más para crear un movimiento obrero unido. «¡Aislados sois débiles y caéis agobiados bajo el peso de toda clase de miserias! —les decía—. Pues bien, salid de vuestro aislamiento: ¡Uníos! La unión hace la fuerza. Tenéis a vuestro favor el número, y el número significa ya mucho».

A sus críticos los molestaba ya el simple hecho de que se atreviera a desafiar la supremacía masculina mediante sus melodramáticos pronunciamientos y su enérgica independencia. Más chocante incluso resultaba su defensa de la crianza colectiva de los hijos y su aceptación de la creencia de Fourier en que las relaciones sexuales permanentes iban en contra de la naturaleza humana. Además, la terrible experiencia que había tenido con su marido la llevaron a rechazar las relaciones con los hombres, y a buscar refugio en las amistades íntimas con otras mujeres, en las que, a su juicio, no entrarían en juego las relaciones de poder. Las mujeres, afirmaba, debían tener derecho a voto, lo mismo que todos los hombres adultos, así como derecho al trabajo y a la educación. La emancipación de la mujer estaba estrechamente ligada a la emancipación de los trabajadores; al final, unas y otros alcanzarían juntos el triunfo. Exhortaba a los obreros a hacer una declaración de los derechos de la mujer, del mismo modo que sus padres habían hecho la declaración de los derechos del hombre en 1791. Si se eliminaban las desigualdades de poder entre hombres y mujeres habría salario igual por trabajo igual. No sería más que el reconocimiento del hecho de que «en todos los oficios en los que se requiere destreza y agilidad de los dedos, las mujeres hacen el doble de tarea que los hombres». Flora no vivió para ver sus ideas puestas en práctica. Cogió el tifus en una visita que efectuó a Burdeos en 1844 y murió poco tiempo después, el 14 de noviembre, con solo cuarenta y un años. Su recuerdo si-

guió vivo entre los trabajadores y volvió a salir a la superficie en 1848. Su hija, Aline, se casó en 1846 con Clovis Gauguin, un periodista republicano que murió tres años después camino del Perú. Su hijo, Paul Gauguin (1848-1903), que permaneció en Perú con Aline siete años, gracias a las ayudas de la familia, se convertiría más tarde en un afamado pintor cuyas peregrinaciones por todo el mundo quizá debieran mucho al hecho de haberse criado en dos continentes.

En gran medida Flora Tristán tenía razón al criticar la falta de realismo de los representantes del socialismo utópico. Pero eso no significa que no pensaran en la manera de plasmar sus ideas en la realidad. Fundamental para muchos de ellos era la creencia de que mediante el establecimiento de comunidades humanas perfectas, mostrarían el camino hacia el futuro, un camino tan racional y tan armónico que en todas partes la gente optaría rápidamente por seguirlo. Charles Fourier, por ejemplo, en su tratado *El nuevo mundo industrial y societario*, publicado en 1829, proponía la fundación de lo que él llamaba «falansterios» o falanges, en los que debían vivir unas 1.600 personas, hombres, mujeres y niños, llevando una vida en común basada en la compartición de servicios sociales colectivos. Arquitecto, estadístico y rico por su casa, Fourier creó una comunidad de este tipo a las afueras de París en 1832, aunque sus integrantes no tardaron en pelearse y en apartarse cada vez más de las ideas de su fundador. Posteriormente sus discípulos establecerían otras comunidades en Estados Unidos. Irremediablemente tal vez, la mayoría de ellas no duraron más que unos cuantos años, o se convirtieron en colonias más convencionales basadas en principios muy alejados de los de su fundador.

Ideas similares propuso el abogado y periodista Étienne Cabet (1788-1856), hombre de origen humilde que había tomado parte en la revolución de 1830 y había ejercido como diputado de la oposición a comienzos de la década de 1830. Más decididamente igualitario que Fourier, en su famoso *Viaje por Icaria* (1840) con-

templaba una comunidad en la que todo el mundo trabajaba por igual y recibía por ello las mismas recompensas, todo el mundo podía votar, y todas las propiedades eran poseídas en común. En eso consistía el «comunismo», término inventado por él. El inconveniente de su receta utópica era que todo el mundo tenía que obedecer las leyes de la comunidad y que por fuerza solo debía haber un periódico, cuya función era expresar la opinión común de los miembros de la comunidad. El deseo de libertad, advertía, era «un error, un vicio, un mal grave» nacido del «violento odio». En 1848, desesperado por no poder poner en práctica sus planes en Europa, partió acompañado de un grupo multinacional de seguidores, en su mayoría menestrales, rumbo a Estados Unidos, donde fundó varias comunas icarianas. Casi todas ellas tuvieron una vida muy corta. Sus normas, entre las cuales estaba la terminante prohibición de fumar, eran demasiado estrictas para muchos de sus miembros; el propio Cabet fue expulsado de una de ellas poco antes de su muerte en 1856. Daba la impresión de que el mero establecimiento de comunidades utópicas no bastaba para convencer a la humanidad de su utilidad. Se necesitaba algo más.

Una forma de causar impacto fue la que desarrolló otro grupo de socialistas utópicos, el de los sansimonianos, fundado por Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), que tuvo una carrera bastante más accidentada que la de la mayoría: había estado al servicio de Washington en Yorktown en 1781, se había librado por poco de la guillotina durante la Revolución de 1789, y fue tenido por lunático y encerrado junto con el marqués de Sade (1740-1814) en el asilo de Charenton. Posteriormente siguió llevando una vida muy ajetreada, intentando incluso quitarse la vida en 1823 por medio de un disparo. Su principal preocupación era desarrollar una forma racional de religión en la que la gente consiguiera la vida eterna «trabajando con todas sus fuerzas por mejorar la situación de sus semejantes». Atrajo a numerosos seguidores, incluidos no solo carbona-

rios, sino también muchos individuos instruidos, cultos y de talento, en particular gente relacionada con el futuro mundo de la industria, como ingenieros, técnicos, banqueros, etcétera. Entre sus obras cabría citar *Industry* [La industria] (1816-1818) y *El sistema industrial* (1821-1822). El secretario de Saint-Simon fue Auguste Comte (1798-1857), posterior fundador de la sociología. También este fue un hombre de vida ajetreada; fue acogido en un asilo para locos durante un breve período e intentó suicidarse en 1827 arrojándose al Sena desde un puente. No tuvo más suerte que su señor a la hora de quitarse la vida y vivió treinta años más; siguió los pasos de Saint-Simon inventando una nueva «religión de la humanidad» y acuñando el término «altruismo». Su obra en seis volúmenes *Curso de filosofía positiva*, publicada entre 1830 y 1842, tendría una repercusión enorme no solo en Francia, sino también en otros países a través de la doctrina sociológica del «positivismo».

El movimiento creado por Saint-Simon sobrevivió a su muerte, acontecida en 1825. El liderazgo del grupo fue asumido por Prosper Enfantin (1796-1864), cajero de banco de profesión, que había capitaneado un grupo de seguidores entusiastas de Napoleón ofreciendo resistencia armada a los aliados cuando estos invadieron París en 1814, para unirse después a los carbonarios. Enfantin afirmaba que la mejora de «la clase más pobre y más numerosa» era voluntad de Dios. Pero la iniciativa en esta labor debían asumirla los científicos, los ingenieros y los industriales. Posteriormente Enfantin llegó a director del ferrocarril París-Lyon. En 1834 otro sansimoniano, el antiguo carbonario y editor Pierre Leroux (1797-1871), introdujo el término «socialismo» en el vocabulario político francés (inventó también la palabra «solidaridad»). Muchos discípulos de Saint-Simon desempeñarían un papel significativo en la vida industrial, económica y académica de Francia durante las décadas de 1850 y 1860. Sus ideas influirían además en los escritos de Louis Blanc (1811-1882), preceptor del hijo del dueño de una fundición de acero. En 1839, Blanc

publicó un libro enormemente popular, *The Organization of Labour* [La organización del trabajo], que proponía la creación de fábricas basadas en el reparto de beneficios entre los trabajadores y financiadas inicialmente mediante préstamos. Blanc rechazaba los aspectos jerárquicos de la filosofía de Saint-Simon y sustituyó el eslogan de este, «A cada uno según sus obras», por otro nuevo: «A cada uno según sus necesidades».

Entre los exponentes del socialismo utópico destacó sobre todo Fourier, que planteaba la identidad de la emancipación de la mujer y la emancipación del ser humano en general, creencia que compartía con Flora Tristán: «La extensión de los privilegios a las mujeres —decía— constituye el principio general de todo progreso social». Fourier comparaba también a las mujeres con los esclavos: el matrimonio era para ellas una «esclavitud conyugal». En el falansterio, las mujeres debían tener unos derechos plenamente iguales a los de los hombres y debían ser libres de casarse y de divorciarse cuando quisieran. Del mismo modo que Cabet inventó el término «comunismo», Fourier inventó la palabra «feminismo». Los sansimonianos estaban preocupados asimismo por el lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad. Enfantin proclamó que «la emancipación de la mujer» era el objetivo central de la nueva iglesia que pretendía dirigir. No obstante, en este concepto incluía la «rehabilitación de la carne», y en 1832 su defensa de la emancipación sexual de la mujer le acarreó una condena por ofender la moralidad pública. Mucho más convencional fue Cabet, que, de manera acaso sorprendente, pensaba que la principal unidad constituyente de la sociedad comunista debía ser no ya el individuo, sino la pareja heterosexual casada y sus hijos, de modo que la crianza colectiva de los hijos no entraba en su visión. Toda mujer debía recibir una educación, pero el objetivo de esa educación debía ser hacer de ella «una buena hija, una buena hermana, una buena esposa, una buena madre, una buena ama de casa y una buena ciudadana».

El socialismo utópico no estuvo confinado a los pensadores franceses. El galés Robert Owen (1771-1858), nacido en un hogar humilde, llegó a ser director de una fábrica y se hizo cargo de una empresa textil de New Lanark, cerca de Glasgow, tras casarse con la hija del propietario y crear un consorcio para comprar su parte. Owen consideraba que los obreros llevaban una vida disoluta y degradada, de modo que creó escuelas para los niños y abrió la primera tienda en régimen de cooperativa de la historia, que vendía productos a los trabajadores a precios baratos y repartía los beneficios con ellos. New Lanark se hizo famosa como modelo de comunidad fabril, e indujo a Owen a declarar en 1827 que podía convertirse en una base para el establecimiento de cooperativas en todo el mundo industrializado. Su misión consistía en superar la «individualización» del ser humano que generaba la industria y sustituir esa sociedad atomizada por lo que él denominaba una sociedad «socialista»: aquella fue la primera vez que se utilizó este término en inglés. Owen realizó importantes inversiones en experimentos comunitarios en Estados Unidos, sobre todo en la colonia de New Harmony, que conoció un breve esplendor entre 1824 y 1829. Sus ideas tuvieron una influencia considerable entre los nuevos trabajadores de la industria en Gran Bretaña. Pero finalmente Owen se retiró para dedicarse a otra obsesión de los impulsores del socialismo utópico, a saber, la fundación de una nueva iglesia. Se convirtió así en el autodenominado «padre social de la sociedad de los religionistas racionales», antes de pasarse al espiritualismo y gozar de conversaciones con las sombras de Benjamin Franklin y Thomas Jefferson hasta que él mismo se fue al más allá en 1858.

Owen, Fourier, Cabet y otros pensadores utópicos propagaron sus ideas a trabajadores como el sastre alemán Wilhelm Weitling (1808-1871), que en obras tales como *Humanity: As it is and as it stould be* [La humanidad: cómo es y cómo debería ser] (1838) y *The Gospel of Poor Sinners* [El evangelio de los pobres pecadores] (1845) remontaba el comunismo a las doctrinas del cristianismo

primitivo y proponía imponérselo a la fuerza a la sociedad mediante una sublevación milenarista de 40.000 criminales convictos. Sin embargo, pocos fueron los exponentes del socialismo utópico con raíces en el mundo de los menestrales, por no hablar del mundo de la nueva clase obrera industrial. Cuando fue así, como ocurrió con el artesano francés Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), hijo de un tonelero empobrecido, que empezó trabajando como cajista de imprenta, sus ideas fueron muy distintas de las de teóricos como Enfantin. Despedido del trabajo en 1830, Proudhon se embarcó en una carrera como escritor, exponiendo a lo largo de una amplia serie de libros y panfletos lo que él llamaba «una filosofía del pueblo». En su obra *¿Qué es la propiedad*?, publicada en 1840, respondía a la pregunta planteada en el título con una célebre afirmación: «La propiedad es un robo». Con esta frase no pretendía desdeñar toda la propiedad privada; antes bien, lo que quería era que la sociedad poseyera todas las propiedades, pero arrendarlas para evitar la especulación y la distribución no equitativa. No obstante, esa declaración suya resonaría como un eco a lo largo del siglo en los oídos tanto de socialistas, como de comunistas y anarquistas. Proudhon se oponía vehementemente a la igualdad de la mujer. Si la mujer conseguía unos derechos iguales a los de los hombres, sostenía, estos lo considerarían algo «odioso y feo», y significaría «el fin de la institución del matrimonio, la muerte del amor y la ruina del género humano». «Entre la ramera y el ama de casa —concluía— no hay punto medio».

En este y en otros aspectos, las ideas de Proudhon eran muy distintas de las de la mayoría de los socialistas utópicos. Lo que tenían en común con ellos, sin embargo, era la determinación de abordar el nuevo mundo político creado por la Revolución Francesa de 1789 y el nuevo mundo económico y social que estaban creando en toda Europa los avances de la industrialización. Esa determinación era compartida por algunas variantes del hegelianismo, una tradición distinta, más académica, de pensamiento

radical, de la primera mitad del siglo XIX. Georg Friedrich Hegel (1770-1831), que creció en el suroeste de Alemania bajo la influencia de la Ilustración, fue un admirador de la Revolución Francesa y de Napoleón, de cuya entrada en Jena al término de la batalla fue testigo en 1806. Tras ocupar varios puestos docentes, en 1818 Hegel fue nombrado catedrático de Filosofía de la Universidad de Berlín, donde permanecería hasta su muerte, víctima del cólera, en 1831. Ateo como era, sustituyó el concepto de Dios por la idea de «Espíritu Universal» de racionalidad, que, según él, llevaba a cabo sus fines a lo largo de la historia mediante un proceso que él denominaba «dialéctico», en el que una determinada situación histórica era sustituida por su antítesis, y luego ambas se combinaban para crear una síntesis final. A medida que fue haciéndose más conservador, Hegel empezó a considerar el estado de Prusia posterior a 1815 como una «síntesis» que no necesitaba ninguna alteración más. No es de extrañar que no tardara en ser llamado el «filósofo del estado prusiano». Pero su idea fundamental de progreso histórico ineludible tuvo un atractivo considerable para los radicales de muchos países de Europa. En Polonia, el historiador del arte Józef Kremer (1806-1875) propagó las ideas de Hegel en sus *Letters from Cracow* [Cartas desde Cracovia], el primer volumen de las cuales fue publicado en 1843. El filósofo francés Victor Cousin (1792-1867) fue en peregrinación a visitar a Hegel en 1817. «Hegel, dígame la verdad —le rogó—. Quiero trasladar a mi país todo lo que esté en condiciones de entender». El gran filósofo, después de meterse entre pecho y espalda buena parte de los *Philosophical fragments* [Fragmentos filosóficos] de Cousin, no quedó demasiado bien impresionado. «M. Cousin —comentó con desdén— tomó prestado de mí un poco de pescado, pero luego lo ahogó en su propia salsa».

En el ámbito emergente de la *intelligentsia* de Rusia durante las décadas de 1830 y 1840, como luego recordaría Aleksandr Herzen, autor de *¿Quién es culpable*? (1845-1846), una de las pri-

meras novelas sociales rusas, los escritos de Hegel eran discutidos hasta altas horas de la madrugada. «Cualquier folleto insignificante... en el que simplemente se hiciera mención de Hegel era encargado y leído hasta que quedaba hecho trizas, descolorido y se caía a pedazos en unos cuantos días». La dialéctica de Hegel acentuaba las vagas percepciones existentes de las diferencias entre Oriente y Occidente y obligaba a los intelectuales rusos a tomar postura. El crítico literario Iván Kiréyevski (1806-1856), cuyo religioso padre era tan vehementemente hostil al ateísmo de Voltaire que compraba múltiples copias de los libros del escritor francés con el único fin de quemarlas en grandes montones en su jardín, asistió a las clases de Hegel en Berlín y llegó a la conclusión de que Rusia estaba destinada a pertenecer a Oriente, fundamentando su sociedad en el colectivismo y no en el individualismo, y edificando su carácter moral sobre las doctrinas de la Iglesia ortodoxa. Sin embargo, la filosofía de la historia de Hegel convenció a otros de que Rusia se encontraba en una trayectoria predeterminada hacia un futuro liberado mediante la adquisición de las libertades habituales en Occidente. El joven crítico literario Visarión Belinski (1811-1848) empezó a poner la etiqueta de «chino» a todo aquello que consideraba atrasado en la cultura y la política de su tierra natal. Herzen extrajo unas consecuencias similares de la lectura de Hegel, pero no llegó a defender la revolución por métodos violentos para conseguirlas.

Ese fue el paso que dio el más radical de los hegelianos rusos, Mijaíl Bakunin (1814-1876), que se empapó de las obras del filósofo alemán en su época de estudiante en Moscú. Bakunin era un hombre de carácter violento, volcánico, calificado por su amigo Belinski de «naturaleza profunda, primitiva, leonina», aunque también destacaba por «sus exigencias, su infantilismo, su petulancia, su falta de escrúpulos y su insinceridad». En 1842, a la sazón en París, Bakunin publicó un extenso artículo exhortando a la «realización de la libertad» y atacando «los restos mar-

chitos y podridos de la convencionalidad». El artículo exhalaba un espíritu hegeliano tan abstracto que muchas de sus secciones resultaban casi incomprensibles. Pero concluía con una escalofriante profecía del extremismo anarquista violento cuyo padre fundador fue el propio Bakunin: «La pasión por la destrucción es también una pasión creadora». Esos sentimientos expresaban la influencia de un grupo de filósofos alemanes llamados los Jóvenes Hegelianos, cuyo ateísmo dio lugar a su expulsión por orden del piadoso rey Federico Guillermo IV de Prusia (1795-1861), poco tiempo después de su ascensión al trono en 1840. Bakunin los conoció en París y publicó su artículo en una de las efímeras revistas que fundaron, concretamente en una cuyo editor era Arnold Ruge (1802-1880). Fue también en París donde Bakunin conoció a otro hegeliano, Karl Marx (1818-1883), que se convertiría en su gran rival en el pequeño y apasionado mundo de los activistas y pensadores revolucionarios durante casi el resto de su vida. Los dos se cayeron mal a primera vista. Marx, como recordaría más tarde Bakunin, «dijo que yo era un idealista sentimental, y tenía razón. Yo le dije que él era un tipo siniestro, vanidoso y traicionero; y también tenía razón».

A la larga, sería Marx el que acabaría por tener más influencia. Nacido en el extremo occidental de Alemania, en la ciudad provinciana de Tréveris, pequeña y decadente, en Renania, Karl Marx empezó a gravitar en torno a los Jóvenes Hegelianos de la universidad de Berlín, uno de los cuales, Ludwig Feuerbach (1804-1872), fue la fuente de su famosa afirmación: «Hasta ahora los filósofos solo han interpretado el mundo; pero de lo que se trata es de cambiarlo». Marx se dedicó a escribir por cuenta propia, componiendo artículos para un periódico radical recientemente fundado, con sede en Colonia, el *Rheinische Zeitung*. El periódico no tardó en ser cerrado por las autoridades en abril de 1843, y tres meses después Marx se trasladó a París. La lectura de las obras de economía política inglesa agudizó su pesimismo en lo referente a las perspectivas económicas de la clase obrera.

Y la lectura de los obras de los socialistas franceses lo llevaron a ver en la abolición de la propiedad privada y en el establecimiento de formas colectivas y comunales de trabajo el camino para superar la alienación del trabajo de los obreros mediante la apropiación de su producción por parte de los patronos. El trato con los radicales de París puso además a Marx por primera vez en contacto con Friedrich Engels (1820-1895), que se convertiría en su colaborador de por vida. Marx escribió a lo largo de la década de 1840 varias polémicas que reflejaban el talante intratable de los círculos de emigrados en los que se movía. Pero eran los socialistas como Proudhon los que llevaban la iniciativa, situación que la vehemente crítica de las ideas del francés escrita por Marx, *La miseria de la filosofía* (1847), no tendría la menor oportunidad de cambiar. No obstante, todas esas ideas, basadas en el legado de la Ilustración del siglo XVIII y de la Revolución Francesa, desempeñarían un papel importante en los acontecimientos revolucionarios que iban a poner fin a la década.

Nacionalismo y liberalismo

De manera más inmediata, sin embargo, durante las décadas de 1830 y 1840 fueron las ideas del nacionalismo las que tuvieron un impacto mayor y más perturbador. Es habitual definir el nacionalismo como la demanda de un estado en respuesta a la voluntad soberana de un determinado pueblo, pero muchos nacionalistas de la primera mitad del siglo XIX no llegaron, ni mucho menos, a abrazar este principio radical. Algunos sí que intentaron liberar a su nación del yugo extranjero. Los más persistentes en este sentido fueron los polacos, que pretendían la independencia de la Rusia zarista, del imperio de los Habsburgo y del reino de Prusia, que en el siglo XVIII se habían repartido entre los tres el estado disfuncional de Polonia. Pero casi todos los demás nacionalistas de este tipo solo pretendían una mayor autonomía dentro de una estructura política más grande, o simplemente el reconocimiento oficial de su lengua y su cultura. En la monarquía de los Habsburgo grupos nacionales distintivos, como los

checos y los húngaros, entrarían dentro de esta categoría; ninguno de ellos hizo activamente campaña por la disolución de la propia monarquía. En Finlandia, el movimiento de los fenómanos, capitaneado por Johan Vilhelm Snelmann (1806-1881), profesor universitario y filósofo que defendía el uso en las escuelas del finés, en vez del sueco (aunque él hablaba solo esta última lengua), no llegó nunca a plantear ninguna exigencia de independencia de Rusia. Un segundo tipo de nacionalismo pretendía la unificación de una sola nación dividida en varios estados independientes distintos —particularmente italianos y alemanes—, y en este caso la exigencia desde el primer momento fue la de una soberanía completa. Naturalmente, estas categorías no eran enteramente diferentes unas de otras. Unificar Italia significaba librarse del yugo austríaco en el norte de la península; y unificar Alemania significaba llegar a un acuerdo con Dinamarca y en particular con la monarquía de los Habsburgo, cada una de las cuales poseía parte de la Confederación Germánica, pero la mayoría de cuyo territorio y de cuyos habitantes estaba fuera de ella. No obstante, conviene no interpretar retrospectivamente las posteriores demandas de independencia e incluirlas en el nacionalismo incipiente de las décadas de 1830 y 1840. De hecho, antes de mediados de siglo el nacionalismo era para muchos tanto un medio de conseguir un fin como un fin en sí mismo, un medio de llevar a cabo una reforma política y constitucional de corte liberal frente al ordenamiento conservador impuesto por la Santa Alianza y el régimen policial de la Confederación Germánica bajo la férula del príncipe de Metternich.

Tampoco sería prudente atribuir a las décadas de 1830 y 1840 la ulterior agresividad y el egoísmo del nacionalismo europeo. Giuseppe Mazzini, el nacionalista europeo más famoso de su tiempo, creía en unos Estados Unidos de Europa, compuestos por pueblos libres e independientes en una asociación voluntaria de unos con otros. La desunión de las insurrecciones urbanas de 1831 en el norte de Italia y su fácil supresión a manos de los aus-

tríacos lo convencieron de que los carbonarios, a los que él mismo pertenecía, tenían que ser sustituidos por un movimiento verdaderamente nacional, dedicado sobre todo a organizar la expulsión de los austríacos de la península. Durante su estancia clandestina en Marsella fundó una asociación llamada la Joven Italia, posiblemente a imitación del movimiento literario de la Joven Alemania, fundado poco antes. Pese a sus rasgos conspirativos, la Joven Italia tenía un programa claro: la unificación de Italia sobre una base democrática y republicana. La organización elaboraba también listas de miembros, cobraba suscripciones y utilizaba un servicio de correos para mantener en contacto unos con otros a los integrantes del movimiento dispersos por las distintas ciudades del país. Muy pronto los miembros de la Joven Italia podían contarse por miles, inspirados por las infatigables campañas de Mazzini, su incesante producción de opúsculos, y el hecho de que, al parecer, era «el ser más hermoso, varón o hembra», que, según decían, habían visto las personas que lo conocían. Metternich proclamó que todo aquel que perteneciera a la organización sería condenado a la pena de muerte. A comienzos de 1833, Carlos Alberto, el rey de Piamonte-Cerdeña, mandó ejecutar públicamente a doce oficiales del ejército implicados en un complot que pretendía llevar a cabo una insurrección militar bajo la influencia de Mazzini. Este mismo fue condenado a muerte *in absentia* y la sentencia fue leída públicamente delante del domicilio de su familia en Génova. Metternich consiguió que lo expulsaran de Francia, pero Mazzini siguió dirigiendo la Joven Italia desde Suiza. El líder nacionalista centró entonces sus numerosas conspiraciones en el Piamonte: en una de ellas, como tantas otras delatada a las autoridades del reino, participó un joven oficial de la armada, Giuseppe Garibaldi, que se había unido a la Joven Italia tras conocer a un miembro de la organización en una expedición comercial al mar Negro. Condenado igualmente a muerte *in absentia*, Garibaldi huyó a Sudamérica, donde parti-

cipó en la guerra de los Farrapos de Brasil, antes de luchar en la guerra civil uruguaya.

Por medio de la correspondencia, que a partir de 1837 mantendría desde Londres, Mazzini creó distintos movimientos nacionales bajo la égida de la Joven Italia: la Joven Austria, la Joven Bohemia, la Joven Ucrania, el Joven Tirol; incluso durante un breve período surgió la Joven Argentina. La Joven Polonia desempeñó un papel significativo en la insurrección de 1830. La organización más duradera e importante de este estilo fue la Joven Irlanda, término utilizado en tono despectivo por la prensa inglesa para referirse a un movimiento fundado en 1840 por Daniel O'Connell (1775-1847); esta organización no tenía nada que ver con Mazzini, que no pensaba que Irlanda tuviera que ser independiente; renunciaba a la violencia y a la insurrección, y su objetivo no era la creación de una nueva nación, sino el rechazo de la Ley de Unión [*Union Act*] aprobada por Inglaterra en 1800. Pero a través de las organizaciones que sí que fundó, Mazzini logró cambiar los términos y las tácticas del nacionalismo. Los nacionalistas habían aprendido a coordinar sus esfuerzos dentro de cada país en particular, y además en su discurso había ahora una buena dosis de realismo, lo que hizo que todos, salvo los polacos, reconocieran que era harto improbable que las insurrecciones triunfaran por sí solas, y que la formación de sociedades secretas no conducía a ninguna parte: los nacionalistas necesitaban un programa y una organización formal, provista de un aparato de propaganda con el fin de conseguir apoyo democrático.

Bajo el liderazgo de Metternich, el imperio de los Habsburgo seguía siendo el principal obstáculo en la senda de los movimientos nacionalistas de Italia, Bohemia, Alemania, Hungría y —junto con Rusia y Prusia— de Polonia. Austria se había puesto a la cabeza de los estados europeos para derrocar a Napoleón; durante treinta años, de 1815 a 1845, el dominio austríaco de Europa fue incuestionable. Tras la abolición llevada a cabo por Napoleón I de órganos legislativos tradicionales tales como los Esta-

mentos [*Landstände*] de corte feudal, pocas salidas le quedaban al descontento popular. El emperador Francisco I se negó a introducir cualquier tipo de arreglo constitucional en sus dominios del norte de Italia. «Mi imperio —comentó— se parece a una casa destartalada. Si quiere uno demoler un trocito, nunca se sabe cuánto de ella se vendrá abajo». En la Italia central, Gregorio XVI, elegido papa en 1831, gobernaba los Estados Pontificios a través de una milicia de «centuriones» que sofocaban cualquier crítica de la corrupción y la ineficacia de su administración. Tan caótica era la situación en sus dominios que el gobierno papal no fue ni siquiera capaz de preparar unos presupuestos del Estado durante los últimos diez años de su pontificado. En Piamonte-Cerdeña, durante toda la década de 1830 y la primera mitad o más de la de 1840, el miedo a las conspiraciones y a la revolución obligó a Carlos Alberto a permanecer al lado de los austríacos en el norte de Italia. Pero el rey de Piamonte era más pesimista a largo plazo. «La gran crisis —decía en una carta en 1834 — solo puede aplazarse más o menos, pero indudablemente llegará».

Evitar que así fuera constituyó uno de los objetivos de los reformadores liberales de carácter moderado que entraron en la escena política durante la década de 1840. Como otros personajes similares de otros países de Europa, tomaron como ejemplo sobre todo a Inglaterra. El reformista milanés Carlo Cattaneo (1801-1869), un antiguo carbonario que había preferido seguir vías más moderadas, pensaba que «los pueblos deben hacerse continuamente de espejo unos a otros, pues los intereses de la civilización son solidarios y comunes». En el Piamonte, el más influyente de esos moderados a largo plazo fue Camillo Benso, conde de Cavour (1810-1861), de religión protestante, que había viajado ampliamente por Gran Bretaña y Francia y apoyaba el progreso económico, la construcción del ferrocarril y la separación de la Iglesia y el Estado. Al tiempo que los sentimientos liberales se propagaban entre las clases cultas, sobre todo en el

norte de Italia, el secretario del Foreign Office británico, lord Palmerston, advertía al embajador austríaco en Londres que había llegado el momento de hacer concesiones: «Nos consideramos conservadores por predicar y aconsejar hacer concesiones, reformas y mejoras allí donde la opinión pública las exija; ustedes, en cambio, se niegan a ello». Pero el 16 de junio de 1846 dio la impresión de que la elección para el solio pontificio de Giovanni Maria Mastai Ferretti (1792-1878), papa con el nombre de Pío IX, anunciaba los cambios que estaban a punto de producirse en Italia. El nuevo pontífice concedió una amnistía a los presos políticos, relajó las leyes de la censura, y nombró diversas comisiones encargadas de mejorar la administración de los Estados Pontificios, las leyes y la oferta educativa. Su convocatoria de una asamblea consultiva hizo estremecerse a todos los estados italianos. Y muchos lo imitaron. En la Toscana la censura fue abolida parcialmente en mayo de 1847, las manifestaciones que se produjeron en varias ciudades precipitaron la convocatoria de una asamblea legislativa, y en septiembre de 1847 el gran duque Leopoldo II (1797-1870) nombró un gobierno liberal moderado. En el Piamonte, Carlos Alberto concedió la celebración de elecciones a los concejos municipales e introdujo limitaciones a la censura en octubre de 1847. En la monarquía de los Habsburgo, la negativa de Metternich a relajar las leyes de censura en 1845 no tuvo ningún efecto, pues la literatura de corte nacionalista y liberal, incluidos periódicos franceses, ingleses y alemanes, entraba en sus dominios desde fuera. Daba la impresión de que la crisis estaba a punto de llegar. «Nos encontramos ahora —avisaba un antiguo alto funcionario austríaco, el barón Viktor von Andrian-Werburg (1813-1858), autor de un libro tan pesimista como influyente acerca del futuro de la monarquía multinacional— donde se encontraba Francia en 1788».

Ese parecía el caso especialmente de las provincias húngaras del imperio de los Habsburgo. La anglofilia del destacado reformista Esteban Széchenyi, deseoso de «cambiar la situación de la

patria con la menor fanfarria posible», lo indujo a adoptar una postura gradualista. Tenía la convicción de que iba a poder unir armónicamente a las distintas clases sociales del país y que la consecución de ese objetivo podría fomentarse por medio de las carreras de caballos, por las que sentía una auténtica pasión a raíz de su visita a Newmarket (con ese fin fundó el Derby de Budapest en 1826). Tras la sublevación de Polonia y una devastadora epidemia de cólera en 1831, la Dieta húngara se reunió en 1832 con un programa reformista, pero el emperador vetó hasta las reformas más modestas que lograron ser aprobadas. En 1837 el abogado y periodista Lajos Kossuth (1802-1894), el primer reportero que publicó informes acerca del Parlamento de Hungría, fue acusado de sedición y detenido. Este hecho desencadenó una grave crisis, cuando los partidarios de Kossuth en la Dieta obligaron a Metternich a retractarse y a ponerlo en libertad, junto con otros liberales encarcelados, en mayo de 1840. La misma Dieta eliminó las barreras legales existentes al establecimiento de fábricas, aprobó la construcción de la primera línea férrea del país y relajó las restricciones impuestas a los judíos húngaros en materia de ocupación y residencia. Ulteriores reformas concedieron a los protestantes igualdad civil y jurídica respecto a los católicos y legitimaron los matrimonios mixtos desde el punto de vista religioso. Pero nada de aquello satisfizo a los liberales. A Kossuth se unió el líder de los moderados, Francisco Deák (1803-1876), y juntos elaboraron una declaración de intenciones. En la nueva Dieta de 1847, para la que Kossuth fue elegido con una mayoría aplastante, Metternich se vio obligado a hacer concesiones, incluida la abolición de las barreras arancelarias en la frontera de Austria con Hungría. Pero ya era demasiado tarde: todas esas medidas fueron incapaces de apaciguar a la oposición nacionalista, cada vez más numerosa, y las divisiones entre los liberales húngaros y las autoridades de la monarquía en Viena siguieron ahondándose hasta que resultaron irreconciliables. Al cabo de unos meses habían degenerado en un conflicto abierto.

En Suiza, las reformas aprobadas por los liberales moderados, cuya fuerza estaba en las ciudades de los cantones protestantes, chocaron con la indómita oposición de las regiones más rurales de la Confederación, en su mayoría católicas. Cuando los liberales aprobaron una Constitución centralista y empezaron a cerrar monasterios católicos, los cantones conservadores reaccionaron formando en 1834 una «liga especial», el Sonderbund, en clara violación del tratado federal de 1815. Las tropas federales capturaron el bastión del Sonderbund en Friburgo e instalaron un gobierno liberal, que no tardó en expulsar a los jesuitas, como solían hacer los gobiernos liberales y reformistas en todas partes. En la batalla de Gisikon, la última batalla campal en la que se vería envuelto el ejército suizo, murieron treinta y siete soldados, y otros cien resultaron heridos. Por primera vez en la historia militar estuvieron presentes en el campo de batalla ambulancias tiradas por caballos, que se encargaron de retirar a los heridos. Ulteriores escaramuzas provocaron la rendición del Sonderbund el 29 de noviembre de 1847. Unas semanas después se aprobó una nueva Constitución más liberal.

La guerra civil suiza fue un preludio de los conflictos que habrían de venir en otros rincones de Europa. Las revoluciones de comienzos de la década de 1830 solo habían sido sofocadas parcialmente debido a las medidas represivas emprendidas por Metternich en la mayor parte de la Confederación Germánica, pero en aquellos momentos un buen número de estados habían elegido asambleas legislativas que proporcionaban a los políticos liberales un foro en el que manifestarse. Los gobernantes conservadores no encontraron de su agrado este cambio del clima político. En 1837, cuando la reina Victoria subió al trono británico, la ley sálica le impidió hacer lo mismo en Hannover, de modo que su tío Ernesto Augusto, duque de Cumberland (1771-1851), famoso ya por las ideas conservadoras extremas que tenía por costumbre manifestar en la Cámara de los Lores británica, se convirtió en rey de Hannover e inmediatamente abolió la Constitu-

ción de 1833, exigiendo un juramento de lealtad a todos los empleados del Estado. Siete catedráticos de la Universidad de Gotinga, incluidos los hermanos Jacob (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859), los compiladores de la famosa colección de cuentos populares, se negaron a prestar juramento y fueron destituidos de sus cargos. Su decisión no consiguió nada a corto plazo —la Constitución siguió abolida—, pero despertó las simpatías por el liberalismo en toda Alemania. En 1840, la ascensión al trono de Prusia de Federico Guillermo IV alentó las esperanzas liberales de reformas. Surgieron por doquier sociedades y clubs opositores, y los liberales lograron ser elegidos concejales de unos ayuntamientos hasta entonces adormecidos, que empezaron a reclamar al rey la convocatoria de una Asamblea Constituyente. En un intento de calmar la situación, en 1847 Federico Guillermo convocó a los Estamentos provinciales [*Landstände*] a una Dieta Unida, movido en buena parte por la necesidad de recaudar más impuestos en medio de la grave crisis económica de finales de la década de 1840. Cuando el rey se negó a aceptar los llamamientos en pro de una Constitución, la mayoría de los asistentes rechazó su petición de reforma fiscal. Federico Guillermo disolvió la Dieta, pero el potencial papel de esta como punto focal de la reforma constitucional había quedado claro.

En Baviera, el rey Luis I (1786-1868) estaba haciéndose cada vez más impopular a la vista de la política represiva y proclerical de su principal ministro, Karl von Abel (1788-1859): durante el reinado de Luis, que comenzó en 1825, se llevaron a cabo casi mil juicios políticos. Sin embargo, lo que verdaderamente acabó minando la autoridad del monarca fue la llegada a Múnich de la bailarina española Lola Montez (1821-1861). Famosa por el erotismo de su «Danza de la Araña», en el punto culminante de la cual se levantaba las faldas para revelar que no llevaba ropa interior, Lola tenía ya una larga experiencia de amoríos, entre otros con el virtuoso del piano y compositor Franz Liszt (1811-1886) y (posiblemente también) con el novelista Alejandro Du-

mas. A pesar de su aspecto exótico y su belleza morena, resulta que Lola no era española ni nada parecido. Su verdadero nombre era Eliza Gilbert y era irlandesa, hija del alguacil superior del condado de Cork. La bailarina deslumbró inmediatamente a Luis I: cuando la conoció, impresionado por su hermosa y opulenta figura, el monarca, envalentonado, se atrevió a preguntarle si lo que se veía por el escote era de verdad o no; se cuenta que la joven se quitó el corpiño para demostrar que no había nada de mentira. Lola no tardó en convertirse en la amante del rey, que la colmó de regalos, puso a su disposición una generosa renta y la ennobleció concediéndole el título de condesa de Landsfeld. Cuando Abel intentó poner alguna objeción («Todos los que conspiran para sublevarse están encantados», advirtió al rey), la cortesana hizo que lo destituyeran. Las críticas denigratorias de que era objeto Luis en los panfletos populares e incluso en los periódicos de gran formato traerían a la memoria de muchos los calumniosos ataques contra el rey de Francia, Luis XVI, y su esposa María Antonieta, que tanto contribuyeron al descrédito de la monarquía francesa en 1789. Una pérdida de legitimidad semejante, aunque sin el elemento añadido de la farsa, socavó también la posición de otros monarcas alemanes. La negativa de Guillermo I de Wurtemberg (1801-1864) a conceder cualquier tipo de reforma dio lugar al desarrollo de una vigorosa oposición liberal, mientras que el obstinado conservadurismo del gran duque de Hesse-Darmstadt, Luis II (1777-1848), condujo a la victoria de un movimiento liberal organizado bajo la férula del jurista y antiguo miembro de la *Burschenschaft* Heinrich von Gagern (1799-1880) en las elecciones a la Dieta del estado de 1847.

El modelo político que inspiraba a aquellos hombres era el estado liberal de Gran Bretaña, «la más gloriosa creación de Dios y la naturaleza y al mismo tiempo la obra de arte más admirables de la humanidad», según el enciclopedista alemán Carl Welcker (1790-1869). Lo que impresionaba a los liberales europeos era la capacidad que tenía el sistema político británico de evitar

la revolución mediante concesiones oportunas a las demandas liberales. En el poder desde 1832 hasta 1841, los *whigs* aprobaron toda una legislación que supuso la reforma de la Ley de Pobres (1834), la modificación del derecho penal y la creación de un sistema uniforme de gobierno municipal basado en los ayuntamientos elegidos por sufragio (la Ley de Corporaciones Municipales de 1835). Entre 1832 y 1849 se crearon más de cien comisiones reales, fueron examinados muchos expertos, se compiló información, y los correspondientes informes fueron publicados en forma de libros blancos, de los que se vendían miles de copias en todo el país y que constituían una detallada base objetiva para el debate público. Cuando los *whigs* fueron finalmente echados del gobierno en las elecciones generales de 1841, subió al poder como primer ministro un nuevo tipo de *tory*, el eficaz y laborioso sir Robert Peel, que, como ministro del Interior con lord Liverpool (1770-1828) y luego con el duque de Wellington, había simplificado el derecho penal y se había hecho famoso por introducir en 1829 la Fuerza de Policía Metropolitana de Londres, uniformada de azul, los llamados popularmente *bobbies* o *peelers*. Hombre reservado, poco expresivo, recto y racionalista en su carácter y en su trato, Peel estuvo siempre impulsado por una fuerte conciencia protestante, que, por ejemplo, lo llevó a oponerse a la concesión de la igualdad de derechos a los católicos en la década de 1820. El gobierno de Peel creó una divisa uniforme con billetes emitidos por el Banco de Inglaterra. La Ley de Sociedades Anónimas de 1844 obligaba a las empresas a registrarse y a publicar sus balances, medida necesaria en una época de especulaciones ferroviarias frenéticas. Peel puso además en orden las finanzas públicas introduciendo un impuesto sobre la renta, aceptado a regañadientes por la clase política.

Aunque tanto *whigs* como *tories* eran, en términos europeos, liberales moderados, en Gran Bretaña hubo también el equivalente de los radicales y los demócratas que habían surgido en el continente. En los nuevos distritos industriales del país aparecie-

ron en las décadas de 1830 y 1840 numerosas variedades de organizaciones obreras de autoayuda, en particular mutualidades como la Rochdale Equitable Pioneers' Society, fundada en 1844, que estableció cooperativas de consumo cuyos miembros podían comprar productos a precios más baratos. Pero el más abiertamente político de esos grupos fue el movimiento cartista, así llamado porque se basaba en un documento denominado «Carta de los Trabajadores», redactado en mayo de 1838 por un grupo de diputados radicales. A diferencia de los jacobinos o de los conspiradores de Cato Street o de los socialistas utópicos, los cartistas creían en el sistema parlamentario, pero querían que la Cámara de los Comunes fuera elegida en elecciones democráticas, mediante voto secreto y en distritos electorales iguales. Encontraron un vigoroso orador en el irlandés Feargus O'Connor (1794-1855), antiguo diputado y defensor de la derogación de la Ley de Unión de Irlanda. Hombre alto, de más de metro ochenta de estatura, y notablemente ingenioso, O'Connor resultaba atractivo a las «caras sin afeitar, las manos encallecidas y las chaquetas de fustán», no a las clases respetables. En una serie de mítines multitudinarios, se dirigió a decenas de miles de cartistas con su voz atronadora, ganándoselos para su causa con su vigorosa retórica.

El punto culminante de la agitación cartista se produjo en la convención de Londres de febrero de 1839, en la que las disputas entre los moderados y los radicales (algunos de ellos tocados con el gorro frigio) pusieron de manifiesto una grave división dentro del movimiento. Cuando en julio de 1839 fue rechazada una petición acompañada de 1.283.000 firmas que instaba a la Cámara de los Comunes a adoptar la «Carta de los Trabajadores», el ala radical se volvió más extremista en su retórica, y varios de sus líderes fueron detenidos por sedición y encarcelados. En New Port, Monmouthshire, el cartista John Frost (1784-1877) organizó una manifestación de protesta que degeneró en insurrección violenta cuando varios millares de mineros, provistos de porras

y armas de fuego, se presentaron en la cárcel de la localidad con la intención de liberar a otros cartistas que habían sido detenidos. Se mandó llamar a las tropas, que dispararon contra la multitud, matando a más de veinte personas. En total, en 1840 había 500 cartistas en prisión. Después de que la Cámara de los Comunes rechazara en 1842 una segunda petición, esta vez acompañada de más de 3.250.000 firmas, el cartismo fue extinguiéndose, y O'Connor decidió dedicar sus energías a la reforma agraria. El papel de principal grupo de presión del país recayó en la Liga contra la Ley del Grano, que gozó del vigoroso apoyo de la clase media a la supresión de los aranceles impuestos a la importación de grano, y que emprendió una campaña muy sofisticada y bien organizada que acabó con éxito en 1846. Los aristocráticos *whigs* votaron al lado de Peel, admitiendo la necesidad de hacer concesiones, pese a su identificación con los intereses de los terratenientes, pero una numerosa minoría de diputados *tories*, encabezados por un joven novelista y político oportunista, Benjamin Disraeli, entre los cuales había muchos miembros de la nobleza rural, votaron a favor de las Leyes del Grano y rompieron el partido, como consecuencia de lo cual los *whigs* volvieron al poder. La posición del cartismo se vio socavada por la mejora de la economía y por la demostración de la integridad del *establishment* político que había hecho Peel con sus reformas. De momento, los liberales moderados, representados por los *whigs* ingleses y por los *tories* reformistas de Peel, habían vencido claramente a los demócratas y a los radicales.

En ninguna parte se manifestaron los dilemas del liberalismo moderado con más claridad que en Francia, donde sus representantes habían llegado al poder en la revolución de 1830. Tras superar la inestabilidad política crónica de la década de 1830, François Guizot, historiador protestante cuyo padre había sido guillotinado durante el Terror, logró instaurar en 1840 un gobierno estable que duraría hasta 1848. Con el paso del tiempo Guizot fue volviéndose más conservador. «No ser republicano a

los veinte años es una prueba de falta de corazón —comentó en cierta ocasión—. Serlo a los treinta es una prueba de falta de cabeza». Anglófilo declarado, que tradujo a Shakespeare y publicó una colección de documentos históricos ingleses en treinta y un volúmenes, Guizot fue el arquetipo de apóstol de la monarquía constitucional al estilo británico. Su compromiso con el orden establecido era incuestionable. Su ambición, decía uno de sus críticos, era «ser incorporado a la pandilla de Metternich de todos los países». Su respuesta a los que se quejaban de no tener derecho a voto porque no poseían los mil francos de renta al año que requería el sufragio censitario, ponía de manifiesto el materialismo ínsito en la Monarquía de Julio: «¡Enriquézcanse!». Las restricciones del derecho de sufragio permanecieron inalterables hasta la caída del régimen. En Inglaterra, en cambio, el electorado era ya proporcionalmente más numeroso antes incluso de la reforma de 1832 (el 3,2 % de la población británica, frente al 0,5 % de la francesa), y el miedo a la revolución, propagado en Londres por los sucesos de París acontecidos dos años antes, había provocado una sustancial ampliación del electorado, que durante muchos años permitió desactivar la campaña en pro de la democracia.

El principal logro de Guizot se sitúa en el ámbito de la educación, en el que, además de crear las escuelas normales de maestros, estableció el principio de que cada municipio o grupo de municipios tuviera una escuela de enseñanza primaria, y de que hubiera un instituto de enseñanza secundaria en cada población de más de 6.000 habitantes. Pero recibió muchas críticas por las restricciones impuestas en 1835 a la libertad de prensa, que dieron lugar a más de 2.000 detenciones y al procesamiento ejemplarizante de 164 periodistas sediciosos. Las demandas de reforma social, decía, eran «quiméricas y desastrosas». La Ley de Talleres y Fábricas de 1841, que prohibía el empleo de niños menores de ocho años en las fábricas provistas de maquinaria, fue la única normativa en su especie hasta 1874 y distó mucho de ser

eficaz. Por otro lado, se aprobaron leyes para facilitar la construcción de vías férreas, tendencia que se aceleró a lo largo de la década de 1840. No es de extrañar que Balzac calificara la Monarquía de Julio de «contrato de seguros concluido entre los ricos contra los pobres». El gobierno de Guizot estuvo plagado de escándalos, especialmente en 1847, cuando salió a la luz que el ministro de Obras Públicas, Jean-Baptiste Teste (1780-1852), había aceptado de un ex ministro, el general Amédée Despans-Cubières (1786-1853), un soborno de cien mil francos por permitirle renovar la concesión de una mina de sal. Corrupciones de este tipo fueron poniendo a la Monarquía de Julio cada vez más en cuestión a medida que la década se acercaba a su fin.

El fantasma de 1789

El primer signo de reanudación de la violencia revolucionaria se produjo en Polonia. El aplastamiento de la autonomía polaca a manos de Rusia a comienzos de la década de 1830 había impulsado a muchos nacionalistas a marchar al exilio, donde las ideologías nacional-democráticas y las sociedades secretas de la época posnapoleónica centraron sus energías y les proporcionaron un objetivo. Típico sería el caso del poeta Ludwik Mierosławski (1814-1878), nacido en París, cuyo padrino de bautismo fue un mariscal de Napoleón. Mierosławski había luchado en la sublevación de 1830 y pertenecía no solo a la Joven Polonia, sino también a los carbonarios. Después de largos preparativos, sus planes de llevar a cabo una insurrección simultánea en Prusia, en Cracovia y en Galicia finalmente alcanzaron la madurez en 1846. Pero la policía prusiana se enteró de la conspiración y detuvo a sus cabecillas en la zona que les había correspondido cuando se llevó a cabo el reparto del país. El gobernador austríaco de Galicia se sintió demasiado débil para oponer resistencia a los rebeldes armados, pertenecientes a la nobleza, y reclutó a un líder campesino, Jakub Szela (1787-1866), que rápidamente prometió el fin de la servidumbre a todo aquel que se uniera a sus fuerzas. Las cosas se le fueron de las manos en cuanto empezó a desarro-

llarse una *jacquerie* clásica, pero de mayores proporciones. Bandas armadas de campesinos incendiaron quinientas mansiones, asesinaron a sus moradores y presentaron las cabezas cortadas de los aristócratas terratenientes a las autoridades austríacas, que en recompensa les regalaron unos cuantos sacos de sal. En total fueron asesinados casi 2.000 terratenientes, pertenecientes todos a la nobleza. Por fin se presentó a restaurar el orden el ejército austríaco. Szela fue recompensado con una medalla y una parcela de tierra y cuando se comprobó que la servidumbre, como era previsible, no era abolida, la revuelta tocó a su fin. El tratado austro-ruso firmado el 16 de noviembre de 1846 abolió el estatus de ciudad libre de que había venido gozando Cracovia, centro de la sublevación, y la incluyó en Galicia.

La insurrección de Galicia quizá fracasara, pero causó un estremecimiento en todo el continente. En todas partes los liberales de tendencia moderada se sintieron espoleados a la acción, temerosos de que, sin una reforma constitucional seria la revolución social se los llevaría por delante. Los demócratas y los socialistas vieron también su oportunidad. Los gobiernos autoritarios no tuvieron más remedio que abandonar su autocomplacencia y empezar a hacer concesiones. A todo ello se sumaron la catastrófica pérdida de las cosechas y la plaga de tizón de la patata, que sumieron la economía europea en la depresión a partir de 1846. Hambrienta y desesperada, la gente empezó a llegar en multitud a las ciudades. Los artesanos se vieron arrojados a la pobreza más absoluta, y sus ingresos se redujeron de manera drástica al tiempo que los precios aumentaban de manera vertiginosa. Para complicar aún más esta situación desastrosa, se produjo un aumento masivo del número de estudiantes universitarios, que en Alemania pasaron de los 9.000 que había en la década de 1820 a los cerca de 16.000 de la década de 1840; también ellos se encontraron de pronto en la miseria y, lo que era peor, sin perspectivas de encontrar empleo una vez obtenido el título. La crisis de finales de los años cuarenta fue también una crisis

de la era industrial. Los centros de los acontecimientos de 1848 se situaron todos en zonas afectadas por la competencia industrial británica, que había empezado a desplazar del mercado a las manufacturas del continente. El colapso de la demanda de productos manufacturados provocó que los ferrocarriles Borsig y las fábricas industriales de Berlín despidieran a un tercio de sus trabajadores a comienzos de marzo de 1848, mientras que una ola de bancarrotas asoló el sector textil de Bohemia. Puede que las capitales de Europa fueran el fulcro de las revoluciones de 1848, pero eran además los grandes centros de la industria. En ellas la formación de la nueva clase obrera estaba más avanzada que en ninguna otra parte, y las manifestaciones callejeras que impulsaron la revolución estuvieron influidas por las ideas de los socialistas utópicos de una u otra variedad.

Monarcas y príncipes, así como sus ministros más destacados, esperaban la revolución —algunos llevaban muchos años profetizándola—, y sus expectativas acabaron por cumplirse solas con demasiada facilidad. El año 1848 marcó en el continente europeo el desplazamiento temporal del gradualismo inglés al insurreccionismo francés. Muchos esperaban que volviera a producirse un 1789. De acuerdo con ese guion, fue Francia la que comenzó la revolución. Durante el año 1847, los opositores a Guizot y Luis Felipe, pertenecientes a la clase media, empezaron a celebrar una serie de comidas multitudinarias —setenta en total, la mayoría de ellas en París, pero también en otros veintiocho departamentos provinciales—, en las que se pronunciaban discursos exigiendo la reducción del umbral censitario para obtener el derecho de sufragio. En una de esas comidas, una multitud numerosísima, pero pacífica, se puso a cantar «La Marsellesa» en la calle, mientras que en el interior de unas espaciosas tiendas 1.200 electores cenaban a la luz de las velas un menú a base de ternera fría, pavo y lechón, sentados en doce mesas, cada una de ellas adobada con cien servicios para otros tanto comensales, en lo que un periódico de la época describió como «un espectáculo

verdaderamente mágico». Una orquesta integrada por setenta músicos tocó «piezas patrióticas». Se efectuaron brindis «¡Por la soberanía nacional!», «¡Por la reforma democrática y parlamentaria!», «¡Por los diputados de la oposición!» y «¡Por la mejora de la suerte de las clases trabajadoras!». «¡Qué gusto! —exclamaba el escritor Gustave Flaubert (1821-1880)—. ¡Qué cocina! ¡Qué vinos y qué conversación!». Uno tras otro, los oradores subieron al estrado a pronunciar discursos en los que denunciaban al gobierno. Un seguidor del movimiento estableció una distinción entre la ternera fría (*veau froid*) degustada en la cena y el becerro de oro (*veau d'or*) venerado por la élite de los partidarios del régimen de Guizot. Un periódico satírico se imaginaba a los conservadores celebrando su propia versión de los banquetes democráticos con *beefsteak* —en referencia a la anglofilia de Guizot— y queso de Brie, aludiendo a su distrito electoral en Normandía. Por supuesto, no iban a tomar «ternera reformista» ni «espárragos jacobinos».

A medida que la campaña fue creciendo en intensidad, su amenaza para la Monarquía de Julio se hizo más evidente. El escritor político e historiador Alexis de Tocqueville (1805-1859), ya famoso por su estudio en dos volúmenes sobre *La democracia en América* (1835), preguntaba a la Cámara de los Diputados el 27 de enero de 1848: «¿No sienten ustedes… un tufillo a revolución en el aire?». La influencia de Cabet y de los socialistas, pensaba Tocqueville, había ido creciendo a toda velocidad. Ignorando esta advertencia, el gobierno de Guizot decidió ilegalizar la campaña de comidas populares. Los organizadores respondieron convocando un numerosísimo cortejo que precedería al próximo banquete, desafiando abiertamente la prohibición de las manifestaciones públicas. Cuando el cortejo se puso en marcha, las tropas que defendían el Ministerio de Asuntos Exteriores, ante la enorme presión ejercida por la multitud, fueron presa del pánico y abrieron fuego, matando a más de ochenta manifestantes. Al cabo de unas horas se habían levantado más de 1.500 barricadas

en todo París. Adolphe Thiers fue nombrado primer ministro; pero los soldados de la Guardia Nacional acogieron el intento de Luis Felipe de darles ánimos al grito de «¡Viva la reforma! ¡Abajo los ministros!». La parálisis del régimen era total. El rey regresó a sus aposentos en el palacio de las Tullerías, se desplomó en un sillón con la cabeza entre las manos, sumido, como Thiers, en la tristeza, mientras exclamaba una y otra vez: «¡La marea está subiendo! ¡La marea está subiendo!». Luis Felipe se dio por vencido. «Abdico», musitó desde el fondo de su sillón, y lo repitió unos minutos después en voz más alta. Escoltado por un pequeño número de tropas leales, el rey, acompañado de su familia y unos cuantos servidores, levantó el campamento y huyó hacia la costa, donde fue acogido por el cónsul británico en El Havre, George Featherstonhaugh. Tras afeitarse las patillas, disimulando su rostro detrás de unas gafas, y envuelto en una gran bufanda y una chaqueta gruesa, Luis Felipe siguió los planes del cónsul y subió a un ferri, en el que Featherstonhaugh lo saludó en inglés escenificando una sofisticada pantomima, rayana casi en lo ridículo («Pero querido tío, ¿cómo está usted?». «Bastante bien. Gracias, George»). El 3 de marzo de 1848 el barco atracó en Newhaven, y «Mr. Smith», tras el cual desembarcó el resto de su familia, empezó su nueva vida en el exilio. La Monarquía de Julio había llegado a su fin; la revolución francesa de 1848 había dado comienzo.

Aunque 1789 estuvo en la mente de todos durante estos acontecimientos, la revolución de 1848 se diferenció de su predecesora en muchos aspectos. El más evidente es su dimensión europea. En la década de 1790 los revolucionarios franceses habían usado la fuerza de las armas para propagar sus ideas por amplias zonas del continente. En 1848 no les hizo falta nada de eso; la revolución estalló en muchos países distintos casi simultáneamente. El motivo de que así fuera radicaba en buena parte en la enorme mejora que habían experimentado las comunicaciones a mediados del siglo XIX. Aunque todavía en pañales, la red ferro-

viaria europea, unida a la existencia de caminos mejores y más rápidos, y a los barcos de vapor, estaba lo suficientemente desarrollada como para que la divulgación de las noticias fuera más rápida de lo que lo fuera en la década de 1790. La mejora de los niveles de alfabetización, acompañada de un enorme incremento del número de trabajadores urbano-industriales, creó un mercado abierto a las ideas revolucionarias. La industrialización y la difusión de las instituciones capitalistas, que agravaron la crisis económica sufrida por la totalidad del continente a finales de la década de 1840, hicieron que la miseria y el descontento afectaran a toda Europa, no solo a algunas zonas relativamente aisladas. De ahí que la revolución francesa de 1848 fuera acompañada de movimientos similares en otros países.

En Italia los disturbios comenzaron el día de Año Nuevo de 1848, cuando los habitantes de Milán, sometidos a la dominación austríaca, siguieron el principio establecido por el Partido del Té de Boston y se abstuvieron de fumar con el fin de que en adelante los austríacos dejaran de percibir los ingresos generados por la tasa sobre el tabaco. El 3 de enero un individuo que participaba en el boicot arrojó de un manotazo el cigarro que un soldado austríaco tenía en la boca. Se produjeron diversas refriegas que acabaron tomando las proporciones de un motín en toda regla. En Sicilia, el 12 de enero de 1848 las celebraciones oficiales con motivo del cumpleaños del rey, Fernando II de las Dos Sicilias (1810-1859), chocaron con la actitud de la población, que levantó barricadas y ondeó la bandera tricolor italiana entre gritos de «¡Viva Italia, viva la Constitución siciliana y viva Pío IX!». Una multitud de campesinos provistos de armas rústicas invadió Palermo y desafió el bombardeo con metralla al que los sometió la guarnición de la fortaleza de Castellammare, decididos como estaban a expulsar a las tropas de la ciudad. En toda Sicilia, los campesinos asaltaron las oficinas del gobierno y quemaron los archivos del fisco y los registros de la propiedad. Liberales y demócratas unieron sus fuerzas para establecer un gobierno provi-

sional y convocar elecciones. Fernando II envió a 5.000 soldados a la isla, despojando de paso al continente de sus defensas. Los habitantes de los barrios pobres de Nápoles se sublevaron, siguiendo el ejemplo de Sicilia. Aterrados por lo que pudiera pasar si no se hacían concesiones, los liberales organizaron una manifestación de unas 25.000 personas ante el palacio real. Las tropas realistas recibieron la orden de retirarse y Fernando II promulgó a regañadientes una Constitución que permitió la formación de un gobierno liberal de corte moderado. Cuando los disturbios se propagaron más al norte, el papa Pío IX, obligado a hacer frente a la multitud que gritaba: «¡Muerte a los cardenales!», prometió nombrar un gobierno parcialmente laico en los Estados Pontificios. Leopoldo II de Toscana concedió una Constitución el 12 de febrero de 1848 y Carlos Alberto del Piamonte hizo lo propio el 4 de marzo del mismo año.

Aunque los citados acontecimientos estaban produciéndose ya en Italia, fue la caída de la Monarquía de Julio lo que realmente marcó el comienzo de las revoluciones de 1848. Cuando empezó a circular por todos los países de Europa, la noticia «cayó», en palabras de William H. Stiles (1808-1865), encargado de negocios de la embajada estadounidense en Viena, «como una bomba en medio de los estados y reinos del continente; y, como si fueran deudores morosos aterrorizados por las consecuencias legales, los diversos monarcas corrieron a pagar a sus súbditos las constituciones que les debían». En Mannheim, una multitud enorme encabezada por el abogado radical Gustav Struve (1805-1870) se manifestó en pro de la aceptación por parte del gran duque Leopoldo I de Baden (1790-1852) de una petición redactada por el propio Struve en la que se reclamaba libertad de prensa, juicios con jurado, la creación de una milicia con oficiales electos, constituciones para todos los estados alemanes, y, lo que era más fundamental, la celebración de elecciones para un Parlamento de toda Alemania. Cuando la petición fue reimpresa y empezó a circular por el resto del país, los puntos que la integraban pasa-

ron a ser conocidos como las «Demandas de Marzo». Se concedieron constituciones en Baden, Wurtemberg y Hesse-Nassau; el gran duque Luis II de Hesse-Darmstadt (1777-1848) cedió su cargo a su hijo Luis III (1806-1877) en señal de protesta, pero también allí se instauró una Constitución. El rey Luis I de Baviera, que ya tenía bastantes quebraderos de cabeza a causa de sus amoríos con Lola Montez, fue obligado a acceder a las Demandas de Marzo cuando una multitud airada asaltó la armería real el 4 de febrero de 1848, pero la situación no se calmó del todo hasta que no se avino a abdicar en favor de su hijo Maximiliano II (1811-1864). El 6 de marzo, el rey Federico Augusto II de Sajonia (1797-1854) fue obligado a poner en vigor una serie de reformas constitucionales y a destituir a su primer ministro conservador. El 5 de marzo, los delegados de los Estamentos recientemente liberalizados se reunieron en Heidelberg para organizar un «pre-Parlamento» que convocara elecciones a una Asamblea Constituyente de toda Alemania.

Los acontecimientos se desarrollaron con una velocidad pasmosa. Curiosamente, la ola revolucionaria se desplazaba ahora también por todo el imperio de los Habsburgo, que prácticamente casi no se había visto afectado por la Revolución Francesa de 1789. Cuando la noticia de la insurrección de París llegó a conocimiento de la Dieta húngara en Bratislava, Kossuth exigió inmediatamente la autonomía de Hungría bajo una monarquía de los Habsburgo reformada. No tardaron en correr por Viena copias de su discurso y los estudiantes pidieron al gobierno una reforma liberal que incluyera la participación de las zonas germánicas del imperio en un nuevo estado alemán unificado. Cuatro mil personas marcharon hasta el centro de la ciudad a llevar su petición de cambios y rompieron la que, en un tono mucho más moderado, habían presentado los propios Estamentos al grito de «¡No medidas intermedias!» y «¡Constitución!». Gran número de trabajadores, armados con las herramientas de su oficio, se desplazaron hasta la capital desde los suburbios, arrancando los

postes de la luz para romper con ellos las puertas de la ciudad, que habían sido cautelarmente cerradas por las autoridades. En la Ballhausplatz, las tropas, que fueron acogidas con una lluvia de piedras, decidieron abrir fuego. Se levantaron barricadas por toda la ciudad y cuando finalmente los obreros lograron abrirse paso, los miembros de la burguesía, alarmados, exigieron la dimisión de Metternich. Finalmente el 13 de marzo de 1848 el canciller se dio por vencido, anunciando su dimisión en un largo discurso de autojustificación. Al día siguiente, acompañado de su tercera esposa, abandonó Viena en un pequeño coche de caballos y se trasladó en un viaje por etapas a Brighton, en la costa del sur de Inglaterra, consolándose con la idea de que al menos su reputación no se había visto mancillada por haber tenido que cruzar el canal de la Mancha en el mismo barco que Lola Montez. Mientras tanto, en Viena, el emperador Fernando I (1793-1875) anunció el 15 de marzo la abolición de la censura y la reunión de una Asamblea Constituyente.

La destitución de Metternich, quizá más que cualquier otra cosa, marcó la verdadera anchura y profundidad de la revolución. El canciller había conseguido más o menos mantener tapada y controlada la protesta y la subversión durante más de treinta años. Ahora finalmente esa tapa había saltado por los aires en una explosión de ira popular. Y no había vuelta atrás. Al principio, en todas partes los gobiernos primeros se vinieron abajo y luego cedieron el paso a otros debido a la presión. El primero en reaccionar fue el archiduque Esteban (1817-1867), conde palatino (es decir, gobernador) de Hungría, que había nacido en Buda y en general era pro-húngaro. Al conocer la noticia de la caída de Metternich convocó una reunión de emergencia de la cámara alta de los Estamentos y accedió a reclamar una nueva Constitución liberal. Kossuth, Széchenyi y el conde Lajos Batthyáni (1807-1849), reformista liberal, remontaron el Danubio en un barco de vapor hasta Viena junto con una delegación de 150 miembros para presentar sus demandas. El 17 de marzo de 1848 Esteban

arrancó al emperador Fernando I un rescripto imperial por el que accedía a nombrar un gobierno autónomo húngaro con Batthyáni como primer ministro. Kossuth precipitó los acontecimientos redactando una petición de doce puntos en la que exigía soberanía parlamentaria, el establecimiento de juicios con jurado, la abolición de la servidumbre y la evacuación del país de todas las tropas no húngaras. Reforzada por una marea de nuevas incorporaciones, una multitud de 20.000 personas marcharon al castillo del conde palatino en Buda, donde las tropas que protegían el Consejo del virrey se escabulleron, de modo que los consejeros no tuvieron más remedio que aceptar los doce puntos en su totalidad. En abril la petición fue ratificada, con algunos ligeros retoques, por la Dieta, haciendo de Hungría una monarquía constitucional autónoma, con derecho de sufragio ampliado y soberanía parlamentaria, pero todavía con el emperador de la casa de Habsburgo como soberano.

El imperio de los Habsburgo se hallaba en aquellos momentos en grave peligro. Como en otros países de Europa, la conjunción del descontento de la clase media, de la desesperación popular, de las ideologías liberales y de la cólera revolucionaria provocó una ola casi irresistible de insurrecciones que sacudió hasta sus cimientos a todo el conjunto de dirigentes civiles y militares, por lo demás ya inquietos y pesimistas. En las provincias del norte de Italia gobernadas por los austríacos, la noticia de la caída de Metternich y el fin de la monarquía absoluta en el Piamonte animaron a los liberales a entrar en acción. En Milán, cuando estallaron los primeros disturbios, viendo que la gente empezaba a levantar barricadas por toda la ciudad y a arrancar los adoquines del empedrado y que el vicegobernador de la plaza había sido secuestrado, el comandante de las fuerzas austríacas, el mariscal Joseph Radetzky von Radetz (1766-1858), veterano de las guerras napoleónicas, desplegó sus tropas en los puntos clave de la ciudad y situó francotiradores en las agujas de la catedral. No tardó en estallar la lucha; los insurgentes se subieron a los tejados de

las casas y empezaron a disparar a las tropas austríacas, integradas en su mayoría por croatas y húngaros. Cuando cayeron sus reductos, Radetzky se vio obligado a emprender la retirada y a poner sitio a la ciudad desde fuera. El gobierno provisional republicano de Cattaneo fue derrotado por los moderados, que convencieron a Carlos Alberto de que debía marchar sobre Milán (el monarca piamontés deseaba ya incorporarla a un nuevo reino de Italia septentrional bajo su férula, y por otro lado temía ser derrocado por los republicanos si no actuaba). Mientras los artesanos y labradores lombardos acorralaban a las pequeñas guarniciones austríacas diseminadas por el interior del país, los milaneses lograron romper el asedio de Radetzky en una sangrienta batalla de cinco días de duración, las famosas Cinco Jornadas de Milán, que concluyeron cuando los austríacos decidieron retirarse tras un último y vengativo bombardeo. La victoria quedaría simbolizada unos días más tarde por la llegada a Milán ni más ni menos que de Giuseppe Mazzini, dispuesto a encabezar en persona la causa de la unificación de Italia.

Los tumultos se propagaron a la velocidad del rayo a otras regiones de la Italia septentrional dominadas por los austríacos. En Venecia, Daniele Manin (1804-1857), nacionalista liberal encarcelado un año antes por los austríacos bajo la acusación de alta traición, fue liberado por una multitud entusiasmada en cuanto llegó a la ciudad la noticia de la caída de Metternich, e inmediatamente organizó una milicia ciudadana con el fin de frenar la violencia de las fuerzas de ocupación austríacas, que habían abierto fuego contra la multitud el 18 de marzo de 1848. El 22 de marzo, a instancias suyas, los trabajadores de los astilleros, irritados por la negativa del gobernador austríaco a concederles un aumento de sueldo, se sublevaron, lo mataron a golpes, y se apoderaron de toda la zona. Manin proclamó una república y las tropas austríacas (en su mayoría croatas) prefirieron retirarse antes que causar daño a los hermosos edificios de la ciudad. Las banderas de los Habsburgo fueron arriadas de todos los lugares

en lo que ondeaban y arrojadas a los canales. Todos aquellos sucesos supusieron una enorme presión para el papa Pío IX, al que se instaba a que se uniera a la guerra contra Austria. El pontífice envió a la frontera norte de los Estados Pontificios un contingente armado, al que se unieron 10.000 jóvenes romanos, inflamados de ardor nacionalista. El gran duque Leopoldo de Toscana se vio obligado a contribuir también con 8.000 soldados, y el rey Fernando Carlos de Nápoles, aunque a regañadientes, envió un contingente naval encargado de romper el bloqueo marítimo al que los austríacos sometían a Venecia, mientras que un destacamento de 14.000 jóvenes napolitanos marchaba lentamente hacia el norte con la intención de unirse a los demás ejércitos. A finales de mayo, 560.000 ciudadanos milaneses votaron a favor de la incorporación al Piamonte, con menos de 700 votos en contra, resultado que no tardaron en replicar Parma y Módena. El 4 de julio, haciendo caso omiso de Manin y de los republicanos recalcitrantes, la Asamblea Constituyente de Venecia acordó también la «fusión» con el Piamonte. La unificación de Italia empezaba a parecer algo más que un sueño nacionalista.

Sin embargo, a los revolucionarios no les salieron todas las cosas a su gusto. Al mismo tiempo que la Italia septentrional estallaba en pedazos, la violencia se propagaba por el reino de las Dos Sicilias, donde el gobierno liberal impuesto al rey Fernando II había formado una milicia ciudadana, incapaz a todas luces de realizar la tarea de restaurar el orden que se le había encomendado. De las elecciones celebradas el 15 de mayo de 1848 con una participación escasísima salió un Parlamento mayoritariamente liberal moderado al que Fernando Carlos exigió que jurara apoyar la Constitución vigente. Enfurecidos, los republicanos decidieron levantar barricadas en Nápoles, que fueron asaltadas por las tropas realistas leales. En una enconada lucha cuerpo a cuerpo, 200 soldados perdieron la vida, pero también murió un número mayor de insurgentes; Fernando II de las Dos Sicilias logró por tanto derrotar a los rebeldes. Las tropas fusilaron a mu-

chos de los prisioneros que habían hecho y a otros les requisaron su dinero, mientras que los pobres de la ciudad aprovecharon la situación para desmandarse y saquear y desvalijar a la población al grito de «¡Viva el rey!» y «¡Muera la nación!». Tras recibir la orden de regresar a Nápoles, la fuerza naval siciliana enviada en auxilio de Venecia hizo lo que le mandaban, lo mismo que el grueso de las tropas terrestres. Una minoría, al mando del general Guglielmo Pepe (1783-1855), antiguo carbonario que había combatido al lado de Napoleón cuando el emperador escapó de Elba, siguió adelante con su misión y finalmente logró llegar a Venecia para unirse a las fuerzas que luchaban contra los austríacos. Pero los republicanos habían sufrido una derrota decisiva. Y lo peor estaba aún por venir. El gobierno de Viena había dicho a Radetzky que pusiera «fin a la costosa guerra de Italia», pero el mariscal se negó a entablar negociaciones. Desde Viena fue alentado entre bastidores a mantener esa actitud por los partidarios de la línea dura, encabezados por el conde Theodor Franz Baillet von Latour (1780-1848), ministro de la Guerra, militar perteneciente a una familia valona oriunda de los antiguos Países Bajos austríacos. Radetzky se lanzó con sus 33.000 soldados contra los 22.000 de Carlos Alberto en Custoza, una pequeña localidad situada al pie de una colina en las cercanías de Verona. Entre los días 24 y 25 de julio de 1848 las tropas austríacas obligaron a los piamonteses a abandonar la colina en un fiero combate cuerpo a cuerpo. Aquello supuso el fin del intento de Carlos Alberto de unificar el norte de Italia. El rey de Piamonte-Cerdeña se vio obligado a firmar un armisticio. «La ciudad de Milán es nuestra —exclamó Radetzky—. No queda ni un solo enemigo en suelo lombardo». Mazzini manifestó una opinión muy distinta. «La guerra real se ha acabado —declaró en una proclama hecha pública en agosto de 1848—. La guerra del pueblo va a comenzar».

Era mucho lo que seguía dependiendo de lo que ocurriera en Viena. Allí los acontecimientos habían ido sucediéndose muy

deprisa desde la caída de Metternich el 13 de marzo de 1848. Cuatro días después se formó un gobierno constitucional, se reestructuraron las fuerzas policiales y los espías de la policía imperial fueron despedidos. Las tasas sobre los productos alimenticios fueron bajadas, se promulgó una amnistía de los delitos políticos y se establecieron diversos planes para la creación de empleo. Pero la Constitución concedida por Fernando I el 25 de abril indignó a los demócratas radicales, pues seguía reservando para el emperador los poderes fundamentales. Ya el 4 de mayo las manifestaciones multitudinarias, a las que se sumaron muchos obreros, habían obligado a dimitir al jefe del nuevo gobierno. Cuando el 11 de marzo se anunciaron las restricciones del derecho de sufragio, la cólera de los radicales no conoció límites. Los estudiantes formaron una Legión Académica, que no tardó en contar con 5.000 hombres, mientras que la milicia de los liberales moderados, la Guardia Nacional, contaba entre sus filas con 7.000 miembros; ambas formaciones planteaban la demanda de elecciones a una asamblea constitucional democrática por sufragio universal de los varones. La noche del 14 al 15 de mayo de 1848, una multitud enorme, encabezada por los estudiantes, marchó sobre la residencia imperial exigiendo la revisión de la Constitución y la celebración inmediata de unas elecciones democráticas. Fernando y su camarilla fueron presa del pánico y cedieron. El gabinete ministerial dimitió en señal de protesta. Dos días después el emperador y su familia abandonaban Viena en plena noche en dirección a Innsbruck. A nadie se le escapó la analogía con la funesta huida a Varennes de Luis XVI y María Antonieta.

Lejos de la capital y al fin seguro, Fernando hizo pública una declaración condenando los actos de una «facción anárquica» y llamando a la resistencia; o mejor dicho, la hicieron pública por él, pues, aunque no dejaba de poseer cierta inteligencia, el soberano era incapaz de gobernar. Tenía un grave impedimento del habla y sufría más de veinte crisis epilépticas al día (padeció cin-

co cuando intentó consumar el matrimonio y desde luego, como por lo demás no es de extrañar, nunca tuvo hijos). Uno de los pocos comentarios coherentes que se le conocen fue la respuesta que dio a su cocinero, que le había dicho que no podía servirle *Knödel* de albaricoque porque no era temporada de albaricoques: «¡Pero yo soy el emperador —se cuenta que replicó Fernando—, y quiero *Knödel* de albaricoque!». El 24 de mayo de 1848 sus consejeros cerraron la Universidad de Viena y al día siguiente ordenaron el desarme y el desmantelamiento de la Legión Académica. Pero la Guardia Nacional se pasó al bando de los estudiantes, mientras que cientos de obreros bajaban al centro de la capital. Arrancando los adoquines del empedrado y sacando a la calle los muebles de las casas, los estudiantes levantaron en los puntos clave de la ciudad 160 barricadas, algunas de las cuales llegaban hasta el segundo piso de los edificios de ambos lados de la calle y lucían en lo alto banderas de color rojo y negro. Las fuerzas gubernamentales eran demasiado débiles para imponerse y se retiraron, de modo que el 12 de agosto Fernando y su camarilla tuvieron que acceder a las demandas de los estudiantes, que exigían el regreso del emperador. El monarca fue conducido desde el muelle de Nussdorf hasta el centro de la capital en una carroza descubierta, en medio de los silbidos y el abucheo del público que flanqueaba las calles, y de unos cuantos vítores de bienvenida apenas audibles. El emperador «miraba fijamente sus rodillas», según observó un testigo, mientras que «la emperatriz era evidente que había estado llorando». Las prietas formaciones de la Guardia Nacional los dejaron pasar sin hacerles el saludo de rigor, y la banda de la Legión Académica tocó a su paso la canción «¿Cuál es la patria del alemán?» de Arndt en vez del himno nacional austríaco. Al menos de momento, los demócratas de Viena se habían salido con la suya.

Lo que sucedió en Viena estuvo muy estrechamente relacionado con lo que sucedió en el resto de la Confederación Germánica, cuyos estados se habían visto obligados, uno tras otro, a

conceder constituciones con derechos parlamentarios plenos. La presión sobre el más grande de sus miembros, Prusia, iba aumentando a medida que pasaban los días. El 16 de marzo de 1848, cuando llegó a Berlín la noticia de la caída de Metternich, el pánico se apoderó de la camarilla dirigente. Mientras que al ayudante general de Federico Guillermo IV, Leopold von Gerlach (1790-1861), y el hermano y heredero del monarca, el príncipe Guillermo (1797-1888), reclamaron el empleo de la fuerza, el rey decidió hacer concesiones, proclamando la abolición de la censura y la convocatoria de la Dieta Unida, suspendida desde hacía un año. Las deliberaciones debían tratar del fortalecimiento de la Confederación Germánica mediante la promulgación de un código nacional de leyes, y la creación de una bandera y una Armada comunes. Pero eso no bastaba. Cuando los manifestantes se pusieron a gritar que se retiraran las tropas, se dispararon algunos tiros; poco después empezaron a levantarse barricadas por toda la ciudad y las campanas empezaron a tocar a rebato en las torres de todas las iglesias. El 18 de marzo las tropas prusianas lanzaron un ataque frontal contra las barricadas, utilizando para ello soldados de infantería y fuerzas de artillería, y al cabo de poco tiempo, según informaba un testigo presencial, la sangre corría por las calles. Al término de la jornada, yacían muertos 800 manifestantes, en su inmensa mayoría menestrales empobrecidos y trabajadores no cualificados, pertenecientes a la nueva clase obrera.

Sin embargo, en vez de anunciar el fin de la revolución, los acontecimientos de marzo no hicieron más que darle mayor impulso. El rey no había autorizado el uso de las armas de fuego y quedó espantado ante el derramamiento de sangre producido. El 19 de marzo, cuando la multitud que portaba los cadáveres de los individuos muertos el día anterior penetró en el patio del palacio real, exigiendo ver al monarca, Federico Guillermo apareció, «pálido y tembloroso», y se quitó el sombrero en medio de los abucheos del populacho. Irremediablemente la escena recor-

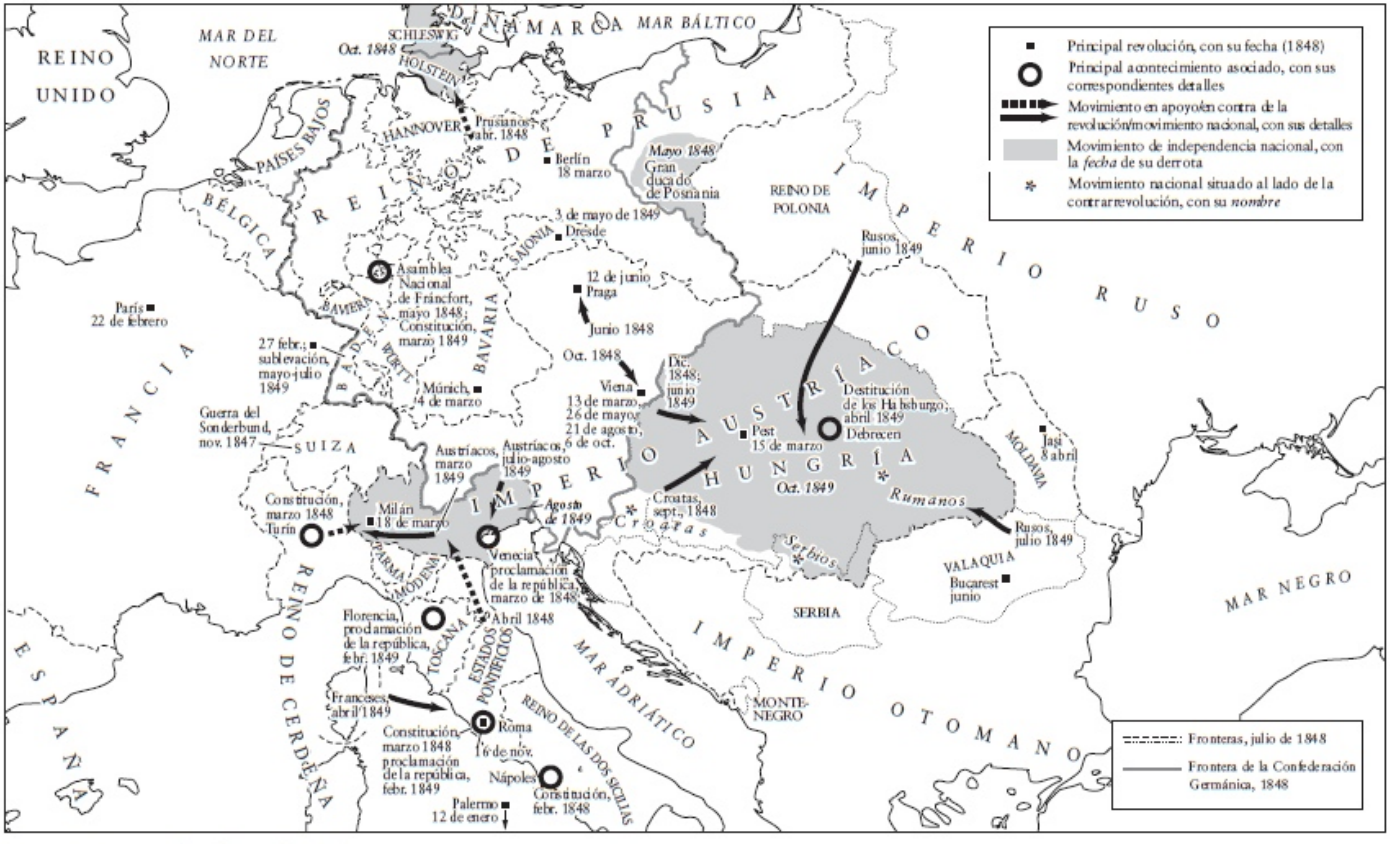
dó a muchos el asalto del palacio real por la multitud en la Francia de 1789, que había obligado a Luis XVI a plegarse a la voluntad del pueblo. «Ahora solo queda la guillotina», se cuenta que comentó la reina. Pero el gesto del monarca restableció la calma. Dos días después Federico Guillermo consiguió nueva popularidad paseando a caballo por las calles de la ciudad luciendo los colores nacionales de Alemania —negro, rojo y amarillo—, acompañado de numerosos oficiales engalanados con la misma enseña. El 22 de marzo se vio obligado a asistir al sofisticado funeral de las víctimas de los sucesos ocurridos cuatro días antes, una vez más quitándose el sombrero en un gesto de respeto a los caídos y de sumisión al pueblo. Federico Guillermo consiguió una gran popularidad con aquellos gestos; en privado, sin embargo, los vivió como una gran humillación. A finales de mes ordenó a sus tropas retirarse de Berlín, una vez más a pesar de las protestas de los miembros más recalcitrantes de su camarilla. La ciudad estaba ahora en manos de los revolucionarios.

Llegados a ese punto, sin embargo, empezaron a surgir serias divisiones entre los liberales moderados y los demócratas partidarios de la línea dura. En la Dieta de Prusia, elegida por sufragio indirecto, aunque en último término universal de los varones, los conservadores obtuvieron 120 delegados sobre un total de 395, suficientes para bloquear las políticas del moderado Gottfried Camphausen (1803-1890), banquero de profesión, que había sido nombrado presidente del Consejo de Estado el 29 de marzo de 1848. El 14 de junio estalló la violencia en Berlín, cuando los manifestantes demócratas, incluidos muchos obreros portando banderas rojas, saquearon la armería real. Impotente ante aquel continuo desorden, Camphausen presentó su dimisión el 20 de junio. Los más intransigentes se sintieron muy alarmados cuando el 26 de junio se presentó en la Dieta un borrador de Constitución que prácticamente quitaba todo el poder al rey y al Ejército y abolía todos los privilegios aristocráticos. El 9 de agosto los diputados exigieron que todos los soldados juraran lealtad

no al rey, sino a la Constitución. Ante la sucesión de gobiernos débiles que siguieron al ministerio Camphausen, el monarca, indignado, empezó a hacer planes, junto con Gerlach y los conservadores, para volver a tomar la iniciativa. No tardaron en hacerse visibles divisiones parecidas en el pre-Parlamento nacional reunido en Mannheim el 31 de marzo de 1848, en este caso entre diputados liberales de tendencia moderada como Heinrich von Gagern, que contemplaban una Alemania unida concebida como una federación de monarquías, y demócratas radicales como Gustav Struve y Friedrich Hecker (1811-1881), ambos originarios de Baden, que exigían una sola república unitaria y la abolición de los estados alemanes existentes junto con sus soberanos. Al ver que estaban en minoría en el pre-Parlamento, el 12 de abril de 1848 los dos líderes demócratas proclamaron una república y empezaron a reclutar un ejército. Se unió a ellos una banda de emigrantes alemanes llegados de París encabezados por el poeta radical Georg Herwegh (1817-1875), pero entre todos no pudieron competir con los 30.000 soldados disciplinados y bien armados reunidos en Baden, Wurtemberg y Baviera por la Confederación Germánica, que los derrotó en Kandern el 20 de abril y en unas cuantas escaramuzas posteriores de menor importancia.

Mientras tanto, continuaba el lento y enojoso proceso de creación de un estado nacional alemán. El pre-Parlamento había convocado elecciones a una Asamblea Nacional, que se reunió en Fráncfort el 18 de mayo de 1848. Se permitió a cada estado organizar el proceso como quisiera, pero casi todos utilizaron un sistema de elecciones indirectas basado en requisitos de tipo censitario. Dichos requisitos eran bastante bajos, de modo que casi tres cuartas partes de todos los varones adultos acabaron teniendo derecho a votar en una fase u otra. Entre los 812 diputados elegidos había pocos conservadores al cien por cien, pues la mayoría de estos habían boicoteado las elecciones por principio; alrededor de la mitad de ellos eran liberales moderados, partidarios de la monarquía constitucional; el resto eran en su mayoría

demócratas, unos más radicales que otros. Tres cuartas partes de los diputados habían recibido educación universitaria, pero los profesores constituían solo el 15 % del total. Menos del 10 % eran hombres de negocios, y había unos cuantos representantes de profesiones liberales, como, por ejemplo, médicos, periodistas, etc. De una manera verdaderamente revolucionaria los diputados debatieron largo y tendido una declaración de derechos, aprobada finalmente el 27 de diciembre, que incluía la libertad de religión, de palabra, de comercio, de reunión y de educación, así como la abolición de la pena capital. El 24 de junio se nombró además un Poder Central Provisional, presidido por el archiduque Juan de Austria (1782-1859) como jefe del Estado, que empezó a crear ministerios y una burocracia nacional. El camino hacia la unificación alemana parecía abierto.



MAPA 5. Las revoluciones de 1848.

Estos acontecimientos pusieron de manifiesto el efecto de verdadera catástrofe que habían supuesto los sucesos de 1848. Los tronos de Europa habían temblado hasta sus cimientos. Personajes como Metternich y Luis Felipe, que habían dominado durante largo tiempo el mundo político, habían sido despachados. Varios monarcas habían sido presionados para que abdicaran, cedieran gran parte de sus poderes, o renunciaran a sus pretensiones de reinar por la gracia de Dios y aceptaran la humillante experiencia de inclinarse ante la masa enfurecida de ciudadanos. Habían surgido en toda Europa asambleas representativas, y allí donde ya existían, estas habían obtenido nuevos poderes harto significativos. El principio de autodeterminación nacional había logrado afirmarse en un país tras otro. Se habían puesto en marcha reformas sociales y económicas de gran envergadura en una dramática expresión del principio de igualdad ante la ley. Vistas en retrospectiva, las revoluciones de 1848 han sido desestimadas a menudo como fracasos a medias, pero no fue esa la impresión que produjeron en su época. Nada en Europa volvería a ser lo mismo tras los sucesos acontecidos entre enero y julio de 1848. Por supuesto que hubo reveses. Pero en el verano de aquel «año loco», como lo llamarían más tarde en Alemania, o, como también sería conocido de manera más optimista, tras aquella «primavera de los pueblos», parecía que estaba todavía todo por jugar.

La revolución sucumbe

Sin embargo, llegados ya a este punto, es evidente, vistas las cosas en retrospectiva, que las revoluciones de 1848 habían empezado a implosionar bajo el peso de sus propias contradicciones. El verdadero estado de poder existente en Alemania se reveló de manera espectacular en la frontera germano-danesa, donde el ducado de Schleswig, con una mayoría de población de lengua danesa, llevaba unido al ducado alemán de Holstein, integrado en la Confederación Germánica, desde la Edad Media, bajo la soberanía personal del rey de Dinamarca. Por una feliz casualidad

para los liberales daneses, el absolutista Cristián VIII (1786-1848) murió en el mes de enero. Su sucesor, Federico VII (1808-1863), no se encontraba en condiciones de rechazar las demandas de una Constitución que le planteaban los liberales moderados. El 5 de junio de 1848, tras las masivas manifestaciones convocadas en Copenhague, Federico se vio obligado a abandonar los últimos restos de absolutismo y a nombrar un primer ministro liberal, pero también a proclamar la unión de Schleswig a Dinamarca, al tiempo que todas las regiones del reino votaban un Parlamento nacional con un amplísimo derecho de sufragio. En Schleswig todos los varones tenían en adelante la obligación de prestar servicio militar en el ejército danés. Los terratenientes alemanes del citado ducado declararon su independencia en señal de protesta, y los nacionalistas germanos, sobre todo los estudiantes, corrieron como un solo hombre a apoyarlos. La Dieta de la Confederación Germánica solicitó la intervención del ejército prusiano, que invadió Dinamarca. Las presiones diplomáticas de Inglaterra, Rusia y Suecia obligaron a los prusianos a firmar un armisticio en Malmö el 26 de agosto de 1848, seguido de la retirada de sus tropas y del establecimiento de una administración conjunta prusiano-danesa en Schleswig.

Estos acontecimientos provocaron una terrible oleada de indignación entre los nacionalistas reunidos en Fráncfort. Los demócratas radicales dijeron a los asistentes a una concentración de 12.000 partidarios suyos ante la Paulskirche, donde estaba reunido el Parlamento, que la guerra contra Dinamarca debía continuar. La situación empezó a complicarse. El 18 de septiembre Anton von Schmerling (1805-1893), el nuevo primer ministro del archiduque Juan, hizo venir a los 2.000 soldados de Hesse-Darmstadt, Austria y Prusia estacionados en las inmediaciones, y les mandó abrir fuego contra la multitud, que se vio obligada a dispersarse. Sesenta personas perdieron la vida, entre ellas el diputado conservador Felix Lichnowsky (1814-1848), que fue linchado y muerto a palos por la muchedumbre; su cadáver fue col-

gado de un árbol con un cartel alrededor del cuello calificándolo de «forajido». El intento por parte de Struve de reavivar la causa de los demócratas radicales cruzando la frontera suiza hasta la localidad de Lörrach, donde proclamó la República de Alemania el 21 de septiembre de 1848, fue aplastado por las tropas de Baden en Staufen. Struve fue encarcelado, se declaró la ley marcial en Fráncfort, y el Parlamento nacional pasó a depender para su existencia de las armas de Prusia y Hesse. Por muchas leyes que promulgara y por muchas declaraciones que hiciera el Parlamento de Fráncfort, la verdad pura y dura era que sin una fuerza armada que lo respaldara, en último término valía de poco o nada.

La revolución siguió una trayectoria parecida en Francia, donde, tras la marcha del rey Luis Felipe, los liberales que habían salido triunfadores escogieron al poeta Alphonse de Lamartine (1790-1869), que había prestado servicios en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante la década de 1820, para que hiciera pública la proclamación de la república el 26 de febrero de 1848. Lamartine fue nombrado presidente y encabezó un gobierno de coalición del que formaban parte, entre otros, el socialista Louis Blanc y un hombre conocido simplemente como «el obrero Albert» (1815-1895). El 2 de marzo el gobierno proclamó que todos los varones adultos tendrían derecho a voto para participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente, que debían celebrarse el 23 de abril. Mientras tanto, Louis Blanc logró la aprobación de una medida en virtud de la cual se creaban los Talleres Nacionales, que a finales de mayo daban empleo a 100.000 trabajadores en paro en actividades tales como la construcción de carreteras o plantar árboles, con un coste de 70.000 libras diarias en salarios pagados por el Estado. Blanc y «el obrero Albert» crearon una comisión de trabajo en el palacio del Luxemburgo encargada de estudiar las demandas de aumento de sueldo, la reducción de la jornada laboral, la abolición de las subcontratas y del mercadeo de trabajo, las restricciones sobre la maquinaria, y otras de-

mandas similares, típicamente menestrales. Vemos en esta comisión del Luxemburgo una curiosa mezcla del nuevo pensamiento socialista, ejemplificado por Blanc, con la política artesana tradicional, llena de reminiscencias de los controles económicos introducidos durante la Revolución Francesa de 1789.

El 23 de abril de 1848, alarmado por los disturbios de París e indignado por los nuevos impuestos cobrados para sufragar los Talleres Nacionales, el electorado, en gran medida rural, votó una Asamblea Constituyente dominada por moderados y conservadores. El 15 de mayo, cientos de manifestantes, entre los que había numerosos empleados de los Talleres Nacionales, invadieron la Asamblea Nacional en señal de protesta. Tras despejar la sala, la Comisión Ejecutiva suprimió la comisión del Luxemburgo, tachándola de socialista, y poco después, el 20 de junio, abolió los Talleres Nacionales. Indignadas por aquella medida tomada de forma tan precipitada, multitudes de trabajadores, privados de cualquier tipo de ingresos, empezaron a concentrarse y a manifestarse por las calles, donde, junto con las demandas de trabajo, pudieron oírse gritos de «¡Napoleón para siempre!». Alarmadísima, la Comisión Ejecutiva pidió al ministro de la Guerra, Louis-Eugène Cavaignac (1802-1857), militar profesional que había combatido en la guerra de independencia de Grecia y que tenía ideas republicanas moderadas, que interviniera. Mientras Cavaignac se preparaba, la multitud se puso a levantar barricadas entre gritos de «¡Libertad o muerte!» y cantos de «La Marsellesa». El ministro de la Guerra desconfiaba, y con razón, de la Guardia Nacional, la inmensa mayoría de cuyos integrantes se negó a acatar sus órdenes de movilización, y parte de la cual se pasó al bando de los insurgentes. El 23 de junio, tras desplegar a 25.000 soldados en tres columnas contra unos 50.000 insurgentes, Cavaignac no dudó en echar mano a la artillería para derribar las barricadas, y las hizo pedazos una a una en medio de una sangrienta carnicería. Al día siguiente, mientras en la ciudad resonaba aún el estruendo de los cañonazos, la Asamblea

votó en contra de la moción de confianza de la Comisión Ejecutiva y nombró dictador a Cavaignac. Hasta los republicanos más convencidos, como Alexandre Ledru-Rollin (1807-1874), cuya violenta retórica había contribuido a reanudar la campaña de cenas populares de 1847 contra la Monarquía de Julio, decidieron respaldar al general. Los clubs parisinos fueron presa de la confusión. Ninguno de ellos respaldó la sublevación; tampoco lo hicieron Louis Blanc ni Pierre-Joseph Proudhon, que habían sido elegidos miembros de la Asamblea por los trabajadores de París. Uno y otro bando procedieron al fusilamiento sumarísimo de los prisioneros. En total perdieron la vida unos 1.500 insurgentes, al menos 2.500 resultaron heridos y 11.727 fueron arrestados, aunque la mayoría serían puestos en libertad durante los meses siguientes, mientras que 468 fueron deportados a Argelia. Louis Blanc, cuya reputación entre los trabajadores había quedado hecha añicos a raíz de su oposición a la rebelión, marchó a Londres. París siguió sujeta a la ley marcial hasta octubre de 1848.

Los sucesos acontecidos en París en el mes de junio tuvieron un impacto enorme en los de otros lugares de Europa, pues dieron ánimos tanto a liberales moderados como a conservadores recalcitrantes y los unieron estrechamente en el temor que compartían a las masas. Todos recordaban cómo las rebeliones populares de 1789-1793 habían sumido a Francia en el abismo del Terror. Llenos de inquietud, los liberales estaban cada vez más preocupados por la posibilidad de que volvieran a producirse sucesos de ese estilo. Pero las contradicciones de clase no serían la única roca contra la que chocaría la revolución. Ya en la década de 1840 habían empezado a limarse las asperezas entre nacionalismos rivales. Tal había sido el caso sobre todo en la Europa central y oriental, donde las revoluciones de Berlín y Viena habían dado un poderoso estímulo a los movimientos en pro de la unidad nacional y de la autonomía. A su vez, estos movimientos tendrían un poderosísimo efecto sobre el ulterior desarrollo de las revoluciones en Alemania y en Austria, provocando enormes

contradicciones entre el liberalismo y el nacionalismo, y dando a los conservadores y a los reaccionarios la oportunidad de volver a tomar la iniciativa. Esas contradicciones se hicieron particularmente evidentes en Hungría, donde croatas, serbios, eslovacos, sajones de lengua alemana y rumanos, presentes todos ellos en gran número en las tierras de la corona de san Esteban, no sabían hablar ni escribir la lengua de los magiares. Los nacionalistas húngaros empezaron a defender la total magiarización de esas minorías. Como decía uno de ellos, «nuestro país, desde el punto de visto lingüístico, es una verdadera Babel. Si no logramos cambiar el rumbo de las cosas y si el país no puede unirse por medio de la magiarización, tarde o temprano los elementos germanos o eslavos asimilarán a nuestra nación, y hasta nuestro nombre será olvidado». Empezaron a surgir nacionalismos rivales, como el de los croatas, que pretendían hacer de contrapeso a los que pretendían imponer el magiar como lengua dominante, nuevo desarrollo que había de reservar graves problemas para el futuro. En la Dieta húngara de 1843-1844, cuando por fin el latín fue legalmente sustituido por el magiar como lengua oficial del gobierno y de la administración, y se impuso su enseñanza en todas las escuelas secundarias del reino, los diputados croatas siguieron empeñados en emplear el latín en la Cámara, la única forma de protestar de la que disponían y de paso también la única forma de ser entendidos que tenían a su alcance.

Estas tensiones desempeñaron un papel decisivo en los acontecimientos de 1848-1849 dentro de la monarquía de los Habsburgo. Cuando los nacionalistas magiares de la Budapest revolucionaria les dijeron que debían «considerar un honor que se les permitiera convertirse en magiares» e integrarse en una Hungría liberal, los jóvenes intelectuales rumanos de Transilvania redactaron una Petición Nacional, presentada ante una multitud de 40.000 individuos congregados en el Campo de la Libertad, a las afueras de Blaj, del 15 al 17 de mayo de 1848. Los rumanos apelaron a Viena pidiendo ayuda contra los magiares. El coman-

dante en jefe de las fuerzas armadas austríacas de la provincia, el general Anton von Puchner (1779-1852), otro veterano de las guerras napoleónicas, pidió a todos los transilvanos leales que se sublevaran contra el gobierno de Budapest. Los campesinos lanzaron una *jacquerie* de corte tradicional, matando a los terratenientes y funcionarios húngaros y alemanes. Por su parte, los magiares transilvanos organizaron una fuerza de 30.000 hombres, incluidos algunos regimientos fronterizos del ejército, y tomaron las consabidas represalias, fusilando a campesinos rumanos en ejecuciones masivas y arrasando cerca de 230 aldeas. Las tropas de Puchner fueron haciéndose de nuevo poco a poco con el control, pero fueron repelidas por una poderosa fuerza militar húngara cuando intentaron avanzar hacia Budapest. Se calcula que en total se produjo un número de muertos cercano a los 40.000.

Los tumultos revolucionarios de 1848 se extendieron incluso más al este, hasta Moldavia y Valaquia, los dos principados de lengua predominantemente rumana vecinos de Transilvania por el este. Ambos principados se hallaban nominalmente bajo el dominio conjunto de otomanos y rusos, ratificado en el Estatuto Orgánico de 1831, que había impuesto el control de los príncipes u hospodares desde el extranjero. Los estudiantes liberales y los nacionalistas rumanos, influidos por las ideas radicales de las que muchos se habían empapado en París, formaron en 1843 una sociedad secreta llamada Fraternidad con el propósito de prepararse para la revolución. El 9 de abril de 1848, tras una reunión masiva en el hotel Petersburgo de Iaşi, los manifestantes liberales hicieron pública una lista de treinta y cinco demandas de liberalización y se la presentaron al hospodar que por entonces reinaba en Moldavia, Mihail Sturdza (1795-1884). Este pidió ayuda al ejército, detuvo a trescientos manifestantes, mandó que los «golpearan como a perros» y los deportó al otro lado de la frontera turca. Los rusos trasladaron tropas a la provincia para apoyarlo. La revolución, en cambio, triunfó en Valaquia, donde el 13

de junio las manifestaciones masivas lograron derrocar al hospodar Gheorghe Bibescu (1804-1873), y a continuación se hizo pública la proclamación de Islaz. Se exponían en ella una serie de principios liberales clásicos, incluida la abolición de los rangos civiles, el fin de la pena capital y la formación de un gobierno provisional. Debido a la presión ejercida por los rusos, el 25 de septiembre el gobierno otomano envió una fuerza militar a la capital de Valaquia, Bucarest, que fue ocupada tras un breve tiroteo; dos días después, desconfiando de la capacidad de rematar la faena que pudieran tener los turcos, los rusos invadieron también el país. Noventa y un revolucionarios fueron detenidos y mandados al exilio, y muchos más huyeron a París o cruzaron la frontera de Bulgaria. Gran Bretaña y Francia se habían negado a intervenir, los terratenientes conservadores de Moldavia y Valaquia, alarmados por las propuestas de acabar con la servidumbre que habían hecho los liberales, habían dado marcha atrás, de modo que el objetivo final de los revolucionarios —la unificación de las dos provincias para formar una Rumanía independiente— parecía tan lejano como siempre.

No tardaron en producirse choques parecidos en todo el imperio de los Habsburgo. Las exigencias de los nacionalistas eslovacos en pro del uso del eslovaco como lengua oficial de la administración y de la educación fueron rechazadas por los magiares, y la cólera de los nacionalistas se desató en una serie de violentos conflictos que dieron comienzo en septiembre de 1848 y acabaron con el paso de los líderes eslovacos al bando de los Habsburgo. Los austríacos incitaron a los campesinos rutenos (es decir, ucranianos) de la Galicia oriental a levantarse contra sus terratenientes, nacionalistas polacos, liberándolos de la servidumbre, permitiéndoles crear un Consejo Ruteno representativo y autorizando la publicación de la primera revista de la provincia escrita en ucraniano. A finales de abril y primeros de mayo de 1848, los nacionalistas polacos protagonizaron una sublevación en la provincia prusiana de Posen (Posnania), capitaneada una

vez más por Ludwik Mierosławski, semejante a la que intentara ya dos años antes. Tras una serie de escaramuzas menores contra una imponente fuerza militar prusiana, enviada a petición de la población alemana de la provincia, los insurgentes polacos abandonaron la lucha, cuyo único resultado fue la abolición del gran ducado de Posnania y su reducción al rango de mera provincia prusiana. En Fráncfort el liberal moderado Wilhelm Jordan (1819-1894) preguntó agudamente si los alemanes de Posnania debían vivir en «una nación de menor contenido cultural que ellos».

Otras minorías nacionales no tardarían en plantear sus propias reclamaciones. Los nacionalistas serbios de la zona sur del reino de Hungría, animados por sus vecinos del principado de Serbia, proclamaron la autonomía de su provincia, la Voivodina, en marzo de 1848. Las tropas magiares aplastaron la rebelión, matando a unos trescientos serbios de la ciudad de Bečej, y luego recorrieron lentamente toda la provincia durante los meses de otoño e invierno, incendiando a su paso las aldeas serbias y ahorcando a muchos de sus habitantes; los serbios, por su parte, respondieron con emboscadas y ataques por sorpresa. Mientras tanto en Croacia, los debates en torno a la unidad nacional con los serbios dieron lugar el 25 de marzo a la convocatoria en Zagreb de un congreso nacional croata, que proclamó la abolición de la servidumbre y pidió la autonomía de Croacia. A los terratenientes conservadores croatas no les gustaba nada la abolición de la servidumbre que defendían los liberales húngaros. En Viena, los partidarios de la línea dura pensaron que un oficial croata de talento, el conde Josip Jelačić (1801-1859), individuo de fuertes convicciones monárquicas y conservadoras, era el hombre adecuado para hacer sentir a los húngaros el peso de serbios y croatas. Nombrado *ban*, o gobernador, de Croacia y tras asumir el mando de la Frontera Militar, la serie de defensas levantadas contra la amenaza, en aquellos momentos ya desvanecida, que habían representado otrora los otomanos, Jelačić intentó unir a

serbios y croatas (rezando públicamente, por ejemplo, en las iglesias ortodoxas serbias y en las católicas croatas). Como advirtió al Parlamento croata, si «los húngaros continúan demostrando que actúan no como hermanos..., sino como opresores, sepan... que estamos listos y con la espada en la mano». El 4 de septiembre cruzó el río Drava al frente de una tropa de 50.000 hombres y penetró en el corazón del territorio magiar en apoyo de los serbios.

Lo sucedido en la monarquía de los Habsburgo tuvo también graves repercusiones para la unidad de Alemania. Por un lado, las autoridades austríacas al final no estaban dispuestas a ver la parte de su imperio de lengua alemana amputada y asociada a una Alemania unificada gobernada desde Fráncfort. Por otro lado, también planteaba problemas la idea de los nacionalistas alemanes de que, como Bohemia formaba parte de la Confederación Germánica y tenía muchos habitantes que hablaban alemán, debía integrarse en la Alemania unida. Cuando el pre-Parlamento alemán de Mannheim invitó al eminente historiador checo Frantisek Palacký (1798-1876) a ingresar en él y contribuir a los preparativos de las elecciones panalemanas, Palacký respondió el 11 de abril de 1848 declarando que no tenía ningún interés en los asuntos de Alemania. «Soy checo de sangre eslava», afirmaba en tono desafiante. Indignados, los diputados alemanes amenazaron con el uso de la fuerza si era preciso para incluir a Bohemia en la Alemania unida. Mientras tanto, los nacionalistas checos y alemanes empezaron a formar en Praga milicias distintas, unas de checos y otras de alemanes, y la clase media, muchos de cuyos miembros eran bilingües, se vieron en la tesitura de tener que tomar partido por unos o por otros. En ese momento, el líder de los partidarios de la línea dura en Viena, el conde de Latour, decidió intervenir. Como muchos de los generales austríacos más destacados, había participado en la lucha contra Napoleón, y consideraba que todos los liberales y los revolucionarios eran enemigos del Estado. El hombre que Latour escogió

para hacerse con el control de los acontecimientos en Praga fue el príncipe y mariscal Alfred zu Windisch-Grätz, veterano de la batalla de Leipzig de 1813, la batalla de las Naciones, y hombre archiconservador que se había opuesto a todas las concesiones hechas por el emperador y sus consejeros. Windisch-Grätz dispuso a sus 10.000 soldados en posiciones estratégicas alrededor de Praga, dando lugar el 12 de junio de 1848 a una marcha de protesta encabezada por la milicia checa, con participación de los estudiantes, la Guardia Nacional burguesa y unos 2.500 trabajadores. Cuando los manifestantes se encontraron con la milicia alemana, se desencadenaron las peleas y no tardaron en levantarse barricadas por toda la ciudad; en total llegaron a levantarse unas 400. Las milicias checa y alemana la emprendieron violentamente a tiros una contra otra, y cuando una bala perdida mató a la esposa de Windisch-Grätz, el mariscal retiró sus tropas y bombardeó la ciudad desde las colinas circundantes hasta que el 17 de junio los insurgentes acabaron por rendirse. Un comité del Parlamento de Fráncfort dio su pleno apoyo a Windisch-Grätz. Pero la conquista de Praga por el mariscal fue en realidad la primera fase de la contrarrevolución que con el tiempo acabaría con todas las instituciones revolucionarias.

Windisch-Grätz ya había establecido comunicaciones con el mariscal Radetzky y la corte de los Habsburgo antes incluso de que Fernando I regresara a Viena. El ejército de Jelačić, repelido por los húngaros, se hallaba acampado en aquellos momentos no lejos de la capital austríaca. Tras la victoria de Radetzky en Custoza en julio de 1848, Latour y los cortesanos partidarios de la línea dura idearon un movimiento de pinza de los ejércitos leales, que convergiera en Viena y Budapest. Lograron explotar no solo las divisiones nacionales existentes entre los revolucionarios, sino también el abismo que se había abierto entre los liberales constitucionales de talante moderado por un lado y los demócratas republicanos de tendencias radicales por otro. Cuando el gobierno anunció un fuerte recorte de salarios, los trabajadores

empleados en las labores de excavación del Prater fabricaron una efigie de barro y paja del ministro de Obras Públicas y la colocaron encima de un asno con una moneda de un cruzado (*Kreuzer*) en la boca y un cartel que lo identificaba como el «Ministro del *Kreuzer*». El 23 de agosto empezaron a desplazarse al centro de la ciudad remedando un cortejo fúnebre. No tardaron en chocar con las unidades leales de la Guardia Nacional. La manifestación fue dispersada; 18 obreros resultaron muertos y más de 150 gravemente heridos. Tras esta victoria el gobierno decidió suspender de inmediato el programa de obras públicas, aunque se esforzó por encontrar un empleo alternativo en el sector privado para todos los que se habían quedado sin trabajo.

Aquello era una lucha de clases. Los liberales de clase media de Viena, espantados, empezaron a volver sus ojos hacia la monarquía y el Ejército en busca de protección. Aprovechándose de la situación, el gobierno detuvo a los cabecillas estudiantiles y a los periodistas, y suprimió los periódicos republicanos. Se lanzó entonces contra Budapest, donde la invasión de Jelačić a comienzos de septiembre había elevado al poder a Kossuth cuando Batthyáni se mostró vacilante y Széchenyi, cuyos intentos de encontrar una solución pacífica de la crisis no habían dado fruto, sufrió un ataque de nervios, intentó suicidarse y fue internado en un sanatorio. Atrapado en un conflicto de intereses auténticamente insoluble, el archiduque Esteban dimitió de su cargo como conde palatino, y la corte envió a Budapest para reemplazarlo al mariscal Franz von Lamberg (1791-1848), otro veterano de las guerras napoleónicas. Pero a su llegada el 28 de septiembre de 1828, fue asesinado a golpes por la multitud enfurecida cuando su carroza cruzaba el Danubio; su cadáver mutilado fue paseado en triunfo por las calles de la ciudad, ensartado en una guadaña. Aquel acto hizo que la opinión de la corte se volviera decididamente contra Budapest. El 3 de octubre el gobierno de Viena se sintió lo bastante audaz como para publicar un decreto por el que abolía el Parlamento húngaro e imponía la ley marcial

en todo el país, nombrando a Jelačić comisario imperial y comandante en jefe de las fuerzas armadas. Cuando Latour envió un batallón del ejército a la estación de ferrocarril de Viena con la intención de que se desplazara a Budapest y se uniera a las fuerzas de Jelačić, una multitud de trabajadores, a la que se sumaron los demócratas que aún simpatizaban con la causa húngara, destrozaron las vías y les cortaron el paso. No tardaron en llegar refuerzos y abrir fuego sobre la multitud, pero el oficial al mando de las tropas resultó muerto y sus soldados se vieron obligados a retirarse. Se produjo un intercambio de disparos en la plaza de San Esteban, pero las fuerzas gubernamentales no fueron capaces de dominar la situación.

Intentando evitar más violencia, Latour decidió abrir las puertas del Ministerio de la Guerra y ordenó a sus tropas no abrir fuego sobre la multitud. Los manifestantes enfurecidos que se habían congregado en el exterior asaltaron el edificio, secuestraron a Latour, le arrancaron el sombrero de la cabeza, y luego lo mataron a golpes, apuñalando y pisoteando su cuerpo cuando estaba ya en el suelo. Desnudaron su cadáver, lo colgaron de una farola y lo utilizaron como monigote para hacer prácticas de tiro al blanco. El arsenal imperial fue bombardeado y saqueado, aunque solo después de que sus defensores mataran a varios de sus sitiadores efectuando disparos de metralla. El 7 de octubre de 1848 el emperador aterrorizado y su familia se refugiaron en la fortaleza de la ciudad de Olomouc, en Moravia, dejando Viena en un estado de caos total mientras que el Parlamento (cuyos diputados checos habían regresado a Praga), los clubs, el comité de estudiantes, el ayuntamiento y la burocracia dictaban y revocaban órdenes a diario: durante el resto del mes de octubre, como señalaba un testigo de los hechos, los vieneses fueron «gobernados a golpe de anuncios».

En Viena el final no tardó en producirse. El 16 de octubre de 1848, tras la llegada de Windisch-Grätz a Olmütz, se publicó una nueva declaración del emperador Fernando I condenando el

«reinado del terror» impuesto en Viena, en deliberada alusión a los sucesos de París de 1793-1794, y concediendo a Windisch-Grätz, que ayudó personalmente a redactar el documento, plenos poderes para restaurar el orden. Un ejército imperial compuesto por 70.000 soldados rodeó la capital y le cortó las vías de aprovisionamiento. El 28 de octubre emprendió un bombardeo sistemático de la plaza y empezó a despejar las barricadas, mientras que las tropas croatas del mariscal Windisch-Grätz iban de casa en casa, saqueando su contenido y torturando a sus moradores. Entretanto, entraron también en la capital 28.000 soldados leales, capitaneados por Jelačić; no tardaron en desmantelar treinta barricadas en el curso de un combate cuerpo a cuerpo; delante de ellos iba un contingente de soldados montenegrinos que se lanzaron contra los obstáculos que se interponían en su camino llevando sus cimitarras entre los dientes. En unas cuantas horas de sangrientos combates, la ciudad fue reconquistada. Windisch-Grätz declaró la ley marcial, abolió la Legión Académica y la Guardia Nacional, prohibió las reuniones públicas, e impuso una estricta censura de prensa. Más de 2.000 radicales y demócratas fueron detenidos; nueve de ellos fueron ejecutados, incluido Wenzel Messenhauser (1813-1848), antiguo oficial del ejército que había estado al frente de la Guardia Nacional durante todo el conflicto. Otra víctima fue Robert Blum (1807-1848), obrero oriundo de Colonia que había encontrado empleo primero como jardinero, y luego como orfebre y operario en una fábrica de lámparas. El talento de Blum para la oratoria le había permitido conseguir un escaño en el Parlamento de Fráncfort, que lo había enviado a Viena en apoyo de la revolución; fue detenido por alta traición y ejecutado el 9 de noviembre (la primera, pero no desde luego la última vez que esta fecha marcara un punto de inflexión fundamental en la historia de Alemania).

El resurgimiento del poder de los Habsburgo ponía de manifiesto no solo que el gobierno austríaco estaba decidido a mantener intactos sus dominios frente a la oleada revolucionaria y na-

cionalista, sino que demostraba también su total inflexibilidad a la hora de restablecer su autoridad. En Viena se nombró un nuevo gobierno presidido por el príncipe Félix de Schwarzenberg (1800-1852), cuñado de Windisch-Grätz y asesor militar de Radetzky. Como primer paso de cara a asegurar el futuro de la monarquía, el gabinete de Schwarzenberg persuadió al infortunado Fernando I de que debía abdicar en favor de su sobrino, el joven de dieciocho años Francisco José, y efectivamente la abdicación se produjo el 2 de diciembre de 1848. «El asunto —anotó Fernando en su diario— acabó con el nuevo emperador arrodillándose ante su antiguo emperador y señor, es decir ante mí, y pidiéndome que le diera mi bendición, cosa que hice, poniendo ambas manos sobre su cabeza y haciendo sobre ella la señal de la Santa Cruz... A continuación mi querida esposa y yo hicimos las maletas». El emperador permaneció el resto de su vida, que se prolongaría hasta 1875, en el castillo de Hradčany de Praga. Una vez restablecido el orden en Viena, el nuevo gobierno dirigió su atención a Budapest, donde a la vista de la declaración de guerra de los Habsburgo, hecha pública el 3 de octubre de 1848, y de los desmanes de las tropas croatas de Jelačić y sus aliados serbios y rumanos, que invadieron el país asesinando, saqueando e incendiándolo todo a su paso, radicales y moderados se habían unido para formar un Comité de Defensa Nacional presidido por Kossuth.

Windisch-Grätz avanzó lentamente por el Danubio al frente de 52.000 hombres, derrotando a las fuerzas húngaras, poco numerosas y mal equipadas, y entrando en Budapest el 15 de enero de 1849. Batthyáni, que intentó actuar como mediador, fue detenido y encarcelado por el general de las tropas austríacas, fue juzgado por alta traición y, tras varios meses de prisión, fue fusilado por un pelotón de ejecución el 6 de octubre de 1849. Pero los ejércitos de los Habsburgo no lograron salirse con la suya. El Comité de Defensa Nacional húngaro se retiró a Debrecen, al este de la capital. El reclutamiento obligatorio permitió que el

ejército magiar se incrementara hasta contar en junio de 1849 con 170.000 efectivos, las fábricas de armamento húngaras produjeron grandes cantidades de armas y municiones, y Kossuth se las arregló para comprar y pasar de contrabando otros pertrechos militares procedentes del extranjero. Los insurgentes de las minorías no magiares fueron detenidos y juzgados; 122 de ellos fueron condenados a muerte. Irremediablemente, el tiempo jugaba a favor de los radicales y en cuanto el ejército húngaro, recientemente reforzado y ahora en manos de una serie de mandos competentes, empezó a repeler a las tropas de los Habsburgo, Kossuth proclamó la plena independencia del país el 14 de abril de 1849, siendo elegido presidente por aclamación. El 23 de abril de 1849 los húngaros reconquistaron Budapest. Pero los austríacos habían dejado una guarnición en el castillo de Buda, situado al otro lado del Danubio. Unos 40.000 soldados húngaros, armados con artillería pesada, pusieron sitio al castillo durante dos semanas, hasta que lo tomaron por asalto la noche del 20 al 21 de mayo de 1849; no dieron cuartel al enemigo y pasaron a cuchillo a más de mil soldados austríacos en el curso de unas pocas horas. Tras aquella humillante derrota, Windisch-Grätz fue relevado del mando.

El destino de la monarquía de los Habsburgo pendía de un hilo. Ante lo desesperado de la situación, Francisco José y el gobierno de Viena dieron un paso trascendental y el 21 de mayo de 1849 se trasladaron a Varsovia para entrevistarse con el zar Nicolás I y pedir su apoyo en «la santa lucha del orden social contra la anarquía». Fue aquella una breve resurrección de los principios, en gran medida ya moribundos, de la Santa Alianza. El zar se sintió halagado por el gesto del joven Francisco José, que se postró ante él de rodillas y le besó la mano en actitud de súplica. Desde un punto de vista más pragmático, Nicolás temía el efecto que pudiera tener la independencia de Hungría sobre sus súbditos polacos, algunos de los cuales prestaban servicio en el ejército húngaro y varios incluso en puestos de mando. El

nuevo comandante en jefe austríaco, el temperamental Julius von Haynau (1786-1853), otro veterano de las guerras napoleónicas, lanzó al combate a 83.000 efectivos, provistos de 330 cañones por el oeste, mientras que los 44.000 soldados y las 190 piezas de artillería de Jelačić avanzaban desde el sur. Ocupados ya en repeler aquellas fuerzas invasoras, los húngaros fueron incapaces de impedir que un enorme contingente de 200.000 rusos, equipados con 600 piezas de artillería, penetrara en Transilvania en ayuda de los 48.000 combatientes de los Habsburgo y rumanos allí concentrados. El 13 de julio de 1849, Haynau había conseguido ya reconquistar Budapest, mientras que el gobierno y la Dieta húngara huían al sur y se refugiaban en Szeged. Todos los países hicieron oídos sordos a los llamamientos de los húngaros que solicitaban la protección internacional. En su desesperado afán por encontrar aliados, el 28 de junio, cuando ya era demasiado tarde, el gobierno de Budapest hizo pública una garantía de protección de las lenguas y culturas minoritarias.

Era demasiado tarde. Las tropas de Haynau llegaron a Timişoara, la principal ciudad del Banato. El 9 de agosto de 1849 aplastaron allí a un ejército húngaro capitaneado por el militar polaco Józef Bem (1794-1850), que había prestado servicio en la Grande Armée de Napoleón y luego había tomado parte en la sublevación de Polonia de 1830 y en la guerra civil portuguesa. Siempre al acecho de alguna causa liberal, se trasladó a Viena en 1848 y de ahí a Transilvania. A diferencia de su comandante en jefe, el experto en táctica militar Artúr Görgei (1818-1916), Bem tenía un historial casi únicamente de fracasos en el campo de batalla. Por si fuera poco, no hablaba húngaro, y en Temesvár se cayó del caballo y no pudo ponerse al mando de sus tropas en el momento crucial. Una vez más logró escapar y cruzar la frontera del imperio otomano, donde se convirtió al islam y murió con el nombre de Murat Pachá como gobernador de Alepo. Aquella fue la última batalla de la guerra. Kossuth dimitió y, tras afeitarse las patillas y el bigote, se refugió en Constantinopla; allí pasó un pe-

ríodo de arresto domiciliario, hasta que finalmente se embarcó rumbo a Inglaterra, donde llegó en 1851 en medio de los aplausos de una multitud. Alguien calificó su inglés, que había aprendido leyendo las obras de Shakespeare con ayuda de un diccionario, de «maravillosamente arcaico y teatral». Tras visitar Estados Unidos, donde intervino en una sesión conjunta del Congreso, regresó a Europa para acabar sus días en Turín; su voz, registrada en un fonógrafo Edison en 1890, es la primera grabación de la historia efectuada en húngaro.

El 13 de agosto de 1849, Görgei se rindió a los rusos. Haciendo caso omiso de las peticiones de clemencia del zar, Haynau mandó detener a unos 4.600 húngaros, metió en la cárcel a otros 1.500, condenados a penas de entre diez y veinte años, que muchos tuvieron que pasar cargados de cadenas, y condenó a muerte a unos 500. Aunque muchas penas de muerte fueron conmutadas por largas condenas de cárcel, 120 individuos fueron ejecutados, en su mayoría en la horca. Kossuth y otros cabecillas que habían logrado escapar fueron juzgados en rebeldía y sus nombres grabados en la horca en una especie de ejecución ficticia. A Görgei le perdonaron la vida por ser el que había firmado la rendición. Al final, los húngaros sucumbieron debido a la aplastante superioridad numérica del ejército ruso, que les infligió una derrota final decisiva, en parte también a causa de las acciones predatorias de rumanos, croatas y serbios, que los obligaron a dividir sus fuerzas, pero sobre todo como consecuencia de la superioridad de las tropas de Haynau en materia de disciplina, organización y pertrechos, que pudieron contar con unos recursos financieros e industriales de los que no disponían los magiares.

Radicales y reaccionarios

La recuperación de fuerzas que experimentó la monarquía de los Habsburgo y la reconquista de Praga y de Viena en el verano y el otoño de 1848 tuvieron unos efectos profundamente negativos sobre las perspectivas de unificación de Alemania. El 20 de diciembre, tras muchos meses de deliberación, el Parlamento de

Fráncfort finalmente promulgó los Derechos Fundamentales del Pueblo Alemán, que garantizaban a todos los ciudadanos las libertades liberales, secularizaba el matrimonio, suprimía los títulos y privilegios de la aristocracia, introducía los juicios con jurado ante un tribunal público y abolía la pena de muerte. Pero resultaría imposible poner en vigor todos aquellos principios. Como Austria y Bohemia habían rechazado definitivamente su inclusión en un estado-nación alemán unitario, el Parlamento no tuvo más remedio que optar por una pequeña Alemania, cuyo soberano hereditario fuera el rey de Prusia, con capacidad para aplazar las leyes, pero no para rechazarlas. Un número suficiente de demócratas se convencieron de la conveniencia de apoyar esta idea junto con la inclusión de la concesión del voto a todos los varones mayores de veinticinco años en la Constitución, que finalmente fue aprobada por un estrecho margen de votos el 27 de marzo de 1849. Veintiocho estados alemanes adoptaron esta ley fundamental, incluida Prusia, cuyo nuevo Parlamento recién elegido, mayoritariamente liberal, la ratificó el 21 de abril. Inmediatamente después, sin embargo, Federico Guillermo IV, que calificaba la corona imperial de «dogal con el que el pueblo quiere encadenarme a la Revolución de 1848», disolvió el Parlamento, para declarar poco después que nunca aceptaría un cargo que se le concedía por elección popular y no por la gracia de Dios. Lo único que consiguió semejante actitud fue socavar la posición política de los moderados partidarios de la Constitución y hacer el juego a los demócratas radicales y a los republicanos, que pasaron a tomar la iniciativa. No obstante, resulta sorprendente que solo lo consiguieran en regiones relativamente periféricas de Alemania, en Sajonia y en Renania, las zonas en las que se atrincheraron los demócratas radicales.

La decisión de rechazar la Constitución de una Alemania unificada que tomó el rey de Prusia envalentonó a otros monarcas a seguir su ejemplo. Pero no todos estaban igualmente bien equipados para hacerlo con la fuerza necesaria. El 30 de abril de

1849, tras disolver el Parlamento liberal de Dresde, el rey Federico Augusto II nombró un gobierno partidario de la línea dura que autorizó el uso de la fuerza para restaurar el orden. El 3 de mayo los manifestantes levantaron 108 barricadas por toda la ciudad, la guardia civil empezó a dejar solo al gobierno, y el rey y sus ministros se vieron obligados a refugiarse en la fortaleza inexpugnable de Königstein, a las afueras de Dresde, desde donde pidieron ayuda a los prusianos y les rogaron que vinieran a restaurar el orden. Los diputados democráticos del Parlamento disuelto formaron entonces un nuevo gobierno sajón, y los revolucionarios acudieron a defenderlo desde muchos puntos fuera de la ciudad. Uno de los que participaron en la construcción de las barricadas fue el maestro de capilla de la corte, Richard Wagner (1813-1883), influenciado por las ideas de Proudhon y Feuerbach, que veía la revolución como una forma de crear las condiciones ideales para llevar a cabo su misión de genio artístico universal. Entusiasmado por el éxito de la insurrección, llegó a declarar lleno de optimismo: «El viejo mundo se está viniendo abajo y de sus ruinas saldrá uno nuevo; pues aquí viene rugiendo la augusta diosa REVOLUCIÓN en alas de la tormenta». Más radical todavía era el anarquista Mijaíl Bakunin, que había llegado a Dresde en marzo de 1849; un año antes había participado en la revolución de París; luego había sido expulsado de Berlín, y por último en el mes de junio había dicho a los delegados del Congreso Paneslavo de Praga que debían «echar abajo por completo este mundo social decadente que se ha vuelto impotente y estéril». Bakunin no sentía la menor simpatía por los liberales sajones; estaba en Dresde simplemente porque tenía ganas de participar en una buena revolución.

Mientras que Wagner estaba atareadísimo fabricando bombas de mano y oteando la llegada del ejército prusiano desde la cúpula de la Frauenkirche, Bakunin ayudaba a levantar barricadas. De nada serviría tanto esfuerzo. El gobierno prusiano actuó con la celeridad del rayo, enviando tropas a la capital de Sajonia en

tren. Unos 5.000 soldados prusianos y sajones entraron en la ciudad el 9 de mayo de 1849, demolieron las barricadas y vencieron la resistencia de los 3.000 revolucionarios mal organizados que debían defenderlas; 250 insurgentes perdieron la vida en la acción, 400 resultaron heridos y otros 869 fueron detenidos. No menos de 6.000 fueron procesados por delitos que se remontaban a marzo de 1848, y 727 fueron condenados a penas de cárcel, muchas de ellas de larga duración. El 97 % de los insurrectos eran naturales de Sajonia; los forasteros, a los que las autoridades achacaron la revuelta, fueron en realidad sumamente raros. Casi 2.000 insurgentes huyeron a Suiza, entre ellos Wagner. Según este, Bakunin «tuvo que dejar que le cortaran su imponente y rizada melena y que le afeitaran la barba... Un reducido grupo de amigos y conocidos asistió a esta operación, que hubo de ser llevada a cabo con una navaja mal afilada y en medio de continuos dolores, a los cuales nadie salvo el propio paciente permaneció insensible. Nos despedimos de Bakunin —cuenta el compositor— con la firme convicción de que no volveríamos a verlo vivo». A pesar de su disfraz, Bakunin fue detenido y tuvo el honor de ser condenado a muerte dos veces, primero por los sajones debido a su participación en la revuelta, y luego por los austríacos debido a la retórica incendiaria de la que había hecho gala en el Congreso Paneslavo de Praga. Al tratarse de un ciudadano ruso, sin embargo, fue extraditado a San Petersburgo, donde las autoridades rusas lo condenaron a un largo período de cárcel en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, para ser luego desterrado a Siberia.

La sublevación de Sajonia formó parte de la ola de protestas y rebeliones contra la decisión prusiana de rechazar la unidad alemana. En casi todos los demás sitios resultó más fácil acabar con ellas. En Fráncfort, el jefe titular del Estado, el archiduque Juan, se negó a condenar la actuación de los prusianos en Dresde, mientras que Heinrich von Gagern dimitió de su puesto de ministro y el 20 de mayo de 1849 encabezó la salida del Parlamento

de 60 diputados. Los delegados austríacos y prusianos fueron mandados llamar por sus respectivos gobiernos, y los de los otros dos estados que habían rechazado la Constitución, Sajonia y Hannover, siguieron su ejemplo. Los 104 diputados restantes se trasladaron a Stuttgart para escapar de la intervención de las tropas prusianas en Fráncfort, pero, ante las presiones de Berlín, las tropas de Wurtemberg interrumpieron la sesión de la asamblea el 17 de junio, destrozaron la Cámara de Stuttgart e hicieron jirones las banderas de color negro, rojo y amarillo que adornaban la sala. En Renania, las reuniones organizadas por las asociaciones y los clubs democráticos exigieron a los gobiernos de Prusia y de Baviera que aceptaran la Constitución. A primeros de mayo de 1849, se levantaron barricadas en el Bajo Rin —en Düsseldorf, Elberfeld y Solingen—, constituyendo un elemento importante de la insurrección la destrucción de maquinaria. Cuando la multitud empezó a sacar de las cárceles a los presos, los ciudadanos y los jefes de las milicias locales crearon Comités de Salud Pública. Las tropas prusianas no tardaron en bombardear las barricadas de Düsseldorf y, al darse cuenta de lo desesperado de su situación, los insurgentes de Elberfeld y Solingen, miserablemente organizados, desmantelaron las suyas y se volvieron a sus casas, mientras que otros rebeldes de la zona, entre ellos numerosos campesinos, también se dispersaron.

Los revolucionarios y los demócratas no se dejaron amedrentar tan fácilmente río arriba. En el Alto Rin, los clubs democráticos celebraron una reunión el 2 de mayo de 1849 en medio de una gran excitación, estableciendo un gobierno provisional en el Palatinado bávaro tras la negativa del rey Maximiliano II a aceptar la Constitución de Fráncfort. Dos columnas de obreros y ciudadanos armados, movilizados por los demócratas del Hesse renano, acudieron en su ayuda. Los soldados enviados a restablecer el orden se amotinaron y se sumaron a los sublevados. Por doquier se veían las banderas y cintas rojas de los republicanos. Corriente arriba, las fuerzas armadas de Baden se amotinaron en

apoyo de los demócratas y el 13 de mayo obligaron al gran duque a huir a Francia. Tras proclamar la República de Baden, los líderes demócratas unieron sus fuerzas a las de los insurgentes de Hesse y del Palatinado para intentar salvar lo que quedaba del Parlamento de Fráncfort. Las tropas estaban al mando del veterano revolucionario y nacionalista polaco Ludwik Mierosławski, ayudado por Gustav Struve, al que los rebeldes habían sacado de la cárcel. Struve organizó un contingente improvisado de estudiantes y de exiliados repatriados, entre los que se encontraba Friedrich Engels; estaban muy mal equipados y eran terriblemente indisciplinados (Engels contaría que un regimiento se metió en una bodega y que sus integrantes se bebieron todo el vino almacenado en ella hasta quedar completamente borrachos). El 12 de junio un contingente de 30.000 soldados de Prusia, Hesse y Wurtemberg invadió el Palatinado, aplastando con su artillería cualquier resistencia que pudieran encontrar, y una semana más tarde llegó a Baden, donde derrotó a las fuerzas de Mierosławski en la batalla de Waghäusel. La última ciudad que ofreció resistencia fue Rastatt, donde 6.000 demócratas acabaron por rendirse el 23 de julio de 1849. Los prisioneros fueron diezmados y los 600 cadáveres de las víctimas ejecutadas fueron enterrados en fosas comunes. Engels se refugió en Suiza junto con muchos otros. Mierosławski logró llegar a París. Durante los meses sucesivos, cerca de 80.000 personas abandonaron Baden y emigraron a América.

Durante las últimas fases de la revolución surgió en muchos lugares de Europa una dialéctica de radicalización de la izquierda y de reacción militar de la derecha. A diferencia de 1830, los alzamientos populares en toda Europa habían sido lo bastante fuertes, persistentes y violentos para hacer temblar los cimientos de la autoridad hasta lo más profundo. Muchos revolucionarios democráticos eran antiguos carbonarios, pero a finales de la década de 1840 habían abandonado ya sus viejos hábitos conspiratorios y se habían puesto al frente de las masas de insurgentes,

como habían hecho los jacobinos en la Revolución Francesa. Pero en las últimas fases de la revolución de 1848-1849 aquello se convirtió cada vez más en un acto de desesperación. Y cuanto más se volvían los demócratas hacia las masas en busca de respaldo, más se veían impelidos los liberales moderados a invocar el apoyo militar de la autoridad establecida. También había mucho de desesperación en este otro bando: cuando recuperaron las fuerzas, monarcas y conservadores se dieron cuenta de que en algunos casos no podían cambiar la marcha de los acontecimientos sin ayuda exterior. Del mismo modo que los rusos intervinieron con su fuerza militar para salvar a los Habsburgo en Hungría, también los franceses, aunque por motivos muy distintos, intervendrían para estabilizar la situación en Roma. Antes de que eso ocurriera habrían de suceder una serie de acontecimientos dramáticos tanto en Francia como en Italia.

Las citadas divisiones fueron especialmente fuertes en los Estados Pontificios. El papa Pío IX había nombrado ministro de Justicia a un liberal moderado, el conde Pellegrino Rossi (1787-1848), antiguo partidario del régimen napoleónico en Italia allá por 1815 que había vivido en el destierro en Francia, había adoptado la ciudadanía francesa y había sido enviado a Roma por Guizot en calidad de embajador de Francia. Rossi no tardó en realidad en convertirse en jefe del gobierno y en mandar detener a destacados radicales desterrados de Nápoles. El 15 de noviembre de 1848 fue rodeado por un grupo de soldados desmovilizados en las escaleras del Parlamento y fue cosido a puñaladas. Una multitud se congregó al pie de la ventana de su casa cantando: «¡Bendita la mano que a Rossi apuñaló!». Miles de personas se reunieron delante de la residencia pontificia en el palacio del Quirinal exigiendo el establecimiento de una república. Algunos empezaron a disparar armas de fuego. El secretario del papa fue alcanzado por una bala que entró por la ventana de su despacho y llegó a colocarse un cañón apuntando a la entrada del palacio. Aterrorizado, Pío IX huyó a Nápoles en una carroza, disfrazado

de simple párroco. Retiró sus tropas del norte de Italia, alarmado por la declaración de guerra de los nacionalistas llamando a una santa cruzada: al fin y al cabo los austríacos también eran buenos católicos.

En Toscana, los liberales moderados intentaron guardar las distancias ente la insurrección popular organizada en Livorno, donde los demócratas asumieron el poder tras la ocupación popular del arsenal el 23 de agosto de 1848. Una enorme manifestación convocada en Florencia obligó a las autoridades toscanas a acceder a la elección de treinta y siete diputados de una Asamblea Constituyente basada en el principio de un hombre, un voto. El gran duque Leopoldo huyó de la ciudad y pidió ayuda al mariscal Radetzky, al que encomendó la tarea de restaurar el orden. Los sublevados arrancaron de los edificios públicos los emblemas del gran duque y la Toscana fue declarada república independiente. En Piamonte los demócratas presionaron a Carlos Alberto para que repudiara la tregua alcanzada con los austríacos tras su derrota en Custoza en julio de 1848, y movilizara de nuevo a sus fuerzas contra ellos. En una batalla que duró toda la jornada del 22 de marzo de 1849 y continuó hasta el amanecer del día siguiente, los 85.000 hombres mal entrenados y peor pertrechados del ejército de Carlos Alberto fueron derrotados por los 72.000 soldados bien adiestrados de Radetzky en Novara, al noroeste de Milán. Para Carlos Alberto aquello fue el colmo. Después de intentar morir en la batalla sin conseguirlo («Hasta la muerte me rechaza», dijo en tono de queja), abdicó en favor de su hijo, Víctor Manuel II (1820-1878), y marchó a Portugal, donde murió lleno de amargura unos meses más tarde. Radetzky impuso una fortísima indemnización al Piamonte y amnistió a todos salvo a cien revolucionarios toscanos y lombardos. Los demócratas de Génova intentaron resolver la situación, pero fueron superados por el ejército de Radetzky, que bombardeó la ciudad hasta que se rindió. Por su parte, Víctor Manuel conjuró cualquier otra presión proveniente del interior mostrando públi-

camente su adhesión a la Constitución liberal del Piamonte y declarando su lealtad a la causa de la unidad de Italia («Mantendré alta y firme la bandera tricolor»). Semejante actitud le rendiría magníficos dividendos una década más tarde.

En el sur de la península, los constantes disturbios sociales en Nápoles y Sicilia resultaron muy convenientes para el rey Fernando II de las Dos Sicilias. Incluso después de aplastar la rebelión democrática de Nápoles en mayo de 1848, tuvo que hacer frente a una nueva sublevación en Sicilia. A la manera clásica, también allí los moderados establecieron una Guardia Nacional con el fin de restaurar el orden, pero sus integrantes estaban muy mal adiestrados y no pudieron hacer nada frente a las 10.000 tropas regulares enviadas por el rey en agosto de 1848 desde el otro lado del estrecho de Mesina. Los soldados del rey tomaron Mesina después de un bombardeo de seis días que destruyó dos terceras partes de la ciudad y que hicieron a Fernando Carlos merecedor del sobrenombre de Rey Bomba. En Sicilia el gobierno revolucionario había escogido al omnipresente Ludwik Mierosławski como comandante en jefe de su pequeña fuerza de 7.000 hombres, que, naturalmente no tuvieron nada que hacer frente a las tropas bien adiestradas de Fernando Alberto. Además, Mierosławski no sabía hablar italiano y por lo tanto no podía dar las órdenes adecuadas a sus hombres. Cuando la flota napolitana se acercó a Palermo, se levantaron barricadas por toda la ciudad, adornadas con banderas rojas, pero los rebeldes estaban divididos y la resistencia seria fue muy escasa: como diría en tono de queja el joven jurista Francesco Crispi (1818-1901), miembro radical del Parlamento de Sicilia, «a los moderados les daba más miedo la victoria del pueblo que la de las tropas borbónicas». El 11 de mayo de 1849 el rey completó la toma de Palermo, disolvió el Parlamento, y restableció su desvencijada autocracia en la isla. También en Nápoles disolvió el Parlamento y mandó detener a los diputados.

Por lo que respecta a los demás revolucionarios en toda Italia, semejante situación no les dejaba más opción inmediata que la república. Cuando el movimiento republicano de Toscana se vino abajo víctima del caos, un contingente de 15.000 soldados austríacos entró en la región el 26 de abril de 1849 y restableció en el trono al gran duque Leopoldo. Ya solo quedaba Roma. La fuga del papa dio lugar a la proclamación de la República Romana, en la que Mazzini, elegido ciudadano honorario en virtud del voto unánime de la asamblea democrática, desempeñó un papel destacadísimo. Inesperadamente Mazzini resultó un administrador muy competente, ganándose la aprobación general por su modesto tenor de vida, su probidad y su eficacia. Tras suprimir la Inquisición, aprovechó sus locales para dar acogida a los pobres, acabó con la censura y abolió la pena de muerte, introdujo tribunales públicos presididos por jueces, creó un sistema tributario progresista y estableció la tolerancia religiosa. Su comisionado en Ancona, ciudad de los Estados Pontificios a orillas del Adriático, el antiguo carbonario Felice Orsini (1819-1858), restauró el orden en medio de una fuerte oleada de criminalidad. La escritora americana Margaret Fuller (1810-1850), que visitó Roma por aquella época, calificó a Mazzini de «hombre de genio, pensador excelso» y lo comparó con Julio César.

Sin embargo, el llamamiento del papa a la comunidad internacional, capitaneada de nuevo en aquellos momentos por las monarquías resurgentes de Europa, no cayó en saco roto. Sorprendentemente acaso, fueron los franceses los primeros en responder. Tras la derrota de los obreros y los radicales de París en las jornadas de junio de 1848, los liberales moderados andaban desesperados buscando un personaje capaz de mantener el orden y al mismo tiempo de preservar los logros políticos de la revolución. Lo encontraron en el inveterado conspirador Luis Napoleón Bonaparte. Su última aventura había sido un desembarco fallido en Boulogne, donde fue arrestado en la playa junto con los miembros de su séquito armados. Condenado a cadena per-

petua, se había escapado de la prisión disfrazado de albañil aprovechando las obras de restauración de la fortaleza en la que estaba encerrado, y en aquellos momentos se hallaba viviendo en Londres. En 1844 se había ganado el respaldo de los trabajadores debido a la publicación de un libro, escrito en prisión, en el que defendía la eliminación de la pobreza mediante la creación de planes de ahorro subvencionados por el Estado y de colonias agrícolas. Se ganó también a los moderados: «Deseo el orden», afirmaba. Hombre poco atractivo, despreciado por muchos que lo calificaban de «cretino», por emplear el término que le aplicó Thiers, y auténtico extranjero en Francia (hablaba francés con acento alemán como consecuencia de su educación en el exilio en Alemania), Luis Napoleón parecía un personaje tan marginal que la Asamblea, a instancias de Lamartine, no tuvo el menor reparo en aprobar una Constitución que preveía la existencia de un presidente elegido por votación popular, aunque era evidente que él se presentaría como candidato. Pero, explotando hábilmente la leyenda napoleónica en su propio beneficio, Luis Napoleón consiguió una victoria aplastante en las elecciones a la presidencia celebradas el 10 y 11 de diciembre de 1848 frente al hombre que había sofocado la insurrección de junio, el antipático general Cavaignac, y una colección variopinta de candidatos marginales, entre ellos el propio Lamartine.

El nuevo presidente-príncipe de la Segunda República, como se llamaba a sí mismo, era consciente de la necesidad que tenía de ganarse el apoyo de los conservadores y de los monárquicos franceses, y de convertir la hostilidad popular hacia Austria en una ventaja para su causa. El envío de una expedición francesa a Roma para restablecer en el solio pontificio al papa le permitiría conseguir el apoyo de los católicos en Francia y satisfacer a los liberales y a los izquierdistas adelantándose a los austríacos que amenazaban con hacer lo mismo. En marzo de 1849 la Asamblea Nacional aprobó el envío de la expedición, y el 24 de abril, 6.000 soldados franceses al mando de Charles Oudinot (1791-1863),

que había combatido al lado del primer Napoleón desde 1809 hasta 1814, desembarcaron en la costa italiana y empezaron a avanzar hacia Roma. Allí se había unido a Mazzini Garibaldi, que había regresado de su exilio en Sudamérica en agosto del año anterior y había participado junto a su brigada de 500 voluntarios en los combates desencadenados en el norte de Italia. Mazzini lo puso al frente de los asuntos militares en Roma. El 30 de abril 8.000 tropas de la República Romana sorprendieron a los franceses y lograron repelerlos con graves pérdidas en el curso de una feroz carga a la bayoneta, capitaneada por el propio Garibaldi blandiendo el sable. Se produjeron a continuación nuevas victorias de los republicanos frente al ejército napolitano que se acercaba por el sur. Luis Napoleón sabía que la humillación de la derrota inicial de Oudinot debía ser vengada si quería seguir asociado de manera plausible con la leyenda militar de su tío. Oudinot trasladó la artillería pesada a las colinas que rodean Roma y emprendió un bombardeo sistemático de la Ciudad Eterna.

El 3 y 4 de junio de 1849 el asalto de las posiciones italianas permitió a los franceses avanzar todavía más, y el 22 de junio ya habían capturado la muralla exterior de la ciudad. Los gravísimos destrozos y las enormes pérdidas de vidas humanas causados por su incesante cañoneo permitieron a los franceses entrar en Roma la noche del 29 al 30 de junio y derrotar a los voluntarios de Garibaldi, que habían empezado a lucir las camisas rojas que los harían célebres más tarde. Reconociendo el desastre, Garibaldi dijo a Mazzini que la partida se había acabado. El veterano revolucionario abandonó la Ciudad Eterna y marchó de nuevo al exilio en Suiza, mientras que Garibaldi salía de Roma a la cabeza de sus voluntarios en una marcha épica a través de los montes en dirección a Venecia, durante la cual murió su esposa Anita, mientras que la mayoría de sus seguidores fueron capturados por los austríacos. Estos no se anduvieron con remilgos. Al cura renegado Ugo Bassi (1800-1849) le arrancaron la piel de la frente, en el punto en el que había sido ungido sacerdote con

los santos óleos, antes de ponerlo ante el pelotón de fusilamiento: «No soy culpable de ningún delito salvo ser italiano como usted», dijo Bassi a un funcionario pontificio antes de morir. Garibaldi logró llegar a la costa y embarcarse rumbo a América, donde permanecería varios años ganándose la vida a duras penas en diversos países. En Roma, Pío IX, que para entonces había abandonado por completo su antigua reputación de reformista liberal, hizo caso omiso del consejo que le dio Luis Napoleón de respetar las libertades de sus súbditos y restableció la Inquisición, obligó a los judíos a volver al viejo gueto y se negó a conceder la amnistía a la mayoría de los funcionarios de la República.

En la Italia septentrional, la victoria de Radetzky sobre los piamonteses en Custoza un año antes había hecho que solo Venecia siguiera en manos de los revolucionarios. La retirada forzosa del Piamonte de la lucha resultó muy conveniente para los republicanos. Daniele Manin restauró el orden en Venecia, celebró elecciones y en marzo de 1849 se convirtió en dictador efectivo por aclamación popular. Unos 12.000 soldados y voluntarios procedentes de toda Italia se unieron a los 10.000 hombres de las tropas venecianas para guarnecer los más de cincuenta puestos fortificados que protegían la ciudad insular del ataque de los austríacos concentrados en el continente. Los 21.000 efectivos de Venecia estaban al mando del general napolitano Guglielmo Pepe, cuyo apoyo permitió a Manin eliminar el club radical italiano de los mazzinianos de la ciudad y deportar a sus figuras más destacadas. Pero a medida que el asedio se prolongaba, los venecianos empezaron a quedarse sin alimentos y sin municiones. Se instauró el racionamiento de la comida. Manin intentó conseguir ayuda exterior, pero solo respondieron a su llamamiento Kossuth y los húngaros, cuyas fuerzas finalmente no lograron llegar a la costa dálmata. El tifus, la malaria y el cólera empezaron a cobrarse su pesado tributo en vidas humanas: 4.000 ciudadanos murieron entre la primavera y el verano de 1849. Durante las tres primeras semanas de mayo cayó una lluvia masiva de 60.000

bombas sobre Forte Marghera, situado en la carretera que conducía al continente, de modo que sus defensores se vieron obligados a abandonarlo. Tras situar poco a poco su artillería pesada en posición, el 29 de julio de 1849 los austríacos descargaron mil bombas de cañón sobre la ciudad. Reconociendo finalmente lo inevitable, Venecia se rindió a Radetzky el 22 de agosto en unas condiciones relativamente generosas que permitieron a Manin y a los demás líderes de la República embarcar en un vapor que los condujo al exilio. Unos 8.000 soldados austríacos habían perdido la vida a lo largo del conflicto, en enfrentamientos con el enemigo o por enfermedad, y casi habían perecido otros tantos venecianos. Como en otros dominios de los Habsburgo, la férrea determinación y la superioridad militar de los austríacos y de sus aliados habían permitido mantener la integridad del imperio. Pocos habrían podido pensar en esos momentos que aquellos acontecimientos anunciaban en realidad el comienzo de una larga crisis que en el plazo de veinte años iba a acabar con la posición de la monarquía de los Habsburgo no solo en Alemania, sino también en Italia.

En septiembre de 1849 las revoluciones habían acabado en todas partes. Solo en Francia se sentiría todavía una coda. Tras su elección como presidente de la Segunda República en diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte disolvió la Asamblea Nacional y consiguió una mayoría conservadora en las elecciones de mayo de 1849, apoyándose en las inclinaciones derechistas de las zonas rurales. Tras llenar su administración de antiguos orleanistas, se las arregló para capear el temporal de las protestas democráticas, capitaneadas por el incombustible Ledru-Rollin, que estallaron cuando las tropas francesas aplastaron la República Romana a finales de junio de 1849. El 11 de junio una multitud de 25.000 personas cantando «La Marsellesa», entre las que se encontraban Karl Marx y Aleksandr Herzen, marchó hacia la Asamblea Nacional, pero fue dispersada por la caballería. Solo en Lyon, donde llegó a utilizarse la artillería para desmontar las

barricadas levantadas por operarios del sector de la seda, se produjeron actos graves de violencia, que se saldaron con 50 muertos y 1.200 detenciones. Luis Napoleón respondió introduciendo limitaciones a la libertad de prensa y a las asociaciones, e implantando una ley que exigía haber residido tres años en un mismo domicilio como requisito para poder votar, privando así del derecho de sufragio a muchos electores de la clase trabajadora urbana, a menudo emigrantes. Dos terceras partes de los electores de París perdieron el derecho a voto, y casi tres millones de individuos en la totalidad del país. Ledru-Rollin huyó a Inglaterra, mientras que los diputados republicanos fueron detenidos y encarcelados en Francia.

En el curso de una gira alrededor del país que llevó a cabo del 8 de agosto al 12 de noviembre de 1850 con el fin de ganar apoyos para su causa, Luis Napoleón declaró que «el nombre de Napoleón es ya por sí solo todo un programa. En el interior quiere decir orden, autoridad, religión, bienestar del pueblo, y en el exterior, dignidad nacional». Una petición avalada por 1,5 millones de firmas reclamando la revisión de la Constitución que permitiera ampliar su permanencia en el cargo de presidente no logró la mayoría requerida de dos tercios de la Asamblea Nacional, de modo que Luis Napoleón empezó a preparar un golpe de Estado, alentado por los gritos de *Vive l'empereur*! que había ido oyendo a lo largo de sus viajes. La noche del 1 al 2 de diciembre de 1851 mandó detener a los líderes de la oposición, incluido Thiers, y disolvió la Asamblea. Se produjeron sublevaciones por todo el sureste y el centro de Francia, que fueron eficazmente aplastadas por el ejército; todo aquello permitió a Luis Napoleón presentarse como único garante del orden en todo el país. Sus servicios de propaganda contribuyeron a condenar a los republicanos como instigadores de la violencia y la policía detuvo a 27.000 opositores, de los cuales 3.000 fueron encarcelados, 9.530 desterrados a Argelia y 239 enviados a la colonia penal de la isla del Diablo, en la Guayana Francesa. Luis Napoleón publicó un edicto conde-

nando a la Asamblea de facciosa y corrupta, y apelando al mismo tiempo a los demócratas para restaurar el sufragio universal de los varones. El 20 de diciembre de 1851 se celebró un plebiscito en el que se preguntaba a los ciudadanos si estaban o no a favor de sus acciones: el resultado fue de 7,5 millones de votos favorables y solo 640.000 en contra. Sin embargo, hubo 1,5 millones de electores que no votaron e indudablemente la oposición se vio atada de pies y manos debido a la imposición de la ley marcial en la mayoría de los departamentos. Otro plebiscito celebrado en noviembre de 1852 aprobó su entronización como Napoleón III, emperador de los franceses (el orden numérico pretendía reflejar la invención de que el hijo de Napoleón había reinado desde la muerte de su padre hasta su propio fallecimiento prematuro en 1832). Victor Hugo llamó sarcásticamente al nuevo emperador Napoleón el Pequeño, por lo que se vio obligado a huir a Bruselas, para finalmente ir a parar a las islas del Canal, donde acabó su gran novela *Los miserables* (1862). Luis Napoleón escogió para su autocoronación el aniversario de la victoria de su tío en Austerlitz y de su golpe de Estado del año anterior. Comparando los acontecimientos de 1851 con el golpe de Napoleón I contra la Primera República en 1799, Karl Marx comentaba cáusticamente que la historia se repetía, «la primera vez como tragedia, la segunda como farsa». No sería la primera vez ni la última que los críticos de Napoleón III subestimaran sus singulares capacidades.

Casi en todas partes, los liberales burgueses que capitanearon la revolución se inspiraron en el parlamentarismo inglés, que sustentaba la hegemonía mundial y el desarrollo industrial de Gran Bretaña, mientras que los radicales y los demócratas se inspiraron en los ideales de la Revolución Francesa de 1789-1793. Los liberales moderados buscaban acabar con las constituciones autoritarias heredadas y poner fin a las jerarquías sociales tradicionales, sancionadas por la ley, mientras que los espíritus más radicales deseaban una república democrática. Al principio, independientemente de cuáles fueran sus creencias constitucionales, los revolucionarios de todos los países pensaron que estaban todos involucrados en una misma causa. Algunos, como Bakunin o Mierosławski, fueron yendo incluso de un país a otro, participando en múltiples acontecimientos revolucionarios a lo largo de unos pocos meses. En muchos lugares de Europa, además, volvieron a aparecer los veteranos de las guerras napoleónicas, dispuestos a luchar a favor o en contra de la revolución según la historia personal y el pasado ideológico de cada uno. La revolución de 1848 estalló en un período de profundo malestar económico generalizado que arrastró a las masas empobrecidas a la desesperación y que, en un país tras otro, produjo una crisis brutal de confianza en el gobierno. La crisis azotó a Europa en un momento en el que los monarcas, desde el aburrido Luis Felipe de Francia hasta el timorato Federico Guillermo IV de Prusia, desde el epiléptico Fernando I de Austria hasta el irresponsable Luis I de Baviera, se mostraron singularmente incapaces de hacerle frente. En todas partes los gobiernos se sintieron paralizados por el recuerdo de lo ocurrido en 1789. Dio la impresión de que la revolución era inevitable y todo el mundo se inclinó ante su fuerza histórica.

Después de varias décadas de hacer concesiones a la reforma con demasiada lentitud y demasiada parsimonia, sin abordar los problemas fundamentales que planteaban la económica y la par-

ticipación política, los gobiernos establecidos se vieron superados por las fuerzas gemelas del liberalismo moderado y el republicanismo democrático. Las manifestaciones masivas, organizadas por cientos de miles de trabajadores desafectos y de pobres urbanos, impulsaron la revolución en las principales ciudades, como lo habían hecho en París en 1789-1793. En todas partes, los liberales moderados crearon milicias ciudadanas con la misión de llevar a cabo la doble tarea de sustituir a las fuerzas armadas bien adiestradas de los monarcas absolutistas y de restaurar y mantener el orden en las calles. Inspirándose en el modelo político de monarquía constitucional del Reino Unido, el país políticamente más poderoso y económicamente más avanzado del mundo, intentaron utilizar las fuerzas de la revolución para llevar a cabo una política de reformas. Muchas de las reformas que intentaron poner en vigor —juicios con jurados en tribunales públicos, abolición de la pena de muerte, soberanía parlamentaria, representación popular, libre comercio, supresión de las tarifas aduaneras a las importaciones— eran en general aceptables para la mayoría de la población; otras, en cambio, no. La actitud ambigua de los liberales ante la intervención del Estado a la hora de ofrecer trabajo a los desempleados y alimentos baratos a las masas no pasó desapercibida y contribuyó a avivar la cólera de los manifestantes. La creación en todas partes de una Guardia Nacional o milicia ciudadana se convirtió en una hoja de doble filo, pues los hombres que se alistaban en ella no sabían si mostrarse leales a las fuerzas del orden o a los que combatían en las calles.

Sorprendentemente, los manifestantes no pedían en general una vuelta a la época de las regulaciones y restricciones gremiales. Sus demandas en pro de una intervención del Estado en la sociedad pretendían instaurar un nuevo mundo democrático, no volver a la vieja sociedad de jerarquías sociales ordenadas y de funciones económicas delimitadas legalmente. La mayoría de las estadísticas que poseemos acerca de la composición de las masas de manifestantes apuntan a la presencia en ellas de un impor-

tante componente formado por la nueva clase trabajadora. La gran mayoría de las 727 personas condenadas por su participación en la revolución de Sajonia, por ejemplo, pertenecían a la naciente clase obrera: el 19 % eran maestros artesanos, el 26 % jornaleros, el 12 % artesanos y otro 12 % operarios; casi todos ellos habrían sido en la práctica obreros de fábricas. Sajonia era por entonces la región más avanzada desde el punto de vista industrial de Alemania, y en ella la revolución tuvo un carácter más radical que en casi todas las demás zonas del país; el compromiso de esos trabajadores con la revolución republicana y democrática constituía un testimonio de la hondura de la crisis económica que se había cebado en ellos. Los participantes en los motines de las jornadas de junio de París eran una mezcla aleatoria similar de artesanos empobrecidos y de obreros de fábricas, la mayor parte de ellos desempleados. En toda Europa la población carente del derecho de sufragio levantó barricadas para afirmar su derecho a ejercer la autoridad sobre el espacio urbano, estableciendo su poder no solo sobre las calles, sino también sobre el Estado, representado por los edificios que las flanqueaban. En una ciudad tras otra, las barricadas se convirtieron quizá en el medio más eficaz de afirmar la soberanía popular en un mundo en el que los liberales moderados, al restringir siempre que podían el derecho al voto a una minoría de individuos acaudalados, se la negaban.

Al final, se comprobó que las milicias ciudadanas reunidas precipitadamente y mal entrenadas no tenían nada que hacer frente a las fuerzas disciplinadas y bien pertrechadas de los ejércitos profesionales, cuya lealtad al estado establecido permaneció mayoritariamente intacta. Los monarcas recuperaron la iniciativa, tras perder la confianza en la capacidad de los liberales de mantener el orden, y fueron impelidos a reafirmar su autoridad por una minoría resuelta de oficiales del ejército y de burócratas recalcitrantes que consideraban todo compromiso una debilidad y que se dedicaron a socavarlo a espaldas de los go-

biernos liberales recién nombrados. Fue poco lo que los revolucionarios pudieron hacer para impedirles recuperar el poder. Las revoluciones de 1848 a veces han sido menospreciadas por los historiadores por considerarlas acciones tímidas y rebeliones a medias, pero la violencia de la multitud, los linchamientos de dignatarios reales, de los ministros y burócratas más odiados, y los asaltos de palacios y de despachos que se produjeron en toda Europa, no muestran ni mucho menos indicio alguno de rechazo al uso de la fuerza. Pero la brutalidad y la desinhibición de las que hicieron gala las fuerzas armadas del viejo ordenamiento fueron muy superiores a la violencia de las masas, circunstancia ante la cual los liberales moderados de casi toda Europa, con la notable excepción de Hungría, tendieron a situarse junto a las fuerzas tradicionales del orden. Los intentos llevados a cabo por los demócratas de cabalgar el tigre de la insurrección popular y dominarlo por la espalda no hicieron más que empujar aún más a los moderados hacia la contrarrevolución. Los recuerdos del reinado del Terror ejercido por Robespierre en 1793-1794 eran sencillamente demasiado fuertes.

Los revolucionarios se vieron perjudicados además en la mayor parte de Europa por la renuencia del campesinado a darles su apoyo. En muchos países, y particularmente en Francia, la servidumbre había sido abolida ya hacía mucho tiempo o, como en Prusia y Austria, se había visto diluida y desgastada hasta que no quedaran de ella más que los últimos vestigios. Los campesinos no abrigaban el profundísimo sentimiento de agravio que los había movido durante la gran Revolución Francesa de 1789 o que los movería durante la revolución rusa de 1917. La mayor parte de los soldados prusianos que aplastaron la revolución de 1849 en Renania procedían de ambientes rurales. En Italia, Garibaldi no encontró ningún apoyo entre el campesinado en su intento de llevar a cabo una guerra de guerrillas contra los austríacos tras la derrota de Custoza: «Vi —escribiría más tarde— qué poco inspiraba la causa nacional a los habitantes de las zonas ru-

rales». Fueron los campesinos de la Toscana los que aplastaron en abril de 1849 el movimiento republicano en Florencia, llamados por los liberales moderados que pretendían restablecer en el trono al gran duque Leopoldo. En Francia el campesinado, una vez conseguido el voto a raíz de la introducción del sufragio universal de los varones que llevó a cabo la Segunda República, respaldó a las fuerzas del orden y votó a favor de Luis Napoleón. En Polonia los campesinos asesinaron a los terratenientes nacionalistas en 1846 y se negaron a apoyarlos dos años más tarde. En la Europa central de los Habsburgo las órdenes de emancipación dictadas por la monarquía dejaron a los campesinos sin nada por lo que luchar. Además en 1848 los terratenientes ya no eran identificados exclusivamente con la aristocracia, como había sucedido en el siglo XVIII. Muchas haciendas habían sido compradas por los nuevos ricos de la burguesía, borrándose así de paso los contornos de la jerarquía social. Los liberales moderados, entre los que había también terratenientes, deseaban privatizar el campo, aboliendo los derechos de acceso a los pastos comunales e introduciendo un libre mercado que anulaba las prácticas consuetudinarias. Tampoco es que aquello les granjeara las simpatías de los campesinos. En 1848 estallaron revueltas campesinas en las zonas en las que seguía habiendo motivos de agravio que remediar, pero no consiguieron ni de lejos conectar con los revolucionarios de la clase media liberal.

Particularmente graves fueron las divisiones que rápidamente se abrieron en el bando revolucionario: no solo entre liberales y demócratas, o entre partidarios de la monarquía constitucional y republicanos, sino sobre todo entre los nacionalismos rivales. El principio de autodeterminación nacional tropezó con la confusión reinante en torno a las fronteras nacionales en muchos lugares de Europa. Una entidad histórica como las tierras de la corona de san Esteban chocaba con la existencia de grupos lingüísticos como el de los serbios o los rumanos, que habitaban dentro de ella, pero que además cruzaban sus fronteras. Alemanes y

magiares se consideraban superiores a otras naciones menores y, a su juicio, menos avanzadas, como los checos o los croatas. Los Habsburgo en particular supieron aprovechar esas diferencias en su propio beneficio. El núcleo de la resistencia europea al nacionalismo, a la democracia y al parlamentarismo se hallaba situado de hecho en Viena, y la monarquía de los Habsburgo salió de los conflictos de 1848-1849 con su integridad intacta y su posición como potencia hegemónica de Europa restaurada. Pero las revoluciones contenían la semilla de la decadencia del imperio. Pues, de hecho, a muchos nacionalistas alemanes en particular les había quedado meridianamente claro que iba a ser necesario construir un estado-nación alemán fuera del imperio, sin Austria y sin Bohemia. Ello requeriría actuar con contundencia para expulsar de la Confederación Germánica a los citados territorios de los Habsburgo, y eso a su vez requeriría el liderazgo de Prusia. De manera análoga, la unificación italiana se había visto frustrada en gran medida por la intransigencia de los Habsburgo; el estado más rico y más avanzado de la península, el Piamonte, seguía siendo el líder evidente del proceso de unificación, pero se había mostrado incapaz de echar a los austríacos del norte de Italia, y sería precisa la ayuda exterior, procedente a todas luces de Francia, para que dicho proceso saliera adelante. De momento, sin embargo, tanto la unificación de Alemania como la de Italia estaban fuera de la agenda europea.

El espíritu de 1848 afectó a algunos países de Europa de maneras muy distintas y con una cronología también distinta respecto del curso general de los acontecimientos. En España, asolada periódicamente por las guerras carlistas, la hegemonía de los liberales moderados había sido puesta en peligro por los hábitos autoritarios del general Ramón Narváez (1800-1868), que en 1845 emprendió una reforma constitucional que limitó el derecho a voto a las clases acaudaladas, centralizó la administración, reformó las finanzas estatales y se embarcó en una serie de guerras coloniales en el norte de África. Espantado por la posibi-

lidad de que las revoluciones de 1848 se extendieran a España, amordazó a la prensa, hizo un uso frecuente de los espías policiales y gobernó por decreto. Cuando en su lecho de muerte le preguntaron si estaba dispuesto a perdonar a sus enemigos, contestó: «No tengo enemigos. Los he fusilado a todos». En febrero de 1854, sin embargo, cuando el país se vio azotado por la depresión económica, empezaron a producirse en Zaragoza protestas callejeras, que no tardaron en propagarse al resto de España. Más de quinientas barricadas se levantaron en Madrid, y también en Barcelona se produjeron alborotos. En el sur, el general Leopoldo O'Donnell (1809-1867), descendiente de una familia de católicos irlandeses, se «pronunció» contra el gobierno, afirmando que «queremos arrancar los pueblos a la centralización que los devora». El poder político de los militares, significativamente mayor que en casi todos los demás países de Europa, garantizó su éxito, elevándolo al poder junto a otro general liberal progresista, Baldomero Espartero (1793-1879), vencedor de la primera guerra carlista. Sin embargo, las continuas oscilaciones de Isabel II entre progresistas y moderados fueron volviendo gradualmente a los líderes del ejército contra ella. El hundimiento del *boom* de los ferrocarriles que había mantenido en pie el liderazgo de O'Donnell dio paso a otra revolución militar, respaldada por sublevaciones populares. En 1869 los demócratas victoriosos impusieron una nueva Constitución —la sexta en ser aprobada en España a lo largo del siglo XIX—, que concedía el sufragio universal a los varones y todas las libertades liberales clásicas. A punto estuvieron de introducir la república, pero, como señaló un destacado demócrata, «¡Encontrar a un rey democrático en Europa es tan difícil como encontrar un ateo en el cielo!». Esa búsqueda, acaso de forma inesperada, conduciría al cabo de unos meses al estallido de una gran guerra europea.

En otro rincón del sur de Europa, Grecia ya había experimentado su revolución liberal en 1843, cuando una conspiración de destacados políticos civiles y de militares veteranos de la guerra

de la independencia de la década de 1820 dio lugar a un golpe de Estado incruento contra la bavarocracia de cortesanos alemanes traídos por el rey Otón I cuando fue impuesto en el trono del país por las grandes potencias en 1832. Los soldados salieron precipitadamente de sus cuarteles y se congregaron al pie de las ventanas del palacio real gritando: «¡Viva la Constitución!». A regañadientes, Otón accedió a sus peticiones y nombró a uno de los principales conspiradores, Andreas Metaxás (1790-1860), primer ministro de la que pasó a ser una monarquía constitucional, con una asamblea legislativa restablecida y elegida por sufragio universal de los varones. Otón no aceptó nunca plenamente la Constitución y sus continuas intrigas contra ella, unidas a su incapacidad de engendrar un heredero, acabaron por provocar una nueva conspiración que desembocó en su derrocamiento en 1863. Inducido a aceptarlo como un hecho consumado por Gran Bretaña y Francia, que habían llevado la voz cantante en los asuntos de Grecia durante todo su reinado, Otón regresó a Múnich, donde aparecería habitualmente en la corte bávara luciendo el traje típico de Grecia hasta su muerte en 1867.

La independencia de Grecia había sido una concesión de las grandes potencias, pero en el resto de zonas europeas del imperio otomano empezaron a estallar disturbios, particularmente en Albania. Allí, el programa otomano de reformas llamado Tanzimat dio comienzo en 1839 y supuso la creación de nuevos impuestos y la centralización de la administración, arrebatando el poder a los magnates feudales de la zona e introduciendo nuevos funcionarios oriundos de Anatolia que no tenían relación alguna con el país y que ni siquiera hablaban su lengua. Enorme resentimiento provocaron los intentos por parte de los funcionarios otomanos de desarmar a la población, acostumbrada casi toda ella a llevar pistola, y de reclutar a los jóvenes en el ejército otomano. La detención de los líderes albaneses refractarios dio lugar a una sublevación en 1843 que expulsó a la mayoría de los funcionarios otomanos de las principales ciudades del país. Al

cabo de tres semanas de feroces combates, la ciudad de Kalkandelen cayó en poder de los rebeldes y se convirtió en cuartel general del Gran Consejo Albanés, que exigió la revocación de las reformas. Decidido a meter en cintura a los albaneses, el sultán envió una fuerza armada al mando de Omer Pachá (1806-1871), de origen serbio, llamado originalmente Mihajlo Latas, que había estado al servicio del ejército austríaco en la Frontera Militar, pero que luego había huido a Bosnia cuando había sido acusado, junto con su padre, de malversación de fondos. Sus enemigos decían de él que era un «arribista con el celo de un mercenario». Omer Pachá reunió un contingente de 30.000 hombres, bombardeó Kalkandelen durante varias semanas, detuvo a los cabecillas de la rebelión y sofocó la insurrección. Aquella no fue una revolución liberal, ni mucho menos, y ni siquiera parece que provocara el desarrollo de una ideología nacionalista entre los albaneses, que no poseían ni un estado que funcionara ni un sistema de educación, y ni siquiera podían ponerse de acuerdo en el empleo de un mismo alfabeto. La mayoría de las disputas seguirían resolviéndose en Albania no por medio del imperio de la ley, sino mediante peleas sangrientas.

Esta situación era bastante distinta de la que se daba en Bosnia, pese a los orígenes similares de la revuelta que estalló allí a consecuencia del resentimiento de los terratenientes musulmanes por la introducción del Tanzimat y por la imposición del servicio militar obligatorio. En esta región la identidad nacional de los musulmanes bosnios había empezado a surgir a raíz de la insurrección de 1831, vigorosamente impulsada por el movimiento de resistencia encabezado por el visir de Herzegovina, Alí Rizvanbegović (1783-1851), quien afirmó que si las reformas llegaban a imponerse, «Bosnia dejaría de ser bosnia en el plazo de treinta años». «Mostar —anunció a los bosnios— es vuestra Estambul». También allí enviaron los otomanos a Omer Pachá con la misión de aplastar la rebelión. Omer Pachá entró en Sarajevo en mayo de 1850 al frente de un ejército de 8.000 hombres, entre

los que había numerosos polacos y húngaros islamizados que se habían refugiado en Estambul en 1849, acompañados de 2.000 soldados no regulares albaneses y armados con treinta y cuatro cañones de fabricación moderna. Pese a su absoluta falta de coordinación, los magnates locales bosnios ofrecieron una resistencia feroz, que acabó por desembocar en más de dos años de brutal guerra civil, en el curso de la cual Omer Pachá fue sometiendo una fortaleza rebelde tras otra. Tan atroces fueron los combates que el propio Omer Pachá aconsejó a un amigo no comer peces del río Sava, «pues han estado cebándose de carne bosnia y de los cadáveres que he arrojado en él». Mientras que sus tropas se abrían paso por todo el país saqueando y arrasando cuanto encontraban a su paso e imponiendo formidables multas a las ciudades rebeldes, Omer Pachá convirtió su cuartel general de Travnik en «una prisión gigantesca». «Ni un solo cargo oficial es ocupado ahora por bosnios», rezaba un comunicado suyo. Rizvanbegović, que por entonces pasaba ya de los sesenta años, fue obligado a recorrer casi ciento cincuenta kilómetros cargado de cadenas antes de ser fusilado. Los onerosos impuestos y el acantonamiento de las tropas redujeron a Bosnia a una situación de auténtica miseria. «Sarajevo —señalaba un comentarista tras la victoria de Omer Pachá— está muerta».

Algunos países se vieron relativamente poco afectados por los acontecimientos y las ideas de 1848. En Suecia se produjeron tumultos en las calles de Estocolmo en 1848, pero la crisis quedó en parte desactivada por el hecho de que todos conocieran las inclinaciones liberales del rey Óscar I (1799-1859), que había accedido al trono en 1844; sin embargo, sus propuestas de introducir un sistema parlamentario fueron rechazadas por los Estados Generales tradicionales, y la medida no lograría imponerse plenamente hasta la década de 1860, durante el reinado del hijo de Óscar, Carlos XV (1826-1872), cuando Suecia se convertiría finalmente en una monarquía constitucional. En Noruega, que pertenecía a la corona sueca, había una sociedad mayoritariamente

campesina que gozaba de una autonomía considerable gracias a los cambios constitucionales de 1814 y a la confirmación de los mismos tras la batalla de la Plaza de 1829, que evitaron las convulsiones de 1848. La situación contraria la encontraríamos en Rusia, donde Nicolás I reforzó la censura y concentró un número mayor de tropas en su capital cuando se enteró del estallido de la revolución de 1848 en París; pero en cualquier caso el desarrollo de la sociedad civil en Rusia no había alcanzado todavía una fase en la que fuera posible una insurrección de las masas o una revuelta liberal burguesa. En el ámbito de las ideas la cosa era muy distinta, y numerosos radicales rusos —y en particular, por supuesto, Bakunin— se inspiraron en la revolución y en algunas de las ideas que circulaban en torno a ella.

En Gran Bretaña la crisis económica de finales de la década de 1840 posibilitó el resurgimiento del movimiento cartista, que llevó a cabo una serie de manifestaciones masivas en Glasgow y en Londres, con destrucción de verjas y rotura de escaparates. En Mánchester los alborotadores atacaron un asilo de pobres, y una convención nacional cartista convocó en abril de 1848 una manifestación en el distrito de South London en la que se calcula que participaron 150.000 personas. Alarmado ante la posibilidad de que los manifestantes intentaran emular a sus homólogos de París, el gobierno contrató a 100.000 agentes especiales de policía (entre los cuales estuvo Luis Napoleón Bonaparte, justo antes de su regreso a Francia), para impedir que los manifestantes cruzaran el Támesis. Pero la manifestación concluyó de manera pacífica, y el movimiento quedó públicamente en ridículo cuando se reveló que muchos de los dos millones de nombres incluidos en la petición que había presentado al Parlamento eran falsos, incluidos los de la «Reina Victoria» y «Mr. Punch». No obstante, el gobierno aprobó una nueva legislación que prohibía las reuniones públicas y endurecía la ley de alta traición; de hecho, varios radicales ultras del entorno del sastre William Cuffay (1788-1870), mulato descendiente de esclavos, fueron detenidos cuando

un espía de la policía puso al descubierto sus planes de llevar a cabo una insurrección. Cuffay fue deportado a Tasmania, llevándose consigo un volumen de las poesías de Byron que le habían regalado los cartistas de Londres «en prueba de su más sincero respeto y afecto por su auténtico patriotismo y su valor moral».

El gobierno británico de la época, temeroso en un momento de penuria económica de tener que imponer a la población nuevas cargas fiscales que pudieran provocar más descontento, recortó sensiblemente el gasto en el mantenimiento de las numerosas fuerzas armadas enviadas a las colonias y dejó de subvencionar las plantaciones coloniales y a los cultivadores de caña de azúcar a expensas de los consumidores domésticos mediante la extensión del libre comercio a las colonias. Esto a su vez causó la generalización de los disturbios en las colonias: los dueños de las plantaciones de Jamaica se negaron a pagar impuestos, la población arrojó huevos al gobernador de Canadá y los canadienses rebeldes partidarios de Inglaterra quemaron el edificio del Parlamento en Montreal. La imposición de nuevos tributos en Ceilán que llevó a cabo la potencia colonial británica, de nuevo con el fin de no imponer nuevas cargas fiscales en Gran Bretaña, desencadenó una sublevación generalizada, en el curso de la cual 20.000 budistas armados intentaron implantar una monarquía indígena en Kandy, siendo aplastados por las tropas coloniales; su líder fue fusilado vestido con todas sus galas y su cadáver permaneció colgando de un árbol durante cuatro días. En Malta y en las islas Jónicas, a la sazón en poder de los ingleses, los gobernadores introdujeron prudentemente reformas constitucionales de carácter liberal para impedir que la revolución se contagiara desde el continente. Mucho más lejos de allí, los granjeros de Natal, los bóeres, animados por «el estado de las cosas que veían en Europa», como señalaba el gobernador de Ciudad del Cabo, sir Harry Smith (1787-1860), se sublevaron en 1848 contra la introducción de colonos ingleses en la zona; tras derrotarlos, Smith comentó lleno de autocomplacencia que Gran Bretaña era

más capaz que Alemania de unificar a todos sus diversos territorios.

A decir verdad, después de 1848 los liberales moderados de toda Europa siguieron señalando hacia las reformas graduales de Gran Bretaña como la mejor forma de desactivar las tensiones sociales. Para los ingleses de mediados de la época victoriana, la idea de progreso legitimaba la hegemonía global de su país y caracterizó la política de mejoras. Lord Palmerston, destacada figura de los gobiernos *whig* de finales de la década de 1840 y comienzos de la de 1850, y primer ministro (con una breve interrupción en medio) de 1855 a 1865, alentaba los movimientos liberales del continente europeo en la creencia de que el modelo británico de sociedad y de política era el que debían seguir todos. «Hemos dado un ejemplo», afirmaba,

> ... de nación en la que toda clase de sociedad acepta con alegría la suerte que la Providencia le ha asignado; mientras que al mismo tiempo todos los individuos de todas las clases aspiran constantemente a ascender en la escala social; no por medio de la injusticia y el mal, no por medio de la violencia y la ilegalidad, sino manteniendo una buena conducta y mediante el desarrollo constante y vigoroso de las facultades morales e intelectuales de las que su Creador les ha dotado.

La lucha de clases en la que se enzarzaron los cartistas en la década de 1840 fue reemplazada en la década sucesiva por la constante presión ejercida por el nuevo modelo de sindicatos, como por ejemplo la Amalgamated Society of Engineers, fundada en 1851, que evitaba las huelgas y centraba sus esfuerzos en fomentar la frugalidad entre sus miembros con vistas a la creación de cajas de seguros de las que hacer uso en tiempos de penuria. La junta de líderes moderados del nuevo sindicato, con sede en Londres, insistía en que «los toscos alborotos de la población no han tenido mucha influencia en las reclamaciones de asociaciones tales como los Mecánicos Fusionados o los Carpinteros Fusionados». El principio fundamental de la época era el progreso individual, cuya Biblia era el libro del periodista escocés, administrador de una compañía ferroviaria y ex cartista Samuel Smiles (1812-1904) *Self-Help: with Illustrations of Character*

and Conduct (1859).[1] «Todo ser humano —afirmaba Smiles— tiene una gran misión que llevar a cabo, nobles facultades que cultivar y un vasto destino que cumplir. Debería disponer de los medios necesarios para educarse y para ejercer libremente todas las potencias de su naturaleza cuasi divina». Se vendieron 20.000 ejemplares de la obra solo el primer año de su publicación, y se llevaban vendidas 250.000 copias en el momento de la muerte de su autor.

La armonía social y el individualismo liberal de las décadas de 1850 y 1860 en Gran Bretaña se reflejaron en la relativa estabilidad del sistema político, en el que los *whigs* fueron con mucho el partido dominante tras la escisión de los *tories* con motivo de las Leyes del Grano de 1846, aunque las divisiones internas y su frecuente dependencia de los radicales perjudicaron su eficacia. La soberanía parlamentaria, alabada en el tratado *La Constitución inglesa* (1867) del empresario y periodista Walter Bagehot (1826-1877), no fue puesta en entredicho en ningún momento, y de ese modo la mejora del sistema parlamentario siguió adelante a un ritmo constante, cimentando el dominio de la Cámara de los Comunes en la vida pública. Las prácticas corruptas durante los procesos electorales fueron reducidas gracias a la ilegalización del soborno en las elecciones de 1854 (aunque no quedaría eliminado del todo hasta 1883), mientras que el voto secreto se introdujo en 1872 y el reparto desigual de escaños en consonancia con la población fue rectificado en 1867. La lealtad a los partidos era cambiante y no estaba nunca clara, pero las administraciones de los *tories* en minoría nunca duraron mucho. Dos años después de la muerte de sir Robert Peel en 1850, sus seguidores pasaron poco a poco a gravitar en torno a los *whigs*, pero en realidad fue la popularidad de Palmerston en las zonas rurales la que más importancia tuvo. La debilidad relativa de los gobiernos británicos durante estas décadas venía a reflejar un escepticismo más general en torno al papel del gobierno en una sociedad basada en la libertad de la empresa, escepticismo subrayado por las

rigurosas medidas financieras introducidas por el que fuera canciller de la Hacienda desde 1852 hasta 1855 y de nuevo desde 1859 hasta 1866, William Ewart Gladstone (1809-1898), originalmente conservador de la facción peelista que se había pasado luego a los *whigs*. Durante este largo período, abolió centenares de aranceles, recortó tasas y redujo el impuesto sobre la renta a cuatro peniques por libra. En su opinión no había que entregar el propio dinero al Estado para que lo gastara, sino que había que dejarlo «fructificar en el bolsillo de las personas». Entre otras reformas suyas cabría citar la liberación de la prensa a través de la abolición de la tasa sobre la imprenta para los periódicos (1855) y la supresión de la tasa sobre el papel (1861), medidas que incrementaron enormemente la circulación de los diarios, y en 1857 la imposición de tasas a los bienes inmuebles heredados. Todo esto hizo de Gladstone una figura popular entre la clase trabajadora y sus representantes, y allanó el camino para sus éxitos electorales cuando se convirtiera en líder del Partido Liberal (como se rebautizaron los *whigs* en 1859) a la muerte de Palmerston en 1865.

Para entonces había surgido ya la rivalidad política fundamental de la época, la que se desarrolló entre Gladstone y el líder *tory* Benjamin Disraeli, novelista de origen judío cuyo salto a la fama debió muchísimo a sus dotes para la oratoria y al hecho de que se había puesto al frente de la oposición a sir Robert Peel dentro de su propio partido. Aunque los gobiernos *tories* fueran presididos desde la Cámara de los Lores por el enfermizo conde de Derby, Disraeli se convirtió en líder efectivo del partido en la Cámara de los Comunes. Como tal logró aprobar un segundo proyecto de Ley de Reforma Parlamentaria en 1867, que incrementó el electorado en un 88 % (el número de votantes pasó de poco más de un millón a poco menos de dos millones de los varones adultos del país), y acabó con muchos otros abusos que aún quedaban. Se produjeron enormes manifestaciones pacíficas a favor del proyecto de ley, cuyas provisiones fueron ampliadas

muy por encima de su primitivo alcance a través de una serie de enmiendas destinadas a aplacar las demandas de la clase trabajadora que los políticos de ambos partidos consideraban ahora «respetables». Asegurándose la aprobación de su proyecto de ley, Disraeli pretendía conceder el derecho de sufragio a un numeroso sector de varones que no eran precisamente acaudalados, pero que sí ganaban el dinero suficiente para permitirles desempeñar un papel relevante dentro del país, y que, según esperaba, votarían por los conservadores. Consideraciones similares impulsaron al nuevo presidente de la República Francesa, Luis Napoleón Bonaparte, a mantener el sufragio universal de los varones introducido en 1848. Estos principios caracterizarían también más adelante a otros regímenes conservadores, que se dieron cuenta, aunque tarde, de que no podían seguir manteniendo su supremacía en el mundo moderno utilizando unos métodos que pertenecían al siglo XVIII.

La guerra de Crimea

Los regímenes que accedieron al poder tras el fracaso de las revoluciones de 1848 buscaron nuevos métodos de cimentar la autoridad que tanto trabajo les había costado recuperar. Todos ellos reconocieron que la penuria económica había estado en la raíz de las revoluciones de 1848, de modo que todos fijaron su atención con renovado esfuerzo en el desarrollo económico. En Portugal, de hecho, el régimen del duque de Saldanha, veterano de las guerras miguelistas que alcanzó el poder en 1851 como consecuencia de un golpe de Estado (uno de los más de siete que encabezó a lo largo de su vida), llegó a decir que el suyo era un gobierno de «regeneración», introdujo una nueva Constitución con elecciones directas, abolió la pena de muerte, y dedicó fondos gubernamentales a mejorar las infraestructuras construyendo una red de carreteras, de ferrocarriles y de telégrafos que recorría todo el país. En España se creó un nuevo Ministerio de Fomento, con las correspondientes direcciones generales de comercio, instrucción pública y obras públicas. Lo mismo hizo en

el Piamonte el gobierno de Cavour. Los regímenes principescos restaurados de los distintos estados alemanes contrajeron cuantiosas deudas con el fin de construir ferrocarriles, puentes, canales y escuelas. En todo el continente el Estado asumió la dirección central de la construcción de vías férreas, la principal fuente del *boom* económico de la década de 1850. Los gobiernos crearon oficinas de estadística encargadas de evaluar el estado de la sociedad y de la economía, no solo como complemento de la represión policial, sino también como base para la reforma económica, social y administrativa. «La gente —susurraba Saldanha en 1854— renuncia a la política para ocuparse de sus propios asuntos». En todas partes se llevaron a cabo mejoras urbanas. La censura de prensa pasó de los inútiles intentos prerrevolucionarios de impedir la publicación de los artículos de carácter crítico a la vigilancia de sus autores, y a ello habría que añadir el afán cada vez más fuerte de los gobiernos por utilizar la prensa al servicio de su propia propaganda.

Lo que desde luego no se restauró en 1850 fue la Europa de los acuerdos de Viena. Simbolizada por la salida de escena de Metternich (en 1848), la nueva Europa era muy distinta de la Europa de la Restauración. Tras un largo período en el que las grandes potencias habían cooperado unas con otras para mantener el *statu quo*, 1850 inauguró dos décadas de cambios rápidos y de convulsiones violentas en la escena internacional, protagonizadas por una nueva generación de políticos conservadores inteligentes y flexibles que hicieron su aparición en el paisaje posrevolucionario. Hombres como Cavour, Bismarck, Napoleón III o Disraeli reconocieron que el mantenimiento del orden y de la estabilidad requería medidas radicales que permitieran a las masas participar en el apoyo al Estado. Se dieron cuenta también de que el nacionalismo era cada vez más poderoso, y de hecho imparable, y, cada uno a su manera, se mostraron firmemente decididos a aprovecharse de él para sus propios fines. Y todos ellos se mostraron más que dispuestos a utilizar la política exterior

para conseguir esos objetivos. Semejante actitud introdujo un poderoso nuevo factor de inestabilidad en la política europea. El hombre que más hizo por dar cabida a ese nuevo elemento fue el emperador Napoleón III de Francia.

Napoleón III tiene hasta cierto punto derecho a ser calificado como el primer dictador moderno. Se dio cuenta de que su legitimidad dependía del apoyo del pueblo, y no de ciertas tradiciones o principios religiosos o seculares establecidos desde tiempo inmemorial. Por eso su golpe de Estado y la posterior resolución del Senado que lo nombraba emperador fueron sometidos al voto de la nación. Y luego se convocaron nuevas votaciones sobre otros asuntos. En otras palabras, la suya fue una dictadura plebiscitaria. Entre bastidores, el emperador se las arregló para manipular las elecciones y los referéndums mediante una mezcla de soborno e intimidación con el fin de obtener el resultado deseado, ya fuera la consecución de un voto afirmativo para sus políticas, o de una mayoría progubernamental dócil en las cámaras legislativas. Al mismo tiempo, invirtió también muchísimo esfuerzo y dinero en el desarrollo económico de su país con el fin de mantener contenta a la población. Fomentó la creación de nuevos bancos, que contribuyeron a financiar un enorme *boom* de la construcción de vías férreas durante la década de 1850, al final de la cual la longitud total de las líneas ferroviarias de Francia era tres veces superior a la que había habido al principio. Ello estimuló el desarrollo de la industria siderúrgica, del acero y del motor, pero además el emperador se cuidó muy mucho de asegurar el pleno empleo emprendiendo un gran programa de obras públicas, en gran medida con financiación privada. Pero no todo era nuevo. Las similitudes entre bonapartismo y orleanismo se pusieron de manifiesto en el nombramiento de antiguos bastiones de la Monarquía de Julio para cargos gubernamentales de la mayor importancia. Algunos de ellos eran miembros de su propia familia, en la que se apoyó en gran medida. Cabría citar entre ellos al ministro del Interior, el duque de

Morny (1811-1865), hijo de la hijastra de Napoleón I (casada además con uno de sus hermanos, del que acabó separándose), y al ministro de Asuntos Exteriores, el conde Alexandre Walewski (1810-1868), hijo ilegítimo del propio Napoleón I. El papel del Cuerpo Legislativo quedó gravemente reducido, constando solo de 260 miembros electos, frente a los 750 que tenía la Asamblea Nacional en la Segunda República, pero además pronto se le quitó la posibilidad de presentar proyectos de ley. De hecho solo se reunía tres meses al año.

Nunca hubo un partido bonapartista organizado como tal: el tercer Napoleón gobernó sobre todo por medio de la burocracia. El verdadero poder lo ostentaban el Consejo de Estado, presidido por el propio emperador, y un órgano superior, el Senado, repleto de paniaguados gubernamentales. Napoleón III se encargó de que los prefectos de los departamentos, los alcaldes y otros funcionarios provinciales hicieran lo que les mandaba el Consejo de Estado, recortando la influencia de las oligarquías locales e incrementando extraordinariamente el poder del gobierno central. El régimen se vio reforzado por un incremento enorme de las fuerzas policiales, que se multiplicaron por diez en París a raíz de las reformas de 1854. El número de comisarios de policía se duplicó, y la gendarmería rural, integrada por 14.000 efectivos en tiempos de Luis Felipe, se reforzó hasta contar con 25.000 agentes en total. La policía acosaba a los opositores al régimen y encarcelaba a aquellos que se atrevían a publicar ataques contra él, unas veces después de juicios gracias a los cuales los críticos conseguían una publicidad muy valiosa, y otras sin juicio de ningún tipo. Pero sobre todo el Ejército, que había puesto de manifiesto su importancia como fuerza defensora del orden tras el fracaso de la Guardia Nacional durante los meses de convulsión de 1848, se convirtió en el principal baluarte del régimen: su prestigio, su paga y sus condiciones en general mejoraron, y su nueva importancia quedaría simbolizada por los vistosos uniformes de la nueva Guardia Imperial. El colérico rechazo del régi-

men expresado por De Tocqueville, que lo calificó de «despotismo burocrático y militar», no iba demasiado desencaminado. Pero se necesitaba algo más que prosperidad y orden, supresión de la oposición y fabricación de un consentimiento aparente. Era precisa también una popularidad real. Napoleón III pensó que debía llevar una vida que estuviera a la altura de un importante mito: el mito de su tío, el gran Napoleón I. No había dudado en utilizar generosamente la leyenda napoleónica para ganar apoyos: de hecho, proclamó pomposamente que la restauración de la gloria y del prestigio de Francia constituía una parte importante de su misión. Y ahora tenía que estar a la altura de aquella propaganda en la esfera internacional. Aquello convirtió de repente a Francia en un factor imprevisible y desestabilizador de la política europea. De hecho, los franceses intentarían por última vez recuperar la posición de hegemonía europea de la que habían gozado en los siglos XVII y XVIII. Había además otros motivos por los que Napoleón III estaba decidido a representar un papel fulgurante en Europa. Las conspiraciones políticas no habían desaparecido por completo de la arena política. «Se urden graves complots en el ejército —decía en una carta privada hacia finales de 1852—. Permanezco atento a todo ello, y calculo que por uno u otro medio puedo evitar que estallen: quizá por medio de la guerra».

Además, para generar y mantener el apoyo político interno que necesitaba Napoleón recurrió en gran medida a la Iglesia católica francesa, que quizá más que cualquier otra institución se había sentido amenazada por el estallido revolucionario de 1848. No tardó en presentarse la oportunidad. Durante buena parte del siglo XIX había habido un conflicto latente entre Rusia y el imperio otomano. Rusia deseaba extender su influencia por la región de los Balcanes, la mayor parte de la cual seguía gobernada por los otomanos, y conseguir un puerto en las cálidas aguas del Mediterráneo. El imperio otomano, cada vez más achacoso, apodado por Nicolás I «el enfermo de Europa», seguía controlando

buena parte de la región, así como el Oriente Medio. Por supuesto, Nicolás era perfectamente consciente de los peligros que entrañaba llegar demasiado lejos o actuar con demasiada precipitación; la última cosa que deseaba era que el imperio otomano desapareciera por completo; paradójicamente quizá, a la vista de su actuación, es posible que lo viera como un baluarte de estabilidad en la región y que incluso, llegado el caso, estuviera dispuesto a apuntalarlo. Su solución al dilema consistió en intentar reafirmar la influencia rusa sobre el poder de los turcos. Por otra parte, intentó impedir que otras potencias hicieran lo mismo. La rivalidad por conseguir una mayor influencia no tardó en agravarse. En 1852, Napoleón III intentó hacerse con el apoyo de la Iglesia respaldando las pretensiones de los monjes católicos sobre una pequeña zona del pavimento de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, por entonces un rincón medio olvidado de los territorios del imperio otomano en Oriente Medio. Los monjes ortodoxos habían ampliado la parte de la iglesia que les correspondía durante los últimos años, aprovechando que nadie prestaba atención. Nicolás les concedió su apoyo, y la cuestión se convirtió enseguida en un pretexto indicador de las ambiciones contrapuestas de ambas potencias en Oriente Medio, donde Napoleón III deseaba allanar el camino para la construcción de un canal que cruzara el istmo de Suez, nominalmente todavía bajo control de los otomanos.

El sultán otomano, obligado a hacer frente a aquellas pretensiones contrapuestas, no supo qué resolución tomar; y en el verano de 1853 el zar perdió la paciencia con él e invadió los principados danubianos de Moldavia y Valaquia, nominalmente bajo soberanía otomana. La armada rusa destruyó la flota turca en la batalla de Sinope en noviembre de 1853. Los ingleses se preocuparon entonces seriamente por el aumento del poderío naval ruso en el Mediterráneo y la potencial amenaza que significaba para la ruta de la India y, de hecho, a largo plazo para la propia India. Se sintieron asimismo alarmados por lo que consideraban el

vuelco en el equilibrio de poderes de Europa que había supuesto la intervención de Rusia en Austria-Hungría en 1848-1849. De modo que británicos y franceses enviaron una expedición naval conjunta al mar Negro. Nicolás no se dejó intimidar y el 30 de marzo de 1854, Gran Bretaña y Francia se unieron a los otomanos y declararon la guerra a Rusia. Temeroso de una invasión por tierra y desconfiando de los austríacos, Nicolás retiró sus tropas de los principados danubianos con la intención de desplegarlas en posiciones defensivas en otros frentes. Los austríacos entraron entonces en los principados junto con las fuerzas otomanas, enfureciendo con ello al zar por lo que este consideró un acto de ingratitud después de haber salvado unos años antes al imperio de los Habsburgo de la desintegración invadiendo Hungría y luego, en 1850, ayudándolos a frustrar los planes de los prusianos de forjar una unión de estados alemanes en el tratado llamado Preacuerdo de Olomouc.

Mientras tanto se produjeron enfrentamientos militares entre los aliados británicos y franceses, por un lado, y los rusos, por otro, en el Báltico y en Kamchatka, en la costa del Pacífico, al tiempo que los rusos penetraban en territorio otomano por el Cáucaso. Ninguno de estos choques fue particularmente importante, y menos aún decisivo, pero todos ellos inmovilizaron a un elevado número de tropas rusas —solo en el Báltico, por ejemplo, a 200.000— y por lo tanto impidieron al zar Nicolás I concentrar sus fuerzas en el principal punto de ataque. Napoleón, por su parte, era consciente de las consecuencias fatales que podía tener una invasión de Rusia a gran escala por vía terrestre, habida cuenta de la desastrosa experiencia de su tío en 1812. De modo que, conjuntamente con los británicos, decidió llevar a cabo una invasión de Crimea, donde las tropas podían ser abastecidas fácilmente por mar, en vez de tener que cubrir para ello grandes distancias por tierra. Una fuerza expedicionaria conjunta estableció su cuartel general en Varna, en la costa de Bulgaria, y desembarcó después en Crimea, donde 35.000 soldados aliados de-

rrotaron a una fuerza rusa de 57.000 hombres en la batalla del río Almá en septiembre de 1854, amenazando de paso la ciudad de Sebastopol. Los rusos reforzaron las fortificaciones de la plaza y en octubre lanzaron un contraataque en Balaklava, provocando la famosa carga de la Brigada Ligera, en la que la caballería inglesa, engañada por una orden mal transmitida o mal entendida, arremetió equivocadamente contra los feroces cañonazos de los rusos. Como señalaría un general francés presente en la acción: *C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre.*

MAPA 6. La guerra de Crimea, 1854-1856.

Para entonces los rusos habían llamado a filas a más de cien mil soldados de reserva, pero en el curso de la confusa batalla de Inkermán, en noviembre de 1854, no supieron utilizarlos frente a una fuerza aliada inferior, que pudo así repeler el ataque enemigo. A continuación, la guerra se estancó durante el prolongado asedio de Sebastopol. No tardó en ponerse de manifiesto la incompetencia del mando británico. El comandante en jefe de las tropas inglesas, lord Raglan (1788-1855), que había pasado largos años combatiendo contra Napoleón y había perdido un brazo en la batalla de Waterloo, seguía hablando de «los franceses» cuando quería referirse al enemigo, para disgusto de los oficiales franceses que asistían a su lado a las operaciones montados a caballo. La mayoría de los oficiales, pertenecientes a la aristocracia, prestaban más atención a la disciplina que al combate propiamente dicho. Un ejemplo extremo, pero no desde luego atípico, fue el de lord Cardigan (1797-1868), que dirigió la funesta carga de la Brigada Ligera. Hombre acaudalado, había comprado el mando del 11.º Regimiento de Húsares en 1835 por la escandalosa suma de 40.000 libras —la compra de grados militares era la forma habitual de llenar los puestos de mando en el ejército británico—, y al poco tiempo convirtió al regimiento en los famosos *cherry-pickers* cuando decidió cambiar su uniforme por otro más elegante, caracterizado por unos pantalones ceñidos de color carmesí.[2] Cardigan se casó con la hermana de su oficial en jefe, lord Lucan, pero el matrimonio acabó en divorcio en 1844, circunstancia que convirtió la antigua amistad de ambos señores en aversión feroz. Más tarde, como correspondería a un buen oficial de caballería, lord Cardigan se casó en segundas nupcias con lady Adeline de Horsay (1824-1915), que acostumbraba a fumar en público y que a la muerte de Cardigan contrajo matrimonio con un noble portugués, escribiendo posteriormente un escandaloso libro de memorias. «No podrían encontrarse dos tontos más grandes en todo el ejército británico», señalaría un capitán inglés en su diario. Ni Cardigan ni Lucan tenían experiencia

alguna de lo que era el mando en el campo de batalla. Su incompetencia y el odio que se profesaban desempeñaron un papel funesto en los malentendidos que dieron lugar a la desastrosa carga de la Brigada Ligera.

La situación de las tropas no tardó en deteriorarse gravemente, y la falta de higiene y de instalaciones sanitarias en los campamentos causó la propagación de las enfermedades y el incremento del número de muertes. El hospital militar británico de Scutari, en la costa del Bósforo, enfrente de Estambul, no tardó en llenarse de enfermos, heridos y moribundos, todos ellos hacinados en condiciones lamentables. El *Times* de Londres emprendió una campaña para mejorar la situación del establecimiento, fomentada por su corresponsal en la zona, Thomas Chenery (1826-1884), que escribió: «Los jubilados decrépitos que han sido contratados como personal de ambulancias son totalmente inútiles, y no solo no hay cirujanos a mano, sino que tampoco hay sanitarios ni enfermeras que cumplan las órdenes de los cirujanos». Las cosas no hicieron más que empeorar con el estallido de una epidemia de cólera, llegada con las tropas francesas. Como en todas las guerras de la época, y de otras anteriores, murieron más soldados de enfermedad que como consecuencia del fuego enemigo, detalle señalado por la enfermera inglesa Florence Nightingale (1820-1910), cuya labor en la mejora de los cuidados médicos y el tratamiento de los enfermos la hizo célebre. En general, en ambos bandos una elevada proporción de los hombres que perdieron la vida en la contienda murieron de enfermedad: 16.000 de los 21.000 caídos británicos, 60.000 de los 95.000 franceses, y 72.000 de los 143.000 rusos.

Como indican estas cifras, si la forma de gestionar la guerra de ingleses y franceses estuvo marcada por la incompetencia, la de los rusos lo estuvo todavía más. El cólera y otras enfermedades hicieron estragos en Sebastopol y en los campamentos rusos, y finalmente también en este caso hubo un verdadero esfuerzo, encabezado por la gran duquesa Elena Pávlovna (1807-1873),

una princesa alemana que encontró en las buenas obras la escapatoria de un matrimonio desgraciado, por establecer un servicio moderno de enfermería y por mejorar la higiene y los cuidados sanitarios. Los mandos militares rusos no fueron mejores que los británicos o los franceses. Temeroso de que pudiera producirse una invasión del noroeste de Crimea a manos de los austríacos, que firmaron una alianza con Francia e Inglaterra en diciembre de 1854, el comandante en jefe de las fuerzas armadas rusas, el anciano e indeciso general Iván Fiódorovich Paskévich (1782-1856), que había estado al frente de los ejércitos rusos en Polonia en 1831, impidió una y otra vez el envío de más refuerzos a Crimea. Fue, por consiguiente, incapaz de socorrer a Sebastopol, donde los aliados habían lanzado un ataque mal coordinado contra el reducto de Malakoff en junio de 1855. Se había abierto un considerable abismo tecnológico entre las fuerzas rusas y las de los aliados. La flota rusa del mar Negro, por ejemplo, había derrotado fácilmente a la armada otomana, pero sus embarcaciones estaban construidas en su mayoría de madera blanda de los vastos bosques de coníferas de Rusia y eran poco marineras, iban escasamente armadas, pocas de ellas eran de vapor, y sus tripulaciones estaban mal adiestradas. En cuanto llegaron a escena la marina francesa y la inglesa, los rusos se vieron claramente superados en el número de barcos y de cañones. Las tropas rusas seguían usando mosquetes de chispa con un alcance de unos 200 metros, frente a los 1.000 metros que alcanzaban los fusiles aliados. Los soldados de la caballería rusa montaban en su mayoría en caballos de paseo, a los que costaba trabajo aguantar los rigores de la campaña y que eran lamentablemente lentos cuando tenían que efectuar una carga. Los sables rusos eran poco afilados y se rompían con facilidad, y no tenían comparación con el acero de producción industrial de Sheffield que utilizaban los soldados británicos, capaces de rajar fácilmente los gabanes del enemigo, mientras que los rusos rebotaban en ellos.

Las tropas rusas eran reclutadas entre la población servil del imperio y estaban obligadas a prestar servicio durante veinticinco años, de modo que muchos de sus integrantes frisaban o pasaban los cuarenta, y tampoco existía un ejército de reserva propiamente dicho; 400.000 nuevos reclutas alistados durante la guerra no habían recibido adiestramiento alguno, pues no se habían encontrado oficiales disponibles a cuyas órdenes pudieran hacer la instrucción. Análogamente, muchos oficiales eran hombres de mediana edad o mayores, excesivamente prudentes y carentes de inspiración. El general Eduard Ivánovic Totleben (1818-1884), el ingeniero que organizó la construcción de las formidables defensas de Sebastopol, fue la gran excepción a esta regla. Como no existían vías férreas al sur de Moscú, las tropas tardaban hasta tres meses en llegar a Crimea desde el norte o el centro de Rusia. Y cuando llegaban a su destino, se encontraban con una desastrosa escasez de pertrechos, en parte debido a la dificultad de conseguirlos allí, y en parte también porque la falta de instalaciones industriales en Rusia implicaba que la manufactura fuera tan lenta que a finales de 1855 había solo 90.000 cañones y poco más de 250 piezas de artillería de campaña en los arsenales. En cambio, los británicos y los franceses reponían constantemente sus pertrechos por vía marítima. Pero sobre todo quizá, el estado ruso era incapaz de financiar el esfuerzo de guerra, de modo que a comienzos de 1856 el Consejo de Estado publicó una advertencia para el nuevo zar, Alejandro II, avisándole de que el Estado probablemente entrara en bancarrota si no ponía fin al conflicto lo antes posible.

Gracias a la muerte del zar Nicolás I el 2 de marzo de 1855 y al nombramiento de Palmerston como primer ministro británico el 6 de febrero de ese mismo año, ya habían dado comienzo las negociaciones que pondrían fin a la guerra. Al ver repelido su intento de socorrer Sebastopol en agosto de 1855, los rusos se pusieron a negociar en serio, y en abril de 1856 se firmó el tratado de París. Según lo estipulado en él, el mar Negro se convertía en

territorio neutral, se impedía a Rusia estacionar buques de guerra en él, y se concedía la independencia a los principados danubianos. Estos no tardaron en unirse para formar Rumanía junto con el antiguo territorio otomano de la Besarabia meridional, arrebatado a Rusia, a la que venía perteneciendo desde 1812. Los acuerdos de paz eran por tanto gravemente lesivos para los intereses de Rusia en la región, pero también afectaban negativamente al imperio otomano. La guerra de Crimea resultó el conflicto europeo más destructivo desde los tiempos de Napoleón, con casi medio millón de muertos en acción o a consecuencia de las heridas o por enfermedad. Y eso que geográficamente su radio de acción fue muy limitado. Se vio envuelta en la contienda una proporción muy reducida de las fuerzas de las que disponían las potencias beligerantes, y los objetivos por los que se luchaba fueron muy limitados. Ningún estado, ni la Rusia zarista ni el imperio otomano, se vio amenazado con su destrucción. También en otro sentido se trató de una guerra a la antigua usanza. No solo los generales o al menos algunos de ellos eran reliquias de la batalla de Waterloo. Las batallas fueron libradas por multitudes de soldados vestidos con uniformes chillones, que disparaban salvas de fusil, atacaban al enemigo a pie, o lanzaban cargas de caballería no muy distintas de las que solían llevarse a cabo medio siglo antes.

Aunque los resultados de la guerra de Crimea fueron muy limitados por lo que refiere a sus consecuencias directas, los efectos en sentido lato de la derrota de Rusia en la política internacional de Europa fueron más profundos. Rusia fue obligada a retroceder a los márgenes de la política europea desde la posición central que había ocupado en 1815. Francia volvió a entrar en ella, y su poder y su prestigio se incrementaron notablemente. El imperio otomano sobrevivió y quedó más o menos intacto, con la única pérdida de los principados danubianos. No obstante, el sultán se vio obligado a ratificar en un firmán oficial los derechos de los cristianos de sus reinos, y especialmente en Jerusa-

lén. Poco a poco fue quedando claro que las instituciones del imperio necesitaban una reorganización muy seria. Como dijo al sultán el embajador británico Stratford Canning, hombre que no tenía pelos en la lengua y llevaba largo tiempo prestando servicio, «Vuestro actual sistema administrativo… os está llevando a la destrucción». El sultán Abdülaziz I (1830-1876) y su sucesor, Abdul Hamid II (1842-1918), que subió al trono en 1876 tras el asesinato de Abdülaziz y la rápida destitución de su sucesor, Murad V (1840-1904), mentalmente inestable, se dieron cuenta de la necesidad de las reformas, pero fueron incapaces de llevarlas a cabo. El imperio otomano no tardaría mucho en convertirse de nuevo en el enfermo de Europa, incapaz de pagar sus deudas y proporcionando botines fáciles a las agresiones de Rusia, cuando esta se recuperara dos décadas más tarde.

La incompetencia de las respectivas actuaciones de los distintos ejércitos implicados dio lugar a reformas de gran envergadura en la organización militar y el abastecimiento tanto en Rusia como en el Reino Unido. En Gran Bretaña la falta de un sistema de reclutamiento obligatorio suponía que el ejército fuera relativamente pequeño y que hubiera pocas tropas de reserva. La preocupación de la opinión pública por la forma de hacer la guerra se vio avivada por los informes críticos del corresponsal de *The Times* en Crimea, William Howard Russell (1820-1907). Dio comienzo así un debate acerca de la mejor forma de financiar, organizar y abastecer a las fuerzas armadas, y se creó una comisión real. Pero no sería hasta finales de la década de 1860 y comienzos de la siguiente cuando se pusieran en práctica esas reformas, aumentando el gasto destinado al Ejército y aboliendo el sistema en virtud del cual los jóvenes acaudalados y en su mayoría pertenecientes a la aristocracia tenían la facultad de comprar el grado de oficial, en vez de estudiar para ello y ganarse los ascensos por sus propios méritos. En Rusia, el zar Alejandro II, nieto de Federico Guillermo III de Prusia y, por ende, como muchos monarcas europeos del siglo XIX, si no la gran mayoría de

ellos, alemán en parte, reaccionó ante la derrota embarcándose en una serie de reformas fundamentales. La más significativa de ellas fue la emancipación de los siervos, llevada a cabo al término de largos preparativos en 1861. Crear un ejército cuyos soldados estuvieran realmente interesados en el éxito militar de Rusia fue uno de los motivos de la emancipación, medida a la que siguió una reorganización de los gobiernos de las provincias. La abolición de la servidumbre tuvo además consecuencias significativas para la administración de la Rusia rural.

Poner fin a los poderes policiales de los terratenientes supuso la introducción de un sistema centralizado de policía, mientras que, por otro lado, se hizo necesario fomentar cierto sentido de lealtad al régimen mediante el establecimiento de asambleas locales de carácter electivo, introducido en 1864. Existían asambleas o *zemstva* de este tipo a nivel de distrito y de provincia, y eran elegidas por separado por nobles, habitantes de las ciudades y campesinos (estos últimos indirectamente). A nivel provincial, predominaban los nobles, factor que disuadió a los reformadores liberales de su afán de reclamar una Asamblea Nacional; la idea, en cualquier caso, contó con la oposición de los conservadores del entorno del zar. Por consiguiente la autocracia continuó. Alejandro hizo algunos esfuerzos por reformar el sistema judicial, introduciendo tribunales al estilo de la Europa occidental y juicio públicos en 1865, con jueces fijos y juicios con jurados para los delitos mayores. La policía siguió teniendo poder para efectuar «arrestos administrativos» y decretar destierros a Siberia sin juicio previo para los reos de delitos políticos, pero la reforma, en cualquier caso, fue muy significativa: con el tiempo, los tribunales se convirtieron en importantes centros para la libre expresión de las opiniones. En 1862 la censura preventiva fue sustituida por los procesos incoados después de la publicación de un escrito. Se concedió mayor autonomía a las universidades, se dio a los profesores libertad para enseñar lo que quisieran, y el sistema educativo fue reestructurado y ampliado. Se lle-

varon a cabo intentos serios de purgar a los burócratas corruptos y de mejorar la calidad de la administración. La descentralización de muchas funciones del gobierno a favor de los *zemstva* indudablemente contribuyó a este proceso.

Alejandro II nombró ministro de la Guerra en 1861 al liberal Dmitry Alexéyevich Milyutin (1816-1912), con la tarea de reformar el ejército. Entre 1861 y 1881 Milyutin racionalizó la administración, reduciendo el volumen de la correspondencia en un 45 %, dividió el imperio en quince distritos militares, integró las distintas ramas del ejército, reorganizó y profesionalizó las academias militares y los centros de adiestramiento, e incrementó las reservas disponibles, que pasaron de 210.000 hombres en 1861 a 553.000 en 1870. Tras una serie de luchas tremendas con los conservadores de la corte que deseaban que los nobles siguieran estando exentos del servicio militar, Milyutin finalmente logró persuadir al zar de que debía introducir el servicio militar obligatorio y universal en 1874, con un período de seis años de servicio, seguidos de otros nueve en la reserva. Milyutin se preocupó también por el bajísimo nivel de alfabetización que había entre los reclutas —solo un 7 % de ellos sabía leer y escribir en la década de 1860—, y creó programas educativos dentro del ejército que dieron lugar a un rápido crecimiento de los niveles de alfabetización entre los soldados, la mitad de los cuales sabía leer ya en 1870 y una cuarta parte también escribir. De ese modo Rusia entró en la segunda mitad de la década de 1870 mucho mejor preparada para la guerra de lo que lo había estado veinte años antes.

El golpe infligido a la posición de Rusia en Europa por la derrota de 1856 fue solo temporal, aunque se prolongó durante un período crucial de casi dos décadas. Paradójicamente, para Austria fue mucho más grave, aunque el imperio de los Habsburgo no había llegado a participar en la guerra de Crimea. Los Habsburgo se habían malquistado con Rusia por apoyar al bando aliado, destruyendo así la sociedad que había constituido el núcleo

de la Santa Alianza después de 1815. Pero la contribución de Austria al esfuerzo de guerra aliado había sido breve, había estado llena de vacilaciones y había sido llevada a cabo a regañadientes, de modo que los Habsburgo se quedaron relativamente sin amigos, con las funestas consecuencias que ello tendría para su posición en Europa. De todas las potencias beligerantes, Francia fue la que salió mejor librada. La mayoría de las grandes victorias de la guerra se debieron en gran parte a los franceses, y Napoleón III salió del conflicto con su poder y su estatus muy mejorados. El triunfo francés fue sellado por la decisión simbólica de celebrar la conferencia de paz en París. Se permitió al emperador continuar su búsqueda de la gloria sobre todo debido al fin efectivo del concierto europeo en la guerra de Crimea y al abandono definitivo de la idea de solidaridad monárquica. En su afán de conseguir otro éxito en el extranjero, la mirada del emperador se fijó a continuación en Italia.

Éxito y fracaso de la causa nacional

Francia no se sintió particularmente agradecida a Austria como consecuencia de la guerra; mucho más significativa fue la alianza formada entre Francia y el reino de Piamonte-Cerdeña, ahora en manos de los liberales moderados encabezados por Cavour. Casi al final del conflicto de Crimea, Cavour había suministrado un pequeño contingente de 15.000 hombres al esfuerzo de guerra aliado, y había empezado a cultivar la amistad de Napoleón III; le suministró incluso amablemente una amante en la figura de Virginia Castiglione (1837-1899), esposa del embajador piamontés en París. Cavour sabía que la mejor manera de preservar las instituciones del estado piamontés y de librarlas de la amenaza que representaban los revolucionarios democrático-nacionalistas capitaneados por Giuseppe Mazzini era seguir la corriente del nacionalismo, pero asegurarse de que este adoptaba un talante moderado. Las instituciones representativas del Piamonte, una monarquía constitucional basada, al estilo clásico de los liberales moderados, en una cámara legislativa con amplios

poderes dependiente de un electorado limitado por consideraciones censitarias, no habrían sobrevivido al resurgimiento del nacionalismo democrático. Por consiguiente Cavour se dispuso a adelantarse a los revolucionarios poniendo al Piamonte al frente del movimiento en pro de la unidad de Italia, tan dolorosamente abortada en 1848-1849.

El primer paso tenía que ser la expulsión de Austria de la Italia septentrional. A raíz del éxito de la contrarrevolución, el gobierno de los dominios del emperador Francisco José cayó en manos del príncipe Félix de Schwarzenberg, vástago de una de las familias terratenientes más ricas de Europa. Su aventura amorosa con la inglesa Jane Digby (1807-1881) durante su estancia en Londres en la década de 1820, le había granjeado el mote de «Príncipe de los Rufianes» en los ambientes mundanos de la capital inglesa. Allá por la década de 1850, Schwarzenberg había dejado atrás el mundo de los petimetres de la época de la regencia y se había convertido en un político astuto, «el mejor ministro que he tenido nunca a mi lado», como decía Francisco José para referirse a él. Para Nicolás I de Rusia era un «Palmerston con uniforme blanco»; incluso Metternich cantaba sus alabanzas y lo llamaba «un discípulo de mi escuela diplomática». Schwarzenberg inició un proceso que pretendía imponer un régimen reaccionario casi perfecto con la patente de San Silvestre de 1851, emitida por Francisco José, que derogaba prácticamente todas las concesiones y constituciones anteriores. La justicia fue reintegrada al gobierno, aboliéndose la independencia de los tribunales. La patente restringía la actividad legislativa a una sola Cámara, el Reichsrat, cuyos diputados eran nombrados todos por el emperador. Los burócratas austríacos de lengua alemana impusieron la uniformidad en la administración de todo el imperio, suprimiendo la autonomía nacional no solo en Italia y Hungría, sino también en Transilvania, Bucovina, Croacia y el Banato (debido a su talante indebidamente independiente, Jelačić fue

destituido en 1853). Volvió a introducirse la censura y la policía pasó a ser responsable directamente ante el emperador.

Para consternación del monarca, Schwarzenberg murió repentinamente de una apoplejía el 5 de abril de 1852. Sumido en el más absoluto desconcierto, Francisco José asumió personalmente el poder, incapaz de nombrar a un sucesor. Se convirtió incluso en ministro de la Guerra y se encargó también de la política exterior. Joven e inexperto (tenía solo veintiún años), era todo menos la persona adecuada para llevar a cabo tareas de semejante envergadura. Como por lo demás no sería de extrañar, su madre y el que había sido hasta hacía poco su tutor constituyeron las influencias más destacadas en su actividad política. En consecuencia, el rumbo reaccionario siguió adelante, siendo firmado en 1855 entre el gobierno austríaco y el papa Pío IX un concordato que concedía amplios poderes a la Iglesia en materia de educación y de censura, y que le garantizaba el mantenimiento de los bienes eclesiásticos y la jurisdicción sobre el matrimonio. Mientras tanto, sin embargo, los ministros de Francisco José fomentaban la construcción de vías férreas, concluían un acuerdo en virtud del cual se reducían las barreras aduaneras entre Austria y Prusia y, lo que quizá fuera más importante, se emancipaba a los siervos de Hungría y Croacia, Galicia y Bucovina, Transilvania y el resto de los territorios hereditarios de los Habsburgo y de Bohemia que formaban parte del imperio, firmándose en 1853 unos pactos que hacían efectivas las audaces, pero vanas declaraciones de emancipación hechas públicas por los revolucionarios cinco años antes. En 1854 Francisco José selló el establecimiento del sistema neoabsolutista levantando finalmente la ley marcial en Hungría, casándose con la joven princesa Isabel de Baviera, de apenas diecisiete años, cuya belleza y vivacidad lo habían cautivado en su primer encuentro, y decretando una amnistía. Pero su intento de establecer un estado no ya multinacional, sino anacional chocó con un rechazo esquivo casi en todas partes. Y la imposición de una administración uniforme en todo

el imperio resultó además carísima. Por otra parte, la neutralidad armada mantenida en la guerra de Crimea hizo que el endeudamiento del gobierno aumentara de forma vertiginosa. Para intentar hacer frente a esta situación, se privatizaron los ferrocarriles y se subieron los impuestos, pero en 1857 una crisis general de las finanzas europeas golpeó con particular dureza a los bancos austríacos y exigió al monarca hacer más economías. Bajo una presión financiera gravísima, el gobierno se vio obligado a efectuar terribles recortes en los gastos destinados al Ejército.

A finales de la década de 1850, el nacionalismo empezaba a resurgir lenta y cautelosamente. Para Cavour estaba claro que, pese a todos sus problemas, la Austria neoabsolutista era demasiado fuerte para que el Piamonte la derrotara por sí solo. Necesitaba un aliado poderoso. La Francia del Segundo Imperio era la candidata más evidente. De joven, Napoleón III había combatido al lado de los carbonarios contra los austríacos en las insurrecciones de 1831. Había apoyado durante largo tiempo la idea de la unidad de Italia. La intervención ofrecía la perspectiva de más gloria militar y de nuevas ventajas políticas. A todo esto, el revolucionario y republicano italiano Felice Orsini, que había estado durante un breve período al mando de Ancona durante la República Romana, se convenció de que Napoleón III constituía por sí mismo el principal obstáculo a la unidad de Italia. Tras permanecer encerrado en la cárcel en Mantua, de donde se escapó a la manera clásica serrando los barrotes de su celda y descendiendo por un muro de más de 30 metros de altura valiéndose de una cuerda hecha con sábanas trenzadas y atada a la ventana, Orsini diseñó una bomba, mandó hacer seis copias de ella en Birmingham, posteriormente probadas en Sheffield, y se las llevó a Bruselas y luego a París. Allí, el 14 de enero de 1858, sus cómplices y él arrojaron tres bombas contra la carroza de Napoleón cuando se dirigía a la ópera a escuchar el *Guillermo Tell* de Rossini. Las bombas explotaron al pie de la carroza y en medio de los integrantes del séquito, matando a ocho personas e hi-

riendo a 142, pero el emperador salió ileso y, en un gesto de gallardía típico de él, se presentó en la ópera como si no hubiera pasado nada. El incidente convenció a Napoleón de que el nacionalismo revolucionario italiano tenía que ser neutralizado logrando la unificación nacional sin revolución. De hecho, una carta supuestamente escrita por Orsini al emperador desde la cárcel, le instaba a respaldar la causa de la unificación de Italia; corrieron rumores de que algunas partes de ella habían sido escritas en realidad por el propio Napoleón. Orsini fue guillotinado el 13 de marzo de 1858; también fue ejecutado uno de sus cómplices y otros dos fueron condenados a largas penas de prisión. Uno de estos dos, Carlo Di Rudio (1832-1910), logró finalmente fugarse de la colonia penal de la isla del Diablo, emigró a Estados Unidos y se enroló en el 7.º de Caballería del general George Custer (1839-1876), logrando sobrevivir no se sabe cómo a la matanza perpetrada por los guerreros indios americanos en la batalla de Little Bighorn (1876).

Inducido a la acción por el intento de asesinato, en 1858 Napoleón III se entrevistó en secreto con Cavour en el balneario francés de Plombières, donde acordaron declarar una guerra a Austria que supusiera la restructuración de Italia en una nueva confederación, redujera el poder del papa, extendiera el reino del Piamonte hacia el este y lo rebautizara con el nombre de Reino de la Alta Italia. A cambio, Francia recibiría Niza y Saboya. Napoleón contribuiría con 200.000 soldados y Cavour con 100.000. En la recepción celebrada con motivo del Año Nuevo de 1859 el emperador dijo al embajador austríaco: «Lamento que nuestras relaciones con su gobierno no sean tan buenas como en el pasado». En el lenguaje diplomático enormemente estricto de la época aquello equivalía prácticamente a un insulto. La frase causó sensación. Cavour añadió leña al fuego haciendo que el rey Víctor Manuel II de Piamonte inaugurara el Parlamento con las siguientes palabras: «No somos insensibles a los gritos de dolor que desde tantos rincones de Italia se elevan hacia nosotros».

Los rusos se contentarían con la promesa de una revisión del tratado de 1856 que había puesto fin a la guerra de Crimea, y en cualquier caso no estaban dispuestos a socorrer a los austríacos después de que los Habsburgo decidieran no acudir en su ayuda en 1854.

Cuando los austríacos empezaron a reclutar jóvenes italianos en el ejército imperial, el Piamonte se movilizó. Por toda Italia surgieron asociaciones nacionalistas en favor de la incorporación a filas. Cuando Víctor Manuel se negó a desconvocar el estado de alerta de sus tropas, Francisco José le declaró precipitadamente la guerra, haciendo que Austria pareciera la agresora y que perdiera por completo las simpatías de Gran Bretaña y de Prusia. Cuando finalmente se rompieron las hostilidades, un contingente integrado en gran medida por franceses rebasó por los flancos a un ejército austríaco más numeroso en Magenta, obligándolo a retirarse y derrotándolo luego en junio de 1859 en la batalla decisiva de Solferino, en la que intervinieron en total casi 300.000 soldados, el contingente más numeroso que participara en un enfrentamiento armado desde los tiempos del primer Napoleón. Las bajas, sin embargo, fueron relativamente pocas, con unos 3.000 muertos por ambos bandos. Aquella fue la última batalla de la historia mundial en la que las fuerzas enfrentadas estuvieron al mando de sus respectivos monarcas: Napoleón III se reveló un general mejor que el inexperto Francisco José, que en adelante se abstuvo de cualquier otra participación directa en un conflicto armado. Los austríacos se retiraron hacia el este y perdieron de hecho su dominio del norte de Italia. De momento, las cosas habían salido según los planes de Napoleón III y de Cavour. Pero en ese punto la situación empezó a escapárseles de las manos. Cavour había intentado debilitar a los austríacos y socavar a los Estados Pontificios fomentando insurrecciones nacionalistas en el centro y el noreste de Italia. Esas sublevaciones obligaron a huir a los soberanos que gobernaban en Bolonia, Toscana, Módena y Parma con el respaldo de los austríacos, de-

jando que los piamonteses ocupasen su lugar. Napoleón empezó a temer que las cosas empezaran a salirle demasiado bien a Cavour y que Prusia y otros estados alemanes intervinieran en ayuda de Austria. De modo que en julio de 1859 concluyó un armisticio en Villafranca, sin consultar a sus aliados piamonteses. Para disgusto de estos, la paz dejaba a Austria en posesión del considerable territorio del Véneto en el noreste del país. No obstante, Cavour no tuvo más remedio que transigir y posteriormente cedió Niza y Saboya a Francia, tal como había acordado.

Pero aquello no fue ni mucho menos el final. En Sicilia, el rey Fernando II de las Dos Sicilias se había ganado la desaprobación general de Europa debido a la dureza de sus políticas represivas, tras encarcelar a unos 2.000 disidentes en sus sórdidas prisiones. La condena que hizo Gladstone de su régimen («la negación de Dios elevada a la categoría de sistema de gobierno») contribuyó a aislar internacionalmente su régimen, y los gobiernos de Inglaterra y Francia retiraron en 1856 a sus embajadores cuando el monarca se negó a seguir sus consejos de efectuar reformas. La derrota de Austria lo aisló todavía más. En un momento crucial, el 22 de mayo de 1859, Fernando II murió, probablemente de los efectos a largo plazo de un intento de asesinato perpetrado tres años antes, cuando un soldado le clavó una bayoneta. Su sucesor fue Francisco II (1836-1894), que se había casado con la hermana menor de la emperatriz de Austria en febrero de 1859. El gobierno de Sicilia se había hecho sumamente impopular a raíz de aumentar los impuestos y de provocar la subida del pan, y Francisco, en lugar de hacer concesiones con el fin de asegurar su posición política, rechazó las demandas de reforma. Aquella acción tan imprudente sería su perdición.

La guerra en el norte había causado una excitación enorme entre los nacionalistas revolucionarios, cuya figura activa más relevante, Giuseppe Garibaldi, había tenido que ganarse la vida como capitán de barco tras la derrota de la República Romana. Después de viajar por China, Sudamérica y Gran Bretaña, había

regresado a Génova en 1854 y había estado viviendo tranquilamente en la isla de Caprera, al norte de Cerdeña. Cuando comenzó el conflicto, reclutó un ejército de voluntarios que se vestían con camisas rojas, indumento imitado posteriormente en varios colores por los movimientos fascistas de toda Europa después de la primera guerra mundial. Los Mil, como eran llamados, procedían en su mayoría de la Italia septentrional, pero en sus filas había también treinta y tres extranjeros, entre ellos cuatro húngaros. Los rebeldes no tardaron en organizar una expedición contra Sicilia, donde Garibaldi desembarcó a comienzos de mayo de 1860 y se proclamó dictador. Allí se le unieron los rebeldes de la isla y utilizando las tácticas móviles que había aprendido con las guerrillas de Sudamérica, Garibaldi logró derrotar al ejército real y tomar Palermo al cabo de tres días de luchas callejeras, que resultaron tanto más angustiosas debido al bombardeo naval efectuado por los barcos de la marina real anclados en la bahía. Tras la victoria cosechada en Palermo, Garibaldi pasó al continente con la intención de dirigirse a Nápoles, que el rey había decidido abandonar con el fin de reagrupar sus fuerzas. Cada éxito cosechado le hacía ganar nuevos adeptos, entre ellos 600 británicos que se unieron a sus tropas en Nápoles. Allí fue recibido por una multitud entusiasmada, que los aclamó «agitando pañuelos y sombreros, levantando las manos en señal de saludo, y con un estruendo ensordecedor de voces y de gritos». En la batalla del Volturno, que comenzó a finales de septiembre de 1860 y duró dos días, los 20.000 hombres del ejército de Garibaldi derrotaron a una fuerza napolitana más de dos veces más numerosa.

Sus acciones habían convertido a Garibaldi en un héroe europeo. Engrandecido a través de los numerosos discursos pronunciados a lo largo de su avance triunfal por Sicilia y Nápoles, y por las anécdotas, no siempre exageradas, sobre su valentía en el campo de batalla, se convirtió en un icono internacional del nacionalismo liberal. Sus cartas, cuidadosamente recortadas y mu-

chas de ellas escritas por sus soldados, fueron publicadas y traducidas a numerosas lenguas; se hicieron artículos de periódicos, reportajes de revista, novelas e innumerables ilustraciones de sus hazañas. El *Times* de Londres lo llamó «el Washington de Italia». Empezaron a aparecer biografías suyas en Estados Unidos, Francia, Alemania y en muchos otros países; Alejandro Dumas compuso una versión francesa de sus memorias; Charles Dickens y Florence Nightingale, entre muchos otros personajes, le enviaron donativos; llegaron a sus manos grandes cantidades de dinero procedentes de América del Norte y del Sur destinadas a financiar su causa; y luego, cuando visitó Inglaterra, se vio acosado por la multitud entusiasmada, celebrado en canciones y poesías escritas especialmente para él, conmemorado en figuritas de porcelana, y elevado a la categoría de verdadero icono de la moda. Su veneración no conocía límites; aquel entusiasmo sería comparable, aunque los superó con mucho, a los agasajos dispensados a Kossuth en el exilio, y marcaría un primer hito en el culto al héroe que habría de convertirse en un rasgo tan marcado de la política y la cultura europeas de finales del siglo XIX.

MAPA 7. La unificación de Italia, 1815-1870.

No obstante, Garibaldi tendría que reconocer las realidades políticas de la situación, y tras derrotar al ejército napolitano accedió a celebrar plebiscitos en Nápoles y Sicilia sobre su anexión al Piamonte. Tras un voto casi unánime de aprobación en ambos casos, Garibaldi dimitió de su puesto de mando y regresó a Caprera. En marzo de 1861, Víctor Manuel se proclamó rey de Italia. El resultado final fue la extensión efectiva de las instituciones piamontesas al resto de Italia. Una vez logrado su objetivo, falleció Cavour, probablemente de malaria, a los cincuenta y un años. Su mayor logro fue preservar la estabilidad social conectando el entusiasmo nacionalista con la causa del orden social y político establecido. Pero para ello había tenido que pagar un precio. Napoleón III estaba furioso. La unificación de Italia no había sido lo que había acordado en Plombières. Él solo había hecho surgir un nuevo reino de Italia, potencialmente amenazador, a la mismísima puerta de su casa. Su reputación ante la Iglesia católica se había visto gravemente dañada, lo que potencialmente iba a hacerle perder un apoyo muy significativo en su propio país, así que envió inmediatamente tropas para proteger al papa en Roma, y procuró ablandarlo en la medida de lo posible suministrándole un tren privado para su uso personal, aunque las distancias que se podían recorrer en él eran ahora muy limitadas. Las tropas francesas permanecerían en Roma, manteniéndola fuera del reino unificado de Italia, hasta que se hicieran necesarias para otros fines en 1870, momento que los italianos aprovecharon para entrar en la ciudad. El pontífice y sus sucesores quedarían encerrados tras los muros del Vaticano hasta que finalmente el papado accediera a reconocer la legitimidad del estado italiano con la firma del tratado de Letrán de 1929.

La derrota de Austria indujo a Francisco José a acelerar su abandono de la política de neoabsolutismo. El emperador se vio obligado a conceder un elemento de carácter electivo al Reichsrat en vista de la situación desesperada de las finanzas imperiales como consecuencia de la guerra. Su principal ministro, An-

ton von Schmerling, logró introducir una Constitución en la mitad occidental de la monarquía en 1862, pero, obligado a hacer frente a la oposición de una nueva oleada de nacionalistas húngaros y croatas a un sistema político unitario que pretendía abarcar todo el imperio, les infirió una ofensa mortal afirmando que Hungría podía esperar sentada a tener sus propias instituciones políticas. En 1865, incapaz de llegar a ninguna parte, fue destituido. No era previsible que la Dieta húngara, resucitada ese mismo año, satisficiera las renovadas demandas del desterrado Kossuth y de los nacionalistas radicales. Cada vez más daba la sensación de que el imperio austríaco estaba en un callejón sin salida. Mientras tanto, el gobierno de Viena no había sabido aprender la lección de su derrota militar ni reformar su ejército cada vez más trasnochado.

Las consecuencias de la guerra de Italia, pese a lo limitado de su alcance y de su duración, fueron decisivas y afectaron a la totalidad de Europa. En todo el continente la unificación de Italia dio un empuje enorme a la idea de estado-nación, que había sido derrotada de mala manera apenas diez años antes. Empezaron a formarse nuevas asociaciones nacionalistas y grupos de presión en un país tras otro. No fue solo en Hungría donde el ejemplo de Italia inspiró el resurgir del movimiento nacionalista: un desarrollo similar tuvo lugar también en Polonia. En la parte del país correspondiente a la Polonia del Congreso, el programa de reformas del zar Alejandro II, iniciado al término de la guerra de Crimea, incluía la desactivación del descontento latente de la nobleza nacionalista mediante el restablecimiento del derecho de reunión, la concesión de una amnistía a los antiguos participantes en el levantamiento de 1831 todavía desterrados en Siberia, y la participación de los terratenientes polacos en las discusiones en torno a las condiciones de la emancipación de los siervos. En 1858 se fundó una Sociedad Agraria Polaca; con sus 4.000 socios, no tardó en convertirse en el vehículo de las aspiraciones nacionalistas, lo mismo que la Delegación Ciudadana formada en Var-

sovia en 1861. Volvieron a aparecer las sociedades secretas, empezaron a reunirse de nuevo grupos de debate, y se celebró una manifestación por las calles con motivo del trigésimo aniversario de la insurrección de 1831. Para contener la avalancha, el zar puso a un aristócrata conservador, el conde Aleksander Wielopolski (1803-1877), al frente de la administración civil. «No podréis hacer mucho *con* los polacos —se cuenta que le dijo—, pero con suerte podréis hacer algo *por* ellos». En su afán por conseguir este objetivo en cierto modo paternalista, Wielopolski disolvió la Sociedad Agrícola y la Delegación Ciudadana. Se produjeron entonces manifestaciones masivas de protesta: el 8 de abril de 1861, cuando las tropas cosacas abrieron fuego sobre los manifestantes, matando a cien personas, Wielopolski corrió a ponerse delante de los soldados y les ordenó detenerse, con notable riesgo de su propia vida. Sin embargo, aquello no impidió que la escalada de la crisis continuara, y las detenciones y deportaciones masivas no hicieron más que empeorar la situación.

El alistamiento de 30.000 jóvenes polacos para el servicio militar fue la chispa que encendió la llama de la revuelta. Mediante acciones de guerrilla a lo largo y ancho de toda la Polonia del Congreso, grupos de rebeldes armados que actuaban según un plan diseñado por la organización sucesora de la Delegación Ciudadana de Varsovia, se las arreglaron para hacer desaparecer en los bosques a los reclutas potenciales, de modo que solo pudieron ser alistados en el ejército ruso unos 1.400 jóvenes. La asociación contaba con más de 200.000 adeptos. Los responsables de su organización eran ciudadanos de clase media, empleados de banca, funcionarios de correos, comerciantes y gente por el estilo, que lograron establecer un gobierno en la sombra, con cinco ministerios permanentes, un sistema de mensajería, una red de servicios de información y un aparato de seguridad. Pero el movimiento continuó siendo en todo momento clandestino, y la identidad de sus miembros absolutamente secreta, de modo que había todo tipo de personas que resultaban sospechosas de

pertenecer a él. Cuando el mariscal de campo Fiódor Berg (1793-1874), un alemán del Báltico que había sido gobernador general de Finlandia, fue nombrado gobernador militar en sustitución de Wielopolski, comentó irónicamente al nuevo virrey, el gran duque Constantino Konstantínovich (1827-1892): «He llegado a la conclusión de que yo no pertenezco a él, como sin duda tampoco pertenece a él vuestra alteza imperial». Hubo más de 1.200 enfrentamientos militares de menor rango librados en Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, en los que grupos de guerrilleros nacionalistas atacaron a guarniciones y unidades militares rusas. Unos y otros prometían la abolición de la servidumbre. Los nacionalistas polacos habían aprendido la lección de la experiencia y la nobleza terrateniente desempeñaba en el movimiento un papel mucho menos preponderante del que había tenido en 1846. Se permitió participar en el levantamiento a grupos significativos de campesinos, que intervinieron en acciones militares tales como la batalla de Małogoszcz el 24 de febrero de 1863, en la que 3.000 de esos campesinos, blandiendo hoces y guadañas, intentaron derrotar valerosamente a una unidad bien pertrechada del ejército ruso.

Pero los nacionalistas estaban divididos a muerte entre «blancos» y «rojos», liberales y revolucionarios. En octubre de 1863, completamente desesperados, ambos grupos cedieron el poder a Romuald Traugutt (1826-1864), noble polaco y oficial del ejército ruso que capitaneaba una pequeña unidad de guerrilleros y que posteriormente no dudó en viajar a París con la vana intención de ganar para su causa el apoyo de Francia. Traugutt fue nombrado dictador, remodeló la administración del movimiento nacionalista, introdujo rangos y jerarquías propias del Ejército en las bandas de guerrilleros, gravó con un impuesto a los exiliados polacos, y purgó el movimiento de «revoltosos particulares» amenazándolos con denunciarlos a la policía. Todos los personajes destacados del movimiento nacionalista tenían en aquellos momentos pseudónimos; había menos de veinte personas que

conocían la verdadera identidad de Traugutt, y solo seis tenían permiso para visitarlo. Pero el 8 de abril de 1864 uno de los revolucionarios se vino abajo en el curso de un interrogatorio y contó todo lo que sabía. (Traugutt, dijo, podía ser reconocido por su «estatura media, cabeza grande, piel morena, cabello oscuro, grandes patillas y perilla negra, y unas gafas corrientes de color blanco»). El 10 de abril de 1864, a la una de la madrugada, un escuadrón de la policía armada entró en su domicilio de Varsovia y se llevó a Traugutt a la cárcel de Pawiak. A continuación se celebró un juicio multitudinario. Traugutt y cinco de sus compañeros fueron ahorcados públicamente en Varsovia el 5 de agosto en un cadalso múltiple fabricado especialmente para la ocasión. La insurrección se había acabado.

Cuando las bandas de guerrilleros se disolvieron a raíz del aplastamiento de la coordinadora central, el mariscal Berg abolió las reformas de Wielopolski, clausuró todas las instituciones autónomas de la Polonia del Congreso, subordinó la administración directamente a San Petersburgo, y emprendió un despiadado programa de rusificación. Se creó una universidad rusa en sustitución de su equivalente polaca, y la mayoría de las ciudades perdieron sus derechos municipales. Miles de polacos fueron detenidos y mandados a Siberia. Hasta el nombre de Polonia fue borrado del mapa; el país se convirtió en el Territorio del Vístula. En Lituania la ocupación militar supuso que las aldeas recalcitrantes fueran arrasadas, que las haciendas fueran confiscadas, y los sospechosos de rebeldía fueran torturados y ejecutados. La vida intelectual polaca fue aplastada; toda una generación de nacionalistas fue quitada de en medio. En el resto de Europa todas estas medidas draconianas causaron espanto e indignación y confirmaron la opinión de los liberales, empezando por los de Gran Bretaña, en su odio y su recelo hacia el coloso ruso. De hecho, desde el primer momento el alzamiento de Polonia atrajo las simpatías de toda Europa.

Enseguida salieron en su ayuda voluntarios, destacando entre ellos François Rochebrune (1830-1870), un profesor y ex soldado francés residente en Varsovia que había tomado parte en una expedición miliar a China en 1857. Como actividad complementaria Rochebrune dirigía además una escuela de esgrima, y convenció a algunos alumnos suyos a integrarse en unidad llamada los Zuavos de la Muerte, que vestían voluminosos pantalones y se tocaban con un gorro tipo fez. En la batalla de Grochowiska de marzo de 1863, al ver huir a los insurgentes polacos que eran presa del pánico, agarró a varios de ellos del brazo y los volvió a poner en formación a punta de pistola gritando una y otra vez: «Psiakrew! Która godzina?». («¡Maldita sea! ¿Qué hora es?»), que eran las únicas palabras que sabía decir en polaco. El entusiasmo por la causa de Polonia en Francia llevó a las autoridades a premiar a Rochebrune con la Legión de Honor cuando finalmente regresó a su país natal. La mayor parte de los voluntarios, sin embargo, no lograron llegar nunca al escenario del conflicto. El vapor *Ward Jackson*, en el que viajaban 200 voluntarios originarios de Gravesend, encalló en un banco de arena en el Báltico. Autores y personalidades de la izquierda tan variopintas como Garibaldi y Marx polemizaron contra los rusos. Pero la triste realidad fue que ninguna gran potencia tuvo el menor interés en ayudar a los polacos. Gran Bretaña, Francia y Austria enviaron al zar dos notas diplomáticas conjuntas solicitándole que hiciera concesiones, pero no consiguieron nada. Los prusianos sugirieron incluso llevar a cabo una acción conjunta con los rusos contra los rebeldes, aunque acabaron pensándoselo mejor y olvidando la propuesta. La intervención resultaba en cualquier caso bastante difícil desde el punto de vista logístico. A diferencia de los italianos, los polacos estaban solos y tendrían que pagar por ello.

Marcar un rumbo en la corriente de los tiempos

A mediados de la década de 1860, Napoleón empezó a tener que hacer frente a una progresiva oposición a su dictadura, pro-

cedente del poder económico y financiero cada vez mayor de la clase media. Se vio así obligado a conceder una serie de reformas que inauguraron la última etapa de su gobierno, el llamado «imperio liberal». Sus aventuras en el exterior, fuera y dentro de Europa, habían resultado enormemente costosas, y las reformas militares aprobadas con la Ley del Ejército de 1868 acarrearon nuevos gastos. Las obras públicas que emprendió propiciaron la contratación de créditos gigantescos que requirieron la aprobación del cuerpo legislativo con carácter retroactivo. Las elecciones de 1869 supusieron un aumento de 1,5 millones de votos a favor de la oposición, que llegó a obtener 3,5 millones de sufragios frente a los 4,4 millones favorables al gobierno. Obligado a destituir a sus principales ministros y a nombrar a un jefe de gabinete liberal, Émile Ollivier (1825-1913), antiguo republicano moderado que se había ganado una reputación de orador carismático, el emperador tuvo que conceder una nueva Constitución en abril de 1870, ratificando la liberalización que había tenido lugar a lo largo de los anteriores años de la fase del «imperio liberal». La Constitución fue aprobada en un plebiscito con más del 80 % de los votos a favor, pero ese éxito electoral no podía ocultar el hecho de que los pilares fundamentales de la dictadura habían empezado finalmente a derrumbarse.

Sin embargo, el emperador no había abandonado todavía su incesante búsqueda de la popularidad, así que decidió salir una vez más en pos de la gloria militar. No tardaría en presentarse una nueva ocasión de ganarse el apoyo de los patriotas franceses en forma de la amenaza que acechaba al país por el este, la Alemania unida. Allí, el fermento de la actividad nacionalista inspirado por la unificación de Italia encontró su expresión más clara en el Nationalverein, la Asociación Nacional, establecida en 1859, que enseguida encontró numerosos adeptos entre los liberales de clase media. Dos años después los liberales resurgidos fundaron el Partido Progresista, entre cuyos objetivos estaba la elección de los gobiernos y de los órganos administrativos, en

sustitución de los nombramientos a dedo, la garantía de las libertades civiles y religiosas, y, lo que era más importante, la sustitución del ejército prusiano tradicional, con sus oficiales reaccionarios y su independencia de la supervisión de los órganos legislativos por tratarse de una institución responsable únicamente ante el rey, por una milicia popular, en la misma línea de la Guardia Nacional tan popular entre los liberales moderados de 1848. La milicia estaría supeditada al control presupuestario y a la supervisión de un órgano legislativo de carácter electivo. Los nacionalistas liberales sabían que una razón primordial de su derrota en 1848 había sido la incapacidad del Parlamento nacional reunido en Fráncfort de establecer un control sobre los ejércitos de Prusia, Austria y los demás estados, y ahora estaban decididos a no cometer el mismo error.

La experiencia de 1848 les había enseñado además que la idea de una Alemania unificada que coincidiera con las fronteras de la Confederación Germánica no era viable. La Confederación había sido resucitada por el llamado Preacuerdo de Olomouc el 29 de noviembre de 1850, y con él se había reafirmado la hegemonía austríaca. Los desvelos del Parlamento de Fráncfort habían dejado meridianamente claro que los checos de Bohemia no iban a poder ser absorbidos en un estado dominado por una población de lengua alemana. Y otra cosa igualmente importante era que, como había demostrado la reafirmación de su autoridad en 1849, los Habsburgo no iban a permitir que ninguna parte de su imperio que cayera dentro de las fronteras de la Confederación Germánica les fuera arrebatada y fuera asignada a un nuevo estado-nación alemán. Si Alemania quería ser unificada, debería serlo sin Austria y sin Bohemia, sin los Habsburgo y sin la Confederación Germánica. Eso significaba que tendría que ser encabezada por Prusia. El problema era que Prusia no era un estado liberal. Durante casi una década en el poder, el principal ministro del reino, Otto von Manteuffel (1805-1882), había modernizado la administración pública y había liberalizado la economía,

pero también había fomentado el papel de la policía como una influencia positiva y determinante dentro de la sociedad, y había protegido el lugar central que ocupaba el Ejército profesional dentro del estado.

Manteuffel fue destituido en 1858 cuando el reaccionario príncipe Guillermo (1797-1888) se hizo cargo de la regencia tras la incapacitación de Federico Guillermo IV a consecuencia de un gravísimo ataque de apoplejía (moriría tres años más tarde, en 1861, momento en el que subió al trono Guillermo). Sorprendentemente, el nuevo regente nombró un gobierno relativamente liberal y proclamó el advenimiento de una «nueva era» en la política prusiana en un intento de contener la creciente agitación de los nacionalistas liberales en la Cámara. No tuvo demasiada aceptación. Entusiasmados con el éxito de la unificación de Italia, los progresistas prusianos emprendieron una gran ofensiva para intentar hacerse con el control del ejército y poner en práctica su plan de crear una milicia. Pero en 1862, un año después de su formación, cuando el voto censitario aseguró a los progresistas de clase media una posición de predominio en la Cámara, no habían conseguido nada. Para empeorar las cosas, los militares introdujeron un nuevo sistema de alistamiento obligatorio universal y aumentaron la duración del servicio militar de dos a tres años, reforzando enormemente el volumen y la influencia del Ejército bajo la administración existente. De modo que los progresistas ejercieron uno de los pocos poderes reales que tenía la Cámara, el derecho a aprobar los presupuestos del Estado, y votaron en contra de la medida. Sin el visto bueno del Parlamento habría sido ilegal recaudar impuestos o gastar dinero en mantener el gobierno y la administración en funcionamiento. Y los diputados no estaban dispuestos a conceder su aprobación hasta que no ganaran la disputa sobre la sustitución del ejército por la milicia.

Ante aquel callejón sin salida, Guillermo I recurrió al político más duro y más conservador que conocía: Otto von Bismarck.

Los orígenes familiares de Bismarck se situaban en la aristocracia terrateniente y militar prusiana. Neurótico, hipocondríaco y frecuentemente enfermo, Bismarck era a pesar de todo un hombre de una energía enorme y de un apetito pantagruélico. En 1880 una personalidad que visitó su finca comentó que después de tomar un almuerzo consistente en «roast beef o bistec con patatas, venado asado frío, distintas clases de aves, pudding, etc»., para cenar se comía «seis platos y postre», y luego, poco antes de la media noche, tomaba otro refrigerio que llamaba el «té». Tomaba vino en cada comida, incluido el desayuno, y bebía cerveza durante el paseo a caballo de primera hora de la tarde: no es de extrañar, por tanto, que se cayera de su cabalgadura, según confesaba él mismo, más de cincuenta veces. Tras una juventud disipada, durante la cual se batió varias veces en duelo, Bismarck sentó la cabeza y llevó una vida conyugal piadosa. Desde el primer momento fue muy franco respecto a su ambición, que, según escribía en 1838, «aspira más a mandar que a obedecer». Orador poco elocuente, de voz chillona, nunca fue una figura particularmente carismática, y era incapaz de mover a la gente del modo en que era capaz de moverla un hombre como Gladstone. Pero era un político despiadado y calculador que no tenía el menor escrúpulo a la hora de utilizar la fuerza para conseguir sus fines.

Durante toda su vida Bismarck fue un defensor apasionado de la independencia y el poder de Prusia. Impresionado por la actitud ultraconservadora mostrada en 1847-1848, Federico Guillermo IV lo había nombrado en 1851 representante de Prusia en las reuniones plenarias de la Confederación Germánica, encargado de defender los intereses prusianos. Fue durante sus ocho años en este puesto cuando Bismarck llegó a aceptar, como él decía, que «la política es el arte de lo posible». Más adelante diría reflexionando acerca de la naturaleza de la política: «No se puede crear ni desviar la corriente del tiempo, solo se puede viajar en ella y llevar el timón con más o menos pericia y habilidad, con el

fin de evitar el naufragio». La corriente de los tiempos en la década de 1860, tras el enorme impulso dado al movimiento en pro de la unificación alemana por los sucesos de Italia, avanzaba, como el propio Bismarck reconocía, con toda rapidez y de manera imparable hacia una Alemania unida. Bismarck estaba decidido a que la corriente no arrastrara a la nave del estado prusiano hacia los escollos del liberalismo. Prusia debía permanecer intacta, lo mismo que sus instituciones fundamentales: un Ejército fuerte, profesional e independiente, una monarquía autoritaria, y una aristocracia terrateniente y militar dominante.

El 23 de septiembre de 1862 el rey lo nombró ministro-presidente de Prusia y ministro de Asuntos Exteriores. Una semana más tarde Bismarck se enfrentó cara a cara con el comité presupuestario. No tuvo pelos en la lengua: «Prusia —afirmó— debe concentrar y mantener su poder para agarrar el momento favorable que ya se nos ha escapado de las manos varias veces. Las fronteras de Prusia, según los tratados de Viena, no son favorables para una vida saludable del estado. Las grandes cuestiones de la época no se resolverán mediante discursos y decisiones de la mayoría —ese fue el gran error de 1848 y de 1849—, sino por medio del acero y de la sangre». No habría podido calcularse nada mejor para infundir terror a los liberales prusianos. Pero ¿qué querían decir exactamente las dramáticas y escalofriantes palabras de Bismarck? En primer lugar, resultaba evidente con solo mirar el mapa que Prusia era, efectivamente, una especie de creación chapucera. Mientras que las zonas medulares del viejo estado prusiano, la Prusia Oriental y la Prusia Occidental, se hallaban fuera de la Confederación Germánica, la parte más nueva del reino, Renania-Westfalia, añadida por el congreso de Viena, estaba separada del resto de Prusia por el reino de Hannover. Estas zonas occidentales se estaban revelando a mediados del siglo XIX una ventaja enorme para Prusia: centros tradicionalmente de la manufactura y el comercio, estaban experimentando últimamente una rapidísima industrialización a gran escala. Pero te-

nían que ser gobernadas por separado, disponían de unas leyes y unos sistemas administrativos diferentes, y la comunicación con el resto del reino resultaba comprensiblemente difícil. El reino de Hannover había venido siendo gobernado por los reyes de Inglaterra hasta 1837, pero casualmente la ascensión al trono de la reina Victoria, que, como mujer, no podía ejercer como monarca en Alemania en virtud de la ley sálica, cortó los lazos que tenía Hannover con la potencia comercial y naval más importante del mundo. Bismarck vio por tanto la oportunidad de reunir los diferentes trozos en que estaba dividida Prusia en un solo Estado.

La clave, vio con claridad Bismarck, estaba en organizar debidamente la destrucción de la Confederación Germánica. La ruta hacia ese objetiva pasaba por abordar la célebre cuestión de Schleswig-Holstein, que era tan complicada que Palmerston llegó a declarar en una ocasión: «Solo tres personas han llegado a comprender realmente la cuestión de Schleswig-Holstein: el príncipe consorte, que ya ha fallecido; un profesor alemán, que se ha vuelto loco; y yo, que la he olvidado por completo». El problema, que había saltado ya al primer plano en 1848, volvió a ponerse en el candelero en 1863, cuando el rey Federico VII de Dinamarca murió sin herederos. Como las leyes permitían la sucesión por la línea femenina en Dinamarca, pero no en la Confederación Germánica, a la que pertenecían ambos ducados, el nuevo rey danés, debido a la vigencia en ella de la ley sálica, Cristián IX, que había heredado el trono por línea materna, no podía convertirse en duque de Schleswig y de Holstein, títulos que habría de pasar a algún pariente que los heredara por línea paterna. Detrás de esta disputa por lo demás incomprensible se ocultaba el choque entre el nacionalismo alemán y el danés, pues un bando respaldaba a un candidato danés y el otro a uno alemán. Además, los daneses aprobaron una nueva Constitución que socavaba el poder tradicional que ostentaba la aristocracia terrateniente de lengua alemana de Schleswig, el más septentrional de ambos ducados, que formaba frontera con Dinamarca propiamente

dicha. El ministro-presidente prusiano exigió la retirada de esa Constitución, pero los daneses se negaron. La disputa fue subiendo de tono hasta que Bismarck convenció a Austria, en nombre de la Confederación Germánica, de que se uniera a Prusia para obligar a los daneses a renunciar a sus derechos sobre los ducados.

El 1 de febrero de 1864, un contingente de 38.000 soldados prusianos (reforzados posteriormente con otros 20.000) y 23.000 austríacos atravesó Holstein y cruzó la frontera de Schleswig. En medio de una fortísima nevada el ejército danés se vio obligado a abandonar sus posiciones defensivas fronterizas y a retirarse a la importante fortaleza de Dybbøl, que fue sitiada y finalmente tomada por asalto por 10.000 soldados prusianos el 18 de abril, con numerosas pérdidas por ambas partes. Cuando las negociaciones entabladas en Londres encallaron, las tropas alemanas siguieron adelante hasta que a finales de junio lograron expulsar de ambos ducados a las últimas fuerzas danesas. Cuando los prusianos empezaron a avanzar por el interior de Dinamarca propiamente dicha, los daneses se rindieron. El 30 de octubre fueron obligados a abandonar los dos ducados, que pasaron a ser gobernados respectivamente por Austria y por Prusia; a todo esto Dinamarca perdió casi una cuarta parte de su población, incluidos 200.000 ciudadanos de lengua danesa. Dado el entusiasmo que habían mostrado en 1848 los nacionalistas alemanes por la causa de Alemania en los ducados, estaba totalmente fuera de discusión que los liberales prusianos se opusieran a aquellas acciones.

El siguiente paso que dio Bismarck fue, sin embargo, más controvertido. La guerra contra Dinamarca había introducido otra anomalía geopolítica en el norte de Alemania en forma de la administración del ducado de Holstein, el más meridional de los dos, por Austria, tal como habían acordado austríacos y prusianos en la convención de Gastein de 1865. A Prusia le interesaba incorporarlo a su territorio junto con Schleswig, y Bismarck vio en las continuas disputas entre la monarquía de los Habsburgo y

Prusia por la administración de los ducados la oportunidad para lanzar una guerra contra Austria que finalmente condujera a la expulsión de los Habsburgo de Alemania. Cuando Viena apeló a la Confederación Germánica para que mediara en la disputa, Bismarck declaró nula la convención de Gastein e invadió Holstein. Austria persuadió a la Confederación Germánica de que se movilizara contra Prusia, consiguiendo el apoyo de algunos estados alemanes del sur, como Baviera, que temían las consecuencias que pudiera tener la dominación prusiana para su independencia. Bismarck respondió declarando que la Confederación había dejado de existir. Había preparado ya el terreno asegurándose una alianza con los italianos, que seguían necesitando expulsar a Austria del Véneto, todavía bajo control de los Habsburgo, y la neutralidad benévola de Francia, alcanzada en una entrevista con Napoleón III en Biarritz. Rusia seguía enemistada con los austríacos por el comportamiento que estos habían tenido durante la guerra de Crimea y veían en una Prusia fuerte un baluarte contra una Polonia independiente. Gran Bretaña no consideró el conflicto relevante para sus intereses. El camino, por consiguiente, estaba despejado.

La mayoría de los observadores predijeron una victoria de la Confederación capitaneada por los austríacos. El comandante en jefe de las fuerzas prusianas era Helmuth von Moltke (1800-1891), un soldado intelectual que había publicado una novela y había traducido al alemán la obra de Gibbon (o al menos la mayor parte de ella) *Decadencia y caída del Imperio romano*. Moltke tenía un pasado cosmopolita: su esposa era inglesa y durante la década de 1830 había prestado servicio en el ejército otomano en Egipto. Estudioso del teórico militar prusiano Carl von Clausewitz, se sentía fascinado por el uso del ferrocarril en la guerra (y de hecho era director de una compañía ferroviaria). Creía que una agresión rápida y contundente era la mejor manera de ganar una guerra, y dividió las enormes columnas de la infantería prusiana en unidades más pequeñas, más móviles y tácticamente

más activas, dejando en buena parte la iniciativa de su despliegue a sus respectivos mandos, para escándalo de muchos comentaristas expertos en estrategia militar. En cambio, la doctrina militar austríaca hacía hincapié en el ataque como un principio erróneo que había conducido al primer Napoleón al desastre, y depositaba toda su fe en la estrategia defensiva basada en las fortalezas militares y en las posiciones fortificadas. El principal militar austríaco, el general Ludwig von Benedek (1804-1881), que debía su posición al valor mostrado en la guerra contra Italia en 1859, se jactaba de que nunca leía libros de estrategia militar y comentaba que «las únicas dotes que necesitaba un jefe de Estado Mayor era un estómago fuerte y una buena digestión». Convenció a Francisco José de que pusiera la planificación estratégica de la campaña en manos de su mejor amigo, el general Alfred von Henikstein (1810-1882), al que valoraba no como estratega, sino como «padre de familia, gigoló, comilón, jugador y cazador de venados». Convertido en el baluarte del poder imperial en 1848 y de nuevo en la década de 1850 a través del neoabsolutismo, el ejército austríaco había sido generosamente recompensado con premios en metálico, que había gastado en lujos y uniformes, y en cargos administrativos extraordinarios, en gran medida inútiles, y no en modernizar su armamento y sus pertrechos. Muchos de los soldados rasos eran hombres poco cultos, mal preparados, enclenques y esmirriados, a diferencia de sus homólogos prusianos.

Benedek decidió concentrar sus fuerzas en torno a la fortaleza de Königgrätz (o Sadowa), para cortar el paso a cualquier invasión prusiana que fuera en dirección al sur procedente de Silesia. Moltke hizo avanzar rápidamente a los tres ejércitos prusianos por los puertos de montaña de Bohemia hacia las posiciones de los austríacos, que no supieron reaccionar y se quedaron sin hacer nada. Tras una serie de enfrentamientos menores las dos fuerzas principales se encontraron en Sadowa el 3 de julio de 1866. Guillermo I iba nominalmente al mando de sus tropas, pe-

ro en la práctica era Moltke el que llevaba la voz cantante. No todo le salió a pedir de boca. Los problemas con las comunicaciones telegráficas y la improvisación en el último minuto del transporte ferroviario supusieron que solo dos de los tres ejércitos prusianos hubieran llegado a tiempo cuando dio comienzo la batalla. Por consiguiente unas 240.000 tropas austríacas y sajonas se enfrentaron a un contingente de solo 135.000 soldados prusianos. Las apuestas estaban decididamente a favor de Benedek cuando se rompieron las hostilidades.

Las fuerzas austríacas habrían podido ser incluso más numerosas si Benedek no hubiera tenido que desplegar a 75.000 hombres para hacer frente al ataque de un ejército piamontés una semana antes, cuando el reino de Italia decidió aprovechar el estallido de la guerra para invadir el Véneto. Los italianos estaban muy mal pertrechados: su principal general, Alfonso La Marmora (1804-1878), reconocía que de los 200.000 hombres reunidos «solo la mitad podrían considerarse verdaderos "soldados"», y los espías austríacos comunicaban que «reina el caos en todo el frente… las tropas italianas no tienen dónde dormir y están hambrientas». No se había llevado a cabo planificación estratégica alguna y desde la unificación alcanzada hacía cinco años había habido seis ministros de la Guerra distintos. El rey mandó llamar a Garibaldi para que reclutara un ejército de voluntarios, pero aquella «canalla revolucionaria», como los llamaba en privado Víctor Manuel, era «tratada como una piara de cerdos» por los oficiales regulares. Empezó a cundir el descontento y «un comandante del regio ejército fue apuñalado por sus propios hombres», según comunicaba eufóricamente un espía austríaco. Cuando los dos contendientes se enfrentaron en junio de 1866 en la segunda batalla de Custoza, se impuso la superioridad de la artillería austríaca y los italianos huyeron despavoridos. Los caminos estaban «atestados de tropas italianas, carretas y soldados rezagados», como decía el informe de un oficial. Pero el comandante en jefe de los austríacos, el archiduque Alberto (1817-

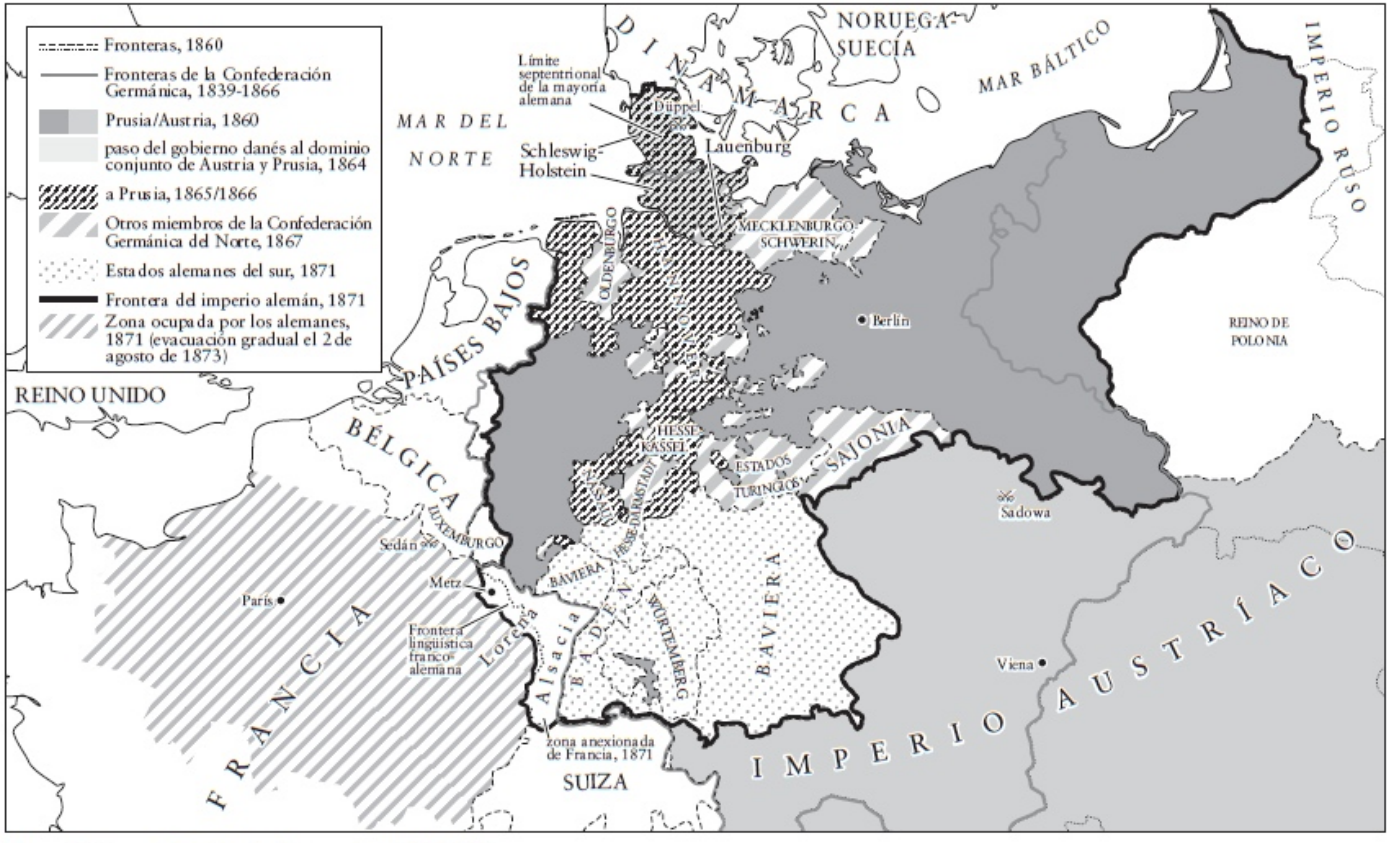
1895), consternado por las numerosas bajas sufridas, se negó a perseguir al enemigo vencido. Llenos de indignación, sus oficiales expresaron su «asombro». Alberto había desperdiciado la ocasión de convertir su triunfo en una victoria definitiva.

En Sadowa, mientras tanto, la suerte del conflicto parecía pendiente de un hilo. El centro de las fuerzas prusianas quedó inmovilizado debido a la superioridad de la artillería austríaca. «Moltke —gimió Guillermo I—, estamos perdiendo la batalla». Pero para desolación de algunos de sus oficiales, Benedek se negó a contraatacar. Indeciso y confuso, no tenía ni idea de qué dirección debía tomar para efectuar el avance, y pese a su formidable ventaja numérica vaciló. En medio de una lluvia copiosísima, el III Ejército prusiano, con sus cien mil hombres al mando del príncipe heredero, luchaba denodadamente por abrirse paso a lo largo de un frente de cuarenta kilómetros hasta el campo de batalla, con sus cañones y pertrechos atascados en el barro. A las 14.30, sin embargo, llegó finalmente a su destino, y cargó contra el flanco derecho de los austríacos. Mientras que Benedek no había sabido actuar, Moltke había ideado una estrategia clásica de envolvimiento, y metió hombres y cañones en una brecha abierta en el centro de la formación austríaca, al tiempo que empezaba a acorralar a ambos flancos por un lado y por otro. Calificado posteriormente por un oficial como hombre «apático y fatalista», Benedek emprendió la retirada, que a partir de las 15.00, cuando los prusianos abrieron fuego contra las filas austríacas, se convirtió en una huida a la desbandada. Miles de hombres salieron huyendo, presa de lo que más tarde una comisión de investigación calificaría de «pánico extremo», perseguidos por los húsares prusianos que los acosaban con sus sables. Cientos de soldados austríacos perecieron ahogados intentando cruzar el río Elba. Los prusianos perdieron 9.000 hombres en el combate, entre muertos, heridos, capturados o desaparecidos, mientras que las bajas sufridas por el ejército de los Habsburgo sumaron más de 40.000 soldados, de los cuales más de la mitad fueron he-

chos prisioneros. Los austríacos y sus aliados no tenían más efectivos con los que responder al ataque prusiano. Moltke ocupó Praga y empezó a avanzar hacia Viena. En poco tiempo las requisiciones llevadas a cabo por sus columnas en la Baja Austria, la región situada al norte del Danubio, redujeron la zona a «un inmenso desierto». Con la moral por los suelos, Francisco José pidió la paz. El 26 de julio de 1866 el armisticio firmado en Praga puso fin a la guerra.

Guillermo I y los generales querían seguir adelante y tomar la capital austríaca para imponer unas condiciones más duras a los Habsburgo vencidos. Pero Bismarck, que había estado presente en el campo de batalla, sabía que aquello solo habría conducido a intensificar la resistencia de los austríacos y a dejarlos amargados y resentidos, y dispuestos a unirse a cualquier futura alianza contra Prusia. Desde el punto de vista de Bismarck, los objetivos más importantes y claramente articulados de la guerra ya se habían conseguido. Austria había sido expulsada de Alemania. Dando muestras una vez más de su implacable desprecio por la tradición y la legalidad, Bismarck desalojó del trono al rey de Hannover y convirtió su reino en una provincia prusiana, salvando así el abismo que separaba las dos mitades del estado prusiano. Además Bismarck se quedó con varios otros territorios alemanes, en particular con la ciudad hasta entonces autónoma de Fráncfort, la capital financiera de Alemania, que, como Hannover, se había alineado en el bando equivocado durante la guerra. Bismarck habría podido aprovechar la ocasión para limitar el poder del Parlamento prusiano. Pero sabía que un gobierno moderno necesitaba a largo plazo el apoyo de la clase media liberal. Por consiguiente, reconoció la legitimidad de la cámara legislativa prusiana introduciendo un proyecto de Ley de Indemnización que invitaba a los diputados a aprobar con efecto retroactivo el quebranto de la ley que había cometido recaudando impuestos sin el visto bueno del Parlamento desde 1862. Como pretendía Bismarck, aquella iniciativa dividió a los liberales, una

minoría de los cuales se negó a aprobar la medida, que en cualquier caso salió adelante y que, entre otras cosas, permitió marginar a los conservadores prusianos recalcitrantes que habían insistido en introducir una Constitución más autoritaria. De manera aún más chocante para los conservadores, Bismarck creó entonces una nueva unión de veintidós estados alemanes, a la que denominó Confederación Germánica del Norte. Esta nueva entidad era casi un estado nación alemán, con un Parlamento, el Reichstag, que, sorprendentemente, era elegido por sufragio universal de los varones, en contraste con las restricciones censitarias que regían el derecho de voto en la propia Prusia. En este sentido Bismarck seguía el ejemplo de Napoleón III, adelantándose a la clase media para apelar a las que él suponía que eran las masas leales y conservadoras de las zonas rurales.



MAPA 8. La unificación de Alemania, 1860-1873.

Bismarck se aseguró de que los poderes del Reichstag fueran limitados; el Parlamento tenía el derecho de aprobar las leyes, pero no de proponerlas, y no podía nombrar ni destituir gobiernos ni ministros, facultad que seguía siendo privilegio del presidente de la Confederación, que no era ni más ni menos que el propio Guillermo I de Prusia. El predominio de Prusia quedó sellado en el órgano ejecutivo de la Confederación Germánica del Norte, el Bundesrat o Consejo Federal, que de hecho siempre podía superar en votos a los representantes de cualquier otro estado miembro. El presidente era además el comandante en jefe del ejército conjunto de la Confederación, y podía convocar y disolver el Reichstag. Por debajo del presidente estaba el canciller federal, que por costumbre, aunque no por ley, sería también el ministro-presidente de Prusia, o lo que es lo mismo en otras palabras, el propio Bismarck. El propósito de estas medidas era la perpetuación de Prusia y de las instituciones prusianas, sobre todo el ejército, en la nueva era del incipiente estado nación alemán. Al mismo tiempo el predominio prusiano significaba en algunos estados en demasiados aspectos atrasados o desordenados como Hannover su liberalización, lo que llevó a muchos liberales a ponerse de parte de la nueva ordenación.

Los acontecimientos de 1866 tuvieron unas repercusiones tremendas sobre el resto de Europa. Tras su derrota a manos de Prusia, Austria se dio cuenta de que no podía seguir luchando contra los italianos a pesar de la victoria obtenida en Custoza, y capituló, dejando que los acuerdos de paz cedieran el resto de la Italia septentrional al estado Italiano, resultado que dio pie a la broma que hizo un diplomático ruso en una conferencia de paz a finales de siglo, cuando comentó que como los italianos reclamaban más territorios suponía que era porque debían de haber perdido otra batalla. La monarquía de los Habsburgo se sumió en una profunda crisis. Se dice que el depuesto emperador Fernando I comentó: «No sé por qué nombraron a Francisco José; yo habría podido ser tan bueno como él perdiendo batallas». Inme-

diatamente estallaron disturbios en Hungría. La Dieta elegida en 1865 tenía una mayoría de nacionalistas de tendencia liberal moderada, liderada por Francisco Deák. Con la ayuda del conde Gyula Andrássy, que acababa de regresar del exilio como consecuencia de una amnistía, Deák aprovechó la ocasión proporcionada por la expulsión de la monarquía de la ya extinta Confederación Germánica y el consiguiente cambio en el equilibrio de fuerzas existente en los dominios de los Habsburgo. Temerosos de que si daban nuevos pasos hacia la independencia absoluta pudieran animar a las otras nacionalidades del país, y en particular a los eslavos, a seguir su ejemplo, los húngaros empezaron a negociar con Francisco José una reestructuración del imperio y su conversión en una monarquía dual, dividida en una mitad austríaca y otra húngara, cada una con su propio gobierno, su propia cámara legislativa, sus propias leyes y su propia administración.

MAPA 9. Austria y Hungría, 1848-1868.

El pacto reservaba el control de las fuerzas armadas, de la política exterior y de las finanzas a la autoridad central de Viena, y lo dejaba en manos de ministros comunes, aunque cada mitad de la monarquía debía ser consultada para las acciones de mayor relevancia, como la conclusión de los tratados internacionales. Las respectivas cámaras austríaca y húngara debían negociar a través de delegaciones, descansando el poder en último término en el monarca. Francisco José fue coronado rey de Hungría el 8 de junio de 1867 y firmó la ley del Ausgleich o Compromiso el 28 de julio de ese mismo año. Los nacionalistas checos capitaneados por Frantisek Palacký se opusieron y boicotearon durante ocho años la Cámara austríaca, bajo cuyo ámbito de competencia estaban. Los croatas fueron apaciguados mediante la concesión del uso del serbocroata como lengua oficial y debido a las generosas disposiciones en materia de retención de los impuestos recaudados. Otras nacionalidades —eslovacos, serbios, rumanos, italianos o sajones— fueron incluidas en la Ley de Nacionalidades aprobada en 1865 con concesiones significativas en lo tocante al uso de sus lenguas en las escuelas. La corona, ahora controlada por una administración central que llevaba el título de *kaiserlich und königlich* [*k. u. k.*], «imperial y real», correspondiente a las dos mitades de la monarquía dual, conservó la mayor parte de sus poderes fundamentales. El hecho de que estos pactos perduraran a lo largo de otro medio siglo demuestra que fueron una solución razonablemente eficaz de los problemas que habían venido acosando a los Habsburgo desde 1848.

En Alemania la victoria prusiana marginó a los políticos separatistas de los estados del sur, capitaneados por Baviera, donde los nacional-liberales suscitaban en aquellos momentos un entusiasmo casi imparable en pro de un último paso hacia la unificación que supusiera la extensión de la Confederación Germánica del Norte a las regiones del sur. Pero en medio estaba Francia. Tras la victoria de Prusia, Napoleón III empezó a buscar la manera de limitar la amenaza para su país que él veía en la apari-

ción de una nueva potencia fuerte en la margen derecha del Rin. Pero fue incapaz de encontrar aliados que lo apoyaran: los italianos estaban irritados por la continua defensa militar que ofrecían los franceses a los territorios que le quedaban al papa en Roma y sus alrededores; Gran Bretaña seguía estando por encima del bien y del mal; y Rusia continuaba dando mucha importancia al papel de Prusia en Polonia. No obstante, la fiebre guerrera empezó a adueñarse de la élite política francesa. Ya en febrero de 1869 el ministro de la guerra dijo a sus colegas del Consejo de Ministros en París que «la guerra con Prusia es inevitable e inminente. Estamos armados como no lo habíamos estado nunca». Por consiguiente, el emperador se sintió incapaz de permanecer inactivo cuando el 2 de julio de 1870 un miembro de la rama menor de la familia real prusiana, el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen (1835-1905), recibió la oferta de ocupar el trono de España, que había quedado vacante debido a la abdicación forzosa de Isabel II. Francia consideraba a España parte de su esfera de influencia y pensó que Bismarck y Guillermo I estaban detrás de semejante candidatura. El resultado, temía la opinión pública francesa, habría sido una doble amenaza prusiana por el sur y por el este.

Bismarck se ganó la simpatía internacional afirmando en aquel momento y también después que la candidatura del príncipe Leopoldo había supuesto para él una sorpresa absoluta. No sería hasta después de la segunda guerra mundial cuando salieran a la luz ciertos documentos del archivo de los Sigmaringen que demostraban que el padre de Leopoldo había consultado a Guillermo I en cuanto España hizo los primeros intentos de aproximación, y que Bismarck había aconsejado al rey que apoyara su candidatura. Y ello no porque Bismarck deseara la guerra; para él aquella era tan solo una palanca más con la que ejercer presión diplomática. De hecho, cuando el embajador francés, el conde Vincent Benedetti (1817-1900), se entrevistó con Guillermo I en el balneario de Bad Ems, el soberano accedió a retirar

su apoyo a Leopoldo, que se recluyó en sus posesiones y no llegó a reinar nunca, aunque su hermano y su hijo sí que ocuparon el trono de Rumanía. La cuestión parecía solventada. Sin embargo, el monarca prusiano fue abordado durante un paseo por el embajador francés, que le planteó nuevas exigencias. Guillermo rechazó «incluso con cierta severidad» las «inoportunas» demandas de Benedetti, que pretendía que Prusia no apoyara una candidatura como la de Leopoldo en ningún momento, ni en el presente ni en el futuro, y envió a su ayudante de campo (*aide-de-camp*) a decir al embajador que no estaba dispuesto a recibirlo nunca más. El Estado Mayor de Guillermo I envió un telegrama a Bismarck informándole del resultado. El breve resumen del telegrama que hizo público el canciller omitía las frases de cortesía con las que Guillermo había adornado su conversación con Benedetti. Pero el equívoco fundamental estuvo en el error de traducción del término francés *aide-decamp* por el de simple «asistente», que hacía que diera la impresión de que había sido un mero suboficial de bajísimo rango, y no un asistente personal del monarca, el que había sido enviado a entregar al embajador la respuesta negativa del rey. Esta ofensa aparente le bastó a Napoleón III, que andaba ya buscando otro éxito en el exterior que fomentara su popularidad en declive dentro de su país, para hacer pública una declaración de guerra.

¿Cuáles fueron los motivos del comportamiento agresivo y turbio de Bismarck? En primer lugar, la caída del gabinete proprusiano de Baviera en febrero de 1870 y su sustitución por un gobierno del Partido Patriótico, católico, antiprusiano, y profrancés, amenazaba con hacer descarrilar los avances hacia la unificación. Y Bismarck temía que este acontecimiento pudiera repetirse en otros estados del sur de Alemania. En segundo lugar, las reformas militares en Francia, aunque incompletas, significaban que en un futuro próximo la fortaleza militar de los franceses sería más formidable de lo que ya era. En tercer lugar, los franceses, por entonces solos, podrían también conseguir aliados en un

futuro próximo; de hecho, Napoleón III apostaba por la posibilidad de que austríacos y daneses escogieran aquel momento para vengarse. En cuarto lugar, Bismarck pensó que en ese momento le habría resultado fácil hacer aparecer al emperador francés como el agresor y evitar de ese modo la intervención internacional. Ambos bandos procedieron a movilizar sus fuerzas. Casi todos pensaron que vencerían los franceses, igual que casi todos habían pensado en 1866 que habrían vencido los austríacos. Pero mientras que Moltke dejó a sus oficiales bastante libertad para que tomaran sus propias decisiones tácticas, la rígida cadena de mando francesa obligó a los oficiales de Napoleón a efectuar una serie de maniobras lentas y en gran medida defensivas. La cadena de mando del Estado Mayor General prusiano —el único Estado Mayor que había en Europa por entonces— fue mucho más decisiva y eficaz. En el momento en el que se produjeron los primeros enfrentamientos, los franceses habían trasladado al frente 250.000 hombres, muchos de ellos armados y pertrechados de forma inadecuada, mientras que los prusianos y sus aliados desplegaron en la frontera 320.000 soldados listos para el combate. Los servicios de inteligencia franceses eran bastante deficientes y la captura de la localidad de Wissembourg por 80.000 soldados prusianos y bávaros el 4 de agosto de 1870 cayó completamente por sorpresa al general francés que acababa de inspeccionar la ciudad el día antes. Los reclutas franceses, mal adiestrados, disparaban sin ton ni son y de manera descoordinada, de modo que no tuvieron nada que hacer frente a las tropas prusianas bien disciplinadas. En Frœschwiller y Spicheren, los ejércitos franceses, atrincherados en posiciones defensivas, se vieron superados por los alemanes. Estas victorias iniciales allanaron el camino para el avance de los prusianos por territorio francés; supusieron de hecho una conmoción enorme para la opinión pública de toda Europa, disuadiendo a austríacos, daneses e italianos de intervenir, provocando la caída del gobierno francés, y avivando las críticas cada vez más feroces de los periodistas y políticos re-

publicanos hacia la figura del emperador. Enfermo de gota y con problemas renales, con el rostro «marcado por el sufrimiento», según cierta versión, Napoleón III cedió el mando finalmente al mariscal Achille Bazaine (1811-1888), rudo militar que había ascendido desde los rangos más humildes y había combatido en México y en Crimea.

Pero Bazaine vaciló, absorto como estaba en las disputas que mantenía con otros mandos, con el emperador y con la emperatriz Eugenia, que se hallaba al cargo de los asuntos en París. Sin recibir órdenes expresas de Moltke, 30.000 soldados prusianos avanzaron briosamente al encuentro de las 150.000 tropas francesas apostadas en las posiciones defensivas de Mars-la-Tour, en el noreste de Francia. En medio del anochecer los húsares prusianos efectuaron una carga, engañando a los integrantes de la infantería francesa al grito de «*Vive la France! Vive l'empereur*!», para luego ensartarlos en sus lanzas. Bazaine no había sabido aprovechar su superioridad numérica ordenando a sus hombres que avanzaran. Bajo el fuego pesado de la artillería prusiana, y preocupado por el enorme gasto que estaba haciendo de munición y pertrechos, Bazaine se retiró hacia Metz, dando lugar a la primera gran batalla importante de la guerra, la de Gravelotte, el 18 de agosto de 1870, en la que 200.000 soldados alemanes provistos de 730 cañones se enfrentaron a 160.000 franceses con 520 cañones. Una vez más Bazaine permaneció quieto, permitiendo que su línea fuera rebasada por los flancos. Cuando sus subordinados le dijeron enfurecidos que moviera sus tropas para hacer frente al enemigo, Bazaine siguió sin hacer nada, hasta que se vio obligado a replegar a sus hombres. La guerra se precipitó entonces rápidamente hacia su conclusión. Mientras Bazaine se retiraba con sus 140.000 hombres a la fortaleza de Metz, Moltke desplegaba un ejército de 150.000 efectivos para rodearla, repeliendo el único intento de efectuar una salida que hicieron los franceses. Un nuevo ejército reunido precipitadamente por Napoleón III y el mariscal Patrice MacMahon (1808-1893), cuyos

antepasados irlandeses habían emigrado a Francia en 1688 tras la derrota del rey Jacobo III (1633-1701), avanzó a socorrer Metz. Pero este contingente fue bloqueado en Beaumont y luego rodeado por los ejércitos alemanes, integrados ahora por unos 200.000 hombres, cerca de la fortaleza de Sedán. «Estamos metidos en un orinal y nos vamos a llenar de mierda», comentó el general francés Auguste-Alexandre Ducrot (1817-1882), que asumió el mando cuando MacMahon resultó herido. Bajo el bombardeo incesante de la artillería, el ejército francés se desintegró y, presa del pánico, empezó a huir desordenadamente, dejando tras de sí en el campo de batalla 17.000 bajas entre muertos y heridos (los alemanes perdieron 9.000 hombres).

Viendo que se había acabado el juego, Napoleón envió una carta de rendición dirigida a Guillermo, Moltke y Bismarck. El canciller, que había recibido como regalo una botella de coñac, brindó con todo el mundo en inglés diciendo: «¡Por la unificación de Alemania!», y se bebió la botella entera. En un intento por obtener unas condiciones benignas, Napoleón salió en persona de Sedán y fue a entrevistarse con Bismarck, que lo hizo sentar en un banco a la puerta de una posada. La conversación se desarrolló en el alemán que el emperador había aprendido de niño. Bismarck hizo saber a Napoleón que todo el ejército francés sería hecho prisionero y que el asedio de Metz continuaría. «Entonces todo está perdido», musitó el emperador. «Sí, exactamente —replicó secamente Bismarck—. Realmente todo está perdido». Unos 100.000 soldados franceses fueron obligados a deponer las armas para posteriormente ser trasladados a varios campos de prisioneros. Cuando la noticia llegó a París el 3 de septiembre de 1870, estallaron los disturbios. Unas 60.000 personas se concentraron en la plaza de la Concordia gritando: «¡Muerte a los Bonaparte! ¡Viva la nación!». El 4 de septiembre la Asamblea Nacional proclamó la destitución de la dinastía y la creación de la Tercera República. Napoleón III fue conducido a Kassel,

desde donde finalmente se le permitió partir al exilio en Inglaterra.

Pero la guerra no había acabado. «Todavía tenemos por delante mucho trabajo sangriento», dijo Guillermo I a sus oficiales. Acorralados en la fortaleza de Metz, Bazaine y sus tropas empezaron a padecer hambre; el 30 de setiembre habían sacrificado ya a la mitad de sus caballos para comérselos. Dos gigantescas columnas de soldados que habían salido en busca de provisiones, cada una de ellas integrada por 40.000 hombres, fueron repelidas por el fuego de la artillería prusiana y hechas pedazos por los *chassepots* que los alemanes habían capturado en Sedán. Bazaine se rindió y entregó sus 133.000 soldados y sus 600 cañones a los alemanes el 29 de octubre de 1870. Mientras las tropas francesas marchaban penosamente hacia su cautiverio, los prusianos quedaron sorprendidos al ver la desesperada necesidad de alimento que tenían: «Todo lo que hicieron los franceses desde el 29 hasta el 31 de octubre —comentó uno de ellos— fue comer y hablar de comida». En Francia se formó un gobierno republicano provisional de defensa nacional presidido por Léon Gambetta (1838-1882), que llevaba muchos años mostrando su oposición al imperio. Gambetta se dedicó a continuar la lucha y, tras escapar de París en un globo aerostático, logró reunir un contingente de 250.000 hombres, mientras los alemanes concluían su estrategia de envolvimiento. En una serie de cruentas batallas, los ejércitos franceses reconquistaron Orleans a comienzos de noviembre, pero el ataque lanzado por 60.000 soldados franceses contra Beaune-la-Rolande fue repelido en un durísimo combate, y la salida de París que estaba previsto que se efectuara coincidiendo con ese ataque no llegó a producirse nunca porque el globo que llevaba el correspondiente mensaje desde Beaune fue desviado por el viento y acabó aterrizando en Noruega. Desmoralizados y plagados por las deserciones, el resto de los ejércitos franceses se desintegraron. Todo lo que quedó fueron los 400.000 hombres estacionados como guarnición en París.

Rodeada de ejércitos alemanes por todas partes, París no tardó en quedarse sin comida y a finales de año sus habitantes, cada vez más desesperados, no tenían prácticamente nada que llevarse a la boca excepto pan y poca cosa más. A finales de noviembre de 1870, un intento de salida con 100.000 soldados llevado a cabo con el fin de romper las líneas alemanas fue repelido por el enemigo con la consiguiente pérdida de 12.000 hombres en la batalla de Villiers o de Champigny, de tres días de duración. Y no corrieron mejor suerte otras dos salidas más a gran escala. Los prusianos empezaron a bombardear la capital, pero las pérdidas causadas por las bombas fueron infinitamente menos numerosas que las que produjo el hambre en la ciudad sitiada: en enero de 1871 ascendían a unas 3.000 a la semana. El 10-11 de enero fue destruido en el curso de un ataque sorpresa un ejército francés de 110.000 hombres atrincherado en Le Mans, con la pérdida de 25.000 soldados entre muertos y heridos, a los que habría que sumar 50.000 desertores. Otro ejército de 110.000 hombres fue hecho pedazos en el sur; hombres y caballos morían de enfermedad o de desnutrición, y ni siquiera la llegada de Giuseppe Garibaldi, que no tardó en reunir una tropa de 25.000 voluntarios dispuestos a combatir por la nueva República Francesa, fue capaz de restablecer el equilibrio. Mientras tanto el conflicto había ido haciéndose cada vez más enconado, pues los alemanes saqueaban todo lo que caía en sus manos, fijando su atención sobre todo en las bodegas de vino. («A partir de Sedán —comunicaba un americano que observó el avance de los alemanes— había dos líneas casi continuas de botellas rotas a lo largo de todo el camino»).

Cuando los civiles y los desertores franceses provistos de armas, apodados enseguida *francs-tireurs* o francotiradores, tendían alguna emboscada a las partidas de forrajeadores o a las patrullas enemigas, los alemanes respondían con severas represalias, ejecutando sumariamente a todos los civiles armados que encontraban. No sirvieron las amenazas de Garibaldi y sus hom-

bres, que aseguraron que cortarían las orejas a catorce prisioneros prusianos si continuaban las represalias. Bismarck ordenó que las localidades que opusieran resistencia a las exigencias de provisiones hechas por los alemanes fueran quemadas y arrasadas, y que todos sus habitantes varones fueran ahorcados. Según dijo, no había que «gastar pereza matando». Como se sospechó que sus habitantes ayudaban a los *francs-tireurs*, las localidades de Varice, Ourcelle y Ablis, cerca de Orleans, fueron incendiadas y arrasadas por completo, mientras que en un ataque contra los *francs-tireurs* cerca de Fontenoy-sur-Moselle las tropas prusianas prendieron fuego a las casas del pueblo, se lanzaron a punta de bayoneta contra sus habitantes y los arrojaron, todavía vivos, a las llamas. La situación se resolvió por fin cuando el 8 de febrero de 1871, después de posponerse varios meses, se celebraron elecciones en Francia con la colaboración de los alemanes. Ganaron en ellas los monárquicos conservadores opuestos a la guerra. La nueva Asamblea Nacional nombró presidente a Adolphe Thiers, a la sazón de setenta y tres años. En el curso de unas ásperas negociaciones de paz, Thiers fue intimidado por Bismarck y Moltke hasta que el 26 de febrero de 1871 accedió a firmar un tratado en virtud del cual Francia cedía Alsacia y Lorena a la nueva Alemania unida, aprobaba a regañadientes el pago de una indemnización de 5.000 millones de francos, y confirmaba la celebración de un desfile de la victoria de los alemanes por las calles de París.

En total, los franceses sufrieron en la guerra 140.000 muertos y más o menos la misma cantidad de heridos, y los alemanes 45.000 muertos y el doble de heridos. Las condiciones de paz impuestas por Bismarck suscitaron en los vencidos un resentimiento duradero que finalmente encontraría un desahogo en 1914. Añadiendo el insulto a la herida, Bismarck organizó el 18 de enero de 1871 en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles la proclamación del imperio alemán, ampliado para dar cabida a los estados alemanes del sur, ahora completamente desam-

parados. El significado político de la guerra fue reconocido de inmediato por Disraeli, que el 9 de febrero de 1871 afirmó:

> Esta guerra representa la Revolución Alemana, un acontecimiento político más grande que la Revolución Francesa del siglo pasado... Ya no existe ni un solo de los principios en el manejo de nuestros asuntos exteriores aceptados hasta hace seis meses como guía de sus acciones por todos los hombres de Estado. No hay ni una sola tradición diplomática que no haya sido arrasada... El equilibrio de poder ha quedado destruido por completo, y el país que sufre más y que más siente los efectos de este gran cambio, es Inglaterra.

Ecos de revolución

En poco más de dos décadas, entre 1848 y 1871, Europa se había transformado de arriba abajo. En contra de las audaces esperanzas que habían abrigado los nacionalistas en 1848-1849, Italia y Alemania se habían unido, sí, pero sobre la base de una monarquía constitucional de inspiración conservadora, no de una república democrática. En el caso de Alemania, los liberales tuvieron que conformarse con un sistema parlamentario en el que los poderes de la monarquía y del Ejército eran mucho mayores de lo que ellos hubieran deseado. El sufragio universal de los varones estaba asimismo muy lejos de lo que habrían deseado los liberales moderados; más cómodos se sentían con la situación de Italia, donde seguía estando vigente un derecho de sufragio restringido de carácter censitario. Apostando por la lealtad y el conservadurismo de las masas rurales, políticos audaces e imaginativos como Napoleón III, Bismarck o Disraeli habían intentado burlar a los liberales y obtener el apoyo de las masas a su nueva ideología conservadora. La reacción, predominante en casi todos los países en 1850, había fracasado al final de la década, incluso en Rusia, pese a sus intentos de adaptarse a las nuevas circunstancias de la era posrevolucionaria. Los acuerdos de Viena habían quedado hechos añicos, el conservadurismo de Metternich había sido abandonado, y había nacido un nuevo orden político. Este nuevo ordenamiento, aunque con modificaciones y cambios perceptibles, perduraría casi ininterrumpidamente hasta 1914. Tras una breve ráfaga de rápidos cambios fronterizos y la formación de nuevas entidades geopolíticas, a partir de 1870 los gran-

des estados de Europa —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia y el imperio otomano— y muchos de los más pequeños, desde los Balcanes hasta Escandinavia, permanecerían dentro de unas fronteras más o menos estables durante más de dos décadas.

Los espectaculares cambios producidos durante las décadas de 1850 y 1860 fueron desencadenados por las revoluciones de 1848, aunque no fueran exactamente lo que ninguna de ellas había previsto. El año 1848 situó en la agenda europea a una amplia gama de fuerzas políticas, desde la monarquía constitucional hasta el republicanismo democrático. A partir de 1848 el nacionalismo se convirtió en una fuerza motriz fundamental de la política europea. El viejo mundo de las sociedades secretas y de los clubs revolucionarios de estilo jacobino dieron paso casi en todas partes, aunque no en Rusia, Polonia o los Balcanes, al nuevo mundo de los partidos políticos organizados, de la prensa política (utilizada por el gobierno y por la oposición), de los grupos de presión monotemáticos, y cada vez más, a medida que pasaba el tiempo, de los medios de comunicación de masas. El activismo revolucionario se bifurcó en los movimientos marxistas organizados por un lado, y los complots anarquistas de carácter cada vez más violento por otro. La vieja política de obstinada resistencia a las fuerzas del cambio preconizada y practicada por Metternich fue reemplazada por otra nueva, más flexible, abrazada por los estadistas conservadores que pensaban que era preciso abrazar esas mismas fuerzas y utilizarlas en su propio beneficio para que pudiera salvarse la sociedad que ellos deseaban preservar. Incluso los regímenes más reaccionarios de la década de 1850 reconocieron la necesidad de la desregulación económica, de la mejora de la educación y de la reforma de la justicia, principios todos ellos que pueden considerarse grandes resultados de las revoluciones de 1848. Las relaciones de los gobiernos con la opinión pública en todos los países, incluida Rusia, dejaron de estar envueltas en un velo de secretismo y de misterio y de de-

pender de los hábitos asumidos del respeto, y pasaron a basarse mucho más en un llamamiento abiertamente propagandístico a la lealtad de las masas. En muchos sentidos parece lógico ver todo el período que va desde 1848 hasta 1871 como una sola época de cambio revolucionario, en vez de fijarnos individualmente en cada una de las efímeras convulsiones que se sucedieron con una velocidad vertiginosa durante todos esos años.

Vistas las cosas en un contexto global, el logro más notable de las revoluciones de 1848 fue la abolición de la esclavitud en varias colonias europeas de ultramar. A este respecto, como en tantos otros, quienes tomaron la iniciativa fueron los británicos, que ya habían abolido la esclavitud en sus colonias en la década de 1830 y utilizaron el poderío de la Marina Real para reprimir el tráfico de esclavos de África al Nuevo Mundo. En Francia, la Segunda República incluyó en el gobierno a un defensor comprometido con la campaña en contra de la esclavitud, Victor Schoelcher (1804-1893), y el 27 de abril de 1848 publicó un decreto por el que se concedía la libertad a los esclavos de las colonias que Francia seguía teniendo en las Indias Occidentales, esto es, Guadalupe, donde 87.000 hombres y mujeres pasaron a ser libres y se convirtieron en ciudadanos franceses, y Martinica, donde ocurrió lo mismo con otras 74.000 personas. Este acontecimiento, sin embargo, vino precedido el 20 de mayo por una rebelión de los esclavos en la isla de Martinica, a raíz de las protestas por la detención de un esclavo recalcitrante, dos semanas antes de que la noticia del decreto llegara a la isla. Las autoridades coloniales, deseosas de sofocar la revuelta, emanciparon formalmente a los esclavos el 22 de mayo. Cuando el decreto fue hecho público en Guadalupe a primeros de junio, los esclavos abandonaron las plantaciones, como habían hecho en Martinica, y a finales de año fue preciso importar de la India trabajadores no remunerados para que las plantaciones de caña pudieran seguir funcionando. La rebelión de los esclavos que estalló en 1848 en Saint Croix, perteneciente a las Islas Vírgenes danesas, fue tam-

bién el detonante del decreto de mancipación publicado por el gobernador general Peter von Scholten (1784-1854) el 3 de julio de 1848; los esclavos de la isla caribeña sueca de San Bartolomé ya habían sido liberados un año antes.

Las ideas de 1848 y la ideología antiesclavista en general resultaron tanto más persuasivas por cuanto ya habían venido dándose fuertes presiones en pro de la abolición del tráfico de esclavos. El avivamiento evangélico de finales del siglo XVIII y principios del XIX en Gran Bretaña llevó hasta las zonas en las que seguía habiendo esclavos a misioneros radicales que enseguida empezaron a defender los derechos de los esclavos. De ese modo en Demerara, parte de la Guayana Británica comprada a los holandeses en 1815, la llegada de un tal John Smith (1790-1824), enviado al cabo de dos años por la Sociedad Misionera de Londres, no tardó en sembrar el descontento cuando empezó a luchar con los propietarios de las plantaciones por el derecho de los esclavos a asistir a las funciones celebradas en la capilla. Smith animaba a los esclavos a cultivarse y a mejorar su educación y nombró a varios de ellos diáconos de su ministerio. Pero las condiciones eran tan duras que en 1823 10.000 esclavos se sublevaron. Una rebelión todavía más numerosa, en la que tomaron parte 60.000 individuos de condición servil, tuvo lugar en 1831 en Barbados. La gran rebelión de los esclavos de la provincia brasileña de Bahía en 1835, como las sublevaciones de las islas del Caribe y las Antillas, se inspiró en parte en la revolución haitiana (1791-1804), con los rebeldes portando retratos de los líderes haitianos, y fueron encabezadas por predicadores musulmanes que lograron movilizar a los esclavos procedentes de los estados islámicos del África occidental. Fue esta una rebelión más violenta de lo habitual y fue sofocada con una saña considerable por el ejército brasileño. Todas estas revueltas causaron cada vez más alarma entre los colonos europeos, los propietarios de las plantaciones y los gobiernos de la metrópoli. El tráfico de esclavos de Brasil terminó formalmente poco después de la gran

rebelión. El Parlamento británico había abolido la esclavitud en las zonas del mundo controladas por los ingleses dos años antes, en 1833, en virtud de una ley que entró en vigor plenamente en 1838. En las décadas de 1850 y 1860, la esclavitud fue abolida formalmente en casi todo el mundo, incluidas Norteamérica y Sudamérica, y se negociaron tratados internacionales con el fin de suprimir el tráfico de esclavos. En la isla caribeña de San Martín, en las Antillas, dividida entre franceses y holandeses, el decreto de emancipación francés desencadenó una rebelión de los esclavos en la parte holandesa, pero en el resto de posesiones de los Países Bajos, incluida Curaçao, la esclavitud no acabó hasta 1863; en la colonia holandesa de Surinam, en la costa nororiental de Sudamérica, los esclavos fueron obligados a seguir trabajando, por una paga mísera, durante una década más, y en todas estas zonas la escasez de mano de obra se suplió con la importación de trabajadores no remunerados oriundos de las Indias Orientales holandesas. La colonia española de Cuba no ilegalizó el tráfico de esclavos hasta 1867 y la propia esclavitud hasta 1886, mientras que los franceses tardaron diez años más en abolir la esclavitud en Madagascar.

La emancipación inmediata o final de los esclavos en las colonias europeas de ultramar en las que seguía existiendo puede ser considerada una de las consecuencias en sentido lato de las revoluciones de 1848, y vendría a expresar los mismos ideales liberales y democráticos de igualdad de las personas y de los derechos del hombre que tuvieron otros corolarios en los movimientos análogos en pro de la abolición de la servidumbre en las zonas de Europa en las que seguía existiendo. Pero esos principios no se extendieron desde luego a la parte que constituía la mitad, cuando menos, de la población del continente, esto es, al sexo femenino. La inmensa mayoría de los revolucionarios de todas las tendencias políticas consideraban unánimemente que la política era cosa de hombres y que el sitio de la mujer estaba en el hogar. Las mujeres podían participar en las insurrecciones revoluciona-

rias, ayudar a levantar barricadas, ondear con gesto desafiante banderas revolucionarias, como hicieron en París, delante de las tropas dispuestas a intervenir, o preparar y llevar víveres a los combatientes: nada de eso, a juicio de los hombres, les daba derecho a tener voz ni voto en la política. No obstante, al plantear la cuestión de los derechos del hombre, las revoluciones de 1848 suscitaron también indirectamente la cuestión de los derechos de la mujer, y al menos algunas mujeres se manifestaron a favor de la emancipación femenina. La escritora checa Božena Němcová (1820-1862) exigió la mejora de la educación de la mujer («Las mujeres nos hemos quedado muy por detrás de nuestra época, detrás de la bandera de la libertad y de la cultura»), mientras que la alemana Louise Otto-Peters (1819-1895), autora de novelas de contenido social, fundó el *Frauen Zeitung* [Periódico de las Mujeres] para dar publicidad a la exigencia del voto femenino e instar a la formación de sociedades de mujeres.

A medida que fueron multiplicándose los clubs revolucionarios, los mítines y las manifestaciones, las mujeres fueron participando cada vez más en ellos, y cuando no se les permitía ser socias, a veces crearon sus propios clubs, el más famoso de los cuales fue el Club por la Emancipación de la Mujer, establecido en París por Eugénie Niboyet (1796-1883), antigua sansimoniana y periodista veterana cuyo salón había sido frecuentado por Flora Tristán. Apoyado por su revista «socialista y feminista», *La Voix des Femmes* [La Voz de la Mujeres], el club planteó la exigencia de la legalización del divorcio y el derecho de las mujeres casadas a controlar sus propios bienes. Particularmente famosa fue también la exigencia que planteó de la extensión del derecho de sufragio a las mujeres, proponiendo en 1848 que la célebre escritora George Sand (pseudónimo de Amandine Dupand, 1804-1876) formara parte de la Asamblea Constituyente (la escritora declinó la oferta). La antigua costurera y maestra Jeanne Deroin (1805-1894), una sansimoniana que crió a los hijos de Flora Tristán y editó varios periódicos feministas de existencia efímera, se

presentó a las elecciones a la asamblea legislativa en 1849, pero su candidatura fue desautorizada por el gobierno. En Praga se fundó un Club de Mujeres Eslavas con el fin de fomentar la educación de la mujer, mientras que en muchos puntos de Alemania surgieron asociaciones de mujeres patriotas. Pocas de esas iniciativas, las más radicales de las cuales, las de Francia, reflejaban la vertiente feminista del socialismo utópico, recibieron el apoyo de los radicales varones, demócratas y republicanos. Fueron denunciadas por Proudhon, misógino incorregible, y cuando la revolución se esfumó, las renacidas autoridades monárquicas prohibieron la participación de las mujeres en las reuniones políticas (particularmente en Austria y Prusia y, de hecho, en la mayor parte de los estados alemanes) y clausuraron los periódicos feministas que quedaban. Deroin fue detenida en 1850 y no salió de la cárcel hasta el año siguiente. Sin embargo, varias de las feministas que habían hecho oír su voz en 1848-1849 volvieron a salir a escena con el resurgimiento del liberalismo, aproximadamente una década más tarde, para crear asociaciones y publicaciones feministas que en último término tendrían unas repercusiones mucho más importantes y una influencia más duradera.

Al final el feminismo fue un elemento marginal de las ideas y los acontecimientos de las revoluciones de 1848. Lo mismo sucedió, tal como estaban en general las cosas, con el socialismo. A comienzos del año de la revolución los socialistas estaban totalmente desorganizados, muchos de ellos desterrados, y su seguimiento no era, ni mucho menos, masivo. Aunque algunos principios socialistas, como los talleres estatales, se hicieron populares, quedaron en nada ante el atractivo masivo de ideas democráticas tales como la del sufragio universal de los varones. Los intentos llevados a cabo por los socialistas de sacar provecho del curso revolucionario de los acontecimientos tuvieron poco éxito. En su exilio de Londres, Karl Marx ya había organizado la transformación de la Liga de los Justos, un pequeño grupo de arte-

sanos alemanes exiliados, en la Liga de los Comunistas, trasladando su principal punto de interés de la conspiración revolucionaria a la propaganda abierta. Cuando la atmósfera revolucionaria se intensificó, Marx publicó su declaración de objetivos en febrero de 1848, basada en algunos borradores anteriores de Engels. Esa declaración sería el *Manifiesto comunista*. Muchas de sus frases lapidarias se han hecho célebres: «El cretinismo de la vida rural»; «las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase imperante»; «los proletarios… no tienen nada que perder como no sean sus cadenas», o «¡Proletarios de todos los países, uníos!». El capitalismo, sostenía el *Manifiesto*, se extendía incansablemente, creando una clase trabajadora cada vez mayor y cada vez más explotada, que al final se uniría bajo el liderazgo del socialismo y lo derrocaría: la burguesía «a la par que avanza… cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables».

Pero, pese a la fuerza de su retórica, la acogida que recibió el *Manifiesto* fue solo limitada. Al volver a Colonia en 1848, Marx se unió a los demócratas para polemizar contra los liberales moderados y, por encima de todo, contra Prusia. Expulsado de la ciudad, viajó por todos los centros insurgentes de 1849 en compañía de Engels, pero quedó muy decepcionado al ver las vacilaciones «pequeñoburguesas» de todos ellos. Marx resucitó la *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva Gaceta Renana], a la que puso el subtítulo de «Revista político-económica». En 1850 salió en este periódico su brillante ensayo *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*. El artículo contaba la derrota de las fuerzas revolucionarias, pero pronosticaba un nuevo estallido durante el cual el proletariado llegaría al poder. No obstante, la revista fue un fracaso. La Liga de los Comunistas quedó sumida en disputas ideológicas y animosidades personales, y sus miembros de Colonia fueron detenidos y sometidos a un juicio que se convirtió en un espectáculo de masas. Olvidando ingenuamente la afirmación que habían incluido en el *Manifiesto* cuando decían que la ley no

es más que un instrumento de los intereses de clase, Marx y Engels esperaban que su denuncia de las pruebas inventadas produjera la absolución de los acusados, pero el jurado halló a varios de ellos culpables. Abocado a la desesperación, Marx llevó a cabo la disolución de la Liga de los Comunistas. En su panfleto *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* (1852) se vio obligado a llegar a la conclusión de que el capitalismo tenía que desarrollarse todavía hasta llegar al punto en el que se hiciera inevitable una revolución.

Nada de esto le impidió colaborar con la recién fundada Asociación General de Trabajadores Alemanes (Allgemeiner Deutscher Arbeiter Veirein, ADAV). La organización había sido fundada por el carismático hegeliano Ferdinand de Lassalle (1825-1864), que la había creado en el curso de las reuniones celebradas mientras viajaba a lo largo y ancho de todo el país durante los meses que precedieron a su muerte en un duelo a manos de un rival por el amor de una mujer el 31 de agosto de 1864. Marx atrajo también una atención considerable en Londres cuando en 1863 su apoyo a la revuelta de los nacionalistas polacos contra la dominación rusa dio lugar a un mitin público en el transcurso del cual sus organizadores fundaron una nueva Asociación Internacional de Trabajadores. Esta Asociación no era un grupo tan estrechamente cohesionado como la Liga de los Comunistas, sino una confederación un tanto laxa de sindicatos, sociedades de ayuda mutua y asociaciones pedagógicas ya existentes, que no tardó en encontrar adeptos en Francia, y también en Austria, Bélgica, Italia y España. Marx ejerció en gran medida su influencia sobre la Internacional de Trabajadores entre bastidores, defendiendo objetivos reformistas como la reducción de la jornada laboral y acciones sindicales tales como convencer a los trabajadores de una nacionalidad de que no rompieran las huelgas en otro país, con el fin de ampliar el movimiento y crear una base favorable para la revolución cuando llegara el momento.

La Internacional de Trabajadores desempeñaría luego un papel trascendental en el dramático corolario de la guerra franco-prusiana que se desarrolló en París en 1871. El 18 de marzo de 1871, tras los continuos disturbios y las luchas populares por el control de las armas, el gobierno de la Tercera República, sus burócratas y sus tropas abandonaron la ciudad junto con buena parte de la burguesía parisina. El Comité Central de la Guardia Nacional organizó unas elecciones para crear una autoridad municipal independiente, la Comuna, que él mismo dominaba junto con los proudhonistas. La Internacional de Trabajadores obtuvo solo cuatro escaños. Sin embargo, la mayor parte de los representantes de la Comuna habían adquirido toda su experiencia en distintas secciones de la Internacional, en los clubs democráticos, o en la Guardia Nacional, y entre ellos había una elevada proporción de trabajadores, además de numerosos pequeñoburgueses y artesanos. La Comuna pasó la mayor parte de su tiempo organizando el abastecimiento de comida y de otros suministros, pero estableció también programas de trabajo, fijó un salario mínimo, decretó la separación de la Iglesia y el Estado, abolió las multas en las fábricas, ilegalizó el trabajo nocturno en las panaderías, y creó algunas escuelas siguiendo líneas fourieristas. Parece bastante razonable calificar esas políticas de socialistas. Como señalaba el escritor Edmond de Goncourt (1822-1896), «lo que está sucediendo es sencillamente la conquista de Francia por la población obrera». Pero el fermento de las ideas radicales en los clubs tuvo pocos efectos prácticos y dio lugar a discrepancias enormes dentro de la Comuna: «El día más feliz de mi vida —se oyó a uno de sus miembros decir a otro— será el día en que haga que lo detengan». La Comuna estableció un Comité de Salud Pública e impuso una censura. Para muchos aquello era meramente el regreso a 1792, aunque en realidad las políticas de la Comuna fueron muy distintas de las de los *sansculotte* de finales del siglo XVIII.

El evidente predominio de los jacobinos no impidió que el gobierno de la República, presidido desde Versalles por Thiers, afirmara que en realidad no eran más que comunistas que actuaban a las órdenes de Karl Marx, que fue acusado de ser el «jefe de una vasta conspiración» que operaba a través de la Internacional de Trabajadores. Entusiasmado con su nueva fama, Marx contraatacó lanzando su panfleto clásico *La guerra civil en Francia* (1871), en el que condenaba a Thiers, «ese enano monstruoso», y saludaba a la Comuna como una nueva forma de estado creado por los trabajadores, «heraldo glorioso de una nueva sociedad». El opúsculo fue elogiado por los socialistas de toda Europa y reproducido en revistas y periódicos de todos los países. Pero la Comuna no duró mucho. Las comunas proclamadas en otras ciudades de Francia no tardaron en ser suprimidas. Thiers ordenó al ejército regular entrar en París para restablecer la autoridad de su gobierno. La liberación de los prisioneros de guerra cautivos de los alemanes supuso el incremento de las fuerzas de Versalles, que pasaron de estar constituidas inicialmente por apenas 55.000 hombres, a tener 120.000 a finales de mayo. El bombardeo de la capital dio comienzo el 2 de abril de 1871. No hubo una defensa coordinada ni intento alguno de impedir la entrada de las tropas en la ciudad; cada barrio se encargó de levantar sus propias barricadas.

El avance de las fuerzas de Thiers en la Porte de Saint-Cloud el 21 de mayo de 1871 inauguró la *semaine sanglante*, durante la cual sus tropas irrumpieron en las casas contiguas a las barricadas y fusilaron a los individuos que poblaban las defensas hasta que estuvieron todos muertos o hubieron cesado en su labor de obstrucción. Ambos bandos ejecutaron a los rehenes, incluido el arzobispo de París, capturado por los *communards* en su intento de canjearlo por Auguste Blanqui, detenido por orden de Thiers el 18 de marzo de 1871, pero posteriormente elegido presidente de la Comuna *in absentia*. Una investigación reciente basada en documentos de la época, incluidos los archivos de hospitales y

cementerios, cifra el número de muertos entre los 5.700 y los 7.400, quizá 1.400 de ellos ejecutados a sangre fría tras su captura. Una vez que Thiers hubo restablecido el control de la ciudad, 38.578 partidarios de la Comuna fueron detenidos, encarcelados y sometidos a juicio en el curso de los dos años siguientes; 10.137 fueron condenados, y la mitad de ellos fueron deportados al trópico, a la colonia penal de Nueva Caledonia. Aquel fue el último estertor de la tradición insurreccional de París, el paroxismo final de más de ochenta años de jacobinismo. La Comuna supuso la polarización de la política y la sociedad francesas. Pero también cambió la naturaleza del socialismo.

La supresión de la Comuna abrió nuevas divisiones y reanudó los reproches en el seno de la Internacional de Trabajadores, sobre todo entre los seguidores de Marx y los de Bakunin, que había escapado de su destierro en Siberia una vez obtenida la libertad condicional y había llegado a Londres a través de Japón y Estados Unidos. Tras quedarse durante algún tiempo en casa de Aleksandr Herzen, Bakunin se trasladó a Italia, donde encontró numerosos discípulos entre la joven generación de radicales políticos de Nápoles. Pasó luego a Suiza, y empezó de nuevo a tramar conspiraciones revolucionarias, proclamando su fe en el potencial revolucionario de las masas rurales desposeídas. En septiembre de 1867 apareció en el estrado al lado de Garibaldi en un mitin de la Liga de la Paz y de la Libertad, al que asistieron también Victor Hugo y John Stuart Mill, pero como no pudo convencer a esta organización, mayoritariamente liberal, de que adoptara un rumbo revolucionario, se dio de baja de ella y se unió a la Internacional de Trabajadores. En esta, sin embargo, logró formar su propio subgrupo, incurriendo en la cólera de Marx, que rechazaba la idea de las sociedades secretas insurreccionales a favor de los partidos políticos organizados a plena luz del día. Cuando la polémica subió de tono, Marx superó a los partidarios de Bakunin en el Consejo General de la Internacional en el congreso de La Haya de 1872, al que asistió en persona. Pro-

visto de una clara mayoría, Marx hizo pública una noticia que cayó como una auténtica bomba: la sede del Consejo se trasladaría a Nueva York. Cuando llegó el momento, los delegados obedecieron la consigna. Detrás de esa jugada desconcertante estaba la creencia de Marx en que la nueva era de reacción política y de represión policial que siguió a la supresión de la Comuna de París haría imposible la labor de la Internacional, su temor de que su frágil salud dejara una vez más el campo libre a los bakuninistas, y su deseo de despejar el terreno para poder avanzar en la composición de sus propios escritos de carácter económico en la mesa que solía ocupar en la sala de lectura del Museo Británico.

En adelante, se produciría una clara división en la extrema izquierda entre socialistas, en su mayoría seguidores de Marx, que renunciaban a las balas a favor de las urnas, confiando en que el crecimiento inexorable del proletariado acabaría generando una mayoría democrática favorable a una revolución pacífica, y los anarquistas, mayoritariamente seguidores de Bakunin, que se basaban en la violencia, el asesinato y la insurrección para destruir el Estado y allanar el camino para que pudieran expresarse los instintos igualitarios por naturaleza de las masas rurales. Ambas doctrinas ganarían millones de adeptos durante las últimas décadas del siglo XIX. Para ver a qué se debió este proceso debemos dedicarnos ahora a examinar las formas en las que evolucionaron las sociedades y las economías europeas a lo largo de los años comprendidos entre 1850 y 1914.

Capítulo 4

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

El declive de la aristocracia

En 1907, la joven de veinticuatro años Hermynia Isabella Maria, condesa Folliot de Crenneville (1883-1951), hija única de un diplomático austrohúngaro descendiente de un aristócrata francés emigrado, contrajo matrimonio con un noble de veintiocho años, Viktor von zur Mühlen (1879-1950), perteneciente a una destacada e ilustre familia de alemanes del Báltico. Viktor era un hombre apuesto y encantador, y estaba emparentado con exponentes del mundo de la cultura (por ejemplo, con un famoso cantante y amigo de Johannes Brahms). Hermynia, por su parte, no carecía ni mucho menos de atractivo, pero se había visto obligada a cargar con una nariz bastante grande (y no era solo ella la que lo pensaba). «Hija mía —le dijo su tío Anton—, con esa nariz por fuerza te convertirás en una mujer cultísima e inteligente». Tomándose el consejo de su tío al pie de la letra, Hermynia se convirtió en una joven estudiosa, amante de los libros, inquieta e intelectualmente ambiciosa: a los veintitantos años dominaba ya varias lenguas, en particular el inglés, debido a sus estancias en diversas ciudades del extranjero, pues su padre se había empeñado en llevarse consigo a la familia a todos los destinos a los que lo había conducido la carrera diplomática. En sus memorias, escritas a mediados de los años treinta, Hermynia describía la incorregible arrogancia de muchos parientes suyos, que trataban a la gente de clase media, «aun cuando fueran millonarios», con desdeñosa altivez. La esposa de su tío abuelo le

dijo en cierta ocasión: «A los burgueses, como bien sabes, no hay nada que reprocharles, y sé perfectamente que ante Dios somos todos iguales, pero soy incapaz de ver en ellos a gente como nosotros». Intentando sustraerse a las presiones cada vez más agobiantes de su padre para que se casara con algún miembro de la alta sociedad vienesa, Hermynia vio en Viktor von zur Mühlen una vía de escape y un pasaporte hacia la independencia de la casa paterna. Los jóvenes se conocieron en un baile en la localidad balnearia de Merano, en los Alpes austríacos, en ausencia de los padres de ella, y enseguida se sintieron atraídos el uno por el otro. Tres semanas más tarde se habían prometido en matrimonio.

Al volver de su viaje, el padre de Hermynia se negó a dar su consentimiento al enlace. Viktor era un alemán del Báltico de religión protestante y su hija habría debido casarse con un aristócrata vienés católico. «¿Se te ha ocurrido pensar —preguntó a la joven— que tus hijos no podrán ser nunca chambelanes ni tus hijas damas de la Orden de la Cruz Estrellada?». Pero esa no era precisamente la ambición de Hermynia. En su imaginación romántica iba a vivir en una opulenta finca situada en el paisaje mágico del Báltico. La boda tuvo lugar en Fráncfort y los recién casados partieron enseguida hacia Rusia. Hermynia no pensaba que el matrimonio fuera a coartar su vida más de lo que lo habían hecho sus padres. Pero se equivocaba. Al llegar a la finca de los Von zur Mühlen en Estonia, encontró solo dos libros en la casa de campo de su marido, «la Biblia y una obra de carácter pornográfico, *Memorias de una cantante*». Las revistas y los periódicos de importación eran censurados de manera rutinaria por las autoridades zaristas, que condenaban prácticamente todo lo que no fuera la circular de la corte. «Incluso en el ejemplar de mi enciclopedia —escribiría Hermynia— que me mandaron de casa junto con otros libros, habían sido tachadas secciones enteras del artículo "Rusia: Historia"». La joven quedó sorprendida de la ignorancia de la aristocracia germano-báltica de Estonia,

que llamaba a la gente de clase media, independientemente de cómo fueran, los *literati* [«escritorzuelos»]. «Cuando fui a Dorpat por primera vez —recordaría posteriormente Hermynia—, y compré unos libros por valor de cuatrocientos rublos y, por si fuera poco, me suscribí a algunas revistas en varias lenguas, mi marido quedó auténticamente estupefacto, y mi suegra me preguntó llena de asombro: "¿Para qué necesitas todos esos libros? Una buena ama de casa tiene ya tanto que hacer ocupándose de la casa que prácticamente no tiene tiempo de leer"». Mayor escándalo provocó su costumbre de tomar dos baños al día («¡Ninguna mujer decente hace semejante cosa!», exclamó su suegra) y de llevar ropa de color. «"¿Por qué no te vistes de negro?", me preguntó mi suegra cundo aparecí luciendo uno de mis vestidos más bonitos de París. "¡Por Dios, ahora eres una mujer casada!"».

Las relaciones entre la nobleza germano-báltica y los campesinos y los trabajadores del campo estonios no eran muy buenas. El marido de Hermynia le dio una pistola Browning como regalo de bodas, advirtiéndole que la llevara encima siempre que saliera a pasear sola. Nunca se sabía lo que podían hacer «esos animales», le dijo Viktor. Y de hecho, «cada vez que se encontraba alguna carreta de labradores en un camino, el campesino gritaba lleno de furia: "*Kurrati-sax*!" ("¡Alemana del diablo!")». Pero los lugareños no tardaron en acostumbrarse a ella y decían: «El amo se ha casado con una gitana rubia; está loca, pero es buena persona». Hermynia llegó incluso a hacerse popular cuando empezó a utilizar los conocimientos médicos que había adquirido ayudando en la enfermería de las Hermanas de la Caridad de Florencia, para tratar algunas dolencias menores e incluso para asistir a las campesinas en el parto, para consternación del médico del lugar que vivía a tres horas de distancia y ponía la caza por delante de sus obligaciones profesionales. Hermynia quedó espantada ante la miseria y la ignorancia que encontró, y desconcertada ante el estado de ebriedad de los campesinos, que, no

contentos con el vodka, echaban incluso mano del éter en su afán de satisfacer sus ansias de olvidar.

Los nobles bálticos con los que ahora se codeaba, observaba Hermynia, «creían realmente en la aristocracia y en el lugar que ocupaban entre los elegidos. Nunca, en ningún momento de su vida, se les ocurrió la idea de que otras personas pudieran ser también humanas». Un día, cuando su marido llegó a casa con el bastón partido en dos, y

> ... yo le pregunté llena de estupor qué había pasado, me contestó: «Lo he roto en la espalda de uno de mis gañanes». No pudo creerse que me pusiera gritar, medio llorando, medio llena de furia: «He mandado enganchar la carroza. Me voy. ¡Voy a pedir el divorcio!».

En otra ocasión, cuando Viktor le comunicó que había dado a otro jornalero «la paliza de su vida» porque se había «atrevido a silbar "La Marsellesa"», Hermynia se sentó al piano, situado junto a la ventana abierta, y se pasó el día entero tocando una y otra vez «La Marsellesa». Los trabajadores se reían diciendo: «El amo no puede dominar a esa gitana». Y efectivamente no podía. Ella no estaba interesada en tener hijos y dedicarse a criarlos, que era su principal objetivo en esta vida, según los parientes de su marido («¿Qué? ¿Todavía no? Deberías montar menos a caballo y sobre todo no bañarte tanto»). Por su parte, Viktor no estaba interesado en otra cosa que no fuera la administración de sus tierras y salir a cazar alces (durante una de esas cacerías, cuando se suponía que se encargaría de velar por la finca, Hermynia permitió a los campesinos robar grandes cantidades de los productos almacenados en los graneros porque pensó que de esa forma contribuiría a aliviar su miseria).

El matrimonio de Hermynia fue insólito en muchos sentidos, no solo por constituir la unión de dos personas tan claramente contrapuestas. Los casamientos dentro del estrecho círculo de las familias nobles germanobálticas seguían siendo la norma en Estonia: el 58 % de los 2.060 matrimonios contraídos por los hombres pertenecientes a la aristocracia entre 1860 y 1914 se llevó a cabo dentro del colectivo de la nobleza, el 20 % de ellos se

casaron con mujeres del país no nobles (los *literati* pertenecientes a la burguesía), y el 22 % lo hicieron con rusas. El matrimonio con una extranjera era tan raro que uniones de este tipo no figuraban en absoluto en las estadísticas generales. La nobleza germano-báltica de Estonia seguía poseyendo en 1914 el 58% del total de la superficie de la provincia. No obstante, en 1902 el conjunto de la nobleza, propietaria de 401 grandes fincas, se había visto obligado a soportar que el 79 % de esas propiedades cayera en manos de plebeyos. Algunos aristócratas intentaron seguir la ruta legalmente complicada de amortizar sus haciendas, pero la compraventa de fincas resultaría imparable. Otros empezaron a utilizar fertilizantes de importación, cambiaron el sistema tradicional de aprovechamiento de la tierra por otro de producción de múltiples cultivos, emprendieron la explotación comercial de la madera de sus bosques, se pasaron a la producción lechera e introdujeron la utilización de maquinaria agrícola. En consecuencia, durante las tres últimas décadas anteriores a 1914, la productividad agrícola de las tres provincias de Estonia, Livonia y Curlandia aumentó en total entre un 20 y un 30 %, aunque ello requirió llevar a cabo una inversión que incrementó el endeudamiento de los nobles. El geólogo Alexander von Keyserling (1815-1891) comentaba en su diario en 1889 lo difícil que resultaba «ser un hacendado en Estonia», pues «uno no puede hacerse rico» de ese modo.

El matrimonio de Hermynia no fue muy duradero. Las diferencias políticas de la pareja se multiplicaron hasta que «mi esposo y yo dejamos de estar de humor para burlarnos de nuestras respectivas opiniones y de esperar que alguna vez llegáramos a ser capaces de convencernos el uno al otro de cambiar de postura». Leían periódicos políticamente contrapuestos, Hermynia de izquierdas, y Viktor de derechas: «Cuando llegaba la bolsa del correo, el que la abría cogía el periódico del otro con las tenazas, para no mancharse con él los dedos. Cada vez más a menudo oía estas palabras: "¡No permitiré que se diga algo así en mi casa!"».

El suegro de Hermynia intentó intervenir: «Me miraba como si pensara que había perdido el juicio, y luego me gritaba dando más voces si cabe que nunca: "Si fuera tu marido, te molería a palos"». «Y si tú fueras mi marido —respondía ella—, te habría matado hace mucho tiempo o habrías aprendido a comportarte como un caballero». Hermynia enfermó de tuberculosis y tuvo que pasar varios meses recuperándose en un sanatorio de Davos, en Suiza, donde seguía en 1914 cuando estalló la guerra. No regresó nunca más a Estonia. La revolución rusa le permitió obtener el divorcio. En 1919 se encontraba en Alemania, donde ingresó en el Partido Comunista y se ganó la vida traduciendo más de 150 novelas del francés y del inglés al alemán, incluida toda la producción del escritor norteamericano Upton Sinclair. Se fue a Fráncfort y se puso a vivir con el escritor judío Stefan Isidor Klein (1889-1960), escribiendo numerosas novelas y relatos breves, varias de las cuales se convirtieron en grandes éxitos de ventas. En 1933, cuando los nazis llegaron al poder, abandonó Alemania tras publicar una carta condenando el nuevo régimen, y acabó emigrando a Inglaterra. Murió en 1951, pobre y en el más absoluto anonimato, en Radlett, Hertfordshire, cuando sus obras ya habían sido olvidadas por completo. Viktor, mientras tanto, organizó una milicia antibolchevique a raíz de la revolución de 1917, se unió a las tropas de asalto nazis en los años treinta, y murió en 1950, poco antes que su ex esposa.

Los dos mundos en los que vivió Hermynia von zur Mühlen antes de la primera guerra mundial no habrían podido ser más antagónicos: por un lado, el mundo cosmopolita, sofisticado, literario y cultivado de la nobleza de funcionarios austríacos, y por otro el mundo empobrecido, filisteo, brutal y provinciano de la aristocracia terrateniente germano-báltica. Pero ambos formaban parte a todas luces de los niveles más elevados de la sociedad europea de comienzos del siglo XX: los dos, cada uno a su manera, se resistían a las oleadas de modernidad que habían venido inundando Europa desde hacía años. Lo único excepcional

que tenía la nobleza germano-báltica era lo extremado de su situación. No solo era una pequeña casta hereditaria que constituía menos del 7 % de la población de Livonia, Estonia y Curlandia, sino que además era una entidad feudal autónoma cuyos derechos y privilegios se habían visto minados progresivamente a lo largo del siglo XIX. No fue hasta la década de 1890 cuando su antiguo sistema judicial fue sustituido por los modernos tribunales de justicia rusos, introducidos a raíz de las reformas de Alejandro II en 1864, aunque incluso entonces los nobles conservaron algunos derechos de gestión policial en sus señoríos. Ignoraron las políticas de rusificación impulsadas por el gobierno de San Petersburgo tanto tiempo como pudieron, manteniendo contra viento y marea su cultura alemana y su religión protestante pese a que el ruso se había convertido en la lengua oficial del país y la ortodoxia se había impuesto como religión oficial. Además, la nobleza germano-báltica se resistió obstinadamente a conceder cualquier tipo de poder administrativo o político a la población indígena local. Ese era uno de los motivos de que fuera tan mal visto por el campesinado nativo. Durante la revolución de 1905 esa hostilidad estalló y se manifestó en forma de odio declarado cuando 184 haciendas fueron incendiadas en Curlandia y Estonia y 90 terratenientes alemanes fueron asesinados. Todavía en 1908 continuaban en algunas zonas las represalias por parte de las tropas enviadas por San Petersburgo, integradas mayoritariamente por cosacos, con el apoyo de las milicias de los terratenientes locales. En total fueron mandados a Siberia 2.000 supuestos insurgentes de estas provincias, y al menos 900 fueron ejecutados.

Terratenientes nobles de medios más modestos, como los que constituían la mayoría de la comunidad germano-báltica, existían en muchos otros lugares de Europa. En Rusia, donde todos los hijos heredaban el título y las propiedades de su padre, abundaban los príncipes y las princesas; a finales del siglo XIX había unas 890.000 personas que eran definidas legalmente como be-

neficiarias de estatus nobiliario; y su número prácticamente se había doblado entre 1858 y 1897. En Hungría, donde la situación era similar, la nobleza constituía alrededor del 5 % de la población durante ese mismo período. En algunos lugares del continente, y en particular en la Francia prerrevolucionaria, la nobleza había sido concedida por el desempeño de cualquier cargo político, y si el cargo en cuestión no generaba rentas suficientes, el hijo del beneficiario del mismo heredaba el título nobiliario sin contar con los recursos necesarios para mantener el tren de vida que convencionalmente se suponía que llevaba aparejado. Este sistema no existía en Inglaterra, donde hasta 1871 incluso los oficiales del ejército tenían que comprar su graduación, mientras que la marina era una institución igualitaria desde el punto de vista social en la que la promoción se conseguía por méritos; de hecho casi no había aristócratas pobres en Inglaterra, donde la primogenitura limitaba el número de hombres con título, y los privilegios legalmente definidos de la nobleza, aparte de la pertenencia a la Cámara de los Lores, habían desaparecido mucho antes del siglo XIX. En algunos países de Europa los nobles podían también perder sus títulos. El zar Nicolás I redujo a unos 64.000 nobles polacos a la condición de plebeyos como castigo por su actitud levantisca, y en 1864 alrededor del 80 % de la casta noble hereditaria de la *szlachta* había perdido sus títulos y privilegios. El príncipe y posteriormente rey Nicolás I de Montenegro (1841-1921) no tuvo el menor reparo en eliminar los títulos nobiliarios de los súbditos desleales (que eran muy numerosos), como hizo con el *voivoda* (señor de la guerra) y duque Marco Miljanov Popović (1833-1901), que perdió su título a raíz de una disputa con el príncipe en 1882. A veces los títulos caían simplemente en desuso, como sucedió con los boyardos de Rumanía, que perdieron su condición nobiliaria cuando se puso fin a la servidumbre y que en adelante pasaron a ser llamados simplemente grandes terratenientes. En Suecia no se concedieron nue-

vos títulos nobiliarios a partir de 1902; el último que se concedió recayó en el explorador Sven Hedin (1865-1952).

Pese a la popularidad del *Almanaque de Gotha*, la biblia de la genealogía aristocrática, en las bibliotecas y salas de lectura de castillos y palacios la nobleza de muchos países de Europa no era siempre de vieja alcurnia. En Prusia se decretaron 1.129 ennoblecimientos solo en el período 1871-1918, todos, por definición, de individuos de origen burgués. En Francia no se crearon más títulos de nobleza a partir de 1848, pero los intentos de abolir legalmente los títulos fracasaron, aparte del breve interludio de la revolución de 1848. Una ley aprobada por Napoleón III en 1858 permitía a los aristócratas del Antiguo Régimen obtener una confirmación oficial de su título a cambio de una cuantiosa suma de dinero (5.000 francos para un duque y 2.000 para un marqués). El valor relativo de un título imperial nuevo incluso durante el Segundo Imperio queda ilustrado por la cantidad cobrada por la confirmación de un ducado napoleónico, que ascendía a solo 200 francos. En Francia las pretensiones de los burgueses se vieron satisfechas en virtud de una ley que permitía a las personas añadir la partícula nobiliaria «de» a su apellido, de modo que, por ejemplo, un tal Laurent Delattre (las fechas se desconocen) cambió legalmente su apellido en 1829 por el De Lattre de Tassigny, a partir de una pequeña finca de su propiedad. Este hecho, a su vez, permitió a un descendiente suyo, Jean Joseph Marie Gabriel de Lattre de Tassigny (1889-1952), célebre general de la segunda guerra mundial, obtener un escudo de armas y pretender poseer un linaje nobiliario. En España, la reina Isabel II concedió títulos nobiliarios a muchos generales y políticos destacados. Pero también ennobleció a varios banqueros e industriales acaudalados. Entre 1886 y 1914, hubo 210 españoles que recibieron títulos nobiliarios, en su mayoría procedentes del mundo de los negocios y de la política.

Cada vez más a menudo, la nueva nobleza fue contrayendo matrimonio con la antigua, transacción que confería rango a la

primera y riqueza a la segunda. Un ejemplo primordial sería el de la familia del banquero e industrial español Eusebi Güell i Bacigalupi (1846-1918). En 1871 se casó con la hija de Antonio López, marqués de Comillas (1817-1883), magnate de la industria naviera. Su hijo Juan Antonio Güell López (1874-1958) tuvo dos hermanas, que se casaron con vástagos de viejas familias aristocráticas, una de las cuales, la de los Castelldosríus, poseía un título que databa de 1148. En este nuevo mercado matrimonial, las herederas americanas se convirtieron en un premio muy buscado. Los caballeros de la nobleza francesa entraron en liza con entusiasmo; el duque Decazes (1864-1912), por ejemplo, se casó con Isabelle-Blanche Singer (1869-1896), una de las herederas de la acaudalada familia de fabricantes de máquinas de coser, que aportó una dote de dos millones de dólares. En Gran Bretaña, los duques de Marlborough, que se habían visto obligados a malvender parte de su colección de arte en la década de 1880 para salir adelante, se convirtieron en maestros consumados a la hora de encontrar herederas americanas dispuestas a contraer matrimonio. El octavo duque, George Spencer-Churchill (1844-1892), se casó con una millonaria americana, Jane Warren Price (1854-1909), viuda de un agente inmobiliario de Nueva York, mientras que su hijo, el noveno duque, Charles Spencer-Churchill (1871-1934), contrajo matrimonio con Consuelo Vanderbilt (1877-1964), que poseía cuatro millones de dólares en material ferroviario en Estados Unidos; su boda, acordada por motivos puramente mercenarios por parte de él y para satisfacer las ambiciones sociales maternas por parte de ella, acabó en divorcio. En total, entre 1870 y 1914 se contrajeron más de cien matrimonios entre hijos de pares de Inglaterra y jóvenes americanas acaudaladas.

Los aristócratas siguieron desempeñando un papel primordial en la corte, suministrando a los monarcas y sus consortes personal para cargos de nombres rimbombantes (en Gran Bretaña, por ejemplo) como los de Gentil Dama de la Cámara o Vara de Plata

de Servicio. Pero se trataba de cargos principalmente ceremoniales con poca o nula significación política. Los ejércitos sufrieron un proceso continuado de aburguesamiento. En la monarquía de los Habsburgo, solo dos de los treinta y siete generales activos en 1804 eran burgueses; pero, en cambio, en 1908, lo eran veinte de treinta y nueve. En el ejército prusiano en 1806 menos del 10 % de los oficiales no pertenecían a la nobleza; en 1913 esa proporción había subido al 70 %, entre ellos casi la mitad de los generales y los coroneles. Desarrollos similares tuvieron lugar en las burocracias en rápida expansión de los distintos estados europeos. En algunos países con Parlamentos bicamerales, la aristocracia hereditaria tenía derecho a pertenecer a la Cámara Alta, como, por ejemplo, al Herrenhaus prusiano o a la Cámara de los Lores británica, pero estas instituciones fueron perdiendo constantemente legitimidad en comparación con las Cámaras Bajas, a las que se accedía por elección; en Gran Bretaña los poderes de la Cámara de los Lores quedaron drásticamente recortados en virtud de una Ley del Parlamento de 1910, que el gobierno obligó a aprobar persuadiendo al rey de que accediera a hundir a los lores con la creación de nuevos títulos si no se avenían a aprobarla. El número de terratenientes existentes en la Cámara de los Comunes cayó de los 209 que había en 1874 a los 78 de 1885. Mientras que en 1868 los terratenientes superaban a cualquier otro tipo de hombres en el gabinete británico (doce a ocho), entre los nuevos miembros que entraron a formar parte de él entre 1868 y 1886 hubo quince hombres que se dedicaban a los negocios o que ejercían alguna profesión liberal, pero solo nueve terratenientes. Entre finales de siglo XIX y comienzos del XX primeros ministros como Robert Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury (1830-1903), perteneciente a una de las familias terratenientes más antiguas de Inglaterra, y su sobrino Arthur Balfour (1848-1930), dieron paso a hombres nuevos de orígenes sociales muy distintos, como Herbert Henry Asquith (1852-1928), hijo de un comerciante de lana, y sir Henry Campbell-Banner-

man (1836-1908), hijo de un pañero. Mientras tanto, nuevos políticos de orígenes humildes o incluso pobres, como David Lloyd George (1863-1945), criado por su madre viuda y el hermano de esta, zapatero de profesión, en condiciones muy precarias en una barraca en el norte de Gales, fueron ascendiendo hasta acabar dominando la escena política británica.

El poder del «interés de los hacendados» en la política británica fue debilitándose continuamente debido a las sucesivas ampliaciones del derecho de sufragio, aprobadas en 1832, 1867 y 1884, y a los procesos de industrialización y urbanización que estaban teniendo lugar. El cambio social obligó a los aristócratas a tomar parte en la política parlamentaria. Adaptándose al nuevo clima político existente en su país, también los aristócratas rusos empezaron a participar en la política de partidos que surgió a partir de la creación de una Duma electiva en 1905, y en la que el príncipe Gueorgui Yevgénievich Lvov (1861-1925) se convirtió en jefe del partido kadete liberal moderado. En Prusia, un individuo que llevaba el increíble nombre de Elard Kurt Maria Fürchtegott von Oldenburg-Januschau (1855-1937), un *Junker* de tendencia archiconservadora, calificó públicamente a los socialistas alemanes de «chusma de cerdos» y se hizo famoso por decir: «El rey de Prusia y emperador de Alemania debe ser capaz de decir en todo momento a cualquier teniente: "Coja usted a diez hombres y cierre el Reichstag"»; no obstante, también él se vio en la necesidad de presentarse a las elecciones al Parlamento prusiano en 1901 y al Reichstag alemán al año siguiente. Hacendados de noble cuna como Oldenburg-Januschau se veían ahora en la obligación de hacer campaña para asegurarse su escaño; ya no podían apoyarse en el viejo hábito de la deferencia de los campesinos y jornaleros que vivían en sus haciendas o en los alrededores de ellas. El voto secreto se introdujo en Inglaterra por ley en 1872, y poco después en la mayoría de los países de Europa (en Francia existía desde la última década del siglo XVIII). En Alemania fue resultando cada vez más difícil ejercer la coacción

y la intimidación a medida que las votaciones fueron siendo cada vez más secretas: Oldenburg-Januschau perdió su escaño en 1912. La nobleza como tal tampoco ejercía ya demasiado poder político en la España liberal; por regla general los políticos titulados, que de hecho eran muy numerosos, no conseguían el poder político debido a sus títulos, sino que más bien conseguían sus títulos debido a su poder político.

Más importante todavía para la decadencia del poder de la aristocracia fue la influencia cada vez mayor del Estado, que a lo largo del siglo fue derogando los derechos nobiliarios de autogobierno en las entidades feudales, y sustituyó los vínculos de dominio feudal sobre los organismos de siervos y súbditos por las libertades básicas de movimiento, trabajo y herencia, y por la igualdad ante la ley. El incremento de los impuestos y de otras cargas fiscales dispuesto por el aparato centralizado del gobierno menoscabó todavía más la autonomía de los hacendados nobles. Una administración local profesionalizada fue sustituyendo a los alguaciles y los tribunales señoriales. Las entidades nobiliarias fueron reemplazadas por Parlamentos electivos, que en muchos países reforzaron su legitimidad con la extensión del derecho de sufragio a grupos más amplios de votantes. No cabría hablar de que se produjera, como han sostenido algunos historiadores, una «continuación del Antiguo Régimen» hasta 1914. La decadencia de la aristocracia era ya un tema habitual de los comentaristas sociales de toda Europa antes de que terminara el siglo. Históricamente, el rango nobiliario había hecho derivar su significado del dominio que ostentaba el señor sobre sus siervos, pero década tras década las principales funciones del señor habían sido asumidas por el Estado, dejando a los nobles en una situación legal no muy distinta de la de los demás súbditos.

La nueva élite

Pese a la pérdida general de su poder político, la aristocracia en la Europa de finales del siglo XIX siguió siendo, al menos en determinadas zonas, una fuerza con la que era preciso contar. En

Inglaterra, por ejemplo, un país dominado durante largo tiempo por la agricultura capitalista y carente casi por completo de una clase de labradores o campesinos de subsistencia, 363 individuos, todos ellos con título, poseían en 1873 casi una cuarta parte de toda la tierra, con una media de más de 40.000 hectáreas cada uno. Magnates como el duque de Bedford o el duque de Devonshire eran propietarios de haciendas enormes que producían ingresos suficientes para que pudieran sostener grandes casas de campo plagadas de servidores, cocineros, fregonas, mayordomos, lacayos, ayudas de cámara, doncellas, jardineros, guardabosques, y muchos más criados de todo tipo. Algunas de ellas, como Chatsworth House, en Derbyshire, eran palacios absolutamente en todo menos en el nombre. En la Europa oriental y central había terratenientes todavía más grandes. Poco antes del estallido de la primera guerra mundial, la familia Schwarzenberg poseía casi 130.000 hectáreas de terreno al sur de Bohemia, mientras que en Hungría, las fincas de la familia Esterházy sumaban en total casi 304.000. En Silesia los once terratenientes más ricos poseían el 20 % de la superficie de toda la provincia. Ahora bien, aunque el *boom* experimentado por los precios del grano ininterrumpidamente durante las décadas de 1850 y 1860 permitió a los grandes propietarios obtener considerables ganancias, la notable recesión de los mismos que se produjo en la década de 1870 acarreó graves problemas a muchos de ellos. En Gran Bretaña el precio del trigo cayó a la mitad entre 1871 y 1901, y la superficie dedicada al cultivo de este cereal se redujo del casi millón y medio de hectáreas a poco más de 600.000. Muchos intentaron adaptarse a la situación modernizando sus explotaciones, pero la inversión necesaria para ello solo estaba al alcance de las grandes haciendas que producían para vender en el mercado. El ingeniero inglés Thomas Aveling (1824-1882) inventó el primer motor autopropulsado de tracción de vapor en 1859, que permitía que las aventadoras y otras máquinas fueran trasladadas de un lugar a otro y movidas por la fuerza del vapor.

Aveling no tardaría en estar haciendo negocio en toda Europa. En Alemania de 1882 a 1907 el número de aventadoras se incrementó un 385 %, el de sembradoras un 450 %, y el de segadoras mecánicas lo hizo en un 1.500 %. La importación de maquinaria agrícola a Italia se multiplicó por veinte o más entre 1888 y 1910. Los terratenientes del norte de Francia empezaron a importar de América aventadoras, segadoras y agavilladoras mecánicas en la década de 1870: en 1892 había en uso en Francia 262.000 azadas de tracción equina, 234.000 aventadoras y 39.000 segadoras mecánicas, y el peso total de las importaciones de maquinaria agrícola se multiplicó por diez o más entre 1890 y 1913. Progresivamente los países de la Europa continental empezaron también a fabricar su propia maquinaria agrícola: el valor de la producción de las fábricas de maquinaria agrícola aumentó en Rusia más de diez veces entre 1890 y 1913, evolución que se reflejó, aunque de forma menos espectacular, también en otras zonas caracterizadas por la existencia de grandes haciendas agrícolas dedicadas a la comercialización de su producción.

Estos desarrollos casi no afectaron nada a la explotación agrícola a pequeña escala, que permaneció en gran medida intacta. Dos terceras partes de todos los arados utilizados en Rusia en 1910 seguían siendo de madera, y solo el 2 % de las familias campesinas utilizaba sembradoras. El hecho de que a finales del siglo XIX el número total de explotaciones agrícolas de Francia fuera de 3,5 millones indica que la maquinaria era usada solo por una minoría pequeñísima. La mayor parte de las pequeñas haciendas seguían haciendo las cosas a mano. Los bancos de crédito agrícola empezaron a facilitar al menos algunas inversiones también a los pequeños agricultores, aunque la modernización agrícola siguió confinada principalmente a las grandes haciendas. Las mejoras fueron más rápidas y tuvieron mayor envergadura en Alemania, donde más de diez millones de personas trabajaban en 1913 en el sector agrario. Aunque el aumento de la producción experimentado a comienzos de siglo fue en gran medida

consecuencia de la explotación de un mayor número de tierras, a partir de la década de 1870 ese incremento continuó a pesar de la caída de la cantidad total de la superficie de terreno dedicada a la agricultura. La producción de patatas casi se multiplicó por dos de 1875 a 1884 y de 1905 a 1914, mientras que la de remolacha azucarera se triplicó. De hecho, en 1910 Alemania generaba un tercio de toda la producción de patatas del mundo. Buena parte de ella iba destinada a la destilación de bebidas alcohólicas, en fábricas construidas en las fincas de los terratenientes nobles. Parte de ella se dedicaba a la exportación. En 1894 casi 200.000 litros de alcohol obtenido de la fermentación de cereales o de patata eran importados a África del Sur a través del centro portugués de distribución de Lourenço Marques. En 1896, en el momento de máximo auge de esta actividad comercial, se importaban casi medio millón de litros, con el fin de abotagar los sentidos de los miles de jornaleros africanos obligados a trabajar en las minas de oro del Rand, donde, diluido en agua, tintura de ciruelas, té verde o creosota, este fortísimo aguardiente era vendido como «coñac de los cafres».

A los pequeños agricultores, en cambio, les resultaba más fácil dedicarse a la cría de ganado. En Alemania el número de cabezas de ganado vacuno aumentó de los 16 millones de 1873 a los 21 millones de 1913, y el de cerdos de los 12 millones de 1892 a los 26 millones de los últimos años anteriores al estallido de la guerra, compensando más que de sobra la notable caída del número de ganado ovino que se criaba. Los cerdos requerían mucha menos tierra, y su carne podía ser aprovechada para una gran variedad de usos, particularmente, por supuesto, para la fabricación de los centenares de salchichas distintas consumidas por los alemanes, que casi perdieron por completo durante esta época su afición por la carne de carnero y de cordero. También en Alemania las cooperativas de productores y los bancos de crédito y ahorro rural, fundados ambos por Friedrich Wilhelm Raiffeisen (1818-1888), empezaron a contribuir a la modernización de los

pequeños agricultores, pero el proceso fue muy lento; en 1914 el cultivo en franjas todavía no se había consolidada en muchas zonas, y predominaban los minifundios, de modo que poco antes de que diera comienzo la guerra dos tercios de las explotaciones agrícolas de la provincia prusiana de Renania ocupaban solo una cuarta parte de la superficie cultivada. Raiffeisen tuvo una fuerte repercusión en toda Europa, con la fundación de cooperativas agrícolas de ahorro y de crédito por parte de un seguidor suyo en Italia, Luigi Luzzatti (1841-1927), pionero de un movimiento que dio lugar a que en 1908 hubiera en Italia más de 700 de estas entidades, casi todas ellas en Lombardía. También tuvo una poderosa repercusión en Hungría, donde todavía puede verse el nombre Raiffeisen en muchas calles de la actual Budapest.

En todas estas zonas agrícolas, el advenimiento de los fertilizantes químicos desempeñó un papel trascendental en la mejora de la productividad. Los fosfatos, cuyos introductores fueron el químico alemán Justus von Liebig (1803-1883) y el ingeniero agrónomo británico sir John Bennet Lawes (1814-1900), empezaron a sustituir al guano cuando empresas como Fisons, creada allá por 1843, empezaron a fabricar fertilizantes a escala industrial. En Italia el valor de los fertilizantes importados aumentó de los 4 millones de liras en 1887 a los 60 millones en 1910, y en otros países se produjo un incremento similar. Fue este también un período en el que se realizaron otros numerosísimos pequeños inventos, la mayoría de ellos olvidados hoy día, que contribuyeron a mejorar la producción agrícola de maneras muy diversas. La producción de leche, por ejemplo, se vio facilitada gracias a la centrifugadora, perfeccionada por el inventor sueco Gustaf de Laval (1845-1913), que permitía separar la mantequilla de la leche y particularmente útil para los pequeños ganaderos que en esta época cambiaron la agricultura por la cría de ganado, incapaces de competir con los grandes productores de grano. Sin embargo, solo los grandes agricultores podían permitirse el uso de maquinaria y de fertilizantes. Unas 505 de las 511 máqui-

nas agrícolas de vapor existentes en la Galicia austríaca en 1902 se hallaban en explotaciones que tenían más de 48 hectáreas. Pese a todas estas mejoras, cada vez más a menudo las haciendas de los nobles y las explotaciones orientadas a la comercialización de sus productos serían en toda Europa incapaces de resistirse a la gigantesca marea de importaciones de grano barato procedente de América, donde las inmensas llanuras del Medio Oeste empezaron a ser explotadas durante la segunda mitad del siglo. La producción de grano de Rusia también aumentó rápidamente, triplicándose o más entre la década de 1860 y la de 1880 y casi doblándose de nuevo en 1910-1913. Buena parte de esa producción era destinada a la exportación. Los campesinos rusos ricos se acostumbraron rápidamente a la necesidad de fijar el precio del grano que producían para la exportación con el fin de no verse desplazados por las importaciones provenientes de América. Desde el muelle de Nikolayev, puerto ucraniano a orillas del mar Negro, un observador norteamericano se fijó en que «los campesinos que llegan al mercado con su grano preguntaban: "¿Cuál es el precio en América según el último telegrama?". Y, lo que es más sorprendente, sabían cómo convertir unos centavos por celemín en kopeks por *pud*». Pero a medida que aumentaba la población de Rusia, más grano se necesitaba para satisfacer su insaciable demanda de pan, de modo que el porcentaje de trigo exportado cayó de más un tercio de la producción total a menos de una cuarta parte entre 1897 y 1913. No obstante, Rusia, junto con Alemania, siguió siendo un importantísimo país exportador de grano hasta 1914.

El comercio europeo se había visto facilitado durante décadas por el desmantelamiento de las barreras arancelarias en virtud de una larga serie de tratados comerciales bilaterales (veinticuatro concluidos por Italia en la década de 1860, por ejemplo, dieciocho por Alemania, o catorce por el Imperio Austrohúngaro). Pero la situación cambió de manera espectacular con la recesión económica de la década de 1870 y la vertiginosa ascensión de las

exportaciones de grano norteamericano a Europa. En Alemania, cediendo a las presiones de los *Junker* y a otros intereses de los terratenientes, Bismarck introdujo medidas proteccionistas en 1879 y aumentó de nuevo los derechos aduaneros en 1885 y 1887, momento en el que la tasa a la importación de grano se situó en el 30 %. No obstante, inmediatamente antes de que diera comienzo la primera guerra mundial, el 40 % de todo el trigo consumido en Alemania todavía tenía que ser importado, en su mayoría de Rusia. Las influencias de los terratenientes también les garantizaron la concesión de beneficios fiscales a sus haciendas, y lograron asegurar que el cálculo de las rentas y la recaudación de impuestos quedaran en buena parte en manos de administradores locales escogidos entre las filas de los propios nobles terratenientes, los *Landräte*, que fijaban unas y otros en beneficio de los propietarios de las tierras. Análogamente en Francia la presión a favor de la implantación de aranceles a la importación de grano fue aumentando hasta la introducción de medidas proteccionistas en 1885. En virtud de los aranceles Méline de 1892, esas medidas llegaron a alcanzar unos niveles altísimos, haciendo que los precios del trigo fueran cerca de un 45 % superiores a los que había en la Gran Bretaña librecambista. Rusia introdujo nuevas tarifas aduaneras al grano, sobre todo a través de los aranceles Mendeléyev de 1891, lo mismo que Austria-Hungría con la creación de nuevos aranceles en 1878, 1882 y 1887. Los italianos modificaron la política que habían venido siguiendo durante la década de 1860 e impusieron nuevas tarifas a las importaciones en 1878, 1888 y 1894. En todos estos casos, e incluso más con los aranceles introducidos por países como Bulgaria y Rumanía, hubo un elemento muy fuerte de protección industrial, pero una parte significativa de la presión a favor de la imposición de aranceles vino de las explotaciones agrícolas y las haciendas grandes y de tamaño medio que producían para la venta en el mercado.

Todas estas medidas tuvieron cierta repercusión en el reforzamiento de la aristocracia tradicional de corte posfeudal. En muchos países de Europa las explotaciones que iban de capa caída fueron compradas cada vez más a menudo por empresarios e inversores acaudalados de clase media, que en 1877 habían llegado a acaparar una octava parte de todas las tierras de propiedad individual de Rusia. En Prusia la aristocracia de los *Junker* ganó más de 400.000 hectáreas de tierra a lo largo de todo el proceso de emancipación, además de 260 millones de marcos en cobros en metálico, pero ni siquiera este gigantesco traspaso de recursos consiguió compensar su endeudamiento, que se dobló pasando de los 162 millones a los 325 millones de marcos entre 1805 y 1845. En esta situación, muchos terratenientes no tuvieron más remedio que vender sus fincas. En 1900 solo una tercera parte de las haciendas de la nobleza de Elbia Oriental seguían siendo propiedad de la aristocracia, incluidos los individuos ennoblecidos recientemente. La adquisición por parte de la clase media de bienes inmuebles pertenecientes a familias nobles empobrecidas fue uno de los fenómenos sociales más extendidos del período posfeudal de la Europa del siglo XIX. Por ejemplo, en España, a raíz de la desamortización, una sexta parte de las propiedades vendidas en la provincia de Valladolid fue adquirida por individuos de Madrid, todos ellos de origen plebeyo. En 1855 un gobierno liberal ordenó que todas las tierras pertenecientes al Estado, la Iglesia, las fundaciones benéficas y los ayuntamientos fueran vendidas en pública subasta, para obtener dinero en metálico con el que sufragar la realización de obras públicas. En consecuencia, cerca de 615.000 propiedades, por un valor de casi diez millones de hectáreas, equivalentes a casi una tercera parte de la superficie total de España, se puso en venta entre 1836 y 1859. En algunos países de Europa los grandes terratenientes lograron frenar este proceso reintroduciendo las manos muertas: de ese modo, en Hungría, por ejemplo, donde en 1844 se permitió legalmente por primera vez a las personas no pertenecientes a la no-

bleza adquirir bienes inmuebles, sesenta y cuatro haciendas fueron amortizadas de nuevo entre 1853 y 1867, creando casi un millón y medio de hectáreas de tierras «indivisibles e inalienables». Pero ello no hizo más que ralentizar el proceso general de cambio de manos, no lo frenó por completo.

Algunos terratenientes pertenecientes a la aristocracia fueron incapaces de adaptarse al nuevo comercialismo incluso con la ayuda de las enormes sumas de dinero pagadas en compensación por la pérdida de rentas procedentes de fuentes de carácter feudal como los diezmos. En España, el duque de Osuna, el máximo contribuyente del país en 1850, ya había empezado a malvender sus bienes en 1841 para reducir sus deudas, pero se vio obligado a tomar nuevos préstamos hasta que fue incapaz de liquidar los intereses generados por ellos como no fuera vendiendo más tierras. En 1877 la venta de cuarenta y siete fincas, «algunas de ellas por valor de millones», según se dijo, había reducido todavía más los bienes del duque, hasta que en 1894, tras la larga serie de pleitos que le pusieron sus acreedores, la totalidad de los bienes que le quedaban fueron secuestrados y malvendidos. Según cierto estudio, la mayor parte de las tierras cayeron en manos de «agricultores acaudalados, muchos de los cuales habían sido arrendatarios de la casa [de Osuna], que sumaron la propiedad a la explotación y vinieron a reforzar la figura del agricultor capitalista». No obstante, a pesar de quiebras tan espectaculares como esta, la mayoría de los grandes terratenientes de noble cuna de España y de otros países lograron capear el temporal y sobrevivir a la transición a una economía agraria capitalista, disfrutando de su nueva liquidez para invertir en una amplia cartera de propiedades, entre las que podríamos citar empresas industriales y de servicios, o vendiendo fincas de forma más cuidadosa para reducir su endeudamiento. Pero los terratenientes nobles menos grandes no siempre lograron salir tan bien parados. La «nobleza de alpargatas», como eran llamados en Hungría, o la «nobleza del alforfón», como era conocido

este sector en Polonia, eran similares a los *Krautjunker* o «*Junker* de las huertas de repollos» de Prusia, esto es, hombres que carecían de las tierras necesarias para poder seguir viviendo de ellas una vez que se puso fin a la servidumbre, y que a menudo se veían obligados a emigrar a las ciudades. En Hungría las bancarrotas se multiplicaron y muchas fincas de pequeño tamaño fueron vendidas a los grandes terratenientes, a menudo a través de bancos que eran propiedad de judíos. El número de fincas de tamaño medio pertenecientes a la pequeña nobleza cayó de las 30.000 existentes en 1867 a las apenas 10.000 de 1900; solo en 1890 se ejecutaron las hipotecas de cerca de 15.000 explotaciones agrícolas cuyos propietarios estaban endeudados hasta el cuello.

Para aquellos cuyos ingresos se lo permitían, la mejor manera con diferencia de sobrevivir era invertir en la industria. En Rusia las indemnizaciones que los terratenientes aristocráticos cobraron a raíz de la supresión de la servidumbre les proporcionaron dinero líquido con el que poder seguir esa vía. En la década de 1870, como señalaba Friedrich Engels en uno de sus escritos sobre Alemania, la aristocracia había «dejado atrás los viejos tiempos respetables y ahora engrosaba las listas de directores de todo tipo de sociedades anónimas, unas saneadas y otras no tanto». Desde el punto de vista de los industriales, incluir a un aristócrata titulado en el consejo de administración de una empresa podía conferir a esta un toque de distinción, mientras que lo que buscaban celosamente los nobles que no consideraban que tales actividades estuvieran por debajo de sus personas eran los beneficios monetarios. En 1905 los consejos de administración de las empresas financieras e industriales de Hungría contaban entre sus miembros a ochenta y ocho condes y sesenta y seis barones; en 1902 los aristócratas constituían el 30 % de los directores de las compañías ferroviarias, y el 23 % de las grandes compañías siderúrgicas y bancarias. En Austria en 1874 los consejos de administración de las compañías ferroviarias fundadas después de 1866 incluían a trece príncipes, sesenta y cuatro condes, veinti-

nueve barones y otros cuarenta y dos aristócratas. Esta situación refleja, entre otras cosas, el gigantesco desplazamiento de las fuentes de riqueza que se había producido a lo largo de las décadas anteriores. En Francia los archivos notariales de 1848 mostraban que solo el 5 % de las fortunas dejadas en herencia correspondían a acciones y participaciones, mientras que el 58 % de los bienes eran tierras y casas; pero en 1900 la primera cifra había alcanzado ya el 31 % y la segunda se había reducido al 45 %.

Invertir en la industria resultaba incluso más fácil para el terrateniente si en sus fincas había depósitos de minerales. Un caso típico en este sentido es el de Engelbert, duque de Arenberg y de Croÿ (1875-1949), que permitió que se abrieran minas en las tierras que poseía en Westfalia a cambio de una renta que le reportaba unos ingresos anuales de más de medio millón de marcos a comienzos del nuevo siglo xx. Otros terratenientes pertenecientes a la aristocracia se conformaron con un porcentaje de los beneficios de las minas, acuerdo que catapultó a otro magnate de Westfalia, el príncipe Alfred zu Salm-Salm (1846-1923), a una de las primeras posiciones en el *Anuario de Millonarios Alemanes* publicado por Rudolf Martin (1867-1939), como forma de demostrar la prosperidad del Reich alemán. Los más emprendedores de todos fueron los grandes terratenientes de Silesia, seis de los cuales figuraban en la lista compilada por Martin de los once prusianos más ricos de 1913. Uno de ellos, el príncipe Christian Kraft zu Hohenlohe-Öhringen, duque de Ujest (1848-1926), daba empleo a más de 5.000 hombres en sus minas de carbón y era el mayor productor de zinc del mundo. En 1910 cuatro quintas partes de su fortuna estaban invertidas en la industria. Otro magnate, el príncipe Guido Henckel von Donnersmarck (1830-1916), diversificó su imperio industrial en el campo del cromo, la viscosa, el papel y la celulosa, e invirtió en empresas industriales en Austria, Francia, Hungría, Italia y Rusia. No obstante, por enérgicos que fueran, los aristócratas ricos, como los anteriormente citados, encontraron cada vez más dificultades para seguir el rit-

mo del rápido desarrollo y la expansión de la industria. En 1909 los negocios del duque de Ujest se vieron envueltos en un complicado pleito con los del príncipe Henckel von Donnersmarck y a punto estuvieron de entrar en bancarrota: el káiser Guillermo II se vio obligado a intervenir y el duque tuvo que malvender una sustanciosa parte de sus tierras. «El mero diletantismo —comentó el embajador austríaco a propósito del escándalo— no bastaba ya para administrar las grandes haciendas en un mundo capitalista». Los hombres como estos fueron convirtiendo progresivamente sus intereses empresariales en sociedades mercantiles y contrataron administradores profesionales encargados de gestionarlas.

En muchos casos los hacendados de noble cuna que intentaban sacar provecho de los negocios industriales establecidos en sus tierras se vieron rebasados por los empresarios a los que llamaron para que los gestionaran. John Hughes (1814-1889), maestro herrero galés, llegó en 1870 a la región de la cuenca del Donets (Donbass), tras recibir un encargo del gobierno ruso, acompañado de cien hombres originarios del sur de Gales, entre obreros cualificados del ramo de la siderurgia y mineros. Hughes arrendó unas tierras a la familia Lieven, perteneciente originariamente a la nobleza germano-báltica, aunque en aquellos momentos ocupaba una elevada posición en la corte y en el Ejército, y creó una gran complejo de ocho altos hornos, minas dedicadas a la extracción de mineral de hierro, minas de carbón y una fábrica de ladrillos. A medida que fue creciendo el poblado, el empresario galés construyó una iglesia anglicana dedicada a san Jorge y (naturalmente) a san David, escuelas, un hospital, salas de té, casas de baños y muchas otras comodidades. En 1882, incapaces de hacer frente a la firme actitud de los mineros del poblado industrial, que iba creciendo de manera imparable, y atrapados en una serie de complejos pleitos por sus propiedades, los Lieven se las vendieron a Hughes e invirtieron sus ganancias en acciones, bonos y terrenos de bosques en el Báltico. Diez

años después de la muerte de Hughes, la ciudad, por entonces administrada por cuatro hijos suyos, producía tres cuartas partes de todo el mineral de hierro de Rusia. Todo ello obra de un hombre que no sabía escribir y solo era capaz de leer un texto si estaba escrito en mayúsculas, mientras que los aristocráticos propietarios de las tierras ni siquiera eran capaces de entender lo que habían hecho. El recuerdo de Hughes sería conmemorado en el nombre del poblado, Yúzovka (Hughesovka), que no sería cambiado hasta después de la revolución bolchevique, cuando la mayoría de los mineros galeses ya había vuelto a su patria; en 1924 la ciudad pasaría a llamarse Stálino y luego, cuando el nombre de Stalin quedó desprestigiado, se convertiría en Donetsk.

El ejemplo de Yúzovka, lo mismo que la experiencia de los magnates de Silesia, apuntaba al hecho de que incluso cuando la aristocracia terrateniente intentaba seguir el ritmo de los tiempos, a menudo se veía superada por el empuje de unos emprendedores de origen mucho más humilde. Lo que de hecho salió de los cambios sociales del siglo XIX, cuando los hombres de negocios de extracción burguesa invirtieron en bienes raíces y los dueños de las tierras de origen aristocrático invirtieron en la industria, fue un nuevo tipo de élite, basada sobre todo en la riqueza, en la que se mezclaban grandes terratenientes, banqueros y hombres de negocios, industriales e inversores, unos con títulos nobiliarios y otros sin ellos, pero que tenían todos más o menos el mismo estilo de vida, se vestían de la misma manera, y disfrutaban con el mismo tipo de diversiones. Entre los hombres de negocios, los políticos de orígenes no aristocráticos y otros plebeyos que pasaron a formar parte de la sociedad, como se decía en Inglaterra, basada en la riqueza, se impondría cada vez con más frecuencia la costumbre de asistir a cacerías y de pasar el fin de semana en sus casas de campo. Los que eran verdaderamente muy ricos llevaban una vida peripatética, trasladándose de una residencia a otra según demandaran las sucesivas temporadas. En Inglaterra, por ejemplo, se marchaban a los brezales de

Escocia cuando daba comienzo la temporada de caza del urogallo el «glorioso doce» de agosto, y luego a Norfolk, para la caza del faisán, o a los Midlands, para la caza del zorro y los bailes en las casas de campo. Regresaban a Londres por Navidad, tras lo cual se marchaban a pasar el invierno en Montecarlo o Biarritz, volcándose en los casinos, los juegos de cartas, la vida mundana y el trato social, y las intrigas.

Era habitual que las familias muy ricas poseyeran casas en cada uno de estos sitios, en las que pasaban unas cuantas semanas al año, aunque solo era verdaderamente grande su principal mansión en el campo. Las familias acaudaladas de Europa central solían pasar buena parte de su tiempo en localidades termales como Karlsbad o Baden-Baden, donde el casino era casi tan importante como el balneario. Esos lugares eran el centro de reunión de una gran variedad de nobles de alta alcurnia de toda Europa y, cada vez más a menudo, de los burgueses ricos. A Baden-Baden acudieron en un momento u otro la reina Victoria, el káiser Guillermo I y el emperador Napoleón III, además de otros potentados extranjeros como, por ejemplo, el sah de Persia, Nasir al-Din (1831-1896). Se convirtieron también en escenario de ciertos episodios de novelas como *Anna Karénina* de León Nikoláievich Tolstói (1828-1910), o *El jugador* de Fiódor Mijáilovich Dostoyevski (1821-1881), que fue allí a jugar al casino, aunque realmente no pudiera permitírselo. Johannes Brahms (1833-1897) tenía una casa en la ciudad, en la que también Iván Sergéyevich Turgénev (1818-1883) sitúa su novela *Humo* (1867). En tales escenarios la alta nobleza y, cada vez con más frecuencia, las élites acaudaladas de muchos países tenían oportunidad de reunirse, alternar, jugar y hacer negocios por encima de las fronteras nacionales y lingüísticas. Su cosmopolitismo contaba con la ayuda de la universalidad del francés como medio de comunicación básico. Las grandes ciudades de Europa, sobre todo París, ofrecían otros puntos de encuentro del mismo estilo; algunos aristócratas residían casi todo el tiempo en la ciudad del Sena, como los bo-

yardos posfeudales de Rumanía, que en general preferían vivir en Francia o en Suiza que en su país empobrecido, en el que, en cualquier caso, unos 2.000 de ellos poseían a finales de siglo el 38 % de las tierras. Posteriormente, la película *La gran ilusión* (1937), del cineasta francés Jean Renoir (1894-1979), retrataría este mundo cosmopolita de la élite europea en el encuentro entre el comandante Von Rauffenstein, gobernador de un campo de prisioneros de guerra durante la primera guerra mundial, y el capitán De Boieldieu, uno de sus prisioneros franceses: aristócratas los dos, rememoran sus cenas en el restaurante Maxim's de París, e incluso recuerdan haber flirteado con la misma mujer antes de la guerra.

No contentos con compartir de ese modo el estilo de vida de la élite solariega, los miembros de la clase media alta se colaron incluso en la manifestación más aristocrática de las actividades decimonónicas, los duelos. En el mundo aristocrático del siglo XVIII, la búsqueda de la gloria iba acompañada necesariamente de la defensa del honor. Una ofensa solo podía satisfacerse con un desafío. Se suponía que los potenciales duelistas eran, como decían los alemanes, *satisfaktionsfähig*, es decir que tendrían un rango lo suficientemente honorable como para presentar o aceptar un desafío, pero a medida que la centuria se acercaba a su fin, la definición de quién era honorable fue bajando cada vez más en la escala social. De los 232 duelistas prusianos que se sabe que se enfrentaron entre 1800 y 1869, el 44 % eran nobles; de los 303 duelistas que se sabe que se batieron entre 1870 y 1914, esa cifra disminuye a solo el 19 %. Los médicos se retaban unos a otros por un diagnóstico, los abogados por un caso en los tribunales, los políticos por un enfrentamiento parlamentario, los oficiales del ejército y de la armada, independientemente de que ostentaran o no un título nobiliario (y el 20 % de la oficialidad del ejército prusiano y la inmensa mayoría de los oficiales de la armada ya no lo poseían en la década de 1850), por las tácticas empleadas en unas maniobras. Afirmando su condición honora-

ble, los hombres de clase media se atribuían algo que hasta entonces había sido coto vedado exclusivamente de la nobleza de título: en toda Europa escritores como Marcel Proust (1871-1922), Alexandr Pushkin o Mijaíl Yúrievich Lérmontov (1814-1841), políticos como Piotr Stolypin (1862-1911), Georges Clemenceau (1841-1929) o Ferdinand Lassalle, o incluso el pintor Édouard Manet (1832-1883), se batieron en duelo. La fusión de costumbres aristocráticas y burguesas que denotan los duelos entre los miembros de la clase media se produjo a muchos niveles a lo largo de la centuria. En Gran Bretaña, los duelos fueron sustituidos desde mediados de siglo por las competiciones deportivas, pero el proceso fue el mismo. Mucho antes de 1914 estaba ya bien claro que se había formado una nueva clase alta de personas ricas e influyentes.

Algunos historiadores han sostenido que la aristocracia cambió a lo largo de los siglos XVIII y XIX y pasó de ser un orden social a convertirse en una clase, pero semejante afirmación no es muy correcta. Desde luego, bajo el régimen jurídico del feudalismo agrario la aristocracia poseía unos derechos y privilegios negados a los que no poseían títulos, circunstancia que refleja la concepción propia del Antiguo Régimen de una sociedad en la que cada orden no solo sabía cuál era el lugar que le correspondía, sino que además la ley se encargaba de mantenerlo en él. Pero antes de que se produjera el declive del feudalismo, en la mayor parte de Europa la aristocracia era también una clase, es decir, también podía ser definida en términos económicos como el grupo de la sociedad cuya riqueza procedía de la tierra. Naturalmente en sus confines más bajos no había mucha diferencia a este respecto entre un *Krautjunker* empobrecido y un campesino acomodado, y era en ese punto en el que la maraña de derechos, privilegios y obligaciones tejida por el feudalismo era más potente y más restrictiva. No obstante, el declive de la aristocracia durante el siglo XIX reflejaría a grandes rasgos el declive de la tierra como fuente de riqueza y la ascensión de la banca, el comer-

cio y la industria hasta despojarla por completo de ella. La nobleza de título, progresivamente desligada de la riqueza procedente de sus fincas, se convirtió todavía más exclusivamente en un grupo de estatus, conservando su prestigio social, pero perdiendo su identidad económica y confundiéndose con los estratos más altos de la burguesía. Los hombres de la época reconocieron este hecho: en Francia, por ejemplo, era habitual a finales del siglo XIX sostener que el país era gobernado por «doscientas familias» de la élite adinerada, en su mayoría no pertenecientes a la nobleza, que lo organizaban todo según les convenía (aunque si efectivamente existía semejante oligarquía, desde luego era más numerosa).

En *Der Stechlin*, la última novela de Theodor Fontane (1819-1898), el personaje principal, el aristocrático terrateniente conservador Dubslav von Stechlin, lleva una vida tranquila, que se ve solo interrumpida por unas elecciones en las que es derrotado por un socialista. Stechlin reconoce que tanto él como los de su especie ya no son capaces de seguir el ritmo del mundo moderno. Como dice uno de los personajes del libro, el pastor Lorenzen, todos ellos tenían que ir «no necesariamente con lo nuevo; mejor dicho: con lo viejo, en la medida en que se pueda, y con lo nuevo, en la medida en que haya que hacerlo». Pero quizá la evocación más poderosa de la decadencia de la aristocracia y de la ascensión de una nueva burguesía que se hace en una obra de ficción aparezca en una novela muy posterior, *El gatopardo* (en alusión al serval, un felino de tamaño medio que se extinguió en Italia en el siglo XIX como consecuencia de la caza abusiva). Su autor, Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1896-1957), era un pequeño príncipe siciliano cuyo matrimonio incompatible con una dama de la nobleza germano-báltica, Alexandra Alice Wolff von Stomersee (1894-1982), extrañamente reflejaba el de Hermynia y Viktor von zur Mühlen. La novela, basada en relatos familiares y en documentos de la época del bisabuelo del autor, se centra en el personaje del príncipe Fabrizio, un aristócrata si-

ciliano empobrecido que vive de sus jornaleros y de hecho no trabaja, prefiriendo pasar el tiempo con su afición particular, la astronomía. El príncipe se ve obligado a salir de su rutina cuando tiene que enfrentarse a los trastornos del Risorgimento, a consecuencia de los cuales el reino de las Dos Sicilias cae y es incorporado a la nueva Italia unida, gobernada desde el Piamonte por políticos burgueses, banqueros e industriales. Mientras los que han apoyado la unificación se enriquecen y se convierten en personajes influyentes, el príncipe se da cuenta de que él —y de paso su hacienda— solo sobrevivirá en ese nuevo mundo si sigue el consejo de su sobrino, Tancredi, que se ha unido a Garibaldi para manifestar la aceptación de la unificación por parte de la nobleza: «Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie». Aunque no la ama, el ambicioso Tancredi se casa con Angelica, la hija de don Calogero, hombre rudo y sin escrúpulos, negociante y político, que ha organizado las cosas de modo que el resultado del plebiscito convocado en Sicilia sea mayoritariamente favorable a la unificación. A medida que avanza la novela, el príncipe y el negociante van pareciéndose cada vez más, el príncipe se vuelve más proactivo en sus actividades empresariales y don Calogero inicia «ese proceso de constante refinamiento de una clase que en el curso de tres generaciones transforma a unos palurdos eficientes en caballeros indefensos».

El taller del mundo

Durante todo el siglo XIX la economía de Europa —y de hecho la de todo el planeta— estuvo dominada por Gran Bretaña. En 1850 más del 40% de la producción mundial de mercancías manufacturadas era fabricada en el Reino Unido. Gran Bretaña era «el taller del mundo», condición aclamada en la Gran Exposición de las Obras de la Industria de Todas las Naciones celebrada en 1851 en un enorme pabellón de vidrio, construido especialmente al efecto —el Palacio de Cristal—, que se levantó en el Hyde Park de Londres. Pese a la invitación cursada a productores de todos los rincones del mundo para que exhibieran sus mer-

cancías en el pabellón, no cabe duda de que la intención primordial de la muestra era hacer publicidad del papel desempeñado por Inglaterra como líder industrial del mundo. La continua influencia de la aristocracia terrateniente quedó patente en la elección del jardinero jefe del duque de Devonshire, Joseph Paxton (1803-1865), para que diseñara el Palacio de Cristal, versión en grande del enorme invernadero de vidrio que había construido en la mansión de Chatsworth, en Derbyshire. Visitaron la Gran Exposición seis millones de personas pertenecientes a todas las clases sociales, con una asistencia media de más de 40.000 individuos al día. La reina Victoria recibió el abono número uno para toda la temporada y visitó el Palacio de Cristal en más de cuarenta ocasiones. «La tremenda ovación —escribió la soberana a propósito del día de la inauguración—, la alegría expresada en los rostros de la gente, la amplitud del edificio, con toda su ornamentación y los objetos exhibidos, el sonido del órgano… todo resultó verdaderamente conmovedor».

Los que asistieron a la exposición quedaron asombrados por la novedad y la diversidad de los objetos expuestos. La novelista Charlotte Brontë (1816-1855) comentó a propósito de su visita:

> Es un lugar maravilloso, amplio, extraño, nuevo e imposible de describir. Su grandeza no consiste en *una sola* cosa, sino en la singular reunión de *todas* las cosas. Puedes encontrar aquí todo lo que la industria humana ha creado, desde los grandes compartimentos llenos de locomotoras de ferrocarril y de calderas, de máquinas de fábricas en pleno funcionamiento, de espléndidos carruajes de todas clases, de arreos indescriptibles, hasta los puestos de techo de vidrio y cubiertos de terciopelo cargados de preciosísimas obras de orfebrería y platería, y los estuches cuidadosamente vigilados llenos de auténticos diamantes y perlas, por valor de miles de libras.

Se ofrecieron premios a los inventos mecánicos más ingeniosos y a los productos industriales más innovadores, ganados casi todos ellos por expositores británicos; otros países se llevaron los premios a los productos alimenticios y de artesanía o a las materias primas. La exposición destacó por su armonía social, con la presencia de trabajadores, para los que se habilitaron entradas a precios rebajados y que quedaron boquiabiertos ante la

variedad y magnitud de los productos exhibidos, y de gente de clase media. El marido de la reina Victoria, el príncipe Alberto (1819-1861), uno de los impulsores de la exposición, comentó antes de la inauguración que el acto sería una demostración de «paz, amor y predisposición a la asistencia mutua, no solo entre los individuos, sino también entre todas las naciones de la tierra». Solo el industrial y fabricante de armas alemán Alfred Krupp puso una nota discordante, al exhibir un resplandeciente cañón de acero: «A los ingleses se les pondrán los ojos como platos al verlo», comentó exultante.

El dominio de los océanos que ejerció Inglaterra durante las décadas posteriores a la derrota de Napoleón permitió que los buques británicos transportaran durante todo ese período el enorme volumen del comercio mundial. A mediados de siglo una cuarta parte de todo el comercio internacional pasaba por los puertos británicos. Más de la mitad del comercio exterior inglés se llevaba a cabo en barcos británicos, generando unas importantísimas ganancias invisibles que se vieron enormemente incrementadas por el virtual monopolio mundial de los seguros del transporte marítimo que ostentaba la compañía Lloyd's de Londres. En 1890, los barcos de Gran Bretaña seguían teniendo un tonelaje mayor que todos los del resto del mundo juntos. Incluso en 1910, el 40% del tonelaje de los busques mercantes que transportaban el comercio mundial era británico. Durante casi todo el siglo XIX esos buques fueron barcos veleros, con veloces clípers, como el famoso *Cutty Sark*, dominando el comercio del té procedente de China. Durante las primeras décadas del siglo, los veleros americanos estaban más avanzados que sus homólogos ingleses, transportaban más algodón y necesitaban menos marineros para ser tripulados. Pero la transición a los buques de vapor con revestimiento de acero puso de nuevo la ventaja en manos de la industria naviera británica, sobre todo cuando los barcos de vapor fueron lo bastante potentes como para cruzar los océanos, como ocurrió a comienzos de la década de 1830. Un avance

trascendental fue el que trajo consigo la invención de la hélice, obra del ingeniero bohemio Josef Ressel (1793-1857), que patentó su invento en 1827 y lo utilizó para propulsar el buque *Civetta* y hacerle cruzar el puerto de Trieste a una velocidad de seis nudos en 1829 (desgraciadamente el barco estalló en plena travesía, y las autoridades austríacas prohibieron la realización de nuevos experimentos). El primer buque de vapor que cruzó el Atlántico, el barco estadounidense *Savannah*, que efectuó la travesía en 1819, seguía llevando velas, mientras que el primer transatlántico fabricado con ese fin, el vapor *Great Western*, construido por el ingeniero inglés Isambard Kingdom Brunel (1806-1859), y que en su época fue la embarcación más grande del mundo, seguía utilizando como propulsor una rueda de paletas. Pero en 1845, Brunel había construido ya un barco provisto de hélices para cruzar el Atlántico, el vapor *Great Britain*. Se necesitarían otras innovaciones técnicas, tales como los motores compuestos y de triple expansión, que incrementaron enormemente la eficacia del combustible utilizando la energía del vapor varias veces seguidas, para posibilitar la regularidad de las travesías de larga distancia. El establecimiento de depósitos de repostaje de carbón permitió a los vapores transportar más cargamento, y la apertura del canal de Suez en 1869 ahorró casi 4.000 millas de navegación a la travesía a la China.

La hegemonía de la navegación británica era asegurada por la fuerza naval más grande del mundo, que a partir de 1889, por exigencia de una Ley del Parlamento, debía disponer al menos de tantos buques de guerra como la segunda y la tercera armada más grandes del mundo juntas. El comercio del Reino Unido se vio reforzado por el grado de mecanización enormemente superior de la industria británica, que le confería una ventaja enorme sobre sus competidores, permitiéndole producir más mercancías, más deprisa, en mayor cantidad y a un nivel más alto. La economía británica dominaba una división mundial del trabajo en la que Inglaterra producía mercancías industriales y manufactura-

das, mientras que el resto del mundo le suministraba las materias primas. A mediados de siglo el 93 % de las exportaciones británicas consistían en productos manufacturados, y aproximadamente la misma proporción de las importaciones correspondía a productos primarios sin elaborar. La situación continuó siendo la misma hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Esta época estuvo dominada cada vez en mayor medida por la industria pesada y el sector ferroviario. El sector textil, que seguía representando más del 60 % de las exportaciones británicas en 1850, había caído al 34 % en 1913, mientras que la metalurgia y el sector ferroviario habían aumentado del 18 al 27 %.

Hasta qué punto dependía la economía del dominio que ostentaba Gran Bretaña del comercio marítimo podemos verlo en el caso de la industria galesa de la extracción de pizarra, que llegó a dominar el mundo en el siglo XIX. Había grandes yacimientos de esta piedra, utilizada sobre todo para revestir los tejados de los millones de casas construidas durante la expansión urbana de la época, en otros países de Europa, particularmente en Westfalia y en la Galicia española, pero estas regiones carecían de capacidad para transportar los bloques de piedra, elaborarlos y ofrecer un producto bien acabado en grandes cantidades. Las grandes canteras abiertas en el norte de Gales trasladaban el producto a la costa en ferrocarriles de vía estrecha movidos por la fuerza de la gravedad como el tren de Ffestiniog, el de Talyllyn y el de Corris, y desde allí la piedra era transportada por pequeños graneleros, muchos de los cuales eran construidos *in situ* en instalaciones portuarias especiales como Port Dinorwic. La cantera de Penrhyn, en Bethesda, al pie del monte Snowdon, fue creada en las colinas de la zona a una escala gigantesca, y tenía veinte galerías que en conjunto producían más de 100.000 toneladas al año, dejando tras de sí enormes montones de escorias grises, formadas por los trozos de piedra rota y desechada que caían rodando por las laderas. Durante el quinquenio 1875-1880, 1.125.000 toneladas de pizarra fueron transportadas en barco

desde Porthmadog a otros lugares de Gran Bretaña, a la Europa continental y a ultramar, y otras 692.000 fueron embarcadas en Port Dinorwic. Las exportaciones de pizarra siguieron teniendo unos niveles elevadísimos durante todo este período, sobre todo con destino a Alemania: en 1894, 39.500 de las 48.700 toneladas de pizarra extraídas fueron directamente de Porthmadog a distintos puertos alemanes. Los aproximadamente 14.000 hombres empleados en la industria pizarrera galesa se ganaban la vida gracias ante todo a la capacidad británica de monopolizar los medios de transporte de este material pesado, pero frágil, a todos los rincones de Europa y del mundo.

La experiencia industrial británica y las inversiones de capital se propagaron de manera desigual por el continente europeo durante la era de la gran industrialización. Aunque muchas grandes regiones industriales cruzaban las fronteras interestatales, como las cuencas hulleras del noroeste de Europa, la producción industrial tuvo unas repercusiones cada vez más significativas sobre el poder económico, y en último término militar, de determinados países. En ningún caso es más obvia esta afirmación que en el del imperio alemán. En el oeste de Alemania, al norte del río Ruhr, los yacimientos de carbón eran muy profundos, y los primeros pozos que se abrieron no empezaron a ser explotados hasta la década de 1840. La producción de carbón del Ruhr, de apenas 2 millones de toneladas en 1850, había aumentado hasta los 12 millones en 1870, a los 60 millones en 1890, y a los 114 millones en 1913 (casi tres veces la producción total de carbón de Francia). En 1913 el Ruhr producía 8 millones de toneladas de arrabio al año. Las empresas fueron creciendo a un ritmo vertiginoso, fusionando la minería del carbón y del hierro con la fundición y la industria ferroviaria en una «combinación vertical» que reducía los costes e incrementaba su eficacia. Empezando por las compañías ferroviarias, las empresas fueron abordando otros campos, sobre todo el del armamento. Caso típico en este proceso fue el de la firma Alfred Krupp, surgida en el valle

del Ruhr, que comenzó su vertiginoso ascenso hacia el predominio industrial fabricando cigüeñales y ejes durante el primer *boom* de los ferrocarriles durante la década de 1840. Las continuas innovaciones técnicas introducidas a mediados de siglo permitieron a Krupp producir llantas para las ruedas de los trenes, y luego raíles, así como planchas de acero, hélices y cigüeñales para barcos de vapor. En 1862, Krupp instaló el primer alto horno Bessemer, que llevaba el nombre del inventor inglés de un proceso que comportaba la eliminación de las impurezas del arrabio por medio de la oxidación, Henry Bessemer (1813-1898). En 1869 Krupp continuó con la creación de una versión perfeccionada de este procedimiento que llevaba el nombre de otro inventor inglés, Sidney Gilchrist Thomas (1850-1885). Las ganancias obtenidas permitieron a Krupp comprar otras empresas y adquirir minas de hierro. La empresa siguió fabricando más y mejores productos de acero, hasta llegar en 1874 a dar empleo a 12.000 trabajadores en un establecimiento de 34 hectáreas en Essen, tres veces más grande de lo que había sido apenas diez años antes. Las grandes empresas de la industria pesada como la de los Krupp o la de los Thyssen venían a confirmar que Alemania se había convertido en el principal país industrial de la Europa continental mucho antes de que acabara el siglo. Empezó así a rivalizar con Gran Bretaña. En 1910 el tonelaje de los buques de la marina mercante alemana era superior a los 2 millones de toneladas, lo que significaba un 11 % del tonelaje total del mundo. El monopolio británico de la marina mercante estaba a todas luces disminuyendo. El ritmo del crecimiento industrial y de las innovaciones de Alemania era frenético. En la inauguración de las nuevas instalaciones portuarias de Hamburgo en 1888, Otto von Bismarck recorrió los más de 15.000 metros cuadrados de extensión de los astilleros Blohm und Voss, con sus tres gigantescas gradas, la recién construida Speicherstadt («ciudad de los almacenes»), los remolcadores y las barcazas, siempre atareados, los inmensos buques de vapor cuyas moles descollaban en el

puerto, y los bosques de grúas que cargaban y descargaban mercancías en los muelles, y comentó a sus acompañantes: «Caballeros, este es un mundo que yo ya no comprendo».

Comparada con el rápido crecimiento industrial de Alemania, la industrialización de Francia fue un proceso a menudo interrumpido a lo largo de casi todo el siglo XIX. La superioridad británica en el campo de la industria pesada, de la fabricación de productos manufacturados y del sector ferroviario durante la primera mitad de la centuria, supuso que los franceses tuvieran que concentrarse en los bienes de consumo, en particular los textiles. El peso de un sector agrícola dominado por el campesinado retrasó la inversión industrial de Francia, aunque los bancos alemanes e ingleses aportaron recursos muy considerables a la economía francesa. El desarrollo demográfico de Francia fue muchísimo más lento que el de Gran Bretaña o Alemania, dejando poco espacio a la demanda basada en el crecimiento y dando mucho más peso a las exportaciones. Además, la agricultura francesa era notablemente ineficaz, hasta el punto de que la producción de trigo de 1911-1912 fue por término medio la mitad de la de Bélgica u Holanda. Una grave crisis agrícola golpeó Francia en la década de 1870: un parásito microscópico llamado «pebrina» devastó la industria de la seda, y un insecto diminuto, la filoxera, logró cruzar el Atlántico en algún cargamento de frutas y empezó a devorar las vides de todo el país. En 1880 casi la mitad de las viñas de Saint Émilien se habían perdido. Como comentaba la revista humorística inglesa *Punch*: «La filoxera, auténtico *gourmet*, sabe localizar las mejores viñas y se asocia a los mejores vinos». Por supuesto, la enfermedad afectó también de mala manera a otros países, en particular a Alemania, pero los caldos franceses eran un importantísimo producto de exportación, mientras que el vino alemán se quedaba casi en su totalidad dentro del país, y solo era exportado principalmente en la variedad pegajosa y dulzona llamada en Inglaterra *hock*. A grandes rasgos, la epidemia costó alrededor del 37 % de la media anual del

producto interior bruto de Francia durante el decenio 1885-1894, indicio de la importancia que tenía la viticultura en la economía del país. La industria fue recuperándose paulatinamente, gracias a la importación de vides americanas resistentes a la enfermedad, pero el ritmo de la sustitución de las viñas fue lento. La producción alemana de arrabio, que era igual a la de Francia en 1870, se había duplicado por dos veces respecto a la francesa veinte años después, reflejando el crecimiento del 10 % de la población de Francia frente al 50 % de la de Alemania durante esos mismos años, así como la localización de grandes yacimientos de carbón y de mineral de hierro dentro de las fronteras alemanas. En Francia, el 53 % de la mano de obra se dedicaba en 1870 a la agricultura y la explotación de los bosques, pero en 1913 ese porcentaje se había reducido al 37 %. El *boom* de los ferrocarriles continuó a lo largo de buena parte de este período, y la producción francesa de carbón subió de los 17 millones de toneladas de 1875 a los 41 millones en 1913. Sin embargo, estas cantidades eran pequeñísimas en comparación con las que se producían en Inglaterra y Alemania, y las importaciones francesas de carbón constituyeron siempre entre un tercio y la mitad del total que se consumía en el país.

Si la industria francesa se quedó atrás en términos relativos, en la periferia del sur de Europa las economías fueron totalmente incapaces de desarrollar un sector industrial fuerte. En España la pobreza de la agricultura, la falta de recursos minerales de fácil explotación, la pérdida de las Américas, y las elevadas barreras arancelarias levantadas en 1891, que supusieron el cobro de una tasa de más del cien por cien sobre la importación de grano procedente del exterior, significaron que la economía siguiera dominada por la agricultura. La inestabilidad política frenaba la inversión, y la debilidad del mercado interior impedía la acumulación de capital. La mayor parte de la producción natural de España iba destinada a la exportación, incluido el 81 % del mineral de hierro vasco durante el período 1881-1913. Portugal se halla-

ba en una situación parecida, y ciertos cálculos sitúan el producto interior bruto per cápita del país en 1913 casi en el último puesto en la jerarquía de los países europeos, superando por muy poco solo a los estados balcánicos. Análogamente, Austria-Hungría representaba en 1913 solo el 6 % del total de la producción industrial de Europa, y dentro del imperio la agricultura seguía constituyendo más o menos la mitad de toda la producción nacional poco antes del estallido de la guerra, predominando el sector alimenticio, el textil y el de los bienes de consumo. La industria pesada se concentraba en unas cuantas zonas, como Bohemia y Moravia, Silesia y Estiria, arrastradas por el *boom* de los ferrocarriles. Pero aunque el procedimiento Gilchrist Thomas permitía la fundición del mineral de baja graduación y su empleo en la fabricación de acero, los costes por tonelada eran una cuarta parte más altos que en Lorena, el coque e incluso el mineral de hierro tenían que ser importados, y todavía en la década de 1890 en algunas zonas del imperio seguía prefiriéndose usar el carbón vegetal en vez del mineral. La industria textil siguió creciendo en Austria, con un incremento del número de husos para el hilado del algodón de 1,3 millones en 1851 a los 2 millones de 1885 y los casi 5 millones de 1913, pero Hungría quedó muy retrasada en esta carrera, y la persistencia de la pobreza rural en general frenó la demanda en el conjunto de todo el Imperio Austrohúngaro. Solo en unos cuantos centros la capacidad y la imaginación de algunos empresarios, junto con la importación de los métodos de producción más modernos, dieron lugar a algún éxito digno de tener en cuenta, como sucedió con la industria del calzado de Bohemia, donde Tomáš Bat'a (1876-1932) introdujo la tecnología norteamericana de la cadena de montaje en su ciudad natal de Zlín en 1894 y la aplicó a la empresa familiar de zapatería, creando de paso uno de los negocios de calzado de producción masiva más importantes de Europa. En la vertiente septentrional de los Cárpatos, las técnicas de perforación en profundidad importadas por una empresa petrolera canadiense die-

ron lugar a un gran incremento de la producción, que pasó de las 2.300 toneladas de 1884 a los más de 2 millones de 1909, situando a Galicia en el cuarto puesto mundial entre las regiones productoras de petróleo.

Una industrialización desigual y localizada por regiones caracterizó también a la economía rusa antes de 1914. Yúzovka, en la región del Donbass, en Ucrania, era una zona industrial todavía relativamente pequeña; en la década de 1890 las minas de hierro de Krivói Rog entraron en funcionamiento a gran escala, fundándose grandes instalaciones metalúrgicas en Ekaterinoslav, a orillas del Dniéper; por lo demás, la industria se concentró alrededor de las grandes ciudades, Moscú y San Petersburgo. La producción industrial de Rusia se duplicó entre 1860 y 1880, de nuevo de 1880 a 1891, y una vez más de 1892 a 1900. Pero el ritmo de crecimiento todavía era muy lento. Serguéi Witte, ministro de Finanzas de 1892 a 1903, y anteriormente al frente de los ferrocarriles rusos, comprendió que era necesaria la intervención del Estado para acelerar el proceso de crecimiento económico. Witte estaba decidido a hacer entrar a Rusia en el mundo moderno. Las medidas que tomó fueron muy variadas, y entre ellas cabría citar una campaña en pro de la mejora de los niveles de alfabetización entre el campesinado, en su afán por dotar a la gente del campo de los medios necesarios para acceder con éxito a la economía de mercado. Las políticas de Witte representaron quizá el ejemplo más dinámico y decidido de intervención estatal que se produjo en Europa antes de 1914 como instrumento deliberado de desarrollo económico e industrial. Los aranceles de carácter proteccionista aprobados en 1891 animaron el mercado interior, y en 1897 Witte introdujo el rublo basado en el patrón oro con el fin de proporcionar un entorno financiero estable para que los bancos extranjeros invirtieran en la adquisición de maquinaria y la creación de fábricas para la industria rusa. Witte supo también animar a la banca extranjera a suscribir préstamos al gobierno, de modo que en 1914 casi la mitad de la deuda na-

cional estaba en el extranjero. La producción de carbón de las provincias del sur del imperio zarista se triplicó o más entre 1890 y 1900, mientras que la de arrabio en esa misma zona pasó de las 210.000 toneladas de 1890 a 1.483.000 una década más tarde. No obstante, en 1914 la industria pesada todavía estaba muy por detrás del sector textil y algodonero, del refinado de la remolacha azucarera y de otras industrias de bienes de consumo. Alrededor del 15 % de todos los husos del imperio se concentraban en la región de Łódź, llamada la «Mánchester polaca».

Debido a su atraso, la industria rusa decidió importar de la Europa occidental y central modelos estructurales más avanzados en vez de apoyarse en la protoindustria ya existente. De ese modo las empresas tendieron a tener gran tamaño desde el principio. El número medio de trabajadores por fábrica en las industrias metalúrgicas de Ucrania en 1890, por ejemplo, era 1.500 y en 1900 ese número ascendía ya a 4.600. Las compañías formaron, especialmente en el campo de la minería y la metalurgia, corporaciones tales como Prodameta, con el fin de controlar los precios y repartirse el mercado. La integración vertical avanzó a pasos agigantados; en 1913, doce de las principales empresas metalúrgicas del sur poseían o habían arrendado varias minas de hierro, llegando a controlar así el 80% de los suministros de Ucrania, y tenían suficientes intereses en las minas de carbón como para producir un excedente de más de 2 millones de toneladas al año para satisfacer sus propias necesidades. Pero la pobreza de la Rusia rural, donde seguía viviendo la inmensa mayoría de los súbditos del zar antes de que diera comienzo la primera guerra mundial, hacía que continuaran estando muy atrasados. «Soñar con una consolidación de nuestra industria metalúrgica basada en la fabricación de azadas de tracción equina, ejes, ruedas, arados y tejados para los campesinos —observaba lúgubremente un portavoz del gobierno—... no es algo que pueda permitirse un hombre práctico». El hecho era que la industria pesada dependía de la inversión extranjera, especialmente de la

francesa. Diez de las quince empresas que extraían tres cuartas partes del carbón de Rusia en 1899 eran de propiedad extranjera, y casi todos los astilleros del imperio, desde Riga hasta Odesa, estaban en manos de extranjeros.

Después de 1905 la industria pesada de Rusia pasaría a depender no ya del mercado en general, sino de los encargos del gobierno, sobre todo para armamento, pero también en este campo se produjo una importante participación foránea. De ese modo las empresas armamentísticas francesas Schneider-Creusot y Saint-Chamond traspasaron sus experiencias a la fábrica de armas Putílov de San Petersburgo, la empresa industrial más grande de la capital y uno de los establecimientos metalúrgicos que había experimentado un enorme desarrollo en la época de los ferrocarriles de la década de 1890. Análogamente, las empresas armamentísticas británicas John Brown, Vickers y Armstrong-Withworth se encargaron de modernizar conjuntamente el Arsenal Tsaritsyn en 1910-1914 para convertirlo en «una fábrica de propiedad privada como no tiene ningún otro país, excepto Inglaterra... La más reciente, la más moderna, y la más eficaz que pudiera crearse en cualquier país del mundo». No obstante, en 1914 las exportaciones rusas seguían dominadas por la producción agrícola —y la mitad de su valor correspondía al grano—, mientras que los productos manufacturados constituían apenas un 8 % de ellas. En 1913, pese a su descomunal tamaño y su población enorme, el imperio ruso generaba solo una décima parte del carbón que se extraía en Gran Bretaña, la mitad de la producción británica de acero, y una tercera parte del petróleo extraído en Estados Unidos. Los intentos de Witte de forzar la industrialización del país se fueron al traste al chocar contra los escollos de una depresión agrícola al comienzo del nuevo siglo. En 1903, atacado desde distintos frentes por los grupos de presión agrarios, los conservadores descontentos, y algunos intrigantes que lo despreciaban no solo por sus orígenes plebeyos,

sino también por estar casado con una judía, Witte se vio obligado a presentar su dimisión como ministro de Finanzas.

La segunda revolución industrial

Cuando realmente acabó la época del *boom* de los ferrocarriles, la industria ferroviaria de la Europa continental había asumido ya en gran medida la producción de locomotoras, vías y material rodante. La rápida mecanización de la industria textil permitió el desplazamiento de las exportaciones inglesas tan pronto como las empresas británicas se mostraron incapaces de pasar de las hiladoras mecánicas Jenny (para el hilado del algodón) y Mule (para el hilado de la muselina) a la nueva técnica, más rápida y más barata, de la hilatura de anillos (*ring frame*). Irónicamente, fueron fábricas británicas de maquinaria textil como la de los hermanos Platt, de Oldham, cerca de Mánchester, las mismas que exportaron los nuevos telares automáticos a Japón y a otros países, y las que, sin embargo, no lograron encontrar compradores en el mercado nacional. La dependencia británica de unas industrias que a finales del siglo XIX se habían convertido ya en tradicionales frenó también el desarrollo de otras nuevas, pero además ralentizó la modernización del país en términos más generales. Las industrias de la Europa continental tuvieron la ventaja de entrar más tarde en el juego y de saber adoptar los métodos más recientes, al tiempo que las británicas empezaron a quedarse atrás. Las fábricas de tejidos de algodón construidas en Lancashire después de 1896 para explotar los nuevos mercados de telas baratas de África siguieron siendo edificadas a la antigua usanza. La producción industrial de Inglaterra, que había venido creciendo a un ritmo del 3 % anual por término medio desde la década de 1820, se ralentizó y se mantuvo por debajo del 2% a partir de 1880. La productividad empezó a descender hasta que en 1914 la producción per cápita en el sector de la minería del carbón en Gran Bretaña era solo la mitad de la que podía encontrarse en esa misma área de la industria americana. Las fuertes inversiones realizadas en las décadas de

1860 y 1870 en instalaciones tales como el convertidor Bessemer hicieron que los fabricantes se mostraran reacios a volver a invertir. Innovaciones norteamericanas tales como la máquina de escribir o la máquina de coser invadieron los mercados británicos. El mismo paso siguieron en el sector lechero los equipamientos con patente danesa, holandesa, francesa y sueca. Y también los molinos de rodillos húngaros empezaron a suplantar a los ingleses en la industria de la molturación.

Las dificultades crecientes de su situación desde comienzos de la década de 1870 llevaron a los industriales británicos a intentar controlar la competencia y a fijar los precios a través de las asociaciones mercantiles, los trusts y los cárteles. En 1879, por ejemplo, las compañías dedicadas al transporte del té acordaron limitar la competencia en materia de tonelaje para el comercio con China, de modo que todos sus barcos tuvieran que navegar obligatoriamente con la carga a tope. La producción de bienes de consumo británicos se hizo a partir de ese momento vulnerable a la intervención de los norteamericanos, particularmente en el sector del tabaco, la sal y el hilo de coser, circunstancia que indujo a los fabricantes y minoristas ingleses a asociarse para combatir la competencia. La Imperial Tobacco Company unió a las trece principales empresas británicas del ramo, que, en conjunto, representaban más de la mitad de las ventas de tabaco en toda Gran Bretaña a principios del siglo xx. En 1906, once fábricas regionales de jabón se unieron en un «trust del jabón» dirigido por Lever Brothers, que les permitió reducir los costes poniendo en común sus trabajos de investigación y su experiencia técnica, y que en 1910 acabó siendo responsable del 60 % de la producción y de las ventas de jabón en Gran Bretaña. Fue durante estas décadas cuando se crearon muchas marcas famosas en los sectores de la alimentación, las bebidas, y otras industrias ligeras, como los chocolates Cadbury y Fry, o el jabón Lux y el detergente Vim, fabricados por Lever Brothers. Al mismo tiempo, la producción de carbón aumentaba de los 110 millones de tone-

ladas de 1870 a los 290 millones en 1913. Irónicamente, Gran Bretaña se convirtió en un país exportador de una materia prima de importancia primordial —el carbón— al tiempo que su dominio de la economía europea en productos manufacturados empezaba a declinar.

Hubo dos industrias en particular en las que los ingleses quedaron por detrás de sus competidores durante la segunda mitad del siglo XIX. Los alemanes se pusieron a la cabeza en el sector de la industria química, y sus investigaciones alcanzaron un predominio tal que los químicos británicos no tuvieron casi más remedio que trasladarse invariablemente a Alemania para estudiar. La producción de sosa se vio revolucionada por el método de purificación Solvay, inventado en Bélgica en 1861 y utilizado por el industrial Ludwig Mond (1839-1909), alemán de nacimiento, como base para la producción en masa de una gran variedad de derivados. El primer tinte a base de anilina (bautizado con el nombre de «malveína», por su color parecido al de la malva) fue descubierto de manera casual por el químico inglés William Perkin (1838-1907) cuando estaba trabajando con el químico alemán August Hofmann (1818-1892) en un estudio sobre la quinina, el tratamiento contra la malaria. Perkin patentó la sustancia, pero la producción en masa de tintes a base de anilina no fue posible hasta que el químico francés Antoine Béchamp (1816-1908) desarrolló la manera de llevar a cabo su reducción y fabricarlos en cantidad apropiada para uso comercial. La Fábrica de Anilina y Sosa de Baden (BASF por sus siglas en alemán, Badische Anilin- und Soda-Fabrik), fundada en 1865, desarrolló un proceso similar, utilizando alquitrán mineral, irónicamente importado en su mayor parte de Gran Bretaña, donde los industriales no sabían qué hacer con él. La BASF desarrolló otros tintes, en particular el añil, producido a partir de 1897. El negocio prosperó y en 1900 los establecimientos de la BASF, en la ciudad natal de la empresa, Ludwigshafen, en la orilla del Rin situada enfrente de Man-

nheim, dedicaban el 80 % de su producción a la fabricación de tintes.

La empresa farmacéutica Bayer, en Wuppertal, fundada en 1863 por dos hombres relacionados con el negocio de los tintes, aprovechó los descubrimientos del químico francés Charles Gerhardt (1816-1856) y se convirtió en una sociedad anónima en 1881. Gerhardt era discípulo del gran químico alemán Justus von Liebig, cuyo descubrimiento del valor del nitrógeno como nutriente de las plantas cimentó eficazmente el desarrollo de la industria de los fertilizantes químicos. Liebig había estudiado y trabajado en París, y en 1865 fundó una empresa dedicada a la producción y comercialización de un extracto de carne según el proceso que había descubierto en colaboración con un colega belga: en 1899 el producto adoptó el nombre Oxo. Liebig desarrolló también una técnica para producir extractos concentrados de levadura, comercializados en Inglaterra con el nombre de Marmite, y en Australia, donde acabó convirtiéndose en un icono nacional, con el de Vegemite. Las empresas químicas no alemanas, como por ejemplo Nobel Explosives, fundada en Aysshire en 1870 por el inventor de la dinamita, el sueco Alfred Nobel (1833-1896), Brunner Mond, fundada en 1873, y United Alkali, formada en 1890 a partir de la fusión de cuarenta y ocho firmas menores, eran casi todas multinacionales.

Al igual que la industria química, la industria eléctrica, el otro sector en el que Alemania se puso a la cabeza a finales del siglo XIX, se desarrolló también a través de la cooperación internacional. Los ingleses tampoco fueron capaces de innovar en este terreno. Fue el científico británico Michael Faraday (1791-1867) el primero en construir una máquina capaz de producir una corriente continua a partir del movimiento rotatorio, pero fue el inventor americano Thomas Edison (1847-1931) el que la adaptó para su uso comercial a gran escala. En 1882, Edison abrió la primera central eléctrica por generación de vapor del mundo en el Holborn Viaduct de Londres. (El año anterior un generador ali-

mentado con agua había facilitado el primer suministro público de electricidad del mundo en Godalming, Surrey). La electricidad no tardaría en ser utilizada para alimentar los tranvías y los trenes subterráneos de las grandes ciudades de Europa, y utensilios domésticos como calientaplatos y mantas, mostrados ya en la Exposición Universal de Viena de 1883. El ingeniero alemán Werner von Siemens (1816-1892), que labró su fortuna con un sistema telegráfico basado en unas agujas que marcaban las letras, en vez de utilizar el código morse, operaba a escala internacional, en Inglaterra en colaboración con su hermano sir, William Siemens (1823-1883), y en San Petersburgo con su otro hermano, Carl von Siemens (1829-1906). También otras empresas establecieron filiales en Gran Bretaña: la electrificación de las primeras líneas de metro de Londres, la Dictrict Line y la Metropolitan Line, por ejemplo, fue emprendida a principios del siglo xx por el financiero americano Charles Yerkers (1837-1905), y los trenes se movían por un sistema de corriente alterna suministrado por Empresas Ganz de Budapest. Un indicio de la incapacidad de explotar la inventiva por parte de la industria eléctrica británica es el hecho de que la bombilla incandescente de sir Joseph Swan fue superada y expulsada del mercado por los productos de su rival, Thomas Edison, lo que obligó en 1883 a la fusión de las dos empresas en Inglaterra con el nombre comercial de Ediswan.

Para entonces las industrias químicas y eléctricas de Alemania habían crecido hasta el punto de convertirse en las líderes europeas y, de hecho, mundiales, dejando muy rezagadas a sus homólogas inglesas. El motivo fue, en parte, el empleo que supieron hacer las compañías alemanas de científicos titulados —230 en BASF, por ejemplo, o 165 en Hoechst, otra gran empresa química—, lo que refleja una mayor concentración en la ciencia por parte de las universidades alemanas, subvencionadas por el Estado. En 1913, las empresas químicas alemanas producían el 28 % de todas las exportaciones mundiales del sector, mientras

que Inglaterra producía solo el 16 %. En el terreno de los tintes sintéticos, los británicos solo representaban el 2 % de las exportaciones mundiales, mientras que Alemania poseía un apabullante 90 %. Análogamente Siemens y su gran rival, AEG (Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, Sociedad General de Electricidad, que introdujo las patentes de Edison en el mercado europeo) representaban el 75 % de la producción electrotécnica alemana. La magnitud de estas organizaciones por aquel entonces era gigantesca: Siemens, por ejemplo, daba empleo a 75.000 trabajadores en Alemania en 1913, y a otros 24.000 fuera del país. La ambición de sus dirigentes no conocía límites. Como señalaba el escritor, político y hombre de negocios Walther Rathenau (1867-1922) en el discurso pronunciado en el funeral de su padre, Emil Rathenau (1838-1915), fundador de AEG, cuando el difunto «vio encenderse por primera vez esta bombillita, tuvo una visión de todo el mundo cubierto con una red de hilo de cobre. Vio la corriente eléctrica fluir de un país a otro, distribuyendo no solo luz, sino también poder». Lo que apuntaló todos esos desarrollos fue un crecimiento constante de los trusts y los cárteles, en los que los representantes de la banca ingresaron en los consejos de administración de las empresas industriales y actuaron como intermediarios de fusiones y adquisiciones. En Alemania facilitaron la unión de las Siderurgias Phönix con la empresa minera de Westende durante la década de 1890, ejemplo de «integración vertical», mientras que a principios de la siguiente centuria la Darmstädter Bank fue decisiva para la creación del Lothringisch-Luxemburgischer Stahlwerksverband (Consorcio de Acerías de Lorena y Luxemburgo). Tan estrechamente entrelazadas estaban por esta época las empresas bancarias y las industriales de Alemania que algunos historiadores han hablado incluso de «capitalismo organizado», en el que la competencia del mercado abierto era controlada cada vez más por los grandes conglomerados, a menudo con estrechos lazos con el gobierno. Desde luego en 1907 la cartelización afectaba al 90 % del mercado alemán

del papel, el 74 % de la minería, y el 50 % del acero bruto. En 1900 había 275 cárteles funcionando en Alemania, en todos los sectores de la industria, y aproximadamente 200 de ellos habían sido creados entre los años 1879 y 1890.

No solo la economía alemana había empezado a superar a la británica en la «segunda revolución industrial», o al menos a parte de ella. En Italia el desarrollo de una industria eléctrica avanzada durante la década de 1890 dio un poderoso estímulo a las áreas de producción más modernas, en particular la fabricación de motores. El despegue industrial del noroeste de Italia, la zona que rodea Génova, Milán y Turín, ya relativamente próspera desde el punto de vista económico, tendría que esperar a los ferrocarriles —construidos con materiales de importación y equipados al principio con maquinaria extranjera— para facilitar la importación a gran escala de carbón, que, sin embargo, seguía costando hasta ocho veces más de lo que costaba en Inglaterra a la salida de la fábrica. No fue hasta la década de 1860 cuando Italia experimentó un verdadero *boom* de los ferrocarriles, e inmediatamente el nuevo gobierno nacional vio en la vía férrea un medio de unificar el país; tres cuartas partes de todo el gasto efectuado en obras públicas entre 1861 y 1913 fueron a parar a la construcción de líneas ferroviarias. La longitud de la línea ferroviaria italiana aumentó de los apenas 1.800 kilómetros de 1859 a los casi 20.000 de 1913, concentrados mayoritariamente en el norte. El verdadero avance, sin embargo, tuvo lugar en la innovación tecnológica que permitió que pudieran ser explotadas las enormes fuentes potenciales de energía hidroeléctrica de los Alpes. El desarrollo de los generadores eléctricos a partir de la década de 1880 dio paso enseguida a la creación de plantas de energía hidroeléctrica a gran escala, la primera de las cuales fue la Central Eléctrica Schoelkopf, en las cataratas del Niágara, en Estados Unidos, en 1881. Desde mediados de la década de 1890 se produjo en Italia un *boom* masivo de la construcción, de modo que en 1911 la hidroelectricidad había reemplazado al 20 % de

los combustibles de importación, operando además a unos costes mucho más bajos. En 1914 la capacidad hidroeléctrica de Italia había alcanzado el millón de kilovatios, y aunque parte de esa cifra era usada, por ejemplo, para suministrar el iluminado eléctrico de la ciudad de Milán (una de las primeras del mundo en contar con una iluminación de este tipo), el 90 % de ella era empleado en la industria, que experimentó una expansión vertiginosa durante la década y media inmediatamente anterior al estallido de la primera guerra mundial.

Tras el crac bancario de 1893-1894, surgieron nuevos bancos italianos, a menudo financiados con capital extranjero, que efectuaron fuertes inversiones en proyectos hidroeléctricos, especialmente a raíz de la nacionalización de las vías férreas en 1905. Y además no dudaron en ampliar el crédito a las industrias más modernas. Para entonces habían empezado a fusionarse en Italia otras compañías industriales avanzadas, como la empresa de máquinas de escribir Olivetti, fundada en 1908, pero la innovación tecnológica también produjo un crecimiento rápido en sectores más tradicionales, como la producción de alimentos, ramo en el que la empresa Buitoni empezó a emplear el secado termomecánico en la fabricación de la pasta. Las hiladoras y los telares mecánicos, combinados con los elevados aranceles a las importaciones introducidos en 1887, convirtieron a Italia en uno de los principales países exportadores de productos de algodón del mundo, especialmente con destino a Turquía y a los Balcanes. La mecanización estimuló la industria siderúrgica del hierro y del acero, aumentando la producción de este último de las 200.000 toneladas de 1895 a las 933.000 de 1913. En conjunto se calcula que el nivel de crecimiento industrial de Italia fue de alrededor de un 5 % anual entre 1897 y 1913, pero el sector eléctrico crecía un 15 % al año, el de los productos químicos lo hacía un 13%, y el del hierro y el acero un 11%.

Italia no fue el único país europeo en experimentar un rápido crecimiento industrial basado en la energía hidroeléctrica. En

1915, Suecia producía 550.000 kilovatios de energía al año, lo que le permitió modernizar su producción de hierro y acero y construir una nueva economía industrial basada en productos de ingeniería de alta precisión. El capital acumulado por medio de la exportación de madera con destino a Gran Bretaña para la fabricación de las traviesas de las vías fue invertido en la nueva fuente de energía y las nuevas industrias, entre las que cabría citar aserraderos tecnológicamente avanzados y fábricas de papel. Noruega dependía más del capital extranjero, aunque poseía una flota ballenera y pesquera muy grande, pero en ella los recursos hidroeléctricos crecieron de manera casi exponencial, pasando de los 200.000 kilovatios de 1908 a los 400.000 en 1912. De ese modo Italia, Suecia y Noruega se saltaron las fases de la industrialización basadas en el carbón y entraron en la era industrial basada en la tecnología energética más moderna. Otros países, como Austria, pese a su potencial alpino, tuvieron más dificultades a la hora de seguir su ejemplo, entre otras cosas debido al efecto inhibidor de la economía alemana: de ese modo, por ejemplo, mientras que las empresas químicas alemanas lograban obtener ácido sulfúrico como subproducto barato de la industria metalúrgica, Austria, que carecía de industrias modernas de este tipo, tenía que importarlo en la forma anticuada de las piritas españolas a un coste mucho mayor. El predominio de la producción artesanal altamente especializada, como por ejemplo la fabricación de relojes, hizo que en Suiza y en los Alpes franceses se considerara innecesaria la adopción de proyectos hidroeléctricos. La demanda de madera sin tratar para su uso en la industria papelera alemana a gran escala, tecnológicamente muy avanzada, hizo que, en vez de desarrollar una industria papelera propia, Austria-Hungría siguiera siendo una fuente de materias primas en este sector, de modo que las exportaciones de madera del imperio entre 1904 y 1914 fueron once veces superiores a las exportaciones de pulpa de madera y celulosa. Análogamente, la industrialización puntera de Alemania dio lugar a una rápida ur-

banización, que creó una creciente demanda en sectores tales como el del suministro de electricidad, los tranvías, la iluminación viaria, los tintes químicos empleados en la confección, los alimentos enlatados o procesados, etcétera, ausentes en zonas como España, el sur de Italia, Hungría o los Balcanes, donde la industrialización y la urbanización fueron más lentas y las ciudades eran pocas y estaban alejadas unas de otras, e incluso en Francia, donde el crecimiento económico y la iniciativa empresarial fueron demasiado lentos para aprovechar el potencial de la energía hidroeléctrica de los Alpes franceses.

El estallido de la guerra en 1914 interrumpió esos desarrollos, pero ya era evidente que Gran Bretaña iba a ser alcanzada por otros países europeos, especialmente en la «segunda revolución industrial». Incluso en la industria pesada, Alemania, con sus estructuras organizativas más nuevas y más racionales y sus mejores instalaciones, estaba adelantando a Inglaterra, produciendo, por ejemplo, 77 toneladas de acero por persona al año en 1913, frente a las 48 toneladas producidas por Gran Bretaña. También en esta segunda fase de la industrialización el Estado empezó a desempeñar un papel más destacado, no solo por medio de los encargos de armamentos, sino también a través de medidas relacionadas con las infraestructuras, como, por ejemplo, la mejora de la educación o las reformas legales, y en algunos lugares por medio de la inversión directa en grandes proyectos de construcción de vías férreas y otros similares. Se abrió un gran debate en Inglaterra entre los economistas acerca de los motivos de todo esto. Todos estuvieron de acuerdo en reconocer que uno de los motivos radicaba en la primacía de la investigación científica avanzada en países como Alemania. Mientras que las innovaciones tecnológicas que habían producido la primera revolución industrial habían sido alcanzadas en gran medida por la inventiva y el ingenio de los mecánicos, las de la segunda requerían a todas luces los conocimientos de los científicos. Las universidades británicas empezaron a adoptar el interés por la investigación

dirigida por una autoridad central que había caracterizado a la educación superior alemana, y de ese modo Cambridge creó una serie de facultades al margen de los colegios, mientras que Oxford se negó a dar ese paso y prefirió seguir centrando su interés en la educación de los jóvenes para el servicio público. Otros pensaron que la respuesta eran unas instituciones dedicadas a la investigación, y así se creó en 1907 el Colegio Imperial de Londres, según las líneas marcadas por la Escuela Superior de Charlottenburg, con la incorporación de la Real Escuela de Minas y del Real Colegio de Ciencias. Pero muchos opinaban que los industriales británicos eran demasiado aficionados a volcar su fortuna en su afán de convertirse en terratenientes, en vez de reinvertirla en innovaciones técnicas productivas. La creencia generalizada en Inglaterra antes de 1914 de que Alemania estaba avanzando económicamente a pasos agigantados alimentó la ansiedad por la eventual aparición de un rival económico, ansiedad que no tardaría en traducirse en términos políticos y militares.

La magnitud del cambio social y económico que se propagó por toda Europa desde mediados del siglo XIX hasta el estallido de la primera guerra mundial fue tremenda. Las estadísticas cuentan una historia impresionante. En 1850 alrededor del 52 % de la población económicamente activa de Francia estaba empleada en la agricultura; en cambio, en 1900 esa cifra había bajado hasta el 42 %. En Italia esa bajada fue del 75 % (en 1862) al 60 % en 1900. En Alemania la rapidez de la industrialización rebajó esa cifra de un modo todavía más espectacular, de cerca del 60% al 35 %. La ventaja inicial de la que gozó Inglaterra en el proceso de industrialización y urbanización queda demostrada por el hecho de que ya en 1850 solo el 22 % de la población económicamente activa del país se dedicaba a la agricultura, mientras que en 1900 la misma cifra había descendido hasta un simple 9 %. Estaba surgiendo un nuevo mundo social, un mundo en el que la sociedad estaba dominada por gentes que ya no habitaban en las zonas

rurales, sino que vivían en las ciudades y metrópolis de la era industrial.

La construcción de la nueva Jerusalén

El siglo XIX fue la era de la urbanización de Europa. Llaman particularmente la atención los asentamientos absolutamente nuevos que surgieron allí donde arraigó la industria. En el Ruhr, la población de la nueva ciudad industrial de Duisburgo se multiplicó por dos, pasando de los aproximadamente 7.000 habitantes que tenía en 1831 a los más de 13.000 de 1850, y ese crecimiento se dispararía luego hasta los 93.000 de 1900. Las condiciones de vida eran duras. En un país de industrialización tardía como Rusia, los trabajadores de los nuevos asentamientos industriales y mineros se alojaban en barracas, como sucedía en la fábrica metalúrgica de Briansk, situada a unos 380 kilómetros al suroeste de Moscú, donde las condiciones de la vivienda en 1892 eran «comparadas sin la menor exageración con las cuadras de los animales domésticos» por un inspector; las viviendas eran sucias, estaban mal ventiladas y eran poco higiénicas. Durante su estancia en Salford, un nuevo barrio industrial de Mánchester, a mediados de la década de 1840, trabajando en la gestión de una fábrica de hilo de coser propiedad de la empresa textil de su padre, Friedrich Engels, por entonces de veintidós años, lo encontraba todo «sucio e inmundo», especialmente los alrededores del río Irk, donde «están situadas varias curtidurías a orillas del río, que llenan el barrio del olor nauseabundo resultante de la descomposición de materias orgánicas». Las casas que daban al río estaban «ennegrecidas de hollín, todas ellas decrépitas, vetustas, con los marcos de las ventanas y sus cristales rotos». No existían canalizaciones ni bombas de agua, y «los retretes son tan raros que, o bien se llenan cada día, o bien se hallan demasiado lejos para la mayoría de la gente que necesita usarlos». La gente de clase media se aislaba de aquel espectáculo de pobreza y explotación detrás de las fachadas de sus tiendas y de los muros de sus villas. Un día, cuenta el propio Engels, se detuvo a ha-

blar en la calle con un hombre de negocios de clase media acerca del «estado espantoso de los barrios obreros». «El hombre me escuchó tranquilamente, y al despedirnos en la esquina de una calle me dijo: "Y a pesar de todo, aquí se gana muchísimo dinero. ¡Adiós, señor!"». No fueron solo los nuevos asentamientos industriales los que experimentaron un rápido crecimiento. La población de Glasgow, que se calcula que en 1800 tenía 77.000 habitantes, casi se dobló en veinte años hasta llegar a los 142.000 y casi se había multiplicado por diez a finales de siglo, alcanzando los 762.000. La población de Berlín subió de los 172.000 habitantes de 1800 a los 419.000 de mediados de siglo, a los 1.122.000 de 1880, y a los más de dos millones treinta años después, poco antes del estallido de la primera guerra mundial. La población de Copenhague pasó de los poco más de 100.000 habitantes de 1800 al más de medio millón de 1910. Cuando Buda y Pest, situadas una frente a otra a ambas orillas del Danubio, se unieron formalmente en una sola ciudad en 1873, la población de la capital húngara pasó de los 270.000 habitantes a los 880.000 existentes durante la primera guerra mundial. La población de Lisboa, tras permanecer prácticamente estática durante casi todo el siglo XIX, se disparó repentinamente de los 242.000 habitantes de 1880 a los 435.000 existentes treinta años después.

Los efectos de un crecimiento tan rápido no tardaron en ponerse de manifiesto en cuanto la geografía social de esas ciudades empezó a cambiar. Como muchas otras capitales europeas, Londres devoró los pueblos de sus alrededores y los convirtió en barrios suburbanos destinados al sector acomodado de la población que deseaba escapar de la suciedad y el ruido del centro de la ciudad, buscando terrenos más altos en zonas como Hampstead. A medida que las viviendas de la clase trabajadora eran despejadas para dar paso a estaciones de ferrocarril y edificios comerciales, los pobres se vieron obligados a emigrar a las casas de vecindad adosadas que se construyeron en el East End. El proceso de diferenciación sociogeográfica puede observarse con

particular claridad en el caso de Hamburgo, cuya población, inferior a las 200.000 almas en 1820, se había disparado hasta los 623.000 habitantes en 1890 y los más de un millón poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial. Durante el siglo XVIII e incluso antes, los comerciantes y fabricantes habían vivido en la ciudad vieja de Hamburgo, cerca del puerto, a menudo encima de sus despachos y talleres y a dos pasos de sus almacenes. Pero cuando la ciudad creció, abandonaron el centro de la ciudad y se trasladaron a villas lujosas y amplias, salpicadas por los alrededores del Alster, tierra adentro, o bien río abajo, a orillas del Elba, dejando que los edificios de entramados de madera del muelle fueran divididos en pisos a medida que las clases trabajadoras se trasladaban a vivir en ellos. La zona no tardó en ser conocida como el Gängeviertel [barrio de los pasajes o callejones], insalubre y superpoblado, ruinoso y poco higiénico. Procesos similares tuvieron lugar durante el siglo XIX en muchas ciudades de Europa. Las condiciones deprimentes de las viejas zonas centrales suministraron el trasfondo de las obras de los novelistas con preocupaciones sociales. En su novela *Oliver Twist*, Charles Dickens describía en términos dramáticos las «corralas» o «palomares», como eran llamadas las casas de vecindad ruinosas en las que la gente vivía hacinada, de un determinado barrio humilde de Londres, Jacob's Island, con sus «paredes llenas de mugre y sus cimientos en ruina, todos los rasgos distintivos de la pobreza, todos los repugnantes indicios de la miseria, de la podredumbre y la inmundicia». Las casas de reciente construcción de la clase trabajadora eran a menudo casi igualmente malas. En *El coronel Chabert*, novela breve de Honoré de Balzac publicada en 1832, el protagonista del relato, un veterano empobrecido del ejército de Napoleón, se ve obligado a vivir en una barriada construida deprisa y corriendo fruto de la especulación, tan absolutamente sórdida como cualquier suburbio medieval. «Aunque recientemente edificada, aquella casa parecía a punto de deshacerse en ruinas».

La situación más lamentable era la de los suburbios de Nápoles, una ciudad de medio millón de habitantes en la década de 1880, en la que los sectores más pobres de la población se veían obligados a vivir hacinados, con una densidad de 80.000 habitantes por kilómetro cuadrado, diez veces mayor que la de Londres. Los edificios de viviendas eran tan altos que el escritor americano Mark Twain, que visitó la ciudad, los describía diciendo que tenían «treinta metros de altura, como los de tres ciudades americanas normales puestos uno encima de otro, impidiendo que la luz del sol ilumine las calles». Con una media de apenas ocho metros cuadrados por persona en la ciudad baja (frente a los 32 de Londres), aquellas viviendas eran comparadas habitualmente con hormigueros o conejeras, estaban ennegrecidas por el humo y la mugre, plagadas de enjambres de moscas que se alimentaban de los restos orgánicos medio podridos que se arrojaban a las calles, «las viviendas humanas más horrorosas sobre la faz de la tierra», como las describió el médico sueco Axel Munthe (1857-1949) durante la visita que efectuó a la ciudad en 1884. No solo Nápoles, sino la mayoría de las ciudades de Europa carecían de suministro de agua corriente hasta bien entrada la segunda mitad del siglo y en mucho casos incluso después. Hamburgo se abastecía directamente del Elba; tan impura era el agua sin filtrar de las tuberías que la llevaban hasta las casas de la gente que a veces podían verse salir por el grifo peces pequeños vivos; de hecho en 1885 un zoólogo publicó un estudio científico titulado *La fauna del suministro de agua de Hamburgo*, en el que identificaba varias decenas de especies de gusanos pequeños, moluscos y otros animales en una muestra tomada de una tubería. En 1863 una encuesta de 8.242 edificios de San Petersburgo, en los que vivía el 90 % de la población de la ciudad, revelaba que únicamente 1.795 tenían agua corriente, y su calidad era solo marginalmente mejor que la del río Nevá del que era tomada (a los visitantes se les aconsejaba no beberla, pues, como señalaba claramente una guía de viajes, «a la mayoría de los viajeros

les produce diarrea»). En 1911 el biólogo August Thienemann (1882-1960) describía el río Ruhr como un «caldo marrón oscuro, que apesta a ácido prúsico y no contiene ni rastro de oxígeno, absolutamente muerto». Solo el 50 % del volumen total del caudal del río procedía de fuentes naturales; el resto venía de los millones de litros de aguas residuales vertidos por el millón y medio de personas que vivían en su cuenca, así como de las aguas residuales de las personas y la industria de las 150 minas y las 100 fábricas de la zona.

Limpiar las calles de las ciudades cada vez más grandes de Europa planteaba problemas incluso tan graves como suministrarles agua limpia para beber. Hasta 1914 los caballos eran omnipresentes en todas las poblaciones de Europa, pues eran ellos los que tiraban de carros y carretas, de vehículos de transporte y de tranvías. Todavía en 1892 había estabulados unos 12.000 caballos en el centro de la ciudad y en los suburbios de Hamburgo. Se calcula que en la década de 1850 había que retirar 20.000 toneladas anuales de excrementos de caballo de las calles de Londres; treinta años después, se retiraban cada año de las calles de Berlín 100.000 toneladas de estiércol de caballo. En la década de 1840 los cerdos andaban libremente por las calles de Gateshead, ciudad del noreste de Inglaterra. Las localidades más pequeñas conservaron los sonidos y los olores del campo mucho más tiempo. Antes de la era de la refrigeración, las grandes ciudades resolvían el problema del suministro de carne fresca a sus habitantes llevando los animales vivos al centro del núcleo urbano para sacrificarlos. A mediados del siglo XIX, según se contaba, a lo largo de un solo año pasaban por las calles de Londres en dirección a Smithfield, el mercado de carne situado en el centro de la ciudad, 220.000 cabezas de ganado vacuno y millón y medio de ovino. «De todas las espantosas abominaciones con las que ha sido maldecida Londres —escribía un observador— no hay ninguna que pueda compararse con ese lugar repugnante, el mercado de West Smithfield, por la crueldad, la suciedad, los

efluvios, la pestilencia, la impiedad, el lenguaje brutal, el peligro, los espectáculos repugnantes y estremecedores, y todo tipo de detalles asquerosos que quepa imaginar». Animales muertos y restos por el estilo eran sencillamente arrojados al basurero. Durante la década de 1830 se multiplicaron en París las quejas por el enorme vertedero de desechos situados en un extremo de la ciudad, en Montfaucon, un pozo negro al que, según se informaba, «se acarreaban entre 230 y 244 metros cuadrados de excrementos humanos... a diario, y la mayoría de los cadáveres de los 12.000 caballos y entre 25.000 y 30.000 animales de menor tamaño que se deja que se pudran en el suelo».

Pero poco a poco el orgullo cívico y los remilgos burgueses se combinarían para superar estos problemas. Puede que las gentes de clase media se fueran a vivir lejos del centro de las ciudades, pero seguían trasladándose a él para trabajar, y cada vez más a menudo exigían un ambiente sano y saludable. En 1842 un informe sobre la situación sanitaria de las clases trabajadoras de las ciudades de Inglaterra llevado a cabo por Edwin Chadwick (1800-1890), del que se hizo una gran publicidad, dio lugar seis años después a la creación de una Asociación de Salud Pública y luego al nombramiento de una Junta General de Sanidad. Chadwick creía firmemente en la máxima victoriana «La limpieza está muy cerca de la piedad». «¡Cuánta rebelión —comentaba—, cuánta depravación moral y cuánto crimen tienen sus raíces en el desorden y la depravación física!». En 1868 se inauguró en Smithfield un magnífico mercado de ganado nuevo, al que los animales eran transportados a través de una línea férrea subterránea especialmente construida al efecto. En la década de 1870 en Gran Bretaña se había aceptado mayoritariamente que las autoridades locales tenían que suministrar agua limpia y eliminar de manera eficaz los desechos líquidos y de otro tipo, limpiar las calles y proporcionar un ambiente saludable, a raíz de la creación de una Comisión Real para la Prevención de la Contaminación de los Ríos, que posteriormente dio lugar a la aprobación de

la Ley de Prevención de Contaminación de los Ríos de 1876. Una ayuda fundamental para acabar con esta situación fue el inodoro provisto de cisterna, producido por primera vez de forma masiva por el fontanero George Jennings (1810-1882), cuyos váteres, que recibieron el curioso nombre de «retretes del mono», los primeros servicios públicos instalados, fueron visitados durante la Gran Exposición de 1851 por 827.280 personas. Cada usuario tenía que pagar un penique por utilizarlos y el servicio incluía una limpieza de zapatos y el empleo de una toalla y un peine, origen del eufemismo «servicios», habitual hasta finales del siglo XX. Otro fontanero, Thomas Crapper (1836-1910), al que a menudo se atribuye la invención del inodoro, fue en realidad el responsable solo del desarrollo del flotador de la cisterna. Los retretes se hicieron habituales en Gran Bretaña a finales del siglo XIX, llegándose a decretar por ley su obligatoriedad en todas las viviendas nuevas de Mánchester a partir de 1881, y también en muchas otras ciudades y pueblos.

«Una buena alcantarilla», afirmaba el crítico de arte John Ruskin (1819-1900), era un «objeto mucho más noble y mucho más sagrado… que la Madonna más admirada que se haya pintado nunca». El nuevo sistema de alcantarillas de Londres, construido por el ingeniero civil Joseph Bazalgette (1819-1891) entre 1858 (inmediatamente después de que el «gran hedor», causado por los repugnantes efluvios procedentes del Támesis, obligara a cerrar el Parlamento durante varios días) y 1865, fue una gran fuente de orgullo cívico: a la inauguración del gran desagüe sur en el curso bajo del Támesis asistieron 500 invitados, que tomaron una cena a base de salmón mientras los residuos de la gran ciudad corrían por el túnel situado a sus pies y caían en el río un poco más abajo. Las depuradoras, introducidas en Berlín a partir de 1885 por el urbanista James Hobrecht (1825-1902), purificaban los líquidos tóxicos antes de que llegaran a los ríos y los mares de Europa. Los suministros de agua limpia fueron accesibles a una proporción cada vez mayor de la población de las grandes

ciudades de Europa a finales del siglo XIX: al cabo apenas de una década del último estallido de fiebre tifoidea en Budapest, acontecido en 1888, todas las viviendas de la ciudad estaban conectadas al abastecimiento municipal de agua. En 1893, Budapest podía jactarse además de contar con unos treinta y dos servicios públicos, en su mayoría artísticamente disimulados entre los árboles de las plazas públicas. La visión de Chadwick se hizo realidad en casi todas las ciudades de Gran Bretaña desde finales de la década de 1850. En otros países de Europa el proceso tardó mucho más; todavía en 1885, por ejemplo, solo una tercera parte de los municipios de Italia poseía cañerías de agua subterráneas y solo la mitad de ellos tenía sistema de alcantarillado.

Uno de los discípulos de Chadwick fue un joven ingeniero, William Lindley (1808-1900), que durante su adolescencia, en la década de 1820, pasó algún tiempo estudiando alemán en Hamburgo. Debido a su competencia lingüística, Lindley fue enviado por Isambard Kingdom Brunel a supervisar y construir las primeras líneas férreas del norte de Alemania en la década de 1830. En 1842, tras la destrucción de una buena parte de la ciudad de Hamburgo como consecuencia de un incendio, Lindley recibió el encargo de ayudar a planificar su reconstrucción. Una parte fundamental del proyecto consistía en crear un nuevo sistema de alcantarillado y de suministro de agua. Lindley convenció al Senado de la ciudad de que construyera un nuevo conjunto de depósitos que trajeran agua del Elba corriente arriba, más allá de la ciudad, así como un serie de bombas de vapor para subir el agua a las casas y los pisos a través de una red de tuberías; en 1890 había ya más de 400 kilómetros de tuberías, y todas las casas de la ciudad tenían por lo menos un grifo o bien dentro de las viviendas o en el patio. El plan estaba vinculado con la creación de un sistema de alcantarillado para la eliminación de residuos, construido en la década de 1840 e inaugurado en 1853; en 1875 la Ley de Alcantarillado exigía que todos los habitantes de la ciudad tuvieran sus viviendas conectadas a él. La introducción

de un suministro central de agua permitió además a Lindley persuadir al Senado de Hamburgo de la necesidad de construir baños públicos en emplazamientos clave a lo largo y ancho de la ciudad. Como señalaba el ingeniero en 1851, «una población sucia se degenera y comete por tanto muchos más delitos contra las leyes del Estado», una reproducción casi exacta del principio político de mejoras urbanas que había aprendido de su maestro, Edwin Chadwick.

La reputación de Lindley se propagó por otras ciudades europeas, que pronto empezaron a reclamar sus servicios. En 1863 empezó a trabajar en un nuevo sistema de abastecimiento de agua en Fráncfort, y luego se trasladó a Düsseldorf, San Petersburgo, Budapest y Moscú. Junto con su hijo, William Heerlein Lindley (1853-1917), diseñó y construyó un nuevo sistema de abastecimiento de agua para Varsovia en las décadas de 1870 y 1880. Este último proyecto, con su gigantesca torre de las aguas, depósitos, lechos filtrantes, estaciones de bombeo, kilómetros y kilómetros de tuberías, y numerosos terraplenes y túneles, fue construido con ayuda de otro hijo suyo, el joven Robert Searles Lindley (1854-1925). William Lindley junior siguió adelante con la labor y construyó los sistemas de suministro de agua y de alcantarilladlo y eliminación de residuos de Praga, donde posteriormente se dedicó un museo a sus proyectos, y de Bakú, en Azerbaiyán, mientras que sus planes para Łódź, archivados en un principio debido a lo elevado de sus costes, acabaron por ser realizados en la década de 1920. En todas partes, los proyectos de los Lindley produjeron un descenso espectacular de los índices de mortalidad por enfermedades transmitidas por el agua. Entre 1868 y 1883 el índice de muertes por fiebre tifoidea en Fráncfort había caído de 80 a 10 por cada 100.000 habitantes, mientras que un especialista en la historia de la ciudad de Varsovia calculaba poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial que el nuevo sistema de abastecimiento de agua de la ciudad había salvado una media de 10.000 vidas al año des-

de su construcción. Esas tasas de mortandad únicamente siguieron sin descender en Hamburgo, donde la tacañería de los comerciantes hanseáticos y de los propietarios de las casas impidió, pese a los consejos de Lindley, que se gastara dinero en obligar a que el suministro de agua fuera sometido a un sistema de filtrado mediante arena para acabar con las bacterias dañinas (como ya hemos visto, las tuberías estaban llenas de todo tipo de seres vivos). La construcción de presas para crear depósitos de agua potable para las grandes ciudades de Europa empezó hacia finales de siglo. Invariablemente las presas se construyeron de piedra: la era del hormigón vendría posteriormente. En el valle del río Elan, en el norte de Gales, identificado como un emplazamiento adecuado por tener un lecho de roca impenetrable debajo, una media muy alta de precipitaciones anuales, y una elevación por encima de la ciudad a la que debía proveer —Birmingham—, fue preciso expropiar numerosas tierras, tres mansiones, dieciocho granjas, una escuela y una iglesia fueron demolidas, y cien personas fueron obligadas a trasladarse de lugar (aunque solo los terratenientes recibieron algún tipo de compensación). Se instalaron en la zona trabajadores que empezaron la construcción de la presa en 1893, y nueve años después el proyecto había quedado concluido. Una presa parecida había sido construida en el lago Vyrnwy en la década de 1870 para suministrar agua a Liverpool. En toda Europa estaban en marcha proyectos semejantes; en Alemania el primero de ellos, cerca de Remscheid, fue concluido en 1891.

Pero para conseguir la mejora de la urbanización se necesitaba más que la creación de unos suministros higiénicos de agua. El más famoso de todos los proyectos de renovación urbanística del siglo XIX fue iniciado por el prefecto de París en tiempos de Napoleón III, el barón Georges-Eugène Haussmann (1809-1891), poco después de su nombramiento para el cargo en 1853. Su objetivo era eliminar de la ciudad lo que un crítico llamaba «las calles diminutas, estrechas, pútridas y enmarañadas» que nunca

dejaban entrar la luz del sol. Al tiempo que se deshacía de los callejones estrechos y los sustituía por amplios bulevares, Haussmann, el «artista de la demolición» (como él mismo se llamaba), quitaba de en medio los emplazamientos ideales para la construcción de barricadas por las hordas revolucionarias y abría la ciudad a las fuerzas del orden. Sus grandes proyectos redujeron la población de la isla de la Cité de 15.000 a 5.000 personas, destruyendo de un plumazo casi todas las viviendas particulares existentes en ella. «Fue el destripamiento del viejo París —escribiría Haussmann lleno de satisfacción en sus *Memorias* (1890)— de los barrios de las revueltas y de las barricadas... de parte a parte». Al verse una gran proporción de la clase trabajadora obligada a buscar acomodo fuera de allí, quedó expedito el camino para la construcción de grandes edificios públicos como la Ópera (1875), para la erección de grandes estaciones de ferrocarril, para la homogeneización de los bulevares centrales flanqueados de edificios neoclásicos de la misma altura y con el mismo diseño de fachada, y para la creación de nuevas plazas y jardines públicos. Haussmann transformó por completo la capital de Francia durante los diecisiete años que permaneció al frente de la prefectura, ejerciendo unos poderes dictatoriales que no había tenido a su alcance ninguno de sus predecesores. Su labor de transformación se vio coronada con la erección de una estructura icónica que precisamente no había previsto, la Torre Eiffel, construida por Gustave Eiffel (1832-1923) para la Exposición de París de 1889, y las mejoras continuaron, aunque a un ritmo más lento, después de la muerte de Haussmann.

La reconstrucción de París convirtió el enorme vertedero de Montfaucon en un parque público lleno de árboles y lomas cubiertas de hierba. La remodelación del callejero de la capital francesa ofreció la oportunidad de crear un nuevo sistema subterráneo de abastecimiento de agua y de eliminación de residuos. «Las galerías subterráneas —escribía Haussmann—, los órganos de la gran ciudad, funcionarían como los del cuerpo humano, sin

mostrarse a la luz». Tan espaciosa era la cloaca máxima construida por debajo de la ciudad que se ofrecían a los turistas amigos de la aventura excursiones por ella en lo que se describía como «una verdadera góndola con el suelo de alfombra y asientos mullidos, iluminada por grandes lámparas». «Ningún extranjero distinguido —señalaba orgullosamente el diccionario Larousse en 1870— quiere irse de la ciudad sin efectuar este singular viaje», y las señoras eran tan bienvenidas como los caballeros: «La presencia de mujeres encantadoras —señalaba un turista americano— consigue añadir encanto a la cloaca». Las alcantarillas de París atraían incluso a individuos de mentalidad literaria, que podían estremecerse con la idea de revivir las experiencias de Jean Valjean, el protagonista de *Los miserables* de Victor Hugo.

Paralelamente a estas innovaciones, se llevaron a cabo cada vez más esfuerzos por mejorar las condiciones de las viviendas de las ciudades y las grandes urbes de Europa. En 1862 el banquero americano establecido en Londres George Peabody (1795-1869) lanzó el Peabody Trust, que dos años después inauguró su primer bloque de viviendas para pobres en Spitalfields; disponía de veintidós pisos, nueve tiendas, retretes en cada rellano, e instalaciones de baño y de lavandería en la planta superior. En 1882 el Peabody Trust había construido 3.500 viviendas en Londres, en las que se alojaban 14.600 personas. También en Copenhague surgieron viviendas sociales, fruto de la iniciativa privada, en este caso unos médicos alarmados por las condiciones de los suburbios, responsables, a su juicio, de la gran epidemia de cólera que se desató en 1853. Inicialmente se crearon 250 casas, que fueron alquiladas a precios bajos. Pero en la mayoría de las ciudades la construcción de viviendas no logró seguir el ritmo del crecimiento demográfico. En San Petersburgo el número de pisos subió de los 88.000 existentes en 1869 a los 155.000 de 1900, pero la media de personas que vivían en cada piso aumentó también durante ese período, pasando de las 7,0 a las 7,4, y a comienzos del nuevo siglo una tercera parte de los habitantes de la

capital de Rusia seguía viviendo en unas casas que no estaban equipadas con servicios básicos tales como agua corriente. En la nueva ciudad industrial de Duisburgo, en el Ruhr, el número de personas por habitación había aumentado por término medio de 1,3 en 1875 a 1,5 diez años después. En la ciudad textil de Lille, en el norte de Francia, una inspección efectuada en un edificio reveló en 1863 que estaba habitado por 271 personas, con una media de unos 17 metros cuadrados de espacio habitacional para cada una.

Aunque la vivienda a menudo se reveló muy reacia a las reformas, por muy deprisa que los constructores con afán especulador edificaran bloques de pisos para los emigrantes que no paraban de llegar, los servicios municipales mejoraron de manera espectacular en muchos aspectos durante la segunda mitad del siglo. Los gobiernos municipales despejaron el camino en muchas localidades a la expansión urbana demoliendo las viejas murallas medievales, como ocurrió en Hamburgo en 1837, donde fueron sustituidas por una amplia zona verde, o en Viena en 1857, donde ocupó su lugar la famosa Ringstrasse, con sus grandilocuentes edificios públicos. Las vías urbanas fueron renovadas y provistas de nuevas superficies. Hasta mediados de siglo, las calles de Londres estaban pavimentadas, en muchos casos, con madera, que no fue sustituida por granito en Cheapside hasta 1846 y en Fleet Street hasta 1851. Las aceras tardaron bastante en llegar, y en la mayor parte de las ciudades los peatones se jugaban la vida si se atrevían a caminar por la calle en medio del tráfico. En las grandes poblaciones las calles estaban cada vez con más frecuencia congestionadas por un caótico atasco de carruajes tirados por caballos, carretas, carretillas y coches de punto y sus equivalentes en la Europa continental, el *fiacre* francés o la *Droschke* alemana. No se llevaron a cabo demasiados intentos de regular la circulación: el plan de introducir un semáforo de tráfico alimentado con gas y controlado manualmente junto al palacio del Parlamento de Londres en 1868 fue abandonado poco

después, cuando el invento explotó causando la muerte al policía que lo manejaba. A partir de ese momento, no volvieron a ponerse más señales luminosas para regular la circulación en ningún lugar de Europa hasta los años veinte. Hasta 1835 no hubo en Inglaterra ninguna obligación legal de conducir por un lado u otro de la calzada, y en Bélgica ocurrió lo mismo hasta 1899. En las distintas regiones de Italia se circulaba por la derecha o por la izquierda según la costumbre, y tampoco existía una regla uniforme en España. El tráfico en el Imperio Austrohúngaro circulaba por la izquierda, lo mismo que en Portugal y en Suecia, mientras que en las zonas de Europa afectadas por la manía de normalización de Napoleón I, incluidas Dinamarca, Holanda y Alemania occidental, se circulaba por la derecha, lo mismo que en Rusia, donde la norma había sido impuesta por Catalina la Grande. Las fotografías de las ajetreadas ciudades europeas tomadas a comienzos del siglo XX indican que, fuera como fuese, en muchos casos esas normas eran sencillamente ignoradas.

Pero, aunque poco a poco, las calles empezaron al menos a estar iluminadas como es debido por las noches. A finales del siglo XVIII se utilizaba ya la iluminación por gas, y en 1815 había ya algunas farolas que iluminaban el puente de Westminster y el Pall Mall de Londres; al término de las guerras napoleónicas se hicieron más habituales, extendiéndose rápidamente su uso a las ciudades y localidades de provincias de Gran Bretaña. En París la iluminación con gas no se aceptó de manera generalizada hasta la década de 1840, e incluso en 1860 solo Londres consumía el doble de gas que toda Alemania. La primera farola de gas que se encendió en San Petersburgo se levantó en 1819, y a mediados de siglo había unas 800 iluminando las calles y plazas de la capital rusa. Fue un ingeniero militar ruso, Pável Nikoláievich Yáblochkov (1847-1894), el que desarrolló por primera vez en 1875 un arco voltaico alimentado con electricidad, la «bujía de Yáblochkov». La primera ciudad del continente europeo que tuvo iluminación pública por electricidad fue Timişoara, en Hungría,

donde en 1884 se instalaron 731 luces en las calles. Para entonces las bombillas incandescentes de Swan o Edison habían sustituido ya a las lámparas de arco, y las ciudades —la primera de ellas Londres— habían empezado a construir centrales generadoras de electricidad. La electricidad empezó también cada vez con más frecuencia a alimentar los sistemas municipales de tranvías, a raíz de la invención del raíl acanalado de surco por el ingeniero francés Alphonse Loubat (1799-1866). Al principio los tranvías eran tirados por caballos en todas partes, desde San Petersburgo, donde a finales de siglo había una red de casi 115 kilómetros que trasportaba a 85 millones de pasajeros al año, hasta Sarajevo, donde el primer tranvía tirado por caballos empezó a circular en 1883, siendo sustituido por el tranvía eléctrico doce años más tarde. El coste que comportaba mantener, alimentar y cuidar los caballos, y el hecho de que estos solo pudieran trabajar cada día durante períodos relativamente cortos, obligando por ello a frecuentes sustituciones, hicieron que la electrificación resultara atractiva una vez que Werner von Siemens hubo inventado el medio de transmitir energía a los tranvías, en un primer momento por medio de un raíl electrificado, que inventó en 1879. Al cabo de dos años circulaban ya por Berlín los primeros tranvías eléctricos, y cuando la invención del trole, desarrollada en Estados Unidos en 1885, fue adoptada en Europa, los peatones dejaron de correr el riesgo de recibir descargas eléctricas al pisar los raíles cuando cruzaban la calle.

Para entonces las grandes ciudades habían empezado ya a intentar resolver el problema de la congestión de las calles construyendo ferrocarriles subterráneos siguiendo el modelo del primero de ellos en ser inaugurado, el Metropolitan Railway de Londres; según ese sistema los trenes de vapor corrientes y molientes empezaron a circular por debajo de la calzada a partir de 1863. La tecnología del tranvía eléctrico permitió que también los trenes subterráneos se convirtieran a una energía más limpia, y las tres nuevas líneas abiertas durante la década de 1890 la

usaron desde el mismo momento de su inauguración. El descubrimiento de que era posible perforar el suelo arcilloso y blando de Londres permitió la construcción de túneles más profundos y estrechos, *the tube* [el tubo], en la jerga de la población local. Los primeros vagones no llevaban ventanillas porque no se consideró que los pasajeros tuvieran ninguna necesidad de saber dónde estaban mientras viajaban por el subterráneo: aquellos coches eran llamados popularmente las «celdas acolchadas». El segundo ferrocarril subterráneo más antiguo del mundo fue un sistema funicular construido en Estambul por una compañía inglesa y fue inaugurado en 1875, mientras que el tercero, en Glasgow, fue un sistema de ferrocarril por cable inaugurado en 1896. El metro de Budapest, que utilizaba una línea eléctrica aérea, abrió también en 1896. París no tardó en seguir su ejemplo con la apertura del Métro, cuya primera línea empezó a funcionar en 1900. En muchas ciudades europeas los ferrocarriles de superficie y los suburbanos elevados acabaron complementando el sistema subterráneo. En Berlín la S-Bahn (*Stadtbahn* o ferrocarril urbano) unió una serie de líneas ya existentes con otras especialmente construidas al efecto para trasladar a la gente de casa al trabajo y del trabajo a casa en trenes de vapor a partir de 1882.

Mejoras urbanísticas como estas fueron simples intentos de resolver el problema básico de trasladar de un sitio a otro a miles o incluso a millones de personas con eficacia y por poco dinero a medida que las ciudades de Europa iban haciéndose más y más grandes. Pero hubo también otras razones menos tangibles de que se produjera la mejora urbana. Cuando los distintos monarcas y gobernantes intentaron reforzar su legitimidad durante las décadas posteriores a 1815, lanzaron ambiciosos programas arquitectónicos. Entre esos proyectos cabría citar los grandes edificios neoclásicos y los elegantes espacios diseñados, en el caso de Múnich, por Leo von Klenze (1784-1864), siguiendo órdenes del rey Luis I de Baviera; o las construcciones de Karl Friedrich Schinkel (1781-1841) en Berlín, como, por ejemplo, la

Neue Wache (1816), el Monumento Nacional a las Guerras de Liberación de Prusia (1826), y el Altes Museum (1830), que transformaron la ciudad haciendo que dejara de ser una soñolienta ciudad de provincias para convertirse en la gran capital de un estado importante. Dresde, la capital de Sajonia, experimentó una evolución similar por obra de Gottfried Semper (1803-1879), lo mismo que Karlsruhe, capital del gran ducado de Baden, a manos de Friedrich Weinbrenner (1766-1826) y sus discípulos. Amplias avenidas flanqueadas por grandiosos edificios públicos proyectaban una majestad principesca sobre el escenario público con el fin de cimentar la lealtad de la ciudadanía despertando un temor reverencial. En Londres esas mismas décadas fueron testigos del trazado por orden del príncipe regente y posteriormente rey Jorge IV, de Regent Street y Regent's Park, bajo la supervisión del arquitecto más famoso de época georgiana, John Nash (1752-1835). La *haussmannización* de París en tiempos de Napoleón III se inscribiría en el mismo contexto.

Durante las décadas de 1870 y 1880 le tocó el turno a Budapest. Entre 1872 y 1876 fue construido un largo bulevar, la avenida Andrássy, flanqueada por grandes e imponentes edificios nuevos: la Academia de Bellas Artes (1871), la Academia de Música (1875) y la Ópera (1884). El nuevo bulevar desembocaba en la plaza de los Héroes, diseñada por el arquitecto alemán nacido en Galicia Albert Schickedanz (1846-1915), que situó un nuevo Museo de Bellas Artes y un Palacio de las Artes a uno y otro extremo de la plaza. En 1906 se colocó en el centro un Monumento Conmemorativo del Milenio, que celebraba la conquista de la Llanura de Panonia por los magiares. Un parque público a lo largo de uno de los lados del bulevar completaba la grandiosa representación de la cultura nacional. Allí donde se creaba un nuevo Estado, se convertían en tareas urgentes la erección de edificios públicos y el establecimiento de los arreos de una capital digna de tal nombre. Tras la fundación en 1878 del principado autónomo y posteriormente reino independiente de Bulgaria

(1908), fue nombrada capital la insignificante ciudad de Sofía, de menos de 12.000 habitantes. El nuevo monarca impuesto por el concierto europeo, Alejandro de Battenberg (1857-1893), sobrino del zar de Rusia, nombró a dos arquitectos vieneses, Friedrich Grünanger (1856-1929) y Viktor Rumpelmayer (1830-1885), encargados de diseñar y supervisar la construcción de dos palacios reales (uno en Sofía y el otro a orillas del mar Negro). Arquitectos búlgaros formados en el extranjero construyeron el edificio destinado a albergar la Asamblea Nacional, la estación central de ferrocarril (inaugurada en 1888) y toda una serie de ministerios. El bulevar Vitosha, que más tarde habría de convertirse en la principal calle comercial de la ciudad, fue abierto en 1883. Poco a poco Sofía fue perdiendo su soporífero carácter provinciano y empezó a asumir los arreos de una capital nacional.

En cambio, muchas ciudades pequeñas de toda Europa sobrevivieron prácticamente intactas durante la mayor parte del siglo, a menudo aisladas de los nuevos desarrollos industriales debido a las malas comunicaciones y a una orientación primordial hacia los mercados que les suministraba su *hinterland* rural. La guía turística *Baedeker* del sureste de Europa de 1883 advertía a los viajeros que la ciudad de Debrecen ofrecía «las características habituales de Hungría. Las aceras son desconocidas, y en épocas de lluvia el barrizal que se forma en las calles estrechas es terrible». En 1858 el *Murrays' Handbook for Travellers in Scandinavia* avisaba a los viajeros amantes de la aventura que visitaban la capital de Islandia, Reikiavik, de que en ella encentrarían solo «una colección de casuchas de madera». No había posadas por ninguna parte, ni caminos, ni comodidades de ningún tipo. Se avisaba a los presuntos turistas de la conveniencia de llevar consigo una tienda de campaña. La pobreza de Islandia era extrema, pero donde había poco o nulo desarrollo económico, la urbanización y las mejoras urbanísticas tardaron en arraigar. Al entrar en la ciudad búlgara de Plovdiv en 1868, el patriota búlgaro Lyuben Stoychev Karavelov (1834-1879) vio en ella únicamente sordidez

oriental, fruto de la dominación otomana ininterrumpida: «Nuestros caballos se hundieron en el barro hasta las rodillas y fueron dando tumbos de un lado a otro junto con nosotros; tuvimos que taparnos las narices para no ahogarnos a consecuencia del olor nauseabundo. En las calles: perros muertos, pollos, incluso caballos flotando en medio de cenagales fangosos». Solo tras la creación de una Bulgaria autónoma en 1885 empezaron a producirse mejoras urbanísticas. E incluso en las metrópolis más importantes de Europa seguía habiendo áreas de carencias urbanísticas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En Birmingham había más de 40.000 casas sin agua corriente de ningún tipo en 1900, y casi 60.000 sin servicios higiénicos aparte. Incluso en 1895 solo el 42 % de las comunidades urbanas de Prusia de más de 2.000 habitantes disponía de red de agua corriente; otro 58 % dependía de pozos, manantiales, del agua del río o del agua de lluvia. Cuando el siglo llegó a su fin las mejoras urbanísticas habían llegado muy lejos, pero todavía tenían un largo camino por recorrer.

El precipitado crecimiento de la industria trajo consigo una rápida transformación de la sociedad urbana, creando lo que en muchos sentidos era esencialmente una nueva clase social: la burguesía. Su propio nombre —*bourgeois, Bürger, borghese*— aludía a los habitantes de las ciudades. En el orden social urbano preindustrial, la élite dominante de los miembros de los gremios podía dar cabida a un puñado de individuos cultos y educados, médicos, juristas, notarios, boticarios, funcionarios y secretarios. Muchas ciudades con una larga historia a sus espaldas estaban dominadas por una élite hereditaria de patricios que cada vez en mayor medida tuvo que dar cabida a banqueros, industriales y profesionales sin necesidad de de verse desplazada por ellos. En la ciudad suiza de Basilea, la élite patricia, que había formado una corporación cerrada a principios de siglo, seguía suministrando en la década de 1890 más de la mitad de los miembros de las instituciones gobernantes, incluso tras la reforma llevada a cabo en 1875, que había introducido un elemento democrático en el sistema político de la ciudad. No obstante, la vieja élite patricia había empezado en realidad a mezclarse y a convertirse en una nueva clase media urbana cuando sus privilegios legales fueron erosionándose paulatinamente. En la ciudad portuaria de Trieste, a orillas del Adriático, cuya población pasó de 45.000 habitantes en 1815 a 230.000 un siglo más tarde, el patriciado, acostumbrado a elegir a sus propios miembros, perdió el poder cuando en 1838 fue aprobada una nueva Constitución que preveía la elección de «personas… basada en la inteligencia, los conocimientos, los servicios prestados y las dotes personales», y no solo la de individuos que superaran unos requisitos mínimos de riqueza y de propiedades. En 1850 una nueva reforma municipal definía la ciudadanía (aparte del mero lugar de residencia) en términos aún más amplios basados en factores de cultura y propiedad, incluida la posesión de un título académico, el ejercicio de una profesión como la de arquitecto, cirujano, boticario, etcé-

tera; los capitanes de navío y los maestros artesanos estaban incluidos en la lista, así como los abogados y los comerciantes.

El cambio económico y social incrementó a lo largo del siglo el número y la importancia de la burguesía en muchos países de Europa. En Noruega, la proporción de burócratas, docentes, banqueros, financieros, abogados, médicos y otros profesionales existente en el conjunto de la población aumentó del 6 al 22 % entre 1815 y 1914. Hacia finales de siglo ciertos cálculos computaban la existencia en Suecia de unos 15.000 comerciantes e industriales, así como 4.700 ingenieros, 7.000 altos funcionarios, 7.600 docentes de todos los niveles, incluida la universidad, y 3.300 médicos y boticarios. Todos ellos formaban una clase social característica que constituyó la fuerza motriz del liberalismo social y político en un país que seguía siendo primordialmente agrícola. En sociedades incluso menos desarrolladas, la burguesía, aunque fuera creciendo con rapidez, continuó siendo una fuerza social y política relativamente débil, a menudo constituida por componentes minoritarios. En Hungría en torno al año 1900, el 45 % de los médicos y el 35 % de los estudiantes de medicina eran judíos, mientras que en Polonia, el elemento de lengua alemana de la burguesía era particularmente fuerte, y se concentraba en ciudades predominantemente germanohablantes como Danzig, Elbląg o Toruń. En cambio, en una ciudad como Viena, con su numerosísima burocracia encargada de administrar la totalidad de la monarquía de los Habsburgo, la burguesía era numerosa y fuerte a la vez.

La formación social de la clase media urbana en la mayor parte de los países europeos se produjo ante todo a través del desarrollo de diversas asociaciones: los círculos de lectores, cafés, clubs sociales y organizaciones culturales de comienzos del siglo XIX. En las ciudades alemanas, la pertenencia a los clubs sociales, que habitualmente llevaban por nombre Casino o Harmonie [Armonía], variaba según la naturaleza de la sociedad en la que surgían: en la ciudad universitaria de Gotinga, el 40% de sus so-

cios eran catedráticos y profesores, mientras que en la capital de Baviera, Múnich, el 70% de sus integrantes eran nobles, oficiales del ejército y burócratas. En el centro financiero de Fráncfort predominaban los banqueros, los comerciantes y los industriales. Pero en todas partes esas sociedades se esforzaron conscientemente por incluir a un amplio espectro de miembros provenientes del mundo de la gente culta y acaudalada. Las décadas de 1820 y 1830 fueron testigos de una fuerte oleada de fundaciones de asociaciones de ese estilo en toda Alemania, incluidas solo en Augsburgo el Tivoli (1825), la Concordia (1827), la Ressource [Recursos] (1829), la Erheiterung [Diversión] (1829), y el Frohsinn [Alegría] (1830). Las cuotas de suscripción se mantenían a un nivel lo suficientemente elevado como para desanimar a los aspirantes a ingresar en cualquiera de las sociedades que ocuparan un rango inferior en la escala social, al tiempo que internamente el funcionamiento de todas ellas se basaba en unos estatutos democráticos y representativos. A medida que fueron proliferando, las asociaciones dividieron a la incipiente clase media en grupos religiosos, políticos o profesionales, sobre todo a partir de 1850. Pero la pertenencia de los mismos individuos a varias de ellas contribuyó también a la cohesión social: de ese modo en 1870, el 38% de los miembros de la Sociedad Musical de Mannheim pertenecía también a la principal asociación de la ciudad, la Harmonie-Gesellschaft, que además daba cabida entre sus miembros al 44% de la Asociación Artística y al 56% de la Sociedad de Historia Natural. Casi la mitad de los socios de todos estos clubs estaba formada por los contribuyentes más importantes de la ciudad. Participar en la vida cultural urbana era fundamental para el éxito tanto profesional como social de la clase media. Para los que ejercían la medicina, la jurisprudencia y otras profesiones liberales, una manera social adecuada de tratar con otros miembros de la burguesía constituía un elemento esencial de su oficio, y pertenecer a una asociación o club podía

suponer una forma de conseguir pacientes o clientes, además de un medio de relajarse después de una jornada de trabajo.

Estas asociaciones se diferenciaban de los salones tradicionales en muchos sentidos. Los salones eran frecuentados ante todo por la nobleza, y aunque sus asiduos y las personas que los visitaban excepcionalmente dejaran su rango social a la puerta, no cabe duda de que tenían un carácter marcadamente aristocrático. Las mujeres desempeñaban un papel central a la hora de reunir y presidir los salones, mientras que tenían prohibido participar en los clubs sociales burgueses. Las intrigas sexuales, tan corrientes en los salones, apenas eran visibles en el mundo rigurosamente moral de los clubs sociales. Cada asociación redactaba sus complejas normas y reglamentos, pero los salones siguieron siendo un punto de reunión informal dedicado ante todo a la conversación. La literatura y la filosofía eran en ellos los temas de discusión, mientras que los clubs cubrían un campo mucho más amplio en conjunto; y mientras que los salones evitaban los enfrentamientos políticos, los clubs no eran en absoluto reacios a ellos. Los salones siguieron existiendo a lo largo de todo el siglo XIX: en Bruselas, por ejemplo, cabría citar el presidido por la marquesa Arconati-Visconti (1800-1871), y en Milán, el fundado en 1834 por Clara Maffei (1814-1886); sin olvidarnos de Upsala, donde Malla Silfverstolpe (1782-1861) organizaba discusiones informales de arte y literatura; y por supuesto los había también en muchas otras ciudades de Europa. Pero los salones se vieron progresivamente rebasados por las nuevas instituciones del mundo social de la burguesía emergente, y esas instituciones eran enfáticamente masculinas, unidas unas con otras por un nuevo código de «virilidad», que se atenía a los valores de estabilidad, solidez, probidad, laboriosidad y autocontrol, cualidades todas ellas que sus socios consideraban que no poseían las mujeres.

Ausentes en gran medida de ambos tipos de instituciones estaban los banqueros y los industriales, que formaban el estrato

llamado burguesía «económica» o «empresarial». Sus rentas estaban sujetas directamente a las fuerzas del mercado, contrastando con las de la burguesía «culta» o «profesional» de abogados, docentes, médicos, ingenieros, etcétera. Pero ambos sectores de la burguesía se verían unidos progresivamente no solo por lazos sociales, sino también familiares. En 1900 solo el 34 % de las esposas de los altos funcionarios de la Renania prusiana eran hijas de funcionarios, mientras que el 48 % de los padres de estas mismas mujeres estaban en los negocios o en la industria. La burocracia fue confundiéndose con una clase media en sentido lato, de modo que el 37 % de los padres de los altos funcionarios de la Renania prusiana eran también funcionarios, el 30 % pertenecían al mundo de los negocios o la industria, el 17 % eran terratenientes y el 6 % militares. A finales del siglo XIX tres cuartas partes de la élite empresarial de Francia, Inglaterra y Alemania habían recibido una educación superior. El esnobismo con el que las familias ricas y cultas trataban a aquellas que hacían o habían hecho su dinero con el «comercio» sería superado paulatinamente.

La urbanización, el desarrollo industrial, la expansión del Estado, el aumento de la población, todos estos elementos requerían los servicios de médicos, abogados, ingenieros, profesores y muchos otros profesionales. Ello dio pie a la constante expansión de las profesiones liberales. El total de individuos inmersos en el «servicio público y el sector profesional» en Inglaterra y Gales apenas ascendía a poco más de los 200.000 en 1851, pero cincuenta años después eran unos 560.000. A medida que los conocimientos fueron siendo más complejos, la formación y la aprobación de los niveles alcanzados fueron adquiriendo mayor importancia. En la Europa continental, una y otra se conseguían estudiando en las universidades y obteniendo el correspondiente título en la materia relevante. En Italia en 1877, el 40 % de los universitarios estudiaba leyes. Entre 1830 y 1860 casi una tercera parte de los estudiantes de las universidades alemanas estaban

matriculados en derecho. No es de extrañar que en esta época las asambleas legislativas estuvieran pobladas sobre todo de juristas. Las reiteradas revisiones de los códigos escritos de leyes que definían todos los aspectos de la aplicación y la administración de la ley en la Europa continental suministraban una ingente cantidad de material para el ejercicio del derecho. El número de abogados existentes en Inglaterra y Gales aumentó del total, por lo demás considerable ya, de 15.800 que había en 1851 a los 22.000 de 1891, y en otros países de Europa se produjo un incremento similar.

En todas partes, por supuesto, la profesión jurídica abarcaba una gran variedad de requisitos y capacidades, desde los notarios mal pagados y peor formados de las pequeñas ciudades de provincia de Francia hasta los ricos procuradores de la City y los abogados de Londres, acostumbrados a cobrar elevados honorarios. No es de extrañar que los juristas estuvieran a todas horas protestando contra los charlatanes poco cualificados, llamados en Alemania *Winkeladvokaten*, o leguleyos de tres al cuarto, y en Italia *faccendieri*, apañadores. En la década de 1880 se decía que el palacio de justicia de Nápoles era como un mercado callejero, con presuntos abogados haciendo publicidad de sus servicios en todas las esquinas. No es de extrañar, por tanto, que los 18.000 abogados aproximadamente que existían en Italia en la década de 1880 estuvieran interesados en regular su profesión, aunque los intentos de aprobar una legislación en tal sentido se vieran en general frustrados, y las leyes fueran mutiladas por los intereses creados. El modelo en este terreno era Inglaterra, donde la Law Society, fundada en 1825, regulaba el ingreso en la profesión de procurador, fijaba los exámenes y hacía cumplir las normas. Mientras que los procuradores [*solicitors*] preparaban los casos, los abogados [*barristers*], que se presentaban a defenderlos ante el tribunal, obtenían su cualificación de los Inns of Court, donde además estaban obligados a vivir y estaban situadas sus bufetes [*chambers*]. Hasta 1894 no se creó un organismo

con una base más amplia, el Bar Council, encargado de juzgar las infracciones a las normas profesionales, sobre las que hasta entonces dictaminaban los jueces.

Un proceso similar de profesionalización tuvo lugar en el funcionariado civil y en la alta administración del Estado en la mayor parte de países europeos, que experimentaron una expansión enorme durante el siglo XIX. En 1914 había unos 166.000 puestos de altos funcionarios en Italia, con 314 jefes de sección, frente a los 103 que había en 1882. Durante las primeras décadas del siglo los funcionarios civiles y los responsables de la administración del Estado solían ser vagos, corruptos y carentes de cualificación, como el alcalde satirizado en el drama de Gogol *El inspector* (1836), que confunde a un simple visitante casual con un auditor enviado desde San Petersburgo. La idea de neutralidad política tardó también en arraigar. Durante la primera parte de la centuria, el alto funcionariado de Francia, incluidos los prefectos de las regiones, constituía un órgano político. La Restauración nombró para ocupar esos cargos a nobles, especialmente si eran antiguos exiliados; la Monarquía de Julio los sustituyó por bonapartistas y por hombres nuevos; y el Segundo Imperio llevó a cabo inmediatamente una reducción del número de burócratas con títulos nobiliarios. Análogamente, la inestabilidad política en España tuvo sus efectos en la burocracia; un personaje de la novela *Mendizábal* (1898), de Benito Pérez Galdós (1843-1920), integrada en los *Episodios nacionales*, cuenta al protagonista que durante sus veinticinco años de burócrata «he pasado por catorce intendencias [y] he sufrido siete cesantías». Su trabajo, como el de tantos otros en el funcionariado español, dependía básicamente de la recomendación, y por lo tanto estaba constantemente en peligro; una generación antes, el dramaturgo Antonio Gil y Zárate (1793-1861) comentaba cínicamente que «un empleo en la Administración no es más que una forma de tener señalada una pensión sobre el erario público con la obligación de no hacer nada… el mérito es irrelevante y… todo se redu-

ce a si el empleado es amigo o no». En Gran Bretaña el Informe Northcote-Trevelyan de 1854, profundamente influenciado por el modelo del mandarinato chino, recomendaba que los nombramientos para el funcionariado se hicieran basándose en el mérito, comprobado por medio de exámenes abiertos, y que la promoción se basara igualmente en el mérito. El funcionariado debía ser neutral y estar al servicio del gobierno que hubiera en cada momento sin depender de él. En Francia los altos funcionarios recibían una preparación más específica en la École Libre des Sciences Politiques, llamada familiarmente Sciences-Po, una escuela de élite creada en 1872.

En contraste con el funcionariado moderno, la profesión médica era una institución creada hacía mucho tiempo y relativamente estable. El número de individuos cualificados que ejercían la medicina en Inglaterra y Gales apenas creció durante la segunda mitad del siglo, pasando de los 19.200 de 1851 a los 20.800 que había cuarenta años después. El estatus de los médicos ingleses a mediados de siglo no era particularmente elevado. Debían entrar en las casas de los ricos y poderosos por la puerta de servicio; en *El vicario de Bullhampton* (1870), novela de Anthony Trollope (1815-1882), uno de los personajes «no diría de ninguna manera que un médico no era un caballero, o incluso un cirujano; pero nunca concedería en absoluto al físico los mismos privilegios que, en su opinión, pertenecían a la ley y a la Iglesia. Posiblemente cupiera también abrigar dudas respecto al funcionariado y a la ingeniería civil…». En Gran Bretaña la medicina, como sucedía con otras profesiones, estaba en gran medida autorregulada, bajo la supervisión del Consejo General Médico, establecido en 1858. También en Francia el número de médicos aumentó con lentitud, pasando de los apenas 11.000 de 1866 a los poco más de 13.000 de 1906, antes de dispararse hasta los 20.000 que había poco antes del estallido de la primera guerra mundial. Su preparación dejaba todavía mucho que desear. Los estudiantes de medicina de París protestaban a menudo en la primera dé-

cada del siglo XX de la falta de preparación práctica, del hacinamiento en los laboratorios, y del dominio ejercido por una pequeña élite de doctores ricos; en 1911, insatisfechos con los niveles educativos que se les ofrecían, encerraron al decano de la Facultad de Medicina de la Sorbona en su laboratorio, haciendo que la Facultad fuera cerrada durante un mes. La Sociedad de Médicos de Alemania fue creada en 1822, y su objetivo era ni más ni menos que eliminar la competencia de los que ejercían la profesión médica sin cualificación o de manera alternativa, a los que apodaban *Kurpfuscher* o «matasanos», y cimentar el estatus del médico estableciendo normas reguladoras. El aumento de las sociedades de beneficio mutuo, de los seguros médicos y de las organizaciones benéficas hizo que los ingresos de los doctores dependieran cada vez menos de sus clientes ricos. El número de estudiantes de medicina en el imperio alemán aumentó de los apenas 1.600 de mediados de la década de 1840 hasta los más de 5.000 de 1882, mientras que al comienzo de la nueva centuria había en Prusia casi 18.000 médicos cualificados y en Italia más de 22.000.

El ritmo de crecimiento fue mayor en otra profesión mucho más moderna, a saber, la ingeniería; el número de quienes la practicaban aumentó a medida que se expandían las ciudades grandes y pequeñas, que se construían carreteras, ferrocarriles y canales, y que se multiplicaban las fábricas y talleres. En Inglaterra y Gales había 900 ingenieros en 1850 y 15.000 cuarenta años después. En Italia la graduación en los estudios de ingeniería de alguna de las universidades del país era un requisito obligatorio para el ejercicio de la profesión, que estaba organizada como un cuerpo militar responsable ante determinadas instancias gubernamentales. El Estado siguió siendo el principal patrono después de la unificación, cuando la campaña de construcción de carreteras y ferrocarriles ofreció nuevas oportunidades a los ingenieros. En Francia el predominio del Ejército en el desempeño de la ingeniería disminuyó netamente con el tiempo, pero el estado si-

guió siendo el principal patrono y la influencia de los sansimonianos y el prestigio de la École Polytechnique, fundada en 1794, aseguraron el estatus relativamente alto de los ingenieros, haciendo de esta profesión un vehículo de ascenso social a medida que el ejercicio de la misma fue aumentando hacia finales de siglo. En Alemania se crearon institutos técnicos, en los cuales había matriculados más de 11.000 estudiantes en 1914; a principios del siglo xx este sector constituía una quinta parte de todos los estudiantes universitarios del país. En todos los países de Europa los ingenieros, como otras profesiones, cimentaron su identidad y su estatus fundando asociaciones profesionales como el Verein Deutscher Ingenieure [Asociación de Ingenieros Alemanes], instituido en 1856, la Société d'Ingénieurs Civils creada en Francia en 1848, o el Österreichischer Ingenieur-Verein, establecido ese mismo año y ampliado en 1864 para incluir también a los arquitectos austríacos en una sola organización, el Österreichischer Ingenieur- und Architekten-Verein. El primer congreso de ingenieros italianos se reunió en Milán en 1872 y en la conferencia de 1875, celebrada en Florencia, se propuso la creación de un registro nacional de ingenieros, aunque el llamamiento fracasó, lo mismo que la propuesta de fundar una asociación nacional. Las rivalidades internas y las disensiones, particularmente en lo concerniente al papel del gobierno dentro de la profesión, impidieron que se hicieran más progresos hasta 1908, cuando veinticuatro asociaciones distintas se unieron para formar una federación nacional.

Algunos obstáculos especiales cortaron el paso a la formación de una burguesía independiente en Rusia. Los comerciantes tuvieron prohibido poseer siervos o adquirir tierras hasta la década de 1860. De hecho, estaban sometidos al pago de fuertes tributos y eran tratados como una casta cerrada. En el censo de 1897 se computaban solo 500.000 comerciantes, el mismo número que de curas y monjes ortodoxos, y solo una tercera parte de los nobles y funcionarios que había en el país. Su aislamiento so-

cial se vio acentuado por el hecho de que la mayoría de ellos eran seguidores de la secta de los viejos creyentes, como los *skoptsi*, cuyos planes de ganar para su causa a Savva Purlevski asustaron terriblemente al siervo fugitivo. Muchos de ellos tenían de hecho orígenes serviles. Si bien los comerciantes lograron finalmente librarse de las restricciones institucionales impuestas por el régimen zarista, a los expertos y profesionales de la técnica les resultó bastante más difícil conseguirlo. Tres cuartas partes de los médicos, por ejemplo, eran empleados públicos y la mayoría de ellos se educaban en academias médicas militares. Casi el 94 % de los ingenieros de minas y más de tres cuartas partes de los ingenieros de transporte eran diplomados en academias militares y pertenecían a cuerpos especiales del ejército. Solo durante la era de las reformas de la década de 1860 dichos cuerpos fueron sustituidos por las universidades y los institutos técnicos. Lo que en Rusia sustituyó a la clase media durante la mayor parte del siglo fue la *intelligentsia* o *literati*, un pequeño grupo de hombres y mujeres cultos, catedráticos universitarios y profesores, médicos y abogados, muchos de ellos de noble cuna.

Durante la década de 1890, con la aparición de los *zemstva* y de las autoridades regionales y los comienzos de la industrialización impulsada por Serguéi Witte, el número de técnicos y profesionales empezó a incrementarse de forma significativa y se inició el proceso de formación de una clase media como la de Europa occidental. No fue hasta la última década del siglo XIX cuando las profesiones liberales empezaron a organizarse, aunque solo con un éxito limitado: las autoridades zaristas permitieron a los médicos celebrar congresos a partir de 1885, convencidas de que eran necesarios para el intercambio de información entre los profesionales y para la elaboración de una política de epidemias, pero prohibieron a los abogados celebrar convenciones después de que tuviera lugar la primera de ellas en 1872, y tampoco permitieron a los ingenieros organizar ninguna. Las profesiones liberales tuvieron que conformarse con sus revistas,

sus asociaciones de alumnos, las reuniones científicas y los contactos informales. La creación de organismos profesionales amplios y autorregulados resultaba peligrosa, a juicio de las autoridades rusas. El establecimiento de códigos de conducta ética, elemento fundamental de la profesionalización en la Europa occidental, siguió siendo muy difícil, si no imposible, en una situación en la que la parte del león de los empleos y los contratos seguía estando en manos de los funcionarios del gobierno, que eran sinónimo de corrupción.

En todos los países de Europa, la expansión de la experiencia técnica y de otro tipo requirió también la expansión del número de personas que la enseñaban. En este campo, como en el del derecho o la medicina, había también un amplio espectro de rangos e ingresos. Mediaba un gran abismo entre, por un lado, los catedráticos de universidad y los grandes profesores de las escuelas académicas selectivas, como los *lycées* franceses o los *Gymnasien* alemanes, muchos de los cuales, si no la mayoría, poseían doctorados concedidos por universidades de prestigio, y, por otro, los maestros de enseñanza primaria de las ciudades de provincias y de los pueblos, que a menudo tenían que buscarse un segundo empleo para llegar a fin de mes, y que en realidad no pertenecían a la burguesía establecida. Como empleados públicos, los profesores de educación superior y universitaria eran vulnerables a las presiones políticas: catedráticos de universidad como François Guizot y Victor Cousin fueron desposeídos de su cátedra en la década de 1820 debido a sus opiniones liberales, y el caso de los siete catedráticos de Gotinga expulsados de la universidad por el mismo motivo en 1837 adquirió amplia notoriedad. Todavía en la última década del siglo, al físico Leo Arons (1860-1919), que daba clases en la Universidad de Berlín, se le negó el ascenso por orden del gobierno prusiano en 1892, y fue despedido ocho años más tarde por haber hecho una donación de dinero al Partido Socialdemócrata. Los controles políticos eran todavía más estrictos en Rusia.

La burguesía, con sus múltiples diferencias de ingresos y de estatus, se desarrolló en Europa de forma desigual, pero a finales de la centuria no cabía duda de que sus dimensiones y su influencia iban en aumento a medida que crecía la economía europea. Ser burgués era tener criados para evitar cualquier indicio de que se realizaba cualquier tipo de trabajo manual; en el barrio londinense de clase media de Hamsptead, por ejemplo, en 1911 había 737 criados por cada 1.000 habitantes. Ser de clase media era también poseer un grado de educación superior al mero dominio de la lectura y la escritura, preferiblemente con un título de escuela superior, universitaria o profesional; participar de la vida asociativa, pública y de beneficencia; y disponer de suficientes ingresos para poseer o, con más frecuencia en la Europa continental, alquilar una casa o un piso bien amueblado en un barrio saludable. El estatus no lo conferían los títulos nobiliarios ni el linaje, sino el trabajo duro, la probidad, el estilo de vida, y la manifestación externa de «respetabilidad». Dentro de la familia, la esposa y madre no realizaba ningún tipo de trabajo remunerado fuera de casa; a lo sumo, en los niveles más altos de la clase media, las mujeres llevaban a cabo algún trabajo benéfico de un tipo u otro. Pero eso no significaba que fueran meros anuncios pasivos de un estatus social superior; en una casa burguesa, la madre tenía que dirigir a los criados y controlar los gastos de la familia, así como asegurarse de que el hogar estuviera debidamente provisto de comida, vestido y todos los complementos de la vida doméstica. La familia, de hecho, constituía el centro de la vida burguesa.

Con el paso de las décadas, los sistemas políticos de todos los países, incluida la Rusia zarista, siempre reacia a la modernidad, se habían adaptado al nuevo mundo de la clase media. Pero en algunos sectores había también la sensación de que en 1900 sus días de gloria habían pasado. El primer año del nuevo siglo el escritor alemán Thomas Mann (1875-1955) publicó *Los Buddenbrook*, su gran novela acerca de la vida de la clase media alta, en

la que una familia mercantil va desmoronándose gradualmente con el paso de las décadas cuando sus miembros abandonan sus valores fundamentales y se hunden en la autocompasión y la decadencia en un proceso simbolizado por el progresivo empeoramiento de los problemas dentales que aquejan a los hombres de las sucesivas generaciones. Esa trayectoria tendría un paralelismo casi increíble en una historia de la vida real, la de la familia Morózov, cuyo fundador, Savva Vasílievich Morózov (1770-1862), se liberó a sí mismo de la servidumbre para crear una de las empresas industriales más grandes de Rusia. Su nieto, Savva Timoféyevich (1862-1905), se apartó de la tradición familiar para estudiar química en Cambridge, patrocinó el Teatro de las Artes de Moscú cuando regresó a su país, y se hizo amigo del escritor socialista radical Máximo Gorki (1868-1936). Se suicidó en Cannes cuando su madre lo echó del negocio familiar a raíz de su intento de introducir un plan de reparto de beneficios que incluía a los trabajadores; algunos llegaron a hablar de asesinato. *Los Rougon-Macquart* (1871-1893), la larga serie de novelas naturalistas del popular escritor Émile Zola (1840-1902), reflejaba la influencia de las taras hereditarias sobre una familia burguesa. La hipocresía moral constituye el núcleo de la novela *El profesor Unrat* (1905), de Heinrich Mann (1871-1950), el hermano mayor de Thomas Mann, en la que se satiriza la doble moral de los profesores alemanes, respetables solo exteriormente. La clase media, en toda su variedad, seguía dominando desde el punto de vista social y en muchos sentidos también políticamente a comienzos del nuevo siglo, pero cada vez en mayor medida tendría que compartir su poder con unos competidores situados en la escala social por debajo de ella.

La pequeña burguesía

Para Karl Marx y sus seguidores, la pequeña burguesía o clase media baja era un estrato social transitorio condenado a la extinción, cuando fuera destruida por los dueños de los medios de producción, por un lado, y por aquellos a los que explotaban, los

trabajadores que no tenían nada que vender como no fuera su fuerza de trabajo, por otro. En las obras escritas a mediados de siglo, Marx categorizaba dentro de la pequeña burguesía a una variopinta colección de agricultores de subsistencia, artesanos tradicionales y pequeños vendedores al por menor independientes. Los gigantescos alborotos sociales de la segunda mitad del siglo crearon de hecho una seria competencia por atraer a estos grupos sociales. Pero generaron también nuevos integrantes de la clase media baja, que permitieron transformarla y asegurar su futuro. De ese modo la expansión masiva de los sistemas educativos proporcionó empleo a enormes cantidades de maestros de escuela, que se veían obligados a vivir en los márgenes de la respetabilidad. En Gran Bretaña, incluso después de la introducción del sistema de «maestro cualificado» en 1846, su salario era por término medio de unas 100 libras al año. Esa cantidad era poco más que el sueldo medio de la mayor parte de los oficinistas, administrativos o pasantes, de los que se decía que en 1871 había en Inglaterra y Gales alrededor de 129.000, pero que en 1901 eran ya 461.000. Antes de la era de la mecanografía, el trabajo de oficinista era una profesión de hombres, en la que había que incluir también a los escribientes, copistas y similares empleados en la banca, la abogacía, los seguros y los estratos inferiores del funcionariado. «Oficinistas como tales —declaraba uno de ellos en respuesta a una encuesta llevada a cabo en Inglaterra acerca del empleo en 1870— hay para dar y tomar. Hay montones de ellos encantados de trabajar por 180 libras al año o menos. Los oficinistas como tales nunca estarán en una posición mejor».

Aquella era la ocupación por antonomasia de la clase media baja. Las novelas de Charles Dickens describen gráficamente las condiciones, a menudo lamentables, en las que trabajaban. En *Los papeles póstumos del Club Pickwick* (1836) el autor retrata «el despacho de los pasantes de los señores Dodson y Fogg» y se dice que «era una estancia oscura y húmeda con olor a moho, dividida por un tabique alto de manera que ocultaba a los pasantes

de las miradas del vulgo: un par de sillas viejas de madera, un reloj de sonoro tictac, un almanaque, un paragüero, una hilera de perchas y unas cuantas estanterías, en las que se hallaban depositados varios legajos de papeles sucios, viejas cajas de madera con etiquetas de papel y algunos tinteros deteriorados de diversas formas y tamaños». Bob Cratchit, el secretario del avariento prestamista Ebenezer Scrooge en el *Cuento de Navidad* (1843), es un hombre decente, pero inútil, que está continuamente a merced de la implacable tacañería de su jefe. En *David Copperfield* (1850), Uriah Heep, el malo de la novela, ambicioso y manipulador, es un escribiente cuyo mayor deseo es mejorar de posición. Algunos, de hecho, lo conseguían: Charles Pooter, el héroe o quizá el antihéroe del *Diario de un don nadie* (1892), cuyas triviales ambiciones sociales y aburrido estilo de vida suburbano son amablemente satirizados por los autores de la novela, los hermanos George (1847-1912) y Weedon Grossmith (1854-1919), logra ascender en un determinado momento a la elevada posición de jefe de negociado, con un aumento de sueldo de cien libras, aunque sigue irritado por sus relaciones sociales con los tenderos de la localidad en la que vive, a los que considera muy por debajo de su posición social.

Los tenderos fueron uno de los grandes éxitos del siglo, al menos en términos económicos. A medida que las ciudades fueron expandiéndose, el mercado semanal tradicional, al que se llevaban las mercancías provenientes de las zonas rurales, resultó inadecuado para satisfacer las necesidades de una población en aumento, incluso cuando mejoraron los medios de transporte. De ese modo crecieron rápidamente en número los puestos de venta al detalle en locales fijos de carácter especializado. Un estudio de seis localidades del norte de Inglaterra, por ejemplo, demostraba que en 1801 había una tienda por cada 136 habitantes y medio siglo más tarde una por cada 57. Posteriormente las cifras se estabilizarían cuando se impusieran nuevas formas de comercio al por menor. La más importante de ellas fue la cadena

de tiendas, con sucursales en todo el país. La librería W. H. Smith fue fundada en 1792 y se amplió hasta convertirse en un negocio a escala nacional con la apertura de quioscos de prensa en las estaciones de ferrocarril de todo el país, el primero de ellos en 1848. Más tarde llegaría la competencia de las cooperativas y de la venta por correo, inventada por el empresario galés Pryce Pryce-Jones (1834-1920) en 1861 y dependiente, como es natural, del establecimiento de un servicio de correos de alcance nacional eficiente. Los comentaristas de los gobiernos locales de la Inglaterra victoriana no tardarían en hablar de una «tenderocracia», en la que los comerciantes al detalle desempeñaban un papel sumamente influyente en los ayuntamientos (de 1832 a 1867 constituirían una tercera parte del electorado local).

Pero la innovación más sorprendente en este terreno fueron los grandes almacenes, en los que una gran variedad de tiendas especializadas se juntaban bajo un mismo techo, reduciendo así los gastos generales. Los nuevos grandes almacenes ocupaban varias plantas y ofrecían una gran variedad de productos, incluidos artículos de lujo de diversos tipos. Los primeros, como por ejemplo Bainbridge's, en Newcastle upon Tyne, establecimiento fundado en 1838, tenían en 1849 veintitrés secciones; Le Bon Marché de París, fundado también en 1838, vendía productos a precio fijo, otra innovación en una época en la que los clientes estaban acostumbrados a regatear los precios con los tenderos o con los vendedores de los puestos del mercado. Los grandes almacenes fueron inmortalizados por Zola en su novela *El paraíso de las damas* (1883), en la que se describen sus múltiples innovaciones, entre ellas la venta por correo, la agresividad comercial y los grandes descuentos, y se relatan las consecuencias demoledoras que tienen sobre las tiendas pequeñas, que eran incapaces de bajar los precios para hacer frente a la competencia. Los grandes almacenes eran negocios muy rentables: Au Bon Marché de Bruselas aumentó el número de sus secciones entre 1879 y 1889 de dieciocho a veintidós, añadiendo las de ropa de niños,

sombreros, perfumes, franelas y muchas otras. En Alemania las cadenas de grandes almacenes fueron fundadas por pañeros judíos. Uno de ellos fue Rudolph Karstadt (1856-1944), que abrió sus almacenes en Wismar en 1881; cabría citar también a Oscar Tietz (1858-1923), que lanzó su primer negocio en Gera en 1882 y poco después poseía una cadena de tiendas repartidas por todo el norte de Alemania, incluida una en la Alexanderplatz de Berlín; y a su hermano Leonhard Tietz (1849-1914), que empezó a hacer negocios en Stralsund en 1879. Eliminando a los intermediarios y comprando directamente a los productores, los hombres de negocios de este estilo fueron capaces de controlar los precios con más eficacia que los tenderos tradicionales.

El modelo fue imitado enseguida en otros lugares, como por ejemplo en Budapest, donde la casa de modas Simon Holzer, inaugurada en 1895, ocupaba doce años después cuatro plantas de un gran edificio, y vendía ropa de confección lista para llevar, otra innovación de la época. Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX los grandes almacenes construidos al efecto, como Harrods, levantados en Brompton Road, en Londres Oeste, a finales de la década de 1890 tras la destrucción de un edificio anterior por un incendio, habían devenido en «catedrales del consumismo», en las que las compras se habían convertido en una actividad de ocio, las mujeres de clase media podían circular sin necesidad de llevar al lado un acompañante, y un personal especialmente adiestrado, y también mayoritariamente femenino, podía conseguir un empleo seguro, aunque fuera a costa de pasarse hasta trece horas diarias de pie. A comienzos del siglo XX los almacenes Párisi de Budapest, en la prestigiosa avenida Andrássy, cerca del teatro de la Ópera, vendían sus artículos en las seis plantas de un magnífico edificio cuyas enormes galerías, adornadas con pinturas y ornamentaciones encargadas especialmente a tal efecto, ofrecían una cantidad enorme de artículos a todo tipo de precios, anunciados en escaparates de cristal en la fachada. Los almacenes Samaritaine de París, construidos en 1910, dispo-

nían de conductos de calefacción por vapor, de un sistema de tubos neumáticos para el envío de mensajes, de cintas transportadoras motorizadas para la entrega de paquetes, y de toldos electrificados en el exterior para proteger los escaparates del sol.

No obstante, todas estas nuevas formas de venta al por menor en realidad no equivalían más que al 15 % de la facturación del sector. El pequeño comercio —las carnicerías, panaderías, verdulerías, tiendas de ultramarinos, lecherías, etc.— siguió creciendo para satisfacer una demanda cada vez mayor. En Madrid, los Grandes Almacenes Madrid-París daban empleo a 416 personas, pero a comienzos del siglo xx los 8.851 tenderos que trabajaban en el «comercio en general» en la ciudad daban empleo a casi 25.000 trabajadores, es decir, casi a tres cada uno. El número de tiendas en Alemania aumentó un 42 % solo entre 1905 y 1907, en un momento en el que la población del país crecía únicamente un 8 %. El testigo de una encuesta llevada a cabo en 1892 en Inglaterra describía toda una plétora de «tiendecitas en calles secundarias, quizá en la ventana de una casa, o en un pequeño sótano, [que] venden casi de todo, una pequeña calcetería, patatas fritas, estropajos y cosas por el estilo, o golosinas; un poco de todo lo que crean que puedan vender». Muchos de esos negocios llevaban una vida precaria; en Bremen, a principios del nuevo siglo, un tercera parte de todas las tiendas al por menor duraban menos de seis años. Casi la mitad de todas las tiendas de ultramarinos de Gante llevaban abiertas menos de cinco años, según un estudio llevado a cabo en 1905.

Lo mismo cabría decir de los pequeños talleres llevados por un solo maestro artesano: en Edimburgo una tercera parte de ellos cerraba habitualmente al cabo de un período de cinco años, entre 1890 y 1895. Para defender sus intereses y facilitar la vida social, los pequeños tenderos, oficinistas y otros grupos de la pequeña burguesía fueron creando cada vez más clubs y sociedades de un tipo u otro. El Círculo de Maestros Carpinteros, fundado en Lyon en 1867, fue creado «con vistas al establecimiento de

relaciones regulares de amistad entre los maestros carpinteros; para fortalecer los lazos de fraternidad entre ellos; y para unirlos en pro del progreso de su oficio»; los maestros pasteleros de Bruselas crearon en 1887 una sociedad «para reunirse de vez en cuando, para verse y hablar del pasado», así como para formular demandas relacionadas con su oficio; la Asociación de Comerciantes de Fulham celebraba comidas de hermandad, pero también intentaba promover los intereses económicos del grupo. En Alemania la Asociación Central de Comerciantes e Industriales Alemanes (Zentralverband Deutscher Kaufleute und Gewerbetreibender, 1899), la Asociación Central en pro del Comercio y la Industria (Deutscher Zentralverband für Handel und Gewerbe, 1907) y otras organizaciones similares actuaban para defender los intereses económicos de sus miembros. Mucho antes de que diera comienzo el nuevo siglo los socios de estas organizaciones se definían a sí mismos como representantes del *Mittelstand*, el «estamento medio», que se contraponía a los trabajadores por una parte y a la burguesía y la aristocracia por otra. La competencia proveniente de la gran industria y de las cooperativas socialistas de consumidores empujó a los miembros de estas asociaciones a situarse a la derecha del espectro político e infundió en ellos una importante dosis de antisemitismo paranoide, aunque este rasgo ha sido exagerado a veces por los historiadores.

No cabe duda, sin embargo, del carácter antijudío de la populista Asociación Nacional de Auxiliares Mercantiles de Alemania (Deutschnationaler Handlungsgehilfen-Verband**),** fundada en 1896 a partir de una organización local de Hamburgo creada tres años antes: la asociación se volvió además violentamente antifeminista cuando las secretarias empezaron a sustituir a los administrativos varones, y combinó sus dos obsesiones en la teoría de que el feminismo era un complot judío cuya finalidad era socavar las bases de la familia alemana. Nada de todo esto tuvo demasiadas consecuencias, y mientras tanto las mujeres —principalmente las hijas cultas de familias de clase media— siguieron

ingresando en las nuevas áreas de empleo de carácter más moderno y tecnológico, como las oficinas de correos, las centralitas telefónicas, los grandes almacenes y toda clase de actividades en las que los escribanos y copistas fueron sustituidos rápidamente por la máquina de escribir, mayoritariamente manejada por mujeres, que empezó a producir comercialmente por primera vez en 1870 el inventor danés Rasmus Malling-Hansen (1835-1890). Uno de los marcadores más claros de la frontera social de la pequeña burguesía era el hecho de que las esposas y las hijas solteras de maestros, tenderos, oficinistas de tres al cuarto, maestros artesanos independientes y pequeños industriales tenían que trabajar fuera de casa, ya fuera como ayudantes gratuitas o en empleos remunerados, mientras que las mujeres de la burguesía asentada no tenían que hacerlo. En la Alemania de 1907, de hecho, el 54 % de las mujeres registradas en un censo de población activa como empleadas de comercio eran miembros de la familia del propietario del negocio. Si el marido moría, era bastante habitual que su viuda se encargara de su gestión. Una actividad semejante era considerada socialmente embarazosa por aquellas familias pequeñoburguesas que aspiraban a ascender en la escala social: en una de las numerosas novelas de la escritora italiana —en realidad nacida en Grecia— Matilde Serao (1856-1927), se dice de un personaje femenino que «no despreciaba la vida del comerciante: pero habría deseado ser la señora de una casa y no la dueña de una tienda, ama de casa y no vendedora de golosinas, madre de familia y no dependienta de un comercio». Pero la línea divisoria que separaba aspiración social y conciencia de clase entre la pequeña burguesía y el proletariado siguió siendo más clara y más neta entre la pequeña burguesía y el mundo social situado por encima de ella.

«Nada que perder como no sean sus cadenas»

A comienzos del siglo xx el proletariado de trabajadores manuales asalariados y sus familias había aumentado de tamaño hasta convertirse en la clase social más numerosa en muchos

países industrializados. En 1914 tal vez hubiera en Francia 4 millones de obreros de la industria en una población total de alrededor de 42 millones de habitantes. En una economía plenamente industrializada como la de Gran Bretaña, con una población de unos 45 millones de personas en 1868, los trabajadores de la industria superaban en número con diferencia a todas las demás clases sociales juntas, más de 16 millones frente a los menos de 5 millones de miembros económicamente activos de las clases alta y media. En Alemania los trabajadores manuales y sus familias constituían casi dos terceras partes de la población, aunque esta cifra incluía también a los trabajadores agrícolas. Las desigualdades de las rentas eran extraordinarias. Según ciertos cálculos, de los 10 millones de personas que en 1867 tenían ingresos independientes en Gran Bretaña, ganaban más de 1.000 libras al año unas 50.000 (la «clase alta»), entre 300 y 1.000 libras al año 150.000 (la «clase media»), no más de 300 libras al año 1.854.000 (la «clase media baja»), y menos de 100 libras al año 7.785.000, de las cuales casi 2.250.000 eran trabajadores del campo y el resto obreros urbanos cualificados y sin cualificar. Los más acaudalados miraban literalmente por encima del hombro a los que eran socialmente inferiores a ellos. Una comparación estadística entre, por ejemplo, los cadetes de Standhurst, un centro de instrucción de oficiales, y los alumnos de la Marine Society, que era una escuela de beneficencia, pone de manifiesto que los alumnos de la élite gozaban en 1840 de una ventaja de estatura notable, que llegaba casi a los 23 centímetros. Los chicos pobres de la Marine Society, muchos de ellos originarios de Londres, constituían el grupo más bajito registrado nunca en Europa y América del Norte. Eran incluso 5-8 centímetros de estatura más bajos que los esclavos americanos de la época. Entre la población reclusa de varones de Escocia, los naturales de Glasgow eran casi 2,5 centímetros más bajos que los otros presos. Estudios longitudinales demuestran que la estatura media en Gran Bretaña no empezó a aumentar hasta finales del siglo XIX.

Todas estas diferencias reflejaban las enormes disparidades existentes en materia de salud y nutrición. La esperanza de vida a la hora de nacer en el próspero suburbio londinense de Hampstead en torno a 1900 era de cincuenta años, mientras que en el municipio de Southwark, también en Londres, habitado por gente necesitada de clase trabajadora, era de treinta y seis años: esa disparidad reflejaba sobre todo las enormes diferencias de los índices de mortalidad infantil entre los dos barrios. En 1900, el 96 % de los niños nacidos en el seno de una familia de clase media sobrevivía en Inglaterra al primer año de vida, mientras que el 33 % de los nacidos en las barriadas más pobres de Londres no lo conseguía. La mortalidad media por cada mil habitantes en los *arrondissements* parisinos que tenían una población más rica estaba 16 puntos por debajo de la media de toda la ciudad en su conjunto en 1817, 27 puntos a mediados de siglo, y 23 en 1891; en cambio, la mortalidad en los distritos más pobres fue entre 23 y 24 puntos superior a la media de la ciudad durante toda la mitad del siglo, y no se redujo a los 6 puntos hasta 1891. La tasa de mortalidad era más alta en las ciudades industriales, donde las clases trabajadoras vivían hacinadas en viviendas estrechas y mal ventiladas: a comienzos de la década de 1890, por ejemplo, 4,5 individuos por cada mil habitantes de las áreas industriales de la cuenca del Ruhr y del Bajo Rin morían cada año de tuberculosis, frente a los 2 por cada mil habitantes de los distritos rurales de Prusia Oriental. En la ciudad de Hamburgo por esa misma época el índice de muertes por tuberculosis por cada mil habitantes en los dos distritos más ricos de la ciudad era de 1,3, frente a los 3,3 de los barrios del puerto, mientras que las cifras de mortalidad infantil en general eran de 11,4 y 25,1 respectivamente. Enfermedades como el cólera golpeaban con más fuerza a los pobres que a la gente acaudalada; en Hamburgo el índice de mortalidad entre los contribuyentes que ganaban 800-1.000 marcos al año —los ingresos de un trabajador manual— era en 1892 de 62 por cada mil habitantes, entre los que ganaban 2.000-

3.500 marcos al año de 37 por cada mil, y entre los que ganaban 50.000 marcos o más al año de solo 5 por mil habitantes.

A medida que las ciudades iban creciendo y que la gente acudía en masa a ellas en busca de trabajo, conseguir alimentos frescos provenientes del campo e impedir que se echaran a perder se volvió cada vez más difícil. Las neveras, que almacenaban bloques de hielo importado de los glaciares y neveros de las montañas o del extremo norte, eran usadas solo por los más ricos. El ingeniero escocés James Harrison (1816-1893), que pasó la mayor parte de su vida en Australia, patentó las primeras máquinas refrigeradoras por compresión de vapor en la década de 1850, utilizadas principalmente para enfriar la cerveza. No fue, sin embargo, hasta 1911 cuando fueron accesibles los primeros frigoríficos domésticos, fabricados por la General Electric Company en Estados Unidos. Se vendían a mil dólares cada uno, el doble de lo que costaba un automóvil. No es de extrañar que la gran masa de la gente corriente tuviera que prescindir de ellos. Y por si el problema del deterioro de los alimentos durante los meses de verano no fuera una carga suficiente para la salud de los más pobres, los niveles de higiene alimentaria en general eran en cualquier caso mínimos. En Hamburgo, la leche, que no se esterilizó hasta finales de siglo, era repartida por las calles en cubos destapados pintados de rojo que eran transportados en unos carritos tirados por perros; según se decía, los días de calor los animales calmaban su sed «lamiendo los cubos rebosantes de leche». En las ciudades en las que las madres jóvenes no estaban acostumbradas a dar el pecho a sus hijos porque tenían que volver al trabajo casi inmediatamente después de dar a luz, la leche agria o contaminada de tuberculosis era uno de los factores que en mayor medida contribuían a la mortalidad infantil. Las clases trabajadoras a menudo tenían que ingerir alimentos comprados como sobras incluso cuando querían organizar una buena comida, como, por ejemplo, huevos rotos, pan duro, fruta macada, productos de casquería, y carne y pescado que no habían podido

venderse o no estaban frescos del todo. El pan, las patatas, la polenta y otros alimentos feculentos constituían la parte fundamental de su dieta. Una familia media de clase trabajadora de la ciudad minera y siderúrgica de Bochum, en la región del Ruhr, gastaba en 1875 una media de 60 pfennig al día en pan, 39 pfennig en mantequilla, manteca, grasa y tocino, 24 pfennig en patatas, 15 pfennig en café mezclado con achicoria y 15 pfennig en verdura. De todos estos artículos el pan era con diferencia el más barato, de modo que su lugar en la dieta era incluso más destacado de lo que esta estadística de la cesta de la compra pueda dar a entender.

A medida que el consumidor iba estando cada vez más alejado del productor y los víveres pasaban cada vez más por las manos de mayoristas y otros intermediarios antes de llegar a las tiendas, las posibilidades de adulterar los alimentos aumentaban, y por supuesto fueron aprovechadas rápidamente por los comerciantes, que intentaban mantener o acrecentar su margen de beneficio en una época de competencia cada vez mayor. Un informe oficial encargado por Bismarck en 1878 comunicaba que para aumentar el peso de la harina se le añadía barita, yeso y tiza, mientras que en el sur de Alemania la «pasta al huevo» era coloreada de amarillo con ácido pícrico e incluso con orina. En 1889, en el 60% de las muestras de mantequilla analizadas en Hamburgo se descubrió que habían sido adulteradas con margarina (un sustitutivo francés patentado en 1869 a base de aceite vegetal y grasa de vaca). En 1890 en casi el 24 % de los análisis efectuados en Berlín a diversos productos alimenticios y bebidas se encontraron pruebas de adulteración. La sustitución de los elementos naturales por aditivos de poco coste diluían el valor nutricional de los alimentos y en algunos casos podían ser de hecho realmente peligrosos. En 1855 el médico inglés Arthur Hill Hassell (1817-1894) encontró alumbre en la harina y en el pan, pólvora en el té, agua añadida a la leche, y dióxido de plomo usado como colorante en el café. La Ley de Adulteración de Alimentos, apro-

bada en Inglaterra en 1860, no tuvo ningún efecto apreciable, en buena parte porque los intereses comerciales impidieron a las autoridades locales nombrar a analistas oficiales de productos alimenticios. Solo después de que se aprobara una segunda ley en 1872 aumentó el número de investigaciones, y solo a raíz del descubrimiento de técnicas más sofisticadas de análisis químico en la década de 1880 empezaron a tener efecto legislaciones comparables en países como Alemania. En Francia el primer laboratorio de investigación se creó en 1878, al servicio de los minoristas que pretendían comprobar la calidad de los productos alimenticios que compraban a los mayoristas; sin embargo, no sería hasta 1905 cuando se introdujera una ley general que criminalizaba la adulteración de comidas y bebidas y la publicidad engañosa. Esta ley introdujo entre otras cosas la denominación de origen controlada de los vinos que ha seguido vigente hasta la actualidad. Los niveles nutricionales no empezaron a subir hasta las dos últimas décadas del siglo XIX.

La mejora de la dieta fue de la mano de los avances urbanísticos y de la «revolución de la higiene» en muchas ciudades y pueblos de Europa. Pero el empleo era inestable, reflejo a un tiempo de la inseguridad económica de la empresa capitalista y de la actitud de la primera generación de obreros industriales, muchos de los cuales seguían manteniendo lazos con la tierra. En las minas de Carmaux, en el sur de Francia, por ejemplo, la empresa despedía temporalmente sin paga a sus trabajadores cuando la demanda escaseaba. Esta situación se prolongó durante cincuenta y seis días en 1886. Por otra parte, también el absentismo laboral se dejaba sentir a veces, especialmente en la época de la recolección, cuando los trabajadores volvían a menudo a casa de sus familias en el campo para ayudarles a recoger la cosecha. Los mineros de Carmaux recibían incluso un premio si lograban tener un 23 % al mes de asistencia a su puesto de trabajo. En toda Europa los trabajadores solían tomarse libre el lunes, que sumaban al fin de semana (en Inglaterra se hablaba de *Saint*

Monday, san Lunes, y en Alemania del *blauer Montag*, «lunes azul»). En las minas de Asturias, al noroeste de España, tres cuartas partes de los mineros tenían por costumbre abstenerse de ir a trabajar no solo durante las numerosas festividades religiosas, sino también al día siguiente. En cualquier caso, en muchos oficios el empleo era ocasional y *ad hoc*; en los puertos, los trabajadores eran contratados por separado en cuadrillas destinadas a cada barco que llegara al muelle o que zarpara de él, y por consiguiente en las épocas malas, particularmente en invierno, se quedaban sin jornal. En las hilaturas Voortman de Gante la paga por horas sustituyó al jornal, lo que permitía a los propietarios aumentar la jornada laboral cuando aumentaba la demanda, sin tener que enfrentarse a las protestas de los trabajadores. En 1858, sin embargo, los empleados de Voortman trabajaban 75 horas a la semana, con una media de casi 13 horas diarias. En las épocas de aumento de la demanda la empresa incrementaba el largo de cada paño que debían fabricar los destajistas (que cobraban por cada pieza de paño acabado que produjeran), mientras que durante los períodos de pérdidas económicas recortaba los salarios, haciendo que el cálculo de su salario fuera siempre un misterio para los trabajadores.

En muchos oficios era habitual el trabajo a destajo, por el que el obrero cobraba por lo que produjera. En las minas de carbón los salarios se calculaban por la cantidad de mineral producido por cada cuadrilla de mineros en particular. Como había filones en los que el carbón era más duro y resultaba difícil de extraer, y en otros era más blando y por lo tanto más fácil, y además su calidad variaba de una zona de la veta a otra, el precio por cada vagoneta de carbón tenía que ser renegociado constantemente para garantizar que el esfuerzo fuera recompensado de manera equitativa. El carbón era cortado a mano y transportado a lo largo de las galerías por caballos de pequeña talla que tiraban de las vagonetas por un ferrocarril de vía estrecha antes de ser sacado a la superficie por medio de una polea movida por una

máquina de vapor; los mineros podían tardar una hora en llegar al filón en los pozos más profundos, y el «tiempo de recorrido» se convertía así en fuente constante de litigios, especialmente cuando los propietarios de las minas se negaban a remunerarlo. Las jornadas de trabajo eran largas en todas partes y las instalaciones malas. En Budapest la mayoría de los trabajadores de las fábricas tenían en la década de 1880 una jornada laboral de doce horas; pero solo 109 de las 5.000 fábricas inspeccionadas en 1910 disponían de retretes, y apenas 75 tenían comedor. Los accidentes eran frecuentes. Las catástrofes espectaculares, como la de la mina de Courrières, en el norte de Francia, en 1906, cuando una explosión masiva de grisú causó la muerte a más de mil trabajadores, incluidos numerosos niños, saltó a los titulares de los periódicos, pero el precio que tuvieron que pagar los trabajadores de todo género en lesiones, muertes y enfermedades fue a la larga mucho mayor. Las enfermedades crónicas, como las afecciones pulmonares, la silicosis y la neumoconiosis, apenas eran reconocidas por los profesionales de la medicina. El informe anual del inspector jefe de Fábricas y Talleres de Gran Bretaña correspondiente a 1899 recogía 22.771 accidentes laborales de los que habían dado parte los médicos, 871 de ellos fatales; 150 habían comportado la pérdida de alguna extremidad, y 2.521 la de parte de la mano; además se habían producido 2.706 ustiones o quemaduras, y 1.202 fracturas. En Rusia, solo en 1890, 245 personas resultaron muertas en accidentes ocurridos en las fábricas del sector metalúrgico, y se habían producido 3.508 heridas graves; en 1904 esas cifras habían aumentado hasta las 556 y 66.680 respectivamente, y afectaban al 11 % de la mano de obra.

En las fábricas de tejidos, en las que trabajaba un gran número de mujeres, era fácil que el tejido quedara enganchado en alguna máquina. Hasta que se introdujeron y perfeccionaron los mecanismos de seguridad, no fueron ni mucho menos infrecuentes los casos de operarias que perdieron algún dedo; el ambiente polvoriento de los talleres era muy dañino para los pulmones de

las obreras, y el ruido ensordecedor de los telares mecánicos causaba pérdida de audición. Pocas fábricas disponían de instalaciones que atendieran las necesidades de las madres con hijos pequeños a su cargo (solo siete de las 5.000 fábricas de Budapest inspeccionadas en 1910 disponían de guardería, por ejemplo). Las nuevas industrias planteaban nuevos riesgos, como el de la fabricación de cerillas de ignición espontánea de fósforo blanco, inventadas en 1830 por el francés Charles Sauria (1812-1895). Ya a mediados de siglo se gastaban en el Reino Unido 250 millones de cerillas, la mayoría de ellas fósforos [*lucifer*], que se encendían por fricción contra cualquier superficie rugosa; la cerilla de seguridad, que era mucho menos peligrosa en todos sentidos, nunca llegó a ser muy popular en Gran Bretaña. En la empresa Bryant & May, con sede en Londres, los vapores emanados del fósforo blanco usado para fabricar las cabezas combustibles de las cerillas empezaron a tener unos efectos terribles sobre los trabajadores —casi todos ellos mujeres y adolescentes—, cuya función consistía en preparar la solución de fósforo y mojar en ella los palitos de los mixtos. Empezaron a ulcerárseles las encías, a caérseles los dientes, a pudrírseles las mandíbulas, y a exudar un pus hediondo, a veces por la nariz. Se trataba de la fosfonecrosis de la mandíbula. El uso de fósforo blanco fue prohibido finalmente en virtud de una convención internacional firmada en Berna en 1906 y ratificada por el Parlamento británico dos años más tarde.

Las mujeres como las cerilleras de Bryant & May eran predominantemente jóvenes y solteras, lo mismo que las que trabajaban en las industrias textiles y en el servicio doméstico. En España 4.046 de los 4.542 empleados de la fábrica de tabacos de Sevilla eran mujeres. Las cigarreras eran famosas por su combatividad, que dio lugar a cinco días de disturbios en una fábrica de tabacos de Madrid en 1830 en protesta por los recortes salariales. Su reputación llamó la atención del compositor francés Georges Bizet (1838-1875), que adaptó un relato de Prosper Mérimée

(1803-1870), publicado en 1845, para crear en 1875 la más famosa de las trabajadoras españolas de ficción, la joven gitana Carmen, protagonista de la ópera homónima. Por lo general se creía que las mujeres eran más hábiles y mejores que los hombres en los trabajos delicados, pero su empleo fuera del hogar se concentraba también en ámbitos que trasladaban al mundo exterior sus papeles domésticos convencionales, en el sector de la elaboración de productos alimenticios y de bebidas, en la fabricación de tejidos y en la limpieza, y en el servicio doméstico. Durante la primera fase de la industrialización, dominada por el sector textil, las nuevas hiladoras y tejedoras mecánicas eran manejadas mayoritariamente por mujeres. En la ciudad textil de Roubaix, en el norte de Francia, a mediados de siglo el 55 % de las mujeres trabajadoras estaban empleadas en las fábricas de tejidos. En dicha localidad el 33 % de todas las mujeres mayores de diez años tenía un empleo, y también trabajaba el 18 % de las casadas, la mitad de ellas en las fábricas. Pero el de Roubaix era un caso excepcional. Las mujeres de clase trabajadora casadas y con hijos normalmente tenían el trabajo en el hogar. Nuevas posibilidades trajo consigo la moderna máquina de coser, inventada en 1829 por el sastre francés Barthélemy Thimonnier (1793-1857), aunque fue desarrollada comercialmente por el inventor norteamericano Isaac Singer (1811-1875), hombre cuya energía volcánica halló salida en la procreación de al menos veinticuatro hijos con varias mujeres distintas. La máquina de coser de Singer fue patentada en 1851 y al cabo de poco tiempo era producida en masa, impulsando el desarrollo de un nuevo sistema de producción doméstica por encargo [*putting-out*], en virtud del cual un sastre encargaba la confección de las prendas a un intermediario que daba empleo incluso a veinte mujeres en un taller que utilizaba máquinas de coser Singer.

Casi toda la legislación relacionada con el empleo femenino fue dirigida al trabajo en la fábrica, ámbito en el que la jornada laboral de las mujeres fue regulada en Rusia en 1885 y en Ale-

mania más o menos por la misma época, con el objetivo, como declaró en 1890 un diputado del Reichstag, de garantizar «que el espíritu ennoblecedor de la vida familiar y las bendiciones del hogar y la casa, que parecen en la actualidad seriamente amenazados, sigan estando asegurados para la trabajadora y los suyos». Más difícil resultó regular el servicio doméstico, que se había convertido en una de las áreas de empleo más importantes para las mujeres de clase trabajadora a finales del siglo XIX, cuando solo en Alemania había 2,5 millones de sirvientas. En España había 322.000 criadas en 1887, sobre un total de mano de obra femenina de alrededor de 1,5 millones de individuos. De 1851 a 1871 el total de criadas internas de Inglaterra y Gales creció el doble de rápido que la población general, pasando de 750.000 a 1.200.000. La mayoría de ellas trabajaba en casas con una sola sirvienta que empleaban una «chica para todo». En la ciudad guarnición y condado de York, al norte de Inglaterra, en 1851 casi el 60 % de todas las mujeres con empleo eran sirvientas. En Hamburgo en 1900, el 90 % del servicio doméstico estaba constituido por mujeres, la mayoría de las cuales procedía de las comarcas circundantes. Aproximadamente un 75 % de ellas trabajaban como empleada única en casas de familias de clase media. Las actas de un tribunal local de Hamburgo encargado de resolver los litigios entre las criadas y sus patronos —unos 2.000 casos al año en la década de 1880— ponen de manifiesto las frecuentes quejas de las sirvientas por abusos e intimidación, insultos, jornadas excesivamente largas, malas condiciones de vida, salarios mínimos o impagados, y sobre todo restricciones a su libertad. Y si a un patrono no le gustaba el nombre de la nueva criada, se lo cambiaba arbitrariamente por otro distinto, y la mujer no tenía más remedio que conformarse.

Las condiciones de empleo de la industria empezaron a propagarse también por el campo, sobre todo allí donde los labradores producían en grandes cantidades para la venta de sus productos en el mercado nacional o internacional. La dureza del trabajo ag-

rícola a finales del siglo XIX queda perfectamente ilustrada por la experiencia del jornalero Franz Rehbein (1867-1909), hombre autodidacta, originario de Pomerania, cuya autobiografía fue publicada en 1911. Hijo de una lavandera y un sastre que murió de tuberculosis cuando Franz era todavía un niño, tuvo que empezar a ganarse la vida como bracero en el campo. Tras encontrar empleo en una refinería de azúcar entró a trabajar como mozo de labranza en una finca antes de escapar a Hamburgo y ser llamado luego a filas para cumplir el servicio militar. Cuando fue licenciado volvió a trabajar en el campo. En aquellos momentos eran muy utilizadas en Schleswig-Holstein las aventadoras mecánicas de vapor, pero solo los hacendados más ricos podían permitirse tener una propia, de modo que la mayoría de ellas eran arrendadas, junto con sus operarios, por contratistas independientes que trasladaban las máquinas de una hacienda a otra según se requirieran sus servicios. La cantidad de mano de obra que se necesitaba era considerable, cerca de treinta hombres por cada máquina, que tenían que realizar trabajos como, por ejemplo, atizar el fuego y acarrear agua para la máquina, empacar la paja y hacer fardos con ella, recoger las espigas de grano, etcétera, etcétera. Algunos propietarios de máquinas utilizaban también una empacadora o agavilladora mecánica, que reducía el número de hombres que se necesitaban para llevar a cabo la faena, pero la mayor parte del trabajo se realizaba a mano. Las condiciones de trabajo eran casi insoportables. Las máquinas producían un ruido ensordecedor y el polvo que levantaban taponaba la nariz de los operarios, les producía inflamación en los ojos, y se les metía en la garganta y en los pulmones, de modo que tosían y escupían constantemente «flemas negras de moco negro», como señala Rehbein. Si llovía, el polvo se les pegaba a la piel formando una costra espesa. Los jornaleros eran pagados por horas, a razón incluso de 15 pfennig la hora. El trabajo empezaba a menudo a las tres de la madrugada, y continuaba hasta las nueve o las diez de la noche, a veces incluso hasta más tarde. So-

lo se permitía parar para comer o para engrasar la máquina. «El hombre tenía que seguir el ritmo de la máquina —comentaba Rehbein—, se convierte así en su esclavo, se convierte en parte de la propia máquina». Las aventadoras, además, eran peligrosas: en 1895 Rehbein se pilló el brazo en una de ellas y tuvieron que amputárselo.

El mercado libre de mano de obra y el número cada vez mayor de trabajadores agrícolas sin tierras que vivían, como Rehbein, trabajando a destajo en una pobreza desoladora dio lugar a un incremento de la emigración de jóvenes que abandonaban el campo y marchaban a las ciudades en busca de un trabajo más fijo y, a finales del siglo XIX, mejor pagado: lo que los prusianos llamaban la *Landflucht*, la «huida de la tierra». Esto supuso que la mano de obra masculina tuviera que ser sustituida por mujeres, pues ellas se quedaban en el campo hasta que su marido o su prometido había ganado suficiente dinero para asegurar su manutención comprando una pequeña finca. La tentación que suponía abandonar la tierra para trabajar en las fábricas resulta evidente por una estadística de 1913 de la renta anual per cápita en las zonas urbanas y rurales del norte de Alemania: 480 marcos en la tierra llana de Prusia Occidental y 576 en Pomerania, frente a los 1.254 marcos de Berlín y los 1.313 de Hamburgo. Teniendo incluso en cuenta el mayor número de rentas de clase media que había en las ciudades y aun admitiendo la posibilidad de que los trabajadores del campo pudieran subsistir con una pequeña finca o una huertecita, estas cifras demuestran que las ciudades con una economía industrial avanzada finalmente habían llegado a ofrecer a la inmensa mayoría de la población un nivel de vida más alto que el que se podía alcanzar en las zonas rurales.

Había muchos grados sociales dentro de la clase trabajadora urbana y rural. Para empezar, había una marcada disparidad de salarios entre hombres y mujeres: en la industria textil española, por ejemplo, el salario de las mujeres era durante la década de

1850 aproximadamente la mitad del de los hombres, y en 1914 había subido ya a los dos tercios. Pero las graduaciones sociales afectaban también a los hombres y a sus familias a diferentes niveles. En Londres los artesanos cualificados despreciaban a los no cualificados; entre estos últimos, los trabajadores de los astilleros miraban por encima del hombro a los que trabajaban en tierra, y los que tenían empleo fijo menospreciaban a los temporeros. Los trabajadores ingleses se consideraban superiores a los irlandeses, del mismo modo que los trabajadores alemanes del Ruhr miraban por encima del hombro a los italianos y a los polacos. Estas diferencias reflejaban a menudo diferencias también en lo que se ganaba. En Francia a finales del siglo XIX los sopladores de vidrio ganaban aproximadamente 10 francos al día, mientras que los tejedores ganaban solo 1 franco con 65 céntimos. Pero esas diferencias palidecían ante el abismo que existía entre todos esos trabajadores manuales asalariados, por un lado, y el número infinitamente menor de la gente acaudalada y rica de clase media y de clase alta, por otro. La experiencia de la pobreza, de la opresión, de la desventaja social y, en muchos países de Europa durante la mayor parte de esta época, de la carencia de los derechos más básicos fue un rasgo común de todos estos trabajadores y contribuyó a unirlos en una sola clase social, como Marx había predicho. Esta situación se produjo con el paso del tiempo debido al desarrollo de un proletariado hereditario permanente. Cuando se fundó una fábrica de locomotoras en la ciudad de Esslingen, en el sur de Alemania, en 1846, al principio resultó imposible contratar mano de obra fija. Aunque en 1856 había más de mil operarios en la fábrica, la mayoría de ellos abandonaban el trabajo a los pocos meses, o emigraban a otro sitio, o, sobre todo, volvían a casa durante el verano para ayudar a recoger la cosecha. Este modelo migratorio reflejaba no tanto el modelo de demanda de la industria, sino el ciclo agrícola. Durante el verano, cuando los trabajadores habituales se marchaban, su puesto era ocupado por obreros del sector textil de la zona. Este mo-

delo no cambiaría hasta la crisis de la agricultura de finales de la década de 1870, cuando los obreros empezaron a quedarse en su puesto durante el verano, cortando gradualmente los contactos que todavía mantenían con las comunidades agrarias de las que provenían.

En los distritos de las canteras de pizarra del norte de Gales era habitual que los canteros vivieran lejos de su puesto de trabajo, en alguna granja o pequeña hacienda de la montaña, donde la esposa y el resto de la familia cuidaban unas pocas vacas y ovejas, un cerdo y unas cuantas gallinas durante el día o durante toda la semana, si la granja estaba demasiado lejos y los hombres se veían obligados a quedarse a vivir en los barracones de la cantera. El director de una de esas canteras se quejaba en 1892 de sus trabajadores, muchos de los cuales «en verano, por ejemplo durante la cosecha del heno… se marchan». Dos terceras partes de los mineros de Asturias, en el noroeste de España, según declaraba la Dirección General de Minas en 1911, eran «labradores que tienen sus casas y sus tierras, y alternan el trabajo en el campo con el de las minas». En San Petersburgo los trabajadores jóvenes seguían manteniendo lazos con las aldeas de las que procedían, hasta el punto de que un estudio llevado a cabo en 1908 sobre 570 asalariados cualificados revelaba que el 42 % de los casados y el 67 % de los solteros que respondieron a la encuesta, enviaba parte de su dinero a los parientes que seguían teniendo en el campo. Incluso allí, sin embargo, como ponía de manifiesto el censo de 1910, casi el 20 % de los hombres de San Petersburgo incluidos en la categoría de «campesinos» había nacido en la ciudad, lo mismo que el 25 % de las mujeres; en 1902, el 16 % de los varones y el 21 % de los operarios de las fábricas de la ciudad eran trabajadores de segunda generación. También estaba formándose un proletariado hereditario permanente. Este desarrollo empezaría ya a tener graves repercusiones políticas antes de que el siglo llegara a su fin.

Las «clases peligrosas»

La urbanización de Europa suscitó una alarma generalizada entre los hombres de la época de convicciones conservadoras. El teórico social alemán Wilhelm Heinrich Riehl, de tendencia conservadora, pensaba que las grandes ciudades arruinaban las estructuras tradicionales de la familia y el estatus, de modo que las personas quedaban «intoxicadas, confundidas y descontentas». El incremento del índice de criminalidad era la consecuencia irremediable. De hecho, los comentaristas sociales hablaban con alarma de la creación de una «clase criminal irredimible», como decía el *Times* de Londres en 1863. En 1852, Karl Marx describía a la clase inferior de delincuentes, el *Lumpenproletariat* o «clase trabajadora andrajosa», en términos muy drásticos:

> Junto a libertinos arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, *literati*, organilleros, traperos, afiladores, lañeros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la *bohème*.

La imagen que ofrece Marx se ve reflejada en la que hacían los oficiales del ejército que sofocaron la revuelta de la Comuna de París en 1871, culpando de la sublevación a «las clases peligrosas», a hombres con las manos «negras de pólvora, demacrados, harapientos… sus sórdidas mujeres a su lado». No mucho menos llamativa que el submundo de París o los *lazzaroni* de las barriadas de Nápoles era la clase de los delincuentes de Londres, tema de un estudio en cuatro volúmenes del periodista Henry Mayhew (1812-1887), *London Labour and the London Poor* [Los trabajos de Londres y los pobres de Londres] (1851-1861). Con la ayuda de sus colaboradores, Mayhew entrevistó a una gran variedad de infractores de la ley, desde «soplones o cacos corrientes y molientes» hasta «autores de robos con escalo y atracos», y registró las experiencias del submundo urbano, incluidos los «pillastres» que se ganaban la vida robando carbón en las barcazas que surcaban el Támesis y vendiéndoselo a los pobres. En la novela de Dickens *Nuestro amigo común* (1864-1865), el principal

personaje femenino, Lizzie Hexam, ayuda a su padre en su negocio, consistente en registrar los bolsillos de los cadáveres de la gente que se había caído al río, o se había ahogado voluntariamente, cuando salían a la superficie e iban flotando río abajo empujados por la corriente.

Muchos comentaristas excitaban la fascinación horripilada de sus lectores burgueses con la existencia de esta supuesta clase social aparte que tenía sus propias costumbres, sus propios hábitos y su propio lenguaje. En el *Oliver Twist* de Dickens tenemos, de hecho, todo un submundo criminal de Londres poblado de personajes como la prostituta Nancy, el violento atracador Bill Sykes, y el siniestro perista Fagin, que emplea a toda una banda de carteristas juveniles para la cual se ve obligado a trabajar en un determinado momento Oliver. En Francia, llevó a cabo una exploración similar de los ambientes delictivos urbanos Eugène François Vidocq (1775-1857), antiguo ladrón convicto, falsificador y preso reincidente que se convirtió en soplón de la policía durante su estancia en la cárcel. Al final del período napoleónico fundó la Sûreté, el órgano oficial de detectives de Francia, y luego se dedicó a publicar una serie de libros (la mayoría de ellos escritos por «negros») sobre el hampa, incluido uno sobre su argot. El policía alemán Friedrich Christian Benedikt Avé-Lallemant (1809-1892) escribió cuatro volúmenes sobre la clase de los delincuentes, el último de los cuales era un diccionario de su jerga, llamada *Rotwelsch*. Pero el concepto de sustrato de la sociedad completamente aparte era en gran medida una invención literaria. Muchos pobres ocasionales entraban en el mundo delictivo y salían de él según fueran dictándoles las circunstancias, obligados a ganarse la vida como mejor podían y a montarse una economía de arreglos provisionales en la que las actividades legales se entrelazaban con las ilegales. El investigador social Charles Booth (1840-1916) reconocía esta realidad en sus famosos mapas de las calles de Londres de finales del siglo XIX, codificados por colores para señalar los respectivos grados de riqueza

y pobreza: el azul se reservaba para las calles ocupadas por elementos «agresivos y violentos», lo peor de lo peor.

Pero muchos trabajadores que, por lo demás, eran ciudadanos respetuosos de la ley no veían nada malo en robar a sus patronos. En las minas consideraban perfectamente legítimo llevarse a casa carbón para calentarse, pues, al fin y al cabo, el carbón era el producto de su trabajo; en efecto, unos 3.000 mineros fueron a la huelga en la Alta Silesia a comienzos de la década de 1870 cuando los propietarios de las minas propusieron controlar a los trabajadores que salían de los pozos para comprobar que no se llevaban carbón a casa. Análogamente, en los muelles muchas mercancías de los cargueros que llegaban a puerto para ser vendidos o usados después, eran incautadas por los estibadores de manera rutinaria. «Si los hombres trabajan toda la noche solos y sin que nadie los supervise —decía la *Revista de la Bolsa de Hamburgo* en 1891—, ¿qué tiene de extraño que cualquiera de ellos gane unas cuantas libras de peso durante la noche y que ese peso consista de hecho en un poco de café?». Parte de la pequeña industria de Londres se basaba casi en su totalidad en mercancías robadas o hurtadas, de modo que los talleres en los que se fabricaban muebles utilizaban madera robada y las tiendas de telas tejidos igualmente robados. Esto no convertía a sus proveedores en ladrones a tiempo completo. A pesar de todo, los delincuentes profesionales existían, por supuesto. Arthur Harding (1886-1981), que se crió en un barrio pobre llamado «El Jago», en el East End de Londres, recordaba en su vejez cómo había comenzado su carrera delictiva como carterista antes de graduarse con trabajitos más ambiciosos. En 1908 era llamado el «rey» o el «capitán» de los carretilleros de Brick Lane, «un delincuente sumamente escurridizo y peligroso… el cabecilla de una numerosa banda de ladrones». «Conseguí mi primera pistola en 1904», rememoraba. Harding y su banda no tardaron en capitanear una organización dedicada a sacar dinero a las casas de juego ilegales a cambio de protección: «Cuando asaltábamos un garito,

obligábamos a todo el mundo a ponerse de pie, y empuñábamos nuestras pistolas para demostrarles que íbamos en serio». Muchas otras ciudades portuarias contaban con una clase criminal semejante. En enero de 1906, en la otra orilla del mar del Norte, en Hamburgo, al tiempo que una gigantesca manifestación de carácter político atraía la atención de todas las fuerzas del orden de la ciudad, los habitantes del Gängeviertel, en las cercanías del puerto, salieron de sus casas y se pusieron a tirar piedras contra las farolas de las calles, dejándolas sin luz para luego romper los escaparates de las joyerías y destrozar los barrotes de seguridad: «En cuanto el escaparate estuvo roto —comentaba un testigo presencial— y los barrotes de hierro fueron destruidos, unos dedos codiciosos agarraron los relojes y el oro que tenían en exposición…» La visibilidad de sucesos como este contribuyó en gran medida a convencer a la gente de la época de que la urbanización conducía irremediablemente al incremento de la delincuencia y el desorden.

«Las estadísticas de la actividad criminal —comentaba un periódico ruso en 1893— demuestran que el crimen es mayor en las ciudades que en los pueblos». La inseguridad ciudadana era muy grande, los habitantes de las ciudades vivían separados de sus familias y no disponían de la influencia moralizante de la Iglesia. Las tentaciones en las ciudades eran mucho mayores que en las zonas rurales empobrecidas. La idea general era que la criminalidad en el campo era sumamente violenta y de carácter interpersonal y que con el desarrollo de las ciudades se produjo un desequilibrio de la criminalidad hacia los delitos contra la propiedad. De ese modo en Rusia de 1874 a 1913, por ejemplo, el 85 % de los asesinatos se produjeron en las zonas rurales, así como el 89 % de los homicidios involuntarios, y el 85 % de los atracos. En cambio, solo poco más de la mitad de los casos de hurto y de tráfico de mercancías robadas tuvo lugar en el campo, aunque era allí donde residía la inmensa mayoría de los rusos. Pero estas cifras eran engañosas. No solamente no incluían en muchas oca-

siones los casos tratados por los tribunales locales de las zonas rurales, sino que además pasaban por alto —y eso era lo más importante— el hecho de que los delitos en el campo a menudo representaban un choque de valores y creencias entre el campesinado y las autoridades.

La creencia popular establecía una diferencia entre los bienes creados por la laboriosidad humana y los bienes creados sin intervención de las personas. Entre estos últimos había que incluir la madera, fundamental para la fabricación de muebles, casas y cabañas, y de herramientas de muchos tipos, y como combustible para calentar los hogares y para cocinar. En muchas zonas los antiguos siervos se negaban a aceptar las consecuencias de la privatización de los bosques que había venido de la mano de su emancipación. Como consecuencia de todo ello, entre 1815 y 1848 las condenas por robo de madera alcanzaron en Prusia unas proporciones asombrosas. Durante las décadas de 1830 y 1840 el número de condenas por robo de madera en Prusia (sin incluir la provincia del Rin) continuó aumentando, pasando de las 120.000 de 1836 a las 253.000 registradas diez años más tarde. En 1856 hubo 351.000 condenas y 373.000 en 1865. De hecho, los robos de madera y leña fueron con gran diferencia el delito más habitual registrado en Prusia durante esta época, con 1.000 procesamientos que salieron adelante por cada 100.000 habitantes del reino en 1836, frente a los apenas 236 por cada 100.000 habitantes para todos los demás tipos de robo juntos, y solo 23 por cada 100.000 por daños corporales graves y atracos. En todos esos casos se vieron implicadas comunidades enteras, dando lugar a enfrentamientos armados entre los guardabosques de los terratenientes, que por entonces intentaban utilizar sus bosques como fuente de riqueza, y el campesinado local, que seguían considerándolos un recurso común. El choque de culturas que se escondía tras las disputas entre campesinos y guardabosques nunca llegó a quedar resuelto del todo.

Durante la mayor parte del siglo XIX y en algunas zonas hasta la primera guerra mundial o incluso después, la sociedad rural fue autosuficiente en muchos aspectos en el terreno de la administración de justicia. Los que transgredían las normas de la aldea o el poblado eran susceptibles de ser castigados mediante una práctica colectiva típica de las aldeas llamada «cencerrada», en Francia *charivari*, en Inglaterra *rough music* o *skimmington*, en Alemania *Haberfeldtreiben* y en Italia *scampanata*. El *charivari* en Francia podía adoptar diversas formas, pero por lo común consistía en que los jóvenes del pueblo se reunieran, celebraran un simulacro de juicio, y decapitaran o quemaran una efigie del infractor. En algunas zonas cubrían la cara del infractor con miel y plumas, le ponían un gorro de dormir en la cabeza, una rueca en la mano y lo paseaban por el pueblo montado de espaldas en un borrico. Lo más habitual, sin embargo, especialmente en Inglaterra, como se cuenta en la novela *El alcalde de Casterbridge* (1886), de Thomas Hardy (1840-1928), era que los jóvenes se reunieran delante de la casa del transgresor a altas horas de la madrugada, quemaran una efigie suya, profirieran insultos contra él y cantaran canciones compuestas especialmente a tal efecto, mientras tocaban cuernos y cencerros, y golpeaban cacerolas y sartenes con algún objeto contundente haciendo lo que los alemanes llamaban *Katzenmusik* («música de gatos»), y repitiendo a veces la pantomima varias noches seguidas. En Baviera, si el dueño de una granja seducía a su criada, los jóvenes del pueblo sacaban una carreta del establo del hombre, la desmontaban, y subían los elementos sueltos al tejado de su vivienda, volvían a montarla allí arriba y la llenaban de estiércol, en un acto denominado *Mistwagenstellen*. Pero el robo, la difamación, e incluso el infanticidio, se exponían también a recibir este tipo de castigo, que podía aplicarse asimismo a los cerveceros que aguaban la cerveza, a los usureros que exigían un interés excesivo o a los labradores que transgredían repetidamente las lindes de los campos de otro.

Estas prácticas eran habituales no solo en Inglaterra, Francia y Alemania, sino también en Italia, Austria, Hungría, Holanda y Escandinavia. En Rusia el *charivari* iba dirigido sobre todo contra los ladrones; de hecho, era llamado *vozhdenie* («traslado del ladrón»). Consistía en hacer desfilar al infractor por el pueblo, a veces luciendo una collera de caballo, acompañado de un ruidoso golpeo de cacerolas y sartenes, cubos, barreños de lavar o puertas de horno. Los más odiados eran los ladrones de caballos; en 1887 los habitantes de la aldea de Umansk asaltaron incluso la cárcel del distrito en la que habían sido encerrados cinco ladrones de caballos, los sacaron de ella y los torturaron mientras la multitud de mirones gritaba: «¡Pegadles! ¡Matadlos a golpes!». «Casi a diario —señalaba en 1905 un artículo de la revista rusa *El Jurista*— el telégrafo nos trae noticias de casos de justicia administrada por vigilantes espontáneos contra ladrones, atracadores, gamberros y otros delincuentes… Cabría pensar que Rusia ha sido trasladada temporalmente a las praderas norteamericanas y que hemos concedido a la ciudadanía libertad para llevar a cabo linchamientos». El funcionariado zarista y la opinión pública culta veían en esas prácticas una prueba más de la barbarie y el atraso del campesinado. «No hay nada sagrado —se lamentaba un escritor en 1912—. Todo es anarquía, ateísmo, una total decadencia de la moral».

En la Europa meridional las *vendettas* y las rencillas familiares seguían siendo habituales a finales de siglo. En este caso la transgresión de una costumbre social, como la negativa a conceder la mano de una hija, una pelea, el robo de la propiedad del otro, las disputas por las lindes de una heredad o por las cabezas de ganado, o simplemente un insulto hecho, incluso en broma, a un personaje destacado de la aldea, podía ser pagada con la muerte del culpable a manos del clan o la familia rival, dando lugar a una sangrienta rencilla familiar que podía prolongarse durante décadas hasta que se ponía fin a ella mediante el pago de una cantidad de dinero a cambio de la sangre. En las aldeas de la

península de Mani, en el sur de Grecia, las familias construían altísimas torres para protegerse del enemigo, y salían de ellas para perseguir a los miembros de la familia rival con la cual tuvieran una rencilla hereditaria. Se firmaban treguas durante la época de la cosecha, pero cuando la rencilla se prolongaba mucho tiempo, podían desaparecer del mapa familias enteras. En la pequeña isla de Córcega, entre 1821 y 1852, las autoridades francesas registraron ni más ni menos que 4.300 asesinatos, fruto de las correspondientes *vendettas*. Pero pese a estas estadísticas espeluznantes, las rencillas familiares constituían tanto una forma de regular y ritualizar la violencia como un estímulo para propagarla. En Montenegro, la familia ofendida nombraba formalmente a alguien encargado de tomar venganza, y le hacía prestar un juramento, y si el infractor había cometido algún delito, la familia de la víctima podía reclamar a la familia del autor del crimen permiso ritual para acabar con él. La costumbre determinaba quién debía matar y quién debía ser matado (normalmente el pariente varón más próximo del autor más reciente del crimen). En Albania llegó incluso a haber un corpus de normas, el *Kanun Leke*, conservado en la tradición oral hasta que finalmente fue publicado en sucesivos extractos en 1913, que enumeraba las reglas del asesinato en defensa del honor familiar. «La sangre derramada —decía el código en cuestión— debe ser compensada con otra sangre derramada».

El desorden creado por los acontecimientos de este estilo atrajeron cada vez más la cólera del Estado. En Inglaterra la práctica del *skimmington* fue declarada fuera de la ley por la Ley de Carreteras de 1882, aunque en algunos lugares siguió viva hasta bien entrado el siglo XX. En Alemania los últimos ejemplos de *Haberfeldtreiben* tuvieron lugar en 1894; todos los participantes en ellos fueron detenidos por la policía. En los Balcanes el Estado no fue capaz de imponerse con tanta contundencia. Las rencillas familiares se propagaron cada vez más hasta asumir las proporciones de violencia entre comunidades distintas, con familias

montenegrinas peleándose con otras albanesas; en cambio, en Serbia este tipo de disputas fueron disminuyendo cuando las familias se dieron cuenta de que lo único que conseguían con ellas era hacer el juego a sus señores otomanos. En Córcega y el sur de Italia el Estado logró hacer algunos pequeños avances a la hora de controlar la violencia, y el índice de muertes como consecuencia de las *vendettas* fue decayendo. En Sicilia, sin embargo, las rencillas familiares adoptaron una nueva forma sumamente peligrosa en la década de 1860 cuando los ejércitos privados de los terratenientes, desmantelados por el nuevo estado italiano, fueron sustituidos por clanes rivales —la mafia—, que primero actuaban para ejecutar las sanciones impuestas por los terratenientes a sus arrendatarios, y luego pasaron a convertirse en bandas de criminales que ofrecían protección a cambio de dinero y practicaban otras formas delictivas, hasta que al final empezaron a pelearse unas con otras por los despojos. Mientras el Estado fue demasiado débil para poder penetrar en zonas montañosas o alejadas como Albania, los alrededores de Catania, Córcega o la península de Mani, las rencillas de sangre y las *vendettas* siguieron en auge.

Así pues, los conservadores que veían el campo como un paraíso de paz y tranquilidad, de moralidad y orden, no podían ir más descaminados. De hecho, al tiempo que Gran Bretaña experimentaba una enorme expansión de las ciudades, las estadísticas mostraban un declive constante del número de actos de robo y de violencia registrados, hasta que, como ponía de manifiesto en 1901 *The Criminal Register*, era evidente que había habido «un gran cambio de modales: la sustitución de los golpes sin palabras por las palabras sin golpes; una aproximación de los modales de las distintas clases; y un declive del espíritu de ilegalidad». El estadístico y economista bávaro Georg von Mayr (1841-1925) fue el primero en compilar una «estadística moral», estableciendo una correlación entre los robos de alimentos y los precios de los alimentos, y los estados no tardaron en publicar esta-

dísticas delictivas oficiales en todos los países de Europa. De hecho, las condenas por crímenes contra las personas descendieron anualmente en Alemania de las 369 por cada 100.000 habitantes de 1882-1885 a las 346 de 1914. Berlín, la ciudad más grande con diferencia de Alemania, tenía unos índices de criminalidad general apenas por encima de la media nacional. En Gales, región que experimentó un rápido crecimiento industrial en las cuencas mineras del sur y en las canteras de pizarra de las comarcas del norte, el índice de imputaciones penales bajó de una persona por cada 845 habitantes en 1851 a una por cada 2.994 en 1899. La religión, la autodisciplina, la templanza, la mejora de los niveles de vida y, por supuesto, la educación, fueron todos factores que influyeron. La decadencia de la criminalidad, comunicaba el secretario del Interior sir William Harcourt (1827-1904) al primer ministro Gladstone, era «una luz brillante y alentadora en nuestro horizonte social». Cuanto más urbana e industrializada se volvía una zona, más tendían a bajar sus índices generales de criminalidad.

No obstante, los delincuentes y el crimen se convirtieron en el centro de atención de un interés cada vez mayor del público a medida que reformas legales tales como el Código Penal prusiano de 1851, o el Código Penal italiano de 1863, de fuerte influencia francesa, y muchas otras medidas similares, establecían el juicio con jurado en un tribunal abierto, auténtico regalo para la nueva prensa popular de masas que empezó a surgir a finales de siglo. Los juicios por asesinato de carácter sensacionalista empezaron a ofrecer grandes titulares, tanto el del homeópata americano Hawley Crippen (1862-1910), hallado culpable del asesinato de su esposa y detenido a bordo de un transatlántico junto con su joven amante, como el del antiguo molinero y criminal reincidente August Sternickel (1866-1913), ejecutado en Fráncfort del Óder en 1913 por estrangular a un hacendado en el curso de un atraco al término de un proceso que, día tras día, fue suministrando titulares a la prensa. Los lectores quedaban fasci-

nados por los relatos de detectives de ficción, por ejemplo el inspector Bucket de *Casa desolada* (1853), de Charles Dickens, o el juez instructor Porfirio Petróvich de *Crimen y castigo* (1866), de Dostoyevski. Inglaterra sobre todo vio la aparición del detective profesional de ficción que trabajaba con independencia de la policía, particularmente en la figura de Sherlock Holmes, creación de sir Arthur Conan Doyle (1859-1930); en otros países, como Alemania, la primacía de la confesión sobre las pruebas circunstanciales para obtener la condena hizo que resultara más difícil escribir un relato basado en un detective civil cuyo trabajo demostraba una y otra vez que la policía era incompetente. Para adaptarse a sus lectores, mayoritariamente de clase media, estos escritores centraron su atención ante todo en crímenes y criminales de clase media, o introdujeron malvados exóticos procedentes de países extranjeros; la criminalidad mundana del residuo urbano rara vez la consideraron digna de atención, como habían hecho los novelistas sociales, por ejemplo Dickens o Vidocq. Por más que algunas zonas de las grandes ciudades de Europa siguieran siendo consideradas peligrosas para que la gente respetable pusiera los pies en ellas, lo cierto es que, contrariamente a las advertencias alarmistas de los críticos de la urbanización, los índices de criminalidad fueron disminuyendo constantemente.

El gran éxodo

A lo largo de todo el siglo XIX, millones de europeos intentaron escapar de la pobreza y la opresión abandonando el continente en busca de una nueva vida en ultramar. Sus motivaciones a menudo fueron muy heterogéneas. El señuelo de la libertad americana y la oportunidad de adquirir tierras baratas y de cultivarlas no solo para salir adelante, sino para obtener beneficios, resultaron irresistibles para muchos individuos cuyo futuro en Europa ofrecía unas perspectivas desoladoras y desesperanzadas. La persecución política constituyó otro motivo, especialmente para los radicales y los revolucionarios de 1848. Unos 30.000 cuaren-

tayochistas se establecieron en el barrio llamado Over-the-Rhine [transrenano] de Cincinnati, Ohio, donde encabezaron violentas protestas por la visita de un legado papal en 1853. Dentro de la propia Europa, Londres fue la ciudad en la que hicieron su primera escala muchos revolucionarios de todas las tendencias, desde Karl Marx hasta Lajos Kossuth. Habían sido precedidos por una oleada de emigrados políticos procedentes de Polonia que habían salido huyendo de su país tras la sublevación de 1831, aunque muchos de ellos prefirieron establecerse en París. Los nacionalistas polacos desempeñaron un papel importante en los conflictos de 1848 en muchos países europeos, combatieron en la guerra civil americana, y, en mayor medida que los emigrados de otros países, se negaron a cortar los lazos que los unían con la madre patria. Durante la sublevación de 1863 se formó en Estados Unidos un Comité Central Polaco con la intención de prestar ayuda a los insurgentes. Un personaje típico en este sentido fue Julian Ursyn Niemcewicz (1758-1841), nacionalista revolucionario durante los primeros años de la década de 1790 que emigró a Estados Unidos tras la derrota de la sublevación polaca de 1795. Niemcewicz regresó a Polonia después de la invasión de Napoleón y en 1817 escribió la primera gran obra antisemita compuesta por un polaco, *The Year 3333* [El año 3333] *o Un sueño increíble*, en la que presentaba una imagen horripilante de un futuro remoto en el que su país sería gobernado por los judíos. El libro fue publicado póstumamente en 1858, y la postura adoptada en él de adhesión a una complicada teoría de la conspiración, según la cual la «Judeo-Polonia» había empezado ya a sustituir las estructuras sociales de la vieja comunidad polaca, ejercería una poderosa influencia en la incipiente derecha nacionalista del país. Durante la década relativamente liberal de 1820, Niemcewicz prestó servicio en varios cargos oficiales de la administración de la Polonia del Congreso, para verse de nuevo obligado a marchar al destierro tras participar en la sublevación de 1831. Sumido en la desesperación por los reveses sufridos, escribió poco

antes de su muerte: «Todo el mundo tiene una patria, pero el polaco solo tiene una tumba». En la suya, sita en un cementerio de un suburbio de París, hay un epitafio que reza: «Y aquí, donde las lágrimas están desterradas, él siguió vertiendo lágrimas por Polonia».

Los exiliados políticos continuaron encaminándose a Londres o a Estados Unidos, y en algunos casos a Latinoamérica, durante todo el siglo XIX, aunque nunca más en tan gran número como en 1831 o 1848. Pero el principal motivo que tuvieron los europeos para abandonar el Viejo Continente fue de índole económica. El éxodo más espectacular tuvo lugar en Irlanda. Entre 1848 y 1855 la población de la isla bajó de los 8,5 a los 6 millones de habitantes, y aunque buena parte de ese descenso al comienzo de este período puede atribuirse a la hambruna, la caída continuada de la población, hasta menos de los 4,5 millones que recogía el censo de 1921, se debió casi por completo a la emigración. En 1861 más de 700.000 irlandeses habían llegado a Gran Bretaña, más de 200.000 se fueron a Canadá y 289.000 se dirigieron a Australia (muchos de ellos para lanzarse a la quimera del oro de la década de 1860). Pero la inmensa mayoría de los emigrantes fueron a Estados Unidos: en total, más de tres millones entre 1848 y 1921. En 1900 había más hombres y mujeres nacidos en Irlanda viviendo en América que en la propia Irlanda. Aquellos individuos no eran todos indigentes —entre 1846 y 1851 los irlandeses retiraron de los bancos más de 1.200.000 libras en oro, en su mayoría para pagar los pasajes del barco—, aunque muchos fueron subvencionados por los terratenientes deseosos de desalojar sus fincas, algunos recibieron subsidios del gobierno y otros, en fin, contaron con el apoyo de miembros de la familia que ya estaban residiendo en América. El emigrante irlandés medio era un varón de veintitantos años. «Quedan muy pocos chicos en este lado nuestro del país —decía en una carta una mujer del condado de Wicklow, al sur de Dublín—... pronto habrá también pocos hombres, porque todos salen en desbandada rumbo a América».

Las familias desesperadas se juntaban para allegar fondos. «Todo lo que queremos es salir de Irlanda —escribía un grupo—. En cualquier sitio estaremos mejor que aquí».

Si Irlanda fue el caso más espectacular de un pueblo expulsado de Europa por una catástrofe económica, Alemania no tardaría en demostrar que el fraccionamiento de las fincas, especialmente en el suroeste, donde predominaba la posibilidad de repartir la herencia, y la rápida profundización de la crisis de los artesanos, expulsados de su actividad laboral por la competencia industrial de Gran Bretaña, pudieron ser un acicate casi igualmente poderoso para la emigración. En la década de 1820 abandonaron la Confederación Germánica unas 21.500 personas, en la de 1830 140.000, y en la de 1840 casi 420.000. No hay que olvidar que también en este caso tuvieron un papel importante «las hambres de los años cuarenta», y de hecho entre 1846 y 1857 más de un millón de personas dejaron Alemania como consecuencia de la gran crisis agraria. Estados Unidos resultaría más atractivo a partir de 1862 a raíz de la aprobación por el Congreso de la Ley de Asentamientos Rurales de 1862, que permitía a los colonos del Medio Oeste vallar tierras para dedicarlas a la agricultura por un precio irrisorio o incluso sin coste alguno. La noticia no tardó en llegar a Europa. Otro millón de individuos abandonaron Alemania entre 1864 y 1873, antes de que el vuelco económico de la década de 1870 hiciera que América resultara menos atractiva. Cuando la economía se recuperó, en torno a 1880, se produjo una nueva oleada migratoria, y 1.800.000 alemanes habían dejado su país en 1890, esta vez en su mayoría originarios de las zonas empobrecidas del noreste. Sin embargo, a medida que la industria alemana fue expandiéndose a pasos agigantados durante la década de 1890, las posibilidades de encontrar trabajo dentro del propio país absorbieron casi todo el potencial migratorio que quedaba, de modo que entre 1895 y 1913 dejaron el campo poco más de medio millón de personas en total. No obstante, entre 1820 y 1914 más de cinco millones de ale-

manes se trasladaron a vivir a Estados Unidos; entre 1820 y 1860 constituían el 31 % de todos los inmigrantes llegados a este país, el segundo contingente más grande después de los irlandeses, y de 1861 a 1890, con casi un 29 %, el contingente más numeroso en absoluto.

Una imagen bastante similar ofrecería Escandinavia, donde había pocas tierras que pudieran utilizarse para el cultivo. Más de la mitad de la superficie de Suecia estaba cubierta de bosques, mientras que las montañas y otros territorios inutilizables cubrían tres cuartas partes de las tierras de Noruega. En 1890 el censo nacional de Estados Unidos informaba de la existencia de 800.000 individuos que se identificaban como suecoamericanos. Unos 150.000 salieron de Europa en la década de 1860, casi 140.000 en la de 1870, 347.000 en la de 1880 y más de 180.000 en la de 1890. Toda aquella gente, impulsada a emigrar al principio por hambre, se vio luego atraída a trasladarse a América por el llamamiento de sus parientes, que les prometían una vida mejor y que en muchos casos les enviaron los fondos necesarios para costearse los pasajes. Fue aquel un negocio muy lucrativo para las compañías navieras que los llevaban a Nueva York habitualmente pasando por Hamburgo o Bremen y luego por Liverpool o Southampton, de modo que al cabo de poco tiempo las empresas navieras se anunciaban en las principales ciudades suecas en busca de clientes. Las cartas enviadas por los emigrantes a los viejos parientes de Europa, en las que se describían las condiciones idílicas de las Grandes Praderas, donde todos eran iguales y no había aristocracia como en Suecia, animaron a comunidades enteras a emigrar. Los americanos acogieron con los brazos abiertos a los suecos, a los que consideraban buenos trabajadores, respetuosos con ley, ordenados, sobrios y protestantes. Como decía un ministro de la Iglesia Congregacional en 1885, los inmigrantes suecos «no buscan el abrigo de la bandera americana solo para entrar en el país y fomentar entre nosotros… el socialismo, el nihilismo, el comunismo… son más parecidos a los

americanos que cualquier otro pueblo extranjero». Actitudes positivas similares, combinadas con una serie de malas cosechas y con la escasez de tierras cultivables impulsaron también a unos 800.000 noruegos a emigrar a América y Canadá entre 1825 y 1900. La emigración noruega, que alcanzó su cota más alta en la década de 1880 con 188.000 individuos, fue superior, en proporción con la población del país en el siglo XIX, que la de Gran Bretaña o Irlanda: 971 individuos por cada 100.000 habitantes en la década de 1880, comparados con los 608 por cada 100.000 habitantes que alcanzó la cota más alta de emigrantes irlandeses en la década de 1860. Las duras condiciones climáticas y una importante erupción volcánica acaecida en 1875 impulsaron también a 15.000 islandeses a marchar a Norteamérica entre 1870 y 1900, sobre una población de 75.000 habitantes, esto es, cerca de un 20 % del total, proporción extraordinariamente elevada. Solo en 1887 emigró cerca de un 3 % de toda la población de la isla.

En Dinamarca, en cambio, donde la tierra es llana y los veranos son más largos, y donde la tierra cultivable y los pastos constituían la mayor parte de la superficie del país a comienzos del nuevo siglo —un 75 %, frente al 12 % de Suecia y el 3 % de Noruega—, fueron relativamente pocas las personas que decidieron buscar una vida mejor en ultramar. Aquí la economía se desarrolló sobre la base de la mecanización del procesamiento de los productos alimenticios y del cambio de la producción de cereales por la de carne y derivados lácteos. La mantequilla danesa y el tocino danés se convirtieron por entonces en importantísimas exportaciones danesas. No tardaron en fijarse en el ejemplo de Dinamarca otros países: el reformista agrario anglo-irlandés Horace Plunkett (1854-1932) exclamaba en 1908: «Siempre he pensado que hacer de Irlanda una segunda Dinamarca no era una mala idea y que podían planteársela nuestros reformadores». Pero la Dinamarca rural gozaba de unas ventajas que no poseía la Irlanda rural: contaba con una comunidad de intermediarios agrícolas independientes, un elevado nivel de educación

y una red de pequeños bancos rurales, y, en cambio, no tenía las profundas divisiones políticoreligiosas de Irlanda. En Dinamarca los ganaderos juntaron sus recursos para crear cooperativas lecheras (a partir de 1882), mataderos (1887), centros de empaquetado de huevos (1891) y fábricas de tocino (1887), innovaciones que no tuvieron lugar en Irlanda. En 1900 había en Dinamarca más cooperativas de productores de tocino que empresas privadas. En consecuencia, la emigración fue muy limitada.

El ritmo de la emigración procedente de Austria-Hungría fue constante, pasando de los 183.000 individuos de la década de 1860 a los 286.000 de la de 1870, los 294.000 de la de 1880, y los 496.000 de la de 1890. Como en otros países, hubo también un número considerable de gente que regresaba después de marcharse, cifra que pasaría de una sexta parte a la mitad de los emigrantes; de ese modo en 1904, por ejemplo, aunque hubo 101.000 personas que abandonaron Hungría, regresaron a ella unas 47.000. De 1900 a 1914 se tiene constancia de que más de un millón de personas abandonaron el imperio de los Habsburgo, la inmensa mayoría de ellos con destino a Estados Unidos, y su número aumentó en virtud de un acuerdo firmado por el gobierno húngaro con la compañía naviera Cunard en 1903. Un comentarista de la época atribuía este elevado índice de emigración a «las deplorables condiciones de las clases trabajadoras, las largas jornadas laborales, los salarios bajos, y la falta de viviendas adecuadas para los trabajadores», así como a los «métodos de administración de las grandes haciendas y la escasez de pequeñas explotaciones agrícolas», aunque la gente del campo tendería ante todo a dirigirse a Alemania, Rusia o Rumanía antes que a decidirse desde el primer momento a cruzar el Atlántico.

La emigración desde España tuvo también fundamentalmente un carácter económico. Se vio severamente restringida hasta que en 1853 se aprobó una nueva ley que la facilitaba, pero no sería hasta la década de 1880 cuando adquiriera unas magnitudes importantes: 360.000 españoles partieron rumbo al Nuevo Mundo

entre 1882 y 1896. Las cifras correspondientes al decenio 1904-1915 demuestran que otros 1,7 millones de individuos cruzaron el Atlántico, 500.000 de ellos con destino a Argentina. Procedían de Galicia, Asturias, Cantabria y las islas Canarias, regiones agrícolas todas ellas pobres, incapaces de dar de comer a una población cada vez mayor. A una escala menor, algunos emigrantes españoles, la mayoría de ellos con carácter temporal, se trasladaron también al norte de África, especialmente tras la colonización de Argelia por los franceses durante la década de 1830, y a Francia, donde en 1900 había viviendo 80.000 españoles y en 1911, 105.000. En 1907 llegaron incluso a Málaga unos agentes de una oficina de reclutamiento de trabajadores ofreciendo la «emigración con pasaje gratis al estado de Hawái» a jornaleros del campo menores de cuarenta y cinco años; en 1914 se habían marchado ya unos 7.735, en su mayoría peones sin tierras, aunque casi todos ellos se trasladarían después a California.

La emigración rusa, que comenzó a gran escala con los judíos que huían de los pogromos iniciados a raíz del asesinato del zar Alejandro II en 1881, muestra una mezcla de motivos políticos y económicos. A partir de ese momento decenas de miles de individuos se marcharían, con un total de casi 800.000 entre 1881 y 1890, 1,6 millones entre 1891 y 1900, y de nuevo 1,6 millones entre 1901 y 1910. Solo entre los años 1911 y 1914 abandonaron el país no menos de 868.000 personas. Hacinada en la Zona de Asentamiento, en el extremo occidental del imperio zarista, la población judía vivía sumida en la pobreza más desesperada; se dice que a comienzos del nuevo siglo una tercera parte de ella vivía de la beneficencia. Tras ser expulsados de Moscú y a raíz de la gran hambruna que asoló Rusia en 1891-1892, unos 94.000 ciudadanos rusos partieron rumbo a Estados Unidos desde los puertos de Bremen y Hamburgo solo en 1891, y otros 70.000 al año siguiente. Entre el 75 y el 85 % de esos emigrantes eran judíos, y al comienzo del nuevo siglo siguieron sus pasos muchos seguidores de la secta de los viejos creyentes huyendo de la per-

secución que lanzó contra ellos un gobierno ortodoxo cada vez más agresivo. Una secta del grupo de los viejos creyentes, la de los *Dukhobortsi*, abandonó Rusia en masa en 1900, cuando 7.500 de ellos viajaron a Canadá. Allí suscitaron una gran controversia por su costumbre de vivir en comunas, rechazar la educación y practicar el nudismo.

La última oleada de emigración europea hacia ultramar vendría del sur de Italia, región que seguía estancada en el atraso de la agricultura después incluso de que diera comienzo el nuevo siglo. La agricultura de carácter comercial se hallaba confinada al norte, donde había capital suficiente para dar apoyo a la mecanización y al empleo de fertilizantes químicos. Las subvenciones del Estado para la recuperación de tierras sin cultivar, la construcción de carreteras y caminos, el suministro de agua, etcétera, fueron accesibles con la llegada de la nueva centuria, pero de las más de 350.000 hectáreas de terreno bonificado en distintos sentidos en 1915, solo unas 2.300 estaban en el sur. Los agricultores del norte pudieron beneficiarse del crecimiento de las industrias conserveras y del refinado de la remolacha azucarera, pero estos adelantos, en cambio, apenas afectaron al sur de Italia. La renta per cápita en el sur era solo más o menos la mitad de la del noroeste. Atrapados en un incesante ciclo de pobreza y atraso, los habitantes del sur empezaron a emigrar a ultramar cada vez en mayor número. Al menos 150.000 personas abandonaron el país anualmente entre 1898 y 1914, más de dos tercios de ellas procedentes del sur y una cuarta parte de Sicilia, y algunos años la cifra fue mucho mayor. Solo en 1913 emigraron ni más ni menos que 873.000; el porcentaje de la población total de Italia que salió del país pasó del 0,6 de la década de 1880, muchos de ellos originarios del norte, que abandonaron Italia en busca de trabajos cualificados en otros países de Europa, al 1,8 entre 1900 y 1913. Gracias a los veloces barcos de vapor que garantizaban una travesía rápida, cerca del 40 % de esos emigrantes volvieron a Italia entre 1897 y 1906, y en 1913 esa cifra había

aumentado al 66 %. La mayoría eran trabajadores del campo, jóvenes y carentes de cualificación, pero parte de ellos regresaron a Argentina o a Estados Unidos más de una vez, y en general se ha calculado que durante la primera década del siglo xx emigraron con carácter permanente alrededor de millón y medio de italianos. Cuando el primer ministro Giuseppe Zanardelli (1826-1903) visitó Moliterno, en la región meridional de Basilicata, siendo el primer jefe de gobierno del país que lo hacía, se sorprendió al ver que el alcalde de la localidad lo saludaba «en nombre de los ocho mil habitantes de este ayuntamiento, tres mil de los cuales están en América, mientras que los otros cinco mil se disponen a seguir sus pasos».

Casi ningún país de Europa quedó fuera de aquel éxodo masivo. Alrededor de una sexta parte de la población total de Grecia emigró entre 1890 y 1914, a América o a Egipto. Los estados europeos con imperios ultramarinos, desde Inglaterra y Francia hasta Portugal y Holanda, también conocieron importantes oleadas de emigración. La principal excepción fue Francia, donde el bajo índice de natalidad y la seguridad de la ocupación de la tierra hicieron que la población permaneciera en su tierra natal. En total se cree que unos 60 millones de personas abandonaron Europa entre 1815 y 1914: 34 millones con destino a Estados Unidos, 4 millones con destino a Canadá, y quizá un millón con destino a Australia y Nueva Zelanda. Entre 1857 y 1940, 7 millones de europeos salieron con destino a Argentina, y entre 1821 y 1945, otros 5 millones con destino a Brasil. En total, más de una cuarta parte del crecimiento natural de la población de Europa occidental entre 1841 y 1915 fue absorbida por la emigración, con una pérdida de población neta de 35 millones de personas.

En consecuencia, el equilibrio demográfico mundial empezó a cambiar. A mediados de siglo la población de Estados Unidos no era mucho mayor que la de Gran Bretaña, era igual a la de Francia, y un poco menor que la de la zona correspondiente al futuro imperio alemán. Pero antes de que diera comienzo la primera

guerra mundial los Estados Unidos estaban muy por delante de todos estos países, con una población de más de 92 millones. No obstante, la parte de la población mundial correspondiente a Europa aumentó de hecho durante la mayor parte de este período, pasando del 22 % de 1850 a cerca del 25 % en 1900 (en comparación, la parte que le correspondía a comienzos del siglo XXI era de alrededor del 10 %). En total, la población de Europa aumentó de los 188 millones de habitantes de 1800 a los 458 millones de 1914, y ese incremento constituyó la gran fuerza motora que se ocultaría detrás de las gigantescas oleadas migratorias de la centuria. Dentro de estas cifras globales, hubo marcados contrastes entre las distintas zonas y los distintos países. La población de Rusia creció un 300 %, en parte debido a la conquista y a la incorporación a los dominios del zar de grandes zonas de Asia central, el Cáucaso y Siberia. La población de Gran Bretaña aumentó en un notabilísimo 400 %, y la de Italia y España casi en un ciento por ciento. En cambio, la población de Francia creció con lentitud, solo un 50 %.

El enorme reabastecimiento humano de la tierra constituyó la dimensión social de un proceso de globalización que alcanzó su punto culminante durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial, cuando capitales, mercancías, personas e ideas empezaron a moverse cada vez con mayor celeridad e intensidad de un continente a otro. La mayor rapidez de las comunicaciones fomentó el comercio y redujo las diferencias de precios de los productos entre Europa y Estados Unidos, así como entre Europa y Asia a la mitad o a las tres cuartas partes durante el período 1870-1914. La inversión en ultramar, dominada por Europa durante este mismo período, equivalía al 32 % de la riqueza nacional neta de Gran Bretaña en 1913. La inversión extranjera alcanzaba casi el 20 % del ahorro nacional de Francia en 1900. Buena parte de esa inversión estaba en otros países de Europa (el 60% en el caso de Francia, y el 53 % en el de Alemania), pero el capital también fluía hacia ultramar,

de modo que el 21 % de la inversión en el exterior de Gran Bretaña fue a parar a América durante el período 1870-1913 y lo mismo sucedería con el 16 % de la inversión extranjera de Alemania (esa misma cifra correspondería a la inversión extranjera de Alemania en Latinoamérica, mientras que la de Inglaterra sería ligeramente inferior). La transferencia de tecnología se produjo a todos los niveles y prácticamente en todas las industrias, y Norteamérica se convirtió progresivamente en la gran innovadora de las nuevas industrias, como la de fabricación de motores. Aquella fue la primera era de la globalización, en la que Europa siguió siendo la fuerza dominante. Este hecho se vio reflejado en la particular intensidad con la que los países europeos desarrollaron lazos con las colonias formales e informales que tenían en África, Asia, Australasia y Latinoamérica.

En 1914 las consecuencias de todo ello podían verse en los niveles más prosaicos de la vida cotidiana. Si los grandes almacenes surgidos en las grandes ciudades de Europa durante el último cuarto del siglo XIX se enorgullecían de ofrecer a la venta mercancías procedentes de todo el mundo, también los pequeños comerciantes al por menor vendían productos de importación, en particular, por supuesto, té y café, pero también frutas tropicales, especias, tabaco, arroz, azúcar de caña, y muchas otras cosas. En Alemania o en España el término «coloniales» venía a designar las importaciones exóticas de ese estilo, y algunos comercios al por menor se dedicaban exclusivamente a su venta. El comercio ultramarino confirió un carácter cosmopolita a una parte muy sustancial de la burguesía. La mayoría de las casas de comercio de Liverpool daban instrucción a aprendices enviados por empresas mercantiles de otros países, incluidos algunos de Latinoamérica, así como Alemania y Francia. En la década de 1870 se decía que en Hamburgo había «decenas de señores mayores que conocían "todas las ciudades del Misisipi" por experiencia personal y habían estado "veinte veces en Londres"», pero que nunca habían visitado Berlín. A finales de siglo profesio-

nales de todo tipo participaban también en congresos y asociaciones internacionales, e intercambiaban ideas y prácticas más allá de los límites de las fronteras nacionales. Los exiliados políticos, la prensa escrita, el telégrafo y por último la radio contribuyeron en gran manera a la transmisión de ideas entre los continentes. Socialistas, feministas y otros grupos empezaron a considerarse parte de los movimientos globales de emancipación política que también celebraban sus congresos y reuniones internacionales. Todos estos desarrollos quedarían resumidos y simbolizados en las grandes ferias mundiales inspiradas por el ejemplo de la Gran Exposición de Londres de 1851. Justo dos años después de ella, Nueva York celebró una Exposición de la Industria de Todas las Naciones, que contó con su propio Palacio de Cristal, y en 1876 le tocó a Filadelfia albergar una feria mundial; siguió su ejemplo Chicago en 1893, y se celebraron muchas otras exposiciones universales en diversos países de Europa y de América. Si Gran Bretaña se había anunciado como el taller del mundo en 1851, en 1914 era evidente que ya no era el único.

Mucho antes del estallido de la primera guerra mundial, Europa había experimentado una revolución social de enormes proporciones, pero de un tipo muy distinto del que se habían imaginado Marx o Bakunin. Junto a las transformaciones políticas que convulsionaron el continente entre 1848 y 1871, las relaciones entre las clases también habían cambiado, aunque a lo largo de un período más dilatado. La aristocracia terrateniente tradicional se había visto socavada por las fuerzas del cambio económico, por reformas políticas tales como la abolición de la servidumbre, por la aparición de asambleas legislativas de carácter electivo —por limitados que fueran sus poderes—, por el fin de privilegios corporativos tales como aquellos de los que había gozado la nobleza de los países bálticos, y por el incremento de la riqueza y la ambición de las empresas, la banca y las clases profesionales. Había surgido una nueve élite social híbrida, basada en los valores burgueses de frugalidad, trabajo duro, sobriedad y

responsabilidad. Esos valores habían pasado a dominar la sociedad y la política en gran cantidad de países de Europa, encontrando su expresión más genuina en la renovación urbana, las instalaciones sanitarias y la higiene, la mejora de la agricultura, las reformas penales y el intento, no siempre con éxito, de imponer el orden sobre el submundo de la delincuencia o la semidelincuencia. Todos ellos se filtraron de maneras muy diversas a la pequeña burguesía y a la clase trabajadora respetable, por mucho que la política de ambas fuera distinta de las de los médicos, los abogados, los profesores o los hombres de negocios. Aquel era un mundo social muy distinto del que había surgido de los tumultos de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Y, como veremos, era también un mundo que tendría un impacto trascendental, y no siempre positivo, sobre el ambiente natural que lo rodeaba.

Capítulo 5

LA CONQUISTA DE LA NATURALEZA

La domesticación de lo salvaje

En 1835, el poeta Bertalan Szemere (1812-1869), un aristócrata húngaro liberal interesado en mejorar la situación de su tierra natal, decidió viajar por Europa para descubrir cómo eran las gentes que vivían en otras naciones y averiguar qué conocían de su país. Szemere era un hombre instruido y tenía talento para las lenguas, pues hablaba inglés, francés, alemán e italiano. Escribió un diario de sus viajes que publicó a su regreso, ya en 1840. Su primer choque con el desconocimiento de Hungría existente en el extranjero lo tuvo prácticamente en cuanto inició su periplo. En la ciudad bohemia de Teplice, se vio obligado a oír cómo un sargento de la policía checa pontificaba a su familia sobre el retraso de Hungría:

> «Y además es peligroso viajar hasta allí en invierno —siguió diciendo—, pues uno se topa con bestias salvajes por todas partes. Osos, por ejemplo». «En nuestro país, los osos duermen durante el invierno», repliqué, pensando que había dejado a aquel tipo sin argumentos. Pero no fue en absoluto así. «Ja-ja-ja —exclamó riendo—, ¿Quiénes? ¿Los osos? ¿En invierno? ¡Sé perfectamente que no duermen! ¡Siguen yendo de un lugar a otro saltando por la nieve, como corderitos!» «¡Osos!», exclamaron su esposa y sus hijos, que de repente se quedaron mirándome con muy poco tacto. Me aduló el hecho de que sintieran pena de mí, puesto que vivía en un país tan horrible. «Sí —volvió a empezar el padre—, y lobos. A veces se reúnen por lo menos doce para dar caza a los pobres soldados que transportan el correo. Ni que decir tiene que mucho de esos hombres acaban mal, pues los lobos atacan y malhieren a los caballos, y al día siguiente lo único que se puede encontrar son las botas de esos pobres soldados. En una ocasión, cuando regresaba de Galicia en un trineo, fueron a por mí, y la única manera que tuve de deshacerme de ellos fue cortar mi macuto en pedazos para ir lanzándoselos uno a uno… En el invierno hace un frío atroz… y también nieva

muchísimo. Las montañas y los bosques aparecen completamente blancos, y en los pueblos cuesta muchísimo distinguir las casas; la gente permanece encerrada en ellas, pues no puede abrir la puerta bloqueada por la nieve».

Conscientemente orgulloso de su origen húngaro, y ansioso por rebatir esa calumnia, el viajero se aventuró a indicar tímidamente que la nieve en su país natal no era más profunda que en Bohemia y, sin embargo, «"aquí la gente camina por las carreteras en invierno". "Sí" —replicó el sargento con gran satisfacción —, porque aquí quitamos la nieve de las carreteras una vez al día"». Maldición, debió de pensar Szemere, que no tuvo más remedio que reconocer («aunque no lo dije en voz alta»), que «esto no lo hacemos en nuestro país. Pero sabemos que no es por vagancia, sino porque aceptamos la Divina Providencia. En invierno el Señor nos da nieve, y nos envía frío para mantenerla, y en primavera el Señor nos proporciona calor para deshacerla».

Con la esperanza, tal vez, de dar con una visión menos despectiva y más positiva de su país natal, Szemere abandonó Bohemia para dirigirse hacia el noroeste, a Prusia, donde, sin embargo, encontró los mismos prejuicios. «Hungría —le dijeron con firmeza— es un lugar muy fértil en el que abundan cosas que crecen naturalmente, pero el país está desierto. En sus bosques hay muchísimas bestias salvajes, tantas como animales domesticados en otros países... Sus desiertos sin cultivar están llenos de bandas de forajidos, sus pantanos hacen que el aire resulte desagradable y el calor es como en Italia... Predomina la oscuridad, el país está poblado por siervos y señores». Cuanto más al oeste se desplazaba, menos sabía la gente. Todo lo que tenían que decir sus interlocutores franceses sobre Hungría era que allí había muchos bandidos. En Gran Bretaña pudo comprobar que había un desconocimiento total de su país; la gente no sabía nada en absoluto de Hungría, salvo que producía un vino dulce llamado Tokaji. A pesar de la depresión que le causaban tales visiones, Szemere intentaba sacar el mayor partido de la situación. Así pues, aprovechaba la estrecha relación que mantenían los húngaros con la naturaleza para hacer una interpretación patriótica

de la misma, afirmando que daba lugar a un fuerte espíritu de libertad. Le gustaba Londres por sus enormes parques, en los que la naturaleza podía expresarse sin restricciones. Admiraba al artista John Constable (1776-1837) por el realismo de sus cuadros de paisajes, en los que podía verse el instinto y el espíritu de lo salvaje, en claro contraste con el academicismo de los pintores franceses. En vez de recurrir a temas clásicos, el inglés optaba por plasmar en sus telas la naturaleza de su propio país. Eso era lo que les proporcionaba un espíritu de libertad, un espíritu que Szemere quería emular en Hungría, donde la política estaba corrompida por el dinero y se sufría la opresión del gobierno de los Habsburgo. Otros reformistas liberales de Hungría no compartían esta opinión y veían en aquel contacto del país con la naturaleza una señal de su atraso. István Gorove (1819-1891), una de las figuras más destacadas de la política liberal, comentaba en 1846 que «el hombre salvaje vive como quiere en medio de la maraña del bosque, pero el que se traslada a la ciudad debe aprender a convivir con los que están a su alrededor. Esta es nuestra situación en Europa». Al igual que otros muchos, Gorove consideraba que Hungría tenía que hacerse más civilizada y más europea, idea que encontró una expresión práctica de la mano de otro reformista liberal, Esteban Széchenyi, en su aventura de sacar de contrabando de Inglaterra maquinaria industrial.

El compromiso de Szemere con la libertad natural lo llevó a participar en la revolución de 1848 como primer ministro del gobierno nacionalista liberal. El 23 de agosto de 1849, tras la rendición de Hungría, con la firme determinación de impedir que la corona de san Esteban, el orbe, el cetro y las otras insignias reales cayeran en manos de los victoriosos Habsburgo, Szemere los enterró en Orşova, en la región de Banat, dejando un carácter rúnico en un árbol cercano. (Las insignias reales fueron desenterradas en 1853 por el ejército imperial después de que uno de los colaboradores de Szemere lo traicionara revelando el paradero

de las joyas). Desde Orşova cruzó la frontera en secreto y pasó a Turquía, y desde allí se trasladó a París y luego a Londres. En 1851 fue condenado a muerte *in absentia* en Hungría por las autoridades austríacas. A Szemere le amargaría profundamente la política centralizadora adoptada por el gobierno de la Viena posrevolucionaria durante la década de 1850. «Las haciendas que anteriormente no dejaban de prosperar están… desapareciendo en la actualidad por culpa de las opresivas cargas fiscales». Pero el contacto con la naturaleza y el aprecio por las libertades que esta ofrecía hacían de Hungría, como comentaría a lord Palmerston, «el canal natural por el que la civilización occidental debe introducirse en esos países del Este».

La esposa de Szemere, Leopoldina Jurkovich (1829-1865), con la que había contraído matrimonio en 1846, lo acompañó en el exilio junto con su primer hijo; un segundo vástago llegó al mundo en 1850, pero murió al cabo de dos meses; luego vinieron otros dos hijos, uno en 1858 y otro en 1859, que sobrevivieron. Szemere, cuya vida estuvo casi siempre plagada de dificultades financieras, se arruinó en 1856 cuando un húngaro exiliado, que se había ganado su confianza en París, lo estafó, perdiendo así todos los ahorros que había podido rescatar su esposa en Hungría. Intentó ganar algo de dinero con la exportación de vino húngaro, pero cuando este llegó a París ya se había convertido en vinagre. Se peleó con los otros exiliados húngaros, llegando a acusar públicamente a Lajos Kossuth de pretender establecer una dinastía propia casi regia en Hungría. Aislado y empobrecido, Szemere comenzó a sentirse desorientado y abatido, a sufrir frecuentes migrañas y a tener pesadillas sobre el estafador que lo había desplumado. «No puedo ni trabajar ni leer —escribía en su diario en 1856—. Tengo muchos planes que resuenan en mi cabeza. Pero no logro concentrarme y ponerlos en marcha. Es un gran problema». Las anotaciones de Szemere en su diario son cada vez más breves y menos coherentes, y terminan en enero de 1862. Sufrió una grave crisis nerviosa en 1863 y empezó a

perder el autocontrol y a tener arranques de cólera descontrolada, durante uno de los cuales, hacia finales de 1864, atacó físicamente a su familia en plena noche. Con la ayuda de su esposa, Szemere solicitó con éxito la concesión de una amnistía al emperador austríaco Francisco José, y pudo regresar a Hungría en enero de 1865. Sin embargo, en abril de ese mismo año tuvo que ingresar en un sanatorio mental. Sus estallidos de rabia se hicieron cada vez más frecuentes e intensos hasta su muerte, ocurrida cuatro años después. Tras haberse pasado una vida rebatiendo a los que afirmaban que su país era incapaz de controlar su naturaleza, acabó sus días siendo incapaz de controlar la suya propia, perdiendo por completo su apariencia civilizada y dejándose llevar por un sentimiento verdadero.

De este modo, Szemere parecía confirmar los prejuicios europeos en lo concerniente al estado natural en el que muchos creían que vivían los húngaros. Las zonas rurales estaban infestadas de bandidos y hombres salvajes. En 1883, la guía *Baedeker* hacía la siguiente advertencia a sus lectores alemanes: «… en algunos de los distritos más lejanos, el viajero… probablemente siga viéndose expuesto a los peligros de un ataque predatorio». No fue por casualidad que tanto Julio Verne (1828-1905), en *El castillo de los Cárpatos* (1893), como Bram Stoker (1847-1912), en *Drácula* (1897), decidieran situar la acción de sus novelas sobre la fusión sobrenatural de lo animal y lo humano en las inmediaciones de Braşov, ciudad de la Transilvania húngara. Pero en el siglo XIX la naturaleza tenía una presencia abrumadora, dominante y constante no solo en Hungría, sino también en grandes zonas del resto de Europa, donde había vastas extensiones de tierra salvaje y sin cultivar. En 1815, un estudio sobre el uso de la tierra en Prusia revelaba que poco más de una cuarta parte de ella estaba dedicada a la producción agrícola, y una quinta parte al pastoreo. El resto, alrededor del 55 %, era montañas, bosques y zonas desérticas. A lo largo del siglo, debido a la presión que suponía el aumento de población, esta situación fue cambiando

gradualmente. En Prusia, la cantidad de tierra dedicada a la labranza se multiplicó por dos entre 1805 y 1864; en Rumanía aumentó entre 1860 y 1905, pasando de casi 2,5 millones de hectáreas a más de 5,5 millones; y en España se pasó a cultivar unos cuatro millones de hectáreas más entre 1818 y 1860. Pero este proceso tuvo sus límites, especialmente en las primeras décadas del siglo XIX. En Bohemia, se calculó que la tierra cultivable había aumentado un 20 % entre 1780 y 1850, pero incluso en la década de 1840 seguía siendo menos de la mitad de toda la extensión de la provincia. En la primera mitad del siglo, los campos de labranza de la Rusia europea aumentaron más de un 50 %; aun así, en la década de 1860 cuatro quintas partes de los territorios de los dominios europeos del zar estaban sin cultivar.

La Europa salvaje estaba habitada por una variedad de animales peligrosos. Los lobos, como indicaba el interlocutor checo de Szemere, eran los más temidos. Aunque normalmente evitaban a los humanos, podían atacar a las personas impulsados por el hambre o la desesperación. Las estadísticas oficiales de la época ponen de manifiesto que en Rusia, durante buena parte del siglo, murieron anualmente unos doscientos individuos devorados por los lobos; entre 1870 y 1887, se produjeron casi mil quinientos casos. En el condado húngaro de Temes, según los registros, a comienzos de la década de 1890 había manadas de lobos que entraban en los rediles para comerse las ovejas. Hasta 1900, e incluso posteriormente, salir a la caza del lobo era una obligación legal en Suecia. Había manadas de lobos en zonas de España, Italia, Portugal, Francia y los Balcanes, principalmente en las regiones montañosas, como, por ejemplo, los Pirineos o los Apeninos; su número había aumentado en muchos lugares durante los desórdenes provocados por la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Según queda reflejado en los archivos, en Polonia un lobo «se acostumbró, durante las últimas campañas, a alimentarse de cadáveres de soldados», desarrollando así un gusto especial por la carne humana; al final, un guardabosques lo mató

de un tiro cuando el animal se acercó para comerse a su hijo de dos años al que el hombre en cuestión había utilizado como cebo atándolo a un árbol. Cuando el orden fue restaurado en Francia una vez terminadas las guerras, se reemprendieron las cacerías, y en la década de 1820 se empezaron a matar anualmente unos mil quinientos lobos. A finales del siglo XIX seguían cazándose lobos en el macizo del Morvan, en la cordillera de los Vosgos, en Bretaña y en otras zonas de Francia. En buena parte del oeste y el centro de Europa, sin embargo, antes de comienzos del siglo XX, los lobos solo formaban pequeñas manadas en regiones salvajes marginales, y ya estaban en peligro de extinción; a diferencia de los zorros, no aprendieron a adaptarse a la vida urbana, y únicamente abundaban en Rusia y en el extremo norte del continente.

Por aquel entonces, las cacerías más o menos continuadas habían acabado con una gran variedad de animales salvajes de numerosas regiones de Europa. Los osos nativos de las zonas montañosas del continente fueron perseguidos hasta la extinción por los granjeros alpinos, que los culpaban de la muerte de sus ovejas. Hacia finales del siglo XIX, los osos solo estaban presentes en las tierras altas del sur de Europa, en los Balcanes y, sobre todo, en Rusia y Finlandia, países en los que fueron adoptados como símbolos nacionales. La caza del oso era posible solo en regiones muy apartadas; el conde Józef Potocki (1862-1922), aristócrata y terrateniente polaco de Volinia, tuvo que desplazarse hasta el norte de Rusia para cazar la osa y los tres oseznos cuyos cuerpos disecados adornaban su finca cuando el naturalista inglés Richard Lydekker (1849-1915) lo visitó a comienzos del siglo XX. Los osos pardos solían capturarse para ser adiestrados y exhibidos como «osos bailarines», especialmente en Rusia, y se cuenta que Carl Hagenbeck (1844-1913), propietario de un zoológico y traficante de animales, llegó a poner a la venta un millar de osos entre 1866 y 1886. Su sobrino, Willy Hagenbeck (1884-1965), poseía una *troupe* de setenta osos polares a los que enseñó a cons-

truir una pirámide, hazaña que logró mediante el uso cruel del látigo, las porras y el hambre, para que la recompensa en forma de carne resultara más tentadora para los animales cuando hacían bien su trabajo.

Por aquel entonces, la gente de las ciudades de toda Europa empezó a mostrar cada vez más interés por el oso. Los Alpes, se lamentaba en tono irónico un artículo publicado por una revista satírica suiza, «perderían parte de su magnífico y misterioso encanto» con la extinción de los osos. «¿Por qué matar al oso, un animal educable e inofensivo, que, como mucho, ambiciona comerse un ternero o una vaca? Debería ser adiestrado y utilizado como guía turístico; de esta manera, todas las partes se beneficiarían, ¡y nuestra Suiza podría jactarse otra vez de algo nuevo y único, totalmente distinto a las viejas cacerías de osos de siempre que se dan en otros lugares!» El público burgués, de hecho, estaba empezando a encariñarse con los osos. Como indicaba el director del zoológico de Berlín, Ludwig Heck (1860-1951), el oso «sirve de caricatura de la especie humana, y se convierte en un reflejo distorsionado de nosotros mismos», especialmente cuando se levantaba sobre sus cuartos traseros o cuando comía cogiendo con las patas delanteras lo que quería llevarse a la boca. El público, decía Heck, amaba a los osos «del mismo modo que querían a los monos», afecto que, por lo visto, no era correspondido por los osos, pues tiempo atrás uno de ellos había arrancado de un mordisco la punta de los dos primeros dedos de la mano izquierda de Heck. La domesticación del oso fue un paso más allá con la llegada del siglo xx, época en la que los niños de casa bien podían jugar con ositos mecánicos que bailaban o acostarse abrazando un *teddy bear* [osito de peluche]. Los ositos de peluche fueron una ocurrencia americana de 1902, en respuesta a un incidente que protagonizó el presidente Teddy Roosevelt (1858-1919) cuando se negó a disparar contra un oso que había sido acorralado, golpeado y atado a un árbol para que él pudiera matarlo. En poco tiempo, los *teddy bears* empezaron a ser fabrica-

dos a millares por la fábrica de juguetes Steif de Alemania, quedando su origen completamente en el olvido.

Tener animales salvajes, como, por ejemplo, osos, en residencias principescas, o en sus inmediaciones, comenzó a resultar cada vez más difícil. La English Royal Menagerie, situada en la Torre de Londres, contenía 280 animales a finales del siglo XVIII, pero a partir de entonces la colección empezó a reducirse, y en 1835 los últimos animales fueron trasladados a Regent's Park después de que uno de los leones tratara de devorar a un soldado. A finales del siglo XIX, aunque muchos aristócratas y familias reales conservaran parques con venados y los llenaran con una gran variedad de animales —el conde Potocki, por ejemplo, tenía un bisonte americano en su finca—, lo cierto es que las *ménageries* reales eran ya una curiosidad por su rareza. Probablemente la única *ménagerie* moderna fuera la colección de animales que comenzó Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha (1861-1948), quien en 1887 se convirtió en príncipe regente de Bulgaria y poco después se hizo construir en su palacio una jaula enorme para un buitre negro. A esta ave rapaz pronto le siguieron otros animales en diversas zonas de palacio, incluidas unas vacas mucho más prácticas que todos los días suministraban leche fresca a Fernando. En 1893, la *ménagerie* búlgara empezó a abrir sus puertas al público tres días a la semana, y no tardó en exhibirse en ella criaturas sumamente exóticas, como un yak tibetano y un caimán del Misisipi. El establo fue convertido en la morada de dos leones africanos. La *ménagerie* estaba empezando a transformarse en un verdadero parque zoológico.

Con la expansión continuada de la urbanización fue mermando más y más el contacto de la gente con lo salvaje, contacto que tuvo que recrearse en exhibiciones públicas, que podían ser reflejo de una misión científica, aunque también recordaban al mundo el dominio ejercido en la naturaleza por la especie humana. A finales de la década de 1830, la joven reina Victoria acudió en seis ocasiones a Drury Lane para ver el espectáculo del céle-

bre domador de leones americano Isaac van Amburgh (1811-1865), cuya especialidad era poner su cabeza dentro de la boca del león. Van Amburgh consiguió supuestamente ejercer tal dominio sobre los leones utilizando a su antojo una barra de hierro durante el adiestramiento. Pero incluso en los parques zoológicos, donde no era habitual tanta crueldad, un animal carnívoro de gran tamaño, confinado en una jaula pequeña y angosta, vivía unos dos años de media por aquel entonces. Algunos parques zoológicos tenían claramente una función económica. El Jardin Zoologique d'Acclimatation del Bois de Boulogne, por ejemplo, fue fundado en 1860 con la finalidad de domesticar, criar y vender animales de utilidad como cabras de angora, llamas y alpacas. Con la exhibición de unos cinco mil animales, atrajo un cuarto de millón de espectadores en la década de 1860, pero durante el asedio prusiano de París de 1870-1871 la mayoría de esos animales sirvieron de comida a los prusianos.

El primer parque zoológico de Polonia fue inaugurado en 1871 con una finalidad claramente comercial. Fue obra del propietario de un restaurante en el jardín trasero de su establecimiento en la ciudad de Poznań, bajo el dominio de Prusia, con el objetivo de atraer más clientela; en 1883 fue trasladado a una finca de 2,3 hectáreas; en 1907 se exhibían en él novecientos animales y recibía anualmente un cuarto de millón de visitantes. La primera jirafa llegó a Budapest en 1868, comprada en una *ménagerie* alemana y exhibida junto con otros muchos animales en un lugar de más de dieciséis hectáreas de extensión dentro del jardín botánico de la ciudad. El parque zoológico, fundado dos años antes, fue una iniciativa científica desde un principio, y estuvo dirigido en distintos períodos tanto por una sociedad académica como por el ayuntamiento. Los parques zoológicos también podían hacer alarde del poder global de una nación. En 1826, la Sociedad Zoológica de Londres fue fundada por sir Stamford Raffles (1781-1826) y sir Humphry Davy (1778-1829) y empezó a elaborar un proyecto para la creación de un jardín zoológico en Re-

gent's Park. Raffles, además de fundador de Singapur, era un alto funcionario de la Compañía de las Indias Orientales. Tenía el firme convencimiento de que, aunque fuera «más rica que cualquier otra nación por la extensión y diversidad de [sus] posesiones», lo cierto era que Gran Bretaña no tenía ningún foro en el que exhibir a los animales que poblaban los vastos territorios del planeta bajo el dominio de los británicos. Por otro lado, Raffles pretendía que el Jardín Zoológico de Londres demostrara los principios organizativos y científicos que, a su juicio, sustentaban el control que los británicos ejercían sobre el imperio. No vivió para ver cumplido su sueño. El parque zoológico de Londres fue inaugurado y quedó abierto a los miembros de la sociedad dos años después del fallecimiento de Raffles, esto es, en 1828, y al público en general en 1847.

La actitud hacia los animales iba cambiando. Durante el siglo XIX, la burguesía urbana fue haciéndose cada vez más partidaria de la prohibición de deportes y entretenimientos crueles que en las zonas rurales gozaban de gran popularidad. En Inglaterra, el espectáculo de los combates con oso, en el que se ataba a una estaca a uno de esos animales para que fuera atacado por unos perros, fue prohibido junto con las peleas de gallos en 1835 por las presiones de la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales, ente fundado en 1824. Pero la Ley contra la Crueldad con los Animales no contemplaba los animales salvajes, de modo que siguieron efectuándose peleas con tejones hasta finales del siglo XIX, e incluso después. «Esta singular criatura —según el *Libro del campo* de 1833—, puede resistir a repetidos ataques, tanto del hombre como del perro, por los cuatro costados, hasta que, viéndose superada en número, y debilitada por las numerosas y graves heridas, no le queda más remedio que rendirse». Obligar a los tejones a salir de sus madrigueras era también otro pasatiempo popular. «Pasar un día en el bosque o en el monte, en compañía de guardabosques, leñadores y otros individuos de este tipo, obligando a los tejones a salir de sus madri-

gueras, es pasar un buen día», escribiría otro comentarista de zonas rurales. «La única manera de preservar de la extinción a un animal salvaje británico en esta época de lo que llamamos progreso —opinaba sir Alfred Pease (1857-1939), político liberal, en el primer monográfico dedicado enteramente a los tejones—, es cazándolo».

Los zorros comenzaron a escasear en la Inglaterra rural cuando empezó a aumentar la popularidad de la caza de este animal entre las clases terratenientes del país, de modo que a mediados del siglo XIX ya se importaban cada año más de mil crías de zorro de Holanda, Alemania y Francia para su venta —en el Leadenhall Market de Londres— a los cazadores, que tras adquirirlos los dejaban en libertad en los campos. En algunas zonas, el cazador rescataba al zorro de la voracidad de la jauría después de que esta hubiera dado con el animal, y luego lo liberaba para otra cacería; un famoso zorro de Devon había sido atrapado en treinta y seis ocasiones por unos perros adiestrados para no matar ni herir a su presa. La caza del zorro —«los impresentables en persecución de lo incomestible», como la describió memorablemente Oscar Wilde (1854-1900)— sobrevivió hasta una época menos aristocrática, mientras que otros pasatiempos privativos de los grandes nobles, como, por ejemplo, la cetrería, pasaban prácticamente a la historia, pues la afición a la caza del zorro se extendió a otras clases sociales inferiores, esto es, a miembros de la pequeña nobleza rural, y la cetrería no. En el continente europeo, el sistema de servidumbre había reservado los derechos de caza a la aristocracia terrateniente, pero a partir de 1815, en los lugares en los que se habían implantado las leyes napoleónicas —en la margen izquierda del Rin, en el norte de Italia o en la mismísima Francia—, solo fueron restaurados los privilegios de caza más limitados que habían sido barridos por la Revolución, y sufrieron numerosas restricciones. En zonas que seguían rigiéndose por las leyes feudales tradicionales, la intensidad del sentimiento popular en esa cuestión quedó patente por el hecho de que, en

1848, el 13 % de todas las peticiones presentadas al poder legislativo de Prusia solicitaban la abolición de los privilegios de caza. Fue ese mismo año cuando se concedieron derechos de caza a los propietarios de tierras (incluidos los de origen campesino), aunque solo en sus posesiones, en virtud de una serie de medidas que no fueron revocadas ni siquiera en los años de la reacción posrevolucionaria de la década de 1850.

En España, las corridas de toros, como forma de pasatiempo de la aristocracia, ya se habían visto democratizadas en el siglo XVIII con la introducción de la figura del torero a pie y la construcción de plazas. A finales del siglo XIX, las corridas de toros gozaban de una gran popularidad en todo el país, y se habían convertido en el principal espectáculo de la nación. Las críticas de los amantes de los animales de Gran Bretaña y Europa no tuvieron efecto alguno. En cualquier caso, no había nada de insólito en la costumbre española de matar animales por deporte. A finales del siglo XIX, la caza como símbolo de estatus social pasó a ser uno de los principales objetivos de la élite adinerada europea; una actividad cuidadosamente escenificada y organizada en fincas especiales en las que criaban animales y aves solo para ser cazados. Eduardo VII (1841-1910) sentía tal pasión por la cinegética que, ya como príncipe de Gales, tenía los relojes de su finca de Sandringham, en Norfolk, adelantados media hora para poder disponer de más horas de luz en las que dedicarse a disparar a los faisanes y las perdices. Las aves eran custodiadas en reservas, dentro de la propia finca, en las que se plantaba alforfón y mostaza para que se alimentaran. Cuando eran adultas, se dejaban en libertad, y unas siete mil de ellas eran abatidas cada año. Como indicaría un hombre de la época, Eduardo, ya en calidad de príncipe de Gales, disparó y derribó a su primer venado el 21 de septiembre de 1858, cuando tenía dieciséis años: «No es difícil imaginar el alborozo que debió de sentir el muchacho… Podía aguardarle un trono, y el amor de un imperio, pero aquel momento supremo no iba a repetirse nunca más».

Sin embargo, había otras emociones más exóticas que también aguardaban al príncipe. En el curso de una visita a Ceilán, antes de su ascensión al trono, lo llevaron a una cacería de elefantes. El futuro rey estuvo esperando cinco horas, apuntando con el fusil, en un lugar elevado y rodeado por una empalizada que mil quinientos hombres tuvieron que construir en apenas dos semanas, hasta que por fin los elefantes salvajes llegaron en estampida —después de que los batidores prendieran fuego a una parte de la jungla—, dirigiéndose hacia él. A pesar del tamaño de los objetivos, Eduardo solo pudo herir a dos de ellos. Luego, acompañado de su séquito, se adentró a pie en la jungla, donde dio con uno de los elefantes heridos y lo remató. Se subió en lo alto de aquel colosal cuerpo inerte, le tendieron un gran cuchillo, y con él cortó la cola del animal, trofeo habitual en ese tipo de expediciones. En la India, mató a una tigresa embarazada de cuatro crías, necesitando cuatro disparos para acabar con ella. Las hazañas cinegéticas de Eduardo VII no constituían en absoluto un fenómeno insólito entre los hombres acaudalados de la época. Se cuenta que el archiduque Francisco Fernando de Austria llegó a matar unos trescientos mil animales —venados, osos, tigres, elefantes y cocodrilos, entre otros— con las escopetas de dos cañones Mannlicher que se hizo fabricar para su uso personal. Se ganó merecidamente la fama de gran tirador, y en una cacería de jabalíes organizada por el káiser Guillermo II abatió cincuenta y nueve de los sesenta animales que fueron soltados. Poco antes de su asesinato en 1914, Francisco Fernando se anotó con satisfacción su venado número tres mil. No podía haber una demostración más sorprendente de la superioridad del hombre sobre la naturaleza.

Pero, al mismo tiempo, las clases altas de toda Europa estaban empezando a saborear y recrear la naturaleza salvaje en sus propias fincas, al menos por lo que respectaba a su flora. La arquitectura paisajista, con un efecto natural cuidadosamente concebido, había estado de moda desde que comenzara el declive del

jardín formal a finales del siglo XVIII. Bajo la influencia de una especialista en las diversas ramas de la horticultura, la paisajista y taxónoma Gertrude Jekyll (1843-1932), creadora de más de cuatrocientos jardines en Gran Bretaña, tanto en el continente como en Estados Unidos, los exuberantes bordes herbáceos, los lechos de flores silvestres y las ingeniosas alternancias de colores y texturas sustituyeron los jardines pintorescos de comienzos del siglo XIX, con sus puentes artificiales, sus extravagancias, sus ruinas y sus estatuas. La idea consistía en que el jardín tuviera un aspecto natural, incluso descuidado, siguiendo los preceptos del padre del jardín silvestre, el irlandés William Robinson (1838-1935), y crear una versión superior, más densa, más colorista y más natural de la propia naturaleza. Pero la idea de preservar la naturaleza en lo silvestre todavía no había arraigado. En todos los rincones del mundo se cazaban animales y aves y se pescaban todo tipo de peces, independientemente de su posible utilidad. Coleccionar y exhibir huevos de aves raras se convirtió en un pasatiempo muy apreciado y sumamente competitivo. Se contaba que los huevos de las alcas gigantes se vendían a un precio equivalente al salario anual de un trabajador especializado. Ayudados e incitados por los coleccionistas que deseaban especímenes adultos de ese pájaro para disecarlos o exhibirlos, los buscadores de huevos consiguieron que las alcas gigantes, grandes aves marinas incapaces de volar —una especie de versión del pingüino del hemisferio norte—, se extinguieran. En julio de 1844, la última alca gigante de las islas Británicas fue capturada por un pescador, que durante tres días mantuvo vivo este pájaro raro y desconocido hasta que estalló una tormenta, tras la cual lo mató a golpes, creyendo que había provocado la tempestad con el arte de la brujería. Al mismo tiempo, por encargo de un coleccionista, caía en la isla de Eldey, situada frente a la costa de Islandia, el último espécimen europeo, al que siguieron en el camino de la extinción otros animales como la cabra montés por-

tuguesa (1892), el lince sardo (*c.* 1900) y el caballo salvaje euroasiático (1909).

El dominio sobre los elementos

En la Europa del siglo XIX, la naturaleza también planteaba otro tipo de retos importantes. Las grandes cordilleras dividían el continente en distintas partes: los Pirineos separaban Francia de España, los Alpes creaban una barrera entre Italia y Francia, Suiza, Alemania y Austria, los Alpes escandinavos hacían lo mismo entre Noruega y Suecia, y los Cárpatos se extendían a lo largo de unos mil seiscientos kilómetros formando las fronteras de Polonia y Ucrania por un lado, y Eslovaquia, Rumanía y Hungría por el otro. Con las montañas más altas rozando los 2.500 metros en los Cárpatos y en Escandinavia y los 3.500 en los Pirineos, y superando los 4.500 en los Alpes, estas zonas montañosas constituían una vasta extensión de territorio salvaje. En el verano, los pastores nómadas llevaban sus ovejas a pastar en la parte inferior de las laderas, y en el invierno los habitantes de las aldeas se agrupaban en asentamientos aislados por la nieve, en los que se perdía todo contacto con el exterior durante meses, combatían el frío viviendo con sus animales y comían alimentos adobados o en conserva preparados en el verano. Con una cota máxima inferior a los tres mil metros, los Apeninos, que recorrían la península italiana de arriba abajo, y la cordillera de los Balcanes, que los vigilaban desde la parte de Europa situada al otro lado del Adriático, estaban por debajo del límite de las nieves perpetuas, pero suponían igualmente un importante obstáculo para las comunicaciones.

Los pasos de montaña habían venido utilizándose a lo largo de los siglos, pero fue Napoleón quien tuvo la iniciativa de construir caminos pavimentados en los principales pasos alpinos para aligerar el movimiento de las tropas y el traslado de suministros, aunque, como en otras cordilleras, permanecieran cerrados en el invierno durante largos períodos. Las propias montañas suponían otro de los desafíos de la naturaleza a los que debía en-

frentarse el hombre: su conquista se convirtió en un deporte, uno de cuyos pioneros, el juez británico de la Corte Suprema, sir Alfred Wills (1828-1912), escaló el Wetterhorn en 1854, dando lugar a la fundación del Club Alpino tres años más tarde. En 1865, Edward Whymper (1840-1911) encabezó al equipo de escaladores que subió por primera vez a la cima del monte Cervino; el grupo culminó con éxito la escalada, pero a costa de perder a cuatro de sus integrantes. Los guías locales, como, por ejemplo, el tallador de madera suizo Melchior Anderegg (1828-1914), comenzaron a ganarse la vida conduciendo a los escaladores hasta la cima de los picos más importantes; pero este deporte siguió siendo una actividad prácticamente exclusiva de las clases alta y media de Gran Bretaña. Menos espectacular, pero mucho más popular, fue el deporte del esquí, que llegó al macizo del Harz y a la Selva Negra de la mano de jóvenes noruegos que cursaban sus estudios universitarios en Alemania. La población local los consideraba «una mezcla de locos y payasos» cuando los veía descender por las suaves laderas de los montes, pero esta actividad deportiva se extendió a los Alpes cuando localidades balnearias como Davos y Saint-Moritz, visitadas en un principio por el aire seco de sus montañas, abrieron en invierno, beneficiándose de la nueva carretera y la conexión ferroviaria completada en la década de 1880. Con la llegada del nuevo siglo empezaron a aparecer asociaciones de esquiadores en las que se enseñaba a la población local a utilizar los esquíes y en las que se afirmaba que aprender a esquiar «transformaba la vida» allí donde se practicaba este deporte y «proporcionaba una libertad inmensa a los que vivían en las montañas».

A lo largo de este período del que hablamos, buena parte de las zonas no cultivadas de Europa que se encontraban por debajo del límite forestal ártico estaban cubiertas de densos bosques. La situación de Inglaterra, donde solo un 5 % de la tierra era zona de bosques a finales del siglo XIX, no era comparable con la de ninguna otra región de Europa. Incluso a comienzos del siglo XX,

alrededor de dos terceras partes de Noruega y Suecia, un tercio de Austria, Bohemia y Moravia, Rusia y los Balcanes, más de una cuarta parte de Alemania, casi una cuarta parte de Polonia, casi un quinto de Francia y Bélgica y una sexta parte de Suiza eran bosques. Las zonas de bosque eran más reducidas solo donde había grandes extensiones de tierra cultivada en las que se cosechaba trigo y otros productos agrícolas para la exportación, como era el caso de Hungría, con su 11% de bosque, de Holanda con su 7 % o de Dinamarca con tan solo un 5 %. Cuando un viajero cruzaba los márgenes poblados y explotados de estas grandes zonas frondosas y se adentraba en sus profundidades, el mundo civilizado y medio civilizado se quedaba muy atrás. Los cuentos populares recogidos por los nacionalistas alemanes Jacob y Wilhelm Grimm solían tener como escenario los bosques: Hansel y Gretel, los hijos del leñador, son conducidos al interior del bosque para ser abandonados por su madrastra, que no quiere darles de comer porque los tiempos son muy duros; el lobo sigue a Caperucita Roja cuando esta entra en el bosque para ir a visitar a su abuelita; la malvada reina ordena a un criado que conduzca a Blancanieves hasta lo más profundo del bosque para matarla, aunque la muchacha es salvada por un grupo de enanitos que vive aislado del mundo. Al mismo tiempo, sin embargo, el bosque podía ser también un lugar de libertad, donde los siervos que se habían fugado o los malhechores que huían de la justicia podían encontrar un refugio lleno de recursos naturales que les permitían sobrevivir. En el siglo XIX, tanto en 1830 como en otros años posteriores, los rebeldes nacionalistas polacos huyeron a los bosques para librarse de las represalias de las huestes cosacas. El bosque era, en palabras de un crítico del mundo industrial urbano, el conservador Wilhelm Heinrich Riehl, «el corazón de la cultura popular» en Alemania, «de modo que un pueblo sin bosque es como una ciudad sin edificios históricos, sin teatros, sin galerías de arte».

MAPA 10. Montes y ríos de Europa.

Los bosques, sin embargo, se veían constantemente amenazados. En sus límites, los campesinos talaban árboles y cortaban ramas para utilizarlas en la construcción, como leña o para la fabricación de herramientas, carros y otros artilugios. En Rusia se calculaba que, de media, las cabañas de madera en las que vivían los campesinos debían ser totalmente reconstruidas cada quince años, pues no había ninguna manera efectiva de preservar la madera de las inclemencias del tiempo y la descomposición. Las construcciones de la mayoría de las ciudades y aldeas también eran de madera, y a mediados de siglo se calculaba que, solo para la ciudad de Minsk, había que talar más de seiscientos mil árboles para construir o restaurar los ocho mil edificios y casas que debían repararse en un año normal, sin incidentes. Para la construcción de una de las quinientas barcazas que navegaban por los ríos de Rusia eran necesarios quinientos árboles. La explotación forestal pasó a ser una industria importantísima: a finales del siglo XIX y comienzos del XX, Rusia exportaba anualmente más de dos millones de toneladas de madera a Gran Bretaña, Alemania y los Países Bajos. Las guerras podían acelerar aún más el proceso. En las extensas zonas forestales existentes en las fronteras búlgaras y serbias se talaron muchísimos árboles durante las guerras turcas de las décadas de 1870 y 1880, y en España se procedió a la tala de árboles durante la guerra de la Independencia y las guerras carlistas para dificultar que los bandidos encontraran lugares en los que poder esconderse.

En su conjunto, la Europa decimonónica fue testigo de uno de los mayores procesos de desforestación que habían tenido lugar hasta entonces. Los agrónomos empezaron a darse cuenta de que la destrucción de bosques provocaba la erosión del terreno e incluso cambios climáticos. En 1836, el etnógrafo ruso Vadim Vasílievich Passek (1808-1842) se lamentaba de que «según las observaciones de los más ancianos, el clima de la provincia de Járkov… se ha vuelto más rígido, y actualmente puede provocar más sequías y más heladas. Es probable que este se deba a la

destrucción de zonas forestales». Con la desaparición de árboles, la erosión provocada por el agua de la lluvia o por el deshielo empezó a abrir fisuras en la estepa. La quebrada que apareció cerca de la casa de la familia Aksákov, en el distrito de Samara del sureste de Rusia, tenía una longitud de 2,4 kilómetros y una anchura de casi cuarenta y tres metros. A finales del siglo XIX se contaba que en el sur de Rusia las tormentas de arena eran «terribles», especialmente en primavera. En 1890 se calculaba que, en apenas poco más de medio siglo, Italia había perdido entre 1,6 y 2,1 millones de hectáreas de bosque. En su conjunto, las zonas forestales de Europa se redujeron un 25 % entre 1700 y 1850, y otro 5 % entre 1850 y 1920. Extensas zonas de los Vosgos y del valle del Alto Saona habían sido desforestadas para conseguir madera para la construcción de barcos en los astilleros, y la tala de árboles había acabado con muchos bosques de los alrededores de París, Lyon y otras grandes ciudades. En la década de 1830, los viajeros franceses que visitaban los Pirineos y los Alpes, y describían las laderas de esos montes, hablaban de un «paisaje de desolación» que se caracterizaba por la «terrible desnudez de sus rocas áridas y estériles». «En menos de cincuenta años —observaba en 1843 el economista francés Adolphe Blanqui (1798-1854)—, Francia estará separada de Saboya por un desierto».

El ritmo acelerado de esa desforestación no disminuyó hasta finales de siglo, cuando empezaron a utilizarse cada vez más el carbón como combustible, y el hierro y el acero para la construcción de casas y la fabricación de herramientas. En Rusia, las sociedades agrícolas comenzaron a plantar árboles en grandes cantidades, y el gobierno fomentó una política de reforestación. Entre 1871 y 1900, la zona plantada de árboles nuevos en el territorio perteneciente a los cosacos del Don se extendió notablemente, pasando de apenas poco más de 23.800 hectáreas a casi 32.780. Pero esas políticas tuvieron a menudo un éxito limitado; en 1885, se informaba de que apenas quedaban trece hectáreas con árboles de las ciento veintiséis que habían sido reforestadas

en las tierras estatales de las provincias de Samara y Stávropol. En otras regiones del norte de Europa, la potente industria maderera desempeñó un papel mucho más fundamental en los planes de reforestación: en las fincas de Seafield, en Escocia, se plantaron, por lo visto, más de cincuenta millones de árboles durante la primera mitad del siglo, y en 1881 alrededor de 12.200 hectáreas habían sido plantadas de pinos escoceses y otros árboles provechosos desde el punto de vista comercial, como, por ejemplo, el alerce y la pícea en Strathspey y en la zona de Rothes. Los geólogos y los agrónomos también comenzaron a darse cuenta de que la deforestación aumentaba la probabilidad de que se produjeran desprendimientos de tierras e inundaciones. Desposeídos de los árboles cuyas raíces sostenían la tierra en sus laderas, los Apeninos empezaron a sufrir un número cada vez mayor de avalanchas. Solo en 1903, en la provincia de Cosenza, en la región de Calabria, los inspectores forestales informaron de 156 desprendimientos de tierra en una extensión de poco más de dos mil hectáreas. En la región meridional italiana de Basilicata, el río Basento solía arrastrar anualmente unos 425.000 metros cúbicos de barro de los Apeninos hasta el golfo de Tarento, convirtiendo su desembocadura en una ciénaga. Resultaba imposible cultivar la tierra de algunas zonas, que se volvieron estériles y áridas. Allí donde los ríos, obstruidos por el aluvión, desbordaban sus márgenes y creaban un pantanal, acudían los mosquitos transmisores del paludismo, convirtiendo la zona en un lugar inhabitable para el hombre.

Así pues, los gobiernos italianos empezaron a financiar la asignación de tierras y diversos planes de mejora a gran escala. El lago del Fucino, en la Italia central, cuyo sistema de drenaje romano había quedado inutilizado hacía muchos siglos, se había convertido en un foco de malaria y fue drenado de nuevo entre 1862 y 1875 por el ingeniero suizo Jean-François Mayor de Montricher (1810-1858) a instancias de Alessandro Torlonia, príncipe de Civitella-Cesi (1800-1886), hijo de un banquero de éxito.

Mientras se llevaba a cabo este costoso proceso, se contaba que en Roma la gente decía: «O Torlonia seca el Fucino, o el Fucino seca a Torlonia». En 1907 se afirmaba que, solo en la provincia de Ferrara, se habían ganado más de ochenta mil hectáreas de tierra para la explotación agrícola, principalmente en el delta del Po, donde se habían cortado uno a uno los brazos del río, nivelado los bancos de arena y canalizado el agua para reducir las posibilidades de inundación. Pero lo cierto es que las inundaciones constituían un verdadero problema en toda Europa. Uno de esos numerosos desastres tuvo lugar en marzo de 1838, cuando el Danubio se desbordó a raíz de los deshielos e inundó Pest. Grandes bloques de hielo chocaron contra las casas, destruyéndolas por completo. Cuando visitó la ciudad después de que la crecida remitiera, el escritor croata Ion Codru-Drăguşanu (1818-1884) comentaría que «se ha venido abajo un gran número de casas que habían sido construidas con materiales tan malos como ladrillos sin cocer y tierra amasada, pues por aquí no hay mucha madera ya que los bosques están muy lejos». En 1879, el río Maros anegó sus márgenes y destruyó por completo la ciudad de Szeged, en el sur de Hungría. De las 5.723 casas de esa localidad, solo 265 se salvaron, y 165 personas murieron en la catástrofe. El emperador Francisco José visitó el lugar y prometió reconstruir la ciudad, que al final resurgió del desastre con anchos bulevares y modernos edificios públicos.

Muchos de los ríos que hoy día discurren tranquilamente a través de campos y prados perfectamente en orden no estaban canalizados y no eran navegables. Con el tiempo, sin embargo, se hicieron numerosos esfuerzos para poder controlarlos. En 1876, después de que el río Tíber quedara obstruido repetidas veces tras diversas operaciones de drenaje efectuadas en vano, se construyeron en ambas márgenes unos diques de piedra para dirigir su curso. El río Isère, en el sureste de Francia, fue canalizado entre dos diques de contención de unos cuarenta kilómetros de longitud, en un proyecto puesto en marcha a raíz de una

gran inundación ocurrida en 1816, y completado en 1854. Hubo una intervención más rápida en el caso del Danubio: entre 1853 y 1866 se reforzó el curso del río y se procedió a dinamitar la isla de Hausstein que, en medio de la corriente, obstaculizaba el discurrir de sus aguas, acabando así con los famosos rabiones que habían impedido la navegación comercial durante siglos. En la década de 1830 se efectuaron los trabajos necesarios para conseguir una mayor profundidad en los bajíos existentes en las Puertas de Hierro, entre Bulgaria y Rumanía, problema que a finales de siglo se superó definitivamente con la construcción de un nuevo canal. De todos los proyectos de ingeniería, el más espectacular fue el que se llevó a cabo en el Rin. Antes del siglo XIX, el río había invadido sus márgenes, extendiéndose por los llanos y creando ciénagas y pantanales poblados por colonias de mosquitos que hacían de la malaria la principal causa de muerte por enfermedad en la región. Entre Basilea y Maguncia, alcanzaba una anchura de cuatro mil metros, y la navegación de grandes embarcaciones resultaba difícil, por no decir imposible. En 1812, sin embargo, el ingeniero militar Johann Gottfried Tulla (1770-1828) concibió un plan para crear un nuevo cauce profundo a lo largo de todo el tramo del río entre Maguncia y Basilea, utilizando para ello diques para contenerlo y encauzar sus afluentes en la corriente principal, aislando recodos y meandros y levantando barreras para impedir que el agua inundara los pantanales adyacentes. El proyecto de Tulla acortó la longitud del río en casi ochenta y dos kilómetros, y limitó su anchura a doscientos metros. A partir de entonces, el Rin raras veces se desbordó, y los pantanales se secaron, lo que permitió ganar unas diez mil hectáreas de fértil tierra de cultivo, aunque este logro se consiguiera a costa de devastar la flora y la fauna de los pantanales. Cuando el proyecto fue completado en 1876, el propio Tulla llevaba muchos años muerto por culpa de la malaria, la enfermedad endémica de la ribera del río en esa región.

Si bien el peligro de que se produjeran inundaciones con consecuencias catastróficas fue disminuyendo poco a poco, no puede decirse lo mismo de otra gran amenaza que se cernía sobre las regiones periféricas de Europa y que periódicamente se materializaba: los terremotos. El 21 de marzo de 1829, un gran terremoto golpeó España. Sus efectos más devastadores se produjeron en Murcia, en el sureste de la Península, donde se informó de que numerosas localidades de la región habían sufrido graves daños: «La Mata es un montón de ruinas... Guardamar ya no existe; solo quedan dos molinos, el pueblo entero ha desaparecido». En 1880, un terremoto sacudió la ciudad de Zagreb, provocando importantes daños en la catedral y dejando muy maltrechos o completamente derruidos más de mil quinientos edificios. Al año siguiente, otro terremoto asoló la isla de Quíos, destruyendo veinticinco de sus sesenta y cuatro pueblos y causando 7.866 bajas, lo que vino a sumarse a la fama de lugar de desgracias que ya se había ganado la isla en 1822, cuando tuvo lugar un ataque de los turcos que acabó en una matanza de sus habitantes. En 1904, un movimiento sísmico devastó la zona situada al sur de Sofía, en Bulgaria, donde «los cuarteles —como informaría un corresponsal— han sido destruidos y su gran polvorín ha quedado hecho pedazos». El 28 de diciembre de 1908, otro terremoto arrasó completamente las ciudades de Mesina y Reggio de Calabria, en el sur de Italia, dejando entre 75.000 y 200.000 muertos. Además, provocó un tsunami de más de doce metros de altura que causó un verdadero desastre en diversas zonas de la costa. No había manera de prevenir un terremoto, y el sistema de construcción carecía de las técnicas necesarias para limitar el desarrollo de los daños provocados por un movimiento sísmico. Otro factor igualmente peligroso era que las erupciones volcánicas resultaban impredecibles, y varias de ellas provocaron una gran devastación, especialmente la violenta erupción del Askja, en las tierras altas del centro de Islandia, ocurrida en 1875 y en la que este volcán expulsó una enorme nube de ceniza que enve-

nenó a los animales y cuyos efectos se dejaron sentir perniciosamente en lugares tan alejados como Suecia. A lo largo del siglo XIX, el Vesubio hizo erupción en ocho ocasiones; la erupción de 1906 causó daños de tal calibre en Nápoles que los Juegos Olímpicos, que esta ciudad tenía previsto celebrar en 1908, tuvieron que ser trasladados a Londres.

Un pánico mucho más generalizado era el que provocaban los incendios que solían producirse en los pueblos y ciudades de Europa en una época en la que la mayoría de las edificaciones seguían siendo de madera. El peor incendio del siglo XIX fue el que asoló Hamburgo en 1842. Comenzó el 5 de mayo, a primera hora de la mañana, en un edificio prácticamente de madera situado en el puerto, y se extendió rápidamente a una serie de almacenes vecinos, consumiendo todo lo que en ellos se guardaba (goma laca, caucho y otros materiales igualmente combustibles). Poco después, más de mil hombres luchaban contra las llamas con treinta y cuatro coches de bomberos que extraían agua del puerto. Pero el clima seco y los fuertes vientos avivaron el fuego, y enseguida un amplio sector de la ciudad —desde el puerto hasta el Binnenalster, el lago que dividía los barrios del este y del oeste de Hamburgo— fue pasto de las llamas. Las autoridades locales empezaron a volar las casas hacia las que se dirigía el fuego en su avance, pero el muro de llamas saltaba simplemente por encima de ellas. El ayuntamiento fue demolido con 360 kilos de pólvora, después de haber puesto a salvo sus archivos. Las iglesias quedaron reducidas a un montón de cascotes, y el fuego solo comenzó a extinguirse cuando el viento dejó de soplar en dirección sur para hacerlo en dirección al puerto sin causar más estragos. Unas veinte mil personas perdieron su hogar; mil cien casas, ciento dos almacenes, noventa y nueve bares y hoteles, siete iglesias, dos sinagogas y numerosos edificios oficiales quedaron reducidos a cenizas. El zar Nicolás I de Rusia envió más de cincuenta mil marcos para ayudar a las víctimas, la donación más cuantiosa de un total de casi siete millones de marcos recibidos.

Los pueblos y ciudades vecinos montaron comedores populares y repartieron pan y provisiones entre los más desafortunados, a los que se les proporcionó un alojamiento temporal. Los saqueadores, por su parte, se dedicaron a arramblar con todo lo que encontraban entre las ruinas humeantes sin dejarse intimidar por la movilización de una milicia ciudadana, y pudieron ser vistos en el Gänsemarkt repartiéndose en público sus ganancias ilícitas.

El gran incendio de Hamburgo no fue ni mucho menos el único de tal magnitud que se produjo en Europa a lo largo del siglo XIX. En Londres, el antiguo palacio de Westminster, sede de las Cámaras del Parlamento, quedó reducido a cenizas en 1834, provocando que Guillermo IV (1765-1837), que visitó las aún humeantes ruinas, quedara «atónito ante la furia de las llamas que habían podido causar tanta destrucción en esos enormes edificios y, en muchos casos, en unos antiguos muros de piedra increíblemente gruesos». Las estufas que formaban parte del sistema de calefacción habían sido llenadas de un número excesivo de tarjas de madera seca (unos obsoletos palitos de época medieval en los que se hacían muescas para registrar el cobro de impuestos), y se había perdido el control de las llamas. El primer ministro, lord Melbourne (1779-1848), calificó el incendio de «uno de los casos más grandes de estupidez que haya habido nunca». Todo esto ocurrió un poco antes de que las ruinas fueran sustituidas por la espléndida estructura neogótica de las Cámaras del Parlamento que se conoce desde la década de 1860. El 10-11 de mayo de 1861, en plena noche, estalló un incendio en el hotel Adler de la localidad suiza de Glarus. En dirección suroeste soplaba un fuerte viento, «o *Föhn* como se denomina en la zona, y las llamas se propagaron rápidamente por todos los lados con una furia imparable, de modo que, por la mañana, dos terceras partes del lugar ya no eran más que cenizas; la iglesia, el ayuntamiento, la oficina de correos, las escuelas y otros sitios públicos estaban en ruinas»; 593 edificios habían sido arrasados por el in-

cendio, incluidas la oficina de telégrafos y la estación ferroviaria, «lo cual hacía que informar de la situación resultara harto difícil».

En mayo de 1862 estalló en San Petersburgo una serie de incendios. Toda una zona, el llamado Distrito de los Soldados, fue pasto de las llamas: el incendio de cuarenta edificios dejó tras de sí «montones de metal y esqueletos de edificaciones». Por otro lado, en un momento determinado, comenzaron simultáneamente diversos incendios en cinco zonas distintas de la ciudad. Se dijo que habían sido provocados por «estudiantes», «radicales» y «polacos», y fueron detenidos varios intelectuales de izquierdas, aunque nunca pudo demostrarse ninguna conexión de ellos con los sucesos. En *Los demonios* (también traducida como *Los endemoniados*), escrita unos pocos años después, en 1871-1872, Fiódor Dostoyevski describiría todo un suburbio en llamas, espectáculo que los invitados a un baile contemplan desde una ventana e inmediatamente atribuyen a obreros descontentos, «esos pobres diablos que solo se excitan con las llamas». Junto con los grandes siniestros de este tipo, los pueblos y las ciudades también sufrieron una serie, prácticamente continua, de incendios de mucha menor entidad. Cuando residía en Estambul con su padre, un diplomático, la joven Hermynia Folliot de Crenneville se haría eco de «un número extraordinario de incendios en esta parte del mundo. Las rojizas llamas se elevaban continuamente hacia el oscuro cielo, el aire se impregnaba del olor a quemado, y el silencio se veía interrumpido una y otra vez por el traqueteo de los coches de bomberos que se dirigían a toda velocidad al lugar en el que se había declarado el fuego». La brigada antiincendios estaba a las órdenes de un anciano conde húngaro, que le gustaba conducir personalmente los coches de bomberos, aunque estos vehículos tirados por caballos raras veces llegaban a tiempo para efectuar una buena labor. Proporcionalmente, el incendio más devastador de todos fue el que se declaró en la localidad noruega de Ålesund, que quedó completamente destruida

por las llamas la noche del 23 de enero de 1904: diez mil personas perdieron su hogar, aunque solo hubo una víctima mortal.

Los incendios eran mucho más habituales en el campo, especialmente en los lugares en los que las casas, los graneros y los establos tenían el techo de paja. Solo en 1857, dos pueblos enteros fueron destruidos en Francia por el fuego: ciento catorce viviendas quedaron reducidas a cenizas en la localidad de Fresne-sur-Apance, en el departamento del Alto Marne, y cien personas perdieron su hogar cuando todas las casas del pueblo de Fretterans (en Bresse) —un total de diecisiete— fueron pasto de las llamas. Ni que decir tiene que, a veces, los incendios eran provocados deliberadamente: un estudio de 114 casos de incendios rurales provocados en Baviera entre 1879 y 1900 ha puesto de manifiesto cómo estos siniestros sorprendentemente frecuentes fueron fruto de la venganza y el resentimiento hacia viles granjeros o brutales patrones, hermanos mayores que heredaban todos los bienes de la familia, padres maltratadores, o se vieron motivados por desaires reales o imaginados. Un hombre, acusado de prender fuego al molino de la familia después de que su hermano lo heredara, hizo la siguiente confesión: «Yo le prendí fuego… pues estaba rabioso con mi hermano porque trataba muy mal a mi madre y a mí». El dramaturgo Antón Chéjov (1860-1904) comenzaría su narración sobre la vida rural, *Los campesinos*, publicada en 1897, con el incendio de una aldea, describiendo cómo los campesinos varones contemplaban la escena confusos y aturdidos, con «una expresión de impotencia y lágrimas en los ojos», mientras las mujeres del lugar corrían de un lado a otro llorando histéricamente, o gimiendo «como si estuvieran en un entierro». Una «verdadera plaga de incendios provocados está haciendo estragos en muchas, muchas aldeas», informaba en 1902 un oficial de la provincia rusa de Ekaterinoslav [actual Dnipropetrovsk]. Durante los meses revolucionarios de 1905-1906, el descontento se materializaría en una oleada de ataques mediante incendios provocados a una escala aún mayor.

En el siglo XIX, la frecuencia de los incendios, especialmente en pueblos y ciudades, y la pérdida de vidas y propiedades que provocaban, impulsaron numerosos esfuerzos para prevenir ese tipo de desastres y para combatirlos con rapidez y efectividad cuando las medidas preventivas fracasaran. En 1867, la brigada antiincendios de París fue transformada en regimiento militar a las órdenes de un coronel; en 1914, esta unidad contaba con cuarenta y ocho oficiales y un total de mil ochocientos efectivos. Cada *arrondissement* de la ciudad tenía su propio parque de bomberos. La llegada de los coches de bomberos motorizados redujo el tiempo de reacción, pero incluso en 1914 muchos de los coches de bomberos parisinos seguían siendo de tracción animal. En Francia, hasta 1875, los servicios de extinción de incendios no se estandarizaron siguiendo más o menos unas mismas pautas en todo el país. Los ayuntamientos demostraron una gran lentitud a la hora de introducir normativas relacionadas con la construcción de edificios para reducir el riesgo de incendios. En otros países, las brigadas formadas por bomberos profesionales con plena dedicación tardaron más aún en aparecer; Hamburgo, por ejemplo, solo creó una en 1869, a pesar de haber vivido veintisiete años antes el gran incendio del que ya hemos hablado. Los encargados de combatir la mayoría de los incendios eran bomberos voluntarios. En 1914, la ciudad presumía de tener una brigada antiincendios de quinientos hombres, equipada con las bombas de vapor mecanizadas más modernas, escaleras extensibles y motores químicos. Sería responsabilidad de los ayuntamientos la puesta en marcha de medidas para la prevención de incendios. Medidas que incluyeron la instalación de alarmas antiincendios, aunque estas seguirían siendo relativamente poco frecuentes —en 1914 había 700 en Berlín y solo 149 en Budapest—, así como la construcción de bocas de incendio en las calles (en 1914 había 3.269 en Viena y 3.350 en Roma). Los teléfonos comenzaron a permitir la comunicación entre los distintos parques de bomberos (siete de ellos disponían de este aparato en Roma). Gradual-

mente, fueron introduciéndose en muchas ciudades normativas relacionadas con la construcción y el mantenimiento de los edificios para reducir el riesgo de incendio. Los propietarios de las tiendas de la capital italiana tuvieron que aislar sus locales de las viviendas existentes en los pisos superiores mediante la instalación de suelos resistentes al fuego. Así pues, poco a poco fue reduciéndose el riesgo de incendio.

El humo de los hogares de las viviendas era un problema más difícil de atajar. Con la expansión de los pueblos y las ciudades, aumentó la población que encendía el hogar con carbón barato que contaminaba el aire, llenándolo de humos sulfurosos. Los vapores nocivos y descontrolados que salían de las chimeneas de las fábricas no hacían más que empeorar las cosas. Se contaba que los viajeros que se dirigían a Hamburgo sabían que estaban a punto de llegar a su destino cuando «divisaban a lo lejos la capa de aire negruzco que cubre siempre la ciudad». A medida que el agua se condensaba alrededor de las partículas de hollín y de ceniza que flotaban en el aire, la polución aumentaba la probabilidad de que hubiera una niebla persistente. Entre 1877 y 1895 había una media anual de cincuenta y nueve días de niebla en Múnich, pero en la década siguiente se pasó a los ochenta. Las nubes de hollín y ceniza que cubrían la zona industrial de los Midlands Occidentales en Gran Bretaña hicieron que a partir de la década de 1840 este condado empezara a ser conocido con el sobrenombre de Black Country [País Negro], un lugar en el que, como escribió Samuel Sidney (1813-1883), autor de guías ferroviarias, «reina un perpetuo crepúsculo durante el día». «Sobre algunos distritos —observaría en 1913 un pionero que se dirigía con su aeroplano al Ruhr— se extiende una capa tan densa de humo y neblina que resultaba imposible orientarse, y tuvimos que efectuar aterrizajes de emergencia». Los árboles perdieron sus hojas, y la hierba se volvió negra. La ciudad de Edimburgo estaba tan llena de humo que comenzaron a llamarla Auld Reekie [Vieja Chimenea, en escocés].

El fenómeno más espectacular era la densa niebla amarilla que invadía Londres durante los meses de invierno, cuando la bruma natural se mezclaba con las partículas sulfurosas suspendidas en el aire y adquiría una consistencia inverosímil. En 1873, la niebla alcanzó tal densidad que en la Exposición de Ganado de Smithfield los animales se asfixiaron. La niebla aumentó su frecuencia e intensidad en la década de 1880, cuando permitió que los estibadores en huelga, amparados por ella, invadieran el próspero distrito del comercio minorista del West End. Los escritores hicieron un uso metafórico de esas «características de Londres»: desde los elaborados primeros párrafos de *Casa desolada* (1853) de Charles Dickens, donde representan la ofuscación provocada por un tribunal, la Court of Chancery, hasta *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886) de Robert Louis Stevenson (1850-1894), donde la niebla es utilizada para intensificar el misterio que rodea las acciones criminales de un asesino con dos personalidades. Mientras los artistas ingleses huían a Italia para experimentar la pureza del aire, los artistas extranjeros iban a Londres para plasmar los efectos atmosféricos de la niebla, como hizo, por ejemplo, el célebre impresionista francés Claude Monet (1840-1926), que desde la ventana de su habitación en el hotel Savoy pintó más de cien cuadros con la niebla y el Támesis como protagonistas. Pero por muy hermosa que le pareciera a Monet, lo cierto es que la densa niebla amarilla, en la que, como decía Dickens en *La tienda de antigüedades* (1841), «todo objeto quedaba oculto a uno o dos metros de distancia», seguiría provocando la muerte por bronquitis y otras enfermedades respiratorias hasta 1914, e incluso posteriormente. Todos los intentos de controlar emanaciones tóxicas fracasaron al chocar contra dos obstáculos aparentemente insalvables: la negativa de los empresarios e industriales a utilizar costosos aparatos para la eliminación de humos y la reticencia de los políticos a violar la santidad del fuego del hogar en la morada del ciudadano.

La pérdida de espacio

En el siglo XIX, la conquista de la naturaleza se extendió no solo a los territorios salvajes y sus moradores, a los elementos y sus efectos en la vida cotidiana, sino también a los factores fundamentales que encuadraban la vida y la experiencia. Entre las principales restricciones que limitaban los actos y la comunicación del hombre destacaban la distancia, el espacio y la lentitud y dificultad de los desplazamientos. Durante buena parte del siglo, muchas aldeas y comunidades rurales, especialmente en las zonas montañosas, tuvieron un difícil acceso, particularmente en los meses invernales. En Francia, en la década de 1820, los viajeros veían que los campesinos sabían producir casi todo lo que necesitaban: tejían la tela de sus ropas con lana, cáñamo y lino de la zona; hacían pan con la harina del maíz que ellos mismos habían cultivado; mataban un cerdo, una cabra, un cordero o un buey y ahumaban o curaban la carne para consumirla en los meses de invierno; y compraban a los vendedores ambulantes los pocos utensilios de metal que precisaban. A la hora de casarse, buscaban pareja entre la gente de la zona. Durante la primera mitad del siglo, por ejemplo, el 77 % de los que contrajeron matrimonio en la localidad bávara de Hetzenhausen habían nacido a menos de dos kilómetros del pueblo. En muchos pueblos de Francia y de otras partes de Europa el porcentaje era similar. La naturaleza local y limitada del espacio que experimentaron la mayoría de los europeos durante buena parte del siglo se expresaba principalmente en la asombrosa diversidad de maneras que la gente utilizaba para medirlo. El codo, por ejemplo, originalmente la distancia que mediaba desde el codo hasta la extremidad de la mano de un varón adulto normal —de por sí, una medida cambiante, pues el hombre medio se iba haciendo más grande—, variaba en la práctica de un país a otro. El codo francés era más del doble del sueco, y también había un codo flamenco, un codo escocés y un codo polaco. El codo alemán medía entre 15 y 32 pulgadas (38 y 81 centímetros), dependiendo del lugar en el que uno se encontrara, pero su longitud podía variar

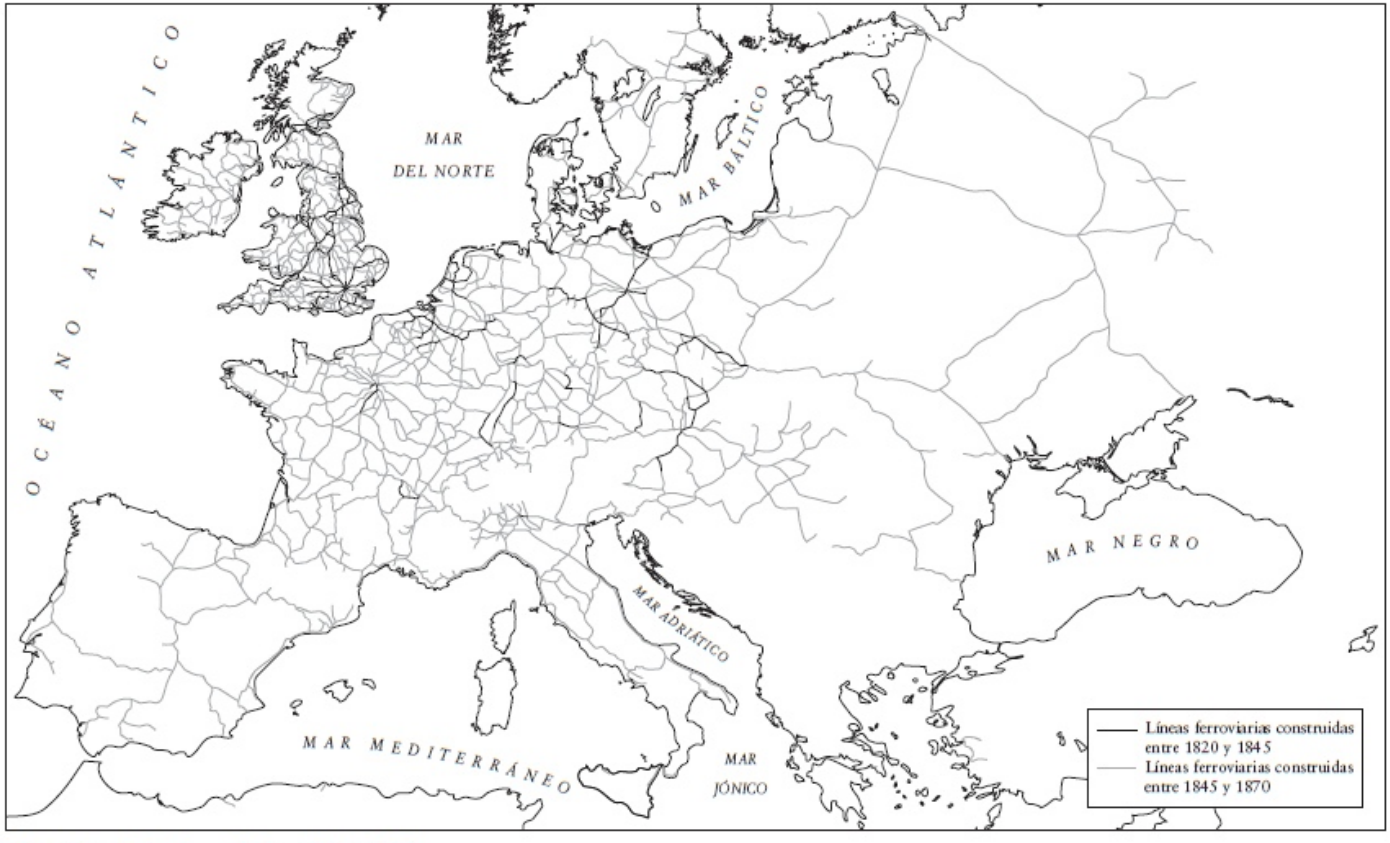
incluso dentro de un mismo estado: en Sajonia, un *rod* [Ruthe] antiguo[3] equivalía a 7,5 codos, y un *rod* nuevo (ligeramente más largo) a 16 pies (4,88 metros). En Baden y en Baviera, la *Ruthe* equivalía simplemente a 10 pies (poco más de 3 metros), pero difería en longitud de un estado a otro, pues la de Baden era un poco más largo que la de Baviera. La *Ruthe* danesa era más corta, pero igual que la prusiana; sin embargo, en Dinamarca equivalía a 10 pies, y en Prusia a 12 (3,65 metros). Las distancias más largas solían medirse en millas, pero también la milla variaba muchísimo en longitud, desde los mil metros modernos de Wiesbaden, lo que pone de manifiesto la influencia del sistema métrico francés en esta zona de Alemania occidental, hasta los 4.630 metros del Palatinado y los 11.000 metros de Westfalia. Las superficies solían medirse tradicionalmente considerando la extensión de tierra que un hombre podía labrar en un día, extensión que variaba dependiendo de la naturaleza de esa tierra, los métodos utilizados para trabajarla y los aparejos empleados. En Lorena, un *journal*, esto es, un jornal, equivalía a 8,27 hectáreas; en el Alto Marne a 10,46 hectáreas; en el Sarthe a 17,81 hectáreas; en las Landas a 17 hectáreas de tierra poco fértil, pero solo a 14,16 hectáreas si era muy fértil.

Decretaran lo que decretasen las autoridades en el interés de la uniformidad, lo cierto es que los campesinos normalmente hacían oídos sordos. En 1861, un maestro de escuela francés indicaba que el 90 % de los campesinos no utilizaba el sistema oficial de pesos y medidas a pesar de que estaba en vigor desde hacía decenios. ¿Por qué iban a molestarse en conocerlo y utilizarlo si no se dedicaban al comercio de manera regular? En el lejano y empobrecido departamento de Tarn, en el suroeste de Francia, el economista Henri Baudrillart (1821-1892) pudo comprobar que nadie sabía qué era una hectárea; la gente usaba medidas locales que variaban de un pueblo a otro. No obstante, lo cierto es que, cada vez más, los europeos medían las distancias en metros y sus diversos múltiplos y subdivisiones: este fenómeno fue una

consecuencia de la Revolución Francesa, cuando una expedición científica enviada por París midió la circunferencia de la Tierra, tomando como referencia un arco del meridiano terrestre que une los dos polos. (Por supuesto, la expedición no viajó hasta los polos, sino que se limitó a medir la distancia existente entre Dunkerque y Barcelona y aumentó su escala proporcionalmente). El arco pasaba, como cabía esperar, por París. Un metro sería la diezmillonésima parte de la circunferencia, y aunque más tarde los científicos descubrieron que la medición no había sido totalmente precisa, no se introdujo cambio alguno. La razón principal de todo ello fue la siguiente: las necesidades cada vez más acuciantes del comercio y la industria obligaban a los gobiernos a considerar seriamente la estandarización de las medidas. Así pues, en 1875, diecisiete países firmaron la llamada Convención del Metro. Sin embargo, dicha convención fue ignorada por Gran Bretaña, que, junto con Estados Unidos y buena parte del resto del mundo, siguió utilizando el sistema imperial definido por la Ley de Pesos y Medidas de Gran Bretaña de 1824, en el que conservaban su vigencia las millas, los *furlongs* (0,125 millas o 201,168 metros), las yardas, los pies y las pulgadas como medidas de longitud, y los *roods* (0,25 acres o 1.011,714 metros cuadrados), los *perches* (1/160 acres o 25,29 metros cuadrados) y los acres (4,047 metros cuadrados) como medidas de superficie. Los rusos siguieron con su propio sistema de medidas estandarizado e introducido a comienzos del siglo XVIII, basado en el sistema imperial, pero no idéntico a él. El *fut* tenía la misma longitud que el pie inglés, y un *diuyum* equivalía exactamente a una pulgada inglesa, pero la versta, o «giro del arado», equivalía a 3.500 pies, esto es, era mucho más corta que su equivalente inglés, la milla de 5.280 pies.

La adopción del sistema métrico por la mayor parte del continente fue una de las muchas consecuencias de un hecho fundamental: la segunda mitad del siglo XIX fue la era de la construcción del ferrocarril, cuando las compañías ferroviarias necesita-

ban una medida de longitud estándar. En 1880 había más de 160.000 kilómetros de línea férrea en Europa. Muchos países, en los que hasta entonces apenas había llegado el ferrocarril, se pusieron manos a la obra. En España, la Ley del Ferrocarril de 1855 proporcionó subsidios a las compañías constructoras y les permitió utilizar tierras públicas. Tuvieron permitida la importación de combustible y de materiales de construcción sin pago de aranceles durante diez años. Ello animó la participación de inversores extranjeros, y los franceses en particular aprovecharon estas medidas. En 1858 ya se habían construido en España casi 5.000 kilómetros de vía férrea, pero lo cierto es que las compañías extranjeras que controlaban el sistema no prestaban atención alguna a las necesidades económicas del país, de modo que solo había líneas radiales que partían de Madrid o Barcelona y no seguían las rutas comerciales tradicionales. Así pues, durante mucho tiempo no hubo un medio económico y fiable para transportar el carbón de las minas de Asturias a los altos hornos de Vizcaya, que se veían obligados a depender de las importaciones de carbón de Gales. El *boom* del ferrocarril llegó a Rusia en la década de 1860, impulsado por las empresas privadas que operaban con el auspicio del gobierno. De los tan solo 1.200 kilómetros de vía férrea de mediados de la década de 1850, la red ferroviaria se expandió hasta alcanzar los casi 23.000 kilómetros de 1881. En total, la red ferroviaria de Rusia pasó de tener 45 kilómetros en 1840 a disponer de más de 85.000 kilómetros en 1900, la de Italia, durante ese mismo período, pasó de los 32 kilómetros a los casi 26.000, y la de Austria-Hungría de los 232 a los 60.000. En 1860 había solamente 848 kilómetros de vía férrea en Suecia, y en 1900 casi 18.000.



MAPA 11. Redes ferroviarias, 1820-1870.

El proyecto ferroviario de mayor envergadura fue, sin duda, la línea del ferrocarril transiberiano, que iba desde Vladivostok, en la costa del Pacífico, hasta Cheliábinsk, en los Urales, donde conectaba con la red ferroviaria de la Rusia europea. Su construcción, comenzada simultáneamente en sus dos extremos y en el centro de la línea en 1891, estuvo prácticamente completada en 1904. El transiberiano venía a satisfacer principalmente las necesidades militares y estratégicas del gobierno ruso; permitía el transporte rápido de tropas entre puntos muy alejados, recorría una parte de Manchuria cedida por el imperio chino, lo cual ofrecía una puerta de acceso a los rusos, y tras la guerra ruso-japonesa de 1905-1906 se inició la construcción de una nueva línea al norte del río Amur, toda ella dentro de territorio ruso, en previsión de un nuevo conflicto con Japón. De ese modo, a partir de entonces los pasajeros podrían viajar en tren desde el Atlántico hasta el océano Pacífico, y con ese fin se preparó un lujoso convoy internacional, con un espléndido piano en el salón y revestimiento de mármol en los baños, aunque su velocidad media no sobrepasaba los 32 kilómetros por hora y únicamente podía circular por las líneas rusas de vía ancha. Aunque la mayoría de los países europeos había adoptado la vía estándar de George Stephenson, lo cierto es que seguía habiendo problemas causados por las distintas tecnologías de señalización, las prácticas de trabajo, las regulaciones en materia de seguridad y las disposiciones en materia de seguros. Una serie de conferencias internacionales celebradas en Berna entre 1878 y 1886 alumbró diversas normativas para arrojar luz sobre estas cuestiones, entre otras, haciendo más cómodos y fáciles los viajes internacionales.

Los vagones de tren se hicieron más confortables en muchos aspectos a partir de 1850, con la incorporación de paneles de vidrio en las ventanas y asientos tapizados en primera clase, con la provisión de botellas de agua caliente en invierno y, con el tiempo, con la instalación de lavabos en los convoyes; sin embargo, estos sanitarios descargaban su contenido, de manera muy poco

higiénica, directamente en las vías, práctica que se mantuvo en muchas regiones de Europa hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Los coches restaurante y los coches cama, ideados por el industrial estadounidense George Pullman (1831-1897), fueron introducidos en la década de 1870 después de que se efectuaran ciertas modificaciones en el diseño de los vagones para permitir a los viajeros pasar de un coche a otro. Georges Nagelmackers (1845-1905), hijo de un banquero belga, fundó la Compagnie Internationale des Wagons-Lits y creó una serie de servicios internacionales que culminó en el famoso Orient Express, lanzado el 5 de junio de 1883. Con su tarifa de trescientos francos para el billete de ida —el salario de dos semanas de un trabajador—, su personal de servicio uniformado y su requisito de que los pasajeros vistieran de etiqueta para asistir a la cena de siete platos que se servía en el coche restaurante, un tren como el Orient Express estaba concebido explícitamente para gente adinerada. Se desplazaba a una velocidad de 72 kilómetros por hora en Francia y Alemania, de 48 kilómetros por hora en Hungría y de 32 kilómetros por hora en Rumanía, y tardaba ochenta horas en recorrer los más de 3.000 kilómetros que separaban París de Estambul, siguiendo a veces una ruta bastante tortuosa; en 1894 se añadió a la línea un nuevo tramo en Rumanía que permitió acortar diez horas el viaje; y en 1906 la inauguración del túnel del Simplon posibilitó que el tren siguiera otra ruta, pasando por Venecia, Zagreb y Belgrado, y se acortara aún más la duración del viaje, que quedó reducida a tan solo cincuenta y tres horas.

El ferrocarril y el barco de vapor vinieron a reducir también el espacio global, pues cada vez era más factible recorrer distancias enormes en un período de tiempo extraordinariamente corto, como en 1873 reflejaría Julio Verne en su novela *La vuelta al mundo en ochenta días*. El ferrocarril, los barcos de vapor y el telégrafo se habían convertido en instrumentos primordiales para la creación y la conservación de imperios europeos de ultramar; constituyeron una parte fundamental de los pilares tecnológicos

de la dominación británica y europea en el mundo del siglo XIX. Sin unas comunicaciones rápidas y eficientes, las metrópolis no habrían podido ejercer el control sobre sus vastos y alejados imperios globales. La combinación de la expansión ferroviaria y de la difusión de la alfabetización convirtió también el siglo XIX en la edad de oro del intercambio de correspondencia. El número de cartas enviadas anualmente en Francia pasó de los 64 millones de 1830 a los 94 millones de 1840. En 1839, el inventor y reformista social Rowland Hill (1795-1879) introdujo un sistema de franqueo de misivas estandarizado en el Reino Unido, y al cabo de dos años la invención del sello adhesivo no hizo más que aumentar el volumen de cartas enviadas. La correspondencia transportada anualmente por el servicio de correos británico [British Royal Mail] pasó de 564 millones de cartas en 1860 a 1.200 millones en 1880, y siguió aumentando hasta alcanzar los 2.300 millones de cartas en 1900. La circulación de postales, en un principio tarjetas timbradas sin imagen alguna, aumentó de manera especialmente rápida tras la aparición de las tarjetas ilustradas «privadas» en la década de 1890: en 1870 se enviaron 75 millones de ellas, llegándose en 1914 a los 927 millones. Para hacer frente a semejante aumento de la correspondencia, todas las ciudades importantes de Gran Bretaña se vieron obligadas a efectuar cuatro repartos diarios. En Alemania, cada Estado tuvo su propio servicio postal hasta 1871, año de la creación del Servicio de Correos del Reich, bajo la dirección de Heinrich von Stephan (1831-1897). Von Stephan fue también el padre de la Unión Postal Universal (UPU), que supuso una mejora increíble de la eficiencia de las comunicaciones postales globales, y de hecho europeas, tras la abolición de la norma de que las cartas y los paquetes internacionales debían llevar los sellos de todos los países por los que pasaban. Los estados miembros de la UPU acordaron que, a partir de entonces, se dispensaría el mismo trato al correo internacional que al nacional y que cada país tendría derecho a quedarse con todos los ingresos obtenidos con los en-

víos internacionales; además, establecieron una especie de tarifa plana para todo el correo internacional.

No solo las cartas y las postales, sino también determinados artículos económicos fabricados en masa comenzaron a ser enviados por tren a regiones de Europa que, gracias a la expansión del ferrocarril, ya no resultaban tan remotas como antes. Los ramales ferroviarios llevaron agentes de policía, maestros y otros funcionarios del Estado, periódicos, libros y revistas, distintos tipos de productos alimenticios, fertilizantes químicos y nuevos modelos de herramientas agrícolas a los pueblos y aldeas que se encontraban lejos de los grandes centros urbanos. Entre otras cosas, todo ello conllevó un aumento enorme de la eficiencia y la productividad de la agricultura, permitiendo que su producción aumentara al mismo ritmo que la población de las ciudades. La industria y la artesanía propias de las zonas rurales desaparecieron a raíz del impacto que supusieron la producción textil industrializada, las fibras sintéticas, la ingeniería mecanizada y la siderurgia. La nueva red de comunicaciones permitió a los agricultores con más posibles exportar rápidamente y a buen precio su producción a las ciudades; también se llevó de las aldeas a los hombres jóvenes que buscaban un futuro mejor en las nuevas fábricas de los centros industriales que había lejos de su hogar, lo que vino a alterar aún más las estructuras tradicionales de la vida rural. Los ramales ferroviarios suponían para millones de personas un nuevo medio económico con el que efectuar sus desplazamientos, pero el desarrollo de este proceso de democratización se vio interrumpido por la aparición de los vehículos motorizados autopropulsados. Fue una invención alemana, creación original de Karl Benz (1844-1929), quien, tras una larga serie de experimentos técnicos, patentó el sistema de encendido con batería, la bujía, el carburador, la palanca de cambio, el radiador de agua y el embrague. En 1886, Benz presentó al mundo el primer automóvil o coche sin caballos. Después de que su esposa, sin decírselo a su marido, cogiera este vehículo y recorrie-

ra con él unos 106 kilómetros para visitar a unos parientes, «inventando» durante su viaje el forro del freno tras solicitar a un zapatero que recubriera de cuero los frenos gastados del vehículo, Benz añadió otro engranaje a su creación y construyó una fábrica más grande; al poco tiempo, otras compañías extranjeras siguieron su ejemplo. Algunos de esos nuevos «coches sin caballos» estarían impulsados por un tipo de motor distinto inventado por el ingeniero Rudolf Diesel (1858-1913), cuyo nacimiento e infancia en París y cuya educación en Alemania reflejaban claramente el carácter internacional de esas nuevas industrias. El mismísimo Benz mantuvo una estrecha relación con dos empresas de ingeniería francesas, Panhard y Peugeot, que empezaron a fabricar automóviles por propio derecho, importando de Estados Unidos la mayoría de sus máquinas herramienta. El excelente estado de la red de carreteras francesa posibilitó desde un principio los desplazamientos en los nuevos vehículos, y los médicos rurales y los pequeños terratenientes enseguida empezaron a adquirir modelos económicos de coches motorizados. Las pequeñas compañías, características de la industria francesa, se revelaban idóneas para sacar el mejor provecho de esa nueva demanda; y al poco tiempo Darracq (1896, la primera firma que estandarizó la producción), Renault (1898), Peugeot (1899) y De Dion-Bouton (que fabricó el primer motor V8, en 1907) se aseguraban de que la producción automovilística francesa, que alcanzó los 45.000 vehículos en 1914, fuera la más importante de Europa, a la vez que los neumáticos desarrollados por Michelin (1889) permitían a conductores y pasajeros desplazarse con una comodidad relativa.

Sin embargo, la industria del motor más dinámica probablemente fuera la de Italia, donde, gracias a la financiación del gobierno y a unas fuentes de energía eléctrica poco costosas, en 1907 llegaría a haber al menos setenta y una empresas dedicadas a este negocio. Estas firmas tenían sede principalmente en Turín, y se centraban en la fabricación de vehículos con grandes pres-

taciones destinados a extranjeros acaudalados que buscaban nuevas experiencias en la conducción de coches rápidos producidos por firmas como Bugatti, fundada en 1908 por Ettore Bugatti (1881-1947), o Alfa Romeo (1910), fundada originalmente en 1906 como filial extranjera del fabricante francés Darracq. La Fabbrica Italiana Automobili Torino (FIAT), establecida en 1899 por un grupo de antiguos oficiales de caballería y unos cuantos aristócratas liberales, empezó a competir con sus coches en las carreras, pero su director general, Giovanni Agnelli (1866-1945), se dio cuenta relativamente pronto de que podía ganarse mucho más dinero con la producción en serie. Viajó a Estados Unidos para aprender de Henry Ford (1863-1947), quien ya estaba obteniendo cuantiosas ganancias fabricando automóviles a millares. Cuando Agnelli fue preguntado durante su visita si los métodos de producción racionalizados utilizados para la fabricación del económico y célebre Modelo T de Ford, aparecido en 1908, podían introducirse en Europa, su interlocutor observaría que «Monsieur Agnelli esquivó la pregunta. Sus ojos se iluminaron brevemente, pero su rostro, que yo escudriñaba, permaneció impasible. Y rápidamente cambió de tema».

La respuesta no se haría esperar. En 1912, FIAT, ya convertida en sociedad anónima en la que Agnelli era el propietario de la mayor parte de las acciones, estaba fabricando un nuevo automóvil económico, el Fiat Zero, cuya producción hizo que la compañía pasara de fabricar 150 vehículos en 1903 a 4.500 vehículos en 1914. Gran Bretaña no podía seguir ese ritmo. En 1890, Frederick Simms (1863-1944), un ingeniero y hombre de negocios que acuñó términos como *petrol* y *motor car* [gasolina y automóvil, respectivamente] y fundó el Royal Automobile Club, adquirió para el Reino Unido y el imperio británico los derechos de un potente motor de gasolina concebido por el inventor alemán Gottlieb Daimler (1834-1900), aunque en un principio lo utilizó para la fabricación de lanchas motoras. En 1896, Simms abrió una fábrica para producir coches Daimler. También ideó y construyó

el primer vehículo blindado en 1899. Otros inmediatamente siguieron sus pasos, entre los que destaca especialmente Herbert Austin (1866-1941), considerado el fabricante del primer vehículo totalmente británico. Una nueva compañía fundada en 1906 por Charles Rolls (1877-1910) y Henry Royce (1863-1933) empezó a concentrarse en la fabricación de coches de lujo de gran potencia. Pero lo cierto es que la industria automovilística se caracterizaba por su inestabilidad. De las doscientas empresas dedicadas a la fabricación de coches motorizados que empezaron su actividad en Gran Bretaña por aquel entonces, solo la mitad seguían activas en 1914, época en la que el principal productor de automóviles en el Reino Unido era una firma americana, la Ford.

Antes de la primera guerra mundial, los automóviles eran un artilugio relativamente poco corriente, pero ya se divisiva con claridad el gran futuro que tenían por delante. En Francia, había tres mil de ellos en 1900; poco antes del estallido de la Gran Guerra, su número se había disparado, superando las cien mil unidades; por aquel entonces ya circulaban por las carreteras de Gran Bretaña más de doscientos mil vehículos. En 1865, una ley parlamentaria sobre motores de tracción con vapor había limitado la velocidad de «locomotoras» en carreteras a 4 millas por hora [menos de 6,5 km/h), estableciendo que esas máquinas debían ir precedidas por un hombre a pie que sostuviera una bandera roja. Tras numerosas presiones, los motoristas consiguieron que esa ley fuera abolida en 1896 y que se permitiera que los vehículos de motor circularan a una velocidad de hasta 14 millas por hora (casi 23 km/h). En 1904 se fijó un nuevo límite de velocidad nacional: un máximo de 20 millas por hora [poco más de 32 km/h) en todas las vías públicas. En Francia, en cambio, no había límite de velocidad fuera de los centros urbanos, y el campo, como observaría un motorista británico, resultaba ideal «para los amantes de la velocidad», un lugar «en el que puede pisar a fondo el pedal del acelerador y estar viajando todo el día». Hasta 1914, la posesión de un automóvil estaba reservada casi

exclusivamente a la gente acaudalada, como el Señor Sapo, el nuevo rico amante de los automóviles que aparece en un clásico de la literatura infantil en lengua inglesa, *El viento en los sauces* (1908), de Kenneth Grahame (1859-1932). El automóvil volvía a permitir a las personas adineradas alejarse de la naturaleza pública de los desplazamientos en tren y refugiarse en la privacidad de una forma individual de transporte, haciendo alarde de su prosperidad y modernidad ante un mundo lleno de asombro. La realeza también se aficionó al automóvil con gran entusiasmo: en 1910, el zar Nicolás II disponía de una flota de veintidós vehículos, custodiados en el Garaje Imperial Privado, y contaba con diversos chóferes que conducían un Delaunay-Belleville cuando el emperador efectuaba desplazamientos cortos, o un Mercedes de 90 caballos para los más largos. El káiser Guillermo II se hizo fabricar una bocina especial para su automóvil, que hacía sonar el tema principal del dios del trueno Donner de una ópera de Richard Wagner compuesta en 1854, *El oro del Rin*.

Una forma más democrática de locomoción era la humilde bicicleta, cuyo precursora, la draisiana o máquina andante, una estructura de madera con dos ruedas dispuestas en línea que el conductor impulsaba caminando, fue inventada en 1817 por el alemán Karl Drais (1785-1851), un inspector forestal retirado. No fue hasta la década de 1860 cuando una serie de inventores, cuyas diversas reivindicaciones siguen siendo objeto de controversia en la actualidad, empezó a experimentar con la propulsión con pedales que dio lugar a la aparición del velocípedo, llamado también en inglés «el agitador de huesos» [*boneshaker*] por la rigidez de sus ruedas de madera y metal. Se suponía que cuanto más grande fuera su rueda delantera, más velocidad podía alcanzar el vehículo, de modo que en la década de 1870 la bicicleta corriente, el llamado biciclo, tenía una enorme rueda frontal y una rueda posterior diminuta. El inventor británico James Starley (1831-1881) solucionó estos problemas al concebir el mecanismo diferencial y la cadena de transmisión; su sobrino, John Kemp

Starley (1855-1901), utilizó estas novedades tecnológicas en 1885 para fabricar la nueva bicicleta de seguridad Rover, con una estabilidad muy superior a la de sus predecesoras. Dos años más tarde, el escocés John Boyd Dunlop (1840-1921) empezó a comercializar sus neumáticos, abriendo el camino a una verdadera pasión por el pedaleo que se volvería en locura en la década siguiente. Con la bajada del precio de las bicicletas, las ventas comenzaron a subir. En 1911, aproximadamente un 11 % de los contribuyentes holandeses tenían bicicleta, y la mayoría de ellos pertenecía a la categoría impositiva más baja, lo que venía a poner de manifiesto la afición a la bicicleta de las clases trabajadoras. No es difícil de entender que la bicicleta se hiciera mucho más popular en países como Holanda, donde la tierra es llana. Comenzaron a aparecer asociaciones ciclísticas, como, por ejemplo, el Willesden Cycling Club, establecido en 1884 con unos objetivos principalmente sociales en un suburbio de Londres y que incluía en su programa un *Smoking Concert*[4] y la representación de una comedia musical todos los años. Las carreras de bicicletas comenzaron con una competición celebrada el 31 de mayo de 1868 en París, cuyo vencedor fue James Moore (1849-1935), que tuvo un recorrido de 1.200 metros. Al poco tiempo, ya había dos asociaciones ciclísticas internacionales: una fundada por los británicos en 1892, y otra por los franceses en 1900. Hasta medio millón de personas se congregaron en diversas localidades francesas para ver pasar a los ciclistas del primer Tour de Francia; y no solo en localidades francesas, pues los organizadores hicieron alarde de su patriotismo incluyendo una etapa en Alsacia-Lorena, regiones anexionadas por los alemanes en 1871.

La bicicleta también fue muy importante como vehículo de la emancipación de la mujer. La feminista austríaca Rosa Mayreder (1858-1938) declararía que la bicicleta había hecho más por la emancipación de la mujer que todos los esfuerzos de sus congéneres activistas juntos. Permitía a la mujer desplazarse sola, requería que abandonara sus farragosos y poco prácticos vestidos

para abrazar la «racionalidad» propia de una indumentaria como la falda pantalón y le confería un saludable aspecto de persona deportiva y activa que venía a reforzar sus reivindicaciones de igualdad social. La bicicleta se hizo popular entre las mujeres de clase media: «Resultaba difícil resistirse a ella —decía un relato aparecido en una revista berlinesa en 1901—, era demasiado hermosa, demasiado nueva, demasiado chic, demasiado práctica, demasiado saludable. Y un día la hija del alcalde se montó en una bicicleta, y al cabo de pocos años hasta su madre se compró un caballito de hierro». «Si algún día tengo una hija —dice Marie, personaje de una novela de Zola, *París* (1898)—, la sentaré en una bicicleta en cuanto cumpla diez años, simplemente para enseñarle cómo debe conducirse en la vida». Sin embargo, los reaccionarios también tendrían algo que decir al respecto. Una anciana aristócrata de Viena, comentaría la joven Hermynia Folliot de Crenneville, «había ordenado a su jardinero que recogiera piedrecitas y las dejara sobre la mesa del jardín. Luego la dama se sentaba junto al seto de su jardín y esperaba a que apareciera una mujer en bicicleta. Cuando una de esas indecorosas criaturas pasaba por allí delante, sobre ella caía un chaparrón de piedras, mientras la anciana condesa gritaba: "¡Descarada! ¡Desvergonzada!"». Cuando en 1897 los estudiantes universitarios de Cambridge colgaron un muñeco con forma de mujer para expresar su rechazo a la admisión de féminas en la universidad, colocaron esa figura montada en una bicicleta.

A medida que las distancias horizontales se acortaban, el espacio vertical también resultaba cada vez más accesible. Los grandes almacenes comenzaron a instalar escaleras mecánicas en cuanto fue concebido un modelo válido y funcional. En Londres, Harrods instaló una «escalera móvil» en 1898 en su centro de Brompton Road: una cinta transportadora de cuero consistente en 224 tablas unidas en cadena subía de manera continuada a los clientes al primer piso, donde los dependientes aguardaban con brandi y sales para reanimar a todos aquellos que habían

quedado aturdidos por la experiencia. Ocho años más tarde se instaló una escalera mecánica en espiral en la estación de metro de Holloway Road, en el norte de la capital británica, aunque quedó fuera de servicio al cabo de unas pocas horas y nunca más entró en funcionamiento para el público en general. Una versión más moderna de la escalera mecánica, con tablas que seguían moviéndose horizontalmente en cada extremo, fue exhibida por una firma de ascensores americana en la Exposición Universal de París de 1900, aunque una serie de problemas prácticos impidieron que tuviera una gran difusión antes del estallido de la primera guerra mundial. El ascensor, en cambio, ya se había convertido por aquel entonces en un elemento habitual de los edificios de muchos pisos. Ni que decir tiene que, a lo largo de muchas décadas, se había venido utilizando en las minas de carbón cierto tipo de montacargas accionado por un cabrestante de vapor que hacía subir y bajar la jaula en la que entraban los mineros para descender hasta las galerías subterráneas y salir de ellas. El ascensor moderno debe su existencia a Elisha Graves Otis (1811-1861), que en 1854 había inventado un freno de seguridad que impedía la caída de la cabina si se rompía el cable que la sujetaba. A finales del siglo XIX, su sistema de energía hidráulica, que utilizaba un contrapeso lleno de agua, había sido sustituido por un motor eléctrico. A medida que se construían edificios cada vez más altos en Nueva York y Chicago, el uso del ascensor fue aumentando y no tardó en difundirse rápidamente por Europa, donde fueron los hoteles de lujo los primeros en adoptarlo.

Las normas de seguridad, introducidas raudamente por la policía y las autoridades municipales, exigían que los ascensoristas recibieran la instrucción necesaria para manejar debidamente los elevadores y que pasaran un examen en el que debían demostrar su habilidad a la hora de poner en funcionamiento y detener el ascensor con precisión en cada piso, pues aún no había un sistema automático para ello. Una serie de infortunios en los

que, tras resbalar o dar un tropiezo, diversas personas acabaron matándose al precipitarse por el hueco del ascensor, dio lugar a la colocación de puertas de seguridad tanto en el propio elevador como en todos los vestíbulos, también vigilados por ascensoristas uniformados. Enseguida los hoteles comenzaron a hacer alarde de que sus huéspedes podían llegar a los pisos superiores del establecimiento sin tener que subir escaleras, y las guías turísticas *Baedeker* indicaban los alojamientos que ofrecían más comodidades, como, por ejemplo, el Grand Hôtel de Rome en Berlín, «con una situación inmejorable, 120 habitaciones, ascensor, luz eléctrica y baños». En 1892, cuando fue publicada esta descripción, los ascensores seguían siendo toda una novedad; veinte años más tarde, ya se habían convertido en un elemento que cualquiera esperaba encontrar en un hotel de lujo, y las guías turísticas ya no hacían referencia a ellos excepto si se trataba de un establecimiento «sencillo y económico, sin ascensor ni calefacción central». No solo los hoteles, sino también los edificios de oficinas empezaron a ser más altos con la llegada del ascensor: el edificio de la Caja Postal de Ahorros de Austria, en Viena, diseñado y construido por Otto Wagner (1841-1918), tenía ocho pisos y fue inaugurado en 1905; pero pronto se vio superado por el Royal Liver Building de Liverpool, diseñado por Walter Aubrey Thomas (1864-1934). Esta construcción de hormigón armado fue inaugurada en 1911 y tenía once pisos y más de noventa metros de altura, lo que lo convirtió en el edificio más imponente de la Europa de su época.

El ascensor invirtió el orden jerárquico social en los edificios altos. Antes de su aparición, las habitaciones más económicas se encontraban en los pisos superiores, y los clientes se veían obligados a subir muchos tramos de escalera para llegar a ellas. Cuando los ascensores pasaron a ser un elemento habitual en hoteles, esas habitaciones, otrora más baratas, fueron agrandadas y se convirtieron en las más caras, pues disfrutaban de las mejores vistas y se encontraban más alejadas del trajín y el rui-

do de las calles. Tradicionalmente, las buhardillas y los últimos pisos habían estado asociados a la pobreza, hecho que queda perfectamente ilustrado en la obra más famosa del pintor Carl Spitzweg (1808-1885), *El poeta pobre* (1839), en el que el protagonista aparece acostado en su cama, con un paraguas abierto para protegerse de las goteras del techo, mientras recita sus versos en un cuarto en el que solo hay unos libros amontonados. En este sentido, el ascensor también impulsó un giro radical, pues permitió la aparición de los grandes áticos y las terrazas ajardinadas. En este tipo de lujosos edificios había siempre en la parte trasera un ascensor exclusivo para el servicio, y, tras la introducción de los botones eléctricos en 1903, en algunos incluso se permitía que los residentes e invitados accionaran ellos mismos los aparatos, pues el ascensor se detenía automáticamente en cada piso (los hoteles y los grandes almacenes mantenían el viejo sistema, debido al gran volumen de tráfico). En los bloques de apartamentos el ascensor vino a reducir el sentido de comunidad: cuando pasaba por cada planta, los pasajeros quedaban aislados de los que vivían en ella, a diferencia de cuando bajaban por las escaleras, hecho que les brindaba la oportunidad de conocer a sus vecinos de abajo.

Por muchas que fueran las plantas a las que llegara un ascensor, lo cierto es que al final siempre permanecía en tierra. La conquista del cielo había empezado en el siglo XVIII con el invento del globo de aire caliente y el del globo aerostático, que podía llegar más lejos y volar más alto y permanecer más tiempo en el aire. Los globos llenos de hidrógeno fueron utilizados en exhibiciones, siendo las más famosas las de Sophie Blanchard (1778-1819). Tras numerosas hazañas, incluida la travesía aérea de los Alpes, al final cometió un error funesto en los Jardines de Tivoli, en París, cuando, desde la cesta de su aerostato, encendió, al son de una orquesta, unos fuegos de artificio que inflamaron el gas del aparato e hicieron que el globo se precipitara al suelo con unas consecuencias fatales. El accidente supuso un duro revés

para las actividades en globo hasta que estas fueron recuperadas por Charles Green (1785-1870), que disminuyó sus costes comprando gas de hulla a las compañías de carbón y efectuó con éxito 526 ascensos durante su larga carrera. En 1836, partiendo de los Jardines de Vauxhall, en Londres, Green cruzó el canal de la Mancha con un ayudante mientras los dos merendaban en la cesta del globo, alcanzó una altitud de más de 3.200 metros y al final aterrizó al norte de Fráncfort después de haber estado volando durante dieciocho horas. Esta travesía provocó una nueva locura por los aerostatos, y Green llegó a barajar la posibilidad de cruzar el Atlántico en globo, aunque, tal vez inteligentemente, no llegó a poner nunca en práctica esta idea.

Victor Hugo, entusiasmado por todo lo que representaba poder volar, proclamó con optimismo que los aerostatos, si podía controlarse su dirección durante el vuelo, traerían «la abolición inmediata, absoluta, instantánea, universal y perpetua de todas las fronteras del mundo… Los ejércitos desaparecerán, y con ellos los horrores de la guerra». La realidad sería bastante distinta. Los globos ya estaban utilizándose desde 1858 para tomar fotografías aéreas y en vuelos con otros objetivos, como el emprendido en 1862 por el meteorólogo inglés James Glaisher (1809-1903) para medir, entre otras cosas, la presión del aire en estratos superiores de la atmósfera (Glaisher alcanzó aproximadamente una altitud de nueve mil metros y estuvo a punto de morir congelado en el curso de su misión). Pero no tardaron en adquirir una función militar. Durante el asedio de París de 1870-1871 por las fuerzas prusianas, los ejércitos rivales recurrieron a los globos para espiarse y para el envío de mensajes y órdenes. Novelas como el éxito de ventas *Cinco semanas en globo* (1863) de Julio Verne proclamaban la superioridad de los europeos voladores sobre las tribus africanas que permanecían en tierra, mientras los ejércitos del antiguo continente empezaban a utilizar globos de observación en las numerosas guerras coloniales de la época. Sin embargo, como indicaba Victor Hugo, la clave

del futuro residía en encontrar un medio fiable y seguro de dirigir un globo para que este ya no tuviera que depender de la benevolencia de los vientos. Con este objetivo se llevaron a cabo numerosas pruebas, algunas de ellas con éxito, en las que se utilizó la fuerza del vapor e incluso a grupos de hombres para manejar un timón, pero fue la aparición del motor de combustión interna y el motor eléctrico la que vino a resolver el problema. Una aeronave militar, *La France*, fue, tal vez inevitablemente, el medio que efectuó la primera travesía en la que pudo aterrizarse en el mismo lugar del que se había partido. Esto ocurrió en 1884.

Para maniobrar debidamente, las aeronaves debían tener forma de bala en vez de redonda y estar equipadas de un timón para dirigirlas y de propulsores para avanzar. Un brasileño afincado en París, Alberto Santos-Dumont (1873-1932), inspirado por la lectura de las obras de Julio Verne, diseñó el que se considera que fue el primer globo dirigible funcional, causando gran revuelo y sensación cuando en 1901 voló con él alrededor de la Torre Eiffel. No obstante, el pionero de los dirigibles más famoso sería el conde Ferdinand von Zeppelin (1838-1917), un ingeniero militar alemán que había servido como observador en el ejército de la Unión durante la guerra civil americana. Después de retirarse, empezó a dedicar su tiempo al estudio y desarrollo de un nuevo tipo de aeronave consistente en una estructura rígida de aluminio cubierta de tela y con un sinfín de cámaras de gas separadas, capaces de expandir y contraer. Con la ayuda de los subsidios del gobierno y los ingresos derivados de la creación de una sociedad anónima, el conde Von Zeppelin construyó una serie de grandes aeronaves con forma de torpedo, la más famosa de las cuales suscitó un gran interés entre el público durante su primer vuelo, efectuado en agosto de 1908. Una multitud enorme se congregó para verla pasar. En agosto de 1914 ya se habían construido veinte más, seis de ellas para destinarlas a vuelos comerciales para gente acaudalada, y las demás para misiones militares. La locura «zepelín» sacudió el país: aparecieron revistas

de zepelines, postales con imágenes de un zepelín, adornos en forma de zepelín y zepelines de juguete. El zepelín se convirtió en símbolo de la capacidad tecnológica alemana y en un orgullo nacional. Dejaría «caer algo sobre la cabeza» de todo aquel que se atreviera a «regañar a Alemania», advertía una canción.

Por aquel entonces, ya se había producido un gran avance que sería mucho más decisivo: el primer vuelo efectuado con éxito por una máquina que pesaba más que el aire. Los hermanos Orville (1871-1948) y Wilbur (1867-1912) Wright pilotaron la primera «máquina voladora» con motor en 1903, en Daytona Beach, Carolina del Norte. El alemán Otto Lilienthal (1848-1896), un pionero del diseño de planeadores, ya había concebido una serie de aparatos para volar, incluidos unos que llevaban alas batientes, y también había construido torres desde las que saltaba con ellos, pero en el curso de una prueba se había roto el cuello antes de poder desarrollar más su idea de una máquina de motor. Después de tener conocimiento de la proeza de los hermanos Wright, sin embargo, y dejándose transportar enseguida por su entusiasmo por las aeronaves, Alberto Santos-Dumont construyó un biplano inspirándose en una cometa en forma de cubo abierto por dos lados y el 23 de octubre de 1906, justo a las afueras de París, consiguió realizar el primer vuelo con aeronave oficialmente registrado en Europa. Al poco tiempo, los diseños habían mejorado suficientemente como para que el 25 de julio de 1909 Louis Blériot (1872-1936), el inventor del faro para automóviles, cruzara el canal de la Mancha en su monoplano, ganando un premio de mil libras esterlinas que había ofrecido el *Daily Mail* de Londres. Según cálculos de la época, unas diez mil personas asistieron a su despegue. Aún habría que esperar para que los vuelos comerciales fueran una realidad, pero lo cierto es que antes incluso del estallido de la primera guerra mundial, el trofeo Schneider, anunciado en 1912 por el financiero francés Jacques Schneider (1879-1928), ya se ofrecía al aeroplano pequeño más rápido, estimulando una serie de avances tecnológicos que

iban a dar sus resultados en los combates aéreos que se producirían en el cielo del frente occidental en el curso de la contienda.

Por aquel entonces, los soñadores, los fantaseadores y los escritores de ciencia ficción ya empezaban a mirar más allá de la atmósfera terrestre, hacia otros mundos del cosmos. Ya se habían hecho grandes descubrimientos astronómicos: el único planeta nuevo localizado en el siglo XIX, Neptuno, había sido descubierto por el astrónomo alemán Johann Galle (1812-1910), tras averiguar su ubicación mediante cálculos matemáticos basados en evidencias de perturbaciones en la órbita del planeta Urano. Los telescopios mejoraron su alcance y precisión, sobre todo a partir de 1857, tras la incorporación de espejos de vidrio debidamente plateados, pero no dejaban de ser una bendición a medias: veinte años más tarde, el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli (1835-1910), con la ayuda de un telescopio de 558,8 milímetros, observó una densa red de estructuras lineales, a las que denominó *canali* (canales), en la superficie de Marte durante una de las oposiciones periódicas de este planeta a la Tierra. En Estados Unidos, algunos lectores de su informe, entusiasmados por el hallazgo, tradujeron incorrectamente el término *canali*, y en vez de hablar de *channels* (que indica una conformación casi siempre natural del terreno, como, por ejemplo, el *canal* de la Mancha), hablaron de *canals* (reservada para las construcciones artificiales, como, por ejemplo, el *canal* de Panamá) dando lugar a numerosas especulaciones sobre la posibilidad de que hubiera vida inteligente en el planeta rojo, por mucho que en observaciones posteriores no se pudieran localizar esas estructuras lineales, que al final resultaron ser ilusiones ópticas. El escritor y astrónomo francés Camille Flammarion (1842-1925), gran aficionado a la aeronáutica, ya había avanzado la idea de que el universo estaba lleno de vida consciente, aunque esta creencia era fruto de sus convicciones espiritualistas, y postulaba la transmigración de almas entre planetas. Se convirtió en un acérrimo defensor de la idea de que Marte era el hogar de una civilización

alienígena «mucho más inteligente» que su equivalente en la Tierra. Como hábil publicista que era, supo crear un aire de misterio en torno a su persona, contando a menudo la historia de cómo, durante una tormenta en plena noche, el manuscrito de un capítulo sobre «vientos» de su libro *L'Atmosphère* (1888) salió volando por la ventana desde su escritorio, y al día siguiente, inconcebiblemente, aparecieron en la oficina de su impresor todas las páginas perfectamente ordenadas.

Flammarion creía en la astronomía como fuerza del bien. Si la gente «llegara a saber qué profundo deleite interior aguarda a los que observan detenidamente los cielos —escribiría—, Francia, mejor dicho, toda Europa, estaría cubierta de telescopios en vez de bayonetas, promoviendo así la felicidad y la paz universal». Pero la mayoría de los escritores se decantaba por una visión más sombría. En la novela *Auf zwei Planeten*, publicada en 1897[5] por el profesor de matemáticas alemán Kurt Lasswitz (1848-1910), un grupo de exploradores del Ártico es abducido por unos marcianos y trasladado al planeta rojo; la expedición comprueba que la superficie de Marte está atravesada por innumerables canales y que los habitantes del planeta pertenecen a una raza marinera que luego envía una flota de acorazados a Inglaterra para destruir la armada de Su Graciosa Majestad. La obra refleja una idea ilusoria que ponía de manifiesto las ambiciones navales de algunos alemanes antes incluso de que su país construyera una verdadera flota de guerra. El autor británico H. G. Wells (1866-1946) fue todavía más allá cuando describió en su novela *La guerra de los mundos*, publicada por entregas ese mismo año, la invasión de la Tierra por una flota de «máquinas de combate» muy avanzadas que se mueven con una especie de zancos y están manejadas por marcianos con aspecto de cefalópodo. Los alienígenas van destruyendo todo lo que encuentran a su paso con rayos caloricos y humo negro hasta que sufren infecciones provocadas por las bacterias terrestres y mueren. Los escritores del nuevo género literario, la ciencia ficción, siguieron

describiendo civilizaciones en Marte, e incluso en la Luna —como hizo Wells en otra de sus obras, *Los primeros hombres en la Luna* (1901)—, a pesar de las advertencias del naturalista inglés Alfred Russel Wallace (1823-1913) de que los dos astros eran demasiado fríos para que en ellos pudiera desarrollarse alguna forma de vida. Otro maestro de escuela, el matemático ruso Konstantín Eduárdovich Tsiolkovski (1857-1935), en un libro muy poco leído, *The Exploration of Cosmic Space by Means of Reaction Devices* [La exploración del espacio cósmico por medio de los motores de reacción] (1903), desarrolló la ecuación matemática que establecía los principios por los que un cohete podría conseguir escapar de la fuerza de la gravedad de la Tierra, aunque tendrían que pasar muchos años para que sus ideas se pusieran en práctica. Mientras tanto, la conquista del espacio se detendría en los límites de la atmósfera terrestre.

La construcción del mundo moderno

Las limitaciones de las comunicaciones eran una consecuencia no solo de los problemas existentes a la hora de cruzar un espacio horizontal o vertical, sino también de la naturaleza compleja, y a comienzos del siglo XIX bastante mal regulada, del tiempo y su medición. En el mundo preindustrial, el tiempo se calculaba en relación al mediodía solar, que por supuesto se producía en momentos distintos, según el lugar de la Tierra en el que uno se encontrara, y cambiaba en todo el mundo, dependiendo de la estación del año. Poca gente había aprendido a decir la hora mirando un reloj, algo que ni siquiera se enseñaba en las escuelas en los que había uno, y la hora no era más que un simple indicativo del paso del tiempo; en la mayoría de las zonas rurales, las campanas de las iglesias solo anunciaban horas religiosas, como los maitines y las vísperas, ofreciendo de ese modo una indicación todavía más aproximada del momento del día. La inmensa mayoría de la gente no tenía necesidad de calcular con exactitud la hora y los minutos; de hecho, a menudo los relojes solo tenían una manecilla, y la costumbre de marcar los minutos, además de

las horas, solo fue introduciéndose poco a poco. Cuando comenzó a aumentar el número de hombres y mujeres que emigraban a las ciudades para trabajar en fábricas y minas por unas remuneraciones pagadas por horas, la importancia del control horario fue haciéndose cada vez mayor tanto para los patrones como para los empleados. En 1890 fue inventada en Estados Unidos una máquina que estampaba en las tarjetas de los trabajadores la hora en la que entraban en la fábrica y la hora en la que salían. «Fichar» la hora de entrada y de salida enseguida se convirtió en una acción habitual. Para evitar penalizaciones por llegar tarde, los trabajadores necesitaban relojes. La producción mundial de relojes de bolsillo, alrededor de 400.000 unidades anuales a comienzos del siglo XIX, llegó a superar los 2,5 millones anuales en 1875. A comienzos del nuevo siglo, el historiador alemán Karl Lamprecht (1856-1915) afirmaba que, en conjunto, los 52 millones de habitantes de Alemania tenían al menos doce millones de relojes de bolsillo.

A comienzos del siglo XIX, cada pueblo o ciudad de Europa tenía su propia hora, independientemente de la que pudieran tener sus vecinos. Las fábricas de la época seguían guiándose por la hora local, pero la estandarización de horarios no tardó en convertirse en una necesidad acuciante que vino impulsada principalmente por la difusión del ferrocarril. Incluso a mediados de la década de 1870, después de la unificación germana, los horarios de los trenes del imperio alemán seguían basándose en una desconcertante variedad de horas locales que cambiaban de una ciudad a otra, teniendo los pasajeros que adaptar la hora que marcaban sus relojes a la que indicaban los de cada localidad. Las compañías ferroviarias se dieron cuenta de que debían estandarizar los horarios para su propio uso interno, y tuvieron la oportunidad de servirse de relojes eléctricos que podían sincronizarse, unos relojes inventados en 1840 por el escocés Alexander Bain (1811-1877) y producidos en grandes cantidades a partir de mediados de la década de 1840 por el relojero alemán Ma-

tthias Hipp (1813-1893). En Gran Bretaña, en el tren correo de Irlanda, que cada mañana partía de la estación londinense de Euston, viajaba siempre un mensajero del Almirantazgo con un reloj que marcaba la hora exacta de Londres. Cuando el convoy llegaba a Holyhead, este individuo entregaba el reloj a los oficiales del transbordador irlandés para que lo tuvieran durante el trayecto hasta Dublín. Luego, estos se lo devolvían para el viaje de regreso a Londres. Sin embargo, prácticamente todos los relojes públicos del Reino Unido marcarían la hora media de Greenwich en 1855, esto es, mucho antes de que la ley así lo ordenara veinticinco años más tarde, siguiendo en gran medida la iniciativa de las compañías ferroviarias, que decidieron que tener en cuenta todas las horas locales resultaba demasiado complicado.

En Gran Bretaña, hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX, los relojes de muchas estaciones siguieron teniendo dos manecillas para marcar los minutos: una indicaba la hora de Greenwich, y la otra la tradicional hora local. Bélgica y los Países Bajos no introdujeron una hora estándar hasta 1892, y el Imperio Austrohúngaro e Italia no lo hicieron hasta 1893. Los ferrocarriles franceses, reconociendo la centralidad de París en su red, habían estandarizado sus horarios siguiendo la hora de París, y aunque en 1891 este sistema fue obligatorio por ley en toda Francia, las compañías ferroviarias atrasaban cinco minutos los relojes de las estaciones para que los pasajeros tuvieran tiempo de subir a su tren, mientras que en las vías se respetaba la hora estándar nacional. En Alemania no fueron las compañías ferroviarias u otros grupos económicos de presión los que se revelaron los defensores más poderosos de la hora estándar, sino el mariscal de campo prusiano Helmuth von Moltke. Von Moltke, que ya había sacado mucho partido de los trenes durante las guerras de la unificación de Alemania, sirviéndose de ellos para el traslado rápido de tropas por todo el país, se había dado cuenta de que el caos continuo que suponían los diversos husos horarios podía convertirse en un obstáculo importantísimo para cualquier futu-

ra actuación militar. A comienzos de la década de 1890 se quejaba de que «tenemos cinco husos [horarios] en Alemania, un desastre heredado de la antigua división de Alemania; un sistema que, desde que somos un imperio, es necesario abolir». Aceptando la primacía del meridiano de Greenwich, y defendiendo una hora estándar nacional basada en el meridiano 15 este, que pasaba muy cerca de Berlín, Moltke pasó a declarar que lo que se necesitaba era «unidad de horario para toda Alemania». Finalmente, la unidad llegó en 1893.

La necesidad de estandarizar los horarios fue cada vez más acuciante tras la rápida expansión de los sistemas telegráficos no solo en Europa, sino en todo el mundo. Los primeros cables submarinos cruzaron el canal de la Mancha a comienzos de la década de 1850, y ya en 1852, Edward Highton (1817-1859), pionero del telégrafo electromagnético, observaba lo siguiente: «El tiempo y el espacio están a punto de ser aniquilados. Los años se convierten en días, los días en segundos, y las millas han pasado a ser meras fracciones de pulgadas». No sería hasta 1865 cuando el *Great Eastern*, por aquel entonces el barco más grande del mundo, consiguiera tender un cable a través del océano Atlántico. Inmediatamente estalló una locura, el tendido de cables submarinos, y en 1871 los aficionados a las apuestas de Calcuta podían enterarse del resultado del Derby apenas cinco minutos después de que finalizara esta famosa carrera de caballos. La envergadura y la hegemonía industrial del imperio británico permitieron que en 1890 casi dos tercios de las líneas telegráficas del mundo estuvieran en manos de compañías británicas, que controlaban más de 156.000 kilómetros de cable. Pero la influencia del sistema se extendió mucho más allá del imperio británico. La expansión de las nuevas redes globales de comunicación supuso, como comentaría en 1892 el escritor húngaro Max Nordau (1849-1923), que el aldeano más insignificante pudiera tener ya un horizonte geográfico más amplio que el que había podido tener un jefe de gobierno un siglo antes. Si leía un periódico podía

«interesarse a la vez por la cuestión de una revolución en Chile, una guerra colonial en África Oriental, una matanza en el norte de China, un episodio de hambruna en Rusia». Ese nuevo sistema de comunicaciones era muy valioso, tal vez potencialmente muy peligroso, para dejarlo en manos privadas, razón por la cual los estados de toda Europa fueron asumiendo poco a poco el control de las redes de telégrafos. Los usuarios eran en su mayoría particulares, pero las organizaciones dedicadas a la difusión de noticias enseguida se dieron cuenta de la utilidad potencial del telégrafo. El empresario Paul Julius von Reuter (1816-1899), que en 1851 había fundado en Aquisgrán una agencia de noticias basada en el empleo de palomas mensajeras, se trasladó a Londres cuando estuvieron disponibles las líneas telegráficas. El telégrafo llegó a tiempo para que William Howard Russell, un intrépido corresponsal del *Times* de Londres, pudiera informar por cable a su editor en la capital inglesa de las deficiencias y la ineptitud de los británicos en la guerra de Crimea, contribuyendo así a crear una verdadera tormenta política debido a la inmediatez de sus relatos sobre los terribles sufrimientos de las tropas, la incompetencia de los oficiales y las pésimas condiciones de los hospitales de campaña.

Si bien el telégrafo dependía para su funcionamiento de especialistas debidamente preparados, el teléfono iba a poder ser utilizado por cualquiera después de que un ingeniero nacido en Escocia, Alexander Graham Bell (1847-1922), patentara en 1876 un primer modelo de ese aparato y su sistema de transmisión. Las primeras líneas raramente eran privadas: cuando se efectuaba una llamada por una línea compartida, sonaban todos los aparatos conectados a la línea, y cualquiera podía escuchar la conversación. En los países de habla inglesa, entre los consejos que se daban para hacer un uso correcto del teléfono figuraba el requerimiento de iniciar una conversación gritando «*Ahoy*!», y se rogaba a los caballeros que mantuvieran el bigote alejado del micrófono del aparato. Poco antes del estallido de la primera gue-

rra mundial había más de medio millón de abonados a lo que por aquel entonces era un servicio telefónico nacional en Gran Bretaña; en Budapest, había alrededor de 27.000, que también podían disfrutar de un noticiario telefónico y un servicio de retransmisiones musicales, inventos ambos del ingeniero eléctrico Tivadar Puskás (1844-1893), que en 1900 contaban con 6.437 abonados. El teléfono supuso una revolución en la difusión de noticias, que se vio acelerada de manera general. Ya en 1880, el *Times* londinense había instalado una línea telefónica directa en la Cámara de los Comunes para poder informar de los debates celebrados tarde, ya de noche, en la edición de la mañana siguiente. Más revolucionario aún, aunque antes de la Gran Guerra no dejara de ser una tecnología en ciernes, fue el novedoso sistema de telegrafía sin hilos, patentado por Guglielmo Marconi (1874-1937), nacido en Italia, pero también ciudadano británico naturalizado. Dicho sistema resultó viable, desde el punto de vista operacional, a partir de 1897, cuando Marconi funda su empresa en Gran Bretaña, y fue utilizado principalmente para las comunicaciones marítimas.

Para todo este tipo de operaciones, la gente necesitaba, entre otras cosas, saber la hora exacta, con sus minutos e incluso con sus segundos. Como señalaba el ingeniero canadiense de origen escocés, sir Sandford Fleming (1827-1915), la estandarización de los horarios era imprescindible para el funcionamiento de una red de telegrafía internacional que «somete toda la superficie del globo terrestre a la observación de comunidades civilizadas, y no deja, entre lugares muy separados unos de otros, ningún intervalo de tiempo proporcional a la distancia que hay entre ellos». En la red global de comunicaciones creada por el telégrafo, «el mediodía, la medianoche, el amanecer y el ocaso pueden observarse al mismo tiempo» en algún lugar de la Tierra, y «el domingo empieza realmente bien entrado el sábado y se prolonga hasta bien entrado el lunes». Esta circunstancia creaba unas dudas intolerables de muchos tipos en sectores como el de los se-

guros, o el de la legislación, pues dejaba sin determinar el punto exacto en el que las leyes entraban en vigor, o las pólizas de seguros comenzaban a ser operativas. En 1884, cediendo a las presiones producidas por la globalización de las comunicaciones, delegados de veintiséis países se reunieron en Washington para estandarizar los horarios en el mundo. Los marineros ya habían sincronizado sus relojes, utilizando para ello cronómetros que tenían en cuenta medidas longitudinales basadas en el meridiano de Greenwich, lo que venía a reflejar el dominio británico del tráfico mercantil marítimo. Ese sería el modelo adoptado en la conferencia de Washington, un modelo que dividía el mundo en veinticuatro husos horarios de acuerdo con la longitud, considerando el meridiano la línea cero que separaba el hemisferio oriental del occidental y creaba una línea de cambio de fecha en la zona menos poblada del Pacífico.

Resultó particularmente humillante para los círculos oficiales franceses tener que admitir la primacía de Gran Bretaña a la hora de fijar los horarios en el mundo. De hecho, en 1894, ese resentimiento se materializó cuando un anarquista galo, Martial Bourdin (1868-1894), hizo estallar una bomba en Greenwich, incidente que más tarde utilizaría el novelista polaco, nacionalizado inglés, Joseph Conrad (1857-1924), en su novela *El agente secreto* (1907). Hubo más objeciones, pero por parte de la Iglesia, uno de cuyos representantes, el abate Cesare Tondini de' Quarenghi (1839-1907), hizo campaña a finales de la década de 1880 para que el meridiano elegido fuera el de Jerusalén, la Ciudad Universal considerada el centro de la Tierra por los cartógrafos medievales. Una ley de 1911 consiguió establecer la hora de Francia sin hacer referencia alguna a Greenwich, definiéndose como «el medio por el que la hora de París se retrasa nueve minutos y veintiún segundos». Con el objetivo de hacerse con la iniciativa de los británicos, el gobierno francés organizó en 1912 una Conférence Internationale de l'Heure Radiotélégraphique, que estableció un sistema —aceptado por todos en general— para

fijar y determinar las horas en las distintas partes del mundo. La Torre Eiffel ya transmitía la hora de París por señales de radio y recibía del Observatorio de París los cálculos de la hora astronómica. A las diez de la mañana del 1 de julio de 1913, envió la primera señal de hora global, dirigida a ocho estaciones receptoras distintas de todo el mundo. Así pues, como proclamaría en tono jactancioso un comentarista francés, París, «suplantada por Greenwich como origen de los meridianos, fue declarada primer centro horario, el reloj del universo».

En el universo descrito por los matemáticos y el filósofo naturalista sir Isaac Newton (1642-1727), el tiempo era uniforme y absoluto, y fluía en una sola dirección. No por casualidad, este concepto supuso la base de la más universal de las ideas del siglo XIX: la idea del progreso. El concepto de un tiempo uniforme avanzando en todo el mundo de manera lineal favoreció la capacidad de la gente de imaginar un pasado lejano más allá de su propia experiencia, un pasado en el que las cosas habían sido distintas. La Revolución Francesa ya había creado un sentido del pasado prerrevolucionario como algo distinto, numerando los años a partir de su estallido como Año I, Año II, Año III, etcétera. Esta práctica, sin embargo, no sobrevivió. Pero la idea del pasado como algo distinto se expandió en la cultura europea, a diferencia de lo ocurrido en el siglo XVIII, que había presentado los pueblos y las sociedades del pasado muy similares, en gran medida, a los de sus propios tiempos. El pasado comenzó también a remontarse a épocas más lejanas en la imaginación. Efectuando sus cálculos a partir de determinadas afirmaciones de la Biblia, diversos teóricos cristianos, como el arzobispo Archibald James Ussher (1581-1656), habían datado la creación del mundo en 4004 a. C., pero las investigaciones geológicas empezaron a contar una historia muy distinta, y en 1863 el físico británico William Thomson, lord Kelvin (1824-1907), basándose en el tiempo que habría necesitado la Tierra para enfriarse, calculaba que la edad de la nuestro planeta era de cien millones de años. El tiem-

po comenzaba a remontarse a unas épocas mucho más lejanas que lo que el hombre había imaginado hasta entonces; era más inmenso, más uniforme y más organizado.

Pero del mismo modo que se expandía en el pasado, el tiempo también se contraía en el presente. A medida que avanzaba el siglo, la gente percibía cada vez con mayor claridad que vivía «sin ocio y sin pausa, una vida llena de *prisas*», decía en 1875 un ensayista inglés, William Rathbone Greg (1809-1881). «La característica más destacada de la vida en esta etapa final del siglo XIX —concluía Greg—, es su VELOCIDAD». Al comparar la vida de finales de la década de 1880 con la de los tiempos de su juventud, medio siglo antes, el abogador e historiador inglés Frederic Harrison (1831-1923) recordaba que la gente raras veces corría cuando él era joven, pero que «ahora todos vamos de un lugar a otro rápidamente, a golpe de pito», sin parar. En Gran Bretaña, las compañías ferroviarias de las líneas de la costas este y oeste competían para ver cuál podía llegar antes a Escocia desde Londres. Los veleros más rápidos también competían para ser los primeros en traer de China a Europa el primer té de la temporada; en 1872, el clíper *Cutty Sark* perdió la famosa carrera del té contra su gran rival, el *Thermopylae*: las dos embarcaciones zarparon de Shanghái el 18 de junio, y llegaron Londres el 19 y el 10 de octubre respectivamente. La inauguración del canal de Suez en 1869 dio una ventaja fundamental a los barcos de vapor, pues los veleros seguirían viéndose obligados a circunnavegar el cabo de Buena Esperanza. La competición fue aún más feroz en las travesías del Atlántico, y la rivalidad entre las compañías navieras no tardó en convertirse en símbolo del poderío de las naciones en las que tenían su sede: Alemania arrebató el trofeo a Gran Bretaña en 1897, pero lo perdió en 1909 contra el transatlántico británico *Mauretania*, que registró una velocidad media de más de veintiséis nudos, récord que se mantuvo hasta 1927. Los magníficos y lujosos transatlánticos de la clase alemana Imperator y de la clase Olympic de la compañía White Star eran verdaderos

palacios flotantes, cada uno más grandioso que su predecesor, todos ellos equipados con una gran diversidad de entretenimientos, y su botadura fue objeto de una publicidad notoria. El 15 de abril de 1912, sin embargo, el hundimiento durante su viaje inaugural del flamante buque de la compañía White Star, el *Titanic*, que por aquel entonces era la nave más grande del mundo, hizo mella en aquella sensación de confianza; mil quinientas personas perecieron ahogadas, y las escasas medidas de seguridad, el insuficiente número de botes salvavidas y la prioridad de los pasajeros de primera clase en el curso de la evacuación del barco provocaron numerosas protestas que dos años más tarde darían lugar a la aprobación del Convenio Internacional para la Seguridad de la Vida Humana en el Mar.

Por tierra, al igual que por mar, el tiempo resultaba cada vez más apremiante. El pintor italiano Giorgio De Chirico (1888-1978), fundador del movimiento artístico denominado *scuola metafisica*, ejecutó entre 1912 y 1914 una serie de obras en las que el reloj domina un paisaje vacío, empequeñeciendo a las pocas y menudas figuras humanas que lo pueblan. En varias de ellas, aparece un tren; una incluso se titula *Gare Montparnasse (La melancolía de la partida)*. El tiempo, parecía indicar De Chirico, gobernaba las relaciones humanas; los cuadros podían plasmar únicamente un momento determinado, un momento identificado por la hora que con gran claridad marca el reloj. Las obras del célebre pintor italiano muestran escenas concretas, escenas que se detenían en un instante preciso. Algunos pintores, principalmente los primeros futuristas italianos, o un gran artista francés, el *provocateur* Marcel Duchamp (1887-1968), en su cuadro de 1912 titulado *Desnudo bajando una escalera*, trataron de incorporar el movimiento a sus obras pintando en la tela un objeto en las diversas y distintas fases de su progreso en el tiempo. En sus relatos, las películas cinematográficas, desarrolladas por primera vez en la década de 1880, podían acelerar el tiempo, congelarlo, saltarse los minutos, las horas, los días o incluso períodos de

tiempo mucho más largos; y lo que sería aún más sorprendente, como los hermanos Louis (1864-1948) y Auguste Lumière (1862-1954) demostraron en 1895, podían retroceder en el tiempo mediante la simple operación de proyectar una película hacia atrás, de modo que parecía que un saltador emergía del agua para ir a caer de pie sobre el trampolín, unos huevos rotos se reconstruían hasta volver a tener intacto el cascarón y unos trozos de cristal subían volando hasta una mesa y se reagrupaban para formar un espléndida copa de vino. El tiempo empezó a parecer maleable, mutable, incierto, un desarrollo representado en las ciencias por la teoría de la relatividad, presentada por primera vez al mundo científico por Albert Einstein (1879-1955) en 1905. Los papeles en los que desarrolló su teoría contenían complejas fórmulas y anotaciones especializadas, pero lo que implicaba su idea era mucho más sencillo: el tiempo y el espacio eran relativos para quien los observaba, de modo que un reloj en movimiento podía avanzar más lentamente que el reloj estacionario de un observador, y si dos observadores estaban en movimiento relativo, esos dos mismos hechos podían ser simultáneos para uno de ellos, pero no para el otro. La velocidad de la luz era constante y, en un vacío, igual para todos los observadores, y no podía ser superada; masa y energía eran equivalentes. Estas conclusiones situaban el tiempo y el espacio en un nuevo contexto mucho más complejo que el de la física mecánica convencional. Las implicaciones de esas teorías solo quedarían claras cuando Einstein completara en 1915 su teoría general de la relatividad, pero para un reducido número de físicos ya habrían revolucionado diversos conceptos básicos de tiempo y espacio.

El fin de las grandes epidemias

Para los habitantes de la Europa del siglo XIX, el tiempo se veía limitado en otro sentido: su existencia en la Tierra era, en general, muy breve en comparación con la de generaciones posteriores. Durante buena parte del siglo XIX, los europeos tuvieron que vivir con la amenaza constante de penosas enfermedades que en

ocasiones tenían consecuencias fatales. En zonas bajas y pantanosas con clima cálido, la malaria era endémica, transmitida por los mosquitos que vivían en aguas salobres. La enfermedad estaba presente en la cuenca del Mediterráneo y el mar Negro, y era habitual en las regiones costeras de Francia y Holanda, y a lo largo del Rin y el Danubio antes de que estos dos ríos fueran canalizados y controlados. En 1826, una epidemia en las costas del mar del Norte afectó a veinte mil personas, provocando muchas pérdidas humanas. Incluso a finales de siglo se producían anualmente en Italia dos millones de casos, hecho que se saldó con veinte mil vidas y un sinfín de individuos sufriendo las recurrentes y debilitadoras fiebres cuartanas. La forma de quinina más eficaz en el tratamiento de esa enfermedad fue aislada de la chinchona, una planta medicinal de Bolivia y Perú, por dos investigadores franceses en 1820, y fue uno de los principales constituyentes de la tintura de Warburg, medicina desarrollada en 1834 por Carl Warburg (1805-1892), un médico alemán establecido en la Guayana. Sin embargo, no fue hasta 1897 cuando sir Ronald Ross (1857-1932), cirujano británico que trabajaba en la India colonial, consiguió determinar el papel desempeñado por los mosquitos en la transmisión de la enfermedad. Por otro lado, al margen de las investigaciones médicas llevadas a cabo, lo cierto es que la malaria había ido perdiendo agresividad en Europa con el drenaje de zonas pantanosas y la canalización de ríos, resultado accidental de una política seguida en gran medida en interés del comercio.

La más universal de las graves enfermedades potencialmente mortales que afligían a la población de Europa en el siglo XIX era la tuberculosis, infección que afectaba particularmente los pulmones en forma de «consunción», que «consumía» el cuerpo hasta que la víctima, tosiendo sangre de los órganos «consumidos», acababa muriendo. En 1815, el físico Thomas Young (1773-1829) consideraba que se trataba de «una enfermedad tan frecuente como para llevarse por delante prematuramente a más o

menos la cuarta parte de la población de Europa». Unas 250 autopsias de las 696 efectuadas en el principal hospital de París a comienzos del siglo XIX confirmaron la tuberculosis como causa de la muerte. Era una enfermedad en la que «la juventud empalidece, convirtiéndose en un flaco espectro, y muere», como escribiría John Keats (1795-1821) en 1819 en su «Oda a un ruiseñor»; él mismo moriría de esa enfermedad apenas dos años después. En la segunda mitad del siglo XIX, casi la mitad de los fallecimientos de individuos de edades comprendidas entre los veinte y veinticuatro años que se registraron en Inglaterra y Gales fueron debidos a la tisis. Los síntomas relativamente poco aparentes de la enfermedad, su avance generalmente lento y su falta de vínculos con una conducta inmoral hacían que la tuberculosis llegara a parecer casi ennoblecedora. Se consideraba que intensificaba la experiencia vital de quien la sufría. El compositor Frédéric Chopin, cuya salud era calificada eufemísticamente de «extremadamente delicada», siguió componiendo obras musicales durante sus últimos años de existencia, como recordaría uno de sus pupilos, improvisando melodías al piano y «transportándonos a lugares desconocidos para todos nosotros y a los que nunca más íbamos a regresar», antes de fallecer de tuberculosis en 1849.

La elevación moral que muchos autores y comentaristas consideraban una consecuencia de la tisis ocultaba el hecho de que se trataba de una enfermedad que se extendía por culpa de la situación de hacinamiento que se daba en las casas, unas condiciones de trabajo insalubres y la mala nutrición; en otras palabras, no era una enfermedad ni de artistas, ni de intelectuales ni de celebridades, sino de gente pobre y humilde. El novelista ruso Fiódor Dostoyevski, con su visión brutalmente realista de la sociedad de su país, supo comprenderlo claramente. En la literatura, hay pocas escenas más tremendas que la de la muerte, en *Crimen y castigo* (1866), de una viuda tuberculosa, Katerina Ivánovna, sumida en la miseria por el alcoholismo de su irresponsable

marido, y convertida en indigente tras la muerte de este. En medio del delirio y la desesperación, la mujer saca a sus hijos pequeños a la calle para que canten y bailen a cambio de unos pocos kopeks. Detenida por un policía, echa a correr hasta quedar sin aliento y desplomarse muerta en medio de la calle, mientras de su boca corren unos hilillos de sangre: «¡Ya lo he visto antes! —exclama el policía—. ¡Es tisis!». Su muerte parece indecorosa y grotesca, consecuencia de la extrema pobreza que ha llevado a Katerina Ivánovna a la indignidad y a la locura, y no a un estado de exaltación mental.

La enfermedad resultaba especialmente perniciosa para los más humildes porque vivían y trabajaban en unas insalubres condiciones de hacinamiento y de mucha humedad. El tratamiento más popular consistía en proporcionar aire fresco, un ambiente seco y puro, una dieta sana y descanso para el cuerpo y el espíritu en las lejanas zonas del sur con un clima más benigno, o en saludables regiones montañosas o en la costa, junto al mar. Ni que decir tiene que estos lujos solo podía permitírselos la gente adinerada. Al final, los sanatorios fueron utilizados por muy pocos como para que tuvieran un impacto estadístico estimable. Pero la tasa de mortalidad por tuberculosis experimentó prácticamente en todas partes una caída notable en la segunda mitad del siglo. La disminución del número de fallecimientos por tuberculosis supuso que entre 1850 y 1900 la tasa de mortalidad se viera reducida en un 50% aproximadamente, aunque en 1894 seguía considerándose que la enfermedad causaba anualmente en Europa tantas muertes como las que había provocado toda la guerra de Crimea. El factor más importante de ese descenso probablemente fuera la introducción de dietas más saludables. La intervención médica directa, en cambio, no puede decirse que desempeñara un papel fundamental. En 1882, el médico alemán Robert Koch (1843-1910), que en 1870 había descubierto la causa y el mecanismo de transmisión del ántrax maligno o carbunco, consiguió demostrar mediante la utilización de técnicas de tin-

ción en muestras microscópicas la presencia del bacilo de la tuberculosis en todos los pacientes que había investigado. Logró cultivar los bacilos en su laboratorio y mostrar sus efectos inyectándolos en animales sanos, produciéndose al cabo de poco tiempo los síntomas clásicos de la enfermedad. Koch repitió estos experimentos a gran escala, hasta que su hallazgo fue indiscutible. Demostró que la enfermedad se contagiaba a través de partículas expelidas por el enfermo, por ejemplo, al toser. Fue un gran hallazgo que lo hizo famoso en todo el mundo. Pero no sirvió para disminuir realmente la incidencia de la enfermedad; para ello habría que esperar al siglo XX, a la era de la vacuna BCG (1921) y al posterior desarrollo de antibióticos.

El mayor éxito de la ciencia médica se había logrado en el campo de la lucha contra la viruela, enfermedad que en Europa, a finales del siglo XVIII, había afectado a más de doscientas mil personas al año. La práctica de prevenir esta afección con el rascado de la piel con un alfiler infectado, desarrollada anteriormente en China, fue introducida en Europa a través del imperio otomano a mediados del siglo XVIII. Su tratamiento experimentó un gran avance a finales del mismo siglo, concretamente en 1798, gracias a un médico rural inglés, el doctor Edward Jenner (1749-1823), cuando observó que las lecheras no contraían nunca la viruela, llegando a la conclusión de que el motivo de su inmunidad era que ya habían contraído una enfermedad similar, la viruela bovina (o vacuna), que no suponía peligro alguno para el hombre. La práctica del nuevo tratamiento preventivo de Jenner, al que denominó «vacunación», del término latino *vacca*, enseguida se generalizó. Las autoridades estatales no tardaron en establecer su obligatoriedad. A mediados del siglo XIX, el reino de Prusia había promulgado varias leyes que prohibían el ingreso en las escuelas, en los centros de trabajo y en el Ejército a todo aquel que no presentara su correspondiente certificado de vacunación. Anualmente se registraban en este país sesenta y seis vacunaciones por cada centenar de nacimientos. Otros estados

pronto siguieron su ejemplo. En Francia, el gobierno no tuvo ni mucho menos tanto éxito en la empresa; en la guerra franco-prusiana de 1870-1871 contrajeron la enfermedad ciento veinticinco mil soldados galos, de los cuales murieron veintiocho mil, mientras que entre los prusianos y sus aliados solo se dieron ocho mil quinientos casos, de los que únicamente cuatrocientos no lograron recuperarse. Cuando las tropas regresaron a casa, la viruela se expandió rápidamente por Europa, y a mediados de la década de 1870 había acabado con la vida de medio millón de personas. En 1871, el gobierno británico estableció la obligatoriedad de la vacunación. Gracias a todas estas medidas, mucho antes del estallido de la primera guerra mundial la viruela se convirtió en una afección rara en Europa.

Otras dolencias, en cambio, se propagaron con la industrialización. La polución cada vez mayor en las ciudades hizo que aumentara el número de muertes por fiebre tifoidea, enfermedad transmitida por el agua: en Londres se pasó de 87 por cada cien mil habitantes en la década de 1850, a 89 en la de 1860. Entre sus víctimas figuró el príncipe consorte Alberto, esposo de la reina Victoria, que falleció en 1861. Poco antes del estallido de la Gran Guerra, el número de muertes había caído a 9 por cada cien mil habitantes, a raíz de la gran operación de limpieza emprendida en la ciudad a finales de la era victoriana. El descubrimiento del agente patógeno causante de esta enfermedad por los ayudantes de Robert Koch a comienzos de la década de 1880 condujo rápidamente a la conclusión de que podían ser portadores de él individuos que no desarrollaban síntoma alguno, como la famosa Mary Mallon (1869-1938), conocida como Typhoid Mary, una emigrante que llegó a Estados Unidos y que en la primera década del siglo xx contagió la enfermedad a un gran número de personas allí por donde pasó, sin mostrar nunca ningún tipo de sintomatología. Las campañas de sanidad pública tomaron debidamente nota de este hecho, que pronto se vio también confirmado en otras enfermedades, como, por ejemplo, la difteria, la escarla-

tina, la meningitis, la poliomielitis, afecciones todas ellas que podían contraerse con la ingestión de leche fresca y agua contaminadas. La educación en higiene personal combinada con diversas medidas de sanidad pública, como la purificación del agua, constituiría la manera más efectiva de prevenir enfermedades de este tipo.

Lo más sorprendente de todo fue la desaparición gradual de las grandes epidemias que habían asolado periódicamente Europa. Durante siglos, la peste bubónica, la «muerte negra», había hecho estragos en el Viejo Continente, pero tras la última epidemia vivida en Bosnia entre 1815 y 1818, la enfermedad pudo mantenerse a raya en la frontera militar establecida por los Habsburgo en el sureste de Europa, así como gracias a las medidas de cuarentena introducidas en los puertos del Mediterráneo. Más persistente sería el tifus, conjunto de enfermedades infecciosas transmitidas por la picadura de diferentes artrópodos, como, por ejemplo, el piojo del cuerpo. Además del hambre, la guerra había sido con frecuencia su principal difusor a través de las grandes concentraciones de tropas que vivían en condiciones insalubres. La relativa ausencia de guerras y de períodos de hambruna fue una de las principales razones de su declive en el siglo XIX. El hambre provocaba el éxodo de grandes masas de gente, que abandonaban el campo para dirigirse a las ciudades en busca de comida: a finales de la década de 1840, estalló en Irlanda y en Europa central una epidemia de tifus a raíz de la gravísima pérdida de las cosechas de patata. Para los liberales radicales como el patólogo alemán Rudolf Virchow (1821-1902), el tifus, más que un signo de ignorancia y falta de higiene, fruto de un estado atrasado de civilización, era el resultado de la opresión y la privación de unos derechos humanos básicos. Tras recibir el encargo del gobierno prusiano de investigar un estallido de esta enfermedad en la Alta Silesia en 1848, Virchow denunció la suciedad, la miseria, la ociosidad y el grado de alcoholismo de la gente, pero rechazó la idea de que esos hábitos fueran la consecuencia del

hecho de que la región estuviera poblada principalmente por polacos. La gente, declaró, no se cuidaba porque había perdido su derecho a participar en la vida cultural y política. El informe de Virchow hizo que este fuera destituido de su cargo, pero visto retrospectivamente puede ser considerado uno de los primeros grandes clásicos de la medicina social. No es de sorprender que posteriormente su autor se convirtiera en un gran líder liberal adversario de Bismarck, que llegó a irritarse tanto con las persistentes críticas de Virchow que en 1865 lo desafió a un duelo. Como individuo que había sido retado, Virchow tuvo el privilegio de elegir el arma, y optó por dos salchichas de cerdo: una perfectamente cocida para él, y otra cruda y rellena de larvas del gusano parásito causante de la triquinelosis para Bismarck. Haciendo alarde de buen juicio, el Canciller de Hierro decidió retirar el desafío.

La asociación del tifus con la suciedad y la falta de higiene quedó claramente establecida, y cuando ciudades y pueblos mejoraron su limpieza, y la gente comenzó a llevar una vida con más medidas de higiene, la incidencia de la enfermedad disminuyó espectacularmente. En San Petersburgo, en el siglo XIX, estallarían epidemias de tifus todos los años, llegándose a producir más de ocho mil casos en 1878, cuando las tropas regresaron de la guerra contra Turquía, y más de mil muertes en 1891, cuando los campesinos se dirigieron en masa a las ciudades durante un período de hambruna. Pero en los años normales, las tasas de morbilidad y mortalidad experimentaron un notable descenso incluso en Rusia, gracias a una mayor higiene personal y a las mejoras introducidas en la sanidad pública. El descubrimiento de las causas reales y del mecanismo de transmisión del tifus no se produjo hasta 1909, cuando el bacteriólogo francés Charles Nicolle (1866-1936), director del Instituto Pasteur de Túnez, observó que los enfermos de tifus solo contagiaban a otra gente si no se habían cambiado de ropa. Analizó la ropa sucia y se dio cuenta de que era portadora de piojos del cuerpo. Luego puso algu-

nos de ellos en un chimpancé sano, que contrajo la enfermedad. Por su descubrimiento, Nicolle recibiría el premio Nobel de Medicina.

Si bien es cierto que el siglo XIX trajo el declive del tifus y la viruela, así como la práctica desaparición de la peste bubónica, también es cierto que trajo una nueva amenaza para la vida y la salud de los europeos: el cólera asiático. La enfermedad se expandió por el Viejo Continente debido a la creación de nuevas rutas comerciales que cruzaban Afganistán y Persia tras la conquista del norte de la India por parte de los británicos, propagándose a partir de 1817 desde su reservorio en Bengala a Occidente en un principio con los movimientos de las tropas y a continuación con la actividad mercantil. El cólera se expandió por Europa porque la potencia estratégica europea estaba expandiéndose por Asia. Bautizada rápidamente con el nombre de «cólera asiático», la enfermedad pasó a ser considerada una venganza de Asia: una forma de invasión con consecuencias letales por parte del supuestamente retrasado e incivilizado Oriente, emprendida justo cuando la civilización occidental estaba alcanzando, a ojos de muchos europeos, la cumbre de su progreso. Cuando llegó a Europa, el cólera enseguida aprovechó otro aspecto fundamental de la expansión y el crecimiento continentales del siglo XIX. La industrialización permitió la rápida difusión de la enfermedad por carretera, por río y por ferrocarril. Así pues, el contagio del cólera se producía fácilmente entre los habitantes de los insalubres centros urbanos y portuarios superpoblados de la nueva sociedad industrial, siendo transmitida por el agua y los alimentos contaminados o directamente por contacto humano. La increíblemente elevada tasa de mortalidad (como media moría el 50 % de los contagiados) era solo uno de los aterradores aspectos de la enfermedad. Para la sensibilidad de la burguesía del siglo XIX resultaba igualmente importante el hecho de que su aparición y desarrollo eran repentinos, pasándose a menudo de los primeros síntomas —vómitos y diarreas constan-

tes, pérdida incontrolables de fluidos corporales— al fallecimiento en apenas veinticuatro horas, lo que suponía una conmoción para una sociedad victoriana mojigata y remilgada que ocultaba cualquier cosa relacionada con las funciones del organismo. La muerte por cólera era la antítesis de una delicada y hermosa expiración.

El cólera acabó con la vida de millones de personas de Asia y Europa entre 1820 y los primeros años de la década de 1830. Volvió a aparecer en 1848-1849, propagándose de nuevo desde Oriente hasta Occidente, llegando incluso a Estados Unidos por barco a través del océano Atlántico. Regresó a mediados de la década de 1860 y cruzó una vez más el Atlántico, y volvió a aparecer en la década de 1880 en una sucesión de epidemias que se prolongó hasta comienzos de la década de 1890. El hecho de que esas grandes epidemias coincidieran con períodos de guerra, de revuelta y de revolución no pasó inadvertido a los hombres de la época. El cólera llegó a Occidente con las tropas rusas que sofocaron la sublevación nacional de los polacos de 1830-1831. En 1848-1849 vino acompañando a las fuerzas del orden, incluidas las rusas, encargadas de aplastar las revoluciones que en esos años estallaron por toda Europa. La epidemia de 1854-1856, que de manera similar llegó a Europa desde Rusia, fue la única que luego se propagó de oeste a este: las tropas francesas y británicas que combatían en la guerra de Crimea la extendieron por Turquía, Bulgaria y Oriente Medio. Las epidemias de 1866 y 1871 fueron ocasionadas por las guerras de la unificación de Alemania de Bismarck. En 1892, el cólera llegó a Europa central con la oleada de refugiados judíos que huían de las persecuciones antisemitas de Rusia y que pretendían encontrar un nuevo hogar en América embarcándose en las naves que zarpaban del puerto de Hamburgo rumbo al Nuevo Continente.

En esa región, el clima cálido y las aguas salobres de un río mareal como el Elba proporcionaron el caldo de cultivo ideal para el bacilo, que entró en el río desde los sórdidos alojamientos y

los primitivos e insalubres barracones en los que fueron concentrados los refugiados, y lo fue remontando debido al efecto de las mareas. Tardó muy poco en llegar al punto de toma de agua de Hamburgo, se extendió por los reservatorios sin filtros y llegó a los hogares y las casas de toda la ciudad antes de que las autoridades sanitarias hubieran seguido el protocolo para diagnosticar la enfermedad en las primeras víctimas y hubieran tomado las medidas necesarias para afrontar el asunto o advertir a la gente de la situación. Enseguida se multiplicaron los enfermos, que fueron evacuados de su domicilio y trasladados a hospitales; el 50 % de ellos no regresaría nunca a su casa. En total, unas diez mil personas murieron en la ciudad en apenas seis semanas. Hamburgo fue el único centro urbano del oeste y el centro de Europa que sufrió una epidemia de esta envergadura en 1892. La enfermedad hizo verdaderos estragos entre los más humildes, pues vivían en lugares hacinados y faltos de higiene, compartiendo letrinas y sin poder tomar las debidas precauciones, como, por ejemplo, hervir el agua antes de ingerirla, como recomendaba Robert Koch, que en 1884 descubrió el bacilo y que fue enviado hasta la ciudad portuaria desde Berlín para intentar poner fin a la epidemia. Mientras inspeccionaba los barrios bajos del puerto, donde el impacto de la enfermedad era enorme, le vinieron a la cabeza las escuálidas viviendas que había visto en Egipto y en la India, y Koch, dirigiéndose a su equipo, exclamó: «Caballeros, me he olvidado de que estoy en Europa». En el momento de mayor apogeo de la era del imperialismo europeo, costaba imaginar un veredicto más condenatorio.

Además de Koch, el químico francés Louis Pasteur (1822-1895) había efectuado importantes descubrimientos basados en la teoría microbiana (o germinal) de las enfermedades infecciosas, desarrollando vacunas contra el carbunco (o ántrax maligno) y la rabia, e inventando la técnica de la pasteurización para calentar la leche y matar todos los gérmenes que pudiera contener. Pero lo cierto es que en el siglo XIX, la intervención médica directa po-

co hizo para prevenir, y aún menos para curar, las enfermedades infecciosas. La revolución sanitaria que hubo en las ciudades europeas en la segunda mitad del siglo, con la provisión de agua pura y limpia y un sistema de eliminación de aguas residuales apropiado, ayudó sin duda a detener el avance del cólera, del mismo modo que vino a reducir la incidencia del tifus, la fiebre tifoidea y otras enfermedades similares. A partir de 1892, los controles fronterizos, la desinfección de los pasajeros de los trenes y otras medidas parecidas fueron claramente efectivos a la hora de evitar la propagación del cólera por Europa. Sería la última de las grandes infecciones epidémicas que habría que detener. La enfermedad volvió a aparecer en el imperio otomano en 1910, desde donde se extendió hasta Nápoles en 1911. Por entonces, las autoridades napolitanas y nacionales italianas ya habían aprendido la lección de la epidemia de 1884, que había provocado graves disturbios en la ciudad. En vez de recurrir a medidas policiales coercitivas, optaron por crear escuadrones sanitarios formados principalmente por trabajadores de las zonas en las que iban a intervenir, ordenándoles que utilizaran la amabilidad y la persuasión en lugar de la fuerza, y evitaron cualquier tipo de publicidad que pudiera sembrar el pánico. La venta de alimentos en las calles fue prohibida, los pozos y las cisternas fueron sellados, el sistema de alcantarillado fue desinfectado, el suministro de agua fue supervisado rigurosamente, nadar en el puerto dejó de ser posible, las calles fueron barridas, y las casas de los enfermos fueron limpiadas y sus ropas fueron destruidas. Tras algún conato de resistencia que se produjo al principio, todas estas medidas fueron aceptadas por la población en general, igual que había ocurrido en Hamburgo en 1892.

Lejos de la sombra de la muerte

Las epidemias podían copar los titulares de la prensa, pero lo cierto es que lo que realmente acababa con la existencia de muchos era una serie de aspectos de la vida cotidiana: la mala nutrición, la falta de higiene y una variedad de situaciones crónicas

de diversa índole. En los extremos de Europa, estas circunstancias podían tener un efecto devastador. En las tierras desarboladas de la lejana Islandia, bajo la administración danesa, la inclemencia del clima del norte, pues la isla está situada justo al sur del círculo polar ártico, se veía mitigada por la naturaleza templada de la corriente del Atlántico Norte, que traía a la zona aguas cálidas de la corriente del Golfo. Pero los largos y oscuros inviernos hacían que la época de cultivo quedara reducida a cuatro o cinco meses, y que el resto de año solo pudiera crecer hierba para alimentar al ganado. Tres cuartas partes de la isla estaba cubierta de campos yermos de lava, glaciares, montañas y desiertos, y la población se concentraba en los márgenes, cerca de la costa. Siglos de excesivo pastoreo habían reducido los pastos y el número de cabezas de los rebaños (alrededor de trescientas mil ovejas y veinticinco mil reses a mediados del siglo XIX). A comienzos del siglo XIX, las erupciones volcánicas y las epidemias, los gélidos inviernos y los períodos de hambruna habían reducido prácticamente a la mitad una población que en la Edad Media llegó a ser de cien mil habitantes. Cuando aparecían frente a la costa muchos témpanos de hielo, la temperatura de las llanuras del litoral bajaban en picado y la hierba dejaba de crecer.

En el siglo XIX, los islandeses vivían principalmente del cordero, las reses y la pesca; el escorbuto era una enfermedad habitual, y los niveles de higiene eran tan bajos que los visitantes comentaban con frecuencia lo que en 1852 la intrépida exploradora austríaca Ida Pfeiffer (1797-1858) calificó de «suciedad sin parangón» de las granjas con tejados de turba llenas de humo. En una de ellas, comentaría la aventurera, «el suelo era realmente resbaladizo debido a las continuas expectoraciones». La mala nutrición había reducido la altura media del hombre islandés: de casi 1,73 metros en la Edad Media (según indican los restos óseos de la época) pasó a ser inferior a 1,68 metros en 1800. La tasa de mortalidad era increíble: un 30 ‰ hasta la década de 1870 (duplicando la que alcanzó la ciudad de Hamburgo en 1892, el año de

la gran epidemia de cólera). La mortalidad infantil era la más elevada: en la década de 1840 moría anualmente en Islandia alrededor del 35% de su población infantil, un número que duplicaba el de Noruega y Suecia. A mediados del siglo XIX, la esperanza de vida al nacer era solo de 32 años. Las tasas de natalidad eran altas, de casi cuarenta nacimientos por cada mil habitantes entre 1830 y 1860. Sin embargo, Islandia no era en absoluto un caso extremo en su pobreza demográfica. En España, la tasa de mortalidad se mantuvo invariablemente en torno al 30 ‰ hasta 1900, sobre todo porque no se emprendieron adecuadamente campañas de vacunación contra la viruela en las zonas rurales del interior del país, a pesar de que desde 1789 ya podía tenerse acceso a la vacuna. La situación empeoró debido al aumento del número de niños enviados a las inclusas durante la primera mitad del siglo XIX, unos lugares donde moría el 58% de esas criaturas antes de cumplir los cinco años. En las zonas rurales, la pobreza podía tener unas consecuencias verdaderamente funestas e incluso mortales. En la década de 1880, las tasas de mortalidad infantil fluctuarían invariablemente todos los años entre el 20 y el 30 % en Bertalia, una zona de la región italiana de Emilia-Romaña que se caracterizaba por la práctica de la aparcería.

No obstante, en el siglo XIX se experimentó una caída generalizada de las tasas de mortalidad, sobre todo la infantil, en buena parte de Europa. En Inglaterra y en Gales los fallecimientos por cada mil habitantes pasaron de 27 en 1800 a 14 en 1913, en Alemania de 26 a 15 y en Francia de 30 a 18; en Italia de 30 en 1850 a 19 en 1913. Incluso en Rusia hubo una caída: de 39 en 1850 a 27 en 1913. En el Imperio Austrohúngaro el descenso fue más lento, pero se produjo igualmente: de 28 en 1800 a 20 en 1913. La reducción de la mortalidad infantil, el final de las grandes epidemias, las mejoras en la higiene y la sanidad, así como la aparición de métodos efectivos de prevención de enfermedades, supusieron que un europeo medio nacido entre las últimas dos décadas del siglo XIX y más o menos la primera década del XX, tuviera

muchísimas más posibilidades de alcanzar la edad adulta, e incluso la vejez. La esperanza de vida al nacer aumentó notablemente en Suecia, pasando de los 37 años aproximadamente de comienzos del siglo XIX a los 43 de mediados de siglo y a los 58 de 1910; en los Países Bajos, durante el mismo período, pasó de los 32 a los 54 años, siendo a partir de 1880 cuando el aumento fue más espectacular; en Inglaterra y en Gales, la esperanza de vida fue aumentando a un ritmo constante, de los 36 a los 53 años; y Francia experimentó un aumento similar, pasando de los 34 a los 50 años. En cambio, la esperanza de vida en Rusia apenas superaba los 32 años en 1910; y en España, donde era exactamente de 32 años, la situación no era mucho mejor.

Con la muerte siempre presente, no es de sorprender que esta ocupara un papel primordial en la cultura del siglo XIX. Los funerales eran siempre unos acontecimientos públicos, a los que a menudo asistían una gran multitud de gente, incluso cientos de miles de personas, como en el caso del celebrado para despedir al duque de Wellington, enterrado con honores de Estado en 1852 en la catedral de San Pablo. A la muerte del zar Alejandro III de Rusia (1845-1894), la ciudad de San Petersburgo quedó sumida en el luto, pues todo el mundo tuvo que vestir de negro y se cancelaron los conciertos y las representaciones teatrales. El cadáver del zar, embalsamado a toda prisa, fue trasladado desde Livadia, en Crimea, donde había fallecido, hasta la capital, pasando por Moscú y otras muchas localidades. El viaje duró dos semanas, y cuando se llegó a San Petersburgo para enterrar a Alejandro en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, su cadáver presentaba un evidente estado de descomposición. Solo un poco menos impresionantes fueron las honras fúnebres celebradas en 1885 en París en honor del novelista, poeta, intelectual y político Victor Hugo: se calcula que unos dos millones de personas siguieron su ataúd desde el Arco del Triunfo hasta el Panteón. Se cuenta que alrededor de doscientas mil personas acompañaron por las calles de Berlín el coche fúnebre que transportaba el ca-

dáver de Wilhelm Liebknecht (1826-1900), cofundador del Partido Socialdemócrata de Alemania, en una procesión con «mil quinientas coronas de flores adornadas con cintas rojas». Las grandes comitivas fúnebres se convirtieron, de hecho, en un elemento habitual de las manifestaciones socialistas en las principales ciudades alemanas, una ocasión para que los miembros del partido y los sindicalistas pudieran desfilar en gran número enarbolando sus banderas y estandartes.

Los ritos fúnebres del ciudadano corriente apenas eran menos elaborados. Entre los miembros de la clase media urbana era habitual adquirir teteras de luto, artículos de papelería ribeteados de negro, crespón negro para cubrir la aldaba de bronce de la puerta de entrada a la casa, e incluso paraguas especiales de luto para ser utilizados los días de lluvia. El libro de pedidos de una funeraria de Londres de 1824 recoge la siguiente anotación relacionada con un funeral particularmente elaborado:

> Un ataúd resistente con forro de satén blanco, acolchado, y con almohada, colchón y sábana, y con la tapa forrada de satén; una caja exterior de roble muy resistente, cubierta con una tela extrafina de color negro, con los mejores clavos plateados y ricos ornamentos también plateados; un rico penacho de plumas de avestruz negras, y también un hombre que acompañe; guantes, cintas de sombrero y pañuelos de seda para los acompañantes; obsequios de lo mismo para los plañideros; pajes adornados con plumas y bastones; plañideros a caballo; adornos de seda para la carroza; manto y sudadero del mejor terciopelo negro para los caballos; más plumas de avestruz; capas; pajes con mazas y bordones; cintas de sombrero y guantes; crespón; acompañantes; habitaciones en el camino; cochero; hombres con plumas en los sombreros; y portazgo hasta la casa familiar en Herefordshire: un coste total de 803,11 libras esterlinas.

Era una suma muy considerable por aquel entonces. En la década de 1840, el funeral de un aristócrata británico costaba de media entre 800 y 1.500 libras esterlinas, y el de un caballero entre 200 y 400 libras esterlinas; el del duque de Wellington costó un total de 11.000 libras esterlinas, y fue muy criticado por su extravagancia. Ya había voces que exigían una reducción del gasto y del boato ceremonial en los funerales. *The Lancet* indicaba en 1894 que «entre la gente de clase alta y media alta ha bajado muchísimo el gasto en los funerales. Es evidente que gastán-

dose entre 10 y 15 libras puede celebrarse un funeral como es debido, con buen gusto y respeto, pero sin excesos superfluos». La conmemoración de la muerte no se detenía allí. Las convenciones sociales exigían que una viuda vistiera totalmente de negro durante dos años antes de pasar a utilizar ropa de medio luto, normalmente de color gris o lavanda, durante seis meses. Los cinco años durante los cuales la reina Victoria guardó luto por el príncipe Alberto fueron excepcionales por la duración en el tiempo de esta muestra de dolor, no por sus principios básicos.

Las conmemoraciones adquirieron carácter permanente en las elaboradas lápidas y esculturas monumentales de los cementerios victorianos, lo cual se convirtió en una de las razones de que los enterramientos de difuntos en fosas comunes anónimas durante las grandes epidemias causaran tanto desasosiego e inquietud entre la gente. La aparición de la máquina fotográfica a mediados de siglo permitió incluso que los dolientes posaran junto al fallecido, ya colocado en el ataúd, antes del entierro, o junto a su amado pariente difunto con los ojos abiertos y vestido como si aún estuviera vivo. El rey Óscar I de Suecia y Noruega (1799-1859) fue el primer monarca, pero ni mucho menos el último, que ordenó que su cadáver fuera fotografiado cuando ya estuviera colocado en su ataúd. La muerte estaba siempre presente en la poesía, tal vez de manera más notable en el influyente, famoso y largo poema elegíaco de lord Alfred Tennyson (1809-1892) recordando a su difunto amigo Arthur Hallam (1811-1833), *In memoriam*. Las muertes heroicas suscitaban especialmente gran admiración, muertes como la del almirante Horacio Nelson en 1805 en el curso de la batalla de Trafalgar que el pintor Arthur Devis (1762-1822) inmortalizó en un famoso cuadro que ha sido copiado y reproducido en infinidad de ocasiones. En todas esas representaciones, literarias así como visuales, resultaba sorprendente que el cadáver permaneciera intacto; no había sangre, no había heridas, no había *alteraciones*; y lo mismo puede decirse de los funerales victorianos, donde el arte del embalsamador

era utilizado para conseguir que el difunto conservara, en la medida de lo posible, el mismo aspecto que había tenido en vida. El objetivo era ocultar las realidades, a menudo sórdidas, de la muerte, para que esta pareciera respetable.

El énfasis cristiano en tener una buena muerte, tan evidente en las escenas de moribundos en su cama de las novelas de Dickens, exigía tener la mente clara hasta el final; una lucha en el lecho de muerte contra los delirios provocados por la fiebre podía convertirse en una lucha metafórica por el arrepentimiento y el perdón. La religión garantizaba el triunfo sobre el sufrimiento, por severo que este fuera. Las familias, niños incluidos, se reunían alrededor del lecho de muerte para ser testigos del tránsito del moribundo a la vida eterna. Pero las mentalidades fueron cambiando. Evitar el sufrimiento del momento pasó a ser lo más importante. A finales del siglo XIX ya se consideraba una bendición poder morir sin saber que uno muere; lo ideal era tener una muerte repentina, o morir mientras se dormía. En uno de los cuentos de Tolstói, «Tres muertes» (1859), un acaudalado comerciante se niega a decirle a su esposa que la mujer está muriéndose (exclamando absurdamente, «eso la mataría»); al final se recurre a un pariente pobre para que dé a la desdichada la mala noticia, pero ella lo detiene. «No trates de prepararme», dice. En una famosa novela de época posterior también de Tolstói, *La muerte de Iván Ilich* (1886), los amigos del protagonista que da el título al relato conspiran para intentar convencerlo de que en realidad no está muriendo. «Se reían de sus miedos, como si esa cosa horrible y sin nombre que había echado raíces en él y lo corroía constantemente, esa cosa que estaba arrastrándolo inexorablemente hacia quién sabía dónde, fuera una especie de broma divertida». Incluso su médico trata constantemente de darle esperanzas: «¡En un periquete estará curado!», exclama para tranquilizarlo. Cuando Iván Ilich ya está agonizando, susurra a su esposa: «No es nada… yo… ¿Qué sentido tiene decirlo? —se pregunta—. Ella no lo entendería». La muerte estaba convirtiéndose

en un hecho inusual, especialmente entre los adultos en la flor de la vida, y las clases alta y media estaban perdiendo al menos la capacidad de afrontarla.

Este tipo de actitud era totalmente ajena a la gran masa de europeos que vivía en las zonas rurales, donde las tasas de mortalidad seguirían siendo elevadas hasta la llegada del nuevo siglo, y mucho después. En Sicilia, en Grecia o en la estepa rusa, una muerte en la familia hacía que acudieran las mujeres de la comunidad, que lavaban al difunto, plañían según la costumbre y supervisaban los preparativos del entierro. Si había un reloj en la casa, se detenía; se giraban los espejos contra la pared para impedir que el alma del difunto pudiera verse reflejada en ellos, y se vaciaban los jarros de agua para evitar que se ahogara. En Suecia, en la Francia rural y en otras regiones, las campanas de las iglesias doblaban a muerto siguiendo un patrón que indicaba la edad y el sexo del difunto. Lo habitual era que el funeral se celebrara antes de tres días después del deceso, con el ataúd abierto y lleno de joyas en el caso de las mujeres, una pipa o una botella de vino si se trataba de un hombre, y juguetes cuando el fallecido era un niño; en todas partes se añadía una moneda para pagar a San Pedro en las puertas del cielo. En Rusia, se colocaban a veces en el interior del ataúd unas piedras afiladas para recordar al difunto los pecados que llevaba consigo. El uso de funerarias comerciales para encargarse de la organización del funeral fue una práctica que fue introduciéndose solo de manera gradual.

La gente de las zonas rurales tomaba sus precauciones para asegurarse de que nadie fuera enterrado vivo. En Alemania, un cementerio de Fráncfort disponía de una sala con campanillas conectadas a unas cuerdas que se ataban a los dedos del difunto. Los ojos de los cadáveres se cerraban para impedir que el fallecido llamara a los vivos con una mirada. En muchas zonas de Europa, y no solo en Transilvania, las leyendas que hablaban de vampiros que resucitaban entre los muertos provocaban mucha

inquietud y ansiedad, incluso pavor. El enterramiento en un lugar consagrado servía para alejar, en cierta medida, esta amenaza, pero con el aumento de población los cementerios empezaron a llenarse excesivamente. Los cadáveres apilados unos sobre otros podían salir a la superficie, lo que constituía un grave peligro para la salud de todos. Diversos movimientos laicos, socialistas y anticlericales comenzaron a abogar por los entierros civiles en vez de religiosos; en 1880, por lo menos una cuarta parte de todos los sepelios de Bruselas fue de carácter civil. Cada vez más cementerios eran trasladados a las afueras de las ciudades, pero la solución a largo plazo sería la incineración, un anatema para aquellos que creían en la resurrección física del cuerpo el día del Juicio Final. En 1864, de manera experimental, se procedió a la incineración de un cadáver en la ciudad de Dresde, utilizando para ello un artefacto cerrado diseñado por Siemens; en Viena, en la Exposición Universal de 1873, un aparato similar fue exhibido por dos científicos italianos. Impresionado por la demostración, sir Henry Thompson (1820-1904), famoso cirujano, y en ocasiones médico personal del rey de los belgas, fundó la llamada British Crematory Society al año siguiente. En 1888, se efectuaron veintiocho incineraciones en el crematorio que tenía esta sociedad en la localidad de Woking, en Surrey. La costumbre empezó a extenderse. El médico y político sueco Richard Wawrinsky (1852-1933) empezó a hacer campaña por la incineración por motivos sanitarios, lo que dio lugar a la construcción del primer crematorio de Suecia en 1887, al que no tardaron en seguir otros a pesar de la prohibición de esta práctica por parte de la Iglesia católica; una prohibición que estuvo vigente hasta la segunda mitad del siglo xx.

La práctica cada vez más habitual de la incineración fue otro signo de que la muerte estaba dejando de ser una experiencia cotidiana para las clases alta y media de Europa, pues el descenso de las tasas de mortalidad venía a reducir su familiaridad con ella. Cuando vio cómo su padre, el duque de Argyll (1823-1900),

un político retirado y con demencia senil, agonizaba, su hija, Frances Balfour (1858-1931), quedó conmocionada y llena de horror, y en sus cartas a su cuñado, Arthur Balfour (1848-1930), no contó nada de lo que había presenciado junto al lecho de muerte. La muerte se había convertido en algo de lo que no se tenía que hablar. De hecho, cuando la convicción cristiana comenzaba a flaquear, había gente que buscaba pruebas supuestamente científicas de que se trataba solo de un tránsito a la otra vida. El espiritualismo, movimiento que se extendió por América, donde nació en la década de 1840, alcanzó su máxima popularidad hacia finales de siglo, cuando proliferaron las sesiones de espiritismo en las que se ofrecían una variedad de supuestas pruebas de que el alma seguía existiendo en el más allá: los muertos podían hablar a los vivos por medio de la voz de un médium, o llevar a este a escribir como un autómata en una hoja de papel, e incluso manifestarse físicamente son movimientos de sillas y mesas. En 1914, al menos en las sociedades urbanas, la muerte se había convertido en algo que había que negar, una actitud que haría que la gran matanza en masa de la primera guerra mundial resultara más traumática aún.

A la caída de las tasas de mortalidad, que fue uno de los aspectos más sorprendentes de la historia demográfica de la Europa del siglo XIX, le siguió, a su debido tiempo, la correspondiente caída de las tasas de natalidad: juntas las dos tendencias constituirían lo que los historiadores han venido a denominar «la transición demográfica». Las tasas de natalidad experimentaron un descenso en toda Europa: en Suecia se pasó de los 31 nacimientos por cada mil habitantes de 1800 a los 14 de 1913; en Inglaterra, de los 38 a los 24; en Alemania, de los 40 a los 28; en Francia, de los 33 a los 19; y en el Imperio Austrohúngaro, de los 41 a los 30. En Italia, en cambio, la caída fue más lenta y menos acentuada, pues se pasó de los 37 de 1850 a los 32 de 1913. Esta tendencia a la baja, sin embargo, se repitió en toda Europa. Supuso que el número de niños por cada mujer en edad fértil también experimentara un descenso (entre 1800 y 1910, en Inglaterra y en Gales se pasó de casi seis a casi tres). Entre 1870 y 1910, se pasó de una media de 4,6 a una media de 3,3 en los Países Bajos, y de 5,3 a 3,5 en Alemania. En el conjunto del continente la media del número de nacimientos de niños vivos por cada mujer en edad fértil pasó de 4,7 en 1870 a 3,4 en 1910. Otra estadística, por cierto más precisa, indica que el número total de criaturas nacidas vivas de mujeres casadas —dejando, pues, de lado los nacimientos fuera del matrimonio— revela la misma tendencia: bajó de 6,8 en Austria en 1880 a 5,9 en 1910; de 6,6 en Inglaterra y Gales en 1851 a 4,7 en 1911; y de 7,6 en Alemania en 1867 a 5,4 en 1910. O sea que, en líneas generales, puede decirse que a partir de 1850, en buena parte de Europa, cabía esperar que una mujer tuviera entre seis y ocho hijos durante su vida de casada, mientras que en 1910 aproximadamente podía esperarse que tuviera un máximo de cinco, excepto en países como Irlanda, Noruega, Rusia y Suecia, donde la cifra se mantuvo invariable rondando los siete.

La diferencia de número y cronología entre varios estados europeos fue un motivo de preocupación para los que percibieron que iban quedándose atrás, especialmente Francia, donde la defensa de la natalidad se convirtió en un objetivo político importante a finales del siglo XIX. La población de Francia pasó de los 30 millones de 1800 a solo 40 millones en 1910; la de Gran Bretaña se multiplicó por dos con creces durante el mismo período, pues pasó de 20 a 45 millones; en Rusia el aumento de población fue aún más impresionante, de 48 a 142 millones, aunque en buena medida este fenómeno se debió a la expansión territorial del imperio hacia el Este. El Imperio Austrohúngaro vio aumentada su población en 22 millones (de 29 a 51), y el estado italiano pasó de los 23 millones de 1860 a los 35 millones de 1910; pero fue el aumento de población en Alemania —de sus 41 millones de 1860, un número no muy superior al de Francia, pasó a tener 65 millones de habitantes en 1910— lo que más preocuparía a los franceses. En la década de 1890, se producían en Alemania 35 nacimientos por cada mil habitantes, como venía siendo habitual desde mediados de siglo, pero en Francia el número de nacimientos había bajado de 27 (una cantidad ya escasa) a tan solo 22 por cada mil habitantes. Para el gobierno y las voces nacionalistas de Alemania, este hecho ponía de manifiesto la juventud y el vigor de su nación, así como el declive y la decadencia de los franceses, idea que fue arraigando hasta la llegada del nuevo siglo, cuando el crecimiento de la población alemana se estabilizó y luego empezó a caer, suscitando un intenso debate que condujo a vanos intentos, cada vez más desesperados, por invertir esa tendencia.

¿Cómo se llegó a una caída tan pronunciada del número de nacimientos? Aquel era un mundo en el que no había píldoras anticonceptivas, y en el que los métodos mecánicos de anticoncepción resultaban ineficaces y, en general, eran de difícil acceso. La vulcanización del caucho en 1844 permitió a la compañía de neumáticos Goodyear producir preservativos de goma a par-

tir de 1850 (por lo visto, tenían el grosor de un tubo interno de bicicleta), pero resultaban caros y poco fiables. Además, la comercialización y venta de este artículo no contaba con la aprobación de los gobiernos, preocupados por la posibilidad de que la falta de nacimientos pudiera comprometer su eficacia militar. En Alemania, la publicidad de preservativos chocó con una ley de 1900 que prohibía la exhibición de objetos «con uso obsceno». La desaprobación moralista era general. «El empleo de cualquier tipo de anticonceptivos —declaraba en 1900 el ginecólogo Paul Zweifel (1848-1927)—, solamente puede tener un sentido lujurioso». Las comadronas, especialmente las de las zonas rurales, podían suministrar diafragmas y anticonceptivos químicos, que, sin embargo, también eran ilegales y poco fiables. Otros métodos de anticoncepción, incluida la «marcha atrás», difundidos por los manuales de sexo que empezaron a publicarse a partir de 1820, no eran bien comprendidos y resultaban menos eficaces incluso, aunque el *coitus interruptus* era el método más utilizado en Francia según un estudio llevado a cabo por un grupo de médicos en 1899, y es harto probable que también lo fuera en los demás países europeos. El mismo informe indicaba que los preservativos apenas se utilizaban. Antes de 1914, el aborto, según cuentan médicos y comadronas, se convirtió en una alternativa cada vez más extendida, a pesar de estar prohibido por ley en casi todo el continente: en Alemania se practicaron entre cien mil y trescientos mil abortos en el período comprendido entre los años 1905 y 1910, principalmente a mujeres solteras, aunque de todas las clases sociales, pero sobre todo de la pequeña burguesía.

El único método anticonceptivo totalmente seguro era la abstinencia, y como era la mujer la que corría el riesgo de quedar embarazada, con todas las cargas que ello conllevaba, fue la mujer la que empezó a reprimir sus deseos sexuales. La idea de que la mujer era incapaz de ser activa sexualmente, idea que habría sorprendido en el siglo XVIII, fue arraigando especialmente entre

la burguesía. Las hijas debían conservar la virginidad hasta el matrimonio, pues un embarazo no deseado podía arruinar la reputación de la familia e imponerle unas cargas económicas difíciles de asumir. El famoso fenómeno de la mojigatería victoriana surgió para reforzar este tipo de comportamientos indeseables. Uno de sus máximos exponentes fue Thomas Bowdler (1754-1825), editor de *The Family Shakespeare, in Ten Volumes; in which nothing is added to the original text; but those words and expressions are omitted which cannot with propriety be read aloud in a family*. Los cambios en el texto y el número de pasajes omitidos eran verdaderamente sorprendentes. Las referencias peyorativas a los sacerdotes fueron suprimidas, había partes del cuerpo de las que no se podía hablar, la mismísima palabra «cuerpo» fue sustituida normalmente por el término «persona», y determinados personajes de dudosa moralidad, como la prostituta Doll Tearsheet de *La segunda parte de Enrique IV*, ni siquiera aparecían. La edición de Bowdler, compilada en buena medida por su hermana Henrietta (1750-1830), fue publicada por primera vez en 1807 y llegó a su forma definitiva en 1818; hasta 1896 tuvo cincuenta ediciones. Si bien las primeras ediciones recibieron muchas críticas por lo que un especialista definió como «su suposición» de que las familias eran muy «delicadas» como para leer en voz alta los textos originales de Shakespeare, ya en 1820 una de las revistas británicas más famosas e influyentes, *Edimburgh Review*, declaraba en sus páginas que «en todos los sentidos, es mejor que ahora deje de publicarse lo que no puede decirse, y no debería haberse escrito». Este tipo de mentalidad fue arraigando con el paso de los años y en muchos países impulsó a los políticos a prohibir la literatura pornográfica. La policía alemana compiló largas listas de libros considerados obscenos, y en 1891 el ministro de Interior italiano, Giovanni Lanza (1810-1882), declararía que «todos aquellos que son honestos y morales son perfectamente conscientes de cómo las imágenes obscenas y los libros licenciosos perjudican a nuestra juventud… La

corrupción de las costumbres y las convenciones conduce a la decadencia de la nación».

Cuando se pusieron de moda las ediciones expurgadas y «populares» de los clásicos de la literatura, y se promulgaron leyes de censura en muchos países, la mujer de clase media empezó a sufrir el acoso de las remilgadas fuerzas de la mojigatería. En vista de las presiones para reducir el gasto que suponían los hijos con la generalización de la educación y la reducción concomitante de la capacidad de ganar dinero de los niños, no es de sorprender que la caída de la tasa de natalidad estuviera asociada en un principio a ese tipo de mujer. Pero enseguida comenzó a relacionarse con las clases trabajadoras, pues las restricciones legales en lo concerniente a la mano de obra infantil y la generalización de la educación primaria hicieron que el niño dejara de ser un activo económico para convertirse en una onerosa carga también en las clases sociales más bajas. La sexualidad de la clase trabajadora probablemente se había visto bastante menos reprimida que la de la clase media, pero lo cierto es que la lujuria desenfrenada que aparece en *Germinal* (1885) de Zola, donde un paseo nocturno en una comunidad minera nos muestra a parejas copulando por todas las esquinas, es más fruto de la imaginación calenturienta del novelista que una observación social rigurosa. Como era de esperar, el número de nacimientos de hijos ilegítimos también empezó a disminuir en toda Europa. Comenzó a bajar en la década de 1840, y el fenómeno se prolongó hasta finales de siglo; en otras palabras, la mujer tenía menos sexo tanto dentro como fuera del matrimonio.

A menudo, tener un hijo fuera del matrimonio, con la estigmatización social que ello comportaba, era, según se cuenta, la razón principal de que una mujer se viera obligada a ejercer la prostitución, actividad que en el siglo XIX experimentó una expansión considerable. En Madrid, en 1899, había dos mil prostitutas registradas, y tal vez siete mil que ejercían de manera ilegal, así como ciento cincuenta burdeles con permiso oficial que

estaban sujetos a inspecciones regulares de sanidad. Contaba el novelista Pío Baroja (1872-1956) en 1911 que las mujeres que trabajaban en esos establecimientos vivían hostigadas constantemente por las madamas, que se quedaban con su dinero, las alimentaban mal y las consideraban el «triste proletariado del sexo». Una cuarta parte de las prostitutas registradas de la ciudad estaba formada por antiguas criadas, y otra cuarta parte, probablemente obreras del sector textil, se había visto empujada a practicar el comercio carnal por la pobreza. En el censo de 1869 de San Petersburgo había registradas unas dos mil prostitutas, pero se decía que estas eran solo una cuarta parte del número real. Las prostitutas registradas vivían dentro de la ciudad, concentradas en burdeles autorizados por el Estado. Un estudio sobre 2.224 prostitutas registradas, llevado a cabo en Berlín en la década de 1870, puso de manifiesto que casi la mitad de esas mujeres eran hijas de artesanos, un 20% hijas de obreros y un 14% hijas de funcionarios y oficinistas corrientes. La mayoría de ellas tenía entre 17 y 30 años de edad, y anteriormente había ejercido diversos trabajos, destacando el de criada y el de camarera, profesiones que en Múnich, en 1909-1910, habían ejercido respectivamente 1.261 y 1.162 prostitutas de un total de 4.560. El número de prostitutas clandestinas, que se contaban por miles, aumentaba notablemente cuando llegaban épocas de crisis para actividades relacionadas con el sector textil y la confección de prendas de vestir, y descendía cuando la situación se recuperaba; la mayoría de las prostitutas entraba y salía del comercio carnal dependiendo de sus necesidades económicas.

El crecimiento que experimentaron las ciudades de Europa con la llegada de hombres jóvenes en busca de trabajo supuso que la prostitución aumentara para satisfacer la demanda sexual de esos varones. El mejor indicador estadístico de hasta qué punto los hombres recurrían a los servicios de una prostituta lo encontramos en las tasas de mortalidad por sífilis, que en Inglaterra y Gales subieron vertiginosamente entre 1850 y finales de

la década de 1860, luego se mantuvieron estables, y a partir de mediados de la década de 1880 empezaron a experimentar un descenso. Como la enfermedad no solía ser normalmente causa de muerte, es evidente que el número de personas contagiadas tuvo que ser realmente importante. En efecto, en 1864 se decía que casi el 30 % de todos los soldados del Reino Unido había contraído alguna enfermedad venérea, entre ellas la sífilis. En San Petersburgo se daban anualmente alrededor de treinta mil nuevos casos de sífilis a finales de la década de 1870, o lo que es lo mismo, cuarenta y cinco nuevos contagiados por cada mil habitantes. El descubrimiento del agente causante de la sífilis no se produciría hasta 1905 gracias a las investigaciones de dos científicos alemanes, Fritz Schaudinn (1817-1906) y Erich Hoffmann (1868-1959). Curiosamente, a este hallazgo no tardó en seguirle un tratamiento relativamente efectivo. En Fráncfort, el científico Paul Ehrlich (1854-1915) había estado efectuando durante un tiempo un sinfín de experimentos para encontrar una manera de combatir los microbios con compuestos de arsénico sin causar daños colaterales a otras células. En 1909, después de 605 experimentos con distintos compuestos, logró desarrollar un tratamiento químico para la sífilis, que su creador bautizó con el nombre de Salvarsan, comercializado por la compañía farmacéutica Hoechst AG al año siguiente y en una versión mejorada unos pocos años después. Ehrlich acuñó un nuevo término para él: «bala mágica».

Los hombres que recurrían a los servicios de las prostitutas no se veían estigmatizados: eran simplemente unos jóvenes que decidían «salir de juerga». Protegerlos de la enfermedad se convirtió en una de las prioridades de las autoridades, esto es, sus congéneres en el poder. En Francia, las prostitutas tuvieron que registrarse en la policía a partir de 1802. Durante las décadas siguientes buena parte de los países de Europa introdujo normativas oficiales similares. La autoridad médica en las que se basaron estas medidas fue un higienista francés, Alexandre Parent-

Duchâtelet (1790-1836), cuyo importantísimo tratado sobre la prostitución en París fue publicado póstumamente en 1836. Este médico dibujaba un mapa de la prostitución en París y declaraba que las mujeres de moral relajada debían ser registradas, encerradas, obligadas a pasar regularmente exámenes médicos y, si enfermaban, trasladadas a un pabellón aislado de un centro hospitalario hasta su curación porque «se han hecho indignas de merecer... la libertad tras haberse abandonado a sus pasiones y a todos los excesos propios de una vida disoluta. La libertad, en su caso —terminaba diciendo—, equivale a libertinaje, y el libertinaje destruye a la sociedad».

Ni que decir tiene que en las capas más altas de la sociedad, las «cortesanas» y las *grandes horizontales* escapaban del control oficial. Entre la alta sociedad los favores sexuales se hacían normalmente a cambio de una vivienda, ropas, joyas y otras cosas por el estilo para que las mujeres que los concedían no sufrieran el estigma propio de la prostitución comercial. También fueron la manera en la que un número reducido de mujeres, como, por ejemplo, Lola Montez, adquirieron poder político, convirtiéndose en personajes influyentes. Hubo mujeres como la actriz y cantante Blanche d'Antigny (1840-1874), figura en la que se inspiró Zola para la heroína de su novela *Nana* (1880), de la que se contaba que había tenido amantes en París, en Rumanía y en Rusia, donde tuvo una relación con el jefe de policía de San Petersburgo, y también en Egipto, donde se convirtió en la amante del jedive. Los miembros de la alta aristocracia y los monarcas tenían a menudo amantes o relaciones extraconyugales en serie; en sus frecuentes visitas a París, Eduardo VII, según la policía francesa, solía recibir en las dependencias del hotel en el que se alojaba a una sucesión de aristocráticas damas de la embajada rusa, a las que sin duda recompensaba generosamente por sus servicios. En otras capas más bajas de la sociedad los novelistas encontraron su inspiración para hacer un retrato de mujeres oprimidas y explotadas como Nancy y Fantine, personajes respectivamente de

Oliver Twist de Dickens y *Los miserables* de Victor Hugo, presentándolas como bondadosas víctimas del mundo del hampa; Nancy acaba muriendo por la paliza que le propina su brutal amante, un ladrón llamado Bill Sykes, y Fantine es obligada a vender su cabellera y parte de sus dientes para no terminar en la indigencia, fallece tras sufrir un ataque de convulsiones y es enterrada sin ceremonias en una fosa común.

Para ese tipo de mujeres se creó una regulación policial específica. En la década de 1860, en Gran Bretaña, un ginecólogo educado en Francia, el doctor William Acton (1813-1875), justificaba la normativa aduciendo que las mujeres que se hacían prostitutas sufrían desórdenes morales y físicos, impropios del sexo femenino en su conjunto. Acton afirmaba sin rodeos que «la mayoría de las mujeres (afortunadamente para ellas) no están muy interesadas en ningún tipo de sensaciones sexuales». En cambio, los hombres se veían, en su opinión, impulsados por un fuerte deseo sexual que necesitaba encontrar la manera de expresarse. Acton consideraba que no era muy difícil localizar a las mujeres que debían ser detenidas y encarceladas. Y lanzaba la siguiente pregunta:

> ¿Quiénes son esas hermosas criaturas, que no son carabinas ni hacen de carabina: esas «tipejas a las que nadie conoce», que se abren paso entre nuestras esposas e hijas en los parques, en las avenidas y en los lugares de moda? ¿Quiénes son esas mujeres pintadas y vestidas llamativamente que presumen por las calles y abordan con descaro al viandante? ¿Quiénes son esas criaturas miserables, desnutridas, mal vestidas, descuidadas, cuya miseria rehúyen los ojos, refugiándose bajo oscuros soportales y entre callejones?

La respuesta de Acton, y la de los encargados de administrar las Leyes de Enfermedades Contagiosas, aprobadas en 1864, 1866 y 1869 para imponer el confinamiento en pabellones médicos cerrados a las mujeres a las que se les había sido diagnosticada una enfermedad venérea, no dejaba lugar a dudas: todas ellas eran prostitutas. Pero, en efecto, también podían ser simplemente unas mujeres que practicaban sexo antes del matrimonio, o que mantenían una sucesión de relaciones extraconyugales o que sencillamente daban un paseo sin carabina que velara por su ho-

nor. La idea de que la prostitución contribuía a preservar la institución del matrimonio y la familia estaba muy arraigada en toda Europa. El político y antropólogo italiano Paolo Mantegazza (1831-1910) declaró rotundamente que «el placer sensual de pago es cien veces mejor que la infidelidad en el hogar, que el adulterio integrado en nuestras costumbres morales».

Estas ideas, y otras similares, eran precisamente las que sacaban de quicio a los reformistas sociales como la feminista británica Josephine Butler (1828-1906), quien, cuando en 1869 fue fundada una Asociación Nacional para la Revocación de las Leyes de Enfermedades Contagiosas exclusivamente para los varones, creó enseguida con este mismo fin una Asociación Nacional de Señoras que no tardó en ponerse al frente de la campaña. En opinión de Butler, la regulación del vicio por parte del Estado animaba simplemente a los hombres a hacer lo que les viniera en gana en la creencia de que podían evitar contraer una enfermedad de transmisión sexual. Y las propias prostitutas se veían forzadas a llevar una vida de vicio que era seguramente ajena a la modestia natural de la mujer. «La mujer caída que vive del comercio de su cuerpo —decía un panfleto en defensa de la castidad—, es una plaga para la sociedad. Ten misericordia de ella, trata de reformarla por todos los medios, pero no te sientas obligado a darle libertad para seguir ejerciendo su dañina profesión del mismo modo que tampoco se la das a otros corruptores de la sociedad». En 1888, la sucesión de asesinatos de prostitutas en Whitechapel —uno de los distritos más pobres del este de Londres—, obra del misterioso Jack el Destripador, en vez de suscitar compasión por las víctimas, supuso para la mayoría de la gente una confirmación de esa opinión negativa. La denuncia de la forma más extrema de coerción y explotación sexual, la prostitución infantil, por el periodista William Thomas Stead (1849-1912) en una serie de artículos titulados «El tributo de las doncellas de la Babilonia moderna» (1885), causó sensación, pero sus consecuencias prácticas fueron escasas, pues únicamente logró que se

elevara la edad de consentimiento sexual de los trece a los dieciséis años.

El movimiento de Butler consiguió al final la revocación de las leyes de 1886. Pero su intento de trasladar su campaña al continente europeo, intento sobre el que habla esta feminista en su libro *Personal Reminiscences of a Great Crusade* [Recuerdos personales de una gran cruzada] (1896), fracasó estrepitosamente. Las autoridades policiales de toda Europa, como contaba llena de indignación, la trataron con indiferencia y desprecio. No fue hasta comienzos del siglo XX cuando las feministas de Francia, Alemania y otros países comenzaron a ganarse el apoyo popular en sus campañas contra el control y el registro de prostitutas. En una ciudad tras otra comenzaron a cerrar todos aquellos burdeles autorizados por la policía: su número en Hamburgo, por ejemplo, tras crecer de los 98 a los 191 entre 1834 y 1874, cayó hasta los 157 en la década de 1880. En Gran Bretaña, la Ley de Reforma del Código Penal de 1885 otorgó a la policía la facultad de cerrar cualquier burdel. En Francia, una normativa de 1906 elevó también la edad de consentimiento y dio lugar al encarcelamiento de muchas prostitutas, que a partir de entonces se vieron sometidas a una mayor presión policial, lo que provocó que la mayoría de ellas optara por trabajar ilegalmente. Muchas trabajadoras sexuales recibieron muy mal ese *néoréglementarisme*, lo cual desembocó en 1908 en una revuelta masiva en Ruan, donde diversas prostitutas registradas se amotinaron y, rasgándose sus vestidos y gritando obscenidades, la emprendieron a mordiscos y a patadas con los agentes del orden que intentaban detenerlas. En la estación parisina de Saint-Lazare, cuando estaban siendo trasladadas a otra institución, escaparon del tren, se abrieron los corpiños, se levantaron las faldas y comenzaron a insultar a gritos a la policía. No pudo producirse una expresión más contundente del abismo que separaba a esas jóvenes mujeres —que gritaban una y otra vez «somos chicas alegres», reafirmando así cómo se identificaban con su profesión— de las sociedades mo-

ralistas que las trataban bien como víctimas inocentes de la depravación de los hombres, bien como pérfidas corruptoras del orden social.

La campaña contra la prostitución en Gran Bretaña dio lugar, entre otras cosas, a una enmienda a la ley de 1885, a instancias del ambicioso político liberal Henry Labouchère (1831-1912), que establecía penas de cárcel de hasta dos años de trabajos forzados para actos de indecencia aberrante entre hombres. Labouchère afirmaba haberse visto obligado a exigir esta medida debido a la prevalencia de la prostitución masculina en las ciudades de Inglaterra, pero en realidad la ley sería de aplicación en todos los casos de actividad homosexual entre varones. La nueva legislación era sin duda menos draconiana que la anterior normativa inglesa contra la sodomía —que establecía para los condenados la pena de muerte, y que había sido revocada en 1861—, pero tenía una naturaleza mucho más global. La llamada «enmienda Labouchère» reflejaba también la creencia generalizada entre los partidarios del puritanismo social de que la homosexualidad masculina era fruto de la misma lujuria desenfrenada del hombre a la que trataban de poner freno en su campaña contra la doble moral. Además, en ambos casos se invocaba la decencia pública, así como la necesidad de proteger a la juventud, obsesión que quedó particularmente de manifiesto en el juicio contra el dramaturgo británico Oscar Wilde a mediados de la década de 1890. El tema de los escándalos públicos fue abordado del mismo modo en otros países donde estaban prohibidas las relaciones sexuales entre hombres, como ocurrió en Alemania en 1907-1908, cuando el periodista Maximilian Harden (1861-1927) se enredó en una larga serie de pleitos por difamación tras haber acusado a Felipe, príncipe de Eulenburg (1847-1921), amigo íntimo y compañero del káiser, y a otras relevantes figuras de la corte y el Ejército, de mantener relaciones homosexuales entre ellos. El escándalo suscitó un gran pánico en toda la nación, avivado por los socialdemócratas desde la oposición, provocó la caída en des-

gracia del príncipe de Eulenburg, que fue procesado por perjurio, y dañó gravemente la reputación del káiser. Curiosamente, la criminalización de la homosexualidad fue un factor determinante en la aparición de un sentido más profundo de la identidad sexual y la creación de una red más sólida y fuerte de subculturas entre los homosexuales.

El hecho de que la prohibición de la homosexualidad en el Reino Unido no se extendiera a las relaciones homosexuales entre mujeres no fue, como contaría la leyenda, porque nadie en el gobierno británico se atreviera a abordar esta cuestión con la reina Victoria, sino porque, en realidad, había una creencia extendida que estuvo muy presente en toda la campaña en pro del puritanismo social, a saber, que las mujeres no tenían impulsos sexuales entre ellas. Esa misma diferenciación entre hombres y mujeres también estuvo muy presente en la criminalización exclusivamente de la homosexualidad masculina en el continente, como se puso de manifiesto en el Código Penal alemán de 1871 o las sucesivas leyes penales rusas de 1835, 1845 y 1903. Las relaciones lésbicas podían ser clasificadas de «amistad romántica»; las mujeres que eran explícitamente conscientes de su homosexualidad —como una acaudalada dama de Yorkshire, Anne Lister (1791-1840), cuya apariencia masculina, cuyas ropas negras y cuyas relaciones homosexuales cultivadas sin tapujos suscitaron la desaprobación de la sociedad local, entre la que era conocida como «el caballero Jack»— podían contarse con los dedos de una mano, pero, en cualquier caso, no constituían una gran preocupación para la sociedad. El objetivo de los reformistas era la lujuria de los varones. Y a ojos de algunos, una expresión de la lujuria masculina todavía peor que la homosexualidad era la masturbación, ante la cual había un verdadero pánico moral en aquella época. Como declararía unos de los grandes defensores del puritanismo social, el reverendo James Wilson (1836-1931), «Roma cayó; otras naciones han caído; y si Inglaterra cae, será

este pecado, y su falta de fe en Dios, los que habrán provocado su ruina».

Por aquel entonces ya había surgido un movimiento opositor —con publicaciones de carácter erótico como *The Yellow Book*[6], con ilustraciones de Aubrey Beardsley (1872-1898) ayudado por el ingenio subversivo de Oscar Wilde— que constituía todo un desafío a los valores victorianos. El poeta italiano Gabriele D'Annunzio (1863-1938) no solo puso todo su empeño en hacer pública su relación con la actriz Eleonora Duse (1858-1924), sino también en escribir obras literarias como *El placer* (1889), provocando la condena de la Iglesia, que lo calificó de pervertidor de la moral pública. Un escándalo aún mayor suscitaron los trabajos del dramaturgo alemán establecido en Múnich, Frank Wedekind (1864-1918), especialmente *Despertar de la primavera* (1891) y las dos obras que inspiraron la ópera *Lulú* de Alban Berg, *El espíritu de la tierra* (1895) y *La caja de Pandora* (1904), en las que denunciaba la represión sexual y abordaba cuestiones como el lesbianismo, la prostitución y la masturbación en grupo. Pero la aparición del decadentismo no haría más que poner de manifiesto la complejidad y la diversidad de las actitudes ante la sexualidad a finales de la era victoriana y en el curso de la época eduardiana. En 1892, el médico Max Nordau denunciaba las nuevas tendencias en su libro *Degeneración*, considerándolas un síntoma de una decadencia social y moral generalizada. Y la idea central de la clásica demanda que aparecía en los carteles de las sufragistas, «Voto para la mujer y castidad para el hombre», siguió en muchos sentidos vigente hasta la introducción de las píldoras anticonceptivas en los años sesenta del siglo pasado. Un libro de Christabel Pankhurst (1880-1958), *The Great Scourge and How to End It* [El gran flagelo y cómo acabar con él], en el que se abogaba por la abstinencia sexual masculina para terminar con la lacra de la prostitución, probablemente no planteara ideas tan descabelladas como han indicado muchos historiadores. Una obra del dramaturgo y poeta noruego Henrik Ibsen (1828-1906),

Espectros, provocó un gran escándalo público cuando fue representada por primera vez en 1882, pues escenificaba los efectos a largo plazo de una enfermedad venérea en uno de sus personajes principales. El *Daily Telegraph* fue una de las numerosas publicaciones que condenaron lo que este periódico calificó de «una obra absolutamente abominable de Ibsen titulada *Espectros*».

El estudio serio de la sexualidad había comenzado a finales de la década de 1860, con una campaña emprendida por el periodista húngaro Károly Kertbeny (1824-1882) para impedir que el Código Penal alemán que estaba preparándose prohibiera la homosexualidad, término que él mismo acuñó en 1860. La mayor amplitud de miras con la que se discutía sobre sexualidad hacia finales del siglo XIX no solo quedó reflejada en la publicación de una diversidad de libros y tratados sobre este tema, sino que probablemente también se viera influenciada por ella. El principal exponente de esta nueva tendencia lo encontramos en el barón Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), un psiquiatra alemán que exploró determinadas formas de sexualidad, de las que hasta entonces nadie se había atrevido a hablar, en su manual *Psychopathia Sexualis* (1886), un tratado para profesionales de la medicina y de la ley escrito con un estilo académico deliberadamente árido, con abundante uso del latín, para disuadir de su lectura a aficionados libidinosos. El libro trataba de homosexualidad («inversión sexual»), pedofilia y bisexualidad, y presentaba términos nuevos como «sadismo», derivado de las crueles prácticas sexuales del marqués de Sade (1740-1814), y «masoquismo», por las obras de Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895), en cuya novela *La Venus de las pieles* (1870) el protagonista se somete voluntariamente a varias formas de humillación sexual. Krafft-Ebing era un rígido moralista que consideraba que todas las formas de expresión sexual eran perversiones si no tenían como finalidad la procreación, pero su obra, a pesar de todas sus precauciones, contribuyó a poner sobre la mesa el debate sobre la sexualidad. Sin embargo, no contradijo nunca la visión prevalen-

te de la sexualidad femenina. Si una mujer había «tenido un desarrollo normal desde el punto de vista mental —escribió—, y crecido bien, su deseo sexual es mínimo».

El homólogo inglés de Krafft-Ebing, Havelock Ellis (1859-1939), publicó su propio manual médico, *Sexual Inversion*, en 1896. Ellis introdujo los términos «narcisismo» y «autoerotismo» en el lenguaje, y sus ideas tuvieron cierta influencia en el neurólogo austríaco Sigmund Freud (1856-1939), que desarrolló su práctica del psicoanálisis, basada en la utilización de la hipnosis o la asociación libre para ayudar a los pacientes a afrontar sus desórdenes nerviosos recordando traumas sexuales de la infancia, reales o imaginados, que permanecían ocultos en el inconsciente. Con los debates sobre estas ideas celebrados en la llamada Sociedad Psicológica de los Miércoles [Psychologische Mittwoch-Gesellschaft], fundada en 1902, Freud comenzó a adquirir una influencia cada vez mayor sobre los psiquiatras, lo que desembocó en la creación de una Asociación Psicoanalítica Internacional. Algunos de sus discípulos comenzaron a desarrollar ideas bastante distintas, especialmente el psicólogo suizo Carl Gustav Jung (1875-1961), que acuñó los términos «extraversión» e «introversión», y postuló la existencia de un «inconsciente colectivo» compartido por todos y que constituía los fundamentos esencialmente religiosos de la psique humana. Pero fue Freud quien dominó la corriente psicoanalítica, aunque sus ideas no ejercerían verdaderamente una gran influencia en el campo de la psicología hasta después de la primera guerra mundial. Pero la realidad seguiría siendo que, a pesar de todos los debates sobre sexualidad y a pesar de todo el erotismo histriónico de un hombre como D'Annunzio, el continuo descenso de la tasa de natalidad a lo largo de esa época, e incluso mucho después, ponía de manifiesto que la mayoría de la gente estaba más por la labor de reprimir sus necesidades sexuales que por la de actuar conforma a ellas.

El control del dolor

Antes del siglo XIX los seres humanos habían estado condenados a vivir en medio de un dolor casi constante, aliviado en el mejor de los casos por remedios populares de un tipo u otro. Las operaciones de mayor trascendencia debían llevarse a cabo sin anestesia, y los sentidos del paciente solo eran embotados apenas mediante la aplicación de copiosas cantidades de alcohol u opiáceos. Incluso las operaciones de menor importancia, como por ejemplo sacar una muela, intervención que se había convertido en una necesidad cada vez más frecuente tras la introducción en la dieta europea de grandes cantidades de azúcar a lo largo del siglo XVIII, podían causar un dolor casi insoportable. Se hicieron intentos de embotar los sentidos por medio del magnetismo animal o mesmerismo, inventado por el médico austríaco Franz Anton Mesmer (1734-1815) en la década de 1790 y popularizado por los médicos franceses en la de 1820. Se hizo muy popular a través de una serie de experimentos llevados a cabo por el doctor John Elliotson (1791-1868) en el University College Hospital de Londres en 1837 con dos criadas que padecían histeria y epilepsia. Elliotson afirmaba que las había curado haciendo pasar un fluido magnético invisible de su cuerpo al de ellas, insuflándoles de ese modo calor y expulsando de ellas la enfermedad. El mesmerismo, o lo que hoy día llamaríamos hipnosis, se difundió rápidamente en una gran variedad de ambientes sociales hasta que quedó totalmente desacreditado por la revelación de que las pacientes de Elliotson habían estado todo el tiempo fingiendo; a raíz de aquel descubrimiento sobrecogedor los médicos abandonaron rápidamente su uso como anestésico en las operaciones, habitual a comienzos de la década de 1840, y recurrieron cada vez más a la anestesia química.

El control químico del dolor comenzó por la boca. El gas de la risa (óxido de nitrógeno) fue desarrollado por primera vez en América en 1844 como forma de eliminar la sensibilidad durante las intervenciones dentales, pero como otros dos anestésicos que empezaron a utilizarse también en la década de 1840, el éter y la

morfina, se comprobó que resultaba poco fiable y que tenía efectos colaterales nocivos, incluida en algunos casos la adicción. El anestésico más popular de la época sería el cloroformo, cuyos efectos fueron descubiertos por el cirujano escocés James Young Simpson (1811-1870). Fue aceptado de forma generalizada a raíz de que en 1853 lo utilizara la reina Victoria para atenuar los dolores del parto: «El efecto —anotó la soberana en su diario— fue calmante, tranquilizador y agradable en extremo». Sin embargo, no faltaron las objeciones al uso de los anestésicos incluso durante las amputaciones; según decían algunos, el empleo de esos métodos suponía un desprecio a la naturaleza. Y si para algo no se necesitaban era para tratar hechos naturales como el parto. Eran muy peligrosos. Y además eran innecesarios, especialmente para hombres como los soldados, que estaban acostumbrados a aguantar el dolor. El cirujano ruso Nikolái Ivánovich Pirogov (1810-1881) fue el primero en usar anestésicos en el campo de batalla, aplicando éter a los soldados a los que se hizo preciso amputar algún miembro durante la guerra de Crimea (inventó también el uso de la escayola para tratar los huesos rotos), pero a lo largo de la contienda muchos pacientes tuvieron que soportar la intervención plenamente conscientes. Como escribiría Florence Nightingale en noviembre de 1854, poco después de su llegada al hospital militar de Scutari,

> ahora me van a proporcionar una mampara para las amputaciones, pues cuando un pobre muchacho al que mañana van a amputar un miembro ve morir hoy a un compañero bajo el filo del cuchillo, sufre una gran impresión y sus posibilidades de supervivencia disminuyen. Pero en cualquier caso, entre estos cuerpos extenuados la mortandad en las operaciones es espantosa. Ahora es el momento de las hemorragias y de las gangrenas hospitalarias, y cada diez minutos viene corriendo un ordenanza y tenemos que ir y rellenar la herida con hilas hasta que puede venir un cirujano, y detenemos la efusión de sangre lo mejor que podemos.

Muchos pacientes se negaban a someterse a la anestesia general por miedo a no despertarse después. Un clérigo dijo a Simpson que el cloroformo era «un señuelo de Satanás» que solo conseguiría «endurecer a la sociedad y privar a Dios de los pro-

fundos gritos que levanta el ser humano en los momentos de apuro pidiendo ayuda». Sufrir era bueno para el alma; los simples mortales no debían intentar evitarlo. El doctor John Hall (1795-1866), oficial veterano que fue director de los servicios médicos de las fuerzas británicas en Crimea y un obstinado adversario de Florence Nightingale, afirmaba que «el uso inteligente del cuchillo es un potente estimulante y escuchar a un hombre chillar desaforadamente es mucho mejor que verlo hundirse silenciosamente en la tumba». Teniendo en cuenta los peligros de la anestesia general, los cirujanos, especialmente cuando se trataba de intervenciones de menor relevancia, buscaban cualquier medio de atenuar el dolor en las pequeñas zonas del cuerpo que lo necesitaban. El oftalmólogo austríaco Carl Koller (1857-1944) fue el primero en usar anestesia local para que sus pacientes dejaran de reaccionar involuntariamente cuando sus ojos eran tocados por algún instrumento quirúrgico: empleó la cocaína con éxito, experimentando para empezar consigo mismo, y el uso de esta sustancia se propagó enseguida también entre los dentistas. La medicina popular había solido aplicar remedios analgésicos naturales como la corteza de sauce y la filipéndula, y su principio activo, el ácido salicílico, había sido aislado ya en el siglo XVIII. En 1859 fue determinada su estructura y en 1897 la empresa química Bayer produjo una versión alterada de manera sintética derivada de la «reina de los prados» (filipéndula ulmaria), el ácido acetilsalicílico, al que dio el nombre comercial de Aspirina. Dos años después el producto era vendido en todo el mundo y se había convertido en el primer analgésico eficaz de la era moderna.

Hasta la llegada de los anestésicos, los cirujanos se jactaban de su pericia cortando una pierna en cuestión de minutos, pero aunque semejante rapidez pudiera reducir los sufrimientos del paciente, ello no significaba que la operación saliera bien, especialmente si los cirujanos no se lavaban las manos ni esterilizaban su instrumental o si reutilizaban vendas viejas sin antes de-

sinfectarlas. Los riesgos de infección en los hospitales fueron reconocidos por primera vez en términos generales por el médico húngaro Ignác Semmelweis (1818-1865), que en 1847 observó que alrededor de una tercera parte de las mujeres que daban a luz en los pabellones atendidos por médicos en el Hospital General de Viena, en el que él mismo trabajaba, morían de fiebres puerperales, mientras que las tasas de mortandad en los pabellones atendidos por comadronas eran solo de un 10 % aproximadamente. Percatándose de que los estudiantes de medicina accedían a la sala de partos directamente después de diseccionar cadáveres sin lavarse las manos, Semmelweis puso una jofaina llena de agua con lejía a la puerta de la sala de partos y ordenó a todos los estudiantes que la usaran para desinfectarse antes de entrar en ella. Las tasas de mortandad se redujeron a un simple 1 %.

Pero Semmelweis no pudo aportar ninguna explicación científica de estos espectaculares resultados, y se malquistó con sus colegas médicos debido al estudio obsesivo de esta idea suya. Ni la teoría humoral de las enfermedades ni la mesmérica respaldaban sus tesis. Muchos médicos, incluido James Young Simpson, consideraban que la causa más probable de las fiebres puerperales era la infección de persona a persona. Los médicos se sentían ofendidos por la insinuación de que pudieran ser ellos los que propagaran la enfermedad. El contrato de Semmelweis en el Hospital General de Viena no fue renovado y aunque se le facilitó el nombramiento para ocupar un puesto docente como catedrático de obstetricia, solo se le permitió practicar su especialidad con maniquíes de cuero. Lleno de frustración por la actitud de las autoridades sanitarias, dimitió a los pocos días. A continuación se trasladó a Budapest, donde de nuevo logró eliminar prácticamente las muertes por fiebres puerperales en el hospital en el que entró a trabajar. El libro en el que defendía su tesis, publicado en 1861, fue objeto, sin embargo, de críticas feroces en las revistas de medicina, y en cambio se fomentó el uso de otros

manuales contrarios a su postura, que atribuían aquel tipo de fiebres a otras causas. Agotado psicológicamente por la campaña, en último término inútil, que había emprendido para que los profesionales de la medicina aceptaran sus argumentos, Semmelweis empezó a comportarse en público de forma cada vez más extraña. Finalmente fue recluido en un hospital psiquiátrico, del que intentó escapar, pero con ello solo consiguió que los guardianes le propinaran una soberana paliza y que lo mantuvieran encerrado con la camisa de fuerza puesta; dos semanas después de ser confinado en su habitación falleció a consecuencia de las heridas recibidas, que acabaron por infectarse.

No sería hasta mucho después cuando se aceptaran de forma generalizada los métodos asépticos de cirugía y las precauciones antisépticas. La teoría de los gérmenes como origen de la enfermedad encontró finalmente un fundamento científico para su práctica. Joseph Lister (1827-1912), que había estudiado la obra de Pasteur, pensó que se podía evitar que los gérmenes infectaran las heridas que con tanta frecuencia causaban la muerte de los pacientes en medio de terribles dolores después de una operación. Aplicó un vendaje empapado en aceite de linaza y ácido fénico a un paciente de once años que había sufrido una fractura múltiple de una pierna a consecuencia de ser atropellado por un carro. Lister envolvió el vendaje en papel de estaño para impedir la evaporación. Los huesos rotos se soldaron de nuevo y no se produjo la temida infección, y el muchacho salió del hospital andando por su propio pie a las seis semanas de la operación. El «pus laudable» había sido considerado hasta entonces un signo de que los malos humores eran expulsados del cuerpo, pero Lister sostenía que eran un indicio de que se había producido una peligrosa infección. Las técnicas de Lister, consistentes en extraer la sangre de las heridas quirúrgicas, lavarse las manos antes de una operación, bañar las heridas con ácido fénico y aplicar un buen vendaje, no tardarían en ser utilizadas por la mayoría de los sanitarios, especialmente a raíz de su traslado de Glas-

gow a Londres en 1877 para encargarse de la instrucción de los nuevos cirujanos. En el Royal Infirmary de Newcastle las tasas de mortandad a consecuencia de las operaciones de cualquier tipo se redujeron del 60 al 1 % desde el momento en que empezó a aplicarse la práctica de la «antisepsia» de Lister.

Un año después de que Lister se trasladara a Londres, Robert Koch descubrió el germen causante del envenenamiento de la sangre o septicemia. Este adelanto dio lugar a nuevas mejoras como la limpieza exhaustiva de los pabellones quirúrgicos, la esterilización con vapor del instrumental quirúrgico (1887), y el uso de guantes de goma esterilizados (1894) y de mascarillas, introducidas por el cirujano polaco Jan Mikulicz-Radecki (1850-1905). Pero la antisepsia tardaría en convertirse en una práctica habitual en los teatros de operaciones. Durante la guerra franco-prusiana (1870-1871), los cirujanos franceses amputaron alrededor de 13.200 miembros, con una tasa de mortandad entre los pacientes de alrededor del 76 %. Todas las amputaciones realizadas a las personas que resultaron heridas en la Comuna de París acabaron en muertes. Hasta 1875 no se publicó en Francia el primer manual de procedimientos asépticos y antisépticos, obra del cirujano Just Lucas-Championnière (1843-1913), que había observado directamente los métodos utilizados por Lister. La introducción de esos métodos no solo contribuyó a reducir el dolor: permitió además a los cirujanos emprender operaciones más largas y acceder a órganos internos del cuerpo que hasta ese momento habían permanecido fuera de su alcance.

Estas innovaciones, junto con el uso de los anestésicos, acarrearon grandes cambios en el papel desempeñado por los hospitales y en su reputación. A comienzos del siglo XIX los hospitales eran lugares a los que los pobres iban simplemente a morir. En casi todo el continente eran gestionados por órdenes religiosas femeninas en cumplimiento del voto de caridad. Incluso a comienzos del siglo XX solo 3.000 de las 75.000 enfermeras que había en Alemania habían recibido instrucción profesional; el

resto eran monjas o diaconisas. En Francia, en cambio, la Tercera República, de tendencia claramente anticlerical, introdujo programas de enseñanza profesional ya en la década de 1870, mientras que en Gran Bretaña, Florence Nightingale creó una escuela de enfermeras a su regreso de Crimea. Poco antes de que estallara la primera guerra mundial, la profesionalización de la enfermería se había extendido al ámbito militar, desde el momento en que los ejércitos reconocieron la necesidad de reducir las tasas de infección y de mortandad entre sus tropas en tiempos de guerra. En 1900, la ciencia médica y sobre todo los éxitos de la bacteriología habían consolidado enormemente la reputación de la profesión médica, mientras que la expansión de los seguros de enfermedad y de otros planes similares empezó a abrir los hospitales al tratamiento de las multitudes. El conocimiento de las enfermedades y sus causas experimentó una auténtica revolución, y con ella llegaron cambios espectaculares en el terreno de las terapias. Las escuelas de anatomía que habían florecido durante las primeras décadas del siglo contribuyeron a educar a la profesión médica en la estructura y funcionamiento de los órganos internos. Durante mucho tiempo una práctica terapéutica habitual había sido aplicar sanguijuelas a los enfermos con el fin de restaurar el equilibrio de los humores del cuerpo. François-Joseph-Victor Broussais (1772-1838), médico francés que prestó servicio en los ejércitos de Napoleón sucesivamente en Alemania, Holanda y España, descubrió un nuevo motivo para utilizar aquellos animales chupadores de sangre, al sostener que extrayendo la sangre del paciente contribuían a eliminar la inflamación de la sangre que él consideraba la causa básica de las enfermedades. Debido a su influencia, las importaciones de sanguijuelas a Francia habían alcanzado a mediados de la década de 1830 la impresionante cifra de 33 millones al año. Sería solo con el advenimiento de la bacteriología a finales de siglo cuando empezara a disminuir la práctica de la sangría.

La diagnosis médica experimento una auténtica revolución gracias a la invención del estetoscopio en 1819 por el francés René Laennec (1781-1826). El empleo de este instrumento a raíz de su regreso de París por el médico inglés de ficción Tertius Lydgate, uno de los principales personajes de la novela de George Eliot (1819-1880) *Middlemarch* (publicada en 1871-1872, aunque situada en la década de 1830), era presentado como motivo de una fuerte oposición por parte de sus colegas ingleses. Otros hallazgos de la época fueron el laringoscopio, inventado en 1855 por Manuel García (1805-1906), barítono y maestro de canto español establecido en París, y adoptado enseguida por los profesionales de la medicina. El oftalmoscopio fue inventado también en 1855 por el médico alemán Hermann von Helmholtz (1821-1894). Todos estos inventos fomentaron el desarrollo de la medicina especializada y de los hospitales igualmente especializados, incluidos los infantiles, establecidos entre otros lugares en San Petersburgo en 1834 y en Viena en 1837. Las clínicas oftalmológicas, los hospitales dedicados a la lucha contra el cáncer, las clínicas dermatológicas, las ortopédicas y otras instituciones similares contribuyeron a mejorar la reputación de los hospitales como instituciones en la consideración del público en general. No obstante, la mayoría de las enfermedades siguieron oponiendo una inquebrantable resistencia al descubrimiento y a la aplicación de terapias y curas satisfactorias. No sería hasta la llegada de los antibióticos, después de 1945, cuando las infecciones más corrientes fueran susceptibles de ser intervenidas por los médicos. La profesión médica había empezado a dominar el dolor, pero pasaría mucho tiempo antes de que el proceso quedara más o menos completado de algún modo.

Locura y civilización

El siglo XIX conoció numerosos intentos de comprender y, en último término, controlar la naturaleza humana por medios científicos. La iniciativa la tomó en este terreno la nueva ciencia de la frenología, desarrollada a principios de siglo por Franz Gall

(1758-1828) y Johann Spurzheim (1776-1832), que dio clases en Edimburgo y transmitió su método a George Combe (1788-1858). Los escritos de Combe sobre el tema fueron cruciales para la popularización de esta disciplina en Inglaterra. En 1859 se habían vendido 300.000 ejemplares de su libro *The Constitution of Man, Considered in Relation of External Objects* [La constitución del hombre, considerado en relación con los objetos externos], publicado en 1828, lo que, según ciertos cálculos, haría de él el cuarto libro más vendido de Inglaterra durante el segundo cuarto del siglo, después de la Biblia, *El progreso del peregrino* y *Robinson Crusoe*. En el culmen de su popularidad, la frenología fue divulgada por más de doscientos conferenciantes que recorrieron el Reino Unido difundiendo sus principios en los Institutos de Mecánica, donde se hizo especialmente popular como medio fácilmente comprensible, secular, racional y científico de determinar los rasgos característicos de la personalidad. Los frenólogos creían que la mente estaba hecha de una variedad de facultades mentales, espirituales y morales que estaban en la raíz del posterior desarrollo de la neuropsicología. Cada persona poseía esas facultades en una combinación distinta y en grados también distintos, cosa que se reflejaba en el tamaño del área que cada facultad ocupaba en el cerebro, de modo que se podía determinar la estructura de la personalidad de un individuo midiendo el área del cráneo que recubría cada facultad o, mejor dicho, en la que los frenólogos creían que estaba radicada esa facultad. Combe creía que el individuo podía esforzarse trabajando para mejorar y alterar así la forma de los bultos de su cabeza, y exhortaba a practicar la frugalidad, la disciplina, la puntualidad, el trabajo duro y la limpieza, de modo que no es de extrañar que la frenología fuera popular en la era de la industrialización más impetuosa. No obstante, su reputación empezó a decaer a partir de 1850, cuando la arbitrariedad y la absurdidad médica de sus principios básicos se hicieron cada vez más evidentes, hasta que fue rechazada formalmente por la Asociación Británica para el

Avance de la Ciencia, creada en 1831. La frenología nunca tuvo demasiada influencia en ningún otro país, y especialmente no lo tuvo en Francia, donde se asoció con corrientes de pensamiento de izquierdas, secularistas y materialistas.

Mientras que la apreciación de la frenología subía y bajaba, la atención institucional de los enfermos mentales y de los disminuidos psíquicos experimentó una auténtica revolución. El racionalismo de la Ilustración permitió una acentuación de la división entre cuerdos y locos, y dio lugar a la creación de «casas de locos» o manicomios, centros especializados destinados a los enfermos mentales o a las personas aquejadas de algún trastorno psíquico, distintos de las cárceles en las que habían sido encerrados hasta entonces de cualquier manera junto a los delincuentes. La psiquiatría surgió como una subdisciplina específica dentro de la medicina, y los reformistas defendieron la eliminación del encierro y la vigilancia a los que eran sometidos los enfermos mentales y la adopción de terapias para intentar curar sus síntomas o al menos aliviarlos. El psiquiatra francés Jean-Étienne Dominique Esquirol (1772-1840) fue un destacado defensor de la creación de establecimientos especializados para locos, afirmando que el «manicomio es un instrumento de curación». Esquirol fue el principal arquitecto de una ley francesa de 1838 que exigía la creación de hospitales mentales en todos los departamentos del país, dirigidos por médicos cualificados. Acuñó el término «alucinación» e ideó la diagnosis de la monomanía y sus múltiples variedades, entre ellas la cleptomanía, la ninfomanía o la piromanía. En el asilo de Charenton, al sureste de París, donde permaneció confinado hasta su muerte en 1814 el marqués de Sade, Esquirol introdujo un nuevo método de tratamiento consistente en «apartar al loco de todos sus pasatiempos habituales, distanciándolo de su lugar de residencia, separándolo de su familia, sus amigos, sus criados, rodeándolo de extraños, y alterando toda su forma de vida». Una vez hecho esto, el psiquiatra introduciría nuevos estímulos que devolverían la cordura al pa-

ciente. Incluso los «idiotas» fueron sometidos a algún tipo de adiestramiento, sobre todo desde que John Langdon Down (1828-1896), médico originario de Cornualles, identificó el que sería llamado por la posteridad «síndrome de Down».

Un grado similar de optimismo sería expresado por el máximo representante de la escuela fisiológica dentro de la psiquiatría, Wilhelm Griesinger (1817-1868), que planteó la teoría, por lo demás sumamente influyente, de que «toda enfermedad mental tiene su raíz en una enfermedad cerebral». Proponía que las enfermedades mentales podían dividirse en crónicas y agudas. Los que padecían la primera modalidad debían ser ingresados en manicomios rurales, y los que padecían la segunda debían ir a establecimientos urbanos. Si un paciente pasaba de un estado a otro, debía ser trasladado por consiguiente de un tipo de manicomio a otro. Esto significaba la creación de un sistema integrado de centros en los que los poderes de cada director quedarían considerablemente reducidos, planteamiento que, como cabría esperar, provocó muchas objeciones a su proyecto. En vez de confinarlos sin más, y mucho menos lejos de encerrarlos de manera permanente, había que poner a trabajar a los pacientes para estimular su mente y compensar los costes de la construcción y el mantenimiento de los nuevos grandes manicomios que estaban abriéndose por doquier. Griesinger consiguió establecer la psiquiatría como una disciplina académica y en 1865 se le concedió la primera cátedra de esta especialidad en la Universidad de Berlín. Pese a sus discrepancias en la etiología de la locura, tanto Esquirol como Griesinger representaban una nueva visión más optimista de la enfermedad mental que encontraría su expresión en el establecimiento de instituciones para locos en muchos países de Europa.

Del mismo modo que emprendió la reforma de las leyes de pobres, el Estado empezó también a asumir la responsabilidad de aquellos que ahora tenía el convencimiento de que no estaban en condiciones de cuidarse solos. La ley francesa de 1838 pro-

puesta por Esquirol fue imitada por leyes similares en otros países de Europa, por ejemplo en Holanda en 1841. Estas leyes establecían la creación de hospitales mentales públicos supervisados por médicos. En Inglaterra y Gales las críticas contra el cuidado de los dementes en manicomios privados se intensificaron a medida que fueron poniéndose de manifiesto los abusos cometidos en el «comercio de la locura». Ya en 1828 una ley decretaba la realización de inspecciones por «comisarios de locura» y un sistema de concesión de licencias y aprobaciones. Casi la totalidad de los 21.000 internos en asilos mentales que había en 1844 continuaban en instituciones privadas, pero una ley aprobada en 1845 establecía la creación de hospitales mentales públicos para los pobres, supervisados por médicos, en todos los condados, lo que dio lugar a la transformación de los manicomios privados en lugares a los que las clases medias y altas enviaban a sus familiares aquejados de demencia. Los nuevos centros como el manicomio del condado de Middlesex, construido ya en Hanwell en 1831, estaban situados en zonas rurales, habían eliminado el encierro, y animaban a sus internos a pasear por los jardines y a desarrollar trabajos útiles. Con sus 450 internos, Hanwell llegó a ser en un momento dado el hospital mental más grande del mundo. La necesidad de atender al número cada vez mayor de personas relacionadas con este tipo de instituciones dio lugar a la construcción de manicomios más grandes: la fachada del manicomio de Colney Hatch, al norte de Londres, cuya primera piedra puso el príncipe Alberto en 1849, tenía una longitud de casi medio kilómetro.

El primer hospital mental de Renania, región industrial y muy urbanizada, fue fundado por la administración local prusiana en Siegburg en 1825, financiado con los impuestos que gravaban las tierras. Estaba pensado para 200 internos; no admitía a los enfermos mentales de carácter crónico, a los deficientes mentales, ni a los aquejados de demencia senil o epilepsia. Las solicitudes de admisión podían ser presentadas por las autoridades locales o

por los particulares, y su aprobación era decidida por el director del centro. La manutención de los internos era pagada en su mayor parte por los parientes. En 1842 los pacientes admitidos desde 1825 ascendían a 255 individuos pertenecientes a familias de militares o profesionales; 528 provenían de familias artesanas o comerciantes; 177 eran tenderos, 162 labradores, 28 pensionistas, y 311 asalariados, que constituían por tanto una pequeña minoría entre los internos, aunque correspondían a la mayoría de la población. Pese a la hostilidad de los organismos estamentales representativos de corte tradicional, que se sentían molestos por los costes ocasionados por semejante establecimiento, los liberales consiguieron preservar su carácter de institución benéfica y progresista que, como dijo su director, Carl Wigand Maximilian Jacobi (1775-1858), ante los Estados Generales en 1843,

> ... ha liberado a los dementes de las jaulas y los agujeros, de esas mazmorras en las que yacían, ha roto las cadenas que los ataban, los ha instalado en viviendas secas y luminosas, les ha proporcionado camas limpias, poniendo a su disposición una supervisión preventiva, jardines y terrenos, una ocupación útil que alterna con una gran variedad de diversiones, tratamiento médico adecuado y el consuelo de la religión, en la medida en que sus capacidades se lo permiten; en resumen, les ha proporcionado todo lo que se entiende como tal en la concepción habitual hoy día de una institución mental bien equipada.

Pero el establecimiento de esta y otras instituciones similares suscitaba la cuestión de por qué a unas personas se les diagnosticaba demencia y a otras no. Las casas de locos, en realidad, debieron su creación y su expansión no tanto a los avances médicos cuanto a los cambios experimentados por las costumbres sociales.

De ese modo, por esa misma época, en el manicomio de Eberbach, situado en la provincia prusiana de Hesse-Nassau, a una elevada proporción de los internos se les había diagnosticado psicosis religiosa, tras mostrar formas de comunión pública con lo sobrenatural que eran admitidas en los ambientes rurales, pero no en la sociedad burguesa de la época. El misticismo religioso o la melancolía, la profecía, la posesión, incluso el entusiasmo, iban en contra de la creencia burguesa en el autocontrol y la

moderación, y eran explicados por los profesionales de la incipiente psiquiatría en términos de trastornos mentales. El tratamiento en el manicomio incluía no solo terapias destinadas a restablecer el equilibrio de fluidos en el cuerpo y en el cerebro, como las sangrías o la inmersión del paciente en agua fría desde una gran altura, en una especie de ejercicio de *puenting* por prescripción facultativa («utilizábamos la bóveda de una iglesia de veinticuatro metros de altura para lanzarlos desde un trampolín», informaba un médico de Eberbach), sino también aparatos mecánicos que pretendían mantener a raya la dolencia, por ejemplo atando al paciente a una silla que luego se hacía girar sobre su eje a gran velocidad. Todas estas terapias podían ser usadas también como instrumentos de disciplina. Eran aplicadas sobre todo a los pacientes de clase baja que formaban el grueso de los habitantes del manicomio. Los pacientes de clase media que vivían en el manicomio de Eberbach, en cambio, eran invitados a asistir a tertulias regulares o a «veladas de casino» con los empleados de mayor rango, a tomar el té con ellos y a mantener conversaciones agradables y corteses o entretenidas partidas de billar. En Eberbach esas sesiones solían comenzar con el discurso de un paciente que se creía que era el delfín de Francia. No solo las normas de clase, sino también las de género eran fundamentales en el proceso de diagnosis y tratamiento de las dolencias. Las nociones de lo que era el comportamiento adecuado de hombres y mujeres eran elementos vitales de la incipiente esfera pública. La violación de tales normas, especialmente por individuos de clase baja, daba lugar cada vez más a menudo a su estigmatización como dementes. Las mujeres que se comportaban en público de manera atrevida, agresiva o independiente eran etiquetadas de «ninfómanas», diagnóstico a menudo confirmado por el uso que hacían de formas de protesta tradicionales, a menudo vulgares y sexualizadas, cuando estaban encerradas en el manicomio. Los hombres que se comportaban de manera gris, pasiva o débil, que evitaban el trato social, o no vivían de acuerdo con

el nuevo ideal cultural burgués de virilidad activa, eran hospitalizados con el pretexto de que sufrían de «demencia masturbatoria».

En un manicomio noruego construido en la década de 1850 las causas de la demencia eran clasificadas de la siguiente manera: hereditaria (treinta y tres casos), onanismo (treinta), desengaños amorosos (veintitrés), intemperancia y embriaguez (veintidós), penalidades domésticas (veintidós, casi todos ellos de mujeres), disgustos (trece), sífilis (once) y espanto o agotamiento (diez). El edificio tenía cinco alas, destinadas respectivamente a «pacientes tranquilos de las mejores capas de la sociedad», a pobres, a individuos «ruidosos y turbulentos», a pacientes «violentos, nerviosos y destructivos», y a los «sucios y degradados». El personal de la institución leía revistas psiquiátricas profesionales escritas en las principales lenguas europeas, e intentaban acostumbrar a los internos a llevar una vida más o menos normal, con habitaciones individuales o a lo sumo dobles, comedor y posibilidades de hacer ejercicio. Se había facilitado una sala para promover el trato social. «Los caballeros tienen sus mesas de billar, y las señoras sus pianos, lo mismo que nosotros», informaba el médico inglés William Lauder Lindsay (1829-1880) a raíz de una visita que efectuó al establecimiento en 1857. A los hombres les daban trabajo cortando leña, y a las mujeres cosiendo. Su demencia, decía Lindsay, adoptaba la forma de melancolía (71 casos), psicosis (43) o senilidad (30). Se administraba opio en abundancia para calmar a los pacientes siempre que se consideraba necesario. En general daban de alta cada año a unos 65 pacientes sobre un total de 250, por considerarlos curados o muy mejorados.

La mayoría de estos nuevos manicomios europeos fueron construidos en zonas relativamente apartadas, en parte al menos porque los habitantes de las ciudades a menudo rechazaban la presencia de los locos en sus barrios. En septiembre de 1892, por ejemplo, una asociación de vecinos del distrito de Steglitz, en

Berlín, solicitó al canciller del Reich que detuviera «la propagación de casas de locos privadas en este lugar... No solo se pondrán en gravísimo peligro la paz y la seguridad de los vecinos, sino que sufrirá la reputación de la zona circundante y las propiedades vecinas perderán valor en una medida considerable». En cualquier caso, sin embargo, las doctrinas psiquiátricas dominantes de finales del siglo XIX y comienzos del XX subrayaban la necesidad para los pacientes de un entorno natural, de la luz, del aire fresco del campo y de la existencia de espacio para hacer ejercicio. Una institución modelo, el hospital mental de Steinhof, situado en los bosques de Viena y construido según el diseño del arquitecto Otto Wagner, uno de los grandes exponentes de la secesión vienesa, fue inaugurado en 1907, con cuarenta pequeños pabellones puestos en fila en la ladera de una colina, en lo alto de la cual había una espectacular capilla de estilo modernista. Para entonces los gigantescos establecimientos institucionales de mediados de siglo estaban perdiendo el favor de los psiquiatras progresistas, que habían empezado a preferir una forma de hospitalización menos uniformada, aunque pocas veces se dispusiera de fondos para derribar los enormes edificios anteriores y construir en su lugar unos establecimientos más avanzados.

Ni siquiera las instituciones más progresistas podían hacerse cargo de los enfermos incurables. Un ejemplo bien conocido es el del compositor Robert Schumann (1810-1856), que a partir de 1853 empezó a sufrir cambios de estado de ánimo que lo hacían pasar de la exaltación a la depresión, y viceversa, con visiones de ángeles y demonios. El 27 de febrero de 1854, temeroso de que pudiera llegar a hacer daño a su esposa, la pianista y compositora Clara Schumann (1819-1896), se arrojó desde un puente a las aguas del Rin. Rescatado por unos barqueros, ingresó voluntariamente en un pequeño manicomio privado en el barrio de Endenich, en Bonn, donde su situación fue deteriorándose con toda rapidez hasta su muerte, acontecida el 29 de julio de 1856. Sus síntomas quizá fueran causados por un tumor cerebral o tal

vez por una sífilis terciaria agravada por envenenamiento con mercurio. Otro caso célebre fue el del pintor Vincent van Gogh (1853-1890), que sufría ataques de depresión y trastornos psíquicos. El 23 de diciembre de 1888, tras una disputa con un amigo suyo, el también pintor Paul Gauguin, se cortó una parte de la oreja izquierda con una navaja de afeitar, la envolvió en un pañuelo y la dejó al cuidado de una prostituta en un burdel. Dándose cuenta de que necesitaba tratamiento, ingresó voluntariamente en el manicomio de Saint-Paul, en Saint-Rémyde-Provence, en el que permaneció entre 1889 y 1890. Allí tenía acceso a los jardines y era vigilado cuidadosamente para que no fumara ni bebiera ni intentara ingerir, como había hecho antes, pintura o aguarrás. «Me siento aquí más feliz con mi obra de lo que pudiera estarlo fuera —decía en una carta—. Permaneciendo aquí mucho tiempo habré aprendido unos hábitos regulares y a la larga el resultado será un orden mayor en mi vida». El tratamiento que se le administraba, por lo demás mínimo, consistía principalmente en un baño de dos horas dos veces por semana; no tuvo ningún efecto. Van Gogh no permaneció mucho tiempo en el manicomio; se dio de alta voluntariamente, aunque siguiera bajo supervisión médica, y el 27 de julio de 1890 se pegó un tiro en el pecho con un revólver, muriendo dos días después a consecuencia de una infección no tratada ocasionada por la herida.

El fracaso del modelo de las grandes instituciones mentales de mediados de siglo se produjo, entre otras cosas, debido a que sufrían permanentemente de falta de personal. El problema fundamental era que el número de internos aumentaba con una rapidez nunca vista hasta entonces, mientras que los pacientes que eran dados de alta seguían siendo pocos. En 1901, en Irlanda, por ejemplo, fueron ingresados en los diversos manicomios de la isla 3.700 individuos en un solo año, mientras que solo fueron dados de alta 1.300. Varios centenares de estos últimos volverían a ingresar al poco tiempo; un informe publicado en 1904 declaraba que «es muy habitual que algunos saquen a sus parientes enfer-

mos del manicomio para que trabajen para ellos durante los meses de verano». Las tasas de curación no habían aumentado desde la década de 1870, mientras que el número de ingreso en los manicomios de la isla se había disparado, alcanzando en 1914 un nivel de 490 pacientes por cada 100.000 habitantes, frente a los 298 de Inglaterra y Gales, consecuencia de la generosa provisión de establecimientos públicos destinados a los irlandeses pobres que se había hecho durante los años posteriores a la hambruna. Ya en 1838 William Ellis (1780-1839) se sintió obligado a dimitir como superintendente del manicomio de Hanwell debido a las constantes demandas de las autoridades locales de que permitiera el ingreso de más pacientes. En 1844 el informe de los inspectores que visitaron el centro decía: «Los dos médicos residentes tienen que atender entre los dos a casi mil pacientes». La situación siguió deteriorándose más y más durante las últimas décadas del siglo.

La mayor parte del trabajo de los manicomios era realizada por los auxiliares, reclutados, como decía un informe de 1837, entre «los desempleados de otras profesiones… Basta que posean fuerza física y una reputación tolerable de sobriedad; y esta última condición a menudo es pasada por alto. Empiezan a desempeñar sus funciones sin saber nada en absoluto acerca de lo que es la demencia». Lo único que podían hacer era mantener el orden, y no se andaban con demasiados miramientos a la hora de hacer su trabajo. Un interno de Hanwell, que había ingresado voluntariamente en el hospital a mediados de la década de 1860, comunicaba que la conducta de los auxiliares no había hecho más que agravar su depresión:

> La manera de dar de comer a los pacientes, el lenguaje empleado, las alusiones escabrosas, las respuestas desagradables y obscenas: los auxiliares compitiendo con los pacientes a la hora de provocar las risas más sonoras, el burdo griterío de los auxiliares, los empujones escandalosos, los pisotones en los pies; el maltrato de los pacientes enfermos, revoltosos y desamparados, sin preocuparse de los resultados; todas esas vergonzosas escenas tenderían *luego* a reforzar mi idea preconcebida de que Dios me había maldecido.

En 1895, Connolly Norman (1853-1908), superintendente de varios manicomios de Irlanda, exigió que dos auxiliares que habían roto una costilla a un interno a consecuencia de una paliza fueran despedidos por los directores de la institución. Estos se negaron a atender su demanda y los auxiliares siguieron en su puesto. Las quejas se multiplicaron durante la última década del siglo XIX y la primera del XX, cuando el hacinamiento reinante en los establecimientos psiquiátricos dio lugar a un aumento de los episodios de violencia y los directores y el personal decidieron mirar hacia otra parte. Cuando Norman interrogó a los auxiliares tras la muerte de un paciente, hizo saber que «dicen que no presentarán ninguna prueba mientras estén viviendo aquí, pues no sería prudente para su seguridad».

A comienzos de la nueva centuria, la población de las instituciones mentales fue aumentando todavía con más rapidez. A mediados del siglo XIX la mayor parte de los enfermos mentales y de los disminuidos psíquicos seguían siendo cuidados por sus familias. De las 55.043 personas clasificadas en el censo de Prusia de 1871 como «locos», 41.262 —esto es, el 75 % del total— seguían viviendo en su casa. Pero este balance cambiaría de forma notoria durante las décadas sucesivas. La población general de Prusia aumentó un 60% entre 1875 y 1910, la población urbana lo hizo en un 137 %, y el número de internos de las instituciones mentales se incrementó un 429 %. En 1910 había 79.000 internos de sexo masculino y 64.000 de sexo femenino, más de la mitad de ellos aquejados de «simple trastorno de la mente». Análogamente, en los Países Bajos se produjo un aumento de la población interna en instituciones mentales, que pasó de los 52 pacientes por cada 100.000 habitantes de 1850 a los 144 por cada 100.000 habitantes de 1910, mientras que en Suiza el número de internos por cada 100.000 habitantes se dobló en ese mismo período. Con la continuación de la urbanización acelerada, a las familias les resultaría cada vez más difícil mantener en casa a los disminuidos psíquicos y a las personas aquejadas de trastornos mentales, y

sería cada vez más probable que las personas de ese tipo quedaran al cuidado del Estado.

A esta situación se añadiría el paso dado en la teoría psiquiátrica hacia la tesis de que, lejos de ser curables, muchas afecciones mentales eran hereditarias. Se crearon cátedras de psiquiatría en muchas universidades: en Gotinga en 1866, en Heidelberg en 1871, y en Leipzig y Bonn en 1882. Sin embargo, los titulares de esas cátedras no instruían a los médicos que estaban en activo en los manicomios, sino que se dedicaban a la investigación y al trabajo teórico, particularmente acerca del cerebro; los médicos de los manicomios solían ser simples titulados que aprendían el oficio trabajando. En último término fueron los académicos los que crearon este cambio de actitud, al introducir la idea de que la discapacidad psíquica y los trastornos mentales tenían un origen principalmente físico. Las influencias mentales, no obstante, seguirían siendo admitidas por Jean-Martin Charcot (1825-1893), «el Napoleón de las neurosis», que estableció una clínica psiquiátrica en el hospital de la Salpêtrière de París, y fue el primero en describir la esclerosis múltiple y la enfermedad de Parkinson (a la que llamó así en honor de James Parkinson [1755-1824], autor de un influyente tratado sobre la «perlesía temblorosa» publicado en 1817). El trabajo psiquiátrico más importante de Charcot tuvo que ver con la histeria, considerada por lo general un síntoma de disfunción orgásmica de la mujer. Charcot sostenía que era habitual tanto en los hombres como en las mujeres y que sus causas eran más psicológicas que fisiológicas. En este sentido su influencia no logró propagarse entre los cultivadores de la medicina, que siguieron prescribiendo cinturones, inyecciones y aparatos internos a las chicas que consideraban aquejadas de este mal. Los tratamientos incluían la mutilación genital, aplicada frecuentemente a mujeres que, como afirmaba un médico inglés, Isaac Baker Brown (1811-1873), se habían vuelto «inquietas y nerviosas… e indiferentes a las influencias sociales de la vida doméstica». Brown, que había prac-

ticado muchas operaciones de este tipo en su Hospital Quirúrgico de Londres desde 1859, fue expulsado de la Sociedad de Obstetricia en 1871 por abusar de su autoridad, pero él aseguraría, quizá con cierta razón, que no había hecho nada insólito y que había sido castigado injustamente.

La visión más pesimista era la que expresaba Emil Kraepelin (1856-1926), cuyo manual de psiquiatría fue publicado en 1883 y fue reeditado y ampliado en varias ocasiones. Se afirmaba en él que los trastornos mentales eran en primer lugar de origen físico y hereditario. El autor sostenía que la psiquiatría había dado un «paso decisivo al pasar de una visión sintomática de la locura a otra clínica». Los síntomas eran meras expresiones de un síndrome, de un trastorno hereditario como la esquizofrenia o la psicosis maníaco-depresiva, que ninguna terapia era capaz de corregir. Kraepelin extendía este concepto mucho más allá de lo que habitualmente se entendía por enfermedad mental, hasta abarcar el alcoholismo, la delincuencia común y las desviaciones de todo tipo. La policía y las autoridades locales aprovecharían este razonamiento como una forma de abordar el problema de los pobres refractarios, adoptando con el consejo de los médicos una redefinición de los excesos en la bebida como «una forma de psicosis periódica» y consignando a los alcohólicos a los hospitales psiquiátricos, a menudo pese a una fuerte oposición por parte de las familias. De ese modo los manicomios se convirtieron en vertederos de toda clase de desviados. Como señalaba en un informe anual John Bucknill (1817-1897), del manicomio del condado de Devon:

> La ley que prescribe que los locos, peligrosos para sí mismos y para los demás, sean encerrados en casas de locos para su cuidado, absolutamente necesario, y su protección, ha sido extendida en su aplicación a muchas clases de personas que no habrían sido consideradas nunca lunáticas cuando esta legislación entró en vigor. Desde 1845, la ciencia médica ha descubierto reinos enteros de locura y como la delicada piel de esta civilización remilgada no ha querido mantener contacto con sus congéneres imperfectos, los múltiples receptáculos de la locura se han llenado hasta los topes de una población que se parece mucho a los que todavía andan sueltos.

Después de un siglo de intentar curar la demencia, daba la impresión de que no se habían hecho muchos progresos a la hora de controlar lo incontrolable; de hecho, si acaso, el problema se había agravado. La desviación y la demencia parecían ahora dos caras de la misma moneda.

Disciplina y castigo

En 1858, en la ciudad universitaria de Gotinga, en Hannover, un asesino convicto fue llevado a la «picota de los cuervos», según el nombre que se le daba popularmente, esto es, al patíbulo, situado fuera de las puertas de la muralla, donde se había congregado una gran multitud para contemplar el acontecimiento. Un testigo ocular, el anatomista Heinrich Wilhelm Gottfried von Waldeyer-Hartz (1836-1921), describiría lo que sucedió a continuación:

> Bajo su mentón colocaron un cabestrillo de cuero, por medio del cual uno de los ayudantes tiró su cabeza hacia atrás con fuerza, y la sujetó allí... El verdugo sacó la gran espada de la justicia, ancha, afilada y reluciente, que llevaba metida debajo del manto, se colocó a la izquierda del reo, echó los brazos hacia atrás, y en un santiamén separó la cabeza del tronco, seccionándole el cuello más de un suave plumazo que de un golpe. La cabeza siguió sujeta en el cabestrillo de cuero, y dos chorros de sangre brotaron de la herida del cuello, pararon y volvieron a salir, y siguieron cayendo varias veces más, cada vez más débiles, a medida que se sucedían los latidos... Cerca del patíbulo se habían situado unos cuantos individuos aquejados de epilepsia. Habían entregado a los ayudantes del verdugo unos vasos de cristal para que recogieran la sangre del reo cuando saliera de la herida y los ayudantes se los devolvieron a los epilépticos, que bebieron su contenido de inmediato.

Parece sorprendente que un acontecimiento como este tuviera lugar todavía en 1858, pero esos rituales públicos, a los que asistían enormes cantidades de gente —a veces se calcula que 20.000 personas o más—, acompañados de antiguas supersticiones populares, de puestos de comida y de bebida, y rodeados de canciones y baladas de contenido soez, fueron habituales en muchos rincones de Europa hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

En Inglaterra las ejecuciones públicas en la horca fueron a menudo acompañadas de peleas entre los miembros de la familia

del reo y los hombres enviados por las escuelas de anatomía para que se hicieran con el cuerpo del malhechor con el fin de diseccionarlo. En los casos en los que los cadáveres eran dejados a la intemperie para que se descompusieran en la misma horca —el último ejemplo de este tipo en Inglaterra tuvo lugar en Leicester en 1832—, la gente intentaba a veces robar alguna parte del cuerpo para utilizarla en la fabricación de remedios populares. En Prusia los reos eran sometidos al hacha del verdugo o bien, hasta 1848, se les aplicaba el suplicio de la rueda, sobre la cual el responsable de la ejecución ponía el cuerpo del malhechor, previamente descoyuntado. En Renania las autoridades judiciales utilizaban la guillotina, introducida en tiempos de la ocupación francesa, pero sus connotaciones revolucionarias hicieron que fuera rechazada por los gobiernos conservadores de muchos estados alemanes, entre ellos Prusia y Baviera. En Austria e Inglaterra los reos de muerte eran ejecutados en la horca, mientras que en España el método habitual en todo el país desde 1820 era el garrote vil, un aparato mediante el cual el reo era atado a un poste y se le ponía un collar de hierro atravesado en su parte trasera por un torniquete que, al ser girado, rompía el cuello de la víctima.

Los remilgos burgueses y el temor cada vez mayor de los gobiernos fueron limitando progresivamente el ritual de las ejecuciones públicas, hasta que fueron abolidas por completo. Como lamentaba Charles Dickens hablando de un ahorcamiento al que asistió en 1840, no había visto «la menor emoción propia de la ocasión… Ningún dolor, ningún sano terror, ninguna repugnancia, ninguna seriedad; nada más que chocarrería, indecencia, frivolidad, ebriedad y alarde del vicio en cincuenta formas más». A partir de 1848 las autoridades de todos los países empezaron a temer las grandes concentraciones públicas de gente, fuera cual fuera el motivo. En Prusia, las ejecuciones fueron trasladadas al patio de la prisión en 1851, en Sajonia en 1855, y en todos los demás estados alemanes en 1861. Las ejecuciones públicas dejaron

de existir en Gran Bretaña en 1868. En cambio, la última ejecución pública en Rusia había tenido lugar ya en 1826, cuando cinco decembristas fueron ahorcados ante una gran multitud; al romperse las sogas, salvando así la vida de los condenados, la gente empezó a proferir gritos pidiendo clemencia, en una tradición que consideraba semejantes acontecimientos una expresión de la voluntad de Dios; pero el zar, el implacable Nicolás I, ordenó que se pusieran en la horca nuevas sogas y que la ejecución siguiera adelante. En Francia, a partir de 1832 las ejecuciones tendrían lugar fuera de las puertas de la prisión en la que el reo permaneciera encerrado, y a partir de 1870 quedó abolida también la colocación de un patíbulo elevado, haciendo que la ceremonia se celebrara a ras de suelo y que por lo tanto resultara más difícil su contemplación. Sin embargo, los intentos de abolir las ejecuciones públicas en Francia chocaron con la oposición de los conservadores, por un lado, y con la de los partidarios de la abolición de la pena de muerte, por otro, al creer estos últimos que relegar las ejecuciones al interior de los muros de la cárcel haría de ellos un acto más respetable y reduciría por tanto las posibilidades de acabar con ellas por completo.

En paralelo a estos cambios, se produjo también un proceso de reforma y una reducción de la incidencia de la pena capital. En 1815 la pena de muerte había sido limitada casi exclusivamente al asesinato en primer grado y a los casos de alta traición en casi todos los países de Europa salvo en Gran Bretaña. Allí, excepcionalmente, se aplicaba tanto al robo como al homicidio: tres cuartas partes de los individuos ahorcados en Inglaterra y Gales en la década de 1820 habían sido condenados por delitos contra la propiedad, y solo una quinta parte por asesinato. Unos 200 delitos podían ser castigados con la muerte en virtud del que pasó a llamarse «Código Sangriento», y aunque el 90 % de las condenas eran conmutadas, entre 1816 y todo 1820 se produjeron en Inglaterra y Gales ni más ni menos que 518 ejecuciones en la horca. Hubo otras 364 entre 1821 y finales de 1825, y 308

de 1826 a 1830. Frente a estas cifras habría que comparar la media anual de apenas cuatro o cinco ejecuciones llevadas a cabo en Prusia, cuya población por esa misma época, de unos 16 millones de personas, era más o menos la misma que la de Inglaterra y Gales. La constante disminución de las ejecuciones en Gran Bretaña hizo que la tasa de muertes en la horca se pusiera cerca de la media europea en la década de 1840 (alrededor de treinta y cuatro al año en Francia, por ejemplo). En la década de 1820 solo se producía una ejecución por cada 100.000 habitantes en Rusia, proporción que continuó más o menos inalterable durante el resto del siglo. Pero después de la revolución de 1905 la media de ejecuciones aumentó de las alrededor de quince penas de muerte al año dictadas durante las décadas de 1880 y 1890 a las 627 de 1907 y las 1.342 de 1908, de las cuales fueron ejecutadas casi la totalidad, reflejo de la ansiedad política que sufría Nicolás II y de su determinación de tomar medidas contra la disidencia y no de poner coto a la política penal del Estado.

Ya en el siglo XVIII el jurista italiano Cesare Beccaria (1738-1794), que introdujo el principio de proporcionalidad de la pena respecto a la gravedad del delito, había defendido la abolición de la pena de muerte por cuanto había quedado demostrado de forma manifiesta que la pena capital era inútil como medida disuasoria. En las décadas de 1830 y 1840 reformistas como el jurista alemán Carl Mittermaier (1787-1867) vinieron a respaldar esa tesis con estadísticas que ponían de manifiesto que, allí donde se había producido, la supresión de las ejecuciones no había dado lugar a ningún aumento visible de las tasas de asesinato. El desarrollo de la psiquiatría empezó a introducir en los tribunales de justicia el principio de responsabilidad disminuida por demencia. A decir verdad, tanto monarcas como jefes de Estado eran partidarios de mantener la pena de muerte porque les permitía ejercer un derecho simbólico de soberanía a través de su conmutación por una pena menor y demostrar así el poder sobre la vida y la muerte que ostentaban por la gracia de Dios. Sin embar-

go, cada vez más a menudo empezaron a tener escrúpulos religiosos a la hora de firmar una sentencia de muerte. Algunos, como el rey de Holanda a partir de 1855, el de Italia a partir de 1863, el de los belgas a partir de 1865, el de Sajonia a partir de 1866, el de Noruega y Suecia a partir de 1872, y el rey Guillermo I de Prusia a partir de 1878, se negaron a confirmarlas por temor a que hubiera habido algún error judicial o anticipándose a la futura abolición de la pena de muerte.

La crítica liberal sostenía que la pena capital era una reliquia anticuada de época medieval, indigna de la civilización moderna. El castigo debía ser usado no solo para disuadir al individuo para que no delinquiera, sino también para mejorar su carácter y reformarlo en caso de que hubiera delinquido. Ese fue el principio que acabó imponiéndose cuando los órganos legislativos consiguieron más poder a partir de 1848, dando lugar a la abolición legal o *de facto* de la pena de muerte en muchos países de Europa. Cuando entraron en vigor nuevos códigos de leyes, a menudo incluyeron cláusulas que ilegalizaban la pena capital, como sucedió en Bélgica en 1866 o en Holanda en 1870. En algunos países, como en Grecia, donde el método habitual de ejecución era la guillotina o el pelotón de fusilamiento cuando, como sucedía a veces, no podía encontrarse una guillotina, la pena de muerte continuó vigente. En Prusia Bismarck logró superar la oposición de los liberales para asegurar su mantenimiento en el Código Penal de la Confederación Alemana del Norte de 1866-1867. La pena capital fue acogida de nuevo con entusiasmo cuando en 1888 subió al trono de Prusia Guillermo II, deseoso de hacer publicidad de sus poderes soberanos por todos los medios posibles. Su costumbre de firmar sentencias de muerte produjo rápidamente un neto descenso de las tasas de asesinatos, mientras que los tribunales de justicia y los jurados se mostrarían cada vez más reacios a dictar sentencias condenatorias de lo que se habían mostrado durante el reinado de su abuelo, Guillermo I, bastante más benigno.

La pena capital fue en muchos sentidos la última reliquia de un régimen de castigos fuertemente arraigado desde hacía mucho tiempo que centraba su atención en el cuerpo del malhechor. Los castigos corporales estaban muy difundidos entre la servidumbre, y la flagelación fue un castigo habitual en toda Europa hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Fue abolida en casi todos los estados alemanes en la década de 1860, en Holanda en 1870, y en otros países más o menos por la misma época que lo fue la pena capital, pero en Gran Bretaña siguió vigente hasta mucho después, y en casi todos los países era ejecutada, a pesar de todo, en el interior de las prisiones. En Alemania a todos los presos recién ingresados en la cárcel se les daba una «bienvenida» a golpe de látigo, y se les daba otra paliza en el momento de su puesta en libertad; en el sur de Europa la *falaka*, método de tortura consistente en golpear la planta de los pies con varas, fue una medida disciplinaria habitual en las instituciones penitenciarias hasta mediados del siglo XX y en algunos países incluso después. En Rusia los castigos corporales no terminaron hasta la abolición de la servidumbre, pese a la ley en contra de su aplicación aprobada en 1845; la rinotomía, esto es, la pena consistente en cortar la nariz al reo, no había sido abolida hasta 1817. Por lo general, sin embargo, el castigo corporal como sanción judicial formal había desaparecido ya más o menos a finales del siglo XIX, incluso en el imperio otomano, donde fue eliminado del Código Penal en 1858, aunque la flagelación siguió siendo impuesta por los tribunales islámicos por delitos tales como el adulterio.

La decadencia de estas formas de castigo arraigadas desde antiguo planteó a los gobiernos el problema de encontrar una alternativa. Una que se presentó de inmediato fue la de trasladar a los malhechores fuera del país, hecho que combinaba la ventaja de castigar a los infractores de la ley por sus crímenes, la de eliminar la amenaza que representaban para la sociedad y la de proporcionar mano de obra a las colonias. Los rusos fueron los

más aficionados a esta práctica, llegando a enviar a lo largo del siglo XIX a unos 865.000 convictos a Siberia. El destierro político fue utilizado también para castigar a los rebeldes polacos, alrededor de 20.000 de los cuales fueron enviados a Siberia tras la rebelión de 1830-1831, y otros 20.000 tras la de 1863. Muchos se quedaron allí durante el resto de su vida. El revolucionario Vladímir Ilich Lenin (1870-1924) conoció a algunos de los desterrados de 1863 cuando fue condenado a Siberia por tres años en 1897. Los desterrados eran dispersados a menudo a lo largo de un vastísimo territorio para impedir que se relacionaran unos con otros, como sucedió con los decembristas, de los cuales solo se permitió que hubiera como máximo tres en un mismo sitio. Los malos tratos infligidos durante el viaje a Siberia, que los desterrados debían efectuar en parte en grandes trineos y en parte a pie, eran habituales. Dostoyevski, condenado por actividades revolucionarias, fue azotado dos veces de camino a Omsk en 1850, y permaneció atado con grilletes en manos y pies durante los cuatro años que estuvo en prisión condenado a trabajos forzados. Pero los desterrados políticos eran tratados relativamente bien en comparación con los presos comunes, que a menudo eran obligados a realizar durísimos trabajos, peligrosos y agotadores, en las minas de plata de Nerchinsk, cerca de la frontera china. El sistema de destierro no fue abolido hasta comienzos de la nueva centuria.

Durante buena parte del siglo XVIII los británicos solían deportar a sus penados a América, pero cuando esta práctica dejó de ser posible a partir de 1776, recurrieron a Australia, donde en la década de 1820 eran deportados unos 3.000 cada año. En la década de 1840 había aumentado notablemente el número de colonos particulares, que empezaron a poner objeciones a la continua llegada de cargamentos de convictos. La deportación de penados empezó a disminuir en la década de 1850 debido a las críticas de la opinión pública en la propia Gran Bretaña y en Australia, hasta que por fin fue abolida en 1867. Acaso por una ironía del des-

tino precisamente fue ese el período en el que dio comienzo la deportación de penados fuera de Francia. En 1852, el gobierno de Napoleón III estableció una colonia penal en la isla del Diablo, en la Guayana Francesa, una prisión insalubre, brutal, a menudo mortal, por la que pasaron 80.000 penados antes de que cerrara sus puertas en 1946. Los presos políticos franceses eran enviados no ya a la isla del Diablo, sino a una isla perdida en el Pacífico, Nueva Caledonia, donde formaban una minoría significativa entre los 20.000 delincuentes encarcelados en ella cuando el penal fue abandonado finalmente en 1897. En algunos estados alemanes a los penados se les daba la opción de emigrar voluntariamente, como sucedió con el grupo enviado a Brasil desde Mecklemburgo a comienzos de la década de 1820. Hasta mediados de siglo el reino de Hannover ofrecía de manera rutinaria pasajes gratuitos a América a los condenados como alternativa a las costosas penas de cárcel, facilitándoles pasaportes falsos que ocultaban su historial delictivo si accedían a marcharse.

A largo plazo, la única respuesta a la demanda de alternativas a la pena capital y a los castigos corporales fue la prisión. En el siglo XVIII ya existían las cárceles, pero eran usadas sobre todo para los presos en espera de juicio. Cuando empezaron a ser usadas más como castigo, enseguida se pusieron de manifiesto sus deficiencias. Los defensores de la reforma penal exigieron la creación de reformatorios y centros penitenciarios construidos al efecto que establecieran un régimen de encarcelamiento destinado a quebrantar la voluntad del delincuente y a remodelar su carácter para que resultara útil a la sociedad. Comida burda, ropas bastas y trabajo duro eran la base del nuevo sistema, desarrollado por primera vez en la cárcel de Walnut Street de Filadelfia en 1790; el nuevo sistema llegó a ser muy famoso y admirado en Europa, especialmente a través de un tratado en dos volúmenes publicado por Gustave de Beaumont (1802-1866) y Alexis de Tocqueville, *Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación en Francia* (1833). En 1842 se inauguró en el barrio londi-

nense de Pentonville una nueva cárcel que seguía el modelo americano. No tardó en ser imitada en toda Europa. A los presos se les asignaban números, a los que tenían que responder en todo momento; los reclusos eran encerrados en celdas individuales, dispuestas en galerías, y, cuando salían de su celda, tenían que llevar una máscara para ocultar su identidad; la capilla de la cárcel —la religión, la lectura de la Biblia, los oficios litúrgicos y la instrucción religiosa eran aspectos fundamentales de la reformación de los presos— estaba construida de tal modo que todos pudieran ver al predicador y pudieran ser vistos por él (ejemplo perfecto de panóptico, idea concebida por el filósofo Jeremy Bentham). Los reclusos eran acostumbrados al trabajo duro mediante la rueda de caminar, una máquina en constante movimiento que no producía nada útil; el preso tenía que ir andando continuamente por ella, habitualmente por espacio de dos horas; el que dejaba de hacerlo podía quedar atrapado entre los peldaños y resultar gravemente herido.

La reforma carcelaria se difundió por toda Europa durante las décadas intermedias del siglo XIX. En Gran Bretaña fue encabezada por la cuáquera Elizabeth Fry (1780-1845). En 1817 la señora Fry quedó tan impresionada al ver las condiciones reinantes en cárcel de Newgate de Londres que fundó una sociedad reformista que dio lugar a la creación de la Sociedad de Señoras Británicas por la Promoción de la Reforma de las Reclusas, considerada a menudo el primer movimiento de reforma de Gran Bretaña a escala nacional presidido por una mujer. Autora de obras sobre la reforma carcelaria, Fry se hizo lo bastante famosa como para que Guillermo IV de Prusia se desviara del programa oficial durante la visita de Estado que efectuó al Reino Unido en 1842 para charlar con ella acerca de la reforma de las cárceles. Un visitante anterior, el pastor protestante alemán Theodor Fliedner (1800-1864), que conoció a Fry en 1823, se inspiró en ella para fundar tres años después una sociedad por «la mejora de las cárceles en la Prusia renana», y persuadió a las autoridades de su país de

que construyeran en 1835 un nuevo centro penitenciario según el modelo de la cárcel de Walnut Street, el de Klingelpütz, en Colonia. En Italia, el reformista milanés Carlo Cattaneo defendió el sistema de Filadelfia en un influyente tratado escrito en 1840. En el nuevo sistema, afirmaba que

> ... el patíbulo, con todos sus bárbaros ritos, ha desaparecido; el castigo se convierte a un tiempo en algo sublime y espiritual en medio del silencio reinante en la celda solitaria. La defensa suprema adoptada frente a los que amenazan con trastornar la sociedad no es ya el mero dolor animal, sino un dolor que afecta a todo el espíritu: un dolor que es exquisitamente social porque consiste en negar las comodidades ordinarias del trato social a aquellos que disturban la paz.

Se construyeron nuevos establecimientos penitenciarios según el modelo americano en el Piamonte, mientras que en la Toscana se creó en Volterra una cárcel de hombres con celdas individuales y otra de mujeres en San Gimignano. En Francia, donde había más de 100.000 reclusos a comienzos de la década de 1840, se construyeron nuevas prisiones en una versión modificada del sistema de Filadelfia, que exigía el confinamiento en solitario únicamente durante la noche. Estos centros pretendían reemplazar la institución tradicional de los *bagnes*, edificios a orillas del mar destinados originalmente a alojar a delincuentes condenados a galeras, pero que ahora eran enviados en cuadrillas, cargados de cadenas, como Jean Valjean, el protagonista de *Los miserables* de Victor Hugo, a trabajar en la construcción de carreteras. El defensor de la reforma carcelaria y crítico de la pena de muerte más importante de Francia, Charles Lucas (1803-1889), instaba a la separación de los penados en función del delito que hubieran cometido, y recomendaba la reforma del carácter mediante la imposición de una estricta disciplina. En 1885 el principio de vigilancia y control fue extendido a la comunidad mediante la introducción de la suspensión de las penas y de la libertad condicional.

Sin embargo, el celo y el optimismo de los defensores de la reforma chocó una y otra vez con las limitaciones presupuestarias impuestas por los gobiernos y con la escasa prioridad concedida

al sistema penal por políticos y gobernantes. En Francia, incluso tras la reforma de 1885, solo el 10 % de los reclusos eran mantenidos en confinamiento en solitario. El número de individuos condenados a penas de cárcel aumentó del mismo modo que aumentó la población; la construcción de prisiones no fue nunca capaz de seguir ese ritmo, y el resultado fue el hacinamiento de los establecimientos penitenciarios. Al cabo de poco tiempo los reclusos de las nuevas cárceles eran metidos de dos en dos o de tres en tres en cada celda, socavándose así el principio básico de aislamiento. En Italia casi todos los presos eran obligados a trabajar tras la reorganización del sistema penal de 1864, pero el hacinamiento era desesperante, y en la mayor parte de los penales los presos siguieron encadenados en pareja hasta 1901, vigilados en grandes salas abiertas y controlados por guardianes armados con látigos, carabinas y porras. En Rusia el número de presos aumentó de los 88.000 de 1884 a los 116.000 de 893, y esta proporción aumentó cuando se puso fin al sistema de destierro en Siberia en 1900. Las frecuentes amnistías que marcaban cualquier gran ocasión dinástica, como el nacimiento de un heredero al trono, había reducido la población carcelaria en 1905 a 75.000 reclusos, pero tras la represión que siguió a la revolución de ese mismo año la población reclusa aumentó enseguida, hasta el punto de que en 1913 había 140.000 presos en las cárceles. Se produjo el consiguiente deterioro de las condiciones reinantes en las prisiones, con tasas de mortalidad entre los reclusos que, pese a ser más o menos iguales a las de la población en general hasta 1906 (11 por cada 1.000 habitantes en el primer caso, 14 por cada 1.000 en el segundo), habían subido hasta casi los 50 reclusos por cada 1.000 habitantes en 1911. En este país, la reforma carcelaria fue frustrada no ya por las limitaciones presupuestarias, sino por las consideraciones políticas.

Quizá el ejemplo más extremo de fracaso de la reforma carcelaria, a pesar de sus intenciones, fuera el del imperio otomano, donde la campaña en pro de la mejora de las condiciones de las

prisiones fue promovida por un informe crítico publicado en 1851 por el influyente embajador británico sir Stratford Canning. Las cárceles administradas por el gobierno, lamentaba el diplomático inglés, eran estructuras improvisadas atestadas de todo tipo de delincuentes en una distribución aleatoria de pequeños delincuentes y asesinos, acusados y condenados, hombres y mujeres, adultos y menores. En 1871 se había construido en Estambul una cárcel modelo en respuesta a las críticas de Canning. En 1880 se hizo pública una nueva normativa que separaba unas de otras a las distintas categorías de presos. Pero todas esas medidas no fueron nunca respaldadas por un decreto oficial, y en general fueron ignoradas. La cárcel modelo de Estambul no tuvo imitadoras. La falta de un control central sobre las provincias otomanas permitió a los funcionarios regionales y locales obviar los intentos de reforma del sultán. A medida que entraban en prisión más reclusos, la situación iba deteriorándose más y más. La corrupción estaba a la orden del día, el hacinamiento provocaba la propagación de las enfermedades, la falta de guardianes permitía que se produjeran peleas y motines en las cárceles, y los reclusos tenían que cocinarse su propia comida, suministrada no ya por las autoridades penitenciarias, sino por sus parientes o por organizaciones benéficas. Abundaban los relatos acerca del maltrato sufrido por los prisioneros: el abogado armenio-americano Vahan Cardashian (1882-1934) afirmaba incluso en tono sensacionalista que durante el reinado del sultán Abdul Hamid II, los presos cristianos eran golpeados y marcados al rojo vivo para sacarles información, y si este método fracasaba, «les rapaban la cabeza, hacían una incisión en el cráneo e introducían gusanos en ella». No se estableció una administración penitenciaria central hasta la llegada al poder de los Jóvenes Turcos en 1911, circunstancia que dio lugar a la publicación de una serie de edictos que atacaban la corrupción, ilegalizaban el contrabando de estupefacientes en las cárceles por los propios guardianes, imponían sanciones contra la apropiación indebida

de productos alimenticios por esos mismos guardianes, e intentaban poner coto a otros abusos. Los nuevos gobernantes de Turquía hicieron lo posible por aumentar el personal, pero incluso en 1914 la proporción de guardianes respecto a los reclusos era de 1 a 16, a diferencia de la media europea, que era de 1a 7.

En todos los países de Europa, pese a la introducción del nuevo sistema de detención por separado y de disciplina, los presos no se reformaban, sino que continuaban volviendo una y otra vez a la cárcel. Ya en 1875 un diputado francés advertía a la Cámara de los Diputados que «existe en Francia una población flotante que oscila entre la cárcel y la sociedad libre». En esta situación y bajo la influencia de la teoría de la evolución propugnada por Charles Darwin (1809-1882), Cesare Lombroso (1835-1909), que prestó servicios en el ejército italiano en 1863 combatiendo a los bandoleros en Calabria, llegó a la conclusión de que los delincuentes no se hacían, sino que nacían, y representaban un retroceso a una fase anterior de la evolución humana. En 1876 publicó su libro *Criminal Man* [El hombre delincuente], que aprovechaba el desarrollo de la fotografía para sostener que los delincuentes natos tenían brazos largos, rasgos simiescos y otros atributos físicos propios del mono. La idea de atavismo de Lombroso, de los delincuentes como retrocesos en la evolución, nunca recibió demasiado apoyo y con el paso del tiempo su creador modificó sus argumentos para sostener que la delincuencia hereditaria era consecuencia también de sucesivas generaciones de alcoholismo, de enfermedades de transmisión sexual o de la malnutrición; pero en general la idea básica de que la delincuencia era hereditaria empezó a ejercer una influencia cada vez mayor en toda Europa a finales del siglo XIX.

Las consecuencias de la tesis fundamental de Lombroso, popularizada por su discípulo Enrico Ferri (1856-1929) en Italia, por Gustav Aschaffenburg (1866-1944) en Alemania, por Francis Galton (1822-1911) en Gran Bretaña, y por Rafael Salillas (1854-

1923) en España, fueron tremendas. El estudio del crimen y de la criminalidad pasó a ser no ya un campo del derecho y de sus cultivadores, sino de la medicina y de la criminología profesional. Cada vez más a menudo, durante la década de 1890 y después, empezaron a surgir argumentos a favor de la esterilización obligatoria de los individuos «inferiores», a los que podía encontrarse trabajando, pero a los que no debía permitirse que se reprodujeran. El propio Lombroso, junto con muchos otros que compartían al menos parcialmente sus tesis, empezó a defender la pena capital basándose en nuevos motivos, en concreto en el hecho de que el delincuente extremadamente degenerado, el infractor de la ley que tenía rasgos violentos heredados, no podía ser neutralizado ni expulsado de la cadena hereditaria a menos que fuera eliminado por completo. El castigo había llegado a su punto de partida, del castigo del cuerpo propio de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna al castigo de la mente propio de la Ilustración y de la época victoriana, para volver a comienzos de la nueva centuria otra vez al castigo del cuerpo.

En último término, lo que se escondía detrás de todos esos cambios era el poder cada vez mayor del Estado para imponer la ley y por consiguiente el número también cada vez mayor de individuos detenidos y condenados por infracciones delictivas. El siglo XIX empezó con el bandolerismo, el robo, el contrabando y la delincuencia de todo tipo generalizándose por toda Europa en medio del desorden creado por las guerras de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Cuando los estados europeos se restablecieron, la creación y el mantenimiento del orden político y social se convirtieron en una prioridad. El instrumento más importante en este sentido fue la gendarmería al estilo francés, una fuerza semimilitar a caballo acantonada en las zonas rurales, como la Guardia Civil, creada en España en 1844, el Cuerpo de Gendarmes, creado en Rusia tras la revuelta de los decembristas en 1825, o la *gendarmerie*, la fuerza de guardias cubiertos con un casco rematado por un pincho que se organizó en los te-

rritorios de los Habsburgo durante la reacción posterior a los disturbios de 1848; esta guardia contaba con casi 19.000 efectivos en 1857, incluidos 1.500 agentes de policía montada. En algunas zonas se suponía que el gendarme actuaría como una fuerza civilizadora de la población rural, como «un amigo y como la autoridad a la que recurría a menudo la gente en busca de apoyo», según decía un documento de 1910 procedente de Bucovina, zona en la que el gobierno de los Habsburgo pensaba que este cuerpo estaba propagando la civilización occidental entre la población (entre las funciones de los gendarmes, señalaba el informe, estaba la de ayudar a la gente a «escribir una dirección en un sobre»).

El rápido crecimiento de las ciudades durante el siglo XIX suscitó, sin embargo, un problema muy distinto relacionado con el mantenimiento del orden. Los guardias nocturnos tradicionales dejaban mucho que desear. En Hamburgo la Guardia Nocturna era calificada en 1840 como «un asilo en el que se reúne un hatajo de rufianes locales y forasteros», a menudo borrachos y nunca en activo; en la década de 1850 se produjo su fusión con una nueva fuerza policial. El crecimiento de las ciudades requirió la creación de un nuevo tipo de policía uniformada, los *sergeants de ville*, con levita azul y bicornios, introducidos en París en 1829 por el prefecto de la policía Louis-Marie de Belleyme (1787-1862); o, seis meses después, el de los agentes de la Policía Metropolitana de Londres, cuyo uniforme consistía en un frac azul y un sombrero de copa negro. «El objeto esencial de nuestra policía municipal —afirmaba el subprefecto de Belleyme en 1828— es la seguridad de los habitantes de París. La seguridad de día y de noche, el movimiento libre del tráfico, la limpieza de las calles, la supervisión y previsión de los accidentes, el mantenimiento del orden en los lugares públicos, la investigación de los delitos y la búsqueda de sus autores…» Las nuevas fuerzas policiales tardarían algún tiempo en ser aceptadas por el público; en Londres fueron consideradas por algunos un instrumento del

despotismo continental, y a menudo fueron objeto de ataques en las calles. En 1830 el asesinato del primer agente de la policía de Londres que murió en acto de servicio —había intervenido en una pelea entre dos borrachos, que luego unieron sus fuerzas para matarlo a golpes— fue declarado por un jurado «homicidio justificado» debido al «exceso de celo» mostrado por el guardia «en el desempeño de su deber».

En Alemania el ejército fue utilizado a menudo para mantener el orden y evitar o combatir incluso la pequeña delincuencia en las plazas fuertes, en las que en 1840 vivía la mitad de la población urbana de Prusia. Durante la revolución de 1848 el gobierno liberal de Berlín creó una nueva fuerza policial uniformada siguiendo el modelo de Londres, que utilizaba sombreros para indicar el carácter no militar de sus agentes. De 1848 a 1856 esta Schutzmannschaft (cuerpo de protección) estuvo al mando de Karl von Hinckeldey (1805-1856), que hizo frecuente uso de los amplios poderes que poseía para mejorar las cárceles, introducir planes de bienestar social, construir baños públicos, limpiar las calles y desarrollar muchas otras funciones. En Prusia, la brigada antiincendios, el servicio penitenciario y muchos ámbitos de la gestión de la ley de pobres estaban en manos de la policía, que también supervisaba los mercados, llevaba un registro de las personas que llegaban a la ciudad, detenía a los vagabundos, vigilaba las concentraciones públicas, concedía licencias a los lugares de entretenimiento, controlaba los burdeles públicos y concedía autorización a veterinarios y farmacéuticos para que desempeñaran su oficio. La policía podía publicar ordenanzas e imponer multas por su propia cuenta, práctica que siguió en uso hasta 1914. También en Alemania, como en Francia, la policía reclutaba a sus oficiales y a sus agentes entre los veteranos del ejército, a los que se concedía un derecho exclusivo a desempeñar esas funciones a cambio de firmar su disposición a seguir prestando servicio en el ejército durante doce años. Las fuerzas policiales estaban organizadas de la misma manera que el ejérci-

to y equipadas con sables en vez de las porras de madera usadas por sus homólogos ingleses. De ese modo algunos aspectos del modelo militar de la policía lograron sobrevivir a las reformas de los años de la revolución.

A lo largo del siglo XIX se produjo en la mayoría de los países europeos una separación parcial y gradual de la policía urbana respecto de las instituciones militares. Esta circunstancia pudo dar lugar en ocasiones a casos de rivalidad y confusión. En Italia, por ejemplo, la policía urbana tenía unos podres muy amplios, similares a los que poseían sus homólogos alemanes, pero las competencias de los *carabinieri*, el equivalente italiano de la *gendarmerie* francesa, y las del Cuerpo de Guardias de Seguridad Pública, fuerza civil creada en 1860, se solapaban, mientras que el ejército desempeñaba un papel decisivo en la gestión de los principales problemas que comportaban el uso de la violencia, como el bandolerismo, especialmente en el sur de Italia. Las ciudades nombraban también guardias municipales que a menudo se enzarzaban en disputas con la Guardia de Seguridad Pública por cuestiones de demarcación de funciones. Pese a la existencia de todas estas fuerzas distintas, su número no logró nunca seguir el ritmo del crecimiento de las ciudades italianas. Hasta comienzos de la nueva centuria el gobierno italiano no intentó llevar a cabo una reforma, pero ni siquiera esta logró remediar el desorden crónico que reinaba en la Italia meridional, complicado por la influencia de organizaciones tales como la mafia y la Camorra, que fueron extendiendo sus brazos desde las zonas rurales hasta penetrar en las ciudades.

Los límites de la policía se pusieron de manifiesto también en otros lugares de Europa. En Rusia había en 1900 menos de 50.000 agentes de policía para una población de cerca de 127 millones de personas. En 1878 se había introducido una nueva fuerza de agentes de seguridad, y 1903 fue testigo de la creación de otra fuerza de 40.000 gendarmes a caballo, cuya finalidad era imponer la ley y el orden en las aldeas. Sin embargo, todos estos cuer-

pos de seguridad no tardaron en tener que ocuparse de sofocar las sublevaciones asociadas con la revolución de 1905, y después no volvieron a reanudar sus funciones regulares de policía. En la provincia de Riazán, por ejemplo, había en 1913 solo cincuenta y ocho capitanes y 251 agentes para una población rural de más de dos millones de individuos. Jueces, policías y funcionarios eran notoriamente corruptos e ineficaces. En muchos países europeos la policía salió mejor librada: en Hungría, por ejemplo, logró mantener el orden y patrullar las calles y avenidas principales de la capital, actuando como fuerza de disuasión frente a la delincuencia, de modo que los pequeños delitos registrados se redujeron a la mitad en dos distritos de Budapest entre 1908 y 1912, a raíz de que la policía redobló su presencia en ellos. Pero, en general, los denodados intentos de los gobiernos y de las administraciones locales del siglo XIX por controlar o reformar los bajos instintos criminales de los elementos descarriados de la población tuvieron unos resultados solo limitados.

La conquista de la naturaleza chocó así con los límites de lo posible en muchas áreas distintas. A la hora de domesticar el mundo salvaje y de dominar los elementos, tuvo algún éxito, pero produjo también consecuencias no deseadas, desde la extinción de especies animales hasta los daños causados por la deforestación. La urbanización y el uso en rápida expansión de combustibles fósiles para suministrar calefacción, luz y energía acarrearon la contaminación de la atmósfera, con consecuencias que serían todavía más graves en el siglo XX y en el XXI. Pese a la rápida expansión del concepto y de la experiencia del tiempo y del espacio, la mayor parte de las personas de Europa, como en cualquier otro lugar, fue incapaz de alejarse demasiado de la superficie de la tierra, o de recorrerla muy deprisa. Las nuevas percepciones del tiempo y del espacio llevaron a muchos a creer que estaban viviendo una época de cambios rápidos absolutamente sin precedentes. Esta sensación se vio reforzada por los grandes avances alcanzados en el terreno de la medicina. Las

grandes epidemias fueron erradicadas, las infecciones fueron reducidas netamente gracias a la asepsia, y el dolor humano pudo ser controlado hasta cierto punto; incluso el dolor animal se convirtió en el punto de mira de un movimiento en contra de los deportes y entretenimientos crueles, que en 1914 había logrado anotarse ya algunos éxitos notables. La naturaleza humana resultaría más difícil de abordar, pero la reducción de las tasas de natalidad y de muerte había empezado a producir importantes cambios en las actitudes ante la vida. La conquista de la naturaleza abrió la puerta a muchas posibilidades para las mujeres, para los viajeros y, entre otros, también para las fuerzas armadas, pero por otro lado se las cerró a muchos otros sectores de la sociedad, sobre todo a los descarriados, los marginados y aquellos que padecían trastornos psíquicos. Lanzó además retos existenciales a la religión y a la fe cuando la ciencia descubrió hechos incontrovertibles acerca de la tierra y su historia que socavaban los relatos tradicionales de la Biblia. Junto con los cambios tecnológicos acarreados por la fotografía y, ya a finales de siglo, por el cine, la radio y la reproducción del sonido, esta situación planteó nuevos problemas a la expresión de las emociones humanas y a la representación del mundo natural en la literatura y en las artes, como veremos a continuación.

Capítulo 6

LA ERA DE LA EMOCIÓN

Del presente al pasado

Fredrika Bremer (1801-1865), escritora actualmente casi olvidada fuera de su Escandinavia natal, se había convertido a mediados del siglo XIX en una de las novelistas más célebres de Europa. Había nacido cerca de Åbo, en la Finlandia sueca (Turku en la Finlandia actual), en el seno de una familia que acabaría teniendo cinco hijas y dos hijos. Su padre, Carl Fredrik Bremer (1770-1830), comerciante acaudalado, se trasladó con su familia a Estocolmo en 1804, cuando Fredrika tenía tres años, y compró una casa de campo en Årsta, a unos quince kilómetros más al sur, así como un piso en el centro de la capital. Fredrika aprendió las destrezas que debía dominar cualquier joven de clase media alta —mantener una conversación en inglés, francés y alemán, tocar el piano y bailar, coser, bordar, dibujar y pintar—, con la ayuda de una institutriz francesa y diversos profesores particulares. Pero Fredrika tenía un inconveniente en el mercado de los posibles novios con los que contraer matrimonio: no era considerada tan bonita como su hermana mayor, hecho del que, por lo demás, era perfectamente consciente: «Me gustaría ser más hermosa», comentaría a sus admiradores a la edad relativamente avanzada de cincuenta años. Así que fue buscando refugio cada vez con más frecuencia en el mundo de la imaginación. La familia se reunía a leer en voz alta cada noche, casi siempre serios libros de historia escogidos por el padre; las chicas, en cambio, preferían las obras de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Luego,

la familia se aficionaría a las novelas históricas de sir Walter Scott (1771-1832), con sus nobles rebeldes, como Rob Roy o Robin Hood, sus enredos amorosos, y sus pintorescas representaciones de la antigua Escocia y la Inglaterra medieval.

La frustración de Fredrika por el régimen restrictivo impuesto a las jóvenes por su padre la sumió en la depresión, hasta que en el invierno de 1826 la dejaron permanecer en Årsta cuidando de dos de sus hermanas, de salud precaria, mientras sus padres estaban en Estocolmo. Empezó a tratar a sus hermanas con hierbas y pronto se ganó fama de curandera entre los habitantes de la comarca. Incapaz de satisfacer las demandas cada vez mayores de su labor filantrópica, Fredrika se dedicó a escribir con el fin de ganar algún dinero. Sus relatos trataban del mundo familiar burgués en el que se había criado y en el que seguía viviendo, pero además mezclaban el realismo doméstico con descripciones poéticas de lo sublime, con incidentes picarescos y con sentimientos idílicos. Uno de los principales personajes de su primera novela, *The H-Family* [La familia H.] (1831), una hermosa joven ciega llamada Elizabeth, sube a lo alto de un acantilado en medio de una fortísima tormenta, levanta los brazos y hace una confesión de amor no correspondido: «Los relámpagos cruzaban todo el campo con sus deslumbrantes trazos; la tormenta causaba estragos a nuestro alrededor; y los truenos, unas veces retumbando, otras rugiendo, eran cada vez más fuertes allá en lo alto. La joven ciega se irguió en lo alto del acantilado, como si fuera el espíritu de la tormenta, con una expresión terrorífica en el semblante». Elizabeth se pone a cantar, su voz se eleva por encima de la tempestad: «¡Salve, día de la libertad!… Soy libre… Ha llegado mi hora». Y dice a su tutor: «Has encadenado mi cuerpo, has atado mi lengua, y ahora estoy de pie ante ti, poderosa y fuerte». Inesperadamente, sin embargo, la joven no se arroja por el precipicio, sino que regresa a casa, exhausta, para morir en su cama. En realidad, las edificantes y románticas escenas en el lecho de muerte son tan habituales en las novelas de Bremer que

en una de ellas la autora hace una pausa para plantear directamente a su público la siguiente pregunta: «¿Se sorprenderán mis queridos lectores de que la pluma, que debería dedicarse solo a lo placentero, pase de un lecho de muerte a otro, como si la vida cotidiana fuera una continua procesión de cadáveres?».

Llena de descripciones de sueños góticos, de hombres jóvenes de aspecto fiero, de muchachas llorosas, de infinitos bosques de abetos y manantiales montaraces, la novela de Bremer alcanzó inmediatamente el éxito, ganando una medalla de la Academia Sueca. Insatisfecha con la educación «caótica» que había recibido, contrató a un profesor, Per Böklin (1796-1867), director del instituto de Kristianstad, autor de una erudita tesis doctoral sobre los acentos del griego antiguo, editor a tiempo parcial y traductor del alemán. Böklin le dio varias clases sobre la filosofía alemana y su relación con la religión cristiana. El segundo relato extenso de Bremer, *The President's Daughters* [Las hijas del presidente] (1834), se basaba en las experiencias de la propia Fredrika con su profesor y citaba en él de hecho directamente parte de las cartas que Böklin le había enviado, además de reproducir la lista de lecturas que le había suministrado. Se centra en las cuatro hijas de un hombre rico y su institutriz, cuyas ideas liberales acerca de la educación de la mujer chocan con la visión más convencional que tiene de ella su patrono. La institutriz describe con una ironía feroz a las mujeres, tales como les gustaría a los hombres que fueran: «Llenamos la casa, pero sin quitar el sitio a nadie; neutralizamos los elementos beligerantes de la vida, que sin nosotras se destruirían mutuamente… Ponemos en orden nuestras casas, salamos la carne según dice el libro; chismorreamos moderadamente sobre nuestros vecinos, y pensamos solo en la medida de lo necesario». Al final de la novela, sin embargo, después de muchas vicisitudes, las mujeres de la familia han hecho cambiar de idea a su padre y han conseguido que les permita desarrollar cada una su propia individualidad y creatividad, y la

historia, como suele suceder con las de Bremer, tiene un final feliz.

La relación entre Bremer y Böklin, que estaba soltero, se desarrolló con tanta intensidad que el joven finalmente le pidió que se casara con él. Pero Fredrika no aceptó, afirmando que necesitaba estar sola y libre de las cargas conyugales para escribir. A fin de superar la ruptura de su relación, la joven se marchó a Noruega, donde estuvo viviendo en casa de unos amigos y escribiendo su novela más popular, *The Neighbours: A Story of Everyday Life* (*Los vecinos: cuadros de la vida privada*) (1836), en la que un padre excesivamente estricto acaba quedándose ciego, uno de los múltiples casos recurrentes que aparecen en las novelas de Bremer. Para entonces la descripción que hacía la autora de la trágica situación de las mujeres a las que se prohibía tener su propia independencia había llegado a tener un tristísimo parecido con su propio caso. Como estaba soltera y, por consiguiente, seguía siendo menor de edad, independientemente de los años que tuviera, su hermano, Claes Bremer (1804-1839), una vez muerto su padre en 1830, tenía el control absoluto de sus ingresos como escritora, por lo demás cada vez más cuantiosos. Había sido justamente después de la muerte de su progenitor cuando Fredrika había empezado su exitosa carrera de novelista, y en el curso de menos de diez años Claes había dilapidado en el juego una parte sustancial de los ingresos de su hermana. Fue solo cuando el joven murió a consecuencia de su prodigalidad en 1839, tras la defunción unos años antes de su otro hermano, cuando Fredrika Bremer tuvo al fin libertad para administrar sus propios asuntos.

En sus novelas de la década de 1840 y comienzos de la de 1850, como *Midnight Sun: A Pilgrimage* [Sol de medianoche: una peregrinación] (1849), entraría en su obra el tema de la conversión religiosa y de la revelación divina. Continuando con sus lecturas, por poco sistemáticas que fueran, Bremer se encontró con el fenómeno de las comunidades utópicas, descritas en una

novela que publicó en 1848, en la que dos de sus personajes regresan de una visita al falansterio de Lowell, Massachusetts, e intentan crear una organización a imitación suya en Suecia. Al año siguiente Bremer viajó a América y visitó Lowell. Conoció a Ralph Waldo Emerson (1803-1882), «un personaje taciturno, noblemente grave, con una tez pálida, rasgos fuertemente marcados y cabello oscuro», mantuvo conversaciones con destacadas personalidades de la política y la literatura, y estuvo demasiado ocupada asistiendo a los múltiples agasajos que se le brindaron para encontrar tiempo para leer «los densos volúmenes de filosofía hegeliana» que se había llevado consigo a América en su continuo afán de cultivarse. Más significativo, sin embargo, fue el espanto que le produjo el descubrimiento de los horrores y la brutalidad del esclavismo, una «institución pagana que da lugar a actos tan incomprensibles, tan inhumanos en este país, la América cristiana y liberal, que a veces me cuesta trabajo creer que son verdad y no una pesadilla».

De vuelta en Suecia, escribió en su novela *Hertha* (1856) la defensa más apasionada de la emancipación de la mujer y su liberación de la esclavitud legal y social que había hecho hasta la fecha. En una situación que reaparece en muchos de sus relatos, el padre de la protagonista, Hertha, es un hombre autoritario y de mal carácter, que dice a la joven que «no tenía ningún derecho sobre sus propios bienes, sobre sí misma ni sobre su futuro, salvo en la medida en que así lo considerara su padre». El hombre administra mal la hacienda familiar, pero resulta gravemente herido en uno de los múltiples incendios que se producen en las novelas de Bremer, de modo que durante algún tiempo permite a su hija ganarse la vida como maestra de escuela. Finalmente, Hertha se casa con su adorado Yngve a pesar de las protestas de su padre («¿Vas a desafiarme?», exclama), aunque solo, como no podía ser de otra manera, en el lecho de muerte del joven, que ha resultado mortalmente herido cuando intentaba salvar a los pasajeros de un vapor que se ha incendiado. Con los ingresos

asegurados por esta novela, Bremer emprendió un largo viaje primero por Europa, en busca de inspiración religiosa, y luego por Palestina, regresando a Suecia para escribir un relato en seis volúmenes de sus viajes, y finalmente trasladándose a Årsta, donde murió de neumonía el día de fin de año de 1865.

Los relatos de Fredrika Bremer reunían dos de las principales corrientes culturales de la época. Combinaban la emocionalidad, el amor a la naturaleza y la imaginería gótica con un marco habitualmente familiar y doméstico. Otros escritores de la Europa central de este mismo período, llamado *Biedermeier* (1815-1848), bajo el impacto de la represión del discurso político libre encabezada por Metternich, se retiraron al cultivo de las historias domésticas o despolitizadas acerca de la vida en el campo. Annette von Droste-Hülshoff (1797-1848), dama aristocrática y culta, poetisa y autora de *Lieder*, fue una representante característica de esta tendencia al escribir principalmente obras de contenido religioso y sobre la naturaleza; en Austria, el escritor Adalbert Stifter (1805-1868), nacido en Bohemia, se hizo célebre por sus descripciones de la naturaleza. Para un poeta como William Wordsworth (1770-1850), la inspiración y la emoción radicaban en la hermosura de la naturaleza, sobre todo en las montañas y los ríos del Distrito de los Lagos, en el noroeste de Inglaterra, donde vivía. Análogamente, los artistas del *Biedermeier* describían con una meticulosa exactitud escenas de la vida doméstica y rústica, contando historias sencillas con un talante a menudo piadoso y sentimental. El estilo se propagó a Escandinavia, lo mismo que el tipo de mobiliario sencillo y natural por el que es más conocido el término *Biedermeier*. Del mismo modo que los poetas románticos ingleses evitaban las alusiones clásicas y, por lo general, las metáforas más elaboradas y favorecían la naturalidad del lenguaje corriente, así también el mobiliario *Biedermeier* expresaba una reacción contra las recargadas sillas, mesas y otras piezas de caoba producidas por el imperio francés; con sus líneas puras y sus diseños utilitarios, apelaba a las nuevas clases

medias y se puso al alcance de sus medios financieros gracias al uso de maderas europeas como el cerezo o el roble en vez de las costosas maderas duras de importación. En Suecia se denominaría mobiliario Carlos Juan, por el nombre del rey Carlos XIV Juan (1763-1844), el monarca reinante durante esta época, que puso fin a su carrera militar como mariscal Bernadotte, destacada figura de los ejércitos de Napoleón, cuando pasó a ocupar el trono sueco.

También en el campo de la música se produjo una vuelta hacia lo doméstico. El patronazgo de la aristocracia y del clero que había sostenido a los compositores del siglo XVIII ya no estaba disponible, al menos no en la medida en la que lo había estado. Aunque la música de Ludwig van Beethoven (1770-1827), Carl Maria von Weber (1786-1826), Gioachino Rossini (1792-1868), Hector Berlioz (1803-1869) y Ferenc (Franz) Liszt (1811-1886) fue aclamada en sus ejecuciones públicas, la vida musical en muchos aspectos se retiró a la esfera de lo privado, de la familia o el salón. La obra de Franz Schubert (1797-1828) constituye uno de los mejores ejemplos: buena parte de ella fue escrita para veladas musicales o fines de semana en el interior del hogar o entre un pequeño círculo de amigos. Aun así, la policía de Metternich consideraba sospechosas todas las reuniones, aunque fueran de carácter privado, especialmente si los que participaban en ella eran jóvenes. En 1820, Schubert y cuatro amigos suyos fueron detenidos acusados de subversión; el compositor recibió una severa reprimenda y uno de sus amigos fue encarcelado. Su ópera cómica *Los conspiradores* (1823) —uno de los múltiples intentos que realizó de ganar dinero con sus actuaciones en público, casi todos ellos vanos— fue prohibida por la censura oficial debido a su título. De hecho, Schubert logró celebrar un solo concierto público en el que se interpretara su música, de modo que se centró en las obras de cámara y en las canciones para voz solista y piano, todas ellas interpretadas por competentes artistas aficionados en el interior de las casas. Entró en el mundo privado con

los ciclos de canciones narrativas *Die schöne Müllerin* (*La bella molinera*, 1823), *Die Winterreise* (*El viaje de invierno*, 1828), y el *Schwanengesang* (*Canto del cisne*, 1828), obras que resultan tanto más evocadoras cuando son ejecutadas en una pequeña sala.

De modo parecido, al comienzo de su carrera Robert Schumann escribió solo música para piano, combinando la composición con el periodismo musical para ganarse la vida. Sus ciclos para piano, como *Carnaval* (1834-1835) o los *Davidsbündlertänze* (*Danzas de la Cofradía de David*, 1837), celebraban la amistad entre los amantes de las artes, sus piezas aludían a determinados individuos del círculo del autor y eran identificadas por criptogramas musicales. Las *Kinderszenen* (*Escenas infantiles*, 1838), engañosamente sencillas, son quizá las más conocidas de todas las descripciones musicales de la vida de un niño, con sus juguetes (*Ritter vom Steckenpferd*, *Jinete del caballo de madera*), sus juegos (*Hasche-Mann*, *Corre-que-te-pillo*), o figuraciones (*Träumerei*, *Ensoñación*, quizá la más famosa de sus composiciones). Solo más tarde se dedicó a escribir *Lieder*, basándose en la producción pionera de ciclos de canciones de Schubert para componer piezas vocales que contaban una historia, a menudo sobre un amor no correspondido. En la fase final de su carrera y de su vida, Schumann escribió música de cámara, así como varias poderosas obras orquestales, en particular el *Concierto para piano* (1845) y el *Concierto para violonchelo* (1850); por entonces las actuaciones públicas en conciertos constituían una fuente más fiable de ingresos.

Las ambigüedades rítmicas incluso de estas últimas piezas de Schumann se combinan con una interioridad que las alejan en gran medida del ostentoso virtuosismo de otros compositores de la época como Liszt, cuyas actuaciones en público durante la década de 1840 suscitaban reacciones de histeria en el público, lo que Heinrich Heine llamaba la «Lisztomanía»: una «verdadera locura» en la que las mujeres se peleaban por conseguir un pañuelo o unos guantes suyos después de alguna de sus actuacio-

nes, o intentaban cortarle algún mechón de pelo. La carrera de Liszt apuntaría justo en dirección contraria a la domesticidad del *Biedermeier*, esto es, hacia el culto del genio. Mientras que casi todas las obras instrumentales y de cámara de los compositores del siglo XVIII y comienzos del XIX pueden ser ejecutadas por músicos aficionados competentes —incluso la fuga final de la *Sonata para Hammerklavier* de Beethoven (1818), si no se tienen en cuenta las marcas de metrónomo introducidas retrospectivamente—, la década de 1820 vio la llegada de los virtuosos, cuya especialidad consistía en interpretar música que las personas corrientes consideraban totalmente fuera de sus capacidades. El pionero en este sentido no fue tanto Liszt cuanto el violinista Niccolò Paganini (1782-1840), cuyos dedos eran tan largos que podía tocar tres octavas en cuatro cuerdas distintas simultáneamente. Era tal su virtuosismo que, según se decía, había vendido su alma al diablo a cambio de aquella extraordinaria habilidad suya, leyenda que él no hizo nada por desmentir. Para hacer gala de su talento, Paganini, como Liszt, escribió su propia música, destacando en particular sus *Caprichos* (1802-1817), pero también encargó otras obras a compositores profesionales como Berlioz, que en sus memorias lo describía como «un hombre de larga cabellera, ojos penetrantes, y con un rostro extraño y arruinado, auténticamente poseído por el genio».

Las composiciones del propio Berlioz respiraban el inequívoco espíritu del Romanticismo, el nuevo movimiento artístico que suponía una reacción frente al racionalismo de la Ilustración haciendo hincapié en las emociones, lo exótico y lo salvaje. Sus temas trataban no solo el encuentro de un héroe byroniano con unos bandoleros y sus experiencias caminando solo por las montañas (*Harold en Italia*, 1834), sino también, en otra obra de inspiración byroniana, *El corsario* (1844), el mundo de los piratas del Mediterráneo; y en la *Sinfonía fantástica* (1830) los sueños inducidos por las drogas de un artista, incluidos la *Marcha al suplicio* o *El sueño de una noche de aquelarre*. Algunas de las prime-

ras obras románticas fueron escritas bajo la influencia del opio, incluido, como es bien sabido, el poema *Kubla Khan* (1816), de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), que acabó convirtiéndose en adicción al consumir hasta cuatro cuartos de láudano (tintura de opio) a la semana. El impacto de la droga fue registrado detalladamente por Thomas de Quincey (1785-1859) en sus *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821). El opio distorsionaba la percepción del tiempo y el espacio e intensificaba las experiencias emocionales, efecto que venía a reforzar su atractivo para los románticos. Mientras que la Ilustración había hecho hincapié en la necesidad de subordinar las emociones a la inteligencia, el Romanticismo destacaba el sentimiento como la fuente fundamental de la verdad y la autenticidad y su expresión en el arte.

La figura romántica más característica era la del personaje solitario, como el *El caminante sobre el mar de nubes* (1818), del pintor alemán Caspar David Friedrich (1774-1840), de pie en la cima de una montaña sobre un paisaje sublime tras conquistar sus cumbres, que, dando la espalda al espectador, contempla un futuro desconocido e incierto, quizá en la otra vida. La idea del genio torturado era fundamental para este ideal artístico: el arte y el sufrimiento quedaron íntimamente entrelazados con el dolor romántico en la figura de Beethoven, aquejado de una sordera progresiva desde los veintitantos años, hasta que perdió por completo el oído en 1814. Sus últimos cuartetos para cuerda, profundamente personales, chocaron con la incomprensión general —un compositor contemporáneo suyo, Louis Spohr (1784-1859), cuya música pegadiza casi no se escucha en la actualidad, los calificaba de «horrores indescifrables e incorrectos»—, pero todas sus sinfonías, incluida la *Novena* (1824), con su coro final, fueron interpretadas en una serie de conciertos en Leipzig en 1825 y de nuevo al año siguiente, de modo que el compositor consiguió salir económicamente a flote durante sus últimos años gracias a los ingresos obtenidos de los encargos de música de cámara y de piezas para piano, incluida la grandiosa *Sonata n.º 32*

op. 111 (1822), con su segundo (y último) movimiento etéreo, casi extático, o las *Variaciones Diabelli* (1819-1823), de una inventiva infinita. Beethoven fue una figura de transición, que empezó firmemente arraigado en la tradición clásica y acabó liberándose de ella en sus últimas obras, cuya inspiración seguía los principios del Romanticismo evitando las formas sujetas a las reglas (por ejemplo, el número y la extensión de los distintos movimientos) y expresando la emoción de una forma aparentemente espontánea y sin trabas.

El héroe romántico concebido como un ser emotivo tal vez fuera expresado con un mayor dramatismo en el personaje de Heathcliff, el protagonista de *Cumbres borrascosas* (1847), de Emily Brontë (1818-1848): un «zíngaro de tez oscura», como lo describe la autora, que es adoptado por un hacendado de Yorkshire; cuando la hija de este desdeña su amor, pasa el resto de su vida, consumido por la furia y la desesperación, intentando vengarse de la familia. La crítica preferiría las novelas de Charlotte Brontë, la hermana más famosa de Emily. En su obra más conocida, *Jane Eyre* (1847), Charlotte Brontë describe la independencia cada vez mayor de la protagonista, y su rechazo de los oficios de institutriz y de maestra, demasiado limitados. Los temas románticos aparecen una y otra vez en la novela, sobre todo los ruidos fantasmales y misteriosos que, como al final se descubre, son causados por una loca a la que tienen escondida en la buhardilla de la mansión perdida en el campo en la que Jane ha sido empleada por el señor Rochester. La joven y su patrón se enamoran, pero resulta que la loca de la buhardilla es la esposa de Rochester, con la que este había contraído matrimonio alocadamente en su apasionada juventud, de modo que la ley le impide casarse ahora con Jane. La novela termina con la loca prendiendo fuego a la casa y con el dueño de la mansión ciego como consecuencia del incendio. Jane, que es la narradora de la historia, vuelve para salvarlo y comienza el último capítulo de la novela con la famosa frase: «Lector, me casé con él».

Jane Eyre contiene muchos recursos ya conocidos gracias a las obras de Fredrika Bremer: la ceguera, las heridas y la muerte causadas por un incendio, el afán de emancipación de la mujer, o las restricciones impuestas por la ley a la libertad de la mujer. La propia Jane, como las heroínas de Bremer, es una cristiana comprometida con un gran deseo de superación. Situadas en los desolados páramos de Yorkshire, las novelas de las hermanas Brontë describían la naturaleza salvaje como algo sobre lo que no era posible imponer orden ni control, pero que era sublime y, por lo tanto, digno de admiración. El arte romántico pretendía suscitar emociones fuertes, no solo felicidad y tristeza, sino, debido en particular a la elección de sus temas, temor reverencial, terror, incluso repulsión, como en *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley (1797-1851), que relata la desastrosa creación de un ser humano artificial que realiza un científico combinando miembros de cuerpos distintos. La pintura romántica rechazaba las tradiciones clasicistas de las academias a favor de la plasmación de escenas de la naturaleza salvaje, como el *Caballo asustado por la tormenta* (1824), de Eugène Delacroix, acuarela en la que vemos al animal, levantado sobre sus patas traseras, expresando ni más ni menos que pura emoción; o los paisajes marinos y los estudios atmosféricos de J. M. W. Turner, pintados con el estilo libre que desarrolló a los treinta y muchos años. En cuadros como *El barco de esclavos* (1840) o *Tormenta de nieve. Barco de vapor ante la bocana de un puerto* (1842) las figuras humanas aparecen subordinadas a los efectos lumínicos, de modo que a menudo resulta casi imposible distinguirlas dentro de las distintas capas de color: la naturaleza lo es todo. A los críticos conservadores que desaprobaban la forma en que Turner se apartaba de las estrictas proporciones clásicas, el influyente John Ruskin respondía diciendo que su pintura cumplía con la obligación fundamental de todo artista: ser fiel a la naturaleza.

Al mostrar a los negreros arrojando por la borda a sus muertos y a los cautivos moribundos mientras se abate sobre ellos un

tifón, *El barco de esclavos* venía a tocar una nota política que podríamos encontrar en muchas obras del Romanticismo. La influencia de Byron, visible en tantas de ellas, fue política y estética a un tiempo: Delacroix pintó no solo una escena de una de sus obras en *La muerte de Sardanápalo* (1827), sino también *La matanza de Quíos* (1824) y *La libertad guiando al pueblo* (1830), realizada con motivo del derrocamiento de Carlos X. Análogamente, el poeta y dramaturgo ruso Alexandr Pushkin estuvo estrechamente comprometido con la guerra de la independencia de Grecia y publicó además algunos poemas que inspiraron a los decembristas. El nacionalismo polaco fue expresado en la epopeya nacional escrita por el poeta y dramaturgo Adam Mickiewicz, *Pan Tadeusz* (*El señor Tadeo*, 1834), con su llamamiento al recuerdo de la extinta República de Polonia y Lituania, otrora independiente: «¡Patria mía! Eres como la buena salud. Nunca supe cuán preciosa eras hasta que te perdí». La identidad polaca fue expresada musicalmente en las marciales polonesas y en las mazurcas, de carácter más suave, de Frédéric Chopin. Como muchas otras obras del primer Romanticismo, los preludios y las baladas de Chopin abandonaron las formas clásicas (en este caso, la sonata) en pro de una estructura improvisada, que fluye con más libertad y encarna la expresión espontánea de la emoción (los impromptus para piano de Schumann encarnaban incluso ese mismo principio en su título). Las emociones que expresaba el Romanticismo temprano eran fundamentalmente íntimas y privadas más que públicas: poetas, novelistas, compositores de *Lieder* y pintores trataban del amor y la desesperación, la esperanza y la fe, lo salvaje y lo sublime, pero a un nivel de experiencia muy personal.

En su búsqueda de la autenticidad emocional, los artistas y escritores se remontaron más allá de la Ilustración a períodos más remotos, deseosos de encontrar inspiración. Las obras históricas de sir Walter Scott inspiraron a Berlioz sendas oberturas, una sobre *Waverley* (1828) y otra sobre *Rob Roy* (1831). La descripción

romántica que hacían de Escocia se esconde tras la *Sinfonía escocesa* (1842) de Felix Mendelssohn-Bartholdy (1809-1847), con sus imitaciones de las gaitas y sus ritmos de danzas escocesas; la ópera *Lucia di Lammermoor* (1835), de Gaetano Donizetti (1797-1848), se basaba también en una novela de Scott. El escritor francés Alejandro Dumas declaró que había sentido un verdadero *coup de foudre* al leer *Ivanhoe* (1820) y que a raíz de aquella experiencia se propuso escribir una serie de novelas históricas, entre ellas *Los tres mosqueteros* (1844), *El conde de Montecristo* (1844-1845) y *Robin Hood* (1863). El húngaro Miklós Jósika (1794-1865) llegó incluso a introducir directamente citas de Scott en su novela *Abafi* (1854), que se desarrolla en Transilvania y es la primera novela histórica escrita en lengua magiar. Pushkin llamaba a Walter Scott «el hechicero escocés». El escritor más famoso de Alemania, Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), que se convirtió en el paladín de los principios del Clasicismo al tiempo que ejerció una notable influencia sobre los románticos a través de su obra más célebre, el drama poético *Fausto* (1808, primera parte, y 1832, segunda parte), decía de Scott: «Descubrí en él un arte completamente nuevo que tenía sus propias leyes».

Victor Hugo tomó de Scott la técnica de las elaboradas descripciones del paisaje y del boato cortesano como inspiración para su larguísima novela *Nuestra Señora de París* (1831). En ella situaba en el ambiente del París del siglo XV una historia de amor gótica en torno al campanero deforme y pobre Quasimodo y a la zíngara Esmeralda (en *Ivanhoe*, Scott ofrecía también un retrato compasivo de una chica marginada, en este caso Rebeca, hija de un prestamista judío). Mucho después, respondiendo de manera parecida a la influencia de Scott, sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, consideraría que sus novelas medievales *La compañía blanca* (1891) y su secuela, *Sir Nigel* (1906), junto con sus demás obras históricas, constituían su verdadera contribución a la literatura. En un momento dado llegó a matar a su famoso detective de ficción porque había empezado a eclip-

sar la que, a su juicio, era su obra más seria, para verse luego obligado a resucitarlo en respuesta a la presión ejercida por el público. La lectura de la obra de Walter Scott indujo, como es bien sabido, al historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886) a declarar que todas las épocas eran iguales a los ojos de Dios. La labor del historiador, pensaba él, era tener la empatía suficiente para penetrar en su esencia íntima, para descubrir «cómo había sido realmente» (*wie es eigentlich gewesen [ist]*), no para despreciarla por atrasada o bárbara, como habían hecho los historiadores del siglo XVIII.

La música empezó también a mirar al pasado, de manera particularmente evidente a través del redescubrimiento por obra de Mendelssohn-Bartholdy de las grandes obras de Johann Sebastian Bach (1685-1750), al que hasta entonces se consideraba irremisiblemente anticuado. El 11 de marzo de 1829, Mendelssohn dirigió una ejecución pública de la *Pasión según San Mateo* (1727) ante un auditorio entre el que se encontraba el rey de Prusia, el poeta Heine y el filósofo Hegel. La obra no había vuelto a ver la luz desde la muerte de Bach, y el espectáculo resultó todo un éxito. «Es como si hubiera sentido el bramido del mar en lontananza», comentó Goethe, cuando tuvo noticia del triunfo de la obra. Aquella época vio los inicios de la práctica hoy día casi universal de interpretar música antigua además de —o incluso mejor que— música contemporánea. Pero para hacer que la obra de Bach resultara digerible para el público de la era del Romanticismo, Mendelssohn recortó la mitad de los pasajes de la *Pasión*, modificó la orquestación, alteró las armonías y cambió los versos que los solistas tenían que cantar. El oratorio *El Mesías* (1741), de Georg Friedrich Händel (1685-1759), se hizo muchísimo más popular que cualquier obra de Bach e inspiró a músicos como el propio Mendelssohn a componer sus propios oratorios. Sin embargo, las interpretaciones decimonónicas tenían un parecido muy lejano con el original, pues en ellas la orquestación era reforzada y se le daba un carácter más sólido, y los integrantes

del coro se multiplicaban: en el Gran Festival Händel celebrado en el Palacio de Cristal de Londres en 1857, la obra fue cantada por un coro de 200 voces y ejecutada por una orquesta de 500 instrumentistas. Las ejecuciones gigantescas de este estilo pasaron a integrar el repertorio habitual de las múltiples sociedades corales de aficionados que surgieron por esta época.

El descubrimiento del pasado supuso de hecho, a menudo, su «mejora», con el fin de adaptarlo a los gustos de la época. En la década de 1820 la arquitectura estaba dominada todavía por el estilo neoclásico, como ponían de manifiesto los edificios oficiales de muchas capitales europeas, desde el Königliches Museum (Museo Real, 1823-1830, actualmente Altes Museum) de Berlín, diseñado por Karl Friedrich Schinkel, hasta el Palacio Real de Oslo (1824-1848), construido por Hans Linstow (1787-1851). Pero en la edad del Romanticismo el arte neoclásico fue desafiado e incluso finalmente eclipsado por el estilo neogótico, introducido en Gran Bretaña por Augustus Pugin (1812-1852). Pugin inició su carrera en 1829 diseñando decorados para una versión operística de la novela de Walter Scott *Kenilworth*, y en 1833 publicó su influyente tratado *Examples of Gothic Architecture* (*Ejemplos de arquitectura gótica*). Esta obra dio pie a que se le encargara, junto a Charles Barry (1795-1860), la edificación del palacio del Parlamento en Westminster, a raíz de la destrucción del anterior por un incendio en 1834. El enorme edificio neogótico tardó treinta años en ser terminado, y solo podría rivalizar con él en dimensiones y grandiosidad el gigantesco palacio del Parlamento de Budapest, construido en el mismo estilo entre 1895 y 1904 por el arquitecto húngaro Imre Steindl (1839-1902). El estilo neogótico había triunfado ya en la década de 1840, época en la que arquitectos y diseñadores estuvieron muy ocupados «mejorando» edificios de todo tipo para hacer que se adaptaran con más fidelidad a lo que ellos creían que era el espíritu de la Edad Media. Pugin insistió en poner *jubés* (muro o balconada que separaba el coro, incluido el altar mayor, reservado a los presbíteros, de

la nave, reservada a los fieles) en muchas de las iglesias que restauró, pese a la falta de justificación para ello. Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879) «mejoró» la grandiosa catedral de Notre Dame de París añadiéndole gárgolas, que no habían formado parte en absoluto del edificio original, y sustituyendo algunas estatuas medievales por otras modernas que él consideraba que parecían más auténticas. En 1849, cuando el gobierno francés decretó que las murallas en ruinas de la ciudadela de Carcassonne, en el sur de Francia, debían ser demolidas, la vigorosa campaña encabezada por el alcalde de la localidad concluyó con el encargo a Viollet-le-Duc de su restauración. Para ello el arquitecto no dudó en importar elementos inapropiados del norte de Francia, como los tejados de pizarra.

Pero las actividades de mejora de Pugin o Viollet-le-Duc dieron paso más tarde al movimiento de conservación del legado histórico, estimulado no solo por grupos de presión dentro de cada país, sino también por periódicos y revistas, congresos y asociaciones de carácter internacional. Poco a poco los gobiernos fueron convencidos de que dejar intactos los edificios antiguos, en vez de hacerles añadidos, era una manera mejor de conectar el presente con el pasado. El orgullo cada vez mayor por la cultura nacional ayudó a los conservacionistas a llevar adelante sus campañas. Acuerdos internacionales, como los de La Haya de 1899 y 1907, exigían a los países vencedores en las guerras actuar como guardianes de los bienes culturales de las naciones vencidas, en vez de saquearlos, como había sido costumbre durante las guerras hasta la época de Napoleón incluida. A finales de siglo empezaron a aparecer ediciones eruditas de la obra de Händel, que fueron utilizadas como base para ejecuciones públicas más auténticas de lo que había venido siendo habitual desde los tiempos de Mendelssohn. Y a partir de 1851 la Bach Gesellschaft [Sociedad Bach] dio comienzo en Alemania a su proyecto monumental de publicar todas las obras del gran compositor sin emendaciones editoriales, disolviéndose finalmente en 1900

cuando su tarea quedó concluida. Las ideas de legado nacional y autenticidad histórica por fin se habían unido.

Romanticismo y religión

Al hacer hincapié en la primacía de las emociones en el espíritu humano, el Romanticismo dejó a la religión el camino expedito para liberarse del desprecio de los racionalistas ilustrados y para integrarse de nuevo en la corriente cultural mayoritaria. Contribuyó a ese proceso la drástica disminución del poder secular de la Iglesia en el curso de las guerras de la Revolución Francesa y de Napoleón. El clero secular católico, liberado de la dependencia de sus patronos aristocráticos, buscó ante todo el liderazgo de Roma. En la Europa septentrional y central esa actitud supuso que se empezara a fijar la mirada en el sur, al otro lado de los Alpes, por lo que pasó a llamarse «ultramontana». Su catolicismo combativo, fuertemente estimulado por el Vaticano, era alimentado por el temor y el odio a la Revolución Francesa y sus consecuencias, y de ese modo los curas recurrieron a nuevas formas de piedad religiosa como fuente de movilización emocional, por ejemplo el culto a la Inmaculada Concepción, dogma proclamado por el papa Pío IX en 1854, o del Sagrado Corazón de Jesús, que enaltecía la corporalidad de Cristo. Una vez más empezaron a realizarse peregrinaciones masivas, la más curiosa de las cuales probablemente tuviera lugar en la ciudad de Tréveris, en Alemania occidental, donde el levantamiento de las restricciones impuestas por el Estado a la libertad de reunión de católicos que decretó el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, indujo al obispo de la ciudad, Wilhelm Arnoldi (1798-1864), a organizar una serie de manifestaciones contra el escepticismo de la Ilustración invitando a todos los fieles devotos a venerar la túnica sagrada que supuestamente había llevado Jesús antes de la crucifixión y que se conservaba en la catedral de Tréveris. Medio millón de personas, mayoritariamente pobres, desfilaron ante la reliquia en una procesión de disciplinantes que puso de manifiesto la fuerza y la popularidad de la nueva piedad católica.

Visiones, revelaciones y apariciones, como las de la criada francesa Estelle Faguette (1843-1929) y la joven Thérèse Martin de Lisieux (1873-1897), lograron también atraer un grandísimo seguimiento. El más popular de todos fue el culto de la visionaria Bernadette Soubirous (1844-1879), en el pueblecito de Lourdes, en los Pirineos, a la que se apareció la Virgen María en una gruta de la localidad. «Soy la Inmaculada Concepción», proclamó la Virgen. Los enfermos empezaron a llegar en busca de curación hasta la gruta y luego hasta la capilla que la Señora indicó a Bernadette que debía construirse en ella. Muchos declararon haber sido curado de sus dolencias después de la visita al lugar santo. En 1862, tras una investigación exhaustiva en la que Bernadette, una muchacha sencilla, analfabeta y evidentemente piadosa se atuvo firmemente a la historia que contó desde el primer momento, la Iglesia declaró que las apariciones eran auténticas. En 1876, 100.000 católicos, entre ellos treinta y cinco obispos, se reunieron en la aldea para coronar la nueva imagen de la Virgen. Otras apariciones parecidas tuvieron menos aceptación. Cuando tres niñas que vivían en la localidad de Marpingen, en la región minera del Sarre, dijeron en julio de 1876 que habían visto a una señora vestida de blanco que se les presentó como «la Inmaculada Concepción», al cabo de una semana se habían presentado en la localidad 20.000 peregrinos, muchos de los cuales afirmaron haber experimentado curaciones milagrosas bebiendo del manantial que la Virgen, según las niñas, había proclamado fuente de la salud. La causa de la popularidad de las apariciones fue en parte la creencia generalizada entre los católicos alemanes de que si la Virgen se había aparecido a los franceses, sin duda se aparecería también a los alemanes. La policía prusiana intervino, enviando al pueblo a un detective que llevaba el pseudónimo de Marlow, y que fabricó unas pruebas que quedaron totalmente desacreditadas cuando compareció en el estrado como testigo en el juicio por fraude contra unos campesinos del lugar. Se presentó en el pueblo una compañía de soldados de infantería prusia-

nos con las bayonetas caladas, que dispersaron por la fuerza a varios millares de peregrinos. La Iglesia, intimidada por la firme reacción del estado prusiano ante los acontecimientos, se negó a confirmar, ni tan siquiera a apoyar, la autenticidad de las apariciones. La emoción religiosa popular empezó a revelarse un hueso duro de roer para las instituciones oficiales de la Iglesia y el Estado. Finalmente las niñas reconocieron que se habían inventado la historia en plan de broma, pero que les había dado miedo retractarse cuando vieron que la veracidad de sus palabras había sido aceptada con tanta rapidez por todo el mundo.

En Gran Bretaña, impulsadas por la revitalización evangélica de comienzos del siglo XIX, surgieron por todo el país asociaciones voluntarias tales como la Sociedad para la Supresión del Vicio (1802), y en muchas de ellas desempeñaron un papel capital mujeres de clase media. Empezando por William Wilberforce (1759-1833), diversos paladines de la moral lideraron campañas incluso en los tribunales contra lo que, a su juicio, era el arte y la literatura inmoral. La respetabilidad burguesa empezó así a triunfar sobre las costumbres licenciosas de la aristocracia y sobre la inmoralidad de la plebe. No había que dudar de las buenas causas ni burlarse de ellas; y lo que la censura no logró erradicar, la moda lo relegó al olvido. El proceso de reforma que transformó la religión de Gran Bretaña a finales de la década de 1820 y comienzos de la de 1830 se debió en parte al desmantelamiento parcial de la posición privilegiada de la Iglesia anglicana. Desde la Reforma del siglo XVI, el catolicismo había sido considerado una modalidad de traición a la patria. Los católicos, lo mismo que los protestantes disidentes, habían tenido prohibido el acceso no solo a las universidades de Oxford y Cambridge, sino también a los oficios públicos, que estaban reservados a los miembros plenamente integrados de la Iglesia de Inglaterra. En 1828 y 1829 esas restricciones fueron eliminadas por una ley del Parlamento, entre otras razones, en el caso de los católicos, para desactivar las tensiones cada vez mayores surgidas en Irlanda. Un

número creciente de clérigos anglicanos vieron en estos acontecimientos una amenaza, especialmente cuando el gobierno redujo el número de obispos irlandeses y propuso amortizar algunas de sus rentas, medida tras la cual vinieron la conmutación de los diezmos eclesiásticos, la legalización del matrimonio civil y los matrimonios contraídos en las capillas de los grupos disidentes, y el establecimiento de una comisión eclesiástica permanente para reformar la administración diocesana, decisiones todas tomadas en 1836.

Un grupo de clérigos anglicanos centrados en torno a la Universidad de Oxford y capitaneados por John Henry Newman (1801-1890), John Keble (1792-1866) y Edward Pusey (1800-1882), empezó a publicar una serie de tratados en los que acusaban al gobierno reformista de los *whig* de «apostasía nacional» y al Parlamento de «abdicación directa de la soberanía de Dios» por intervenir en la Iglesia y ampliar los derechos de los disidentes. Los tratadistas, como pasaron a ser llamados, creían que la posesión de la continuidad apostólica por parte de la Iglesia de Inglaterra requería un mayor uso del ritual, de la vestimenta y de la observancia de los preceptos católicos en los servicios: a Pusey se le prohibió predicar durante dos años y Newman, siguiendo su propia lógica, finalmente se adhirió a la Iglesia católica en 1845, llegando posteriormente a cardenal. En 1851 otro miembro destacado de la Iglesia anglicana, Henry Edward Manning (1808-1892), se convirtió también al catolicismo y fue nombrado posteriormente cardenal arzobispo de Westminster y jefe de la jerarquía católica de Inglaterra, que había sido restablecida en 1850. Este paso fue dado, entre otras cosas, en respuesta a la llegada de grandes contingentes de inmigrantes irlandeses católicos a raíz de las hambrunas de los años inmediatamente anteriores. No impidió, sin embargo, que continuara la identificación del catolicismo con el nacionalismo irlandés, que en la década de 1880 se había constituido en gran parte como movimiento de oposición al dominio protestante en Irlanda. Un nivel todavía más in-

tenso de identificación se había desarrollado al otro extremo de Europa, en Polonia, donde la represión opresiva de la Prusia protestante y de la Rusia ortodoxa situó al catolicismo romano en el centro del movimiento nacionalista. Ni siquiera la condena de las sublevaciones de 1831 y 1863 que hizo la Iglesia logró hacer mella en esta simbiosis, que se consolidó todavía más debido al desarrollo de una devoción mariana casi más fuerte en Polonia que en cualquier otro país de Europa.

En el otro extremo del espectro cristiano, el movimiento metodista, fundado en Inglaterra por John Wesley (1703-1791) en 1739, se fortaleció en gran medida a comienzos del siglo XIX, llegando a contar con 489.000 miembros en 1850. Hubo oleadas de revitalización evangélica en Gales y Escocia, y sectas como la de los baptistas y la de los unitarios llegaron a tener un seguimiento masivo en los distritos mineros e industriales de toda Gran Bretaña. También entre los trabajadores del campo fue inequívoca la vuelta al inconformismo, como atestigua la proliferación de capillas metodistas primitivas por todo Norfolk. Por mucho que se diferenciaran unas de otras en materia de doctrina, todas estas sectas hacían hincapié en una forma sencilla de religión, basada en la Biblia, desprovista de ritual, que utilizaba los sermones al aire libre para ganarse el apoyo de la gente. Todas ellas tuvieron en general bastante seguimiento entre las clases bajas, presentando a menudo espectáculos de histeria colectiva en las asambleas revitalistas que daban paso a la conversión. En este sentido el racionalismo de la religión del siglo XVIII fue sustituido por un emocionalismo semejante en su magnitud, aunque diametralmente opuesto en materia de doctrina al del movimiento anglo-católico. Los grupos inconformistas o disidentes subrayaban ante todo la necesidad de un estilo de vida sobrio y ordenado, dejando el camino expedito a la automejora y la superación personal entre las clases trabajadoras. Desde cierto punto de vista, todo ello podría ser un medio de inculcar los hábitos del trabajo duro, la regularidad y la sobriedad que el capitalismo reque-

ría de la nueva mano de obra industrial, junto con la sumisión, basada en la predestinación, en el sometimiento a las crudas realidades de la vida cotidiana. Desde otra perspectiva, sin embargo, supuso también un estímulo a la reforma democrática del mundo político. El inconformismo religioso fomentó la lectura y la educación, y generó cierto sentido de autorrespeto entre los trabajadores cuando el paternalismo de la patronal empezó a ser sustituido por la explotación despiadada del capitalismo industrial.

Todos estos desarrollos fueron en último término una reacción a la influencia de la Ilustración y del anticlericalismo revolucionario francés. En Prusia, el rey Federico Guillermo III decretó en 1817 la fusión de las iglesias calvinista y luterana con el fin de fomentar una revitalización religiosa. Situó a ambas bajo la tutela de un nuevo departamento gubernamental, el Ministerio de Asuntos Espirituales, Pedagógicos y Médicos, el Ministerium der Geistlichen, Unterrichts- und Medizinalangelegenheiten o Kultusministerium. Dicha fusión fue seguida por varios otros estados alemanes (por ejemplo, Baden en 1821). El rey de Prusia introdujo una nueva liturgia unificada, con sus correspondientes paños de altar, crucifijos, velas, casullas de seda para los obispos y otros arreos propios del catolicismo. Todo ello atrajo fuertes críticas de muchos pastores, aunque, en 1825, 5.343 de las 7.782 congregaciones protestantes utilizaban ya la nueva liturgia. La resistencia de muchos pastores se vio fortalecida por el hecho de que el Código General de Leyes de Prusia de 1794 había decretado la libertad de conciencia en materia de religión, pero, a pesar de todo, se desencadenó una larga lucha, al término de la cual, en 1834, Federico Guillermo III no tuvo más remedio que admitir su derrota, lo que supuso el reconocimiento efectivo de la autonomía parroquial y de la diversidad litúrgica. A partir de ese momento a los pastores les resultó más fácil mantener una identidad que inclinaba a cada uno en una dirección u otra, hacia la tradición luterana o hacia la calvinista.

Una evolución similar se produjo en otros países del norte de Europa, con la aparición en la administración noruega, por ejemplo, de un departamento de Estado encargado de dirigir la Iglesia a partir de 1818.

Como reacción tanto a la Ilustración como al patrocinio estatal de un ritual cuasicatólico, se propagó por toda la Escandinavia protestante un movimiento basado en el «despertar» religioso, encabezado por predicadores itinerantes del estilo de Hans Nielsen Hauge (1771-1824), hijo de un granjero noruego, que pretendía inculcar a su grey un sabatarianismo y un puritanismo estrictos. En las reuniones presididas por él los conversos abjuraban del placer y la frivolidad: «los violinistas quemaban sus violines», como señalaba un observador escandalizado. La Iglesia morava, que practicaba la lectura de la Biblia, la oración en privado y la confesión de los pecados, y preconizaba una vida de sencillez y piedad, consiguió numerosos adeptos en el litoral báltico, incrementando sus miembros en Curlandia, que pasaron de los 9.800 de 1818 a los 26.300 de 1839, y en Estonia, donde pasaron de los 21.900 de 1818 a los 75.000 de 1839. En otros países de Europa, el protestantismo experimentó un «despertar» parecido, destinado a salvar a la religión del racionalismo de la Ilustración. En la Finlandia luterana el despertar religioso de Carelia tuvo su manifestación más clara en las reuniones de oración y los festivales de cánticos de himnos; la administración rusa que gobernaba el país vio en todos esos movimientos una fuente potencial de disturbios nacionalistas e intentó acabar de raíz con ellos, lo que naturalmente no hizo más que reforzar la identificación del luteranismo con la causa de la independencia finlandesa. En Hungría, la proporción de protestantes, en su mayoría calvinistas, ascendía alrededor del 22 % de la población a mediados de siglo. El hecho de que muchos revolucionarios liberales, como por ejemplo Lajos Kossuth, fueran protestantes dio lugar a la promulgación por parte del gobierno de Viena en 1859 de un decreto por el que las congregaciones protestantes eran puestas

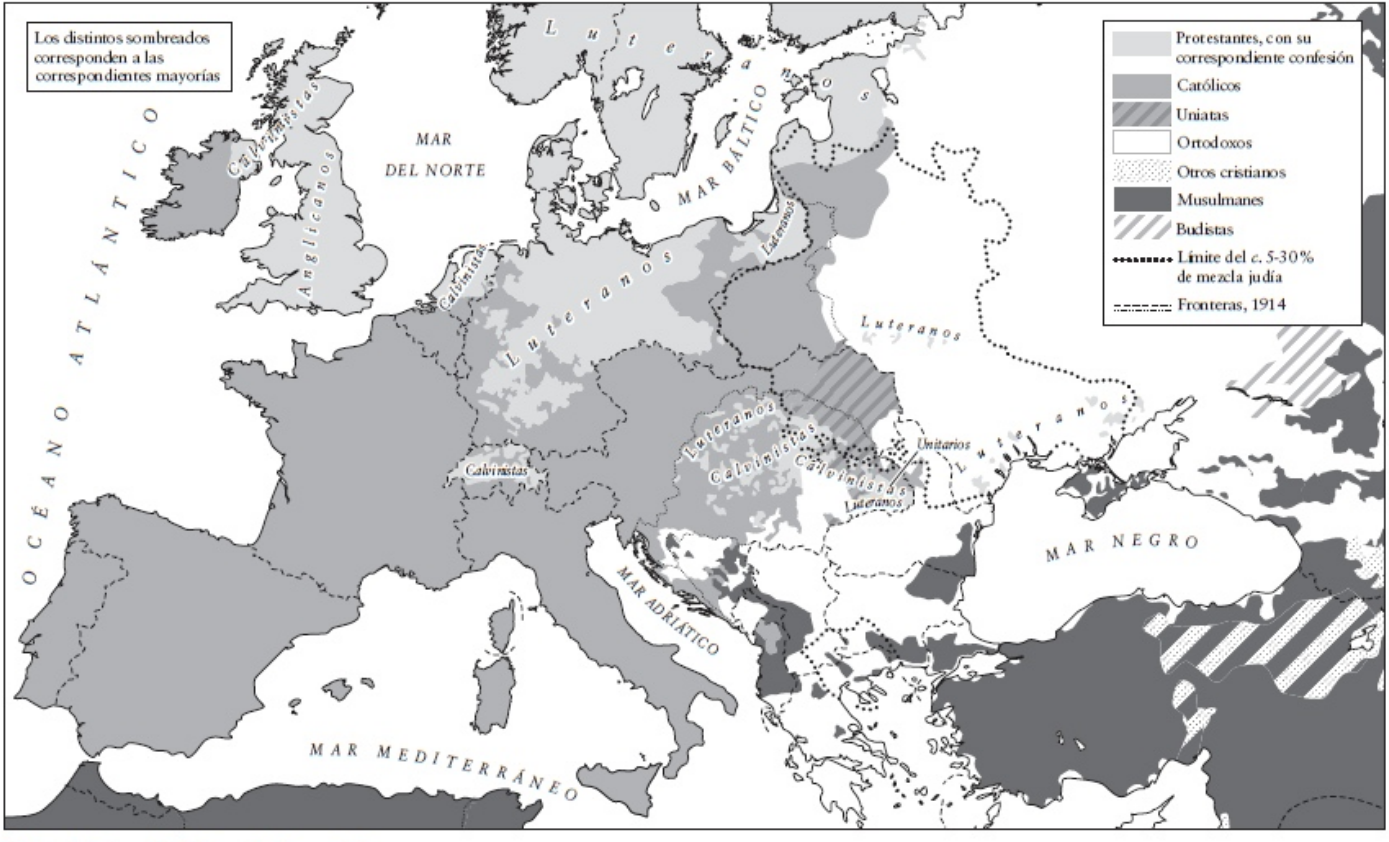
bajo el control del estado. Pero la presión ejercida por Inglaterra obligó a su retirada un año más tarde, y con la obtención de la autonomía nacional en virtud del compromiso austrohúngaro de 1867, los derechos legales que los protestantes habían conseguido en 1848 fueron recuperados por completo. El «despertar» protestante de comienzos del siglo XIX fue más marcado todavía en Suiza, donde individuos como François Gaussen (1790-1863) encabezaron una campaña a favor del empleo de una «doctrina saludable» y del uso de la Biblia como guía infalible para la fe y para la práctica. Algunas congregaciones proclamaron su independencia, dando lugar finalmente al desmantelamiento de la Iglesia suiza reformada entre 1907 y 1909.

En Rusia, la reacción contra el racionalismo de la Ilustración fue capitaneada por Alejandro I. El zar se sintió inclinado personalmente hacia el misticismo tras caer bajo la influencia de la profetisa Juliane von Krüdener (1764-1824), que le dijo que sería el instrumento de la caída de Napoleón, el anticristo. Tan convencido estaba Alejandro de que su cruzada contra el emperador francés estaba bendecida por Dios que en cierta ocasión invitó a Juliane a una cena íntima con Metternich en la que se reservó un cuarto sitio en la mesa para el Cristo ausente. La genuina fe de Alejandro en la inspiración divina de la Santa Alianza, que él mismo fundó bajo la influencia de Juliane en 1815, fue convertida en política pragmática por su sucesor, hombre mucho más realista. Nicolás I veía en la Iglesia ortodoxa un arma más de su autocracia y con esa mentalidad inauguró una larga tradición de subordinación de otras confesiones y religiones del imperio ruso al control del Estado. Nicolás se mostró particularmente hostil hacia los llamados «viejos creyentes», grupo cismático que se había enfrentado a la desaprobación de los zares debido a su rechazo de las reformas eclesiásticas introducidas doscientos años antes. Algunos grupos de viejos creyentes pensaban que el mundo estaba gobernado por el anticristo, y se negaban a tener curas y a rezar por el zar. Muchos pretendían simplificar los actos de

culto y condenaban el uso de la polifonía en los servicios religiosos. La mayoría insistía en la sacralidad del texto eslavo de la Biblia usado por la Iglesia antigua. Unos pocos rechazaban incluso el matrimonio y se negaban a utilizar el dinero. Una de sus sectas o confesiones rechazaba los iconos y oraba mirando hacia Oriente a través de un agujero practicado en la pared: eran llamados los *dímiki* o adoradores del agujero. Los *niétovtsi*, como implicaba su nombre, decían *niet*, «no», a las iglesias, a los curas y a los sacramentos. Los *skoptsi* practicaban la autocastración como muestra de santidad. En cuanto a los *filíppovtsi*, que habían practicado la autoinmolación como forma de sacrificio para fortalecer la fe, no es de extrañar que se hubieran extinguido ya en el siglo XVIII.

Los viejos creyentes procuraron muchos quebraderos de cabeza al metropolitano Filareto (Vasili Mikháilovich Drozdov, 1782-1867), que estuvo al frente de la Iglesia ortodoxa de Moscú más de cuarenta años, desde 1821 hasta su muerte. Debido a su influencia se prohibió la presencia de los jesuitas en el imperio en 1820 y la de los francmasones dos años después. El proselitismo cada vez más agresivo de los cristianos dio lugar al bautismo de la mitad de los 500.000 jóvenes judíos menores de dieciocho años reclutados en el ejército entre 1843 y 1855, y a la conversión entre 1845 y 1847 de 74.000 curlandeses y estonios a la fe ortodoxa en la diócesis de Riga, establecida en 1836. Sin embargo, esas conversiones fueron a menudo solo aparentes. La reunión formal de la Iglesia uniata de Polonia y Ucrania con la ortodoxia fue anunciada más de una vez, sin que la noticia tuviera ningún efecto apreciable en la lealtad de los fieles a la autoridad papal. Tras la revocación por el zar Alejandro II del requisito impuesto a los luteranos que contraían un matrimonio mixto de educar a sus hijos en la fe ortodoxa, unos 40.000 estonios y curlandeses educados de ese modo volvieron a abrazar el luteranismo entre 1865 y 1874.

El estatus del que gozaba la Iglesia ortodoxa como institución estatal sancionada oficialmente se vio severamente afectado por la revolución rusa de 1905, cuando el zar Nicolás se vio obligado a proclamar la libertad de religión. «Todo el mundo, seglares y clérigos —se lamentaba el antiguo procurador del Santo Sínodo, Konstantín Petróvich Pobedonóstsev (1827-1907)—, ha perdido el juicio». El hieromonje Iliodor (Sergéi Miháilovich Trufánov, 1880-1952), posteriormente desacralizado, intentó poner freno a las tendencias liberales de algunos clérigos felicitando a las fuerzas de la reacción tras la revolución de 1905 por su «grande y santa labor de emancipación de nuestra amada Madre Patria de los ateos, atracadores, blasfemos, lanzadores de bombas, incendiarios, periodistas mentirosos y calumniadores, todos ellos malditos de Dios y condenados por los hombres». Inició así un movimiento popular contra el gobierno, pero en 1911 el zar Nicolás II lo invitó a una reunión y le dijo que, en vez de vituperar al gobierno, atacara a los judíos; poco después Iliodor fue ascendido al rango de archimandrita. No obstante, siguió teniendo una influencia muy dañina. Socavada desde dentro y desde fuera, la Iglesia Ortodoxa de Rusia iba volviéndose cada vez más frágil como brazo espiritual de un estado en ruinas.



MAPA 12. La división religiosa en Europa.

La Iglesia ortodoxa griega, que había apoyado firmemente el movimiento de independencia durante la década de 1820, fue declarada autocéfala —esto es, independiente del patriarcado ecuménico de Constantinopla— por el Parlamento griego en 1833, pero inmediatamente después el rey Otón I confiscó las tierras de la Iglesia y cerró 600 monasterios, aplicando en Grecia la legislación de secularización que había sido puesta en vigor en su Baviera natal durante la época napoleónica. No obstante, el patriarcado de Constantinopla continuó estando dominado por los griegos y la Iglesia ortodoxa de Grecia siguió funcionando en toda la zona de los Balcanes, fuera incluso del territorio griego propiamente dicho. Las diversas ramas de la Iglesia ortodoxa se mostraron siempre dispuestas a colaborar unas con otras frente al resurgimiento del catolicismo romano. En 1848 un sínodo de cuatro de los principales patriarcas ortodoxos declaró formalmente a la Iglesia católica romana herética y cismática. Posteriormente, la nueva doctrina de la infalibilidad papal fue condenada por blasfema, y el dogma de la Inmaculada Concepción fue estigmatizado como falso. Pero la Iglesia se enfrentó además a muchos problemas surgidos en su propio seno: en 1901 hubo en Atenas graves disturbios suscitados por una nueva traducción del Nuevo Testamento al griego demótico, realizada en Londres y publicada en Atenas por el diario *Acrópolis*. Tras ser condenada como blasfema por el patriarcado, los estudiantes se echaron a la calle, destrozaron las oficinas del periódico, y el 8 de noviembre organizaron una manifestación multitudinaria ante el templo de Zeus exigiendo la excomunión de los traductores. El primer ministro solicitó la intervención del ejército, que disparó sus fusiles y causó la muerte a ocho manifestantes, hiriendo a otros setenta. La ola de protestas que suscitó la medida lo obligó a presentar su dimisión, y de paso se consiguió la del metropolitano que había aprobado la traducción. Aunque la mayoría de los griegos no podían entenderlo, la Constitución de 1911 concedió al texto sagrado en griego antiguo el monopolio de uso.

En Bulgaria, como en otros lugares del imperio otomano, los cristianos constituían una comunidad aparte, bajo la soberanía del patriarca ortodoxo Griego. Con la ascensión del nacionalismo búlgaro, los eclesiásticos y especialmente los obispos nombrados por las autoridades religiosas griegas fueron sustituidos paulatinamente por búlgaros. En 1870 las autoridades otomanas, siempre dispuestas a fomentar las divisiones entre sus súbditos cristianos, dieron permiso para el establecimiento de un exarcado búlgaro autónomo, trascendental para los nacionalistas búlgaros porque el sistema escolar era administrado por la autoridad eclesiástica. Las poblaciones cristianas de las diócesis episcopales de Skopie y Ohrid votaron en 1874 a favor de unirse a él por un 91 y un 97 % respectivamente de los sufragios, poniendo una parte sustancial de Macedonia bajo el control de la Iglesia búlgara. En 1872, fue elegido exarca Atanas Mihaylov Chalakov (1816-1888); sus vínculos con el movimiento nacionalista quedaron de manifiesto a raíz de su nombramiento como presidente de la Asamblea Constituyente y luego de la Asamblea Nacional en 1879. La declaración de autocefalia del exarcado que llevó a cabo en 1872 determinó que el sínodo patriarcal de Constantinopla lo destituyera, lo excomulgara a él y a sus principales seguidores, y condenara a todos ellos por herejía, acusándolos de etnofiletismo. No obstante, el exarcado siguió prosperando, fundando miles de escuelas y otras instituciones de enseñanza o apropiándose de ellas. La Iglesia y el Estado fueron acercándose cada vez más en naciones emergentes como Serbia y Bulgaria, lo que propició que se cortaran los lazos con las instituciones eclesiásticas supranacionales. Un proceso similar estaba teniendo lugar más al oeste.

Disidencia, duda y falta de fe

La revitalización de la piedad estuvo íntimamente vinculada con una profunda crisis de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, sobre todo en la Europa católica. En el proceso de unificación de Italia, el papa Pío IX tuvo que hacer frente a la incorpo-

ración de los Estados Pontificios al nuevo reino de Italia, sellada por un plebiscito que dio una mayoría de 133.000 votos a favor frente a solo 1.500 en contra. La nueva Cámara italiana aprobó una ley que reconocía a Pío IX como jefe de Estado, concedía inmunidad diplomática a los ministros extranjeros acreditados ante el Vaticano, y asignaba al pontífice una generosa renta anual. Pero Pío IX y sus sucesores rechazaron este acuerdo y devolvieron el subsidio otorgado. En el consiguiente callejón sin salida al que se llegó y que persistió hasta 1929, el papa promulgó un decreto completamente inútil prohibiendo a los católicos participar en la política italiana, y declarando que era «improcedente» incluso que tomaran parte en las votaciones. Proclamándose «prisionero en el Vaticano», no volvió a salir de la ciudad hasta su muerte en 1878. Y además fue publicando con incansable regularidad sucesivas protestas contra las actividades del estado Italiano. No era de extrañar. En su afán por establecer un control sobre la totalidad de la península, el estado italiano unido disolvió 38.000 corporaciones y organismos eclesiásticos distintos y secuestró sus bienes. Los seminaristas fueron sometidos al cumplimiento del servicio militar obligatorio. El matrimonio civil se convirtió en una obligación legal. Decenas de obispos y cardenales fueron detenidos. En la práctica, las escuelas religiosas siguieron existiendo, lo mismo que las órdenes religiosas, mientras que, por otra parte, los católicos que tenían derecho a voto siguieron participando mayoritariamente en las elecciones. Pero el alejamiento de las instituciones católicas de las del reino de Italia siguió siendo muy grande.

En respuesta a la pérdida de su poder secular, Pío IX publicó en 1864 un *Syllabus errorum* [Sílabo de errores]. El *Syllabus* proclamaba que era un error creer que la humana razón estaba en contradicción con la fe cristiana, o sostener que el protestantismo era solo una forma más de cristianismo, o afirmar que la religión católica no debía ser la única religión del Estado, con exclusión de todas las demás formas de culto. El artículo LXXX mani-

festaba que era un error creer que el «Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización». Los matrimonios civiles debían ser considerados nulos y sin efecto, y el tratamiento de las causas matrimoniales pertenecía solo a la Iglesia (artículos LXXIII y LXXIV). La educación debía correr a cargo de la Iglesia, no del Estado (artículos XLV-XLVII). Pío IX fortaleció su posición convocando un concilio que se reunió en 1870 y que publicó la «Declaración de infalibilidad pontificia». A partir de ese momento el papa podía promulgar decretos y publicar encíclicas con la fuerza de Dios, que no admitían discusión. Los católicos liberales sintieron espanto. Algunos, como el teólogo e historiador Alfred Loissy (1843-1922), que intentaron aplicar métodos críticos modernos al estudio de la Biblia, fueron expulsados de sus cátedras, para ser posteriormente condenados en 1893 por la encíclica *Providentissimus Deus*, publicada por León XIII, que reafirmaba la verdad literal del Antiguo y del Nuevo Testamento. Quizá la reacción más célebre proviniera del historiador y editor en algunos momentos de un periódico católico liberal, lord Acton (1834-1902), que declaró refiriéndose al papa: «El poder tiende a la corrupción, y el poder absoluto tiende a la corrupción absoluta».

Un choque similar entre la Iglesia y el Estado tuvo lugar durante la década de 1870 en Francia. Mientras los monárquicos dominaron la asamblea legislativa, como sucedió durante la mayor parte de dicha década, la Tercera República fue incapaz de actuar. Pero cuando su influencia electoral disminuyó, Jules Ferry (1832-1893), que estuvo al frente de la política educativa de Francia desde finales de la década de 1870 y a comienzos de la de 1880, logró imponer una serie de medidas ferozmente anticlericales. «Mi meta —dijo— es organizar la humanidad sin Dios y sin rey». Expulsó de Francia a las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza y trabajó con ahínco para imponer obligatoriamente el laicismo en el sistema educativo. Durante el período en el que Ferry estuvo al frente del Ministerio de Instruc-

ción Pública o de la presidencia del gobierno, y en general mientras ejerció una influencia sobre las actividades gubernamentales, fueron derogadas las leyes relativas a la observancia dominical (1879), los cementerios fueron declarados aconfesionales (1881) y el divorcio fue legalizado (1884). Las políticas anticlericales no acabaron con la salida de escena de Ferry. A comienzos de la década de 1900 todas las órdenes monásticas fueron disueltas (excepto los trapenses, a los que los republicanos consideraban inocuos porque tenían prohibido hablar). Unas 10.000 escuelas religiosas fueron cerradas. Finalmente en 1905 la Iglesia fue separada por completo del Estado, que cesó de brindarle apoyo financiero, y que asumió la propiedad de la mayoría de los edificios religiosos. El nombramiento de los obispos quedó sujeto a la aprobación del gobierno. El papa León XIII (1810-1903), elegido en 1878, lanzó una campaña diplomática con objeto de intentar poner fin al conflicto, y publicó su famosa encíclica *Rerum novarum*, en la que exhortaba a los católicos a actuar para abordar los numerosos problemas sociales que habían traído consigo la industrialización y la urbanización. Instaba al clero a no meterse en política. En Francia este llamamiento dio lugar al llamado *ralliement*, que animaba a los católicos a reconciliarse con la Tercera República. Aquella actitud desconcertó a muchos curas, que continuaron atacando a la República desde el púlpito, mientras que por parte del Estado tampoco se hizo nada por derogar las múltiples leyes anticlericales que estaban en vigor; más bien, si acaso, todo lo contrario.

Las luchas Iglesia-Estado de finales del siglo XIX fueron igualmente feroces en Alemania, aunque acabaron antes que en Francia. De nuevo aquí un sistema político recién creado intentó consolidar la lealtad de sus súbditos católicos ampliando sus poderes sobre ellos del mismo modo que Pío IX intentaba someterlos al papado. Bismarck en particular consideraba a la numerosa minoría católica del imperio alemán simples «enemigos del Reich», pues muchos de ellos habían sido ciudadanos de los estados

alemanes meridionales que habían combatido al lado de Austria contra Prusia en 1866. Además la importante minoría polaca de las provincias de Posnania y Silesia basaba en buena parte su compromiso nacionalista en su apasionada adhesión al catolicismo. En 1871, Bismarck empezó a legislar contra los clérigos que utilizaban sus púlpitos con fines políticos, antes de pasar, en 1872, a someter a las escuelas religiosas a la inspección del gobierno, prohibiendo en particular las actividades de los jesuitas, que parece que desde mediados del siglo XVIII se convirtieron en objeto de sospecha de casi todos los gobiernos europeos, y rompiendo las relaciones diplomáticas con el Vaticano. En 1873 las llamadas «leyes de Mayo» establecerían que los clérigos debían tener por fuerza un mínimo grado de instrucción estatal, y que cualquier nombramiento eclesiástico fuera sometido a la confirmación del gobierno.

La mitad de los seminarios de Prusia fueron cerrados en el curso de los cinco años siguientes. En 1875 el estado prusiano puso fin a las subvenciones concedidas a la Iglesia católica; todas las órdenes religiosas fueron disueltas, y el matrimonio civil se hizo obligatorio. De avivar las llamas del conflicto se encargaron los liberales alemanes, que se dedicaron a jalear a Bismarck en el que pasó a llamarse *Kulturkampf* o «lucha de civilizaciones», contraponiendo el progresismo ilustrado al oscurantismo reaccionario. El clero católico no se mostraría dispuesto a plegarse a las nuevas leyes. Boicoteó las instituciones educativas estatales y se negó a someter los nombramientos de nuevos clérigos a la aprobación del gobierno. La policía intervino, y a mediados de la década de 1870, 989 parroquias católicas carecían de titulares, 225 curas estaban en la cárcel, dos arzobispos y tres obispos habían sido destituidos de sus cargos, y el obispo de Tréveris había fallecido al poco tiempo de cumplir una condena de nueve meses de prisión: el entusiasmo por las supuestas apariciones de Marpingen se produjo en medio de todo este conflicto. Los católicos alemanes se congregaron tras los colores del nuevo Partido del

Centro, fundado en 1871, que supo expresar vigorosamente sus quejas en la escena política. Una vez más en este caso la elección del papa León XIII en 1878 abrió la senda de la reconciliación, especialmente porque Bismarck se lanzó contra un nuevo «enemigo del Reich», que esta vez adoptó la forma del Partido Socialdemócrata. En 1880 el Canciller de Hierro hizo aprobar una ley por la que el gobierno renunciaba a su derecho a expulsar a los clérigos de sus puestos. En 1882 Prusia restableció las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, y al año siguiente se suavizaron los rasgos más opresivos de la legislación impuesta durante el *Kulturkampf*. Pero nada de eso impidió que continuara el ascenso del Partido del Centro, de inspiración católica, que no tardaría en aportar el grupo más numeroso de diputados al Reichstag.

Italia, Francia y Alemania no fueron los únicos estados en los que hubo choques de este estilo. El ministerio liberal que ostentó el poder en Austria durante la década de 1870 hizo que los nombramientos de clérigos pasaran a depender de la aprobación del gobierno. Revocó el concordato concluido con el papado que se había firmado en 1855, secularizó el matrimonio y subordinó al Estado las escuelas religiosas. No obstante, el emperador Francisco José vetó la propuesta de establecer la obligatoriedad del matrimonio civil, y surgió un poderoso movimiento político católico en forma del Partido Socialcristiano, fundado en 1891. Análogamente, de 1879 a 1884 Bélgica se vio convulsionada por una «guerra de las escuelas», en la que el intento liberal de secularizar la educación chocó con una feroz resistencia por parte de los católicos, que se movilizaron con manifestaciones y disturbios; dos manifestantes murieron a manos de la policía en la ciudad de Kortrijk, y cuando en 1884 fue elegido un gobierno nacional católico, 200 municipios dominados por los liberales organizaron manifestaciones multitudinarias que provocaron la convocatoria de contramanifestaciones católicas igualmente imponentes. Finalmente el rey se vio obligado a intervenir, destituyendo a los dos ministros ultramontanos más radicales y obligando al

gobierno católico a moderar su postura. En Holanda, donde había una numerosa minoría católica en las provincias del sur, el nombramiento de varios obispos por el papa en 1853 desencadenó las protestas del clero protestante. La aprobación de una ley que restringía la celebración de procesiones religiosas dio lugar a violentos choques con la policía en 1872 y en 1878, cuando las filas de peregrinos atacaron el cordón policial establecido cerca de Roermond, en la provincia de Limburgo. En España, el siglo XIX estuvo salpicado de leyes anticlericales y de 1900 en adelante se produjeron numerosos enfrentamientos y manifestaciones cuando los partidarios de la secularización se echaron a la calle, siguiendo el ejemplo de Francia. Aprovechaban para celebrar banquetes el Viernes Santo, día tradicionalmente de ayuno, y convocaban la «semana anticlerical» para que coincidiera con la Semana Santa.

La hostilidad de los nuevos —o recientemente reestructurados — estados europeos y de los gobiernos liberales reformistas no fue el único desafío al que tuvieron que hacer frente las distintas iglesias. Potencialmente más seria a largo plazo sería la secularización de las masas. Los sectores religiosos del censo nacional de 1851 en Gran Bretaña revelaban que en las ciudades más grandes menos del 10 % de sus habitantes habían asistido a un lugar de culto el domingo en que se llevó a cabo la consulta. Como decía un obispo inglés en 1852: «Resulta muy fácil comprobar cómo los artesanos y labradores recién llegados de las localidades rurales, donde al menos podían encontrar un sitio —y a menudo lo buscaban— en la casa de Dios, perdían por lo general el hábito del culto y de la devoción allí donde no había ni lugar al que ir a celebrar cultos ni pastor que los guiara por las sendas del Señor». Una evolución semejante tendría lugar en Rusia. En la diócesis de San Petersburgo solo se construyeron ochenta y cinco iglesias nuevas entre 1876 y 1887. El dinero para la edificación de las iglesias debía ser recaudado en el ámbito local, tarea por lo demás harto difícil en los barrios de clase trabajadora, en-

tre otras cosas porque muchos de sus habitantes estaban recién llegados o a punto de trasladarse a otros lugares en busca de empleo. En 1891 un estudio estadístico de las iglesias de Alemania ponía de manifiesto que en Hamburgo la proporción de pastores respecto a los habitantes era de uno por cada 8.000, mientras que en la capital del Reich, Berlín, era de uno por cada 10.000, descenso notabilísimo comparado con la proporción existente a comienzos de siglo de uno por cada 3.000 habitantes. Mientras que la tasa anual de comuniones en Prusia correspondiente a los años 1891-1895 era de cuarenta y tres por cada cien miembros de la Iglesia, la misma cifra ascendía solo a dieciséis en Berlín. En Estocolmo únicamente el 10 % de los varones adultos iba a comulgar en 1880, en París solo un 15 % iba a misa a principios de la nueva centuria, y en Londres la asistencia a la iglesia se situaba por esa misma época en un 22 % de la población. La legislación facilitaría también a la gente abandonar sus obligaciones religiosas: la ley de Disidencia aprobada en Noruega en 1845 liberaba a los ciudadanos de la obligación legal de pertenecer a alguna iglesia, ejemplo seguido por Dinamarca en 1849.

El movimiento de revitalización religiosa hizo cuanto pudo por contrarrestar los efectos de la secularización en las grandes ciudades y en las zonas industriales, particularmente en Alemania, por medio de la Innere Mission [Misión Interior], establecida en 1848 por un destacado filántropo evangélico, Johann Hinrich Wichern (1808-1881), con el fin de utilizar las obras de caridad entre los pobres para llevarles un mensaje social conservador basado en los principios luteranos. Fundado a imitación y como reacción ante el desarrollo de las sociedades misioneras que pretendían obtener la conversión de los paganos y de los indiferentes fuera de Europa, el movimiento de Wichern se extendió a otros países del norte de Europa, incluida Dinamarca, donde fue creado en 1861. El movimiento danés ofrecía actividades colectivas en las zonas rurales, uniendo a las distintas clases sociales sobre una base religiosa y evitando tal vez el éxodo de las

congregaciones de la Iglesia nacional danesa al tipo de sectas protestantes radicales que estaban surgiendo en Suecia por esa misma época. La Iglesia católica no tardó en adaptar la idea. En España algunos curas con inquietudes sociales organizaron círculos obreros en Valencia, Madrid y otras ciudades a partir de la década de 1890, llegándose a crear 258 de esas instituciones con 180.000 miembros en 1912. En la Rusia ortodoxa los predicadores itinerantes se organizaron en la Sociedad para la Propaganda de la Iluminación Religiosa y Moral en el Espíritu de la Iglesia Ortodoxa. Fundada en 1881, esta sociedad celebraba reuniones en las fábricas de San Petersburgo y llegó a tener muchos seguidores. Una organización análoga, la Sociedad por la Sobriedad Alexandr Nevski, contaba con 75.000 miembros en 1905, año en el que imprimió 10.000 ejemplares de un panfleto sobre la cuestión obrera. Semejantes esfuerzos condujeron fácilmente al activismo político de algunos curas comprometidos. No es de extrañar que las asociaciones de ese tipo fueran suprimidas por las autoridades después de que el padre Gueorgui Apolónovich Gapón (1870-1906) encabezara la manifestación de obreros que desencadenó la revolución de 1905.

A pesar de la angustia expresada por estos movimientos, es muy posible que se exagere el contraste entre la población rural supuestamente devota y los habitantes de las ciudades secularizados y no creyentes. Está registrado que en 1900 el 87 % de los varones creyentes y el 91 % de las mujeres iban a las iglesias ortodoxas a confesar y comulgar tanto en las zonas rurales como en las ciudades de Rusia. La parroquia era indudablemente el centro de la vida de las comunidades rurales en muchos países de Europa. Pero la observancia religiosa en el campo a menudo quedaba muy lejos de lo que eran los ideales del clero. En Francia las encuestas realizadas en la diócesis de Orleans revelaban que en 1850 solo el 10,6 % de la población comulgaba por Pascua Florida; y el número de los que asistían con regularidad a la iglesia era incluso menor. El comportamiento en las iglesias rurales

con frecuencia era escandaloso: un cura francés se lamentaba en la década de 1850 de que sus fieles no escuchaban nunca sus sermones, sino que hacían un ruido ensordecedor mientras él predicaba, escupían, daban portazos, tosían, se levantaban y charlaban entre ellos. Los trabajadores urbanos de la industria y sus familias quizá no acudieran a la iglesia con regularidad, pero desde luego valoraban la religión a la hora de señalar los grandes ritos de iniciación de los distintos estadios de la vida. En Berlín, el 89 % de los niños nacidos en 1910 de padres protestantes fueron bautizados, así como el 72 % de los nacidos de padres católicos. En la Sajonia «roja» durante los años 1896-1900, el 90 % de las parejas estaban casadas por la iglesia y al 99 % de los difuntos se les hacían funerales religiosos. Puede que a la hora de bautizar a sus hijos, los obreros socialdemócratas pusieran de manifiesto sus tendencias políticas poniéndoles nombres declaradamente socialistas —particularmente popular se hizo el nombre de chica Lassaline en homenaje a uno de los primeros líderes socialistas alemanes, Ferdinand Lassalle—, pero indudablemente los bautizaban.

El proceso de secularización afectó a hombres y mujeres de manera desigual. Aproximadamente a mediados de siglo el 11,6 % de las mujeres de la diócesis de Orleans comulgaban por Pascua Florida, pero solo lo hacía el 2 % de los hombres. Dentro de la zona cubierta a partir de 1830 por el estado de Bélgica, la proporción de monjas y frailes pasó de 40:60 en 1780 a 60:40 ochenta años después. La mayoría de las monjas pertenecían a órdenes dedicadas a la enseñanza, el cuidado de los enfermos y las actividades filantrópicas. Análogamente en Rusia entre 1850 y 1912, mientras que el número de monjes se dobló hasta alcanzar los poco más de 21.000, el de monjas pasó de las 8.533 a las 70.453. Los críticos de la Iglesia veían en ello una prueba de la emotividad del sexo femenino. El historiador francés Jules Michelet (1798-1874), republicano ardientemente anticlerical, hablaba de confesores que «seducían» a las casadas o que las «flagelaban»

con «varas espirituales», propagando en la sociedad una influencia reaccionaria mediante el ejercicio de un ascendiente maléfico entre las mujeres. Quizá a Michelet le sentara mal que su amante, en el lecho de muerte, se volviera hacia su confesor y no hacia él. Pero sus opiniones eran compartidas por muchos. Podría verse una influencia importantísima de esos estereotipos anticlericales de género tras la negativa de los republicanos franceses a apoyar la concesión del derecho de sufragio a las mujeres hasta el final del siglo y aun mucho después de esa fecha.

A pesar de la preocupación de los más religiosos por la decadencia del poder de la Iglesia a lo largo del siglo XIX, por las intrusiones del Estado, y por la tendencia cada vez mayor de los hombres corrientes —y en menor medida también de las mujeres — de los centros de población más industrializados a abandonar las prácticas religiosas salvo en los ritos de iniciación social como bautizos, bodas y funerales, Europa siguió siendo una cultura mayoritariamente religiosa hasta el estallido de la primera guerra mundial. Lo cierto es que el siglo XIX fue, por encima de cualquier otro período, la época en la que los cristianos de Europa intentaron llevar su mensaje al resto del mundo a través de una gran variedad de sociedades misioneras. Estas organizaciones, respaldadas por la enorme mejora de las comunicaciones, aprovecharon la hegemonía global de Europa para embarcarse en actividades de evangelización en todos los continentes. Sociedades misioneras en ultramar, activas ya en Gran Bretaña desde finales del siglo XVIII, fueron fundadas en Basilea en 1815, en Dinamarca en 1821, en Francia en 1822, en Berlín en 1824 y en Suecia en 1835. Crearon escuelas y universidades, abrieron periódicos, construyeron iglesias e hicieron todo lo posible por mantener a raya a los misioneros de otras confesiones cristianas rivales. Aunque el nuevo afán misionero fue encabezado por los protestantes, la Iglesia católica siguió su ejemplo en 1868 a través de los padres blancos, curas no pertenecientes a ninguna orden que llevaban un uniforme consistente en sotana y capa

blanca, aunque naturalmente los jesuitas habían venido realizando labores misioneras desde mucho tiempo atrás. Aunque muchos misioneros encontraron una muerte violenta a manos de los pueblos que no querían convertirse, la Milicia de Cristo, organización armada fundada por el cardenal Charles Lavigerie (1825-1892) para protegerlos, no encontró un apoyo generalizado: hizo que la labor de los misioneros se pareciera demasiado a una reedición de las cruzadas.

Mientras los misioneros se disponían a evangelizar el mundo, el cristianismo era objeto de un análisis escéptico cada vez más intenso dentro de la propia Europa. El sociólogo Max Weber (1864-1920) identificó un rasgo fundamental de aquella época que denominó el «desencanto del mundo», un proceso en el que la opinión común que tenía la sociedad rural, que veía en el mundo natural una especie de creación mágica gobernada por una fuerza sobrenatural, por unos sistemas de creencias racionales, orientados a unos objetivos definidos, y basados en una interpretación científica. Al principio, ese cambio de creencias estuvo confinado ante todo a ciertos sectores de la clase trabajadora urbana, especialmente en la Europa central, y a la burguesía liberal. En este sentido, sin embargo, se alimentó del reto cada vez más explícito a la religión planteado por los descubrimientos científicos modernos y sus adalides. Una de las influencias más profundas que tuvo Fredrika Bremer, evidente sobre todo en su libro *Morgon-väckter* [Guardias matutinas] (1842), fue la que ejercieron los escritos de David Friedrich Strauss (1808-1874). Su libro *La vida de Jesús, examinada desde un punto de vista crítico*, publicado en 1835-1836, cuando el autor tenía apenas veintisiete años, utilizaba métodos filológicos modernos de crítica textual para rechazar los elementos milagrosos recogidos por los Evangelios por considerarlos míticos y demostraba que los testimonios contundentes que había de la existencia del Jesús histórico eran realmente muy escasos. Semejantes ideas horrorizaron a los apologetas cristianos. La traducción al inglés de su obra, a

cargo de George Eliot, aparecida en 1846, fue calificada por el reformador social de filiación evangélica Anthony Ashley-Cooper, séptimo conde de Shaftesbury, como «el libro más pestilente que hayan vomitado las fauces del infierno».

La obra de Strauss convenció al joven filólogo clásico y filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900) de que el cristianismo había quedado a todas luces desacreditado por las investigaciones históricas. Con el estilo habitualmente aforístico que caracterizaba sus escritos, Nietzsche afirmaba: «Dios ha muerto»; el sistema universal de valores propagado por el cristianismo ya no podía tener validez alguna en un mundo moderno en el que había tantos sistemas de valores que el individuo tenía de hecho que montar el suyo por medio de un acto de voluntad. Los que creaban un nuevo conjunto de valores más allá de los conceptos convencionales de bien y de mal eran, por tanto, seres sobrehumanos, cuyo eficaz uso de la voluntad de poder contrastaba Nietzsche con la mediocridad de las masas y la trivialidad de la cultura popular. La mayor parte de la obra de Nietzsche no fue leída o permaneció inédita durante su vida, que acabó sumida en una demencia silenciosa causada por la aparición de una sífilis terciaria; pero tuvo un impacto considerable sobre el escritor danés Georg Brandes (1842-1927), cuyas conferencias de 1873 atacando el cristianismo y calificándolo de ideología muerta se dijo que inspiraron la introducción en Dinamarca de la confirmación civil (aunque el rito eclesiástico siguió siendo usado por la inmensa mayoría de las familias).

Por sus efectos corrosivos sobre la fe cristiana llegó a rivalizar a veces con el escepticismo filosófico el propio pesimismo cristiano, y de modo muy especial lo hizo en la obra del filósofo y teólogo danés Søren Kierkegaard (1813-1855), que atacó el determinismo ateo de los Jóvenes Hegelianos subrayando la autonomía absoluta de la conciencia individual. La religión organizada, sobre todo si estaba controlada por el Estado, infantilizaba a la gente, pensaba Kierkegaard, y subvertía su fe obligándola a tran-

sigir con el mundo. «La filosofía de vida del cristianismo —decía en uno de sus escritos—... es la de los sufrimientos, la del entusiasmo por la muerte, propia de otro mundo». En el momento de su muerte, las ideas de Kierkegaard habían empezado a tener un impacto significativo sobre la Iglesia danesa, como señalaba su obituario oficial en 1855: «Los funestos frutos que el Dr. Kierkegaard demostró que surgían de la unión de la Iglesia y el Estado han reforzado los escrúpulos de muchos de los laicos creyentes, que ahora consideran que no pueden seguir dentro de la Iglesia». Ese mismo año la Iglesia danesa liberó a sus miembros de la obligación de asistir únicamente a los servicios de su propia parroquia, permitiéndoles elegir al pastor que quisieran; y dos años después abolió el bautismo obligatorio de los niños, siguiendo la teoría de que la fe religiosa debía ser cuestión de elección por parte del adulto.

Pero entre todos los retos intelectuales a los que hubo de hacer frente el cristianismo en el siglo XIX el más serio fue el que le planteó la aparición del materialismo científico. Fue muy grande el daño que hizo el libro en tres volúmenes de sir Charles Lyell (1797-1875) *Principios de geología*, publicado en 1830-1833, demostrando que no existían pruebas del diluvio universal de Noé y que el mundo no había sido creado la tarde del 23 de octubre de 4004 a. C., como había afirmado dos siglos antes el clérigo James Ussher (1581-1656), sino que era mucho más viejo. Los escritores y pensadores cristianos al principio reaccionaron ante las obras de individuos como Lyell y Strauss refugiándose en una teología naturalista que postulaba la existencia de un gran plan divino de la naturaleza, que situaba a los seres humanos, las únicas criaturas dotadas de alma, en el centro de los designios de Dios. Pero cada vez resultaría más difícil sostener semejante teoría. Un libro de autor anónimo, *Vestiges of the Natural History of Creation* [Vestigios de la historia natural de la Creación], publicado en 1844, escrito en realidad por el editor y geólogo escocés Robert Chambers (1802-1871), exponía una descripción del mun-

do natural que empezaba con el sistema solar y acababa con la aparición de la humanidad. Afirmaba que el hombre era simplemente una especie animal, «considerado zoológicamente, y sin tener en cuenta el carácter singular que le asigna la teología». El naturalista Charles Darwin publicó un desafío todavía más profundo a las creencias cristianas. Darwin se había dedicado a coleccionar fósiles y había observado la variedad de especies existentes en las islas Galápagos durante su viaje a bordo del *Beagle* entre 1831 y 1836. Otro naturalista, Alfred Russell Wallace, había llegado independientemente a unas conclusiones parecidas, y en 1859, para adelantársele, Darwin publicó su célebre libro *El origen de las especies*. Comenzaba expresando la afirmación más audaz que cabría imaginar y diciendo que «la opinión que la mayor parte de los naturalistas mantuvieron hasta hace poco, y que yo también mantuve en un primer momento —o sea, que cada especie ha sido creada independientemente—, es errónea». Las especies no habían sido creadas en su forma definitiva por Dios, afirmaba, sino que habían cambiado y evolucionado con el tiempo.

La asociación que hacía Darwin de la evolución con el optimismo victoriano, junto con su interpretación manifiestamente cristiana del orden de la naturaleza y la labor preparatoria realizada por Chambers y Lyell, suavizaron el golpe a la religión infligido por la publicación de su libro. Pero el Darwin más modesto y reservado encontró un defensor más agresivo de sus ideas en el biólogo Thomas Huxley (1825-1895), que no tardó en darles una publicidad amplísima. En 1860, Huxley debatió las teorías de Darwin con Samuel Wilberforce (1805-1873), obispo de Oxford, en la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia. Wilberforce era un afamado orador, conocido por la mayoría como «Sam el Zalamero Escurridizo», por la forma en que Disraeli describía su estilo retórico, del que decía que era «untuoso, oleaginoso, jabonoso». Según Isabella Sidgwick (1825-1908),

> ... el obispo se levantó y en un tono ligeramente burlón, florido y desenvuelto, nos aseguró que la idea de evolución era completamente huera; las palomas

bravías eran lo que siempre habían sido las palomas bravías. Luego, volviéndose hacia su antagonista con una sonrisa insolente, le rogó que le dijera si era por su abuelo o por su abuela por quien afirmaba descender del mono. Al oír aquello el señor Huxley se levantó despacio, pero resueltamente. Una figura ágil, alta, severa y pálida, muy tranquila y muy grave, se irguió ante nosotros y pronunció aquellas palabras tremendas, unas palabras de las que ahora nadie parece estar seguro, y que no creo que nadie pudiera recordar inmediatamente después de ser pronunciadas, pues su significado nos dejó sin aliento, aunque no nos quedara la menor duda de lo que representaba. No le daba vergüenza tener un mono por antepasado; pero sentiría vergüenza de estar emparentado con un hombre que usaba sus grandes dotes para oscurecer la verdad. Nadie dudó de lo que quería decir y el efecto de sus palabras fue tremendo. Una señora se desmayó y hubo que sacarla fuera de la sala; en cuanto a mí, me levanté de un brinco de mi asiento.

Aquel debate hizo famoso a Darwin y sus teorías. Le gustara o no, el evolucionismo estaba absolutamente en contra del creacionismo, los hechos estaban absolutamente en contra de la fe.

El cristianismo y los demás

Como el propio Darwin, la inmensa mayoría de científicos y eruditos creían que sus descubrimientos eran compatibles de una manera o de otra con el cristianismo, aunque algunos escritores, como Brandes, y muchos socialistas de a pie creían que la autoridad de la Biblia había quedado finalmente socavada por los descubrimientos de la ciencia. En el otro extremo de la escala de creencias, en todo el mundo rural siguieron existiendo paralelamente al cristianismo las prácticas de la magia y la superstición, muchas de las cuales procedían en último término de la era precristiana. En las islas Hébridas Exteriores un observador comunicaba en 1899 que continuaba creyéndose en la existencia de «toda suerte de influencias malignas». En Alemania la costumbre de intentar conseguir la sangre de los delincuentes ajusticiados para su empleo en curaciones mágicas no era una más entre el enorme número de prácticas supersticiosas usadas para protegerse de las enfermedades o para curarlas. Los campesinos aconsejaban ingerir determinadas hierbas silvestres recogidas en un momento en particular, cantar salmodias o untar las heridas con alguna poción mágica confeccionada, como se hacía en Portugal,

con los restos molidos de un lagarto muerto, empapados en la orina de la víctima. Si una persona padecía fiebre, podía dejar regalos al pie de un enebro o de un espino o de cualquier otro árbol. En Pomerania, a orillas el Báltico, los campesinos reaccionaban a la aparición del cólera desenterrando el cadáver de la primera víctima de la enfermedad y decapitándolo ritualmente. Para curar la escrófula los habitantes del Borbonés, en el centro de Francia, buscaban la ayuda del mayor de siete hijos varones, que debía tocar a la víctima antes del amanecer del día de San Juan, en ceremonias que atraían a multitudes de cientos de individuos. Los lugares sagrados —fuentes, bosques, pozos, corros de hadas — tenían todos diversos poderes. De vez en cuando salían a la luz casos de hechicería: en 1863 un fabricante de ladrillos de las Ardenas fue condenado por cometer el asesinato de un supuesto brujo que había echado mal de ojo a su alfar; en 1887 una pareja de jóvenes de Sologne, en la zona más septentrional del centro de Francia, fueron condenados por asesinar a la madre de la chica siguiendo los consejos de un brujo. En las ferias de los pueblos se vendían libros de encantamientos, siendo especialmente populares unas versiones de las obras del alquimista medieval Alberto Magno (*c.* 1200-1280) llamadas el *Grand Albert* y el *Petit Albert*; si un hombre tenía una racha insólita de buena suerte, la gente exclamaba: «¡Lleva el *Petit Albert* en el bolsillo!».

Pese a la desaprobación de la jerarquía eclesiástica, los curas de pueblo a menudo seguían participando en prácticas mágicas. En los pueblos de Francia las campanas de las iglesias tocaban habitualmente a rebato para alejar la tormenta, a pesar de los repetidos decretos eclesiásticos prohibiendo prácticas semejantes. La gente colocaba frasquitos de agua bendita recogida en la iglesia para proteger sus cosechas y sus casas, o los ponían en lo alto de la chimenea. Desde ahí no había más que un pequeño paso para emprender la marcha en busca de curación a lugares de peregrinación cristiana como Lourdes, o para colocar tablillas votivas u oraciones escritas a mano en las iglesias para rogar por el

éxito en los exámenes. La Iglesia concedía su bendición a la fe en los milagros, pero la línea divisoria entre lo milagroso y lo mágico era muy fina. Los adivinos y echadores de buenaventura siguieron siendo populares en las ferias de los pueblos; era esta una especialidad en particular de las gitanas, que además se ganaban la vida vendiendo encantamientos para protegerse de la enfermedad. No obstante, la difusión de la educación secular y la desaprobación de las autoridades judiciales fueron socavando progresivamente los sistemas de creencias que sostenían actividades de ese estilo. Puede que los padres siguieran con sus viejas supersticiones, pero los hijos aprendían unas ideas muy distintas en las escuelas. Los tribunales de justicia fueron mostrándose cada vez más escépticos ante los casos relacionados con acusaciones de prácticas mágicas, el uso de elixires de amor y las alegaciones de hechicería. En 1843 los magistrados de Norwich desestimaron un caso en el que una mujer acusó a su hermana de paralizar a su marido con una poción fabricada con sangre de dragón mezclada con agua en la concha de una ostra y enriquecida con los recortes de las uñas del hombre en cuestión. En 1894 un viajero inglés que andaba recorriendo Francia observó unos frascos de agua bendita colocados en lo alto de las chimeneas como protección contra el rayo, pero para entonces tanto la Iglesia como el Estado presionaban ya para que se instalaran pararrayos. Las prácticas mágicas sufrieron una decadencia todavía mayor en la sociedad urbana, donde en cualquier caso la necesidad de regular las relaciones con el mundo natural era mucho más imperiosa que en el campo.

Más incómoda incluso que la relación entre el cristianismo, por un lado, y la superstición, por otro, fue la relación entre la religión mayoritaria y las minorías que seguían otras confesiones. El islam era la religión Establecida del imperio otomano, aunque los numerosos cristianos que vivían en sus territorios europeos gozaban de una tolerancia bastante amplia. Los sabios islámicos adoptaron diferentes actitudes a la hora de determinar

hasta qué punto debían adaptarse al creciente desafío de la ciencia y la cultura europeas. En conjunto, al tiempo que intentaba introducir instituciones seculares modernas en su imperio, el sultán Abdul Hamid II hizo todo lo posible por atenerse a una interpretación tradicional de la religión islámica, prohibiendo la importación de ejemplares del Corán impresos fuera de los territorios otomanos, intentando convertir a los chiíes cismáticos e insistiendo en la validez de sus pretensiones a ostentar el califato. Había numerosas comunidades musulmanes en los territorios balcánicos del imperio. En Bosnia alrededor de dos terceras partes de la población seguía la rama suní del islam. En 1912 había registrados unos 120.000 musulmanes viviendo en la parte occidental de Tracia, algunos de ellos descendientes de griegos conversos, otros de turcos y otros de musulmanes búlgaros. Casi el 60 % de los albaneses eran musulmanes, en su mayoría suníes, aunque había una minoría de seguidores de la secta bektashi, orden de derviches sufíes considerada herética por la corriente principal del islamismo suní. Musulmanes albaneses, como el famoso Alí Pashá de Tepelén a comienzos de la década de 1820, desempeñaron un papel destacado en la administración del imperio otomano, y fueron apreciados como comerciantes y empresarios. En el imperio ruso la conquista del Cáucaso dio lugar a la emigración masiva hacia el sur de cientos de miles de musulmanes, lo que a su vez propició que se hiciera más y más hincapié en el carácter musulmán del estado otomano. En parte como consecuencia de todo esto, a finales de siglo surgieron tensiones entre cristianos y musulmanes en los Balcanes, que encontraron una expresión violenta en las guerras de los Balcanes de los años 1912-1914.

En contraste con los siglos anteriores, el islam en el siglo XIX no fue considerado por los cristianos una amenaza para la Europa cristiana. No cabe decir lo mismo, sin embargo, de las diversas comunidades judías de Europa. A finales del siglo XIX había en Europa cerca de nueve millones de seguidores de la religión

hebraica, la cifra más grande con diferencia de gente de religión no cristiana residente en el continente. Unos 5,2 millones, esto es, poco menos del 5 % de toda la población de Rusia, vivían bajo la égida del zar. Estaban obligados a residir en la Zona de Asentamiento, cuyas fronteras coincidían más o menos con las de la antigua República de Polonia-Lituania e incluía zonas de las actuales Lituania, Polonia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y Rusia occidental. Creada en 1791, la Zona de Asentamiento corrigió sus fronteras varias veces, y determinadas categorías de judíos recibieron en ocasiones permiso para residir fuera de ella, aunque en 1891 miles de hebreos fueron expulsados de Moscú y de San Petersburgo y obligados a volver a ella. Había límites sancionados legalmente al número de estudiantes judíos que podían matricularse en las universidades (el 10 % dentro de la Zona, el 3 % en Moscú, San Petersburgo y Kiev). Obligados a vivir fundamentalmente sumidos en la pobreza en poblados llamados *shtetelech* [singular, *shtetl*], los judíos de la Zona hablaban principalmente yidis y habían desarrollado una variedad de prácticas religiosas estrictas reforzadas por unas formas de atuendo que permitían identificarlos fácilmente. La persecución y la discriminación por parte de la población cristiana ortodoxa, fomentadas por el Estado, eran habituales, y en 1881 se produjeron grandes pogromos lanzados por turbas de cristianos a raíz del asesinato del zar Alejandro II, en el transcurso de los cuales perdieron la vida más de 40 judíos y fueron violadas más de 200 mujeres. Entre 1903 y 1906 hubo nuevos disturbios antisemitas, en los que murieron más de 2.000 judíos en más de 200 localidades, sobre todo de Ucrania. Fomentados por las autoridades y a menudo encabezados por clérigos cristianos, estos estallidos de violencia destruyeron poblados enteros y causaron daños incalculables a las propiedades de los judíos. No es de extrañar que a finales del siglo XIX y comienzos del XX más de dos millones de hebreos abandonaran el imperio ruso en busca de una nueva vida en Inglaterra y, sobre todo, en América. A menudo contaron con la

ayuda de filántropos judíos tales como el barón Maurice de Hirsch (1831-1896), banquero judeo-alemán que vivía en París y que gastó una fortuna hecha a través de la especulación en el campo de los ferrocarriles sufragando una institución benéfica, la más grande del mundo en su época, para ayudar a miles de hebreos rusos a emigrar a la Argentina, donde se estableció una importante colonia de «gauchos judíos».

En 1900 había, por otro lado, dos millones de judíos en el Imperio Austrohúngaro, equivalentes al 4,6 % del total de la población. Entre ellos habría que incluir a los más de 800.000 que vivían en Galicia, parte de la antigua Polonia, y que compartían casi todas las características culturales de los judíos que habitaban en la Zona de Asentamiento. A finales del siglo XIX un número cada vez más importante de ellos abandonó Galicia y estableció su residencia en Budapest, donde llegaron a formar casi una cuarta parte de la población de la ciudad. En Rumanía había otros 250.000 judíos, según ciertos cálculos de la época; y en Bucovina los hebreos constituían en 1914 el 13 % de la población. La población judía de Alemania aumentó en ese mismo período del medio millón a más de 600.000, particularmente debido a la afluencia de emigrantes procedentes de Rusia. En torno a 1900 había quizá un cuarto de millón de judíos en Gran Bretaña, 100.000 en Holanda, 86.000 en Francia y 35.000 en Italia, y cifras muy inferiores en otros países. En todas partes fueron objeto de una discriminación durísima durante los primeros años del siglo XIX. Las restricciones eliminadas por Napoleón fueron restablecidas en muchos casos tras su derrota en 1815, como sucedió en Fráncfort, aunque allí, como casi en todas las demás ciudades de Europa, no se reinstauró la obligación que habían tenido de vivir en el viejo gueto. La única excepción fue Roma, donde los hebreos se vieron obligados a seguir residiendo en un gueto amurallado que había sido establecido en 1555; abierto por los revolucionarios en 1848, fue cerrado de nuevo cuando el pontífice Pío IX recuperó el poder, aunque en 1850 se abolió el impuesto

de capitación que debían pagar todos sus habitantes. El último gueto existente en Europa dejó de funcionar cuando Roma fue incorporada al reino de Italia en 1870, y sus muros fueron demolidos dieciocho años después. La Zona de Asentamiento del imperio zarista era un intento similar de restringir los movimientos de los judíos, aunque a una escala mucho mayor.

Incluso cuando eran libres de residir donde quisieran, a los judíos siguieron negándoseles los derechos civiles básicos en muchos países de Europa durante la época de la Restauración. La Revolución Francesa había acabado con la discriminación en 1791, y Napoleón había concedido la igualdad a los judíos en los países que había conquistado, aunque en algunos de ellos luego fuera derogada. Bélgica y Grecia concedieron a los judíos la plena igualdad desde el primer momento. Pero la emancipación llegaría más despacio a otros estados europeos: a Wurtemberg en 1828, a los Países Bajos en 1834, a Suecia y Noruega en 1835, a Hannover en 1842, y a Dinamarca y Hamburgo en 1849. A veces fue preciso que se produjera un gran vuelco político, como, por ejemplo, la revolución de 1848; los judíos de Austria-Hungría fueron emancipados en 1867 y la Confederación Alemana del Norte y luego el imperio alemán incluyeron la concesión de plenos derechos a los judíos en su Constitución. En cambio, los judíos tendrían que esperar hasta 1878 para ser ciudadanos de pleno derecho en Bulgaria y Serbia, hasta 1910 en España y hasta 1911 en Portugal. Y hasta casi la revolución de 1917 no obtendrían la emancipación en Rusia, mientras que en Rumanía no conseguirían la igualdad de derechos civiles hasta 1923. En Gran Bretaña la lucha por la igualdad duró varias décadas. La Ley de Emancipación Católica de 1829 no incluía entre sus beneficiarios a los judíos; las propuestas de extender sus provisiones a ellos fueron derrotadas en la conservadora Cámara de los Lores, presidida por el duque de Wellington, hasta que en 1846 fue aprobada la Ley de Despenalización de las Opiniones Religiosas. Sin embargo, los judíos siguieron teniendo prohibida la entrada en

el Parlamento, debido al requisito de prestar un juramento cristiano, hasta que la aprobación de la Ley de Despenalización de los Judíos (1858) les permitió eliminar la frase «por la verdadera fe del cristiano» a la hora de jurar su cargo como diputados.

Por entonces las comunidades judías de Europa, y por supuesto de Estados Unidos, empezaban a dividirse entre judaísmo ortodoxo y judaísmo reformado, esto es, entre las congregaciones que deseaban mantener las creencias y prácticas tradicionales y las que pretendían modernizar la religión. La primera sinagoga reformada fue establecida en Inglaterra en 1841 e inmediatamente fue excomulgada por el gran rabino de Alemania, cuya competencia se extendía hasta las islas Británicas. En 1858 se formó una sinagoga unida, pero las divisiones continuaron entorpeciendo la plena emancipación. No obstante, la igualdad religiosa supuso un logro importantísimo, conseguido, entre otras razones, por la continua presión de las asociaciones de voluntarios, nuevas unas y ya establecidas desde hacía tiempo otras, que representaban a la comunidad judía, y que corrieron en paralelo a la emancipación de las minorías cristianas en toda Europa. Una consecuencia fue la conversión de un número cada vez mayor de judíos al cristianismo. Unos 11.000 judíos alemanes se convirtieron durante los primeros setenta años del siglo XIX, pero luego ese número creció de forma espectacular cuando solo en las tres últimas décadas se bautizaron 11.500. Los matrimonios mixtos con individuos cristianos alcanzaron un total del 18 % de todos los matrimonios contraídos por judíos en Berlín en 1900, y casi una tercera parte en Düsseldorf en 1914. En Hamburgo había setenta y tres matrimonios mixtos por cada cien uniones puramente judías poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial. En Hungría, en cambio, aunque la mayoría de los judíos estaban sumamente aculturados, hubo solo 5.000 conversiones al cristianismo entre 1895 y 1907 sobre una población total de 830.000 judíos. Las comunidades religiosas hebreas de la Europa central y occidental intentaron contrarrestar este proce-

so de disolución gradual fundando sus propias organizaciones culturales, sus propios periódicos, clubs y grupos juveniles, aunque nada de eso logró detener la oleada de conversiones que se produjeron en la mayor parte de los países.

Debido a los siglos y siglos de prohibiciones legales de posesión de bienes inmuebles y a la inveterada exclusión del sistema feudal al que estaban sujetos, los judíos, tradicionalmente eximidos de la prohibición cristiana de practicar la usura, se habían concentrado mayoritariamente en el ejercicio de la banca, las finanzas y las profesiones liberales o, en los sectores más humildes de la población, la industria del vestido (llevada al East End de Londres por los emigrantes judíos rusos en la década de 1890). En Budapest, según el censo de 1910, los judíos constituían el 85 % de los trabajadores autónomos en el sector de los servicios bancarios y financieros, y el 42 % de sus empleados; el 54 % de los comerciantes autónomos y el 62 % de sus empelados; y el 13 % de los industriales y el 22 % de sus empleados. Alrededor del 45 % de los abogados y del 49 % de los médicos de Hungría eran hebreos. Estas cifras eran menos espectaculares, pero en cualquier caso desproporcionadamente altas también en Berlín, Fráncfort y Viena. Los banqueros judíos más ricos ganaron fama internacional, en particular los Rothschild, en su origen familia de banqueros de la corte de Fráncfort, cuyos miembros llegaron a ser lo bastante influyentes para obtener títulos nobiliarios en varios países, incluida Austria en 1818 e Inglaterra en 1847. Hubo muchas otras empresas bancarias judías importantes, aunque ninguna pudiera compararse con la de los Rothschild por su riqueza e influencia. Gerson von Bleichröder (1822-1893), el segundo judío prusiano en obtener un título nobiliario, se convirtió en el banquero personal de Bismarck y fue quien le permitió financiar las guerras de unificación de Alemania en 1864 y 1866 sin tener que pedir la aprobación de la Confederación Germánica.

La mayor parte de los banqueros judíos participaron activamente en toda clase de labores filantrópicas, pero ninguno tanto como sir Moses Montefiore (1784-1885), italiano de nacimiento. Hombre de más de 1,90 metros de estatura, Montefiore fue muy longevo y construyó los asilos judíos de Mishkenot Sha'ananim, frente a las murallas de Jerusalén, ciudad que visitó en varias ocasiones. Intervino ante el sultán otomano en ayuda de los judíos en dificultades, y visitó Rumanía en 1867 para socorrer a la comunidad hebrea del país. Las obras de caridad de Montefiore en beneficio de la pequeña comunidad judaica de Palestina sentaron los primeros cimientos del sionismo, pero el verdadero movimiento creado para poner fin a la diáspora fue iniciado por el húngaro de lengua alemana Theodor Herzl (1860-1904), cuyo libro *El estado judío* (1896) exhortaba a todos los judíos a regresar a Palestina. Hábil manipulador a través de los grupos de presión, se las arregló para que su primer viaje a Jerusalén coincidiera con la famosa visita del káiser Guillermo II de Alemania, con el que se reunió personalmente para exponerle sus ideas. La Organización Sionista Mundial de Herzl celebró varios congresos con el fin de promover su causa, pero a su muerte el carácter del movimiento cambió, para pasar a gravitar en torno a la ortodoxia y al izquierdismo socialista. Seguiría siendo una fuerza marginal hasta la primera guerra mundial.

Las iglesias cristianas se habían mostrado hostiles a la religión judía durante siglos, y habían creado una tradición de la que surgiría una nueva modalidad de prejuicio más virulento si cabe, basada en doctrinas supuestamente científicas de diferencia racial. Este cambio vino señalado por la difusión de un neologismo, «antisemitismo», acuñado por vez primera por el orientalista judío nacido en Moravia, de nacionalidad primero austríaca y posteriormente prusiana, Moritz Steinschneider (1816-1907). Fue el periodista alemán Wilhelm Marr (1819-1904) el que popularizó el concepto en su libro *Der Weg zum Siege des Germanenthums über das Judenthum* [El camino hacia la victoria del germa-

nismo sobre el judaísmo] (1879). Aunque renunció a esas creencias al final de su vida, Marr reflejaba una corriente más amplia de la política de derechas de Alemania, iniciada ya por el predicador de la corte prusiana Adolf Stöcker (1835-1909), que reclamaba que se impusieran restricciones legales al número de judíos que practicaban las profesiones liberales y se redujera su supuesta influencia en el mundo de los negocios. La principal preocupación de Stöcker a la hora de fundar el Partido Socialcristiano de Alemania en 1878 fue, sin embargo, apartar a los trabajadores del socialismo, objetivo en el que tuvo un éxito solo limitado. Como señalaba el líder de los socialdemócratas August Bebel (1840-1913), el antisemitismo era «el socialismo de los tontos». Los pocos activistas del partido que culpaban de los sufrimientos de los trabajadores a los judíos y no a los capitalistas eran solo personajes marginales, mientras que los socialistas de origen judío como Paul Singer (1844-1911) se hicieron populares entre otras cosas porque los militantes de a pie del partido veían analogías entre la discriminación practicada por el Estado y la sociedad contra los judíos y la que sufrían ellos como trabajadores. La política antisemita encontró cierta resonancia entre los campesinos protestantes que intentaban comprender por qué tenían que sufrir unas dificultades económicas tan graves, particularmente en la década de 1870, y, sin embargo, no recibían más apoyo. Theodor Fritsch (1852-1933) contribuyó mucho a propagar las ideas y las políticas que constituían el meollo del movimiento antisemita, y el círculo que se reunía en Bayreuth alrededor de la viuda de Richard Wagner, Cosima (1837-1930), les dio cierta respetabilidad en los círculos intelectuales, particularmente a través de su yerno, el inglés Houston Stewart Chamberlain (1855-1927) y su libro *The Foundations of the Nineteeth Century* [Los fundamentos del siglo XIX] (1899). Pero aparte de los grupos de nacionalistas extremos, el antisemitismo tuvo unas repercusiones muy limitadas, aunque perceptibles, en la política alemana antes de 1914.

En Austria el antisemitismo fue instrumentalizado con fines políticos por Karl Lueger (1844-1910). Aparte de los éxitos obtenidos como alcalde de Viena, Lueger fue un agitador político sin escrúpulos que intentó ganarse el favor de la clase media de la capital y del campesinado rural culpando públicamente a los judíos de sus problemas económicos. Fue Lueger, por ejemplo, el que acuñó el término *Judapest* para referirse a la capital de Hungría, donde había una elevadísima proporción de judíos entre las clases profesionales (la palabra *Pest* significa «peste» en alemán). La retórica antisemita de Lueger contribuyó en gran medida a que ese tipo de ideas resultaran respetables en Viena. Cabe discutir hasta qué punto eran sinceras sus opiniones; cuando uno de sus seguidores lo censuró en un café de Viena por sentarse a la mesa con un grupo de judíos, Lueger le dio la siguiente respuesta: «Yo decido quién es judío». Parece que nada de esto disuadió a sus votantes: en 1902 incrementó la mayoría de concejales que tenía en el ayuntamiento. El antisemitismo de Lueger fue superado por el de otro austríaco, el caballero Georg von Schönerer (1842-1921), hijo de un magnate de los ferrocarriles. A comienzos de la década de 1880, Schönerer formó una asociación nacionalista alemana para defender la incorporación de Austria y de Bohemia al imperio alemán. Posteriormente rebautizó su partido «pangermánico» y dijo en el Parlamento nacional que «ansiaba que llegara el día en que un ejército alemán invadiera Austria y la destruyera». Fue Schönerer el que inventó el saludo *Heil*!, a imitación de los supuestos héroes germánicos de la Edad Media. Sus acólitos utilizaban también el término *Führer* para dirigirse a él. En 1888, en compañía de unos cuantos secuaces, destrozó las oficinas de un periódico que había anunciado prematuramente la muerte del emperador de Alemania. Como consecuencia de estos actos el emperador Francisco José lo despojó de su título nobiliario (que en cualquier caso no había sido concedido hasta 1880). En 1898, Schönerer, que no se dejó amedrentar, se puso al frente del movimiento Los von Rom (Libres

de Roma), con la pretensión de convertir a los austríacos al luteranismo, gesto que molestó todavía más a la Iglesia y al emperador. Aunque nunca pasó de ser un político marginal, Schönerer perdió su escaño en el Reichsrat en 1907. El antisemitismo de Schönerer y de Lueger daría sus frutos en la ideología posterior de Adolf Hitler (1889-1945), quien vivió en Viena de joven por estos mismos años.

Políticos como estos introdujeron teorías antisemitas que propugnaban la idea de que el espíritu judío, estampado de manera indeleble en el carácter racial de los hebreos, había sido imbuido de un objetivo inalterable, a saber, socavar instituciones sociales como la familia, subvertir la economía y arruinar los fundamentos patrióticos de la nación en interés de un espíritu cosmopolita. Los pogromos de Rusia se basaban en una teoría de la conspiración que echaba a los judíos la culpa de los infortunios políticos del zar. Fue en Rusia donde el más influyente de todos los tratados antisemitas, *Los protocolos de los sabios de Sión*, que supuestamente eran las actas con los planes secretos de dominación del mundo elaborados por un pequeño grupo de judíos de París, fue creado en 1897 a partir de varias fuentes, entre ellas, curiosamente, una sátira política francesa de 1864 y una novela popular alemana traducida al ruso en 1872. Su contenido propiamente dicho era bastante anodino; pero su envoltorio antisemita tendría un impacto amplísimo después de la primera guerra mundial. El antisemitismo entró en la cultura europea mucho antes de 1914 y puede verse en una gran variedad de estereotipos literarios, de manera especialmente destacada quizá en el personaje de Svengali, el mugriento, desaliñado, sucio y solapado criminal que ejerce una fascinación hipnótica sobre la joven protagonista de la novela *Trilby* (1894) de George du Maurier. En *Oliver Twist*, de Charles Dickens, el malvado Fagin, retratado explícitamente como judío, controla y explota a una banda de jóvenes carteristas, niños sacados de la calle, y al final acaba muriendo a manos del verdugo colgado de una horca.

Hubo muchos, sin embargo, que atacaron los estereotipos, los mitos y las teorías de la conspiración antisemitas: el propio Dickens se sintió tan mortificado por las acusaciones de antisemitismo de que fue objeto, que en su última novela acabada, *Nuestro amigo común* (1864-1865), creó el personaje del noble judío Riah, en un intento fallido de equilibrar la figura mucho más viva de Fagin, mientras que *Daniel Deronda* (1876), de George Eliot, reflejaba la cultura judía con luces mucho más compasivas. El estallido de odio antisemita en Francia durante el famoso caso Dreyfus, como veremos en el capítulo 7, chocó con una oposición masiva y sumamente ruidosa, y no solo proveniente de la izquierda. Mientras persistieran los prejuicios antisemitas, expresados en la exclusión continuada de los judíos de instituciones tales como el cuerpo de oficiales del ejército prusiano, o de muchos clubs y asociaciones británicas, o, de forma más evidente y generalizada, de la minoría dirigente de la política y la sociedad de Rusia, la emancipación judía seguiría sin ser completa, y la aparición del antisemitismo racial supondría un toque de advertencia muy serio; pero desde la perspectiva panorámica que ofrecía el año 1900, la consecución de la igualdad civil por parte de los judíos en la mayoría de los países de Europa suponía un triunfo de la emancipación social.

Trepar por la torre de Babel

La expansión de ideologías políticas tales como el antisemitismo reflejaba en parte la ascensión del nacionalismo en una forma más exclusiva y agresiva que la había adoptado durante las primeras décadas del siglo. Este desarrollo dependería en primer lugar del establecimiento de unas identidades nacionales basadas en la existencia de una lengua escrita. En tiempos de la Restauración, los niveles de alfabetización, medidos por la capacidad de firmar un acta matrimonial o una hoja de alistamiento en el ejército con el propio nombre y no con una cruz, eran, en el mejor de los casos, desiguales. Alrededor del 90 % de los varones de Prusia sabían leer y escribir, más del 80 % en Escocia, y una

pequeña mayoría de los varones adultos en Francia e Inglaterra. En otros países, había pocos capaces de entender la palabra escrita; entre el 60 y el 80 % de los varones adultos de Austria, Rusia, Italia, España e Irlanda seguían siendo analfabetos a mediados de siglo. Incluso la pequeña nobleza rural de la provincia húngara de Vas había sido incapaz de elevar su índice de alfabetización por encima del 40 % a comienzos del siglo XIX. Y el conocimiento de la lectura y la escritura que tenían las mujeres era mucho menor, lo que reflejaba la ausencia casi absoluta de educación para ellas en la mayor parte de los países de Europa: dos terceras partes de las mujeres de Francia y Bélgica seguían siendo analfabetas en la década de 1840, más de la mitad en Inglaterra, y más de nueve de cada diez en Italia y España. Los habitantes de las zonas rurales era mucho menos probable que supieran leer y escribir que los habitantes de las ciudades. Mientras que el 99 % de los adultos de Berlín sabían leer ya en la década de 1860, la cifra correspondiente en una zona rural atrasada como Prusia Occidental era solo del 67 %. Dentro de Italia el analfabetismo era casi universal en el sur, y mucho menos corriente en el norte. Tres cuartas partes de los serbios y los croatas adultos, y de los rumanos y rutenos no sabían leer ni escribir ni siquiera a finales de siglo, a diferencia de la población austríaca de la provincia alpina de Voralberg, donde solo el 1 % estaba en esas circunstancias. Los artesanos y menestrales, los profesionales y la clase media, así como los habitantes de las ciudades era mucho más probable que supieran leer y escribir que los trabajadores del campo o las clases bajas urbanas. En Rusia solo el 7 % de los soldados rasos del ejército eran capaces de leer y escribir en la década de 1860, e incluso en 1890 esa cifra seguía siendo inferior al 30 %.

Al carecer de una base expresada en una lengua nacional escrita, la identidad se hallaba firmemente enraizada no ya en el ámbito nacional, sino en la esfera local. «Cada valle —comentaba un economista hablando de los Pirineos en 1837—, sigue sien-

do un pequeño mundo que se diferencia del mundo del vecino como Mercurio se diferencia de Urano. Cada aldea es un clan, una especie de estado con su propio patriotismo». En 1864, cuando un inspector estatal de enseñanza primaria visitó una escuela de pueblo de montaña en el departamento de Lozère, en el sureste de Francia, preguntó a los alumnos en qué país vivían, ninguno supo darle una respuesta. «¿Sois ingleses o rusos?», les preguntó. No lo sabían. La falta de una conciencia nacional popular era todavía más acusada en países como Alemania o Italia, que todavía no habían alcanzado la unidad política. A decir verdad, la lengua y la pronunciación ayudaban a revelar la clase social de cada individuo, de modo que en *Los papeles póstumos del Club Pickwick* (1836) de Charles Dickens, puede identificarse de inmediato a Sam Weller como un *cockney* londinense de clase baja por su pronunciación de la *v* como *w*; pero en la mayor parte de los países esos rasgos eran mucho más importantes como indicadores de la región de procedencia. Se sabía enseguida que una persona era de Marsella en cuanto abría la boca, porque pronunciaba la *r* gutural en vez de arrastrada, como hacían la mayor parte de los franceses en el siglo XIX. Las palabras variaban a menudo de una parte del país a otra: en Alemania, por ejemplo, si se querían comprar patatas había que pedir *Kartoffeln* en las regiones del norte y el centro, *Erdäpfel* en el sur, *Grumbeere* en el oeste, *Schucken* en el noreste, o *Knullen* en algunas partes de Sajonia y Brandeburgo. En danés, ponían el artículo determinado delante del sustantivo los que vivían al oeste de una línea que dividía por la mitad de arriba abajo la península de Jutlandia, y detrás los que vivían al este de dicha línea. La mayoría de los italianos hablaban dialectos locales, algunos de ellos tan particulares que apenas resultaban comprensibles fuera de la región en la que se usaban. Viajando por las provincias de Francia, Flora Tristán se quejaba de que «nadie habla francés», ni siquiera en ciudades como Nimes o Saint-Étienne. En semejantes

lugares «podría una creer que está en una tierra salvaje de la América profunda».

En muchos lugares de Europa coexistían como medio principal de comunicación lenguas completamente distintas. En todos los países había determinadas regiones que conocían la existencia de lenguas minoritarias: el galés, por ejemplo, o el gaélico escocés en Gran Bretaña, el vasco en el norte de España, o el sami entre los lapones nómadas del norte de Escandinavia. En 1873 se decía que en Bretaña la gente «ni habla francés ni quiere hablar francés». Algunos dialectos estaban sumamente localizados. «Cambia de pueblo, cambia de lengua», decía un proverbio de la provincia francesa del Lemosín. Los sorbios de Lusacia, una de las comunidades lingüísticas eslavas más pequeñas, siguieron desafiando la influencia de la mayoría circundante de lengua alemana hasta bien entrado el siglo xx. En Calabria, en el sur de Italia, algunos seguían hablando una modalidad de griego antiguo, probablemente proveniente de los tiempos de la ocupación bizantina. Especialmente en la Europa central y del Este, siglos y siglos de comercio y de colonización habían creado un palimpsesto lingüístico de muchas capas, de modo que en una misma ciudad podían hablarse varias lenguas distintas. El escritor Elias Canetti (1905-1994), que se crió en la pequeña ciudad comercial de Rustschuk, en el bajo Danubio, recordaba haber oído «siete u ocho lenguas» habladas por la gente cuando paseaba por las calles: «Había griegos, albaneses, armenios, gitanos», dice; había turcos, que vivían en un barrio propio, mientras que los rumanos a menudo venían a la ciudad desde el otro lado del río, y también comerciantes rusos que iban y venían por toda la región del mar Negro. El propio Canetti pertenecía a la comunidad local judía hablante de ladino, un antiguo dialecto español; los judíos sefardíes, expulsados de España en 1492, se habían llevado consigo su lengua a los distintos rincones de Europa y seguían hablándola muchos siglos después. Miraban por encima del hombro a la comunidad de los askenazíes, que hablaban yidis, la len-

gua corriente, en buena parte germánica, usada por los judíos en toda la Europa del Este.

El caso de Rustschuk no era, ni mucho menos, único. Comerciantes y colonos alemanes y judíos hicieron de muchas ciudades de la costa sur del Báltico y de buena parte de la Europa del Este comunidades de lengua fundamentalmente alemana, mientras que la migración rural creó una zona muy amplia y populosa de hablantes de alemán en Transilvania. En muchas ciudades grandes y pequeñas la población hablaba más de una lengua, cambiando de una a otra según lo requiriera la situación: hasta mediados de siglo, por ejemplo, los habitantes de Praga hablaban mayoritariamente checo y alemán y se consideraban bohemios; su identidad era municipal y regional, pero no nacional. La falta de una identidad nacional firme entre la mayoría de los europeos se veía subrayada por el hecho de que no se pidiera pasaporte a los viajeros que cruzaban las fronteras interestatales; en algunos países existían requisitos formales, pero con la llegada del ferrocarril cayeron en desuso y fueron abolidos: en Noruega en 1850, en Francia y Suecia en 1860, y en Portugal en 1863. En Grecia el requisito de un pasaporte para entrar en el país se introdujo en 1835, pero prácticamente nunca se puso en vigor, como tantas otras regulaciones gubernamentales. Solo Bulgaria, Rumanía, Rusia y Turquía continuaron exigiendo documentos de identidad y visados a los viajeros que entraban en el país. Los viajes de un país a otro se veían facilitados por el hecho de que el francés seguía siendo la lengua común de los europeos de clase alta y media. Además en cualquier país extranjero podía apañárselas uno utilizando el latín para hablar con los curas cuando no se conocía el idioma local.

Lo que cambió esta situación tan fragmentada no fue solo la difusión de las comunicaciones, sino también la expansión de la educación elemental, especialmente durante la segunda mitad de la centuria. Durante este período muchos estados intentaron imponer la obligatoriedad de la escuela primaria. En Gran Bretaña

una ley aprobada en 1880 exigía que todos los niños fueran a la escuela hasta los diez años (límite que se elevó hasta los doce en 1899); a partir de 1910 la educación primaria se hizo completamente gratuita, y los inspectores de enseñanza de Su Majestad, nombrados por primera vez en 1840, ampliaron sus competencias garantizando unos niveles educativos adecuados en todo el país. La nueva clase obrera industrial, a juicio de la élite política, necesitaba urgentemente instrucción: «Debemos educar a nuestros maestros artesanos», decía el periodista y político inglés Robert Lowe (1811-1892) después de introducir una reforma de la educación en 1862; de lo contrario los trabajadores no serían capaces de entender las instrucciones que se les diera para manejar las máquinas, y, tras la ampliación del derecho de sufragio, por supuesto tampoco comprenderían los asuntos que comportaba el sistema político parlamentario. De hecho, la Ley de Reforma de 1867 fue seguida al cabo de poco tiempo por otra ley que establecía juntas de escolaridad en Inglaterra y Gales, con el fin de financiar las escuelas primarias en el ámbito local, paso que redujo de manera significativa el papel desempeñado por la Iglesia anglicana establecida. En 1883 había ya 3.692 escuelas dependientes de su correspondiente junta de escolaridad, y las escuelas dependientes de la Iglesia, de las que todavía quedaban unas 14.000 a comienzos del nuevo siglo, fueron chocando con dificultades financieras y de otro tipo cada vez más graves. La nueva Ley de Educación aprobada en 1902 unificaba la administración de todas las escuelas dependientes del estado de Gran Bretaña, que quedaban bajo la responsabilidad de las autoridades educativas locales; ello permitió que en 1914 se hubieran creado más de mil nuevas escuelas secundarias estatales.

La convicción de que la instrucción y la alfabetización harían a las masas menos salvajes inspiró también a los políticos liberal-conservadores de Francia. Guizot aprobó en 1833 una ley que exigía que cada pueblo dispusiera de una escuela primaria, declarando que «la ignorancia hace al pueblo turbulento y feroz…

Hemos intentado crear en cada municipio una fuerza moral que el gobierno pueda utilizar según sus necesidades». «Francia —declaraba Zola— será lo que hagan de ella sus maestros», y había el convencimiento generalizado de que la derrota de la nación en 1870 había sido consecuencia de los niveles superiores de la educación elemental de Alemania. Otro impulso para la ampliación de la enseñanza primaria en Francia vino de políticos anticlericales como Jules Ferry, cuyas reformas, aprobadas entre 1879 y 1881, extendieron la enseñanza obligatoria, gratuita y laica a todos los niños desde los tres hasta los trece años. En lugar de la doctrina católica, se exigía a las nuevas escuelas enseñar preceptos morales basados en principios laicos, inculcados mediante la llamada a las emociones: «Se pide al maestro —declaraba Ferry— no ya que adorne la memoria del niño, sino que toque su corazón, que le haga sentir, a través de una experiencia directa, la majestad de la ley moral». El fomento del patriotismo era un objetivo primordial del sistema educativo laico: aparte de asegurar el dominio de «las tres R», como se dice en inglés (*Reading, 'Riting and 'Rithmetic*, esto es, «lectura, escritura y aritmética»), la enseñanza se centraba en la historia y la geografía de Francia, con exclusión del resto de Europa y del mundo.

Los gobiernos liberales fueron particularmente aficionados a fomentar la enseñanza elemental: el conocimiento de la lectura y la escritura, y de las «cuatro reglas». En España la Constitución liberal de 1812 proclamaba ya la necesidad de que cada pueblo y aldea poseyera una escuela primaria, ambición promovida por una serie de leyes educativas aprobadas en 1821, 1836 y 1845. La ley Moyano, promulgada en 1857, hacía la educación obligatoria hasta los nueve años, y además gratuita para quienes no pudieran pagarla. Aunque la financiación estatal fuera mínima, la creación por vez primera de un Ministerio de Instrucción Pública en 1900 dio como resultado un incremento de la misma, y la provisión de fondos iría mejorando poco a poco posteriormente. Como en otros países europeos, un objetivo primordial de los li-

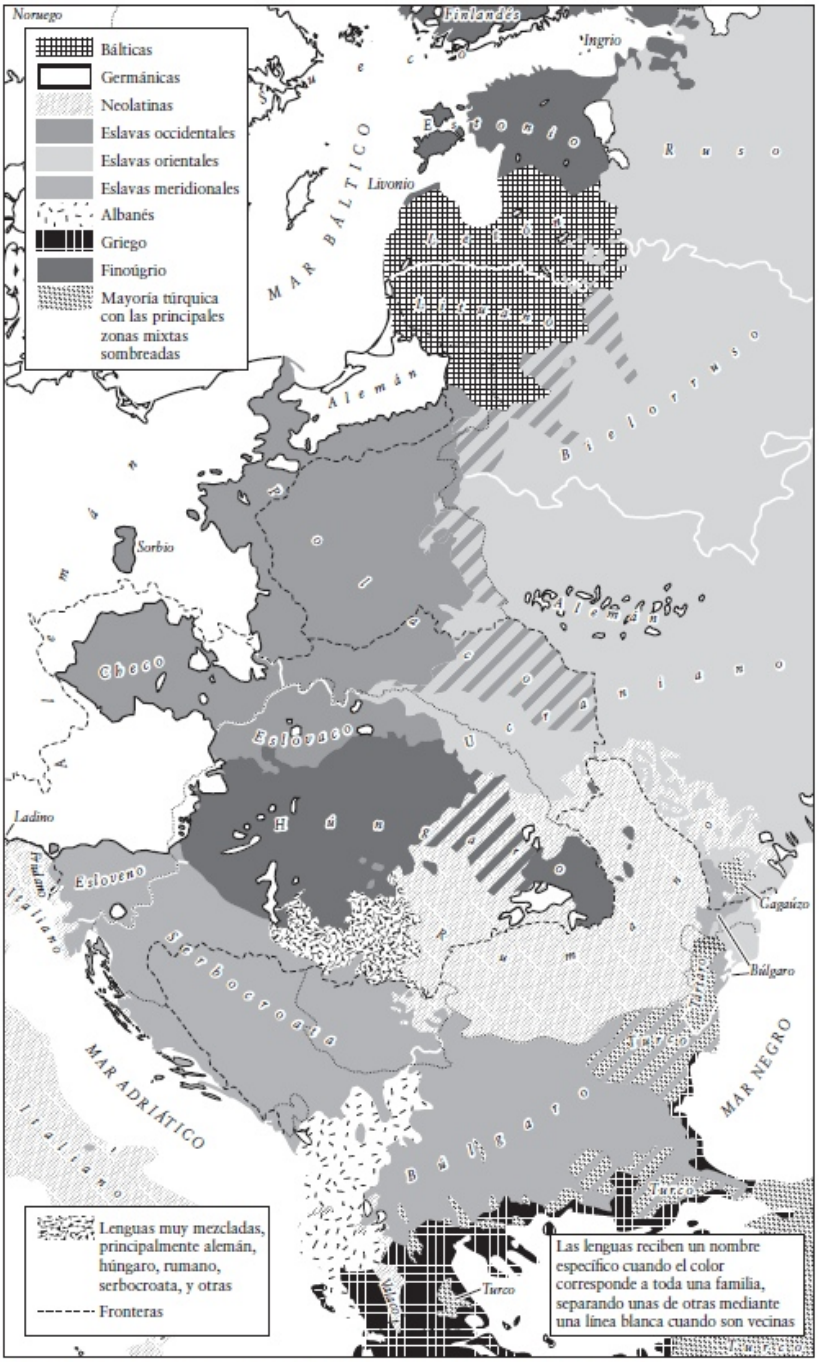
berales fue disminuir la influencia de la Iglesia en la educación, y crear un sentido de identidad nacional imponiendo la unidad mediante el uso exclusivo de la lengua nacional (en este caso el castellano). Pero la insuficiencia de medios económicos supuso que las escuelas públicas fueran incapaces de llevar a cabo esa política; en 1908 las escuelas no sujetas al Estado por ser administradas por alguna orden religiosa seguían siendo en Madrid, por ejemplo, más numerosas que las públicas, en una proporción de 411 frente a 135, y en Cataluña podía observarse una situación parecida. Las lenguas minoritarias y regionales pudieron ser combatidas con más facilidad en Francia, donde se hallaban circunscritas predominantemente a las zonas rurales, que en España, donde se concentraban en los centros industriales avanzados de Barcelona y el País Vasco.

También en Rusia la enseñanza primaria estuvo dominada por las escuelas religiosas hasta finales de siglo. Lo que cambió esta situación fue el activismo de las autoridades locales, los *zemstva* (singular *zemstvo*), que dedicaron tiempo, energía y, lo que es más importante, dinero, al establecimiento de escuelas para los campesinos. En el momento del estallido de la primera guerra mundial había 34.000 escuelas primarias dependientes del Santo Sínodo, pero 81.000 dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y de las autoridades locales. Sin embargo, todos los centros de enseñanza estaban sometidos a una gran variedad de limitaciones graves. La mayoría de las escuelas primarias constaban de una sola aula y enseñaban religión, ruso, aritmética, escritura y canto, aunque las más grandes, sobre todo en las ciudades, daban cabida también a la geografía y la historia. A menudo estaban en locales muy deficitarios: el escritor Alexander Sergeyevich Neverov (1886-1923) recordaba que en la década de 1890 la escuela de su pueblo era «un edificio bajo y oscuro, con largos pupitres y el techo mugriento, separado por un tabique de la estancia utilizada por el conserje de la iglesia». La situación era un poquito mejor en las ciudades: por aquella misma época una es-

cuela de San Petersburgo constaba de dos habitaciones en una vivienda familiar de tres estancias, y no había en ella más que una pizarra y unos cuantos pupitres y unas sillas. No obstante, las escuelas rusas tuvieron unos efectos claramente perceptibles en el aumento de los niveles básicos de conocimiento de la lectura, la escritura y la aritmética.

Las deficiencias de la instrucción pública fueron suplidas también por el movimiento en pro de la mejora de los niveles de conocimientos y de aprendizaje de la población adulta. Particularmente importantes en este terreno fueron los institutos populares [*folkehøjskoler*], introducidos por Nikolaj Frederik Severin Grundtvig (1783-1872), pastor y nacionalista danés de tendencia liberal. Inspirándose originalmente en el movimiento de despertar protestante, Grundtvig, escritor prolífico que publicó más de 1.500 himnos e innumerables libros y folletos a lo largo de su dilatada vida, creía que la gente sencilla necesitaba ser instruida en las competencias prácticas, y que además era preciso inculcar en ella una conciencia nacional fuerte y la inspiración necesaria para desarrollar su creatividad. Sus ideas hicieron mella en la sociedad danesa tras la derrota sufrida en la guerra de Schleswig-Holstein de 1864, y tres años después habían surgido ya veintiún institutos populares. Diversas manifestaciones de este mismo movimiento se propagaron a Noruega y Suecia, y encontraron también imitadores en muchos otros países, especialmente en Alemania. En Gran Bretaña el médico y filántropo George Birkbeck (1776-1841) fundó institutos de mecánica en Glasgow y Londres en la década de 1820. A mediados de siglo había en todo el país no menos de 700 de estas instituciones, cuyo objetivo era proporcionar una educación general a los adultos, prestando especial atención a la mecánica y la técnica. Impartían sus enseñanzas sobre todo por medio de conferencias y de bibliotecas en las que los «mecánicos» —esto es, dicho en otras palabras, las personas de la clase trabajadora (incluidas en muchos casos también las mujeres)— podían sacar en préstamo libros que los ayu-

daran a ampliar sus conocimientos. Gracias a todos estos medios la enseñanza elemental tuvo unos efectos acumulativos sobre la alfabetización y la estandarización de las diversas lenguas en toda Europa.



MAPA 13. Lenguas y pueblos de la Europa central y del Este, 1914.

Los nacionalistas intentaron desarrollar una lengua escrita y hablada estándar con el fin de justificar sus pretensiones de identidad nacional y de independencia con categoría de estado. Por lo general, escogieron para ello algún dialecto concreto. El dialecto búlgaro occidental fue utilizado como base para la lengua literaria de Bulgaria; en Italia fue el dilecto toscano, utilizado habitualmente en las cortes principescas, que en 1860 seguía siendo utilizado para la comunicación cotidiana solo por un 2,5 % de la población. Su influencia fue propagada entre las clases cultas por la novela histórica *Los novios* (1827), de Alessandro Manzoni (1785-1873). Su ofensiva antiespañola pensaron algunos nacionalistas que podía aplicarse también a los austríacos que dominaban el norte de Italia (Metternich respondió a su hostilidad afirmando que Italia era una mera «expresión geográfica»). Manzoni ampliaría más tarde su influencia desempeñando un papel fundamental en la comisión que estableció el toscano como lengua oficial de la Italia unificada. A veces la elección del dialecto se llevaba a cabo por razones deliberadamente políticas; fue así como el escritor croata Ljudevit Gaj (1809-1872) abandonó en 1838 el dialecto croata caicavo y pasó a usar el estocavo porque este lo hablaban también la mayoría de los serbios, reforzando de ese modo la campaña que había emprendido en defensa de la unidad del eslavo meridional (escrito con caracteres latinos en Croacia, y en alfabeto cirílico en Serbia). De hecho, llegado el caso, un nacionalista podía realmente construir todo un idioma, como hizo el poeta y dramaturgo noruego Henrik Wergeland (1808-1846), que desarrolló el *nynorsk* como alternativa a la lengua escrita, llamada *bokmål*, que ya existía y que se consideraba corrompida por la influencia del danés (sin embargo, su invento nunca gozó de demasiado favor, salvo entre una pequeña minoría de la población). La unidad lingüística fue promovida también mediante los intentos llevados a cabo por los nacionalistas de construir un legado antiguo de cultura nacional. En Finlandia asumió esa tarea el poeta nacionalista Elias

Lönnrot (1802-1884), un funcionario de sanidad regional que se dedicó a compilar cuentos y canciones populares en las aldeas y comunidades rurales y las reunió en un poema épico nacional, el *Kalevala* (1835; edición corregida y aumentada en 1849), escogiendo las variantes que mejor se adaptaban a una estructura general y añadiendo unos cuantos pasajes intermedios propios (que, según se cree actualmente, constituyen solo alrededor del 3% del total). Cuando el finlandés fue estableciéndose poco a poco como lengua literaria (por aquel entonces la mayoría de los fineses cultos hablaban sueco), la epopeya se convirtió en un punto fundamental para el desarrollo de la identidad nacional y de la lucha por la consecución de un estado autónomo dentro del imperio ruso.

No solo la lengua, sino también la historia, real o imaginaria, proporcionó la base de la identidad nacional. En Irlanda el movimiento nacionalista empezó por intentar recuperar las instituciones autónomas, incluido el Parlamento irlandés, abolido en virtud de la Ley de Unión de 1800. La memoria cultural de la República de Polonia-Lituania, estado poderoso en la Europa de comienzos de la Edad Moderna, hasta su desmembramiento a manos de Prusia, Austria y Rusia en el siglo XVIII, desempeñó un papel fundamental en Polonia. Aunque no siempre resultó fácil crear un fundamento histórico de la cultura nacional. A los partidarios de la independencia de Grecia les pareció natural apelar a la civilización griega antigua como prueba de su presunto derecho a tener un estado propio en el siglo XIX. El erudito y humanista Adamantios Coraís (1748-1833), que se educó en la Universidad de Montpellier, en el sur de Francia, mantuvo correspondencia con Thomas Jefferson y vivió en París durante la Revolución, de 1789 a 1794, intentó revivir esa relación con el pasado no solo publicando nuevas ediciones de los clásicos de la antigua Grecia, sino también propagando una nueva versión de la lengua griega demótica, la *katharévousa*. Con ella pretendía purificar la lengua hablada corrientemente por el pueblo de sus añadi-

dos extranjeros y en particular bizantinos, y situarla lo más cerca de la lengua antigua que fuera posible. Pero la inmensa mayoría de los griegos de a pie no podían entenderla demasiado bien y nunca llegó a ser moneda corriente. En cualquier caso, la lengua no fue siempre la base para la creación de un Estado. En Suiza habían coexistido hablantes de alemán, francés, italiano y romanche en un solo estado confederal desde los tiempos de la Reforma, y las disputas que desgarraron el estado a lo largo del siglo XIX fueron motivadas por cuestiones muy diferentes de las lingüísticas. En la parte oriental de la Alta Silesia, los llamados *Wasserpolacken*, los «polacos aguados», cuya lengua polaca había quedado «desvirtuada» por la influencia del alemán, se resistieron a unirse a la causa nacional de Polonia. Análogamente, el estado híbrido desde el punto de vista lingüístico de Bélgica, dividido entre flamencos y valones, persistió en mantener la forma de estado conseguida en 1830 y en no hacerse pedazos, aunque a veces su unidad pudiera parecer precaria.

Durante la primera mitad del siglo los nacionalistas tendieron en todas partes a considerar que todas las naciones europeas caminaban hacia un estado común de civilización avanzada, aunque arrancando de diferentes puntos de partida y progresando a velocidades distintas. Alemania aparecía en la literatura inglesa de comienzos del siglo XIX como una tierra gótica, cubierta por una naturaleza salvaje, todavía sin domesticar; sus habitantes podían ser valientes y bondadosos, pero también toscos e imprevisibles. Sarah Austin (1793-1867), que admiraba la vida intelectual de Alemania y llegó traducir diversas obras de literatura alemana al inglés, pensaba en 1854 que en el campo alemán «encontramos un estado de civilización que estábamos acostumbrados a pensar que había pasado para siempre… Cuanto más atrás nos remontamos en los recuerdos de lo que oímos decir a nuestros padres en nuestra infancia, más nos acercamos a las usanzas de Alemania». Henry Mayhew, autor de *London Labour and the London Poor* [Los trabajos de Londres y los pobres de Londres]

(1851), investigación clásica sobre la pobreza y la miseria durante la década de 1840, encontraba Alemania enormemente atrasada. «Viajar hacia el sur desde Inglaterra —decía—, es como retroceder en el tiempo... En Alemania encontramos que la gente está, como mínimo, un siglo por detrás de nosotros en todos los refinamientos de la civilización y de las mejoras sociales y domésticas que ha traído el progreso». El conocimiento por propia experiencia de otros países no contribuía a superar esos prejuicios. Tras la defunción del *Grand Tour* aristocrático debido al caos y la violencia de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, la nueva clase media inglesa empezó a viajar al continente en giras de carácter comercial. Destacaría en este negocio la empresa fundada por Thomas Cook (1808-1892), un ministro baptista que empezó a organizar viajes para los integrantes de las campañas en pro de la sobriedad, y consiguió obtener de las compañías ferroviarias billetes rebajados a cambio de garantizar su compra al por mayor.

En la década de 1860 los viajes de Cook llevaban a sus clientes ingleses a muchísimos destinos continentales, y lo que estos veían en ellos no hacía más que confirmar sus sentimientos de superioridad. Su desdén por los habitantes de la Europa continental era correspondido en gran medida por estos. En 1890 el escritor rumano Nicolae Iorga (1871-1940) se quejaba amargamente de los británicos en Venecia:

> Te los encuentras por todas partes, en el hotel, en las callejuelas estrechas, en las góndolas negras, al pie de las estatuas, en las plataformas que hay en lo alto de las torres: correctos, con sus bigotes recortados, el Baedeker en la mano, cogiendo del brazo (siempre del brazo) a su cara mitad, una muñeca con ojos de vidrio, mejillas sonrosadas y dientes de caballo. Fríos y mesurados, dando explicaciones ininteligibles en esa lengua asustadiza suya, y ocasionalmente en francés.

Muchos franceses y muchas francesas, como Flora Tristán, no estaban seguros de querer un futuro al estilo británico si iba a traer consigo la miseria y la opresión de la industrialización. «Londres podrá llegar a ser Roma —comentaba el escritor francés Théophile Gautier (1811-1872)—, pero desde luego nunca se-

rá Atenas: este último destino parece reservado a París». Las discusiones acerca de la dirección que convenía tomar adquirieron particular intensidad en Rusia, donde los eslavófilos, como Konstantín Sergéyevich Aksákov (1817-1860), veían el futuro basado en los valores campesinos de Rusia y en las tradiciones ortodoxas, mientras que los occidentalizantes, como Alexandr Herzen, que había pasado cerca de seis años desterrado en Inglaterra, deseaban importar a su país las normas culturales de la Europa occidental. A algunos escritores, como el marqués de Custine (1790-1857), Rusia, país que visitó en 1839, les parecía más que medio asiática. A su juicio, los aristócratas rusos tenían «apenas el barniz de civilización europea que hace falta para haberse echado a perder como salvajes, pero no el que se necesita para ser hombres cultos».

Lo que unía estas visiones tan dispares era el concepto de progreso, tanto si era visto con buenos ojos, como si era rechazado. Los ingleses que viajaban a la Europa continental se lamentaban una y otra vez de la suciedad y la mugre de sus ciudades, pero esperaban que con el tiempo todas ellas experimentaran la revolución higiénica por la que ya habían pasado las de Gran Bretaña. Durante las últimas décadas del siglo XIX, sin embargo, los estereotipos culturales empezaron a dar paso a los raciales, y la idea de un camino hacia el futuro que todas las naciones estaban recorriendo fue sustituida cada vez más por la noción de unos pueblos marcados por unos rasgos innatos y, por ende, inalterables. Tras la sublevación polaca de 1863-1864, por ejemplo, se levantaron en Rusia voces que afirmaban la necesidad de acabar con la nacionalidad polaca en vez de conducirla por la senda de la libertad y el progreso. Mijaíl Nikíforovich Katkov (1818-1887), director del periódico *Noticiero de Moscú*, proclamaba que polacos y rusos eran eslavos y que la identidad polaca debía fundirse con la cultura rusa, que era más grande. Los polacos eran una «tribu» que, junto con otras, «constituyen las partes vitales del mundo de la Gran Rusia y sienten la unidad que forman con él,

en la unión del Estado y del poder supremo en la persona del zar». Las reacciones rusas ante los primeros ramalazos de identidad nacional ucraniana fueron incluso más negativas: el ministro del Interior, Pyotr Alexándrovich Valúyev (1815-1890), advertía al zar en 1876 que «permitir la creación de una literatura especial para la gente corriente en dialecto ucraniano significaría contribuir a la alienación de Ucrania del resto de Rusia». Otros estados empezaron también a adoptar una política de rápida asimilación de las minorías nacionales, y en particular Prusia, que, con Bismarck y sus sucesores, introdujeron una serie de medidas tendentes a restringir el uso del polaco en las provincias orientales y fomentar el establecimiento en ellas de emigrantes de lengua alemana.

Muchos apóstoles del nacionalismo pensaron que era harto improbable que las naciones más pequeñas existentes en países mayores y sus correspondientes culturas llegaran a alcanzar rango de estado. No solo los ingleses, por ejemplo, sino también muchos miembros de las clases cultas de Gales, suponían que la legua galesa acabaría por «morir, como es justo, pacíficamente y con honra», según decía un clérigo galés en una encuesta sobre la educación en el principado allá por 1847: «Apegados como estamos a ella, pocos desearíamos posponer su eutanasia». En cualquier caso, no obstante, el galés sobrevivió.

La expansión de la educación, la intensidad cada vez mayor de las comunicaciones interestatales, la mayor facilidad con la que la gente podía emigrar de un país a otro, el aumento del turismo y la progresiva tendencia a traducir libros de un idioma a otro, no condujeron, como habían esperado algunos, a una mayor comprensión internacional En su obra *Unua Libro* (1887), el escritor y oftalmólogo polaco Ludwik Lazard Zamenhof (1859-1917), autor de la primera gramática de yidis (1879), realizó el intento más notable de superar las barreras lingüísticas inventando el esperanto, la «lengua de la esperanza». Atrajo el apoyo suficiente como para que en 1905 se celebrara en París un congre-

so mundial de esperantistas. Pero su lengua no entró nunca en la corriente principal de la cultura en ninguna parte.

Mientras que la inculcación de una lengua nacional se convertía en el principal objetivo de la enseñanza primaria, la secundaria se centró durante la mayor parte del siglo XIX en la enseñanza de los clásicos griegos y latinos. En el plan de estudios elaborado por el estado prusiano en 1837 para el *Gymnasium* o instituto de enseñanza media, por ejemplo, casi una tercera parte de las clases estaban dedicadas al latín, y unas pocas menos al griego. En 1856 se introdujo por primera vez en el plan de estudios la enseñanza de la religión, como consecuencia del giro hacia los valores conservadores que siguió a la revolución de 1848. Ninguna de estas medidas, sin embargo, satisfizo al káiser Guillermo II, preocupado como estaba por el hecho de que el énfasis puesto en autores como Cicerón (106-43 a. C)., con sus doctrinas de libertad republicana, no hacía más que fomentar una generación de hombres cultivados cada vez más críticos con las instituciones monárquicas de la Alemania imperial. Subrayando la necesidad de la educación física y de la conveniencia de templar el carácter de los jóvenes, declaraba en 1890: «Debemos tomar como base del *Gymnasium* todo lo que sea alemán; queremos educar a jóvenes alemanes, no a jóvenes griegos y romanos». El nuevo plan de estudios nacional prusiano puesto en vigor en 1892 reducía las horas dedicadas al latín un 20 % y las dedicadas al griego antiguo un 10 %. Los cambios similares introducidos en el sistema educativo paralelo de las *Realschulen*, de orientación menos académica, fueron incluso más espectaculares. En los dos tipos de escuela, se introdujeron nuevos requisitos de conocimiento de literatura e historia de Alemania, haciéndose hincapié en la necesidad de que los profesores estuvieran «imbuidos de espíritu patriótico».

Con el desarrollo de la clase media en Alemania vino el incremento del número de alumnos que asistían a los centros de enseñanza secundaria de orientación académica: se pasó de los poco menos de 50.000 existentes en Prusia en 1850, por ejemplo, a

los 108.000 de 1911. Se oyeron no pocas quejas por el hacinamiento en las aulas, que fueron solventadas solo parcialmente debido al incremento del número de centros de enseñanza secundaria de orientación académica, que pasaron de 261 a 372 entre 1875 y 1911. En Rusia había 191 institutos de enseñanza media de orientación académica a finales de siglo, a los que habría que sumar 115 escuelas técnicas. Su exclusividad social se vio subrayada por un curioso decreto promulgado en tiempos del zar reaccionario Alejandro III que exigía que los institutos de enseñanza media estuvieran «libres de la asistencia de hijos de cocheros, lacayos, cocineros, lavanderos, pequeños comerciantes y otras personas de situación análoga, cuyos hijos, con la salvedad quizá de aquellos excepcionalmente dotados, no deberían ser animados a abandonar el medio social al que pertenecen». También aquí los clásicos perdieron terreno como fundamento de la enseñanza secundaria, y a comienzos del nuevo siglo los planes de estudio dieron cabida a otras materias más prácticas. En la escuela secundaria de orientación académica francesa, el *lycée*, donde los alumnos se preparaban para el *baccalauréat* o examen de acceso a la universidad, la enseñanza de las clásicas disminuyó netamente y el interés se centró progresivamente en materias modernas, especialmente la lengua francesa, la historia y la literatura de Francia, y las ciencias. Aquella innovación se convirtió en una medida muy popular. Muchos antiguos alumnos recordaban la educación clásica a la que habían sido sometidos con repulsión retrospectiva. «¡Mercaderes de griego! ¡Mercaderes de latín! —exclamaba Victor Hugo en 1856—. ¡Pedantes! ¡Dogos! ¡Filisteos! ¡Magistrales! ¡Os odio, pedagogos!» La enseñanza secundaria experimentó una gran expansión, pasando de los 30.000 alumnos que había en 1850, a los 53.000 de 1881, y alcanzando los 62.000 en 1910. Aproximadamente un 51 % de los alumnos de enseñanza media asistía en 1899 a escuelas públicas, frente al 43% que estudiaba en colegios religiosos y el 6 % que lo hacía en instituciones privadas laicas, pero la proporción de chi-

cos de entre once y diecisiete años que asistían a algún centro de enseñanza media siguió siendo en todo momento inferior al 3 %.

La situación existente en los liceos franceses distaba mucho de ser ideal. La mayoría de ellos estaban situados en antiguos edificios religiosos, en hospitales, cuarteles o conventos. En 1877, en el curso de una visita a uno de ellos, un inspector preguntó: «¿Esto es una escuela, una granja o una taberna, esta enorme barraca destartalada con postigos medio podridos y un patio mondo y lirondo?». Pero al menos los castigos corporales habían sido abolidos en virtud de de un decreto aprobado en 1769 y reforzado por un nuevo decreto de Napoleón cuarenta años después. No era ese el caso, ni mucho menos, de las principales escuelas secundarias al otro lado del canal de la Mancha, donde los hijos de la élite eran educados en escuelas públicas de pago. Durante las primeras décadas del siglo XIX, los azotes, aplicados en público con una vara en el trasero desnudo ante todos los alumnos congregados a tal efecto, eran habituales y se imponían por las faltas más pequeñas, como, por ejemplo, equivocarse en el análisis sintáctico de un texto de latín o de griego. El señor Creakle, el director de escuela retratado en la novela de Charles Dickens *David Copperfield* (1850), «no pasaba un día que no repartiera golpes, a diestro y siniestro, arremetiendo contra los chicos como un soldado de caballería, y repartiendo mandobles a ciegas, despiadadamente». Los actos de rebelión eran tan rutinarios como la violencia de los profesores. Un alumno de Eton pagó a un pintor para que retratara al director del colegio con el trasero al aire, esperando a que lo azotaran, como hacían todos los chicos: se dijo que el profesor en cuestión usó dos varas para destruir el cuadro, rompiendo la primera debido a la violencia con la que arremetió contra la pintura. En Winchester, en 1818, los chicos ocuparon las torres y cerraron las puertas del despacho del rector. Al final fueron expulsados veintisiete alumnos, pero el director del colegio se vio obligado a presentar la dimisión. En Eton unos alumnos utilizaron mazos de hierro para

romper el escritorio del director, que se erguía sobre una tarima y estaba empotrado en un escaño revestido con planchas de madera. Siete de ellos fueron expulsados. Los internados baratos, ridiculizados sin piedad por Charles Dickens en *Nicholas Nickleby* (1839) a través de Dotheboys Hall, la institución dirigida por el ignorante y brutal Wackford Squeers, podían ser utilizados en ocasiones como vertederos a los que eran arrojados los hijos no deseados, a menudo ilegítimos, de la élite acaudalada. Esta situación no llegó a modificarse sino muy poco a poco.

En este sentido la principal influencia fue la de Thomas Arnold (1795-1842), nombrado director de Rugby School en 1828. Arnold decía que su misión era en primer lugar la cura de las almas: la inculcación de unos principios morales venía después, y más lejos, ya en tercer lugar, la educación de las mentes. Prefería, llegó a decir en cierta ocasión, que lo chicos creyeran que el Sol giraba alrededor de la Tierra antes que descuidaran los principios fundamentales de una vida moral: «Con toda certeza lo único que necesitan estudiar un cristiano y un inglés es filosofía cristiana, moral y política». Arnold llevó el orden a la vida escolar, impuesto mediante un sistema en el que la disciplina, incluidos los castigos corporales, era aplicada por chicos mayores llamados prefectos o monitores, que estaban sometidos a un estrecho control por el propio Arnold. Sus reformas fueron copiadas en otros centros de enseñanza secundaria de Inglaterra, y se hicieron famosas gracias a la popular novela *Tom Brown's Schooldays* (1857) [existe una antigua traducción en español que lleva por título *Los días escolares de Tom Brown*] de Thomas Hughes (1822-1896), antiguo alumno suyo, que contaba cómo la intimidación, el sadismo, la explotación sexual, el juego, la bebida y la putañería, prácticas habituales entre los alumnos de más edad antes de la llegada del Dr. Arnold y encarnadas en la figura de Harry Flashman, el malo de la historia, fueron superadas por la firme imposición de los principios básicos de la conducta cristiana por obra del nuevo director de la escuela.

La finalidad primordial de las escuelas de segunda enseñanza en todas partes era, ante todo, preparar a los alumnos para su ingreso en la universidad. En general, el número de los jóvenes que cursaban estudios superiores era pequeño. En la década de 1850 había en España poco más de 7.000 estudiantes universitarios, número que había subido a 12.000 en 1868 y que siguió aumentando lentamente hasta entrado ya el siglo XX. Repartidos entre diez universidades, estas cifras no eran desde luego muy impresionantes. Como en cualquier otro país de Europa, la función primordial de las universidades era preparar a los jóvenes para las profesiones liberales, el derecho y la medicina en particular. Los estudiantes eran mayoritariamente hijos de padres de clase media acomodada que podían permitirse el lujo de pagar las elevadas tasas exigidas para la obtención de la licenciatura, el título que daba derecho a ejercer la profesión. La universidades españolas tenían a menudo una gran antigüedad (la más vieja, la de Salamanca, había sido fundada en 1218, aunque la superaba en veteranía la universidad italiana de Bolonia, la más antigua de Europa, que databa de 1088). La situación era muy distinta en Francia, donde las veintidós universidades existentes habían sido abolidas por la Revolución en 1789 por ser consideradas bastiones de los privilegios, la corrupción y la ociosidad, y habían sido sustituidas por facultades y colegios especializados que proporcionaban formación a abogados, médicos y profesores. Con el tiempo algunas de estas escuelas se convirtieron en centros serios de erudición e investigación, como la Escuela Normal Superior (École Normale Supérieure), fundada en 1795 y refundada en 1826, donde el médico y científico Louis Pasteur introdujo una serie de importantes reformas. (Dichas reformas no siempre resultaron populares: cuando amenazó con expulsar a cualquier estudiante que fuera sorprendido fumando, setenta y tres de los ochenta estudiantes matriculados en la *grande école* se dieron inmediatamente de baja). En general había muy pocos estudiantes en estas instituciones: por ejemplo, la Facultad de Letras de

Caen tenía solo veintitrés alumnos en tiempos de la Restauración, mientras que en la de Clermont-Ferrand había solo siete en 1876. Más que ser sostenidas por el Estado, estas instituciones se financiaban con las tasas de matrícula, lo que significaba que a menudo se encontraran en un estado lamentable.

La derrota de Francia en la guerra de 1870-1871 fue atribuida por algunos al hecho de que Alemania poseía universidades avanzadas en las que se estudiaban todas las disciplinas independientemente, pero de manera cohesionada, no, como en Francia, en una serie de instituciones aisladas, dedicadas a la formación profesional en una sola disciplina. La amalgama de los distintos colegios y facultades en universidades propiamente dichas se convirtió así en una de las múltiples causas cuya defensa asumieron los republicanos franceses. Habría que esperar a 1896, sin embargo, para que las facultades de provincias fueran reunidas en universidades a la manera alemana. Aun así, el estudio de muchas disciplinas, incluida la propia filología francesa, estaba mucho más avanzado en Alemania, hasta tal punto que, para entenderlas bien, los estudiantes tenían que saber alemán. Las *grandes écoles* eran mucho más importantes, especialmente en el campo de la ingeniería, la minería y el comercio; los miembros de la élite política en particular se formaban en Sciences Po, el Instituto de Ciencias Políticas de París, inaugurado en 1872, mientras que de las humanidades se encargaba la École Practique des Hautes Études, fundada en 1868. Algunas de estas instituciones estaban sumamente especializadas: la École Nationale des Chartes, por ejemplo, fundada en 1821, llegó a tener fama internacional por la formación en la lectura de textos medievales, mientras que la École Polytechnique, establecida en 1794 y dirigida por el Ministerio de Defensa, centraba su interés en la ingeniería militar y la construcción; Napoleón la convirtió en academia militar en 1804.

Como daba a entender el movimiento en pro de la creación de universidades en Francia a finales del siglo XIX, el sistema más

potente y más desarrollado de educación superior de Europa se encontraba en Alemania. Se basaba en las ideas de Wilhelm von Humboldt, cuya labor en el Ministerio del Interior de Prusia se centró en la integración de la enseñanza y la investigación, en la libertad de los profesores de enseñar y de los estudiantes de estudiar lo que quisieran, y en la adopción de los ideales clásicos y de los principios intelectuales unificadores de la filosofía racionalista. «Investigar y crear —afirmaba Humboldt—. En torno a eso giran todas las actividades del hombre». La Universidad de Berlín, fundada a instancias de Humboldt en 1810, encarnaba explícitamente un ideal alternativo al de las *grandes écoles* francesas, cuyos planes de estudios normativos y cuya tendencia a la uniformidad y la disciplina consideraba Humboldt perjudiciales para el espíritu de innovación y renovación que tanto necesitaba la vida intelectual alemana tras las humillaciones sufridas en las guerras napoleónicas. Humboldt pretendía que las universidades investigaran y enseñaran las materias por su propio valor intelectual intrínseco, no que prepararan específicamente a los estudiantes para hacer carrera. Pero no fue eso lo que sucedió durante la primera mitad del siglo. Entre 1830 y 1860, por ejemplo, un 30% de los estudiantes matriculados en las universidades alemanas estudiaban teología, con el fin de dedicarse al sacerdocio, otro 30% estudiaban derecho, con la intención de ingresar en el funcionariado o de ejercer como abogados, un 15 % medicina, otro 15 % humanidades, para dedicarse a la docencia, y un 5% ciencias naturales.

El Estado ejercía un dominio férreo: un tercio de todos los catedráticos de derecho de las universidades alemanas nombrados entre 1817 y 1840 fueron impuestos a las correspondientes facultades por el ministerio del gobierno responsable de ellas, sin que las facultades en cuestión dieran su beneplácito y en muchos casos sin ni siquiera ser consultadas. La libertad de cátedra se hallaba por consiguiente restringida por la intervención del Estado. Las universidades todavía eran pequeñas, pero entre 1871 y 1914

el número de estudiantes de las veintidós universidades alemanas, incluida la de Estrasburgo, arrebatada a Francia a raíz de la guerra franco-prusiana en 1871, y la de Fráncfort, fundada en 1914, pasó de 13.000 a 61.000. El número de alumnos de la Universidad de Berlín pasó de 2.200 a 8.000, lo que suponía la cifra más alta de estudiantes de Alemania, pero en Múnich había más de 6.600 inmediatamente antes del estallido de la primera guerra mundial, y en Leipzig 5.300. Se crearon nuevas universidades técnicas, en las que estaban matriculados en 1914 otros 11.500 estudiantes. Durante el período 1850-1870 la proporción de estudiantes cuyos padres tenían un título universitario ya había caído de aproximadamente la mitad a poco más de un tercio; en Leipzig esa cifra se situaba por debajo del 30% en 1909. La cantidad de alumnos que eran hijos de industriales, comerciantes y financieros iba siendo cada vez mayor.

El modelo alemán de educación superior fue imitado por muchos países. En Grecia, por ejemplo, el rey Otón I fundó en 1837 la Universidad Otoniana siguiendo las líneas germánicas (fue rebautizada Universidad Nacional cuando el rey fue destronado en 1862), y la dotó de varias facultades; en ella se enseñaban, entre otras cosas, ciencias, aunque esa disciplina fue desligada de la Universidad Otoniana y en 1911 pasó a integrarse en otra institución, la Universidad Kapodistríaca. La Universidad Real Fredericiana de Oslo fue establecida en 1811 siguiendo explícitamente el modelo de la recién fundada Universidad de Berlín. Otras universidades más antiguas siguieron su ejemplo, entre ellas la de Copenhague, fundada en 1479, destruida cuando el almirante Nelson bombardeó la ciudad en 1801, reconstruida en la década de 1830, y reestructurada con facultades al estilo alemán durante la siguiente década. La creación de una universidad era un requisito indispensable para cualquier estado que se respetara: Bulgaria creó un instituto de educación superior con tres facultades en 1888 que se convirtió en universidad en 1904. No obstante, el control del Estado en este caso siguió siendo muy es-

tricto: en 1907 el rey Fernando I la cerró durante seis meses y destituyó a todos sus profesores cuando fue abucheado por los estudiantes en el curso de la inauguración del Teatro Nacional. El destino de la Universidad Jaguelónica a principios del siglo XIX fue incluso más dramático: fundada en 1364 en Cracovia, fue el centro de la vida intelectual de Polonia hasta que los austríacos se anexionaron formalmente la ciudad en 1846 y retiraron todo el mobiliario del Auditorium Maximum para convertirlo en un almacén de grano; la universidad no fue recuperada hasta que el emperador Francisco José intervino para salvarla. Las universidades polacas y especialmente sus alumnos siguieron siendo mirados con recelo en la Polonia del Congreso, en la que las autoridades rusas cerraron la Universidad de Varsovia, fundada en 1816, tras la sublevación de 1863, y la sustituyeron por una institución de enseñanza superior para uso de las fuerzas militares de ocupación en la que solo se daban clases en ruso.

Un férreo control del Estado era ejercido también en las universidades de la propia Rusia, donde los estudiantes formaban parte de la *intelligentsia* y suscitaban no poco recelo en los círculos gubernamentales. Pero las autoridades zaristas se vieron en un dilema, pues si los controles eran muy estrictos y la enseñanza demasiado circunscrita, los jóvenes rusos se irían a estudiar al extranjero, sobre todo a las universidades alemanas, calificadas ya por Alejandro I de lugares «en los que los jóvenes adquieren nociones sumamente contrarias a la religión y la moralidad». A lo largo del siglo XIX, los estudiantes rusos gravitarían hacia la Universidad de Zúrich y otras universidades liberales de Suiza. Una de las reformas de Alejandro II consistió en la aprobación en 1863 de un estatuto universitario que concedía a las universidades rusas poderes de autogobierno, incluido el nombramiento de los profesores, y que permitía la libertad de cátedra y de estudios, rasgos que representaban los ideales del sistema humboldtiano. Tras los disturbios estudiantiles en las universidades de San Petersburgo y Kazán del otoño de 1882, suscitados por la de-

manda de una mejora de la representación, se aprobó un nuevo estatuto universitario en 1884 que establecía el requisito de que rectores, decanos y catedráticos fueron nombrados por el gobierno. Aquello no calmó el descontento de los estudiantes, que estalló de nuevo en 1887 a raíz de un incidente en el que un estudiante abofeteó a un inspector universitario del gobierno durante un concierto. Pero la autonomía universitaria no se restauraría hasta 1905, tras una huelga de estudiantes que duró varios meses.

En Gran Bretaña, como en Rusia, la primacía de los estudios clásicos fue reduciéndose paulatinamente, siendo el latín y el griego antiguo rebasados por otras disciplinas más modernas, si bien el conocimiento del griego siguió siendo un requisito para acceder a cualquier facultad hasta 1920 y el del latín incluso hasta muchos años después. Los lazos entre las viejas universidades de Oxford y Cambridge con la iglesia establecida se debilitaron, y las nuevas universidades, empezando por la London University (actualmente University College de Londres), fundada en 1826, serían decididamente laicas. En las provincias surgieron otras escuelas universitarias que al principio se centraron en exámenes de grado impuestos por Londres, antes de amalgamarse a su vez en nuevas universidades, como, por ejemplo, Owens College, creado en 1851, y fusionado en la Victoria University de Mánchester en 1880. De hecho, la expansión de la enseñanza superior fue en todas partes de la mano de la profesionalización de la ciencia y el saber. Las universidades alemanas, bien organizadas y bien financiadas, se pusieron a la cabeza de la investigación científica. Antes de 1914 los premios dotados por Alfred Nobel, el ingeniero sueco inventor de la dinamita y propietario de la fábrica de armas Bofors, fueron concedidos repetidamente a distintos científicos originarios de Alemania. En 1901, por ejemplo, el primer premio Nobel de Física recayó en Wilhelm Röntgen (1845-1923), que en 1895 había descubierto la radiación electromagnética o rayos X, mientras que casi la mitad de los

premios Nobel de Química durante ese mismo período fueron concedidos a científicos alemanes. Aunque la ciencia seguía siendo mayoritariamente territorio de los varones, algunas mujeres rompieron el techo de cristal de la ciencia, destacando entre ellas la física francesa nacida en Polonia Marie Curie (1867-1934), cuyas investigaciones la llevaron a acuñar el término «radiactividad». Junto con su marido, Pierre Curie (1859-1906), descubrió en 1898 dos nuevos elementos, que fueron llamados «radio» y «polonio» (Marie era una nacionalista polaca apasionada). Tras la muerte de su marido en un accidente de carretera, Marie fue escogida para ocupar la cátedra del difunto en la Universidad de París, siendo la primera mujer que llegara a catedrática en ella. El estatus de las científicas, sin embargo, queda patente en el hecho de que cuando los Curie fueron invitados a presentar sus investigaciones en Londres, la Royal Institution solo permitió dirigirse a la audiencia a Pierre; Marie fue obligada a guardar silencio.

Marie Curie había emigrado a Francia en 1891 para llevar allí a cabo sus investigaciones, pero las universidades rusas y polacas, pese a la represión política reinante, distaban mucho de estar atrasadas en este terreno. En Rusia, la Universidad Imperial de Kazán, fundada en 1804, construyó un laboratorio de química y un observatorio astronómico en 1830, y estableció además escuelas de medicina, química, matemáticas y geología. Su catedrático de matemáticas, Nikolái Ivánovich Lobachevski (1792-1856), fue uno de los fundadores de la moderna geometría no euclidiana; su catedrático de química, Aleksandr Mijáilovich Bútlerov (1828-1886), descubrió en 1859 el formaldehído, un compuesto orgánico presente en la naturaleza, hallazgo por el que deben estarle agradecidas las sucesivas generaciones de embalsamadores; y otro químico, el germano-báltico Karl Claus (1796-1864), descubrió en 1844 el rutenio. Análogamente, en la década de 1870, preocupadas por el progresivo crecimiento del nacionalismo polaco, las autoridades austríacas de Galicia concedieron una

mayor autonomía a la Universidad Jaguelónica de Cracovia y le facilitaron fondos para construir nuevos edificios y dotarle del equipamiento necesario, especialmente en el terreno de las ciencias. Esta circunstancia permitió al científico Zygmunt Wróblewski (1845-1888), que había estudiado en Alemania, llevar a cabo una labor pionera en la licuefacción del oxígeno y el nitrógeno, junto con su colega Karol Olszewski (1846-1915), antes de morir a consecuencia de las quemaduras sufridas mientras llevaba a cabo un experimento. Sin embargo, en otros lugares la investigación científica realizada en las universidades tardó más tiempo en ponerse en marcha.

El término «científico» [*scientist*] no se acuñó en inglés hasta 1833, por obra de William Whewell (1794-1866), mientras que el Tripos de Ciencias Naturales de Cambridge no fue creado hasta 1851.[7] A principios de siglo había laboratorios solo en establecimientos como la Royal Institution. A mediados de siglo, el físico y matemático irlandés William Thomson, al que más tarde se concedió el título nobiliario de lord Kelvin, tuvo que poner su propio laboratorio en la Universidad de Glasgow en una bodega en desuso y en la carbonera contigua, en la que, como decía en tono de queja un alumno suyo,

> ... no había ningún aparato especial en el laboratorio para uso de los alumnos... ni horas especiales para que asistieran a él los alumnos, ni ayudantes que aconsejaran o explicaran, ni se daban notas por el trabajo en el laboratorio, ni había talleres, ni siquiera había que pagar tasa alguna... Los estudiantes hacían experimentos... a pesar de la atmósfera reinante, saturada de polvo de carbón, que se depositaba sobre todas las cosas, y que era producido por un chico que venía periódicamente a recoger carbón con una pala para alimentar las chimeneas.

La Universidad de Cambridge no creó hasta 1874 un laboratorio de física propiamente dicho, que recibió el nombre del rector de la universidad, William Cavendish, 7.º duque de Devonshire (1808-1891), por la contribución que había hecho para su establecimiento. Con el paso del tiempo se desarrollaron procedimientos estándares de enseñanza y de investigación —disecciones en biología, por ejemplo—, que sustituyeran el viejo sistema

en el que los alumnos realizaban cualquier tipo de experimento que se les ocurriera, a menudo con resultados desastrosos. Se nombraron ayudantes técnicos y se fabricaron equipos estandarizados, aprovechando las oportunidades que ofrecía la producción industrial. Microscopios y telescopios se hicieron cada vez más sofisticados, los tintes químicos facilitaron la observación de microbios y bacilos, y a finales de siglo la investigación y la educación científicas estaban ya plenamente profesionalizadas. Para entonces, las investigaciones británicas en el campo de la física habían alcanzado una fase muy avanzada: James Clerk Maxwell (1831-1879), Joseph Thomson (1856-1940) y el neozelandés Ernest Rutherford (1871-1937) fueron los responsables respectivamente de la teoría del electromagnetismo (1861), el descubrimiento del electrón (1897) y el concepto de semivida radiactiva (1899). En total, el número de puestos docentes en el campo de las ciencias y la tecnología en las universidades británicas, excluida la medicina, pasó de los 60 de 1850 a los 400 medio siglo después.

A comienzos de la nueva centuria reinaba un optimismo generalizado en torno al futuro de la ciencia, concepto que se había ampliado hasta ser aplicado a cualquier forma de conocimiento organizado. El positivismo, la doctrina desarrollada por Auguste Comte en la década de 1840 y accesible al público inglés a raíz de la traducción de su obra *Discurso sobre el espíritu positivo* (1865), sostenía que la observación científica era la única base legítima de la acción. Las creencias apriorísticas debían ser desechadas; solo lo que podía verse y verificarse era verdad. Si el método científico se aplicaba a todas las disciplinas, entonces se conocerían todos los hechos acerca de todo. La historia, por ejemplo, a juicio de lord Acton, *Regius Professor* de historia moderna de la Universidad de Cambridge de 1895 a 1902, debía satisfacer «la exigencia científica de totalidad y certeza». Se tenía en general la idea de que la historia había sido instituida como ciencia por Leopold von Ranke, y los profesores de historia de todos los

países hacían hincapié en la aplicación de métodos estándares de crítica de las fuentes con el fin de establecer la autenticidad de los documentos en los que los historiadores empezaban en aquellos momentos a basar su trabajo. Ranke encontró imitadores en las universidades de toda Europa, que desdeñaban a los historiadores anteriores, incluido el popularísimo escritor político *whig* Thomas Babington Macauley (1800-1859), calificándolos de meros aficionados, históricamente inexactos y políticamente parciales. La obra de Macauley era demasiado emocional: lo que se necesitaba era un enfoque desapasionado, y todos pensaban que Ranke lo proporcionaba.

Pero era una ilusión: la retórica de la objetividad basada en la crítica de las fuentes y en la investigación primaria no era en realidad más que un manto para encubrir determinados prejuicios. Al exponer el postulado de que la tarea del historiador radicaba primordialmente en identificar las principales corrientes de cada época, Ranke abría el camino para que la siguiente generación de historiadores alemanes identificara en el desarrollo de Prusia y la unificación de Alemania las principales corrientes del siglo XIX. Cualquier oposición a la unificación alemana era vilipendiada y calificada de mera lucha contra la inevitabilidad histórica, y la solución dada por Bismarck a la cuestión de la unidad alemana se insertaba en el relato como la única posible o, de hecho, la única deseable. El exponente más destacado de esta tesis, Heinrich von Treitschke (1834-1896), autor de una historia de Alemania durante el siglo XIX en varios volúmenes (que, sin embargo, en el momento de su muerte había llegado solo al año 1847), era un nacionalista alemán empedernido, por no decir que además era un antisemita virulento. Su influencia llegó hasta bien entrado el siglo XX a través de sus numerosos discípulos, entre los cuales cabría citar a Otto Hintze (1861-1940), Friedrich Meinecke (1862-1954) y el político pangermánico Heinrich Class (1868-1953). La historia de cuño rankeano, pues, quizá no fuera al final tan imparcial y poco emotiva; sus exponentes afirmaban

ser científicamente objetivos, pero su obra estaba al servicio de unos fines políticos muy claros.

La sexualización de la emotividad

En 1848 el artículo sobre «las características específicas de los sexos» de una popular enciclopedia alemana explicaba que, aparte de sus diferencias físicas, los hombres y las mujeres podían distinguirse también por ciertos rasgos mentales y espirituales: «La hembra es una criatura más sensible… El varón… es una criatura más racional… Fundamentalmente todo lo que tiene que ver con las emociones afecta más a la mujer». Afirmaciones semejantes pueden encontrarse en muchas otras publicaciones de la época. La emoción en el siglo XIX fue un fenómeno sexualizado. «La inteligencia y el pensamiento» eran el ámbito del varón, proclamaba otro *Lexikon* en 1904; las mujeres, en cambio, estaban «lejos del común ajetreo de la vida», porque eran criaturas llenas de imaginación, sensibilidad y amor. Las enciclopedias de épocas anteriores habían guardado silencio sobre este asunto, o lo habían tratado solo muy por encima. En 1887, cuando el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies (1855-1936) escribió su famoso tratado *Gemeinschaft und Gesellschaft* [Comunidad y sociedad], la diferencia entre los sexos había sido elevada por algunos a la categoría de principio universal. El propio Tönnies consideraba que la comunidad orgánica de la época preindustrial había sido cohesionada por la emoción femenina, mientras que la sociedad industrial, que —muy a su pesar— estaba sustituyéndola, se hallaba dominada por la razón varonil. Las mujeres estaban siendo alienadas de la que era su verdadera naturaleza: una chica de fábrica que, inevitablemente, caía en este sentido bajo la influencia de la «sociedad», según Tönnies, «se vuelve ilustrada, fría, sabihonda. No hay nada más alejado de su carácter original, nada más perjudicial».

En la era del Romanticismo era habitual que los hombres lloraran abiertamente ante la más ligera incitación. Charles Dickens lloraba cuando escribía las escenas de muerte de sus nove-

las, mientras que las reacciones de algunos de sus lectores eran incluso más exageradas. Cuando el líder nacionalista irlandés Daniel O'Connell, por ejemplo, se puso a leer durante un viaje en tren *La tienda de antigüedades* (1841) y llegó al pasaje que describe la muerte de su joven y pura protagonista, la pequeña Nell, lo encontró insoportable: sus ojos «se llenaron de lágrimas» y entre sollozos exclamó: «¡No habría debido matarla!», tras lo cual tiró el libro por la ventanilla. Como muchos otros, Lord Byron derramaba abundantes lágrimas cuando contemplaba alguna escena trágica en el teatro; él mismo cuenta cómo se vino abajo durante una representación en Italia, víctima de una especie de «estremecimiento de ahogo». El juez James Shaw Willes (1814-1872), cuando tuvo que dictar sentencia y condenar a muerte a una mujer que había sido hallada culpable de asesinato, «inclinó la cabeza y lloró unos segundos», aunque sabía que las circunstancias atenuantes harían que con casi toda probabilidad la pena capital fuera conmutada. En esta ocasión, según los informes de la época, no solo el juez, sino también «el jurado se puso a llorar», lo mismo que «la mayor parte del público».

Pero durante la segunda mitad de la centuria las lágrimas fueron convirtiéndose progresivamente en signo no ya de sensibilidad romántica, sino de fragilidad femenina. En su libro *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872), Charles Darwin planteaba la tesis de que llorar era un signo de debilidad. «Los ingleses —decía— raramente lloran, excepto bajo la presión del dolor más profundo; mientras que en algunos países del continente los hombres derraman lágrimas con mucha más facilidad y abundancia». Pero también en la Europa continental podían encontrarse opiniones similares. Un hombre que «llora con abundancia sin que haya una ocasión propicia», afirmaba el escritor húngaro Max Nordau en 1892, era a todas luces un «degenerado», que padecía alguna tara hereditaria de debilidad emocional. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el término «virilidad» se convirtió en una expresión clave de aprobación en

el discurso público, al menos entre los varones. El desarrollo de una esfera pública y en particular la gradual aparición y extensión de los sistemas parlamentarios se basaban en el presupuesto de que solo los hombres poseían la racionalidad y el sentido de la responsabilidad necesarios para participar de la actividad política y legislativa. Los salones de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, dominados por las mujeres, fueron sustituidos por los clubs de caballeros, muchos de los cuales, como sucedió con el Parlamento de Fráncfort de 1848, o con el Carlton Club (1831) y el Reform Club (1836) de Londres, desempeñaron una función política trascendental. El énfasis puesto en la virilidad culminó en el culto al héroe propugnado por Thomas Carlyle en su obra *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia* (1841), en la que afirmaba: «La historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres», los seres titánicos, sobrehumanos, que apartaban de un manotazo a sus enemigos y dominaban la historia con su poder y mediante la agresión. En una versión muy distinta, la idea del gran hombre reaparecería en la filosofía de Friedrich Nietzsche. Una consecuencia de este concepto fue la que extraería el escritor austríaco Otto Weininger (1880-1903) en su voluminoso tratado *Geschlecht und Charakter* (*Sexo y carácter*), publicado póstumamente en 1903, tras su suicidio a los veintitrés años. Weininger pensaba que solo las mujeres masculinas como las lesbianas podían estar verdaderamente emancipadas; el resto eran seres pasivos, improductivos y carentes de creatividad. Weininger era además profundamente antisemita: afirmaba que los judíos eran femeninos por naturaleza, y por lo tanto incapaces de llevar a cabo el verdadero destino del hombre, esto es, convertirse en genio. Como él mismo era judío, su suicidio, cometido en la misma casa de Viena en la que había muerto Beethoven, el más grande de todos los genios, podría ser considerado el último paso lógico de su vida: quizá el ejemplo más exagerado de odio hacia sí mismo de un judío.

La virilidad del inglés victoriano y de sus homólogos de la Europa continental se expresaba físicamente a través de la barba y el bigote. Esta moda comenzó a llevarse aproximadamente a mediados de siglo. En la década de 1870 la mitad de los hombres cuya imagen aparecía reproducida en la revista *Illustrated London News* llevaban barba. Algunos justificaban su decisión de mostrarse más peludos con razones médicas, mientras que la teoría miasmática de la enfermedad, dominante a mediados de siglo, dio lugar a la idea de que la barba podía constituir una especie de filtro contra los vapores peligrosos e insalubres (Bismarck llamaba a su bigote «mi respirador»). Más importancia tenía el hecho de que una barba facilitaba al hombre mostrar una cara imperturbable ante el mundo, evitando las expresiones de emoción que se consideraban características del sexo femenino. En la Europa continental la barba era menos habitual entre las clases cultas que en Inglaterra. En Grecia, por ejemplo, el bigote estaba omnipresente en el rostro de los varones de cualquier clase, mientras que la barba sería escogida mayoritariamente por políticos como Elefterios Venizelos (1864-1936), que deseaban causar buena impresión en la escena internacional, e incluso en este caso se llevaba bien cuidada y relativamente corta, como la del zar Nicolás II de Rusia (1868-1918) o su primo, casi idéntico, el rey Jorge V de Inglaterra (1865-1936). Puede que la moda internacional indujera al zar Alejandro III de Rusia a dejarse crecer la barba, pero en general la asociación de la barba larga con el *mujik*, el campesino, disuadiría a los rusos de clase media y clase alta de lucirla (aunque precisamente ese fuera el motivo de que el novelista León Tolstói llevara una especialmente larga y descuidada).

En Alemania eran habituales los bigotes, pero también muy exuberantes. Friedrich Nietzsche se tomaba una especial molestia, como señalaba un contemporáneo suyo, el filólogo suizo Jacob Mähly (1828-1902), en cultivar «su enorme bigote, que lo protegía de cualquier acusación de tener rasgos femeninos». Los

alemanes destacarían particularmente por la variedad de exóticos pelajes que lucían en la cara, desde las espesas e hirsutas patillas en forma de chuleta del káiser Guillermo I hasta la larga barba bifurcada del almirante Alfred von Tirpitz (1849-1930) o el famoso bigote del káiser Guillermo II (1859-1941), con sus extremos cuidadosamente levantados hacia arriba. Antes de la década de 1840 la barba había sido signo de falta de convencionalismo cultural o político, característica propia de artistas y cartistas. Tras el hundimiento del movimiento cartista y la derrota de las revoluciones europeas en 1848, las barbas se volvieron respetables, su atractivo aumentó, aunque no precisamente debido a la reputación heroica de los soldados que regresaron sin afeitar de la guerra de Crimea en 1856. Esta nueva tendencia no tuvo nada que ver con la tecnología del afeitado, ni tampoco con la falta de ella; de hecho supuso un desafío para ella si tenemos en cuenta que cada vez más hombres desdeñaron las ventajas que trajo consigo la invención en 1847 de la maquinilla de afeitar por obra de William Henson (1812-1888). Parece que el propio Henson no hizo mucho uso de su invento, pues decidió lucir un hermoso par de patillas y un poblado bigote. La cronología de la barba británica fue seguida más o menos por los hombres —muchos de ellos artistas— de la Europa continental; casi todos los impresionistas franceses, por ejemplo, llevaban barba larga. El compositor ruso Mijaíl Ivánovich Glinka (1804-1857) iba pulcramente afeitado en la década de 1840, pero en 1856 lucía ya una barba bien cuidada y recortada, lo mismo que su colega el músico Piotr Ilich Chaikovski (1840-1893). Johannes Brahms dejó de afeitarse en la década de 1860. Una alternativa que tuvo bastante aceptación fueron las patillas en forma de chuleta como las que luciría el dramaturgo noruego Henrik Ibsen desde mediados de esa misma década (unos años antes había empezado a dejarse crecer la barba). Las patillas de chuleta que seguía luciendo el emperador austrohúngaro Francisco José poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial se habían convertido en símbolo y

prueba fehaciente de que era un superviviente de un mundo que había pasado a la historia hacía ya mucho tiempo.

La virilidad fue expresada también en el siglo XIX a través del sombrero de copa, que había sustituido al tricornio en la década de 1820; a partir de esa fecha la chistera se convertiría en una prenda casi omnipresente entre los hombres de clase media. Desde que el príncipe Alberto empezó a llevarla en 1850, el triunfo de la chistera en Inglaterra quedó asegurado, y la costumbre no tardó en ser imitada en el continente. Cuando la seda sustituyó a la piel de castor en su fabricación, las copas de las chisteras se hicieron todavía más altas, llegando en América a adoptar la forma de «tubo de estufa». No es de extrañar que empezaran a venderse los sombreros de copa plegables o clacs, particularmente útiles para ir a la ópera o al teatro. A diferencia de la barba larga, el uso de la chistera persistió hasta la primera guerra mundial e incluso después. Combinada con una levita oscura y, a partir de la década de 1830, pantalones largos en vez de calzones hasta la rodilla, se convirtió en un símbolo de respetabilidad burguesa, anunciando el estatus y el poder de quien la llevaba. Su principal función no era proteger la cabeza, sino ser levantada en el momento de saludarse: se observaban las escalas sociales en el orden en que un caballero se quitaba la chistera al saludar a otro. No llevar sombrero era un signo evidente de locura o de alejamiento de la civilización. Un periódico de Berlín informaba en 1893 de que «un hombre sin sombrero» había sido visto caminando por las calles y molestando a los transeúntes; a todas luces se trataba de un perturbado mental. En la novela de Charles Dickens *Nuestro amigo común* (1865) Gaffer Hexam, que se gana la vida pescando cadáveres en el Támesis y vaciándoles los bolsillos para quedarse con lo que encuentre en ellos, es calificado de hombre «medio salvaje» pues no lleva «tocado alguno sobre su cabeza desgreñada».

En épocas anteriores, incluido el siglo XVIII, los aristócratas habían vestido unas ropas que los distinguían como miembros de

la nobleza de título, pero el triunfo del sombrero de copa y la levita vendría a reflejar la difuminación y luego la desaparición de las barreras sociales que separaban a la nobleza de los estratos más altos de la burguesía. Mientras que la virilidad era anunciada por medio de trajes generalmente de un negro o de un gris aburridísimo, el vestido femenino era más colorista: el talle alto de la «línea imperio» bajó a la cintura y a partir de la década de 1850 empezó a usarse el miriñaque, en el que una falda de amplísimo vuelo, sostenida por un armazón de aros, ocultaba por completo la forma natural del cuerpo. Sin embargo, con el desarrollo de las ideas feministas, la dificultad práctica de esos estilos dio paso a la «línea princesa», mucho más ceñida al cuerpo, mientras que las feministas más avanzadas empezaron a llevar unas faldas partidas, a imitación de los pantalones bombachos turcos, llamadas en inglés *bloomers* por el nombre de su inventora, la defensora de la sobriedad y de los derechos de la mujer Amelia Bloomer (1818-1894), norteamericana, que las adoptó en la década de 1850. La moda femenina empezó a cambiar con más rapidez a medida que los patrones sobre papel y las máquinas de coser fueron asequibles a un número mayor de mujeres y la industria de la moda empezó a desarrollarse, con sus campañas publicitarias anunciando nuevos estilos para cada temporada. El polisón, añadido a la parte trasera de la falda para que el bajo del vestido no arrastrara, por ejemplo, solo se usó unos cuantos años durante la década de 1880. Habituales durante todo el siglo, en cambio, fueron los corsés, por lo general fabricados con ballenas, que permitían adelgazar la cintura, y, como en el caso de los hombres, los sombreros, aunque los de las mujeres eran de dimensiones muy modestas, al menos hasta la primera década y media del siglo XX, cuando se pusieron de moda los sombreros extravagantes de alas anchísimas, a menudo adornados con múltiples plumas de avestruz importadas de las colonias y teñidas de diversos colores. Las modas de este tipo resultaban asequibles solo para las clases acomodadas, aunque con la difusión de los

grandes almacenes también a las mujeres de clase media baja empezaría a resultarles cada vez más fácil adquirir vestidos a la moda.

La utilización de la barba desde mediados de siglo quizá pueda entenderse como una reacción frente a la aparición en muchos países de Europa de un nuevo movimiento feminista, que empezó a situar a las mujeres en la esfera pública como portavoces y defensoras del reconocimiento de la igualdad de derechos en múltiples áreas de la vida. Durante las primeras décadas del siglo XIX, la caracterización del varón como persona racional y de la mujer como criatura emotiva se expresó legalmente colocando a las mujeres en la misma categoría que a los niños, de modo que sus derechos eran ejercidos por sus maridos o por sus padres en caso de estar solteras. Las mujeres tenían prohibido el acceso a la mayor parte de las profesiones en casi todos los países de Europa, y la profesionalización de la medicina y del derecho levantó una barrera más frente a ellas, al tiempo que la falta de derechos legales les impedía desempeñar actividad alguna en los negocios, la banca y las finanzas. Más decisiva quizá fuera la discriminación de la mujer en el terreno de la educación. La mayor parte de las profesiones liberales exigían la posesión de un título universitario, pero la mujer no fue admitida en las universidades en la inmensa mayoría de los países de Europa hasta las últimas décadas de la centuria. En el Código Napoleónico, que dominaba el derecho civil no solo en Francia, Bélgica, España, Portugal y Polonia, sino también en partes muy significativas de Alemania occidental, y que ejerció una fortísima influencia sobre el Código Rumano de 1864, las mujeres no eran personas jurídicas, sino que eran tratadas como menores hasta que contraían matrimonio, y a partir de ese momento pasaban a ser representadas legalmente por sus maridos. No podían firmar contratos, y necesitaban el permiso de su padre o de su esposo si querían acceder a un empleo remunerado, proceder a un cambio de residencia o entablar un pleito. La ley exigía que la mujer ca-

sada obedeciera a su marido. Este tenía derecho a usar la fuerza para obligarla a residir en el sitio que él decidiera. Si cometía adulterio, la mujer podía ser condenada incluso a dos años de cárcel; el adulterio del varón, en cambio, no era ningún delito. Si un hombre encontraba a su mujer en flagrante adulterio y la mataba, no podía ser acusado de asesinato, mientras que una mujer no tenía protección legal alguna si cometía cualquier acto de violencia contra su marido. El Código Napoleónico había permitido al principio el divorcio, pero ese derecho fue derogado en Francia en 1816 a raíz de la Restauración.

En el ámbito del derecho ruso, el Código de 1836 afirmaba que la mujer casada estaba obligada por ley a acompañar a su marido allá donde él se trasladara, a menos que fuera desterrado a Siberia. La mujer no era persona jurídica y necesitaba el permiso de su padre o de su marido para trabajar, estudiar, viajar o comerciar. Teóricamente el divorcio era posible por causa de adulterio, de ausencia injustificada del marido por espacio de cinco años, o por privación de los derechos civiles, pero en la práctica resultaba muy difícil conseguirlo. De ese modo en la novela *Anna Karénina* (1877), de León Tolstói, la protagonista, casada con un alto funcionario del gobierno al que no ama, tiene una aventura con el joven conde Vronski, a consecuencia de la cual tiene una niña. Pero aunque su marido acaba por dar su consentimiento y accede a divorciarse, Ana no puede hacerlo porque la ley solo permite pedir el divorcio a la parte ofendida y requiere o bien una confesión de culpabilidad por parte del adúltero o una prueba de infidelidad, lo que en ambos casos arruinaría por completo la reputación de Ana. Desesperada ante la imposibilidad de resolver su situación, la protagonista de la novela se suicida arrojándose a un tren en marcha. En Alemania el Código Civil de 1900, que vino a sustituir todas las disposiciones legales anteriores y tenía validez en todo el imperio alemán, eliminó los pocos derechos que había poseído la mujer bajo las leyes prusianas promulgadas en tiempos de la Ilustración, concediendo al

marido todos los bienes de la mujer en el momento mismo de contraer matrimonio, y haciendo que el divorcio resultara considerablemente más difícil al introducir el principio de culpabilidad.

Pero pese a la persistencia de muchas de estas desigualdades, uno de los rasgos más llamativos del siglo XIX fue la mejora gradual de los derechos de la mujer. En Suecia una de las pioneras de ese avance fue ni más ni menos que Fredrika Bremer, cuya labor tuvo al fin consecuencias políticas en 1858, tras el llamado «debate de Hertha». A partir de ese momento las mujeres no casadas gozarían en Suecia de plena igualdad jurídica respecto a los varones. En 1862, Bremer se manifestó públicamente a favor del sufragio femenino, y de hecho ese mismo año se concedió a las mujeres que tuvieran mayoría de edad jurídica el derecho a votar en las elecciones municipales. En muchos países el feminismo organizado tuvo sus orígenes en la actividad filantrópica de las mujeres, y de hecho Bremer intervino también en labores benéficas y educativas a favor de los pobres. Esas actividades situaron a las mujeres en la esfera pública, y las obligaron a enfrentarse a muchos de los problemas acarreados por la falta de derechos a sus congéneres más pobres. Una forma de mejorar la situación por lo menos de algunas mujeres fue ingresar en las profesiones liberales. Una campaña capitaneada por Sophia Jex-Blake (1840-1912) dio lugar a la admisión de la mujer en los exámenes de ingreso a la Universidad de Edimburgo en 1869 (se presentaron al examen 152 aspirantes, y lo aprobaron cuatro mujeres que quedaron entre los siete mejor clasificados). Sin embargo, el 18 de noviembre de 1870 los estudiantes de medicina, azuzados por algunos de los profesores más conservadores, les impidieron el paso al aula de examen en Surgeons' Hall, arrojándoles barro y basura. Aunque los causantes de los disturbios fueron multados por la universidad, el Tribunal Supremo de Escocia, la Court of Session, dictaminó en 1873 que las mujeres no habrían debido ser admitidas y que no tenían derecho a presen-

tarse a los exámenes. Pero esas mismas mujeres obtuvieron el título en el extranjero y posteriormente regresarían a Escocia para ejercer su profesión. Las universidades escocesas admitieron a las mujeres en igualdad de condiciones con los hombres en 1892.

La inglesa Elizabeth Garrett Anderson (1836-1917) obtuvo una licencia para practicar la medicina gracias a una rendija legal en los estatutos de la Sociedad de Farmacéuticos, subterfugio que la Sociedad se apresuró a cerrar inmediatamente después. La doctora Anderson abrió una consulta privada y un dispensario médico en Londres, tras obtener sin dificultades el título de medicina por la Sorbona de París en 1870. Tres años después fue admitida gracias a otra laguna jurídica en la Asociación Médica Británica, que inmediatamente después cambió también sus reglas para impedir que pudiera ingresar en ella cualquier otra mujer. La primera mujer en ejercer la medicina en Gran Bretaña no fue, sin embargo, ni Anderson ni Jex-Blake, sino el doctor James Barry (*c.* 1792-1865). Nacida en Irlanda y criada como una niña, Margaret Ann Bulkley, al llegar a la pubertad adoptó en secreto una identidad masculina como James Barry con objeto de poder ingresar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo (plan urdido por varios miembros de su familia). Barry obtuvo el título de medicina en 1812, vivió en adelante como si fuera un hombre y llegó a ser un afamado cirujano militar, prestando servicio en diversos destinos en Sudáfrica, Mauricio, Santa Elena, Canadá y el Caribe, acompañada siempre de un criado negro y un perro llamado Psyche. El verdadero sexo de Barry no se descubrió hasta su muerte, causando no poco bochorno a las autoridades médicas.

Las universidades preferidas por las mujeres en la Europa continental fueron principalmente las suizas. Zúrich inauguró su universidad para mujeres en 1847, doce años después de su fundación. Análogamente, la Universidad de Berna, establecida en 1834, admitió estudiantes de sexo femenino en la década de 1870; alrededor de la mitad de sus 2.000 alumnos eran origina-

rios de otros países, y también aquí las rusas y las alemanas encontraron las oportunidades que les negaban las universidades de sus países de origen. Al otro lado de la frontera, las universidades del estado liberal de Baden, al sur de Alemania, admitió a las mujeres por primera vez en 1902 y en 1908 todas las universidades alemanas permitían ya estudiar a las mujeres. Las mujeres fueron admitidas en las universidades rusas durante un breve período en los días dorados del liberalismo de 1860-1861, pero fueron expulsadas de ellas de nuevo en 1862, de modo que en adelante las jóvenes rusas que quisieran estudiar tendrían que hacerlo en el extranjero. No obstante, el gobierno zarista también desaprobaba esta salida, pues consideraba que los estudios en el extranjero eran una fuente de radicalismo político, de modo que obligó a regresar a su país a todas las alumnas rusas que estudiaban en universidades extranjeras. Finalmente se encontró una solución en una especie de cursos especiales para mujeres que se organizaron en San Petersburgo. Aunque no tuvieran exactamente rango universitario, estos estudios se beneficiaron de la difusión que había tenido la enseñanza media entre las mujeres durante la década de 1870, pero durante la posterior reacción de la de 1880 fueron cerrados todos ellos menos uno, que fue estrechamente vigilado por la policía secreta. En consecuencia, una nueva oleada de mujeres abandonó el país para ir a estudiar al extranjero. Alarmado por este nuevo fenómeno, que por lo demás no habría tenido nada de sorprendente dadas las circunstancias, el gobierno del zar Nicolás II restableció los cursos para estudiantes femeninas en la década de 1890. En 1904 había 5.000 o 6.000 estudiantes que frecuentaban los cursos para mujeres, frente a las 150 que había habido veinte años antes. A partir de 1905 finalmente se permitió a las mujeres presentarse a los exámenes de las universidades del Estado. La situación fue parecida en muchos otros países. La primera escuela de enseñanza media para chicas subvencionada por el estado de Alemania, por ejemplo, fue inaugurada en 1893. En Francia no se esta-

bleció un sistema regular de enseñanza secundaria para chicas hasta 1880, aunque aquellos liceos no las preparaban para presentarse al *baccalauréat*. La primera facultad de mujeres, Girton College, fue creada en Cambridge en 1869, pero a sus alumnas no se les permitiría obtener sus correspondientes títulos hasta mediados del siglo XX, por mucho que hubieran aprobado los exámenes. Aunque el progreso fue lento, ya se había puesto en marcha.

Los derechos de la mujer mejoraron en la esfera privada. En 1857 la Ley de Causas Matrimoniales permitió por primera vez el divorcio en Inglaterra sin que fuera necesaria la aprobación de una ley del Parlamento de alcance privado; e incluía, además, disposiciones relativas a la separación legal. Se creó en Londres un nuevo tribunal para las causas de divorcio, y fue tal el volumen de trabajo que durante sus primeros seis años de existencia tuvo que juzgar mil casos. Sin embargo, seguía tratando de distinta manera a hombres y mujeres, permitiendo a los primeros solicitar el divorcio únicamente por motivos de adulterio y exigiéndoles que dieran el nombre del cómplice del mismo, mientras que las mujeres tenían que demostrar además los delitos de crueldad, bigamia y otros, y no se les exigía dar el nombre del otro responsable del adulterio. En 1870 se produjo en Gran Bretaña otra mejora de los derechos de la mujer cuando el Parlamento aprobó una Ley de Bienes de las Mujeres Casadas que preveía que cualquier ingreso que obtuviera una casada por medio de su trabajo fuera de su propiedad, medida ampliada en 1882 a los bienes que pudiera aportar al matrimonio. En 1884, finalmente, fue legalizado el divorcio en Francia, y en Alemania las mujeres fueron al fin reconocidas como personas independientes en virtud de una ley aprobada en 1875. Al comenzar la nueva centuria los derechos de las mujeres sobre sus bienes y sobre sus hijos habían mejorado en muchas jurisdicciones, y las mujeres habían empezado a hacer sentir su presencia en la esfera pública como editoras de revistas y como columnistas de pe-

riódicos, socavando definitivamente la pretensión de que eran demasiado emotivas para participar de la vida pública.

Las organizaciones feministas que empezaron a presionar en casi todas partes en defensa de las mejoras legales y educativas del estatus de la mujer surgieron principalmente en la atmósfera liberal de las décadas de 1860 y 1870. El feminismo organizado empezó en Suecia con la Asociación en Defensa de los Derechos de Propiedad de las Mujeres Casadas en 1873, haciendo campaña activamente en asuntos de índole económica. La Sociedad de Mujeres Danesas, fundada en 1871 a raíz de una reorientación de la política liberal, se vio arrastrada hacia la izquierda en 1883 cuando la suspensión de la prostitución regulada por el Estado se convirtió en un asunto fundamental; análogamente, en Noruega una serie de discursos pronunciados en 1887 por el escritor de tendencias nacionalistas Bjønstjerne Bjørnson (1832-1910), en los que denunciaba la doble moral, dieron lugar a la creación en 1892 de una Sociedad del Lazo Blanco y a diversas campañas en pro de la pureza social, la sobriedad y el sufragio femenino. El primer feminismo en Francia estuvo estrechamente asociado con el republicanismo. Las dos personalidades principales en este sentido fueron Léon Richer (1824-1911) y Maria Deraismes (1828-1894), ambos francmasones. En 1875, la organización creada por ellos, la Sociedad para la Mejora de la Suerte de las Mujeres, fue prohibida por el gobierno promonárquico; por aquel entonces la asociación tenía solo 150 miembros y a sus actos acudían por término medio diez o doce personas. En 1882-1883 Richter lanzó una nueva sociedad en pro de la emancipación de la mujer, la Liga Francesa por el Derecho de la Mujer, pero estaba dominada por hombres, que constituían aproximadamente la mitad de sus socios, y en 1883 se vio rebasada por una organización más radical, El Sufragio de la Mujer, capitaneada por Hubertine Auclert (1848-1914). Las dos asociaciones siguieron siendo muy limitadas por lo que se refiere al número de sus miembros y a su influencia. El feminismo alemán estuvo domi-

nado por mujeres protestantes de clase media, una de las cuales, la autora de novelas de contenido social Louise Otto-Peters (1819-1895), que había sido ya una feminista activa durante la revolución de 1848, aprovechó la revitalización de la política liberal para fundar en 1865 la Asociación General de Mujeres Alemanas. Durante treinta años la política de esta organización sería muy prudente. Fue incapaz de plantear la exigencia del voto porque las mujeres tenían prohibido por ley participar en cualquier tipo de actividad política en casi todas las regiones de Alemania, incluida Prusia. Solicitó al Reichstag incluir los derechos de propiedad de las casadas en el Código Civil promulgado en 1900, aunque sin éxito.

Hasta finales del siglo XIX el feminismo fue en todos los países un movimiento casi exclusivamente de clase media. Tenía muy poco que decir a las grandes masas del campesinado que constituían la mayoría de la población de Europa durante todo este período. En algunos aspectos la situación de la mujer en la sociedad rural empeoró a lo largo del siglo. En la época de mayor desarrollo de la industria pesada, cuando los hombres jóvenes marcharon a las ciudades, atraídos por la perspectiva de salarios más altos, las mujeres que se quedaron en el campo tuvieron que asumir una carga de trabajo cada vez más pesada al tiempo que debían llevar la casa, criar a los hijos y realizar las tareas domésticas. Como decía en 1912 un médico del distrito de Zeitz, en el norte de Alemania, se había producido un «cambio en la división del trabajo», que «plantea durísimas demandas a los recursos físicos de la mujer». Esta situación se vio equilibrada solo en parte por la mayor libertad que tendrían las mujeres para casarse a partir de la abolición de la servidumbre y cuando la mejora de las comunicaciones les facilitara salir de sus pueblos y tener más opciones de encontrar un posible marido. El divorcio, en cualquier caso, seguía estando fuera del alcance de la mayoría de ellas. En Inglaterra, el elevado coste del divorcio después incluso de que su obtención fuera más fácil significó que la justicia po-

pular siguiera afirmándose en la práctica de la venta de esposas, descrita en tono de desaprobación al comienzo de la novela de Thomas Hardy *El alcalde de Casterbridge* (1886), cuando un jornalero que trabaja construyendo almiares, Michael Henchard, harto de gachas enriquecidas con ron, lleva a su esposa, Susan, al mercado y la subasta vendiéndosela al mejor postor. En la práctica, lo normal era que el comprador se hubiera puesto de acuerdo previamente con el vendedor. En 1833 se publicó la noticia de la venta de una mujer por dos chelines y seis peniques en el mercado de la localidad de Epping, en el condado de Essex. Conducido ante los magistrados, el marido alegó que llevaba viviendo algún tiempo sin su esposa, y que «ella había vivido en flagrante adulterio con Bradley, el hombre por el que había sido comprada». Las autoridades erradicaron finalmente esta práctica en la primera guerra mundial; pero, en cualquier caso, ponía de manifiesto una falta generalizada de sentimientos en las relaciones conyugales en la sociedad rural que dejaba boquiabierta a la clase media urbana. En realidad, el interés primordial que ponía el movimiento feminista en los bienes, las mejoras en el campo de la educación y de los derechos conyugales no afectaba tampoco a la inmensa mayoría de las mujeres de clase trabajadora, cuya vida consistía en trabajar duro, criar a sus hijos e intentar sobrevivir.

No obstante, lo que consiguieron los movimientos feministas fue allanar el camino para la extensión de importantes derechos a todas las mujeres. Aunque solo un puñado de mujeres había tenido acceso a la vida profesional antes de 1914, el hecho en sí de que pudieran ejercer como médicas o estudiar en la universidad establecía un precedente trascendental de cara al futuro. Los argumentos de las feministas se impusieron no tanto sobre la base de la igualdad de derechos para todos los individuos cuanto sobre el principio de que las mujeres podían ejercer una influencia benéfica sobre la sociedad porque tenían más moralidad, y eran más compasivas y más sensibles que los hombres. Las mu-

jeres demostraban su valía, declaraban muchas de ellas, participando en actividades filantrópicas y de beneficencia, a través de las cuales ponían de manifiesto no solo que podían aplicar sus instintos maternales a la sociedad en general, sino también que podían organizar y canalizar esos instintos de manera responsable en beneficio de todos. De modo que las mujeres tuvieron que dar la impresión de que eran fuertes cuando entraron en la esfera pública y en el mundo de la industria y la administración, y empezaron a presentarse en términos menos emotivos. «La mujer que se permite el lujo de un "buen llanto" ya no existe», afirmaba en 1911 el *Daily Mirror*. El artículo correspondiente llevaba el siguiente titular: «Mujeres que nunca lloran: el aguante de la chica de negocios sustituye a la histeria y las lágrimas victorianas». Por mucho que las feministas hicieran hincapié en la cercanía de la mujer a la naturaleza y al mundo de los sentimientos, el resultado final de sus esfuerzos sería asegurarse de que las mujeres de clase media y alta desarrollaban también, como los hombres, la habilidad para lo que los americanos llamaban «poner cara de póquer».

La búsqueda de la felicidad

Los habitantes de Europa, como los de otras partes del mundo, han buscado en general la felicidad, entre otras cosas, a través de actividades cultivadas. Dicha búsqueda no siempre se ha llevado a cabo al margen del mundo del trabajo. En la sociedad preindustrial, hombres y mujeres cantaban para marcar el ritmo de su trabajo mientras sembraban y cosechaban, mientras hilaban y tejían, aliviando el aburrimiento y la repetitividad de sus tareas y de paso marcando el compás que debían seguir al realizarlas. «Cuando el labrador canta —decía un proverbio francés—, el arado marcha bien». En los Pirineos se contrataban mujeres encargadas de seguir a los segadores marcando el ritmo de las guadañas con sus cantos. Instrumentos musicales tales como violines, gaitas y tambores se sacaban en ocasiones especiales como bodas o bailes; la gente los tocaba y cantaba canciones transmitidas

de generación en generación, compraba baladas a los buhoneros, o escuchaba a los músicos y cómicos de la legua cantar en el prado o en la plaza del pueblo a cambio de un plato de comida. En Alemania los *Bänkelsänger* —«cantores del banco»— iban de pueblo en pueblo con un zurrón lleno de coplas o folletos ilustrados que contaban relatos rimados de acontecimientos milagrosos, sucesos extraños, asesinatos truculentos y amores trágicos; esas coplas recibían el nombre de *Moritaten*, así llamadas porque a menudo acababan con un enérgico mensaje moral. Con frecuencia, especialmente en las zonas que más sufrían la penuria y la opresión, las canciones populares lamentaban el destino de la gente pobre del campo, expresando quejas contra el hambre, el trabajo duro, los impuestos, el reclutamiento forzoso de los mozos y otras miserias de la vida cotidiana: «Se nos llevan como si fuéramos bueyes —decía un canto popular rumano—, nos esquilan como si fuéramos ovejas». Las bodas iban acompañadas de canciones procaces, y de ese mismo modo los cantos populares eran adaptados con fines políticos durante disturbios y sublevaciones, como sucedió en las revoluciones de 1848.

Los cantos populares raramente sobrevivieron al traslado al ambiente urbano-industrial. «Los viejos y hermosos cantos populares —comentaba un observador norteamericano anónimo de la cultura popular rusa en 1893— enmudecen ante el sonido de los silbatos de vapor». Las epopeyas y baladas lentas fueron reemplazadas paulatinamente por canciones más cortas y animadas, los cantos rituales colectivos por canciones que centraban su atención en la experiencia individual, y las melodías tradicionales por otras nuevas importadas de las ciudades. Con la difusión del ferrocarril y la consiguiente mejora de las comunicaciones, los jóvenes de la Francia rural empezaron a demandar melodías populares de París cantadas en francés, en vez de las tonadas locales cantadas en el *patois* de la comarca, mientras que el cura y el maestro del pueblo repartían entre los lugareños cancioneros impresos llenos de himnos patrióticos y moralizan-

tes, y fomentaban la formación de orfeones o sociedades corales para poder controlar la música de los aldeanos. En 1864 un inspector de enseñanza primaria del departamento del Aude, en el sur de Francia, informaba con satisfacción de que «las canciones picantes que herían incluso los oídos menos pudibundos han sido sustituidas por los cantos religiosos y patrióticos ejecutados por numerosas asociaciones corales gracias a las escuelas y a la iniciativa de los maestros». Los copleros itinerantes no podían competir con ellos, y su oficio se extinguió. Los bailes campesinos tradicionales, en los que hombres y mujeres se colocaban unos frente a otros en filas o en corro, habían suministrado ocasiones para el cortejo reguladas por la comunidad, pero en la década de 1870 los jóvenes habían pasado ya a preferir bailar en pareja a los compases del vals, la polca o la cuadrilla: «Los bailes de la gente de ciudad», como los llamaba un observador de Lorena allá por 1880. «Las viejas danzas —decía en 1891 un informe de la región del Lauragais, en el suroeste de Francia— están desapareciendo progresivamente, y la mayoría de ellas sobreviven ya solo como meros recuerdos». El baile quedó al margen del calendario ritual, y se convirtió en una forma de ocio organizado y de entretenimiento popular.

La cultura popular de origen rural atrajo además la hostilidad cada vez mayor del Estado. Los funcionarios intentaron acabar con las ferias y las procesiones porque las consideraban una amenaza para el orden público. Los juegos pueblerinos, rudos y a menudo sangrientos, fueron suprimidos en aras de la salud y de la seguridad, mientras que las competiciones de tiro y de lanzamiento con animales vivos como blanco fueron prohibidos en nombre de la defensa de los animales. En Rusia, los funcionarios y los moralistas de clase media deploraban la ebriedad y la violencia que observaban en las ferias y ceremonias populares. Durante las fiestas patronales, refería en tono de lamento un defensor de la sobriedad en 1908, los campesinos «beben hasta volverse completamente locos, se arrancan los dedos unos a otros a bo-

cados, se matan a golpes… Y lo mismo cabe decir de las festividades religiosas… El vodka corre a ríos y reinan la inmoralidad y el desorden más absolutos». Las peleas a puñetazos en masa que se organizaban habitualmente en dichas ocasiones a menudo acababan con alguna lesión grave o incluso se producían muertes. Ya en la década de 1890 casi cincuenta ciudades rusas habían declarado fuera de la ley o cuando menos restringido los mercados celebrados con motivo de las fiestas religiosas, con el fin de disuadir a los campesinos que acudían a la ciudad para participar en ellos de que lo hicieran. En Inglaterra, como en tantos otros países, el cercado de las tierras comunales acabó con muchos de los lugares de reunión usados tradicionalmente para las diversiones de los campesinos. En 1840, como señalaba William Howitt (1792-1879), escritor y marido de la traductora al inglés de Fredrika Bremer, Mary Howitt, «ha tenido lugar una gran revolución en el ámbito de los deportes y los pasatiempos de la gente sencilla… Por lo que yo puedo recordar, las apariciones de los bailarines de danzas moriscas (*Morris dancers*), de las máscaras (*guisers* y *plough-bullocks*), y de las cuadrillas cantando villancicos navideños, se han vuelto cada vez más raras».[8]

Las consecuencias, como observaba el economista y juez Joseph Kay (1821-1878), fueron bastante desafortunadas cuando las clases bajas se trasladaron en manada a las nuevas ciudades industriales. «En Inglaterra —señalaba en 1850— puede decirse que los pobres no tienen ahora más distracción que la cervecería o la taberna». El alcohol fue el lubricante de la industrialización. En el nuevo mundo urbano surgieron como setas las tabernas y los bares. En Francia, en el departamento industrial del Norte, había ya en 1890 un bar por cada cuarenta y seis habitantes, cuya finalidad era apagar la sed de la población urbana predominantemente de clase trabajadora. En 1910 los franceses bebían casi cinco mil millones de litros de vino al año, aunque muy a menudo aguado por los cultivadores y los taberneros, de modo que no siempre era muy fuerte. Las autoridades de todos los paí-

ses intentaron frenar la afición a las bebidas alcohólicas, pero con poco éxito: para soslayar las leyes que regulaban la concesión de licencias para la venta de alcohol en Prusia, por ejemplo, se abrieron numerosos *Schnapskasinos* [casinos de aguardiente], locales baratos e informales, a menudo en habitaciones alquiladas a título particular por grupos de trabajadores. En 1893 había más de cien locales de ese tipo en los distritos mineros del Ruhr, con más de 16.000 socios. Como su nombre indica, en ellos se servía no solo cerveza embotellada, sino también licores más fuertes. Si los alemanes bebían *Schnap*, los franceses preferían la absenta, un espirituoso de color verde elaborado con una planta medicinal, el ajenjo: en 1910 se consumían en Francia 36 millones de litros al año. Un asesinato espectacular cometido por un adicto a la absenta dio lugar a que se introdujera en la Constitución suiza la prohibición de esta bebida, tras la celebración de un referéndum en 1908; posteriormente se introdujo la misma prohibición en los Países Bajos en 1909 y en la propia Francia en 1914.

En Rusia el gobierno se mostró reacio a intentar reducir el consumo de alcohol incluso antes de establecer un monopolio sobre la destilación de vodka en la década de 1890, cuando los ingresos del estado ruso provenientes del alcohol empezaron a incrementarse casi de manera exponencial, pasando de los 250 millones de rublos al año hasta los casi mil millones poco antes del estallido de la primera guerra mundial. Las tasas sobre el vodka proporcionaron casi un tercio de los ingresos públicos durante buena parte del siglo. La novela de Dostoyevski *Crimen y castigo* (1866) —que originalmente habría debido llamarse *Los borrachos*— está llena de escenas de borracheras en los bares y tabernas de San Petersburgo, empezando por el monólogo en estado de ebriedad de un alcohólico impenitente, Marmeládov, que prostituye a su hija para sufragar su adicción. Noticias semejantes habrían podido escucharse de labios de los comentaristas sociales de toda Europa. En *La situación de la clase obrera en Ingla-*

terra (1844), Friedrich Engels describía cómo, en cuanto recibía la paga el sábado por la tarde, «toda la clase obrera sale de sus malos barrios y anda por las calles principales, [donde] se puede comprobar la embriaguez en toda su brutalidad». En los albores de la era industrial, en realidad antes incluso de que diera comienzo, surgieron en toda Europa las organizaciones en pro de la sobriedad, inspiradas a menudo por movimientos religiosos, con el fin de combatir la bebida por medio de la exhortación moral y de la presión a favor de la aprobación de leyes y la imposición de tasas. Dichas organizaciones fueron especialmente fuertes en Escandinavia: en Suecia el gobierno estableció un monopolio sobre la venta de licores, que solo podían conseguirse en puntos de venta cuidadosamente regulados, mientras que en Noruega, donde se adoptaron medidas similares, el consumo medio anual de *akvavit* por cabeza cayó de los más de 15 litros en 1833 a los poco más de 5,5 en 1851. El agua y los refrescos empezaron a ser más accesibles para calmar la sed del trabajador, de modo que entre 1899 y 1913 se registró en toda Alemania una reducción del consumo de alcohol del 25 %. En Gran Bretaña el consumo de cerveza empezó a disminuir a partir de la década de 1880, pasándose de los casi 182 litros por persona al año durante la década de 1870 a los 136 aproximadamente antes de que diera comienzo la Gran Guerra. Para la burguesía británica, en 1800 tomar el té constituía ya una parte esencial de la vida doméstica, pero con el crecimiento urbano el té se introdujo también en las casas de la clase media y de las clases trabajadoras respetables, con un consumo anual medio per cápita que se disparó desde los poco más de 7 kilos al año en la década de 1840 hasta los casi 20 kilos en la de 1870 y casi los 26 en la de 1890.

Los clubs y las asociaciones ofrecían otras alternativas a la bebida. Durante el Segundo Imperio, en la ciudad industrial de Lille, en el norte de Francia, por ejemplo, había sesenta y tres clubs de bebedores, pero también treinta y siete clubs de jugadores de cartas, veintitrés de jugadores de bolas, trece de bolos, diez de ti-

ro con arco y dieciocho de tiro de ballesta. Los mineros habitualmente criaban palomas o galgos de carreras, que simbolizaban quizá la libertad y la rapidez de movimientos que no eran capaces de conseguir ellos solos en la estrechez de las galerías. En muchos lugares se fundaron clubs de fútbol, que contribuyeron a cimentar la solidaridad de las nuevas comunidades urbanas. Al principio la Asociación de Fútbol de Inglaterra, fundada en 1863 en un intento por imponer las «reglas de Cambridge» —redactadas en 1848 en una reunión celebrada en el Trinity College de Cambridge por representantes de las escuelas públicas de pago —, estuvo dominada por centros educativos de élite. Pero en 1883 un equipo de clase trabajadora, el Blackburn Olympic F. C., inauguró una nueva era al derrotar a los Old Etonians en la final de la Copa de la Asociación de Fútbol. El juego se propagó rápidamente por la Europa continental, llevado habitualmente por los británicos que vivían fuera de su país. Ya en 1863 el periódico *The Scotsman* informaba de que «varios caballeros ingleses residentes en París han organizado últimamente un club de fútbol… Los partidos de fútbol tienen lugar en el Bois de Boulogne, con permiso de las autoridades, y sorprenden enormemente a los franceses». El English Football Club de Dresde fue creado en 1874 por un grupo de trabajadores británicos y pronto siguieron su ejemplo otros. La A. C. Milan fue fundada por el fabricante de encajes inglés Herbert Kilpin (1870-1917) en 1899, con el nombre de Milan Cricket & Foot-Ball Club (el *cricket* no duró mucho tiempo). El primer partido de fútbol de Polonia fue jugado entre los equipos de Leópolis y de Cracovia en 1894. Ganaron los de Leópolis gracias al primer gol del que se tiene noticia en la historia de Polonia, marcado por Włodzimierz Chomicki (1878-1953) en el minuto 6, tras el cual el árbitro dio por terminado el encuentro: la justa comprensión del reglamento tardaría todavía algún tiempo en llegar. El fútbol estaba ya en 1914 camino de convertirse en un fenómeno deportivo internacional, con un seguimiento cada vez más claro de la clase trabajadora; de hecho,

muchos equipos se formaron en ciudades industriales, como el Schalke 04, creado en Schalke, una barriada de Gelsenkirchen, en la cuenca del Ruhr (el número hace referencia al año de su fundación, 1904). Sus jugadores eran llamados popularmente «los mineros».

A medida que fueron mejorando los índices de alfabetización, surgió un pasatiempo de tipo muy distinto con el desarrollo de la prensa popular. En Rusia la gradual relajación de la censura a partir del reinado de Alejandro II alentó la aparición de la prensa barata, los periódicos en formato tabloide de una sola hoja que se vendían por la calle y no por suscripción. El más vendido de estos exponentes de la «prensa de bulevar» era la *Hoja de Moscú*, cuyo editor, Nikolái Pastukhov (1831-1911), antiguo tabernero calificado por uno de sus periodistas de «director analfabeto que, en medio de un público lector analfabeto… [,] sabía hablar su lenguaje». Un tabloide rival de San Petersburgo era descalificado en 1870 en los siguientes términos: «Una especie de basurero de toda clase de rumores, cotilleos y noticias». El joven escritor Antón Chéjov escuchó el siguiente comentario al director de su periódico: «Atraparemos al lector con estupideces y luego lo instruiremos con artículos eruditos». En la práctica, estos últimos siguieron siendo escasos. En Francia empezaron a aparecer periódicos locales a partir de la década de 1870, aunque al principio sus lectores fueran principalmente gentes de clase media; en 1896, sin embargo, la policía decía de una de esas publicaciones, *L'Avenir du Cantal*, que era «muy leída por los campesinos». Sus ventas habían ascendido a los 2.300 ejemplares tres veces a la semana, más que toda la prensa del departamento del Cantal, en el centro-sur del país, veinte años antes. «El gusto por los periódicos —se comentaba en el municipio bretón de Guipel en 1903— está haciendo una seria competencia a las leyendas y relatos tradicionales. Está expulsándolos de los pensamientos y de la charla de la gente».

Los periódicos baratos de Francia no fueron más inmunes al sensacionalismo que los de Rusia. Asesinatos, escándalos, emociones de todo tipo llenaban las páginas de *Le Petit Journal*, fundado en 1863. Su propietario, Moïse Polydore Millaud (1813-1871), dijo a su primer director que debía ser «lo suficientemente audaz como para parecer estúpido. Descubra lo que piensa el lector medio. Y luego déjese guiar por ello». El diario llegó a tener unas ventas de más de medio millón de ejemplares en 1880. Los periódicos de este tipo no eran vendidos solo en las esquinas de las calles, sino también en los quioscos de las estaciones de tren, cuyo número en Francia superaba el millar a comienzos del nuevo siglo. La circulación de la prensa diaria en Francia se multiplicó y pasó del millón de ejemplares vendidos en 1870 a los cinco millones de 1910, crecimiento facilitado por la aprobación de una nueva ley liberal de prensa en 1881 y por la importación de las impresoras rotativas rápidas fabricadas por la empresa Hoe en Norteamérica. La circulación de periódicos en Gran Bretaña se disparó debido a la abolición del impuesto sobre la prensa en 1855, pero mucho después de esa fecha incluso periódicos relativamente populares como el *Daily News*, con unas ventas de 150.000 ejemplares, o el *Daily Telegraph*, que llegó a los 190.000 ejemplares en la década de 1870, siguieron siendo respetables por su aspecto y su contenido.

No fue hasta 1896 cuando llegó una prensa verdaderamente popular con la creación del *Daily Mail*. En 1902 el periódico tenía una circulación de más de un millón de ejemplares, la mayor del mundo. Con sus titulares sensacionalistas y sus trucos publicitarios, como la oferta que hizo en 1906 de un premio de 1.000 libras por la realización del primer vuelo en aeroplano sobre el canal de la Mancha, no tardó en tener un atractivo popular sin rival. Si la prensa iba volviéndose cada vez más sensacionalista, lo hacía de una manera nueva, ligada a la información de acontecimientos de la vida real y no a las historias de milagros y maravillas. Así sucedió especialmente en Alemania, donde en gene-

ral los elevados índices de alfabetización y la supresión efectiva de la censura tras la revolución de 1848 crearon una pujante industria periodística. En 1862 aparecían treinta y dos periódicos diarios solo en Berlín, seis de ellos dos veces al día. En 1866 la *Kölnische Zeitung* imprimía unos 60.000 ejemplares al día. Los semanarios ilustrados como *Die Gartenlaube*, con 400.000 suscriptores en 1875, y las revistas satíricas, como *Kladderadatsch* y *Simplicissimus*, eran más populares incluso que los diarios. El número de periódicos de Alemania aumentó de los cerca de 1.500 de 1850 a los 4.221 de 1914. Sin embargo, el sensacionalismo no se convirtió en un rasgo significativo de la prensa alemana hasta los años veinte del nuevo siglo, cuando la subcultura socialdemócrata sumamente respetable y bien organizada que suministraba periódicos y revistas a la clase trabajadora industrial empezó a quedar marginada por la ascensión de la prensa comercial.

Aparte de los periódicos y las revistas, las clases trabajadoras emergentes de la era industrial leían también libros cada vez con más entusiasmo, gracias a la difusión de las bibliotecas públicas. En la década de 1850 podían comprarse reimpresiones de novelas populares por dos chelines, mientras que por esa misma época el editor Richard Bentley (1794-1871) publicaba libros al precio de un chelín en su Railway Library. Este tipo de literatura instructiva de carácter popular no cayó en un vacío cultural; pretendía en gran medida ocupar el espacio de lo que los reformadores serios consideraban la influencia vulgar y corruptora de los *penny dreadfuls*, los folletines baratos ingleses de carácter macabro o sensacionalista. En Alemania el equivalente de estas obras eran las novelas de *Kolportage*, vendidas de puerta en puerta o por la calle, en forma de folletines por entregas de bajo coste. *El verdugo de Berlín*, publicada en 130 fascículos semanales a comienzos de la década de 1890, era un ejemplo típico de este género de novelas, e incluía ejecuciones, asesinatos, secuestros, duelos, exhumaciones de cadáveres, ahogamientos, acci-

dentes, incendios provocados y espionaje, todo ello en los primeros capítulos. Las editoriales produjeron también ediciones baratas de los clásicos a modo de contrapeso moral; las biografías populares de figuras heroicas como Garibaldi tuvieron un atractivo muy grande; y la literatura instructiva fue producida en masa por organizaciones tales como la Sociedad para la Propagación de los Libros Útiles, creada en Rusia en 1861; no cabe duda de cuál era el género de libros que se vendía mejor. La preocupación por la calidad de las lecturas de la clase trabajadora dio lugar en Inglaterra a la aprobación de la Ley de Bibliotecas Públicas de 1850, que establecía el principio de las bibliotecas gratuitas subvencionadas por las autoridades locales. Pero la idea tardó en extenderse por la Europa continental, y el francés Eugène Morel (1869-1934) no introduciría la idea en su país hasta 1910. Más habituales eran los clubs y las asociaciones de lectura, así como las pequeñas bibliotecas creadas por los sindicatos en los centros sociales que iban construyendo.

Las obras de ficción baratas fueron utilizadas también como base para el drama de contenido folletinesco o melodrama, que alcanzó la cima de su popularidad durante la época victoriana. Un ejemplo típico fue *The String of Pearls* (1846-1847), protagonizada por el malvado Sweeney Todd, «el diabólico barbero de Fleet Street», que asesinaba a sus clientes para hacer el relleno de los pasteles de carne. Aparte del malvado, que recibía habitualmente una sonora pitada del público cada vez que salía a escena, había también un héroe, por lo general un joven oscuro y poco llamativo, y una señorita en apuros igualmente inocente, así como un pariente anciano y una criada o un criado. El melodrama se fundiría a la perfección con el teatro de variedades o *music hall*, que surgió como forma de entretenimiento popular en la década de 1850. El primero de ellos en abrir fue Canterbury Hall, en Lambeth, en 1852; en 1878 había setenta y ocho grandes teatros de variedades en la capital. Cantos y bailes, junto con actuaciones cómicas y números de acrobacia y de malabarismo,

eran presentados por el animador ante un público que seguía comiendo y bebiendo a su aire durante toda la función, que a menudo acababa en medio del más absoluto desorden y alboroto. En 1868 un comentarista calificaba los teatros de variedades ingleses de «templos deslumbrantes de la disipación», en los que el público era «degradado por viles canciones y exhibiciones vulgares». Los mensajes que transmitían las canciones del *music hall* no eran precisamente revolucionarios —como decía una de ellas, «Un *cachito* de lo que estás pensando te da mucho gustito»—, pero los defensores de la reforma moral desaprobaban la procacidad de artistas como Marie Lloyd (1870-1922), cuyas interpretaciones eran consideradas inadmisiblemente subidas de tono por los críticos de clase media.

En Francia, los cafés cantantes [*cafés chantants*] sencillos, como el Cabaret des Assassins, en Montmartre, fundado en la década de 1850 y que, bajo el nombre posteriormente adquirido de Au Lapin Agile, se convirtió en el lugar predilecto de pintores y escritores, fueron quitados de en medio por locales más complejos en los que se interpretaban números de baile y de carácter cómico, y actuaban grupos y artistas vestidos con trajes costosos. El más famoso de estos cabarets fue el Folies Bergère, fundado en 1869. El Moulin Rouge, que abrió al público en 1889, fue la cuna del cancán, baile ejecutado por una fila de coristas que levantaban las piernas, y el local predilecto del pintor Henri de Toulouse-Lautrec (1864-1901), que dibujó sus carteles publicitarios. También allí había actuaciones subidas de tono de artistas como Mistinguett (Jeanne Bourgeois, 1875-1956), que se exhibía ante un público heterogéneo formado por personas de todo tipo, ansiosas de diversión. Le Chat Noir (llamado también durante un breve período Le Cabaret Artistique), fue inaugurado en 1881 en Montmartre —allí se ganaría la vida tocando el piano el compositor Erik Satie (1866-1925)—, pero cerró en 1897 tras la muerte de su fundador y director, Rodolphe Salis (1851-1897). El equivalente del *music hall* de clase obrera en Alemania, el *Tingeltan-*

gel, así llamado por el ruido que hacían los clientes al golpear los vasos con los cubiertos mientras cantaban el estribillo de las canciones, nació en Berlín en la década de 1870, y no tardó en extenderse por todo el norte y el oeste de Alemania. En 1879 el *Tingeltangel* sería blanco de no pocos ataques en el Reichstag. Debía ser considerado inmoral «en parte», según afirmaba un diputado, «debido al contenido frívolo o provocativo de las actuaciones, y en parte por el carácter provocativo de las propias actuaciones».

Fuera de Francia la moda de los cafés literarios y de artistas se extendió a otros países y encontró imitaciones como el Zielony Balonik (El Globo Verde) de Cracovia, abierto en 1905 explícitamente para un público de escritores y pintores; el café se vio obligado a cerrar en 1912 debido a la influencia de la censura y a las interferencias de la policía. En Alemania el cabaret Überbrettl, abierto en Berlín en 1901, dio empleo al compositor austríaco Arnold Schönberg (1874-1951) como director musical. Els Quatre Gats de Barcelona, que abrió en 1897 como cervecería, taberna y fonda, se inspiró explícitamente en el modelo original parisino y se especializó en espectáculos tradicionales de títeres catalanes. Pero a pesar de su pretensión de exhibir pinturas modernistas con la intención de vendérselas a los clientes (o quizá por ello), acabó por cerrar a los pocos años, en 1903. El Café Central de Viena, que abrió al público en 1876, duró más tiempo: solo en 1913 tendría entre sus clientes a Sigmund Freud, al futuro líder comunista yugoslavo Josip Broz Tito (1892-1980), a Adolf Hitler y a Vladímir Ilich Lenin. Poco antes del estallido de la primera guerra mundial el líder socialista austríaco Victor Adler (1852-1942) advirtió al ministro de Asuntos Exteriores de su país, el conde Leopold Berchtold (1863-1942), que una guerra europea habría provocado una revolución en Rusia. «¿Y quién encabezará esa revolución?» —preguntó en tono sarcástico Berchtold—. ¿Acaso el señor Bronstein, el que va ahí enfrente, al Café Central?» Lev Davídovich Bronstein (1879-1940) era efectivamente

un revolucionario, aunque en sus actividades políticas se hacía llamar León Trotski.

En Múnich las grandes cervecerías de la década de 1880, como el Bürgerbräukeller (1885) o el Löwenbräukeller (1888), con sus grandes salones y sus jardines al aire libre, ofrecían diversión, además de comida y bebida, a miles de clientes; tenían una banda estable que tocaba música de fondo y los sábados por la noche había actuaciones de cantantes, actores cómicos y números de variedades. En Rusia los locales de ese estilo estarían menos estrechamente relacionados con el consumo de alcohol porque los propietarios de las fábricas y las organizaciones de defensa de la sobriedad crearon sus propios teatros y fomentaron el montaje de dramas breves, operetas, farsas y espectáculos de vodevil, así como actuaciones de payasos, magos, cómicos y otros artistas populares. Solo en 1899 los Guardianes de la Sobriedad Popular organizaron 1.322 espectáculos teatrales y 1.356 actuaciones al aire libre: en 1904 esas cifras ascendían ya 5.139 y 4.238 respectivamente. Alrededor del 40 % de dichos entretenimientos consistían en dramas serios y llegó a decirse que provocaron la desaparición de los espectáculos teatrales de carácter burlesco organizados en la Feria de Carnaval [Máslenitsa] —inmortalizada en el ballet *Petrushka* (1911) de Ígor Fiódorovich Stravinski (1882-1971)— y otras fiestas populares del mismo estilo. En 1908 se comentó que «los Guardianes han logrado combatir los deseos de espectáculos de carácter vil que tenía la masa inculta y suscitar en ella el amor por el arte clásico». No obstante, el melodrama o folletín siguió siendo la expresión teatral más popular de Rusia; un empresario se lamentaba en 1902 de que «ningún tipo de innovación, ni siquiera en forma de conjunto artístico, despertaba el interés del público, cautivado solo por las interpretaciones melodramáticas que se hacen en obras de contenido desgarrador».

Una alternativa al teatro o a la cervecería, el bar o el café, era la que ofrecían en toda Europa a la clase obrera las salas de baile,

a veces pequeñísimas, poco más que el salón de una taberna despejado de su mobiliario. Las diversiones de este tipo estaban lejísimas por un lado de los bailes formales de las clases alta y media y sus valses, ejecutados al compás de la música escrita por compositores vieneses como Johann Strauss (1825-1899), y por otro de las elaboradas danzas colectivas que podían verse todavía en los pueblos y las comunidades rurales de toda Europa. En las salas de baile los pasos eran sencillos, la música elemental, y hombres y mujeres bailaban agarrados en pareja. El teólogo e investigador social alemán Paul Göhre (1864-1928), que vivió durante tres meses como obrero para observar la vida del proletariado, desaprobaba por completo los tejemanejes que se llevaban a cabo los domingos por la noche en las salas de baile de un suburbio industrial de Chemnitz allá por 1895: «En esos salones, en la noche del domingo al lunes, nuestros jóvenes trabajadores pierden hoy no solo el salario que tanto les ha costado ganar, sino también su fuerza, sus ideales y su castidad». En todos los países las autoridades empezaron a poner restricciones a estos locales y otros parecidos en nombre del orden público y de la moralidad. A comienzos del siglo xx se exigía en Gran Bretaña una licencia para abrir una sala de baile, y poco antes de que estallara la primera guerra mundial finalmente se acabó por prohibir la venta de bebidas alcohólicas en cualquier sala de baile. Medidas similares fueron tomadas en Alemania: en Düsseldorf la policía adelantó la hora de cierre de las salas de baile a las 22.00, medida imitada por muchas otras ciudades industriales del país.

Antes de 1914 la música de los bailes debía ser tocada en directo por una banda. El fonógrafo, inventado en 1877 por Thomas Edison, utilizando cilindros de cera para efectuar las grabaciones, era prácticamente una novedad. Sin embargo, al registrar las palabras de Gladstone, el káiser Guillermo II, Tennyson y otros personajes famosos con fines publicitarios, el fonógrafo dejó constancia de cómo sonaban sus voces y nos ha permitido

por tanto escucharlas. El ingeniero americano nacido en Alemania Emile Berliner (1851-1929) perfeccionó esta tecnología inventando en 1887 el disco plano, que podía ser tocado en un aparato que llamó «gramófono». Pero resultaba difícil controlar la velocidad de rotación, la grabación solo proporcionaba dos minutos de música, y las grandes orquestas tenían que ser reemplazadas por bandas de apenas una docena de ejecutantes, pues el equipo de grabación solo podía registrar los sonidos emitidos cerca de él. Se tardó también bastante tiempo en inventar un método de copiar los discos, de modo que los músicos tenían que tocar cincuenta veces la misma pieza si querían vender cincuenta grabaciones. Todo esto hacía que el gramófono y los discos fueran excesivamente caros. No obstante, el gran tenor italiano Enrico Caruso (1873-1921), cuya voz vibrante resultaba sumamente apropiada para el nuevo medio, causó verdadera sensación con sus primeras grabaciones. En 1914 ganaba 20.000 libras al año procedentes de las ventas de sus discos. Chaikovski dijo del gramófono que era «el más sorprendente, el más hermoso y el más interesante entre todos los inventos que han aparecido en el siglo XIX». El compositor se encargó de que su propia voz fuera grabada para la posteridad por el mismo Edison.

A finales de siglo todas estas actividades empezaron a verse ensombrecidas por la aparición del nuevo medio de entretenimiento que no tardaría en dominar el tiempo de ocio de las masas: el cine. Ya en 1839 el francés Louis Daguerre (1787-1851) había realizado la primera fotografía —llamada daguerrotipo— y las mejoras técnicas introducidas en la década de 1850 permitieron al fotógrafo inglés Roger Fenton (1819-1869) captar algunas imágenes espectaculares de la guerra de Crimea. Las primeras fotografías necesitaban una exposición muy larga para obtener resultados. Los modelos debían permanecer inmóviles incluso media hora si querían conseguir un retrato que no quedara borroso. A menudo fue preciso recurrir a la ayuda de collares, brazaletes y sujetadores de cintura para impedir que se movieran.

El fotógrafo debía colocar la cámara sobre un trípode y esconder la cabeza detrás de un paño negro para impedir que entrara la luz no deseada. Solo hacia finales de siglo las planchas de gelatina abrieron la posibilidad de captar un cuerpo en movimiento, mientras que las cámaras de cajón de la marca Kodak, portátiles y baratas, que empezaron a fabricarse en América en 1888, pusieron la fotografía al alcance de la gente corriente. Al mismo tiempo los experimentos con lentes múltiples y rollos de celuloide perforados dieron lugar a la invención de la imagen en movimiento, la primera de las cuales fue exhibida por los hermanos Auguste y Louis Lumière en 1895. Cuando en una película se vio la imagen de un tren acercándose como si fuera a salir de la pantalla, parte del público que contemplaba el espectáculo fue presa del pánico: unos se encogieron en sus asientos, mientras que otros saltaron de las butacas y salieron corriendo al fondo de la sala. En 1897 ya habían sido construidos los primeros estudios, y se había inventado una cámara giratoria capaz de efectuar barridos. Mucho más fácil de montar que los espectáculos en directo, el cine se difundió con extraordinaria rapidez por toda Europa. Ya en 1895 el teatro Wintergarten de Berlín proyectaba una primitiva película de una sola toma. Se desarrollaron nuevas técnicas que permitieron la programación de películas de varios planos y luego de varios rollos, se crearon empresas encargadas de realizarlas y de venderlas, y empezaron a aparecer locales especializados, las salas de cine, siguiendo los pasos del Nickelodeon de Pittsburgh, inaugurado en 1905.

La rapidez con la que se difundió el cinematógrafo —término inventado por los Lumière— queda perfectamente ilustrado en el caso de España, donde la primera película de una sola toma se exhibió ya en 1896. El cine se hizo enormemente popular en los barrios de la clase trabajadora de las grandes ciudades, donde al principio formaría parte de los espectáculos de variedades en locales sencillísimos, como cobertizos y sótanos, llamados «barracas». En 1910 había más de cien de esas barracas solo en Barce-

lona, con grandes salas de cine construidas especialmente como tales a uno y otro lado de las Ramblas, que ofrecían al público más de mil butacas, separadas unas de otras según el precio de la entrada, de modo que los espectadores de clase media no fueran molestados por el escándalo y las chocarrerías de los clientes de clase obrera. Los locales de ese tipo a menudo contrataban a un pianista para que proporcionara un acompañamiento musical dramático a las escenas mudas que aparecían en la pantalla; podían programarse incluso versiones coloreadas a mano, aunque normalmente las películas eran en blanco y negro. Un censo elaborado en 1914 computaba la existencia de más de 900 cines en España, incluidos los espectáculos itinerantes que se trasladaban de pueblo en pueblo. El gobierno, preocupado por los problemas de inmoralidad, estableció en 1912 un sistema de censura. Lo mismo sucedió en otros países: en Gran Bretaña, por ejemplo, la Ley de Cinematografía de 1909 fue seguida en 1912 por la creación de la Junta de Censores de Películas. Sorprendentemente, acaso el país más activo en la producción de películas fue Dinamarca, donde la compañía Nordisk llegó a realizar sesenta y siete películas al año a partir de su fundación en 1906. En 1914, sin embargo, la mayor parte de las películas exhibidas en todos los países de Europa eran producciones norteamericanas de importación. La industria cinematográfica europea había nacido, pero la hegemonía global de Hollywood, donde habían empezado a trasladarse por aquel entonces las compañías cinematográficas originarias de la Costa Este, se vislumbraba ya en el horizonte.

Realismo y nacionalismo

El realismo de la fotografía y del cinematógrafo tuvo un impacto muy profundo sobre la evolución del arte. A mediados de siglo la era del Romanticismo estaba tocando a su fin con el creciente giro hacia el realismo perceptible en la obra de pintores como Gustave Courbet (1819-1877), que desechó los temas mitológicos y religiosos del pasado en favor de asuntos de la vida contemporánea. Sus paisajes abandonaron la exageración dra-

mática y los artificios compositivos empleados por los artistas románticos y adoptaron un enfoque naturalista que indicaba que acababa de localizar un escenario y había decidido pintarlo de inmediato. En *Los picapedreros* (1849), Courbet representaba a dos campesinos picando piedras al lado de un camino, mientras que en *Entierro en Ornans* (1849) mostraba el funeral de su tío abuelo, retratando no ya unos modelos ricamente vestidos, sino a las personas reales que habían asistido al acto, participando serenamente en él, en vez de entregarse a los gestos exagerados de carácter emocional que habría cabido esperar en una representación romántica del mismo asunto. «El *Entierro en Ornans* —comentaría Courbet—, era en realidad el entierro del Romanticismo». Más tarde se quejaría de que «el calificativo de realista me fue impuesto del mismo modo que el de románticos les fue impuesto a los hombres de 1830». Pero indudablemente sus cuadros inauguraron un nuevo estilo cultural. En el terreno político Courbet fue un radical que participó activamente en la Comuna de París de 1871, y pintó escenas de pobreza que pretendían expresar una crítica social, y no ser meras reproducciones de lo pintoresco. En *Las espigadoras* (1857), Jean-François Millet (1814-1875) mostraba a unas campesinas pobres agachadas para recoger las pocas espigas que habían quedado en los campos después de la cosecha, mientras que *Los comedores de patatas* (1885), de Vincent van Gogh, representaban a un grupo de toscos campesinos sentados alrededor de una mesa comiendo un plato de patatas a la luz de una pequeña lámpara. Según dijo el propio Van Gogh, lo que quería expresar con su apariencia era el hecho de que habían «labrado la tierra ellos mismos con esas manos que alargan hacia el plato».

Realistas en un sentido muy distinto fueron también los pintores ingleses de la Hermandad Prerrafaelita, fundada en 1848. Desde determinado punto de vista los cuadros de Dante Gabriel Rossetti (1828-1882), William Holman Hunt (1827-1910), John Everett Millais (1829-1896) y sus compañeros, reflejaban la preo-

cupación del Romanticismo, con su fijación por la Edad Media y los asuntos religiosos y con su ruptura con los modelos y las técnicas del Clasicismo, por la búsqueda de una autenticidad de la expresión. Pero siguieron también el nuevo realismo al utilizar como modelos a personas corrientes, incluidas muchachas de clase trabajadora y prostitutas. El cuadro de Millais *Cristo en casa de sus padres*, expuesto en 1850, fue condenado por casi todo el mundo: en vez de utilizar una imaginería religiosa trascendental, las figuras eran colocadas en medio de la suciedad y el desorden de un taller de carpintero y el cuadro mostraba a la Sagrada Familia como si fuera un grupo de individuos corrientes, simplemente pobres. Más controvertido aún fue el escultor Auguste Rodin (1840-1917), cuyas figuras estaban muy lejos del Clasicismo suave de las academias. En vez de seguir la tradición griega, apelaban directamente a las emociones a través de sus posturas dramáticas y a menudo poco convencionales, y de la tosquedad de sus texturas. En 1864 el Salón de París rechazó su *Hombre con la nariz rota*, el busto de un mozo de cuerda de París, porque los jueces lo consideraron inacabado. Un desnudo de hombre de tamaño natural, *La edad de bronce* (1877), admitido para ser expuesto en el Salón después de una votación muy ajustada de la junta de selección, dejó confundidos a los críticos porque no tenía un tema histórico o mitológico, sino que «era solo», según dijo Rodin, «una simple escultura sin referencia a asunto alguno». Para entonces, sin embargo, había empezado a recibir encargos. Rodin nunca acabó el encargo que se le hizo de esculpir una gran portada que debía llevar por título *La puerta del Infierno*, inspirada en Dante. Pero algunas de las figuras que creó para ella se harían luego famosas, en particular *El pensador*, del cual se hicieron múltiples fundiciones en bronce, la primera de ellas en 1904, y *El beso*, escultura en mármol de 1889. Pese a la controversia suscitada por sus obras, Rodin había conseguido a principios del nuevo siglo no solo fama popular, sino también la

aceptación del gobierno, lo que de paso supuso poder pasar por alto las opiniones de las academias.

El realismo se propagó rápidamente por otros países, llegando, por ejemplo, a Rusia en la figura de los Ambulantes [*Peredvízhniki*], catorce jóvenes pintores que abandonaron la Academia Imperial de Bellas Artes en 1863 para formar su propia cooperativa, pintando escenas tales como *Los bateleros del Volga* (1873), de Iliá Yefímovich Repin (1844-1930). De modo parecido, la novela realista se situaba a menudo, aunque no siempre, en el presente, y no en el pasado del Romanticismo. Permitía a los lectores habitar un mundo paralelo al suyo, en el que los dramas morales y sociales se desarrollaban de formas fácilmente reconocibles y similares a sus propias vidas, pero más azarosas y excitantes, y suscitaban incluso a veces el deseo de adherirse a las ideas reformadoras del autor. La cronología literaria del realismo no se corresponde exactamente con la de los exponentes del realismo de las artes plásticas: ya en la década de 1830 Balzac había empezado a alejarse de la ficción histórica a la manera de Walter Scott, que había seguido en sus primeras novelas, como *Los chuanes* (1829), o en fantasías como *La piel de zapa* (1831), para escribir de manera realista la serie *La comedia humana*. Por supuesto, algunos pintores continuaron representando escenas bíblicas, clásicas e históricas, al margen de la tendencia realista. Pero no cabe duda de que las obras de arte y las novelas que abordaban la vida de la época e intentaban reproducirla de una manera fiel a la realidad predominarían a partir de mediados de siglo.

Fue sobre todo la industrialización la que inspiró la novela realista como medio de retratar al conjunto de la sociedad, con su torrencial multitud de personajes y su descripción de las relaciones cambiantes entre ellos. El maestro en este campo fue Charles Dickens, muchas de cuyas obras pretendían exponer en forma literaria los males de su época y, mostrando sus dramáticas consecuencias, abogar por la necesidad urgente de hacerles

frente: *Oliver Twist* (1837-1839) abordaba el estado de criminalidad y desorden reinante en Londres, *Casa desolada* (1853) planteaba los costes y la injusticia del anticuado sistema de derecho civil inglés, y *Tiempos difíciles* (1854) exponía las crueldades infligidas por la filosofía utilitarista de los nuevos industriales. La novela social comportaba una poderosa carga de crítica social: *Alton Locke* (1849), de Charles Kingsley (1819-1875), reflejaba las simpatías cartistas de su autor en la descripción que hacía de la explotación de los jornaleros del campo y de los trabajadores de la industria de la confección, mientras que *Mary Barton* (1848), de Elizabeth Gaskell (1810-1865), mostraba lo que su autora llamaba «la miseria y las odiosas pasiones causadas por el afán de perseguir la riqueza, así como el egoísmo, la falta de consideración y de sensibilidad de los fabricantes». *Los miserables* (1862) abordaba los tres grandes problemas de la época, identificados por Victor Hugo en «la degradación del hombre por la pobreza, el decaimiento de la mujer por el hambre, y la atrofia del niño por la noche física y espiritual». En *La taberna* (1877), Émile Zola plasmaba una imagen drástica de las míseras condiciones de alojamiento existentes en un barrio humilde de París, mientras que en *Germinal* (1885) unía los elementos políticos y sociales de la vida en una comunidad minera a lo largo de varias décadas en el relato dramático que hacía de una huelga seguida de una sublevación. Más drástica todavía era la descripción de los rusos empobrecidos que vivían en un refugio para gentes sin techo que hacía *Los bajos fondos* (1902), de Máximo Gorki.

Las novelas realistas florecerían en muchos países de Europa entre otras cosas debido a la aparición de un nuevo mercado del libro a raíz del crecimiento de la clase media tanto en número como en poder adquisitivo, cuando a las filas de las personas con recursos —comerciantes, industriales, abogados, banqueros, patronos y terratenientes— se sumaron médicos, profesores, funcionarios, científicos, oficinistas y empleados de distinto tipo, que sumaban más de 300.000 la primera vez que fueron compu-

tados en el censo del Reino Unido de 1851, por ejemplo, y más del doble de esa cantidad treinta años después. Los libros se abarataron y su número aumentó cuando las prensas de vapor sustituyeron a las movidas a mano en la industria editorial, y cuando la producción mecánica redujo los costes del papel al tiempo que incrementaba enormemente las existencias. Las novelas, incluidas las de Dickens y Dostoyevski, habitualmente eran publicadas en fascículos y leídas en forma de serial. Además de los *penny dreadful* ingleses y de los folletines de *Kolportage* alemanes apareció un nuevo tipo de novela burguesa, dirigida a un público lector culto. En total, si en el Reino Unido se publicaron anualmente 580 libros entre 1800 y 1825, a mediados de siglo aparecían al año más de 2.500, y a finales más de 6.000. En 1855 se publicaron en Rusia 1.020 títulos, pero en 1894 esa cifra se había multiplicado por diez y llegaba a los 10.691, igual a la producción de nuevos títulos de Inglaterra y Estados Unidos juntos.

En general, pese a la afición creciente por las obras de no ficción, en las que habría que incluir desde las enciclopedias y manuales hasta las biografías reunidas de tres en tres, la proporción de obras de ficción publicadas en Gran Bretaña aumentó del 16 % de la década de 1830 a casi el 25 % cincuenta años después. La lectura de novelas, otrora territorio exclusivo de las mujeres de clase alta, se convirtió en un hábito general de la clase media de ambos sexos. Acaso por necesidad, con el fin de tener más seguimiento, los artistas plásticos y los novelistas adscritos al realismo centraron su interés no solo en la gente acomodada, sino también en los pobres y los explotados. Los retratos siguieron siendo una fuente significativa de ingresos para los pintores, mientras que en la literatura la burguesía ocuparía un papel central en las sagas familiares de la época. *Padres e hijos* (1862), de Iván Turguénev, diseccionaba las frágiles relaciones entre la vieja generación conservadora y la más joven de intelectuales nihilistas; *Los Rougon-Macquart* (1871-1893), de Zola, ciclo compuesto por veinte novelas, intentaba, como decía su autor, «pintar, al

comienzo de un siglo de verdad y de libertad, una familia que se lanza a por los bienes que tiene a su alcance y va rodando, aturdida por su propio impulso, precisamente a causa de los problemas de cada momento, de las convulsiones fatales del parto de un nuevo mundo».

En *Middlemarch. Un estudio de la vida en provincias* (1871-1872), George Eliot abordaba el impacto de los cambios acarreados por el ferrocarril, la medicina y otros heraldos de la modernidad sobre la sociedad de una pequeña localidad profundamente conservadora; *Madame Bovary* (1856), escrita por Gustave Flaubert después que sus amigos lo convencieran de que abandonara sus primeros intentos de componer una fantasía histórica, describía con todo lujo de detalles reales la vida cotidiana y los asuntos amorosos de la esposa aburrida de un médico de provincias de carácter débil; tanto Theodor Fontane en *Effi Briest* (1894) como Tolstói en *Anna Karénina* (1877) trataron el tema del adulterio, real o imaginario, y de la vida reprimida que llevaban las mujeres casadas de los estratos más altos de la sociedad; y en la serie de seis novelas *Las crónicas de Barsetshire* (1855-1867), Anthony Trollope relataba las peripecias de los habitantes más destacados de una ciudad imaginaria de provincias, mientras que en la serie de *The Pallisers* [Los Palliser] (1865-1880) centraba su interés en la participación de una familia mucho más distinguida en la política parlamentaria. Como señalaba el escritor norteamericano Henry James (1843-1916) haciendo un cumplido hasta cierto punto ambiguo al citado novelista, «el inestimable mérito [de Trollope] fue el absoluto reconocimiento de lo vulgar». Por cotidianas que fueran sus preocupaciones, las novelas y las pinturas realistas tenían una cosa en común con los productos culturales del Romanticismo: el recurso a las emociones, que se llevaba a cabo ante todo sondeando las profundidades del personaje y despertando la simpatía y la identificación del lector o del espectador.

El realismo literario fue un movimiento europeo en sentido lato. En Portugal estuvo representado por José Maria Eça de Queiroz (1845-1900), en el que influyeron sus lecturas de las novelas realistas de Inglaterra, donde trabajó durante la década de 1870 como cónsul en Newcastle-upon-Tyne. A Eça de Queiroz no le gustaba mucho Inglaterra («Todo en su sociedad me resulta desagradable —escribió a propósito de una visita a Bristol—, desde su limitada forma de pensar hasta su manera indecente de cocinar las verduras»). De modo que situó en Portugal sus historias, entre las que destaca *El crimen del padre Amaro* (1875), cuya descripción de los amoríos de un cura joven con la hija de su patrona causó un escándalo considerable en el momento de su publicación. En Escandinavia el movimiento realista encontró su expresión más vigorosa en los escenarios. El dramaturgo sueco August Strindberg (1849-1912) siguió los preceptos del ensayo de Zola «El naturalismo en el teatro» (1881) en sus obras *El padre* (1887) y *La señorita Julia* (1888), que soslayaban las estructuras dramáticas complejas a favor de la exploración de los personajes. Mientras tanto, su colega noruego Henrik Ibsen, que escribiría en danés, utilizaba una serie de argumentos cuidadosamente construidos para exponer las realidades sórdidas y opresivas que se ocultaban tras la fachada respetable de la vida burguesa en obras como *Casa de muñecas* (1879) o *El maestro constructor* (1892). Ibsen ejerció una poderosa influencia sobe el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw (1856-1950), que difundió un mensaje social muy crítico en obras tales como *Casas de viudos* (1892), un ataque contra los dueños de las casas de los barrios bajos, *La profesión de la señora Warren* (1893), una denuncia de la hipocresía sexual, y *Pigmalión* (1912), una comedia de costumbres centrada en el abismo cultural que separaba las clases sociales. *Los tejedores* (1892) de Gerhart Hauptmann (1862-1946) dramatizaba la situación de los trabajadores pobres y oprimidos de Silesia durante la década de 1840. Antes del advenimiento del realismo el teatro contemporáneo había sido por lo

general superficial y artificial a un tiempo, como podemos ver por ejemplo en las farsas de Georges Feydeau (1862-1921), con sus complicados enredos y sus coincidencias inverosímiles; después, aunque siguieran estrenándose comedias y farsas, el teatro contemporáneo adquiriría un *cachet* cultural importante.

El realismo entró incluso en el mundo sumamente artificial de la ópera, que, tras la unificación de Italia, se sometió a la influencia del verismo en la literatura italiana. Esta tendencia fue encabezada por Luigi Capuana (1839-1915), que había empezado siendo un poeta romántico, pero que en la década de 1870 empezó a escribir lo que él llamaba «la poesía de lo verdadero». Junto con algunos coetáneos como Giovanni Verga (1840-1922) pasó de la historia pretérita al presente, y de temas romantizados como los carbonarios a las vidas reales de la gente. En 1890, el relato de Verga *Cavalleria rusticana* («Caballerosidad rústica») fue convertido en una ópera en un acto por el compositor toscano Pietro Mascagni (1863-1945). Contaba la historia de los amores de un grupo de campesinos sicilianos, muy lejos de los temas históricos o fantásticos habituales en la ópera italiana. *Cavalleria rusticana* ha solido representarse en una misma función con otra ópera en un acto que se desarrolla también en un pueblo, *Pagliacci*, de Ruggero Leoncavallo (1857-1919), estrenada en 1892. En consonancia con los cambios de la moda, el anciano Giuseppe Verdi (1813-1901) abandonó los temas románticos como el de *La traviata* (1853), basada en *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas, para recurrir a Shakespeare en sus últimas obras, *Otello* (1887) y *Falstaff* (1893). Ninguna de estas óperas trataba temas típicamente realistas, pero las dos abandonaron la alternancia operística tradicional de recitativos y arias por un estilo musical fluido, interconectado, en el que las partes cantadas siguen ritmos conversacionales.

Suele decirse que el sucesor de Verdi fue el compositor toscano Giacomo Puccini (1858-1924), que empezó siendo romántico, con óperas como *La bohème* (1896), basada en un libro de

1851 de Henri Muger, pero que luego se inclinaría hacia el verismo con *Tosca* (1900), obra que su editor calificaba de «la ópera que necesito, sin proporciones exageradas, sin un espectáculo elaborado, que tampoco requerirá la sólita cantidad excesiva de música». *Madama Butterfly* (1904) y *La fanciulla del West* (1910) estaban más claramente en deuda con el realismo, teniendo en cuenta que se situaban en la actualidad o en un pasado muy reciente, mientras que la acción de *Tosca* se desarrollaba en tiempos de las guerras napoleónicas. Quizá el ejemplo más extremo del realismo en la ópera lo proporcionara el compositor moravo Leoš Janáček (1854-1928), cuya obra *Jenůfa* (1904), una historia de infanticidio y arrepentimiento situada en una aldea empobrecida de Moravia, fue una de las primeras óperas escritas en prosa y cantadas en un ritmo conversacional. Las óperas realistas a menudo causaron escándalo en el momento de su estreno. El escenario cotidiano y los personajes de clase trabajadora de *Carmen* (1875), del compositor francés Georges Bizet, por ejemplo, chocaron al público, que acogió la obra con un silencio pétreo. «Todos esos burgueses —se lamentó Bizet— no han entendido ni una maldita palabra de la obra que les he escrito». *Carmen* tuvo una acogida fría por parte del público, en teatros medio vacíos y, tras una breve reaparición en 1876, no volvió a ser representada en París hasta 1883. Mejor suerte tuvo en Viena en octubre de 1875, pero su éxito reflejaba entre otras cosas el hecho de que el diálogo hablado había sido sustituido en parte por recitativos, mientras que en el segundo acto se había intercalado un ballet que llevaba una música distinta de la del compositor. Bizet no vivió lo suficiente para ser testigo de aquel dudoso triunfo; había muerto de un ataque repentino de corazón en junio de ese mismo año, a los treinta y seis años de edad.

En muchos países el giro hacia el realismo coincidió, no por casualidad, con la aparición del nacionalismo literario y cultural. Uno de los mayores ejemplos de nacionalismo literario de todo el siglo, la novela *La muñeca* (1890), de Bolesław Prus (pseudóni-

mo de Aleksander Głowacki [1847-1912], periodista de profesión), se desarrollaba en una Varsovia descrita con suma precisión, y contaba el fracaso de las aspiraciones polacas en 1848 y 1863: los protagonistas se ven atrapados por un orden social dominado por una serie de aristócratas esnobs, que no están dispuestos a participar en las acciones revolucionarias necesarias para liberar el país de la dominación extranjera. Los escritores rusos recurrieron especialmente a la derrota de Napoleón en 1812, sobre todo en *Guerra y paz* de Tolstói (1869), aunque este libro inmenso —el propio autor dijo de su obra que no era «una novela, ni mucho menos un poema, y menos aún una crónica histórica»— es, por supuesto, mucho más que la celebración de la capacidad de aguante de los rusos frente a la invasión, y su descripción de la batalla de Borodino es todo menos heroica. Hasta finales de siglo e incluso después, los pintores franceses siguieron representando una y otra vez las guerras napoleónicas, del mismo modo que los pintores italianos se dedicaron a glorificar los triunfos del Risorgimento. La novela de Zola *El desastre* (1892) es una denuncia de la incompetencia de las autoridades militares francesas y de la actitud despiadada del ejército prusiano durante la batalla de Sedán (1870). En la pintura realista los artistas rusos que se denominaban a sí mismos «los Ambulantes», desarrollaron un género paisajístico que tenía por objeto mostrar la belleza del campo ruso, así como las penurias sufridas por los que vivían y trabajaban en él. De modo parecido la serie de poemas sinfónicos titulada *Má vlast* (*Mi patria*), escritos por el compositor bohemio Bedřich Smetana (1824-1884) entre 1874 y 1879, contenía una serie de representaciones musicales del campo checo, así como de los héroes y las leyendas del país. El pintor alemán Anton von Werner (1843-1915) se especializó en plasmaciones patrióticas de los acontecimientos de la unificación de Alemania, marcadas por una minuciosa capacidad de observación y descripción (tal llegó a ser su fama que fue contrata-

do para la ingrata tarea de enseñar a pintar al káiser Guillermo II).

A mediados de siglo la ópera se había convertido en un arte auténticamente popular en Italia, sus melodías eran tocadas por las bandas de música de los pueblos de todo el país, y los cantos patrióticos, o aquellos que pudieran interpretarse como tales, fueron adquiriendo el estatus de las melodías populares modernas. Entre otras cosas, por ese motivo la ópera asumió un papel significativo en el desarrollo de la cultura nacionalista italiana. Aunque las artes habían sido severamente censuradas a principios de siglo, siempre había sido posible sentir un mensaje nacionalista, por ejemplo, en la ópera *L'italiana in Algeri* (1813) del compositor inmensamente popular Gioachino Rossini, en la que la protagonista intenta exhortar a un compañero de esclavitud diciéndole: *Pensa alla patria, e intrepido / Il tuo dover adempi: / Vedi per tutta Italia / Rinascere gli esempi / D'ardire e di valor* [Piensa en la patria, e intrépido / cumple con tu deber: / ya ves por toda Italia / renacer los ejemplos / de audacia y de valor]. *Norma* (1831), de Vincenzo Bellini (1801-1835) contaba una sublevación de los galos contra los romanos que ocupaban su país, mientras que *Nabucco* de Verdi (1841) estaba llena de referencias no demasiado sutiles a la ocupación del norte de Italia por los austríacos, especialmente en el famoso «Coro de los esclavos hebreos». Durante una representación que tuvo lugar en Parma de *Orazi e Curiazi* (1846), ópera casi olvidada hoy día de Saverio Mercadante (1795-1870), con su descripción de la resistencia italiana a un invasor germano en la Edad Media, casi se produjo una sublevación: cuando se oyeron las palabras «Juremos que triunfaremos por la patria o moriremos en el intento», el público salió a la calle enardecido y el duque de Parma se vio obligado a huir de la ciudad. Richard Wagner hizo del triunfo del «arte alemán» el tema central de su drama musical *Los maestros cantores de Núremberg* (1868), incorporando en él una profecía medieval que decía: «¡Tened cuidado! Duros golpes nos amenazan, si el

pueblo y el imperio alemán se fragmentan bajo una falsa dominación extranjera». Tres años antes, en uno de sus frecuentes estallidos de megalomanía cultural había afirmado: «Soy el más alemán de los seres humanos. Soy el espíritu alemán».

El nacionalismo impregnó las obras de los compositores rusos durante todo el siglo XIX. Modest Petróvich Músorgski (1839-1881) pretendía que su música fuera «un producto ruso independiente, libre de la profundidad y la rutina alemana... crecido en nuestro propio suelo y alimentado con pan ruso». En sus canciones y en las primeras versiones de su ópera *Borís Godunov* (1873) intentó reproducir los ritmos y la entonación del habla rusa. La *Obertura 1812* de Chaikovski, estrenada en 1880, que concluye de forma sumamente rimbombante con la interpretación del himno nacional con acompañamiento de cañones, el compositor celebraba la victoria de Rusia sobre Napoleón. La ópera inacabada *El príncipe Ígor*, de Alexandr Borodín (1833-1887), ofrecía una justificación de las conquistas imperiales rusas en Asia central. Más adelante el nacionalismo se expresaría mediante el uso de melodías populares, como por ejemplo en la ópera de Smetana *La novia vendida* (1866), que utilizaba formas de danza checas como el *furiant*, en la plasmación típicamente realista que hacía de una comunidad rústica. Siguiendo el ejemplo de Smetana, Antonín Dvořák (1841-1904) también incorporó melodías populares a su obra y las convirtió en piezas concertísticas en sus *Danzas eslavas* (1878-1886). El compositor finlandés Jean Sibelius (1865-1957) puso su música al servicio de la lucha de su país en pro de la identidad nacional y de la independencia de Rusia en obras tales como la *Suite Karelia* (1893) y sobre todo el poema sinfónico *Finlandia* (1899-1900). En Inglaterra, Edward Elgar (1857-1934) prologó su primera serie de marchas *Pompa y circunstancia* (1901-1907) con las palabras: «Oigo a la Nación marchar / bajo su enseña, cual el ala de un águila». El concertista de piano y compositor español Isaac Albéniz (1860-1909) utilizó ritmos flamencos de danza y música popular española para algunas de sus

obras para virtuosos del piano, como las suites *España* (1890) o *Iberia* (1905-1909); muchas composiciones suyas fueron transcritas magistralmente para el más español de los instrumentos: la guitarra. El gobierno noruego concedió incluso a Edvard Grieg (1843-1907) una pensión en agradecimiento por el papel desempeñado por su música en la formación de la identidad nacional noruega. Sin embargo, el compositor llegó a odiar la que quizá sea su obra más famosa, *En la cueva del rey de la montaña*, que forma parte de la música incidental que escribió para la obra de Ibsen *Peer Gynt* (1867), «porque realmente apesta a boñiga de vaca [y] a un nacionalismo noruego exagerado».

Consagraciones de la primavera

Con el declive del Romanticismo las formas habituales de la música clásica experimentaron una revitalización, aunque lo cierto es que nunca habían desaparecido del todo. La demanda de los aficionados aseguró que la música de cámara y para piano contara con un mercado muy receptivo, y con la progresiva prosperidad de la clase media y el orgullo urbano llegó la construcción de salas de concierto como el Music Hall de Aberdeen (1859), el Gewandhaus de Leipzig (1884), el Concertgebow de Ámsterdam (1888), la Stadsgehoorzaal de Leiden (1891) o el Victoria Hall de Ginebra (1894). El culto del virtuoso de la música indujo a los compositores a colaborar con los ejecutantes para producir conciertos destinados a ellos con el fin de que se lucieran. La relación entre Brahms y el violinista húngaro Joseph Joachim (1831-1907) constituye un ejemplo particularmente famoso, aunque el compositor ignoró a menudo los consejos técnicos del intérprete, hasta tal punto que un crítico describiría su *Concierto para violín op. 77* (1878) no tanto como una obra para violín, sino contra el violín. Después de un período de eclipse a raíz de la muerte de Beethoven en 1827, la sinfonía volvió a ocupar una vez más el centro del repertorio orquestal. Robert Schumann no empezó a componer sinfonías, conciertos y música de cámara hasta un momento relativamente tardío de su vida,

mientras que Brahms encontraba el precedente de Beethoven tan abrumador que tardó más de dos décadas en escribir su *Primera sinfonía op. 68*, que rendía homenaje directamente a la *Novena sinfonía op. 125* de su genial predecesor en el tema principal del último movimiento. Tal predominio llegó a tener la sinfonía como expresión fundamental del genio musical que posteriormente varios compositores de la época, como Anton Bruckner (1824-1896), Gustav Mahler (1860-1911) y Jean Sibelius, escribieron algunas composiciones más de grandes proporciones. Como prueba de su importancia, la sinfonía aumentó en longitud —la *Sinfonía n.º 8* de Bruckner (WAB 108, 1892) y la *Tercera* de Mahler (1896) duran alrededor de hora y media cada una— y en proporciones, con enormes fuerzas orquestales y a veces coro también. Tantos intérpretes intervienen en la *Octava sinfonía* de Mahler (1910) que se la conoce popularmente como Sinfonía de los mil. «Una sinfonía debe ser como el mundo —dijo Mahler a Jean Sibelius en una famosa conversación—: Debe abarcarlo todo». El compositor finlandés, cuyas sinfonías eran mucho más cortas y estaban más rigurosamente organizadas que las de su colega austríaco, prefería subrayar la necesidad de que la sinfonía tuviera una «lógica profunda y una conexión interna».

Este tipo de obras se inscribían, a veces conscientemente, como en el caso de Brahms, en una tradición que se remontaba a Beethoven. Con sus cuartetos para cuerda, sus conciertos, sus sonatas para piano y sus tríos, el coral del *Réquiem alemán* y otras obras de género clásico, las formas musicales tradicionales están en el meollo de la producción de Brahms, como en la de Mendelssohn-Bartholdy. Dichas formas, sin embargo, fueron desechadas y tachadas de conservadoras por los impulsores de la «nueva escuela alemana». En ella las nuevas formas musicales, como el poema sinfónico, inventado por Liszt, o el drama musical, creado por Wagner, eran consideradas la música del futuro: fluida, narrativa, representativa. Para Wagner el drama musical era una «obra de arte total», cuya ejecución era una especie de

rito sagrado, literalmente un «festival escénico sacro» en el caso de *Parsifal*, su última obra, estrenada en 1882 en el innovador teatro que el compositor había construido en Bayreuth para sus óperas en 1874-1876. Para críticos como Eduard Hanslick (1825-1904), la música podía suscitar una emoción en el oyente, pero no podía representarla en sí. Wagner, por su parte, condenaba a Hanslick y sus partidarios, a los que calificaba de «sociedad en pro de la sobriedad musical» temerosa de la expresión emocional, y se burlaba de «los orígenes judíos elegantemente disimulados» de Hanslick. Pero la «guerra de los románticos» ocultaba el hecho de que los dos bandos enfrentados tenían mucho en común. Brahms afirmaba en privado: «Soy el mayor de los wagnerianos», y su música era considerada a menudo sumamente poco convencional: una de las primeras ejecuciones de su *Concierto para piano n.º 1 op. 15*, en 1859, fue acogida con una sonora pitada del público, que consideró indigeribles para su estómago la longitud de su primer movimiento y la demora de la entrada del piano. Uno y otro bando representaban dos variantes distintas del Romanticismo tardío. Se pensaba que Wagner había llevado demasiado lejos los límites de la armonía hasta nuevos ámbitos de cromatismo, especialmente en *Tristán e Isolda* (1857-1859), pero, como señalaría más tarde Schönberg, el uso de la tonalidad del propio Brahms era igualmente innovador.

La búsqueda de una «nueva música» propugnada por los wagnerianos expresaba una insatisfacción cada vez mayor con las formas culturales convencionales que podría encontrarse en muchas ramas del arte durante las últimas décadas del siglo XIX. En la pintura, la cámara fotográfica había empezado a subvertir el realismo y la representación de la realidad y había obligado a los artistas a repensar la naturaleza de su oficio. Un grupo de artistas parisinos que compartían muchos de los rasgos fundamentales del realismo, sobre todo su interés primordial por lo corriente y lo cotidiano, encabezados por Claude Monet (1840-1926), Pierre-Auguste Renoir (1841-1919), Alfred Sisley (1839-

1899) y Camille Pissarro (1830-1903), e influenciados por Édouard Manet (1832-1883), se liberaron de las convenciones de la academia para pintar no ya representaciones estáticas, acabadas, de la realidad, sino obras que registraran las impresiones, a menudo fugaces, que esta dejaba en el observador. Reaccionaron al rechazo de sus obras en la exposición o salón que anualmente convocaba la Academia formando en 1863 un salon des Refusés (Salón de los Rechazados). Los pintores del grupo acabaron por ser llamados «impresionistas», término inventado por un crítico del cuadro de Monet, *Impresión. Sol naciente* (1872): aquellos artistas utilizaban una pincelada libre y producían cuadros creados *en plein air*, no ya en el estudio, con el fin de registrar los efectos de la luz con colores audaces. Monet llegó incluso a pintar sucesivamente un mismo tema —unos almiares, por ejemplo, o el puente de Waterloo, o la catedral de Ruan— decenas de veces, para mostrar la impresión que producía en el espectador visto con diferentes tipos de luz —al sol, entre brumas, bajo la niebla, o en sombra— en distintos momentos del día o del año. El uso de colores vivos y cambiantes en todo momento ofrecía a los impresionistas una alternativa consciente a la fotografía, en un momento en el que las películas en color solo habían sido inventadas a escala experimental, sin que hubieran entrado en circulación a gran escala. Los impresionistas, que al principio chocaron con las burlas del público, habían alcanzado una aceptación generalizada a finales de siglo.

El impresionismo se abrió paso en la música a través de las composiciones de Claude Debussy (1862-1918), aunque él mismo negara que sus obras fueran lo que «los imbéciles llaman "impresionismo", término utilizado con la más absoluta inexactitud». Evitando las formas musicales tradicionales, compuso piezas para piano y para orquesta que utilizaban armonías no convencionales y timbres sutiles para evocar los estados de ánimo y las emociones suscitados por temas tales como brumas, jardines bajo la lluvia, reflejos en el agua, una catedral sumergida, las co-

linas de Anacapri o, en su obra orquestal más extensa, *La mer* (1903-1905), el juego de las olas y su diálogo con el viento. Su compatriota Maurice Ravel (1875-1937), que también rechazaba la categorización de sus obras como impresionistas, produjo una música más abstracta, pero varias composiciones suyas, como la suite para piano *Espejos* (1905), con sus evocaciones de una barca meciéndose sobre las olas o las campanas de una iglesia resonando en un valle, podría afirmarse en justicia que pertenecen a este género. Una influencia importantísima en particular sobre Debussy fue la que ejerció el movimiento simbolista francés en el campo de la literatura, que representó un paso muy significativo en el alejamiento del realismo hacia la espiritualidad y la imaginación. Era inútil, sostenía el «Manifiesto simbolista» publicado en 1886 por el poeta Jean Moréas (1856-1910), griego de nacimiento, intentar representar la realidad de manera directa: lo que se necesitaba era, como hacían las obras de los impresionistas, describir «no la cosa, sino el efecto que produce». Los tres poetas nombrados en el manifiesto, Charles Baudelaire (1821-1867), Paul Verlaine (1844-1896) y Stéphane Mallarmé (1842-1898), usaban los sonidos de las palabras tanto como su significado para transmitir la impresión de sus temas. Debussy y Ravel se inspiraron en los poetas simbolistas para escribir varias composiciones, particularmente el poema sinfónico para orquesta *Preludio a la siesta de un fauno* (1894), de Debussy, y los *Tres poemas de Stéphane Mallarmé* (1914) para soprano y orquesta de cámara, de Ravel.

Las obras de los pintores simbolistas, como el alemán Franz von Stuck (1863-1928), cuyo cuadro *El pecado* (1893) mostraba un desnudo femenino surgiendo de forma seductora de entre las sombras, el noruego Edvard Munch (1863-1944), conocido sobre todo por *El grito* (1893), y el austríaco Gustav Klimt (1862-1918), cuya obra *Judith con la cabeza de Holofernes* (1901) muestra una figura semidesnuda de mujer con una fuerte carga erótica rodeada de oro, al estilo de las pinturas bizantinas, seguían teniendo

un núcleo figurativo, pero lo situaban en un contexto decididamente no figurativo. El énfasis sobre la decoración superficial de los cuadros de Klimt lo sitúa en paralelo al desarrollo del *art nouveau* o *Jugendstil* (modernismo) en las artes decorativas durante la década de 1890, con sus líneas curvas, sus parábolas y sus letras en cursiva. El nuevo estilo era evidente, por ejemplo, en la decoración arquitectónica de la ciudad noruega de Ålesund, reedificada en tres años después de quedar completamente destruida por un incendio en 1904, y en muchos edificios de la ciudad húngara de reciente construcción de Pest. En Rusia, escritores como Alexandr Alexándrovich Blok (1880-1921), y Andréi Bely (pseudónimo de Borís Nikoláyevich Bugáiev, 1880-1934) incorporaron imágenes sonoras y ritmos experimentales a su poesía. Los simbolistas se rebelaron no solo contra el concepto de representación realista, sino también contra el reclutamiento obligatorio del arte al servicio del nacionalismo, sosteniendo, por el contrario, que el arte era completamente autónomo y ajeno a la vida social o política. El escritor francés Joris-Karl Huysmans (1848-1907) infligió en su novela *A contrapelo* (1884) lo que Zola llamó un «golpe terrible» al realismo: la acción, o mejor dicho la inacción de la novela, se desarrolla en un mundo alucinatorio en el que lo imaginario se vuelve más real que lo propiamente real. En la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray* (1890) los estragos de la vida disoluta de su protagonista quedan reflejados en su retrato, mientras que la apariencia física del propio individuo permanece inalterable con el paso del tiempo e inasequible a las consecuencias del pecado. Wilde y los demás defensores del esteticismo de la década de 1890 sostenían que había que perseguir el arte por el arte y nada más.

Estas innovaciones dieron paso a la separación del arte de la representación y a que se cortaran los lazos que lo unían con unas convenciones centenarias. El pintor y crítico de arte inglés Roger Fry (1866-1934) acuñó en 1910 el término «postimpresio-

nismo» para la exposición que se llevó a cabo en Londres de las obras de Paul Gauguin, Vincent van Gogh y otros artistas, que se alejaban de las sutilezas del impresionismo utilizando en sus pinturas colores vivos y cada vez más arbitrarios. Los cuadros de Gauguin que mostraban su vida entre los nativos de las islas de la Polinesia, como *El espíritu de los muertos vela* (1892), usaban el color no como una reproducción del tema representado, sino como una interpretación de las emociones del sujeto, lo mismo que las espirales de nubes de *La noche estrellada* (1889) de Van Gogh. Otro de los artistas incluidos en la muestra, Paul Cézanne (1839-1905), utilizaba formas geométricas que reforzaban las representaciones figurativas de sus paisajes, alejándose aún más de las convenciones figurativas del impresionismo. Un paso más fue el que dieron los cuadros de Henri Matisse (1869-1954), en los que los pigmentos no guardaban relación alguna con los colores naturales de los temas tratados: en su *Mujer con sombrero* (1905), por ejemplo, unas pinceladas verdes cubren la nariz y la frente de la modelo. *El puente de Charing Cross* (1906) de André Derain (1880-1954) utilizaba unas tonalidades estridentes a base de verdes, azules, rojos y amarillos. Un crítico comparaba las obras de Matisse y Derain con las de las fieras —*fauves*— y de eso modo estos pintores pasaron a ser llamados «fauvistas». Sus obras encontraron un paralelismo muy cercano en Alemania, donde en 1905 Ernst Ludwig Kirchner (1880-1938) y otros artistas formaron en Dresde el grupo llamado Die Brücke (El puente), cuyas obras pretendían expresar el afán creativo interior del artista: de ahí el nombre que se dio a esta tendencia, «expresionismo». Más radical todavía fue Der Blaue Reiter (El Jinete Azul), grupo formado en Múnich en 1911 a partir de un cuadro de Franz Marc (1880-1916) que mostraba un caballo azul sobre un fondo de colinas rojas, amarillas, moradas y azules.

«Hemos dejado de preguntarnos: "¿Qué representa esta imagen?" para preguntarnos: "¿Qué nos hace sentir?"», escribía el crítico de arte Clive Bell (1881-1964) en 1912 con ocasión de una

segunda exposición postimpresionista en Londres, utilizando unas palabras que habrían podido aplicarse igualmente a otras tendencias de las artes plásticas de la época. Otro miembro de Der Blaue Reiter, el emigrado ruso Vassili Kandinski (1866-1944), soltaba de los amarres de la representación figurativa no solo los colores, sino también las formas, y las dejaba a la deriva, creando las primeras pinturas abstractas con títulos tales como *Cuadrados con círculos concéntricos* (1913). En París, los cubistas Georges Braque (1882-1963) y Pablo Picasso (1881-1973) disolvían la superficie de las imágenes en una compleja serie de dibujos geométricos que representaban una visión del tema desde una multiplicidad de ángulos distintos, sustituyendo los colores brillantes de los fauvistas por una capa uniforme y fina de color, normalmente gris o marrón. El tema del cuadro todavía podía distinguirse, pero quedaba roto igual que la imagen de un caleidoscopio, como en *Violín y vela* (1910), de Braque. Pero en 1912 los cubistas habían empezado ya a utilizar el *collage* para eliminar por completo la percepción de profundidad y de perspectiva, como en *Vaso y botella de Suze* (1912), de Picasso, en el que se pegan unos recortes de periódico sobre la superficie de la tela sin que parezca que tengan relación alguna con el tema aparente. Estas innovaciones no tardarían en ejercer una influencia general en toda Europa, dando lugar a cuadros con títulos tales como *Amorpha. Fuga en dos colores* (1912), del artista checo František Kupka (1871-1957), o *Velocidad abstracta + ruido* (1913-1914), del futurista italiano Giacomo Balla (1871-1958). El futurismo fue otro de los numerosos grupos y movimientos que surgieron durante la última década y media anterior al estallido de la primera guerra mundial. Creado por el poeta Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), pretendía captar el ruido y el movimiento así como otros aspectos de lo que su «Manifiesto del futurismo» de 1909 describía entusiásticamente como un futuro dominado por las máquinas, por el conflicto y por la agresión. Según decía en él, «Queremos glorificar la guerra —única higie-

ne del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las bellas ideas por las cuales se muere, y el desprecio de la mujer».

El culto a la máquina de los futuristas contrastaba netamente con la revitalización de las tradiciones populares en trance de desaparición que formaba parte del esfuerzo por crear una cultura nacional. Hans Aall (1869-1946), fundador del Museo del Pueblo Noruego, afirmaba que la finalidad de su colección era recordar a sus compatriotas «que ante todo y sobre todo somos un pueblo... somos noruegos». A finales del siglo surgieron organizaciones como, por ejemplo, la Sociedad de la Canción Popular Inglesa, y músicos como Ralph Vaughn Williams (1872-1958) empezaron a grabar en cilindros de cera a algunos de los hombres y mujeres, por entonces ya viejos, que interpretaban las canciones tradicionales de las zonas rurales. Todo aquello sonaba perfectamente inocuo. Conjuraba imágenes de intelectuales de clase media calzados con sandalias y vestidos con ropas hiladas en casa en busca de un estilo de vida alternativo que se alejara de los productos industriales y del modo de vida urbano para recuperar las habilidades naturales y sencillas y las modalidades y estilos del arte popular tradicional. El movimiento *Arts and Crafts* [Artes y Oficios], iniciado en la década de 1880 por William Morris (1834-1896) bajo la influencia de John Ruskin, intentaba justamente conseguir eso. Lo mismo hizo el Werkbund, el grupo alemán cuya figura más destacada, el arquitecto Hermann Muthesius (1861-1927), publicó en 1904 un estudio en tres volúmenes de la casa inglesa, escrito en el espíritu del movimiento Arts and Crafts. Asociaciones similares se crearon en Austria y Suiza en 1912 y 1913, respectivamente. Su crítica del capitalismo industrial conferiría a su labor un tono marcadamente izquierdista.

Pero la recuperación de la cultura popular «primitiva» tuvo también un lado más perturbador. Cuando los imperios europeos cimentaron su dominio sobre sus colonias de África y Asia,

fueron importadas a Europa obras de arte africanas, como los bronces de Benín, que ejercieron una enorme fascinación sobre los artistas que buscaban una vía de escape del realismo. Cuando Picasso vio por primera vez el arte africano en una exposición en París en 1907, empezó a experimentar la incorporación de sus formas en sus propias obras, sobre todo en su cuadro *Las señoritas de Aviñón* (1907), que retrataba a un grupo de prostitutas, dos de ellas con máscaras africanas, en una representación en dos dimensiones que marcó una etapa importante en su camino hacia el cubismo. El término «primitivismo» no tardó en ser usado para describir este tipo de obras. Y no solo en las artes plásticas. En el terreno de la música, compositores como Béla Bartók (1881-1945), que, como Vaughn Williams, viajó por su país grabando las canciones populares, descubrió que los ritmos y las armonías de la música popular a menudo eran muy distintos de los de los clásicos europeos. Las apropiaciones anteriores de los compositores clásicos las habían alterado y suavizado, ajustando sus ritmos y domesticando sus armonías. Bartók, en cambio, las dejó al natural y sin adornos cuando empezó a incorporarlas en su obra.

Otros compositores se dedicaron también a ampliar los límites de la tonalidad, extendidos ya por Wagner, hasta que finalmente reventaron por completo. Fue una experiencia personal lo que indujo a Arnold Schönberg a empezar a componer música sin una clave definida, a saber, la aventura amorosa de su esposa con el pintor Richard Gerstl (1883-1908), que se suicidó cuando ella volvió con su marido. En su *Segundo cuarteto para cuerda op. 10* (1908) y en el ciclo de canciones *El libro de los jardines colgantes op. 15* (1908-1909), Schönberg liberó la música de la tonalidad tradicional. Con su «melodrama» atonal *Pierrot lunaire* (1912) intentó compensar la falta de armonía desplegando una serie de elaborados recursos formales en el acompañamiento suministrado por un pequeño conjunto de cámara a los poemas medio recitados, medio cantados por una soprano. «Se acabó la emoción

estilizada y prolongada», escribió Schönberg. Su música, según decía, no era «construida, sino expresada». Schönberg fue acompañado en su viaje a la atonalidad por dos discípulos, Alban Berg (1885-1935) y el meticuloso Anton Webern (1883-1945). Pero también otros compositores, pese a mantener la tonalidad en sus obras, reaccionaron contra las armonías exuberantes y el hiperromanticismo de la música, como sucede en la popularísima ópera de Richard Strauss (1864-1949) *El caballero de la rosa* (1911). En ella Strauss se apartó de los coqueteos que anteriormente había mantenido con la disonancia en sus óperas *Salomé* (1905) y *Electra* (1909) y volvió a un estilo tardorromántico más convencional. Sibelius escribió su lúgubre, austera y disonante *Sinfonía n.º 4 op. 63* (1913) explícitamente «como protesta contra la música actual», escribió refiriéndose a Strauss más que a Schönberg, y añadía que, a diferencia del Romanticismo tardío, «no tiene absolutamente nada del circo que lo rodea».

Con frecuencia la música moderna chocó con las protestas, a menudo muy ruidosas, del público de los teatros de ópera y de las salas de conciertos. El 31 de marzo de 1913 se produjo un tumulto durante una interpretación en Viena de algunas obras de Schönberg, Berg y Webern; se desencadenaron peleas, hubo que llamar a la policía, y el concierto acabó antes de lo esperado. En el consiguiente juicio celebrado por el puñetazo que había propinado el organizador del concierto a uno de los integrantes del público que protestaba, un testigo, el autor de operetas Oscar Straus (1870-1954), comentó ácidamente que el ruido del puñetazo había sido el sonido más armónico que se había escuchado en toda la velada. Pero este suceso quedó eclipsado por el escándalo causado por la primera ejecución del ballet de Ígor Stravinski *La consagración de la primavera* el 29 de mayo de 1913 en el Théâtre des Champs-Élysées de París. Stravinski había escrito ya con mucho éxito dos ballets sobre temas populares rusos para el empresario Serguéi Pávlovich Diáguilev (1872-1929) y sus ballets rusos. El primero de ellos, *El pájaro de fuego* (1910), lo había con-

firmado como una interesante nueva presencia en la escena musical de la capital francesa; el segundo, *Petrushka* (1910-1911), resultó incluso más popular, aunque contenía episodios de bitonalidad —música tocada en dos claves distintas— y acababa, pese a las objeciones de Diáguilev, con una nota fuera de la tonalidad principal. Sin embargo, en cuanto dio comienzo *La consagración de la primavera*, una parte del público que abarrotaba la sala estalló en una sonora carcajada de burla; el sector rival empezó a protestar ruidosamente, y pronto los bailarines que estaban en el escenario dejaron de oír la música que tocaba la orquesta en el foso, contra la cual, como recordaría más tarde su director, Pierre Monteux (1875-1964), los revoltosos «arrojaron todo lo que tenían a mano». Los potentes ritmos, irregulares y repetidos, y las frases y acordes disonantes que salían del foso de la orquesta, combinados con el pesado pataleo de los bailarines que ejecutaban un rito pagano que terminaba con una joven que danzaba hasta caer extenuada, sacaron de quicio al público. Un espectador recordaba que el hombre que estaba sentado detrás de él «empezó a dar golpes rítmicamente con los nudillos en mi cabeza», aunque él estaba tan nervioso que al principio ni se dio cuenta. Una condesa se levantó de su asiento, con la diadema torcida sobre su cabeza, y gritó: «¡Tengo sesenta años y esta es la primera vez que alguien se ha atrevido a tomarme el pelo!». Se intercambiaron insultos y al menos dos individuos se retaron a duelo. En medio de sonoros pitidos y un estridente griterío, las luces de la sala volvieron a encenderse y cuarenta alborotadores fueron obligados a salir del teatro, mientras que los intérpretes continuaban tenazmente con el espectáculo en medio de todo aquel jaleo.

Al día siguiente la reacción de la prensa fue unánimemente negativa. La música y la danza habían sido «una cosa de bárbaros» y los ballets rusos ya podían volverse a Rusia. Stravinski comentaría después que la música era simplemente una disposición abstracta de notas, incapaz de expresar nada más que eso:

pero las poderosas e incontrolables emociones suscitadas por *La consagración de la primavera* venían a desmentir su afirmación. El primitivismo de la música, su encuadramiento en un contexto no ya cristiano, sino pagano, y su utilización de múltiples ritmos y tonalidades en conflicto, atravesaron la superficie lisa de la cultura europea disturbándola y desbaratándola por completo. Se había lanzado un reto al melifluo Romanticismo tardío de compositores como Camille Saint-Saëns (1835-1921), Gabriel Fauré (1845-1924) u otros autores más jóvenes como Serguéi Vasílievich Rachmáninov (1873-1943). Cuando en 1914 el compositor inglés Gustav von Holst (1874-1934; se quitó el «von» durante la guerra) escribió *Marte, el portador de la guerra*, sus acordes sonoros y repetitivos, sus duras disonancias y sus ritmos contundentes parecían presagiar el final del mundo cultural pacífico y complaciente de la era de preguerra. Pero ese mundo había sido sacudido ya hasta sus cimientos por los artistas modernos, pintores, escritores y compositores. Los críticos habían hecho alusión a la «barbarie» de *La consagración de la primavera*, indignados no solo con la música, sino también con el modo en el que la coreografía se apartaba de las tradiciones del ballet clásico en vestuario, tipo de danza y diseño. Apenas un año después del tumulto del Théâtre des Champs-Élysées, la verdadera barbarie se propagaría por toda Europa con el estallido de una guerra mundial.

Capítulo 7

EL DESAFÍO DE LA DEMOCRACIA

La última frontera

Una de las fotografías más famosas de la Inglaterra de comienzos del siglo XX es la imagen de una mujer bajita, elegantemente vestida, llevada en volandas por un policía alto y robusto, tocado con gorra, que intenta alejarla de la puerta del palacio de Buckingham; es el día 21 de mayo de 1914 y la mujer tiene la boca abierta, profiriendo tal vez gritos de protesta, acaso de dolor. Se trataba de Emmeline Pankhurst (1858-1928), que había intentado presentar al rey Jorge V una petición a favor del derecho al voto de la mujer. Siempre con aspecto respetable («la belleza y el decoro en el vestido y en los enseres domésticos —comentaría una de sus hijas—, le parecieron siempre el marco indispensable para cualquier trabajo público»), para entonces había tenido ya muchos encontronazos con la policía como consecuencia de la enérgica campaña —a veces ilegal— que había dirigido en pro del sufragio femenino. En esta ocasión fue encerrada en la cárcel de mujeres de Holloway, y no era la primera vez que la visitaba. Pankhurst siempre afirmó que estaba predestinada a ser una revolucionaria, pues había nacido el día de la toma de la Bastilla, aunque en realidad su nacimiento había tenido lugar un día después, el 15 de julio de 1858; contaba la *Historia de la Revolución Francesa* de Carlyle entre sus libros favoritos («Fue durante toda mi vida una fuente de inspiración», dijo en cierta ocasión). Desde luego en su familia había habido siempre una tradición política; su abuelo había estado presente en la matanza de Peterloo de

1819, y su abuela había participado en la Liga contra la Ley del Grano (1838-1846). El padre de Emmeline, un comerciante acomodado de una localidad a las afueras de Mánchester, había intervenido en la campaña en pro de la emancipación de los esclavos en Estados Unidos y había leído a su hija el libro en contra de la esclavitud *La cabaña del tío Tom* (1852), de Harriet Beecher Stowe (1811-1896), cuando era niña. Como en tantos otros campos de la política del siglo XIX, el lenguaje de la emancipación de la esclavitud desempeñó un papel importante en la campaña en pro de la emancipación de otros grupos sociales, en este caso el de las mujeres.

Tanto el padre como la madre de Emmeline eran partidarios del sufragio femenino. Su madre estaba suscrita al *Women's Suffrage Journal*, revista cuya directora era Lydia Becker (1827-1890), otra mujer de Mánchester que en 1867 fundó la Sociedad Nacional por el Sufragio de la Mujer; Becker defendía además la inclusión de las mujeres en las juntas de escolaridad, y en 1870 se presentó con éxito a las elecciones para la Junta de Escolaridad de Mánchester. En 1874, Emmeline asistió a un mitin organizado por Becker, y, como escribiría más tarde, salió de él convertida en «una sufragista concienciada y convencida». En 1878 conoció a un abogado famoso por su apoyo al sufragio femenino, Richard Pankhurst (1834-1898), veinticuatro años mayor que ella. Emmeline le propuso vivir juntos en una unión libre, pero él objetó que semejante decisión habría conducido al ostracismo social, al menos para ella, de modo que se casaron en 1879, trasladándose a Londres en 1886; la pareja tuvo a lo largo de su matrimonio cinco hijos. En 1889 se mudaron a una casa en Russell Square, en Bloomsbury, que se convirtió en centro de reunión de los participantes en la campaña en pro del sufragio femenino, entre ellos una destacada activista americana, Harriet Stanton Blatch (1856-1940). Emmeline y Richard fundaron la Liga por el Sufragio Femenino en 1889 con el fin de trabajar en pro del derecho de las mujeres a votar en las elecciones locales. Al cabo de

poco tiempo, sin embargo, la organización se deshizo, en buena parte debido a las divisiones en materia de sindicalismo y del Home Rule irlandés. En 1903, frustrada por la falta de avances en la campaña a favor del sufragio femenino, Emmeline, su hija Christabel (1880-1958) y otras cuatro mujeres fundaron la Unión Social y Política de las Mujeres. La organización empezó a reclutar apoyos, particularmente en Lancashire, y entre sus actividades cabría citar la publicación de un boletín informativo, la recogida de firmas y la presentación de peticiones, y la celebración de concentraciones. En mayo de 1905, cuando el proyecto de ley en pro del sufragio femenino fue boicoteado en la Cámara de los Comunes mediante acciones de filibusterismo parlamentario, Emmeline y sus partidarias protagonizaron una ruidosa protesta delante del Parlamento.

La publicidad que supuso para ellas aquella manifestación marcó, a juicio de Emmeline, el advenimiento como fuerza política de la Unión Social y Política de las Mujeres, cuyas integrantes fueron apodadas «sufragistas» por el *Daily Mail*. Las tácticas de la organización se volvieron más audaces. En febrero de 1908, Emmeline fue detenida cuando intentaba penetrar en el Parlamento para entregar una carta de protesta al primer ministro Asquith. Acusada de obstruccionismo, fue sentenciada a seis semanas de cárcel. Tan bien recibida fue la publicidad que aquella condena le reportó que en junio de 1909 golpeó dos veces a un agente de policía en la cara para asegurarse de que era detenida de nuevo. Sus campañas llamaron masivamente la atención del público, hasta tal punto que el 21 de junio de 1908 asistieron al mitin al aire libre celebrado en el Hyde Park de Londres entre 250.000 y 500.000 personas. La falta de reacción que mostró el gobierno de Asquith ante aquella concentración indujo a las sufragistas a elevar el nivel de combatividad sus acciones radicales. Dos de ellas lanzaron piedras contra las ventanas de la residencia oficial del primer ministro en el 10 de Downing Street (no existían por entonces barreras de seguridad para impedir el ac-

ceso a ella). Al mismo tiempo otras se dedicaron a romper los escaparates de las tiendas del West End. Cuando fueron detenidas y encerradas en la cárcel de mujeres de Holloway, catorce activistas, entre ellas la propia Emmeline Pankhurst, iniciaron una huelga de hambre en protesta por las condiciones en las que eran tratadas. Las autoridades penitenciarias respondieron alimentando por la fuerza a las sufragistas encarceladas mediante un procedimiento doloroso consistente en ponerles mordazas de acero para obligarlas a mantener la boca abierta y meterles tubos por la garganta. Emmeline logró oponer resistencia amenazando a los agentes con una pesada jarra de loza. «Holloway —escribiría después— se convirtió en un lugar de horrores y torturas. Casi a todas horas del día tenían lugar escenas nauseabundas de violencia, cuando los médicos pasaban de celda en celda para llevar a cabo su odioso cometido».

En 1913 el gobierno puso en vigor la Ley de Prisioneros (Liberación Provisional por Mala Salud), llamada por las sufragistas «Ley del Gato y el Ratón». En virtud de esta disposición, las presas, incluida Pankhurst, eran liberadas de la cárcel si su salud se resentía como consecuencia de haber participado en una huelga de hambre, para ser detenidas de nuevo inmediatamente cuando estaban en mejores condiciones para acabar de cumplir su pena. Mientras tanto la policía había adoptado unos medios extremadamente duros a la hora de tratar las manifestaciones de las sufragistas, de modo que Emmeline reclutó a un pelotón de guardaespaldas femeninas adiestradas en el arte del *jiu-jitsu* y armadas con porras. Sus seguidoras radicalizaron sus ataques contra la propiedad privada, intentando sin éxito prender fuego al Teatro Real de Dublín, donde estaba previsto que pronunciara un discurso el primer ministro. Lanzaron un hacha contra el coche de Asquith e incendiaron diversos buzones de correos. Quemaron un pabellón de Regent's Park, un invernadero de orquídeas de Kew Gardens, y algunos vagones de tren vacíos en la estación de King's Norton. En marzo de 1914 la sufragista canadiense

Mary Richardson (1882/3-1961), que había participado ya en la voladura de una estación de ferrocarril y había roto los cristales de las ventanas del Ministerio del Interior (Home Office), rajó con un cuchillo la *Venus del espejo*, el cuadro de Diego Velázquez (1599-1660) expuesto en la Galería Nacional de Londres declarando a continuación: «He intentado destruir la imagen de la mujer más hermosa de la historia de la mitología en protesta contra el gobierno por destruir a la señora Pankhurst, que es el personaje más hermoso de la historia moderna». Otras sufragistas utilizaron ácido para pintar el eslogan «Voto para la mujer» en la hierba de los campos de golf usados por los diputados del Parlamento británico y atacaron a algunos políticos. El 4 de junio de 1913, durante las carreras del Derby de Epsom, Emily Wilding Davison (1872-1913), que previamente había cometido diversos incendios premeditados y había agredido a un hombre al que confundió con el canciller del Exchequer, saltó a la pista y fue arrollada por un caballo perteneciente al rey, probablemente con la intención de ponerle un cartel con un eslogan de la organización; el animal se espantó y arrolló a la activista, que murió al cabo de unos días a consecuencia de las heridas, y se convirtió así en la primera sufragista mártir.

Esta campaña de «escándalos» creó muchas tensiones dentro del movimiento sufragista. Emmeline Pankhurst intentó suavizarlos cancelando el congreso anual de la Unión Social y Política de las Mujeres, negando a sus miembros el derecho a objetar, y concentrando todo el proceso de toma de decisiones en una pequeña camarilla de fieles que se reunían en torno a ella, entre las cuales estaba su hija Christabel. La democracia no tenía nada que ver con aquello, dijo: las sufragistas eran «un ejército en campaña». Varias integrantes destacadas de la organización ya la habían abandonado en 1907 para formar la Liga de la Libertad de la Mujer, cuyas seguidoras no tardaron en superar en número a las de la Unión de Pankhurst: su actitud se limitaría a adoptar una actitud de desobediencia civil pasiva. Otras fueron expulsa-

das de forma sumaria, entre ellas otras dos hijas de Emmeline, Sylvia y Adele, que, a juicio de su madre, se habían situado demasiado cerca del movimiento socialista. Quizá, como han sostenido algunos, la disposición de las sufragistas a emplear la violencia y su desprecio por la democracia presagiaran las tácticas del fascismo, pero debemos recordar que sus actos de violencia fueron dirigidos mayoritariamente contra símbolos físicos de la sociedad machista (como los campos de golf); a diferencia de los fascistas, no llevaron a cabo ningún intento serio de matar o mutilar a ninguna persona. Indudablemente dieron a la causa del sufragio femenino mucha publicidad, una publicidad que sin ellas no habría tenido, pero algunos contemporáneos suyos sostuvieron que su violencia y su extremismo arrinconaron al gobierno y dificultaron que acabara dando su apoyo a la concesión del voto a la mujer.

Entre esos contemporáneos habría que citar a numerosos partidarios de la concesión del voto a la mujer de carácter moderado, causa que a finales del siglo XIX tenía ya una historia larga, aunque accidentada. En 1869 fue publicado uno de los tratados feministas más influyentes, *El sometimiento de la mujer*, del filósofo liberal John Stuart Mill (1806-1873). A comienzos de la década de 1830 había trabado una estrecha amistad con la intelectual Harriet Taylor (1807-1858), que se había separado de su marido; en 1851, dos años después de la muerte de este, la pareja contrajo matrimonio. La influencia de Taylor era evidente en el tratado de Mill, que definía la emancipación de la mujer como «la eliminación de toda incapacidad de la mujer, el reconocimiento de su igualdad con los hombres en todo lo que tiene que ver con los derechos de ciudadanía, su acceso a todos los empleos honrosos y a la formación y la educación que habilitan para la obtención de dichos empleos», así como el fin de «la excesiva autoridad que la ley concede a los maridos sobre las esposas». Mill no pensaba que las mujeres fueran necesariamente iguales a los hombres en todos los ámbitos de la vida, pero con-

sideraba un error que se les impidiera demostrar si en efecto lo eran; si eran inferiores en cualquier terreno, lo demostraría la libre competencia y no se necesitarían barreras legales. La exclusión legal y social de muchas áreas de la vida pública, política, económica y cultural que sufría la mujer, sostenía el filósofo, privaba a la sociedad del uso de la mitad de sus miembros, lo cual redundaba en su propio detrimento. No obstante, la igualdad, a juicio de Mill, debía ser concedida solo a las mujeres de clase media, no a las mujeres del proletariado. «Cuando el sostén de la familia depende no de los bienes, sino de lo que se gana trabajando —decía—, el orden habitual, consistente en que el hombre gane el sustento de la familia y la mujer supervise los gastos de la casa, me parece que en general es la división del trabajo más adecuada entre las dos clases».

El tratado de Mill fue traducido enseguida al danés, al francés, al alemán y al sueco; y en 1870 era debatido ya por las feministas rusas. En 1866-1867, cuando fue debatido el segundo proyecto de Ley de Reforma, Mill, a sazón diputado, intervino en la Cámara de los Comunes a favor de la concesión del derecho de sufragio a las mujeres, siendo aquella la primera vez que se suscitaba esta demanda en el Parlamento. La Sociedad por la Promoción del Empleo Femenino, fundada en 1859, le concedió su apoyo, lo que condujo en 1867 a la formación de la Sociedad Nacional por el Sufragio Femenino de Lydia Becker. Pero esta nueva organización no contó con el respaldo de Gladstone y los líderes liberales, y su fortuna fue decayendo. No sería hasta la década de 1880 cuando empezara a revivir tras la campaña de Josephine Butler por la derogación de las Leyes de Enfermedades Contagiosas, objetivo que, a juicio de muchos, se habría conseguido antes si las mujeres hubieran estado en posesión del voto. En 1897 las diversas facciones del movimiento moderado en pro del sufragio femenino se reunieron en la Unión Nacional de Sociedades por el Sufragio Femenino, presidida por Millicent Garrett Fawcett (1847-1929), hermana de la defensora de los derechos de

la mujer a acceder a la titulación médica, Elizabeth Garrett Anderson. La Unión llevó a cabo su campaña mediante mítines, folletos y revistas en los que se defendía la concesión del derecho de sufragio a las mujeres, y en 1907 celebró una manifestación por las calles del centro de Londres. Pero mientras que la Cámara de los Comunes estaba por entonces a favor de la concesión del voto a las mujeres, particularmente cuando se debatieron las propuestas legislativas en 1886 y 1897, la Cámara de los Lores no lo estaba. El apoyo a la Unión aumentó con la publicidad generada por las sufragistas; sus militantes eran más numerosas que las sufragistas de Pankhurst y su Unión Social y Política de las Mujeres (en 1913 contaba con 50.000 integrantes, frente a las 2.000 del movimiento de las sufragistas). Pero, lo mismo que la de estas, la campaña de la Unión todavía no daba muestras de poder conseguir el triunfo en el momento del estallido de la primera guerra mundial.

El feminismo liberal en Francia tuvo que hacer frente a unos problemas muy distintos de los que encontró en Inglaterra. Mientras que los políticos republicanos hicieron mucho por mejorar la educación de las mujeres, pensando que a través de la cultura podrían apartarlas de la Iglesia, se opusieron constantemente a la concesión del voto femenino, convencidos de que semejante medida habría socavado la estabilidad de la república y habría reforzado el poder de los monárquicos. A los conservadores clericales, por su parte, les horrorizaba la idea de conceder a las mujeres cualquier tipo de derechos como individuos, aunque irónicamente la lealtad de la mujer a la Iglesia se basaba ni más ni menos que en el hecho de que esta era uno de los pocos espacios, fuera del hogar y de la familia, en los que la mujer podía actuar sin tener que enfrentarse a la hostilidad de los varones. No obstante, en 1876 surgió un movimiento en pro del sufragio femenino, que en 1883 tenía ya una gran variedad de objetivos feministas, entre ellos la igualdad ante la ley, en la educación, en el ejercicio de las profesiones liberales y en la percepción de sa-

larios, además del derecho al voto. Su figura más destacada, Hubertine Auclert, había empezado a organizar manifestaciones en defensa de la concesión del voto a la mujer en 1885, y había celebrado unas «elecciones en la sombra» coincidiendo con las elecciones generales de ese mismo año: se presentaron a ellas quince mujeres que consiguieron una gran publicidad, aunque no lograron ser admitidas en la asamblea legislativa.

En 1904, Auclert encabezó varias manifestaciones feministas en París con motivo del centenario del Código Napoleónico, rompiendo públicamente un ejemplar del famoso documento. Sus compañeras lograron acceder a un balcón durante el banquete oficial celebrado para festejar el aniversario y soltaron encima de los asombrados comensales una gran cantidad de enormes globos que llevaban pintadas las siguientes palabras: «El Código aplasta a las mujeres-Deshonra a la República». En 1907, Auclert encabezó otra marcha por las calles de la capital y al año siguiente invadió la Cámara de los Diputados con veinte compañeras y arrojó octavillas sobre los políticos reunidos en ella. Su acto de protesta más famoso tuvo lugar ese mismo año, cuando entró con una compañera en un colegio electoral de París el día de las elecciones municipales y volcó las urnas en protesta por la falta de derecho a voto de la mujer. Este hecho le reportó una gran publicidad, pero poco apoyo. En 1913 la Sociedad por el Sufragio Femenino tenía 10.000 socias, pero la mayor parte de ellas eran miembros de organizaciones filiales como las sociedades en pro de la sobriedad y los sindicatos de mujeres. Incluso la manifestación feminista más concurrida, celebrada a primeros de julio de 1914, atrajo solo a 6.000 personas, muy lejos de los cientos de miles de participantes que asistían a las concentraciones de sufragistas de Londres. Al final, las fuerzas alineadas en Francia contra las feministas fueron demasiadas para poder ser superadas, y las francesas tendrían que esperar al término de la segunda guerra mundial en Europa para que se les concediera el voto en su país.

El movimiento más numeroso a favor del sufragio femenino fuera de Gran Bretaña fue el de Alemania, donde las feministas no tuvieron que luchar, como en Francia, contra la hostilidad de sus aliados políticos más evidentes. Sin embargo, esos aliados —los progresistas— no eran ni mucho menos tan numerosos ni tan dominantes como los liberales en Gran Bretaña o los republicanos en Francia. En un congreso feminista internacional celebrado en Chicago durante la Exposición Universal de 1893, las feministas alemanas acordaron crear una nueva organización «paraguas», la Federación de Asociaciones Feministas Alemanas, que se fundó al año siguiente. En 1914 el número de sus militantes ascendía al cuarto de millón. Dentro de esta organización y en sus aledaños surgió una autoproclamada ala radical, dirigida por la actriz Marie Stritt (1855-1928), cuyo padre era abogado y diputado del Reichstag. Las radicales hicieron campaña contra la regulación de la prostitución por el Estado, poniendo pleitos a la policía, organizando mítines y obligando a que el asunto fuera debatido seriamente por primera vez en el Reichstag. La reacción de la policía fue de hostilidad y la campaña no llegó a nada. En 1902 la abogada Anita Augspurg (1857-1943) y su compañera, Lida Gustava Heymann (1868-1943), crearon la Unión por el Derecho de Sufragio de la Mujer, con sede en Hamburgo, donde, de manera excepcional, era legal que las mujeres asistieran a las reuniones de carácter político. La feminista Helene Stöcker (1869-1943), admiradora de las doctrinas sobre liberación personal de las limitaciones de los convencionalismos propugnadas por Nietzsche, defendió la igualdad de derechos de las madres solteras y de los hijos ilegítimos, la distribución gratuita de anticonceptivos, la legalización del aborto y otras medidas que iban en contra de las convenciones morales burguesas. Aquello resultaba excesivo para la facción moderada del movimiento feminista, que aprovechó la legalización en 1908 de la participación de la mujer en las actividades políticas para llenar la federación de organizaciones derechistas de cuño protestante y rechazar la

propuesta de legalización del aborto. Stritt presentó su dimisión en señal de protesta, siendo sustituida por un personaje mucho más conservador, la periodista y autora de novelas históricas Gertrud Bäumer (1873-1954).

Entre 1908 y 1914 la facción radical del movimiento se hizo pedazos en una maraña de reproches mutuos. El movimiento Nueva Moralidad de Stöcker se vio atrapado en las contradicciones de su propia ideología, mientras que se desencadenaban luchas internas en torno a si su interés debía centrarse en medidas relacionadas con el bienestar social, como la creación de clínicas para la mujer, o en campañas políticas en defensa de los derechos de la mujer. Las principales dirigentes de la disputa se acusaron mutuamente de acostarse con distintos hombres del comité ejecutivo con el fin de obtener sus votos, dando lugar ni más ni menos que a siete escandalosos pleitos por difamación, a los que se dio una publicidad enorme, y que no favorecieron demasiado la impresión de coherencia o durabilidad de la Nueva Moralidad. Las organizaciones en pro del sufragio femenino se dividieron en tres grupos rivales por la cuestión de si las mujeres debían exigir o no los mismos derechos de voto que los hombres, lo que habría supuesto la privación del derecho de sufragio de millones de mujeres de clase trabajadora debido a las restricciones censitarias del derecho a voto vigentes en Prusia, o si, por el contrario, debían reclamar el derecho de sufragio de todos los adultos, sin distinción de género, lo que habría supuesto alinearse con los socialistas al exigir la concesión del voto a todos los varones y mujeres adultos de Prusia. Las feministas se atrajeron además progresivamente la hostilidad de los nacionalistas radicales de derechas, que las acusaban de socavar los cimientos de la familia. En consecuencia, dejaron de reclamar la independencia económica y profesional de la mujer para hacer hincapié también en su papel dentro del hogar. El número cada vez mayor de trabajadoras sociales existentes en el movimiento supuso la entrada en él de las darwinistas sociales, que consideraban que

el papel primordial de la mujer era traer al mundo y criar hijos sanos, mientras que los ataques lanzados contra las feministas pacifistas como Augspurg, Heymann y Stöcker por los nacionalistas tanto dentro como fuera del movimiento contribuyeron a arrojarlas a todas ellas todavía más a los márgenes de la política. De ese modo el feminismo alemán, pese a su apariencia externa de fuerza, se convirtió en un movimiento ideológicamente confuso, débil y dividido justo antes de que estallara la primera guerra mundial.

Si en Alemania las actividades políticas de las mujeres estuvieron limitadas por ley hasta 1908, en Rusia fueron casi inexistentes. Durante la revolución de 1905, las feministas rusas, indignadas por el hecho de que el «Manifiesto de Octubre», en el que el zar Nicolás II prometía amplias reformas, no contuviera mención alguna a la emancipación de la mujer, crearon la Unión por la Igualdad de Derechos de las Mujeres de Toda Rusia. La Unión, que en 1907 contaba con 12.000 miembros, defendía el sufragio femenino y la igualdad de derechos de la mujer. Cercana al partido liberal *kadete* (demócratas constitucionales), pertenecía también al Sindicato de Sindicatos, organización de sindicatos profesionales de clase media surgida durante la revolución. «La lucha por los derechos de la mujer —declaraba la Unión—, está indisolublemente unida a la lucha por la liberación política de Rusia». Las feministas efectuaron diversos llamamientos a los políticos y diputados de la Duma, el Parlamento ruso, y consiguieron el respaldo de personajes famosos de la literatura y la cultura. Realizaron envíos masivos por correo de peticiones de firmas, publicaron formularios con ese mismo fin en varias revistas, y los repartieron por las calles para luego presentarlos ante la Duma. Una de esas peticiones contenía más de 26.000 firmas. La Unión envió delegadas al Congreso de la Alianza Internacional por el Sufragio de la Mujer (fundada por las sufragistas americanas y británicas en 1902) que se celebraría en Copenhague en 1906. En 1908 organizó un Congreso de Mujeres de Toda

Rusia, al que asistieron más de mil delegadas y en el que se debatió una gran variedad de cuestiones. Fue presidido por Anna Pavlovna Filosofa (1837-1912), la gran vieja dama del feminismo social ruso.

Pero el congreso se vio perturbado una y otra vez por las socialistas que asistieron a él. Las integrantes de este grupo se dedicaron a interrumpir a las feministas «burguesas», a patalear y a hacer muecas. Los derechos políticos, gritaban, eran irrelevantes para las mujeres de clase obrera que se veían obligadas a vivir en la más absoluta miseria. Las organizadoras gritaron desde la tribuna: «No estamos dispuestas a escucharos» y las socialistas escenificaron el abandono de la sala. Desde la derecha, los diputados conservadores de la Duma sugirieron que las feministas debían someterse a un examen mental médico; uno incluso las llamó «putas», lo que hizo que Filosofova se echara a llorar. La Unión sucumbió en 1908 ante el acoso cada vez mayor de la policía. Las feministas respondieron formando una nueva Liga por la Igualdad de las Mujeres, más pequeña, pero mejor organizada que la Unión, que centró sus esfuerzos en solicitar a la Duma la concesión del voto femenino. En 1912 la Liga consiguió el apoyo de cuarenta diputados y al año siguiente el líder liberal Pável Nikoláyevich Miliukov (1859-1943), que al comienzo de su carrera había enseñado en una academia de señoritas, presentó una propuesta de ley que preveía la concesión del derecho universal de sufragio a hombres y mujeres. Sin embargo, cuando en su alegato llegó a la disposición que hablaba del derecho a voto de las mujeres, la derecha prorrumpió en carcajadas, y la propuesta fue derrotada por 206 votos frente a 106. Aquello supuso el fin de la campaña en pro de la concesión del derecho de sufragio a las mujeres. El movimiento feminista perdió apoyos, disminuyendo sus militantes a unos pocos millares, en su mayoría mujeres profesionales, sobre todo médicas. Había caído víctima del constante retroceso de las instituciones y organizaciones democráticas y

parlamentarias de Rusia durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial.

En la mayor parte de Europa las feministas, animadas por la creación de organizaciones globales como el Consejo Internacional de la Mujer (1888), la Alianza Internacional por el Sufragio de la Mujer, y muchas otras, habían logrado ya en 1914 cuando menos situar en el orden del día la concesión del voto a la mujer. El factor más importante que determinaría el destino de la campaña en pro del sufragio femenino fue el nacionalismo. En Alemania las asociaciones nacionalistas habían adquirido en 1914 un marchamo autoritario, machista, agresivo y a veces antisemita, y de entre ellas surgieron incluso una Liga Alemana para la Prevención de la Emancipación de la Mujer (Deutscher Bund für die Bekämpfung der Frauenemanizaption, 1912), con todo su cargamento de acusaciones, completamente falsas, de que el movimiento feminista de Alemania estaba dominado por judías. En Hungría, en cambio, sí lo estaba, pues la pequeña clase media urbana húngara tenía un fuerte componente hebreo; también en este país el nacionalismo, dominado por la pequeña nobleza rural, era conservador desde el punto de vista social, y la mayor parte de los partidos políticos se opusieron a la vigorosa campaña emprendida por la Asociación de Feministas, fundada en 1904 por Vilma Glücklich (1872-1927), la primera mujer en ser admitida en la universidad húngara, y Rosika Schwimmer (1877-1948), pacifista y estrecha colaboradora de las feministas radicales alemanas Anita Augspurg y Lida Gustava Heymann. En 1913 Glücklich y Schwimmer presidieron en Budapest el séptimo congreso de la Alianza Internacional por el Sufragio de la Mujer. Su campaña dentro de Hungría consistió en la convocatoria en 1912 de una manifestación masiva a la que asistieron 10.000 personas, la distribución de carteles y folletos, el envío de telegramas a los diputados, y en plantear preguntas acerca del sufragio femenino a los candidatos a las elecciones. El feminismo no llegó a realizar muchos progresos ni a ganarse el apoyo de los nacionalistas

húngaros, que sospechaban de la filiación judía de sus líderes y se oponían a su orientación pacifista en el campo de la política internacional.

Pero el nacionalismo supo también trabajar a favor de los derechos de la mujer. En muchos países las feministas centraron su interés en la educación, sosteniendo que había que enseñar a las mujeres los valores y las aspiraciones de la nación para que se los transmitieran a sus hijos. En Bohemia este argumento galvanizó al movimiento feminista, cuyas peticiones de voto lograron reunir el cuádruple de firmas que las de sus homólogas de Austria. Sus argumentos consiguieron el apoyo de los líderes del movimiento nacionalista checo, convencidos de la necesidad de que las mujeres enseñaran a sus hijos a hablar en checo y no en alemán. La campaña en pro del sufragio femenino surgió en 1905-1906 a partir de una campaña nacionalista en defensa del derecho universal de sufragio de los varones. El Comité por el Sufragio de la Mujer, formado en el curso de esa campaña por Františka Plamínková (1875-1942), sostenía que la cuestión de la concesión del voto a la mujer era ante todo política; en 1909 puso de manifiesto su compromiso nacionalista exigiendo (sin éxito) que el checo se convirtiera en la cuarta lengua oficial de la Alianza Internacional por el Sufragio de la Mujer, junto con el inglés, el francés y el alemán. La causa de la mujer fue vigorosamente respaldada por el líder del nacionalismo checo dentro del imperio de los Habsburgo, Tomáš Garrigue Masaryk (1850-1937). Masaryk se había casado con una americana, Charlotte Garrigue (1850-1923), a la que había conocido en una visita a Leipzig: gracias, entre otras cosas, a la influencia de su esposa, se convirtió en un decidido y activo defensor de los derechos de la mujer. Todos los partidos políticos checos aceptaron el principio del sufragio femenino, y presentaron candidatas a las elecciones a la Dieta de Bohemia, con la única excepción de los escaños que no tenían ninguna esperanza de ganar (en cualquier caso, la única

candidata que fue elegida diputada fue vetada por el gobernador nombrado por las autoridades de los Habsburgo).

Los ejemplos más afortunados de la simbiosis entre nacionalismo y feminismo tuvieron lugar en Escandinavia. En Noruega, que venía siendo gobernada por los suecos desde 1814, los defensores de la independencia total de Suecia, organizados en torno al Partido Liberal Radical, apoyaron la concesión del voto a la mujer. El partido ya se había asegurado en 1893 una mayoría en el Parlamento nacional autónomo, el Storting, aunque no los dos tercios que se necesitaban para llevar a cabo un cambio en la Constitución. Al año siguiente la petición de firmas en pro de la concesión del derecho de sufragio a las mujeres consiguió reunir 12.000 firmas, y en 1895 se fundó una Asociación Nacional por el Sufragio de las Mujeres por iniciativa de Gina Krog (1847-1916), maestra y periodista, que había conocido a Millicent Garrett Fawcett en Londres en 1880. La asociación de Krog hizo una vigorosa campaña en pro del voto, ganando la concesión del sufragio femenino para las elecciones municipales en 1901. Mientras que la revolución rusa de 1905 distraía la atención de las grandes potencias, la disputa entre las autoridades suecas y noruegas por el derecho de estas últimas a nombrar su propio servicio consular dio lugar a unas negociaciones en las que Noruega consiguió la independencia absoluta. Se encontró entonces un príncipe danés disponible para ocupar el cargo de rey con el nombre de Haakon VII (1872-1957). La nueva Constitución reconocía en 1907 un derecho limitado de voto a las mujeres que poseyeran una determinada cantidad de bienes, lo que dio paso a la introducción en 1913 del derecho de sufragio pleno e igualitario a instancias de un gobierno de liberales de izquierdas.

Los vínculos de este tipo entre el feminismo y el nacionalismo tuvieron unos efectos incluso más espectaculares en el caso de Finlandia, que, pese a formar parte del imperio ruso, seguía teniendo sus propias instituciones políticas, incluidos unos Estados Generales tradicionales de carácter representativo. Cuando

se intensificó la influencia del nacionalismo, surgido de la campaña para conseguir la igualdad de la lengua finlandesa con el sueco, apareció también un movimiento feminista, centrado en un grupo de lectura formado para discutir el libro de Stuart Mill *El sometimiento de la mujer*. La igualdad lingüística se consiguió en 1884, y empezaron a hablar del papel trascendental desempeñado por las mujeres en «la educación de los hijos en su lengua madre». Las feministas habían conseguido ya el voto en la esfera municipal en 1872 y veinte años después Lucina Hagman (1853-1946), maestra de escuela que tuvo entre sus discípulos al compositor Jean Sibelius, fundó la Unión de Sociedades de Mujeres para luchar por la igualdad política total. La represión y la campaña de rusificación emprendida por las autoridades zaristas unieron a todos los nacionalistas finlandeses. En 1905, cuando el zar accedió a conceder los derechos civiles a todo el imperio ruso, se creó en Finlandia una asamblea legislativa nacional en sustitución de los Estados Generales, que introdujo el sufragio universal de todos los adultos, hombres y mujeres por igual, en 1906. El zar volvió a asumir sus poderes de veto una vez pasada la crisis, y en 1910 el gobierno ruso tenía de nuevo firmemente en sus manos el control de la situación. Pero, como para entonces ya había mujeres ocupando escaños en la asamblea legislativa finlandesa, en 1909 se incorporaron a la Constitución disposiciones que aseguraban la igualdad de derechos, aunque no se pusiera plenamente en vigor hasta 1917.

En 1914 los movimientos feministas de Europa habían pasado a centrar fundamentalmente su atención en el derecho a voto en las elecciones. Las feministas pensaban que esta exigencia suya constituía una ola imparable de opinión a escala internacional que finalmente las conduciría a la victoria. En algunos casos indujeron en cierta medida a la sociedad a establecer la igualdad de derechos en materia de propiedades y en el acceso a las profesiones, aunque antes del estallido de la primera guerra mundial el verdadero número de mujeres que ejercían una profesión

seguía siendo pequeño. La lucha por la obtención del voto, a menudo desencadenada por debates más amplios en torno a la representatividad, a la extensión del derecho a voto de los varones o a la soberanía nacional, logró cosechar algunos éxitos a nivel local o municipal en muchos países, entre ellos Dinamarca, donde el movimiento en pro del sufragio femenino contaba en 1910 con apenas 10.000 miembros. En 1912 la Cámara Baja del Parlamento danés, dominada por los liberales, aprobó un proyecto de Ley de Sufragio Femenino por una mayoría de 100 votos frente a 14, aunque la propuesta chocó con el rechazo de la Cámara Alta. Las sufragistas suecas consiguieron en 1909 el derecho de las mujeres a presentar su candidatura a las elecciones locales y consiguieron una mayoría en la Cámara Baja del Parlamento a favor de la concesión de plenos derechos de voto en 1912, pero, como en Dinamarca, la iniciativa no logró superar la oposición de la Cámara Alta. El sufragio de las mujeres fue la última frontera de la democracia, pero aunque las feministas habían llevado a cabo algunos avances cuando se intensificó el reto de la democracia a los sistemas políticos vigentes, en el momento en el que estalló la guerra daba la impresión de que faltaba todavía un largo camino por recorrer.

Lo que unía a todos los diversos movimientos feministas nacionales, así como a las asociaciones internacionales a las que pertenecían, era el hecho de que eran en su inmensa mayoría burgueses por su composición y liberales por su filiación política. Incluso las sufragistas inglesas evitaron exigir el voto para las mujeres de todas las clases sociales y solo defendieron la igualdad del derecho de sufragio. En todas partes las leyes sobre la propiedad seguían favoreciendo al hombre, de modo que si las feministas de clase media pretendían conseguir para las mujeres la igualdad del derecho de sufragio, en realidad lo que pretendían era conseguir el voto solo para una pequeña minoría de mujeres que tenían una posición acomodada. Además, la demanda inicial de igualdad de derechos formulada por John Stuart Mi-

ll como reconocimiento de la simple igualdad de mujeres y hombres como seres humanos había dado paso cada vez más a la creencia de que debía concederse esa igualdad a las mujeres precisamente porque eran diferentes. En la izquierda radical del movimiento eso suponía que el sufragio de la mujer traería consigo la paz en el plano internacional, el fin de la explotación sexual, la abolición de la prostitución regulada y posiblemente también de la no regulada, y otros cambios de gran calado en el terreno de la moralidad social. Las feministas de la corriente mayoritaria pensaban que el sufragio de la mujer reforzaría los lazos que daban cohesión a la nación, y de paso permitirían que los valores femeninos se hicieran sentir plenamente en la sociedad. Esas creencias encontraron su expresión en la creación del moderno estado del bienestar en varios países europeos, en los que la larga tradición de filantropía femenina, enraizada en la fe religiosa, se metamorfoseó en la aparición de ciertas profesiones modernas relacionadas con el bienestar social y dominadas por las mujeres, como por ejemplo todas las relacionadas con la asistencia social.

La aparición del estado del bienestar

La entrada de la mujer en la esfera pública se produjo paralelamente a la reorientación que experimentó el estado a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Fue sobre todo una respuesta a la expresión cada vez más vigorosa de los intereses de la clase trabajadora, aspecto fundamental del desafío planteado por la democracia durante este período. Durante los quince años anteriores al estallido de la primera guerra mundial, el descontento de los trabajadores alcanzó cotas desconocidas hasta entonces, atizado por una reactivación del crecimiento económico que venía a reflejar, entre otras cosas, la creciente demanda de armas y municiones por parte de los gobiernos. En 1906 unos 400.000 obreros abandonaron su puesto de trabajo en Francia exigiendo la introducción de la jornada laboral de ocho horas. En 1905 y 1912 se produjeron sendas oleadas de huelgas en el Ruhr, cuando

los mineros exigieron la mejora de sus condiciones de trabajo y subidas salariales. En España el número de trabajadores que se declararon en huelga subió como la espuma, pasando de los 35.000 de 1910 a los más de 840.000 en 1913. El primer paro a escala nacional de los trabajadores de los ferrocarriles de Gran Bretaña tuvo lugar en 1911 y la primera huelga nacional de mineros en 1912. Junto con los grandes conflictos colectivos hubo multitud de pequeñas huelgas, a menudo de corta duración, que pretendían resolver el problema de las injusticias de carácter más localizado percibido en determinadas fábricas y minas. En Rusia, la creciente conflictividad laboral supuso un desafío cada vez mayor al régimen zarista, que culminó en la huelga general declarada en San Petersburgo en 1914. En este tipo de acciones podía percibirse un elemento político cada vez más fuerte, como sucedió en la huelga general y la manifestación masiva celebrada el Jueves Rojo —10 de octubre de 1907— en Budapest, para reclamar el sufragio universal de los varones, o en los actos del Miércoles Rojo —17 de enero de 1906— en Hamburgo, cuando los manifestantes intentaron impedir infructuosamente el recorte de los derechos de voto de los trabajadores.

La magnitud y la frecuencia cada vez mayor de las huelgas acompañaron en toda Europa el desarrollo del movimiento sindical. En muchos países ese movimiento se remontaba a las décadas posrevolucionarias de mediados de siglo. En 1855 el minero escocés Alexander Macdonald (1821-1881) señalaba durante una huelga organizada en Lanarkshire que «nuestra división venía muy bien a los patronos, en cualquier caso si lo que pretendían era oponer resistencia a una demanda justa». Exhortaba, pues, a la creación de una unión que permitiera «acabar con nuestra anarquía». Esta situación dio lugar a la formación en 1863 de la Asociación Nacional de Mineros. Y luego, en 1868, se creó a escala nacional el Congreso de Sindicatos (TUC por sus siglas en inglés, Trades Union Congress). Los cimientos de esta organización eran mucho más seguros que los de los anteriores

intentos llevados a cabo durante la primera mitad del siglo, pues esencialmente era una federación de sindicatos parciales con una fuerte base local, el llamado «nuevo modelo de sindicatos», lo mismo que la ASCJ (Amalgamated Society of Carpenters and Joiners, Sociedad Unificada de Carpinteros y Ebanistas), fundada en 1860 por Robert Applegarth. Los sindicatos británicos se convirtieron en un elemento permanente de la escena laboral, dispuesto a desafiar cualquier intento de pararles los pies que quisieran llevar a cabo los patronos. El número de trabajadores sindicados aumentó del millón y medio o poco más de la década de 1890 a los dos millones y medio de la primera década del siglo XX y los más de cuatro millones de 1914.

En otros países el sindicalismo tuvo un éxito considerablemente menor. En España el Sindicato de Obreros Mineros de Asturias (SOMA) surgió en 1910 de las cenizas de otras organizaciones locales menores que habían sido destruidas por la patronal durante los años anteriores. Formaba parte de la federación de sindicatos socialistas, la Unión General de Trabajadores (UGT), cuyos miembros habían pasado de los 3.355 de los tiempos de su fundación en 1888 a los 40.000 en 1910 y los casi 120.000 de 1914, cuando se sumaron a ella otros sindicatos. Esta federación tuvo que competir con un rival muy serio, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Fundada en 1910 y basada en los principios del anarcosindicalismo, esto es, la doctrina que propugnaba el derrocamiento del estado capitalista por medio de una huelga general universal, esta organización rival encontró apoyo especialmente entre los trabajadores del sector ferroviario y eléctrico. Sin embargo, la militancia en los sindicatos afectaba solo a una pequeña proporción del conjunto de los trabajadores. Y lo mismo cabría decir de Alemania. Aunque en 1914 había más de dos millones de trabajadores alemanes que pertenecían a algún sindicato, estas organizaciones seguían siendo relativamente débiles, y el número de convenios colectivos firmados que estaban en vigor era mínimo, en neto contraste con la situación

reinante en Suecia, donde las organizaciones nacionales de patronos y los sindicatos se reconocieron formalmente unos a otros en 1906. La mayor parte de los empresarios alemanes insistían tenazmente en su derecho a tomar decisiones en lo concerniente al salario y a las condiciones de trabajo de sus empleados sin consultarles. Incluso en 1910 o en 1911, cuando los mineros alemanes estaban en la cúspide de su poder, solo el 40 % de los mineros del Ruhr pertenecía a algún sindicato. El movimiento se encontraba dividido por la formación de organizaciones católicas y liberales que rivalizaban con las socialistas y, al igual que en Francia, los esquiroles hicieron frente al movimiento sindical formando sus propios sindicatos «amarillos», pagados por la patronal.

La debilidad y la fragmentación de los sindicatos franceses y los repetidos fracasos de los movimientos huelguistas, incapaces de conseguir sus objetivos prácticos, por limitados que fueran, indujeron a una minoría revolucionaria a abrazar los principios radicales del anarcosindicalismo. La CGT (Confédération Générale du Travail, Confederación General del Trabajo), fundada en 1895, estaba en contra de la afiliación a cualquier partido político. Su figura más destacada, el periodista Émile Pouget (1860-1931), defendía el sabotaje como medio de la lucha laboral y veía en la huelga general un arma política capaz de subvertir el Estado. Pero sus huelgas fracasaron en gran medida porque sus recursos eran escasos. La mayor parte de sus miembros eran reformistas, procedentes en particular de una de sus organizaciones de base, las Bolsas de Trabajo (Bourses du Travail), que ofrecían asistencia práctica a trabajadores de todo tipo a la hora de buscar empleo y, de paso, contribuían a derribar las barreras de los particularismos ocupacionales. En 1901 había en Francia setenta y cuatro de esas Bolsas de Trabajo, pero aunque su guía espiritual, el periodista radical Fernand Pelloutier (1867-1901), pensaba que eran un estado revolucionario dentro del propio Estado, paradójicamente su viabilidad económica dependía de las sub-

venciones del gobierno. Las huelgas fueron legalizadas en 1864 y los sindicatos veinte años después, pero, como en Inglaterra, la ley responsabilizaba a los sindicatos de los perjuicios causados si inducían a los trabajadores a romper sus contratos, si recurrían a la coacción, o si realizaban «maniobras fraudulentas». Los sindicatos franceses se disolvían a menudo y volvían a agruparse bajo un nombre distinto para soslayar esas restricciones, pero esa manera de proceder imponía unos límites muy estrictos a su libertad de acción.

Pese a todas esas debilidades, el desarrollo de los sindicatos en Europa, junto con la reiterada convocatoria de huelgas, constituyó una fuerza importantísima a la hora de impulsar a los gobiernos a introducir leyes de carácter social con el fin de reducir el descontento de los trabajadores. A veces esas iniciativas tuvieron unos motivos políticos claros. Conscientes de la amenaza para la seguridad pública que suponían las largas jornadas de trabajo que tenían los maquinistas de los trenes —en la década de 1860 el conductor de una locomotora amenazado con el despido por no parar en tres estaciones declaró que llevaba conduciendo treinta y seis horas seguidas y que no había podido evitar quedarse dormido en la cabina—, los gobiernos franceses presionaron una y otra vez a las compañías ferroviarias para que pusieran límites a esas prácticas, hasta que por fin lo lograron en 1891, cuando las compañías se avinieron a poner una jornada laboral máxima de doce horas. El interés público determinó también la introducción de otras mejoras. Las Leyes de Regulación de las Minas de Carbón aprobadas en Gran Bretaña en 1860 y 1872 introdujeron numerosas medidas de seguridad que los inspectores de trabajo se encargaban de hacer cumplir. En 1880, finalmente, se aprobó en el Reino Unido una legislación que responsabilizaba a los patronos de los accidentes laborales, iniciativa que reflejaba las presiones de los nuevos sindicatos y de la compasión que suscitaban en la opinión pública las noticias relacionadas con muertes y lesiones en el desempeño del trabajo. Se

aprobaron otras leyes que exigían una higiene adecuada en los centros de trabajo y que regulaban las condiciones reinantes en todo tipo de actividades laborales. Sin embargo, todavía estaba por introducir un programa global de bienestar social. Sobre todo cuando eran demasiado mayores para seguir ejerciendo su oficio o cuando caían enfermos, los trabajadores tenían que hacer frente a un futuro incierto y a menudo de extrema pobreza.

El gran cambio en este sentido lo inició ni más ni menos que Bismarck, que en la década de 1880 introdujo una serie de medidas de seguridad social pública. El Estado, declaró el Canciller de Hierro, tenía que «satisfacer los deseos más que justificados de las clases trabajadoras… a través de las leyes y de la administración». Ligado al paternalismo aristocrático en la mente de Bismarck, este «socialismo de Estado», como se denominaba a sí mismo, no tardaría en dejar pequeñas sus raíces políticas. En 1883 el canciller introdujo el seguro médico mediante la creación de las cajas de enfermedad, a las que los trabajadores debían contribuir en sus dos terceras partes, aunque se les recompensó con el derecho a presentarse como candidatos en las elecciones a los comités de administración de las mismas, y de hecho acabaron dominándolos a comienzos de la nueva centuria. En 1885 los planes de seguro de enfermedad en Alemania daban cobertura a 4,3 millones de trabajadores. En 1884 se introdujo un plan de seguro de accidentes y en 1889 un plan de pensiones para ancianos e inválidos, todos ellos respaldados en gran medida por el Estado. Las limitaciones de estos planes eran evidentes. El subsidio de vejez, por ejemplo, cubría solo a los hombres mayores de setenta años e incluso a finales de siglo únicamente el 27 % de los trabajadores varones sobrevivían a esa edad. Pese a todo, pocos meses después de que Bismarck dejara su cargo en 1890, el alcance de estos planes fue ampliado, se prohibió el trabajo nocturno de mujeres y adolescentes, y se aprobó una legislación que restringía la jornada laboral de los trabajadores. Poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial había más de 15

millones de alemanes que estaban cubiertos por el seguro de enfermedad, 28 millones tenían seguro de accidentes y un millón cobraba una jubilación. Ninguna de estas medidas impidió que la gente siguiera votando a los socialistas, pero probablemente todas ellas en conjunto tuvieran bastante que ver con el hecho de que las clases trabajadoras se negaran a dar su apoyo al ala izquierda del socialismo.

Las iniciativas de Bismarck en Alemania fueron seguidas también en otros países europeos. En Hungría se creó en 1884 un cuerpo de inspectores de fábricas y en 1911 el seguro sanitario obligatorio, introducido en 1900, daba cobertura a más de un millón de trabajadores. En 1907 el gobierno introdujo la obligatoriedad del seguro de accidentes, suministrando atención médica gratuita hasta un máximo de diez semanas y pagando la baja laboral por enfermedad a las víctimas de cualquier accidente laboral. En 1898 se creó en Italia un subsidio limitado de vejez con apoyo del gobierno, mientras que en Suecia se introdujeron en 1891 las subvenciones públicas del seguro médico y en 1913 se instauró un plan universal de pensiones públicas, el primer sistema de seguridad social verdaderamente completo de Europa. En Francia la pensión de jubilación de los trabajadores fue introducida en 1910 («la mayor y mejor de las reformas de la Tercera República», como dijo el ponente de la ley en la Cámara de los Diputados), y aunque solo una tercera parte de los que tenían derecho a cobrarla contribuían a ella, fue por lo menos un comienzo. Una ley de 1905 preveía la percepción de subsidios de vejez y de enfermedad, y en 1914 más de medio millón de personas cobraban cada año al menos una paga por este concepto, mientras que una norma de 1898 establecía el cobro de una indemnización por accidente laboral subvencionada por el Estado, eliminando el requisito anterior que obligaba a la víctima a demostrar la negligencia del patrono. En Gran Bretaña el moderno estado del bienestar fue establecido por los gobiernos liberales de los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra,

movidos en parte por una verdadera conciencia social y en parte también por el deseo, similar al de Bismarck, de impedir que las clases obreras derivaran hacia el socialismo. Entre esas medidas habría que citar las pensiones de vejez (1908), las oficinas de empleo (1909), la imposición de mejores niveles de construcción de viviendas y planes urbanísticos (1909), y la creación de una Seguridad Social encargada de suministrar subsidios de enfermedad y de desempleo (1911). Todas estas medidas empezaron a socavar la Ley de Pobres de 1834, que, sin embargo, no fue derogada de hecho hasta bien entrado el siglo XX.

Estas medidas representaban la extensión de los planes de asistencia social previstos por Bismarck para los niveles más altos de la clase trabajadora a otros situados mucho más abajo en la escala social. Hasta ese momento la pobreza en sus formas más míseras y radicales había sido la destinataria de la filantropía religiosa, que poco a poco fue sustituida por la iniciativa privada y municipal. En Gran Bretaña las actividades de ese tipo fueron impulsadas en particular por mujeres de clase media como Octavia Hill (1838-1912), que encabezó el movimiento de «viviendas modelo» para la mejora del alojamiento de las clases trabajadoras y fundó la Sociedad para la Organización de las Obras de Beneficencia en 1869. Esta organización introdujo en Inglaterra el sistema Elberfeld de ayuda a la pobreza, iniciado en 1852 como respuesta a la revolución de 1848 en la conurbación industrial en la que creció Friedrich Engels. El sistema Elberfeld preveía una red de supervisores encargados de visitar a los pobres, recomendar un nivel de subvención adecuado para cada uno, comprobar la probidad de sus circunstancias familiares, y encontrarles un empleo lo antes posible, que los beneficiarios de la ayuda estaban obligados a aceptar so pena de perder el subsidio recibido. Se arrebató así a la Iglesia la gestión del problema de la pobreza y el auxilio social se convirtió en un instrumento de control secular de la sociedad. El cambio de papeles de la beneficencia laica y la beneficencia eclesiástica durante estas déca-

das puede observarse con especial claridad en el caso de Holanda, donde una nueva ley aprobada en 1854 hacía de las iglesias el órgano primario del auxilio social, mientras que los ayuntamientos solo debían intervenir como último recurso. Sin embargo, cada vez con más frecuencia el Estado tendría que asumir la carga de las ayudas, llegando a cubrir el 40 % de los costes del auxilio humanitario a los pobres en 1855 y el 57 % en 1913. Cada vez más a menudo la profesión médica exhortaría a adoptar un enfoque más dinámico de la atención sanitaria, pues, como señalaba en 1851 el comentarista social holandés Jeronimo de Bosch Kemper (1808-1876), «mejórese la salud de la gente y se habrá eliminado una causa fundamental de la pobreza». El debate continuó hasta que en 1901 los Países Bajos introdujeron por fin una Ley de Sanidad Pública, una Ley de Vivienda y una Ley de Lesiones Laborales, arrebatando a las iglesias la tarea primordial de combatir la pobreza que les había sido encomendada en la centuria anterior. En muchos sentidos, sin embargo, esas instituciones laicas no se podían diferenciar de las instituciones benéficas tradicionales de las iglesias cristianas, como, por ejemplo, la Sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en París en 1833 y especializada en efectuar visitas domiciliarias a los pobres, práctica que no habrían encontrado nada extraña los supervisores del sistema Elberfeld.

La aparición del estado del bienestar fue esencialmente una respuesta a la creciente popularidad de las políticas de izquierdas, especialmente entre la clase trabajadora. Los conservadores y liberales de finales del siglo XIX y comienzos del XX no fueron capaces de ver una amenaza mayor a su posición política que la que planteaba el socialismo, cuyos principios fundamentales eran diametralmente opuestos a la prioridad que daban los partidos políticos convencionales a la idea de nación. Influenciados por Marx y Engels y sus discípulos, los socialistas llegaron a creer que los trabajadores de los países industrializados o en vías de industrialización estaban tan explotados y oprimidos que no

guardaban lealtad alguna a los capitalistas que los gobernaban ni al estado-nación que estos mismos controlaban. Y además estaban convencidos de que tenían menos interés todavía en combatir en unas guerras en las que eran utilizados como carne de cañón, mientras que los empresarios y los industriales engordaban con los beneficios obtenidos de ellas. El objetivo declarado del movimiento socialista era subvertir las instituciones fundamentales de la sociedad burguesa, incluida la propiedad privada, las sociedades anónimas, la policía, el Ejército, la Iglesia, e incluso la familia. Todas ellas debían ser sustituidas por un estado en el que los bienes fueran de propiedad colectiva, los niños fueran criados en común, la religión fuera abolida y las empresas fueran gestionadas por los trabajadores. En la práctica, sin embargo, la política del socialismo resultó ser más compleja y menos inquietante de lo que esas visiones terroríficas sugerían. Los socialistas a menudo ladraban más que mordían, y las grandes intenciones manifestadas en los programas de los partidos socialistas eran desmentidas con mucha frecuencia en la práctica por el pragmatismo de sus políticos. El motivo de esa evolución fue en parte desde luego la aparición del estado del bienestar, que daba a los trabajadores una participación cada vez mayor en la sociedad que la teoría socialista decía que debía ser destruida. En esa medida, cabría decir que las intenciones políticas de los constructores del estado del bienestar se habían visto cumplidas.

La Segunda Internacional y sus rivales

La Internacional de Trabajadores, fundada en 1864, se había hundido a comienzos de la década de 1870 y fue disuelta formalmente en 1876, devastada por las disensiones internas entre los seguidores de Marx y los de Bakunin, y por la tremenda represión policial que se produjo a raíz de la Comuna de París de 1871. En 1889, sin embargo, había llegado el momento de realizar otro intento de unir a los trabajadores de Europa en un solo movimiento, y fue entonces cuando se fundó en París una organización sucesora de la anterior, llamada generalmente la Segun-

da Internacional. Siguió viva hasta 1914, celebrando de manera regular congresos en los que se tomaban resoluciones y se adoptaban líneas políticas que pretendían ser vinculantes para las distintas secciones nacionales. La potencia dominante en la Internacional fue el movimiento socialista alemán, que databa de los tiempos de la lucha por la Constitución de Prusia de la década de 1860, cuando Ferdinand Lassalle fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes. Entre las políticas seguidas por Lassalle y sus sucesores habría que señalar las cooperativas de productores controladas por el Estado, la soberanía parlamentaria y el sufragio universal de los varones. En 1868-1869 surgió un segundo partido socialista, el Partido Socialdemócrata de Alemania, bajo el liderazgo de Wilhelm Liebknecht, maestro de escuela, periodista y veterano de 1848, y del joven tornero y carpintero August Bebel, hijo de un suboficial del ejército prusiano. Los dos estaban fuertemente influenciados por las ideas de Marx y Engels. En 1875 los dos grupos se unieron en un congreso celebrado en Gotha, para formar el Partido Socialista Obrero de Alemania. Pero en su *Crítica del programa de Gotha* (1875), Marx sugería que las ideas del nuevo partido debían más a Lassalle que a él. Era demócrata radical más que socialista, y no hacía alusión en ningún momento a las leyes que regían el desarrollo económico, a la base clasista del Estado, ni a la necesidad de la revolución. Bebel seguía los principios de Eugen Dühring (1833-1921), que no solo no era socialista, sino que además era en realidad antisemita. La diatriba escrita por Engels en 1877 en un intento de frenar su influencia sobre el partido, el *Anti-Dühring* (título completo: *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*), consiguió ganarse a Bebel y a muchos otros integrantes del movimiento y atraerlos hacia los principios básicos del marxismo.

Desde 1878 hasta 1890 el Partido Socialista Obrero de Alemania fue ilegal. Los años de clandestinidad ahondaron enormemente el abismo que separaba a los socialistas y los liberales ale-

manes, y reforzó la hostilidad del partido hacia el estado de Bismarck. La ideología revolucionaria del marxismo y sus promesas de victoria final garantizada por las leyes de la historia resultaban irresistiblemente atractivas en aquellas circunstancias. En 1887, en un congreso celebrado en la ciudad suiza de San Galo, los últimos representantes de la corriente lassalleana fueron derrotados. En 1891, en la conferencia de Erfurt, el partido, otra vez legal, se rebautizó con el nombre de Partido Socialdemócrata de Alemania (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, SPD) y aprobó un nuevo programa de carácter marcadamente marxista. Una vez muerto Marx en 1883, en aquellos momentos era Engels el que dominaba la ideología del partido. Engels implantó en él la fe en el determinismo económico. La industrialización continuada llevaría al sistema capitalista a la ruina debido a sus propias contradicciones, mientras que la clase obrera aumentaría su fuerza y su número, experimentando unos niveles de explotación cada vez mayores. Las instituciones del estado capitalista, desde la Iglesia hasta el Ejército, la escuela y el sistema judicial, eran meros instrumentos de adoctrinamiento, y todas ellas serían barridas cuando llegara la revolución proletaria, para ser sustituidas por una sociedad socialista, igualitaria y sin clases.

Sobre esta serie de principios y creencias, derivadas de Marx, Engels añadió a la ideología del SPD un segundo elemento que alteraba de manera sutil su significación: el evolucionismo darwiniano, adoptándolo en vez de la teoría dialéctica del desarrollo histórico, asociada con Hegel, el «príncipe de la filosofía prusiana». Algún tiempo antes de que muriera Engels en 1895, Karl Kautsky (1854-1938), periodista de profesión, se había erigido en principal ideólogo del SPD. Como era un hecho científicamente comprobado que el curso de la evolución social conduciría a la clase obrera al poder, todo lo que esta tenía que hacer, a juicio de Kautsky, era seguir existiendo, porque la revolución vendría sola. Por consiguiente, a partir de 1890 el SPD intentó soslayar el peligro de volver a ser prohibido, e hizo más hincapié que nunca

en su carácter pacífico y respetuoso de la ley. El partido se centró obsesivamente en fortalecer su organización de cara a la revolución. Rechazó cualquier colaboración con partidos «burgueses» tales como los liberales, a fin de mantenerse social e ideológicamente puro hasta que llegara la revolución. El partido afirmaba además que, como la burguesía había fracasado en su misión histórica de crear una sociedad liberal en Alemania, el manto del reformismo liberal había caído sobre los hombros del proletariado. Eso significaba no solo la necesidad de trabajar para mitigar los peores excesos del sistema, sino también la dependencia de la vía parlamentaria hacia la revolución. Ganando la mayoría en el Reichstag, creía el partido, sería como podría hacerse con las riendas del poder. La confirmación de esta tesis se veía en el constante crecimiento del voto y de la militancia del SPD a partir de 1890, hasta que en 1912 acabó convirtiéndose en el partido más grande de la Cámara nacional, con 110 escaños. Poco antes de que estallara la primera guerra mundial, el SPD, con más de un millón de militantes, era el partido político más grande no solo de Alemania, sino del mundo entero.

Sin embargo, el SPD se veía dominado cada vez más por una sensación de parálisis política. Se realizaron diversos intentos de encontrar una salida por la derecha y por la izquierda. Por la derecha estaban los revisionistas, capitaneados por Eduard Bernstein (1850-1932), hijo de un maquinista de ferrocarril judío de Berlín. Bernstein llevaba trabajando en el movimiento socialista desde 1872 y había sido uno de los autores del programa de Erfurt, pero se había empapado de los principios del reformismo durante una temporada de exilio en Inglaterra. En una serie de artículos publicados a primeros de la nueva centuria, sugería que las predicciones que había hecho Marx acerca del empobrecimiento cada vez mayor del proletariado se habían visto desmentidas por los acontecimientos. La clase obrera estaba volviéndose en realidad cada vez más próspera, la revolución no iba a producirse, y había llegado el momento de que el partido se convirtie-

ra al reformismo liberal. Las críticas de Bernstein desencadenaron un debate furibundo en el seno del partido. Los militantes de a pie consideraban que aquellas disputas no hacían más que causar divisiones, y apoyaron a la dirección del partido cuando intentó silenciar el debate. Los revisionistas eran un pequeño grupo aislado de intelectuales que no tenían una base de poder dentro del partido y al final sus ideas no hicieron demasiados progresos. Mucho más numerosos y mucho más influyentes con diferencia eran los pragmáticos, cuya presencia dentro del partido era cada vez mayor, y para quienes la ideología, considerada tan importante por Bernstein y sus seguidores, era irrelevante. Hombres como Ignaz Auer (1846-1907), guarnicionero de profesión, que había sido una figura fundamental en la creación de la maquinaria del partido durante la década de 1890, creía simplemente que había que continuar con la tarea de reclutamiento de seguidores y representando los intereses de la clase obrera. El líder socialista bávaro Georg von Vollmar (1850-1922), antiguo oficial del ejército, estaba dispuesto a colaborar con los liberales de izquierdas o con el Estado si ello podía contribuir a llevar a cabo las reformas necesarias. Así pues, en el sur de Alemania los representantes parlamentarios del SPD votaron a favor de los presupuestos generales del Estado y entre bastidores colaboraron estrechamente con los liberales. De manera más general, los militantes del partido desempeñaron un papel muy activo en los sectores electivos de los servicios comunitarios y en la gestión del seguro de salud. Los sindicatos se centraron ante todo en los beneficios prácticos inmediatos que pudieran conseguir sus miembros y ejercieron una influencia cada vez mayor sobre el partido. La transformación de este en una organización de masas requirió el nombramiento de una plantilla fija remunerada, que incrementó el número y la influencia de los pragmáticos colocando en puestos de poder a individuos cuya preocupación era la gestión cotidiana del partido y no cuestiones más generales de teoría socialista, principios políticos y estrategias a largo plazo.

En Alemania las fuerzas del orden no necesitaban una legislación específica para acosar y entorpecer las actividades políticas de un partido considerado hostil a la propia existencia del estado. La policía explotaba al máximo su derecho a asistir a las reuniones públicas con el fin de «mantener el orden», y aprovechaba el pretexto más trivial para disolver las asambleas de los socialdemócratas, al tiempo que mostraba una amplísima tolerancia con las de los partidos de derechas. En 1914 la inmensa mayoría de los editores del periódico y de la revista del SPD había pasado meses, cuando no años, en la cárcel por delitos que iban desde el de difamación de la policía al de lesa majestad. Los militantes y los partidarios del Partido Socialdemócrata fueron excluidos de cualquier tipo de servicio público. Cuando el físico Leo Arons (1860-1919), inventor de la lámpara de vapor de mercurio, se convirtió en miembro activo del SPD, el káiser Guillermo II afirmó: «No toleraré que unos socialistas… sean profesores de nuestros jóvenes en las universidades reales». En 1898 se aprobó una ley específicamente con el único objeto de expulsar a Arons de la Universidad de Berlín, donde daba clases. De manera más general, los magnates de la industria pesada como Krupp vigilaban y controlaban las actividades de sus trabajadores, empleando para ello una fuerza policial privada, y despedían a todo aquel que descubrían que era socialista.

Las discriminaciones de ese tipo contribuyeron a que apareciera un ala izquierda del SPD que consideraba inviable el programa reformista y que instaba a llevar a cabo acciones directas para hacer realidad la revolución. La figura más destacada en ese sentido fue la periodista y escritora Rosa Luxemburg (1871-1919), que en 1889 había huido de la Polonia del Congreso y había emigrado a Suiza para no ser detenida por las autoridades rusas. Había estudiado en la Universidad de Zúrich, donde había obtenido el grado de doctora en 1897 con una tesis sobre la historia económica de la Polonia moderna; luego se había trasladado a Alemania, donde se había casado, obteniendo de ese modo

la ciudadanía alemana. (El matrimonio había sido puramente de conveniencia; la pareja no vivió nunca junta y se divorció al cabo de cinco años). Los tratados teóricos minuciosamente argumentados de Rosa Luxemburg, que culminarían en *La acumulación del capital* (1913), intentaban identificar las fuerzas económicas que movían el imperialismo. Pero sería por su oposición a la guerra por lo que se haría más famosa. Luxemburg sostenía que la guerra podía y debía ser parada mediante una huelga masiva de proletarios en todos los países que potencialmente fueran a participar en ella. Logró introducir una moción en el congreso de la Segunda Internacional celebrado en Stuttgart en 1907 convocando una huelga general en toda Europa si se producía una amenaza de guerra. «La socialdemocracia —dijo— es simplemente la encarnación de la lucha de clases del proletariado moderno, una lucha impulsada por la conciencia de sus propias consecuencias históricas. Las masas son en realidad sus verdaderos líderes, que crean dialécticamente su propio proceso de desarrollo». Pero mientras que estas opiniones hacían de ella un personaje más democrático que, pongamos por caso, Lenin, su dependencia de las multitudes para generar una revolución sin dirigentes estaba condenada al fracaso. Otro radical como ella, Karl Liebknecht (1871-1919), hijo primigenio del líder socialista Wilhelm Liebknecht, abogado y diputado del Reichstag, expuso unos argumentos similares en su obra *Militarism and Anti-Militarism* [Militarismo y antimilitarismo] (1907). Pero Luxemburg, Liebknecht y el puñado de socialistas que los seguían no dejarían de ser personajes aislados situados al margen del partido hasta que estalló la guerra.

Estrechamente vinculado al Partido Socialdemócrata Alemán estaba su homólogo austríaco, fundado en 1889. Los socialistas de Austria se distinguían de los de Alemania por su mayor interés por la teoría (incluso el mayor teórico del SPD, Kautsky, era austríaco). Dada su situación dentro de la monarquía multinacional, les preocupaba espacialmente el nacionalismo, asunto

hasta el momento bastante descuidado por la tradición marxista. En *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* (1907), Otto Bauer (1881-1938) admitía que los estados-nación habían aportado mucho a la cultura humana a través de sus diferencias, pero seguía suscribiendo la política de la Segunda Internacional consistente en evitar la guerra organizando una huelga general europea. Semejante postura acabaría revelándose completamente inútil. Hubo, sin embargo, una campaña socialista para evitar la guerra que sí que tuvo éxito, concretamente en Suecia, donde Hjalmar Branting (1860-1925), astrónomo convertido en periodista y fundador del Partido Socialdemócrata Sueco en 1889, encabezó a comienzos del nuevo siglo un movimiento para impedir que los reservistas fueran llamados a filas para participar en una campaña militar contra la secesión de Noruega. Branting convocó una huelga general con el eslogan «¡Quita las manos de Noruega, rey!». Alarmado ante la perspectiva de no ser capaz de reclutar una fuerza militar eficaz contra los noruegos, el gobierno sueco cedió y los dos países se divorciaron pacíficamente. Probablemente este sea el único ejemplo de huelga general política en Europa que tuvo éxito antes de que estallara la guerra.

El movimiento socialista en Gran Bretaña fue menos ideológico que sus homólogos del continente. Los sindicatos del nuevo modelo que habían surgido tras el colapso del cartismo estaban estrechamente vinculados al Partido Liberal. El radicalismo socialista no reapareció hasta la década de 1880. El primero de los nuevos órganos socialistas fue la Federación Socialdemócrata, presidida por Henry Hyndman (1842-1921), hijo de un acaudalado hombre de negocios, graduado por el Trinity College de Cambridge, y entre otras cosas jugador de críquet de primera clase. Espantado por el derramamiento de sangre que se había producido en la tercera guerra de independencia de Italia (1866), y del que él fue testigo ocular como periodista, Hyndman se convirtió al marxismo en 1880 tras leer *El capital* mientras atravesaba el Atlántico en un crucero. Entre sus socios estaban William Mo-

rris, Eleanor Marx (1855-1898), la hija de Karl Marx, y dos obreros cualificados, los sindicalistas Tom Mann (1856-1941) y John Burns (1858-1943). Después de leer a Marx, Hyndman esperaba que la sociedad capitalista sucumbiera por sí sola a finales de la década de 1880 como muy tarde. En 1890, sin dejarse amedrentar, revisó esa fecha y la pospuso a 1900, plazo que también fue superado sin que se produjera incidente alguno. Su programa incluía la abolición de la monarquía y el Ejército y, paradójicamente, la evitación de la emancipación de la mujer, que consideraba una desviación de los objetivos del socialismo. El talante dictatorial de Hyndman lo malquistó con sus principales socios, que ya habían presentado su dimisión a finales de la década de 1880, momento en el que la Federación Socialdemócrata tenía solo unos 3.000 miembros. Nunca sería nada más que una secta, pero fue el único movimiento en Gran Bretaña que seguiría discutiendo las ideas de Marx, aunque no las suscribiera todas. Un grupo de carácter más intelectual, la Sociedad Fabiana, fundada en 1884, que debía su nombre al general romano que había logrado derrotar a Aníbal utilizando tácticas dilatorias en vez de recurrir a la confrontación abierta, contaba con unos 2.000 miembros, pero suplió sus diminutas proporciones publicando los influyentes *Tratados fabianos* (1884-1901). Entre sus publicaciones hubo aportaciones de personajes destacados, como el dramaturgo George Bernard Shaw, editor de los *Ensayos fabianos* (1889), y los impulsores de la reforma social Beatrice Webb (1858-1943) y su marido Sidney Webb (1859-1947).

En Gran Bretaña el principal representante de las clases trabajadoras fue el Partido Laborista, cuyos orígenes habría que buscar en los sindicatos. Las organizaciones obreras habían llegado a contar en 1888 con unos 750.000 miembros, en su mayoría adscritos al Congreso de Sindicatos (TUC). En 1886-1887 el Congreso creó un comité electoral para presionar y exigir una representación más fuerte de la clase obrera en el Parlamento. En Escocia y en el norte de Inglaterra los sindicatos rompieron con los libe-

rales y presentaron candidatos independientes de clase trabajadora en las elecciones al Parlamento. En 1892, uno de esos candidatos, el escocés Keir Hardie (1856-1915), fue elegido diputado por el distrito londinense de West Ham South, habitado en su mayoría por gente pobre. Hardie era hijo ilegítimo, había sido minero y era el líder de un sindicato de mineros. No era marxista. «He encontrado más inspiración para mi labor —decía— en las enseñanzas de Jesús que en cualquier otra fuente». En 1893, Hardie fundó el Partido Laborista Independiente, que tenía su sede en Bradford, dando cabida en él a representantes de la Federación Socialdemócrata de Hyndman y de la Sociedad Fabiana. Su finalidad era conseguir la «propiedad colectiva de los medios de producción, de distribución y de intercambio». Dependiente al principio de los pactos electorales suscritos en el ámbito local con los liberales, el partido obtuvo veintinueve escaños en la Cámara de los Comunes en 1906, a los que habría que sumar los veintiséis representantes de los sindicatos mineros elegidos en las listas del Partido Liberal. En 1910 más de cuarenta candidatos del Partido Laborista obtuvieron escaños, aunque el laborismo no lograría desplazar a los liberales como principal partido de la izquierda hasta después de la guerra.

El socialismo francés también era débil y también estaba dividido. La facción más importante dentro del movimiento —y la única que guardaba un mayor parecido con el modelo alemán— estaba encabezada por Jules Guesde (1845-1922), veterano de la Comuna que pasó la mayor parte de la década de 1870 en Italia y que se convirtió al marxismo en 1876. Guesde, periodista y antiguo funcionario, constituía una figura aterradora para los burgueses: alto y delgado, con una melena que le llegaba hasta los hombros, una larga barba negra, tez pálida y gafas con montura metálica, era un hombre ideológicamente rígido e intransigente. En colaboración con Marx, de cuyo yerno, Paul Lafargue (1842-1911), era amigo personal, Guesde formó en 1880 el Partido Obrero Francés (POF). Sin embargo, en 1883, poco antes de su

muerte ocurrida unos meses más tarde, Marx escribió una carta a los dos acusándolos de «palabrería revolucionaria». Cuando ellos le aseguraron que eran marxistas, se dice que les respondió: «Pues entonces lo que es seguro es que yo no lo soy». Guesde tenía su base de poder en los obreros del sector textil del norte de Francia, donde aprovechó la vida social para ganar adeptos. En la Francia del centro y del este su partido surgió a partir de una sociedad secreta bastante popular entre los mineros, La Marianne, mientras que en el sur del país se apoyó en la clase media baja radical posjacobina. Con esta base social un tanto disparatada, el Partido Obrero Francés había llegado a tener 16.000 miembros en 1898 y había conseguido trece escaños en la Cámara de los Diputados, convirtiéndose en la facción socialista más numerosa de Francia, pero diminuta comparada con la fuerza de la organización alemana. A diferencia de los socialdemócratas alemanes, los guesdistas nunca lograron ganarse el apoyo de los sindicatos, condición trascendental para conseguir el éxito.

Desde 1881-1882 los guesdistas tendrían que hacer frente a un grupo rival, los llamados «posibilistas», capitaneados por Paul Brousse (1844-1912), médico de profesión. Como les sucedería a tantos otros partidos políticos, fueron sus adversarios, y en este caso el propio Guesde, los que dieron su nombre a esta facción, llamándola «posibilista», término vejatorio porque, según decían, sus seguidores estaban a favor de venderse a la burguesía. La respuesta de Brousse a semejante crítica fue aceptar el nombre y calificar a Guesde de «imposibilista». Brousse pensaba que el socialismo acabaría haciéndose realidad por sí solo a través del cambio económico; la revolución no era necesaria. Mientras tanto, centró sus esfuerzos en cuestiones de índole municipal y en alcanzar el poder en el ámbito local. En 1889 los posibilistas obtuvieron nueve concejalías en el Ayuntamiento de París y dos escaños en la Cámara de los Diputados. A medida que su consulta médica fue siendo más lucrativa, el propio Brousse fue vol-

viéndose más centrista, sosteniendo que al final la revolución no se iba a producir de ninguna manera. Su pesimismo hizo que el tipógrafo Jean Allemane (1843-1935), antiguo *communard* y defensor de la huelga general como arma política, se apartara de él en 1890 y formara otra facción, el Partido Obrero Socialista Revolucionario (POSR). Esta organización, dominada por obreros, obtuvo cinco escaños en la Cámara en 1892, pero sus diputados estaban tan estrechamente vinculados a sus circunscripciones, por las que eran tratados como delegados obligados a recibir instrucciones para cualquier asunto, que acabaron encontrando insoportable la vida parlamentaria y abandonando el partido en 1896.

En ese momento empezó a surgir un nuevo personaje que lograría unir y finalmente dominar el socialismo francés: Jean Jaurès (1859-1914). Jaurès se definía a sí mismo como un «campesino cultivado». Se vestía como un burgués, incluida la levita negra de rigor, pero iba siempre tan desaliñado, llevaba los pantalones tan cortos y los bolsillos siempre tan llenos de libros y papeles, que en realidad no parecía pertenecer a ninguna clase social. Su desaliño revelaba el hecho de que de profesión era catedrático de filosofía. Brillante orador, dotado de un sexto sentido para captar el Estado de ánimo de la multitud, abandonó el Partido Radical para hacerse socialista independiente cuando se dio cuenta de que los radicales no se tomaban en serio la reforma social. Se unió a él Alexandre Millerand (1859-1943), un abogado que se había hecho famoso defendiendo ante los tribunales a los huelguistas en los pleitos interpuestos contra ellos por el estado. Millerand intentó unificar a los distintos diputados socialistas, incluidos los guesdistas y los posibilistas, sobre la base de un programa de mínimos que incluyera la nacionalización de los monopolios, la municipalización de los servicios públicos y la independencia de los pequeños propietarios. En 1899, sin embargo, aceptó la oferta que recibió de ocupar el Ministerio de Comercio e Industria en un gabinete presidido por Pierre Waldeck-Rous-

seau (1846-1904), del que formaba parte también el general Gaston Galliffet (1830-1909), célebre por el papel desempeñado en la represión de la Comuna de París. Como consecuencia de todo ello, los socialistas repudiaron a Millerand tachándolo de oportunista y lo cierto es que al término de la primera guerra mundial acabó convirtiéndose en un presidente de la República de carácter más bien conservador.

Jaurès salió airoso allí donde Millerand fracasó. Para ello aprovechó la escisión de los posibilistas y el aumento del número de diputados socialistas independientes. En 1900 fundó su propio partido, concluyendo alianzas electorales de ámbito local con los radicales para reforzar el número de sus diputados en la Cámara. Devolvió el favor apoyando la legislación anticlerical introducida por los radicales durante la primera década del nuevo siglo. Siguiendo la línea alemana de no cooperación con los partidos burgueses, Guesde convenció al congreso de la Segunda Internacional celebrado en 1904 en Ámsterdam de que hiciera pública una condena de Jaurès. Aceptando astutamente dicha condena, Jaurès puso fin a su colaboración con los radicales y en 1905 llevó a cabo la unificación de las facciones socialistas en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO). Redactado por el propio Jaurès, el programa del partido de 1908, bastante parecido al de los socialdemócratas alemanes, tenía algo que ofrecer a todo el mundo. Ofrecía la revolución definitiva a los guesdistas, el uso de la huelga general cuando surgiera la ocasión a lo que quedaba de los allemanistas, y la inmediata campaña electoral, la reforma municipal y el apoyo de los sindicatos a los que tenían una mentalidad más posibilista. Sobre esta base los socialistas franceses doblaron su militancia, llegando a superar los 90.000 miembros en 1914. En cualquier caso, aquella cifra seguía siendo menos de una décima parte de los militantes que tenía el SPD. El movimiento socialista francés siguió siendo propenso al faccionalismo, con disidentes capitaneados por el antimilitarista ferviente Gustave Hervé (1871-1944), por la izquierda,

y por el patriota Alexandre Varenne (1870-1947), por la derecha. El partido no llegó a crear nunca unos lazos demasiado fuertes con los sindicatos y, pese a los éxitos electorales conseguidos alguna que otra vez, nunca consiguió realmente movilizar a un sector significativo del campesinado. No obstante, en 1914 era una fuerza con la que había que contar, pues disponía de 102 de los 601 escaños de la Cámara de los Diputados, casi el doble de los que había tenido en 1906.

El socialismo francés tuvo además que lidiar con un poderoso rival por la izquierda, concretamente con los anarquistas. Aunque el objetivo de los dos grupos era, en teoría al menos, la destrucción del orden establecido y la creación de una sociedad sin clases, los socialistas culpaban de la desigualdad y la opresión al dominio clasista de la burguesía, mientras que de lo que la culpaban los anarquistas era de la existencia del propio Estado. Los socialistas estaban dispuestos a esperar que llegara la revolución, mientras que los anarquistas la querían ya; los socialistas estaban dispuestos hasta cierto punto a trabajar a través del sistema parlamentario, mientras que los anarquistas repudiaban la democracia parlamentaria y querían una acción revolucionaria directa, apelando a «la propaganda de los hechos». Tras la derrota de Bakunin por Marx y sus secuaces en la Primera Internacional, los anarquistas centraron sus esfuerzos en desestabilizar el Estado por medio de actos de violencia individual y de terrorismo. Sus periódicos organizaban loterías en las que se ofrecían como premio pistolas y puñales. Algunos anarquistas provocaron el escándalo entre la sociedad burguesa cometiendo atracos, asesinatos y explosiones, en una campaña que culminó en 1894 con el asesinato del presidente de la República Francesa, Marie-François Sadi Carnot (1837-1894), apuñalado en Lyon por el joven anarquista italiano Sante Geronimo Caserio (1873-1894) cuando salía de un banquete en un coche descubierto. Caserio declaró que había cometido el crimen para vengar la ejecución de otro anarquista, Émile Henry (1872-1894), que había detona-

do una bomba en el café Terminus de la estación de Saint-Lazare de París, matando a una persona y causando heridas a otras veinte; cuando se le reprochó haber causado la muerte a víctimas inocentes, Henry había contestado: «No hay inocentes».

Henry, por su parte, había arrojado la bomba en venganza por la ejecución de Auguste Vaillant (1861-1894), que había tirado una bomba contra la Cámara de los Diputados en 1893 (el artefacto casero no resultó demasiado efectivo y no causó ninguna muerte, aunque sí varios heridos). Las últimas palabras de Vaillant antes de ser guillotinado fueron: «¡Muerte a la burguesía! ¡Viva la anarquía!». Estos hombres pasaron a engrosar la lista de mártires y héroes anarquistas, el más famoso de los cuales probablemente fue François Ravachol (1859-1892). Había intentado volar dos edificios de apartamentos en los que vivían sendos jueces, y fue condenado por asesinar a un anciano ermitaño cerca de Saint-Étienne para robarle sus ahorros, así como por matar a un trapero y a dos solteronas viejas. Cuando le leyeron la sentencia, gritó: «¡Viva la anarquía!». Las motivaciones de estas agresiones aparentemente fortuitas fueron explicadas lúcidamente por Émile Henry en su juicio: «Quería demostrar a la burguesía que su placer ya no sería completo, que sus éxitos insolentes serían incomodados, que su becerro de oro temblaría violentamente en su pedestal, hasta que el golpe definitivo lo derribara y lo hiciera caer en el barro y la sangre».

Incidentes como estos dejarían tras de sí la imagen del anarquista barbudo y mal peinado, tocado con gorra y con la bomba en la mano. Sería también en este período cuando surgirían los retratos literarios más célebres de los anarquistas en novelas como, por ejemplo, *Germinal* (1885) de Zola, *La princesa Casamassima* (1886) de Henry James o *El agente secreto* (1907, cuya peripecia se desarrolla en Londres en 1886) de Joseph Conrad. En realidad los terroristas anarquistas de este tipo fueron relativamente pocos, y la principal consecuencia de sus actos fue aterrorizar a la sociedad burguesa y provocar una drástica represión

policial, particularmente a través de las llamadas *lois scélérates* (leyes criminales) de diciembre de 1893 (aprobadas dos días después de que Auguste Vaillant arrojara su bomba), que permitieron a las autoridades francesas cerrar la mayor parte de las publicaciones anarquistas. El anarquismo tuvo un impacto todavía más grande en Italia y España, donde la influencia de Bakunin resultó decisiva. Durante su estancia de tres años en Italia, de 1864 a 1867, el revolucionario ruso se había ganado la admiración de la nueva generación de radicales jóvenes. «En ningún país está más próximo el advenimiento de la revolución social que en Italia —escribía con optimismo Bakunin—... Las masas de campesinos italianos representan ya de por sí un ejército inmenso y todopoderoso para la revolución social». En 1874 participó en una sublevación anarquista en Bolonia que acabó, antes incluso de empezar, con la delación de los planes de los revolucionarios a la policía; aunque pensó en suicidarse, Bakunin decidió disfrazarse de cura y escapar a Suiza. Dos años después, su discípulo Errico Malatesta (1853-1932) y un revolucionario ruso, Sergéi Micháilovitch Kravchínski (1851-1895), posteriormente conocido como Stepniak, se trasladaron en 1877 a los montes de Campania, cerca de Benevento, donde proclamaron el derrocamiento del rey y empezaron a quemar los archivos de la ciudad. Cuando llegó el ejército, los anarquistas fueron detenidos, pese al apoyo recibido de los campesinos de la zona, aunque un jurado de simpatizantes los absolvió cuando fueron juzgados en 1878.

Malatesta sobrevivió y llegó a conocer la época fascista, unas veces en la cárcel y otras como exiliado en Londres, donde trabajó de electricista. Como tal, ayudó a suministrar a unos ladrones el material usado para atracar el establecimiento de un joyero en Houndstitch. Cuando la policía pilló a los cacos con las manos en la masa, se produjo un tiroteo en el que tres agentes fueron alcanzados por las balas. Los atracadores se parapetaron en una casa de la calle Sidney, donde su asedio, al que asistió el

secretario del Interior Winston Churchill (1874-1965), acabó con su muerte. Durante la última década del siglo XIX y la primera del XX algunos anarquistas italianos estuvieron entre los exponentes más activos de la «propaganda de los hechos»: hombres como Gaetano Bresci (1869-1901), que asesinó al rey Humberto I de Italia, Michele Angiolillo (1871-1897), que asesinó al presidente del gobierno español Antonio Cánovas del Castillo en venganza por la ejecución de cinco anarquistas españoles, y Luigi Lucheni (1873-1910), que mató de una puñalada a la emperatriz Isabel de Austria-Hungría en 1898 clavándole en el pecho una lima triangular de cuatro pulgadas. En su diario Lucheni había escrito antes del asesinato: «¡Cómo me gustaría matar a alguien! Pero debería ser alguien importante, para que saliera en los periódicos».

La influencia de Bakunin fue mayor en España. En la década de 1870 su discípulo italiano Giuseppe Fanelli (1827-1877) se puso en contacto con un pequeño grupo de seguidores de Charles Fourier y Pierre-Joseph Proudhon, y logró convencerlos de que formaran una sección de la Internacional entregada plenamente a las ideas de Bakunin. Fanelli no sabía español y hablaba en francés, pero uno de sus oyentes recordaría que su voz «sabía adoptar todas las inflexiones apropiadas para lo que estaba diciendo, pasando con suma rapidez de los tonos de cólera y las amenazas contra los explotadores y los tiranos, a los acentos de sufrimiento, compasión y consuelo». El grupo de Fanelli se hizo con un seguimiento importante entre los obreros, animándolos a llevar a cabo huelgas políticas en Barcelona; además, sus ideas ejercieron una enorme influencia sobre los jornaleros sin tierras y los pequeños labradores del sur del país. En la década de 1890 los anarquistas organizaron manifestaciones multitudinarias en numerosas ciudades de España, que culminaron en la Semana Trágica de Barcelona. Los disturbios se prolongaron desde el 25 de julio hasta el 2 de agosto de 1909, cuando miles de personas se manifestaron contra la llamada a filas de los reservistas para su envío a África. Más de cien individuos perdieron la vida a

manos de las tropas hechas venir por el gobierno, y 1.700 fueron acusados de rebelión armada; de ellos cinco fueron condenados a muerte y cincuenta y nueve a cadena perpetua. Estos acontecimientos culminaron en 1910 con la creación del sindicato anarquista, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo).

En cambio, el anarquismo fue incapaz de echar raíces en Alemania, en gran medida debido a la fuerza de la clase obrera organizada de la industria. Su momento de mayor auge tuvo lugar en septiembre de 1883, cuando una pequeña banda de anarquistas puso una bomba enorme en una zanja de drenaje debajo de la ruta por la que debían pasar el káiser Guillermo I, Bismarck y los príncipes alemanes camino de la inauguración de la estatua de *Germania* colocada en lo alto de una colina sobre el Rin, cerca de Rüdesheim. La carnicería habría podido ser enorme si las cosas les hubieran salido bien, pero, al estar faltos de dinero, los terroristas no pudieron comprar detonadores impermeabilizados. La noche anterior al atentado llovió, de modo que la bomba no explotó. Al cabo de unas semanas los anarquistas volaron la principal comisaría de Fráncfort y cuando fueron arrestados confesaron la preparación del atentado en el monumento de Niederwald. Tres de ellos fueron decapitados, dos fueron encarcelados y otros dos absueltos. Cuando estaba en el banquillo de los acusados, uno de ellos gritó al oír la sentencia: «¡Si me quedaran diez cabezas, las pondría todas en el tajo por la causa!». La influencia más duradera del anarquismo alemán no se dejó sentir de hecho en su país de origen, sino en Estados Unidos. El impresor Johann Most (1846-1906), expulsado del SPD en 1880, emigró a Norteamérica en 1882, cambiando su nombre de pila por el de John. Desempeñó allí un papel muy activo en el incipiente movimiento anarquista estadounidense, en el que destacaron particularmente los emigrantes italianos. En 1885, Most publicó su libro *Science of Revolutionary Warfare* [Ciencia de la guerra revolucionaria] (subtitulado *Little Handbook of Instruction in the Use and Preparation of Nitroglycerine, Dynamite, Gun-Co-*

tton, Fulminating Mercury, Bombs, Fuses, Poisons, etc. [Pequeño manual de instrucciones para el uso y la preparación de nitroglicerina, dinamita, pólvora de algodón, fulminato de mercurio, bombas, detonadores, venenos, etc.]). Se pasó el resto de su vida entrando y saliendo de la cárcel, siendo condenado en una ocasión por haber inspirado supuestamente el asesinato del presidente William McKinley (1843-1901).

Una de las seguidoras más famosas de Most en América fue la emigrante rusa Emma Goldman, Emma la Roja (1869-1940). En teoría al menos, los líderes anarquistas y socialistas eran partidarios de la igualdad de la mujer, inspirándose en clásicos como *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884) de Engels. La más leída de las obras de ese estilo fue *La mujer y el socialismo* (1879), del líder socialista alemán August Bebel. El autor ofrecía una imagen drástica de la explotación social y económica de las mujeres de la clase trabajadora, especialmente aquellas que se veían obligadas a ejercer la prostitución, y postulaba la promesa utópica de que la mujer alcanzaría la igualdad total en un mundo revolucionario en el que ya no existirían las restricciones convencionales de la vida conyugal y familiar. En parte debido a la influencia de esta obra, la organización femenina más importante de Europa fue la alemana. El movimiento se unió en 1896 a partir de diversos grupos más pequeños y heterogéneos en un órgano funcional creado a instancias de Clara Zetkin (1857-1933), que fue la figura dominante hasta la primera guerra mundial. Su nombre de soltera era Clara Eissner y había nacido en una pequeña localidad agrícola de Sajonia, hija de un maestro de escuela alemán y de su cultísima esposa, de nacionalidad francesa. Clara comenzó a desarrollar su actividad en el movimiento socialista en la década de 1870 y por entonces conoció al revolucionario ruso Ossip Zetkin (1848-1889), que se convirtió en su mentor y en su amante. La pareja no se casó, pero Clara lo siguió en el destierro, primero en Zúrich y luego en París, y le dio dos hijos. Viviendo en una pobreza considerable, los

dos contrajeron la tuberculosis, a consecuencia de la cual Ossip murió en 1889. Clara se recuperó y más tarde se casaría con un pintor, Georg Zundel (1875-1948), dieciocho años menor que ella: Clara no respetó nunca las convenciones burguesas en ninguna de sus dos relaciones.

Fue en París donde Clara Zetkin adoptó una postura de apasionado compromiso con una concepción socialista del feminismo a raíz de la lectura del libro de Bebel y de conocer a Engels. Al volver a Alemania tras la muerte de Ossip, asumió la dirección de una revista feminista de cuño socialista en decadencia y la rebautizó *Die Gleichheit* [La Igualdad]. La publicación, que en 1914 había llegado a tener una tirada de 125.000 ejemplares, sostenía de modo coherente que la lucha de las proletarias era una parte esencial de la lucha de la clase obrera en general por la transformación revolucionaria de la sociedad. Zetkin condenaba la idea de un movimiento feminista aparte por considerarla una iniciativa «burguesa» y polemizó incesantemente con sus líderes. Con la ayuda de Luise Zietz (1865-1922), obrera de una fábrica de tabaco casada con un estibador de Hamburgo, Zetkin formó un equipo de agitadoras que se dedicarían al reclutamiento sistemático de mujeres de clase trabajadora. Al principio, debido al obstáculo que suponía la prohibición legal de participar en la política que afectaba a las mujeres en la mayor parte de Alemania, tuvieron poco éxito. Pero a partir de 1905, cuando esa legislación fue relajada, y especialmente desde 1908, cuando fue derogada, el movimiento creció rápidamente, llegando a tener 175.000 socias en 1914. La mayoría de ellas eran las mujeres de militantes socialdemócratas y de sindicalistas activos que se habían dado cuenta de que las mujeres hostiles o indiferentes a su política podían estorbar sus actividades, especialmente en épocas de huelga o de cierre patronal, y de paso poner en peligro el futuro del socialismo al no criar a sus hijos para que apoyaran la causa. El principio de la emancipación de la mujer, incluida la

concesión del derecho a voto sin restricciones, se incluyó así en el programa del SPD.

Sin embargo, nadie esperaba que, dentro del movimiento, las mujeres mostraran una iniciativa independiente. En particular, las conferencias bianuales de mujeres celebradas de 1900 a 1908 provocaron gran hostilidad entre los hombres del SPD, que se encargaron de que no se celebrara ninguna conferencia más antes de la guerra, salvo una en 1911. Más controvertido todavía resultó dentro del movimiento el Día Internacional de la Mujer, creado por iniciativa de Clara Zetkin en virtud de una resolución del Congreso Internacional de Mujeres Socialistas de 1910, celebrado en Copenhague, a imitación de las socialistas americanas. El 19 de marzo de 1911 las mujeres de Alemania, Austria, Dinamarca, Suiza y Estados Unidos salieron en manifestación para pedir el voto para la mujer. El cortejo de las manifestantes, formado por mujeres socialistas vestidas de modo respetable, recorrió en silencio las calles llevando pancartas en las que reclamaban el derecho a voto, y el acto volvió a llevarse a cabo en 1912, 1913 y 1914. Los reiterados intentos de impedir la realización de esas manifestaciones llevados a cabo por los dirigentes del SPD no llegaron a nada, aunque el partido clausuró su Secretaría de la Mujer en 1912. Para entonces Clara Zetkin llevaba escorándose hacia la extrema izquierda junto con Rosa Luxemburg (que se mantuvo decididamente al margen de las cuestiones relacionadas con la mujer, por considerarlas una distracción de sus actividades revolucionarias) y en 1908 fue sustituida como presidenta del movimiento femenino. El compromiso de la dirección del SPD con el sufragio de las mujeres no fue nunca más que nominal, como se puso de manifiesto en 1910, cuando dio la impresión de que la perspectiva de extender el voto a la totalidad de los varones de Prusia era verdaderamente factible y fue apoyada por el partido sin hacer referencia en ningún momento al voto de la mujer.

Impresionante por sus dimensiones y por su disciplina, el movimiento de las mujeres socialistas de Alemania no tuvo rival en ningún país de Europa. En Francia varias feministas radicales, la más importante de las cuales fue Louise Saumonneau (1875-1950), obrera de la confección perteneciente a una familia de ebanistas, fundaron un Grupo Socialista Feminista. Saumonneau adoptó la misma línea que Clara Zetkin, en la idea de que centrarse en los problemas de las mujeres era irrelevante para la causa de la revolución en general y suscitaba la hostilidad de los socialistas convencionales; en 1914, los distintos grupos socialistas en conjunto no pasaban de los 90.000 militantes, y de ellos menos de mil eran mujeres. La influencia de los escritos misóginos de Proudhon y de la economía doméstica de las familias artesanas seguía siendo muy fuerte en Francia. Y los sindicatos nunca aprobaron el trabajo de la mujer, pues consideraban que contribuía a socavar los salarios de los hombres. Hubo movimientos de mujeres socialistas de pequeño tamaño, pero muy significativos, en Austria, Dinamarca y Holanda, y también hubo varias mujeres activas en el Partido Laborista británico, pero en el terreno de los derechos de la mujer los alemanes tendrían un predominio aún mayor dentro del movimiento internacional del que tenían en la Segunda Internacional en general.

A pesar de su desunión, los movimientos socialistas organizados quizá constituyeran la presión más poderosa que llegó a ejercerse en pro de la democratización de la política europea durante el cuarto de siglo inmediatamente anterior al estallido de la primera guerra mundial. Con millones de seguidores, principalmente entre los trabajadores de la industria, las grandes organizaciones socialistas de la época estaban públicamente empeñadas en conseguir para las masas de ciudadanos la igualdad plena en el terreno de la política, la responsabilidad ministerial, la abolición de las monarquías y de la nobleza de título, la eliminación de la religión oficial, la supresión de los grandes latifundios, y el fin de la explotación mediante la destrucción del capitalismo y el

establecimiento de la propiedad colectiva en todas las áreas de la economía. Todas esas creencias eran inculcadas, especialmente en Alemania y Austria, a través de una enorme y compleja red de instituciones exclusivamente socialistas, periódicos, revistas, clubs y asociaciones, sindicatos, sociedades pedagógicas, etc., de modo que sus miembros pudieran vivir toda su vida en un mundo empapado de valores socialistas. El socialismo transformó así las vidas de millones de trabajadores corrientes, pero en la mente de las élites que dominaban la minoría dirigente política de la época también constituía una amenaza cada vez mayor para la estabilidad social y el orden. Una y otra vez los gobiernos conservadores y al final también los liberales intentaron calmar el descontento de la clase obrera aprobando reformas sociales que dieran a los trabajadores una mayor participación en la sociedad y que eliminaran de su vida la inseguridad y la pobreza que habían generado el resentimiento y la desilusión con las instituciones dominantes del Estado. En 1900 había dado comienzo en casi todos los países de Europa la era de las multitudes, mientras que partidos y agrupaciones políticas de toda laya se disputaban su adhesión y rivalizaban por conseguir su apoyo.

La era de las multitudes

Si la democracia en su forma moderna se basa sobre todo en el sufragio universal de los ciudadanos adultos y en la responsabilidad del gobierno ante el Parlamento y el electorado, podemos afirmar que el curso de la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX fue inexorablemente en ese sentido, al menos en apariencia. La frustración de las revoluciones de 1848 no supuso la derrota del liberalismo; antes bien, junto a reformas liberales como la libertad de prensa, la igualdad ante la ley, la institución de los juicios públicos con jurado, etc., varios países vieron además el triunfo del constitucionalismo y el establecimiento de la supremacía de los Parlamentos. A mediados de siglo habían aparecido en casi todos los países asambleas legislativas que sustituyeron a los Estados Generales de corte tradicional, ya

fuera como consecuencia de la revolución o bien como un intento de mantenerla a raya. Suecia tardó bastante en sustituir los Estados Generales por un Parlamento electivo —no lo hizo hasta 1865—, pero bastante más típico fue el caso de Prusia, donde se instituyó un Parlamento durante la propia revolución de 1848. En un país tras otro el voto fue extendido a nuevas clases de la población.

Varios países habían instituido ya el sufragio universal de los varones antes de que acabara el siglo. Grecia se basó en el principio del derecho a voto de todos los varones adultos desde el momento mismo de su creación en 1829 (aunque excluyó de él a los desempleados hasta 1877). En Francia el sufragio universal de los varones fue introducido en 1848 y continuó existiendo después, mientras que el imperio alemán lo introdujo para las elecciones de carácter nacional desde su fundación en 1871. Austria concedió el derecho de sufragio a todos los varones adultos en 1907 e Italia lo hizo en 1912, después de varias ampliaciones llevadas a cabo en 1882 y 1887. En España la Constitución de 1869 concedió el derecho de voto a todos los varones adultos. En algunos países la extensión del derecho a sufragio a todos los ciudadanos sin distinción estaba ya en marcha en 1914, aunque no se hubiera completado del todo: Suecia, donde el electorado ya había experimentado un moderado aumento en 1840, concedió el derecho de sufragio en las elecciones a la Cámara Alta del Parlamento en 1865 a casi un 20 % de los varones adultos, y para las elecciones a la Cámara Baja a un 40%, decretándose una extensión mayor, aunque no total, en 1909. En Noruega el sufragio universal de todos los varones adultos se introdujo en 1898 a raíz del importante incremento de los sentimientos nacionalistas, cuando los políticos liberales se esforzaron por conseguir la máxima legitimidad para su política de liberación del país de la dominación sueca. En Dinamarca solo uno de cada siete varones adultos podía votar en las elecciones a la Cámara Baja cuando esta fue establecida en 1849, fruto tardío de las revoluciones de

mediados de siglo, pero los derechos de sufragio fueron ampliados sucesivamente hasta que la totalidad de los varones adultos pudieron ejercerlos en 1915.

En algunos países la extensión del derecho de sufragio a toda la población masculina adulta siguió un ritmo más lento. En Gran Bretaña la Ley de Reforma de 1867 había aumentado ya el número de los electores de los 1.365.000 a los 2.446.000, esto es, más o menos una tercera parte de todos los varones adultos. El derecho a voto seguía basándose en ciertas restricciones económicas, pero los requisitos eran mucho menores que en 1832, de modo que en aquellos momentos ya podían votar no solo las clases medias urbanas, sino también un número limitado de trabajadores cualificados. Cincuenta y dos pequeños municipios fueron privados de representación y sus escaños fueron redistribuidos. A continuación vino la introducción del voto secreto en 1872, que redujo el poder de los terratenientes y puso fin al soborno y la intimidación del electorado. En 1884 las disposiciones de la ley de 1867 fueron extendidas a las zonas rurales, en una medida seguida un año después por una redistribución de 142 circunscripciones, treinta y nueve de ellas adscritas ahora a Londres y otras a las ciudades industriales del norte del país. En Rumanía el derecho de sufragio concedido en 1866 se extendió en 1884 a la mayor parte de los integrantes de la clase media, pero dejó sin representación a las grandes multitudes del campesinado, factor que provocó la violenta sublevación de los campesinos que asoló el país en 1907.

La más influyente de todas las constituciones europeas del siglo XIX, la Constitución belga de 1831, se hizo famosa por la incorporación de principios liberales básicos tales como la libertad de religión, el derecho a la educación, etc., etc. De momento, sin embargo, imponía unas restricciones económicas muy elevadas. El número de varones que tenían derecho de sufragio, solo unos 45.000, se dobló hasta los 90.000 en el curso de la revolución de 1848. En 1892 solo un 4,4 % de la población de varones (de todas

las edades) tenía derecho al voto; una nueva Constitución aprobada en 1893 en medio de una oleada de huelgas generalizadas y de ruidosas manifestaciones callejeras a favor de la concesión del sufragio universal de los varones, dio un voto a todos los varones mayores de veinticuatro años, dos votos a los mayores de treinta y cuatro con familia a su cargo y una residencia por la que pagaran impuestos, y tres a los que cumplieran con ciertos requisitos profesionales y censitarios. Esta nueva situación multiplicó por diez el número de electores, aunque la mayoría de los votos serían depositados por los electores con derecho a voto plural. En los Países Bajos los Estados Generales fueron suprimidos y las elecciones indirectas fueron sustituidas por las directas. El descalabro de la revolución llevó en 1850 a una reducción de las dimensiones del electorado, constituido por unos 80.000 individuos aproximadamente sobre una población de unos tres millones, mientras que en Bélgica un electorado de esas mismas proporciones representaba a una población de 4.750.000 individuos. A finales de siglo, las presiones en pro de la democratización proveniente del movimiento socialista holandés cada vez más poderoso, sumadas al incremento de las huelgas a consecuencia de la recesión económica de los últimos años, habían obligado en 1887 a conceder el derecho de sufragio a todos los varones mayores de veintitrés años que cumplieran ciertos requisitos censitarios, por lo demás bastante modestos, que pagaran además la contribución por su residencia. Esta medida significó que el número de votantes aumentara del 14 % del total de la población adulta en 1890 al 31 % en 1910.

En algunos países de Europa las fuerzas de la democratización se vieron obstaculizadas por el autoritarismo monárquico y militar, pero la inestabilidad política resultó también beneficiosa para los principios democráticos. El golpe militar que se produjo en Serbia en 1903 redujo el poder del monarca y aumentó la influencia del electorado. El 4 de octubre de 1910 en Portugal unos cuantos oficiales de baja graduación que se autodenominaban

«carbonarios» detuvieron a sus superiores, armaron al pueblo de Lisboa y proclamaron la república. El rey fue obligado a abandonar una partida de *bridge* y dirigirse a una playa solitaria en la que se embarcó rumbo a Inglaterra y el exilio. En España a los constantes trastornos políticos de la primera mitad del siglo sucedió durante los cincuenta años anteriores a 1914 una monarquía constitucional relativamente estable en la que la alternancia de gobiernos conservadores y liberales recibió el nombre de «turno pacífico» o «turnismo». En todas partes el equilibrio entre la máxima autoridad del Estado y las asambleas legislativas dependería, entre otras cosas, del carácter de cada monarca en particular y de la fuerza o la debilidad de la clase política y de la cultura política de cada nación. El principio de responsabilidad de los ministerios y los gobiernos ante los poderes legislativos elegidos se estableció en Noruega en 1884, en Dinamarca en 1901 y en Suecia en 1917. Las causas de esas reformas internas fueron muchas y muy distintas, pero resulta significativo que la introducción de las asambleas legislativas y de la extensión del derecho de sufragio se debieran en buena parte al miedo a la revolución en distintos momentos y en los distintos países, desde Gran Bretaña en 1832 hasta Austria en 1907. En Francia y Alemania, así como en Inglaterra en 1867, el derecho a voto fue extendido por los políticos conservadores a grupos de población que pensaron erróneamente que les permitirían rebasar a los liberales votando a favor del mantenimiento del orden vigente. En otros momentos, como sucedió en numerosos países en 1848, en Dinamarca en 1865 o en Rusia en 1905, esas reformas fueron llevadas a cabo debido a la derrota del sistema vigente en el curso de una revolución o de una guerra. Los liberales moderados creían que solo los que tuvieran algo que defender en el país, ya fuera porque tuvieran propiedades o pagaran tributos, o los que fueran capaces de contribuir a su cultura política, por ejemplo sabiendo leer y escribir, debían tener derecho a voto. Pero poco a poco se vieron obligados a ampliar ese derecho debido a las pre-

siones a favor del cambio ejercidas por el poder creciente de los movimientos socialistas y democráticos.

Al comienzo de la nueva centuria las políticas modernas habían empezado a llegar a las masas rurales. Por supuesto, los disturbios y sublevaciones tradicionales continuaron, sobre todo allí donde se negó a los campesinos el derecho a participar en la cultura política nacional, como en Rusia en 1905 o en Rumanía dos años después. Pero en muchos países de Europa el campesinado había empezado a movilizarse políticamente. En el sur de Italia y en Sicilia las rebeliones campesinas de viejo cuño habían empezado a mezclarse con la adhesión a las políticas modernas de los socialistas o a la ideología revolucionaria del anarquismo. En Alemania los campesinos empezaron a organizarse en la década de 1890 creando cooperativas agrícolas, de las cuales llegaron a establecerse millares cada año hasta 1914. En Baviera las ligas de campesinos movilizaron a una población rural insatisfecha con la desatención de las grandes personalidades y la clase media de la región, bajo el eslogan: «Ni aristócratas ni curas ni médicos ni profesores, solo campesinos para representar a los campesinos». En la Alemania central los partidos antisemitas de Otto Böckel (1859-1923) y Hermann Ahlwardt (1846-1914) aprovecharon el descontento de los campesinos en su propio beneficio, adoptando los colores negro, rojo y amarillo de la revolución de 1848 y declarándose «en contra de los *Junker* y los judíos». En Francia algunos observadores de clase media empezaron a informar de que los campesinos estaban volviéndose «menos atentos de lo que solían». La mejora de las comunicaciones hacía que a la gente del campo le resultara más fácil acudir a los colegios electorales, situados siempre en las ciudades. En 1907, cuando los estragos causados por la filoxera seguían provocando una penuria económica generalizada, Marcelin Albert (1851-1921), viticultor y propietario de un café, empezó a celebrar mítines que atrajeron a centenares de millares de personas, o al menos eso se dijo: en consecuencia, los campesinos dejaron de pagar las con-

tribuciones, las autoridades locales presentaron su dimisión y las multitudes asediaron las prefecturas departamentales del sur. Las tropas enviadas a restablecer el orden se amotinaron (y consiguientemente fueron enviadas como guarnición a un fuerte perdido en Túnez). El primer ministro, Georges Clemenceau, acabó por mandar llamar a Albert, comprobó que el hombre estaba asustado por haber creado un movimiento que en aquellos momentos estaba fuera de control, y lo convenció de que abandonara la campaña. Lo que quedó de ella fue el Partido Radical, que se mantuvo a flote gracias al voto de los campesinos, obteniendo para ellos importantes beneficios fiscales.

Mucho más difícil de controlar fue el movimiento campesino en Irlanda. Tras la hambruna de las patatas de finales de la década de 1840 y la consiguiente emigración en masa, el antagonismo social entre la clase de los terratenientes anglo-irlandeses, mayoritariamente protestantes, y la multitud de minifundistas y jornaleros sin tierras se intensificó de manera espectacular; todo ello al tiempo que se incrementaba el número de las grandes haciendas (más del 20 % en el caso de todas las fincas de más de siete hectáreas) y disminuía el de las pequeñas explotaciones (el 38 % de las que tenían entre 2 y 7 hectáreas, y el 52% de las que tenían entre 0,5 y 2 hectáreas). Mientras iban aumentando los niveles de alfabetización (que subieron del 33 % en 1850 al 84 % en 1900) e iba surgiendo una clase media católica, estalló a finales de la década de 1870 el movimiento llamado «guerra por la tierra», que convulsionó la sociedad rural con más de 11.000 «escándalos», en su mayoría cartas amenazadoras, entre 1879 y 1882, y el mismo número de familias desahuciadas de sus tierras. Los terratenientes fueron objeto de ataques, y algunos incluso abatidos a tiros (un comentarista señalaba que «los ingleses disparan contra faisanes y furtivos, y los irlandeses disparan contra terratenientes y agentes de la ley»). En la década de 1880 los «delitos agrarios» se situaban veinticinco veces por encima del nivel que tenían en 1878, incluidos asesinatos, palizas, mutilacio-

nes de animales, interrupción de cacerías de zorros y envíos de cartas amenazadoras. El descontento de los pequeños agricultores de Irlanda fue alimentado por el resentimiento provocado por la privación de los derechos civiles, la hostilidad a la influencia del «dominio angloirlandés protestante», y un incipiente nacionalismo, en buena parte entre la clase media.

El aumento de los niveles de alfabetización, la generalización de la cultura, la estandarización de las lenguas nacionales, la extensión de las comunicaciones por medio del ferrocarril, los periódicos, las revistas, los folletos y otros panfletos producidos en masa: todo ello atrajo a las multitudes de la ciudad y del campo hacia el discurso político en sentido lato e intensificó el sentido de identidad nacional. En los países en los que se había conseguido el sufragio universal de los varones adultos o había un sector significativo de la población que gozaba de él, los hombres empezaron a ejercer cada vez más su derecho a voto. El porcentaje de participación en las elecciones creció de manera continuada hasta que en un país como Alemania llegó a superar el 85% a comienzos de la nueva centuria. A medida que eran más los ciudadanos que participaban en la vida política, empezaron a formarse partidos políticos modernos, organizándose con el fin de participar en las elecciones y aumentar su representación en los Parlamentos nacionales. Cada vez más, sin embargo, esos partidos incluían la representación de minorías nacionales que pronto empezarían a desafiar los sistemas políticos de los estados plurinacionales de Europa.

La crisis del liberalismo

En la mayoría de los estados de Europa las minorías nacionales fueron marginales o permanecieron más o menos tranquilas desde la década de 1870 hasta el final del siglo XIX. El nacionalismo polaco, causa de graves trastornos durante toda la centuria, finalmente había sido doblegado tras la brutal represión de la sublevación de 1863. Empezaron a formarse partidos políticos nacionalistas, pero la autocracia zarista y la represión ejercida en

sus respectivos sectores del antiguo estado polaco por Austria y Prusia se encargaron de que sus actividades permanecieran dentro de unos límites muy estrictos. En Francia, Italia, Portugal, Holanda y Escandinavia las minorías nacionales ocuparon una posición marginal en el proceso político. En España el nacionalismo catalán empezaba apenas a despertar. Hubo, sin embargo, dos estados en particular en los que la extensión del derecho de sufragio y la «nacionalización de las multitudes» dieron lugar a graves conflictos políticos. Esos estados fueron el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, por un lado, y la monarquía dual de Austria-Hungría por otro. En ambos países la intransigencia de unas minorías nacionales significativas se benefició del declive de la hegemonía liberal que fue la consecuencia más evidente de la extensión del derecho de sufragio, y había empezado ya a amenazar la existencia misma del Estado en el momento del estallido de la primera guerra mundial.

La extensión del derecho a voto en Gran Bretaña en 1867 y 1884 supuso el fin de los *whigs*, los liberales aristocráticos que habían dominado la escena política inglesa desde comienzos de la década de 1830 hasta mediados de la de 1860. En 1883 el líder de los *whigs* en la Cámara de los Comunes, lord Hartington (1833-1908), hijo del duque de Devonshire, dijo que el objetivo de los *whigs* era «dirigir, guiar y moderar» la voluntad popular, y formar unos «lazos de unión entre el partido avanzado y las clases que, al poseer bienes, poder e influencia, son naturalmente reacios al cambio». Lo que Hartington llamaba el «partido avanzado» o radical no eran más de ochenta diputados de la Cámara de los Comunes, y pretendían llevar a cabo nuevas reformas democráticas y sociales. El viejo partido *whig* se transformó durante las primeras décadas de la segunda mitad del siglo en el Partido Liberal, dominado cada vez más por la clase media. El partido en su conjunto fue cohesionado por Gladstone, que retrasó el advenimiento de la política de masas hasta la década de

1880, momento a partir del cual desempeñaría un papel fundamental en su puesta en práctica.

Distinguido defensor del conservadurismo fiscal, dispuesto siempre a trabajar por la restricción del gasto público, Gladstone pensaba que la finalidad de toda su política era preservar el orden social y político. Creía firmemente en el dominio de la élite, por lo que llenó sus gobiernos de aristócratas *whigs*, y desaprobaba profundamente a los radicales. Pero, por otro lado, creía que más valía avanzar junto con las multitudes que hacerlo en contra ellas. A su juicio, su papel consistía en salvar el abismo que separaba los intereses de los terratenientes y la élite política en sentido lato, por un lado, de los de las nuevas clases medias y trabajadoras de la industria, por otro. Con el apasionado compromiso con todas las causas que abrazó, Gladstone llegó a dominar la Cámara de los Comunes. Solo encontró un rival en su gran competidor, Disraeli, que utilizaría el humor y el sarcasmo en su afán de bajar los humos a «ese maníaco carente de principios de Gladstone», como lo llamaba en privado, un hombre que, a su juicio, poseía una «extraordinaria mezcla de envidia, afán de venganza, hipocresía y superstición». Gladstone, por su parte, consideraba a Disraeli un oportunista carente de principios: «El partido *tory* —comentó en cierta ocasión— tenía unos principios que le permitían defender lo bueno y lo malo, como de hecho hacía. Todo eso lo destruyó ese Dizzy». Los duelos retóricos entre los dos prohombres eran reproducidos en los periódicos y convirtieron su rivalidad en la Cámara de los Comunes en un espectáculo deportivo nacional. Aquello era la política como interpretación, que cimentaría la idea de que la Cámara de los Comunes era el gran foro del debate político nacional.

Pero Gladstone tuvo más importancia por su capacidad de levantar a las masas fuera del Parlamento. Su voz profunda, sonora y penetrante le permitía dirigirse a una audiencia de diez o doce mil personas al aire libre, con ayuda de «repetidores», hombres dotados de un oído fino y voz estentórea, que repetían

sus palabras para que la oyeran las últimas filas de la multitud congregada. Su gran serie de discursos al aire libre de 1879-1880, durante la campaña de Midlothian, con los que logró insuflar un estado de ánimo de auténtico delirio a miles de personas con sus ataques retóricos contra el gobierno de Disraeli, marcó la creación de la campaña electoral moderna, en la que de hecho presentó su programa no ya a los electores de su circunscripción, sino a todo el país. Sus discursos, que llegaban a durar hasta cinco horas cada uno, fueron comparados a menudo con auténticos sermones. Incluso en una época caracterizada por la piedad, Gladstone llegó a destacar por su religiosidad. Su adhesión a la Iglesia Alta[9] conferiría a todas sus declaraciones políticas una convicción moral que haría de él el adalid de calvinistas, metodistas y otros no conformistas religiosos. En 1868 afirmó: «El Todopoderoso parece sostenerme por algún designio suyo, aunque sé que soy profundamente indigno de ello. Alabado sea su nombre». Bastante malo era ya, lamentaba Disraeli, que Gladstone se guardara a menudo algún as político en la manga: pero lo que era completamente insoportable era que siempre pretendiera que había sido Dios el que se lo había metido en ella. La reputación que se ganó Gladstone de tardar mucho en tomar una decisión en asuntos importantes —origen de la leyenda de que masticaba cada bocado treinta veces antes de deglutirlo— quedaría desmentida por su impulsividad en muchas ocasiones.

Gladstone dirigió la creación del Partido Liberal como un movimiento político moderno con un programa coherente y una organización permanente. La Federación Nacional Liberal fue fundada en 1877 por el líder liberal de Birmingham, Joseph Chamberlain (1836-1914), un industrial que empezó como fabricante de tornillos y acabó como alcalde de su ciudad natal. La Federación estaba organizada en distintas sucursales correspondientes a cada distrito electoral, tenía una militancia registrada, realizaba actividades de recaudación de fondos, fundó diversos clubs sociales de ámbito local y llevaba a cabo campañas coordinadas

en época de elecciones. Su homóloga conservadora, la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras, fue creada en 1867 y a partir de 1870 fue administrada desde una Secretaría Central Conservadora, aunque en 1880 estaba ya en decadencia y posteriormente tuvo que ser revitalizada. Estos cambios, junto con la ampliación del electorado, incrementaron el número de elecciones locales reñidas, de modo que mientras que en 1865 había 194 circunscripciones electorales de las que salía un diputado sin que nadie le disputara el escaño, veinte años después solo había treinta y nueve en esas condiciones. Contrariamente a lo que esperaba Disraeli, fue Gladstone el que atrajo al nuevo electorado en 1868 para formar su primer ministerio, que duró hasta 1874 y fue el primer gran gobierno reformista desde las administraciones *whigs* de la década de 1830. Su objetivo era introducir los principios liberales de la libre competencia en todas las áreas de la política y de la sociedad, y el número y el alcance de sus reformas fueron impresionantes.

A partir de 1870 todos los candidatos al funcionariado, excepto el cuerpo diplomático, fueron obligados a participar en oposiciones públicas; el nombramiento a dedo y el patrocinio dejaron de existir. Esta circunstancia supuso la apertura del funcionariado a la clase media. El ministro de la Guerra, lord Cardwell (1813-1886), reorganizó el ejército en respuesta a las victorias prusianas de 1864-1871, haciendo volver de la India a varias unidades y creando una fuerza expedicionaria con sede en la propia Inglaterra. La compra de ascensos fue abolida; en adelante el nombramiento de todo oficial se basaría en el mérito. También fue declarada fuera de la ley la flagelación como medida disciplinaria. La Ley de Educación de 1870 creó las escuelas municipales [Board Schools], sufragadas por los gobiernos locales, que rivalizarían eficazmente con las escuelas privadas administradas por la Iglesia y que permitirían que la educación elemental fuera universal. Una Ley de Sanidad Pública (1872) creó las juntas de sanidad en el ámbito local, así como un cuerpo de médicos pú-

blicos; la Ley de Juntas de Gobierno Locales (1871) centralizaba las oficinas gubernamentales que trataban con las autoridades locales; otra medida de ese mismo año eliminó los exámenes de religión para el ejercicio de un puesto docente en las universidades de Oxford y Cambridge; en 1869 se aprobó una Ley de Sindicatos (Protección de Fondos); y en 1870 la Ley de Propiedades de las Mujeres Casadas (reforzada en 1882) concedió a las casadas derecho a disponer legalmente de los bienes que aportaran al matrimonio. Después de aquel estallido de energía legislativa no es de extrañar que en 1873 Disraeli comparara a los ministros del gobierno del primer banco de la Cámara de los Comunes con «una fila de volcanes exhaustos»; para entonces varias otras medidas habían empezado a encontrar dificultades. Gladstone convocó elecciones generales en 1874, pero su única política clara era la abolición del impuesto sobre la renta, y lo cierto es que sufrió una sonora derrota.

El ganador de las elecciones fue Disraeli, que ejerció como primer ministro hasta 1880. «He llegado a lo más alto de la cucaña», diría jactándose de su éxito. Nacido en el seno de una familia judía de clase media alta, Disraeli había decidido abrazar el cristianismo y se había bautizado; con su barba de chivo, su acicalamiento en el vestir, su profesión de escritor de novelas (que siguió publicando incluso mientras ocupó el cargo de primer ministro) y su ingenio a menudo frívolo, no parecía demasiado hecho para dirigir un partido inmovilista compuesto por terratenientes y exponentes de la pequeña nobleza rural. Su secreto sería en parte que abrigaba una firme creencia en las virtudes de la aristocracia, resuelta, independiente, y siempre dispuesta a no dejarse intimidar por la plebe; de hecho, creía que los judíos eran aristócratas por naturaleza. Arquitecto de la ampliación del derecho de sufragio de 1867, fue el fundador de la «democracia *tory*», que convirtió a los conservadores en un partido político moderno en términos no solo de organización, sino también de ideología. A la muerte de lord Palmerston en 1865, Disraeli no

tardó en apropiarse de su manto de patriotismo y arropar con él a los conservadores. La suerte de su partido logró salir a flote gracias al aumento de los barrios residenciales suburbanos de Londres, que votaron masivamente por los *tories* en las elecciones de 1874. Disraeli, que tenía ya setenta años cumplidos cuando asumió el cargo de primer ministro, aprobó una nueva Ley de Sanidad Pública (1875), la Ley de Viviendas de los Artesanos (1875), otra ley que exigía a los barcos marcar en sus costados el nivel mínimo de francobordo, la llamada línea Plimsoll (1876) y varias medidas más. Pero su hoja de servicios a escala nacional no podría compararse con la de su predecesor. Preocupado ante todo por la política exterior e imperial, Disraeli pensaba que su misión era conseguir la paz social mediante la «vuelta a la normalidad», realizando reformas menores, sin pretender llevar a cabo nada verdaderamente importante. En 1876 fue nombrado conde de Beaconsfield y pasó a la Cámara de los Lores. Sus grandes duelos oratorios con Gladstone ya habían pasado a la historia. El ex primer ministro liberal se había retirado tras su derrota electoral en 1874, pero, movido por la indignación personal ante las atrocidades cometidas por los turcos en Bulgaria, volvió a la política con su campaña de Midlothian. La energía de esta impulsó a Gladstone a asumir el liderazgo de los liberales y a alcanzar el poder de nuevo en las elecciones generales de 1880.

La campaña de Midlothian desencadenó unas fuerzas de política popular que a Gladstone la resultaría difícil controlar. En aquellos momentos era conocido por todo el mundo como el G. O. M. o Grand Old Man [Gran Viejo] —sus enemigos lo llamaban God's One Mistake [Único Error de Dios]— o el William del Pueblo. Gracias al apoyo popular a las grandes reformas con el que contaba fuera del Parlamento, logró aprobar en 1883 la Ley de Prácticas Corruptas e Ilegales, que limitaba la cantidad de dinero que podían gastar los candidatos en las campañas electorales y castigaba duramente la corrupción en época de elecciones. La Ley de Reforma de 1884 llevó a cabo una ampliación significati-

va del derecho de sufragio, concediéndoselo precisamente a los sectores de la sociedad que habían prestado su apoyo a la campaña de los liberales. Pero Chamberlain declaró que los liberales ya estaban «maduros para tomar un nuevo rumbo hacia el radicalismo constructivo» e impulsó mejoras en materia de vivienda, el impuesto de sucesiones sobre las tierras heredadas (introducido finalmente en 1894), la gratuidad de la educación primaria, el impuesto progresivo sobre la renta y otras medidas destinadas a incomodar a los *whigs*. Vestido siempre con elegancia, con su orquídea en el ojal y su monóculo, Chamberlain no respondía ni mucho menos a la imagen del radical desaforado. Pero como presidente de la Junta de Comercio, su retórica empezó a desplazar a los aristócratas *whigs* indignados hacia el Partido Conservador.

El radicalismo de Chamberlain se mezclaba con una vigorosa creencia en el imperio y en el Reino Unido, y fue eso lo que lo llevó a entrar en conflicto con Gladstone, sobre todo en lo concerniente a la cuestión irlandesa. Aquel fue el punto crucial en el que la democracia entró en conflicto con el liberalismo. El resentimiento contra la dominación inglesa y la influencia de los terratenientes protestantes, muchos de ellos absentistas y con residencia en Inglaterra, era muy frecuente entre el campesinado irlandés católico. Gladstone había intentado abordar los problemas religiosos en 1896 mediante la desamortización de la Iglesia anglicana de Irlanda y su separación del Estado. En 1870 su Ley Agraria de Irlanda había concedido mayor seguridad a los colonos, pero su aplicación había resultado muy difícil. La introducción del voto secreto en 1872 liberó a los electores irlandeses de la presión que hasta entonces habían ejercido sobre ellos los terratenientes anglo-irlandeses y dio lugar a la entrada de cincuenta y nueve diputados irlandeses en el Parlamento de Westminster, todos ellos a favor de la autonomía (Home Rule) de la isla. Disraeli no prestó atención a la cuestión irlandesa durante su gobierno, salvo por una Ley de Coerción (1875), que daba al

gobierno poder para sofocar los disturbios. La ley en cuestión fue un fracaso, y en 1880 la violencia contra los terratenientes y contra los ingleses era generalizada en las zonas rurales. Gladstone llegó a obsesionarse con el problema irlandés. «Mi misión —dijo en 1880— es pacificar Irlanda».

Gladstone aprobó una segunda Ley Agraria en 1881, que concedía más derechos a los colonos, pero chocó con la oposición, por considerarla insuficiente, de Charles Stewart Parnell (1846-1891), un acaudalado terrateniente anglo-irlandés protestante que había entrado en el Parlamento en 1875 y se había convertido en líder de la Liga por la Autonomía Irlandesa en 1880. Fundada en 1873, la Liga fue rebautizada en 1882 como Partido Parlamentario Irlandés y proporcionó a Parnell una plataforma desde la que desarrollar su notable talento para la oratoria. Parnell, que era medio norteamericano, realizó una gira por Estados Unidos en el invierno de 1879-1880 con el fin de recaudar fondos y atraerse el apoyo de la diáspora irlandesa. Según dijo a sus oyentes americanos,

> ... cuando hayamos socavado el desgobierno inglés, habremos allanado el camino para que Irlanda ocupe su lugar entre las naciones de la tierra. Y no olvidemos que ese es el objetivo al que aspiramos todos los irlandeses. Ninguno de nosotros, ya estemos en América o en Irlanda... estará satisfecho hasta que hayamos destruido el último vínculo que mantiene a Irlanda encadenada a Inglaterra.

Parnell cultivó el movimiento nacionalista radical de los fenianos, y fue encarcelado en virtud de la Ley de Coerción. En 1882 fue puesto en libertad tras prestar su apoyo a la Ley Agraria a condición de que fueran condonados los atrasos en el pago de las rentas, en virtud del tratado de Kilmainham. Las negociaciones fueron llevadas a cabo por el capitán William O'Shea (1840-1905), cuya esposa, Kitty O'Shea (1846-1921), era desde hacía tiempo amante de Parnell y estaba a punto de tener un hijo suyo. De momento su relación permaneció en secreto, aunque el capitán intentó retar a duelo a Parnell en 1881. Pero inmediatamente el tratado de Kilmainham se vio socavado por el asesi-

nato del secretario jefe para Irlanda, lord Frederick Cavendish (1836-1882), y el principal funcionario dependiente de él, Thomas Henry Burke (1829-1882), perpetrado el 6 de mayo de 1882 en el Phoenix Park de Dublín por miembros de una sociedad secreta irlandesa de carácter nacionalista, los Irlandeses Invencibles. Parnell fue detenido y encarcelado en la prisión de Kilmainham en 1882 por haber prestado apoyo supuestamente a los asesinos; tras condenarlos públicamente, fue puesto en libertad. Aunque una investigación llevada a cabo entonces comunicaba que los documentos incriminatorios eran falsos, de momento no había sido posible realizar más avances.

La Ley de Reforma de 1884 incrementó el número de irlandeses partidarios del Home Rule en el Parlamento hasta ochenta y seis tras las elecciones celebradas el año siguiente. Los nacionalistas irlandeses eran capitaneados por Parnell, que mientras tanto se había aliado con los conservadores para derribar el gobierno de Gladstone. Los diputados irlandeses tenían en sus manos el equilibrio del poder en la nueva Cámara de los Comunes. Para entonces Gladstone se había convertido a la idea de que el Home Rule era la única salida, pero los magnates *whigs* protestantes, espantados ante la idea de que los terratenientes anglo-irlandeses fueran desposeídos de sus fincas por un presunto Parlamento irlandés dominado por labradores católicos, se negaron a participar en su gabinete. Contaron con el apoyo de los radicales, capitaneados por Chamberlain, que consideraba el Home Rule un duro golpe a la misión imperial de Gran Bretaña. El proyecto de Ley de Autonomía para Irlanda de Gladstone fue rechazado en 1886, y en las elecciones generales que se celebraron posteriormente sus partidarios, los liberales, sufrieron una clamorosa derrota. Entró entonces en funciones una coalición formada por 79 unionistas liberales capitaneados por Chamberlain y 316 conservadores, dirigidos ahora desde la Cámara de los Lores por Robert Gascoyne-Cecil, marqués de Salisbury. Con tres breves intervalos —el tercer (1886) y el cuarto ministerio de Gla-

dstone (de 1892 a 1894), que volvió a sucumbir una vez más a consecuencia del Home Rule, y de otro gobierno liberal efímero en 1894-1895, esta vez presidido por el brillante, pero indolente lord Rosebery (1847-1929)—, los conservadores, dirigidos por Salisbury, permanecieron en el poder durante dos décadas, desde 1885 hasta 1905. La cuestión irlandesa había puesto fin a la hegemonía liberal.

Gladstone apoyó el Home Rule en parte porque se dio cuenta de que Parnell no se conformaría con nada más. No estaba dispuesto a permitir que el liderazgo de los liberales pasara a Chamberlain, en el que veía a un peligroso oportunista cortado por el mismo patrón que Disraeli, y temía que la cuestión irlandesa dominara la política británica hasta que se resolviera. Pero el Home Rule se convirtió también en una cruzada moral, que dio a Gladstone la voluntad de continuar en la política hasta pasados los ochenta años. No consiguió sacarlo adelante. El fracaso de la causa de la autonomía irlandesa fue total a raíz de la caída de Parnell, desprestigiado por el escándalo público provocado por el capitán O'Shea, que en 1889 pidió el divorcio de su mujer, Kitty, y acusó a Parnell de cómplice de adulterio. Los protestantes no conformistas liberales se sintieron indignados por los detalles revelados en el juicio celebrado en 1890, Gladstone les advirtió que perderían las próximas elecciones si Parnell seguía en su puesto, y los seguidores del líder irlandés se escindieron en dos grupos, divididos por la cuestión. Decidido a seguir luchando para salvar su carrera política, Parnell cayó enfermo y murió en octubre de 1891 de neumonía en brazos de Kitty, con la que acababa de casarse hacía tres meses.

Salisbury se convirtió en la figura dominante de la política británica durante aproximadamente los últimos quince años del siglo XIX. Terrateniente de familia aristocrática y periodista en activo, escondía un carácter neurótico y pesimista tras una máscara sumamente eficaz de hombre de Estado tranquilo y arrogante. Fue primer ministro en 1885-1886, 1886-1892 y 1895-1902,

apoyado en la Cámara de los Comunes por una sólida falange de unionistas liberales capitaneados por Chamberlain y en la Cámara de los Lores por los nobles *whigs*, la mayoría de los cuales se habían pasado por entonces al bando conservador. Durante sus dos primeros ministerios, Salisbury fue también secretario del Foreign Office, y esta circunstancia, sumada a su adscripción a la Cámara de los Lores, permitió que algunos ministros gozaran de una gran iniciativa en materia de política nacional. Sin embargo, por encima de todo, y pese a la reorganización de los gobiernos locales y a la introducción de algunas mejoras en las condiciones de trabajo, los años que Salisbury permaneció en el cargo fueron bastante tranquilos, reflejando la convicción profundamente conservadora de que «todo lo que pueda pasar será para peor, y por lo tanto nos interesa que pasen las menos cosas posibles». En este sentido quizá contribuyó a frenar la creciente ola de democratización de Inglaterra. A pesar de estas convicciones, en cualquier caso, Salisbury, orador público eficaz, aceptó la nueva política popular introducida por Gladstone. Mientras tanto, la gradual salida de la escena política de este permitió a los liberales reorientar su política en 1891 con el programa de Newcastle, que aceptaba la intervención del Estado con el fin de llevar a cabo reformas sociales y aliviar la pobreza de la clase trabajadora. Aquel era un nuevo tipo de liberalismo, un liberalismo que abandonaba la creencia de Gladstone en la mínima intervención del Estado y que avanzaba hacia el compromiso con la ideología del bienestar social patrocinado por el Estado. No es casualidad que esta tendencia tuviera la ventaja añadida de convencer a los sindicatos para que se pusieran de parte de los liberales, y además los diversos pactos electorales alcanzados en el ámbito local permitieron que un número cada vez mayor de unionistas y conservadores fueran derrotados en las urnas.

Los últimos años de Salisbury en el puesto de primer ministro estuvieron dominados por la cuestión imperial de la segunda guerra de los bóeres (1899-1902), que provocó una orgía de entu-

siasmo patriótico entre el pueblo, incluidos muchos integrantes de la clase obrera, mientras que los liberales mostraron una actitud de profunda división en torno a esta cuestión. Cuando la mala salud de Salisbury lo obligó a dimitir y abandonar su puesto en julio de 1902, fue sucedido en el cargo de primer ministro por Arthur Balfour, que era sobrino suyo (se cree que este nombramiento dio lugar a la frase inglesa *Bob's your uncle*, «Y Bob [es decir, Robert Salisbury] es tu tío», en el sentido de que algo se ha dejado «atado y bien atado», o no tiene vuelta de hoja). Aunque había estado al cargo de los asuntos gubernamentales en la Cámara de los Comunes en tiempos de Salisbury, Balfour fue totalmente incapaz de hacer frente a la nueva crisis provocada por Chamberlain. Seriamente alarmado por el aumento del poderío económico alemán, el ex alcalde de Birmingham lanzó una vigorosa campaña a favor de la introducción de aranceles a las importaciones con el fin de reducir los efectos de los productos *made in Germany* en la economía británica. Aquello quebrantaba el principio de libre comercio que venía siendo considerado sacrosanto desde la abolición de las Leyes del Grano más de medio siglo atrás. La imposición de tasas a las importaciones iría unida al sistema de «preferencia imperial», que mantendría bajos los precios de los productos alimenticios gracias a unos aranceles mínimos de las importaciones provenientes de los dominios y las colonias del imperio. Esta campaña atrajo la enemistad de los aristócratas *whigs* alineados con los conservadores, que se retiraron del gobierno en 1903 para formar la Liga Unionista por los Productos Alimenticios Libres [el grupo de los llamados *Free Fooders*]. Provocó asimismo la oposición unida de liberales y sindicalistas, que pensaban que incluso la imposición de aranceles bajos a los productos alimenticios provenientes del imperio elevaría el coste de la vida para la clase obrera.

La división del Partido Conservador obligó a Balfour a presentar su dimisión en diciembre de 1905 y dio paso al nombramiento de un gobierno liberal presidido por sir Henry Campbell-Ban-

nerman, que ganó las elecciones generales de 1906 con la cuestión del libre mercado de por medio. Balfour perdió incluso su escaño en el Parlamento, en beneficio de un joven corresponsal de guerra llamado Winston Churchill. Sin embargo, Campbell-Bannerman sufrió una serie de ataques cardíacos en noviembre de 1907 y poco después de su muerte en abril de 1908 fue sucedido por su canciller del Tesoro, Herbert Henry Asquith. Asquith permanecería en el poder otros ocho años. Con sus 377 diputados liberales, 53 representantes del recién fundado Partido Laborista, y 83 nacionalistas irlandeses, Asquith disponía de una importante mayoría sobre los conservadores, divididos ahora en 79 partidarios a capa y espada de la reforma arancelaria [*Whole Hoggers*], 49 balfouristas y 31 *Free Fooders*. Abogado brillante y polemista eficaz en los debates, el nuevo primer ministro más que presidir su gabinete, lo administraba, y adoptó una actitud relajada en su vida política y en sus asuntos personales. Casado con una dama de la alta sociedad, Margot Tennant (1864-1945), Asquith mantuvo una relación extraconyugal platónica entre 1910 y 1915 con una joven aristócrata, Venetia Stanley (1887-1948), a la que no tardaría en escribir hasta tres cartas al día, algunas de ellas redactadas incluso mientras el gabinete se hallaba reunido. Era además notoriamente aficionado a la botella.

La llegada al poder de los liberales fue uno de los numerosos acontecimientos que simbolizaron el advenimiento de una nueva era, empezando por la muerte de la reina Victoria en enero de 1901. Su sucesor, Eduardo VII, tenía cincuenta y nueve años cuando accedió al trono. Había pasado casi toda su vida dedicado a la bebida, al juego —origen de una serie de escándalos que destrozaron su reputación—, a la caza y a múltiples amoríos con una gran variedad de mujeres, desde princesas rusas hasta prostitutas de París. (Se hizo con una fama totalmente inmerecida de gran diplomático internacional en gran medida debido a sus frecuentes visitas a París, que distaban mucho de tener motivos políticos). Cuando murió en 1910 fue sucedido por su hijo Jorge V,

que se había convertido en príncipe heredero a raíz de la muerte de su hermano mayor en 1892. Jorge había pasado casi toda su vida en la Marina Real (haciéndose de paso un tatuaje en el brazo), y repartía su tiempo en tierra firme entre su afición a coleccionar sellos y a su pasión por la caza. A diferencia de la reina Victoria, ni Eduardo VII ni Jorge V desempeñaron ningún papel destacado en el terreno de la política, circunstancia que, junto con la decadencia de los conservadores, permitió al Partido Liberal dar rienda suelta a sus tendencias democratizadoras; o casi, pues los conservadores seguían teniendo una aplastante mayoría entre los pares de la Cámara de los Lores, de carácter hereditario.

La delicadeza de Asquith en el gobierno permitió que dos destacados políticos liberales dejaran su impronta en el gabinete. El primero fue sir Edward Grey (1862-1933), secretario del Foreign Office desde 1905 hasta 1916. Personaje impasible que se había graduado en Oxford por los pelos y había sido campeón universitario de «tenis real», Grey estaba emparentado con una de las grandes familias terratenientes *whigs* y tenía suficiente seguridad en sí mismo como para llevar la política exterior por su cuenta. Por el contrario, la otra figura destacada del gabinete de Asquith, David Lloyd George, se había abierto camino como abogado y luego como político debido a sus habilidades carismáticas como orador. Radical por temperamento, y más todavía en su retórica, se había empeñado en utilizar los recursos del Estado para mejorar la situación de los pobres. Gracias a su influencia, los liberales pasaron rápidamente a cumplir las promesas del programa de Newcastle y a satisfacer a los partidarios que tenían entre los sindicatos. En 1909, en su calidad de canciller del Tesoro, Lloyd George introdujo lo que denominó los «presupuestos del pueblo», que incluían un impuesto sobre la renta de carácter progresivo que afectaba sobre todo a los ricos, y un impuesto sobre las tierras. En un acto sin precedentes hasta la fecha, la mayoría conservadora de la Cámara de los Lores rechazó

los presupuestos por considerarlos un ataque a la propiedad privada. El gobierno convocó elecciones generales, que ganó en enero de 1910: la unión de liberales y laboristas supuso la derrota de los conservadores en unas votaciones con la máxima participación registrada nunca (87 % del electorado). Aquel era un mandato no solo a favor de los presupuestos del pueblo, sino también a favor de la eliminación del poder de veto de la Cámara de los Lores sobre la asamblea legislativa. Asquith introdujo un proyecto de ley parlamentaria para conseguir su objetivo. Tras amenazarle con su dimisión inmediata, el primer ministro obligó al rey Jorge V a acceder a crear 500 pares del reino liberales si los lores rechazaban el proyecto de ley, cosa que en efecto hicieron. Asquith convocó unas segundas elecciones generales, que tuvieron lugar en diciembre de 1910 y dieron el mismo resultado que las anteriores. Bajo la amenaza de la creación de 500 nuevos pares del reino y pese a la resistencia de casi 100 lores hereditarios que persistieron en su oposición a ultranza, el proyecto de ley fue aprobado en la Cámara de los Lores por diecisiete votos y recibió el visto bueno del monarca. En adelante la Cámara Alta tendría solo poderes dilatorios sobre la legislación aprobada por la Cámara de los Comunes, y ya no podría seguir bloqueando sus decisiones. Aquel fue un paso trascendental para la democracia.

A partir de 1910, en medio de la crisis constitucional, el gobierno de Asquith dependería para seguir en mayoría del apoyo de los ochenta y tres diputados del Partido Irlandés, que, una vez doblegados los poderes de la Cámara de los Lores, exigieron como recompensa la aprobación del Home Rule. Esta circunstancia volvió a situar en el centro de la escena política la cuestión irlandesa, que no tardaría en amenazar con hacer fracasar todo el proceso político. En 1912 el gobierno presentó un proyecto de ley para conceder a Irlanda su propio Parlamento con poderes en todos los ámbitos salvo en política exterior, defensa y algunos asuntos de finanzas y de seguridad. Pero entonces tuvo que ha-

cer frente a la oposición resuelta de los unionistas, que se habían hecho con el control del Partido Conservador cuando Balfour fue destituido como líder en 1911 por haber apoyado la reforma de la Cámara de los Lores. Su sucesor, el empresario y partidario de la reforma de los aranceles Andrew Bonar Law (1858-1923), nacido en Canadá, era un decidido adversario del Home Rule y defensor de los protestantes del Ulster, que se oponían vehementemente a ser gobernados por la mayoría católica existente en el resto de Irlanda. Como el Partido Irlandés insistió en obtener una autonomía que incluyera a toda Irlanda, los protestantes reclutaron una fuerza armada de 160.000 Voluntarios del Ulster al mando de un general británico retirado. Los oficiales del ejército británico, que simpatizaban con el unionismo, se negaron a actuar, y los unionistas, capitaneados por el abogado sir Edward Carson (1854-1935), que se había hecho famoso como fiscal en el juicio de Oscar Wilde, se prepararon para la guerra civil.

La crisis ponía en peligro la estabilidad de todo el estado británico. Solamente fue aplazada debido a la ruptura de las hostilidades contra Alemania en agosto de 1914. La guerra dio comienzo en medio del malestar generalizado de los trabajadores, incluida la primera huelga nacional de los ferrocarriles en 1911, una huelga de estibadores, que tuvo lugar ese mismo año, y otra de los mineros del sur de Gales durante la cual las tropas abrieron fuego contra los huelguistas en Tonypandy. El gobierno parecía incapaz de controlar los acontecimientos. Los escándalos de las sufragistas contribuyeron a incrementar la sensación general de caos. Los liberales respondieron en 1912 con el establecimiento de un salario mínimo para los mineros del carbón y la creación de un sistema de subsidios de enfermedad y de desempleo, pero ninguna de estas medidas satisfizo a la mayoría de los trabajadores. La militancia de los sindicatos aumentó en un 60 % entre 1910 y 1914, y vino acompañada de una mayor influencia del Partido Laborista. El intento que llevó a cabo Asquith de pacificar las fuerzas de la democracia con una nueva ampliación

del derecho de sufragio en 1912 fracasó debido a la cuestión del voto femenino. La alianza gladstoniana de las clases medias y trabajadoras estaba tocando a su fin al tiempo que se intensificaba la deriva de la burguesía suburbana hacia el Partido Conservador y que empezaba el declive de la dominación ejercida sobre él por los intereses de los terratenientes. La democracia en Gran Bretaña había dado pasos muy significativos hacia delante, pero en 1914 el avance del progreso político chocaba con muchas dificultades. Había empezado lo que posteriormente un historiador llamaría «la extraña muerte de la Inglaterra liberal». La amenaza más seria con diferencia a la integridad del Reino Unido era el embrollo irlandés. Finalmente concluiría con una sublevación armada, seguida de una guerra civil y de la creación de un estado irlandés independiente en la década de 1920, permaneciendo dentro del Reino Unido solo los seis condados del Ulster.

La segunda gran potencia que vio los efectos subversivos de la extensión del derecho de sufragio sobre el parlamentarismo liberal debido al empoderamiento de sus minorías nacionales fue el Imperio Austrohúngaro, creado a raíz del compromiso de 1867. La concesión del derecho a voto a las multitudes en respuesta a la presión de los socialistas, efectuada en 1907 en una mitad de la monarquía, pero no en la otra, exacerbó las pasiones nacionalistas, y acabó no ya intensificando la influencia de las cámaras legislativas elegidas por los ciudadanos, sino reduciéndola. Durante todo este período, la política de la monarquía dual estuvo dominada por el longevo emperador Francisco José, que había subido al trono en 1848 y permaneció en él durante casi setenta años, hasta su muerte en 1916. Por el simple hecho de estar tanto tiempo en el cargo, Francisco José dio un elemento de estabilidad y continuidad al imperio. Educado bajo la tutela del príncipe de Metternich, que a su vez había sido figura destacada en la lucha contra los franceses durante las guerras napoleónicas, Francisco José acabaría pareciéndose cada vez más a una reliquia de otros tiempos. Creía en el derecho divino de la monarquía, interpretando la realeza como la puntillosa observancia de sus deberes y el estricto cumplimiento de las ceremonias y de la tradición. Aburrido, prosaico y falto de imaginación, no carecía, sin embargo, de inteligencia. Hablaba alemán, español, francés, húngaro, inglés e italiano, y tenía algunos conocimientos de checo y de serbocroata. La edad y la experiencia lo hacían receloso de los cambios, pero, cuando eran inevitables, era lo suficiente flexible como para concederlos. Su vida privada se vio ensombrecida por una sucesión de tragedias, incluida la ejecución en México de su hermano Maximiliano (1832-1867), el suicidio de su hijo y heredero, el príncipe Rodolfo (1858-1889), el asesinato de su bella y obstinada esposa, la emperatriz Isabel, en 1898, a manos del anarquista italiano Luigi Lucheni, y por último el asesinato de su sobrino, el archiduque Francisco Fernando, en 1914.

Austria, el estado más poderoso de Europa y líder del continente hasta mediados de la década de 1850, inició un largo y desigual proceso de decadencia tras su derrota a manos de Francia e Italia en la guerra de unificación de Italia de 1859. La lógica geopolítica determinó que, en vez de buscar venganza, como hicieron los franceses, la monarquía dual se aliara a partir de 1871, aunque fuera a regañadientes, con el nuevo imperio alemán. El Imperio Austrohúngaro tuvo que hacer frente al nacionalismo que empezó a surgir en sus fronteras de los Balcanes, apoyado por una Rusia expansionista que buscaba sacar provecho de la decadencia del imperio otomano. Con el tiempo, el equilibrio de poder entre la monarquía dual y el imperio alemán se decantaría a favor de este último, especialmente cuando se incrementaron las inversiones germanas en la Europa centro-oriental y suroriental. El sistema dual de gobierno significaba que hubiera dos estados distintos, Austria y Hungría, divididos más o menos a lo largo del río Leita, y llamados por tanto Cisleitania y Transleitania. Cada uno de estos sectores contenía amplias minorías nacionales, en particular checos, eslovacos, polacos, eslovenos, italianos y ucranianos en la mitad austríaca del imperio, y rumanos, serbios y croatas en su mitad húngara. La historia de la política austrohúngara hasta 1914 es en muchos sentidos la historia de la resistencia a ultranza de un imperio multinacional frente a las fuerzas nacientes del nacionalismo lingüístico y étnico, entremezclada con las crecientes demandas de participación democrática provenientes de las clases trabajadoras emergentes.

Como en Gran Bretaña, las instituciones parlamentarias experimentaron un proceso gradual de modernización. El Reichsrat o Parlamento imperial, establecido en 1861 y confinado a la mitad austríaca del imperio a partir de 1867, era un órgano anticuado que necesitaba a todas luces una reforma. Era elegido indirectamente por las Dietas de los territorios de la corona, y las Dietas a su vez eran elegidas por cuatro curias que representaban respectivamente a los terratenientes, las ciudades, las cámaras de

comercio y las comunidades rurales. En 1873 el número de diputados, elegidos directamente por las curias, se incrementó de 203 a 353. Este cambio, más o menos como la Ley de Reforma británica de 1832, daba mayor representación a las ciudades. Los terratenientes elegían 85 diputados, las ciudades 118, las cámaras de comercio 21, y las comunidades rurales 128. Solo el 6 % de la población del imperio podía votar en estas elecciones. En 1883, cuando el Reichsrat se trasladó a su nuevo gran edificio construido en la Ringstrasse de Viena, el requisito censitario para entrar en las curias se rebajó, y en 1896 se añadió una quinta curia, con la concesión del sufragio universal a todos los varones de más de veinticuatro años. La quinta curia elegía 72 diputados, lo que suponía decantar de nuevo el equilibrio de poder en detrimento de la nobleza.

En esencia, estos cambios no alteraban el hecho de que el emperador seguía teniendo derecho a nombrar y a destituir a sus ministros, ni afectaban tampoco a los poderes de la Cámara Alta del Parlamento, que tenía carácter hereditario, pero sí que marcaron una extensión gradual del derecho de sufragio en el espíritu de un liberalismo cauto. En este sentido la figura dominante fue la del príncipe Adolf von Auersperg (1821-1885), cuyo gobierno se mantuvo en el poder durante la mayor parte de la década de 1870, a pesar del desagrado que causaban a Francisco José sus ideas liberales, expresadas ante todo en las políticas ferozmente anticlericales del príncipe. Auersperg no solo amplió el derecho de sufragio en 1873, sino que además concedió una mayor dosis de autogobierno a los polacos de Galicia, generalizó los juicios con jurado para que se encargaran de la mayor parte de los delitos graves y aprobó varias reformas liberales más. Pero en 1873 la quiebra financiera del Viernes Negro, en virtud de la cual salieron de la bolsa de Viena 700 millones de florines y miles de empresas y de individuos entraron en bancarrota, incluidos cuarenta y ocho bancos y dos compañías ferroviarias, socavó la confianza de la gente en los liberales, especialmente por-

que varios de ellos habían intervenido en las dudosas especulaciones financieras que habían dado lugar al crac. En 1879, la incapacidad de Auersperg, que no supo aprovechar una importante crisis internacional entre Rusia y el imperio otomano, provocó su caída, cuando Francisco José, por un lado, y numerosos diputados liberales, por otro, finalmente lo abandonaron.

Las consiguientes elecciones dieron la victoria por estrecho margen a la derecha, haciendo subir al poder al conde Eduard Taaffe (1833-1895), descendiente de un noble irlandés que había entrado al servicio de los Habsburgo en el siglo XVII (esto hacía de él par de Irlanda, aunque los nobles irlandeses no se sentaban en la Cámara de los Lores británica). Compañero de infancia de Francisco José, Taaffe había empezando siendo un liberal moderado y había prestado servicios como primer ministro a finales de la década de 1860. Cuando volvió a ocupar el cargo, se había vuelto más conservador. Su gran hazaña fue convencer a los diputados checos, que habían venido boicoteando el Reichsrat, de que volvieran a él a cambio de una serie de significativas concesiones en el uso de la lengua checa en Bohemia y en la representación de los checos en la Dieta de Bohemia. La reacción de Taaffe ante la incipiente oleada de nacionalismo quedó expresada en una famosa declaración suya en la que dijo que su objetivo era «mantener a todas las nacionalidades de la Monarquía en una situación de descontento uniforme y bien modulado». En vez de significar una política deliberada de «divide y vencerás», este principio encarnaba el reconocimiento de que el descontento era inevitable; todo lo que podía hacer Taaffe era intentar mantenerlo bajo control. Fue él quien hizo aprobar la extensión del derecho de sufragio en 1883, medida que vino a socavar aún más la posición de los liberales y que abrió la puerta a nuevos partidos políticos, incluidos no solo los socialistas, sino también los socialcristianos, que encontraron un líder enérgico y popular a un tiempo en la figura de Karl Lueger. Abogado de orígenes humildes, Lueger se había hecho famoso representando al «pue-

blo bajo» en los tribunales de Viena. Su combinación de reformas sociales, retórica antisemita y defensa de los intereses católicos le acarreó una popularidad enorme, y en 1890 su partido ganó catorce escaños, siete de ellos en Viena, al tiempo que los liberales perdían una cuarta parte de los suyos. En 1895 el Partido Socialcristiano obtuvo la mayoría en el Ayuntamiento de Viena, pero Francisco José, al que desagradaba el radicalismo de aquella formación, se negó a ratificar su nombramiento; dos años después, sin embargo, suavizó su postura cuando Lueger consiguió veintisiete escaños en el Reichsrat. Al cabo de poco tiempo, Lueger obtuvo más apoyos todavía gracias a las mejoras urbanas que llevó a cabo, utilizando su posición de alcalde de Viena para dar a la ciudad modernos servicios sanitarios, de suministro de agua y de transporte, parques, hospitales y escuelas, y llegando hasta cierto punto a cumplir su ambición de convertirla en una «hermosa ciudad jardín».

Cuando Lueger murió de diabetes en 1910, se había producido otra ampliación decisiva del derecho de sufragio en Austria, aprobada en 1907 contra la feroz oposición de la Cámara Alta. Las curias fueron abolidas definitivamente y se introdujo el sufragio universal de los varones adultos en todos los territorios de la corona, en respuesta a las reiteradas manifestaciones multitudinarias de los socialistas, que hicieron temer a Francisco José que se repitiera en Austria-Hungría la revolución que había sacudido de mala manera la posición de Nicolás II en Rusia. Esta reforma llevó al Reichsrat a más grupos disidentes de carácter nacionalista, como el Partido de los Realistas Checos de Tomáš Masaryk, grupo fundado en 1900 y opuesto a los Jóvenes Checos, de carácter liberal, a los Viejos Checos, de inspiración conservadora, y al Partido Socialdemócrata Checo (fundado en 1878), en un modelo de fragmentación ideológica repetido también en otras minorías nacionales. En 1907 los 516 diputados del Reichsrat estaban divididos en unos 30 partidos políticos, que iban de los 87 diputados socialdemócratas a los 97 socialcristia-

nos, los 18 del Partido Clerical Esloveno, los 17 del Partido Populista Polaco, 3 rutenos y 2 realistas checos. Durante los debates la Cámara se convertía en un verdadero campo de batalla en el que los grupos nacionalistas rivales hacían poco más que gritarse unos a otros en sus diferentes lenguas. Los diputados checos adoptaron una actitud de filibusterismo parlamentario y se dedicaron a impedir el desarrollo de los debates porque se llevaban a cabo en alemán, así que los diputados alemanes de la Dieta de Bohemia decidieron hacer lo mismo. En 1908, con ocasión del sexagésimo aniversario de la ascensión al trono de Francisco José, los nacionalistas checos pusieron de manifiesto su frustración derribando las banderas de los Habsburgo en toda Bohemia. El caos y la impotencia del Reichsrat trasladaron el poder político a una esfera superior, hacia la corte y la camarilla ministerial que rodeaba a Francisco José. Las relaciones del emperador con su sucesor designado, el archiduque Francisco Fernando, no eran muy buenas, entre otras cosas porque Francisco José había obligado a su sobrino a contraer matrimonio morganático con Sofía Chotek (1868-1914), impidiendo así a sus hijos sucederlo en el trono: al fin y al cabo Sofía no era más que condesa, rango insuficiente para hacer de ella una emperatriz de la casa de Habsburgo. Por consiguiente, la capacidad que pudiera tener el archiduque de llevar a cabo una reforma de la monarquía dual que ablandara a los checos era muy limitada. Más importante todavía era el hecho de que la concentración de poder en torno al emperador daba a los militares una influencia mucho mayor que la que habían tenido con anterioridad.

Aunque el ejército y la política exterior seguían siendo prerrogativa del emperador, el sistema político de la mitad húngara de la monarquía dual disponía de autonomía suficiente para obligar a Francisco José a consultar al gobierno de Budapest cada vez que quisiera dar algún paso importante en cualquiera de esos terrenos. Hungría había sido ampliamente reconstruida a raíz de la caída del sistema absolutista y centralista de Viena tras el

compromiso de 1867. Había modernizado su Constitución, había concedido la igualdad civil y jurídica a los judíos (1868), había introducido la educación elemental para todos (1868) y había separado la justicia de la actividad gubernamental (1869). En 1875 Hungría encontró la calma y dio paso a un largo período de gobierno del Partido Liberal, formado en la década de 1860 a partir de la fusión de dos destacadas organizaciones nacionalistas. Los liberales, que representaban el ala moderada del nacionalismo húngaro, se mantuvieron en el poder, como en muchos otros países de Europa, gracias a un derecho de sufragio restringido que limitaba la capacidad de votar a un 10 % aproximadamente de la población, principalmente terratenientes y profesionales, y del que carecían las clases humildes. Los liberales húngaros se resistieron obstinadamente a cualquier intento de ampliar el derecho a voto porque temían que esto diera más oportunidades a rumanos, croatas y otras minorías a manifestar sus quejas. El primer ministro que hubo entre 1875 y 1890, el terrateniente Colomán Tisza (1830-1902), reformó el sistema tributario y consiguió así que el Estado fuera solvente, pero con ello no se granjeó muchas amistades. Encontraría cada vez más dificultades a la hora de mantener la equidistancia entre los nacionalistas radicales por la izquierda, que aspiraban a una mayor autonomía para Hungría de la que permitía el compromiso, y los militares y la burocracia de Viena, a cuyo juicio el compromiso había ido demasiado lejos y que querían recuperar algunos poderes. La reacción alérgica de los nacionalistas a una ceremonia celebrada en Budapest en 1866, cuando el comandante en jefe del ejército austríaco en la capital húngara depositó una corona en la tumba de un general austríaco que había combatido contra los revolucionarios húngaros en 1848, no fue más que uno más de los numerosos encontronazos que se produjeron. Tisza acabó por cansarse de intentar mediar en unas controversias tan ostensiblemente banales y dimitió en 1890, aunque su partido continuó en el poder.

El liberalismo húngaro era apoyado principalmente por la pequeña nobleza terrateniente magiar, que se resistía a las demandas de reforma social planteadas por los representantes del campesinado. El relativo atraso de la industria retardó el desarrollo de un movimiento socialista a gran escala y, por si fuera poco, los sindicatos fueron puestos fuera de la ley tras una serie de huelgas convocadas en la década de 1890. Los operarios del ferrocarril que se pusieron en huelga en 1904 fueron llamados a filas, y las manifestaciones fueron sofocadas por lo general violentamente por la policía (treinta y tres manifestantes perdieron la vida en una de esas ocasiones en Bihar). El magiar se convirtió en la lengua oficial en todos los niveles del sistema judicial y administrativo, así como para todos los comunicados públicos, incluso en zonas en las que no se hablaba. Los topónimos fueron magiarizados en su totalidad y el húngaro se convirtió obligatoriamente en la lengua de la enseñanza prácticamente en todas las escuelas secundarias. De ese modo el sistema gubernamental, educativo, administrativo, judicial y profesional quedó confinado únicamente a los que eran capaces de hablar, leer y escribir en húngaro. El censo de 1910 registraba una población en la que había un 54 % de magiares, un 16 % de rumanos, un 11 % de eslovacos, un 10% de alemanes y otras proporciones menores de otras nacionalidades, tales como serbios y croatas, pero estas cifras fueron manipuladas para mostrar una mayoría de hablantes de húngaro, aunque la cifra real probablemente fuera inferior al 50 %. Desde mediados de la década de 1890, la magiarizacion suscitó cada vez más las protestas de los nacionalistas serbios, croatas, eslovacos y rumanos, anunciando el fin de la era de dominación liberal. Los diputados empezaron a abandonar el partido liberal, que era dirigido por el hijo de Tisza, Esteban (1861-1918), y muchos de ellos se unieron a los distintos grupos nacionalistas. En 1905 Tisza intentó revisar el reglamento de la Cámara Baja para soslayar las tácticas obstruccionistas de la oposición, pero cuando se vio al presidente de la Cámara agitar un

pañuelo para avisar a los diputados progubernamentales de que votaran a favor, aquella «elección del pañuelo» indignó a los que pensaban que tenía la obligación de ser neutral. Posteriormente muchos más liberales abandonaron la formación para unirse al Partido de la Independencia, dirigido por Ferenc Kossuth (1841-1914), hijo de Lajos, el líder nacionalista de 1848, e integrante de la nueva Coalición Nacionalista.

Alarmado por la ruptura del orden parlamentario, Francisco José nombró primer ministro a Géza Fejérváry (1833-1914), capitán de la Guardia Real Húngara y militar profesional, y amenazó con publicar un decreto doblando el número de votantes de Hungría. En un gesto de compromiso ofreció el gobierno a la Coalición Nacionalista, que obtuvo una amplia victoria en las posteriores elecciones. Fue nombrado entonces un nuevo primer ministro, el abogado Sándor Wekerle (1848-1921), pero la coalición se rompió en 1909 y los liberales volvieron al poder un año más tarde. Para entonces el clima político se había deteriorado notablemente. Los partidos nacionalistas rivales se anularon unos a otros con sus exigencias contrapuestas de reconocimiento de derechos lingüísticos, desbaratando de paso las iniciativas de reforma educativa. Los diputados de la oposición se entregaron al filibusterismo parlamentario e imposibilitaron el desarrollo de los procedimientos. Cuando el presidente del Parlamento magiar logró aprobar una reforma del reglamento que realmente hacía que los procedimientos fueran factibles, un diputado enfurecido de la oposición le descerrajó tres tiros de pistola antes de dirigir el arma contra sí mismo (ninguno de los cuatro disparos logró dar en el blanco). El gobierno respondió llevando a los tribunales a los líderes nacionalistas, pero también aquí, como en Viena, de hecho se gobernaba por decreto. Eso suponía que el proceso de toma de decisiones del gobierno, aunque había sido atemperado pro la necesidad de consultar a Viena en materia militar y de política exterior, se alejara cada vez más de las influencias populares y democráticas. Así pues, en una medida

mucho mayor que los problemas de Inglaterra con Irlanda, la nacionalización de las multitudes en Austria-Hungría dañaría profundamente el parlamentarismo y la propia integridad del Estado.

La ilusión de inestabilidad

Dos sistemas políticos europeos de finales del siglo XIX y comienzos del XX se caracterizaron por la aparición de una inestabilidad crónica, con partidos políticos débiles y gobiernos de coalición formándose y cayendo en rápida sucesión: nos referimos al italiano y al francés. En ambos los gobiernos se sucedieron con vertiginosa rapidez. En ambos casos también el sistema político experimentó un período de crisis a finales de siglo, cuando por un momento la insatisfacción popular con la aparente ineficacia del gobierno amenazó con elevar a un dictador al poder. En Francia las alianzas y alineamientos políticos cambiantes produjeron cuarenta y nuevo gobiernos sucesivos entre febrero de 1871 y primeros de septiembre de 1914, con una duración media de menos de un año cada uno. En Italia un sistema parecido produjo treinta y dos gobiernos distintos entre 1861 y 1914, con una duración media ligera, pero no significativamente superior. En cambio, Gran Bretaña conoció solo catorce gobiernos entre la Ley de Reforma de 1867 y el estallido de la primera guerra mundial. Austria, con sus veinticuatro gobiernos desde 1867 hasta 1914, y Hungría, con diecisiete en ese mismo período, se situarían más o menos entre los dos extremos, pero en cualquier caso en una posición marcadamente más estable que Italia o Francia.

¿Cuáles fueron los motivos de la inestabilidad política crónica de los dos países latinos? Empezando por Italia, es evidente que los gobiernos sufrieron una falta de cohesión extrema. No existía doctrina alguna de responsabilidad colectiva y los ministros no sentían el menor escrúpulo en dimitir cuando se llevaba a cabo alguna medida con la que no estuvieran de acuerdo, a menudo llevándose por delante a todo el gobierno. Las discrepancias

dentro de los gobiernos eran mucho más importantes a la hora de realizar cualquier cambio de liderazgo que las elecciones. Ello se debió a que, durante la mayor parte de este período, los gobiernos siempre ganaban las elecciones. El Parlamento italiano se basaba en un limitadísimo derecho de sufragio, derivado de la Constitución piamontesa de 1848. Solo medio millón de individuos de una población total de 22 millones que tenía Italia podían votar, y de hecho durante los primeros años del nuevo estado solo unos 300.000 de ellos se tomaron la molestia de acudir a las urnas. La corrupción electoral era rampante. Antes de cada elección se partían billetes de banco en dos: una mitad se le daba al elector antes de que votara, y la otra mitad después que lo hiciera; las listas electorales contenían nombres ficticios, a veces tomados de las lápidas del cementerio de la localidad; y en una ocasión se contó que en Predappio se registraron cuarenta vacas para que participaran en las elecciones. La intimidación era tan habitual como el soborno, ejercido en Sicilia a través de la mafia.

El sistema político fue dirigido al principio por hombres del norte, que generalmente usaron el sur como fuente de patrocinio y poder político, actuando a través de los grandes terratenientes que también dominaban la administración y suministraban numerosos delegados a la Cámara. Desde la muerte prematura de Cavour en 1861 hasta 1876 dominó la escena política la coalición de liberales moderados y conservadores que había logrado formar. Hubo una sucesión de gabinetes más o menos efímeros. El sucesor de Cavour, el barón toscano Bettino Ricasoli (1809-1880), hombre de insólita probidad llamado el Barón de Hierro, ofendió al rey jactándose de que su linaje era más largo que el de la casa de Saboya, por lo que fue destituido en 1862. Sus esfuerzos por reconciliar el reino de Italia con el Vaticano fueron sinceros, pero fracasaron por la obstinación de ambas partes; hoy día se recuerda a Ricasoli sobre todo no por su labor política, sino por haber creado la receta del vino de Chianti moderno. El siguiente primer ministro, Urbano Rattazzi (1808-1873), que ejerció el car-

go en 1862, fue sucedido por Luigi Farini (1812-1866), que se vio obligado a dimitir en 1863 tras amenazar al rey con un cuchillo para conseguir que declarara la guerra a Rusia. Marco Minghetti (1818-1886), que ejerció el cargo durante los dos años siguientes, se hizo famoso por la bravura de su genio; de hecho se enfrentó en duelo a Rattazzi en 1863 después de un intercambio de palabras ofensivas en el Parlamento. Ricasoli, Rattazzi y Minghetti volverían más tarde a ocupar la presidencia del consejo, y mientras tanto continuó la sucesión de gobiernos efímeros. La duración y la energía de los sucesivos gobiernos de la década de 1860 fueron gastadas en gran medida primero por la cuestión de Roma, resuelta finalmente mediante la conquista de la ciudad y su proclamación como capital de Italia en 1870, y luego por una serie de batallas con la Iglesia. En 1876 la falta de reforma sociales se había hecho evidente, y la izquierda liberal, capitaneada por el periodista Agostino Depretis (1813-1887), accedió al poder.

Depretis, que ocupó la jefatura del gobierno casi ininterrumpidamente desde 1876 hasta su muerte en 1887, fue el primer político realmente hábil que apareció en Italia después de Cavour. Su política, según dijo, era «más democracia». Pero sus métodos fueron a menudo dudosos. Convenció al Parlamento italiano de que votara la provisión de fondos para construir más de 2.000 kilómetros de carreteras, y luego los repartió entre diversas localidades a cambio de los votos de los diputados que las representaban. Utilizó su influencia sobre el monarca para llenar los asientos del Senado. No obstante, Depretis llevó a cabo algunas reformas importantes, incluido un programa a gran escala de construcción de líneas ferroviarias y el establecimiento de la educación elemental obligatoria y gratuita, trascendental en una sociedad en la que más de las tres cuartas partes de la población no sabían leer ni escribir. Pero la más importante de todas sus medidas fue que en 1882 finalmente hizo realidad su promesa de «más democracia» aprobando una extensión del derecho de sufragio que llevó a aumentar el número de electores del medio

millón de individuos a los más de dos millones, rebajando los requisitos censitarios exigidos para poder votar y el límite de edad de los ciudadanos con derecho a voto, que pasó de los veinticinco a los veintiún años. La obligación de que los votantes supieran leer y escribir, sin embargo, privó del derecho de sufragio a casi todos los ciudadanos del sur de Italia, al tiempo que incluía en el electorado a los artesanos del norte que sí sabían hacerlo y a otros integrantes de la clase media baja.

Los nuevos sectores de la población a los que se habían concedido los derechos civiles plenos formaron una parte significativa de la base de poder del siciliano Francesco Crispi, anteriormente socio de Depretis. Crispi asumió la presidencia del gobierno a la muerte de Depretis y ejerció el cargo de 1887 a 1891 y de nuevo de 1893 a 1896. Pertenecía a una familia de origen albanés, lo que, según algunos, explicaba la volatilidad de su carácter. Sus credenciales nacionalistas eran impecables. Mazziniano ferviente, obligado a marchar al exilio apenas alcanzada la edad adulta, se había embarcado con los Mil de Garibaldi durante el Risorgimento. Crispi poseía tanta energía que, pese a tener ya sesenta y ocho años cuando ocupó el cargo de primer ministro en 1887, se puso al frente de tres grandes ministerios, además de ejercer como presidente del Consejo. Perteneciente a la izquierda liberal, reformó las prisiones, legalizó el derecho de huelga, introdujo un Código Civil moderno, e impulsó muchas otras políticas, casi todas ellas utilizando el expediente del real decreto. Sus críticos empezaron a llamarlo dictador, y desde luego su actuación sentaría un precedente para la de Mussolini en el siglo xx. Una cosa que no hizo Crispi fue poner coto a la corrupción, tan habitual en el sistema político italiano. Un informe de 1891 acerca de los escándalos bancarios —Crispi intentó destruirlo, pero acabó por ser filtrado a la prensa— revelaba que los bancos habían venido imprimiendo papel moneda por encima del límite legal (la Banca Romana había utilizado para ello una imprenta de Inglaterra). Esos billetes habían sido utilizados para sobornar a políticos y

funcionarios. Los bancos permitían además a los políticos contraer deudas enormes a cambio de favores, especialmente la concesión de títulos nobiliarios a los banqueros. El informe daba nombres y no ahorraba ningún tipo de detalles. Un diputado que debía al Credito Mobiliare medio millón de liras murió a consecuencia de un infarto; un antiguo director de banco fue asesinado en un tren; otro desapareció y fue detenido cuando intentaba tomar un veneno al ser descubierto disfrazado de cura. El escándalo provocó la caída del primer gobierno de Crispi en 1891, pero el propio Crispi fue llamado para presidirlo de nuevo en 1893 al ser considerado el único capaz de hacer frente a una sublevación de campesinos de Sicilia, cosa que hizo de la forma despiadada e inflexible que habría cabido esperar. En ese momento Crispi aprobó la creación de una serie de estrictos controles a los bancos, que, entre otras cosas, les permitiría desempeñar un papel mayor en la financiación de la industria, contribuyendo así al auge de la economía durante los años que precedieron al estallido de la primera guerra mundial.

En 1896, Crispi se vio obligado a presentar la dimisión tras la catastrófica derrota de un ejército italiano en Etiopía, acción que contribuyó en gran medida a desacreditar el liberalismo italiano. Dos años después, la grave crisis económica causada entre otras cosas por la subida de los precios del pan durante la guerra hispano-estadounidense (en España llamada la guerra de Cuba), provocó el estallido de motines en todas las ciudades de Italia. El general Luigi Pelloux (1839-1934), veterano de la batalla de Custoza, había dimitido de su cargo como ministro de la Guerra con el fin de hacer frente a los disturbios, después de llevar a cabo una gran reforma del ejército, y fue nombrado entonces por el rey presidente del gobierno, además de ministro del Interior. Otros cuatro ministerios fueron confiados a militares en activo. Utilizando el expediente del real decreto, Pelloux prohibió las reuniones de carácter político, ilegalizó la huelga de funcionarios y empleados públicos, impuso penas de destierro y de arres-

to preventivo a los delitos de carácter político, e introdujo una estricta censura de la prensa. Hizo saber que gobernaría solo por decreto y presentó en el Parlamento un proyecto de ley que daba a sus decretos fuerza de ley sin necesidad de confirmarlos mediante una votación parlamentaria. Cuando la izquierda liberal intentó alargar el debate para impedir la aprobación del proyecto mediante una táctica de filibusterismo interminable, se produjeron violentos altercados en el hemiciclo. Pelloux disolvió las Cámaras y detuvo a varios diputados. El Tribunal de Apelación declaró sus acciones inconstitucionales y cuando el general intentó suspender un debate sobre la cuestión una vez reunido de nuevo el Parlamento, los diputados de izquierdas se retiraron de la Cámara en señal de protesta. Pelloux convocó elecciones en 1900 con un programa de ley y orden unido a la promesa de conseguir una colonia en China en compensación por el fracaso de Italia en África. Las perdió y se vio obligado a retirarse. El sistema político se salvó. Pero el episodio puso de manifiesto cuán vulnerable era el parlamentarismo ante una intervención autoritaria en momentos de crisis nacional; en la década de 1920 caería víctima de un líder mucho más despiadado, el fascista Benito Mussolini (1883-1945), que simplemente ignoró a los diputados liberales cuando abandonaron la Cámara por el papel que el Duce había desempeñado en el asesinato de uno de ellos.

Los años que precedieron al estallido de la primera guerra mundial estuvieron dominados políticamente por Giovanni Giolitti (1842-1928), otro liberal de izquierdas, pero sin la experiencia que daba el hecho de haber participado en el Risorgimento. Funcionario de carrera, Giolitti vio que el rápido desarrollo de la sociedad industrial en el norte de Italia hacía necesaria la introducción de más reformas sociales para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Giolitti no interfirió nunca en huelga alguna, e intentó no malquistarse con los socialistas ni hacer nada que provocara disturbios sociales del tipo de los que habían dado lugar al ascendiente del general Pelloux. Tras su

victoria electoral en 1906, propuso aumentar el impuesto de sucesiones y el impuesto sobre la renta, pero su iniciativa fue derrotada: el asunto desató tales pasiones que un diputado de la oposición conservadora le arrojó un tintero en medio del debate. Normalmente, sin embargo, Giolitti se reveló un auténtico maestro en el arte de formar coaliciones a partir de grupos de ministros y diputados de lo más heterogéneo, modificando la composición de la mayoría que lo apoyaba justo en el momento en que daba la impresión de que se iba a romper. Esta táctica no tardó en recibir el nombre de «transformismo», esto es, el arte de convertir una coalición a punto de romperse en una ganadora, y de hecho lo mantuvo en el poder durante la mayor parte del tiempo comprendido entre el inicio de la nueva centuria y el estallido de la primera guerra mundial. Contó para ello con el respaldo de un fichero cuidadosamente elaborado con datos de todos los diputados, que señalaba sus debilidades personales y sus puntos de presión. No obstante, el esmerado apaciguamiento de los socialistas que llevó a cabo Giolitti no les impidió ganar más apoyos —en 1909 la extrema izquierda obtuvo en las elecciones más de 100 escaños, la mitad de los cuales fueron a parar a los socialistas— ni seguir las líneas marcadas por la Segunda Internacional, cuando en 1913 renunciaron a toda colaboración con los partidos «burgueses».

La reforma más importante de Giolitti fue la gran ampliación del derecho de sufragio que llevó a cabo para aplacar las exigencias de los socialistas. En 1912 la medida dio lugar a un aumento del electorado que pasó de los 3 millones a los 8,5 de ciudadanos con derecho a voto, esto es, la inmensa mayoría de la población masculina adulta. Como era de prever, los socialistas ganaron 78 escaños en las elecciones del año siguiente, en las que 52 de sus diputados más radicales se habían comprometido a subvertir el Parlamento por considerarlo una institución burguesa. Solo la mitad del nuevo electorado ampliado acudió a votar, pero evidentemente, como en otros países de Europa, cuanto más au-

mentaba el porcentaje de participación, más escaños perdían los liberales a favor de los extremos. La derogación por parte del Vaticano de la prohibición impuesta a los católicos de participar en política, hecha pública en 1913, dio lugar además a la rápida aparición de organizaciones políticas católicas de carácter conservador que empezaron a acosar a los liberales por la derecha. Era evidentemente que el sistema político iba volviéndose cada vez menos manejable. Giolitti intentó atraerse de nuevo a la opinión pública emprendiendo a partir de 1911 una serie de conquistas coloniales en el exterior, con unas consecuencias desastrosas a la larga, y no solo para Italia. No cabía duda de que con la progresiva ampliación del derecho de sufragio el país estaba volviéndose más democrático, y que la posición de predominio del Parlamento había sobrevivido al episodio de Pelloux. Sin embargo, el precipitado avance hacia la creación de una sociedad industrial en el norte del país estaba creando unas tensiones sociales que un sistema político diseñado para una pequeña élite de liberales de clase media no estaba en condiciones de dominar.

Hasta ese momento, pese a la rápida sucesión de gobiernos a lo largo de su historia, el sistema político italiano había logrado mantener una estabilidad subyacente gracias a la presencia de determinados ministros en los sucesivos gabinetes. Había sabido desarrollar políticas eficaces sobre todo cuando un ministro había logrado sobresalir para ejercer una influencia dominante durante varios años, como había sucedido con Depretis, Crispi y, finalmente, Giolitti. Un contraste parecido caracterizó a la Tercera República Francesa, fundada sobe las ruinas del Segundo Imperio en 1871, aunque, a diferencia de Italia, se basaba en el sufragio universal de los varones, introducido ya por Napoleón III. Los políticos republicanos habían eliminado el centralismo autoritario del Segundo Imperio y, en su lugar, habían dado poder político a la Cámara de los Diputados, cuyo predominio sería equiparable por tanto al de su homóloga italiana. De manera harto insólita entre los estados europeos de la época, Francia po-

seía un derecho de voto democrático (al menos para los varones) y un gobierno responsable ante la cámara legislativa y, por consiguiente, ante el electorado. Pero esos logros se vieron amenazados una y otra vez. Irónicamente fueron los legitimistas, el partido de la monarquía tradicional de Francia, derrocada a raíz de la revolución de 1830, los que ganaron las primeras elecciones nacionales durante la República el 8 de febrero de 1871, haciéndose con 400 escaños sobre 645. En 1873 la mayoría monárquica de la nueva Cámara eligió presidente de la República al mariscal Patrice de MacMahon, legitimista reconocido. Tal era su reputación como héroe de la guerra franco-prusiana que solo tuvo un voto en contra. Al principio MacMahon se atuvo escrupulosamente a la neutralidad propia de su puesto, supervisando la promulgación de una nueva Constitución en 1875. Sin embargo, dos años después, destituyó a un gobierno republicano, dando lugar a acusaciones de que estaba preparando un golpe de Estado; las siguientes elecciones dieron como resultado una mayoría de izquierdas de 120 escaños, en vista de lo cual MacMahon dimitió. La mayoría legitimista había sido efímera; en las elecciones de 1871 muchos votantes se habían opuesto a los republicanos porque su programa incluía la continuación de la guerra contra Alemania; seis años después este asunto había desaparecido de la escena política.

Aparte de la fragilidad del apoyo de los legitimistas, el pretendiente oficial al trono, Enrique, conde de Chambord (1820-1883), carecía por completo de habilidades políticas. Era sumamente perezoso (nunca aprendió a atarse los cordones de los zapatos). Era tan obeso como su antecesor, Luis XVIII, y extraordinariamente velludo (como decía un cortesano suyo, «su sistema piloso estaba muy desarrollado»). Pero lo peor de todo, al menos para la causa legitimista, era que no tenía hijos. Chambord pertenecía a la facción más extrema de los legitimistas, que querían dar marcha atrás a la historia y volver a la época prerrevolucionaria. De niño, en Austria, no había estudiado la historia poste-

rior a 1788. Rechazaba la bandera tricolor como enseña de Francia e insistía en hacer ondear la vieja bandera blanca con los lises dorados. Los legitimistas convencionales, notables y aristócratas locales, querían que el poder recayera en las localidades, y no que fuera ostentado por el absolutismo centralizador que deseaba el conde de Chambord. Él mismo socavó su propia causa prohibiendo a cualquiera de sus seguidores desempeñar cargo alguno a nivel local o nacional bajo la República, pues ello habría supuesto reconocerla. En un momento determinado, a mediados de la década de 1870, Chambord llegó a un trato con los orleanistas, los partidarios de la Monarquía de Julio y de sus herederos, pero cuando murió en 1883 sus seguidores más acérrimos se negaron a respetar el artículo fundamental del acuerdo y reconocieron a Felipe de Orleans, conde de París (1838-1894), legítimo heredero al trono. En cualquier caso, Felipe no era un candidato demasiado prometedor. Nieto del rey Luis Felipe, el conde de París vivía en Surrey y tenía pocos partidarios, pues la mayoría de ellos se habían vuelto o republicanos o bonapartistas. Estos últimos obtuvieron setenta y cinco escaños en las elecciones de 1876 y se convirtieron en una fuerza política con la que había que contar. Sin embargo, el príncipe imperial Napoleón (1856-1879), hijo y heredero de Napoleón III, que también vivía en Inglaterra, murió a manos de los zulúes con veintitantos años luchando en el ejército británico sin dejar pretendiente efectivo alguno al legado del bonapartismo. Felipe de Orleans tuvo por lo menos un hijo y un sucesor, llamado también Felipe (1869-1926), que llegó a ser un explorador famoso, pero ahí se acabó también el linaje de los Orleans. Para completar su derrota, una ley de 1886 prohibiría a los pretendientes al trono entrar en Francia.

Las personalidades más destacadas de la política francesa durante la década de 1870 fueron, por tanto, republicanos moderados. Tras la muerte de 1877 de Adolphe Thiers, fundador y primer presidente de la Tercera República, el liderazgo de los repu-

blicanos fue asumido por Léon Gambetta (1838-1882). Gambetta, que había perdido el ojo derecho en un accidente e insistiría siempre en ser pintado o fotografiado del lado izquierdo, era un orador carismático que defendía la causa de lo que él llamaba las *nouvelles couches sociales*, «nuevas capas sociales», los funcionarios, los artesanos, los tenderos, la clase media baja en general, a la que indujo a formar una alianza con los profesionales, los empresarios, los terratenientes medianos y otros sectores que constituían también la columna vertebral del republicanismo. Fue ese conglomerado social el que constituyó la base de la longevidad y la estabilidad de la República. El político dominante de finales de la década de 1870 y comienzos de la de 1880, Jules Ferry, abogado y periodista, se basó en los logros cosechados por Gambetta. Manipulador inteligente y de gran talento, Ferry desarrolló unas políticas de corte anticlerical y nacionalista que le hicieron ganar muchos apoyos, pero que también suscitaron una oposición considerable. Frío y altanero, sobrevivió a dos intentos de asesinato: un crítico suyo comentó que no era de extrañar, pues no tenía corazón al que el asesino pudiera apuntar su arma. En 1885 su gobierno cayó tras los reveses militares sufridos en Indochina, que desencadenarían una grave crisis en los asuntos de la República. Las dificultades económicas obligó a amplios sectores del campesinado a endeudarse; los aranceles impuestos a las importaciones fueron aumentados en 1887, de modo que los trabajadores urbanos, 250.000 de ellos sin trabajo, sufrieron las consecuencias; y se descubrió que el yerno del presidente se había dedicado a vender medallas de la Legión de Honor y otras condecoraciones. El interés primordial de Ferry en las políticas coloniales y anticlericales había supuesto que sus gobiernos aprobaran pocas reformas sociales, y en las elecciones de 1885 nuevos grupos de pequeños burgueses descontentos se movilizaron contra la República. La Unión Conservadora, capitaneada por el conde de París, obtuvo 177 escaños frente a los 129 de los republicanos en la primera ronda, aunque estos enterraron sus dife-

rencias en la segunda y obtuvieron 383 frente a los 200 de los conservadores. No obstante, los republicanos estaban divididos entre los llamados oportunistas, seguidores de Gambetta y de sus herederos políticos, y los radicales.

Parecía necesaria una revisión de la Constitución, y la Cámara de los Diputados se volvió hacia el ministro de la Guerra, el general Georges Boulanger (1837-1891), el General Revancha, como era llamado, que se convertiría en la versión francesa del aspirante a dictador de Italia, el general Pelloux. Boulanger no tardó en convertirse en símbolo de la unidad nacional en medio de las reyertas de los parlamentarios. Cuando Jules Grévy (1807-1891) se vio obligado a dimitir como presidente de la República en 1877 por el escándalo de las condecoraciones, muchos pensaron que Boulanger asumiría la presidencia, aunque a la hora de la verdad quien lo hizo fue Sadi Carnot, famoso por su integridad como ministro de Hacienda, y que posteriormente, en 1894, moriría asesinado por un anarquista. Boulanger organizó entonces una vigorosa campaña, costeada por muchos que en aquellos momentos pensaron que podía salvar el honor de Francia y convertirse en el nuevo Napoleón. Fue elegido diputado por París en enero de 1889, infligiendo una clamorosa derrota al candidato republicano. Pidió la disolución de la Cámara y la elección de una Asamblea Constituyente. Pero su jugada fue puesta en evidencia por el ministro del Interior, Jean Constans (1833-1913). Fabricante de cisternas de váter arruinado, convertido posteriormente en gobernador general de Indochina y luego en director de campañas electorales hábil, aunque corrupto, Constans fue en muchos sentidos un político típico de la Tercera República. Amenazó a Boulanger con detenerlo, pero le concedió tiempo para que pudiera escapar; el general perdió los nervios y huyó a Bélgica, donde acabó suicidándose junto a la tumba de su amante. Constans fue recompensado con el nombramiento de embajador ante el imperio otomano. El boulangismo continuó como

fuerza política menor, pero por lo pronto la República se había salvado.

Con la caída del boulangismo, los radicales volvieron al redil republicano, forjando una alianza con los oportunistas en un nuevo movimiento centrista que recibió el nombre de «solidarismo», dejando tras de sí a los socialistas para que formaran el núcleo de la izquierda. Como el boulangismo había surgido, entre otras cosas, como consecuencia de la frustración por la falta de reformas sociales de las dos primeras décadas de la Tercera República, la mayoría republicana elegida en 1889 aprobó una serie de leyes que supusieron una mejora del estatus de las sociedades solidarias obreras y la abolición del *livret*, la cartilla de trabajo que los operarios habían tenido la obligación de llevar encima hasta ese momento. En 1893 se dio acceso a los pobres a la atención médica gratuita «en nombre del gran principio de solidaridad», y en 1905 la asistencia pública se extendió a los ancianos, los inválidos y los enfermos incurables. En 1892 se creó un servicio de arbitraje para los conflictos laborales y ese mismo año se establecieron límites a la jornada laboral de mujeres y niños. Entre 1898 y 1903 se implantaron leyes que preveían compensaciones para las víctimas de las lesiones sufridas en el puesto de trabajo y en 1910 entró en vigor un plan de pensiones para los trabajadores. La jornada laboral de ocho horas para los mineros y de un máximo de diez para muchos otros trabajadores se introdujo a comienzos de la nueva centuria. El estado del bienestar finalmente parecía haber llegado a Francia. Sin embargo, los efectos de estas leyes fueron muy limitados: en 1914 seguía habiendo casi nueve millones de personas viviendo en municipios que no tenían las instituciones —los *bureaux d'assistance*— necesarias para administrar los programas públicos de pensiones, de seguros y de asistencia médica, y, cuando existían, las autoridades locales las privaban de efectivo (cinco sextas partes de la cantidad de dinero asignada por la Cámara de los Diputados en 1897 a asistencia médica no llegaron a gastarse nunca). Las leyes

relativas a la jornada laboral estaban llenas de lagunas y resultaba difícil ponerlas en vigor. Y hacia finales de la década de 1890 la República se vio sumida en una nueva crisis política todavía más grave que la que provocó el general Boulanger.

A finales de 1894 los servicios secretos de Francia (llamados oficialmente Sección Estadística) consiguieron una carta en la que un oficial francés informaba al agregado militar de la embajada alemana en París de que le enviaba unos documentos militares secretos. El remitente daba a entender que no era la primera vez que había pasado secretos militares a los alemanes. El dedo de la sospecha apuntó inmediatamente a un capitán de artillería agregado al Estado Mayor, Alfred Dreyfus (1859-1935), cuya letra se pensó que se parecía a la del autor de la carta. Su respuesta a las acusaciones de que él era el autor fue una negativa inmediata y rotunda. Dreyfus era un alsaciano cuya familia había elegido la nacionalidad francesa en 1872 en vez de la ciudadanía alemana. Su posición financiera era desahogada y no tenía motivos económicos para cometer traición. Pero además —cosa absolutamente insólita en un oficial del Estado Mayor— era judío. Para demostrar su eficacia, los servicios secretos necesitaban dar una solución rápida del delito. Se elaboró un informe secreto, que no se permitió ver ni a Dreyfus ni a su abogado. Sobre esta base el capitán fue despojado de su rango el 5 de enero de 1895 en una ceremonia pública de degradación, condenado a cadena perpetua y enviado a la colonia penal de la isla del Diablo, en la Guayana Francesa.

Su familia se negó a aceptar su culpabilidad y continuó presionando a la prensa, que al año siguiente descubrió que algunos de los documentos del informe habían sido falsificados por los propios servicios secretos. En 1897 se supo que la carta original había sido escrita en realidad por Ferdinand Esterházy (1847-1923), un oficial disoluto y cargado de deudas que tenía muy buenos motivos para vender secretos a los alemanes. Sin embargo, Esterházy tenía amigos en las altas esferas. Fue presentado

por la prensa de derechas como víctima de una trama judía, y fue absuelto por un tribunal militar que confirmó la culpabilidad de Dreyfus. Indignado por aquella tropelía, el novelista Émile Zola publicó una extensa carta abierta al presidente de la República, afirmando que a Dreyfus le habían tendido una trampa. La carta, titulada «J'accuse», se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas, vendiéndose en pocas semanas más de 300.000 copias. Zola fue acusado de difamación y llevado a los tribunales, pero el Ministerio de la Guerra se vio obligado a reconocer que el Informe Dreyfus contenía falsificaciones y que el responsable de ellas era Hubert-Joseph Henry (1846-1898), coronel de los servicios de inteligencia. Detenido y encarcelado, Henry se suicidó en su desesperación. En 1899 finalmente se concedió a Dreyfus la posibilidad de apelar. Traído de vuelta a Francia, fue hallado culpable otra vez por un tribunal militar. Sin embargo, se le concedió un perdón presidencial en septiembre de 1899, confirmado al año siguiente por el Senado, y en 1906 un tribunal civil de apelación revocó el veredicto de 1895 y lo declaró inocente.

Durante todo el caso Dreyfus, se desarrolló en la prensa —periódicos, revistas, panfletos y carteles— una auténtica guerra literaria entre los *dreyfusards* y los *antidreyfusards*; se celebraron concentraciones en toda Francia de uno y otro bando, poniendo de manifiesto unas pasiones profundas e irreconciliables. A las manifestaciones masivas de *antidreyfusards* convocadas en Marsella siguieron violentos ataques contra comercios judíos. Los republicanos quedaron espantados al descubrir que el ejército francés era todavía profundamente monárquico y seguía dictando sus propias leyes. Sin embargo, como símbolo del nacionalismo francés y la voluntad de revancha contra los alemanes, el ejército francés fue defendido por políticos y escritores de derechas. El clero vio en los *dreyfusards* una conspiración judeo-masónica, demostrando que el *ralliement* no había supuesto más que una adhesión de boquilla a la República. De ese modo la

campaña de los *dreyfusards* se convirtió en una causa anticlerical más, que dio lugar a la disolución de más de doscientas congregaciones de órdenes religiosas por orden del gobierno y a una mayor secularización de la enseñanza. Los radicales se escindieron una vez más de los republicanos moderados, y junto con los socialistas aumentaron su representación en la Asamblea de 1902, dando lugar al nombramiento de Émile Combes (1835-1921) como primer ministro. Hijo de un campesino propietario de una sastrería y de una tienda de vinos, Combes representaba a las nuevas clases sociales identificadas por Gambetta. Frugal hasta la austeridad, ahorraba papel escribiendo 3.600 palabras por página, y, siendo como era abstemio, bebía agua ligeramente coloreada en los banquetes públicos, en vez de vino, para no llamar la atención y quedar en mal lugar. Su ministerio aceleró el ritmo de las reformas sociales iniciadas con su predecesor. El caso Dreyfus acabó con los últimos restos de antisemitismo que pudieran quedar en el movimiento socialista, mientras que hizo que esta misma tendencia se asentara profundamente en los políticos y periodistas de derechas. El odio a los judíos era destilado regularmente por el periódico *La Libre Parole*, dirigido por Édouard Drumont (1844-1917), que vendía 100.000 ejemplares diarios y combinaba el antisemitismo religioso y racial con teorías de la conspiración de vario tipo. Mientras tanto, el ministerio Combes duraría hasta 1905, cuando cayó debido a la retirada del apoyo de los socialistas, presionados por la Segunda Internacional.

En 1906, en medio de una serie de iniciativas de reforma de carácter anticlerical y social, las elecciones dieron sorprendentemente la victoria a los radicales, que obtuvieron el 42 % de los escaños de la Cámara de los Diputados. En aquellos momentos eran liderados por Georges Clemenceau (el Tigre), político combativo y agresivo que se creó muchos enemigos. Se batió en numerosos duelos, se divorció de su mujer e hizo que la metieran en la cárcel acusada de adulterio, y, como director de periódico,

había sido el primero en publicar «J'accuse». Era un orador aplaudido, pero, en vez de realizar las reformas que había prometido, Clemenceau gastó buena parte de su tiempo intentado sofocar los disturbios laborales, utilizando a las tropas para acabar con las huelgas y malquistándose de paso con los socialistas. Su caída en 1909 dejó a los radicales divididos, lo que dio lugar a una sucesión de gobiernos efímeros. De hecho, la inestabilidad crónica de la Tercera República en su conjunto fue sorprendente. Son muchos los motivos de que así fuera. La Cámara de los Diputados estaba dividida en numerosas pequeñas facciones más que en grandes partidos políticos, y dominada por políticos locales cuya principal preocupación era obtener ventajas para las circunscripciones que representaban. Había poca coordinación efectiva de la política gubernamental, pues el cargo de primer ministro no existía oficialmente, de modo que el presidente de un gobierno tenía que ocupar un ministerio como, por ejemplo, el de Asuntos Exteriores, lo que le dejaba poco tiempo para imponer una línea política general coherente a todo el gobierno en conjunto. Las imperfecciones del sistema democrático eran evidentes, no existía el voto secreto, ni límites al gasto electoral, se distribuía gratuitamente vino entre los votantes, y el soborno y la corrupción eran flagrantes. Las alianzas y los alineamientos entre los diputados movidos por intereses locales cambiaban con una rapidez pasmosa. Al menos para el que no estaba enterado, la democracia en Francia no parecía que funcionara muy bien.

No obstante, hubo un alto grado de continuidad tras esa aparente inestabilidad crónica. Resulta sorprendente, de hecho, que, a pesar de todas sus divisiones y fisuras, la democracia francesa de la Tercera República lograra capear el temporal primero del monarquismo en la década de 1870, luego del boulangismo en la de 1880, y por fin la del caso Dreyfus en la de 1890, para alcanzar un alto grado de estabilidad durante los años previos al estallido de la primera guerra mundial. Entre los muchos motivos de que así fuera cabría citar el poder de la burocracia, especialmen-

te los prefectos de las provincias, y la gigantesca cohorte de funcionarios de los ministerios de París. A menudo las leyes eran redactadas solo en términos generales, dejando que los burócratas elaboraran los detalles. El electorado se mostró además notablemente fiel a sus lealtades políticas, con algunas regiones del oeste votando sistemáticamente a candidatos conservadores desde los tiempos de la Revolución y otras del sur y del centro respaldando a los jacobinos desde comienzos de la década de 1790 y a los socialistas un siglo después. La lentitud del crecimiento económico y la persistencia de una enorme multitud de campesinos independientes supusieron que los cambios sociales rápidos y violentos no trastocaran el sistema político, como sucedió en otros estados. En 1914 más de la mitad de los franceses vivían en poblaciones de menos de 2.000 habitantes. No había una industria a gran escala suficiente para sostener un partido socialista de masas. Y tras la derrota de la Comuna de 1871, París y sus habitantes dejaron de plantear la amenaza revolucionaria que habían representado desde 1789: la Tercera República, a diferencia de la Segunda y de la Primera, fue una República de provincianos. La Cámara de los Diputados cambió muy poco con el paso del tiempo: en cualquier momento, entre 1870 y 1940, una cuarta parte de sus miembros llevaba en el cargo más de veinte años y un 3 % incluso la friolera de treinta y tres años. Dado su enorme poder político, no es de extrañar que la Cámara de los Diputados estuviera reunida casi siempre en sesión permanente; y la composición de sus influyentes comisiones cambiaba con muy poca frecuencia. La Cámara no podía ser disuelta, y por lo tanto podía afirmar su poder durante períodos de cinco años entre cada elección sin temor al gobierno. En otras palabras, la Tercera República fue dirigida por una oligarquía de políticos profesionales, la mayor parte de ellos con fuertes raíces en sus circunscripciones de origen.

Aunque los gabinetes cambiaran cada pocos meses, a menudo los mismos ministros seguían ocupando su puesto de un go-

bierno a otro. Durante todo el período de la Tercera República, hasta el estallido de la segunda guerra mundial, 217 del total de sus 561 ministros desempeñaron el cargo una sola vez, 103 lo hicieron dos, 71 tres, 48 cuatro y 122 más de cuatro veces; de modo que cualquier miembro del gobierno que no fuera completamente incompetente podía esperar desempeñar su cargo una y otra vez. Surgieron figuras destacadas que dominarían la política francesa durante varios años en cada caso. El anticlerical Aristide Briand (1862-1932) fue tres veces primer ministro entre 1909 y 1913, mientras que Charles de Freycinet (1828-1923), ingeniero que se convirtió en director organizativo del sistema ferroviario y jefe del servicio de movilización en 1870-1871, ejerció como ministro de la Guerra en siete ocasiones y como primer ministro en cuatro. Esta permanencia tan larga en funciones permitió a Freycinet impulsar una serie de grandes reformas del ejército que solo fueron posibles porque ocupó el Ministerio de la Guerra una y otra vez. Jules Ferry fue ministro de Educación en cinco de los ocho gobiernos en los que participó entre 1879 y 1885 y primer ministro dos veces, lo que le ayudó a poner en marcha importantes reformas en el sistema educativo francés. Las reformas, por tanto, fueron a menudo fáciles de ejecutar, desde la legislación anticlerical de Ferry y luego de Combes, hasta las medidas de bienestar social de la última década del siglo XIX y de la primera del XX. Al final la Tercera República duró setenta años y acabó siendo el más largo de los sistemas políticos franceses desde la Revolución. Como Italia, solo sería crónicamente inestable en apariencia.

«¡Avante a toda máquina!»

Mientras que la combinación de régimen parlamentario y sufragio universal de los varones diferenció a Francia de otros sistemas políticos hasta que poco antes del estallido de la primera guerra mundial se produjo la extensión del derecho a voto en Italia, Austria y otros países, el régimen italiano mostraría similitudes muy significativas con el de la Alemania imperial. Como

Alemania, Italia había sido creada en gran medida por un estado miembro dominante, en este caso el Piamonte, la Prusia de Italia. Sin embargo, las instituciones del Piamonte fueron extendidas a toda Italia, mientras que Alemania mantuvo el sistema federal tanto en el gobierno como en la administración. De ese modo, el Parlamento tendría una influencia mucho mayor en Italia. La posición de la monarquía en ambos casos era muy fuerte, incluida la capacidad del soberano de nombrar y destituir ministros y de rechazar sus consejos, el derecho a disolver la cámara legislativa, a controlar la política exterior y el Ejército, y a publicar decretos de manera absolutamente independiente. Pero había también importantes diferencias entre ambos países. En general, se daba por descontado que un gobierno italiano tenía que contar con una mayoría en la Cámara, y un voto negativo de confianza habitualmente conducía a la dimisión del gobierno y a la convocatoria de nuevas elecciones, cosa que no sucedía en Alemania. A diferencia de Gran Bretaña y Prusia, la Cámara Alta poseía en Italia unos poderes solo limitados. Los derechos constitucionales del monarca acabarían resultando fatales para la democracia italiana al término de la primera guerra mundial, lo mismo que en Alemania, donde fueron trasladados en buena parte al presidente de la República tras la caída de Guillermo II. Pero de momento en Italia fueron ejercidos con mucha parsimonia.

Ello se debió, entre otras cosas, a que los monarcas italianos no fueron unos personajes precisamente ambiciosos o dinámicos. Víctor Manuel II era un militar sencillo cuyas principales aficiones, como las de tantos príncipes europeos de la época, eran las mujeres y la caza. Mantuvo públicamente al menos a una amante y tuvo numerosos hijos ilegítimos (se comentaba que la definición utilizada habitualmente para designar a cualquier rey, «padre de su pueblo», era en este caso verdaderamente literal). Su sucesor, Humberto I, el cuarto monarca piamontés de ese nombre, no dudó en tomar el número romano «I» como manifestación de su lealtad al reino de Italia en su totalidad;

apasionado amante de la caza del zorro, había recibido una educación militar y era conocido por sus opiniones políticas conservadoras, que en ocasiones, aunque no con demasiada frecuencia, expresó públicamente y por boca de sus ministros. Tras el asesinato de Humberto en 1900, su sucesor, Víctor Manuel III (1869-1947), hombre retraído que detestaba la política, se dedicó principalmente a amasar una imponente colección de más de 100.000 monedas; él mismo se encargó de catalogarlas minuciosamente en el *Corpus Nummorum Italicorum*, cuya publicación dio comienzo en 1910 y acabaría por ocupar veinte volúmenes, el último de ellos aparecido en 1943. El único consejo que recibió de su padre fue el siguiente: «Recuerda: para ser rey, lo único que tienes que saber es firmar con tu nombre, leer un periódico y montar a caballo». De apenas un metro y medio de estatura, Víctor Manuel III se sintió mortalmente ofendido cuando, con ocasión de una visita de Estado a Italia, el káiser Guillermo II, en una de las torpes bromitas a las que era tan aficionado, lo llevó a pasar revista a un pelotón de gigantescos granaderos prusianos.

Fue este un episodio típico de la ineptitud de la que haría gala la política exterior alemana a partir de la década de 1890. No obstante, durante sus primeros veinte años, el recién creado imperio alemán había sido pilotado con prudencia y con éxito notable por el arquitecto de la unidad del país, Otto von Bismarck. Era aquel otro sistema político, como el de Francia, en el que la asamblea legislativa nacional era elegida por sufragio universal de los varones. Siguiendo el ejemplo de Napoleón III, Bismarck había apostado por la lealtad de las masas. «En un país con tradiciones monárquicas y sentimientos leales —declaró con su candor habitual, defendiendo la introducción del sufragio universal de los varones para la elección del Parlamento nacional de Alemania en 1871—, el sufragio general, eliminando la influencia de las clases burguesas liberales, dará lugar también a elecciones monárquicas». Pero no fue así. Durante toda la década de 1870 el Reichstag estuvo dominado por los diputados del Partido Na-

cional Liberal, que apoyaban con condiciones el imperio bismarckiano, pero también fueron impulsores convencidos de la introducción de reformas liberales. Ese predominio de los nacional-liberales se debió principalmente a que la gran masa de los campesinos no se tomó la molestia de votar. A mediados de la década de 1870 los nacional-liberales obtuvieron una mayoría absoluta en la Cámara, alcanzando 204 escaños sobre un total de 397. Resultado de todo ello fue la aprobación de una auténtica marea de leyes liberales, que irían desde la promulgación de un Código Penal del Reich hasta la estandarización de los pesos y medidas, o la creación de una moneda y un banco nacionales. De conformidad con el compromiso de los nacional-liberales con la empresa libre, las restricciones a la libertad de comercio que aún seguían vigentes fueron eliminadas por completo.

En el imperio alemán no había responsabilidad ministerial ni régimen de partidos; de hecho no existía ni siquiera un gobierno nacional en sentido formal, sino solo una serie de funcionarios civiles que dirigían las diversas instituciones del Reich como secretarios de Estado. En la práctica, sin embargo, para ser eficaces, tanto el káiser, como el canciller del Reich y los secretarios de Estado dependían en una medida considerable del órgano legislativo nacional. Por consiguiente las elecciones fueron siendo cada vez más reñidas siguiendo las líneas de la política de partidos y, con el paso del tiempo, la organización de las campañas electorales fue adquiriendo mayor importancia. Surgieron rápidamente formaciones políticas, que irían desde el Partido Nacional Liberal, favorable a Bismarck, y el Partido Progresista, fundado en 1866 y contrario a él, hasta los partidos que en 1870-1871 representaban a determinadas minorías nacionales, como, por ejemplo, polacos y daneses. El SPD fue creado en 1875, y el Partido Conservador Alemán en 1876. A corto plazo, el principal beneficiario del sufragio universal de los varones fue el Partido del Centro, de inspiración católica, fundado en 1870 e imitado con éxito en Italia a raíz de la introducción del sufragio univer-

sal de los varones en 1912. El partido, que fue capaz de unir a todas las clases sociales de las zonas urbanas y rurales del sur y del oeste del país, no tardó en establecerse como una fuerza política de primera magnitud, y su popularidad creció como consecuencia del resentimiento suscitado por los ataques de Bismarck contra la Iglesia durante el *Kulturkampf*.

El Partido del Centro estaba dirigido por el abogado de Hannover Ludwig Windthorst (1812-1891), cuya formación había hecho de él un anglófilo (en realidad se hizo famoso poniendo en entredicho el derecho de Prusia a anexionarse el reino de Hannover en 1866). El amor al trabajo de Windthorst, junto con su habilidad retórica, hizo de él un personaje indispensable en los debates de la Cámara. Con un cuerpo minúsculo y una cabeza descomunal, y una cortedad de vista tan grande que necesitaba que alguien le leyera los periódicos en voz alta, se convirtió en un auténtico regalo para los caricaturistas. Pero, como señalaba un contemporáneo suyo, era «un prodigio parlamentario. Solo él podía compararse a Bismarck». Era particularmente aficionado a la mordacidad y a los comentarios ingeniosos. En el curso de un debate, Bismarck, que aborrecía a Windthorst, lo acusó de utilizar la cuestión católica para intentar separar a Hannover del Reich, en un acto flagrante de traición. Windthorst respondió comentando que durante los últimos dos días «se ha dirigido contra mí tal exceso de ataques personales, y de hecho con tal violencia, que a decir verdad estoy empezando a creer que poseo una significación con la que nunca hasta ahora había soñado [grandes risas]». Sus cartas eran abiertas por la policía prusiana, pero no por ello dejó de escribirlas (empezó a utilizar códigos secretos), y con el tiempo logró sacar al Partido del Centro de las procelosas aguas de la política bismarckiana para conducirlo hacia un ambiente político más sereno.

El Partido del Centro se vio dificultado por el hecho de que durante los primeros años del nuevo estado, el voto, restringido a los varones de más de veinticinco años, a menudo no era lim-

pio ni secreto. Los votantes tenían que llevar sus propias papeletas a los colegios electorales, y cada vez con más frecuencia esas papeletas eran suministradas por los partidos que exigían su lealtad, incluido por supuesto el Partido Conservador, dominado por los intereses de los terratenientes de las áreas rurales. Las papeletas podían ser inspeccionadas por los terratenientes y los propietarios de las fábricas, que imponían sanciones a aquellos de sus empleados que no votaban como ellos querían. En las zonas industriales los grandes magnates o sus agentes a menudo llevaban a los trabajadores hasta las urnas en procesión. Hasta 1903, después de una larga campaña, el Estado no se convenció de que debía suministrar sobres opacos para que los electores metieran en ellos sus papeletas de voto, y solo en 1913 se introdujeron urnas estandarizadas (hasta entonces, según se contaba, se utilizaban como tales cajas de puros, cajones, maletas, sombrereras, cacerolas, ollas de barro, jarras de cerveza, fuentes y jofainas). No obstante, aunque la intimidación estaba a la orden del día, el soborno y la corrupción no estaban generalizados, y la cultura política legalista de Alemania permitió que las elecciones al Reichstag fueran en general más limpias que las de muchos otros países de Europa incluso antes de la reforma de 1903.

Este hecho fue importante entre otras razones porque con el paso del tiempo los poderes del Reichstag fueron aumentando gradualmente, debido en parte a la creación de un número cada vez mayor de instituciones centrales cuya supervisión podía reclamar el Parlamento: cabría citar entre ellas el Tribunal de Cuentas del Imperio Alemán (Rechnungshof des Deutschen Reiches, 1871), el Servicio Imperial de Estadística (Kaiserliches Statistiches Amt, 1872), la Oficina del Ferrocarril del Reich (Reichsbahnamt, 1873), la Administración de la Deuda Nacional del Reich (Reichsschuldenverwaltung, 1874), el Departamento Imperial de Sanidad (Kaiserliches Gesundheitsamt, 1876), la Oficina Postal del Reich (Reichspostamt, 1876), la Oficina Imperial de Patentes (Kaiserliches Patentamt, 1877), el Departamento de Justicia

del Reich (Reichsjustizamt, 1877), el Tribunal Supremo del Reich (*Reichsgericht*, 1877) y el Departamento de las Colonias del Reich (Reichskolonialamt, 1884). Todas estas entidades fueron absorbiendo el poder de los estados federados y trasladándolo a Berlín. La creciente marea de legislación nacional emanada del Reichstag decantó el equilibrio de poder previsto en la constitución, que pasó del Consejo Federal (Bundesrat), en el que estaban representados los veinticinco estados que constituían el imperio, al órgano legislativo de carácter electivo. Análogamente, los secretarios de Estado que presidían las distintas instituciones centrales del Reich, incluido el Ministerio de Asuntos Exteriores (Auswärtiges Amt), evolucionaron gradualmente hasta convertirse en funcionarios equivalentes a los ministros de cualquier gobierno nacional. Por consiguiente, lo mismo que en Francia, se formó una poderosa burocracia encargada de apuntalar lo que con demasiada frecuencia parecía un sistema legislativo débil y quebradizo.

A finales de la década de 1870 la habilidad que había mostrado Bismarck para manejar el Reichstag lo suficientemente bien como para conseguir la aprobación de las leyes empezó a encontrar problemas. El *Kulturkampf* no había funcionado, la economía atravesó una prolongada crisis tras el crac de 1873, y los ingresos procedentes de los aranceles aduaneros y de los impuestos indirectos no bastaban para sufragar la administración del Reich, en constante crecimiento. Alemania empezó a depender de la importación de grano del extranjero a medida que fue aumentando la población industrial. Los terratenientes y los magnates de la industria clamaban por la introducción de aranceles a las importaciones, idea que constituía un verdadero anatema para los nacional-liberales, defensores a ultranza del libre comercio. La mitad de los altos hornos de Alemania permanecían ociosos a mediados de la década de 1870, pese a lo cual los liberales del Reichstag derrotaron una moción presentada para cobrar tarifas arancelarias al arrabio de importación. Bismarck intentó lo-

grar la cuadratura del círculo invitando al líder de los nacional-liberales, Rudolf von Bennigsen (1824-1902), a formar un gobierno de coalición, pero el plan fracasó porque Bennigsen exigió la garantía de que su partido ocupara otros cargos del Reich y que se introdujera en la Constitución la responsabilidad ministerial y un régimen de partidos. Pero ni Bismarck ni el káiser Guillermo I estaban dispuestos a dar semejante paso.

En 1878 se produjeron dos intentos de asesinato del káiser que a Bismarck le vinieron muy bien. El 11 de mayo un joven fontanero, Max Hödel (1857-1878), disparó dos tiros de pistola contra Guillermo I cuando pasaba en su carroza por Unter den Linden, la principal avenida de Berlín. Los disparos no dieron en el blanco y Max Hödel fue atrapado por la multitud encolerizada. El 2 de junio, sin embargo, un economista disgustado con la situación, Karl Nobiling (1848-1878), utilizando una escopeta de dos cañones, disparó al anciano monarca desde la ventana de un piso alto que daba a esa misma calle. Guillermo I salvó la vida por el simple motivo de ir vestido con uniforme militar y llevar un casco de acero rematado en punta. A pesar de todo, sufrió graves heridas y tuvo que retirarse por algún tiempo de la vida pública para recuperarse. Nobiling se pegó un tiro en la cabeza con una pistola cuando la multitud enfurecida corrió a prenderlo, pero Hödel fue juzgado y decapitado en medio de un auténtico bombardeo de propaganda organizado por Bismarck, que culpó a los socialdemócratas de intento de asesinato (lo cierto es que Hödel había sido expulsado del partido a raíz de su conversión al anarquismo). Bismarck utilizó estos acontecimientos como pretexto para ilegalizar al SPD, a cuyos militantes presentó, como había hecho con los católicos, como «enemigos del Reich». Como pretendía el canciller, aquella situación supuso para los nacional-liberales un auténtico dilema: ¿defendían las libertades civiles aun a riesgo de ser etiquetados de simpatizantes de un asesino o se mostraban de acuerdo con la ilegalización del partido aviniéndose a sacrificar sus principios liberales? Se enfrentaron a otro di-

lema parecido cuando Bismarck introdujo una serie de aranceles de carácter proteccionista, que fueron aprobados por el Reichstag un año más tarde. Ambas medidas, en contra de los derechos civiles y del libre mercado, supusieron la escisión de los liberales.

Aquello supuso un importante giro a la derecha por parte del gobierno del imperio. Los altos cargos de la administración de tendencias liberales fueron destituidos y reemplazados por otros de talante conservador. Al mismo tiempo eran cada vez más los miembros del electorado que ejercían su derecho al voto, de modo que el porcentaje de votantes que participaron en las elecciones al Reichstag aumentó del 50 % de 1871 a más del 80 % en 1912. A medida que votaban más campesinos y más obreros, iba produciéndose un claro aumento de los votos del Partido Socialdemócrata y del Partido del Centro, mientras que los nacional-liberales, que dependían de la hegemonía aplastante ejercida por los notables locales en las circunscripciones urbanas, experimentaban un declive constante. En 1871 el Partido Nacional Liberal obtuvo 125 escaños frente a los 76 conseguidos por los liberales contrarios a Bismarck del Partido Progresista, los 94 de los conservadores y los 2 del Partido Socialdemócrata. En 1912 los nacional-liberales habían retrocedido hasta los 45 escaños, mientras que los progresistas ganaban 42, los conservadores 57, los católicos del Partido del Centro 91 y los socialdemócratas 110. Esta no es más que una prueba de la larga y constante decadencia del liberalismo en todas sus facetas, frente a la correspondiente ascensión de las fuerzas socialistas por la izquierda y de los centristas católicos por la derecha.

Pese a su crítica de la política colonial alemana, el Partido del Centro católico, ansioso por mostrar su lealtad al imperio tras sufrir los embates del *Kulturkampf*, se había convertido de hecho en un pilar fundamental del gobierno del Reichstag. Pero la apuesta de Bismarck por el sufragio universal de los varones había fracasado de manera espectacular, como consecuencia de su

incapacidad de reconocer la magnitud y la importancia del proceso de industrialización que estaba experimentando Alemania. Como decía lamentándose en 1896 el secretario de Estado del Departamento del Tesoro del Reich, Arthur von Posadowsky-Wehner (1845-1932):

> … Alemania está convirtiéndose cada vez más en un estado industrial. De ese modo se ha reforzado la parte de la población de la que no puede fiarse la corona —la población de las grandes ciudades y de los distritos industriales—, mientras que era la población agrícola la que proporcionaba el verdadero sostén de la monarquía. Si las cosas continúan como hasta ahora, la monarquía o bien pasará a convertirse en un sistema republicano o bien, como en Inglaterra, se convertirá en una especie de monarquía de pacotilla.

Que esta premonición no se cumpliera fue consecuencia en parte del continuo ostracismo que sufrieron los socialdemócratas a manos de la élite política, y en parte también de la competencia restringida que siguió limitando la actuación de la cámara legislativa de forma ininterrumpida hasta 1914. Además, había numerosos poderes que continuaban en manos de los veinticinco estados federados, entre los cuales había entidades minúsculas e insignificantes como el principado de Schwarzburgo-Rudolstadt, otras pequeñas, pero importantes, como la ciudad-estado de Hamburgo, y por fin otras grandes e influyentes como Baden, Baviera, Sajonia y Wurtemberg.

Todos estos estados alemanes quedaban empequeñecidos ante el reino de Prusia, que daba cabida a la mayoría de la población del imperio y ocupaba la parte principal de su territorio. Prusia ocupaba en Alemania una posición de predominio mayor incluso que el Piamonte en Italia, en claro contraste con Francia, donde la Tercera República se basaba en el rechazo a la hegemonía de París y venía a reflejar el poder de las provincias. De manera harto trascendental, el rey de Prusia era siempre el emperador de Alemania. Prusia gozaba de diecisiete de los cincuenta y ocho escaños del Consejo Federal y siempre podía presionar a un número suficiente de estados para que votaran con ella y disponer así de una mayoría absoluta. El primer ministro prusiano era casi siempre el canciller del Reich (Bismarck ostentó los dos car-

gos, así como el de ministro de Asuntos Exteriores). Cada estado federal tenía su propio soberano, su propio órgano legislativo y su propia administración, y cada uno de ellos controlaba la educación, la sanidad, la policía, y recaudaba la mayor parte de los impuestos, aunque el crecimiento del gobierno central fue reduciendo progresivamente su autonomía. Pocos de ellos eran democráticos, y en muchos el derecho a voto estaba vinculado a la posesión de bienes. En Prusia el electorado estaba dividido en tres tercios iguales, correspondientes al sector de los contribuyentes que más impuestos pagaban, al intermedio y al más bajo: de ese modo las dos clases más ricas podían siempre superar en votos a la tercera, la más pobre, aunque esta superara con mucho a las otras dos en número de votantes. Más trascendental todavía era el hecho de que el ejército prusiano, que controlaba las fuerzas armadas de los demás estados, sobre todo en tiempos de guerra, era en gran medida independiente del Parlamento. En un débil eco de la postura más radical que habían mantenido en la década de 1860, los nacional-liberales del Reichstag habían intentado en la de 1870 forzar la aprobación de un presupuesto anual para el Ejército, mientras que este no quería ningún tipo de control presupuestario. Bismarck se las arregló para llegar a una componenda en virtud de la cual los presupuestos asignados al Ejército eran aprobados cada siete años. Este compromiso minimizaba el grado de control parlamentario, aunque dio lugar, a pesar de todo, a un importante choque cuando los liberales intentaron aprobar una limitación a tres años de la vigencia de los presupuestos asignados a las fuerzas armadas. «El Ejército alemán —declaró Bismarck—, es una institución que no puede depender de las mayorías pasajeras del Reichstag… Este intento de convertir el Ejército imperial en un ejército parlamentario… no saldrá adelante».

Irritado por el ataque de los nacional-liberales a la independencia del Ejército, Bismarck disolvió el Reichstag en 1887 y llevó a cabo una campaña electoral basada en una visión cínica y

alarmista de una Francia tan empeñada en la revancha que, a su juicio, había «guerra a la vista». Bismarck ganó las elecciones y por primera vez pudo contar en el Reichstag con una mayoría formada por conservadores y nacional-liberales. El *Kartell*, como fue llamada la nueva mayoría, no duró mucho. Pese a la introducción de sus innovadoras medidas de bienestar social en la década de 1880, Bismarck se dio cuenta en 1890 de que no había conseguido destruir al SPD, como tampoco había conseguido doblegar al Partido del Centro católico. Cuando la cláusula de suspensión de doce años incluida en la Ley Antisocialista amenazaba con expirar, Bismarck empezó a preparar la renovación de la ley. Pero su posición hegemónica había dependido no solo de su dominio del Reichstag, sino también de la confianza del káiser («Es muy difícil ser káiser con Bismarck», había comentado en cierta ocasión Guillermo I). En 1888 el anciano emperador murió a los noventa años, siendo sucedido por su hijo, que ascendió al trono con el nombre de Federico III (1831-1888), utilizando la numeración que le correspondía como rey de Prusia. Casado con la princesa Victoria (1840-1901), hija de la reina Victoria de Inglaterra, y con fama de liberal, el nuevo káiser no se llevaba muy bien con Bismarck. Pero era débil e indeciso. El Canciller de Hierro no tuvo el menor reparo en intimidar a Federico III siempre que quiso. Aunque era enemigo convencido de la pena de muerte, Federico firmó la orden de ejecución de Hödel actuando en 1878 como monarca interino cuando Bismarck le dijo que cometería un acto de traición contra el Reich y contra la monarquía si dejaba con vida a aquel aspirante a asesino. En cualquier caso, el reinado de Federico duró solo noventa y nueve días, pues murió de cáncer de garganta, a pesar de las atenciones dispensadas por los mejores cirujanos ingleses.

Federico fue sucedido por su hijo, Guillermo II, que tenía un carácter muy distinto al suyo: inquieto, ampuloso e inestable. El nuevo káiser tenía el brazo izquierdo atrofiado de nacimiento, aunque sus padres intentaron estimular su crecimiento sumer-

giéndolo en las entrañas aún calientes de reses recién sacrificadas, una terapia que difícilmente le ayudaría a conseguir el equilibrio psíquico que a todas luces tanto necesitaba. Incapaz de llevar a cabo un trabajo sistemático, Guillermo viajaba tanto que llegó a ser conocido popularmente como *Reisekaiser*, el «emperador viajero». En agosto de 1894 un periódico calculaba que había pasado 199 de los 365 últimos días yendo de un sitio a otro. Según comentaban sus contemporáneos, había algo en él que no era «normal del todo». En sus viajes obligaba a los generales de edad ya avanzada a realizar ejercicios gimnásticos y en una ocasión se puso a correr a su alrededor mientras ellos también lo hacían en torno a él y fue cortándoles los tirantes para que se les cayeran los pantalones. En otra ocasión mandó a un cortesano bastante gordo que se pusiera a ladrar disfrazado de perro; y en otra aún obligó al jefe de su gabinete militar, el conde Dietrich von Hülsen-Haeseler (1853-1908), a vestirse de bailarina y actuar como tal ante toda la corte; el infortunado general sufrió un ataque al corazón cuando estaba haciendo una pirueta y murió en el acto. Guillermo II se caracterizaba también por su falta de tacto con los potentados extranjeros. Así, cuando el rey Fernando de Bulgaria (1861-1948) se encontraba en Berlín en el curso de una visita oficial, el káiser le propinó unos vigorosos azotes en el trasero en público, actuando luego como si no hubiera pasado nada; en 1904, durante una cena con Leopoldo II, rey de los belgas (1835-1909), le pidió que le ayudara a invadir Francia. Se contó luego que Leopoldo quedó tan aturdido por aquella petición tan extraña que cuando se levantó para marcharse se puso el casco del revés.

Guillermo II se rodeó de una camarilla de cortesanos cuyos críticos le atribuían más poder del que probablemente poseyera. Pero el servilismo y las adulaciones de esa camarilla indudablemente fomentaron en él la ilusión de que gobernaba solo por la gracia de Dios. «Soy el único dueño y señor de la política alemana —declaró en cierta ocasión—, y mi país debe seguirme do-

quiera que vaya». En 1908, el coronel Edward Montagu-Stuart-Wortley (1857-1934) filtró al periódico británico *The Daily Telegraph* una conversación privada que había mantenido con el káiser durante la visita oficial que este había efectuado recientemente a Inglaterra. La noticia ofendió a casi todo el mundo, desde los japoneses, que, según manifestó el káiser, eran considerados el objetivo de la construcción de la marina de guerra de Alemania, la Flota de Alta Mar (Hochseeflotte), hasta los franceses y los rusos, que, según dijo, habían intentado convencer a Alemania de que interviniera contra los británicos en la guerra de los bóeres. «Los ingleses estáis locos, locos, pero locos como cabras», dijo a su interlocutor en un determinado momento. Su diletantismo queda ilustrado por el hecho de que la figura más influyente de su país en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Friedrich von Holstein (1837-1909), pasó la mayor parte de su tiempo intentando neutralizar las meteduras de pata del káiser, pero solo se reunió una vez con él durante los dieciséis años que permaneció en el cargo; según la leyenda, el tema de la conversación que mantuvieron en aquella ocasión fue la caza de patos en Pomerania.

Un hombre de las características de Guillermo II no iba a dejar que Bismarck manejara los asuntos, y una serie de pequeñas riñas entre ambos, intensificadas por la reluctancia del nuevo emperador a renovar la Ley Antisocialista, acabó con la decisión del canciller de emplear su táctica habitual, consistente en amenazar con presentar la dimisión. Para sorpresa de todo el mundo Guillermo II aceptó su oferta. Bismarck dejó la cancillería en 1890, acontecimiento que vino acompañado de la publicación de una célebre caricatura de sir John Tenniel (1820-1914), el ilustrador de *Alicia en el país de las maravillas*, llamada «Echando al timonel», en la que se veía a Bismarck bajando de la nave del estado alemán mientras el káiser contemplaba despreocupadamente la escena desde cubierta. La respuesta de Guillermo fue proclamar que su política se resumía en la siguiente frase: «¡Avante a toda

máquina!». Pero en lugar de Bismarck Guillermo nombró a un general, Leo von Caprivi (1831-1899), un hombre bienintencionado, pero carente por completo de experiencia política. Para sorpresa de todos, Caprivi empezó a llevar a cabo una política liberal, rebajando el monto de los aranceles y haciendo gestos conciliatorios a los partidos de la oposición. Sin embargo, se mostró completamente incapaz de manejar al Reichstag, y el proyecto de Ley Militar que logró aprobar no fue del agrado del káiser. Al conceder demasiada libertad a sus ministros, el general quedó expuesto a las intrigas y las maquinaciones fomentadas e instigadas por la camarilla. Harto del cargo, Caprivi acabó dimitiendo en 1894. Su sucesor, el príncipe bávaro Clodoveo de Hohenlohe-Schillingsfürst (1819-1901), era más viejo de lo que era Bismarck en el momento de presentar su dimisión. Permaneció impertérrito mientras, uno tras otro, los ministros independientes iban dimitiendo y eran sustituidos por amigos del káiser. Al canciller aquello le daba igual. «Puede que sea débil —decía—, pero por lo menos no soy un sinvergüenza». En 1900 dimitió con ochenta años cumplidos.

El sustituto de Hohenlohe fue Bernhard von Bülow (1849-1929), íntimo amigo del káiser y secretario de Estado de Asuntos Exteriores desde 1897. «Bernhard. ¡Un tipo estupendo! —escribió Guillermo—. ¡Qué alegría da tratar con alguien que está entregado en cuerpo y alma a uno!» Aquello no era más que una de tantas ilusiones suyas. Von Bülow adulaba y engatusaba al káiser, y de paso intentaba formar una coalición viable en el Reichstag, que aprobaría las leyes necesarias para la construcción de una Flota de Alta Mar en 1898 y 1900, defendidas vigorosamente por el káiser, así como una rebaja de las tarifas arancelarias en 1902, a la que se oponían con todas sus fuerzas los representantes de los intereses agrarios, incapaces de pensar que pudiera llegar tan lejos. Pero convencido de que su labor resultaría imposible debido a las intervenciones y la falta de tacto del káiser, Von Bülow emprendió bajo cuerda una campaña destinada a limitar su in-

fluencia. El canciller convocó en 1907 nuevas elecciones como consecuencia de las críticas del Partido del Centro a la política colonial de Alemania. Las votaciones dieron lugar a una mayoría parlamentaria en el Reichstag, el llamado «bloque Bülow», que supo incluir a los liberales de izquierdas gracias a las concesiones hechas a sus propuestas, y permitió arrojar al Partido del Centro a la oposición. Tras filtrar a la prensa la existencia de ciertos escándalos homosexuales en la corte, Von Bülow logró que la camarilla cayera en desgracia. No hizo el menor intento de impedir que la embarazosa entrevista del *Daily Telegraph* fuera publicada en toda su integridad, aunque el periódico se la había presentado previamente para que le diera el visto bueno, y utilizó la indignación provocada por su publicación para conseguir que Guillermo prometiera no volver a interferir en las labores del gobierno.

No fue, sin embargo, el káiser el que provocó la caída de Von Bülow, sino que lo hicieron las divisiones existentes dentro del bloque en torno a la reforma del sistema financiero del Imperio. Antes de dimitir en 1909 el canciller consiguió obligar a Guillermo a nombrar como su sucesor no ya a algún miembro de la camarilla, por lo demás desacreditada, sino a su propio candidato. El nombramiento recayó en Theobald von Bethmann Hollweg (1856-1921), un burócrata de carrera que había sido ministro del Interior de Prusia y luego secretario de Estado del mismo ramo en la administración del Reich. Carente de experiencia en política, a Bethmann le resultó muy difícil manejar al Reichstag. Al mismo tiempo, la caída del bloque Bülow dio paso a la aparición de nuevos grupos de presión de carácter radical por la derecha, como la Unión Alemana de la Armada (Deutscher Flottenverein), fundada en un principio para apoyar la política del gobierno, que se liberó del control del gobierno y empezó a criticar a los dirigentes del Reich por su supuesta falta de entusiasmo en lo concerniente a la creación de una gran marina de guerra. Otras organizaciones, como la Unión Colonial Alemana (Deuts-

cher Kolonialverein), la Unión Alemana de las Marcas Orientales (Deutscher Ostmarkenverein) y la Liga Pangermánica (Alldeutscher Verband), formaron una «oposición nacionalista» para exigir una mayor expansión imperial y la adopción de medidas severas, incluso militares, contra los socialdemócratas. Especialmente tras la victoria del SPD en las elecciones al Reichstag de 1912, daba la impresión de que estaba produciéndose una polarización de la política del país. Esa situación de enfrentamiento culminaría con el estallido de la violencia política al término de la guerra.

La política de extremos

Pese a la reiterada insistencia del káiser Guillermo II afirmando que él era el único que manejaba los destinos de la Alemania imperial, era evidente que en el país existía una cultura política muy viva, con acalorados debates en la prensa, militancia masiva en los partidos y una participación elevada a la hora de las elecciones. Los instintos autoritarios del Estado irían cada vez más en contra de las fuerzas favorables a la participación política democrática. El sufragio universal de los varones había dado paso a un sistema de política de partidos que poco a poco fue obligando al gobierno central a apoyarse en las mayorías parlamentarias para lograr la aprobación de sus medidas. Sin embargo, como la monarquía dual de Austria-Hungría, donde la parálisis del sistema legislativo causada por la intransigencia de las minorías nacionales fue poniendo progresivamente más y más poder en manos del monarca y de sus principales consejeros, el imperio alemán poseía un poder legislativo y un sistema político que solo tenían unos efectos limitados sobre la toma de decisiones al más alto nivel. En 1913 el Reichstag rechazó de hecho una moción de confianza presentada por el gobierno de Bethmann-Hollweg a consecuencia del caso Zabern, en el que las unidades militares que ocupaban la ciudad alsaciana de Zabern (Saverne) se habían dedicado a detener, encarcelar y maltratar a los habitantes del lugar sin dar participación al gobierno del Reich, que

administraba directamente la provincia y que se negó a condenar la conducta de los soldados. El gabinete Bethmann siguió adelante como si no hubiera pasado nada. Es evidente que la responsabilidad parlamentaria tenía todavía un largo camino por delante antes de que finalmente lograra arraigar en Alemania. La crisis de agosto de 1914 vendría a demostrar que las autoridades civiles y militares de Alemania dirigían en gran medida la política del país sin tener en cuenta ni a la Cámara ni a los partidos políticos.

El autoritarismo de los imperios de la Europa central palidecería y parecería incluso insignificante comparado con el de la Rusia zarista. Las reformas emprendidas por el zar Alejandro II tras la derrota en la guerra de Crimea en 1856 no habían alterado para nada el hecho fundamental de que el país era regido por una autocracia que no tenía que rendir cuentas a nadie salvo a sí misma. Antes de que comenzara la nueva centuria ni siquiera existía una asamblea legislativa nacional, ni por supuesto existían tampoco partidos políticos. Las posibilidades de debate político público eran limitadas. Análogamente, las tácticas empleadas en Rusia por los grupos de la oposición fueron mucho más extremadas que las usadas en cualquier otro país de Europa. A falta de una numerosa clase media y de toda tradición de política liberal, el desafío de la democracia fue organizado por un nuevo grupo social, en muchos sentidos único, que surgió en la década de 1870 a raíz de la relajación de la censura propiciada por el zar Alejandro II y de la reforma de la educación. Esa clase sería la *intelligentsia*, término acuñado originalmente por el filósofo y activista nacionalista polaco Karol Libelt (1807-1875) para designar a los hombres y mujeres que trabajaban activamente en pro de la identidad nacional polaca basándose en la lengua, la cultura y la educación. El término significaba más y al mismo tiempo menos que su equivalente en el mundo de los germanobálticos, los «escritorzuelos» o *literati*: no incluía a toda la clase media culta (el *Bildungsbürgertum* alemán), pero por otra parte tenía

unas connotaciones específicas de activismo cívico, particularmente en el campo de la literatura —habida cuenta de las restricciones impuestas oficialmente a la libertad de palabra—, que de ese modo asumió un carácter sumamente político. Procedentes al principio de la nobleza, a los miembros de la *intelligentsia* rusa se sumaron poco a poco gentes de orígenes sociales menos bien definidos, los *raznochintsi* (individuos de categoría social heterogénea), en buena parte debido a la expansión de las clases profesionales, las universidades y el sistema de centros de enseñanza secundaria. En 1833, el 79 % de los alumnos de las escuelas secundarias eran nobles y burócratas, pero en 1885 esa proporción había descendido al 49 %. La proporción de plebeyos existente entre esos alumnos había aumentado en ese mismo período del 19 al 44 %. Además, en 1894 había en las universidades rusas 25.000 estudiantes. Mucho antes, esos estudiantes habían empezado a organizarse y a producir boletines informativos con títulos tales como *La Voz Viva* o *El Desenmascarador*. Los estudiantes constituían el público de la nueva *intelligentsia* y acabarían suministrándole nuevos relevos: como señaló un comentarista, los estudiantes constituían «el barómetro de la opinión pública».

Cuando los descontentos empezaron a exigir la destitución de los profesores ineficaces y obligaron a dos catedráticos de Moscú a presentar su dimisión en 1858, se puso en marcha la reacción. Un grupo de profesores presentó una queja aduciendo que «el estudiante ha dejado de ser un alumno y está convirtiéndose en maestro». El número de admisiones en la universidad fue recortado y la policía volvió a las facultades para supervisar la conducta de los estudiantes. Las exenciones de las tasas fueron eliminadas, reduciéndose drásticamente de ese modo el número del «proletariado académico» pobre. Solo podían celebrarse reuniones con permiso de las autoridades universitarias. Toda esta represión sirvió para radicalizar a muchos estudiantes. Varios de ellos fueron detenidos y expulsados. Sucesos parecidos tuvieron lugar en las provincias. De manera más general, cuando empeza-

ron a aparecer en grandes cantidades hojas informativas y revistas de gran tirada, el hecho de que Alejandro II no siguiera adelante con más reformas, sobre todo su negativa a introducir una asamblea legislativa nacional de carácter electivo, empujó a los estudiantes y a muchos miembros de la *intelligentsia* a echarse en brazos de la izquierda. En el hervidero del debate político que se desencadenó, la crítica de la ideología revolucionaria tildada de «nihilista» que contenía la novela *Padres e hijos* (1862) de Turguénev provocó la respuesta de Nikolái Gavrílovich Chernyshevski (1828-1889), editor de una revista radical, *El Contemporáneo*, con *¿Qué hacer*? (1863), también en forma de novela, que propugnaba una sociedad basada en las cooperativas de productores, según las líneas esbozadas por los exponentes del socialismo utópico. Su libro se convirtió en una obra seminal para los radicales rusos. La idea de utilizar las comunidades rurales como base de una nueva sociedad, capaces de soslayar los males del capitalismo y de la industrialización, se basaba en los escritos de un radical de la vieja generación, Alexandr Herzen, cuya revista *La Campana* era introducida de contrabando en Rusia desde su exilio en Londres. Pero Herzen era demasiado moderado para muchos miembros de la nueva *intelligentsia*, como por ejemplo Piotr Lávrovich Lavrov (1823-1900), que creían que la sociedad rural podía ser el vehículo de una revolución violenta una vez que los campesinos se empaparan de los principios del socialismo. Lavrov también había sido detenido debido a los escritos que había publicado en contra del gobierno y se encontraba en el destierro en Suiza, donde sostendría acaloradas discusiones con los revolucionarios de tendencia conspiratoria como Mijaíl Bakunin.

La situación empeoró en 1866, cuando un joven aristócrata, Dmitri Vladímirovich Karakózov (1840-1866), que había sido expulsado de las universidades de Kazán y de Moscú, atentó contra la vida del zar. Karakózov había sido elegido por sorteo entre los integrantes del Infierno, el círculo íntimo de una pequeña orga-

nización conspiratoria de socialistas utópicos de la Universidad de Moscú. Atormentado por los remordimientos por la explotación a la que sometía su familia al campesinado, Karakózov estaba entusiasmado personalmente con su misión. «He decidido acabar con el malvado zar y morir por mi amado pueblo», escribió en una proclama que no fue publicada nunca porque se perdió en el servicio de correos. El 4 de abril de 1866, la fecha prevista para la revolución en *¿Qué hacer*?, se precipitó contra el zar cuando el monarca salía del Jardín de Verano de San Petersburgo, pero en el momento en que se disponía a disparar su pistola, le dieron un empujón en el brazo y falló el tiro; los miembros de la guardia lo detuvieron cuando intentaba efectuar un segundo disparo y encontraron en su levita un frasquito de estricnina. «Qué querías hacer», le preguntó el zar. «Nada. Nada», respondió Karakózov. Pese a pedir perdón y convertirse a la ortodoxia, el presunto regicida fue ejecutado en la horca el 3 de septiembre de 1866; diez de sus cómplices fueron condenados a trabajos forzados. A continuación se produjo otra oleada de represión en la Universidad de San Petersburgo, siendo prohibidas todas las sociedades de todo tipo (la excusa fue que muchas células revolucionarias disimulaban sus actividades bajo nombres inocuos: la organización a la que pertenecía Karakózov estaba registrada como una sociedad en pro de la creación de cooperativas de costura). En adelante, los radicales se organizarían en la clandestinidad.

Inspirado por estos acontecimientos, el estudiante Serguéi Gennádievich Necháyev (1847-1882) empezó a conspirar contra la vida del zar. Admirador de Chernyshevski, se decía que dormía sobre una tabla de madera y que se alimentaba solo de pan negro a imitación del ascético protagonista de *¿Qué hacer*? Huyendo de la policía marchó al exilio a Zúrich, donde conoció a Bakunin y se ganó su confianza fingiendo formar parte de un comité revolucionario cuyos miembros habían logrado escapar de la fortaleza de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo,

aunque en realidad no era cierto. Juntos se dedicaron a componer el famoso *Catecismo del revolucionario* (1869). Según este documento, el revolucionario debía dedicarse a tiempo completo a la subversión violenta del orden social:

> El revolucionario es un hombre perdido de antemano. No tiene intereses personales, ni asuntos que le conciernan, ni sentimientos propios, ni costumbres, ni vínculos ni pertenencias. Ni siquiera tiene un nombre. Todo en él se dirige hacia un solo fin, un solo pensamiento, una sola pasión: la revolución. Dentro de lo más profundo de su ser, el revolucionario ha roto —y no solo de palabra, sino con sus actos— cualquier tipo de lazos que pudieran unirlo con el orden social, así como con el mundo intelectual y todas sus leyes, reglas morales, costumbres y convenciones. Es un enemigo implacable de este mundo y si continúa viviendo en él, es solo para destruirlo más eficazmente.

Necháyev regresó clandestinamente a Rusia unos meses después, desengañado de Bakunin (que, según dijo «estaba todo el todo el tiempo parloteando vanamente de palabra o por escrito»), y organizó otra sociedad secreta, La Venganza del Pueblo. Cuando uno de sus miembros se mostró en desacuerdo con sus opiniones y decidió abandonar la organización, Necháyev y varios camaradas lo estrangularon y luego le pegaron un tiro, para después arrojar su cadáver a un lago congelado practicando un agujero en el hielo. Pero el cuerpo fue encontrado y los detalles del suceso salieron a la luz tras la captura de varios de los autores del crimen, circunstancia que indujo a Dostoyevski a elaborar un feroz retrato de los revolucionarios en su novela *Los demonios* (1872). Tras huir de nuevo a Suiza, Necháyev reanudó su amistad con Bakunin y empezó a publicar una pequeña revista, pero su comportamiento, consistente entre otras actuaciones en robar cartas de Bakunin y de otros con la intención de utilizarlas luego para hacerles chantaje, o en amenazar a un editor con matarlo si no rescindía el contrato firmado con él por Bakunin, horrorizó a cuantos lo conocían. Fue detenido y extraditado a Rusia, donde murió en la cárcel en 1882. Esta visión del revolucionario entregado en cuerpo y alma a su labor ejercería una fascinación enorme en las generaciones venideras.

Pero este culto de la violencia tuvo al principio una influencia solo limitada. Más importante fue el círculo de debate y de lectura dirigido por el estudiante Nikolái Vasílievich Chaikovski (1851-1926), que produjo una serie de panfletos en los que preconizaba la creación de una sociedad socialista de base campesina. Sus ideas dieron lugar a un movimiento empeñado en «llegar al pueblo», en el que los estudiantes, que enseguida pasaron a ser llamados *Naródniki* o populistas, vestían trajes de campesino, aprendían oficios manuales, y se iban a vivir al campo con la intención de convertir a sus habitantes y convencerlos de la necesidad de la revolución. El movimiento tuvo una difusión bastante grande y enseguida los jóvenes revolucionarios empezaron a celebrar reuniones en el campo, a trabajar mano a mano con los campesinos y a ganarse su confianza. No tardaron en comprobar que no iba a ser posible apartar a los campesinos de su veneración por el zar. Los populistas repartían panfletos y libros revolucionarios, pero pronto descubrieron que la gente del campo no era capaz de leerlos. Muchos populistas fueron denunciados por los ancianos del lugar o por curas de las aldeas. A finales de 1874 el movimiento se había acabado. El ministro de Justicia comunicó que 770 de ellos habían sido detenidos, incluidas 158 mujeres. Cincuenta y tres *naródniki* lograron escapar, pero 265 fueron encarcelados y mantenidos en prisión preventiva.

La mera magnitud del movimiento causó una grave preocupación a las autoridades zaristas, que en 1877 ordenaron el procesamiento masivo de 193 individuos. El juicio, que duró varios meses, fue celebrado a la vista del público y los acusados, entre los que había también participantes en manifestaciones estudiantiles, se dedicaron a interrumpir constantemente a los jueces con sus preguntas y a pronunciar largos discursos de carácter político, impresionando al jurado hasta tal punto que 153 de ellos fueron absueltos. No obstante, 43 fueron condenados, y el resto había permanecido demasiados meses en la cárcel en espera de juicio. Este proceso radicalizó todavía más al resto de los

revolucionarios, que formaron una nueva organización, Tierra y Libertad, el primer movimiento político propiamente dicho que llevaba un nombre y que tenía un programa, y que no era una vaga red de individuos agrupados en torno a un mero individuo. La organización enviaba a sus militantes a las provincias en el espíritu del movimiento de los *naródniki* empeñados en «llegar al pueblo», y ejerció una influencia considerable sobre los estudiantes. Tierra y Libertad propugnaba la «desorganización del estado» por medio de asesinatos selectivos. En pleno juicio de los 193, el gobernador de San Petersburgo, Fiódor Fiódorovich Trépov (1809-1889), fue objeto de un atentado a golpe de pistola a manos de una joven secretaria, Vera Zasúlich (1849-1919), estrechamente asociada con Necháyev. Zasúlich pertenecía a un pequeño grupo bakuninista de Kiev y, como muchos otros, estaba indignada por la decisión del general Trépov de azotar a un prisionero político que se había negado a quitarse la gorra en su presencia. Solo consiguió herir a su víctima, pero durante el posterior juicio salieron a la luz tantas pruebas de la brutalidad del general que el jurado absolvió a Vera de todos los cargos. Temerosa de volver a ser detenida, la joven huyó a Suiza. La reacción del gobierno fue traspasar los juicios políticos a tribunales militares.

El movimiento revolucionario fue empujado en direcciones contrapuestas por los seguidores de Bakunin y Lavrov. Un sector de Tierra y Libertad, cuyos integrantes se denominaban a sí mismos la Repartición Negra y estaban dirigidos por Gueorgui Valentínovich Plejánov (1856-1918) y Pável Borísovich Axelrod (1850-1928), renunció a la violencia; sus líderes marcharon a Suiza en 1880 y continuaron sus actividades políticas en el exilio, uniéndose a Vera Zasúlich para formar un nuevo movimiento marxista. El otro sector, la Voluntad del Pueblo, se concentró en hacer realidad la visión anarquista de la caída del Estado asesinando al zar. Los revolucionarios lograron introducir a uno de sus miembros en el palacio imperial y le suministraron toda la

dinamita necesaria, que utilizó para colocar un artefacto explosivo de relojería que estaba previsto que estallara debajo del comedor del Palacio de Invierno cuando Alejandro II se encontrara en él. Resultaron muertas once personas, pero el zar se presentó a cenar con retraso y se salvó. Se llevó a cabo un segundo intento de asesinato que supuso abrir un túnel debajo de una línea de ferrocarril y poner en él una bomba que los activistas de la Voluntad del Pueblo pensaban detonar cuando pasara por encima el tren imperial. Gracias a un agente doble de la Sección Tercera, habían conseguido un plan detallado de los movimientos del zar y sabían que estaría en el primero de los dos trenes en los que viajaba el séquito imperial, pero el orden de los convoyes se modificó en el último momento y la bomba solo destruyó el tren en el que viajaba el equipaje del zar. En un intento de desactivar el movimiento, Alejandro II ordenó cierto grado de liberalización que incluyera los primeros pasos hacia la creación de un sistema de instituciones representativas, pero el 13 de marzo de 1881, cuando viajaba en un coche cerrado de regreso de una parada militar rutinaria, dos miembros de la Voluntad del Pueblo arrojaron varias bombas contra él en rápida sucesión. La primera no consiguió su objetivo, pero la segunda dio de lleno en el blanco. «La explosión me dejó sordo», informaría después el jefe de policía que iba en compañía del zar:

> … salí lleno de quemaduras y heridas y fui arrojado al suelo. De repente, en medio del humo y de una niebla blanquecina, oí a Su Majestad exclamar con voz débil: «¡Socorro!». Reuniendo todas las fuerzas que me quedaban, me levanté de un salto y corrí hacia el emperador. Su Majestad yacía medio tumbado, medio sentado, apoyado en el brazo derecho. Creyendo que estaba solo herido de gravedad, intenté levantarlo, pero las piernas del zar estaban destrozadas y salía sangre de ellas. Veinte personas, con heridas de diversa consideración, yacían unas en la vereda y otras en medio de la calzada. Algunas lograron ponerse pie, otras se arrastraban, y otras intentaban salir de debajo de los cuerpos que les habían caído encima.

Alejandro II fue conducido de vuelta al palacio y murió poco después como consecuencia de las heridas.

El nuevo emperador, Alejandro III, hombre fornido de casi un metro noventa de estatura, era un conservador tosco e intransigente que ya había hecho saber que no aprobaba muchas de las reformas de su padre. Profundamente religioso, se hallaba bajo la influencia de su antiguo preceptor, Konstantín Petróvich Pobedonóstsev, procurador del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa, y por consejo suyo revocó el decreto que autorizaba la creación de asambleas representativas, nombró «capitanes de la tierra» encargados de supervisar la administración local, e incrementó drásticamente la represión política. La policía tenía ahora facultad para registrar, detener, interrogar, encarcelar y desterrar, sin consultar a nadie, a toda persona que fuera hallada culpable de cualquier tipo de actividad política o incluso que resultara solo sospechosa de llevarla a cabo; para impedir que los ciudadanos «indignos de confianza» encontraran empleo; y para supervisar todas las actividades culturales. Tenía además derecho a declarar la ley marcial o el estado de emergencia. Se enviaron agentes secretos a Suiza para que empezaran a vigilar a los refugiados políticos y a infiltrarse en las organizaciones revolucionarias. Bajo la dirección de Serguéi Vasilievich Zubátov (1864-1917), el nuevo departamento antiterrorista de la policía del Ministerio del Interior, la Okhrana, llegó incluso a crear sindicatos con la intención de desviar los impulsos revolucionarios hacia canales pacíficos, y a patrocinar en secreto algunas asociaciones estudiantiles. El asesinato de Alejandro II suscitó además una oleada de antisemitismo en toda Rusia, pues el régimen se imaginó que detrás del suceso se ocultaba toda una conspiración judía (en realidad, entre los miembros de la Voluntad del Pueblo había muy pocos judíos, y ninguno de ellos practicaba la religión hebraica). Los judíos fueron confinados a las ciudades, mientras que se introdujeron cuotas a su presencia en las universidades y en las profesiones liberales. En 1891 los judíos fueron expulsados de Moscú y trasladados a la antigua Zona de Asentamiento, cuyas reglas habían sido relajadas por Alejandro II. El ruso fue impuesto

obligatoriamente como lengua en los tribunales de justicia, en la universidad y en las escuelas de Polonia, aunque los finlandeses siguieron gozando de un grado considerable de autonomía. Resultado de todo ello fue un incipiente resurgir del nacionalismo polaco, que, no obstante, continuó sojuzgado debido a las condiciones extremadamente represivas bajo las cuales se vio obligado a existir.

La represión de Alejandro III perduró hasta que acabó su reinado. La intensidad de la actividad policial se encargó de que las ulteriores tramas asesinas no llegaran a buen puerto, y además la Voluntad del Pueblo se escindió. Sin embargo, el zar falleció de forma repentina en 1894, probablemente como consecuencia del trauma físico que sufrió cuando el tren imperial descarriló en 1888 (se hallaba en compañía de su familia en el vagón comedor y, según se contó, impidió que el techo del coche cayera sobre sus hijos y provocara una catástrofe sujetándolo con sus propias manos). Su hijo mayor y sucesor, Nicolás II, fue al principio una verdadera incógnita. «¿Qué va a ser de mí y de toda Rusia? —preguntó a su cuñado al enterarse de la muerte de su padre—. No estoy preparado para ser zar. Nunca quise serlo». Concienzudo, pero carente de imaginación, era un hombre de capacidades limitadas, demasiado tímido y cortés para tratar con eficacia a sus subordinados. Sin embargo, su apoyo al principio de autocracia era inquebrantable: «Quiero que todos sepan —declaró— que dedicaré todas mis fuerzas a mantener, por el bien de toda la nación, el principio de autocracia absoluta con tanta firmeza y resolución como hizo mi difunto y llorado padre». Pero Nicolás II interpretaba que eso significaba que debía gestionarlo todo, hasta el más mínimo detalle, desde las peticiones de los campesinos que querían cambiarse de nombre hasta convocar a un funcionario para entrevistarlo. Nada era demasiado trivial para él. Desconfiaba de sus ministros porque sus funciones restaban valor a las suyas, y se negó incluso a nombrar un secretario particular, prefiriendo despachar personalmente su correspondencia.

Era incapaz de ver la diferencia entre lo importante y los asuntos triviales, y por lo tanto no sabía delegar estos últimos para poder concentrarse en los primeros. «Se aferra a su punto de vista más fútil e insignificante», se lamentaba Pobedonóstsev. El zar empezó a obviar cada vez más el trabajo de sus ministros y a rodearse de aduladores aristocráticos, pero además pasaba muchos meses lejos de la corte en viajes oficiales o yendo de caza, realizando excursiones en barco, o pasando las vacaciones en familia, tiempo durante el cual los asuntos de gobierno eran interrumpidos por completo. Todo el mundo consideró un mal presagio que, al día siguiente de su coronación oficial, una multitud de cerca de medio millón de personas que asistían a los festejos celebrados en un gran campo de maniobras militares a las afueras de Moscú, en el curso de los cuales estaba prevista la distribución de comida y cerveza gratis, saliera corriendo a la desbandada al propagarse el rumor de que no iba a haber suficiente para todos: empujados por la estampida, numerosos individuos cayeron en las zanjas abiertas en el suelo a modo de trincheras y se ahogaron o murieron pisoteados; en total perdieron la vida 1.400 personas y otras 600 resultaron heridas. Ignorando despreocupadamente este suceso, Nicolás continuó con los festejos, asistiendo a bailes, conciertos y otras celebraciones, como si no hubiera pasado nada. Incluso los medios de comunicación rusos, cuidadosamente controlados por aquel entonces, se hicieron eco en general de lo sucedido y criticaron su indiferencia.

El movimiento revolucionario no tardó en reavivarse, especialmente cuando los antiguos miembros de Tierra y Libertad regresaron del destierro en Siberia. En 1894 formaron una nueva organización, el Derecho del Pueblo, que se unió a otra, la Unión de Revolucionarios Socialistas, fundada en 1896, para crear en 1902 el Partido Socialista Revolucionario. Influenciado por las ideas de Herzen y Lavrov, este nuevo partido lanzó una campaña basada en la plataforma de los populistas en pro de los derechos de los campesinos como fundamento para la creación de una

nueva sociedad, y los campesinos rusos empezaron a experimentar el mismo proceso de politización que estaba teniendo lugar en otros rincones del agro europeo por esa misma época. Sin embargo, en contraste con las organizaciones políticas campesinas de Francia o Italia, de Alemania o España, los social-revolucionarios continuaron también la tradición terrorista rusa. Establecieron una organización de Combate clandestina, que durante los dos años siguientes asesinó a dos ministros del Interior, a un gran duque y a muchos otros representantes del gobierno. El descubrimiento de que el segundo máximo responsable de la organización era un agente de la policía convenció al partido de que quizá actuaran en él agentes provocadores, por lo que en 1909 abandonó la táctica del «terror individual». A comienzos del nuevo siglo el reto de la democracia empezó a ser articulado también por movimientos políticos más moderados. En la década de 1860 Alejandro II había introducido una nueva red de instituciones gubernamentales de ámbito local, los *zemstva*, que incluían asambleas comarcales elegidas por la nobleza, los habitantes de las ciudades y las comunidades campesinas, y esas asambleas de distrito a su vez elegían asambleas provinciales, de las cuales había en 1870 treinta y cuatro. Sus poderes eran sumamente limitados. Sin embargo, los *zemstva* daban empleo a un gran número de administrativos, médicos, maestros, peritos agrónomos, ingenieros, estadísticos y expertos de vario tipo, que constituían la base de apoyo de las ideas políticas liberales. Se calcula que en 1900 había trabajando en ellos unos 47.000 profesionales. En la década anterior los *zemstva* celebraron un número cada vez mayor de congresos que intensificaron las exigencias de liberalización del sistema político. Se trataba de un movimiento de base en pro de una reforma democrática moderada que potencialmente constituía un reto mucho más serio para la autocracia que los círculos terroristas, pequeños, aunque peligrosos.

En los márgenes de la política, Plejánov y otros marxistas exiliados rechazaron la idea de la comuna rural como agente de la revolución, y empezaron a defender que la revolución debía ser llevada a cabo por la clase obrera industrial, que iba aumentando a pasos agigantados como consecuencia de las reformas económicas introducidas por Witte en la última década del siglo XIX y la primera del XX. El año 1898 asistió a la creación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, cuya finalidad era conseguir ese objetivo, pero en 1903, en medio de incesantes disputas en torno a las tácticas que seguir, se dividió en dos facciones enconadamente opuestas, los bolcheviques (la mayoría) y los mencheviques (la minoría), alrededor del libro de Lenin *¿Qué hacer*? Esta obra que era no ya una novela, sino un tratado, estaba influenciada no tanto por Chernyshevski, cuyo libro, muy anterior (1863), dio origen al título, sino por Necháyev. Adaptando el principio fundamental del *Catecismo revolucionario* a la ideología marxista, Lenin sostenía que una revolución solo podía ser llevada a cabo por un núcleo central totalmente entregado de revolucionarios profesionales a las órdenes de un líder fuerte (él mismo). Plejánov y los mencheviques, en cambio, defendían un enfoque flexible centrándose en una lucha política y económica legal, aproximándose más o menos al modelo de los socialdemócratas alemanes. Los bolcheviques a su vez rechazaban la idea de la elaboración de las líneas políticas que seguir por votación, sosteniendo, en cambio, la doctrina del «centralismo democrático» como forma de legitimación de su sistema autocrático de administración. Doctrinario e inflexible, Lenin no estaba dispuesto a admitir ninguna oposición. Insistía en que los obreros de la industria debían aceptar el liderazgo del partido, que se encargaría de movilizarlos con el fin de obtener por la fuerza de la clase media concesiones para ellos cuando finalmente llegara al poder y estableciera un gobierno parlamentario. Los bolcheviques siguieron de momento en los márgenes de la política revolucionaria. Estaban dispuestísimos a utilizar tácticas ilegales y violentas,

como hicieron en el atraco al banco de Tiflis en 1907, cuando el joven georgiano Iósif Dzhugashvili (1878-1953), más tarde llamado Stalin, organizó el secuestro de un cargamento de dinero en la plaza principal de la capital de Georgia. En las filas de los bolcheviques había muchos espías de la policía, entre ellos Roman Vatslavovich Malinovski (1876-1918), que llegó a ser miembro del Comité Central del partido y se convirtió en el agente mejor pagado de la Okhrana. En 1914 Malinovski era el único dirigente del partido que no estaba en la cárcel o en el exilio, hecho que de por sí levantaba muchas sospechas, por lo demás plenamente justificadas, como luego podría comprobarse.

Desde hacía medio siglo, el régimen zarista no había logrado superar nunca la prueba de una gran guerra, ya fuera la de Crimea en 1854-1856 o, finalmente, la primera guerra mundial en 1917. Y poco después de que diera comienzo la nueva centuria se produjo una gran guerra cuando Rusia, en su afán expansionista hacia el este, chocó con la creciente potencia asiática de Japón en Corea y Manchuria, ocupada en 1900 por un ejército ruso de 177.000 hombres. Como en una especie de presagio de lo que sería el bombardeo de la base naval norteamericana de Pearl Harbor en 1941, las fuerzas japonesas lanzaron un ataque sorpresa contra la armada rusa en Port Arthur, el único puerto ruso del Pacífico libre de hielo, en febrero de 1904. Tras un largo asedio, Rusia rindió la ciudad en enero de 1905. En febrero, los rusos fueron derrotados en una gran batalla en Mukden, donde llegaron a perder 90.000 hombres en total. En mayo la flota rusa del Báltico llegó al escenario de conflicto después de varios meses de navegación, toda vez que les había sido negado el uso del canal de Suez por los británicos, aliados de los japoneses y molestos con los rusos, que habían abierto fuego contra unos pesqueros ingleses en el mar del Norte creyendo erróneamente que eran cañoneros japoneses. Los nipones aniquilaron la flota rusa, hundiendo ocho acorazados sin sufrir apenas pérdidas de consideración, y sus fuerzas terrestres ocuparon la isla de Sajalín. Cu-

riosamente, un estado asiático con un sistema político constitucional había derrotado a un estado europeo que carecía de él.

La guerra fue sumamente impopular en el interior, y la legitimidad del gobierno del zar quedó muy dañada por la derrota. Mientras se lograba un acuerdo de paz, negociado en Londres gracias a la mediación de Estados Unidos, los *zemstva*, aprovechando la ausencia del ejército desplazado a Extremo Oriente, se reunieron con el fin de exigir una Constitución. Nicolás II se avino a sus demandas, forzado por una sublevación masiva de los campesinos que se extendió al ejército, donde estallaron diversos motines cuando las tropas regresaron vencidas del frente. Las tropas abrieron fuego a comienzos de 1905 contra una delegación de trabajadores que se dirigían al Palacio de Invierno con la intención de presentar una petición a Nicolás, pese a ir encabezada por un cura ortodoxo, el padre Gueorgui Apolónovich Gapón, y llevar estandartes religiosos y retratos del zar, en una masacre que pasó a ser conocida como el Domingo Sangriento o Domingo Rojo. Gapón logró escapar, pero cuando se supo que había estado en contacto con la Okhrana y había recibido ayuda financiera del ejército japonés, fue secuestrado y ahorcado por la organización de combate del Partido Social Revolucionario. Los trabajadores ya habían abandonado sus puestos de trabajo en la capital y ahora fueron convocados a una huelga general. A continuación, en el mes de mayo, se produjo la formación de la Unión de Uniones, y en junio tuvo lugar en el puerto de Odesa el amotinamiento de la tripulación del acorazado *Potemkin*. La huelga de los ferrocarriles impidió además cualquier movimiento de tropas. En San Petersburgo se creó un consejo o sóviet de delegados de los trabajadores, dirigido por León Trotski, que había desarrollado la teoría de la «revolución permanente», término que significaba que una revolución burguesa podía desembocar directamente en una revolución proletaria o socialista si se daban las circunstancias adecuadas. Anunciando que el zar esta-

ba «en guerra con todo el pueblo», el sóviet declaró una huelga general y empezó a exigir la plena democratización.

Ante tantas presiones, Nicolás II hizo público el llamado «Manifiesto de Octubre», por el que concedía la elección de un Parlamento o Duma, y establecía un Consejo de Ministros en las líneas de los existentes en los países de la Europa occidental. El gobierno intentó apaciguar a los campesinos cancelando los últimos plazos de amortización de sus deudas, permitiendo la concentración de sus parcelas y reduciendo los poderes de la comuna rural. El arquitecto de estas reformas, Piotr Arkádievich Stolypin, primer ministro y ministro de Asuntos Internos de 1906 a 1911, creía que habría podido crear una clase de pequeños terratenientes leales al Estado. Aunque había sido destituido previamente ese mismo año, Stolypin seguía siendo considerado un peligro por los social-revolucionarios. Uno de ellos, Dmitri Grigórievich Bogrov (1887-1911), le pegó un tiro en Kiev en septiembre de 1911 durante el intermedio en la representación de una ópera de Nikolái Andréyevich Rimsky-Kórsakov (1844-1908), en presencia del zar Nicolás II y de dos de sus hijas. Stolypin falleció unos días después. Bogrov fue detenido en el acto, condenado por un tribunal militar y colgado de la horca diez días después. Como sucedería demasiado a menudo en otros casos semejantes en los últimos años de la Rusia imperial, el trasfondo de todo el asunto era extremadamente turbio: se descubrió que Bogrov era un soplón de la policía y hubo acusaciones de que ciertos elementos de extrema derecha de la policía le habían encargado el asesinato para provocar un recrudecimiento de la represión. Se emprendió una investigación, pero fue interrumpida por una orden personal del zar. La verdad no llegó a establecerse nunca con claridad.

Mientras tanto, en 1906 había sido elegida la primera Duma, aunque no tenía poder para nombrar ni destituir ministros, prerrogativa que seguía ostentando el zar. Surgieron, sin embargo algunos partidos políticos, y así los demócratas constitucionales

o *kadetes*, en su mayoría liberales procedentes de los *zemstva*, obtuvieron en la Duma 179 escaños, los social-revolucionarios 94 —hecho que reflejaba su creciente popularidad entre el campesinado—, los socialdemócratas 18, la derecha 32, y los nacionalistas de distintos colores el resto. Cuando los *kadetes* reclamaron el derecho a nombrar ministros, el zar disolvió la Duma, declarando a la mayor parte de los diputados no aptos para la reelección. La segunda Duma, que se reunió el 27 de febrero de 1907, contenía más conservadores y menos *kadetes*, y fue disuelta cuando los socialdemócratas se atrevieron a criticar al ejército. Se eligió una tercera Duma con un derecho de sufragio restrictivo e indirecto, en virtud del cual cada 230 terratenientes escogían un elector, mientras que se necesitaban 60.000 campesinos y 125.000 obreros para conseguir respectivamente un elector. Cuando se reunió el 14 de noviembre de 1907, la tercera Duma contenía 154 octubristas o partidarios del «Manifiesto de Octubre», 127 conservadores, 54 *kadetes* y 33 diputados de izquierdas; la Cuarta Duma, reunida el 15 de octubre de 1912 y elegida sobre la misma base que la tercera, era más conservadora todavía (aunque cinco años después sus diputados desempeñarían un papel trascendental en la revolución de febrero). Ninguna de las concesiones hechas por Nicolás II fue sincera, y a instancias de su entorno más reaccionario ratificó la destitución de más de 7.000 empleados públicos, en su mayoría en los *zemstva*, así como la creación de unas milicias armadas llamadas «Centurias Negras», que no dudaron en atacar y a veces en asesinar a los diputados liberales, dedicándose a interrumpir las reuniones de la oposición y a instigar pogromos antisemitas. El propio zar dirigió su dedo acusador: «Nueve de cada diez revoltosos son judíos —dijo—. La cólera de todo el pueblo se ha vuelto contra ellos».

Pese al retroceso del movimiento democrático y de las instituciones representativas, a las detenciones y a la supresión del sóviet, la plena autocracia no se restauró después de 1905. Lo que

quedaba del sistema de censura estaba hecho añicos, los partidos políticos habían salido a la luz y continuaron funcionando, y las universidades se expandieron y se incrementó su autonomía, aunque las restricciones legales a los estudiantes radicales se reimplantaran en 1910. El sistema de asambleas locales se amplió, se introdujo una modalidad limitada de seguro de salud para los trabajadores, se reinstauraron los jueces de paz, y el castigo corporal de los campesinos fue restringido, aunque no fuera abolido por completo. La enseñanza elemental y la alfabetización se extendieron rápidamente, aunque en 1913 los campesinos seguían gastando menos dinero en material impreso que en aceite para los iconos. No obstante, el país seguía gobernado por la pequeña camarilla de individuos increíblemente irresponsables que rodeaban al zar. Desde noviembre de 1905, Nicolás y su entorno cayeron progresivamente bajo el influjo de un curandero analfabeto de origen campesino, Grigori Yefímovich Rasputín (1869-1916), que, según se decía, tenía poderes para aliviar las dolencias del hijo y heredero del zar, enfermo de hemofilia. Rasputín utilizó su influencia a favor de las Centurias Negras, de carácter marcadamente antisemita, y fue decisivo para la destitución de Stolypin como primer ministro. El monje se vio rodeado de escándalos y rumores de todo tipo, incluidas historias acerca de orgías sexuales y de un lío amoroso con la emperatriz Alejandra (1872-1918). Todo ello había empezado ya a socavar la reputación del zar en 1912.

Mientras la corte rodaba irremisiblemente hacia la irracionalidad, el ritmo galopante de la industrialización y la falta de salidas legales a las protestas de los trabajadores y a la representación sindical dieron lugar a un número cada vez mayor de huelgas ilegales. Entre enero y julio de 1912 unos 1.450.000 trabajadores de la industria se pusieron en huelga, y 1.030.000 de ellos incluyeron cuestiones políticas en su lista de demandas. El carácter vacilante e inestable del gobierno de Nicolás II resultaba cada vez más evidente. La política se había polarizado: la repre-

sión ejercida por el zar sobre la oposición legítima que logró entrar en las sucesivas Dumas había vaciado el centro moderado. La instauración de la democracia parecía cada vez más improbable, y su potencial se hallaba comprimido entre una derecha violenta y una izquierda terrorista. Como en otros estados europeos, algunos miembros del gobierno vieron en el fomento de los entusiasmos nacionalistas una posible salida de esta situación. Poco antes del estallido de la guerra con Japón, y solo unos pocos meses antes de que fuera asesinado, el ministro del Interior, Viacheslav Konstantínovich von Plehve (1846-1904), comentó: «Para mantener a raya la revolución necesitamos una pequeña guerra victoriosa». La guerra contra Japón que estalló unas semanas después de que el ministro pronunciara estas palabras no fue ni pequeña ni victoriosa. La guerra que estaba por estallar en 1914 fue, sin embargo, de una magnitud totalmente distinta; se llevaría por delante al régimen zarista y abriría la puerta a casi tres cuartos de siglo de brutal dictadura comunista.

«La americanización del mundo»

Frenada, o al menos detenida temporalmente en Rusia, la ola de democratización parecía imparable en casi todo el resto de Europa. Pero en su interior llevaba la semilla de su propia destrucción. La ampliación del derecho de sufragio dio entrada en la política a unas masas de ciudadanos cada vez más alfabetizados y cultos. Mientras que las clases trabajadoras daban su apoyo a los movimientos socialistas que, al menos exteriormente, parecían buscar la destrucción del capitalismo y el derrocamiento de las instituciones establecidas, el campesinado empezaba a alejarse de las formas tradicionales de protesta y a gravitar hacia los partidos populistas católicos o hacia grupos de presión rurales de vario tipo. Flanqueado por estos movimientos de masas, el liberalismo de la clase media se hallaba en 1914 en plena decadencia en muchos estados de Europa. Sobre todo, quizá, la nacionalización de las masas introdujo una nueva vehemencia en el discurso político, expresada en episodios tales como la ascensión al

poder, aunque fuera temporalmente, de personajes como Pelloux y Boulanger, que basaban su atractivo popular en la promesa de la gloria nacional. En Alemania los movimientos nacionalistas de masas como la Unión de la Armada empezaron a empujar a los sucesivos gobiernos hacia una política exterior más enérgica. En Bélgica la introducción del sufragio universal de los varones en 1893, que dio el voto a las masas rurales monolingües de Flandes, suscitó la aparición de un movimiento cada vez más estridente en pro del uso del flamenco, además del francés, en los documentos oficiales, con manifestaciones en las que participaron decenas de miles de individuos que protestaban ruidosamente. De manera análoga, la cuestión de la Autonomía irlandesa (Home Rule) en Gran Bretaña destrozó el modelo de política existente desde mediados de la década de 1880, al tiempo que el derecho de sufragio era extendido a nuevos sectores de la población; entretanto, en la monarquía de los Habsburgo el nacionalismo paralizaba por completo las dos grandes asambleas legislativas, la de Austria y la de Hungría respectivamente. Los que creían en la inevitabilidad del progreso democrático tuvieron que lidiar también con la ascensión de los movimientos de extrema derecha, ultranacionalistas y antidemocráticos, como los pangermanos o las Centurias Negras, que eran a su vez una reacción contra la expansión de la política parlamentaria y democrática. El nacionalismo ya no era, como había sido hasta 1848, una fuerza inequívocamente liberal. En Ucrania, el Partido del Pueblo, rival de los nacionalistas liberales, proclamó: «¡Moscovitas, judíos, polacos, húngaros y rumanos son enemigos de nuestro pueblo!». Los pangermanos insistían en la ilegalización de los socialdemócratas, la privación del derecho de voto a los judíos y el establecimiento de una dictadura encabezada por el káiser. La influencia de tales ideas apuntaba ya hacia un retroceso violento de la democracia en toda Europa cuando acabara la primera guerra mundial.

Por el contrario, los ideales liberales y progresistas de comienzos y mediados del siglo XIX —el ideal francés de revolución de corte jacobino o el ideal británico de una sucesión de reformas graduales— habían empezado ya a desvanecerse a comienzos de la nueva centuria. El futuro ya no parecía reservar una promesa universal de ningún tipo, particularmente desde el momento en que las ideologías nacionalistas empezaron a mirarse el ombligo en busca de un *Volk* o raza imaginarios y de su genealogía histórica, en vez de atenerse a los principios universales de justicia y soberanía popular. De esa forma, cuando las naciones europeas y sus culturas políticas empezaron a aislarse unas de otras, América comenzó a levantarse como la imagen del futuro. La emigración masiva de europeos a Estados Unidos forjó múltiples lazos entre los dos continentes, enturbió la imagen anterior de América como un país exclusivamente «anglosajón» y amplió el concepto de Estados Unidos como la tierra de las oportunidades para todos. Una vez abolida la esclavitud a raíz de la guerra de Secesión de 1861-1865, quedó eliminado el principal obstáculo que se interponía para una imagen positiva del país, a lo que contribuyó la rápida ascensión de la industria y la tecnología norteamericanas, simbolizada sobre todo en la gigantesca demostración de sus progresos que tuvo lugar con motivo de la Exposición Universal de Chicago de 1893. La interdependencia de América y Europa resultaba evidente para todos: «El soldado francés lleva en su mochila carne enlatada elaborada en Chicago», decía en 1892 el sociólogo francés Paul de Rousiers (1857-1934). La iniciativa y el ejemplo de Norteamérica ejercerían una influencia progresiva sobre la cultura política europea a comienzos del nuevo siglo, especialmente en asuntos tales como la emancipación de la mujer y el sufragio femenino. El historiador Gustave Lanson (1857-1934), tras interrumpir temporalmente sus actividades docentes en la Sorbona para trabajar como profesor visitante en una universidad americana en 1910, quedó cautivado por el «tipo de chica americana» que encontró entre

sus discípulas, típicamente «una muchacha delgada, atlética, de rasgos regulares, perfil puro, cabello rubio o castaño, ojos de color azul claro, una mirada risueña, franca y firme, una expansión de vida libre, rica y alegre». Los lectores de las novelas de Henry James, como, por ejemplo, *Retrato de una dama* (1881), sabían muy bien lo que quería decir.

América, no obstante, seguiría pareciendo una tierra de pioneros toscos, como pondrían de manifiesto los espectáculos de los Wild West Shows montados por William Cody (1846-1917, más conocido como Buffalo Bill), cuyas giras europeas a partir de 1887 se hicieron enormemente populares y a los que asistieron individuos de todas las clases sociales, desde la reina Victoria o el káiser Guillermo II hasta representantes de los estratos más humildes. En cambio, muchos conservadores sentían miedo del impacto de la tecnología americana sobre Europa. El novelista Wilhelm von Polenz (1861-1903), que escribía relatos intimistas acerca de la vida en la Alemania rural, señalaba al término de una visita a Estados Unidos: «La americanización de la cultura significa trivialización, mecanización y entontecimiento». En su obra titulada *The Land of the Future* [La tierra del futuro] (1904) se dedicó principalmente a condenar la influencia de los inmigrantes judíos sobre Estados Unidos y a avisar a los alemanes de lo que él consideraba los peligros de la creciente influencia de los «judíos internacionales». El término «americanización» fue inventado por el periodista inglés William Thomas Stead en su libro *La americanización del mundo* (1901), cuyo principal objetivo era defender una renovación de la Constitución británica mediante alguna forma de unión con Estados Unidos con el fin de conseguir el dominio del mundo por la raza anglosajona. (Su afán de hacer realidad ese objetivo lo llevó a viajar a América en abril de 1912 a bordo del *Titanic*; no sobrevivió a la travesía). La ansiedad por la competencia económica de Norteamérica era cada vez mayor y tras la guerra de Cuba de 1898 se intensificaron

los temores en torno a las ambiciones imperialistas estadounidenses.

Métodos económicos americanos tales como el «taylorismo», que hacían un uso sumamente eficaz de los horarios laborales, eran muy admirados, y la capacidad de inventiva de los norteamericanos, desde la máquina de coser hasta el aeroplano, fue aplicada en Europa de inmediato. En particular liberales y socialistas llegaron a apreciar las virtudes de la democracia americana. En Alemania, las actitudes críticas y las alusiones despectivas a la «libertad abstracta» y al «rígido» sistema de gobierno americano, habituales en la época romántica, dieron paso hacia finales de siglo a una clara admiración, sobre todo entre los que veían en Inglaterra una potencia en decadencia que todavía no había alcanzado un estatus plenamente democrático. Los liberales de izquierdas admiraban el Estado mínimo y la generalización de las libertades que garantizaba a los americanos su Constitución, y aplaudían lo que consideraban la efectividad de su sistema federal, ejemplo que debía emular Alemania. Wilhelm Liebknecht reprendió en 1887 a un compañero suyo del Partido Socialdemócrata que atacó el «conservadurismo» americano recordándole que «todos los pueblos democráticos son conservadores. La constitución norteamericana se ha ganado realmente el derecho a ser "conservada" a pesar de todo. Los pueblos que son gobernados de manera despótica no son nunca conservadores, pues nunca están satisfechos». En su continua y dolorosamente lenta lucha por la democracia, muchos europeos llegaron a pensar que América representaba el futuro por alcanzar el cual se esforzaban tanto: un país próspero, pacífico, tecnológicamente avanzado, el país libre de un pueblo soberano.

Los que se oponían a la democracia y habían abrazado un nacionalismo estrecho de miras, combativo y grandilocuente, los que temían y rechazaban el mundo acelerado de la modernidad urbana que ciudades como Chicago o Nueva York parecían representar, y los que condenaban la sociedad americana como ne-

gación de los ideales de pureza racial, adoptaron un punto de vista distinto, más crítico. Sin embargo, tanto liberales como conservadores, tanto la gente de derechas como de izquierdas, casi todo el mundo en fin daba por seguro que el futuro pertenecía a los europeos y a sus diásporas en América, Australasia y otros rincones del mundo. Al margen de lo que el futuro pudiera reservar desde el punto de vista político, la creencia general era que ese futuro sería imperial, y las cuestiones imperiales desempeñaron un papel cada vez más importante en la política interna de los distintos estados europeos. Tal como habían podido comprobar políticos como Crispi, Bülow, Ferry y Disraeli, jugar la carta imperial era una ruta segura hacia la popularidad en la esfera doméstica. En Francia el sueño de venganza por la derrota de 1871 adquirió nuevo vigor gracias a la expansión del imperio. En Alemania, la élite política deseaba cada vez con más intensidad un «lugar al sol», un imperio ultramarino como correspondía a un gran estado europeo del siglo xx. En Gran Bretaña, Joseph Chamberlain y los imperialistas liberales situaron la defensa del imperio en el corazón mismo de sus ambiciones. Derrotada en Asia oriental, Rusia volvió a dirigir su campaña hacia el Mediterráneo. Aferrarse al imperio ultramarino que le quedaba se convirtió en un objetivo crucial de la política interior de España, donde, al término de la primera guerra mundial, esa meta se volvería al final contra la democracia y acabaría por destruirla. Los estados-nación independientes, sobre todo en los Balcanes, intentaron expandir su territorio, aprovechando el evidente declive del imperio otomano. En Austria-Hungría el mantenimiento de la integridad del imperio parecía exigir la contención de la inestabilidad de los Balcanes. En todas partes, el orgullo nacional, fortalecido por la ascensión de la política de masas, ejerció una influencia cada vez mayor sobre las tácticas a seguir.

Entre los pocos que dudaron de la visión imperialista del futuro cabría citar al escritor inglés Rudyard Kipling (1865-1936) en su poema «Himno de despedida» (1897), escrito bajo los abru-

madores efectos de la revista de la Marina Real, la flota más grande congregada nunca, llevada a cabo en 1897 con motivo del Jubileo de Diamante (los sesenta años en el trono) de la reina Victoria. El poema iba directamente en contra del sentir de la época, pero visto en retrospectiva adquiere una dimensión profética:

> Enviadas lejos, nuestras escuadras se dispersan;
> en dunas y promontorios se extingue el fuego:
> ¡Mirad, toda nuestra pompa de ayer
> es lo mismo que Nínive y Tiro!

Kipling recodaba a sus lectores el carácter efímero de todos los imperios, incluido el gran imperio británico, en el que supuestamente nunca se ponía el sol. Pero, en general, la gente era optimista respecto al futuro, si es que se molestaba en pensar en él. El 1 de enero de 1901, el primer día del siglo XX, *The New York World*, cuyo director invitado era Alfred Harmsworth (1865-1922), propietario y director del *Daily Mail*, publicó una serie de respuestas que la gente había dado a una encuesta iniciada por el periódico unas semanas antes: «¿Cuál, en su opinión, es el principal peligro, social o político, al que se enfrenta el siglo que está a punto de comenzar?». Los corresponsales identificaban una gran variedad de amenazas, desde el individualismo hasta el alcoholismo. Los clérigos citaban el ateísmo o el «culto al becerro de oro», mientras que Arthur Conan Doyle y otros escritores un tanto ingratos señalaban a «la prensa irresponsable». El armamento, el imperialismo y la guerra ocupaban un lugar destacado en las respuestas. Pero, haciendo caso omiso a cualquier tipo de pesimismo, Harmsworth afirmaba: «*The World* es lo bastante optimista como para creer que el siglo XX… se enfrentará a todos los peligros y los superará y que resultará el mejor que este planeta en constante mejora ha conocido nunca».

Capítulo 8

EL PRECIO DEL IMPERIO

Los exploradoes

En 1815 el forzudo de circo Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) llegó a Malta tras recorrer España, Portugal e Italia, dispuesto a emprender una nueva serie de proezas físicas levantando pesos enormes, doblando barras de acero y rompiendo cadenas de hierro. Su especialidad era portar a doce hombres más pequeños sobre un armazón de acero colocado sobre sus hombros. Nacido en Padua, hijo de un barbero y destinado en principio a la vida monástica, Belzoni había huido de Italia tras la invasión de su ciudad natal por las tropas napoleónicas en 1798, y había estado ganándose la vida en Holanda como barbero hasta que decidió trasladarse a Inglaterra en 1803. Allí se había casado con Sarah Bane (1783-1870), natural de Bristol. Belzoni, que superaba los dos metros de estatura y tenía una constitución recia, había empezado a ganarse la vida a duras penas haciendo demostraciones de fuerza por las calles de Londres, hasta que por fin fue contratado por un famoso circo instalado en el Astley's Amphitheatre, uno de los locales de diversión más populares de la ciudad. Belzoni afirmaba —no se sabe con cuánta veracidad— haber estudiado ingeniería hidráulica antes de salir de Italia, y estaba fascinado por la tecnología. Sus actuaciones iban acompañadas a menudo de exhibiciones de linterna mágica en las que se proyectaban en la pantalla imágenes góticas de esqueletos y fantasmas. En Malta conoció a un agente del jedive de Egipto, Mehmet Alí, y se ofreció a mostrar a su señor una máquina de su in-

vención que permitía elevar el nivel del agua del Nilo y facilitar el riego de los campos de cultivo. Viajaron juntos a Egipto con esa finalidad, pero cuando Belzoni probó su máquina ante las autoridades, se comprobó que era incapaz de mover la cantidad prevista de agua; por si fuera poco, quedó fuera de control y el jedive la calificó de auténtico fracaso. Obligados a enfrentarse a la más absoluta miseria, Belzoni y su esposa fueron a visitar al cónsul británico, Henry Salt (1780-1827), que además de ser un pintor competente, era también aficionado a coleccionar antigüedades egipcias. Los dos hombres se cayeron bien y Salt decidió nombrar a Belzoni agente suyo.

Al cabo de poco tiempo el italiano se encontraba en Luxor, el antiguo emplazamiento de Tebas. Salt le había encargado organizar el traslado de un gigantesco busto de Ramsés II (siglo XIII a. C)., conocido posteriormente como el Joven Memnón, que pesaba más de siete toneladas, para su posterior envío a Inglaterra. Vestido de árabe, aunque llamaba a todas luces la atención por su imponente altura y su enorme barba, Belzoni fue remontando el Nilo en compañía de su mujer («Mi esposa —escribiría más tarde— se había acostumbrado ya por entonces a viajar y, lo mismo que a mí, le daban absolutamente igual las comodidades de la vida»). Tras presentar al funcionario local otomano una orden del jedive y regalarle una bolsa de café y algo de pólvora, Belzoni contrató a 130 jornaleros que tardaron más de dos semanas en trasladar el busto sobre unos rodillos hasta el río, hundiéndose a veces en la arena. Se enzarzó en una pelea con un funcionario local cuando sus jornaleros desaparecieron temporalmente, y tuvo que superar numerosos obstáculos antes de que el busto fuera debidamente cargado en un barco. Viajando río arriba encontró numerosos monumentos antiguos que «también podrían ser trasladados con facilidad». Tras llegar a las ruinas del templo de Abu Simbel, volvió cargado de tesoros y lo transportó todo, incluido el busto colosal de Ramsés, río abajo hasta Alejandría, desde donde envió el cargamento a Londres, con destino al Mu-

seo Británico. Posteriormente Belzoni llevó a cabo excavaciones en Karnak, y fue el primer europeo en entrar en la segunda pirámide de Guiza. Sarah Belzoni lo acompañó en todos sus viajes, alojándose con las mujeres de los lugares por donde pasó y tranquilizándolas por la presencia de la pareja. «El tiempo que pasé en el Nilo con mi marido… —escribiría posteriormente—… me permitió conocer las costumbres de las mujeres de esos pueblos… especialmente en nuestro viaje al Alto Nilo pude conocer de cerca los usos y costumbres de aquellas gentes semisalvajes»; y de hecho luego publicó un libro acerca de todo ello.

Salt quedó encantado con las adquisiciones de Belzoni y dijo a su patrono, el noble irlandés lord Mountnorris (1770-1844) que le enviaba «un cargamento de cosas tales que no creo que hayáis visto nunca». Sus intentos de transportar a Inglaterra una momia fracasaron, pues uno tras otro, los supersticiosos capitanes de los barcos se negaron a cargarla en sus naves. Un cocodrilo disecado que Salt pretendía hacer llegar a Inglaterra fue devorado por los buitres. No obstante, Belzoni se había lanzado a una nueva carrera de explorador y egiptólogo. Su forma de tratar las antigüedades egipcias no era precisamente muy delicada. A menudo se las vio y se las deseó para introducir el considerable volumen de su cuerpo por los estrechos pasadizos de entrada a las tumbas, incluso poniéndose a cuatro patas, y en una ocasión quedó atascado en una pirámide, teniendo que ser sacado a empujones por sus ayudantes. En las catacumbas de Guzna, cerca de Luxor, según él mismo escribe, a punto estuvo de ahogarse debido al polvo y el hedor reinante en las tumbas le produjo náuseas:

> … Una vez, tras el esfuerzo que supuso pasar un estrecho y largo corredor, llegué a una especie de caverna y para descansar me senté sobre uno de esos montones de cuerpos, que se deshicieron como una sombrerera bajo el peso de mi cuerpo. Intenté agarrarme instintivamente a las momias situadas más cerca, pero se hicieron también trizas, y al caer me vi rodeado por un remolino de polvo que me obligó a permanecer inmóvil durante un cuarto de hora, esperando que se disipara. Pero el número de cuerpos depositados en estos sepulcros es tal que resulta imposible dar un paso sin hacer polvo alguna momia.

En su ignorancia, a Belzoni felizmente no le preocupaba lo más mínimo el daño causado a las momias, pues, como él mismo explica, «el objetivo principal visitando aquellos antros era buscar rollos de papiro; he encontrado muchos de ellos escondidos en el seno de las momias, debajo de los brazos, o doblados sobre los muslos o las piernas, y envueltos en numerosas capas de tela». Escribió su nombre en una estatua de piedra para impedir que cualquier otro se la llevara. Al mismo tiempo realizó numerosos dibujos y planos a todo color de los lugares en los que estuvo y de su contenido, incluidas algunas reproducciones detalladas de los paneles que decoran las paredes de las tumbas del Valle de los Reyes, en el cual Belzoni fue el primer europeo que entró. En el curso de otras expediciones se apropió de numerosos otros objetos, incluido un gran obelisco que ahora se encuentra al sur de Kingston Lacy, una casa de campo de Dorset que en otro tiempo perteneció a sir William Bankes (1786-1855), que participó con Belzoni en sus expediciones remontando el Nilo y que se jactaba de poseer la colección más grande de antigüedades egipcias perteneciente a un particular.

En todas estas actividades Belzoni tuvo que hacer frente a la obstrucción de las autoridades locales y a la rivalidad de no pocos competidores. Para llevarse el obelisco de Filé, tuvo que enfrentarse a otro coleccionista, Bernardino Drovetti (1776-1852), cuya forma de tratar las antigüedades era, si cabe, más brutal que la suya (en una ocasión, por ejemplo, encontró una colección de veinte vasijas y rompió deliberadamente la mitad de ellas para aumentar el precio de las restantes). Nombrado cónsul general de Francia en Egipto por Napoleón I, Drovetti siguió reuniendo objetos destinados a distintos museos franceses, y cuando descubrió el obelisco cargado en el barco de Belzoni en Luxor no dudó en afirmar que era suyo. Reunió a unos cuantos hombres y arremetió contra Belzoni, que iba montado en un asno. Se produjo un disparo, y al oírlo, el aventurero italiano bajó de un salto de su cabalgadura y mató a uno de sus asaltantes,

«agarrándolo por los tobillos y utilizándolo a modo de maza para golpear con él a mis enemigos en la cabeza». Los lugareños árabes intentaron que los europeos hicieran las paces cuanto antes, pues al fin y al cabo dependían de ellos para subsistir. El matrimonio Belzoni regresó en 1819 a Inglaterra pasando por Padua, donde Giovanni escribió una relación de sus viajes de exploración. Sintiéndose poco apreciado en Inglaterra («Me río de mis rivales —escribió en un momento de inspiración— y de los *Intrigoni* / si mis amigos se acuerdan del verdadero Belzoni»), en 1821-1822 viajó ampliamente por la Europa continental cargado con una pequeña muestra de sus adquisiciones. La exhibición de sus tesoros fue un fracaso desde el punto de vista económico. Tras pedir prestada una importante cantidad de dinero, Belzoni viajó al África occidental y se unió a una expedición que pretendía descubrir el punto en el que supuestamente el río Níger se unía al Nilo, con la intención de paso de localizar en el desierto la legendaria ciudad de Tombuctú, pero sucumbió a un ataque mortal de disentería en Benín. «Al final me muero como un mendigo», decía amargamente en una carta escrita desde Ughoton, no lejos de la costa, en la que pedía a sus amigos que consolaran «a mi querida Sarah» y cuidaran de ella cuando él no estuviera. Falleció el 3 de diciembre de 1823. Incapaz de obtener una renta suficiente de la venta de los libros y los dibujos de su marido o del suyo, Sarah vivió en la pobreza, primero en Bélgica y luego en Jersey, donde murió por fin en 1870 a los ochenta y siete años.

Las actividades de Belzoni en Egipto forman parte de un modelo de expolio y saqueo del resto del mundo por parte de Europa que se desarrolló a lo largo de todo el siglo XIX. Había dado comienzo ya en 1792 con la invasión francesa de Renania y adquirió unas proporciones gigantescas con la incautación de enormes cantidades de pinturas y esculturas antiguas llevada a cabo en Italia por Napoleón en 1797, para su ulterior traslado a París, a la que consideraba la verdadera heredera de Roma. Al año si-

guiente, cuando invadió Egipto, se llevó consigo a 167 «eruditos» y, siguiendo sus consejos, fueron requisadas cantidades similares de objetos culturales. Pero tras la derrota de Napoleón por el general prusiano Von Blücher en la batalla de las Naciones en octubre de 1813, cambiaron las tornas. Al llegar a París en marzo de 1814, Blücher tomó por la fuerza las obras de arte que habían sido expoliadas en Prusia por el emperador francés. El duque de Wellington, resistiendo a las insistentes demandas del príncipe regente de Inglaterra para que comprara algunas de las mejores piezas para la colección real, decidió tomar las medidas necesarias para que el resto de las obras de arte expoliadas fueran devueltas a los «países a los cuales —escribiría— contrariamente a la práctica de la guerra civilizada, habían sido sustraídas durante el desastroso período de la Revolución Francesa y de la tiranía de Napoleón». En realidad, solo alrededor de un 55% de los objetos robados fueron devueltos a sus legítimos dueños; el resto ya habían sido despachados a los distintos museos de las provincias francesas, sin que lo supieran los ejércitos de ocupación aliados. La desaprobación del saqueo militar expresada por Wellington encontró un número cada vez mayor de seguidores a medida que fue avanzando el siglo XIX. El propio duque pensaba que el saqueo distraía a las tropas de su verdadera misión, esto es, las operaciones militares en curso, y además las malquistaba con la población local, que, como le había demostrado su experiencia en España, era importantísima para mantener la propia posición.

No se mostraron tantos miramientos en las relaciones con las sociedades no europeas. Los ingleses no tuvieron el menor reparo en comprar buena parte del botín egipcio de Napoleón, incluida la Piedra de Rosetta, clave para el desciframiento de los jeroglíficos, tras la derrota del emperador de los franceses a manos de Nelson en la batalla del Nilo en 1798. Pingües beneficios se obtendrían en particular del decadente imperio otomano, donde resultaba sumamente fácil sobornar a los funcionarios de todos

los niveles para que permitieran la compra de obras de arte griego antiguo a precios de saldo, como por ejemplo los Mármoles Elgin. Los relieves fueron retirados del Partenón de Atenas por los agentes de Thomas Bruce, conde de Elgin (1766-1841), entre 1801 y 1812, comprados por el gobierno inglés en 1816, y posteriormente entregados al Museo Británico. Más adelante, andando el siglo, unas doscientas esculturas de bronce fueron incautadas en Benín, en el África occidental, por una expedición militar británica, y trasladadas igualmente al Museo Británico. Los alemanes se llevaron a su país numerosas canoas de balancín capaces de surcar el océano de las islas del Pacífico, para exponerlas en el Museo Etnográfico Nacional de Berlín; el hombre de negocios y arqueólogo de afición Heinrich Schliemann (1822-1890), obsesionado con el hallazgo de la antigua Troya, descubrió en 1873 un tesoro de objetos de oro en un yacimiento, lo sacó de Turquía de contrabando y regaló las joyas a su mujer para que las luciera.

Semejantes adquisiciones reflejan la hegemonía mundial ejercida por Europa en el siglo XIX. Fueron posibles gracias al desarrollo industrial, la supremacía militar, y sobre todo a la mejora de las comunicaciones, pues los viajes en ferrocarril y en barco de vapor, a través de ríos, canales y carreteras, facilitaban cruzar los continentes y llegar sin grandes problemas al punto de partida de la expedición para penetrar en los territorios más apartados. El prestigio en rápido aumento de la ciencia y de los conocimientos científicos fomentó la idea de la exploración. Belzoni y los egiptólogos como él intensificaron el conocimiento del Antiguo Egipto entre los europeos cuando empezaron a reunir colecciones de productos culturales, aunque a veces de paso los dañaran o los destruyeran, especialmente desde que el lingüista e historiador francés Jean-François Champollion (1790-1832) descifró la escritura jeroglífica, utilizando las inscripciones bilingües del obelisco de Belzoni. El ansia de conocimiento científico llevó al explorador sueco Sven Hedin a localizar las fuentes de los ríos

Brahmaputra e Indo en el Himalaya y a desenterrar varias secciones de la Gran Muralla china. En octubre de 1844 el naturalista y explorador prusiano Ludwig Leichhardt (1813-¿1848?) emprendió un viaje de más de 5.000 kilómetros por el noreste de Australia reuniendo numerosos especímenes de animales y plantas, así como muestras de piedras y minerales. En diciembre de 1845 reapareció en Port Essington, en la costa septentrional de Australia, después de que tanto él como sus acompañantes hubieran sido dados por muertos. Según declaró, «he trabajado por la ciencia y por nada más». En 1848 desapareció misteriosamente junto con otra expedición, probablemente en el Gran Desierto Arenoso, en un intento de cruzar el continente de este a oeste.

Para entonces la búsqueda de las fuentes del Nilo estaba convirtiéndose en Inglaterra en una verdadera obsesión, y la Royal Geographical Society financió en 1856 una célebre expedición capitaneada por sir Richard Burton (1821-1890) y John Hanning Speke (1827-1864). Burton tenía tanto de aventurero como de explorador, y era un hombre irascible dominado por fuertes pasiones. Se decía que conocía perfectamente veintinueve lenguas distintas, y se hizo célebre por viajar disfrazado a La Meca y publicar una traducción no censurada de *Las mil y una noches* (1886-1898), así como varias ediciones inglesas de clásicos de la literatura erótica como *El jardín perfumado* (1886) y el *Kama sutra* (1883). Sus libros escandalizaron a la opinión pública victoriana al incluir detalles acerca de las prácticas sexuales de los pueblos con los que entró en contacto (no dudó en incluir en ellos hasta las medidas de los órganos sexuales de los hombres). Remontó el Nilo con Speke en 1857-1858 y fue el primero en revelar a los europeos la existencia del lago Tanganica; le quedó además una espantosa cicatriz en la cara tras sobrevivir al ataque de una banda de guerreros somalíes que le atravesaron las mejillas con una lanza. No menos famosos se hicieron el explorador Samuel Baker (1821-1893) y su esposa Florence (1841-1916), que se costearon solos sus viajes. También en este caso te-

nemos una historia de aventuras hecha a la medida para inflamar la imaginación de la sociedad victoriana, pues Baker conoció a su mujer, una joven rubia de ojos azules, con ocasión de una visita al mercado de esclavos de Vidin, en el territorio búlgaro del imperio otomano; aunque la puja del pachá de la localidad fue más alta, Baker sobornó a los guardianes de la muchacha y se fugó con ella a Bucarest, donde la pareja contrajo finalmente matrimonio. Después de vivir algún tiempo en Ceilán, Baker pasó la década de 1860 explorando África, acompañado en todo momento de Florence; en 1869 fue nombrado comandante general del ejército de Egipto y se puso al frente de una fuerza de 1.700 presos liberados en una expedición destinada a acabar con el tráfico de esclavos de las regiones ecuatoriales del Alto Nilo; su sucesor en el cargo fue el coronel Charles George Gordon (más tarde conocido como Gordon de Jartum; 1833-1885). Baker fue nombrado caballero por los servicios prestados en el campo de la exploración, pero la reina Victoria se negó a recibirlo en la corte porque, como observó con un comentario bastante severo, había mantenido «relaciones íntimas con su esposa antes del matrimonio».

Las actividades exploratorias ofrecieron una oportunidad especial a las mujeres que tenían el valor y los recursos suficientes para emprenderlas. La exploradora suiza Isabelle Eberhardt (1877-1904) era hija ilegítima de una aristócrata germano-báltica y el preceptor armenio contratado para enseñar a sus hijos mayores. Isabelle dominaba ocho lenguas y, vestida de hombre, se convirtió al islam y exploró el Sahara antes de morir inesperadamente ahogada en una riada. La austríaca Ida Pfeiffer (1797-1858), hija de un rico comerciante de Viena y casada con un viudo de edad avanzada, inició sus viajes a la muerte de su marido en 1838, recorrió Islandia y el norte de Escandinavia y luego se trasladó a Sudamérica y al Pacífico, viviendo durante algún tiempo entre los dayacos de Borneo y los batak de Sumatra. La inglesa Isabella Bird (1813-1904) llegó a ser una de las explora-

doras más famosas de su época, sobre todo desde que empezó a viajar provista de una cámara fotográfica; sus viajes, costeados al principio por su padre y luego gracias a la herencia recibida, la llevaron a América, Australia, China, Corea, el Golfo Pérsico, Hawái, el imperio otomano, la India, Irán, Japón, Malasia y Nueva Zelanda. Su celebridad atrajo a sus conferencias a más de dos mil oyentes. Después de una presentación en la localidad escocesa de Tobermory para hablar acerca de Persia, se cuenta que el público asistente mostró un «entusiasmo y una alegría delirantes, y cuando la oradora salió a saludar se produjo un auténtico alboroto de la población montañesa, que se puso a patalear, a batir palmas, a lanzar gritos de hurra y a agitar sombreros y pañuelos». Sus logros fueron finalmente reconocidos, y la señora Bird fue elegida la primera socia de la Royal Geographical Society británica en 1892.

Las exploraciones realizadas a escala global fueron llevadas a cabo por individuos que tenían también orígenes globales. Uno de ellos fue el franco-americano Paul du Chaillu (¿1835?-1903), que, según decía él mismo, fue el primer europeo que vio un gorila vivo. Llevó a Francia para su exhibición varios esqueletos y cuerpos embalsamados de este animal. Chaillu fue también el primer europeo que observó a los pigmeos, como contaría en su libro *The Country of the Dwarfs* [El país de los enanos] (1872). El relato de sus descubrimientos ejerció una gran influencia en el desarrollo de las clasificaciones raciales de la humanidad de finales del siglo XIX. Nacido en la isla de Reunión, o quizá en París o en Nueva Orleans, Chaillu fue educado por unos misioneros en Gabón, donde su padre era comerciante. Tenía chimpancés como animales de compañía, y publicó un libro de leyendas africanas que había oído contar y en las que figuraban gorilas que raptaban a mujeres jóvenes. Sus relatos fueron la principal fuente de inspiración del escritor americano de género fantástico Edgar Rice Burroughs (1875-1950) para su obra *Tarzán de los monos* (1912). Igualmente cosmopolita fue Henry Morton Stanley

(1841-1904), un galés criado en un hospicio cuyo verdadero nombre era John Rowlands. En 1859 se trasladó a Nueva Orleans, desertó del buque en el que se había enrolado, y encontró trabajo en casa de un rico comerciante llamado Henry Stanley, que acabó adoptándolo. Henry Morton Stanley combatió en la guerra de Secesión americana en ambos bandos, y a continuación se hizo periodista, labor que lo llevó a ser contratado por el legendario director del *New York Herald*, James Gordon Bennett Jr. (1841-1918), para que encontrara al misionero británico desaparecido David Livingstone (1813-1873). «El doctor Livingstone, supongo», las palabras que, según se cuenta, dirigió Stanley al saludar al misionero cuando finalmente dio con él en 1871 en un remoto rincón de África, cerca del lago Tanganica, se hicieron legendarias como ejemplo clásico de frío comedimiento.

En 1874 el *Herald* encargó a Stanley rastrear el curso del río Congo desde su fuente hasta el mar; Stanley empezó el viaje en compañía de 356 hombres, pero cuando llegó finalmente a la desembocadura del río solo le quedaban 114, ninguno de ellos europeo. Las enfermedades se cobraron muchas vidas, pero también lo hizo la brutal disciplina impuesta por el explorador, que incluía frecuentes flagelaciones de los porteadores. Incluso Richard Burton llegó a quejarse. «Stanley dispara a los negros como si fueran monos», comentó. «El salvaje —señalaba Stanley por su parte— solo respeta la fuerza, el poder, la audacia y la decisión». No es de extrañar que, al decir de muchos, se convirtiera en modelo del personaje de Kurtz en el relato de Joseph Conrad publicado en 1899 *El corazón de las tinieblas*. El conocimiento del Congo acumulado por Stanley dio lugar a un encargo de Leopoldo II, rey de los belgas, que pensaba que la posesión de la cuenca de este río daría prestigio a su país y reportaría grandes beneficios a su empresa particular de exploraciones. Stanley abrió al conocimiento de los europeos numerosos lagos y montes, así como grandes extensiones de territorio, pero también puso los cimientos para la explotación de la región a manos de

Leopoldo. Estos descubrimientos suscitaron no poca inquietud en los franceses, que enviaron a otro explorador, Pierre de Brazza (1852-1905), para que abriera otros sectores de la cuenca del Congo con el fin de ponerlas bajo su propia influencia y de limitar así la de los belgas.

Pero fue el hallazgo de Livingstone lo que realmente hizo famoso a Stanley. El anciano misionero era ya muy conocido y admirado por su combinación de la actividad médica y la evangelizadora. Como organizador, sin embargo, fue muy poco eficaz. Discutía constantemente con sus ayudantes, no supo encontrar una ruta navegable por el río Zambeze, y tampoco logró localizar las fuentes del Nilo. Al mismo tiempo Livingstone fundó varias escuelas misioneras y no perdió la oportunidad de realizar conversiones religiosas siempre que se le presentó la ocasión; muchos años después en algunas de esas escuelas se educarían los jóvenes que acabarían convirtiéndose en líderes de los movimientos nacionalistas de África. Los informes que Livingstone envió a Inglaterra subrayaban en todo momento la necesidad de combatir el tráfico de esclavos, que seguía existiendo en las zonas por donde pasó. Pero irónicamente, a medida que sus expediciones fueron siendo cada vez más pequeñas, su dependencia de la ayuda de los traficantes de esclavos árabes se hizo mayor. En su última expedición estuvo la mayor parte del tiempo enfermo y, cuando murió en 1873, los porteadores llevaron su cadáver en descomposición a lo largo de casi dos mil kilómetros hasta la costa para que sus restos fueran trasladados a Inglaterra. Esta combinación de valor y piedad, de ciencia y religión, y de determinación frente a la adversidad, hizo de su vida —y de su muerte — un modelo de inspiración para los victorianos. Gracias al periodismo de Stanley, Livingstone se convirtió en una leyenda. Sus actividades pusieron los cimientos para la posterior expansión territorial británica.

El papel desempeñado inconscientemente por Livingstone a la hora de estimular el desarrollo del imperio en África, junto con

el de otros exploradores, se debió, entre otras cosas, al hecho de que el descubrimiento por parte de los europeos de zonas del globo desconocidas hasta entonces para ellos fue estrechamente unido en todo momento a la idea de prestigio y ambición nacional. De una forma perfectamente calculada para infundir una sensación de orgullo nacional en quienes leían sus informes, los exploradores hicieron publicidad de sus hazañas en sus países natales como ejemplo de fortaleza y de audacia. Así fue incluso en los casos en los que aparentemente no había de por medio intereses económicos o estratégicos, y de forma más evidente quizá en el intento de llegar al Polo Norte, por entonces carente de valor desde el punto de vista económico. El noruego Fridtjof Nansen (1861-1930), el primer hombre que cruzó el interior de Groenlandia (en 1888), llegó en 1896 a los 86º13′6″ N tras llevar durante varios meses su barco, el *Fram*, a la deriva a través del hielo flotante y continuando luego el viaje en un trineo tirado por perros. En 1897 una expedición patrocinada por la Sociedad Geográfica Belga desencadenó una verdadera carrera por alcanzar el Polo Sur, en la que compitieron una expedición alemana, otra inglesa, otra francesa y otra japonesa. El primero en llegar al objetivo, el 14 de diciembre de 1911, fue el noruego Roald Amundsen (1872-1928), antiguo primer oficial de la expedición belga. Unos años antes, durante una travesía del Paso del Noroeste, Amundsen había aprendido de los inuit que las pieles de animales eran más ligeras y más impermeables que las parkas de lana, y que los trineos tirados por perros eran el mejor medio para viajar por la nieve. A medida que los trineos fueron siendo menos pesados como consecuencia del consumo progresivo de víveres, Amundsen fue matando a los perros que ya no eran necesarios y los utilizó para dar de comer a los demás. Once de los cincuenta y dos perros que emprendieron el viaje lograron sobrevivir. Poco después, el 17 de enero de 1912, llegó a la meta a pie una expedición británica bastante mal organizada, al mando del capitán Robert Falcon Scott (1868-1912). Sus cinco integran-

tes habían intentado utilizar ponis, pero estos animales habían sido incapaces de resistir la dureza del clima y los hombres desdeñaron el uso de perros por considerarlos indignos de caballeros. Vestidos con parkas inadecuadas y aquejados de congelación y de escorbuto, Scott y sus compañeros perecieron durante el viaje de vuelta. «Si hubiéramos logrado sobrevivir —escribió el 29 de marzo en un diario que dejó en la tienda cuando murió —, habría tenido una buena historia que contar acerca de la fortaleza, la capacidad de aguante y el valor de mis compañeros, una historia que habría espoleado el corazón de cualquier inglés».

Hasta cierto punto la exploración de las demás partes del mundo fue considerada una empresa europea común llevada a cabo en nombre de la ciencia y la civilización —la Royal Geographical Society británica, por ejemplo, concedió la medalla de oro de la institución a Leichhardt, Nansen, Amundsen y Hedin entre otros—, pero, al mismo tiempo, hombres como Livingstone y Scott se convirtieron en héroes nacionales, y la carrera por alcanzar las fuentes del Nilo o el Polo Sur se convirtió en cuestión de prestigio nacional. A largo plazo, la exploración fue una de las fuentes primordiales de la creación de imperios, pues acercó al Viejo Continente partes del mundo que estaban muy alejadas y vino a subrayar ante los europeos el destino de estas regiones, que era el de ser «descubiertas» y, finalmente, sometidas a la voluntad de Europa. Si estaban habitadas por una sociedad humana, esa sociedad era considerada invariablemente inferior, atrasada, destinada a la subordinación o incluso, como sucedió en Australia, de todo punto inexistente. La actitud del explorador ruso Nikolái Mikháilovich Przhevalski (1839-1888) fue típica en este sentido. Cuando exploró el Asia central y el norte del Tíbet «con una carabina en una mano y un látigo en la otra», describió por vez primera la cría del caballo salvaje que luego recibiría su nombre. Llamó además a los chinos «la hez de la raza humana», y afirmó que «mil soldados nuestros bastarían para someter

a toda Asia, desde el lago Baikal hasta el Himalaya». Intencionadamente o no, los exploradores fueron, por tanto, los heraldos del imperialismo, sobre todo durante la segunda mitad del siglo.

El resurgir del imperio

Los conflictos coloniales globales de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, sobre todo entre británicos y franceses, habían quedado resueltos en tiempos del congreso de Viena. Desde ese momento hasta casi el final de la centuria, el dominio de los mares por los ingleses fue absoluto. A mediados de la década de 1870 la Marina Real estaba compuesta por más de quinientos buques, y casi la mitad de ellos estaban en servicio activo en todo momento. Sesenta y uno de esos barcos eran acorazados modernos, no ya anticuadas naves de madera. La Marina Real era mucho mayor y más poderosa que sus rivales más próximas, las armadas de Francia y de Estados Unidos, y a partir de 1870 garantizar que su propia fuerza fuera mayor que la de otras dos armadas juntas, fueran las que fueran, se convirtió oficialmente en parte de la política británica. Con un predominio naval tan enorme, Gran Bretaña era la única potencia que estaba en condiciones de adquirir y mantener un imperio a escala realmente grande. Más del 80 % de las mercancías del mundo eran transportadas en barcos ingleses. Los británicos dominaban el comercio con la América Latina independiente, de modo que no había razón evidente para que pretendieran convertir el poder económico que ejercían allí, o de hecho en cualquier otro rincón del mundo, en pura anexión territorial. Por el contrario, todo lo basaban en el libre comercio. Durante buena parte del siglo no existió ninguna ideología específica o explícita de lo que pasó a llamarse «imperialismo», que afirmara la superioridad de la civilización europea sobre las demás, o que justificara la adquisición de colonias como asunto de Estado. En el siglo XVIII el transporte de esclavos de África a las plantaciones de América del Norte y del Sur y del Caribe había constituido un elemento fundamental de las relaciones comerciales entre Europa y América. En la dé-

cada de 1820, sin embargo, la importancia de ese comercio empezaba a disminuir y las políticas mercantilistas que lo sostenían habían sido hechas añicos por la revolución americana.

A pesar de todo ello, sin embargo, los imperios ultramarinos europeos experimentaron un notable resurgimiento en los años inmediatamente posteriores al fin de las guerras napoleónicas. Los impulsos a la nueva expansión vinieron no de las condiciones reinantes dentro de la propia Europa, sino en gran medida de las situaciones que estaban desarrollándose en otras latitudes. Ciertos acontecimientos locales fueron a menudo decisivos, como por ejemplo en el caso de la anexión de Argelia por Francia en 1830. Argelia formaba parte oficialmente del imperio otomano, pero el gobernador autónomo de la provincia, el dey de Argel, Hussein (1765-1838), tenía graves problemas económicos debido a que sus principales fuentes de riqueza —el esclavismo, el secuestro y la piratería— estaban en franca decadencia. En 1816 los ingleses obligaron al dey a entregar a los esclavos cristianos que tenía en su poder y a devolver todo el dinero que había recibido del rescate de prisioneros cristianos. La imposición de tributos para satisfacer esta demanda dio lugar a una fuerte resistencia popular. En 1827 el dey pidió a los franceses que le devolvieran el dinero que les había prestado durante las guerras napoleónicas. El cónsul francés se negó a hacerlo. El dey lo hizo venir a la corte, lo llamó «granuja malvado, infiel e idólatra» y le dio un golpe con su espantamoscas. La prensa francesa exigió venganza por semejante insulto. En 1830, después de no pocas vacilaciones, Carlos X de Francia, deseoso de conseguir popularidad y de conjurar la perspectiva de que se produjera una rebelión popular, decidió invadir el país. El ejército francés, ansioso de revivir las glorias de la época napoleónica, sacó de un cajón olvidado los viejos planes de invasión esbozados por el emperador. Ochenta y cuatro navíos franceses transportaron a 37.000 soldados al otro lado del Mediterráneo y establecieron un campamento base bien defendido. El 19 de junio de 1830 salieron a

su encuentro unas 35.000 tropas otomanas, pero los franceses poseían mejores cañones y las derrotaron con facilidad. El 5 de julio el dey se rindió con la condición de que fuera respetada la religión de la población y los franceses ocuparon Argel. Napoleón había vuelto a vencer; esta vez desde más allá de la tumba.

Ni qué decir tiene que los franceses no mantuvieron sus promesas y enseguida empezaron a convertir las mezquitas en iglesias, provocando la resistencia del país, profundamente musulmán, encabezada por las órdenes sufíes que ya se habían sublevado contra los tributos exigidos por los otomanos. Un joven santón, Abd al-Qádir (1808-1883), que afirmaba ser descendiente del profeta Mahoma, se erigió en líder, proclamó una yihad, e infligió repetidos reveses a las fuerzas francesas. En 1836 los franceses se enfrentaban a la derrota, así que el rey Luis Felipe envió a la zona al mariscal Thomas-Robert Bugeaud (1784-1849). El mariscal repelió a los rebeldes, arrasó sus aldeas (introduciendo de paso la palabra *razzia*, «tierra quemada», en muchas lenguas europeas), y decapitando a todo musulmán al que logró hacer prisionero. La victoria se produjo finalmente en 1847, cuando Abd el-Qádir se dio por vencido y se refugió en Damasco. Los franceses aprendieron al menos la lección que les habían dado estos sucesos y empezaron a utilizar la religión islámica para sustentar su dominio. Empezó entonces a llegar de Europa una variopinta multitud de colonos: aristócratas franceses deseosos de recrear en Argelia una sociedad como la que existía antes de 1789 en su país; monjes cistercienses, que construyeron un monasterio y una granja; ex soldados a los que se concedían tierras en Argelia cuando acababa su período de servicio; socialistas discípulos de Saint-Simon, que venían con la pretensión de crear comunidades utópicas; más tarde incluso revolucionarios deportados de Francia tras la sublevación de junio de 1848; e italianos, españoles, malteses y muchos otros.

En tiempos del Segundo Imperio los colonos habían perdido la mayor parte de sus ideales iniciales e intentaban agitar la situa-

ción para que se rebajaran los derechos de los habitantes autóctonos de la colonia. El 24 de octubre de 1870 el nuevo gobierno republicano de París aprobó una ley que concedía la ciudadanía francesa a los judíos y a los colonos residentes en Argelia. Los árabes y los bereberes seguían excluidos de los plenos derechos de ciudadanía. Un líder musulmán local, Mohammed el-Mokrani (1815-1871), proclamó una yihad contra los franceses, irritado por el hecho de que los judíos hubieran sido puestos por delante de los musulmanes y convencido de que la derrota de Francia a manos de los alemanes era una señal de la justicia divina. En 1868, la dominación francesa había sido uno de los principales factores determinantes de la gran hambruna que quizá causara la muerte de más de 300.000 argelinos; la propaganda francesa dio mucho bombo a la operación de alivio de la hambruna organizada por la Iglesia en Argelia, pero aquella actitud se convirtió también en otro motivo de amargo resentimiento. Cerca de 150.000 musulmanes se levantaron en apoyo de Mokrani y emprendieron el asedio de las ciudades a las que se habían retirado los colonos franceses y de otras nacionalidades para su seguridad. Al cabo de poco tiempo la rebelión había sido aplastada. Unido a la hambruna de 1868, el conflicto debió de causar la muerte de cerca de un millón de personas, esto es, una tercera parte de la población. La venganza de los franceses fue muy rigurosa. Los cabecillas de la revuelta fueron ejecutados o enviados al penal de Nueva Caledonia. Fueron confiscados a los árabes casi 5.000.000 de hectáreas de tierras de cultivo. Las peregrinaciones a La Meca fueron severamente restringidas con el fin de aislar a Argelia del resto del mundo musulmán. El árabe fue clasificado incluso como lengua extranjera. Las instituciones sociales y educativas musulmanas que se pensaba que fomentaban la resistencia a la dominación francesa fueron desmanteladas. Al cabo de pocos años la parte norte del país había sido convertida en tres departamentos franceses, satisfaciendo así las exigencias

de los colonos, mientras que la parte sur continuaba bajo el control del ejército.

Argelia fue en cierto modo una excepción dentro del carácter general del colonialismo europeo antes de 1880. Los modelos más tradicionales prevalecieron en el resto de África, donde confluyeron tres intereses distintos. El primero de ellos fue el comercial. Cuando el tráfico de esclavos entró en decadencia y luego acabó por completo, las bases comerciales europeas se dedicaron a comprar y vender aceites vegetales en vez de esclavos, procesando el cacahuete y la palma de origen africano. Pero aquello no hizo más que crear una mayor demanda de esclavos dentro de la propia África, de modo que el tráfico de esclavos en la zona subsahariana del continente continuó hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. En torno a 1880 aparecieron bases comerciales, sobre todo británicas y francesas, repartidas por toda la costa de África occidental, y la rivalidad entre ellas empezó a convertirse en fuente de conflicto. Sus respectivos gobiernos intentaron hacerlas útiles desde el punto de vista financiero cobrando derechos aduaneros, lo que a su vez supuso la anexión de nuevos puntos de entrada en el continente africano con el fin de detener el contrabando. En 1850 el gobierno inglés había adquirido los fuertes daneses que quedaban en la costa, en 1861 se había hecho con Lagos y en 1872 había hecho lo propio con la base holandesa de Elmina. Los franceses, por su parte, adquirieron nuevas factorías coloniales (bases comerciales) en la costa de Senegal. La posibilidad de que esas bases comerciales tuvieran problemas con los distintos regímenes africanos y necesitaran protección militar se incrementó a medida que aumentaron su número y su influencia. De momento, sin embargo, los intereses comerciales eran lo primordial y la probabilidad de una colonización formal parecía muy remota.

La relativa falta de interés de Inglaterra por la adquisición formal de colonias queda ilustrada por los acontecimientos de África del Sur. Londres fluctuó entre anexionarse las zonas coloniza-

das por los bóeres, que al fin y al cabo eran súbditos británicos, y concederles una autonomía; el Transvaal fue reconocido como estado libre en 1852, pero luego fue anexionado en 1877, y de nuevo volvió a concedérsele la autonomía en 1881. Esta indecisión tendría graves repercusiones a finales de siglo. También en la India la expansión fue poco o mal planificada por Inglaterra; se produjo, antes bien, por iniciativa en particular del gobernador general, lord Dalhousie (1812-1860), nombrado para el cargo en 1848. Dalhousie pensó que los estados controlados por los propios indios eran ineficaces y que los ingresos percibidos por la Compañía de las Indias Orientales —la poderosa organización comercial británica que durante las décadas anteriores había llegado a dominar grandes áreas del subcontinente con sus propios ejércitos privados y sus propios funcionarios, con el fin de crear una base estable y segura para sus actividades— aumentarían si se los anexionaba. Los desórdenes suscitados en el Punyab a la muerte de su soberano, Ranjit Singh (1780-1839), provocaron la intervención de los británicos. La región fue anexionada después de algunos combates en 1849, junto con el territorio de Sind, conquistado en 1843 por un veterano de las guerras napoleónicas, el general sir Charles Napier (1782-1853). Napier de hecho fue más allá de lo que decían las órdenes que había recibido, consistentes únicamente en sofocar una revuelta. (Su famoso despacho irónico consistente en una sola palabra, *Peccavi*, «He pecado», en realidad no fue obra suya; fue un chiste enviado a la revista satírica *Punch* por la traductora Catherine Winkworth, que el semanario publicó como si procediera del propio Napier). El Punjab y Sind controlaban el acceso al emirato de Afganistán, pero en 1842 los ingleses no habían sido capaces de someter a este estado mediante una expedición militar; los 16.000 hombres que la integraban —en realidad, todos menos uno— fueron aniquilados por las tribus nativas.

Esta rápida expansión de la India británica durante la década de 1840 y especialmente a mediados de la de 1850, cuando nu-

merosas regiones del norte del país quedaron bajo dominación de los ingleses, lo mismo que la Baja Birmania, donde Dalhousie intervino en 1852 para proteger los intereses comerciales británicos, ilustra el hecho incontrovertible de que al menos en esta zona del globo Inglaterra seguía adelante con sus planes de extensión del dominio imperial. Semejante actitud creó además graves tensiones y resentimientos. La llegada de los misioneros suscitó temores de que se decretara la conversión forzosa al cristianismo. El control de los británicos era muy precario. A mediados de siglo el subcontinente tenía una población de alrededor de 200 millones de habitantes. Ello significaba que nunca sería una colonia de asentamiento para los británicos; que nunca se convertiría por la fuerza al cristianismo; y que nunca sería asimilada culturalmente a los modos de vida europeos. Produciría, sin embargo, unas rentas enormes utilizadas para mantener un grandísimo ejército privado perteneciente a la Compañía de las Indias Orientales y reclutado entre la población india —los llamados «cipayos»—, que en 1857 constaba de 200.000 hombres al mando de oficiales británicos. La expansión territorial supuso que se exigiera a las tropas indias prestar servicio lejos de su tierra natal sin recibir por ello una paga adicional, incluso en zonas tan apartadas como Birmania y China, y muchos de sus integrantes se opusieron a ser trasladados lejos de su región de origen. La expansión militar necesitaría además un aumento muy impopular de los impuestos que gravaban a la población. Los rencores entraron en ebullición cuando se introdujo un nuevo modelo de fusil caracterizado por el uso de cartuchos provistos de papel preengrasado, que era preciso abrir con los dientes para que saliera la pólvora; la sustancia usada para engrasarlos era o bien sebo de vaca, lo que suponía una ofensa para los hindúes, o bien tocino de cerdo, lo que suponía una ofensa para los musulmanes. Los cipayos se negaron a usar aquellos fusiles y los intentos de imponer la disciplina dieron lugar a una sublevación abierta. Al cabo de poco tiempo todo el subcontinente se hallaba

en estado de guerra. Algunos estados indios especialmente importantes, cuyos príncipes habían perdido el poder y se oponían a la interferencia británica en las costumbres hindúes, se unieron a la revuelta. Otros permanecieron leales. En algunas zonas la sublevación adquirió un carácter claramente nacionalista, aunque la diversidad de motivos de los rebeldes y el hecho de que muchas zonas permanecieran tranquilas hacen que resulte difícil calificar este conflicto como una guerra concertada de independencia.

Los ingleses fueron obligados a refugiarse en sus fortalezas, donde fueron asediados. Hubo numerosas matanzas de tropas británicas, destacando particularmente la de Kanpur en 1857, episodio que exacerbó los ánimos de la opinión pública en la madre patria y provocó una ola de venganza cuando las fuerzas británicas volvieron a tomar la iniciativa. Empezaron por castigar a los rebeldes, fusilando y ahorcando a muchos de ellos, o utilizando el castigo tradicional mogol consistente en lanzarlos como si fueran una bomba por la boca de un cañón. Culpada de la sublevación, la Compañía Británica de las Indias Orientales perdió en 1858 el papel militar y administrativo que había venido desempeñando y en su lugar el gobierno asumió el control directo de la región. Dio comienzo así el «Raj británico». El número de tropas británicas destinadas a la India prácticamente se multiplicó por dos y el reclutamiento de cipayos se limitó a las zonas más leales del norte; la financiación del ejército, por otra parte, dependería de un nuevo sistema fiscal más aceptable, basado en modelos mogoles. El control del gobierno británico no tardó en extenderse a la península de Malaca, donde los estados de la región fueron obligados a aceptar la soberanía informal de Inglaterra en 1873, en un intento de proteger el comercio con China de la piratería (que fue también un factor fundamental de que los holandeses extendieran su control sobre Indonesia en la década de 1850). Como muchos otros acontecimientos de esta época, esa expansión se llevó a cabo en gran medida de manera

irregular y no planificada. Lo mismo cabría decir de las actividades de Francia en Indochina, donde Napoleón III envió tropas a finales de la década de 1850 a raíz de la persecución y el asesinato de unos misioneros franceses; las autoridades locales galas dijeron que era preciso continuar la expansión para proteger las misiones y los intereses comerciales, se desencadenaron choques con los poderes locales y regionales, y en la última década del siglo Francia había ocupado completamente la península, tras conquistar la importantísima fortaleza de Hung Hóa en 1884.

En casi todos estos casos fueron los funcionarios europeos locales, los comerciantes y los misioneros, los que presionaron a los gobiernos de la metrópoli, y no al revés. La presión más fuerte fue la que ejercieron los colonos europeos, no solo en África del Sur, sino también en Australasia. A media que la población europea libre de Australia fue creciendo, comerciantes, balleneros y cazadores de focas empezaron a trasladarse hacia el este y a adentrarse en el Pacífico. En la década de 1830 comerciaban con armas de fuego y licor con los maoríes de Nueva Zelanda, dando lugar a frecuentes choques de carácter violento y al incremento de los desórdenes, sobre todo en las «guerras de los mosquetes» intertribales que se prolongaron a lo largo de varias décadas. Cuando Edward Gibbon Wakefield (1796-1892), que había llevado a cabo la colonización sistemática del sur de Australia, zarpó en compañía de gran número de emigrantes rumbo a Nueva Zelanda, el gobierno británico proclamó su soberanía sobre el archipiélago en 1840, con el fin de proporcionarles algún tipo de protección. El tratado de Waitangi, firmado ese mismo año, garantizaba supuestamente el derecho de los maoríes sobre sus tierras, pero los colonos se lo saltaron a la torera y dio comienzo así a una serie de guerras y conflictos violentos de menor escala que durarían hasta comienzos de la década de 1870. Los soldados británicos y los colonos fueron incapaces de derrotar a los maoríes. En la década de 1860 los colonos europeos los superaban ya en número, y el resultado final fue una especie de punto muerto,

por lo demás muy incómodo, en el que los maoríes acabaron relegados a los márgenes de la colonia europea, pero supieron defender sus intereses en esa posición con cierto éxito. Desde Nueva Zelanda, los comerciantes europeos se desplegaron aún más a lo largo y ancho del Pacífico en busca de aceite de coco y guano. Empezaron a secuestrar a los nativos de las islas con la pretensión de obligarlos a trabajar en las plantaciones de caña de azúcar de Australia, práctica que los ingleses denominaban *blackbirding*; la armada británica intentó poner coto a este tráfico, aunque su éxito fue muy limitado. Empezaron a llegar comerciantes, balleneros y misioneros a las islas del Pacífico, y en 1874 los ingleses se anexionaron Fiyi con el fin de proteger mejor sus intereses, aunque Hawái y Tonga lograron resistir y no llegaron a ser conquistadas por las potencias europeas. En América del Norte y del Sur tuvo lugar un proceso similar de expansión europea, aunque sin el acompañamiento de adquisición colonial formal, cuando millones de emigrantes penetraron en el interior del continente desplazando a los indígenas de las zonas en las que se establecieron y reduciendo su presencia en ellas de forma espectacular.

Cada vez en mayor medida, pues, los gobiernos europeos se sintieron obligados a intervenir cuando los intereses comerciales se vieron amenazados. China constituiría el ejemplo clásico. El imperio chino restringía la entrada de las mercancías europeas, al tiempo que exportaba grandes cantidades de ellas a Occidente, sobre todo de té. Para restablecer el equilibrio, la Compañía Británica de las Indias Orientales se dedicó a introducir de contrabando en China opio producido en la India. En 1838 —y no sería la primera vez— el imperio chino intervino para poner coto a este tipo de actividad. Los barcos ingleses fueron abordados en aguas internacionales y sus cargamentos de opio fueron confiscados y destruidos, mientras que los mercaderes británicos fueron bloqueados en sus establecimientos y privados del suministro de alimentos hasta que accedieron a entregar sus existencias.

En represalia, los ingleses enviaron una fuerza militar procedente de la India en el curso de la que pasaría a llamarse la primera guerra del opio. Los británicos tomaron Cantón y en 1842 adquirieron Hong Kong y abrieron otros cuatro puertos a la actividad comercial; Estados Unidos y Francia no tardaron en obtener sus propios puertos de tratado. El imperio chino no estaba satisfecho con los puertos de tratado, de modo que el conflicto volvió a estallar, dando lugar a que una fuerza anglo-francesa integrada por 18.000 hombres marchara sobre Pekín en 1860 en el curso de la segunda guerra del opio. Los miembros de la delegación enviada para negociar con los chinos fueron detenidos, torturados y muertos. En represalia, los europeos destruyeron el antiguo Palacio de Verano del emperador y obligaron al gobierno chino a abrir diez nuevos puertos de tratado, a pagar una cuantiosa indemnización, y a conceder su beneplácito al comercio del opio siempre y cuando pudiera regularlo él mismo. En 1900, la producción nacional de opio chino puso fin a este comercio.

Después de la guerra de Crimea la expansión por Asia proporcionó una vía de escape a las ambiciones zaristas. A medida que colonos y comerciantes iban trasladándose hacia el este, las autoridades locales y regionales empezaron a actuar por propia iniciativa para concluir tratados con los distintos estados de la zona o con las potencias vecinas. En la década de 1870 los rusos habían empezado a penetrar en lo que hoy día es Turkmenistán. En todo ello jugó un papel primordial el hecho de que los colonos rusos establecidos en las estepas de Asia central se vieran amenazados por los poderosos, pero inestables, estados musulmanes de Bukhará, Khiva y Kokand, y de ese modo las fuerzas gubernamentales fueron sometiendo poco a poco estas zonas, convirtiendo los dos primeros estados citados en protectorados e incorporando el tercero a una nueva provincia. El imperio ruso fue avanzando paulatinamente hacia el este, conquistando Tashent en 1865 y Samarcanda en 1868. A finales de la década de 1870 el zar controlaba toda Asia central, para mayor inquietud

del gobierno británico, que veía en aquella situación una amenaza directa para su poder en la India: las maniobras por la conquista de una posición privilegiada en la región pasó a denominarse en Londres «el Gran Juego». Un interés más directo para San Petersburgo, sin embargo, representaba la consecución de un acceso al Pacífico. Rusia se apoderó de la provincia china de Amur y en 1858 el gobierno de Pekín lo aceptó como un hecho consumado. Fue ocupada también la isla Sajalín, lo que supuso el enfrentamiento de Rusia con Japón. La expansión hacia el este llevó a los rusos a cruzar el estrecho de Bering y a adentrarse en Norteamérica. En el siglo XVIII los mercaderes de pieles rusos habían estado cazando y comerciando asiduamente en Alaska. A comienzos del siglo XIX la Compañía Ruso-Americana se había hecho con el control de casi todo este comercio. A mediados de siglo, sin embargo, la caza de nutrias, castores y otros animales apreciados por su piel los había llevado al borde de la extinción en la región, la competencia de la Compañía de la Bahía de Hudson era cada vez más molesta, y los costes de la comunicación con la Rusia europea a través de miles y miles de kilómetros resultaban prohibitivos. Nunca hubo más de setecientos u ochocientos rusos viviendo en Alaska, casi todos ellos establecidos en dos ciudades de la costa. En 1867, reconociendo la imposibilidad de abordar estos problemas, el gobierno ruso vendió la provincia a Estados Unidos a razón de dos centavos por acre. La historia habría podido ser muy distinta de no haberlo hecho.

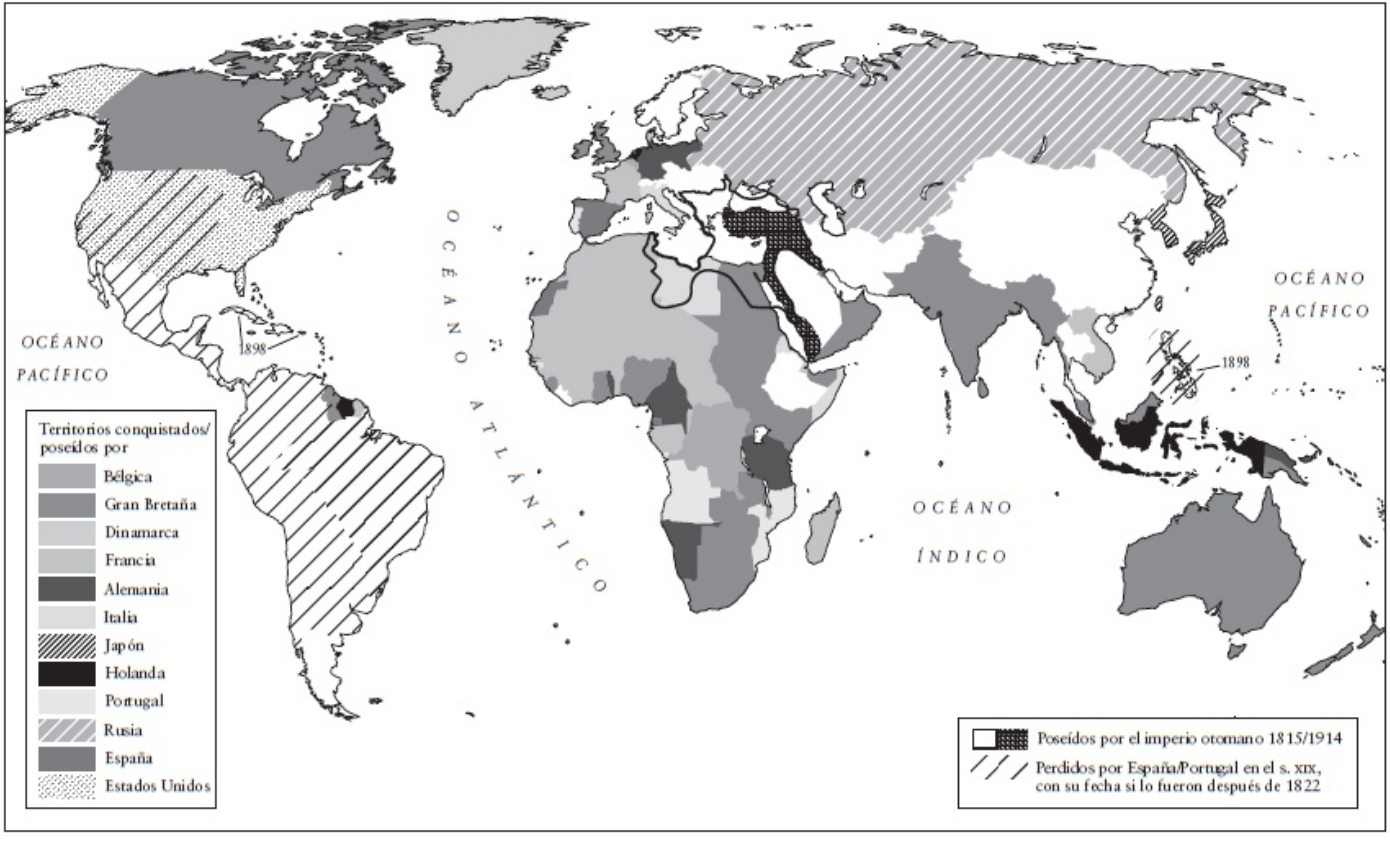
La era del imperialismo

La década de 1870 dio paso a la era del imperialismo, término que entró por primera vez en la lengua inglesa más o menos por esta época y que, como señalaba el economista británico John A. Hobson (1858-1940), no tardaría en estar «en boca de todos… usado para designar el movimiento más potente que se ha dado en la política actual del mundo occidental». El imperialismo fue propagado por unos gobiernos deseosos de ganar el apoyo popular, habitualmente con no pocos costes, al principio de manteni-

miento de sus posesiones ultramarinas. El culto al imperio comenzó en Gran Bretaña en 1877 con la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de la India. Al cabo de unos años, las ceremonias reales británicas, incluido el Jubileo de Oro de la soberana, contarían con la presencia de marajás y de tropas coloniales. Se dio una publicidad enorme al *durbar* celebrado en Delhi para proclamar a la reina Victoria emperatriz de la India. La celebración del imperio tardó algo en arraigar, pero paulatinamente fue cuajando, sobre todo en la nueva prensa popular, y en la década de 1890 podía encontrarse por doquier propaganda imperial, tanto en los quioscos de libros de las estaciones de ferrocarril como en los mítines políticos, en las novelas, en las revistas y en los libros de historia. La elevación del estatus de la monarquía de real a imperial proporcionó a los ingleses la ocasión de celebrar, como decía un hombre de la época, «el reconocimiento, por parte de una democracia libre, de una corona hereditaria como símbolo del dominio mundial que ejerce su raza». Ya en 1880, sin embargo, los políticos nacionalistas y los patriotas de muchos países de Europa habían empezado a soñar con la conquista de otras partes del mundo.

Las exposiciones universales de carácter internacional, tradición iniciada por la Gran Exposición celebrada en el Palacio de Cristal de Londres en 1851, empezaron a incluir «pabellones coloniales» (dieciocho en la Exposición de París de 1889, concentrados en los alrededores de la Torre Eiffel, construida para la ocasión). Se abrieron también museos coloniales en la mayor parte de países europeos para exhibir los objetos artísticos escamoteados a las colonias. Los zoológicos empezaron a incluir entre las cosas que exhibían «poblados nativos». En Bélgica, durante las décadas de 1880 y 1890 se celebraron exposiciones en las que pudo verse un típico poblado congoleño; a los nativos africanos importados se les dijo que se dedicaran a hacer lo que normalmente hacían en su país, que por lo general no era gran cosa, pues en su tierra natal no habrían estado nunca quietos en

un poblado, sino fuera de él, cazando o en el campo. Se colocó un estanque lleno de peces, y los espectadores arrojaban monedas en él para que los congoleños se tiraran al agua a recogerlas. A veces tiraban también botellas de coñac o de ginebra, para ver cómo se emborrachaban. Se montaron escenarios para que los hombres representaran combates con lanzas y escudos. Como muestra de «autenticidad», los congoleños tenían que ir todo el tiempo semidesnudos y muchos de ellos enfermaron debido al frío. Nadie tenía interés en que los nativos realizaran o exhibieran obras de arte o ejecutaran espectáculos musicales. La presunción de la superioridad europea sobre los «salvajes» era más poderosa e influyente en la metrópoli que en las propias colonias. Esta idea sustentaría la espectacular expansión de los imperios europeos que tuvo lugar durante las últimas décadas del siglo XIX.



MAPA 14. La era del imperialismo, 1815-1914.

Entre 1878 y 1914, Europa añadió casi 23.000.000 de kilómetros cuadrados al territorio que controlaba. Poco antes de que estallara la primera guerra mundial, las posesiones coloniales de Europa y los Estados Unidos daban cabida, en conjunto, al 57 % de la población del mundo. Se ofrecieron numerosas explicaciones distintas y contrapuestas de esta espectacular y precipitada expansión imperial. Autores como Hobson, Lenin y Rosa Luxemburg intentaron atribuir la expansión de Europa a causas económicas. Unos sostenían que las colonias se necesitaban, como no se habían necesitado hasta entonces, para suministrar materias primas a la industria europea, otros insistían en que eran imprescindibles para crear nuevos mercados para sus productos, o nuevas áreas en las que invertir su excedente de capital en una época en la que los monopolios y los cárteles estaban anquilosando las economías capitalistas europeas y reduciendo sus márgenes de beneficio. Los socialdemócratas alemanes sugerían que la adquisición de colonias era usada por los gobiernos conservadores como una forma de distraer el creciente descontento de la clase obrera —expresado en el desarrollo de los partidos socialistas de masas que exigían la revolución y el derrocamiento del capitalismo— y de transformarlo en entusiasmo nacionalista y colonialista. Todos estos acontecimientos eran, en su opinión, producto de la transición a la madurez que había experimentado el capitalismo industrial en Europa. Pero mientras que la industria se expandió efectivamente con toda rapidez en las décadas de 1870 y 1880, el capitalismo no alcanzó en Europa el estadio de los monopolios y los cárteles hasta la de 1890 o incluso tal vez después. No hay, por otro lado, ninguna prueba convincente de que los márgenes de beneficios se redujeran en la década de 1880; por el contrario, las economías europeas fueron recuperándose del grave deterioro sufrido a comienzos y mediados de la década de 1870 precisamente en el momento en que el imperialismo llegó a su máximo apogeo. La extensión del derecho a voto no dio lugar a la aparición de grupos de presión de carácter

popular deseosos de adquisiciones coloniales hasta comienzos de la nueva centuria, cuando ya habían sido adquiridos la mayor parte de los nuevos territorios. Las consideraciones políticas internas fueron importantes, pero en la década de 1880 las potencias europeas seguían pensando que iban a poder derrotar al socialismo por medio de la represión; en la Alemania de Bismarck el movimiento socialista estuvo prohibido de 1878 a 1890, y durante los inicios de la Tercera República, en las décadas de 1870 y 1880, siguió llevándose a cabo la política emprendida tras la feroz y sangrienta represión de la Comuna de París de 1871. Actores fundamentales del juego imperial, como Italia, tenían solo un electorado muy limitado, y antes de 1890 la extensión del derecho de sufragio en Alemania no fue acompañada de ningún ascenso visible de la política de masas.

La era del imperialismo vino acompañada de un cambio en la atmósfera internacional, acontecido a finales de la década de 1870, cuando el gobierno alemán puso fin a la era del libre comercio e introdujo en Alemania derechos arancelarios con el fin de proteger a los productores nacionales de grano. Las rivalidades internacionales se intensificaron a medida que la expansión, lenta pero constante, de las posesiones europeas en ultramar empezaba a provocar choques entre las potencias europeas rivales, por ejemplo en África occidental entre ingleses, franceses y belgas. La creciente penetración de los comerciantes y mercaderes europeos en las economías indígenas provocó una y otra vez crisis a las que en aquellos momentos las potencias europeas se sentían cada vez más obligadas a responder mediante la anexión de territorios. Los políticos vieron una oportunidad para la gloria en el engrandecimiento del imperio: Disraeli orquestó la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de la India en 1877, mientras que Jules Ferry, primer ministro de la República Francesa, consideraba las adquisiciones ultramarinas una forma de distraer la atención de sus compatriotas y de hacer que no siguieran obsesionados con la pérdida de Alsacia-Lorena. Francia,

afirmaba, tenía que «llevar a todas partes su lengua, sus costumbres, su bandera, su genio». Por su parte, Francesco Crispi promovió la idea de la creación de un imperio italiano en el Mediterráneo. Pero al principio las potencias europeas se mostraron reacias a embarcarse en una política de anexión que resultara demasiado costosa. Bismarck, por ejemplo, se mostró inflexible en su convicción de que Alemania no necesitaba propiamente colonias formales. Habrían supuesto, dijo, un problema y un gasto innecesarios. «No soy hombre de colonias», afirmó en cierta ocasión. Pero Bismarck pensaba, eso sí, que la afirmación de los propios intereses en determinadas colonias potenciales podía constituir un elemento de negociación muy útil en el juego de poder de las potencias europeas. Como dijo en 1888 a un explorador: «Su mapa de África es realmente muy bonito. Pero mi mapa de África está en Europa. Ahí está Rusia, y ahí… está Francia, y nosotros estamos aquí en medio. Ese es mi mapa de África».

Pero en aquellos momentos ya era demasiado tarde para detener el avance de las anexiones imperiales. La cadena de acontecimientos que vinieron a socavar la posición de Bismarck había dado comienzo allá por 1857, cuando los cónsules de Inglaterra y Francia, a los que se sumó después el de Italia, consiguieron la facultad de supervisar la administración en bancarrota del bey o gobernador otomano de Túnez. Luego, en 1869, el control había pasado a una comisión financiera internacional dentro de la cual los franceses se asegurarían un papel cada vez más destacado. El gobierno del bey fue incapaz de recaudar incluso una mínima proporción de los impuestos que gravaban a la población, mientras que las potencias europeas empeoraron la situación obligando a rebajar los derechos arancelarios de Túnez hasta dejarlos reducidos a un simple 3%, y socavando la economía del país al permitir la afluencia masiva de productos europeos baratos. En 1881, cuando los italianos, disgustados por la creciente hegemonía de Francia, proclamaron su intención de anexionarse toda

Tunicia, los franceses enviaron una expedición militar al país. Este paso provocó el estallido de una rebelión musulmana, que a su vez dio lugar a la proclamación de un protectorado francés cuando el bey Muhammad III (1813-1882) se vio obligado a abdicar a favor de su hermano Alí III (1817-1902). La decadencia del poder otomano en el norte de África abrió nuevas fuentes de conflicto entre las potencias europeas. Con relativamente pocos recursos, la provincia desértica de Libia siguió bajo el control otomano durante toda la centuria. Pero Egipto, mucho más rica en recursos, especialmente algodón, era una cosa muy distinta. Desde comienzos del siglo XIX había sido de hecho autónoma, estatuto que quedó formalizado en 1867 por un acuerdo alcanzado entre el sultán otomano y el nieto de Mehmet Alí, Ismaíl (1830-1895), momento en el que el gobierno egipcio hacía ya mucho tiempo que se había comprometido a llevar a cabo una modernización económica, trayendo a especialista europeos con la misión de ayudar a hacer realidad el proyecto. En 1854, como parte de este programa de modernización, las autoridades egipcias habían encargado al antiguo cónsul francés, Ferdinand de Lesseps (1805-1894), la creación de una compañía que construyera un canal en el istmo de Suez. El proyecto de construcción, en el que se emplearon más de millón y medio de trabajadores, duró quince años. El canal fue inaugurado en 1869, aunque no quedó completamente acabado hasta 1871. De manera trascendental, al principio produjo muy poco dinero, mientras que Ismaíl había invertido tanto dinero en el proyecto que, de hecho, en 1878 se hallaba en bancarrota. Para solventar la situación se creó entonces la consabida Comisión de Deudas, dominada por franceses y británicos, y cuando Ismaíl empezó a plantear problemas, los comisarios convencieron al gobierno otomano de que lo depusiera y lo sustituyera por su hermano mayor, Tewfik Pachá (1852-1892).

En lo que por entonces se había convertido en un modelo habitual, este hecho hizo estallar una revuelta generalizada al mando de un oficial de alto rango del ejército egipcio, el coronel Ah-

med Orabi (1841-1911, llamado en Inglaterra Arabi Pashá). La revuelta fue sofocada en la batalla de Tell el-Kebir en 1882 por una fuerza formada por tropas puramente británicas, ya que la Cámara de los Diputados de Francia se había negado a conceder los créditos necesarios para enviar una expedición. Los ingleses se vieron de hecho arrastrados a ocupar Egipto solos y luego se quedaron en el país, entre otras cosas, para protegerlo de una yihad lanzada en el vecino Sudán por el jeque Muhammad Ahmad (1844-1885), que adoptó el título de Mahdi o Redentor. Fue esta la sublevación que desembocó en 1885 en el famoso incidente de la muerte del general Gordon, al que Ismaíl Pachá había nombrado gobernador de Sudán, en la capital de este territorio, Jartum. La fuerza expedicionaria inglesa enviada en auxilio de Gordon llegó demasiado tarde; se retiró tras la muerte del general, y de momento dejó en paz a Sudán. Egipto no se convirtió en una colonia británica, pero siguió bajo el control de la Comisión de Deudas. Esta se convirtió entonces en escenario de la rivalidad anglo-francesa, fomentada por los alemanes, que también formaban parte de la comisión.

Los choques entre ingleses y franceses por estos asuntos fueron aprovechados en 1884 por Bismarck, que apoyó a los franceses en un intento de hacerles olvidar sus deseos de vengarse de Alemania por la pérdida de Alsacia-Lorena en 1871. Al mismo tiempo, Bismarck pretendía también demostrar a los británicos la conveniencia de ser amables con los alemanes molestándolos o amenazándolos en sus asuntos coloniales (eso era lo que quería decir al afirmar que su mapa de África se hallaba situado en Europa). Las elecciones al Reichstag estaban cerca, y Bismarck necesitaba el apoyo del poderoso Partido Nacional Liberal, estrechamente unido a los intereses mercantiles de Hamburgo y de otras ciudades. Así que empezó a proclamar protectorados alemanes en algunas zonas clave: en Angra Pequena, en el África Sudoccidental, donde fue izada la bandera alemana en mayo de 1884; en Togolandia y Camerún en julio de 1884; en Nueva Gui-

nea (Kaiser-Wilhelms-Land o Tierra del Emperador Guillermo) en diciembre de 1884; y en el África Oriental Alemana, que incluía la actual Tanzania (sin Zanzíbar), en febrero de 1885. Consiguió también la firma de un tratado con el rey de Samoa que concedía a Alemania derechos preferenciales sobre las demás potencias europeas (el monarca samoano consideró prudente firmar el tratado cuando divisó un buque de guerra alemán anclado frente a la isla). Como era habitual, las fuerzas motoras sobre el terreno fueron en este caso los exploradores alemanes —Gustav Nachtigal (1834-1885) en el África occidental, o Carl Peters (1856-1918) en el África oriental—, y los comerciantes y propietarios de plantaciones, particularmente en Nueva Guinea. Pero eso fue todo: sus iniciativas no fueron seguidas por ningún tipo de intervención significativa sobre el terreno por parte del estado Alemán.

Las acciones de Bismarck provocaron una especie de pánico justo en el momento en el que los estados europeos se lanzaban precipitadamente a la anexión de sus propios territorios antes de que se los quedaran otros. Para subrayar su amistad con Francia y su nueva política colonial, el canciller germano acordó con el gobierno francés convocar una conferencia en Berlín, celebrada de noviembre de 1884 a febrero de 1885. La conferencia se centró de manera casi exclusiva en el Congo, donde se reconocieron los presuntos derechos de Leopoldo II de Bélgica a anexionarse la orilla septentrional del río Congo. Fuera de eso, sin embargo, la conferencia no llegó a ninguna conclusión. Su declaración de que los presuntos derechos a la creación de una colonia requerían una «ocupación efectiva» quedó en letra muerta, pues semejantes derechos en realidad solo afectaban a las zonas costeras, y la insistencia de la conferencia en el libre comercio a lo largo de los grandes ríos, como el Níger o el Congo, fue más o menos pasada por alto. Pero al establecer las normas básicas para la anexión de territorios, la reunión vino a proclamar oficialmente que el «reparto de África» —expresión británica acuñada

en 1884— había dado comienzo, y por lo tanto fomentó que se llevaran a cabo más anexiones. En 1885 los británicos proclamaron su protectorado sobre la costa del Níger y autorizaron que la Compañía Real del Níger, fundada en 1879, desarrollara sus actividades en el interior del país, concluyera tratados con los príncipes de la zona y ejerciera la dominación británica, más o menos como había hecho en otro tiempo la Compañía de las Indias Orientales. La rivalidad entre Francia e Inglaterra, estimulada por las disputas sobre Egipto, dio lugar a que los responsables franceses de la administración local en el África occidental plantearan la idea de un imperio que se extendiera desde Argelia hasta el río Congo, y en 1889-1890 se firmaron con los británicos unos tratados que definían las fronteras de los dos imperios. Todo esto quedó de hecho en papel mojado, pues el interior del país se hallaba dominado en realidad por una serie de grandes y poderosos estados islámicos.

Los alemanes, en cambio, se quedaron solo con Togo y Camerún y con el África Sudoccidental, pues ni Bismarck ni las empresas comerciales alemanas mostraron demasiado interés en ir más allá. En África oriental, en cambio, Carl Peters, que había fundado una Sociedad por la Colonización Alemana y había firmado tratados en su nombre con varios príncipes locales en 1884, chantajeó a Bismarck para que concediera un privilegio especial a su nueva Compañía del África Oriental Alemana amenazándolo con vender los territorios adquiridos por él al rey Leopoldo de Bélgica. Como necesitaba el apoyo de los nacional-liberales, que respaldaban al explorador, el canciller cedió, y poco después Peters, que regresó a África en 1885, se anexionó más territorios hasta que fue expulsado de Uganda por los británicos. Peters se metió en más líos cuando las actividades de su compañía provocaron en 1889 una revuelta de los hacendados árabes que, para sofocarla, el gobierno alemán —con el apoyo de los británicos— tuvo que enviar tropas a la zona, aunque a regañadientes. Este hecho dio lugar a la proclamación en 1891 del Áfri-

ca Oriental Alemana como colonia de pleno derecho bajo el control del estado alemán, mientras que en 1890 Zanzíbar fue cedida a los ingleses a cambio de una pequeña isla del mar del Norte, Heligoland, de pequeño tamaño, pero muy significativa desde el punto de vista estratégico, situada frente a las costas de Alemania. Mientras tanto, los rumores acerca de la conducta escandalosa de Peters habían empezado a llegar a Berlín. En 1892 se supo que había mandado ahorcar a una de sus amantes africanas cuando se enteró de que tenía una aventura con su criado; Peters mandó ahorcarlo también a él, y los poblados de una y de otro fueron arrasados. Este hecho provocó una revuelta de la población local que, para sofocarla, precisó el envío de tropas alemanas. Peters fue mandado llamar y en 1897 fue expulsado con deshonor del servicio público, con pérdida de los derechos a recibir una pensión; se libró de ser juzgado por sus delitos únicamente porque huyó a Londres.

El trueque de Zanzíbar por Heligoland venía a reflejar el fortísimo interés británico por el hecho de que la nueva ruta hacia la India a través del canal de Suez se hallara debidamente protegida por una serie de posesiones y puestos de abastecimiento de carbón a lo largo de la costa del África oriental. En 1886 y 1890 el acuerdo se vio fortalecido por el reconocimiento del África Oriental Alemana por parte de los británicos a cambio del reconocimiento por parte de los alemanes del control ejercido por los británicos sobre Uganda y, de hecho, sobre el resto del África oriental situada al norte de Mozambique (en manos de Portugal desde comienzos del siglo XVI). Pero también los ingleses tuvieron que vérselas con un incómodo aventurero imperial, en este caso Cecil Rhodes (1853-1902). Enviado de niño desde Inglaterra a Sudáfrica por motivos de salud, Rhodes se convirtió en un próspero hombre de negocios que a finales de la década de 1880 había comprado todas las minas de diamantes del país y se había hecho con el monopolio efectivo del suministro de diamantes de todo el mundo. Empezó a avanzar hacia el norte desde Sudáfrica,

obteniendo de los potentados locales múltiples concesiones mineras. Pero sus ambiciones no eran solo económicas. Rhodes creía en la superioridad de lo que él llamaba la raza anglosajona —dentro de la cual incluía a los alemanes— sobre todas las demás, y pretendía que la dominación anglosajona sobre el África oriental y central se extendiera desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo. Esas colonias, sin embargo, debían tener una elevada proporción de autonomía. Rhodes quería que estuvieran libres de lo que él consideraba la interferencia excesiva de Londres. Estas opiniones lo llevaron a convertirse en primer ministro de la Colonia del Cabo en 1890, ganándose el apoyo de los colonos bóeres al aprobar una legislación que obligaba a los africanos a abandonar sus tierras. El gobierno inglés estaba contentísimo de que la Compañía Británica de Sudáfrica ocupara y controlara grandes zonas de África central, en un momento en el que los misioneros encontraban cada vez más dificultades, y en 1894 se habían proclamado protectorados en buena parte de la región.

La otra potencia europea que tenía interés por África era Italia. Apoyados por Alemania, los italianos adquirieron territorios en el Cuerno de África con el fin de disponer de puertos en los que sus buques pudieran reabastecerse de combustible antes o después de cruzar el canal de Suez. Había además posesiones españolas y portuguesas diseminadas por todo el continente, consistentes en su mayoría en puestos comerciales o en centros de reabastecimiento de combustible. Amplias zonas del Sahara y del África ecuatorial occidental y central eran reclamadas por Francia. La mayor parte del África oriental y meridional pertenecía a los ingleses y a los alemanes. Solo Abisinia y el estado libre de Liberia, fundado para que tuvieran un sitio al que regresar los esclavos emancipados de Estados Unidos, seguían siendo independientes. Quedaban por hacer algunos ajustes de menor importancia: entre franceses y británicos en el norte de Nigeria y en particular en el Alto Nilo, en Fachoda, donde en 1898 estuvo a punto de producirse un enfrentamiento militar entre las dos

potencias hasta que los franceses, sintiéndose la parte más débil, se retiraron prudentemente ante la superioridad de las fuerzas británicas. En el norte de África, Italia y Francia saldaron sus diferencias en Trípoli (Libia) y Marruecos en 1900. A todos los efectos, el reparto de África había llegado a su fin a mediados de la década de 1890.

Se produjo una pugna similar por la influencia y el control territorial en Asia y el Pacífico, desencadenada también por Bismarck, que reclamó Nueva Guinea, el archipiélago de las Bismarck, Nueva Pomerania y el norte de las islas Salomón, las Marshall y Nauru. En 1885-1886 los británicos y los franceses reconocieron esas pretensiones, asignando el noreste de Nueva Guinea a Alemania a cambio de la aceptación por parte de los alemanes del dominio inglés del sureste de Nueva Guinea y del Pacífico Sur, y de la soberanía francesa de algunas partes del Pacífico oriental. La penetración comercial europea en Indochina llevó a las tropas francesas a combatir las incipientes sublevaciones de carácter nacionalista en 1885-1886, y a la unión de Annam, Tonkín, Laos y Camboya, por un lado, y la colonia ya existente de Cochinchina, por otro, en una sola posesión francesa administrada por un gobernador general. Esta decisión provocó en 1885 la ocupación de la Alta Birmania por los ingleses, manteniéndose el reino de Siam (Tailandia) como «zona colchón» entre las colonias británicas y francesas. Del mismo modo, ingleses y franceses fueron rivales en la isla de Madagascar, donde la creciente gravedad de los enfrentamientos dio lugar a un callejón sin salida que solo se resolvió en 1890 con el reconocimiento por parte de los británicos de un protectorado francés.

Había algunas partes del mundo que en ningún momento de la historia habían estado bajo dominación directa de ningún país europeo; entre ellas cabría citar Abisinia, Anatolia, Arabia, Corea, Japón, Marruecos, Mongolia, Siam y el Tíbet. La más grande y también la más significativa de ellas era China. El imperio chino era rico, populoso y prometedor en términos de explota-

ción y de inversión económica. De 1850 a 1864 se había visto convulsionado por la rebelión Taiping, que causó la muerte de casi veinte millones de personas; fue aquel el conflicto armado más grande que hubo en cualquier lugar del mundo en el siglo XIX. El imperio chino había logrado recuperarse, aunque no antes de perder el control de Manchuria en beneficio de Rusia en 1860. Desde 1875, China era gobernada por la emperatriz viuda Cixí (1835-1908) en nombre de su sobrino, el emperador Guangxu (1871-1908), al que había puesto bajo arresto domiciliario a raíz de que empezara a poyar la reforma del imperio según las líneas de Occidente. Como da a entender esta situación, Cixí era profundamente conservadora, en neto contraste con su equivalente japonés, el emperador Meiji (1852-1912), que fue «restaurado» por los reformadores entre 1866 y 1870. Tras la victoria de los reformistas, Japón envió emisarios por todo el mundo para que aprendieran las modalidades de la industria, la educación y la política de Occidente, y al mismo tiempo fueron llamados al archipiélago diversos expertos europeos para que ayudaran en las tareas de modernización del país. En un tiempo asombrosamente breve Japón estaba camino de convertirse en una gran potencia económica y sobre todo militar, no solo capaz de defenderse de las incursiones extranjeras, sino también cada vez más deseosa de entrar en juego y participar en el reparto imperial de territorios. La primera oportunidad se presentó en Corea, calificada por un asesor militar alemán del gobierno nipón como un «puñal apuntando al corazón de Japón». Teóricamente independiente, Corea había estado durante largo tiempo bajo el control de China, y cuando estallaron los disturbios en 1894, los chinos enviaron un ejército para sofocarlos; aquello fue considerado una afrenta y a la vez una amenaza por Japón, que envió después una fuerza invasora que derrotó rápidamente a las tropas chinas, inferiores en número, mal equipadas y peor organizadas. Los coreanos y los chinos se vieron obligados a admitir el paso de Co-

rea a la esfera de influencia nipona, que desembocaría finalmente en su anexión en 1910.

Estos acontecimientos hicieron que las potencias europeas vieran a China como un país listo para su explotación. Lo que deseaban ante todo era tener libre acceso a los mercados chinos, y la mejor manera de conseguirlo, en su opinión, era obtener el arrendamiento por espacio de noventa y nueve años de unos «puertos de tratado», esto es, puertos abiertos al comercio exterior y a la residencia de extranjeros debido a la presión de las grandes potencias europeas. A partir de 1895 se produjo una expansión enorme de este sistema, hasta tal punto que el número de puertos de tratado llegó a superar los ochenta. Además de los puertos ocupados por los ingleses, habían sido arrendados puertos a los franceses, los rusos, los alemanes y los italianos. El gobierno de Pekín también había tenido que hacer concesiones a Japón, Estados Unidos, Portugal, Bélgica e incluso al Estado Libre del Congo de Leopoldo II. La rápida penetración de las potencias europeas en China dio lugar irremediablemente a una reacción violenta. No tardó en surgir un movimiento nacionalista conocido como la Sociedad de los Puños Rectos y Armoniosos (los bóxers), empeñada en derogar los tratados desiguales, poner coto a las actividades de los misioneros y de los traficantes de opio, y reducir las actividades de los europeos o incluso eliminarlas por completo. Tras algunas vacilaciones iniciales, la emperatriz viuda les prestó el apoyo de su gobierno, hasta tal punto que los bóxers no dudaron en poner sitio al barrio de las Legaciones de Pekín. En 1900 perdieron la vida en toda China más de dos mil cristianos chinos, y fueron asesinados varios misioneros, comerciantes y funcionarios europeos. Las ocho naciones extranjeras envueltas en el conflicto enviaron a Pekín un contingente de 20.000 soldados fuertemente armados con la misión de reconquistar la ciudad. Las tropas victoriosas de este ejército conjunto llevaron a cabo una operación de saqueo y pillaje a gran escala, y se dijo que hubo violaciones masivas de mujeres

chinas en la capital ocupada. Los bóxers, o simplemente los hombres sospechosos de serlo, fueron ejecutados de forma sumarísima, especialmente aquellos que cayeron en manos de los japoneses. Los alemanes llegaron demasiado tarde para participar en los combates, pero a pesar de todo no se abstuvieron de tomar parte en el pillaje. Cuando se embarcaron en Bremerhaven para emprender la larga travesía, el káiser Guillermo II les dijo:

> ¡No les deis cuartel!... Igual que los hunos hace mil años, al mando de su rey, Atila, se ganaron un nombre, un nombre que incluso hoy día los hace parecer poderosos en la historia y en la leyenda, afirmad también vosotros en China el nombre de los alemanes, de tal manera que ningún chino vuelva a atreverse a mirar torvamente a un alemán.

Estas palabras y estas ideas, especialmente la comparación con los hunos, volverían a rondar la mente de Guillermo II durante la primera guerra mundial.

Los aliados impusieron al gobierno chino una indemnización económica que estuvo pagando hasta finales de la década de 1920. Pero el reparto de China, previsto desde hacía tanto tiempo, nunca llegó a tener efecto. La sublevación produjo una grave conmoción en las potencias europeas. Si aquella era la reacción provocada por la existencia de unos simples puertos de tratado, ¿qué podía pasar si las potencias colonialistas intentaban apoderarse de todo el país? Dadas las circunstancias, resultaba desaconsejable llevar a cabo más avances territoriales. Además, dos de las potencias implicadas, Rusia y Japón, rivalizaban duramente por la obtención de ganancias territoriales en Manchuria, donde estaban colocadas más de una cuarta parte de las inversiones extranjeras, y cualquier acuerdo pacífico entre las dos en lo concerniente al reparto del botín estaba completamente fuera de lugar: de hecho, los dos países se enzarzarían en una guerra por este asunto en 1904. En último término, el gobierno chino había logrado resistir, y resultaba más conveniente seguir prestándole dinero a un interés altísimo que invertir grandes cantidades de dinero en intentar derrotarlo y quedarse con su nego-

cio. El servicio imperial de recaudación de impuestos parecía un vehículo más barato y más aceptable para obtener el pago de la deuda que un servicio europeo de recaudación de impuestos como el que había dirigido la antigua Compañía Británica de las Indias Orientales. Así pues, Estados Unidos propuso una política de puertas abiertas, que todos aceptaron, excepto Rusia, y mientras tanto las potencias concluyeron una serie de tratados bilaterales con la promesa de no adquirir más territorios en China. En 1902 la alianza anglo-japonesa, por la que Gran Bretaña se comprometía a permanecer neutral si Japón era atacado por otra potencia o a unirse a los japoneses si participaban en el ataque dos potencias, fue bastante bien acogido en el Reino Unido y fue presentado ante el electorado como un ejemplo clásico de la prudencia de la política exterior conservadora. Para los chinos la humillación de toda aquella situación resultó muy difícil de sobrellevar; en 1911 la dinastía Qing fue derrocada en el curso de una revolución y el 1 de enero de 1912 se proclamó la República de China.

Al final, pues, China se convirtió en una especie de callejón sin salida entre las potencias europeas y su posible objeto de colonización. En algunas otras partes del mundo, las potencias europeas se vieron incluso obligadas a retirarse. Los disturbios desencadenados en Cuba, la aparición de un movimiento nacionalista y los informes en torno a las atrocidades cometidas por los españoles en su afán de mantener el control de su posesión ultramarina más valiosa llevaron a Estados Unidos a declarar la guerra a España en 1898, dando lugar no solo a la cesión de Cuba —aunque solo temporalmente— a los americanos, sino también a que los estadounidenses se apropiaran de Puerto Rico, así como de las Filipinas y de Guam en el Pacífico. Aquello supuso el fin del imperio español al menos en el Pacífico: y de hecho España vendió entonces las islas Carolinas, las Marianas y las Palaos a Alemania, aunque lo que había querido adquirir Alemania en un principio fueron las Filipinas. Esta reestructuración con-

cluyó con la división de Samoa entre Alemania y Estados Unidos a cambio de la retirada de los británicos y de la adquisición de Tonga, un conjunto de pequeñas islas alemanas del archipiélago de las Salomón, y algunas áreas en disputa de África occidental: todo lo que quedaría del que fuera el inmenso imperio español fue el Marruecos español, el Sahara Occidental, Guinea Ecuatorial y las islas Canarias. La virtual desaparición del imperio español supuso una tremenda conmoción para el sistema político de España, a pesar de las ganancias económicas obtenidas en forma de la repatriación de las inversiones de Cuba; las consecuencias de todo ello irían madurando a lo largo de las décadas sucesivas y estallarían a finales de los años treinta.

Indudablemente la mayor humillación sufrida por un estado europeo en la búsqueda de un imperio, sin embargo, fue la que sufrieron los italianos en Etiopía. Italia ya se había hecho con el control de parte del Cuerno de África y en la década de 1890 intentó extender su influencia a Etiopía. Allí, un señor de la guerra, Menelik II (1844-1913), tras conquistar las provincias de Tigray y Amara, se había proclamado negus o emperador en 1889 y había concluido un tratado de amistad con los italianos. Mientras que la versión italiana daba a Roma el control de Eritrea y derechos de protectorado sobre toda Abisinia, la versión en amárico decía que Menelik podía utilizar, si lo deseaba, a los diplomáticos italianos como vicarios en su política exterior. Cuando estas discrepancias salieron a la luz, las disputas por el tratado se intensificaron, hasta que en 1893 Menelik lo repudió formalmente. El soberano abisinio empezó entonces a acumular armamento europeo, parte de él comprado a los propios italianos, y mandó una delegación a San Petersburgo, lo que dio lugar al envío de agregados y asesores militares rusos integrados en el ejército etíope. En 1894 los italianos emprendieron una acción militar, que fue escalando de nivel hasta que el 1 de marzo de 1896 se libró una importante batalla en Adua, en la zona montañosa del Tigray.

En este enfrentamiento, 15.000 soldados italianos, muchos de ellos reclutas inexpertos, equipados con fusiles anticuados y provistos de un calzado que se rompía enseguida debido al terreno pedregoso y abrupto, avanzaron en tres columnas que acabaron separándose porque sus superiores carecían de mapas adecuados. Salieron a su encuentro cerca de 100.000 tropas etíopes, reclutadas según el sistema feudal vigente en el país, provistas de fusiles modernos y de cuarenta y dos cañones de campaña rusos adaptados especialmente al terreno montañoso. Una de las columnas italianas emprendió la retirada en dirección equivocada y se vio atrapada en un barranco, en el que la caballería abisinia, incitada por los gritos de su comandante que gritaba «¡Segad cabezas, segad cabezas!», llevó a cabo una auténtica carnicería matando a miles de italianos. En el momento crucial Menelik los obligó a retirarse habiendo sufrido graves pérdidas. En total perdieron la vida 7.000 hombres, entre soldados italianos y áscaris (tropas auxiliares eritreas). Unos 3.000 integrantes de la fuerza expedicionaria italiana fueron hechos prisioneros por los etíopes, y el resto abandonaron el campo de batalla dejando tras de sí 11.000 fusiles, toda su artillería, y la mayor parte de sus víveres y pertrechos. Los prisioneros italianos fueron tratados bien, pero 800 áscaris eritreos acusados de traición fueron condenados por los etíopes, que les cortaron la mano derecha y el pie izquierdo. Los italianos fueron obligados a reconocer la independencia de Etiopía; Menelik quedó satisfecho, pero prefirió prudentemente no rematar su victoria y provocar la toma de represalias avanzando por el interior de Eritrea. En Italia, la población destrozó las líneas férreas cuando el gobierno intentó reclutar tropas de refuerzo. Los patriotas indignados se dedicaron a lanzar piedras contra la casa del primer ministro Crispi, que se vio obligado a presentar su dimisión.

En general, no obstante, el desequilibrio de fuerzas entre las potencias europeas y las no europeas fuera de las Américas quedó claramente de manifiesto en 1898 en la batalla de Omdurmán,

en la que un ejército anglo-egipcio al mando del general sir Herbert Kitchener (1850-1916) derrotó a una fuerza sudanesa mahdista en lo que fue poco más que una matanza: 23.000 sudaneses perdieron la vida o resultaron heridos, mientras que los muertos y heridos por parte de los británicos no llegaron a los 430. Como dijo el escritor anglo-francés Hilaire Belloc (1870-1953): «Pase lo que pase, nosotros tenemos / la ametralladora Maxim, y ellos no». Si un estado no europeo quería vencer a una fuerza invasora europea, tenía que seguir el ejemplo de Etiopía o de Japón y adquirir armamento y pertrechos militares europeos. El armamento moderno era a su vez fruto del gran salto hacia delante que habían supuesto la prosperidad y la industria, la ciencia y la tecnología europeas en comparación con las de otras partes del mundo. Pero lejos de ser algo inevitable después de 1500, como algunos historiadores han afirmado, este desequilibrio global en realidad no se impuso hasta el tercer cuarto del siglo XIX. Y fue fruto no solo de la superioridad tecnológica europea, sino también de la paz en la propia Europa. Las cosas habrían sido muy distintas si los países europeos hubieran seguido luchando unos contra otros y exportando sus conflictos a otros rincones del globo, como habían hecho antes de 1815. La paz, sustentada por la hegemonía naval británica, permitió la difusión de las redes de comunicación, de los cables telegráficos, de las rutas marítimas y comerciales, y de los ferrocarriles intercontinentales, dando lugar a nuevos desarrollos económicos y a una densa red de comunicaciones imperiales rápidas. En estas condiciones el comercio mundial se expandió de manera casi exponencial, de un modo que habría sido imposible si los grandes estados en vías de industrialización hubieran estado luchando unos contra otros. La migración masiva de europeos con destino a las Américas y a otros rincones del planeta contribuyó a construir una economía globalizada cuyos principales beneficiarios fueron Europa y Estados Unidos. En este sentido, las fronteras de Europa se volvieron más porosas que nunca. Los estados europeos estaban ade-

más mejor organizados y eran más eficaces a la hora de movilizar sus recursos. La colonización tuvo sus límites, pero en general Europa logró en la segunda mitad del siglo XIX un dominio sobre el resto del mundo del que no había gozado nunca y del que tampoco volvería a gozar.

Explotación y resistencia

En 1884-1885 la conferencia de Berlín que supuso el punto de partida del reparto de las colonias en África y otras partes del mundo sentó el principio básico de que para que una potencia europea pudiera establecer el derecho formal de dominio sobre una colonia, primero tenía que llevar a cabo una «ocupación efectiva». La primacía de los intereses comerciales significaba que para empezar solo eran ocupadas las zonas costeras, aunque los exploradores no tardaron en penetrar en las zonas del interior. El *hinterland* del África continental era otra cosa. Allí los estados europeos trazaron en el mapa líneas rectas con una manifiesta falta de respeto por los rasgos geográficos, delimitando los territorios que reclamaban unos a otros, pero permitiendo que quedaran efectivamente bajo su control. En muchos sentidos la historia de la colonización durante la última década del siglo XIX y la primera del XX es la historia de cómo los imperios europeos intentaron convertir colonias de papel en colonias de verdad. En la era del imperialismo maduro, empezaron a llegar a algunas de ellas colonos europeos cada vez en mayor número y, con el apoyo del estado colonial o sin él, se dedicaron a confiscar las tierras de los pueblos indígenas para destinarlas a la ganadería o para establecer plantaciones orientadas a la producción de caucho o de aceite de palma. Los choques que esas acciones provocaron están entre los más violentos de la historia del imperialismo europeo, y, aunque fuera a regañadientes, indujeron casi invariablemente a las potencias coloniales a respaldar la agresión de los colonos con acciones militares. Esos choques no fueron en ninguna parte tan dramáticos como en el África Sudoccidental Alemana (Namibia). Inicialmente un protectorado admi-

nistrado por una sociedad anónima privilegiada al típico estilo no intervencionista favorecido por Bismarck, la colonia pasó a manos del estado ya en 1888, cuando la citada empresa fracasó. Buena parte de sus tierras eran semidesérticas o puramente desérticas y estaban habitadas por tribus de pastores nómadas, los herero y los nama. Durante la década de 1890 hicieron su aparición los colonos alemanes y empezaron a establecer granjas dedicadas a la cría de ganado, a vallar las tierras y a cortar el paso a los pastores nómadas, cuyos medios de vida se vieron además gravemente amenazados por el estallido a finales de esa misma década de una enfermedad mortal de las reses, la *Rinderpest*. Para vengarse, los nómadas atacaron a los ganaderos alemanes, causando la muerte de unos 150 colonos en 1904. El káiser Guillermo II lo tomó como una provocación, incluso como un insulto personal. Alemania no iba a permitir que la humillaran como había sido humillada Italia en Etiopía en 1896. Unos 14.000 soldados alemanes fueron enviados desde Berlín al mando del general Lothar von Trotha (1848-1920), un oficial prusiano radical que ya tenía experiencia en las colonias. «Sé muy bien —dijo— que las tribus africanas ceden solo ante la violencia. Mi política ha sido y sigue siendo ejercer esa violencia con un terrorismo extremo e incluso con crueldad». Los hombres herero fueron fusilados, mientras que las mujeres y los niños fueron obligados a marchar al desierto, donde quedaron abandonados para que murieran de hambre. Se publicaron libros conmemorativos de carácter popular que celebraban el triunfo de las armas alemanas en el conflicto. No todos los alemanes estaban de acuerdo con semejante política. Los periódicos socialdemócratas condenaron «la forma en que nuestro honor nacional es defendido en África». Los partidarios del gobierno pedían al electorado que votaran «por el honor de la patria contra los que la destruyen».

El gobernador civil de la colonia, Theodor Leutwein (1849-1921), relegado por los militares debido a su política favorable a llegar a un compromiso con los herero, declaró que la política de

exterminio era un «grave error». Su opinión —a saber, que era preciso reclutar a los herero como mano de obra en vez de exterminarlos— contó con los partidarios suficientes como para que se llevara a cabo la detención de los miembros de la tribu que aún quedaban con vida —en su mayoría mujeres y niños—, junto con los del pueblo nama, y su encarcelamiento en «campos de concentración» (la primera vez que tenemos atestiguado oficialmente el empleo de esta expresión). Allí, sin embargo, la suerte que correrían no sería mejor que fuera de ellos. En el peor de esos campos, instalado en el terreno rocoso de la isla de los Tiburones (Haifischinsel), frente a las costas de Namibia, los prisioneros eran obligados a realizar trabajos forzados, recibiendo raciones de comida escasísimas, expuestos a vientos fortísimos sin llevar la ropa adecuada y tratados a golpe de látigo si no trabajaban con suficiente ahínco. Cada día varios cadáveres eran llevados a la playa y abandonados a la orilla del mar para que se los llevara la marea y se hundieran en las aguas infestadas de tiburones. Los campos de concentración se convirtieron también en centros de investigación cuando el antropólogo Eugen Fischer (1874-1967), que luego se convertiría en el principal exponente de la «higiene racial» en tiempos del Tercer Reich, llegó a la ciudad de Rehoboth para estudiar a sus habitantes de raza mestiza (a los que, para no andarse con zarandajas, llamó simplemente los «bastardos de Rehoboth»). En 1905 el «mestizaje racial» fue prohibido por las autoridades alemanas de la colonia, y en 1909 los matrimonios mixtos y la cohabitación fueron castigados con la pérdida de los derechos civiles. Con estas medidas se introdujo en el vocabulario legal alemán el término *Rassenschande*, «deshonra racial»; la palabra volvería a reaparecer treinta años después en las Leyes de Núremberg promulgadas por el Tercer Reich, que ilegalizaban los matrimonios mixtos entre judíos y arios. A los colonos alemanes y a otros habitantes blancos de la colonia, europeos y bóeres, se les asignaba un estatus legal superior, mientras que se permitía reclutar a los hombres herero

como mano de obra forzosa y se les obligaba a llevar marcas de identificación (otra medida aplicada posteriormente por los nazis a los judíos, aunque tenía ya un largo historial en Europa). La población herero, estimada en unos 85.000 individuos antes de la guerra, había quedado reducida a su término a 15.000, mientras que sobre un total de 20.000 namas fueron exterminados 10.000. De los cerca de 17.000 africanos encarcelados en los campos de concentración solo sobrevivió la mitad.

La violencia fue un rasgo constante de la dominación alemana en muchas colonias distintas. En el África Oriental Alemana, los continuos choques armados obligaron al gobierno imperial de Berlín a asumir la administración de la colonia en 1891; pero el conflicto armado continuó, llegando a ser organizadas por el ejército alemán durante los seis años siguientes ni más ni menos que sesenta y una grandes «expediciones punitivas». En 1905 los conflictos desencadenados por las confiscaciones de tierras, las subidas de impuestos y la exigencia de mano de obra forzosa dieron lugar a la sublevación Maji-Maji, en la que perdieron la vida unos 80.000 africanos. La devastación fue enorme, pereciendo más de 200.000 africanos como consecuencia de la hambruna causada por la destrucción de los campos y los poblados rebeldes a manos de los alemanes. La violencia no se limitó a los grandes conflictos como los mencionados. Fue un elemento habitual de la vida cotidiana en las colonias alemanas. El número de palizas públicas de africanos ordenadas por las autoridades de las que se tiene constancia en los registros oficiales, a todas luces inferior al real, se incrementó en Camerún de las 315 registradas en 1900 a las 4.800 de 1913. Semejantes acciones venían a reflejar entre otras cosas la continua fragilidad del control ejercido por los alemanes, al haber solo un pequeño número de colonos que intentaban afirmarse sobre la numerosa población indígena. Colonias como el Camerún eran colonias de ocupación, en las que el clima y el terreno solo eran adecuados para niveles muy bajos de emigración y colonización. Contrastaban con las

colonias de asentamiento, a las que emigraban grandes cantidades de europeos para establecerse en un clima y en unas condiciones favorables al estilo de vida europeo, como en el África Sudoccidental Alemana, que atrajo a cantidades relativamente grandes de colonos y granjeros.

La relativa fuerza, el grado de organización y la preparación militar de las sociedades indígenas desempeñaron también un papel a la hora de determinar los niveles de violencia y el resultado de los conflictos con los colonos. Los pastores nómadas organizados de forma poco rígida, como los herero, fueron al final más fáciles de derrotar que los sistemas políticos estructurados de manera más compleja, como los de los estados islámicos que se extendían por el norte del Camerún y llegaban hasta colonias británicas como Nigeria. En el África Oriental Alemana, 415 oficiales y administradores coloniales controlaban supuestamente a casi 10 millones de africanos y mercaderes árabes, pero no fueron capaces de extender su autoridad al interior. Había solo treinta guarniciones militares en toda la colonia, y para resultar eficaces dependían de la cooperación de los líderes africanos locales. Naturalmente los colonizadores podían escoger entre ellos a quién promover y a quién no; durante sus veinte años en el cargo en Togo, un funcionario regional destituyó a la totalidad de los 544 caciques de su distrito y los sustituyó por otros, además de hacer venir a varios graduados de color formados en el Instituto Tuskegee, fundado en Alabama por el afroamericano Boker T. Washington (1856-1915), para que los negros pudieran enseñar a los negros a cultivar algodón, aunque en realidad aquellos dos grupos de hombres de color tenían muy poco en común. Al final, sin embargo, no hubo más remedio que recurrir a los personajes que ostentaban el poder en la zona. En la parte septentrional del Camerún la aristocracia islámica fulbe, controlada por los alemanes a raíz de una serie de expediciones militares, utilizó de hecho a las fuerzas militares alemanas para extender su propia área de influencia, de modo que el resultado de se-

mejante situación fue una especie de codominación efectiva de ambos grupos. Teniendo en cuenta la escasez de su número comparado con el de los africanos, lo único que les cabía esperar a los alemanes era establecer islas de poder en colonias como Togo, Camerún y el África Oriental Alemana.

¿Cómo podemos comparar esta situación con la experiencia de otras potencias coloniales? El mayor de esos imperios, el británico, era administrado de manera descentralizada. La ley del Parlamento de Westminster era la máxima instancia, pero nunca hubo ningún intento de imponer un sistema uniforme de administración desde Londres. La insistencia en el libre comercio a lo largo y ancho del imperio hacía que el control central fuera incluso menos necesario. Por consiguiente, el poder revertía en el estado colonial establecido sobre el terreno. Las zonas más importantes del imperio llevaban largo tiempo en posesión de Inglaterra antes de que diera comienzo el reparto de África. Entre ellas estaban, en primer lugar, las colonias de asentamiento, en particular Canadá, Australia y Nueva Zelanda, así como la Colonia del Cabo, en el extremo más meridional de África. Mientras que se produjo cierto grado de asentamiento europeo en algunas colonias no británicas, en particular en Argelia y en el África Sudoccidental Alemana, las colonias británicas tenían la singular particularidad de haber sido concebidas principalmente como destinos de emigración. Muchos emigrantes se fueron, por supuesto, a Estados Unidos, pero en Australia, Nueva Zelanda y Canadá algunas empresas privadas de asentamiento de colonos fomentaron la emigración desde las islas Británicas y facilitaron el camino a los emigrantes colonizando tierras y vendiéndoselas a bajo precio. El principal impulsor de esta idea fue Edward Gibbon Wakefield, que fundó varias empresas colonizadoras, particularmente en Nueva Zelanda. Con sus seguidores, persuadió al gobierno británico de que esas colonias podían sostenerse económicamente por su cuenta y de que contribuían a crear una nueva sociedad británica en el exterior. A finales de la década de

1830, las sublevaciones armadas ocurridas en Canadá, consecuencia en buena parte del resentimiento de una minoría francesa que se consideraba privada de derechos, dieron lugar a la presentación de un informe de lord Durham (1792-1840) que sentaba las normas básicas de la administración colonial. Sus recomendaciones de autogobierno colonial, con Parlamentos y ministerios coloniales, se convirtieron en la base de la administración imperial británica de las colonias con mayoría de colonos europeos y en especial británicos. Este programa no tenía aplicación en las colonias en las que los colonos estaban en minoría, como las Indias Occidentales y la India, pero a finales del siglo XIX el autogobierno se había extendido no solo a Canadá y Australia, sino también a Nueva Zelanda y la Colonia del Cabo, donde el gobierno británico no quería cargar con el coste de las guerras contra los pueblos indígenas. El derecho a voto se hallaban confinados en todas ellas a la minoría blanca.

¿En qué medida se empleó la violencia en el establecimiento de colonias de asentamiento? En una proporción muy elevada, el trabajo de los colonos se vio facilitado en Canadá, como anteriormente sucediera en el resto de América, por las enfermedades. Cuando los colonos escoceses capitaneados por lord Selkirk (1771-1820) llegaron en 1816 a Assiniboia, en Manitoba, se enfrentaron a los «indios» de la zona, que temían la intromisión de los colonos en su comercio de pieles. Los indígenas mataron al gobernador y a veintidós europeos en la batalla de Seven Oaks. Selkirk regresó a la zona en 1817 con un grupo de antiguos soldados fuertemente armados convertidos en colonos, que lograron reconstruir el asentamiento. Su éxito se debió no solo a su preparación, sino también a la introducción, sin duda involuntaria, de la viruela. Un viajero alemán que recorrió la zona en la década de 1830 describía un paisaje «cubierto de cadáveres insepultos»; los «indios» de la región, 9.000 en número, según señalaba, habían quedado casi exterminados: «Al igual que los Crows y los Pies Negros, intentaron huir en todas direcciones, pero la

enfermedad fue persiguiéndolos por doquier». Al igual que en las colonias alemanas, también en las colonias de asentamiento británicas hubo una violencia constante, de nivel bajo, de escala menor, pero con frecuencia mortal, llevada a cabo más a menudo por los propios colonos que por las tropas coloniales. Cuando los colonizadores empezaron a vallar sus tierras en Australia, apropiándose del país como si fuera una posesión sin dueño, los nómadas aborígenes no dudaron en intentar vengarse de la pérdida de sus zonas tradicionales de caza y recolección. En 1824, los ataques de los aborígenes contra los ranchos de ganado lanar de la zona de Bathurst y del valle del Hunter, al oeste de Sídney, llevaron al gobernador de Nueva Gales del Sur, el general sir Thomas Brisbane (1773-1860), a imponer la ley marcial, permitiendo a los granjeros disparar contra los aborígenes sin previo aviso. Un misionero, Lancelot Threlkeld (1788-1859), comunicaba que «muchos de ellos fueron acorralados en un pantano, y la policía montada a caballo fue rodeándolos y disparando contra ellos indiscriminadamente hasta que todos… fueron exterminados, hombres, mujeres y niños». La patrulla recogió cuarenta y cinco cabezas, las conservó en formol y las envió a Inglaterra a modo de trofeo.

Una de las ocasiones, relativamente escasas, en las que se llevó a cabo una acción concertada por parte del gobierno británico contra los nativos tuvo lugar en Tasmania. Al principio, el gobernador intentó demostrar a los aborígenes que iban a recibir de la justicia el mismo trato que los colonos. Pero no tardaron en producirse choques, que continuaron hasta 1830, cuando el gobernador George Arthur (1784-1854) reunió un grupo de 3.000 europeos, formado por 1.000 soldados y 700 presos en libertad condicional, pagados por el Tesoro británico, para que trazaran por toda la isla una «línea negra» que confinara a los aborígenes a la península de Tasman, al sureste de Hobart. Por aquel entonces la población original de 7.000 individuos existente en 1800 había quedado reducida a unos pocos centenares debido a los

brotes esporádicos de violencia y sobre todo a las enfermedades. Los que quedaban, afirmaba el gobernador Arthur, estaban dispuestos a «asesinar a cualquier habitante blanco si pudieran hacerlo con impunidad». El titular del Ministerio de las Colonias (Colonial Office), el general sir George Murray (1772-1846), se negó a enviar tropas para ayudar en la empresa, comentando que «la extinción de la raza nativa» habría supuesto «una mancha imborrable para el carácter del gobierno británico». Sin embargo, salvo un pequeño grupo de cinco individuos que fueron pillados desprevenidos y tiroteados, la línea negra no consiguió detener a ningún aborigen; todos se habían colado por ella escondidos en la espesura de los bosques. En 1834 los 200 individuos que quedaban se rindieron cuando les dijeron que iban a devolverles sus tierras y que podrían reunirse con sus familias. Todas aquellas promesas eran pura mentira; en vez de que les devolvieran sus tierras, los deportaron a la isla Flinders, a 34 millas al norte de Tasmania, donde casi todos murieron, quedando solo una triste reliquia de ellos.

El asesinato de los aborígenes forma parte de la turbulenta historia primitiva de la Australia moderna. Con frecuencia lo llevaron a cabo presos liberados. El Estado estaba empeñado en imponer el orden y, de hecho, en 1838, tras la matanza de treinta aborígenes a manos de una pandilla de antiguos convictos en Myall Creek, en la zona central de Nueva Gales del Sur, siete de los culpables fueron condenados a la horca y ejecutados, aunque «todos dijeron que consideraban extremadamente riguroso que unos blancos fueran ejecutados por matar a unos negros». La masacre indujo al gobierno del estado a desechar la idea de «abandonar cualquier tipo de control sobre aquellas regiones apartadas, y dejar que sus ocupantes actuaran de manera desenfrenada perpetrando agresiones ilícitas unos contra otros y contra los aborígenes». Se crearon así unas Fuerzas Policiales de Fronteras, cuya finalidad, sin embargo, era por lo pronto proteger a los rancheros de los ataques de los aborígenes. Continua-

ron los asesinatos a pequeña escala, a menudo individuales, pero a mediados de siglo finalmente había logrado establecerse más o menos el control del gobierno. El principal daño para la población indígena se encargaron de causarlo, como en todas partes, las enfermedades. La población aborigen de Australia, que, según se calcula, ascendía en 1778 a medio millón de individuos o quizá incluso tres cuartos, había quedado reducida en 1921 a 72.000.

Cuando los británicos se enfrentaron no ya a pueblos cazadores-recolectores nómadas en un país poco poblado, sino a agricultores sedentarios en tierras ricas desde el punto de vista agrícola, la situación fue más compleja. Cuando las tierras de los xhosa, situadas al este de la Colonia del Cabo, fueron incautadas por el gobernador para repartirlas entre antiguos esclavos, el 21 de diciembre de 1834 se produjo la invasión de un ejército xhosa que reclamaba su devolución, matando tanto a los colonos británicos como a los bóeres ya establecidos en la zona. El gobernador de la colonia, el teniente general sir Benjamin D'Urban (1777-1849), declaró que los xhosa debían ser «exterminados», palabra demasiado fuerte que acarreó numerosas críticas contra su persona en Inglaterra. El jefe de los xhosa fue fusilado por los soldados, que además le cortaron las orejas y se las llevaron como trofeo. Pero la resistencia de los xhosa fue feroz y al cabo de varios meses se llegó a una solución de compromiso, gracias a la mediación del nuevo gobierno *whig* de Londres presidido por lord Melbourne (1779-1848), escandalizado por los actos de D'Urban y horrorizado por los gastos masivos acarreados por la situación de guerra continua en El Cabo. Los británicos se retiraron y dejaron sus tierras a los xhosa. La solución no fue del agrado de muchos, especialmente de los bóeres de origen holandés, que estaban muy dolidos por la abolición de la esclavitud ordenada por el gobierno británico en 1834 e indignados por las indemnizaciones mínimas que habían percibido a modo de compensación. Unos 5.000 granjeros bóeres expresaron su falta de

confianza en el imperio británico emigrando hacia el norte entre 1835 y 1837 en el llamado Gran Trek. Se produjeron a continuación violentos choques de los bóers con los zulúes y los ndebele; llegó a decirse que en 1837 una fuerza de 9.000 guerreros ndebele fue exterminada por 135 *trekkers*. En febrero de 1838 los zulúes mataron a unos colonos holandeses que habían entrado en sus tierras, y en diciembre de ese mismo año los bóeres se vengaron matando a 3.000 guerreros zulúes en la batalla del Río Sangriento. En 1843 los ingleses se anexionaron la provincia de Natal, fundada por los bóeres que habían emigrado durante el Gran Trek. Los enfrentamientos entre los británicos y los bóeres por un lado, y los zulúes por otro, continuaron durante varias décadas. En la batalla de Isandlwana, en enero de 1879, los guerreros zulúes infligieron una gran derrota a un contingente británico, y aunque ese mismo año la avanzadilla situada en Rorke's Drift logró mantener a raya a otro ejército zulú, las fuerzas británicas tuvieron que retirarse sufriendo nuevas pérdidas. Una segunda fuerza invasora más numerosa logró finalmente derrotar a los zulúes en el mes de julio y establecer el control de los británicos sobre la zona, facilitando la decisión del gobierno inglés de anexionarse Zululandia.

Esta medida, sin embargo, no puso fin a aquel conflicto a tres bandas. En 1881, poco después de que estallara la que pasó a llamarse la «primera guerra anglo-bóer», un contingente bóer derrotó a los británicos en la batalla de la Colina Majuba y restableció la República del Transvaal, fundada a raíz del Gran Trek y anexionada por los ingleses en 1876. La situación cambió radicalmente, sin embargo, como consecuencia del descubrimiento en 1884 de grandes depósitos de oro en el Transvaal, que dieron lugar dos años más tarde a una frenética búsqueda del preciado metal en la zona. En la década de 1890 la enorme riqueza de las minas resultó una tentación irresistible para los británicos y cuando en 1899 los bóeres rechazaron la exigencia de extensión del derecho de sufragio a los habitantes blancos no bóeres del

Transvaal, los ingleses invadieron el territorio, iniciando la llamada «segunda guerra anglo-bóer». Una primera contraofensiva bóer contra Natal y El Cabo fue repelida por un ejército británico al mando de lord Roberts (1832-1914), que socorrió las ciudades asediadas, en particular Mafeking, y que en 1900 ocupó los principales centros bóeres, incluida la capital del Transvaal, Pretoria. Los bóeres continuaron la guerra durante otros dos años en una serie de campañas guerrilleras, dando pie a que el nuevo comandante en jefe de las fuerzas inglesas, lord Kitchener, destruyera sistemáticamente las granjas de los bóeres y estableciera para ellos —sobre todo mujeres y niños— cuarenta y cinco campos de concentración. Unos 25.000 soldados bóeres fueron deportados fuera del país como prisioneros de guerra. Uno y otro bando utilizó grandes contingentas de soldados negros, y además los británicos establecieron sesenta y cuatro campos de concentración para familias de color. Unos 28.000 bóeres, principalmente niños, murieron de enfermedad, exposición a la intemperie y desnutrición en los campos de tiendas de campaña, con una tasa de mortandad de uno por cada cuatro individuos. De los 107.000 africanos de color retenidos en los campos, perdieron la vida al menos 14.000. Las condiciones reinantes en los campos de concentración no deberían atribuirse a una política deliberada de genocidio, como sería el caso de los campos del África Sudoccidental Alemana poco después, pero a pesar de todo fueron realmente criminales. Cuando en 1909-1910 se creó la Unión Sudafricana como dominio autónomo, ni los africanos negros ni los trabajadores inmigrantes indios tendrían los mismos derechos que los blancos.

Los otros grandes territorios adquiridos por el imperio británico en el reparto de África fueron muy distintos. No tenían ningún tipo de autogobierno formal, ni asambleas legislativas ni derecho a voto. No eran colonias de asentamiento; los colonos blancos establecidos en ellas eran poquísimos, excepto en el África Oriental Británica. La producción de aceite de palma, ma-

deras nobles, marfil, cacao, cacahuete y algodón empezó a hacer que las nuevas colonias de África occidental fueran importantes desde el punto de vista económico, mientras que la significación de las del África oriental, al sur de Egipto, radicaba sobre todo en que servían para proteger la ruta hacia la India a través del canal de Suez. Aparte de un pequeño número de estados como Zanzíbar, Brunei, Tonga, Malasia o, sobre todo, Egipto, ninguna de ellas seguiría teniendo sus gobernantes indígenas, sino que serían controladas directamente por el Ministerio de las Colonias. Las incautaciones de tierras por los colonos fueron de escasa importancia dada la escasez de su número en unas zonas llamadas a veces «la tumba del hombre blanco». Los motivos económicos siguieron siendo primordiales en el establecimiento del imperio. Como dijo en 1897 el primer ministro inglés, lord Salisbury, en un discurso sobre la colonización británica del África tropical: «Los objetivos que tenemos ante nuestros ojos son estrictamente objetivos comerciales». Al igual que Bismarck, Salisbury quería que la colonización la llevaran a cabo compañías y empresas privilegiadas y no el estado. Fue, por ejemplo, la Compañía Real del Níger la que abrió la senda de la colonización de lo que luego se llamaría Nigeria, firmando hasta 237 tratados distintos con los caciques locales solo entre diciembre de 1884 y octubre de 1886. Los caciques entregaron sus tierras y su autoridad legal a la compañía a cambio de que se les permitiera explotar sus minas y sus campos de cultivo y mantener sus propias leyes. La compañía, por su parte, declaró que no tenía ningún «deseo de interferir más de lo absolutamente necesario en los acuerdos internos de los caciques de África central».

Esos acuerdos no serían en el caso de los ingleses más duraderos de lo que lo fueron en el caso de los alemanes. Joseph Chamberlain, el destacado exponente del partido unionista liberal que llegó a secretario de las Colonias en 1895, era mucho más imperialista que su primer ministro, lord Salisbury. No estaba satisfecho con los acuerdos vagos, basados en la firma de tratados, en

virtud de los cuales eran administrados los nuevos territorios africanos del imperio. Según él, era preciso reafirmar con más fuerza los intereses británicos. En África occidental los ashanti emprendieron una larga serie de guerras contra los abusos de los británicos que no concluyeron hasta mediados de la década de 1890 con la ocupación de su capital por los ingleses. También hubo movimientos de resistencia en otros lugares. A comienzos de 1897 una expedición de 250 soldados africanos enviados por el cónsul general interino del Protectorado de la Costa del Níger logró abrirse paso hacia el reino de Benín, en el África occidental. La expedición afirmaba ir en son de paz, pero el rey de Benín se había enterado por un comerciante de que su verdadero objetivo era destituirlo y adueñarse de su territorio. Sus tropas sorprendieron a la columna expedicionaria y mataron a casi todos sus integrantes; solo sobrevivieron dos. Ese mismo año una expedición punitiva saqueó Benín y se apoderó de numerosos objetos artísticos de bronce y otros materiales. Chamberlain pensaba que también había que meter en cintura a los poderosos emires musulmanes esclavistas del norte de Nigeria, y en 1900 se crearon unas Fuerzas Fronterizas de África Occidental que emprendieron una serie de campañas militares contra ellos, hasta que los emires acabaron por ceder a las exigencias británicas. El año anterior un contingente de la Marina Real había bombardeado y ametrallado el puerto de Zanzíbar, matando o hiriendo a 500 personas, para manifestar la desaprobación británica al hecho de que el sobrino del sultán se hubiera proclamado soberano del país a la muerte de su tío sin solicitar primero permiso al cónsul inglés. La violencia, pues, caracterizó tanto a los imperios británico como al alemán en África.

«La carga del hombre blanco»

En 1889 un congreso antiesclavista concedió al rey Leopoldo de Bélgica permiso para cobrar en el Congo Belga derechos de importación con los que pudiera sufragar la compleja infraestructura de caminos, ferrocarriles, barcos de vapor y puestos mi-

litares que, según decía, necesitaba para poner fin al esclavismo y al tráfico de esclavos en aquella posesión personal suya. Seducido por la promesa de adquirir aquel vasto territorio a la muerte del rey y por la perspectiva de ganancias de las empresas económicas establecidas en él, el Parlamento belga adelantó al monarca un préstamo enorme con el que empezar los trabajos. Leopoldo vio en el Congo la oportunidad de obtener beneficios rápidos y cuantiosas rentas. Intentó producir algodón, importando hacendados norteamericanos para que emprendieran el establecimiento de plantaciones, pero las condiciones del país no eran apropiadas para este cultivo, así que trasladó su interés al marfil. Sus agentes se adentraron en el territorio del Congo, cazando elefantes y comprando o confiscando marfil a los traficantes en este producto. Un senador belga que viajó por el Congo en 1896 informaba de que había visto a todas horas hileras de porteadores africanos:

> Negros miserables, con solo un horrible taparrabos mugriento por vestido, soportando el cargamento —cajas, fardos, colmillos de elefante— sobre sus cabezas desnudas y sus cabelleras ensortijadas... la mayor parte de ellos enfermos, encorvados bajo una carga que hacen más pesada el cansancio y la comida insuficiente... Van y vienen así a millares... obligados a trabajar por el estado, armado de su poderosa milicia, y entregados por unos caciques de los cuales son esclavos y que se quedan con sus pagas.

La disciplina a la que se sometía a la población local era impuesta mediante palizas propinadas con un látigo de piel de hipopótamo, la *chicotte*. Un magistrado belga de Leopoldville vio en cierta ocasión a treinta niños pequeños que eran azotados despiadadamente porque algunos de ellos se habían reído al ver a un hombre blanco. Para imponer semejante control, Leopoldo utilizaba un ejército privado, la Force Publique, que a comienzos de la nueva centuria estaba formada por 19.000 hombres y consumía la mitad de todo el presupuesto de la colonia. El modelo de conquista era similar al que habría cabido observar en otros lugares, y no tardaría en surgir una resistencia a los abusos de los hombres de Leopoldo por parte de los caciques y príncipes africanos que disponían de poder en el ámbito local o regional.

En Katanga, el choque que se produjo con el del pueblo sanga acabó cuando su cacique se refugió en una gran cueva, a la entrada de la cual la Force Publique encendió una hoguera provocando la muerte por asfixia de 178 hombres en su interior. A finales de la década de 1890 las fuerzas de Leopoldo habían sometido los focos de resistencia que aún quedaban vivos.

No fue, sin embargo, la conquista del Congo lo que distinguió la colonia belga de las demás, sino la forma en que era gobernada. El *boom* del caucho que se produjo en todo el mundo, estimulado por la difusión de las ruedas neumáticas, el material aislante de cables eléctricos, telefónicos y telegráficos, y muchos otros usos, hicieron que Leopoldo dedicara un esfuerzo enorme a recolectar el caucho silvestre que se producía profusamente en el Congo antes de que los árboles cultivados en Latinoamérica y Asia llegaran a alcanzar la madurez y permitieran rebajar los precios que él cobraba por la variedad silvestre. Los beneficios que la Compañía Anglo-Belga del Caucho (ABIR por sus siglas en inglés) y otras concesiones reportaban a Leopoldo ascendían a más de un 700% y las ganancias obtenidas por el acucho del Congo se multiplicaron casi por cien solo entre 1890 y 1904. Los trabajadores eran obligados a internarse cada vez más en la selva para cortar los vástagos de árbol del caucho que crecían en la espesura y recoger su látex, aunque de paso destruyeran la planta. El trabajo era difícil y peligroso, y los oficiales belgas obligaban a los hombres a realizarlo reteniendo a sus familiares como rehenes hasta que entregaban la cantidad de caucho que les exigían. Los hombres luego tenían que transportar el látex solidificado a los centros de recogida bajo la atenta vigilancia de la Force Publique. Si la cantidad era demasiado pequeña, los rehenes eran asesinados y las mujeres violadas antes de ser matadas a tiros.

Si un poblado ofrecía resistencia, los hombres de Leopoldo, tropas africanas al mando de oficiales blancos, mataban a tiros a todos sus habitantes y luego, para demostrar a sus superiores

que no habían malgastado las balas cazando animales para comérselos, cortaban la mano derecha de las víctimas y las ahumaban para que se conservaran durante el camino de vuelta al centro de recogida. Un viajero que llegó a una aldea de una zona en la que la resistencia era particularmente fuerte, vio que había ochenta y una manos que estaban siendo ahumadas a fuego lento. «¡Mire usted! —le dijeron—. Esa es nuestra prueba. Siempre tengo que cortar la mano derecha de los individuos a los que mato para demostrar al estado a cuántos he quitado la vida». Si el número de manos era insuficiente para justificar el número de cartuchos gastados, los soldados cortaban la mano de cualquiera que hubiera quedado con vida. Aquel trabajo llevó enfermedades como la viruela o la enfermedad del sueño a zonas en las que hasta entonces habían sido desconocidas. La tasa de natalidad cayó en picado, pues las mujeres se negaban a tener hijos y los hombres eran secuestrados para que fueran a trabajar en la selva o en los casi 400 kilómetros de línea férrea construida por Leopoldo para transportar su botín. En 1924 las autoridades belgas estaban tan preocupadas por la escasez de mano de obra en el Congo que ordenaron que se llevara a cabo un censo. Comparándolo con los cálculos efectuados a finales del siglo XIX, se comprobó que la población había disminuido un 50 %, pasando de los 20 a los 10 millones de personas.

Estas atrocidades no tardaron en llegar a oídos de los críticos del colonialismo en Europa y en Estados Unidos, y fueron confirmadas por las informaciones del joven Edmund Dene Morel (1873-1924), empleado de una naviera que comerciaba con el Congo, que había establecido contactos con algunos misioneros de la zona horrorizados de las crueldades de Leopoldo. Más detalles aún proporcionó Roger Casement (1864-1916), funcionario del consulado británico en el Congo. La causa de los congoleños fue defendida por los escritores Mark Twain (1835-1910) y sir Arthur Conan Doyle. El rey Leopoldo se vio obligado a entregar el control del Congo al gobierno belga poco antes de su muerte

en 1909. Los administradores públicos empezaron a sustituir la explotación del caucho silvestre por las plantaciones de árboles del caucho. Sin embargo, la campaña contra las atrocidades cometidas en el Congo no afectó al Congo Francés, donde tenían lugar unos escándalos parecidos. El estudio de una factoría colonial francesa demostraba que las fluctuaciones de la producción de caucho se correspondían estadísticamente con el número de balas usadas por la policía de la empresa entre 1904 y 1907, y ciertos cálculos sitúan la disminución de la población de la zona de selva del Congo Francés también en torno al 50 %. La desigualdad fue un rasgo habitual de las colonias francesas, salvo raras excepciones. Aparte de Argelia, donde el establecimiento de europeos se produjo mayoritariamente en el norte, esto suponía que las colonias eran administradas de forma autoritaria por funcionarios locales. A principios de siglo los franceses habían creído todavía en la «misión civilizadora» o, en otras palabras, en propagar por todo el mundo los beneficios de la Revolución Francesa, esto es, la libertad, la igualdad y la fraternidad, pero, pese al poder de atracción que seguía teniendo esta ideología, la experiencia de la colonización obligó a Francia a efectuar una retirada parcial de este principio tan sublime. Cuando fueron ocupados reinos indígenas como el de Dahomey, cuyas mujeres soldados y cuyas costumbres de sacrificios humanos masivos fascinaron y horrorizaron a un tiempo a los europeos, se pensó que sus habitantes no podrían ser convertidos nunca en franceses; sencillamente semejante tarea habría costado demasiado dinero y demasiadas vidas. Como concluía en 1910 el libro del médico y explorador francés Jules Harmand (1845-1921) *Domination and Colonization* [Dominación y colonización], era preciso «mejorar la suerte del aborigen de todas las maneras, pero solo en direcciones que sean provechosas para él… dejándolo evolucionar a su manera… mediante una *dominación indirecta*, con la conservación… de las instituciones del pueblo sometido».

El principio de dominación indirecta provenía sobre todo de la larga historia de control que habían ejercido los británicos sobre la India. La India era distinta de todas las demás colonias del imperio británico; de hecho, no existía ninguna otra colonia como ella en ningún imperio europeo. Era grandísima, con una población que rondaba los 200 millones de individuos en la década de 1860, y anteriormente había sido gobernada por otra gran potencia, el imperio mogol, que en algunos aspectos proporcionó una infraestructura de gobierno ya hecha y del que los ingleses se proclamaron sucesores. La India no era apropiada para la emigración ni el asentamiento de colonos. Las misiones cristianas no consiguieron gran cosa en un país dominado por grandes religiones como el islam o el hinduismo. La asimilación de los indios a la cultura británica era un ideal imposible. Tras la sublevación de 1857 (el motín de la India), el subcontinente fue gobernado de forma autocrática por un gobernador general nombrado por Londres, cuyo poder se hallaba limitado tan solo por un pequeño consejo de altos funcionarios. Con el tiempo este consejo se incrementó y en 1909 fue ampliado para dar cabida a algunos miembros elegidos, pero no tenía poder para introducir nuevas leyes ni para impedir cualquier medida que quisiera tomar el gobernador general. Hasta la primera guerra mundial, pues, la India fue una especie de autocracia propia del Antiguo Régimen.

La dominación británica de la India se basó en dos instituciones fundamentales. La primera de ellas era el funcionariado o Servicio Civil, una organización elitista que operaba en todo el país y que estaba formaba casi exclusivamente por británicos (todavía en 1915 solo había un 5% de los puestos ocupados por indios). El Servicio Civil de la India estaba bien pagado y tras los escándalos por corrupción de finales del siglo XVIII había pasado a ser razonablemente honesto y concienzudo. Recaudaba los impuestos que ya percibían los mogoles, sobre todo el impuesto sobre las tierras, que en tiempos de los mogoles había sido administrado por unos funcionarios llamados «zamindares», que a

menudo no se podían distinguir de la alta aristocracia. Administraba justicia por medio de un sistema codificado, iniciado en 1861, que combinaba costumbres y principios británicos e hindúes, y suministraba asesores políticos a los aproximadamente 600 principados, en su mayoría de pequeño tamaño, que habían sobrevivido a la sublevación de 1857 (entre otras razones porque las medidas introducidas para asimilarlos al gobierno británico habían sido una de las causas de la rebelión). Los principados recaudaban sus propios impuestos y gestionaban sus propios asuntos, pero con el asesoramiento de los funcionarios británicos que fomentaban la reforma. Con el tiempo, debido a la costumbre, cada vez más habitual, de educar a las nuevas generaciones de príncipes en escuelas y universidades británicas, así como a la intensificación de las comunicaciones gracias a la mejora de los transportes, del telégrafo, etc., y al progresivo empleo de funcionarios británicos o de formación británica en su administración, los principados desarrollaron una amalgama de tradiciones indias y de modernidad europea que resultaba sorprendente y que muchos veían como ejemplo ideal de lo que se podía conseguir por medio de la dominación indirecta. Sin embargo, no solo en los principados, sino también en las zonas bajo dominación directa, el control de los ingleses dependía de hecho de la cooperación pasiva de los indios, tanto de las élites como de las multitudes. Se consiguió sobre todo gracias al mantenimiento de las costumbres del país, de sus instituciones y estructuras básicas de administración, así como al intento de ofrecer un gobierno bueno y honesto. De ese modo se aplicó a la India todo el abanico de medios de la administración moderna victoriana, con la fundación de instituciones educativas como la Universidad de Madrás (1857), y la adopción del principio propuesto en 1835 en el informe de Thomas Babington Macaulay acerca de la educación india, según el cual debían usarse escuelas e institutos que enseñaran a los nativos en inglés con el fin de crear una nueva élite administrativa india que actuara como intermediaria entre

la sociedad británica y la autóctona. En la década de 1860 fueron creadas unas fuerzas policiales, posteriormente unificadas en 1905. Durante la primera mitad del siglo se utilizó el libre comercio para acabar con las industrias autónomas, como las del textil, pero la incorporación de la India a una economía mundial en proceso de rápida globalización estimuló el desarrollo de nuevas industrias y una tasa cada vez mayor de urbanización, tarea a la que contribuyó la construcción de caminos, líneas ferroviarias y canales. El susto de la sublevación de 1857 había inducido a los británicos por un lado a ser más cautos y conservadores en su forma de tratar a la sociedad india y sus tradiciones, y por otro a emprender una política sostenida de mejoras y de desarrollo con el fin de convencer a los indios de los beneficios de la dominación británica.

Pero para sustentar todo esto se contaba con la aplicación o la amenaza de la fuerza en forma de la segunda gran institución de la dominación británica de la India, a saber, el Ejército de la India. El ejército regular británico disponía de alrededor de 250.000 hombres que tenían que defender y guarnecer las colonias de todo el mundo. El Ejército de la India era casi igual de grande, y podía incrementarse rápidamente mediante la llamada a filas de las fuerzas de reserva. Se sufragaba con los impuestos cobrados en la propia India y de hecho consumía casi la tercera parte de todos los ingresos fiscales percibidos en el país. En la zona principal de la sublevación de 1857, Bengala, la proporción de tropas europeas respecto de las indias era de uno a uno; en Madrás y Bombay era de uno a dos. En 1885 había en total 73.000 soldados británicos y 154.000 indios al mando de oficiales británicos. Los regimientos ingleses prestaban servicio en la India con carácter rotativo, y los regimientos «cipayos» iban por su cuenta. Los reclutas eran seleccionados en las zonas llamadas «marciales», como la Frontera Noroccidental, Nepal o el Punyab, que habían permanecido mayoritariamente leales en 1857, así como entre los grupos sociales más pobres e incultos, considerados menos

propensos a abrigar ideas de sublevación y revuelta. El Ejército de la India se convirtió en un medio muy valioso no solo de dominar el subcontinente, sino también de establecer la supremacía británica en general, entre otras cosas suministrando a Gran Bretaña el respaldo necesario para la adquisición de colonias en el África oriental.

En los aspectos de mayor trascendencia, sin embargo, la dominación británica de la India fue un desastre para la población. Los cuantiosos impuestos sobre la tierra cobrados por el Raj y recaudados con una eficacia notablemente mayor de la que habían usado los mogoles, provocaron cambios en el uso de la tierra y convertían las malas cosechas en auténticas hambrunas: en 1860-1861 llegaron a perecer de inanición en el norte de la India dos millones de personas, en la década de 1870 murieron por el mismo motivo seis millones en la totalidad del país, y otros cinco millones perdieron la vida debido a la escasez de lluvias de los monzones en 1896-1897, cuando además la situación se gravó debido al estallido de un brote de peste. Las comunicaciones no eran todavía lo bastante buenas para que pudiera organizarse una operación de socorro eficaz; todavía en 1921 solo el 3 % de los indios poseían una educación formal, de modo que la prevención de las enfermedades resultaba muy difícil; el conocimiento de la lectura y la escritura era prerrogativa de una élite muy pequeña. Todas estas catástrofes no eran ninguna novedad —se calcula que la hambruna de Bengala de 1770 causó la muerte de casi 10 millones de personas, y también están registradas otras hambrunas en época precolonial—, pero no cabe duda de que incrementaron su frecuencia y su intensidad bajo la dominación británica, aparte de que las autoridades del Raj no adoptaron las medidas adecuadas para hacerles frente y mitigar sus efectos. La India se convirtió además en la principal reserva mundial de mano de obra forzosa, una especie de cuasi esclavitud en la que los trabajadores eran pagados, sí, pero no tenían libertades ni derecho significativo alguno. Unos 60.000 individuos

originarios del Asia meridional fueron enviados a trabajar a Fiyi entre 1879 y 1920, 25.000 fueron enviados a Mauricio y otros 30.000 a Kenia en la década de 1890, para que construyeran el ferrocarril; más de la tercera parte de ellos murieron o sufrieron lesiones graves durante la construcción de las líneas. La cifra total de individuos de Asia meridional, casi todos ellos indios, que trabajaban a lo largo y ancho del imperio británico en 1900 ascendía a más de un millón. A veces eran enviados a lugares muy alejados para que sustituyeran a la mano de obra esclava, que para entonces había sido ilegalizada: de ese modo entre 1874 y 1915 llegaron a Trinidad más de 75.000 indios. La expansión de la mano de obra india a lo largo y ancho del imperio británico pone de manifiesto el carácter global de este, pero causó también un grave trastorno a las comunidades indias del subcontinente, y dio lugar a tensiones raciales en algunas colonias, particularmente en Fiyi.

A pesar de estos problemas y de la incapacidad de tratarlos adecuadamente que demostró la administración británica, en la India y a partir de 1918 cada vez más también en otros lugares del imperio británico, la reforma empezó a ser considerada el mejor medio de llevar el orden y la estabilidad a las sociedades coloniales. Al final, tras la conquista llegaron las «mejoras» victorianas. Un ejemplo en este sentido sería el caso del reino de la Alta Birmania. El temor al creciente poder de Francia en Indochina provocó la inquietud de los ingleses cuando la muerte del monarca birmano, Mindon Min (1808-1878), desencadenó una lucha por la sucesión en el transcurso de la cual la mayoría de sus 110 hijos murieron estrangulados y luego pisoteados por los elefantes (se consideraba tabú derramar sangre real). El vencedor, el rey Thibau Min (1859-1916), no estaba dispuesto a ceder ante los británicos. En realidad no fue tanto el desagrado por el uso de tanta violencia cuanto la preocupación por el hecho de que el nuevo monarca hubiera entablado negociaciones con los franceses, que accedieron a construir un ferrocarril y a crear un

banco en Birmania, lo que indujo al gobierno conservador británico de lord Salisbury a enviar al país un contingente de 10.000 soldados en 1885. Las fuerzas birmanas fueron derrotadas y su territorio fue anexionado en 1886 al término de la que pasó a llamarse «tercera guerra anglo-birmana». Aquel atropello fue denunciado por los diputados liberales como «un acto de violencia despótica… un acto de flagrante locura», por medio del cual había sido destruido el sistema político birmano, dejando tras de sí nada más que caos. Surgieron numerosos movimientos guerrilleros de resistencia, capitaneados por los príncipes de la familia real que quedaban vivos, y al cabo de poco tiempo los británicos se habían visto obligados a enviar al país 40.000 hombres, con la misión de llevar a cabo una campaña de «pacificación» que comportó la ejecución de los supuestos *dacoits* [bandoleros] o rebeldes y la quema de sus poblados.

En 1890 la paz se había instalado en Birmania. Duraría hasta la década de 1940. El «birmano», comentaba un funcionario británico de la oficina del gobernador, era «una especie de vivalavirgen, el irlandés de Oriente». Necesitaba que le impusieran disciplina. Como señalaba otro comentario: «Si la riqueza y el bienestar personal, la protección de las propiedades, las leyes justas, los jueces y gobernantes incorruptibles son bendiciones que compensan los sueños utópicos de libertad, entonces el birmano tiene un futuro feliz». Lo que esto significaba en la práctica era la conversión total del campo a la producción comercial de arroz, para lo cual fue preciso talar amplias extensiones de bosque y las empresas británicas tuvieron que traer de la India miles de trabajadores en régimen de mano de obra forzosa. Esto a su vez significaba la construcción de caminos, vías férreas, puertos de mar, y desarrollo urbanístico y comercial. Birmania se convirtió en una fuente importantísima de arroz para grandes sectores del imperio británico, en particular para el África oriental y sobre todo para la India, a la que suministraba el 15 % de todo el arroz consumido. Mientras tanto, el hábito de los solda-

dos y los administradores británicos de tomar mujeres birmanas por esposas o más a menudo como concubinas, tan denostado en la década de 1890, dio lugar a la aparición de una nueva élite anglo-birmana que llegó a dominar la administración del país durante el período de entreguerras, en un desarrollo comparable a la creación del estrato social de anglo-indios que desempeñó un papel similar en el subcontinente durante el mismo período.

El imperialismo, pues, supuso la continuación de una ideología de mejora y superación, resumida en 1899 en un famoso poema de Rudyard Kipling en el que exhortaba a los colonizadores en los siguientes términos:

> Recoge la carga del hombre blanco,
> envía por delante a los mejores de tu linaje.
> Vamos, obliga a tus hijos a marchar al exilio
> para satisfacer las necesidades de tus cautivos.

Para administrar las colonias hacían falta empleados y gestores bien formados, y, dado el número de ellos que se necesitaba, eso significaba tener que formar a un selecto grupo de la población colonizada. Esta situación a su vez, independientemente de que la formación se llevara a cabo en el propio país, en Inglaterra o en cualquier otro país europeo, empezó a crear nuevas élites indígenas que enseguida se empaparon de las ideas europeas de nacionalismo, democracia y valores liberales. En algunas colonias, incluida Birmania, había un sentido de identidad nacional anterior a la colonización. En otras, la identidad nacional necesitó el lenguaje del liberalismo europeo para encontrar la forma de expresarse, y el modelo de los partidos políticos europeos de la era de la democracia multitudinaria de finales del siglo XIX para encontrar una expresión institucional.

Mientras todos estos desarrollos iban madurando en el subcontinente, el año 1885 vio la formación del Congreso Nacional Indio, basado al principio en las ideas del movimiento teosófico, una organización cuasi religiosa dedicada a la fraternidad universal, en la que había tanto ingleses como indios. El objetivo del

Congreso Nacional Indio fue al principio presionar a favor de que los indios que poseían una formación adecuada tuvieran un papel mayor en el gobierno y la administración, pero no tardó en contar con el apoyo generalizado de las élites indias y en empezar a ejercer presión sobre el gobierno. En 1892 el Raj concedió la Ley de Consejos Indios, que permitía a las distintas corporaciones nombrar miembros de los consejos legislativos a aquellos indios que pudieran acreditar una buena formación, y en 1909 aprobó otra que les permitía presentar su candidatura a las elecciones. Los ingleses habían sabido aprovechar la disolución del imperio mogol y la consiguiente desunión del territorio indio para apoderarse de un estado tras otro, o para enfrentar a unos con otros. Pero al unir a su vez a la India y darle cohesión con un sistema unitario de administración y de comunicaciones, los británicos habían creado el potencial necesario para que surgiera un nuevo movimiento nacionalista unido. Por otro lado el Raj se había apoyado en las instituciones indias tradicionales, desde los impuestos sobre la tierra hasta los marajás y los principados, y a la nueva élite culta todas ellas empezaban a parecerle un obstáculo para el progreso. A decir verdad era posible adoptar una visión completamente distinta de la «carga del hombre blanco», una visión en la que eran los imperialistas los que imponían una carga a los colonizados y no al revés.

Durante la segunda mitad del siglo XIX las principales potencias europeas fueron capaces todavía de solventar las cuestiones coloniales por medio de negociaciones pacíficas. Pero una vez que el proceso de colonización alcanzó su límite, como hizo poco después de comienzos de la nueva centuria, casi la única forma que tenía una potencia europea de adquirir nuevos territorios era quitárselos a otra. Un área dentro de la propia Europa cuya fruta madura tentaba a los políticos imperialistas codiciosos era el imperio otomano, que a comienzos de la nueva centuria seguía dominando una enorme zona de la Europa oriental y meridional. El imperio demostró una incompetencia catastrófica a la hora de gestionar su economía. No se abrió el primer banco en Constantinopla hasta 1845; los primeros billetes de banco no iban numerados y por lo tanto resultaba sumamente fácil falsificarlos. No hubo presupuestos del Estado hasta la década de 1840, y no se creó un Ministerio de Hacienda hasta 1839. Aunque las cosas habían empezado a mejorar un poquito a mediados de la década de 1850, las finanzas del imperio eran a todas luces incapaces de hacer frente a los enormes gastos de la guerra de Crimea. De ese modo los gobernantes otomanos lograron arrancar un cuantioso préstamo a los británicos y a los franceses, y no tardarían en acostumbrarse a pedir otros con el fin de cubrir los gastos que comportaba la administración del imperio. Cobrando unos intereses de más del 10 %, la banca privada de Europa occidental no tuvo el menor inconveniente en prestarles el dinero que necesitaban. Al mismo tiempo el gobierno otomano intentó recaudar efectivo imponiendo aranceles comerciales internos y cobrando una tasa del 12 % sobre las exportaciones. Los acuerdos internacionales negociados para facilitar los préstamos impedían al imperio cobrar más del 5 % a las importaciones, de modo que el país se inundó de productos industriales europeos.

Todo ello proporcionaba pingües beneficios a los gobernantes otomanos deshonestos. «La corrupción —comentaba un obser-

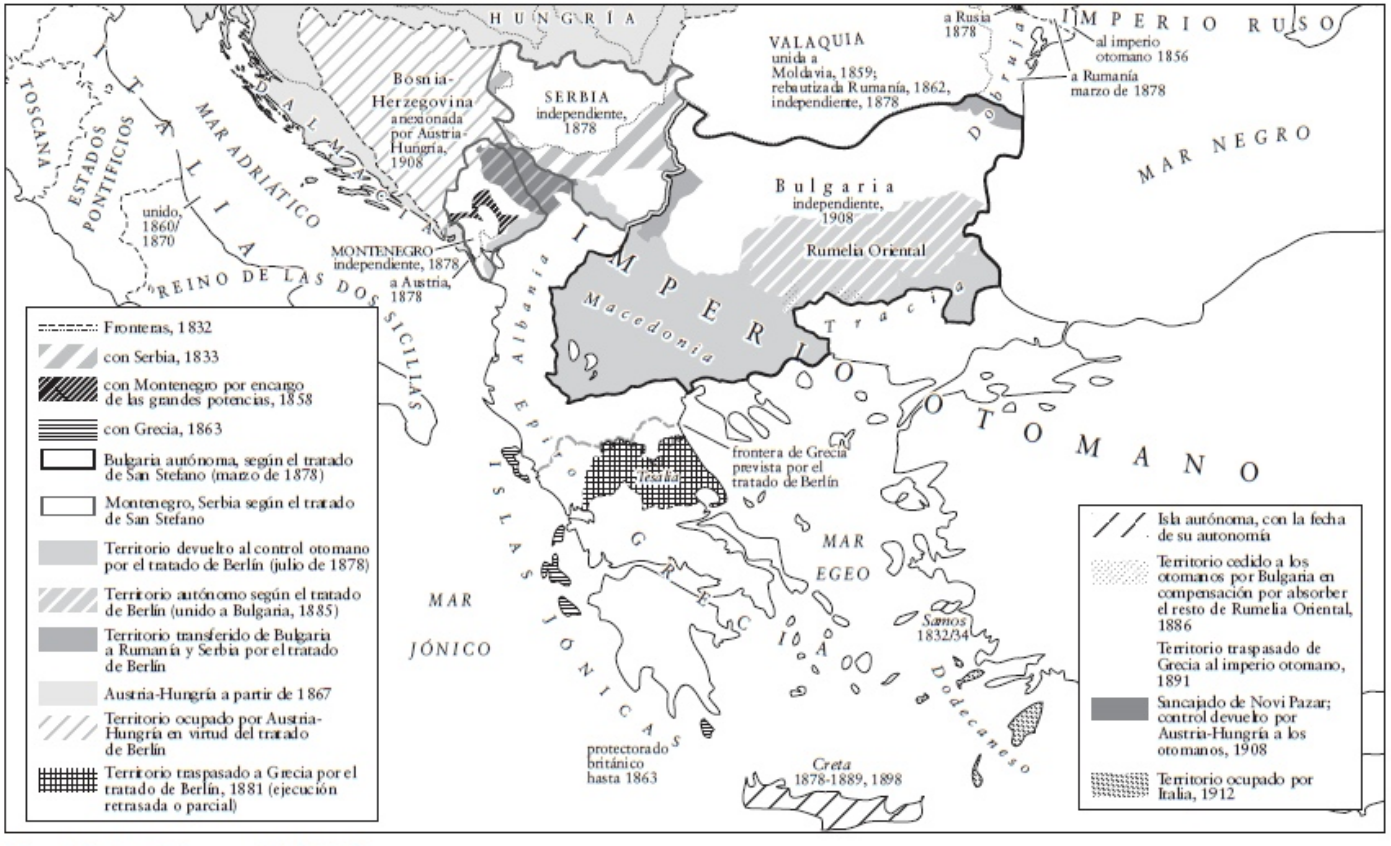
vador británico con no poco engreimiento, aunque su juicio no fuera ni mucho menos errado— es la norma, desde lo más alto a lo más bajo... Lo primero en lo que piensa el político turco moderno es en amasar dinero. Sabe que su permanencia en el cargo es insegura y aprovecha cualquier oportunidad que se le presente». A comienzos de la década de 1870 las finanzas del Estado se hallaban en una situación de crisis aguda; en 1875 el pago de los intereses de la deuda pública se llevaba el 44 % del total de los ingresos del gobierno. La creación de un banco nacional, de unos presupuestos y de un Ministerio de Hacienda había formado parte del Tanzimat, el amplio programa de reformas llevado a cabo durante las décadas de 1850 y 1860. Entre las innovaciones llevadas a cabo cabría citar la garantía de los derechos civiles fundamentales, la reforma del Ejército, la introducción de un Código Civil y otro Penal, el establecimiento de universidades al estilo occidental, la construcción de vías férreas, la apertura de una bolsa, y muchas otras. Trascendentales en ese programa de reformas fueron la introducción de la igualdad de derechos para todos los grupos religiosos y la creación de una identidad nacional otomana, reforzada por la invención de una bandera y de un himno nacional.

Pero esas reformas se diluyeron debido a la llegada masiva de más de un millón de refugiados musulmanes que vinieron huyendo primero del caos de la guerra de Crimea y luego de los rusos que invadieron el Cáucaso. Muchos de esos refugiados lograron abrirse paso hasta las zonas cristianas de los Balcanes, donde no tardaron en agudizarse las tensiones religiosas. En muchos casos el régimen otomano expulsó a los cristianos de sus hogares por la fuerza con el fin de hacer sitio a los recién llegados. Después, en 1873, el gran colapso financiero y económico que padeció toda Europa tras el *boom* de comienzos de la década de 1870 acarreó el desastre absoluto. Los préstamos dejaron de llegar. La sequía de 1872 provocó pérdidas masivas de las cosechas en todo el imperio. Una plaga de langosta devoró todos los culti-

vos de la isla de Chipre. La crudeza del invierno dio paso a una hambruna generalizada. Llegaron a verse cadáveres abandonados en las calles de Constantinopla y hubo quien habló de manadas de lobos atacando a las personas en los suburbios. Las inundaciones causadas por el deshielo durante la primavera vinieron a empeorar las cosas. A comienzos de 1874 se calcula que el 90 % del ganado de Anatolia y del sur de los Balcanes había sido sacrificado para dar de comer a la población. La administración local y regional era completamente incapaz de hacer frente a la situación. Las infraestructuras de transporte eran inadecuadas para llevar víveres a las zonas más afectadas. Y en ultimo término, en su afán de responder a las enormes obligaciones fiscales del estado, el gobierno otomano, en vez de recortar los gastos, pidió a las agencias encargadas de la recaudación de impuestos —en su mayoría particulares que arrendaban al Estado el cobro de la contribución, empresarios independientes que habían comprado el derecho a recaudar los tributos— que redoblaran sus esfuerzos. Cuando los campesinos huían a las ciudades o se refugiaban en los montes para escapar a su actividad depredadora, los recaudadores y los gendarmes que los acompañaban saqueaban las aldeas y se llevaban el montante de las contribuciones en especie. No tardó en organizarse una resistencia generalizada, sobre todo en las zonas cristianas de los Balcanes.

Los rusos sacaron rápidamente provecho de la situación, que iba deteriorándose a pasos agigantados. Tras completar su conquista del Cáucaso, aprovecharon la derrota infligida por los prusianos a Austria en 1866 y a Francia en 1870-1871 para repudiar la neutralidad del mar Negro que se había estipulado en el pacto acordado tras la guerra de Crimea en 1856. Los ingleses pusieron objeciones, pero no contaron con el apoyo de las demás potencias, y una conferencia celebrada en Londres en enero de 1871 permitió a los rusos enviar una vez más buques de guerra al mar Negro. Una de las constantes de la política exterior rusa durante todo el siglo XIX había sido su campaña por asegu-

rarse un puerto libre de hielo en el Mediterráneo. Dicha campaña había quedado suspendida durante los años que siguieron a su derrota de 1856. Pero ahora volvió a ponerse en marcha. Las posibilidades que tenía Rusia de conseguir su objetivo aumentaron debido a la decadencia del imperio otomano. Y además entró en juego un nuevo factor: el paneslavismo, que surgió en Rusia durante la década de 1870 con la apertura del debate público suscitado por las reformas de Alejandro II. El movimiento se propagó a los Balcanes cuando los intelectuales y los estudiantes cristianos de confesión ortodoxa empezaron a afirmar que las pequeñas nacionalidades eslavas pertenecían a una gran familia de naciones encabezada por Rusia. Tales ideas adquirirían cada vez más influencia en zonas que nominalmente se hallaban todavía bajo dominación de los otomanos y que simpatizaban con los rebeldes cristianos que se levantaban contra las exigencias fiscales turcas en los Balcanes. Algunos radicales serbios se infiltraron en Bosnia para apoyar la sublevación de los campesinos de la región, mientras que en Bulgaria una rebelión mal organizada desencadenada en abril-mayo de 1876 y encabezada por unos revolucionarios nacionalistas fue sofocada por el ejército otomano al cabo de unas pocas semanas.


HUNGRÍA
IMPERIO RUSO
a Rusia 1878
al imperio otomano 1856
a Rumanía marzo de 1878
VALAQUIA unida a Moldavia, 1859; rebautizada Rumanía, 1862, independiente, 1878
Bosnia-Herzegovina anexionada por Austria-Hungría, 1908
SERBIA independiente, 1878
TOSCANA
ESTADOS PONTIFICIOS
unido, 1860/1870
MAR ADRIÁTICO
DALMACIA
MONTENEGRO independiente, 1878
a Austria, 1878
REINO DE LAS DOS SICILIAS
Bulgaria independiente, 1908
Rumelia Oriental
MAR NEGRO
IMPERIO OTOMANO
Macedonia
Tracia
Albania
Epiro
Tesalia
frontera de Grecia prevista por el tratado de Berlín
MAR EGEO
MAR JÓNICO
ISLAS JÓNICAS
protectorado británico hasta 1863
Creta 1878-1889, 1898
Samos 1832/34
Dodecaneso
Fronteras, 1832
con Serbia, 1833
con Montenegro por encargo de las grandes potencias, 1858
con Grecia, 1863
Bulgaria autónoma, según el tratado de San Stefano (marzo de 1878)
Montenegro, Serbia según el tratado de San Stefano
Territorio devuelto al control otomano por el tratado de Berlín (julio de 1878)
Territorio autónomo según el tratado de Berlín (unido a Bulgaria, 1885)
Territorio transferido de Bulgaria a Rumanía y Serbia por el tratado de Berlín
Austria-Hungría a partir de 1867
Territorio ocupado por Austria-Hungría en virtud del tratado de Berlín
Territorio traspasado a Grecia por el tratado de Berlín, 1881 (ejecución retrasada o parcial)
Isla autónoma, con la fecha de su autonomía
Territorio cedido a los otomanos por Bulgaria en compensación por absorber el resto de Rumelia Oriental, 1886
Territorio traspasado de Grecia al imperio otomano, 1891
Sancajado de Novi Pazar; control devuelto por Austria-Hungría a los otomanos, 1908
Territorio ocupado por Italia, 1912

MAPA 15. Los Balcanes, 1832-1912.

Las consecuencias de la efímera rebelión búlgara, sin embargo, fueron tremendas. Como los insurgentes habían matado a muchos civiles de religión musulmana, las tropas no regulares que acompañaban a las fuerzas otomanas, los *bashi-bozouk*, llevaron a cabo una matanza de búlgaros en el curso de las operaciones emprendidas para sofocar la revuelta. Cuando llegó a la localidad de Batak unas semanas después de que los *bashi-bozouk* la reconquistaran, el periodista americano Januarius MacGahan (1844-1878), corresponsal del *London Daily News*, escribió el siguiente informe: «De repente... todos tiramos de las riendas con una exclamación de horror, pues ante nosotros, casi al pie de nuestros caballos, se desplegó un espectáculo que nos hizo estremecer. Era un montón de calaveras, entremezcladas con huesos humanos de todo tipo, esqueletos casi enteros en descomposición, ropas, cabellos humanos y carne putrefacta tirada ahí en medio, formando un montón pestilente». Calculaba que habían sido asesinadas unas 8.000 personas a manos de las tropas no regulares, aunque otros situaban esa cifra en cerca de 30.000. La situación de los búlgaros suscitó una simpatía generalizada en la opinión pública de Europa occidental. Algunos gobiernos, como el de Disraeli en Inglaterra, se mostraron reacios a intervenir, pues un mayor debilitamiento del imperio otomano habría abierto la puerta al avance de los rusos. Sin embargo, los sentimientos populares, encabezados en Inglaterra por Gladstone, que basó su vuelta a la política en una fuerte campaña pública contra lo que él llamaba los «horrores búlgaros», exigían que se llevara a cabo alguna acción. «Que desaparezcan los abusos de los turcos —tronaba Gladstone—, de la única manera posible, esto es yéndose ellos. Sus *zapties* y sus *mudir*, sus *binbashi* y sus *yüzbashi*, sus *kaymakam* y sus pachás, todos ellos de patitas en la calle, serán expulsados, espero, de la provincia que han arrasado y profanado».

Los sentimientos nacionalistas estallaron también en Serbia. Austria, Rusia y Alemania intentaron intervenir en Bulgaria en

mayo de 1876 presentando un plan general de reforma de las provincias otomanas de los Balcanes, pero fueron desairadas por el sultán. A continuación, Serbia declaró la guerra al imperio otomano el 30 de junio. El zar Alejandro II tuvo que ceder a las presiones paneslavistas y permitir a un grupo de voluntarios marchar a combatir al lado de los serbios. De hecho, el 11 de noviembre elogió a «nuestros voluntarios, muchos de los cuales han pagado con su sangre la causa del eslavismo». Pero a los serbios no les salieron bien las cosas. No habían adiestrado a sus tropas y disponían solo de 460 oficiales, complementados por 700 oficiales voluntarios rusos, para comandar una chusma de 125.000 campesinos mal armados, provistos de un armamento obsoleto o casero, que se apoyaban más en su número que en su equipamiento. Las recientes reformas introducidas en el ejército otomano, en cambio, habían creado una fuerza eficaz, provista de fusiles Martini-Henry y Snider-Einfield, así como de artillería de campaña Krupp. Al mando de un general ruso, 68.000 serbios atacaron la fortaleza otomana de Niš, sufriendo una sonora derrota en agosto de 1876, en la que perecieron 5.000 hombres y resultaron heridos 9.500. En ese momento los rusos dieron un paso al frente y amenazaron con declarar la guerra a los otomanos si no firmaban una paz sobre la base del *statu quo ante*, cuyo plazo se fijó para el 17 de febrero de 1877.

Estos acontecimientos tuvieron una repercusión trascendental en Constantinopla. El sultán Abdülaziz (1830-1876) fue destituido el 30 de mayo de 1876 por un golpe militar encabezado por los llamados Jóvenes Otomanos, la mayoría de los cuales habían recibido formación en universidades occidentales, y murió asesinado unos días después. Su sucesor fue su sobrino, Murad V (1840-1904), que no era precisamente un hombre de carácter fuerte; al enterarse de la muerte de su tío, se desmayó y, cuando volvió en sí, se cuenta que estuvo vomitando un día y medio. Los Jóvenes Otomanos habrían querido que Murad concediera una Constitución, y en vista de que no lo hacía, lo destituyeron

el 31 de agosto, alegando que estaba loco, a favor de su hermano, Abdul Hamid II (1842-1918). Dándose cuenta de la necesidad de estar a buenas con los Jóvenes Otomanos, Abdul Hamid concedió una Constitución casi de inmediato. Junto con la derrota del ejército serbio, este gesto lo hizo de momento sumamente popular. Se sintió, por tanto, suficientemente fuerte para rechazar un nuevo intento de mediación internacional en el llamado «protocolo de Londres», acordado por las principales potencias el 31 de marzo de 1877, que contenía una exigencia de más reformas en las provincias de los Balcanes. El resultado inevitable fue que el 24 de abril, cediendo finalmente a las presiones de los paneslavistas, Alejandro II de Rusia declarara la guerra a los otomanos, tras asegurarse previamente el apoyo de los austríacos prometiéndoles Bosnia, y de los rumanos comprometiéndose a defender su integridad territorial si permitían a los ejércitos rusos atravesar su territorio con seguridad.

Durante la primavera de 1877 las fuerzas rusas se trasladaron hacia el sur y cruzaron el Danubio. En julio llegaron a la ciudad búlgara bien defendida de Plevna, que había sido reforzada por un gran ejército otomano al mando de Osman Nuri Pasha (1832-1900). Como los rusos fracasaron por dos veces en su intento de tomar la ciudad, el zar acordó aceptar la ayuda de Rumanía, pero el tercer intento de asalto fracasó también, con la pérdida de 18.000 soldados rusos y rumanos. En su desesperación el zar mandó llamar a un ingeniero militar germano-báltico, el general Totleben, que había organizado la defensa de Sebastopol durante la guerra de Crimea. Totleben incrementó las fuerzas de los ejércitos rusos y rumanos hasta disponer de 100.000 hombres, y pudo así por fin aislar Plevna, capturar algunas posiciones de los alrededores y rechazar un intento del enemigo de romper el cerco. El 9 de diciembre de 1877, Osman Pasha se rindió, partiendo hacia el cautiverio en Rusia acompañado de 2.000 oficiales y 44.000 soldados. Por otro lado, en el Cáucaso, una serie de fieros combates en distintas batallas acabó el 17 de noviembre con la

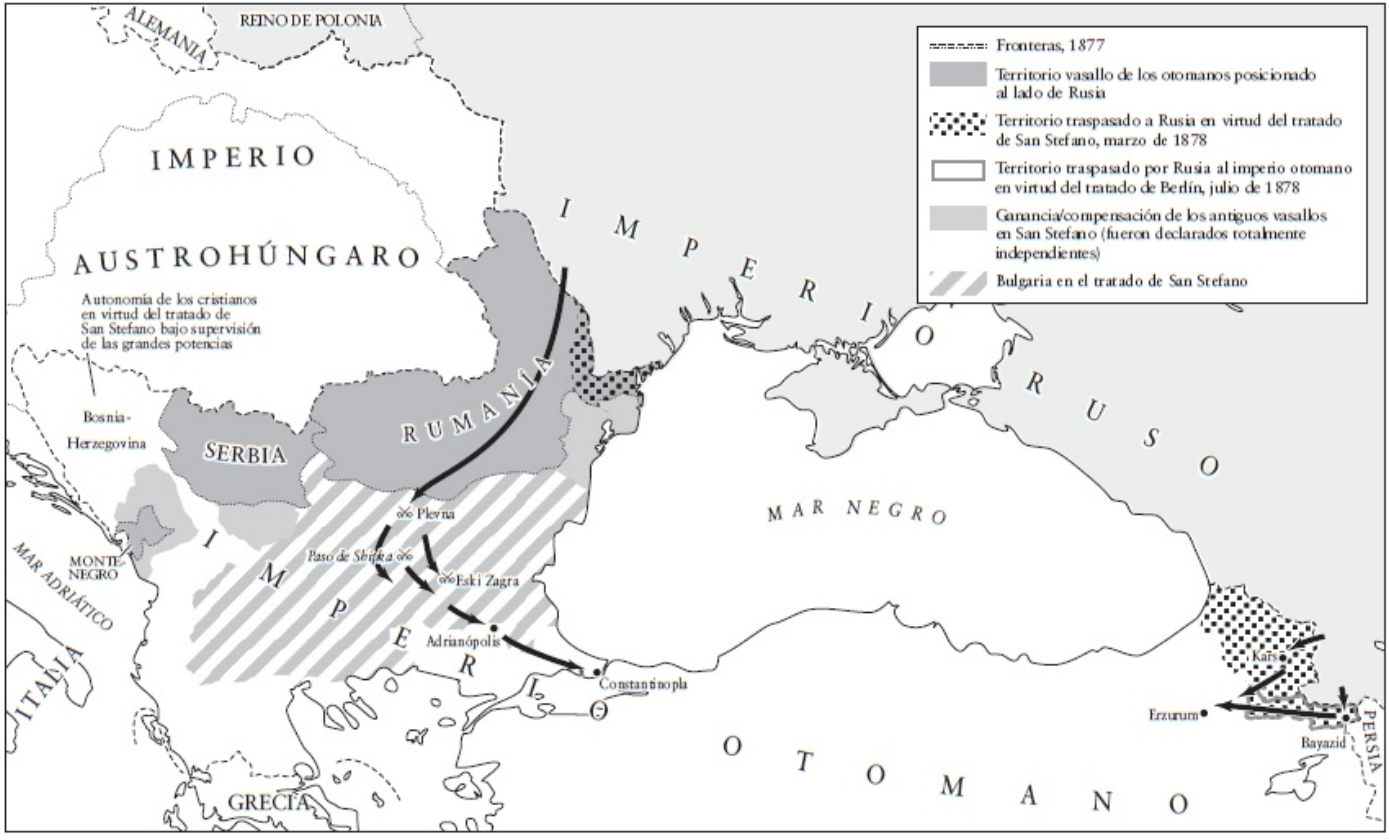
captura de la ciudad de Kars por los rusos, dando lugar a una precipitada retirada de los turcos en la que fueron hechos prisioneros 17.000 soldados. Sin embargo, fue en los Balcanes donde se produjeron las acciones decisivas. Un contingente de 17.000 soldados rusos tomó la ciudad búlgara de Sofía el 3 de enero de 1878 y luego, dos semanas más tarde, derrotó a un ejército turco en la batalla de Plovdiv. Otro contingente de 50.000 soldados rusos al mando del valeroso general Mijaíl Dmítrievich Skóbelev (1843-1882) destruyó todo un ejército otomano en una batalla de tres días de duración librada entre el 5 y el 9 de enero de 1878, en el paso de Shipka, obligando a 22.000 soldados turcos a rendirse. Aquella fue la gota que colmó el vaso para los otomanos. Poco después los rusos entraron en Adrianópolis, que abría la puerta hacia la propia Constantinopla, y el 31 de enero de 1878 se firmó un armisticio.

Los rusos no perdieron el tiempo y firmaron un tratado formal en la ciudad de San Stefano, cuyas negociaciones terminaron el 3 de marzo. El tratado creaba una Gran Bulgaria independiente, que incluía toda Macedonia, salvo Tesalónica, y, lo que era más importante, le daba acceso al Egeo a través de Tracia occidental, cortando además a los otomanos el paso por tierra a sus posesiones de los Balcanes. Bulgaria iba a ser a todas luces un estado cliente de Rusia. El tratado causó una alarma enorme entre los británicos, que el 13 de febrero de 1878 ya habían enviado una flota al mar de Mármara. Ignoraba además a los austríacos al dejar Bosnia y Herzegovina en manos de los otomanos. En vista de todo esto y de las ganancias territoriales obtenidas por los rusos en el Cáucaso, daba la impresión de que el imperio otomano estaba a punto de desintegrarse y de que el principal beneficiario iba a ser el zar. Y efectivamente, durante toda la década de 1870 dio la sensación de que las cosas estaban muy negras para el imperio otomano. Incapaz de financiar sus operaciones militares debido a la gigantesca deuda pública que lo oprimía, y que por entonces ascendía a más de la mitad de las

rentas anuales del Estado, el gobierno otomano se había declarado en bancarrota en 1875. En 1881 un acuerdo internacional creó la Administración de la Deuda Pública Otomana, cuyo personal no tardaría en superar los 5.000 empleados. Era controlada por los acreedores del imperio, concretamente en nombre de los bancos franceses y británicos a los que este debía más dinero, y tenía derecho a recaudar impuestos y tarifas aduaneras y a financiar empresas rentables como la construcción de líneas férreas. Esta situación humillante continuó hasta después de que acabara la primera guerra mundial.

Con el estallido de la guerra en 1877, el sultán Abdul Hamid II no vio necesario seguir adelante con la Constitución que había concedido en el momento de su ascensión al trono, de modo que la suspendió definitivamente. Pensando en la suerte que habían corrido sus dos antecesores inmediatos, el sultán se encerró en su palacio y retuvo a la marina de guerra otomana dentro del Cuerno de Oro, pues creía que los oficiales de la Armada eran todos unos liberales que se habrían dedicado a conspirar contra él si les hubiera permitido estar lejos de su vista. Semejante actitud dificultaba la posibilidad de que el imperio hiciera algo para detener la pérdida de territorios a largo plazo, y en concreto Egipto y Sudán. En 1897, las tropas otomanas frustraron una invasión griega de Creta, pero las grandes potencias intervinieron y concedieron en cualquier caso la isla a Grecia. Inmediatamente después de la firma del tratado de San Stefano, sin embargo, con Gran Bretaña y Austria a la cabeza, el concierto europeo fue resucitado y los rusos fueron obligados a aceptar la convocatoria de un congreso internacional, que se celebraría en Berlín en junio de 1878. Tras una serie de frenéticas negociaciones entre bastidores, los rusos lograron quedarse con casi todo lo que querían. Aunque Bulgaria vio reducido su tamaño en el congreso de Berlín y quedó privada del acceso al Egeo y pese a la devolución de la provincia de Rumelia Oriental al imperio otomano, Rusia se anexionó Besarabia, en el extremo nororiental de Rumanía,

que recibió Dobruja septentrional a modo de compensación territorial. En el Cáucaso, Rusia ocupó Batum y Kars. El congreso reconoció la independencia de Serbia junto con la de Rumanía y Montenegro, y los tres estados consiguieron además territorios a expensas del imperio otomano. Bosnia, Herzegovina y Novi Pazar quedaron nominalmente bajo dominio de los otomanos, pero en adelante los tres territorios serían administrados por Austria.



MAPA 16. La guerra ruso-turca, 1877-1878.

De hecho, el tratado de Berlín creó dos esferas de influencia en los Balcanes: la austríaca al oeste, incluida Serbia —para mayor disgusto de los serbios—, y la rusa al este. La opinión pública rusa se sintió ofendida, pues no comparaba la actual situación con la que existía antes de la guerra de 1877-1878, sino con la creada a raíz del tratado de San Stefano. En consecuencia aumentó la vehemencia del paneslavismo, y su evidente hostilidad hacia Alemania, anfitriona de la conferencia, indujo a Bismarck a concluir una alianza con Austria al año siguiente, que se amplió con la inclusión de Italia en 1882 para dar lugar a la Triple Alianza. En 1881 el canciller alemán renovó, esta vez en secreto, la liga de los Tres Emperadores, entre Austria, Rusia y Alemania, que había sido anunciada públicamente en 1872 y que entró en vigor al año siguiente. A la larga, este intento de conseguir la cuadratura del círculo diplomático estaba condenado a fracasar debido al creciente antagonismo de Austria y Rusia en los Balcanes. Pero de momento permitió guardar las apariencias con más o menos éxito. Como consecuencia de las negociaciones, los ingleses ocuparon otra posesión otomana, la isla de Chipre, a cambio de acceder a defender los territorios turcos de Asia contra nuevas agresiones rusas. Durante lo que quedara de siglo, de hecho, los británicos estarían en un constante estado de angustia debido a las ambiciones de Rusia en Afganistán, en Persia y en Turquía, así como en la frontera noroccidental de la India, foco de las intrigas y conspiraciones que constituirían el Gran Juego.

El hecho de dividir los Balcanes en dos esferas de influencia, una austríaca y otra rusa, resultaría desastroso a largo plazo. Vinculaba los inestables estados y territorios balcánicos a los intereses y al prestigio de dos grandes potencias, y al mismo tiempo fomentaba los resentimientos y las ambiciones entre esos mismos estados, circunstancia que acabaría creando conflictos de gran envergadura. Ninguno de ellos quedó satisfecho con la dote territorial que recibió; todos estaban dolidos por la insistencia del congreso de Berlín de 1878 en que incluyeran en sus

constituciones la garantía de la libertad de religión, principalmente para los musulmanes en Serbia y Montenegro, y para los judíos en Rumanía. A Montenegro se le dio acceso al mar, pero se le dijo que no estaba autorizado a tener navíos acorazados y que en todos sus buques mercantes debía ondear la bandera de los Habsburgo, disposición que a largo plazo no sería aceptada por los montenegrinos. Como señaló el cónsul británico en Constantinopla tras la firma del tratado de Berlín, «los que se consideren lo suficientemente fuertes como para respaldar sus aspiraciones con las armas estarán dispuestos a rebelarse contra la autoridad bajo la cual crean que han sido puestos en flagrante violación de la justicia y del principio de "nacionalidad". Los que no puedan recurrir a la fuerza, se valdrán de la intriga y la conspiración. Los dos procesos ya han dado comienzo».

Los conflictos empezaron casi de inmediato con una rebelión étnica albanesa contra Montenegro, y una sublevación macedonia contra los otomanos. Los musulmanes de Bosnia, como los de Albania, se rebelaron contra la dominación cristiana impuesta por el tratado de Berlín. En Serbia se produjo una rebelión de los campesinos. En 1885 una sublevación multitudinaria respaldada por Alejandro de Battenberg (1857-1893), un príncipe alemán de segunda fila que había sido nombrado príncipe de Bulgaria por aclamación popular, volvió a poner Rumelia Oriental bajo control búlgaro a pesar de la invasión lanzada por los serbios, que fue repelida fácilmente por el ejército regular búlgaro. Sin embargo, los rusos lo destronaron y pusieron en su lugar a Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, que fue nombrado regente al año siguiente. La opinión pública europea estaba desconcertada. Se creía que Fernando era más dócil que su antecesor. «Es totalmente inapropiado —afirmó la reina Victoria, aludiendo discretamente a los rumores que corrían acerca de que Fernando era homosexual—… delicado, excéntrico y afeminado… Habría que pararle los pies de una vez». En realidad demostró una enorme capacidad de supervivencia, permaneciendo en el trono hasta el

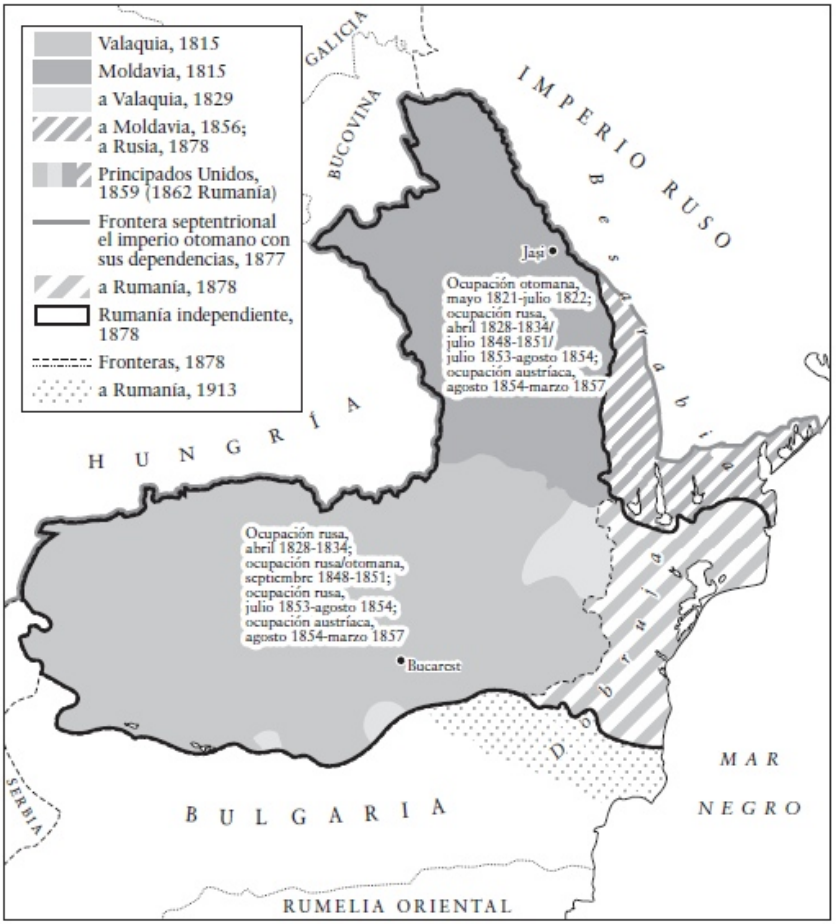
término de la primera guerra mundial y ganándose el apodo de «Fernando el Zorro» por su habilidad para las intrigas políticas. Los rusos no consiguieron lo que querían de él. Su nombramiento puso al país en manos del despiadado Stefan Stambolov (1854-1895). Hijo de un posadero, Stambolov fue una figura destacada de las sublevaciones de 1875-1876, arquitecto del golpe de Estado que puso a Fernando en el trono, y regente hasta la elección oficial del nuevo príncipe. Stambolov intentó hacer frente a las continuas injerencias rusas y a los problemas económicos crónicos que aquejaban al país estableciendo lo que de hecho se convirtió en un estado policial, deteniendo y encarcelando a sus oponentes, amordazando a la prensa y acantonando tropas en los pueblos que se negaban a pagar impuestos.

Cuando el ministro de Hacienda fue asesinado en 1891, Stambolov, convencido de que los responsables del crimen habían sido unos agentes rusos, metió en la cárcel a más de 300 rusófilos destacados. Su actitud autoritaria como primer ministro después de 1887 provocó repetidos choques con Fernando. A mediados de la década de 1890 el conflicto llegó a su punto culminante. En 1893 unos macedonios establecidos en Tesalónica formaron un grupo secreto de carácter terrorista que acabó llamándose Organización Revolucionaria Macedonia Interna u ORMI (VMRO por sus siglas en búlgaro y macedonio), dedicada al uso de la violencia para liberar a Macedonia de la dominación otomana. La organización no tardaría en estar dominada por búlgaros, muchos de los cuales habían huido de Macedonia debido a la opresión otomana y habían fijado su residencia en Sofía. La política exterior de Stambolov se basaba en el intento de soslayar la influencia rusa aproximándose a los otomanos (que nominalmente seguían siendo soberanos de Bulgaria). Semejante actitud suscitó un odio feroz en los refugiados macedonios, y la postura del primer ministro se volvió cada vez más precaria. En 1894 el rey Fernando I consideró que había llegado la hora de destituirlo. Stambolov no sobrevivió mucho tiempo a la pérdida del poder. El 15

de julio de 1895 un asesino le disparó un tiro con una pistola cuando recorría las calles de Sofía en su carroza. Stambolov saltó del carruaje y respondió a su vez a los disparos utilizando el revólver que llevaba siempre consigo, pero otros tres asesinos se abalanzaron sobre él, lo tiraron al suelo y, sabiendo que siempre llevaba un chaleco antibalas, lo apuñalaron repetidamente en la cabeza. El ex mandatario intentó protegerse con las manos, pero los criminales se las cortaron a la altura de las muñecas con sus cuchillos. Herido de muerte, Stambolov fue trasladado a su domicilio por sus guardias de corps. «El pueblo de Bulgaria me lo perdonará todo —se dice que comentó en su lecho de muerte—, pero nunca me perdonará haber traído aquí a Fernando». Se rumoreó que el asesinato había sido orquestado por el propio rey, pero es más probable que la ORMI fuera la responsable del ataque. Los abucheos de los macedonios durante el funeral oficial de Stambolov celebrado unos días después no cesaron hasta que su viuda no levantó las dos urnas que contenían sus manos amputadas. Su tumba fue destrozada por una bomba menos de un año después.

Mientras se desarrollaba esta horripilante pantomima, Rumanía gozaba de un período de relativa calma tras la expulsión del príncipe Alejandro Cuza (1820-1873), que había cometido el error de intentar reformar las complejas y opresivas estructuras agrarias de los dos principados de Moldavia y Valaquia, unidos para formar Rumanía en 1859. La figura más destacada del golpe, Ion Brătianu (1821-1891), que era un rico hacendado y, como otros miembros de su grupo, veterano de 1848, no tardó en encontrar al inevitable príncipe alemán dispuesto a ocupar el trono, en este caso el príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen (1839-1914), conocido como Carlos I de Rumanía. El príncipe se adaptó rápidamente a su nuevo entorno político, aprovechando la guerra ruso-turca de 1878 para declarar a su país independiente de los otomanos y elevarlo a la categoría de reino en 1881. Los amplios poderes de la monarquía, unidos a los restrin-

gidísimos derechos civiles que concedía la Constitución de 1866 (redactada siguiendo el modelo de la Constitución belga de 1831), proporcionaron cierto grado de estabilidad política, basada en coaliciones de gobierno entre distintas tonalidades de liberales y conservadores. A ello se sumó una política basada en cultivar las buenas relaciones con las grandes potencias. Se firmaron tratados comerciales con Austria-Hungría y con Rusia, y de ese modo Rumanía permaneció neutral durante la sublevación de Bulgaria de 1875. Desilusionados por el trato desigual recibido de los rusos en el tratado de San Stefano, los rumanos al principio se volvieron hacia Alemania y Austria-Hungría, forjando una alianza que duraría oficialmente al menos hasta la primera guerra mundial. Pero la represión emprendida por los húngaros contra los nacionalistas rumanos de Transilvania creó unas tensiones cada vez más fuertes entre las dos naciones, y el respaldo de los austríacos a Bulgaria en su oposición a las pretensiones de Rumanía sobre Dobruja llevó al gobierno de este último país, presidido por aquel entonces por el hijo de Brătianu, Ionel (1864-1927), a alinearse al lado de Francia y de Rusia, inducido entre otras cosas por el temor a una concentración masiva de armamento al otro lado de la frontera búlgara. Desgarrada entre los dos bandos en los que estaba dividiéndose Europa, Rumanía acabaría optando por la neutralidad cuando diera comienzo la primera guerra mundial.



MAPA 17. La creación de Rumanía, 1815- 1913.

RACISMO Y NACIONALISMO

En los Balcanes, la intensidad cada vez mayor de las pasiones nacionalistas era un reflejo no solo de la sensación de que los días de los otomanos estaban contados, sino también de la rápida difusión de una serie de conceptos racistas de identidad, fruto de la expansión de los imperios de ultramar de Europa. Durante buena parte del siglo XIX, las nociones europeas dominantes de superioridad racial y cultural sobre el resto del mundo habían sido en su mayoría relativas más que absolutas, y se habían caracterizado por su fuerte contenido moral y religioso. Los manuales de geografía británicos indicaban que el Egipto de la época fara-

ónica había sido una cultura «rebosante de erudición de la Antigüedad cuando Gran Bretaña estaba habitada por salvajes». No obstante, Inglaterra había sabido salir finalmente de las tinieblas de la Edad Media, y por lo tanto cabía esperar que un día África dejara de ser el «continente oscuro». El atraso de otras culturas no era fruto de su falta de inteligencia, sino de la falta de progreso y religión. Como decía en 1866 a sus «jóvenes amigos» una revista británica, *The Juvenile Missionary Magazine*, «podéis comprobar que el hombre, en todas sus variedades, tiene un origen común», y por lo tanto cualquier ser humano, de la raza que fuera, podía «aprender a leer y a escribir con la misma rapidez que los europeos». Detrás de estas ideas se ocultaba un poderoso compromiso con la igualdad de los hombres, encarnado en los partidarios del movimiento antiesclavista de las primeras décadas del siglo XIX.

El cristianismo victoriano sostenía que todos los seres humanos podían disfrutar de la salvación y, de hecho, ofrecía la perspectiva de la conversión final de toda la humanidad. Las principales sociedades misioneras británicas fueron fundadas todas en la última década del siglo XVIII para trabajar entre los colonos, pero el papel desempeñado por ellas en la campaña antiesclavista las animó a llevar su mensaje a las sociedades indígenas. A lo largo del siglo, los misioneros fueron el principal vehículo de la difusión de una educación de corte europeo y —como en el caso de Livingstone— de los cuidados médicos en África, Asia, Australasia y Oceanía. Las razones en las que se fundamentaba el imperialismo no eran solo religiosas, sino también políticas e históricas. La de Inglaterra había sido una historia de constante desarrollo de la libertad, según la percepción dominante en la época, e incluso a finales de la era victoriana, las intervenciones en otras regiones del planeta se justificaban en términos de liberación y progreso. Una y otra vez, los manuales escolares británicos enseñaban a los niños que su país se había visto obligado a intervenir contra la opresión: «El reino de Oude [Awadh], que

estaba bajo el dominio de sus príncipes —decía un libro de texto en 1883—, estaba tan mal gobernado que, en 1856, se consideró necesario añadirlo a nuestras posesiones». En todas partes, pues, los europeos se veían obligados a soportar la «carga del hombre blanco» debido a la universalidad de los principios liberales y a la imposibilidad de ignorarlos allí donde no se seguían, independientemente del lugar del mundo en el que esto ocurriera.

Las décadas de 1850 y 1860 propinaron un rudo golpe a la seguridad de su superioridad en el mundo y de su misión civilizadora que tenía Gran Bretaña. Las deficiencias de la administración militar británica en la guerra de Crimea, la rebelión de la India, la imposibilidad de las fuerzas británicas de derrotar a los maoríes en las guerras de las tierras de Nueva Zelanda y el estancamiento de la segunda guerra anglo-ashanti ya fueron de por sí realmente traumáticos, pero todos estos hechos parecieron nimiedades en comparación con las sublevaciones generadas por las guerras de unificación de Alemania de Bismarck, que culminaron en la creación del imperio alemán en 1871. En opinión de Disraeli, ante este cambio tan fundamental que alteraba el equilibrio de poder, Gran Bretaña debía reafirmarse con más energía en el panorama mundial. Ya en 1872, en su afán por atraer a las clases trabajadoras —a muchos de cuyos miembros les había sido concedido el derecho de voto a raíz de una iniciativa suya incluida en la Ley de Reforma de 1867— hacia la causa de los conservadores, Disraeli declaró que los ingleses se sentían «orgullosos de pertenecer a una nación imperial, y están dispuestos a conservar, si pueden, su imperio». Cuando en 1874 fue nombrado primer ministro por segunda vez, Disraeli hizo todo lo posible por fortalecer el imperio británico tanto en el interior como en el exterior. En 1875, consiguió que Inglaterra pudiera ejercer cierto control sobre el canal de Suez, construido por los franceses, paso esencial para las comunicaciones con la India. Cuando dejó el cargo en 1880, había movilizado fuerzas británicas en Afganistán y en África del Sur y había desempeñado un

papel primordial en el congreso de Berlín de 1878. Sobre todo, como ya hemos visto, Disraeli consiguió convencer a la reina Victoria de que aceptara el título de emperatriz de la India, situando el concepto de imperio en el centro de la cuestión de la identidad nacional británica.

El imperio, pensaba el empresario y colonizador de África, Cecil Rhodes, iba a suponer para Gran Bretaña una serie de beneficios económicos concretos que mejorarían la situación del conjunto de las masas. Pero también era un instrumento de propaganda patriótica. Como proclamaba el *Daily Express* en 1900: «Nuestra política es patriótica; nuestro credo es el Imperio Británico». Por entonces, el entusiasmo patriotero por la guerra de los bóeres era frecuentísimo en Londres y el imperio era celebrado en los relatos populares de autores como, por ejemplo, George Alfred Henty (1832-1902), en revistas como *The Boys' Own Paper*, e incluso en las primeras películas de la historia, una de las cuales ofrecía ante un público embelesado una representación del bombardeo de Mafeking, aunque en realidad había sido rodada en un campo de golf de los Home Counties. «Inculcar el patriotismo en mis libros —afirmaba Henty—, ha sido uno de mis principales objetivos». Además de todo esto estaban las estampas y reproducciones de escenas imperiales baratas, producidas en masa. Las escuelas británicas empezaron a celebrar el Día del Imperio, marcado por un desfile por el centro de Londres, y de hecho en casi todas las demás ciudades y pueblos del Reino Unido, mientras que organizaciones como los Boy Scouts (1908) fueron creadas para educar a una nueva generación de jóvenes para el servicio militar en las colonias. Poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial, el imperio constituía una parte central de la identidad nacional británica que no había existido a mediados del siglo XIX.

La nueva actitud ante el imperio contenía un elemento muy fuerte de racismo y de denigración de las otras culturas y civilizaciones. Los libros escolares británicos desdeñaban la cultura

oriental tildándola de ornamental y carente de utilidad, y hablaban a sus lectores de monumentos como el Taj Mahal, que «habría cabido suponer que habían sido erigidos originalmente para conmemorar las virtudes de algún gran benefactor de nuestra especie, en vez de ser el capricho de un príncipe que había malgastado sus años en medio de la indolencia y el placer». Las razas distintas no eran presentadas ya como especies iguales a los ojos de Dios que compartían unos rasgos humanos comunes, aunque estuvieran en una fase del desarrollo histórico anterior al que gozaban los ingleses de época victoriana. Por el contrario, los libros de texto subrayaban ahora la diferencia racial y la supuesta inferioridad racial de los pueblos sometidos: «Los nativos australianos son un pueblo feo, poco agraciado, de costumbres degradantes e inmundas», decía un manual de geografía. «Como animales de presa… los malayos están siempre al acecho, para saciar su sed de sangre y de pillaje»; «los pueblos [de Nigeria]… son extremadamente salvajes, practican formas horribles de religión, acompañadas de sacrificios humanos». En tales circunstancias, y parece que por entonces estaba todo el mundo de acuerdo en ello, la dominación de los británicos era moralmente justificable, además de políticamente necesaria.

Los ingleses, de hecho, a juicio de los imperialistas de las décadas de 1880 y 1890, estaban destinados no solo a dominar a las clases inferiores, sino también a liderar al mundo entero en su marcha hacia el futuro. Como declaró Joseph Chamberlain en 1895: «Creo en esta raza, la raza gobernante más grandiosa que ha visto nunca el mundo; en esta raza anglosajona, tan orgullosa, tan tenaz, tan segura de sí misma y tan resuelta, en esta raza que ni el clima ni los cambios pueden hacer que degenere, y que será indefectiblemente la fuerza predominante de la historia futura y de la civilización universal». La creencia en las jerarquías raciales basadas en la estirpe generalizó desde el momento en que fue posible darle una legitimidad científica. Ello se debió, entre otras cosas, a la creciente influencia del darwinismo du-

rante la segunda mitad del siglo. En manos del biólogo y antropólogo Herbert Spencer (1820-1903), que acuñó la expresión «la supervivencia del más apto», el darwinismo se convirtió en una profesión de fe cruel en la competición, y expresiones tales como «la lucha por la existencia» y «los más fuertes prevalecen» no tardarían en formar parte de lo que se ha denominado el «darwinismo social», esto es, la aplicación de las ideas de Darwin —o de cierta versión de las mismas— a la sociedad humana.

La influencia del darwinismo social se propagó por toda Europa a lo largo del siglo XIX. Conoció una versión progresista, que atribuía al Estado la obligación de mejorar la raza mediante viviendas mejores, mayor higiene y una alimentación mejor. El zoólogo alemán Ernst Haeckel (1834-1919) popularizó las ideas de Darwin en su libro *Los enigmas del universo* (1901), que llegó a ser un éxito de ventas, aunque las distorsionaba al sostener que las características del ser humano podían adquirirse a través de la adaptación al medio, además de ser hereditarias. Dividía a la humanidad en diez razas o en treinta y dos, incluidas ulteriores subdivisiones, la más avanzada de las cuales era, a su juicio, la «caucásica». A los africanos los consideraba próximos a los monos y llegaba a la conclusión de que ninguna persona de «cabello lanudo» había hecho nunca ninguna aportación a la civilización humana. Haeckel creía que los delincuentes estaban racialmente degenerados y que debían ser ejecutados para impedir que transmitieran sus rasgos criminales a la próxima generación: «Hacer inofensivos a los delincuentes incorregibles» tendría «un efecto directamente benéfico como proceso de selección». Lo mismo cabía decir y era deseable que sucediera con los enfermos y discapacitados mentales. Las enfermedades infantiles, afirmaba, no deberían ser tratadas, para que los débiles pudieran ser erradicados de la cadena de la herencia genética por causas naturales, dejando que solo los fuertes propagaran la raza. Sin embargo, Haeckel creía también que la guerra era contraproducente desde el punto de vista eugenésico, pues eliminaba a

los jóvenes mejores y más valientes de cada generación, de modo que su denominada Liga Monista (1906) llevó a cabo una vigorosa campaña en pro del pacifismo, lo que indujo a las autoridades militares alemanas a mantenerla estrechamente vigilada durante la primera guerra mundial.

Según la visión del mundo que tenía el primo de Darwin, Francis Galton (1822-1911), que había empezado ya a aplicar los principios darwinianos a la sociedad humana en la década de 1860, el genio era producto de la herencia genética, y emparejando a los más listos con los más listos sería posible mejorar la inteligencia de la humanidad. El principal ejemplo era, naturalmente, su propia familia y sus distintos parientes, entre los cuales la excelencia y la capacidad científica habían brillado en sucesivas generaciones con notable regularidad. Galton, que fluctuaba entre calificarse a sí mismo de científicamente capacitado y genéricamente brillante, optó al final por esta segunda definición. Como otros impulsores de la eugenesia, no se detuvo a pensar si no desempeñarían también un papel en todo esto la riqueza, la educación y las circunstancias. Análogamente, Galton pensaba que los pueblos inferiores eran una amenaza para el futuro de la raza al producir tantos hijos de una calidad por debajo de la media. Lo que él designaba «eugenesia», la idea de la degeneración o evolución inversa, empezó a ser debatida en los círculos cultivados. Podríamos encontrar la reducción al absurdo de su teoría en la novela de H. G. Wells *La máquina del tiempo* (1895), en la que un hombre que viaja en el tiempo descubre en un futuro remoto que las clases trabajadoras han acabado degenerando en *morlocks*, una raza de salvajes que viven en el subsuelo, mientras que las clases medias y altas, los *eloi*, han perdido casi por completo su sentido de autoconservación y de competitividad. Por otro lado, un seguidor del darwinismo social como Cesare Lombroso (1835-1909), llegó a sostener que las clases bajas estaban más cerca de los monos, y que por tanto hereda-

ban instintos salvajes y criminales que estaban ausentes en los sectores de la población que respetaban la ley.

El darwinismo social se volvió más pesimista en manos de Karl Pearson (1857-1936), discípulo y biógrafo de Galton. El remedio que planteaban los defensores de la eugenesia como Pearson era fomentar la cría de seres humanos superiores y entorpecer la proliferación de los inferiores. Aunque semejantes principios quizá fueran posibles en la sociedad británica, habrían sido bastante menos alentadores en el caso de ser aplicados al mundo en general. En este sentido Pearson se vio influenciado por el gran exponente de la teoría racial en Francia, Arthur de Gobineau (1816-1882), que desarrolló sus ideas por primera vez en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855). Gobineau, proalemán cuyo entusiasmo por la aristocracia era tan grande que se premió a sí mismo con el título de «conde» para apuntalar sus pretensiones de nobleza, sostenía que lo único que podía conseguir el mestizaje era diluir las características de las razas superiores, y no mejorar las de las inferiores. Gobineau no llegó a tener muchos seguidores en Francia, pues su pretensión de que la aristocracia francesa era en su mayoría de origen germano o, como él decía —tomando prestado el término de teóricos anteriores como Friedrich Schlegel (1772-1829) o Ernest Renan (1823-1892)—, ario, hasta después de la derrota de Francia a manos de los alemanes en la guerra de 1870-1871, que no tardó en suscitar un debate acerca de hasta qué punto la victoria de los alemanes había venido a demostrar que eran superiores desde el punto de vista racial. Como no sería de extrañar, las ideas de Gobineau se hicieron populares sobre todo en la propia Alemania, donde se fundó una Gobineau-Gesellschaft [Sociedad Gobineau] en 1894. Llevadas a nuevos extremos por el yerno del compositor Richard Wagner, el germanófilo inglés Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), en su libro de 1899 *The Foundations of the Nineteenth Century* [Los fundamentos del siglo XIX], estas ideas se convirtieron en vehículo de un antisemi-

tismo racializado, en el que el judío era presentado como el eterno enemigo del ario de pura cepa, y Jesucristo era retratado como ario y no como judío.

El racismo científico ordenaba los tipos raciales en una escala evolutiva y daba por supuesto que su mezcla acarrearía el descenso de las que por entonces empezaron a llamarse cada vez más a menudo «razas superiores» al nivel de las «inferiores». Contemplando el imperio británico y su historia, Pearson afirmaba:

> ... La historia me muestra una única forma, una y solo una, que ha permitido producir un elevado estado de civilización, a saber, la lucha de una raza contra otra y la supervivencia de la raza física y mentalmente mejor adaptada. Si quieren ustedes saber si las razas inferiores del hombre pueden evolucionar y convertirse en un tipo superior, me temo que el único camino es dejarlas luchar entre ellas, e incluso entonces la lucha por la existencia entre individuo e individuo, entre tribu y tribu, quizá no sea soportada por la mera selección física debido al clima particular del que probablemente tanto dependió el éxito de los arios.

Según esta visión pesimista, la educación y la mejora eran inútiles a la hora de ser aplicadas a las razas inferiores. La conquista, la asimilación o incluso el exterminio eran las únicas vías posibles. Las naciones con «el máximo poder físico, mental, moral, material y político» vencerían en la lucha por la supervivencia o la supremacía, y estaría justificado que así lo hicieran, afirmaba el general alemán Friedrich von Bernhardi (1849-1930): «Sin la guerra, las razas inferiores o decrépitas impedirían fácilmente el desarrollo de los elementos sanos en pleno crecimiento, y en consecuencia se produciría una decadencia universal». «La enemistad eterna y absoluta es un rasgo fundamentalmente intrínseco de las relaciones entre los pueblos», escribía un estrecho asesor del canciller alemán Bethmann Hollweg, el periodista y agente de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, Kurt Riezler (1882-1955).

A comienzos y mediados del siglo XIX fue habitual la teoría —y no solo en Gran Bretaña— de que el progreso de la sociedad humana era de naturaleza lineal, ocupando Inglaterra la delantera

en términos de industrialización y democratización, y tras ella venían las otras naciones europeas. Pero mientras que los liberales consideraban el estado-nación un fenómeno universal, y mientras que el nacionalismo de la primera mitad del siglo XIX estuvo estrechamente ligado a la realización de valores liberales como la libertad de prensa, los juicios con jurado, y la soberanía de las asambleas electivas, las cosas empezaron a cambiar durante las décadas que desembocaron en el estallido de la primera guerra mundial. Allí donde algunos comentaristas ingleses, por ejemplo, habían mirado por encima del hombro a los alemanes y los habían considerado irremediablemente carentes de sentido práctico, atrasados y sumidos en un medievalismo gótico, antes de que acabara el siglo XIX habían empezado a expresar su admiración por el progreso industrial y científico de Alemania, y habían manifestado su preocupación por la posibilidad de ser adelantados por el crecimiento económico germano. Por su parte, los nacionalistas alemanes empezaron a considerar a los franceses un pueblo degenerado desde el punto de vista racial, entre otras cosas debido a la lentitud del crecimiento de población de Francia. El sentido de superioridad de los alemanes fue puesto cruelmente en entredicho en 1912 cuando un informe oficial puso de manifiesto que las tasas de natalidad de Alemania también habían empezado a decaer. Los periódicos y los políticos germanos se referían con angustia al continuo crecimiento de Rusia, donde la población había experimentado un auténtico *boom*, con efectos potencialmente graves para el futuro vigor de sus fuerzas armadas. Los políticos y generales austrohúngaros veían con alarma la difusión del nacionalismo eslavo a lo largo de su frontera con Serbia y su propagación a algunas zonas del propio imperio. La opinión pública francesa trataba a Alemania como una versión ampliada de Prusia, un país rígido, militarista, carente de imaginación y amenazador. Cada vez más esas angustias se expresarían en términos raciales, con los «eslavos» enfrentados a los «teutones», o los «anglosajones» enfrentados a los «lati-

nos», en la inevitable lucha por la supervivencia y la supremacía.

Semejantes ideas no dejaron de tener respuesta. En la administración colonial, la raza podía quedar a menudo en segundo término ante la necesidad de recompensar a las élites nativas cuya colaboración era esencial para el mantenimiento del control imperial. Se concedieron generosamente honores reales, títulos de caballeros británicos y condecoraciones de todo tipo a los marajás y sultanes de todas las colonias. Surgieron críticos del imperio como Hobson, Lenin y Rosa Luxemburg dispuestos a infamar la explotación económica que, según ellos, sustentaba la labor colonial. Las atrocidades coloniales, especialmente en el África Sudoccidental Alemana, suscitaron las críticas de los políticos católicos, y los partidos socialdemócratas de toda Europa se pusieron de acuerdo para asegurar que la próxima guerra se haría en defensa de los intereses del capitalismo y resolvieron impedirla escenificando una huelga general en toda Europa en cuanto tuvieran la impresión de que la guerra era inminente. La pacifista austríaca Bertha von Suttner (1843-1914) publicó en 1889 su novela ¡*Abajo las armas*!, que se convirtió en un gran éxito de ventas, y trabajó incansablemente en pro de la paz. Convenció al fabricante de armas sueco e inventor de la dinamita Alfred Nobel de que dotara un Premio de la Paz, que ella misma ganó en 1905. En 1899 y 1907 dos conferencias de paz celebradas en La Haya a instancias de los rusos establecieron una serie de normas básicas para limitar los daños causados por la guerra. Prohibieron la ejecución de prisioneros y civiles, y declararon que una fuerza de ocupación era la encargada de tutelar el legado cultural de las zonas conquistadas, y no debía expoliar ni destruir las obras culturales. Pero el intento de establecer un sistema de arbitraje vinculante de las disputas internacionales fracasó debido a la oposición de los alemanes. Algunos pensaron que no volvería a haber guerra. El pacifista inglés Norman Angell (1872-1967) sostenía en su libro *The Great Illusion* [La gran

ilusión] (publicado por primera vez en 1909 con el título *Europe's Optical Illusion* [La ilusión óptica de Europa]) que las economías del Viejo Continente estaban tan estrechamente integradas unas con otras que la guerra era inútil y resultaba contraproducente. Era ilusorio, por tanto, imaginar que cualquier país pudiera ganar algo atacando a otro. Aun así, observaba, la progresiva carrera armamentística hacía que fuera cada vez más probable el estallido de una guerra. De hecho, ya en los Balcanes el conflicto armado se había mostrado progresivamente violento e incontrolable, expresión de unos odios étnicos y religiosos, contener los cuales habría estado fuera del alcance de cualquier país, por muy fuerte que fuera.

Las guerras de los Balcanes

El foco inicial de la violencia en los Balcanes habría que buscarlo en el territorio en disputa de Macedonia, habitado por una compleja mezcla de serbios, búlgaros, griegos, albaneses, judíos y valacos. Había sido cedido a Bulgaria por el tratado de San Stefano, pero posteriormente había sido devuelto al imperio otomano por el congreso de Berlín de 1878. La zona se hallaba además desgarrada por las rivalidades religiosas entre cristianos ortodoxos y musulmanes. Los griegos, serbios y búlgaros que habitaban en ella exigían la entrega de la región por parte de los otomanos. Los más radicales eran los búlgaros. Los agentes de la ORMI infiltrados en la Macedonia otomana atacaban y asesinaban de forma rutinaria a los representantes de la autoridad turca, apropiándose además de sus recursos financieros. Esta violencia degeneró en pura criminalidad cuando los revolucionarios pasaron a emplear cada vez más a menudo la extorsión y la intimidación para obtener dinero con el que comprar armas. En 1897 las autoridades otomanas capturaron cantidades ingentes de armas y municiones en un zulo de la OMRI. Esto no hizo más que incrementar el radicalismo de los revolucionarios, que en 1903 se apoderaron de veintiocho aldeas cerca de la frontera búlgara, matando a más de 500 soldados turcos. Cuando llegaron

los refuerzos del ejército otomano, los asesinatos terroristas y los ataques con bombas se multiplicaron, hasta que acabaron confundiéndose con una revuelta generalizada, sofocada finalmente por las tropas regulares turcas y por los *bashi-bozouks*. Los otomanos quemaron y arrasaron 119 aldeas, derribaron 8.400 casas y obligaron a 50.000 individuos a refugiarse en las montañas. De ese modo aplastaron de manera eficaz el movimiento revolucionario, pero también se granjearon la animadversión de la opinión pública internacional. Austríacos y rusos, actuando conjuntamente en un raro gesto de unidad, enviaron una fuerza policial internacional, cuya presencia fue aceptada a regañadientes por el sultán.

Abdul Hamid II recurrió en secreto a Alemania para pedirle ayuda. Al cabo de poco tiempo había oficiales germanos instruyendo a las tropas otomanas, y también ingenieros de esa misma nacionalidad construyendo una nueva línea férrea a Bagdad, financiada por bancos alemanes. Todo esto, sin embargo, socavó la autoridad del sultán dentro de su imperio, pues la intervención extranjera, la represión y su negativa a reimplantar la Constitución de 1876 condujeron a la organización de varias conspiraciones para echarlo. Poco después de su ascensión al trono, Abdul Hamid había abandonado la política de creación de una identidad nacional otomana. Tal vez como reacción ante la pérdida de una proporción considerable de la población cristiana del imperio en los Balcanes y como consecuencia de la migración a Anatolia de cientos de miles de musulmanes procedentes del Cáucaso y de los nuevos estados balcánicos, el sultán había cambiado esa política por una nueva ideología de panislamismo. En adelante la propaganda otomana subrayaría el estatus religioso de Abdul Hamid en su papel de califa como fundamento de la lealtad de su pueblo. Cada vez con más frecuencia, el sultán achacaría los problemas de su imperio a una conspiración internacional del mundo cristiano, y en particular a la minoría de cristianos armenios de Anatolia, integrada sobre todo por co-

merciantes y hombres de negocios acaudalados, a los que el tratado de Berlín lo había obligado a proteger. En 1892-1893, una multitud de musulmanes, azuzados por las autoridades que afirmaban que los armenios intentaban acabar con el islam, empezó a masacrar a la población armenia de la región. Cuando los grupos nacionalistas armenios intentaron vengarse, fueron aplastados por el ejército otomano, tras lo cual las autoridades locales y regionales fomentaron la comisión de nuevos actos de violencia contra ellos, apoyándose en las tropas no regulares kurdas enviadas por el sultán.

La peor de esas atrocidades consistió en el incendio de la catedral de Urfa en diciembre de 1895, donde fueron quemados vivos más de 3.000 armenios. Una manifestación de protesta de los armenios de Constantinopla fue reprimida violentamente y, a continuación, se produjeron matanzas indiscriminadas de armenios en la capital. La intervención extranjera, solicitada de nuevo por Gladstone, nunca llegó a hacerse realidad. Las matanzas continuaron hasta 1897, momento en el cual ya habían sido asesinados entre 100.000 y 300.000 armenios. Otros 30.000 perdieron la vida en la ciudad de Adana en 1909 cuando un movimiento reaccionario para acabar con los llamamientos en pro de la reimplantación de la Constitución de 1876 degeneró en una nueva serie de pogromos. Ya a finales de la década de 1890 las matanzas de armenios habían hecho a Abdul Hamid perder cualesquiera simpatías que pudiera tener todavía entre la comunidad internacional. También en el ámbito interno sus días estaban contados. Receloso de los oficiales jóvenes, muchos de los cuales habían visitado la Europa occidental y se habían empapado de las ideas europeas, el sultán privó de fondos al ejército. La corrupción comportaba que los oficiales se quedaran a menudo sin su paga. En 1907-1908 unos conspiradores del autodenominado Comité para la Unión y el Progreso, de carácter clandestino, asesinaron a varios agentes de la policía que se habían infiltrado en el ejército, para pasar luego a la acción. Una tras otra, las guarni-

ciones empezaron a declarar abiertamente su adhesión al Comité. Abdul Hamid, aterrado por la posibilidad de perder la vida, aceptó de inmediato reimplantar la Constitución de 1876. Pero ya era demasiado tarde. Aquello era la revolución de los Jóvenes Turcos. Curiosamente, al proclamar su adhesión a la libertad y a la democracia, los revolucionarios contaron con el apoyo de los grupos nacionalistas minoritarios, incluida la propia ORMI. Pero los Jóvenes Turcos no tenían mucha idea de cómo traducir sus ideas en acción, aparte de quitar de en medio a Abdul Hamid, cosa que hicieron destituyéndolo al año siguiente y poniendo en el trono a uno de sus muchos parientes, Mehmed V (1844-1918).

Mientras tanto, durante el período inmediatamente posterior a la guerra serbo-búlgara de 1885, todas las potencias balcánicas se habían dedicado a armarse hasta los dientes y a comprar el armamento más moderno de las principales fábricas de Europa gracias a los préstamos suministrados por los gobiernos británico, francés y alemán, deseosos de promover las exportaciones. A instancias de los oficiales macedonios de su ejército, Bulgaria compró armas con tanta alegría que a mediados de la década de 1890 una tercera parte del presupuesto nacional se gastaba en el ejército y en 1902, incapaz de pagar los intereses de los préstamos contratados, el país tuvo que declararse en bancarrota. No fue el único estado que tuvo que admitir su insolvencia nacional. Los serbios también dedicaron una cantidad ingente de recursos a reforzar su ejército, provocando la declaración de bancarrota estatal en 1893, cuando el gobierno se vio obligado a reconocer que era incapaz de pagar los intereses de los préstamos obtenidos. Las deudas fueron consolidadas, la emisión de moneda fue reducida, y se puso en marcha una autoridad de control financiero independiente. En Grecia las cosas fueron aún peor. En 1893 la deuda del estado ascendía a diez veces la renta nacional y también aquí el gobierno tuvo que admitir públicamente la situación de insolvencia nacional. Sin embargo, no se hizo nada para resolver la situación hasta 1897, cuando Grecia lanzó una

guerra contra Turquía por las disputas suscitadas entre cristianos y musulmanes en la isla de Creta, después de que una multitud enfurecida acusara en Atenas al rey Jorge I (1845-1913) de traicionar la causa nacional intentando alcanzar una solución pacífica del problema. La guerra se desarrolló en varios frentes, pero en la acción decisiva, la batalla de Domokós, en Tesalia, donde llegaron a congregarse alrededor de 45.000 soldados por cada bando, las fuerzas otomanas obligaron a las griegas a emprender la retirada. El desastre, llamado en Grecia Año Negro 97 o la guerra de los Treinta Días, acarreó una serie de pérdidas territoriales de menor trascendencia y obligó a Grecia a pagar una gigantesca indemnización financiera a los otomanos. Ante la evidencia de que Grecia era incapaz de pagarla, intervino una Comisión Internacional de Control Financiero para garantizar el reembolso de las reparaciones de guerra al gobierno otomano mediante un recorte de la emisión de moneda con el fin de estabilizar la dracma, y también a través de la recaudación de impuestos indirectos en nombre del gobierno heleno.

El problema de todos estos países era que estaban habitados sobre todo por una población dedicada a la agricultura de subsistencia, y por lo tanto tenían unos volúmenes de exportación muy pequeños, mientras que la administración tributaria era en gran medida ineficaz. Ninguna de estas dificultades financieras, sin embargo, supuso en último término un obstáculo para la expansión militar, alimentada por las pasiones nacionalistas cada vez más intensas. En Grecia, los oficiales jóvenes, enardecidos por el ejemplo de los Jóvenes Turcos, derrocaron al gobierno en el curso de un golpe de Estado en agosto de 1909, poniendo finalmente el poder en manos de un político nacionalista bastante hábil, Elefterios Venizelos, que inmediatamente reformó las finanzas públicas, pero combinó esas medidas con un nuevo programa de rearme. En Serbia el cambio llegó antes y de forma más violenta. Cuando el rey Alejandro Obrenović (1876-1903) intentó en 1903 llevar a cabo una purga del ejército serbio con el

fin de reducir su poder y ahorrar dinero, un grupo de oficiales jóvenes capitaneados por Dragutin Dimitrijević (1876-1917), llamado el Coronel Apis, tomó la decisión de acabar con él. Contaban con el apoyo implícito de muchos personajes destacados del país que se oponían enérgicamente al acercamiento del monarca a Austria-Hungría, por temor a que Serbia acabara convirtiéndose en un estado cliente de los Habsburgo. Alejandro era ya bastante impopular porque gobernaba de forma autoritaria, cerraba periódicos, ignoraba los resultados de las elecciones, y se había malquistado con los principales políticos. Entre estos últimos se hallaba el influyente ministro del Interior, Đorđe Genčić (1861-1938). Como muchos otros ministros y altos funcionarios, Genčić se había opuesto al matrimonio del rey con Draga Mašin (1864-1903), cuya reputación social era tan mala que el gabinete entero presentó su dimisión cuando la pareja anunció su compromiso. «Majestad —dijo Genčić al monarca—, no podéis casaros con ella. Ha sido la amante de todo el mundo; incluso de mí mismo». La respuesta del rey —una bofetada en la cara del ministro— bastó para arrojar a Genčić en los brazos de Apis y los conspiradores.

Tras cuidadosos preparativos, veintiocho oficiales serbios encabezados por Apis irrumpieron en el palacio real el 28 de mayo de 1903 por la noche. En el tiroteo que se produjo a continuación Apis fue alcanzado tres veces por los disparos; sobrevivió a la acción, aunque tendría que llevar las balas en el interior de su cuerpo durante el resto de su vida. Los demás conspiradores subieron precipitadamente las escaleras y por fin encontraron una entrada secreta al pequeño vestidor en el que se habían escondido el rey y la reina. Tras asegurar que seguirían leales al juramento al monarca que habían prestado como oficiales, los insurgentes pegaron un tiro al rey Alejandro y a la reina Draga cuando la pareja entró en su dormitorio, y despedazaron sus cadáveres antes de arrojarlos por la ventana. Uno de los conspiradores cortó un trozo de piel de la reina y se lo llevó consigo para pa-

searlo luego como trofeo. En otros puntos de Belgrado otros conjurados mataron a tiros a varios miembros del gabinete de gobierno, incluido el primer ministro. Tras instalar en el trono a un destacado miembro de la familia rival, los Karađorđević, con el nombre de Pedro I, el ejército tendría en adelante las manos libres para encargar todo el armamento que quisiera. Acumuló así una deuda gigantesca con los franceses, a los que compró todo su equipamiento militar. El aparato del estado autoritario de Alejandro fue desmantelado, y se restableció cierto grado de soberanía popular.

Esta circunstancia puso el poder en manos de un electorado nacionalista en beneficio del político liberal Nikola Pašić (1845-1926), cuya formación de carácter popular, el Partido Radical, había sido una de las principales víctimas de la represión de Alejandro I. El principal perdedor internacional de esta revolución fue el Imperio Austrohúngaro. En adelante, Serbia permanecería profundamente hostil al estado de los Habsburgo e intentaría socavar su dominio sobre Bosnia-Herzegovina. En 1908 el advenimiento del régimen de los Jóvenes Turcos fue tomado por Serbia y por los demás países de la región como un nuevo signo de la debilidad otomana y como una señal para entrar en acción. Austria-Hungría, preocupada por el irredentismo serbio y aprovechando el caos reinante en Constantinopla, se anexionó Bosnia-Herzegovina, nominalmente provincia otomana bajo el control de los Habsburgo desde hacía treinta años según lo dispuesto en el congreso de Berlín. Al mismo tiempo, y desde luego no fue una coincidencia, Fernando I de Bulgaria declaró a su país nación soberana independiente, libre del control otomano, y se proclamó rey. Los rusos tuvieron que aceptar la modificación del tratado de Berlín y reconocer todos estos acontecimientos, pero seguían decididos a no tolerar que se repitiera la situación. Fomentaron la creación de una serie de alianzas mutuas en los Balcanes y apoyaron una campaña de subversión en las provincias anexionadas, habitadas por una mezcla de serbios, croatas y mu-

sulmanes. El desorden se contagió a Montenegro, que había conseguido la independencia en virtud del tratado de Berlín en 1878 tras una serie de enfrentamientos armados, especialmente gracias a la victoria montenegrina en la batalla de Grahovac de 1858. A raíz del tratado de Berlín, el príncipe Nicolás I (1841-1921) había consolidado esa independencia con gran habilidad, casando a dos de sus hijas con sendos grandes duques rusos y anunciando su alianza con Rusia mediante el gesto, puramente simbólico, de declarar la guerra a Japón en 1904. Nicolás aprovechó la debilidad otomana para proclamarse rey de su empobrecido país en 1910. Paralelamente a esta acción, sus vecinos albaneses, sometidos al reclutamiento militar forzoso por los Jóvenes Turcos, que además les negaron el uso de su lengua y les privaron de cualquier tipo de sistema educativo, aunque eran musulmanes, se levantaron ese mismo año en una rebelión tan confusa como violenta.

Lo que, sin embargo, encendió realmente el polvorín balcánico fue una serie de acontecimientos que comenzaron en el norte de África. Cuando en 1911 el sultán de Marruecos solicitó asistencia militar francesa para sofocar una rebelión, el káiser alemán envió a Agadir una cañonera con el fin de forzar la retirada de los franceses. Pero los británicos intervinieron poniéndose de parte de estos últimos y obligaron a Alemania a aceptar un protectorado francés en Marruecos a cambio de un traspaso de territorio del Congo Francés a la colonia alemana de Camerún. Aquel fue el momento en el que el gobierno italiano vio la oportunidad de resucitar sus ambiciones de imperio en el norte de África y ordenar la invasión de Libia, declarando la guerra a la potencia nominalmente soberana del territorio, esto es, el imperio otomano. Este conflicto se hizo famoso por ser el primer caso en que se llevaron a cabo vuelos de reconocimiento y bombardeos aéreos, ambos por parte de los italianos, que fueron también los primeros en la historia en desplegar carros blindados sobre el terreno. Los reveses sufridos inicialmente indujeron al

ejército italiano a enviar refuerzos, hasta disponer de un contingente de 150.000 hombres en la zona. Los otomanos reclutaron tropas auxiliares árabes, pero, incapaces de reforzar su ejército salvo por mar, no pudieron desplegar más que unos 30.000 hombres. Poco a poco la superioridad numérica y armamentística de los italianos obligó a los turcos a dar marcha atrás. Mientras tanto, una flota italiana aniquiló a la armada otomana frente a las costas de Beirut, y de paso Italia ocupó las islas del Dodecaneso, en el mar Egeo.

El gobierno otomano, que ya tenía serias dificultades en el interior, pidió la paz y el tratado de Ouchy, firmado en octubre de 1912, puso en manos de Italia el control de Libia a cambio de la devolución de las islas. Sin embargo, esta parte del acuerdo no fue respetada por los italianos y de hecho no se llevó a cabo hasta el final de la segunda guerra mundial. El desmembramiento definitivo del imperio otomano parecía que estaba por fin en marcha. Ya en agosto de 1912 unos 20.000 albaneses mal organizados, pero bien armados, habían ocupado la ciudad macedonia de Skopie, obligando a los otomanos a conceder la autonomía a la provincia circundante, donde había una numerosa población de lengua albanesa. Junto con las victorias italianas, esta situación convenció a Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia de que había llegado el momento de atacar. En octubre de 1912 la región se vio sumida rápidamente en el caos cuando los búlgaros invadieron Tracia; búlgaros, griegos y serbios, Macedonia; montenegrinos y serbios, el norte de Albania y Kosovo; y los griegos solos, el sur de Albania. A las fuerzas otomanas, ya desmoralizadas y desorganizadas, les resultó imposible hacer frente a una guerra en tantos frentes. A los pocos días los serbios derrotaron a un ejército turco en Kumanovo y entraron en Skopie. Un testigo ocular que se hallaba en la ciudad de Kumanovo informaba de que «las divisiones turcas salieron huyendo a la desbandada por las calles de la localidad en una retirada caótica… los hombres corrían mutilados, cubiertos de sangre y descalzos… la me-

tralla serbia empezó a caer sobre la estación y el personal del ferrocarril se dispersó como si aquello fuera una cacería de gorriones». Las fuerzas serbias avanzaron por la zona, en buena parte habitada por albaneses de religión musulmana, incendiando las aldeas y matando a sus pobladores. Un socialista serbio integrado en el ejército comentaba cómo los habitantes de Skopie se despertaban «cada mañana para contemplar… en pleno centro de la ciudad… montones de cadáveres de albaneses con las cabezas cortadas… [Era] evidente que aquellos hombres decapitados no habían muerto en el campo de batalla».

La iniciativa en estas matanzas la llevó el Coronel Apis, fundador de la Defensa Nacional, una organización nacionalista creada en 1908 tras la anexión de Bosnia-Herzegovina por el Imperio Austrohúngaro. Cuando los austríacos obligaron al gobierno serbio a ilegalizar dicha formación, Apis creó otra organización secreta, de carácter terrorista, Unificación o Muerte, también conocida como la Mano Negra. Su finalidad era crear una Gran Serbia que incluyera Bosnia, Croacia y Macedonia. Poco tiempo después la organización controlaba las zonas de Macedonia ocupadas por Serbia. Tras la derrota de un ejército griego en Monastir entre el 16 y el 19 de noviembre de 1912, las fuerzas serbias, integradas por unos 110.000 hombres, atacaron a un contingente de 90.000 turcos en una batalla de tres días de duración en la que perdieron la vida 12.000 serbios y 17.000 turcos. El general al mando de las tropas otomanas finalmente se rindió, marchando con 45.000 de sus hombres al cautiverio mientras otros 30.000 emprendían la huida y se refugiaban en los montes de las inmediaciones. Mientras tanto una fuerza griega marchó a la carrera sobre Tesalónica (Salónica), ocupando la ciudad justo antes de que llegaran los búlgaros. Las relaciones entre los dos pequeños países no tardaron en deteriorarse gravemente a raíz de este acontecimiento. En otros lugares, en cambio, los búlgaros tuvieron más suerte, apoderándose el 24 de octubre de la importantísima fortaleza de Lozengrad, en Tracia, y obligando a las

fuerzas otomanas a abandonar desordenadamente la región. Mientras los turcos que se batían en retirada asesinaban a todos los civiles que encontraban a su paso, los búlgaros que invadían la zona incendiaban todas las mezquitas que veían. En la fortaleza de Çatalca, los búlgaros llevaron a cabo un bombardeo masivo con 900 cañones de campaña. El estruendo llegó a oírse en Constantinopla, situada a casi 40 kilómetros de distancia. Los turcos se atrincheraron, las bajas empezaron a aumentar, y los dos ejércitos siguieron peleando hasta llegar a un callejón sin salida. El conflicto prácticamente ya había acabado a finales de 1912, pero las hostilidades búlgaro-turcas se reanudaron en febrero de 1913 en Adrianópolis, desencadenadas por la negativa de los otomanos a entregar la ciudad a los búlgaros, como habían acordado en las negociaciones de paz. Cuando el gobierno de Constantinopla se avino a efectuar la entrega, fue derrocado por el Comité para la Unión y el Progreso de los Jóvenes Turcos, en una acción que fue acompañada de manifestaciones por las calles de estudiantes de las escuelas religiosas al grito de «¡Antes la muerte que una paz deshonrosa!». Finalmente Adrianópolis cayó el 26 de marzo de 1913, dejando casi 60.000 muertos, muchos de ellos a causa del cólera. Cuando entraron en la ciudad, los búlgaros se encontraron las calles atestadas de cadáveres en descomposición.

En vista de que los ulteriores ataques contra Çatalca y Galípoli no lograban sus objeticos, el rey Fernando I de Bulgaria cesó por fin temporalmente en sus ambiciones de restablecer e incluso ampliar la Gran Bulgaria creada de manera provisional en el tratado de San Stefano, y el 30 de mayo de 1913 firmó el tratado de Londres, gracias a la mediación de las grandes potencias. El pacto acordado ratificaba la retirada de los otomanos de toda la región, de hecho de casi toda Europa, y sellaba la creación de una Albania independiente, medida respaldada por Austria con la esperanza de que el nuevo país se convirtiera en un estado cliente suyo y de mantener a Serbia aislada y alejada del Medite-

rráneo. Instintivamente las grandes potencias recurrieron al príncipe alemán de costumbre, esta vez Guillermo de Wied (1876-1945), que fue proclamado jefe del Estado con el título de príncipe Vidi I, pero su reinado duró menos de seis meses; los campesinos musulmanes que se habían sublevado contra los otomanos se opusieron entonces al pacto internacional, que, según creían, les imponían las potencias cristianas en beneficio de los grandes terratenientes albaneses. Su cólera se intensificó por el hecho de que Vidi se apoyó en el fuerte respaldo militar de las tropas católicas originarias de la región de Mirdita, en el norte del país. Cuando los rebeldes entraron en Tirana, Vidi huyó en septiembre de 1914 para unirse al ejército alemán del frente occidental, aunque nunca renunciaría a sus pretensiones al trono de Albania. El país se desmoronó, para ser invadido de forma sucesiva y a veces conjuntamente por Serbia, Montenegro, Italia, Grecia y Bulgaria durante los años siguientes.

MAPA 18. La primera guerra de los Balcanes, julio de 1912-mayo de 1913.

MAPA 19. La segunda guerra de los Balcanes, junio-octubre de 1913.

La primera guerra de los Balcanes fue seguida rápidamente por otra. Para todos era evidente que Bulgaria había quedado gravemente debilitada por el conflicto. Los serbios concluyeron una alianza secreta con los griegos y amenazaron con anexionarse los territorios macedonios que ocupaban, sobre los cuales pretendía tener derecho Bulgaria. Los rumanos exigieron la cesión del noreste de Bulgaria (la parte sureste de Dobruja) y los griegos empezaron a amenazar la zona circundante de Tesalónica. Siguiendo instrucciones del rey, pero sin contar con la ratificación el gobierno, el general búlgaro Mihail Savov (1857-1928) lanzó un desastroso ataque preventivo contra los serbios el 28 de junio de 1913. Los amotinamientos, las enfermedades y las deserciones de sus tropas, agotadas de tanto combatir, convirtieron el ataque en un fiasco. Los serbios repelieron la agresión búlgara, los griegos lanzaron con éxito un ataque contra el principal ejército búlgaro, y los rumanos, que habían permanecido neutrales durante la primera guerra de los Balcanes, aprovecharon la oportunidad que les brindaban los reveses sufridos por los búlgaros para invadir la Dobruja meridional. Incluso los otomanos se las arreglaron para volver a ocupar parte del este de Tracia,

reconquistando de paso Adrianópolis. Cuando las fuerzas rumanas estaban a menos de quince kilómetros de la capital de Bulgaria, Sofía, los búlgaros decidieron poner fin al conflicto que se prolongaba ya desde hacía meses.

Aunque algunas de las naciones beligerantes habían perdido buena parte de lo que habían ganado durante la primera guerra de los Balcanes, en los tratados de Bucarest y Constantinopla, firmados respectivamente en agosto y septiembre de 1913, Bulgaria aumentó su territorio en un 16%, comparado con el que tenía antes de la primera guerra de los Balcanes, y su población pasó de los 4,3 a los 4,7 millones de habitantes. Rumanía aumentó su territorio en un 5 % y Montenegro ni más ni menos que en un 62 %. Grecia vio cómo su población pasaba de los 2,7 a los 4,4 millones de habitantes y su territorio se incrementó ni más ni menos que en un 68 %. Serbia casi duplicó su territorio y aumentó su población de los 2,9 a los 4,5 millones. Los otomanos habían conseguido retener su pequeño punto de apoyo en Europa. Para Rusia, sin embargo, las guerras de los Balcanes fueron una catástrofe. Su sistema de alianzas balcánicas, cuidadosamente montado, se había venido abajo de la manera más espectacular imaginable. El estado más poderoso de la región, Bulgaria, estaba furioso porque los rusos no lo habían apoyado y ahora buscaban como aliado a Alemania. El único amigo que le quedaba a Rusia era Serbia; aquella circunstancia dio una importancia enorme a los serbios, que en 1914 utilizarían su ventaja al máximo. El afán ruso de tener acceso directo al Mediterráneo se había visto frustrado por completo. Serbia miraba ahora hacia Bosnia-Herzegovina para ampliar su territorio, después de ganar más o menos todo lo que había querido durante las dos guerras de los Balcanes.

Las guerras de los Balcanes destacaron por la magnitud de las tropas movilizadas por los países beligerantes. Serbia tenía una población de menos de tres millones de individuos, pero puso en campaña un ejército mayor que cualquiera de los desplegados en

un primer momento por Napoleón. Bulgaria movilizó a medio millón de hombres, una cuarta parte de toda su población masculina. Los ejércitos cavaron trincheras y sometieron al enemigo a despiadados bombardeos de artillería. Las tropas iban vestidas con uniformes de camuflaje de color caqui o gris verdoso, en vez de utilizar los colores brillantes tradicionales que permitían su identificación. La caballería solo desempeñó un papel secundario. Todos los países implicados, excepto Rumanía y Montenegro, lanzaron a los cielos aviones de combate y los utilizaron para bombardear al adversario. Los reflectores dirigían sus haces de luz hacia las líneas enemigas, permitiendo que los combates se prolongaran veinticuatro horas seguidas. Las ambiciones territoriales de los países beligerantes iban más allá de la anexión de zonas que pudieran afirmar que pertenecían a sus respectivas naciones por su cultura, su lengua o su historia. La invasión de Albania por los montenegrinos, por ejemplo, o el programa de creación de la Gran Serbia que tenía la Mano Negra, o el deseo de Fernando I de verse coronado en Constantinopla como señor de un imperio búlgaro que se extendiera por toda Macedonia, eran realmente ejemplos de imperialismo puro y duro, dirigido ahora hacia la propia Europa. Las matanzas de civiles presagiaron los genocidios que se producirían más tarde a lo largo del siglo xx, en los que las personas consideradas extrañas eran asesinadas en aras de los supuestos intereses de integridad racial o religiosa de un estado-nación en proceso de expansión; los búlgaros quemaron en su avance mezquitas, y en Macedonia las potencias ocupantes, y en particular Serbia, emprendieron un programa despiadado de asimilación a su lengua y a su cultura, intentando borrar de un plumazo las lenguas y culturas minoritarias. En noviembre de 1913 un vicecónsul británico de la región comunicaba que la población musulmana de las zonas anexionadas se hallaba «en peligro de exterminio debido a las frecuentes y bárbaras matanzas y al expolio al que se ven sometidas a ma-

nos de bandas serbias». No sería ni mucho menos la última vez que se enviara un aviso de este estilo a lo largo del siglo XX.

Las guerras de los Balcanes ocasionaron directamente la muerte de 200.000 soldados de todos los bandos, y el caos que generaron hizo que perdieran la vida muchos millares de civiles, víctimas de las enfermedades, especialmente el cólera y el tifus. En muchos sentidos estas guerras fueron un presagio de lo que estaba por venir. Y, sin embargo, fueron conflictos breves, en los que todos los países participantes tenían objetivos limitados y claramente definidos, consiguiéndolos en una medida suficiente para poder acordar enseguida un alto el fuego. La finalidad de los combatientes no fue en ningún caso alcanzar un cambio de régimen entre sus adversarios. Al mismo tiempo era evidente que las grandes potencias iban viéndose atraídas cada vez más hacia ese tipo de conflictos. Durante la primera guerra de los Balcanes, cuando Montenegro, aliado con Serbia, atacó el norte de Albania, la mayoría de cuyos habitantes no eran ni serbios ni montenegrinos, Italia y Austria-Hungría exigieron su retirada, Rusia empezó a movilizarse en apoyo de los serbios, y Francia hizo público su apoyo a Rusia. La situación solo pudo desactivarse debido a una intervención de los ingleses que desembocó en la conferencia internacional que garantizó la independencia de Albania. Los montenegrinos conquistaron Scutari mientras los rusos y los austrohúngaros se peleaban por cuáles eran exactamente las fronteras del nuevo estado. La negativa de los montenegrinos a retirarse amenazó de nuevo con el recrudecimiento de las hostilidades, hasta que las potencias pagaron una enorme suma de dinero como soborno al monarca montenegrino Nicolás I para convencerlo de que retirara a sus tropas. En agosto de 1914 desactivar un nuevo estallido de esos conflictos no resultaría tan fácil.

«La gran guerra que todos esperamos»

En 1815, y durante mucho tiempo después, los estadistas y los políticos de Europa habían llegado a la conclusión de que la co-

operación internacional era la manera de prevenir el estallido de nuevas revoluciones sociales y políticas. La destrucción masiva y las pérdidas humanas que los ejércitos de la Revolución Francesa y de su heredero, Napoleón, habían provocado en Europa debían ser evitadas mediante el restablecimiento de las jerarquías sociales y el orden político. La hegemonía británica en el mundo había servido para impedir que los conflictos coloniales e imperiales pudieran poner en entredicho la paz en Europa. Los estados del Viejo Continente habían emprendido un número limitado de batallas, para un número limitado de objetivos y con un número limitado de medios. El afán de Bismarck por construir un sistema de alianzas que concediera al Reich alemán, creado en 1871, el espacio necesario para su propia consolidación había dado lugar a una serie de componendas concebidas para conjurar el peligro de que Francia pudiera encontrar aliados que le ayudaran a recuperar Alsacia-Lorena, región anexionada por los alemanes en el curso de la guerra franco-prusiana. En 1872, el Canciller de Hierro logró crear la liga de los Tres Emperadores, que le permitía mantener separada a Rusia de Francia y ganarse el favor de Austria-Hungría, todo ello en el interés común de tener bajo control las ambiciones nacionalistas de los polacos, cuyo territorio estaba dividido entre los tres imperios. En 1882, reforzó el sistema de tratados tras establecer una Triple Alianza con Italia y Austria-Hungría. Cinco años más tarde firmó en secreto con Rusia el tratado de Reaseguro, en un intento de mantener a los rusos de su parte. En los Balcanes, Bismarck convenció a Austria-Hungría y a Rusia de que aceptaran repartirse las zonas de influencia: la mitad occidental para la primera, y la mitad oriental para la segunda. Perfectamente consciente del peligro que comportaba la turbulenta política de los Balcanes y de la posibilidad de que semejante situación provocara el estallido de un grave conflicto en Europa, el canciller advirtió una y otra vez de la posibilidad de que Alemania se viera obligada a afrontar una guerra en dos frentes, y en 1876 dijo en el Reichs-

tag que «todos los Balcanes no valen —perdonen mi crudo lenguaje— los saludables huesos de uno de nuestros granaderos pomeranos».

Bismarck trató de lograr la cuadratura del círculo de la diplomacia europea. A la larga, sería imposible conciliar los intereses de Rusia con los de Austria-Hungría, especialmente en lo referente a los Balcanes. Además, cuando Bismarck dejó el cargo en 1890, llegó al poder una generación más joven de políticos y estadistas alemanes convencidos del grandioso destino de Alemania, que contemplaban con desdén el elaborado sistema de alineaciones diplomáticas construido por el Canciller de Hierro para proteger al joven imperio de sus enemigos. En opinión de todos ellos, Alemania podía valerse por sí misma. Sin consultar al káiser, el sucesor de Bismarck en la cancillería, Leo von Caprivi, dejó que el tratado de Reaseguro acabara convertido en papel mojado. En poco tiempo Alemania empezó a desarrollar ambiciones imperialistas, introduciendo en la política europea cuestiones coloniales. El concierto europeo comenzó a tambalearse. Hasta los primeros años del nuevo siglo Gran Bretaña consideró sobre todo a Rusia su enemigo potencial más peligroso, en gran medida debido al denominado «Gran Juego» en Asia y a las ambiciones expansionistas del imperio zarista que significaban abrirse paso hacia el Mediterráneo y Oriente Medio. Francia provocaba los mismos recelos, y, de hecho, en las novelas en las que se advertía a la opinión pública británica de la falta de preparación de su gobierno para afrontar una futura guerra seguiría considerándose, hasta bien entrado el siglo xx, que Francia constituía la principal amenaza. Esta idea se ilustraba con escabrosas descripciones de malvados franceses enviando al otro lado del canal de la Mancha un ejército invasor en globos gigantes, o cavando subrepticiamente un túnel bajo el paso de Calais para que las tropas galas pudieran cruzar hasta Inglaterra por debajo del mar sin ser detectadas. Pero no todo era fantasía. En efecto, el 28 de febrero de 1900, el ministro de Exteriores galo, Théophile Del-

cassé (1852-1923), informó a su gabinete de que en conversaciones sobre cómo contrarrestar el desafío británico a las ambiciones coloniales francesas, «algunos sugieren un desembarco en Inglaterra, otros una expedición a Egipto; pero otros abogan por recurrir a las tropas de Indochina para lanzar un ataque en Birmania que coincidiría con un avance de los rusos hacia la India». Era evidente que la antigua enemistad seguía viva.

Cuando los alemanes se negaron a secundar unos planes tan disparatados, Delcassé, desairado, cambio de opinión y empezó a considerar que las cuestiones coloniales podían resolverse mejor colaborando con los británicos, y no enfrentándose a ellos. En 1904, Gran Bretaña y Francia firmaron la famosa *entente cordiale*, sellando una serie de acuerdos concebidos para evitar que los dos países pudieran verse arrastrados a entrar en la inminente guerra ruso-japonesa en el bando de sus respectivos aliados (los británicos habían establecido anteriormente una alianza con Japón en su afán por impedir una expansión rusa en territorio chino). Ello comportó la resolución de los problemas coloniales pendientes entre las dos naciones e incluyó el compromiso de que Marruecos pasara a pertenecer a la esfera de influencia de Francia. En marzo de 1905, sin embargo, el káiser Guillermo II desembarcó en Tánger, prometió al sultán ayuda contra Francia y comunicó al cónsul galo que sabía perfectamente cómo debía defender los intereses alemanes en la zona (frases como esta resultaban extremadamente belicosas en el lenguaje de la diplomacia). Con esta actuación el emperador alemán pretendía socavar los intereses franceses en Marruecos en un momento en el que Rusia, el aliado de Francia, había entrado en grave conflicto con Japón. Tal vez creyera que con ello iba a convencer a Gran Bretaña de que una Alemania fuerte sería un aliado más conveniente que una Francia debilitada, y de que, por lo tanto, lo más recomendable era olvidarse de la *entente cordiale*.

Pero como solía ocurrir con las actuaciones del káiser, su intervención acabó resultando contraproducente. Los británicos

reaccionaron apoyando a los franceses, y al gobierno alemán no le tocó más remedio que recular. Todo ello dio lugar a la firma, en el mes de abril de 1906, del tratado de Algeciras, que concedía a los franceses prácticamente todo lo que pretendían. Pero el aspecto más significativo de la crisis probablemente fuera la siguiente declaración pública efectuada por Lloyd George: «Si Gran Bretaña recibe un trato inapropiado allí donde sus intereses puedan verse gravemente afectados, como si careciera de importancia en el gabinete de naciones, entonces afirmo con énfasis que la paz a semejante precio sería una humillación insultante que un gran país como el nuestro no debe tolerar». Fue, como muy tarde, a partir de ese momento cuando el gobierno británico, incluido su ministro de Exteriores, sir Edward Grey, comenzó a considerar a Alemania, y no a Rusia ni a Francia, la principal amenaza para los intereses de Inglaterra. Esta visión ya había sido adoptada por las autoridades del Foreign Office, especialmente por sir Eyre Crowe (1864-1925), quien en enero de 1907 redactó un célebre memorándum afirmando que o bien Alemania pretendía «conscientemente el establecimiento de una hegemonía alemana, primero en Europa y luego en el mundo», o bien «el gran proyecto alemán es, en realidad, únicamente la expresión de una estrategia de estado vaga, confusa e impracticable, inconsciente de su propia deriva». Fuera como fuese, la conclusión era una sola: había que hacer frente a Alemania.

El factor decisivo en todo este asunto fue la construcción masiva de una fuerza naval germana tras la aprobación de la Ley Naval de 1898 y otras normativas similares posteriores. Hasta entonces, Alemania había carecido de una armada realmente efectiva. Pero el káiser Guillermo y el nuevo secretario de Estado del Departamento de la Marina Imperial, el almirante Alfred von Tirpitz, tenían la firme determinación de construir una armada que potenciara el prestigio de Alemania. Además, entre la élite dirigente alemana —presionada por la aparición de nuevas asociaciones nacionalistas— se extendía cada vez más la idea de

que la mezcolanza de colonias pequeñas e insignificantes del imperio alemán no era en absoluto apropiada para una gran potencia. Como afirmaría el ministro de Exteriores germano —y posteriormente canciller—, Bernhard von Bülow, Alemania necesitaba ocupar su «lugar bajo el sol» (expresión que luego repetiría su sucesor en la cancillería, Theobald von Bethmann Hollweg, ante el embajador francés). Para lograrlo, Von Bülow implantó la denominada «política mundial», o *Weltpolitik*. El gobierno alemán y —con o sin su permiso— el káiser empezaron a intervenir enérgicamente en asuntos internacionales, sobre todo en la guerra de los bóeres y en la rebelión de los bóxers. Las leyes navales de Tirpitz fueron el preludio de un programa de construcción masiva de buques con la finalidad de crear una gran flota, pero no una flota de veloces cruceros ligeros con los que defender o expandir los intereses imperialistas de Alemania, sino una flota de enormes acorazados. Su objetivo era infligir a la Marina de Su Graciosa Majestad tantísimos daños en una confrontación en el mar del Norte que los británicos se vieran obligados a permitir de una manera u otra la expansión del imperio de ultramar alemán. Como declararía Tirpitz, «para Alemania el enemigo naval más peligroso en estos momentos es Inglaterra». Pero Tirpitz y el káiser no supieron ver que Inglaterra no iba a quedarse con los brazos cruzados ante semejante amenaza. En primer lugar, los británicos emprendieron su propio programa de construcción naval, y posteriormente, en 1906, en parte como respuesta a la derrota de la armada rusa por una marina japonesa mejor construida y equipada, lanzaron un nuevo tipo de acorazado: una embarcación rápida con un blindaje pesado, provista de un número mucho mayor de cañones de largo alcance y de torpedos que los que poseían los modelos existentes. El primero de estos nuevos buques fue bautizado con el nombre de *Dreadnought*.

En 1914, los británicos ya disponían de veintinueve de esos flamantes acorazados, muchos de los cuales habían sido objeto

de tantas mejoras que empezaron a recibir el nombre de *superdreadnoughts*, mientras que los alemanes solo contaban con diecisiete de ellos. Además, todo el *modus operandi* de la Marina Real se había visto revolucionado durante ese proceso. En 1897, la armada de Gran Bretaña, la más grande del mundo, aparecía descrita como «un organismo adormilado, ineficiente y apolillado», dirigido por unos hombres adiestrados para navegar con sus buques en un mundo en paz. Los almirantes y los capitanes solían enorgullecerse del aspecto de sus barcos, a menudo pagando de su propio bolsillo ornamentos con los que embellecerlos. Los marineros pasaban horas y horas puliendo los objetos y las partes de latón de las naves, y los capitanes trataban de evitar las prácticas de tiro con los cañones porque se ensuciaba la pintura de las embarcaciones. El capitán Percy Scott (1853-1924), inventor de algunas técnicas modernas para mejorar la eficacia de la artillería naval, puso cara de desaprobación al ver que los cañones de su barco acertaban solo un 80 % de los disparos en el curso de unas prácticas, cuando la media de la flota era de un 30 %. No es de sorprender que el almirante Jackie Fisher (1841-1920), el dinámico reformador elegido en 1902 para modernizar la Marina Real, formulara al cabo de dos años la siguiente pregunta a todas luces retórica: «¿Cuántos almirantes nuestros tienen cerebro?». Fisher interrumpió inmediatamente las prácticas en mástiles y vergas, y en 1905 estableció la obligatoriedad de los métodos ideados por Scott para la artillería. En consecuencia, por primera vez la marina empezó a tener más aciertos que fallos en sus prácticas de tiro. Sin embargo, a pesar de la oposición de los que él mismo denominaba «los almirantes gotosos» de la escuela conservadora, Fisher tampoco era en realidad un hombre con mentalidad verdaderamente moderna. En 1914, la Marina Real británica seguía siendo de la opinión de que solo bastaría un único enfrentamiento decisivo en el mar del Norte, entre *dreadnoughts* debidamente alineados, para alcanzar una victoria rápida y contundente: una batalla de Trafalgar moderna. Tirpitz

pensaba más o menos lo mismo. Pero un acontecimiento así nunca llegó a materializarse. Antes bien, el conflicto naval se convirtió en una guerra de desgaste en la que llevaría la voz cantante la potencia que utilizó los submarinos para hundir los buques mercantes de su rival con el fin de estrangular sus vías de abastecimiento, y además los acorazados acabaron resultando muy vulnerables a los ataques aéreos.

Aunque ganaron la carrera armamentística naval, los británicos no redujeron sus temores y sospechas en lo concerniente a las ambiciones navales alemanas. En otras palabras, el daño ya estaba hecho, y era difícil revertir aquella situación. En ambos bandos, la inquietud se veía intensificada por la publicidad masiva que rodeaba la botadura de cada nuevo acorazado. Así pues, en 1914, los gobiernos de Gran Bretaña y Alemania, por muy divididos que estuvieran en lo relativo a las tácticas diplomáticas que debían seguirse en aquella crisis, consideraron que el otro constituía el gran enemigo en potencia en cualquier conflicto europeo en general. La inquietud de Gran Bretaña no hizo más que aumentar cuando en el 1913 Alemania decidió expandir su ejército de tierra, tras haber estado concentrada durante largo tiempo en su armada. Y aquella decisión tendría consecuencias. En 1907, el primer ministro británico, Henry Campbell-Bannerman, dijo a los franceses que «no creía que la opinión pública inglesa estuviera dispuesta a permitir la utilización de tropas británicas en Europa continental». Grey y el resto del gabinete pensaban que, si al final se decidía prestar ayuda militar a los franceses, esta solo consistiría en una especie de fuerza simbólica de dos o tres divisiones a lo sumo. En cualquier caso, las autoridades inglesas eran de la opinión de que los detalles de la planificación militar debían dejarse en manos de los profesionales. Así pues, cedieron a los generales parte de su libertad de acción. Sin saberlo el gabinete, sir Henry Wilson (1854-1922), jefe del Estado Mayor General, se preparó tan exhaustivamente como pudo para una guerra continental a gran escala. Empezó a pasar

sus veranos viajando en bicicleta por la parte del norte de Francia próxima a la frontera con Alemania, y por los Países Bajos, donde creía que iba a desarrollarse la próxima guerra. Sin informar al gabinete, entabló con los altos mandos del ejército francés negociaciones secretas que dieron lugar a una serie de planes serios en los que se contemplaba el envío de una importante fuerza expedicionaria británica en caso de invasión por parte de Alemania, así como el traslado de dichas tropas a los lugares que decidieran los franceses. Wilson, que despreciaba a los políticos democráticos, sabía perfectamente que, una vez enviadas las primeras divisiones, enseguida podrían enviarse muchas más. Esta implicación de su proyecto no fue nunca debatida en el gabinete. Gran Bretaña adquirió un compromiso con el continente sin que se consideraran en ningún momento las consecuencias.

Del mismo modo que los almirantes creían que la guerra en el mar iba a ser una repetición de las grandes batallas navales libradas en el pasado, los generales pensaban que la guerra en tierra firme iba a ser parecida a los conflictos bélicos de la década de 1860, que se habían caracterizado por comenzar con una serie de avances rápidos trasladando a las tropas en ferrocarril hasta el frente, seguidos de un enfrentamiento armado decisivo en el que el otro bando sufriría una derrota contundente, como había ocurrido en Sadowa (1866) o Sedán (1870). Así pues, al cabo de unas pocas semanas, o un par de meses como mucho, se firmaría la paz. De haber estudiado las guerras de los Balcanes, la guerra de Secesión americana o la guerra de Crimea, en las que las fuerzas de las partes enfrentadas habían estado relativamente bastante igualadas, es probable que su manera de pensar hubiera sido muy distinta. Además, ya desde aquellos tiempos, las alambradas de espino y las ametralladoras formaban parte de los equipamientos defensivos habituales, pero los motores de combustión y los sistemas de blindaje todavía no se habían desarrollado lo suficiente como para producir máquinas capaces de superar con eficacia todos esos obstáculos para restablecer la mo-

vilidad en los enfrentamientos armados. Unos pocos supieron darse cuenta de estos inconvenientes. En *Modern Weapons and Modern War* [Armas modernas y guerras modernas] (1900), el banquero polaco Ivan Bloch (1836-1902) sostenía que en la siguiente gran guerra «la pala será tan importante como el fusil». Supo predecir que en la guerra del futuro se produciría una situación de estancamiento. Las cargas de la caballería resultarían obsoletas. Los soldados atrincherados y armados con ametralladoras tendrían al menos una cuádruple ventaja frente a los que vinieran hacia ellos avanzando a campo abierto. Los países beligerantes se verían obligados a movilizar a millones de hombres, y las subsiguientes presiones y tensiones darían lugar a «la liquidación de toda la organización social». «La tenacidad con la que la casta militar se aferra al recuerdo de un estado de las cosas que ya es historia —advertía—, resulta… costosa y peligrosa».

Nadie tomó en cuenta sus advertencias, del mismo modo que nadie prestó atención a las palabras del pacifista alemán Wilhelm Lamszus (1881-1965), un maestro de Hamburgo de ideas socialdemócratas, que en 1912 publicó *Das Menschenschlachthaus. Bilder vom kommenden Krieg* (*El matadero humano. Imágenes de la guerra venidera*). Escrito como si el autor fuera un soldado participante en el conflicto, el libro describía «campos atestados de muertos», «un cadáver tras otro». «Es como si la muerte hubiera soltado su guadaña [y] se hubiera convertido en una máquina… eso es lo que tengo atravesado en la garganta. Que técnicos y máquinas nos mandarán a la muerte. Del mismo modo que se fabrican en masa los botones y las agujas, ahora las máquinas producen mutilados y cadáveres». Y mientras que los soldados iban a morir a millares, «las máquinas siguen vivas». Los conservadores calificaron a Lamszus de «individuo enfermizo… al que le gustaría chupar la médula patriótica de los huesos del pueblo alemán». Pero se vendieron cien mil ejemplares del libro durante los tres primeros meses después de su publicación. Y Lamszus no estaba solo. En 1914, un aristócrata báltico, el ba-

rón Nikolái Alexándrovich von Wrangell (1869-1927), diría a un conocido en París:

> Nos encontramos al borde de unos acontecimientos que el mundo no ha conocido desde los tiempos de los bárbaros. Muy pronto todo lo que ahora constituye nuestra vida se revelará completamente inútil ante el mundo. Está a punto de comenzar una época de barbarie que durará décadas.

En 1910, como muy tarde, la idea de que iba a estallar una guerra era compartida por muchos. El almirante Fisher escribía sobre el ambiente que él mismo había venido creando en la Marina Real desde 1902: «Nos preparábamos para la guerra durante las horas de trabajo, hablábamos de guerra, pensábamos en la guerra y esperábamos la guerra». Helmuth von Moltke (1848-1916), jefe del Estado Mayor General alemán desde 1906 hasta 1914, conocido normalmente como Moltke el Joven por respeto a su tío, figura de mayor relevancia, declaró en 1912 que la guerra debía estallar «cuanto antes mejor». Sin embargo, dos años más tarde, cuando finalmente se desencadenara el conflicto armado real, sufriría una crisis nerviosa y tendría que ser relevado del mando.

No solamente los generales y los almirantes consideraban que la guerra era inevitable. Ya en 1891, Émile Driant (1855-1916), yerno del militar y político francés Georges Boulanger, escribía para su regimiento las siguientes líneas: «Siempre he deseado combatir a vuestro lado en la gran guerra que todos esperamos». Diversos autores británicos se entusiasmaban ante las oportunidades que podía brindar la guerra. Como escribiría Horace Vachell (1861-1955) en su novela *The Hill* [La colina], publicada en 1905, en la que se ofrecía una imagen idealizada de la vida en el internado privado de Harrow: «Morir joven, puro y ardiente; morir con rapidez, en perfecta salud; morir salvando la vida de otros, o lo que es peor, ¡qué desgracia!... morir y llevarte contigo a la vida más plena y más grande del otro mundo esperanzas y aspiraciones inmaculadas, dulces recuerdos y todo el frescor y la alegría de mayo. ¿Acaso no es esto un motivo de gozo en vez de dolor?». «¡Cómo anhelo la Gran Guerra! —escribiría un autor

católico y conservador, Hilaire Belloc—. Barrerá Europa como una escoba». Dirigiéndose a unos estudiantes de Cambridge, el vizconde de Esher (1852-1930), personaje influyente en la reforma del ejército, dijo en 1912 que infravalorar los «aspectos poéticos y románticos del enfrentamiento armado» era «demostrar un espíritu débil y una imaginación empobrecida». Para un número cada vez mayor de hombres de las élites políticas de las naciones europeas, la guerra iba a suponer un alivio, una liberación de energías viriles reprimidas durante largo tiempo, una respuesta a todas las dudas e inseguridades, a todos los problemas pendientes e imposibles de resolver que desde finales del siglo XIX venían plagando cada vez más la política y la sociedad: la oportunidad de hacer algo glorioso en una época prosaica. Mucho antes del mes de agosto de 1914 ya se preveía en toda Europa el estallido de una guerra general, una guerra esperada y ansiada por unos, y temida por otros.

La cuenta atrás para el inicio de la catástrofe

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono de los Habsburgo, se hallaba realizando una inspección militar y una visita oficial a Sarajevo, en la provincia de Bosnia, anexionada por Austria-Hungría seis años antes. La capital de Bosnia era uno de los pocos lugares controlados por los Habsburgo en los que el archiduque podía aparecer en un acto público acompañado de su esposa, Sofía, condesa Chotek, pues el suyo era un matrimonio morganático. Teniendo en cuenta las pretensiones que Serbia tenía sobre Bosnia y el gran número de ciudadanos serbios que vivían dentro de sus fronteras, aquella visita suponía una provocación para los nacionalistas serbios. Un grupo de ellos decidió pasar a la acción y preparó el asesinato del archiduque. Los conspiradores del 28 de junio eran tan chapuceros e incompetentes como habría cabido esperar dada su edad y su inexperiencia: todos ellos eran casi adolescentes. Algunos quedaron paralizados ante la magnitud de la empresa que tenían ante sí, hasta tal punto que no fueron capaces de hacer

uso de sus armas cuando el archiduque pasó por la calle ante ellos montado en su automóvil. Uno de los conspiradores logró arrojar una bomba, pero rebotó en el capó y explotó en el vehículo que iba detrás, causando heridas a varios de sus ocupantes. Sin embargo, en vez de cancelar su visita, Francisco Fernando insistió en seguir adelante. Su chófer, de origen checo, no conocía Sarajevo y tomó la calle equivocada. Al darse cuenta de su error, se detuvo para dar media vuelta, y dio la casualidad de que lo hizo justo delante de uno de los conspiradores, un joven de diecinueve años llamado Gavrilo Princip, estudiante serbobosnio de convicciones nacionalistas. Haciendo gala de una gran presencia de ánimo, Princip efectuó dos disparos: uno mató al archiduque y el otro hirió de muerte a su esposa (aunque en realidad lo que pretendía con el segundo disparo era alcanzar al gobernador militar de Sarajevo). Para no ser atrapado con vida y librarse del interrogatorio, Princip se tragó una cápsula de cianuro, pero la vomitó de inmediato. Intentó entonces pegarse un tiro, pero le quitaron el arma antes de poder hacerlo. Unos años después, horrorizado y deprimido por las consecuencias de su acción, y debilitado por la enfermedad y la desnutrición, murió de tuberculosis en la cárcel de Terezín. Se dice que Francisco José, que había desaprobado el matrimonio de Francisco Fernando, comentó al enterarse del asesinato: «Una potencia superior ha restablecido el orden que yo no supe mantener», y encargó un funeral de tercera.

En los debates internos de las autoridades austrohúngaras durante los años previos al asesinato, Francisco Fernando había sido una fuerza favorable a la moderación. Consciente de la debilidad del imperio, había insistido constantemente en la conveniencia de que atemperara sus actuaciones, especialmente con los serbios. Intentó reformar la monarquía reduciendo el poder de los húngaros y haciendo concesiones a los eslavos meridionales y a los checos, en la idea de convertir el imperio en unos «Estados Unidos de la Gran Austria». Los alemanes habrían seguido

dominándolos, por supuesto, entre otras cosas porque el archiduque estaba firmemente convencido de la superioridad de su raza. La desaparición forzada de Francisco Fernando permitió a los partidarios de la guerra en Viena, encabezados por el jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Conrad von Hötzendorf (1852-1925), seguir adelante con sus instintos agresivos. Hötzendorf ya había insistido en declarar la guerra a Serbia durante la crisis bosnia de 1908-1909 y de nuevo lo había hecho otras veinticinco veces entre el 1 de enero de 1913 y el 1 de enero de 1914. Serbia, había declarado ya en 1907, era un «caldo de cultivo constante para las aspiraciones y maquinaciones que persiguen la separación de las áreas correspondientes a los eslavos meridionales». Y por fin había llegado ese momento. Era evidente que los asesinos del heredero al trono no habían actuado completamente solos. Los austríacos sospechaban con razón que tenían contactos con el Coronel Apis y la organización de la Mano Negra, que durante los años anteriores había conseguido ejercer una poderosa influencia sobre las fuerzas armadas, la policía y los servicios de inteligencia de Serbia. Apis había reclutado a numerosos jóvenes serbobosnios, algunos de los cuales, como Princip, habían aprovechado las becas ofrecidas por el gobierno serbio para estudiar en Belgrado. La elección del asesinato como táctica política no era particularmente nueva ni excepcional. A Princip y a sus camaradas el asesinato les pareció la forma más evidente de protesta cuando fue anunciada la visita del archiduque a Sarajevo. Da la impresión de que el Coronel Apis aprobó su proyecto y, aunque no actuara en nombre del gobierno bosnio, este era consciente de que podía perpetrarse un atentado e incluso aconsejó en privado al archiduque que cancelara su visita.

El gobierno de Viena decidió que no solo había que hacer algo para castigar a los serbios, sino también para impedir que atrocidades similares pudieran volver a ocurrir, cosa por otra parte más que probable dada la epidemia de asesinatos que se había declarado en toda Europa durante los últimos años. Hizo gala

además de una agresividad derivada de su conocimiento de que el estatus de Austria-Hungría como gran potencia estaba experimentando un retroceso alarmante. Esa misma conciencia de debilidad indujo al gobierno austrohúngaro a consultar a las autoridades alemanas antes de emprender cualquier acción, diciendo que Serbia, a la que consideraba responsable de la atrocidad acontecida, debía ser «neutralizada como factor de potencia en los Balcanes»; de lo contrario, como indicaba su comportamiento en las dos guerras de los Balcanes, no «se detendría ante nada» para conseguir una Gran Serbia a expensas, entre otros, de los Habsburgo. Interrumpiendo sus vacaciones, el káiser Guillermo II, el canciller Bethmann Hollweg y otros representantes de las altas esferas del Reich alemán acodaron en una reunión celebrada el 6 de julio de 1914 dar apoyo incondicional a cualquier acción que los austríacos decidieran emprender contra Serbia. Fue aquel el famoso «cheque en blanco», sin el cual el gobierno de Viena posiblemente se lo habría pensado dos veces antes de castigar a los serbios. Parece que ninguno de los asistentes a la reunión pensó realmente en la posibilidad de que Rusia decidiera intervenir si los austríacos emprendían alguna acción contra los serbios. El ejército ruso no estaba preparado y el zar sin duda alguna esperaría hasta que lo estuviera, cosa que no era probable que ocurriera hasta que se completaran la reorganización y la expansión del ejército, previstas, según los planes que se habían hecho, para 1917. Los rusos habían dado marcha atrás en las anteriores crisis balcánicas. La presencia de los alemanes los disuadiría. El zar Nicolás II no iba a perdonar la comisión de un regicidio. Tales fueron las consideraciones que se ocultaron detrás del «cheque en blanco»: pese a las numerosas afirmaciones realizadas posteriormente por los historiadores, no existe ninguna prueba que justifique las pretensiones de que los alemanes utilizaron la crisis como pretexto para lanzar una ofensiva contra los rusos, y mucho menos contra los ingleses.

Inmediatamente después del asesinato del archiduque, la opinión pública internacional se puso del lado de los austríacos. Pero, por desgracia, aunque contara con el apoyo de Alemania, el gobierno austríaco dejó de momento las cosas como estaban porque el presidente de la República Francesa, Raymond Poincaré (1860-1934), se hallaba de visita oficial en Rusia, y las autoridades de Viena no quisieron tomar ninguna medida hasta que este se encontrara sano y salvo de vuelta en su país. Además, los gobiernos austríaco y húngaro tardaron en llegar a un acuerdo al respecto. Por consiguiente, Austria-Hungría tardó hasta el 23 de julio de 1914, casi un mes después del asesinato, en presentar al gobierno serbio un ultimátum exigiendo que se tomaran medidas no solo contra los asesinos, sino también contra los hombres y las instancias que, según decía, los habían instigado. Esa demora inevitablemente despertó sospechas. Una acción inmediata a finales de junio probablemente habría contado con una aprobación internacional generalizada, pero un mes después la conmoción causada por el asesinato había dejado de tener efecto y las simpatías internacionales por los austríacos se habían enfriado. Por consiguiente, el ultimátum ya no parecía muy sincero. Y desde luego no lo era. El gobierno austrohúngaro no lo concebía como un genuino conjunto de condiciones, sino como un pretexto para la guerra, que ya había sido decidida en Viena desde el primer momento de la crisis.

Los serbios se sorprendieron de la llegada del ultimátum porque siempre habían creído que Alemania habría intentado frenar a los austríacos. Nikola Pašić, el primer ministro serbio, consultó a los rusos, diciéndoles que Serbia cedería si eso era lo que ellos le aconsejaban. Pero los rusos le contestaron que aguantara. Además, debían celebrarse elecciones en Serbia y Pašić, como la mayoría de los políticos de su país, no estaba dispuesto a ceder ante todas las pretensiones de los austríacos. Durante las semanas que siguieron al magnicidio el gobierno serbio había hecho muy poco por esclarecerlo y por llevar ante la justicia a los cul-

pables y a los que los habían respaldado. El gobierno insistía en que los austríacos debían presentar pruebas antes de que él emprendiera cualquier acción. Accedió, eso sí, a ilegalizar la Mano Negra, a reprimir las publicaciones y los discursos que atacaran a Austria-Hungría y a eliminar esas críticas de los programas escolares, así como a separar del servicio a los oficiales culpables de llevar a cabo acciones contra la monarquía dual. Pese a acceder a cumplir la mayoría de los puntos del ultimátum, aunque a menudo disimulando su poca disposición a hacerlo con diversas condiciones y postura equívocas, el gobierno serbio rechazó de plano el punto 6, que exigía la participación de funcionarios austríacos en la investigación del crimen, requisito que las autoridades de Belgrado declararon incompatible con la Constitución de su país. Sospechaban que admitir semejante cosa habría supuesto de hecho una usurpación de las funciones policiales serbias por una potencia extranjera. Tras afirmar que el ultimátum había sido rechazado y desdeñando cualquier otra posibilidad de negociación, el gobierno austrohúngaro declaró la guerra a Serbia el 28 de julio de 1914. Al cabo de veinticuatro horas las bombas austríacas empezaban a caer sobre Belgrado.

Hasta ese momento la crisis internacional no había sido tomada muy en serio por el gobierno británico, preocupado como estaba por las huelgas y los atentados de las sufragistas y la amenaza inminente de una sublevación armada de los protestantes del Ulster. El secretario del Foreign Office, sir Edward Grey, hizo cuanto pudo por delimitar y localizar el conflicto, presionando a los alemanes, los franceses y los rusos para que frenaran unos a los austríacos y otros a los serbios. Semejante actitud dio a los alemanes la impresión de que Inglaterra iba a permanecer neutral si el conflicto se extendía. Entre bastidores, sin embargo, Grey, interesado por mantener la integridad de la Triple Entente, que él mismo había creado, aseguraba a los franceses y a los rusos que podrían contar con el apoyo de los británicos si las cosas alcanzaban un punto crítico. Antes del ultimátum, la opinión pú-

blica británica era mayoritariamente proaustríaca, culpando a los serbios del asesinato y diciendo que debían detener a los culpables. La prensa consideraba ridículo meterse en aquella disputa tan oscura: el *Daily News* (en un artículo de fondo cuyos titulares rezaban: «¿Por qué no debemos luchar?») afirmaba que no existía ningún conflicto de intereses entre Alemania y el Reino Unido. Una derrota de Alemania habría conducido a una dictadura de Rusia sobre Europa. El periodista y diputado Horatio Bottomley (1860-1933), posteriormente patriota empedernido, dijo que Serbia debía ser aniquilada. Solo *The Times* defendía la intervención de Inglaterra. El primer ministro Asquith, preocupado por la situación del Ulster, seguía pensando el 24 de julio de 1914 que Gran Bretaña no debía inmiscuirse. Pero Grey intentó entonces conseguir que el Consejo de Ministros interviniera en la crisis con una declaración firme de apoyo a Francia, con la esperanza de asustar y disuadir de ese modo a los alemanes. Su jugada fue rechazada por el gabinete el 27 de julio. Grey propuso una mediación de cuatro potencias, pero no defendió esta postura con demasiado vigor ni determinación, y rechazó la oferta de Bethmann Hollweg de renunciar a cualquier anexión en Francia si Inglaterra accedía a permanecer neutral. La postura británica seguía sin estar clara, pues, cuando la crisis entró en su fase decisiva.

El káiser alemán Guillermo II ha sido considerado a menudo una fuerza favorable a la guerra, pero en realidad fue tan inconstante en este asunto como lo fue en casi cualquier otro. El 6 de julio escribió a Francisco José: «La situación quedará solventada en una semana porque Serbia se echará atrás», eventualidad que esperaba que se produjera antes incluso de que se hiciera público el ultimátum. Por su parte Moltke expresó el 13 de julio su opinión de que Austria debía golpear de inmediato a los serbios, y luego «hacer las paces rápidamente». Pero los austríacos no actuaron con rapidez. No es de extrañar que el káiser y Bethmann Hollweg se sintieran frustrados. Las autoridades alema-

nas, sin embargo, seguían pensando que Francia y Rusia no estaban preparadas para intervenir y no creían que la guerra fuera a extenderse. El 21 de julio, Bethmann Hollweg informó a sus embajadores: «Deseamos urgentemente la delimitación y localización del conflicto». El 27 de julio, cuando el káiser se enteró de la respuesta de los serbios al ultimátum, comentó: «Esto acaba con cualquier necesidad de guerra». Evidentemente pensaba que el ultimátum era un documento diplomático genuino, no un pretexto para la guerra. Las opiniones en Berlín estaban divididas: las autoridades civiles aconsejaban cautela, pero las militares insistían en seguir con el apoyo incondicional a los austríacos. «¿Quién manda en Berlín?», fue la pregunta que hizo Conrad von Hötzendorf al recibir dos despachos contradictorios de las autoridades alemanas cuando estaban ya en medio de la crisis. La respuesta en realidad no llegó nunca, pues la confusión seguía reinando en las altas esferas alemanas.

La planificación militar desempeñó un papel clave en la crisis. Moltke no había realizado ningún intento de modificar los planes de guerra elaborados por su predecesor, Alfred von Schlieffen (1833-1913). Moltke el Viejo, vencedor en las guerras de la unificación de Alemania, había pensado que en caso de que se produjera un conflicto general europeo, Alemania debía defender el frente occidental mientras primero emprendía la ardua tarea de aplastar a los rusos, que, sin embargo, él consideraba más fácil. Esta opinión había sido compartida por su sucesor, Alfred von Waldersee (1832-1904). Sin embargo, Schlieffen había quedado impresionado por las mejoras de las fortificaciones rusas llevadas a cabo durante la década de 1890, por la vastedad del territorio de Rusia y por el volumen cada vez mayor del ejército ruso. De modo que invirtió el plan. Un poderoso ejército alemán debía invadir Bélgica. Pasaría por los alrededores de París y acorralaría a las fuerzas francesas en sus propias fortificaciones de la frontera con Alemania desde la retaguardia. De ese modo la guerra contra Rusia comenzaría por un ataque contra Francia.

Una vez acabada la guerra, cuando algunos afirmaron que habría resultado imposible cambiar los planes de movilización y trasladar el grueso de las fuerzas alemanas al Este para hacer frente a los rusos, el general alemán al mando de las operaciones ferroviarias en 1914, Wilhelm Groener (1867-1939), se sintió indignado y escribió un libro lleno de mapas, planos y horarios, para demostrar que habría podido llevar a cabo perfectamente esa tarea en menos de tres días si se lo hubieran ordenado. Pero no se lo ordenaron. En cuanto a los rusos, la planificación militar no contenía disposición alguna acerca de un conflicto aparte con los austríacos; los planes de movilización se basaban en una guerra contra Austria-Hungría y Alemania a la vez. Además, la movilización parcial que constituyó la primera fase del envío de un ejército al frente fue tan exhaustiva que pocos, fuera de Rusia, habrían podido decir en qué se diferenciaba de una movilización completa. Igualmente, formaron parte de ella maniobras que habrían impedido una movilización total, y por lo tanto supondría un incentivo para efectuar la transición lo más rápidamente posible.

La opinión de la prensa rusa era, naturalmente, favorable a Serbia, dada la influencia de los sentimientos paneslavistas y de la solidaridad ortodoxa. Pocos en San Petersburgo creían que el gobierno serbio se había visto envuelto realmente en el asesinato. A su juicio, Austria no tenía ningún derecho a emprender contramedidas: el ultimátum era un mero acto de agresión, como lo había sido la anexión de Bosnia en 1908. El gobierno ruso atribuía todo aquello a la connivencia de Alemania. El ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Dmítrievich Sazónov (1860-1927), publicó una declaración de prensa inmediatamente después de que se tuviera conocimiento del ultimátum de los austríacos, afirmando que Rusia no «permanecería inactiva» si la «dignidad y la integridad del pueblo serbio, nuestros hermanos de sangre, se vieran amenazadas». «Está usted prendiendo fuego a Europa», dijo al embajador austríaco. La delegación del go-

bierno francés que se encontraba en Rusia en el momento culminante de la crisis estaba deseosa sobre todo de cimentar la alianza francorusa ante la provocación austríaca. Al tiempo que los franceses presionaban a los rusos para que aguantaran con firmeza al lado de Serbia, las dos princesas montenegrinas casadas con sendos grandes duques que formaban parte del entorno de Nicolás II dijeron llenas de entusiasmo a los franceses que asistieron a la cena oficial, hablando las dos a la vez: «Va a haber guerra… No quedará nada de Austria… Ustedes recuperarán Alsacia y Lorena… Nuestros ejércitos se encontrarán en Berlín… Alemania será destruida». El 23 de julio de 1914, pues, los gobiernos de Rusia y de Francia, a los que había sido filtrado el plan de ultimátum de los austríacos, acordaron formalmente defender a Serbia frente a la amenaza de Austria.

Tras tener conocimiento del ultimátum austríaco, hecho público ese mismo día, el Consejo de Ministros ruso se reunió el 24 y el 25 de julio y llegó a la conclusión de que los alemanes estaban utilizando a los austríacos como mera herramienta y que aquella solo era la última de una larga serie de provocaciones. En consecuencia el gobierno del zar puso en marcha un proceso de «premovilización» militar el mismo día 26, seguida de una movilización parcial anunciada el 19 de julio. Aquello era una señal clara de solidaridad con los serbios, y de ese modo ya no había ninguna posibilidad, si es que la hubiera habido alguna vez, de que los serbios dieran marcha atrás. Sazónov había apoyado incondicionalmente a los serbios desde el primer momento, y desde el 23 de julio supo que contaba para ello con el respaldo de Francia. Por su parte, los franceses se enfrentaban a la perspectiva de ir a la guerra para apoyar la agresión de Rusia en los Balcanes. Los dos gobiernos seguían esperando que una declaración sin ambages de aprobación de sus actos y de los de Serbia por parte de los ingleses serviría para disuadir a los alemanes y convencerles de que debían frenar a los austríacos. Pero el gabinete británico, en el que había varios liberales cuyas posi-

ciones eran cercanas al pacifismo, no permitiría que se publicara semejante declaración. Además, muchos pensaban que el Reino Unido, cuyos intereses imperiales eran primordiales, no tenía ningún interés por entrar en disputa por los Balcanes. Tres cuartas partes del gabinete se oponían a entrar en guerra a menos que la propia Inglaterra fuera atacada. Muchos políticos y diplomáticos británicos seguían pensando que Francia y Rusia, y no Alemania, constituían las principales amenazas para los intereses globales del Reino Unido. En 1912, Harold Nicolson (1886-1968), por entonces un mero funcionario de rango intermedio del Foreign Office, anotó en su diario: «Sería mucho más desventajoso tener una Francia y una Rusia enemistadas que una Alemania enemistada. [Alemania puede] darnos muchos disgustos, pero en realidad no puede amenazar ninguno de nuestros intereses más importantes». El 25 de julio de 1914, sir Eyre Crowe escribió: «Si hubiera guerra e Inglaterra se mantuviera al margen, ocurrirá una de estas dos cosas. (1) O bien la ganan Alemania y Austria, aplastan a Francia y humillan a Rusia. ¿Cuál sería entonces la posición de una Inglaterra sin amigos? (2) O bien la ganan Francia y Rusia. ¿Cuál sería entonces su actitud ante Inglaterra? ¿Qué pasaría con la India y el Mediterráneo?». La política británica seguía estando gobernada más por las consideraciones imperiales que por las europeas.

En Alemania, a medida que la urgencia de la crisis era mayor, la actitud del Partido Socialdemócrata, la organización política más numerosa del país, con más escaños en el Reichstag que cualquier otra, se convirtió en una preocupación trascendental para Bethmann Hollweg. El canciller alemán tenía que asegurarse un apoyo más o menos unánime en la Cámara, no solo para votar los créditos necesarios en caso de que estallara la guerra, sino también para legitimar cualquier acción militar mediante la apariencia de aprobación popular. Como otros partidos pertenecientes a la Internacional Socialista, los socialdemócratas estaban oficialmente comprometidos a convocar una huelga general

en caso de guerra. El 27 y el 28 de julio los socialistas pusieron en escena manifestaciones multitudinarias a favor de la paz en las principales ciudades de Alemania, en las que participaron cerca de tres cuartos de millón de personas. En Bielefeld, el editor socialista Carl Severing (1875-1952) advirtió a una multitud de 7.000 manifestantes que millones de trabajadores serían llevados al matadero si estallaba la guerra. La solidaridad socialista internacional parecía estar en juego cuando el líder de los socialistas franceses, Jean Jaurès, hizo públicos los llamamientos a la huelga general y convocó una conferencia de la Segunda Internacional para el 9 de agosto. Pero el 31 de julio, un joven nacionalista francés, Raoul Villain (1885-1936), se acercó a la ventana abierta del restaurante Le Croissant, en Montmartre, donde se encontraba Jaurès cenando con unos amigos, sacó un revólver y le disparó dos veces en la cabeza. (El asesino fue posteriormente absuelto por un jurado que estaba convencido de la necesidad de la guerra). El asesinato sumió al movimiento socialista francés e internacional en el caos. Verdaderamente crucial fue el hecho de que el 29 de julio, cuando Rusia había lanzado ya su movilización parcial, las autoridades alemanas habían sido presa del pánico. Previamente el káiser había declarado de manera oficial el «estado de peligro inminente de guerra». A continuación revocó la orden. De ese modo, en el momento del asesinato de Jaurès, las tropas alemanas todavía no habían sido movilizadas.

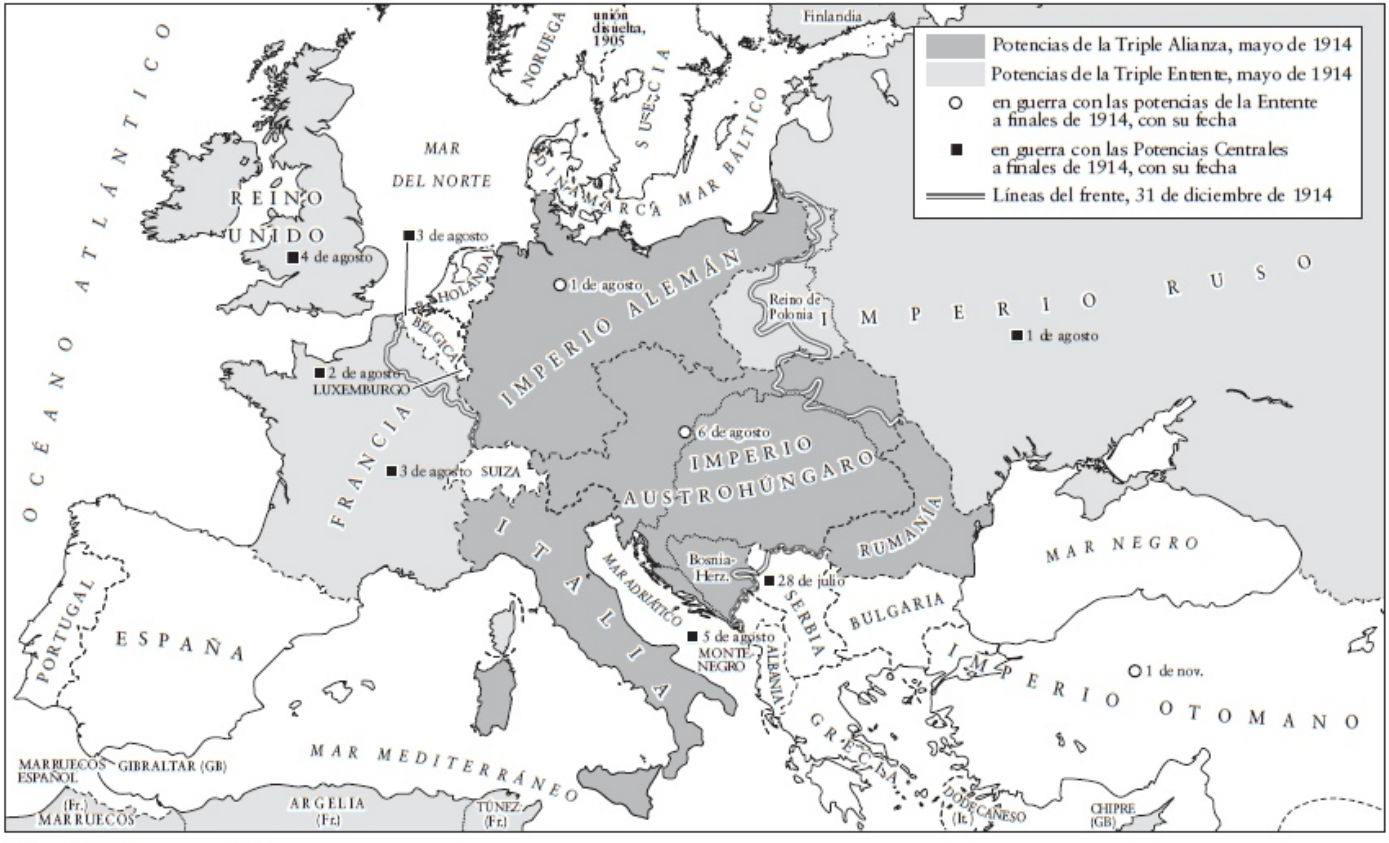
Pero los rusos, respondiendo a una amenaza de movilización de los alemanes si no retiraban sus tropas, declararon la militarización general el 31 de julio de 1914. La demora de la movilización alemana convenció a los líderes del socialismo germano de que los agresores eran los rusos. Para los socialdemócratas, Rusia era un país atrasado e incivilizado gobernado por un oscurantismo despiadado y antisemita, que habría intentado aplastar al socialismo en todas partes si salía airoso. La guerra iba a ir dirigida contra «la barbarie rusa, por la defensa del legado cultural alemán, para proteger a las mujeres y los niños de Alemania»,

escribió el 5 de agosto en su diario el joven oficial de ideología liberal Otto Braun (1897-1918). Las manifestaciones en contra de la guerra fueron abandonadas. Al cabo de unos días los socialdemócratas votarían unánimemente en el Reichstag a favor de los créditos de guerra. Mientras tanto, Bethmann Hollweg lograba persuadir a los mandos militares de Alemania de que era preciso publicar una declaración formal de guerra contra los rusos, «de lo contrario no podré atraer a los socialistas». La declaración de guerra se produjo el 1 de agosto, poniendo en movimiento el Plan Schlieffen. Ahora le tocaba el turno al gobierno alemán y fue él el que envió un ultimátum, esta vez a Bélgica, advirtiéndole que no opusiera resistencia a una invasión alemana. El ultimátum supuso un golpe tremendo, y Bélgica no tuvo más remedio que rechazarlo, poniendo a los alemanes en el papel de malos y dando a los ingleses un pretexto para intervenir. Asquith y Grey podrían entonces cambiar la opinión del gabinete y ponerlo de su parte. Solo dos ministros dimitirían. El 4 de agosto de 1914 Gran Bretaña hizo pública una declaración formal de hostilidad hacia Alemania. Cuando los embajadores se despidieran de sus anfitriones en las distintas cancillerías de toda Europa, muchos de ellos entre lágrimas, acabarían de una vez las vacilaciones y las tergiversaciones de la diplomacia internacional. Europa estaba oficialmente en guerra.

En la compleja cadena de acontecimientos que condujeron al estallido del conflicto, cabe señalar que pocos de los implicados, si es que lo hizo alguno, pensó en buscar una solución de compromiso. Irónicamente, los dos estados que al principio habían mostrado una mayor vacilación ante la eventualidad de iniciar la guerra fueron Austria-Hungría, cuyos líderes habían pedido apoyo a los alemanes, y Serbia, cuyos líderes enviaron una solicitud similar de ayuda a los rusos. Durante toda la crisis el momento crucial probablemente se produjera cuando Alemania emitió el «cheque en blanco» a los austríacos, permitiéndoles hacer lo que quisieran a los serbios. Es imposible saber si un in-

tento serio por parte de los alemanes de contener a los austríacos, y otro intento similar por parte de los rusos de contener a los serbios, habrían disuadido a los dos antagonistas de emprender acciones militares. El hecho de que los ánimos estuvieran tan caldeados en Viena y en Belgrado habla en contra de semejante hipótesis. El rápido hundimiento del imperio otomano en Europa había elevado muchísimo las apuestas incluso en comparación con la situación reinante apenas un año antes, cuando la intervención británica logró detener la escalada de la violencia de las guerras de los Balcanes e impedir que se convirtieran en una guerra europea generalizada. A muchos, incluso a algunos en la propia Viena, les parecía que el siguiente de la cola era el imperio de los Habsburgo. Desde el primer momento los austríacos se mostraron resueltos a emprender una acción militar, y los serbios se mostraron decididos a resistir. Los gobiernos de Alemania, Rusia y Francia no se tomaron nunca realmente en serio la idea de la mediación: aguantaron firmes porque temían las consecuencias de que cualquier muestra de vacilación habría tenido para su prestigio y para su poder en Europa. En cualquier caso nunca surgió ninguna propuesta seria por parte de nadie; la gran potencia mejor situada para intervenir, como había ocurrido el año anterior durante las guerras de los Balcanes, era Inglaterra, pero los británicos no se tomaron la crisis lo suficientemente en serio hasta que era demasiado tarde. La flexibilidad y la astucia, la instrumentalización calculada de la guerra al servicio de la política, habían sido las marcas distintivas de la generación anterior de grandes estadistas, la de Bismarck y Cavour; en 1914 esos estadistas habían sido reemplazados por una generación de líderes que habían aprendido de un cuarto de siglo de anexiones, guerras y conquistas imperialistas que lo único importante era la fuerza, y que los que estaban al otro lado pertenecían a una raza inferior a los que iba a resultar fácil derrotar. Su intransigencia se vio fortalecida por la beligerancia de los líderes militares y la determinación por parte de los hombres de

un bando y de otro de desplegar el tipo de frialdad y de valor requerido en los hombres que se batían en duelo.



MAPA 20. Europa en 1914.

Los políticos que tomaron aquellas fatídicas decisiones no se vieron arrastrados al conflicto por una ola de entusiasmo popular. Las concentraciones en contra de la guerra, convocadas por los líderes del movimiento socialista, continuaron en algunos rincones de Inglaterra hasta la segunda semana de agosto de 1914. Las protestas multitudinarias organizadas por los socialdemócratas alemanes durante los últimos días de julio hablaron por sí solas. Los participantes en las enormes manifestaciones a favor de la guerra que vinieron a continuación en las principales plazas de las grandes ciudades de Alemania, y en las que escenificaron las asociaciones patrióticas de derechas en las principales plazas de las grandes ciudades de Europa unos días después, fueron mayoritariamente de clase media, como demuestran las mareas de sombreros de paja que pueden verse en las fotografías de la época. En ninguna de ellas puede vislumbrarse entre la multitud apenas una gorra de tela o un hombre con ropa de trabajador. Análogamente, los primeros voluntarios captados por la cámara sonriendo y dando vivas en el momento de salir en tren con destino al frente fueron reclutados entre las generaciones más jóvenes de la burguesía europea. Las enormes cantidades de soldados que fueron tras ellos lucharon principalmente porque pensaban que su país era atacado, su imperio estaba amenazado, y su modo de vida se enfrentaba a la extinción a manos de un enemigo despiadado. Muchos de ellos combatieron a regañadientes o porque no encontraron otra alternativa.

En las tabernas y los bares de Hamburgo, algunos agentes de policía disfrazados de obreros escucharon a los socialdemócratas de a pie debatir todos estos asuntos durante los últimos días de paz. «¿A nosotros qué nos va ni nos viene —preguntaba un trabajador el 29 de julio de 1914— si el heredero del trono austríaco ha sido asesinado? ¿Por eso vamos a tener que sacrificar nuestras vidas? ¡De eso nada!» «Desde luego, yo también estoy casado y tengo hijos —comentaba otro—, pero cuando mi patria está en peligro, el estado se encargará de dar de comer a mi familia.

Ya os digo, no me preocupa morir trabajando o por la patria, y a vosotros os pasará como a mí, ya os digo». Otro lamentaba el hecho de que los «patriotas que gritan "¡hurra!"... bloquean las calles a su antojo, y la policía no se preocupa de si causan o no embotellamientos de tráfico. A nosotros nos advierten que no hagamos manifestaciones y ellos pueden hacer lo que les dé la gana, solo porque están a favor de la guerra y cantan «La guardia del Rin» [canción patriótica alemana]». Para la mayoría de los europeos, acostumbrados a vivir en un continente de carácter eminentemente agrícola, la guerra constituía un acontecimiento lejano y apenas comprensible. A los campesinos de todos los países lo que les preocupaba era que sus cosechas se vieran afectadas. En un pueblo del sureste de Francia la noticia del estallido de la guerra, anunciada por las campanas tocando a rebato, causó «alarma y consternación», y todos, hombres, mujeres y niños, se abrazaron unos a otros y se pusieron a llorar. Las reacciones en un poblado cosaco de Rusia, como registró un viajero inglés, fueron igualmente confusas: orgullosos de su tradición militar, los hombres estaban ansiosos por ir al combate, pero el anuncio del estallido de la guerra había omitido decir contra quién iban a combatir; unos pensaban que el enemigo era China, y otros que Inglaterra. Nadie creía que fuera Alemania.

El estallido de la primera guerra mundial puso fin a un siglo de hegemonía europea sobre el resto del mundo. Naturalmente aquello no fue un acontecimiento repentino o que se produjera sin previo aviso. Ya antes de 1914, Norteamérica había empezado a adelantar a Gran Bretaña y a Alemania en términos económicos. En los imperios coloniales, sobre todo en la India, ya eran visibles los primeros conatos del movimiento en pro de la libertad y la independencia que llegaría a su máximo apogeo al cabo de unas cuantas décadas. Pero al inaugurar una vasta lucha global que duraría más de cuatro años, la declaración de guerra hecha pública en 1914 acarreó la ruina de Europa, destruyendo la sublime seguridad en sí misma que la había sustentado durante

casi un siglo entero, acelerando y reforzando los retos lanzados al dominio europeo en otras partes del mundo. Más de cuatro años de guerra contribuyeron a hacer trizas la economía europea, que después de una inflación gigantesca, una profunda depresión y otro largo período de guerra, tardaría en recuperarse más de cuarenta años, socavando más aún y destruyendo finalmente la hegemonía global de Europa. Estados Unidos de América entró en la escena mundial, decantando de manera decisiva el equilibrio de dos guerras mundiales a favor de las potencias Aliadas. En 1945 Estados Unidos se habían convertido en una superpotencia global. La cultura americana barrió el mundo entero. Los grandes imperios de Rusia, Alemania y Austria-Hungría quedaron destruidos poco menos de cuatro años después de que diera comienzo el conflicto; el imperio otomano fue borrado del mapa poco después, en 1922; el zar de Rusia fue asesinado junto con su familia por los revolucionarios, mientras que los emperadores de Alemania y de Austria-Hungría se vieron obligados a marchar al destierro, respectivamente uno a Holanda y el otro a Madeira, junto con el regimiento de príncipes alemanes de rango inferior cuya fecundidad había resultado tan útil para la diplomacia europea durante el siglo XIX. El último sultán otomano, Mehmed VI (1861-1926), abandonó su tierra natal para pasar el otoño de su vida en la Riviera italiana.

La lenta y desigual marcha de Europa hacia la democracia se vio obligada a dar marcha atrás después de la primera guerra mundial. Entraron en escena nuevos movimientos políticos, concretamente el comunismo, el nazismo y el fascismo, dispuestos a utilizar la violencia extrema para imponer políticas extremas que acarrearan la transformación revolucionaria de la sociedad; el terror «rojo» y el terror «blanco», con sus ejecuciones y sus matanzas, sus torturas y sus campos de concentración, se convirtieron en un rasgo característico de los años de posguerra. Poco después, el genocidio se pondría en marcha a una escala que dejaría pequeñas la devastación y la violencia étnica de las

guerras de los Balcanes o las matanzas de armenios de la década de 1890; una destrucción masiva se abatió sobre muchas de las grandes ciudades de Europa, convirtiendo en ruinas muchos monumentos y bienes culturales. Muchos millones más de víctimas, en este caso civiles además de combatientes, perecerían en la segunda guerra mundial, cuya capacidad de destrucción global eclipsaría incluso la de la primera. El más perspicaz de los estadistas de Europa sospechaba ya la magnitud de los cambios que estaba a punto de traer la declaración de guerra de 1914, cuando no los abismos de barbarie en los que iba a sumirse Europa. La noche del 3 de agosto de 1914, de pie junto a la ventana de su despacho del Foreign Office, enfrente del Mall, el ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey, se volvió hacia un amigo que había venido a visitarlo. «Las luces están apagándose en toda Europa —comentó—. No volveremos a verlas encendidas mientras vivamos».

OTRAS LECTURAS

Historias generales

Bayly, Christopher. *The Birth of the Modern World 1780-1914* (Oxford, 2004).

Berger, Stefan (ed).. *A Companion to Nineteenth-Century Europe 1789-1914* (Oxford, 2009).

Blanning, Timothy (ed).. *The Oxford Illustrated History of Modern Europe* (Oxford, 1996).

Davies, Norman. *Europe: A History* (2.ª ed., Londres, 1997).

Gildea, Robert. *Barricades and Borders: Europe 1800-1914* (Oxford, 1987).

Hobsbawm, Eric. *The Age of Revolution 1789-1848* (Londres, 1963) [hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 1997]; *The Age of Capital 1848-1875* (Londres, 1975) [hay trad. cast.: *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 1998]; *The Age of Empire 1875-1914* (Londres, 1987) [hay trad. cast.: *La era del imperio, 1885-1914*, Crítica, Barcelona, 1998].

Merriman, John. *A History of Modern Europe from the Renaissance to the Present* (Nueva York, 1996).

Osterhammel, Jürgen. *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (Princeton, 2014) [hay trad. cast.: *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*, Crítica, Barcelona, 2015].

Seigel, Jerrold. *Modernity and Bourgeois Life: Society, Politics and Culture in England, France and Germany since 1750*

(Cambridge, 2012).

Sperber, Jonathan. *Revolutionary Europe 1780-1850* (Harlow, 2000); *Europe 1850-1915: Progress, Participation and Apprehension* (Londres, 2008).

Historias nacionales

Alemania

Blackbourn, David. *Germany 1780-1914: The Long Nineteenth Century* (Fontana History of Germany, Londres, 1997).

Clark, Christopher. *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia 1600-1947* (Londres, 2006).

Nipperdey, Thomas. *Germany from Napoleon to Bismarck 1800-1866* (Dublín, 1996).

Sheehan, James J. *German History 1770-1866* (Oxford, 1989).

The Short Oxford History of Germany

Retallack, James (ed).. *Imperial Germany 1871-1918* (Oxford, 2008).

Sperber, Jonathan (ed).. *Germany 1800-1871* (Oxford, 2004).

Los Balcanes

Clogg, Richard. *A Concise History of Greece* (Cambridge, 2002).

Crampton, Richard J. *Bulgaria* (Oxford, 2007).

Glenny, Misha. *The Balkans 1804-1999: Nationalism, War and the Great Powers* (Londres, 1999).

Hupchick, Dennis. *The Balkans: From Constantinople to Communism* (Nueva York, 2002).

Hutchins, Keith. *Rumania 1866-1947* (Oxford, 1994).

Jelavich, Charles y Barbara. *The Establishment of the Balkan National States 1804-1920* (Seattle, 1986).

Mazower, Mark. *The Balkans* (Londres, 2000).

Palmer, Alan. *The Decline and Fall of the Ottoman Empire* (Nueva York, 1992).

Quataert, Donald. *A Brief History of the Ottoman Empire 1700-1922* (Cambridge, 2005).

Francia

Gildea, Robert. *Children of the Revolution: The French 1799-1914* (Londres, 2008).

Tombs, Robert. *France 1814-1914* (Harlow, 1996).

Zeldin, Theodore. *France 1848-1945: Ambition, Love and Politics* (Oxford, 1973); *Intellect, Taste and Anxiety* (Oxford, 1978).

The Cambridge History of Modern France

Jardin, André, y Tudesq, André-Jean. *Restoration and Reaction 1815-1848* (Cambridge, 1984).

Agulhon, Maurice. *The Republican Experiment 1848-1853* (Cambridge, 1983).

Plessis, Alain. *The Rise and Fall of the Second Empire 1852-1871* (Cambridge, 1988).

Mayeur, Jean-Marie, y Rébérioux, Madeleine. *The Third Republic from its Origins to the Great War 1871-1914* (Cambridge, 1984).

Gran Bretaña

Devine, Thomas. *The Scottish Nation: A Modern History* (Londres, 2012).

Foster, Robert Fitzroy. *Modern Ireland 1600-1972* (Londres, 1988).

Morgan, Kenneth O. *Rebirth of a Nation: A History of Modern Wales 1880-1980* (Oxford, 1987).

The Longman History of England

Briggs, Asa. *The Age of Improvement 1783-1867* (Londres, 1999).

Read, Donald. *The Age of Urban Democracy: England 1868-1914* (Londres, 1994).

The New Oxford History of England

Hilton, Boyd. *A Mad, Bad, and Dangerous People? England 1783-1846* (Oxford, 2006).

Hoppen, K. Theodore. *The Mid-Victorian Generation 1846-1886* (Oxford, 1998).

Searle, Geoffrey. *A New England? Peace and War 1886-1918* (Oxford, 2004).

Imperio de los Habsburgo

Macartney, Carlile A. *The Habsburg Empire 1790-1918* (Londres, 1968).

Okey, Robin. *The Habsburg Monarchy c.1765-1918: From Enlightenment to Eclipse* (Londres, 2001).

Sked, Alan. *The Decline and Fall of the Habsburg Empire 1815-1918* (Londres, 1989).

Taylor, Alan J. P. *The Habsburg Monarchy 1815-1918* (Londres, 1941).

Italia

Clark, Martin. *Modern Italy 1871 to the Present* (Londres, 2008).

Duggan, Christopher. *The Force of Destiny: A History of Italy since 1796* (Londres, 2007).

Mack Smith, Denis (ed).. *The Making of Italy 1796-1870* (Nueva York, 1968); *Modern Italy: A Political History* (Londres, 1997).

Woolf, Stuart. *A History of Italy 1700-1860: The Social Constraints of Political Change* (Londres, 1979).

Países Bajos

Kossmann, Ernst. *The Low Countries, 1780-1940* (Oxford, 1978).

Países Nórdicos y del Báltico

Derry, Thomas K. *The History of Scandinavia* (Minneapolis, 1979); *A History of Modern Norway 1814-1972* (Oxford, 1973).

Jespersen, Knud. *A History of Denmark* (Londres, 2011).

Kent, Neil. *A Concise History of Sweden* (Cambridge, 2011) [hay trad. cast.: *Historia de Suecia,* Akal, Madrid, 2011].

Kirby, David. *A Concise History of Finland* (Cambridge, 2006) [hay trad. cast.: *Historia de Finlandia*, Akal, Madrid, 2010]; *The Baltic World 1772-1993: Europe's Periphery in an Age of Change* (Londres, 1995).

Plakans, Andrejs. *A Concise History of the Baltic States* (Cambridge, 2011).

Tomasson, Richard F. *Iceland: The First New Society* (Reikiavik, 1980).

Península Ibérica

Birmingham, David. *A Concise History of Portugal* (Cambridge, 1993).

Carr, Raymond. *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966).

Shubert, Adrian. *A Social History of Modern Spain* (Londres, 1990) [hay trad. cast.: *Historia social de España, 1800-1990*, Editorial Nerea, San Sebastián, 1990].

Polonia

Davies, Norman. *God's Playground: A History of Poland* (2 vols., Oxford, 2005).

Frankel, Henryk. *Poland: The Struggle for Power, 1772-1939* (Londres, 1946).

Prazmowska, Anita J. *A History of Poland* (2.ª ed., Basingstoke, 2011).

Wandycz, Piotr S. *The Lands of Partitioned Poland, 1759-1918* (Seattle, 1974).

Rusia

Dixon, Simon. *The Modernisation of Russia 1676-1825* (Cambridge, 1999).

Hosking, Geoffrey. *Russia: People and Empire 1552-1917* (Londres, 1997).

Rogger, Hans. *Russia in the Age of Modernisation and Revolution 1881-1917* (Londres, 1983).

Saunders, David. *Russia in the Age of Reaction and Reform 1801-1881* (Londres, 1992).

Seton-Watson, Hugh. *The Russian Empire 1801-1917* (Oxford, 1967).

Westwood, John N. *Endurance and Endeavor: Russian History 1812-2001* (Oxford, 2003).

Suiza

Church, Clive H., y Head, Randolph C. *A Concise History of Switzerland* (Cambridge, 2013).

Craig, Gordon A. *The Triumph of Liberalism: Zurich in the Golden Age 1830-1869* (Nueva York, 1988).

Guerra y paz

Bley, Helmut. *South-West Africa under German Rule 1894-1914* (Londres, 1971).

Brewer, David. *The Greek War of Independence: The Struggle for Freedom from Ottoman Oppression* (Londres, 2011).

Clark, Christopher. *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914* (Londres, 2012) [hay trad. cast.: *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014].

Darwin, John. *After Tamerlane: The Global History of Empire since 1405* (Londres, 2007); *Unfinished Empire: The Global Expansion of Britain* (Londres, 2012).

Fieldhouse, David. *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century* (Londres, 1966).

Figes, Orlando. *The Crimean War: A History* (Londres, 2010).

Hochschild, Adam. *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa* (Londres, 1998) [hay trad. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo: una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Ediciones Península, Barcelona, 2002].

Kennedy, Paul M. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Londres, 1988) [hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Editorial Globus, Madrid, 1994].

Lehning, James R. *European Colonialism since 1700* (Cambridge, 2013) MacMillan, Margaret. *The War that Ended Peace: How Europe Abandoned Peace for the First World War* (Londres, 2013).

Otte, Thomas G. *July Crisis: The World's Descent into War, Summer 1914* (Cambridge, 2014).

Quinn, Frederick. *The French Overseas Empire* (Westport, CT, 2001).

Schroeder, Paul W. *The Transformation of European Politics 1763-1848* (Oxford History of Modern Europe, 1994).

Sluglett, Peter, and Yavuz, M. Hakan (eds), *War and Diplomacy: The Russo-Turkish War of 1877-1878 and the Treaty of Berlin* (Salt Lake City, 2012).

Taylor, Alan J. P. *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1914* (Oxford History of Modern Europe, 1954).

Wawro, Geoffrey. *The Austro-Prussian War: Austria's War with Prussia and Italy in 1866* (Cambridge, 1996); *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-71* (Cambridge, 2003).

Biografías

Hubertine Auclert, the French Suffragette por Steven C. Hause (Londres, 1987).

Belzoni: The Giant Archaeologists Love to Hate por Ivor Noël Hume (Charlottesville, VA, 2011).

Bismarck: A Life por Jonathan Steinberg (Oxford, 2011).

Johannes Brahms: Life and Letters por Styra Avins (Oxford, 1997).

The Feminism and Socialism of Lily Braun por Alfred G. Meyer (Bloomington, IN, 1985).

The Education of a Self-Made Woman: Fredrika Bremer, 1801-65 por Brita K. Stendhal (Lewiston, NY, 1994).

Cavour por Denis Mack Smith (Londres, 1985).

Francesco Crispi: From Nation to Nationalism por Christopher Duggan (Oxford, 2002).

Marie Curie and the Science of Radioactivity por Naomi Pasachoff (Oxford, 1996).

Charles Darwin por Adrian Desmond, James Moore y Janet Browne (Oxford, 2007) [hay trad. cast.: *Charles Darwin*, Herder Editorial, Barcelona, 2008].

Charles Dickens por Michael Slater (Londres, 2009).

Disraeli por Robert Blake (Londres, 1966).

Bertie: A Life of Edward VII por Jane Ridley (Londres, 2012).

The Frock-Coated Communist: The Revolutionary Life of Friedrich Engels por Tristram Hunt (Londres, 2009).

Francis Joseph por Stephen Beller (Londres, 1996).

Frederick William IV and the Prussian Monarchy, 1840-1861 por David Barclay (Oxford, 1995).

Garibaldi: Invention of a Hero por Lucy Riall (Londres, 2007).

The German Worker: Working-Class Autobiographies from the Age of Industrialization, ed. por Alfred Kelly (Londres, 1987).

Gladstone por Roy Jenkins (Londres, 1995).

Emile Guillaumin: The Life of a Simple Man, traducción [al inglés] de M. Crosland (Londres, 1983).

Henrik Ibsen: A New Biography por Robert Ferguson (Nueva York, 2001).

A Radical Worker in Tsarist Russia: The Autobiography of Semen Ivanovich Kanatchikov, traducción [al inglés] y edición de Reginald E. Zelnik (Stanford, 1986).

Rosa Luxemburg por John P. Nettl (2 vols., Oxford, 1966).

Karl Marx: A Nineteenth-Century Life por Jonathan Sperber (Nueva York, 2013) [hay trad. cast.: *Karl Marx*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014].

The Unknown Matisse: A Life of Henri Matisse 1869-1908 por Hilary Spurling (Londres, 1998) [hay trad. cast.: *Matisse. El pintor desconocido, 1869-1908*, Edhasa, Barcelona, 2007]; *Matisse the Master: The Conquest of Colour, 1909-1954* por Hilary Spurling (Londres, 2005) [*Matisse. El maestro reconocido, 1909-1954*, Edhasa, Barcelona, 2007].

Mazzini por Denis Mack Smith (Londres, 1994).

John Stuart Mill: Victorian Firebrand por Richard Reeves (Londres, 2007).

Claude Monet: Life and Art por Paul H. Tucker (Londres, 1995).

Napoleon III por James McMillan (Londres, 1991).

Nicholas II: Emperor of All the Russias por Dominic Lieven (Londres, 1992).

Florence Nightingale: The Woman and Her Legend por Mark Bostridge (Londres, 1998).

Palmerston: A Biography por David Brown (Londres, 2010).

The Pankhursts por Martin Pugh (Londres, 2001).

A Life of Picasso por John Richardson (vols. 1-2, Nueva York, 1991 y 1996) [hay trad. cast.: *Picasso, una biografía,* Alianza Editorial, Madrid, 1997].

A Life under Russian Serfdom. The Memoirs of Savva Dmitrievich Purlevskii, 1800-1868, traducción [al inglés] y edición

de Boris B. Gorshkov (Budapest, 2005).

Radetzky: Imperial Victor and Military Genius por Alan Sked (Londres, 2011).

Salisbury: Victorian Titan por Andrew Roberts (Londres, 1999).

Clara Schumann: The Artist and the Woman por Nancy B. Reich (Ithaca, NY, 2001).

Bernard Shaw por Michael Holroyd (Londres, 1998).

The Feminism of Flora Tristan por Máire Cross y Tim Gray (Oxford, 1992).

The London Journal of Flora Tristan, edición y traducción [al inglés] de Jean Hawkes (Londres, 1992).

Queen Victoria: First Media Monarch por John Plunkett (Oxford, 2003).

Richard Wagner: His Life, His Work, His Century por Martin Gregor-Dellin (Nueva York, 1983).

Jakob Walter: The Diary of a Napoleonic Footsoldier, edición de Marc Raeff (Nueva York, 1991).

Kaiser Wilhelm II por Christopher Clark (Londres, 2000).

Windthorst: A Political Biography por Margaret L. Anderson (Oxford, 1981).

Vera Zasulich: A Biography por Jay Bergman (Stanford, 1983).

Clara Zetkin: Selected Writings, edición de Philip S. Foner y Angela Y. Davis (Nueva York, 1984).

Zur Mühlen, Hermynia. *The End and the Beginning*, traducción [al inglés] y edición de Lionel Gossman (Cambridge, 2010).

Política

Anderson, Margaret L. *Practicing Democracy: Elections and Political Culture in Imperial Germany* (Princeton, 2000).

Brock, Michael. *The Great Reform Act* (Londres, 1973).

Eley, Geoff. *Reshaping the German Right: Radical Nationalism and Political Change after Bismarck* (Londres, 1980).

Elwitt, Sanford. *The Making of the Third Republic: Class and Politics in France 1868-1884* (Baton Rouge, LA, 1975); *The Third Republic Defended: Bourgeois Reform in France 1880-1914* (Baton Rouge, LA, 1986).

Figes, Orlando. *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924* (Londres, 1996) [hay. trad. cast.: *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2001].

Hobsbawm, Eric. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge, 1990) [hay. trad. cast.: *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1995].

Joll, James. *The Anarchists* (Londres, 1964).

Lichtheim, George. *A Short History of Socialism* (Londres, 1970).

Mosse, Werner E. *Alexander II and the Modernization of Russia* (Londres, 1958).

Offen, Karen M. *European Feminisms 1700-1950: A Political History* (Stanford, 2000) [hay trad. cast.: *Feminismos europeos 1700-1950: una historia política*, Akal, Madrid, 2015].

Price, Roger. *The French Second Empire: An Anatomy of Political Power* (Cambridge, 2001); *People and Politics in France 1848-1870* (Cambridge, 2004).

Pulzer, Peter G. J. *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria* (Nueva York, 1964).

Rapport, Mike. *1848: Year of Revolution* (Londres, 2009).

Riall, Lucy. *The Italian Risorgimento: State, Society and National Unification* (Londres, 1994).

Schorske, Carl E. *German Social Democracy 1905-1917: The Development of the Great Schism* (Cambridge, MA, 1955).

Sperber, Jonathan. *The European Revolutions 1848-51* (Cambridge, 2011).

Stites, Richard. *The Four Horsemen: Riding to Liberty in Post-Napoleonic Europe* (Nueva York, 2014); *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930* (Princeton, 1978).

Venturi, Franco. *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth-Century Russia* (Londres, 1960).

Vincent, John. *The Formation of the Liberal Party 1857-68* (Londres, 1966).

Economía y sociedad

Berend, Ivan. *An Economic History of Nineteenth-Century Europe: Diversity and Industrialization* (Cambridge, 2013).

Blum, Jerome. *The End of the Old Order in Rural Europe* (Princeton, 1978).

Brooks, Jeffrey. *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature 1861-1917* (Princeton, 1985).

Crowley, John *et alii* (eds).. *Atlas of the Great Irish Famine* (Cork, 2012).

Engel, Barbara Alpern. *Between the Fields and the City: Women, Work, and Family in Russia 1861-1914* (Cambridge, 1994).

Erickson, Charlotte (ed).. *Emigration from Europe 1815-1914: Select Documents* (Londres, 1976).

Evans, Richard J. *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1840-1910* (Oxford, 1987).

Foster, John. *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns* (Londres, 1974).

Frank, Stephen. *Cultural Conflict and Justice in Rural Russia 1856-1914* (Londres, 1999).

Gay, Peter. *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud* (5 vols., Oxford, 1984-1998).

Glickman, Rose L. *Russian Factory Women: Workplace and Society 1880-1914* (Londres, 1984).

Henze, Charlotte. *Disease, Health Care and Government in Late Imperial Russia: Life and Death on the Volga 1823-1914* (Londres, 2011).

Hobsbawm, Eric. *Bandits* (Londres, 1969) [hay trad. cast.: *Bandidos*, Crítica, Barcelona, 2016]; *Captain Swing* (en colaboración con George Rudé, Londres, 1969).

Hunt, Tristram. *Building the New Jerusalem: The Rise and Fall of the Victorian City* (Londres, 2004).

Landes, David S. *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present* (Cambridge, 1969).

Lukacs, John. *Budapest 1900: A Historical Portrait of a City and its Culture* (Londres, 1988).

McKean, Robert B. *St Petersburg Between the Revolutions: Workers and Revolutionaries, June 1907-February 1917* (Londres, 1990).

McReynolds, Louise. *Russia at Play: Leisure Activities at the End of the Tsarist Era* (Ithaca, NY, 2003).

Parthasarathi, Prasanna. *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not: Global Economic Divergence 1600-1850* (Londres, 2011).

Perrot, Michelle. *Workers on Strike: France 1871-1890* (Leamington Spa, 1987).

Pollard, Sidney. *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970* (Oxford, 1981).

Porter, Roy. *The Greatest Benefit to Mankind: A Medical History of Humanity from Antiquity to the Present* (Londres,

1997) [hay trad. cast. *Medicina, historia de la curación*, Lisma Ediciones, Madrid, 2002].

Scholliers, Peter. *Wages, Manufacturers and Workers in the Nineteenth-Century Factory: The Voortman Cotton Mill in Ghent* (Oxford, 1996).

Snowden, Frank. *Naples in the Time of Cholera 1884-1911* (Londres, 1995).

Stern, Fritz. *Gold and Iron: Bismarck, Bleichroder and the Building of the German Empire* (Londres, 1977).

Weber, Eugen. *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914* (Londres, 1979).

White, Jerry. *London in the Nineteenth Century: 'A Human Awful Wonder of God'* (Londres, 2007).

Wohl, Anthony S. *Endangered Lives: Public Health in Victorian Britain* (Londres, 1983).

Wolmar, Christian. *Blood, Iron and Gold: How the Railways Transformed the World* (Londres, 2009).

Wood, Gillian D'Arcy. *Tambora: The Eruption that Changed the World* (Princeton, 2013).

Zelnik, Reginald E. *Labor and Society in Tsarist Russia: The Factory Workers of St. Petersburg 1855-1870* (Stanford, 1971).

Naturaleza, cultura, género y religión

Abrams, Lynn. *The Making of Modern Woman: Europe 1789-1918* (Londres, 2002).

Anderson, Harriet. *Utopian Feminism: Women's Movements in Fin-de-Siècle Vienna* (Londres, 1992).

Blackbourn, David. *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany* (Oxford, 1993); *The Conquest of Nature: Water, Landscape and the Making of Modern Germany* (Londres, 2006).

Blanning, Tim. *The Romantic Revolution* (Londres, 2010).

Bracewell, Wendy. *Orientations: An Anthology of Eastern European Travel Writing Ca. 1500-2000* (Budapest, 2009).

Burrow, John W. *The Crisis of Reason: European Thought 1848-1914* (Londres, 2000).

Clark, Christopher, y Kaiser, Wolfram (eds).. *Culture Wars: Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe* (Cambridge, 2003).

Corbin, Alain. *Women for Hire: Prostitution and Sexuality in France after 1850* (Londres, 1990).

Corton, Christine L. *London Fog: The Biography* (Londres, 2015).

Cunningham, Hugh. *Leisure in the Industrial Revolution c.1780-1880* (Londres, 1980).

Dixon, Thomas. *Weeping Britannia: Portrait of a Nation in Tears* (Londres, 2015).

Evans, Richard J. *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987* (Oxford, 1996).

Facos, Michelle, and Hirsh, Sharon (eds). *Art, Culture and National Identity in Fin-de-Siècle Europe* (Cambridge, 2003).

Figes, Orlando. *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia* (Londres, 2002) [hay trad. cast.: *El baile de Natacha*, Edhasa, Barcelona, 2006].

Finnane, Mark. *Insanity and the Insane in Post-Famine Ireland* (Londres, 1981).

Frevert, Ute. *Men of Honour: A Social and Cultural History of the Duel* (Cambridge, 1995).

Harris, Ruth. *Lourdes: Body and Spirit in the Secular Age* (Londres, 1999).

Kern, Stephen. *The Culture of Time and Space, 1880-1918* (Cambridge, MA, 1983).

Lidtke, Vernon L. *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany* (Nueva York, 1985).

Lindenmeyr, Adele. *Poverty Is Not a Vice: Charity, Society, and the State in Imperial Russia* (Princeton, 1996).

Malcolmson, Robert W. *Popular Recreations in English Society 1700-1850* (Cambridge, 1973).

McCulloch, Diarmaid. *A History of Christianity: The First Three Thousand Years* (Londres, 2009).

McLeod, Hugh, y Ustorf, Werner (eds).. *The Decline of Christendom in Western Europe 1750-2000* (Cambridge, 2003).

McManners, John (ed).. *The Oxford Illustrated History of Christianity* (Oxford, 1990).

Ogle, Vanessa. *The Global Transformation of Time 1750-1950* (Londres, 2015).

Sassoon, Donald. *The Culture of the Europeans: From 1800 to the Present* (Londres, 2006).

Schorske, Carl E. *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (Londres, 1980).

Shubert, Adrian. *Death and Money in the Afternoon: A History of Spanish Bullfighting* (Nueva York, 1999) [hay trad. cast.: *A las cinco de la tarde: Una historia social del toreo*, Turner Libros, Madrid, 2002].

Swenson, Astrid. *The Rise of Heritage: Preserving the Past in France, Germany and England 1789-1914* (Cambridge, 2013).

Taruskin, Richard. *Music in the Early Twentieth Century* (Oxford, 2009).

Vital, David. *A People Apart: The Jews of Europe 1789-1939* (Oxford, 1999).

Vyleta, Daniel M. *Crime, Jews and News: Vienna 1895-1914* (Oxford, 2007).

Walkowitz, Judith R. *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State* (Cambridge, 1980).

ILUSTRACIONES

1. *Molino de viento cerca de Norwich* (1816), de John Crome (1768-1821); vemos en el cuadro cómo el cielo se volvió amarillo a consecuencia de las emisiones de sulfuro del monte Tambora, que entró en erupción en abril de 1815 e hizo de 1816 «el año sin verano», provocando una hambruna generalizada en Europa.

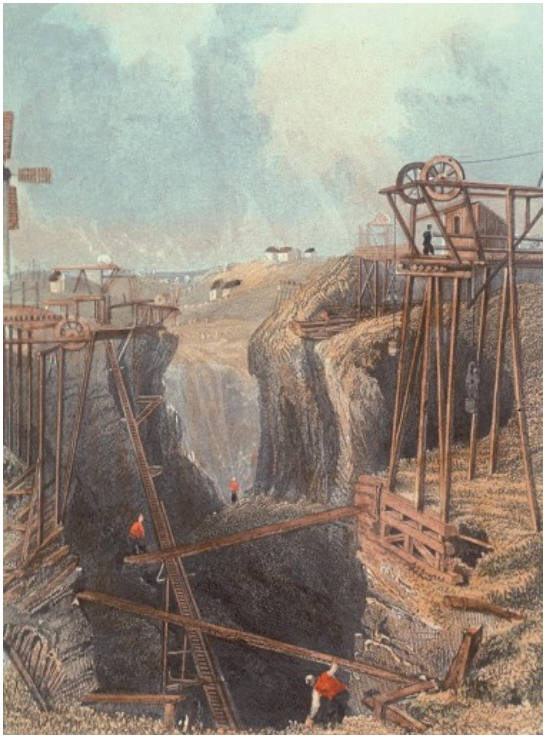
2. El Congreso de Viena: Francisco I, emperador de Austria, Federico Guillermo III de Prusia, el zar Alejandro I, el Príncipe Regente de Inglaterra, y Joaquín Murat, rey de Nápoles, se reparten Europa. Napoleón, con su hijo al lado, recorta Francia del mapa a su regreso de la isla de Elba; Talleyrand permanece agazapado debajo de la mesa, agarrado a un medallón de Luis XVIII.

3. *La matanza de Quíos* (1824), de Eugène Delacroix. Esta monumental pintura describe las atrocidades cometidas por las tropas otomanas tras levantar el asedio al que habían sometido los insurgentes griegos a la guarnición turca de la isla. Unos 300.000 habitantes de Quíos fueron asesinados y muchos más fueron vendidos como esclavos. Previamente, los rebeldes griegos habían perpetrado ya numerosas matanzas de musulmanes turcos en el Peloponeso.

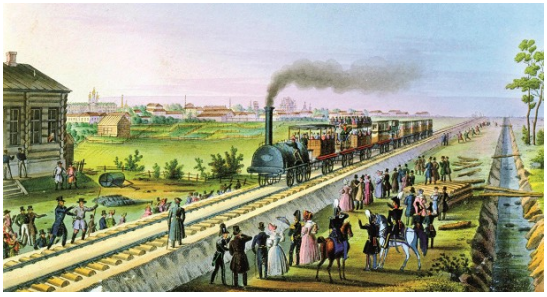
4. *El «Temerario» remolcado a su último atraque para el desguace* (1839), de J. M. W. Turner. El *Temerario*, uno de los últimos buques de guerra de madera que combatió en la batalla de Trafalgar en 1805, es remolcado por un vapor para ser desguazado, simbolizando los albores de la era industrial y el cambio de aspecto experimentado por la potencia naval británica, que seguiría siendo dominante a pesar de las ansiedades evocadas en este cuadro.

5. *La emancipación de los siervos rusos en 1861* (1907), de Borís Mijáilovich Kustódiev (1878-1927), muestra a una autoridad local leyendo la proclama del zar Alejandro II que ponía fin a siglos de condición servil para millones de campesinos, en el acto más importante de emancipación llevado a cabo en cualquier país de Europa durante el siglo XIX.

6. *La gran hambruna* (1850), cuadro de George Frederick Watts (1817-1904). Titulada originalmente *Desahucio en Irlanda*, la obra constituye una de las pocas representaciones del sufrimiento humano, por lo demás perfectamente evitable, causado por la más desastrosa de todas las hambrunas del siglo XIX, responsable de la muerte de millones de hombres, mujeres y niños en Irlanda a finales de la década de 1840, y de la emigración masiva de población de la isla durante la siguiente década.



7. Mina de cobre al aire libre en Falun, Suecia, alrededor de 1850. La mina, que llevaba varios siglos en activo, producía buena parte del cobre que se consumía en Europa, pero desde mediados del siglo XIX perdió esa primacía a raíz del descubrimiento de otras fuentes de suministros en Chile y en los Estados Unidos, explotadas mediante métodos de extracción más modernos.



8. Llegada del primer tren de San Petersburgo a Tsárskoye Seló el 30 de octubre de1837, litografía de Friedrich von Martens (1800-1875). Rusia fue muy lenta a la hora de construir vías ferroviarias y utilizó en sus ferrocarriles un ancho de vía mayor que los demás países de Europa. Esta línea se utilizó principalmente para llevar y traer a los cortesanos y aristócratas rusos al Palacio de Catalina, la residencia de verano de los zares.

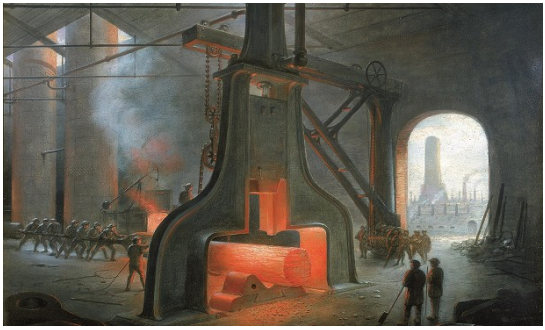
9. «New Harmony», tal como la contemplara el socialista utópico Robert Owen, un acaudalado industrial británico que en 1825 compró la localidad de Harmony, en Indiana, con la intención de construir en ella una comunidad socialista ideal. Como otros experimentos del mismo estilo, casi todos ellos llevados a cabo en los Estados Unidos por socialistas utópicos europeos, no duró mucho.

10. Windischgraetz bombardea Praga en junio de 1848. Las disensiones entre los nacionalistas checos y alemanes de la ciudad entorpecieron la causa de la sublevación revolucionaria liberal contra los Habsburgo, y el ataque del mariscal austríaco dio lugar a su rendición el 17 de junio de 1848, dando pie al inicio de la contrarrevolución en la Europa Central.

11. La batalla de Sadowa o Königgrätz, 7 de julio de 1866: las tropas prusianas, al mando de Helmuth von Moltke, superaron tácticamente a las austríacas, que se movían con demasiada lentitud, y avanzaron por el centro de sus líneas, obligándolas a retroceder y allanando así el camino a la unificación de Alemania sin Austria y sin Bohemia.

12. El ejército de Napoleón III cruza el puerto del Mont Cenis, utilizando un camino construido antaño por su tío, Napoleón I, con el fin de prestar ayuda a las fuerzas piamontesas que luchaban para expulsar del norte de Italia a los austríacos. Tras la batalla de Solferino el 24 de junio de 1859, el proceso de la unificación de Italia sería imparable.

13. El mundo social de la aristocracia: *El Baile de la Ciudad de Viena* (1904) cuadro de Wilhelm Gause (1853-1915). En el centro, el alcalde de Viena, el destacado antisemita Karl Lueger (ostentando la cadena propia de su cago) charla con el archiduque Leopoldo y otros dignatarios, dando así a entender la aceptación de su figura por la alta sociedad de los Habsburgo.



14. Cuadro del año 1871 pintado por el inventor escocés James Nasmyth (1808-1890) en el que aparece representado el martillo pilón de vapor que él mismo había inventado e instalado en su fundición de Mánchester. La nueva máquina permitía forjar el hierro para piezas de maquinaria utilizando al mínimo la fuerza muscular del hombre: innovación clásica de la revolución industrial.

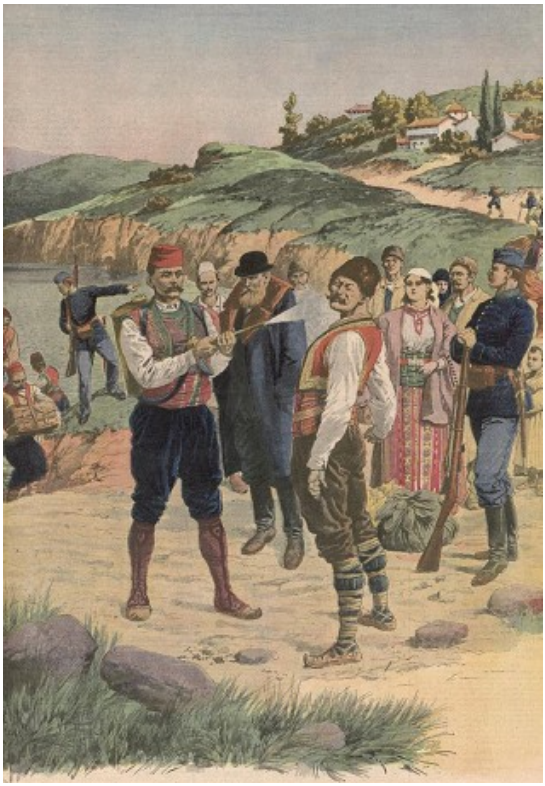
15. La estación de metro situada debajo de la prestigiosa calle Andrássy de Budapest, representada en 1896, el mismo año en que fue inaugurada. Era el segundo ferrocarril subterráneo que funcionaba con locomotoras eléctricas, después del de Londres, y transportaba a 35.000 pasajeros cada día, magnífico testimonio de la modernidad urbana de la capital húngara.

16. *Emigrantes* (1894), cuadro de Raffaello Gambogi (1874-1943), en el que aparecen representados unos italianos embarcándose en el puerto de Livorno con destino a Nueva Zelanda, en respuesta a los anuncios publicitarios de una oficina de emigración. La emigración masiva de italianos no empezó hasta comienzos de la nueva centuria, momento a partir del cual abandonarían el país más de 150.000 individuos al año, en su mayoría con destino a Argentina o Estados Unidos.

17. Mapa hidrográfico del Rin entre Neuburg y Sondernheim (1822/1825), en el que aparece representado (en rojo) el nuevo curso del río proyectado por el ingeniero Johann Gottfried Tulla. A lo largo de varias décadas se consiguió corregir el curso del río, hacerlo más navegable y reducir la travesía en 82 kilómetros, en uno de los numerosos proyectos fluviales llevados a cabo a lo largo del siglo XIX.

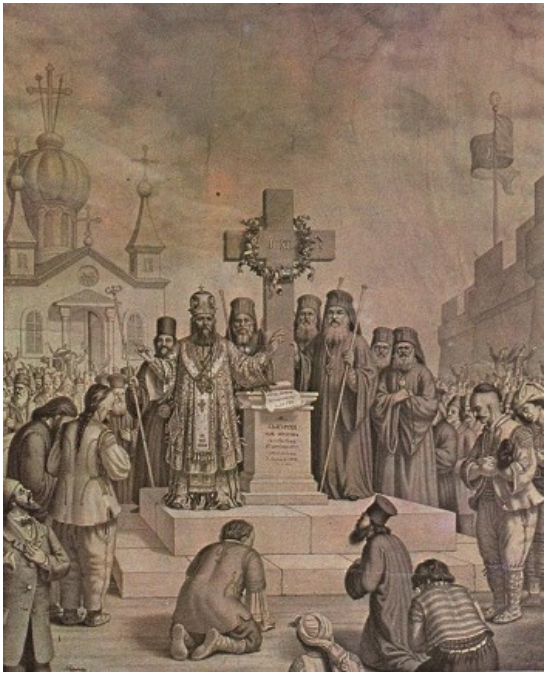
18. *Corrida de toros* (1892), por Vicente García de Paredes (1845-1903). Fue en el siglo XIX cuando las corridas de toros se convirtieron en un espectáculo verdaderamente popular en España, época en la que la caza del zorro era practicada con tanta asiduidad en Inglaterra que fue preciso importar de la Europa continental crías de zorros a millares para satisfacer la demanda del público.

19. Cargando cable submarino en las bodegas del transatlántico a vapor *Great Eastern* (1865). A partir de ese momento sería posible la comunicación casi instantánea entre todos los puntos del globo, dando lugar a la introducción de zonas horarias y de la Línea Internacional de Cambio de Fecha en la conferencia de Washington de 1884.



20. La conquista de la enfermedad: medidas higiénicas de prevención, como la desinfección, aplicadas aquí contra su voluntad a unos viajeros que se disponen a entrar en Serbia a través del Danubio en 1911, contribuyeron mucho a reducir el peligro de las epidemias y a disminuir las tasas de mortandad en Europa. En este caso la pulverización desinfectante probablemente no hiciera mucho efecto.

21. La ejecución de Karl Ludwig Sand en Mannheim el 20 de mayo de 1820 por el asesinato del dramaturgo y propagandista prorruso August von Kotzebue. La pena capital fue llevada a cabo en público en muchos países de Europa hasta después de las revoluciones de 1848, fecha a partir de la cual el temor a los disturbios populares indujo a muchos de ellos a trasladar las ejecuciones al interior de los patios de las prisiones.



22. *Monumento a la liberación de la Iglesia Búlgara del Patriarcado Ecuménico Griego después de quince años de lucha* (1872), según el pintor búlgaro Nikolai Pavlovich (1835-1894). La creación de un exarcado búlgaro independiente venía a reflejar un choque de mayor trascendencia que se produjo a lo largo del siglo XIX en toda Europa entre el nacionalismo y el cristianismo universal.

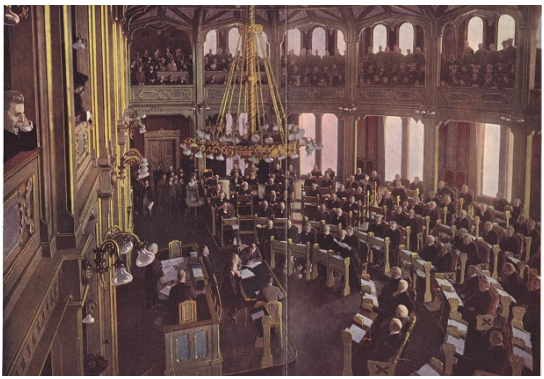
23. Anuncio publicitario de una edición de 1886 de la popular novela de Victor Hugo, obra de Jules Cheret (1836-1932). *Los miserables* fue una de las múltiples obras de ficción que exploraba el submundo de los pobres y desheredados en la nueva sociedad urbano-industrial del siglo XIX.

24. *En el Zielony Balonik* (El Globo Verde) (1908), popular cabaret literario de Cracovia, obra de Kazimierz Sichulski (1879-1942). Inaugurado en 1905, la sala fue cerrada por la policía rusa seis años después. Como otros locales similares de París, Barcelona y Berlín, El Globo Verde estuvo estrechamente vinculado al movimiento de modernización de las artes.

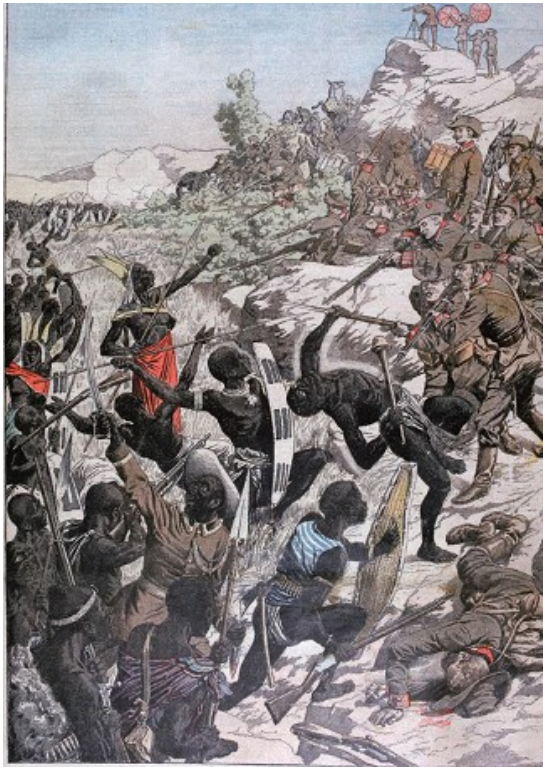
25. Hubertine Auclerc y otras activistas en pro del sufragio femenino en Francia invaden un colegio electoral y vuelcan las urnas en mayo de 1908 en protesta por la negación del derecho a voto las mujeres. Noruega y Finlandia introdujeron el derecho a voto para la mujer antes de 1914, pero las francesas tendrían que esperar hasta 1944 para ver cómo se les concedía el derecho de sufragio.

26. Asesinato del presidente del gobierno español Antonio Cánovas del Castillo el 8 de agosto de 1897, mientras disfrutaba de unos días de descanso en un balneario. El asesinato, perpetrado en venganza por la ejecución de cinco anarquistas ordenada poco antes por Cánovas, fue una de las múltiples atrocidades de ese estilo que se cometieron en Europa por aquellos años.

27. *El ataque* (1899), cuadro de Euto Isto (1865-1905), que representa cómo el águila rusa intenta arrancar el código de leyes de las manos de la doncella finlandesa. La pintura fue reproducida muy a menudo y se convirtió en un símbolo de la resistencia nacional a los intentos de rusificación de Finlandia, que comenzaron más o menos por esa misma época.



28. El parlamento noruego, el *Storting*, declara la independencia de Suecia el 7 de junio de 1905: fotografía coloreada de Frederik Hilfing-Rasmussen (1869-1941). La separación de Noruega de la corona sueca se llevó a cabo sin derramamiento de sangre gracias en buena parte a la amenaza de huelga general contra la intervención militar que llevó a cabo el movimiento obrero sueco.



29. La guarnición alemana de Windhoek recibe ayuda frente al asedio de los guerreros herero, según una litografía en color de la popular revista francesa *Le Petit Journal* (21 de febrero de 1904). Las fuerzas armadas enviadas por Berlín para sofocar la rebelión de Namibia exterminaron deliberadamente a la mayoría de los miembros de la tribu de los herero, una de las múltiples atrocidades coloniales perpetradas por las potencias europeas durante la era del imperialismo.

30. Derrota de las tropas búlgaras a manos de los turcos en la segunda batalla de Adrianópolis, 21 de julio de 1913, durante la segunda guerra de los Balcanes. Llaman la atención las trincheras, el avión otomano, el uso de artillería pesada, y los uniformes de color caqui que llevan los soldados búlgaros, elementos todos que presagiaban la forma en que se combatiría apenas un año más tarde durante la primera guerra mundial.

31. *Los lobos (Guerra de los Balcanes)* (1913), por Franz Marc. Los voraces estados balcánicos se revuelven unos contra otros y pisotean la flor marchita que simboliza la humanidad: así es como representa el acontecimiento en estilo cubista el joven pintor alemán Franz Marc, que perecería en la batalla de Verdún el 4 de marzo de 1916.

Ein Exemplar 40 Heller.
Illustrierte
Monatlich Krone 1.20
mit Zustellung ins Haus.
Kronen Zeitung
Wien, Dienstag, den 30. Juni 1914.
Das Standrecht in Sarajewo verhängt.
Große Demonstrationen gegen die Serben.
Das Attentat von Sarajewo.
Die Ermordung des Thronfolgers und seiner Gemahlin.

32. El asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa, la condesa Sofía Chotek, el 28 de junio de 1914 en Sarajevo. Esta viñeta de la revista *Illustrierte Kronen-Zeitung* se basa a todas luces en los informes de un testigo ocular. A diferencia de la mayoría de las ilustraciones del suceso, presenta a los protagonistas del hecho en la posición exacta y al archiduque con el gorro correcto. Sin embargo, a diferencia de lo que se ve aquí, el archiduque fue el primero en recibir los disparos del terrorista. Nótese la posición del volante del automóvil: por aquel entonces en Austria-Hungría se conducía por la izquierda.

Notas

[1] Existe una traducción en castellano de G. Núñez de Prado que lleva por título ¡*Ayúdate*!, publicada, ya en el siglo XX, por la editorial Ramón Sopena de Barcelona, 1935. (*N. del t*). <<

[2] El 11.º Regimiento de Húsares (del Príncipe Alberto) fue una unidad del ejército británico creada en 1715. La denominación «del Príncipe Alberto» (Prince Albert's Own) se remonta a 1840, en honor del príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, esposo de la reina Victoria. En efecto, cuando el príncipe Alberto se trasladó a Inglaterra para casarse con la reina, fue el 11.º Regimiento de Dragones Ligeros el que le dio escolta de Dover a Canterbury. Para conmemorar aquel servicio, la unidad fue transformada en regimiento de húsares, recibiendo el título de «real» y convirtiéndose así en el 11.º Regimiento de Húsares (o del Príncipe Alberto). A partir de ese momento los húsares utilizarían el pantalón de color rojo de la casa del príncipe de Coburgo, que les valió el apodo de *cherrypickers*, «recolectores de cerezas». (*N. del t*). <<

[3] El *rod*, cuya traducción literal podría ser «vara», era una medida de longitud que en Inglaterra equivalía a 5,0292 metros. Por esta razón no se ha traducido el término como «vara», medida que en España oscilaba entre 768 y 912 milímetros (dependiendo de la zona). (*N. del t*). <<

[4] Los *Smoking Concerts* consistían en una serie de actuaciones en vivo, normalmente musicales, muy populares en la época victoriana. Estaban reservados a los varones, que aprovechaban

este tipo de espectáculos para fumar y hablar de sus cosas mientras escuchaban música y canciones. (*N. del t*). <<

[5] Y, a partir de junio de 1903, publicada en España por el periódico *ABC* en folletines coleccionables, bajo el título *Entre dos mundos*. (*N. del t*). <<

[6] *The Yellow Book* [El Libro Amarillo] era una publicación trimestral. Se trataba de una revista literaria que, curiosamente, contaba también con la asidua colaboración de mujeres escritoras e ilustradoras. A pesar de su corta vida (apenas tres años), alcanzó gran popularidad en la Inglaterra de finales del siglo XIX. (*N. del t*). <<

[7] El Natural Sciences Tripos (NST) es el conjunto de cursos que forman el sistema de estudios universitarios de la Universidad de Cambridge (llamado Tripos). Es famoso por la amplia variedad de estudios que lo componen el primer año, en el que los alumnos no pueden estudiar una sola disciplina, sino que deben elegir tres materias pertenecientes a distintas áreas de las ciencias de la naturaleza y una de matemáticas. (*N. del t*). <<

[8] Se trata de distintas costumbres antiguas de Inglaterra consistentes la mayoría de ellas en danzas, actuaciones teatrales y cantos ejecutados en ocasiones señaladas, por ejemplo por Pascua, Pentecostés (*Morris dancers*), Navidad, y el *Plough-Monday* («Lunes del Arado», el primer lunes después de la fiesta de la Epifanía, cuando actuaban los «bueyes del arado» o *plough-bullocks*). En todas ellas los participantes adoptaban algún disfraz animalesco, extraño o llamativo (es decir, «morisco»). (*N. del t*). <<

[9] El movimiento de la Iglesia Alta (High Church) es una corriente del anglicanismo nacida en la Iglesia de Inglaterra durante la Restauración (1660-1688). Designa, por tanto, a los fieles que defienden la observancia rígida y exacta de las reglas litúrgicas en materia de oración y de ayuno, así como la religión establecida frente a las tendencias a favor de la continuación de la

Reforma. El movimiento de la Iglesia Alta se opone a la corriente latitudinaria, que desea que la Iglesia muestre una mayor apertura y comprensión hacia los no conformistas. En tono mordaz, el movimiento latitudinario se denomina «Iglesia Baja». (*N. del t*). <<

ÍNDICE

La lucha por el poder 2
Lista de ilustraciones 7
Lista de mapas 10
Prólogo 11
1. Los legados de la revolución 29
2. Las paradojas de la libertad 161
3. La primavera europea 297
4. La revolución social 464
5. La conquista de la naturaleza 595
6. La era de la emoción 737
7. El desafío de la democracia 885
8. El precio del imperio 1028
Otras lecturas 1175
Ilustraciones 1191
Notas 1208